

C19665



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA
DE MÉXICO

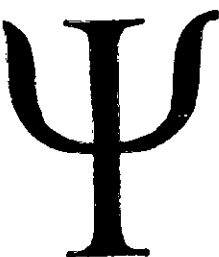
UNIVERSIDAD NACIONAL
AVENIDA DE
MÉXICO

FACULTAD DE PSICOLOGIA
DIVISION DE ESTUDIOS DE POSGRADO

LOS MOVIMIENTOS ARMADOS DE FIN DE
SIGLO EN MEXICO:
UN ANALISIS DESDE LA PSICOLOGIA POLITICA
LATINOAMERICANA

T E S I S
QUE PARA OBTENER EL GRADO DE:
MAESTRO EN PSICOLOGIA SOCIAL
P R E S E N T A :
JORGE MENDOZA GARCIA

DIRECTORA DE TESIS: MTRA. OLGA BUSTOS ROMERO
COMITE DE TESIS: DR. JAVIER AGUILAR VILLALOBOS
MTRA. BETTY SANDERS BROCAO
DR. PABLO FERNANDEZ CHRISTLIEB
MTRA. GRACIELA MOTA BOTELLO



MEXICO, D.F.

2001



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A mi Madre, por su entereza y esmero

A Ileana, por su afecto y el sentido de nuestra existencia

AGRADECIMIENTOS

A Olga Bustos, por la confianza depositada, creer en el presente proyecto y aceptar dirigir la tesis; además de los muchos apoyos brindados.

A Javier Aguilar, por aceptar ser revisor de este trabajo y sus observaciones al proyecto original.

A Pablo Fernández Christlieb, quien en todo momento ha sido referente académico, y por su incondicional soporte.

A Graciela Mota Botello, por aceptar formar parte del comité de tesis.

A Betty Sanders, quien desde el inicio del proyecto se mostró crítica y consintió en participar de su revisión.

A mis hermanos: Miguel, Marcos, Angélica, Verónica, que han contribuido en mayor o menos medida, sobre todo en épocas de bonanza, a que mis estudios de maestría se realizaran y se concluyeran con este trabajo.

A mis sobrinos: José, Carlos, Marcos, Mijail, que desde su vivaz edad, de adolescente uno y de infancia el resto, se interrogan sobre el mundo y la problemática social que bien vale la pena analizar.

A los académicos de la Facultad de Psicología.

A Blanca Reguero, por su dedicación, aprecio y apoyo incondicional en todo momento y circunstancia.

A Frida Díaz-Barriaga, cuyo apoyo y gesto solidario, de cualquier materia, se ha expresado desde que la conozco.

A Alfredo Guerrero, por sus distintos apoyos y los espacios brindados para el trabajo académico.

A Gracia Domingo, de quien aprendí que la Psicología Social bien valía la pena. Su "contaminación" ha sido crucial para mi incursión en este campo.

A Emily Ito, por sus conocimientos compartidos.

A Luz Ma. Javiedes por sus enseñanzas.

A Gloria Careaga por los espacios abiertos.

A los camaradas de diversas batallas.

A Vicente Cevallos, lo más próximo a un anarquista que he conocido, y de quien aprendí a vivenciar relaciones sociales más justas y fraternales.

A los integrantes del Círculo de Balbuena: Rafael Luna, Alma Rosa Colín. Cuauhtémoc Chávez, Alejandro Sánchez, Gregorio, cuyas discusiones han contribuido a aclarar ciertas ideas; además de las andanzas por la psicología no dominante que se comparten, aderezadas por los espacios étlicos y sus estudios antropológicos.

A Manuel Sánchez, pues una de sus dosis marcó el devenir de este trabajo.

A Raúl Ruiz (*Morrison*) y Fernando Peña, por los sitios recorridos y las experiencias pasadas en torno a la Universidad.

A Luis A. García, por las andanzas universitarias y la academia compartida.

A Marco Antonio González y Kande Mutzaku por los espacios posibilitados.

A CONACYT por el crédito concedido.

A quienes han compartido, por voluntad o sin ella, espacios no siempre buscados pero que han enriquecido la existencia.

Una sola frase puede desembocar en lo vivenciado durante 1999-2000: "si cobran cuotas, ya no voy a poder estudiar en la universidad", acusaba Carlos, mi sobrino, un día domingo durante el desayuno. Razón suficiente para decidir engrosar las filas de los prescindibles del futuro movimiento estudiantil de fin de milenio en su pretensión por impedir que el paso agigantado de la privatización pisara suelos universitarios.

De ese movimiento, con su huelga, que devino en represión y encarcelamiento para cientos de estudiantes que tan sólo exigían gratuidad en la educación superior, múltiples y ricas, tristes y alegres experiencias surgieron. Todo un tejido social de relaciones no antes contempladas ni experimentadas se presentaron. De ese año, más o menos, hay imágenes y memoria que deseo evocar, tan sólo para agradecer el compartir sitios, momentos, desveladas, gritos, votaciones, asambleas, marchas, alimentos, reventón, y hasta rejas.

Primero e irremediamente el COLECTIVO CONCIENCIA CRÍTICA de la Facultad de Psicología, con quienes prácticamente se formó una parentela: Tania Paloma (*Taniota*), Valentín Albarrán *Ulluo* (*Chino*), Jahir Navalles (*Doctor*), Alfonso Díaz (*ponchito*), Amanda Morales, Norma Martínez (*Normita*) Israel Rojas (*Chey*), Julieta Briseño, Nelly Luna, Cesar Ortega (*Niño*), Danú Jiménez, Antonio Buendía (*Barnés*), Hugo Venegas (*Gordo*), Alejandro Franco, Ricardo (*Richard*), Yolo, Zulai Macías, Itzel Castro, Itzel *panqueques*.

A las mamás y papás de la huelga: Paty Osomo, Paty Loustalot, Paty Ramírez, Lulú Ulloa, Alfonso Díaz y *don Nelly*. Quienes aminoraron algunos momentos duros en la larga huelga. Su sola presencia brindaba ánimos al desánimo.

A Jorge *Yonkee*, al buen *Voz* y el *surito* (CCH sur); a los ceuístas y exceuístas de la Facultad de Economía: Isaac Acosta, Aline, Magaña, Rodrigo Morales, *El Mouse*, *El Johnny*, Agustín Ávila. A los camaradas de la Preparatoria 2 que estuvieron en reclusión; a los *vallejos*, *Tona*, *Sur*, *Pit*, *Campos*, *Grislie*.

Agradecimiento especial a Edgar Sánchez, Itzel Magaña, Juan Antonio, Paola; a las familias Mejía Sandoval, Magaña, Salazar, entre muchas otras que ahora no recuerdo, por su preocupación que derivó en apoyo invaluable en mis vacaciones forzadas.

Hubo numerosas muestras de solidaridad de igual número de gente que se expresaron cuando cientos de estudiantes fuimos brutalmente hechos presos por gritar la exigencia de Educación Pública. Tras las rejas del Reclusorio Norte nos enteramos el defender la Universidad de la privatización acarrea delitos como: Terrorismo y Peligrosidad Social, bondades que nos mantuvo reclusos por un tiempo en que las muestras de apoyo no cesaron. Mucha gente no encontrará su nombre aquí (es el problema de los agradecimientos y sus prisas), no obstante les quiero agradecer sus manifestaciones de comprensión.

RESUMEN

El presente trabajo analiza desde la psicología política latinoamericana los movimientos armados en el México de siglo XX. Para ello, primero se realiza un recuento histórico del surgimiento de la disciplina desde fines del siglo XIX. Se da cuenta de la forma latinoamericana que adquiere la psicología política, y desde sus presupuestos se examinan las tres "olas" guerrilleras que se han desarrollado en nuestro país: la primera de inicios de siglo, la segunda de las décadas de los sesenta y setenta, y la tercera de los noventa y que aún no concluye. Para ello se parte de una premisa: en México la lucha guerrillera ha actuado de manera ininterrumpida desde septiembre de 1965, ora latente ora manifiesta: 36 años en que las armas han sido una recurrencia, pero ello sólo es expresión de ciertas condiciones que posibilitan tal actuación. De eso trata de dar cuenta la psicología política. Un marco sociológico, histórico, económico o político, expondría elementos de instituciones, de historia, de cifras de la economía o de programas políticos en torno a los grupos armados; pero un marco de la psicología política, se entiende, otorga explicaciones psicopolíticas, y esas son las que se exponen. De ahí que para expresarse, el trabajo eche mano de categorías que la propia psicología política latinoamericana ha ido configurando desde mediados de los ochenta; así, nociones como "violencia institucional", "medios de comunicación", "influencia social", "representación", "pensamiento social", "guerra de baja intensidad", "ideologización", "politización", "retórica", "persuasión", "memoria colectiva", son categorías que ayudan a mostrar que las armas constituyen la última expresión de quienes en otros momentos han sido movimientos sociales pacíficos y que encausaron en tiempos anteriores su demandas por las vías legales, pero al encontrar esos caminos cerrados y obtener como respuesta a sus reclamos sólo violencia, han sido orillados a tomar las armas. Para llevar acabo este trabajo se realiza un análisis de la información que al respecto hay. En un primer nivel, la información que se examina es la expuesta por las propias agrupaciones guerrilleras, como son sus comunicados, planes, conferencias, entrevistas, documentos internos, y en un segundo nivel la publicada por investigadores y analistas en libros, periódicos, revistas e incluso algunos documentos de circulación menos amplia. Asimismo, se recurre a vídeos en donde los grupos armados exponen sus puntos de vista y que son de dominio público. La forma de la exposición es el ensayo mediante la forma interpretativa comprensiva, metodología ésta que permite un mejor entendimiento de este tipo de procesos armados tan complejos y tan controvertidos.

Al final se trata de mostrar que hay una serie de recurrencias a lo largo del siglo XX que han posibilitado la geminación de los grupos guerrilleros, y que se encuentran en el orden de lo económico, de lo social, de lo político y de la injusticia, y ante el estallido armado la responsiva gubernamental ha sido también una recurrencia: la vía militar, la vía violenta. Lo que se muestra desde la psicología política es que la legitimidad de los grupos guerrilleros radica en sus causas y en sus demandas, que cobran un alto consenso en amplias franjas de la población, y la respuesta del gobierno ha sido primero ideologizar, negar la existencia de la guerrilla, después atacarla militarmente y después declarar su exterminio, pero sobre las condiciones sociales que le dieron origen nada. Después de cierto tiempo, diez, veinte, treinta años, la guerrilla vuelve a actuar y se muestra que las formas de contención que se emplean para atajar su actuación son poco menos que eficaces. Finalmente se podría sentenciar: a problemas y reclamos sociales, soluciones no militares sino sociales.

también se debió probablemente a la pura casualidad
el que fuese aprobando año tras año los cursos de psicología
sin apenas pisar el suelo de unas aulas
de donde mi activismo político me alejaba sistemáticamente,
a no ser que en ellas se celebrase alguna asamblea.
Pero también se aprende psicología, y bastante,
en las movidas contestatarias.

Tomás Ibáñez

la polarización extrema y el levantamiento armado
no son resultado de cuadernos marxistas, zapatistas o de ideologías en boga.
Son resultado de la pobreza, de la exasperación, del hambre,
de gobernantes incapaces de entender que la negociación efectiva, real,
que la voluntad constante de diálogo
es la única vía de comprender al pueblo que gobiernan

Carlos Montemayor

LOS MOVIMIENTOS ARMADOS DE FIN DE SIGLO EN MÉXICO: UN ANÁLISIS DESDE LA PSICOLOGÍA POLÍTICA LATINOAMERICANA

I INTRODUCCIÓN.	19
-------------------------	----

PRIMERA PARTE: PSICOLOGÍA POLÍTICA

CAPÍTULO 1. PSICOLOGÍA POLÍTICA

I. INTRODUCCIÓN.	31
II. ANTECEDENTES.	31
1. El primer antecedente.	32
1. 1 1850-1900.	32
1. 1. 1 El contexto.	33
1. 1. 2 El caso Marx.	33
2. El segundo antecedente.	34
2. 1 1900.	34
2. 1. 1 El caso Le Bon.	35
2. 2 1910.	37
2. 3 1920.	38
2. 4 1930.	38
2. 5 1940.	40
2. 6 1950.	42
2. 7 1960.	43
2. 8 1970.	45
2. 9 1980.	48
3. Síntesis..	49
III. ESCUELAS EUROPEAS.	52
1. Escuela de Frankfurt.	52
1. 1. Freudomarxismo I.	53
1. 1. 1 Antecedente freudiano.	54
1. 1. 2 Primeros acercamientos.	56
1. 1. 3 Varios casos I: los primeros autores.	57
1. 1. 4 Varios casos II: el primer país.	58
1. 2 Freudomarxismo II.	59
1. 2. 1 Varios casos III: tres freudomarxistas.	60

1. 2. 2 Reich.	61
1. 2. 3 Fromm.	63
1. 2. 4 Marcuse.	64
1. 3 Síntesis.	67
2 Escuela española.	69
2. 1 Su antecedente.	69
2. 2 La crítica.	70
2. 3 Lo político de la psicología social.	70
2. 4 Participación política.	73
2. 5 Memoria social.	76
2. 5. 1 Y guerra civil.	77
2. 6 Medios de comunicación.	78
3. Escuela francesa.	79
3. 1 Las minorías activas.	80
3. 1. 1 Influencia mayoritaria.	80
3. 1. 2 Los desviados.	80
3. 1. 3 Caracterización minoritaria.	81
3. 1. 4 El modelo.	82
3. 2 Las masas.	83
3. 3 Los objetos de la psicología política.	84
 IV ESCUELAS LATINOAMERICANAS.	 88
1. Escuela venezolana.	88
1. 1 Maritza Montero.	89
1. 1. 1 La psicología social.	90
1. 1. 2 Su psicología política.	95
2. Escuela cubana.	99
2. 1 Fernando González Rey.	100
2. 1. 1 La personalidad como objeto.	100
2. 1. 2 La práctica científica.	102
3. Escuela salvadoreña.	104
3. 1 Ignacio Martín-Baró.	105
3. 1. 1 Crítica a la psicología.	106
3. 1. 2 El contexto.	108
3. 1. 3 Psicología social desde Centroamérica.	109
3. 1. 4 Psicología política.	111
4. Escuela mexicana.	119
4. 1 Psicología de la política.	119
4. 2 El marco de la psicología política: psicología colectiva.	121
4. 2. 1 La forma latinoamericana.	123
4. 2. 2 Pablo Fernández Christlieb: su psicología política.	124
4. 2. 3 La aproximación metafórica.	132
5. Recuento.	136
5. 1 Estado actual de la psicología política en Latinoamérica.	136

CAPÍTULO 2. PSICOLOGÍA POLÍTICA Y DE LA LIBERACIÓN: LA PROPUESTA LATINOAMERICANA

I. INTRODUCCIÓN.	143
1. Desarrollo.	143
2. Agenda.	146
II. CAMPO DE ACCIÓN: SU PROPUESTA.	149
1. Ideología.	149
2. Fatalismo latinoamericano.	154
3. Desideologización.	161
4. Poder.	163
5. Violencia política.	167
6. Guerra y trauma psicosocial.	175
7. Guerra de Baja Intensidad.	178
7. 1 Paramilitarismo.	178
8. Memoria colectiva.	180
9. Solidaridad.	184
10. Medios y opinión pública.	186
III. LA SALIDA.	190
1. Concientización y rol del psicólogo.	190

SEGUNDA PARTE. MOVIMIENTOS ARMADOS EN MÉXICO: TRES OLAS

CAPÍTULO 3. INICIA EL SIGLO: PRIMEROS BROTES ARMADOS, 1900

I. PRIMERA OLA (1900-1920).	197
1. Contexto.	197
2. Primeros brotes guerrilleros.	200
2. 1 1906.	200
2. 2 1908.	202
3. Magonistas.	203
3. 1 Partido Liberal Mexicano.	204
3. 2 Periodismo.	207
3. 3 Cárcel.	209
4. 1910.	211
5. Maderistas	215
6. Zapatistas.	217
7. Villistas.	221
8. "Latencia" armada I.	223

II. SEGUNDA OLA (1959-1983).	226
1. Reinicio armado.	226
2. Asaltar el cielo.	226
3. Guerrilla rural.	228
3. 1 Arturo Gámiz y su grupo.	228
3. 2 Genaro Vázquez y su grupo.	232
3. 3 Lucio Cabañas y su grupo.	238
4. Guerrilla urbana.	243
4. 1 Comandos Armados de Chihuahua.	243
4. 2 Frente Urbano Zapatista.	244
4. 3 Fuerzas de Liberación Nacional.	245
4. 4 Frente Estudiantil Revolucionario/FRAP.	246
4. 5 Los Enfermos.	248
4. 6 Movimiento Armado Revolucionario.	249
4. 7 Liga Comunista 23 de Septiembre.	250
4. 8 Otros.	251
5. Balance.	254
5. 1 Causas.	257
5. 2 Su desarticulación: la guerra sucia.	259
5. 3 El papel del Ejército.	261
6. "Latencia" armada II.	263

CAPÍTULO 4. FIN DE SIGLO Y MILENIO: CONTINÚAN LOS BROTES ARMADOS, 1994

I. TERCERA OLA (1994-2001?).	267
1. Ejército Zapatista de Liberación Nacional.	267
1. 1 Amanecer en balas.	267
1. 2 Razones de la guerra.	273
1. 3 Diferentes diálogos.	275
1. 3. 1 Conversaciones de catedral.	275
1. 3. 2 Convención nacional democrática.	277
1. 3. 3 Diálogos de San Andrés.	280
1. 3. 4 Consulta por la paz y democracia.	282
1. 3. 5 Foro para reforma del Estado.	284
1. 3. 6 Encuentros por la esperanza.	285
1. 3. 7 Congreso nacional indígena.	289
1. 3. 8 Marcha de los 1111.	291
1. 3. 9 Caravana por la paz.	292
1. 4 Ofensivas gubernamentales.	293
1. 4. 1 Ofensiva de febrero.	294
1. 4. 2 Acteal.	295
1. 4. 3 El Bosque.	297
1. 5 Consideraciones zapatistas.	298

2. Ejército Popular Revolucionario/PDPR.	299
2. 1 "Nueva" guerrilla.	299
2. 2 Causas eperristas.. . . .	302
2. 2. 1 Aguas Blancas.	308
2. 3 Articulación guerrillera.	313
2. 4 Algunas acciones.	316
2. 5 Acercamientos con la gente.	317
2. 6 Impacto.	320
2. 7 Diálogo.	321
2. 8 Respuesta gubernamental.	322
3. Ejército Revolucionario del Pueblo Insurgente.	329
3. 1 El Charco.	330
3. 2 Escenarios de la guerrilla.. . . .	332
4. Otras guerrillas.. . . .	334
4. 1 Ejército Villista Revolucionario del Pueblo.	335
4. 2 Fuerzas Armadas Revolucionarias del Pueblo.	336
4. 3 Coordinadora Guerrillera Nacional "José María Morelos".	337
4. 4 El resto.	338
5. México guerrillero en el nuevo milenio.	340

TERCERA PARTE. LA REALIDAD ARMADA: UNA MIRADA PSICOPOLÍTICA

CAPÍTULO 5. PROCESOS PSICOPOLÍTICOS

I. INTRODUCCIÓN.	345
II. CATEGORÍAS DE ANÁLISIS: NOCIONES DURAS.	347
1. Antecedente de la vía armada: la violencia institucional.	347
2. El papel de la iglesia.	354
2. 1 Samuel Ruiz.	356
3. El trato a la guerrilla: los medios.	364
3. 1 Iniciando el siglo.	364
3. 2 Los setenta.	366
3. 3 Fines de siglo, principios de milenio.	368
4. Estudios empíricos sobre la guerrilla.	378
4. 1 El zapatismo, objeto de la psicología política.	378
4. 2 El eperrismo, también.	382
5. Influencia social de la guerrilla.. . . .	385
5. 1 El ejercicio minoritario.	385
5. 2 Impacto en armas.	391
5. 3 Influencia globalizada.. . . .	394
6. Representación de las armas.	399
6. 1 En el pensamiento social.. . . .	400
7. La violencia institucional: respuesta a la vía armada.	408
7. 1 Guerra de Baja Intensidad (GBI).	417

7. 1. 1 La escuela contrainsurgente.	418
7. 1. 2 Los paramilitares.	421
7. 1. 3 Otras acciones de la GBI.	426
7. 2 Situación de los derechos humanos.	431
III. CATEGORÍAS DE ANÁLISIS: NOCIONES BLANDAS.	437
1. Ideologización gubernamental vs...	438
1. 1 Concepción psicopolítica.	438
1. 2 Discurso y actuación gubernamental.. . . .	440
2. ... Politización guerrillera.	449
2. 1 Concepción psicopolítica.	449
2. 2 Discurso y actuación de la guerrilla.	451
3. Encantamiento de la realidad: retórica, discurso y actuación de la guerrilla.	459
3. 1 Presupuestos psicopolíticos.	459
3. 2 El asombro y la persuasión: originalidad e innovación.	461
3. 3 El mundo visto metafóricamente.	465
3. 4 Hacia una nueva realidad.. . . .	468
4. Memoria colectiva de los grupos armados.	472
4. 1 La memoria colectiva.	473
4. 2 Recuperación del pasado...	473
4. 3 ... Como memoria subversiva.	478
4. 4 Versus el olvido social.	480
4. 5 Las experiencias de las memorias.	484

CAPÍTULO 6. PROTAGONISTAS GUERRILLEROS: VISIBILIDAD PÚBLICA, PRIVACIDAD OCULTA

I LOS PUENTES.	487
1 El anarquista Magón.	488
2 El pragmático Zapata.	492
3 El maestro Cabañas.	495
4 El mítico subcomandante Marcos.	497
II LA COTIDIANEIDAD OCULTA.	503
1. Su gente.	503
1. 1 El reclutamiento.	503
1. 2 Las discusiones.	505
1. 3 Las actividades.	506
1. 4 La cárcel.	509
1. 5 La percepción.. . . .	512

CUARTA PARTE. CONCLUSIONES

CAPÍTULO 7. DISCUSIÓN

I RECLAMOS SOCIALES, RESPUESTAS MILITARES.	517
1. Recurrencia de condiciones.	518
1. 1 Caso primero.	518
1. 2 Caso segundo.	520
1. 3 Caso tercero.	523
2. Recurrencia guerrillera.. . . .	528
2. 1 Tres recurrencias.	528
2. 1. 1 La guerrilla abre el siglo.	529
2. 1. 2 El devenir de la guerrilla en los sesenta.	530
2. 1. 3 La guerrilla cierra el siglo.	532
2. 2 La tradición armada y...	535
2. 2. 1 La memoria armada.	536
3. Recurrencia represiva.	541
3. 1 Una constante: la violencia como respuesta.. . . .	541
3. 1. 1 Guerra sucia y de baja intensidad.	544
3. 2 Otra constante: el desgaste.	546
3. 2. 1 Ideologización.	547
II LA SALIDA: UNA ALTERNATIVA.	550
1. Problemas y reclamos sociales, soluciones sociales.	550
2. Incorporación de la perspectiva de la guerrilla.	555
BIBLIOGRAFÍA.	561

INTRODUCCIÓN

Entender todo sin pensar mucho es una ganga

Pablo Fernández Christlieb

I La posibilidad

Los sucesos que han acontecido a partir de 1994, que tienen que ver con las agrupaciones armadas que han hecho acto de presencia en nuestro país, se pueden analizar desde la psicología política. En eso insiste el presente trabajo, en que desde una perspectiva latinoamericana de la psicología política se puede dar cuenta del acontecer guerrillero de los dos últimos siglos, el que ya concluyó, siglo XX, y el que está iniciando, siglo XXI.

La propuesta de esta tesis es que a partir de un marco propio de la psicología política, que se ha desarrollado en el contexto latinoamericano desde la década de los ochenta, y desde la cual se han trabajado temáticas que en su momento han tenido relevancia para la configuración de los países que integran el continente, como los procesos de identidad, nacionalidad, conflictos sociales, fatalismo, ideología, represión, guerra, etcétera; se puede ahora, en los inicios del tercer milenio, dar cuenta de los movimientos guerrilleros en México, cuyos antecedentes modernos se depositan un siglo atrás.

El marco teórico, entonces, es el de la psicología política latinoamericana que se puede concebir como una disciplina, transdisciplinar, que con recursos teóricos y metodológicos propios y de otras disciplinas posibilita el análisis de la realidad social, la que a su vez se concibe construida con elementos comunicativos que se puede ampliar o encoger según los actores y los recursos puestos en práctica. No obstante el recorrido de la disciplina, con todo y sus componentes teóricos provenientes de las latitudes de Europa, y sus múltiples metodologías y objetos de estudio, existe una visión que se ancla en Latinoamérica y que adquiere dinámica, componentes y agenda propia. Así, desde esta mirada, la psicología política trataría de las posibilidades de creación y abatimiento de la comunicación intersubjetiva de que están hechas las relaciones, la realidad, la sociedad, la colectividad. Desde esta perspectiva se posibilita, entonces, el análisis de todo aquello que contribuya o disminuya los recursos con que se arma una sociedad, y desde ahí abordarla; así, cabe la posibilidad de trabajar lo mismo la memoria colectiva, la politización e ideologización (formas colectivas de la realidad psicopolítica) hasta la conducta de voto (forma dura de la psicología política) pasando por el fatalismo, el poder, la liberación y, por

supuesto, la actuación de actores sociales-políticos que en algunos casos devienen, como en el que se revisa, en agrupaciones y movimientos armados que, en sentido estricto, son nuestro sujeto de análisis, con todo y sus antecedentes, su gestación, su actuación, y su recurrencia. Esto último como parte fundamental del análisis psicopolítico.

Los movimientos armados que se han presentado en tres momentos diferentes de la historia contemporánea de nuestro país, han sido categorizados por algunos autores como "olas armadas", olas que han tenido peculiaridades por su tiempo de aparición y actuación, pero a la luz del análisis psicopolítico presentan una serie de características comunes en sus antecedentes, por ejemplo, el que los participantes de las guerrillas lo fueron sólo después de haber realizado actividad política dentro de los marcos legales y los cauces pacíficos, pero sus reclamos no fueron atendidos; al contrario, se les respondió con balas, sangre y fuego, lo cual en buena medida los ha forzado a tomar las armas, y reclamar lo que antes demandaba pacíficamente, ahora con el cañón del fusil. Pero no sólo ha sido el cierre de espacios políticos y la represión lo que ha orillado a ciertos grupos a tomar las armas, toda vez que entran en juego elementos como la miseria, la situación económica imperante, la injusticia, la situación social que se vive, entre otros considerandos.

Pero si hay antecedentes para el surgimiento de los movimientos armados, debe haber también consecuentes, por lo que se trata de advertir que hasta el momento no se ha alejado del todo la posibilidad de cerrarle el paso a la lucha armada, toda vez que la respuesta que han obtenido estos movimientos guerrilleros en el pasado, y que ya ha mostrado su rotundo fracaso, en ocasiones se trata de reproducir en el México de fines del siglo XX, y se intenta perpetuar a inicios del XXI: la respuesta militar o violenta. Lo cual, más allá de no solucionar las causas de los levantamientos armados, sólo mantiene en latencia la posibilidad de un futuro estallido. Aseveración esta última que se realiza a partir del análisis psicopolítico de tales procedimientos y que tienen su contundencia empírica en el levantamiento armado de 1994, de 1996, de 1999 y la aparición de más de 20 organizaciones armadas en nuestro país en años recientes, según se ha documentado por diversas fuentes. En sentido estricto, los métodos que se han usado para tratar de acabar con la guerrilla han sido, aparte de crapulosos, inadecuados e ineficaces.

Lo que aquí se sugiere, desde la mirada psicopolítica, es que el camino para evitar el posible surgimiento en el futuro de las guerrillas nada tiene que ver con las vías militares o violentas, sino con respuestas sociales, políticas y económicas a las demandas que estos grupos exigen, puesto que es en ese plano en el que se encuentra la legitimidad de las guerrillas mexicanas, y no en el orden de lo militar.

La aportación que puede hacer la psicología política, en tal situación, por mínima que ésta sea, contribuirá a modificar, si esa fuera una de las pretensiones, la percepción que desde donde se toman las decisiones se tiene de los procesos armados; y en el mejor de los casos, modificar, si el trabajo sale de los marcos estrictamente académicos, la imagen que de las guerrillas se tiene en la sociedad, sin por ello caer, necesariamente, en el elogio o adulación de esta vía. Sólo se muestran los acontecimientos desde una perspectiva psicopolítica, que es igual de válida que cualquier otra que ponga sobre la mesa los elementos de discusión y fundamentación de las propuestas.

En todo caso, quien lea el trabajo decidirá, como en los buenos tiempos, si lo que aquí se escribe tiene alguna verosimilitud, si puede brindar una posibilidad para el entendimiento de los movimientos armados y, en un ámbito más ambicioso, si puede aportar algún

elemento que dé pistas sobre cómo solucionarlos. Si el primer objetivo se logra, valió la pena el esfuerzo, si la segunda se potencia el éxito habrá sido mayúsculo.

II El recorrido

El tiempo que se revisa de la actuación de los grupos armados en nuestro país, abarca de los inicios de 1900 a los orígenes del 2000, esto es, aproximadamente un siglo. Se inicia con los primeros brotes armados que se presentaron en 1906, los intentos de los magonistas; aunque siendo justos se tendrá que reconocer que México amaneció el siglo XIX con brotes armados de grupos indígenas que demandaban un nuevo pacto con la nación, pero que, como ha ocurrido siglos atrás, y ocurriría más adelante, han encontrado como respuesta sólo violencia. Estos estallidos no entran en el análisis puesto que constituyen materia para un trabajo distinto, como el de los pueblos indígenas en nuestro país, y por dos razones sencillas: sus luchas en buena medida no se aproximaban a luchas sociales que con proyecto y programa enarbolaban otros grupos en la primera década del siglo XX, y cuyo alcance era nacional: había una fundamentación política, social e incluso económica. Segundo, sus luchas se centraban más en la cuestión étnica, en el restablecimiento de relaciones sociales que se han tratado de borrar de la escena por los grupos en el poder, y su trascendencia se establecía localmente, y a lo sumo para el sector en sublevación: la población indígena. Algunos de estos elementos han sido retomados en luchas posteriores, pero, a diferencia de los grupos originarios, ahí no se agota la demanda de los grupos armados en el fin de siglo XX.

Así pues, la revisión inicia con los brotes armados de los simpatizantes del Partido Liberal Mexicano (los magonistas), y recupera a los bandos más representativos de la contienda armada que devino en lo que se ha denominado Revolución Mexicana, y que a pesar de haber iniciado antes se factura en 1910. Ese periodo se cierra con el arribo de un grupo, el de los triunfadores de la disputa, que sienta las bases para un nuevo Estado mexicano. Entonces, los años de los que se da cuenta para tal periodo van de 1906 a 1920, cuando ya prácticamente todos los caudillos están muertos: Madero, Zapata, Villa, son los casos ilustrativos. Este ciclo para algunos autores (v. gr. Esteve, 1995) se ha denominado la "Primera Ola" de los movimientos armados; ola que es internacional toda vez que en el mundo se presentan revueltas, rebeliones o revoluciones que pretenden establecer gobiernos distintos hasta los en ese momento imperantes. La Revolución Rusa sería un ejemplo de ello. En el caso de México dicha ola se puede facturar para las dos primeras décadas de 1900.

La "Segunda Ola" de los movimientos armados tiene, internacionalmente, sus tiempos alrededor de la Revolución Cubana, y su extensión guerrillera a los países latinoamericanos en las décadas de los sesenta, setenta y ochenta. En el caso de México, se puede facturar a fines de los cincuenta, cuando se radicalizan grupos campesinos ante la represión del gobierno mexicano; son los tiempos de Rubén Jaramillo, de la Asociación Cívica Guerrerense, antecedente del grupo armado de Genaro Vázquez, del grupo que después asaltará el Cuartel Madera en Chihuahua: las luchas sociales se arrecian, y se ven marcadas por el triunfo de la guerrilla en Cuba (1959). Esta "Segunda Ola" se extiende en nuestro país

durante dos décadas, y se puede hablar de un "impasse" o "latencia" a partir de 1983, año en que se separa la Liga Comunista 23 de Septiembre, la guerrilla urbana más importante en ese ciclo armado. Alrededor de 40 grupos en armas actuaron en ese periodo, según han documentado diversas fuentes (v. gr. Fernández, 1978).

La "Tercera Ola" se inaugura con el alzamiento zapatista en 1994. Esa fecha marca el reinicio armado, posmoderno o no, que impregnará de un estilo distinto el desarrollo de las agrupaciones armadas, antes denominadas revolucionarias. Para este periodo no se puede marcar fecha de conclusión, ni tentativamente, en tanto que siguen actuando alrededor de dos docenas de organizaciones guerrilleras, y que de no modificarse la responsiva gubernamental, que no ha sido más que eludir sus obligaciones y ante los reclamos sociales replicar balas y violencia, todo parece indicar que continuarán en el escenario político y social de nuestro país por unos buenos años.

Ese es el tiempo que se revisa; un siglo en que las armas de la disidencia parecen no acallarse, aunque se declare su desaparición. Y si en los inicios del siglo la ola armada se extendió por una buena parte del país, y lo convulsionó a grado tal de dejar atrás un viejo régimen que se negaba morir por otras vías que no fueran las armas, en los sesenta y setenta, los grupos armados también cubrieron una buena parte del territorio mexicano, y se derramó mucha sangre, pero en esa ocasión los cambios no operaron como sesenta años atrás, puesto que no hubo esta vez una fracción ganadora del lado de los inconformes; más bien obtuvieron rejas y muerte, y mucho dolor, según se ve dos, tres décadas después. Finalmente, los guerrilleros de fin de siglo XX y principios del XXI también están recorriendo el país, aunque han iniciado en el sur y ahí han querido arrinconarlos. Y si en estos tiempos no está convulsionado el país como un siglo antes, o como hace tres décadas, es porque en buena medida ha operado una cierta dosis de mesura de los insurgentes y, sobre todo, la actuación de una sociedad deseosa de que los cambios en el país ocurran, y ocurran con el menor costo posible en cuanto a vidas humanas se refiere, lo cual, como consecuencia, ha obligado al propio gobierno, en cierta forma, a cambiar sus formas, aunque en varias ocasiones se haya visto tentado a echar mano de recursos que en los sesenta y setenta operaron, tal es el caso de la guerra sucia, cuya modalidad ahora aparece bajo el signo de guerra de baja intensidad. Asimismo, la sociedad mexicana ha mandado más de un mensaje a los distintos grupos armados con la finalidad de que acallen las armas y hablen las palabras. En mayor o menor medida han respondido positivamente.

Las tres olas, entonces, son el objeto de análisis de la reflexión psicopolítica, que a su vez tiene su propio devenir.

III Los recursos

El análisis de los grupos armados requiere ciertos productos que posibiliten su abordaje, de ahí que estos devengan materiales y se constituyan en elementos para ser trabajados por la psicología política. Así, los recursos de que se echa mano para analizar a los movimientos armados son productos que ellos mismos generan (directos) y, en otros casos, materiales que sobre ellos se han realizado (indirectos). En el primer caso estamos hablando de

acciones de propaganda armada, de autodefensa, de tomas de ciudades, poblados, etcétera; de discursos pronunciados, de comunicados expuestos públicamente, de documentos internos, de entrevistas otorgadas, de grabaciones realizadas, de discursos pronunciados, y de órganos de difusión de sus ideas, de los que los propios grupos armados se han dotado. Muchos de esos materiales han estado circulando en videos y libros que son conseguibles en algunas librerías; no obstante buena parte del material se ha recogido por la cierta prensa escrita que en mayor o menor medida ha brindado espacios para que se de a conocer el punto de vista de los grupos armados. Quizá sea en menor medida que eso ocurra, pero una parte de los materiales con los que se ha trabajado fluyen de esos sitios.

En cuanto a los materiales indirectos, estos provienen del análisis que algunos especialistas en el tema han realizado; en otras ocasiones, proceden de fuentes periodísticas que han cubierto las acciones de la guerrilla, sea para cubrir un acto de propaganda armada, sea para recoger alguna declaración de algún habitante del poblado por donde han pasado los guerrilleros, o para dar cuenta de lo que ha declarado el funcionario de primer, segundo, tercer o cuarto nivel al respecto. Tales materiales se pueden localizar en diarios y revistas de circulación nacional con cierta presencia y reconocimiento. Si bien es cierto que se carga en ciertos momentos y situaciones sobre algunos de ellos (*La Jornada y Proceso*), es porque son estos los que le han dado mayor cobertura a tales acontecimientos. Ello no implica que se dejen de lado otros diarios y revistas que, más allá de no otorgarle el suficiente espacio a la temática, son críticos de estas agrupaciones o francamente les resultan antipáticos. Tal sería el caso de la revista *Nexos*, de la cual se revisan algunos artículos de sus colaboradores. Asimismo, se consideran libros de esos autores que en buena medida se han publicado por la editorial Cal y Arena. También se retoman otras posturas que no se encuentran en la simpatía ni en su opuesto, pero que han dado cuenta, en momentos claves, de su postura sobre las acciones de los grupos armados; ese sería el caso del diario *Reforma*, del semanario *Milenio*, de la revista *Este País*, entre otras. El anhelado equilibrio no se logra, pues finalmente no existe la misma disposición de las publicaciones para dar cobertura a la temática guerrillera. Así, pues, se echa mano de aquellas que tienen mayor información al respecto, con el inconveniente de que hay más información sobre uno u otro grupo armado, por lo que produce y por lo que dice.

IV Las formas

Por el tipo de trabajo que se desarrolla en las siguientes páginas, se retoman los elementos aducidos por el Laboratorio de Psicología Social (1989) en el aspecto metodológico del estudio: a) la realidad no es del todo independiente del investigador; b) en tanto que lo que se aborda desde la psicología política se encuentra en el ámbito de la cultura y no de la natura, como advertiría Moscovici, c) la forma metodológica para trabajar la cultura deviene en lo que se ha denominado *comprensivo interpretativo*, toda vez que la metodología "dura y racional" que ha dominado el campo de las ciencias sociales y específicamente en la psicología social y política, no permite, desde la perspectiva que aquí se plantea, un análisis detenido, categorial, de interpretación y, por tanto, reconstructivo de los movimientos armados abordados. La justificación de método, corre a cargo de Fernández Christlieb

(1990b): la comprensión como método "es ya de hecho un fenómeno actual que se observa en todas las ramas del conocimiento, y en todos los movimientos culturales, y también de hecho no es nuevo, sino que es la recuperación de una forma de conocimiento, el conocimiento comprensivo o práctico, que ha formado parte de la cultura desde que es cultura [...es] lo que actualmente se denomina como método hermenéutico o interpretativo" (p. 7). La forma, corre a cargo del Laboratorio de Psicología Social (1989): en tanto su carácter reconstructivo-hermenéutico adquiere "características de narración, relatos de un devenir, y así, sus resultados son válidos y correctos sólo en la medida en que su narración sea verosímil, que sea comprendida por el interlocutor y que tenga fuerza argumentativa. Su validez es consensual: está dada por el acuerdo entre el narrador-investigador y su interlocutor-colectividad. Ello quiere decir que siempre tiene carácter de hipótesis, vigente hasta que no hay un mejor argumento que la oponga, en cuyo caso habrá que revisar o contraargumentar" (pp. 68-69).

En el caso de la exposición del conocimiento de la psicología política ésta es "ensayística", pues, "adopta la forma literaria del ensayo siempre sujeto a revisión". El conocimiento psicosocial y psicopolítico "no aparece en la forma de datos, sino de argumentos, y por lo tanto, depende en mucho de los usos simbólicos utilizados para narrar la realidad, puesto que al exponérsela se le está reconstruyendo, recreando. Las formas expresivas, los giros lingüísticos, el tipo de palabras y de sintaxis, no son sólo instrumentos, son, estrictamente, formas de la realidad" (p. 69). Elementos estos que, por lo demás, provienen de la semiótica de Peirce, de la narrativa de Ricoeur, del propio Umberto Eco, que se anclan en la metodología de la psicología política (ver Fernández Christlieb, 1987; 1991a) y que, en sentido estricto, tienen un grado de rigurosidad que se deposita tanto en la obra narrativa como el desempeñado en la ciencia.

V La estructura

El trabajo está estructurado en cuatro partes con sus respectivos capítulos. La primer parte hace referencia a los planteamientos de la psicología política, y se desarrollan en dos capítulos. En el primero se realiza un recorrido histórico por los pasajes de la disciplina, desde el primer texto de Gustav Le Bon, pasando por diferentes décadas del siglo XX, no obstante estar anclada la disciplina en los fines del siglo XIX. Se refieren, asimismo, las diferentes escuelas que, según la literatura revisada, han sido de importancia para los planteamientos actuales de la psicología política, tal es el caso de Frankfurt y su freudomarxismo, de algunas consideraciones de lo que en España se ha propuesto, lo mismo que lo planteado por Moscovici en la escuela francesa, con sus objetos de estudio: masas y minorías, como, propios de la disciplina.

En el caso de las escuelas latinoamericanas, se retoman las más desarrolladas, o las más próximas a los fines del presente trabajo. Así, se da cuenta de los postulados de la escuela cubana y su cabeza visible Fernando González Rey con sus postulados, desde la posición marxista, de la personalidad y su función como actor social en ciertos contextos. Se revisa, asimismo, la escuela venezolana cuya máxima exponente en psicología política resulta ser Maritza Montero, una de las pioneras en el continente para el caso de la

psicología política, y que con sus constantes propuestas de agendas ha impregnado el quehacer latinoamericano: si a alguien se le deben estudios de identidad e ideología es a esta autora. La escuela salvadoreña de Martín-Baró se presenta, tiene que hacer acto de presencia necesariamente, puesto que ha sido una de las que han cuestionado no sólo los presupuestos de la psicología social de donde se pretende la psicología política, pues además el salvadoreño es el que probablemente más ha abordado las situaciones de conflictos armados que en buena medida impregnan este trabajo. Martín-Baró sufrió en carne propia las consecuencias de su trabajo como científico social, a tal grado de encontrar la muerte a manos de un grupo paramilitar a fines de 1989, acusado de colaborar en una ofensiva guerrillera, con una prueba absurda: los estudios de opinión pública que había realizado para dar cuenta de la situación en su país, y que no dejaba bien parado al gobierno. A él se debe la creación de un instituto de opinión pública, antecedente del Centro de Estudios de Opinión Pública de la Universidad de Guadalajara. Su influencia, pues, tiene largo alcance y trayectoria. Por último, en las escuelas latinoamericanas se revisa la escuela mexicana, principalmente la propuesta de Pablo Fernández Christlieb, toda vez que este autor ha sido, a decir del propio Martín-Baró, uno de los pocos que se ha dedicado a trabajar las cuestiones teóricas y metodológicas de la disciplina. Algunas de sus nociones se recuperan para el análisis psicopolítico que al final se presenta. Las tres escuelas que se retoman, fundamentalmente para el análisis psicopolítico que el trabajo ocupa, son la venezolana, la salvadoreña y la mexicana, en tanto que los elementos por ellas aportados permiten dar cuenta de las situaciones a analizar: los grupos armados.

En el segundo capítulo se presenta la agenda latinoamericana de psicología política, y la forma en que algunos procesos psicopolíticos se han abordado en otras situaciones y contextos que en algunos casos son distantes, pero en otros se asemejan en mucho a lo que acontece en nuestro territorio, en tal caso se encontrarían la violencia política, la memoria colectiva, la Guerra de Baja Intensidad, la desideologización, por citar algunos procesos.

En la parte segunda, que también contiene dos capítulos, se habla de los diferentes grupos armados que se han presentado en el pasado último siglo XX, lo que se ha denominado "olas guerrilleras". Así, en el tercer capítulo, se abordan los primeros brotes armados del siglo que acaba de concluir, y así, por ejemplo, se muestra que el estallido de 1910 tenía cuando menos dos antecedentes: intentos de levantamientos armados en 1906 y 1908, por no citar los levantamientos armados de los indígenas a fines del siglo XIX y que amanecieron en el XX. Se da cuenta de los grupos que jugaron un rol importante en ese momento y que pasaron a formar parte del repertorio de la primera revolución del siglo XX, tal sería el caso de Magón y Zapata, de Villa y Madero. A este movimiento armado, décadas más adelante, se le denominará "primera ola" de los grupos armados. Y si hubo primera ola, debió haber "segunda ola", la cual se desarrolla en las décadas de los sesenta y setenta, y una parte de los ochenta, con guerrilla en las montañas que se denomina rural, y en las ciudades que se denomina urbana; en el primer caso encontramos a los grupos de Lucio Cabañas y Genaro Vázquez, y en el segundo al Movimiento Armado Revolucionario, Los Enfermos y la Liga Comunista 23 de Septiembre, por citar algunos casos; de ello se da cuenta también en el tercer capítulo. En el cuarto se abordan los grupos pertenecientes a la "tercera ola" armada, en la que se encuentran grupos como el Ejército Zapatista de Liberación Nacional, el Ejército Popular Revolucionario, el Ejército Revolucionario Popular Insurgente, el Ejército Villista Revolucionario del Pueblo, las Fuerzas Armadas Revolucionarias del Pueblo. En total, para los inicios del tercer milenio, se habla de 26 grupos armados distribuidos en 21 estados de la República. Esta segunda parte

contextualiza el surgimiento de estos grupos: sus antecedentes, sus causas, al tiempo que expone sus acciones, las más representativas, algunos de sus procesos de desarrollo, sus demandas, y sus posiciones en torno al diálogo, a la negociación y al posible decline de las armas como fórmula de cambio.

La tercera parte analiza, desde la perspectiva de la psicología política latinoamericana, los procesos psicopolíticos que rodean a los grupos armados, y se retoman los antecedentes que son en buena medida los que desencadenan las explosiones armadas. Así, se exponen situaciones de violencia institucional que a varias agrupaciones sociales las ha orillado a tomar las armas para reclamar lo que consideran sus derechos; lo mismo, se muestra el papel que han jugado algunos sectores de la Iglesia en la conscientización de algunas comunidades, el trato que han recibido por parte de los medios los diferentes grupos armados, y su predisposición a la condena, toda vez que afectan intereses, entre los que se encuentran los de los grandes magnates que finalmente son los dueños de los medios de información. Se refiere, también, la forma en que se percibe a la guerrilla, percepción que no es homogénea, pues dependerá de los antecedentes de algunos sectores y grupos la manera en que se asimile la presencia de los grupos guerrilleros. Así, están los que la reprueban sin ninguna concesión, hasta quienes creen que es la vía última que les queda a los condenados de la tierra. Un elemento importante que arroja el análisis que desde la psicología política en estos casos se hace, es el que tiene que ver con la respuesta que el gobierno asume ante el surgimiento de los movimientos armados: la violencia, esa ha sido la constante como responsiva ante el emerger de las guerrillas en las tres olas armadas, lo cual, por cierto, ha mostrado una y otra vez su rotundo fracaso, tan es así que después de 35 años del surgimiento de la segunda ola armada, continuamos con guerrilla a inicios del tercer milenio. A partir de categorías como la violencia institucional, los medios de información, la influencia social, la guerra de baja intensidad, entre otras, se da cuenta, entonces, de distintos procesos psicopolíticos de los grupos armados en México.

Asimismo, se muestra cómo el gobierno a la respuesta violenta que ofrece, le suma el proceso de ideologización, mediante el cual pretende deslegitimar a los guerrilleros, y posicionarlos en el campo del bandolerismo o de la delincuencia para facilitar así su exterminio por la vía militar y sin consecuencia alguna, como la protesta o el reclamo. Ante tal ofensiva, vista desde la perspectiva psicopolítica, los guerrilleros responden con el proceso de politización y de enriquecimiento intersubjetivo de la realidad, de tal forma que llaman a sumar esfuerzos a otros sectores y plantean la convivencia diversa en un mundo en el que quepan todos, donde no haya excluidos como a la fecha ocurre. Estos planteamientos, como se verá, han logrado impregnar el discurso de diferentes sectores, lo que le ha otorgado cierta cobertura y legitimidad a los grupos armados, y les ha acarreado múltiples muestras de simpatía nacionales y extranjeras. También hay que hacer notar que los grupos armados recurren sistemáticamente a una memoria que la versión oficial ha pretendido olvidar, aniquilar, pero que es una constante en el discurso y en la actuación de las guerrillas de fin de siglo, en tanto que se consideran herederos de las gestas de los independentistas del siglo XVIII, de los liberales como Juárez, de los revolucionarios de principios del siglo XX, de los reprimidos en los cincuenta y sesenta, y de las guerrillas que actuaron en los sesenta y setenta; en suma, todo un arsenal del pasado, que se pone en marcha en el presente, y le quitan así al poder figuras claves como la de Zapata, que muchos reclaman para sus intereses, y en nombre del cual se ha modificado hasta la Constitución mexicana.

Una acotación pertinente consiste en aclarar que el análisis psicopolítico en ocasiones, muy frecuente, cae en la especificidad del zapatismo, dadas sus características

de peculiaridad y por el material tan amplio que sobre él hay, no obstante, en tales casos, los otros grupos armados, sobre los que hay menos material, se encuentran como referencia, marcos que posibilitan el contraste y potencian el análisis. Entonces, el capítulo cinco es, en sentido estricto, el de la psicología política propiamente dicha. Las dos partes anteriores constituirían el antecedente, el marco referencial y la presentación del objeto de estudio.

El capítulo seis, que también forma parte del análisis psicopolítico, trata de mostrar las fuertes diferencias entre quienes en ocasiones tienen la atención de las miradas, reflectores, focos, cámaras, espacios, interlocutores, por un lado, y quienes están prácticamente en el anonimato. Estos últimos no existen para el espacio público, que es donde se ventila, por antonomasia la política, se quedan en la oculta vida privada; pero que sin embargo, lo primero, los liderazgos, los puentes, las cabezas, no pueden prescindir de los segundos, de las "bases", de lo clandestino, de lo cotidiano: uno se cimienta sobre la base de lo otro; lo público de los líderes, los portavoces, no se despliega sin la presencia de lo subreptico, de lo oculto, de la dureza y frialdad de lo clandestino; esa podría ser la reflexión

En la cuarta y última parte, en el capítulo siete, se presentan las conclusiones del trabajo que se puede sintetizar en dos frases: las recurrentes condiciones que han posibilitado el surgimiento de grupos armados en diferentes momentos en nuestro país, han sido de orden económico, político, de injusticia y violencia institucional, y cuestiones sociales. Después de que surgen las guerrillas, se ha recurrido a una forma de ejercicio para acabar con estas: la violencia institucional, mecanismo que ha mostrado su inmoralidad y su ineficacia; por tanto, lo que se requiere es una replica en el sentido de las causas que permitieron el surgimiento de los grupos armados, y que se plasma en sus demandas: apertura política, modificación de la política económica, inversiones para el desarrollo, eliminación de la miseria, eliminación de las injusticias, dotación de tierras, modificación en las relaciones gobernantes-gobernados, que se ponen más en el plano social que de lo militar o lo violento. Ahí se encuentra la fórmula, una fórmula psicopolítica: a reclamos sociales soluciones sociales.

PRIMERA PARTE.
LA PSICOLOGÍA POLÍTICA

CAPÍTULO 1. PSICOLOGÍA POLÍTICA

*La razón crea la ciencia.
Los sentimientos y las creencias
guían la historia*

Le Bon

I INTRODUCCIÓN

En el presente capítulo se pretende dar cuenta de los antecedentes inmediatos de la psicología política. Para ello se iniciará la revisión a fines del siglo XIX, que es el tiempo en que se ancla el antecedente más firme. Se propone bloques por décadas para facilitar la ubicación de autores y periodos. Posteriormente se realizará una más detallada lectura de algunas escuelas europeas (en especial la de Frankfurt), que no obstante ser más reciente, de alguna manera han influenciado a la psicología política en su vertiente latinoamericana.

II ANTECEDENTES

Los antecedentes de la psicología política en su época más reciente bien se pueden ubicar a fines del siglo XIX con autores como Gustav Le Bon, Gabriel Tarde y el mismísimo Lenin; y en un segundo momento, a principios del siglo XX, con algunos escritos de Freud y de Durkheim, entre otros. Y es que la disciplina llamada psicología política proviene de diversas tradiciones, tiene herencia de diferentes disciplinas, vienen al caso la psicología, la sociología, la antropología, la ciencia política, la historia, y no sólo dos: psicología y política, como han pretendido hacer ver los revisores del tema, sobre todo pensando en los autores norteamericanos (ver Jiménez, 1996; Seoane, 1988) que han querido depositar el precedente más elaborado de la psicología política como una disciplina o ciencia. En efecto, baste introducirse y rastrear el pasado de la disciplina, para darse cuenta que la psicología política tiene sus antecedentes depositados en el siglo anterior (ver Moya y Morales, 1988; Fernández Christlieb, 1994; Uribe, 1997) y no exclusivamente en el actual como rezan los manuales norteamericanos (ver Fernández Christlieb, 1987; 1994). Por otro lado, hay autores que son retomados de diversas disciplinas, y no sólo de las dos que tradicionalmente se han

propuesto como tutoras de la psicología política, y que van desde autores clásicos como Lenin, Maquiavelo, Hobbes, Spinoza, hasta los menos conocidos como Le Bon y Tarde, esto es, aquellos que no han querido reconocer la versión "oficial" o dominante de la disciplina. En suma, no hay un precedente unívoco, homogéneo o de consenso para facturar a la psicología política, tanto en fechas como en autores y, por supuesto, en objeto de estudio y método. Lo cual no hace más que mostrar la eterna conflictividad de las ciencias sociales en estos puntos.

Pero como hacen algunos autores (Seoane, 1988; Jiménez, 1996; Moya y Morales, 1988) se puede ir delineando cronológicamente el avance de lo que en la década de los setenta se puede ya percibir como una disciplina, no sólo en el ámbito de la ciencia sino de la academia, de su organización, de su reconocimiento, de sus publicaciones, de sus autores; en síntesis, de los elementos que hacen a una disciplina, como es el caso de la psicología política. De hecho se puede hacer un recorrido por décadas (Moya y Morales, 1988), o en tres periodos, facturados desde las vísperas del siglo XX hasta el reconocimiento de ésta como disciplina (v. gr. Jiménez, 1996). En última instancia, al momento de desarrollar los albores en estas páginas, no habrá gran distinción porque se mencionan autores, temática, métodos y técnicas, escuelas y trabajos publicados sin diferencias de fondo.

Por otro lado, en fechas recientes (la década de los setenta), se comienza a tratar a la psicología política como disciplina independiente aunque proveniente en especial del campo de la psicología social. Es de esas fechas a la actualidad en que se habla de la "modernidad" de esta disciplina (ver Moya y Morales, 1988; Jiménez, 1996). En este último periodo se inscriben las escuelas o tradiciones que se revisan, como la Escuela de Francia con Moscovicci como cabeza, la escuela de España, para luego derivar a las latinoamericanas. Mención aparte merece la Escuela de Frankfurt, que es un neto precedente.

1 El primer antecedente

1.1 1850-1900

En sentido estricto, si se considera el inicio de la psicología social como una especie de psicología política (Fernández Christlieb, 1987; Moscovicci, 1989), los autores de la primera serán los mismos de la segunda; esto es, que tanto Le Bon, Tarde, Wundt, Rossi, Simmel, etc. serán los autores modernos de la psicología política. Pero dada la trayectoria de la psicología política y de las temáticas que ha trabajado se hace necesario agregar una serie de autores que permitan encontrar en su justa dimensión el devenir de la disciplina que aquí nos tiene. Por ello es que habrá que enumerar a ciertos pensadores que hayan sido retomados por la psicología política ya sea en su parte teórica o metodológica. Moya y Morales (1988), siguiendo con esta línea, rastrean los antecedentes de la disciplina allá por la segunda mitad del siglo XIX, al igual que Sabucedo (1996), quien apunta a Maquiavelo y *El Príncipe*, como un antecedente importante de la psicología política, por su fuerte impacto en el pensamiento psicopolítico; lo mismo que Hobbes, quien planteaba que la naturaleza humana tiende al conflicto, en consecuencia las leyes del Estado tienden a lograr la concordia entre los humanos, asunto que posteriormente retomaría nuestra disciplina. Pero

también está ahí Montesquieu, para quien las instituciones no dependen únicamente del deseo y voluntad de los hombres sino que hay otros factores que también hay que considerar, tal es el caso de la religión. A la lista, Sabucedo agregaría a Locke, Rousseau y Marx. Y un poco ya más cercanos al fin de siglo se puede introducir a Lenin y Durkheim, por ejemplo, pues ellos se "adelantaron" a diversos acontecimientos y les dieron explicaciones convincentes a varios de éstos (Moya y Morales, 1988). En el caso más directo bien pueden agregarse a la lista autores como Le Bon, Gabriel Tarde, Max Weber, Lazarus y Steinthal, Wundt, Thomas y Znaniecki, Freud y una larga lista de "figuras asociadas" de diversa forma a la psicología política (Sabucedo, 1996). Una "larga y muy plural" lista diríamos nosotros. Otro autor de finales de siglo es Hamon que en su serie de *Estudios de psicología social* trata problemas de psicología política como la "Psicología del Militar Profesional", en 1894, y la "Psicología del Anarquista-Socialista", en 1895 (Moya y Morales, 1988).

1. 1. 1 El contexto

Es de suma importancia mostrar el contexto en que actúan los autores que posteriormente serán retomados por la psicología política, pues en gran medida su pensamiento se puede explicar por el momento histórico que les tocó vivir, y ahí puede aclararse una serie de dudas al respecto de su planteamiento.

1. 1. 2 El caso Marx

La importancia que reviste Carlos Marx, estrictamente hablando, trasciende los marcos de la economía y de la política, toda vez que una de sus herencias, involuntarias o no, es la denominada Escuela de Franckfurt que da vida al Freudomarxismo, que abordaremos más adelante.

Pues bien, Marx es hasta ahora uno de los grandes pensadores en el campo de las ciencias sociales y es quien dio forma, en teoría, a un modelo de vida más equitativo. Su obra se puede señalar como un parteaguas en la historia de la humanidad, y en ella, de hecho, se inspiraron los revolucionarios de fines del siglo XX y del XXI para llegar a polarizar al mundo en dos grandes posiciones: capitalismo y socialismo. Carlos Marx es el artífice de una concepción del mundo basada en el materialismo histórico, fundador y conformador de una serie de organizaciones entre las que se encuentran la llamada Internacional de los Trabajadores. Su trabajo bien se puede ser ubicado desde principios de la segunda mitad del siglo XIX, pues un par de años atrás había publicado el *Manifiesto del Partido Comunista*.

Marx vivió en una ciudad cuyas características eran el comercio, el intercambio mercantil y el desempleo, lo cual marcaría al joven estudiante prusiano. En aquellos años, en varias partes de Europa se prelude un fuerte movimiento de tinte obrero. Por ejemplo en 1830 estalla en París un movimiento contra la monarquía; seis años después se fundaría la Liga de los Justos, antecedente de la Liga Comunista de 1847, que inspiraría a los futuros partidos socialistas y comunistas de los años venideros. Es en los años cuarenta cuando Marx da a luz la *Ideología alemana* y junto con Engels *La sagrada familia* y el *Manifiesto del Partido Comunista* (Delahanty, 1987). En 1864 fundan la Asociación Internacional de Trabajadores, consecuencia de la insurrección polaca de los sesenta. En esa década se consolida la industria en Europa; se incrementa la clase obrera. Se publica el primer tomo de

El Capital en 1867. Es testigo de la primera manifestación de masas del comunismo: la comuna de París (*idem*).

Según Delahanty (1987) hay nueve elementos en la Europa de mediados del siglo XIX que dan vida a planteamientos como el marxismo: 1) las sociedades secretas de obreros de París (1840-41); 2) la influencia de pensadores como Heine y Von Stein; 3) la aparición de la Liga de los Justos; 4) la sociedad burguesa del siglo XIX; 5) la inteligencia neo-hegeliana; 6) el auge de las ideas progresistas; 7) la actividad de los grupos socialistas; 8) el empuje de la clase obrera y 9) la producción literaria. Siguiendo a este autor, el marxismo surgió entre 1843 y 1845, y ya existía un movimiento obrero organizado: sindicatos, cooperativas de por medio. De hecho el marxismo no precedió al movimiento obrero inglés, no tuvo que ver de lleno con la Internacional, ni con la comuna de París. En efecto, Marx lo constata cuando le escribe a los franceses: "todo lo que sé es que no soy marxista" (citado en p. 35); sin embargo en años posteriores tendría su importancia mayúscula.

De los textos más humanistas y filosóficos, alejados incluso del economicismo y que se retoma para las ciencias humanas, son los llamados *Manuscritos de 1844*, que no se conocieron hasta 1932. En esos textos se hace una caracterización del hombre menos abstracta que en los escritos económicos, se recupera la parte de la interpretación subjetiva de los humanos (Taberner y Rojas, 1984). Es esa línea, la humanista, la que recogen los freudomarxistas, y con un especial énfasis en la lucha por la liberación de la sociedad.

2 El segundo antecedente

2.1 1900

Varios de los autores, y algunas situaciones, como las revueltas, que se presentan a fines del siglo XIX, permanecen durante las primeras décadas del siglo XX. Casos concretos: Vladimir Ilich Lenin, con su revolución social y Gustav Le Bon, con su psicología de las multitudes. El segundo de especial importancia para la psicología política, por sus trabajos en el marco de esa disciplina. Aunque no menos importantes fueron las reflexiones "psicológicas" de Lenin quien con su "teoría cognitiva" pretendía encontrar mecanismos que permitieran explicar cómo, mediante el aprendizaje y la experiencia, se forma la conciencia política. Una obras en la que reflexiona al respecto, es el *Qué hacer*, donde señala cómo los trabajadores aumentarán su conciencia cuando generalicen desde la experiencia concreta las condiciones generales de vida (Moya y Morales, 1988).

Otro autor de importancia para estos tiempos es Pareto, quien escribió sobre sociología y economía, y al incursionar en el campo de la psicología política, dirá que para la acción humana es importante lo que denomina "residuos" y "derivaciones", pues éstas le darán una apariencia lógica y razonable a su actuar. (*idem*). El residuo es la creencia, los conceptos y teorías que permanecen a lo largo del tiempo, y la derivación sirve para enmascarar al residuo. Residuo es lo que se hace, derivación es la explicación que se da al primero. Por ejemplo el patriotismo, como un acto sin sentido (residuo) que se quiere justificar con patriotismo (derivación) que sirve para hacer entender dicha noción.

2. 1. 1 El caso Le Bon

Le Bon es un caso aparte, en buena medida por sus aportaciones a la psicología social y en especial a la que hoy denominamos como psicología política. Varias de sus obras son tratados de esta disciplina, una de ellas lleva precisamente ese nombre: *Psicología política*. Su influencia no está sólo en la psicología, sino que se ha extendido a otras disciplinas como la ciencia política y la sociología, por citar un par de ejemplos. Gustav Le Bon, médico de formación y con una ideología claramente prefascista, en medio de la Tercera República Francesa se empeñó en diagnosticar los males del sistema democrático, en especial los del "peligro socialista" (Jiménez, 1996); además de tratar de mostrar el fracaso del sistema político y social del siglo XIX, que trataba de asegurar un ordenamiento social que se vio rebasado por los acontecimientos (Moya y Morales, 1988).

La primera referencia fuerte de este autor es su obra titulada *Psicología de las multitudes*, que data de 1895 en la que realiza una caracterización de los estados de ánimo, mentales, de irracionalidad de las masas o multitudes que emergen en esos tiempos. Le Bon señala algunos elementos que deben considerarse al momento de abordar estudios de masas, a saber, (a) el espacio y escenografía donde se realice el acto de comunión entre el guía y las masas; (b) la atmósfera que predomina, lo mágico, maravilloso y milagroso del momento; (c) la música que rodea al acto; (d) el manejo de la fe, la esperanza que depositan las masas en los líderes; el propio Le Bon lo apunta así: "El elemento inmaterial que guía el mundo y no podría morir es la esperanza. ¿Los sacerdotes de todos los cultos, los políticos de todas las épocas han vendido otra cosa?" (1895, p. 46); (e) lo que denomina la gramática de la persuasión, que consiste en utilizar el prestigio para imponer alguna idea o afirmación sin pruebas, al tiempo que se hace uso de la repetición, con la finalidad de validar como ciertas las cosas afirmadas, y el contagio mental; (f) el desarrollo de ciertos ritos o ceremoniales que crean la atmósfera de unión, de un "nosotros", para intensificar las emociones.

Y es que la relación que se establece entre líder y muchedumbre es esencial para el autor. Por ejemplo, el orador es quien seduce, encanta, hechiza por su persona más que por sus palabras. Por lo que un elemento a tomar en consideración por el orador o líder, es que debe emocionarse primero con la masa para luego guiarla; además de saber cómo piensa ésta para después conducirla hacia el pensamiento del líder. Asimismo hay que incluir en el plan del dirigente el contagio mental, pues a él se deben la propagación de los movimientos sociales; así se expanden las grandes creencias, religiosas y políticas. Lo mismo hay que impresionar a la imaginación, pues las creencias siguen la vía de la sugestión y no de la razón. De esta forma, la seducción y la persuasión son el vehículo dirigido a los sentimientos para crear opinión y movilizar multitudes (*idem*).

Le Bon no ocultaba el desprecio que sentía por las muchedumbres, a más de estudiarlas, cuando escribía: "entre los caracteres especiales de las muchedumbres hay muchos, tales como la impulsividad, la irritabilidad, la incapacidad para razonar, la ausencia de juicio y de espíritu crítico, la exageración de sentimientos y otros muchos que se observan igualmente en los seres que pertenecen a formas inferiores de evolución, tales como la mujer, el salvaje y el niño" (p. 28). Y cuando acentuaba: "Las muchedumbres son fémimas, a veces; pero las más fémimas de todas, son las muchedumbres latinas" (p. 30). Quizá de ahí provenga la admiración que los fascistas en los treinta y cuarenta, en España, Italia y

Alemania, mostraron por el autor, para retomarlo en el trabajo ante sus pueblos, baste recordar que en muchos de sus postulados se inspiraron Mussolini y Hitler (Jiménez, 1996). Lamentablemente para Le Bon, su muerte, que llega en 1932, no le permitió ver el ascenso de sus admiradores al poder.

Lo cierto es que con sus publicaciones, Le Bon iniciaba los estudios sobre el campo político y las colectividades, las muchedumbres que se caracterizaban por su irracionalidad y su "primitivismo" espontáneo, que dieron paso al estudio del rumor, el pánico, la propaganda, las revoluciones sociales y similares, y aunque en su momento no tuvo un gran impacto en la psicología y en la sociología o en el terreno político, se manifestó décadas después (ver Fernández Christlieb, 1994). Es en su obra sobre las masas donde se comienza a delinear una psicología política, pues Le Bon da cuenta de las relaciones entre líderes y seguidores, afectividades y razones, destrucciones y construcciones de naciones.

Pero la obra cuyo contenido y título *-La psicología política y la defensa social, 1910-* le otorgaría la factura de paternidad de la psicología política (ver Sabucedo, 1996) inaugura una disciplina con importancia y urgencia apremiante, pues a decir de Le Bon, las situaciones políticas de aquel tiempo mostrarían la enorme relevancia de los conocimientos psicológicos en dicho campo. Le Bon definía en *La psicología política...* a ésta como "el conocimiento de los medios que permiten gobernar de manera útil a los pueblos" (citado en Jiménez, 1996, p. 223). Y con ello mostraba sus tendencias, puesto que el propio Le Bon llegó a considerar como único tratado de psicología política el texto de *El príncipe* de Maquiavelo, a quien se refería como "ilustre florentino" y "eminente psicólogo" y por quien no oculta su admiración. De ahí que para Le Bon, la psicología política constituya un elemento del que no podía prescindir el gobernante, algo que recalcó en su obra de 1910. Pero su interés no para ahí, puesto que propone una especie de agenda para la psicología política, entre cuyos temas se encontraban la influencia psicológica en la enseñanza universitaria, la génesis de la persuasión, los progresos del despotismo, la eficacia de la pena de muerte, etc. (*ibid*).

Se pueden derivar reglas del gobierno de los hombres a partir de las respuestas a las preguntas de cuándo actuar, cómo actuar y en qué límites hacerlo: de aquí se desprende el arte de la política (Uribe, 1997b). Para el estudioso de las masas la psicología política se constituye a partir de cinco fuentes: la psicología individual, la psicología colectiva, la psicología de las multitudes, la psicología de los pueblos y las enseñanzas de la historia (Acosta y Uribe, 1991; Uribe, 1997). Es en la psicología política donde descansa el "arte de gobernar", combinando las cinco fuentes anteriores y estudiando los mecanismos psicosociales como el contagio, la sugestión, la imitación y el prestigio, aunque no de menos importancia resulta abordar la persuasión y la negociación, siendo éste último el elemento clave de la psicología política, que de hecho Le Bon denomina arte, el "arte de negociar" que enseña la psicología política. Todo lo cual hay que tomar en consideración, pues según Le Bon hay eventos tienen en ocasiones una causa, aunque la mayoría de las veces estos son multicausales y se deben en algunos casos a factores permanentes o transitorios, así, nos dice: "La reunión de todos estos factores lejanos o próximos, estables o transitorios, representa lo que se puede llamar la ecuación social de la época. De la solución correcta de esta ecuación depende con frecuencia el porvenir de un pueblo" (citado en Acosta y Uribe, 1991, p. 44).

Para Acosta y Uribe el contexto en el que surge la psicología política y colectiva es la revolución francesa y americana, entre la revolución industrial y el incipiente desarrollo del capitalismo de los siglos XVIII y XIX, la aparición de las masas obreras, la instauración de los

parlamentos y la aparición de los movimientos sociales, entre ellos las revueltas obreras; ahí se inscriben las relaciones sociales. Estos considerandos permiten a los autores señalar tres elementos que dan cuenta del trabajo de Le Bon en su época. El primero radica en el individualismo conservador del propio autor, lo que le lleva a despreciar a las masas y poner por encima de ellas, con una mayor capacidad, al individuo; éste es más creativo que las muchedumbres, las masas y las multitudes. Segundo, su desprecio al movimiento obrero, en auge en aquél entonces, a la tradición republicana y a las ideas socialistas. Al tercer elemento lo constituyen sus postulados de atribución, como factores explicativos de la conducta de la masa, al inconsciente, a lo afectivo, esto es, lo irracional y emotivo. De ahí que señale: "Los más importantes acontecimientos, aquellos que han dominado el destino de los pueblos y de sus civilizaciones, emanan de factores inconscientes... no es de lo racional sino de lo irracional que los grandes acontecimientos han nacido, lo racional crea la ciencia, pero lo irracional conduce la historia" (citado en p. 45).

Tiempo después se puede ver con claridad que la influencia de Le Bon en la psicología es fuerte, pues su fantasma, aún a fines del siglo XX, perdura; no sólo con sus propuestas de asesoría en el intento de gobernar, sino con todo y su postura conservadora y pesimista (ver Fernández Christlieb, 1988) que atravesó a los gobiernos de derecha a mediados de siglo en Europa, y su caracterización de las masas que fue seguida al pie de la letra. Baste recordar la sentencia leboniana: la razón crea la ciencia, los sentimientos dirigen la historia, frase con la que inicia su libro sobre psicología política (Jiménez, 1996; Acosta y Uribe, 1991). Es obvio que él prefería la ciencia a la historia.

2.2 1910

En esta década sigue haciendo acto de presencia Le Bon, pero entran en escena otros autores. No obstante y pese a los intentos, la psicología y la política parecen dos disciplinas ajenas entre sí. Moya y Morales lo sintetizan de esta forma: "a principios de siglo Psicología y Política permanecían bastante distantes entre sí. Para la mayoría de los teóricos de la ciencia política la Psicología era algo de lo que apenas habían oído hablar, a lo sumo una especie de filosofía introspectiva indigna de merecer su atención" (1988, p. 41). Pese a ello, o por lo mismo, otros autores realizaban los intentos pertinentes para ir delineando a la joven disciplina, entre quienes se encontraba Graham Wallas, un socialista y politólogo autor de cinco libros y docente en la London School of Economics, donde fue maestro de Lasswell otro personaje para la psicología política. En 1908 aparece su obra *Human nature in politics*. Un propósito de Wallas fue criticar el "excesivo intelectualismo" en la teoría política, y declaraba que la ciencia política debía introducir el estudio de la psicología y la naturaleza humana en su ámbito (Jiménez, 1996). Wallas creía que la conducta política se debía más a temores, miedos e impulsos, que a inferencias intelectuales y cálculos de medios-fines. Para 1914, en otra de sus obras *The great society: a psychological analysis*, introduce nociones de psicología, provenientes de Mc Dougall y James. Ya se comenzaba a sistematizar el campo.

2. 3 1920

Dato curioso: en 1924 Floyd Allport tenía una cátedra de psicología social y política (Seoane, 1988; Moya y Morales, 1988) en la Universidad de Syracuse (Sabucedo, 1996); y por estos mismos años se sitúa al psicoanalista Alfred Adler como antecedente de la disciplina (Moya y Morales, 1988), por su marxismo practicante, por su ruptura de la individualidad con el maestro, por su rechazo al mecanicismo de Freud, y porque fue el primero en dictar una conferencia, en medio de los psicoanalistas, sobre freudomarxismo, aunque ello haya ocurrido en marzo de 1909 (Delahanty, 1987). Otro precursor olvidado es Charles E. Merriam, quien además de ser profesor de ciencia política en Chicago fue candidato frustrado a la alcaldía de esa ciudad pues su partido, el republicano, no le dio apoyo por ser "demasiado progresista". Escribió una veintena de libros y, al igual que Wallas, fue un fuerte defensor de la colaboración entre psicología y política, y publicó en 1924 un artículo titulado: *Politics and psychology*. Con todo y su falta de sistematicidad no hubo tema que no tratara, del mismo modo que Wallas. Sostuvo, además, que la psicología podía contribuir al desarrollo de la política (Jiménez, 1996), similar a lo que señaló Merriam en 1925, quien creía que la ciencia política debía trabajar con otras disciplinas, entre las que se encontraba la psicología (Moya y Morales, 1988).

Es en la década de los veinte que varios psicólogos sociales depositan un poco de su atención en la psicología política (Jiménez, 1996). Por ejemplo, Williams en 1922 le dedicó todo un libro al tema; en 1925 Dunleap incluyó, en uno de sus libros, un capítulo sobre los temas referentes a la psicología política; en 1929 Ewer Bernard también incluyó en uno de sus libros un capítulo en el que tocaba temas como patriotismo, nacionalismo e internacionalismo; hay un texto de Murchison facturado en 1929, denominado *Psicología de la dominación política*. Asimismo en 1928 el belga Hendrik de Man, inspirado en Adler, publica *La Psicología del socialismo*, en el que habla del mecanismo de la compensación psicológica que da origen a los totalitarismos (Moya y Morales, 1988). Y si de obras se trata, aquí se inscribe la de W. I. Thomas, *El campesino polaco*, obra original y uno de los cimientos de la psicología política (*idem*). De hecho, para Seoane (1988) existe en estos momentos una "plataforma social" que permite la aparición de la disciplina tiempo después, que deposita en autores como Floyd Allport, Skinner, Eysenck, Littman, etc.

Pero no sólo los autores y las obras pululan por los veinte, no, pues también las escuelas comienzan a emerger o a fortalecerse. Es el caso de la Escuela de Frankfurt, cuna de importantes aportaciones a las ciencias sociales y a la psicología social en particular, y espacio en donde se conforma la tendencia denominada freudomarxismo.

Un dato importante que aporta Sabucedo (1996) es que en los años veinte no se puede hablar de una psicología política propiamente dicha, muy a pesar de que ya existen más autores, obras, textos y escuelas; es a partir de la década de los treinta en que se comienzan a realizar estudios que sirven de base para la constitución formal de la disciplina.

2. 4 1930

En 1930 aparece una obra titulada *Psicopatología y política*, y el autor era un alumno de Wallas, Harold Dwight Lasswell, quien fue presidente de la Asociación Estadounidense de Ciencia Política (Moya y Morales, 1998). En su obra recopiló casos clínicos de hombres y mujeres que actuaban en la política, concluyendo, muy psicoanalíticamente, que "el político

es producto de motivos particulares que son desplazados sobre un objeto público y racionalizados en función del interés público" (citado en p.48). En la misma obra propone una tipología de los roles políticos: el agitador, el teórico y el administrador. Es aquí donde Lasswell reconoce influencias, en especial de los psicoanalistas; intenta mostrar cómo ciertas experiencias del desarrollo, sobre todo en la infancia, son decisivas en la conducta política posterior (Jiménez, 1996). Para este autor, las conductas públicas de los políticos se ven siempre como racionalización de motivos privados, por ello asegura que "el estudio de la política es el estudio de la influencia y de lo influenciado" (*idem*). Lasswell es para muchos, sobre todo para los estadounidenses, el padre y fundador de la psicología política.

Quizá por ello se le ofreció la presidencia de la Sociedad Internacional de Psicología Política (ISPP, por sus siglas en inglés) cuando se fundó en 1978. Jiménez (1996) recuerda las palabras de Stone al referirse al "fundador" de la disciplina: "universalmente reconocido como el líder moderno de la Psicología Política" (citado en p. 225), apuntalado por su obra tan amplia: 55 libros, 400 artículos, 250 críticas de libros, y los 150 trabajos que reseñan su pensamiento. No obstante considerársele fundador, pues los estadounidenses acostumbran mucho eso, las críticas no dejan de aparecer. Así, Merriam y su propio maestro Wallas, han señalado que los textos de Lasswell carecen de estructuración, son asistemáticos, con ideas a veces brillantes pero escasamente argumentadas (*ibid*). En síntesis, de la cantidad no brota la calidad; casos, por lo demás, muy recurrentes en el norte de nuestro continente. A pesar, de que Lasswell tuvo como compañeros de escuela a Wirth y Blumer, era profesor de Ciencia Política en Chicago, estuvo en Europa entre 1926 y 1927, en Berlín es psicoanalizado por un discípulo de Freud, Teodoro Reick y trabó relación con Adler, Fromm, Alexander y Horney, el pensamiento positivista-estadounidense no se le iba, más bien se le acentuaba. En última instancia, Lasswell estaba en busca de "las claves psicológicas individuales" para la comprensión de la conducta política (Sabucedo, 1996), lo que Billig denomina una "psicología de la política" y no una psicología política, discusión que se abordará más adelante.

El mismo año en que Lasswell publica su obra más importante otros autores incluían en sus textos aspectos de la psicología política, es el caso del manual de K. Young; y de H. Gurnell que hacía lo propio, pero en 1936. (Jiménez, 1996). Y en 1934, como para ir acentuando la pluralidad de los temas, Thurstone trabaja sobre las actitudes, estudios que dieron la pauta para el desarrollo de una de las líneas fuertes de investigación de la psicología política: las actitudes socio-políticas (Sabucedo, 1996). Esta tendencia, con una connotación claramente europea, se ve reafirmada con un psicólogo estadounidense, de nombre J. F. Brown, quien colaboró con los gestaltistas en Berlín hacia 1929, y publicó en 1936 una obra que se considera una de las "más singulares" en psicología política: *Psicología y orden social*, en la que criticó a la psicología social del momento, llegando a afirmar que "el conocimiento en ciencia no es a-valorativo". Su apoyo público a la Unión Soviética le costó las reservas que en su momento le tuvieron varios colegas y su reclusión en el olvido (Moya y Morales, 1988). Brown es uno de los fundadores de la Sociedad para el Estudio de los Problemas Sociales, que pretendía abordar problemas que para la sociedad requerían soluciones, esto es contribuir al cambio social; y que a la postre, se supone, se convertiría en el antecedente (social) de la ISPP. Otro de los que fundan dicha Sociedad fue Daniel Katz, quien, junto con Schanck, publicó en 1938 un manual que contenía un apartado sobre clases sociales, sindicatos y similares (*idem*). Otro más de los fundadores de esta instancia, Newcomb, realizó en 1937 el que se considera el primer estudio de las actitudes políticas en Estados Unidos.

Es en esta misma década. La Escuela de Frankfurt da a luz, después de cinco años de trabajo, una de sus obras más fuertes, los llamados *Estudios sobre autoridad y familia*. Son publicados en 1936 y constaban de tres partes. Horkheimer era el editor de la primera parte, que contenía tres trabajos escritos por él mismo, por Fromm y por Marcuse; la segunda sección de los estudios es editada por Fromm, presenta una serie de trabajos empíricos; la tercera, editada por Lowenthal, incluía 16 estudios. Todos los trabajos giran alrededor de la familia y la autoridad, en sus diferentes perspectivas.

Otra obra de singular importancia, y recuperada por la psicología política, es la de A. Kardiner, *Estructura básica de la personalidad*, publicada en 1939 (Moya y Morales, 1988). Aquí mismo podemos inscribir el trabajo de Dollard y colaboradores que publicaron en 1939 la monografía *Frustración y agresión*. El tema es parte del "espíritu" de la época: el ascenso del fascismo, tanto en Alemania como en España y que se extendía por el continente europeo; el cuestionamiento al socialismo, los linchamientos en el sur de Estados Unidos, etc. (Moya y Morales, 1988). En efecto, son tiempos de fascismo, tiempos de intolerancia, de medición de actitudes, de evaluar la personalidad (pues la psicología individualista siempre ha centrado al individuo en medio de las relaciones, de la cultura, de la sociedad, de la política), tiempos de estudiar el carácter como lo hizo el freudomarxista Reich; y como el fascismo se colaba hasta la cocina, habría que caracterizarlo recuperando a uno de los clásicos de la psicología, el multitudinario Le Bon. Y quien se dio a la tarea fue el propio Reich, dando a conocer su obra *Psicología de masas del fascismo*. El ascenso y la toma del poder por parte de esta ideología bien podía diseccionarse desde la psicología y tratar de encontrar una solución a tan grande problema, como ya lo representaba en la España franquista y la Alemania nazi.

Pero también en esta década hay autores "olvidados" como el británico G. Catlin, influenciado por Hobbes, quien impulsó y trabajó por la unificación de la ciencia política y la psicología, con sus reservas: "Los políticos ciertamente no pueden ser independientes de la Psicología, pero no sería sabio aconsejarles que hicieran uso dogmáticamente de los conceptos psicológicos, cuya validez es desmentida por los propios psicólogos. El uso de estos conceptos debería ser hipotético, selectivo y derivado, nunca primario y dogmático" (citado en Moya y Morales, 1988, p. 48). Y es que la pugna que tenía el conductismo con el psicoanálisis y las otras escuelas que se formaban no creaba un ambiente de confianza a los ojos de los estudiosos de la política. En esta misma década se ubica también a Kurt Lewin con su Teoría del Campo y de la Investigación-Acción, como contribución a la psicología política (*ibid*), junto con su alumno, Junius Flagg Brown, quien elaboró un texto, con base en las argumentaciones de Freud y de Marx (sin que por ello fuera considerado freudomarxista), que se ha mantenido en la oscuridad; el trabajo, denominado *Psychology and the social order* contiene una cuarta parte dedicado a la ciencia política, pues el autor consideraba a la psicología política como una interdisciplina (Jiménez, 1996).

2. 5 1940

La década se abre con los primeros intentos por predecir la conducta electoral: Lazarsfeld y Gaudet, durante 1940, analizaron campañas electorales (Sabucedo, 1996), y cuatro años después los mismos autores publican uno de los primeros estudios sobre la relación entre actitudes políticas y conducta de voto en los Estados Unidos (Moya y Morales, 1988), superando por primera vez los estudios puramente descriptivos y atóricos. Es por estos

años que se insiste en que la psicología política sea parte o derivación, de la psicología social, pues Bird incluye en sus textos de psicología social temas como guerra y propaganda (Jiménez, 1996). Se nota, asimismo, cierta separación de las nociones simplistas en el sentido de que la psicología política sea un producto de la psicología y de la ciencia política; ya se avizora a la psicología política como una forma de la psicología social.

Por otro lado, se asomaba desde la década pasada con Reich el fantasma de la guerra para abordarse por la psicología y en este decenio parece consolidarse, pues en 1941 el psicoanalista y marxista Erich Fromm publica *El miedo a la libertad*, obra considerada dentro del marco de la psicología política (Moya y Morales, 1988). En dicho texto se apunta que "los sentimientos de aislamiento y ansiedad que experimentan grandes masas de personas en las sociedades actuales fomentan la glorificación de la fuerza y del poder y constituyen la base del fascismo" (citado en p. 50). Y en ese mismo marco, el de la Segunda Guerra Mundial, Tolman publicó en 1942 su libro *Impulsos hacia la guerra*, en el que intentó explicar la tendencia del ser humano a la guerra, y sugirió posibles mecanismos para la paz (*ibid*). Asimismo, durante el período de este conflicto armado, Hovland colaboró en la obra colectiva que coordinó Stouffer, *El soldado americano*. Entre las cosas puestas al descubierto por el autor se acentúa el de *Sleeper-effect*, o de adormecimiento (que será retomado tiempo después por Moscovici, 1981), esto es, que el efecto de la credibilidad del comunicante tiende a desaparecer cuando ha pasado algo de tiempo (Moya y Morales, 1988). En efecto, "con el paso del tiempo las opiniones de los sujetos tienden a cambiar en la dirección del argumento del comunicante [de baja credibilidad], pero vuelven a bajar cuando al sujeto se le recuerda quién [ha dado el mensaje]" (citado en pp. 55-56). Y como si el tema no diera para más, se estudió la propaganda y la comunicación persuasiva. Eso ocurrió, y con un fuerte impacto, alrededor de la Segunda Guerra Mundial, en el llamado Laboratorio de Estrategias de Comunicación (Sabucedo, 1996).

A fines de los cuarenta, 1948, el fundador Lasswell publica, nuevamente inspirado en las ideas de Adler, su *Poder y personalidad* (Moya y Morales, 1988), pero con pocas variaciones en relación a sus obras anteriores (Jiménez, 1996). En ese mismo año el italiano Antonio Gramsci, fundador del partido comunista de su país, saca sus *Cuadernos de la prisión* y da al traste con la concepción de muchos marxistas ortodoxos al brindarle a los fenómenos mentales en los procesos políticos una importancia similar a la que tenían los medios de producción desde la concepción marxista (Moya y Morales, 1988). Al año siguiente, esto es en 1949, Richard Centers publica su *Psicología de las clases sociales. Un estudio de la conciencia de clase*, uno de los pocos trabajos sobre la materia, hasta ese entonces.

Y cual si fuera una paradoja, para quienes reivindican la "objetividad" y la "neutralidad" de la ciencia, Moya y Morales señalan que para finales de los cuarenta: "El psicólogo conductista radical B. F. Skinner y su formulación del 'condicionamiento operante' han influido en la Psicología Política no sólo de manera indirecta (sus ideas se han aplicado a la explicación de los comportamientos 'políticos' y a su cambio), sino también directamente a través de su libro *Walden Dos*, donde se plantea en forma novelada cómo puede y debe construirse una sociedad o comunidad alternativa... Las ideas expuestas en *Walden Dos* han sido llevadas a la práctica en numerosas comunidades de diversos países, especialmente Estados Unidos, Canadá y México" (p. 50). En el último caso hablamos de la comunidad de los horgones en el norte de nuestro país.

2. 6 1950

Después de la Segunda Guerra Mundial aparecen varias líneas de investigación en psicología política de manera fuerte, por ejemplo la conducta de voto, trabajo al que se abocan en buena medida el Survey Research Center de la Universidad de Michigan, donde se encuentran Campbell y colaboradores. Se pasa de una perspectiva más macrosocial a una más psicológica, por ejemplo se trabaja sobre cómo las actitudes que se tienen hacia ciertos candidatos y la identificación que se tiene con ciertos partidos influyen a la hora de votar. Campbell habla en sus estudios sobre el "sentido de la eficacia política" (Moya y Morales, 1988).

En 1950 aparece la obra del equipo conformado por Adorno, Frenkel-Brunswick, Levinson y Sanford: *La personalidad autoritaria*, una de las obras "más influyentes" en psicología y particularmente en psicología política [una nota aclaratoria es que los autores aparecen por orden alfabético y no por importancia (Moya y Morales, 1988; Sabucedo, 1996)]. Se menciona que su contribución fundamental es la elaboración de un instrumento de medición del síndrome autoritario (la denominada escala F). Con esta obra se sienta otra de las bases para la disciplina pues tiempo después tendrá peso el estudio sobre la autoridad (Moya y Morales, 1988). Por estas fechas, 1952, y a tono, aparece la obra de Asch, *Presión unánime de la mayoría*.

Asimismo prosigue la tendencia de introducir temas de psicología política en los manuales de psicología social, tal es el caso de Sargent y Queener en 1951 y Klineber en 1954 (Jiménez, 1996), dedicada específicamente a la propaganda en el primer caso y a las relaciones internacionales en el segundo, pensando, por supuesto, en el contexto de la llamada Guerra Fría. Incluso ya aparece un capítulo sobre psicología del voto en un texto de Lipset en 1954. Lasswell continúa con su actividad, y en ese año publica otra obra bajo el título de *Carácter democrático*, siguiendo con la línea de sus obras anteriores sobre élites, liderazgo político y poder, poniendo un especial énfasis en el impacto de éstos sobre las masas (Moya y Morales, 1988). También en 1954 aparece otro libro, el de Eysenck, titulado *Psicología de la decisión política*, (Seoane, 1988) organizado en dos partes: la primera, de investigación empírica, trata de replicar a los autores de la personalidad autoritaria; y la segunda es una replica a las investigaciones sobre actitudes basadas en la teoría del aprendizaje. En su obra elabora un cuestionario que será la base para muchas investigaciones sobre medición de actitudes sociopolíticas (Moya y Morales, 1988). Por otra parte, el autor, con toda la ideología estadounidense interiorizada, trata de mostrar una similitud entre la mentalidad de comunistas y fascistas; ello constituía un tipo de respuesta a la "amenaza" expansionista del socialismo por el mundo, y quienes se dedicaron a consumirla tal cual fueron los norteamericanos, generando así un ambiente anticomunista (Sabucedo, 1996).

Un dato importante que aportan Moya y Morales (1988) es que, según Inkeles y Levison "el año 1955 marca el fin de un período -el primero- en los estudios de cultura y personalidad, nombre genérico que se aplica a todos aquellos que utilizan la idea de una 'estructura básica de la personalidad' " (citado en p 57), ello debido en gran parte a los problemas metodológicos que se arrastraban de años atrás. Además del cierre de un período, también están los autores relegados, en efecto, los cincuenta también cobran facturas con algunos teóricos, es el caso de Marie Jahoda cuyos trabajos se pueden categorizar de "desviados" (Moya y Morales, 1988) pues mientras sus colegas se dedicaban a estudiar el conformismo, él abordaba la independencia como proceso psicosocial. Sí, por ello la Asociación de Psicólogos Americanos le otorgó en 1979 una distinción, y reconocía

que "Durante la era de McCarthy estudió el impacto de las medidas de seguridad y de diferentes clases de listas negras sobre la autoimposición de restricciones en la conducta. Su trabajo durante ese período iluminó el efecto real de la obediencia ideológica propiciada por la cruzada anticomunista" (citado en p. 56). Más aún, la obra de León Festinger que se considera de un "poderoso impacto" en las teorías sobre actitudes (también en el de las sociopolíticas), bajo el título de *Una teoría de la disonancia cognoscitiva* aparece en 1957 (Moya y Morales, 1988).

Por otro lado, es en esta misma década en que comienza a destacar un tópico: la participación política y el comportamiento electoral (Jiménez, 1996). Quizá por ello David B., en 1955, había señalado que el mayor impacto en las ciencias de la conducta se debía al área del comportamiento electoral. El mismo Jiménez apunta que es en los cincuenta que se instalan dos escuelas de análisis de la conducta electoral (aunque en realidad son tres, pues otra se implantará más tarde, la de la Teoría de la Elección Racional). Por un lado estaban los de la escuela de Columbia (Lazarsfeld, Berelson, Gaudet), cuyo libro clave es *The people's choice*, que veían como variables fuertes a las cuestiones demográficas y sociológicas, estatus, religión y lugar de residencia, a la hora de emitir el voto, por lo que las campañas electorales al estar dirigidas hacia otros factores tenían muy poco efecto. Por otro lado se encontraban los de la llamada escuela de Michigan (Campbell, Converse, Miller, Stokes), cuyo libro clave es *The american voter*, quienes luego de criticar al grupo de Columbia introdujeron elementos psicológicos en sus explicaciones sobre comportamiento electoral, en detrimento de las variables demográficas. Tres son de especial importancia: las actitudes políticas, la identificación con los partidos y el de eficacia política, creencias (subjetivas) de que el voto influye en el ámbito de lo político; al respecto de las campañas electorales dijeron que apenas influían. Asimismo, hay que recordar que en esta década se instalan los estudios de socialización política con un base empírica (Sabucedo, 1996). Finalmente, cuando está por concluir este ciclo, Robert Lane publica un texto de política, en el que incluye en la tercera parte cuestiones de psicología: emociones, actitudes y su relación con la política (Jiménez, 1996). En efecto, como parece, la política volteaba la cara a la psicología; ya no era sólo de aquí (psicología) para allá (política), sino a la inversa también.

Para estas alturas de la contienda, Lasswell tenía ya definido claramente su nivel de análisis: el individuo, y esta orientación es la predominante en las ciencias sociales norteamericanas (Sabucedo, 1996) y, por supuesto, en la psicología política. De hecho la construcción histórica (oficial) de la disciplina está muy determinada por el trabajo de los "colegas norteamericanos" (*idem*).

2. 7 1960

Con Rokeach y su obra *La mentalidad abierta y cerrada*, en 1960 se da un giro a los estudios sobre autoritarismo, pues ahora se habla de una base cognitiva de éstos: el dogmatismo y, por supuesto, su escala para medirlo. Rokeach, en sus estudios, llegó a la conclusión de que el dogmatismo no tiene relación con las creencias políticas, aunque otros estudios han mostrado, con su propia escala, que los sujetos pertenecientes a grupos de derecha puntúan más alto que los sujetos pertenecientes a grupos de izquierda (Moya y Morales, 1988). En ese mismo año se presentan varios estudios: Inkeles elaboró una propuesta de análisis entre estructura social y carácter o personalidad individuales; Fred I. Greenstein da a conocer un

artículo bajo el nombre de *El líder benevolente: imágenes infantiles de la autoridad política*; lo mismo, Hess y Baston publican los resultados de un estudio en el que muestran la relación que existe entre las actitudes hacia el padre y hacia el presidente, como figuras de autoridad (*ibid*).

Al siguiente año, 1961, Verba da a conocer un trabajo titulado *Grupos pequeños y conducta política: Estudio de liderazgo*, que pasó desapercibido; y en 1963 se presenta algo de singular carácter: Almond y Verba se dedican a estudiar la congruencia entre actitudes políticas de los ciudadanos y los sistemas democráticos, en muestras de cinco países: Estados Unidos, Gran Bretaña, Alemania, Italia y México. Lo curioso es que en dicho estudio, *The civic culture* (Jiménez, 1996), México aparece en la lista de países con un sistema democrático, algo similar ocurriría tres décadas después con los trabajos de Maritza Montero (1987).

Un año antes, 1962, se publicó *Ideología política* del politólogo Robert Lane, quien utiliza como metodología la psicobiografía. Entrevista a 15 trabajadores y estudia las raíces de las actitudes políticas, encontrando una combinación de respeto y resentimiento a la autoridad y al sistema (Moya y Morales, 1988). Este autor trata de unir en los hechos a la psicología y la ciencia política, y en 1963 da a conocer un trabajo donde hay una mayor relación entre éstas (Jiménez, 1996). Y como muestra del quehacer de la psicología política fuera de los Estados Unidos, en 1962, en Francia Meynaud publica *Las actitudes políticas*, y con una visión puramente teórica, característica por demás muy europea, sintetiza el estudio de los "factores y mecanismos que orientan los comportamientos políticos de los ciudadanos: conducta electoral, inscripción en un partido, adhesión a un movimiento revolucionario, etc" (citado en Moya y Morales, 1988, p. 61). Y se ve, por supuesto, la clara diferencia con la línea americana, que parece rezar: *empiría versus teoría*.

Una investigación interesante que se publica en 1965, *Niños y política*, cuyo autor es Greenstein, versa sobre la actitud de niños hacia la autoridad política. Sus resultados son peculiares: los niños y niñas de la clase media, a diferencia de los de clase baja, se interesan más en política, acentuándose más en los niños que en las niñas de ambas clases; además, los padres de los niños clasemedieros inculcaban a éstos concepciones más democráticas y activas en la toma de decisiones (Moya y Morales, 1988). El mismo año James D. Barber saca a la luz un trabajo denominado *The lawmakers*, una monografía que, desde la psicología y utilizando entrevistas, aborda a un grupo de políticos del estado de Connecticut (Jiménez, 1996). Pero no sólo el 65 fue un año peculiar, también lo fue el 67, con el trabajo de E. V. Woffenstein, *The revolutionary personality*, pues utilizó archivos documentales para analizar las figuras de Trotsky y Gandhi (Jiménez, 1996); se podría pensar en la psicobiografía o psichistoria. Asimismo ve la luz un trabajo de Di Renzo en el que se estudia la correspondencia entre personalidad y sistema social (Moya y Morales, 1988).

Para Moya y Morales (1988) "La relación entre Psicología y ciencia política experimenta una importante inflexión con la obra editada por Kelman en 1965, *La conducta internacional: un análisis psicosocial*. Se trata de una de las primeras ocasiones en que se analiza de manera global el papel a desempeñar por la psicología en el estudio de la conducta política. La conducta internacional se concibe como un subcampo de ésta" (p. 64).

Pese a que 1965 y 1967 fueron años peculiares, 1968 representa mucho para la futura disciplina, pues la Asociación Americana de Ciencia Política otorga la psicología política como categoría profesional a sus miembros, y en ese año cuenta con 462 agremiados en el

área (Jiménez, 1996). También en 1968 en otra parte de Europa, Suecia, se publica *Estrategias de partido en un sistema multipartidista*, cuyo autor es Sjöblom; asimismo, el *Journal of Social Issues* dedica un número monográfico a la "Personalidad y la Política", temas de psicología política. Ese mismo año, en una lógica semejante a la de Meynaud, el sociólogo belga S. Bernard trabaja *Las actitudes políticas en la democracia* (Moya y Morales, 1988). Para el siguiente año, 1969, se presentan varios trabajos: Robert Lane da a conocer su *Pensamiento y conciencia política* en el que aborda las formas en que la gente hace consciente su participación en procesos políticos (Moya y Morales, 1988; Jiménez, 1996); también sale a la luz una publicación de Rieselbach y Balch, *Psychology and politics*, en el que se incluyen "lecturas" de los clásicos como Aristóteles y Hobbes, así como de politólogos, Lasswell, Lane, y de psicólogos como Fromm (Jiménez, 1996); y en su estudio, Kohn aborda el impacto de la clase social en la individualidad (Moya y Morales, 1988).

El fin de la década deja una buena producción, tanto temática como en textos, por ejemplo: Sherif trabaja sobre el conflicto, tema importante para la psicología política; el mismo Rotter inicia sus estudios en esta década y desarrolla los conceptos de *locus de control*, interno y externo. Asimismo, un tema recurrente en esta década es el autoconcepto y la autoestima. Wylie publica en 1962 su texto *El concepto del yo* y Barber, en 1965, *Los legisladores*; también, se conocen un par de libros titulados *Socialización política*, uno de Dawson y Prewitt y el otro de Laughton. Y la crítica que se había hecho pública en la década anterior en torno a la debilidad metodológica de los estudios sobre psicología y política, es "asimilada" por Milgram en 1963 y 1969, y se comienza a "salvar" ese aspecto, además de que empieza a tomar forma "un paradigma para el estudio de la influencia social" con ese estudioso (Moya y Morales, 1988).

Por otro lado, la de los sesenta es la década de la revuelta y también de las fracturas, pues el movimiento estudiantil en Europa dividió a la escuela de Frankfurt, ya que mientras Marcuse apoyaba la revuelta, Adorno se dedicó a cuestionarlos y no faltó el calificativo de "fascismo de izquierda" para los estudiantes que protestaban con la toma de instalaciones. El 68 mundial dio materia para el trabajo de diversas disciplinas de las ciencias sociales, entre ellas la psicología política que tenía mucho que decir al respecto con sus estudios de actitudes, autoridad y autoritarismo, comportamiento político, influencia social, entre otros.

2. 8 1970

La década de los setenta es de especial trascendencia para la psicología política de la que, por lo demás, ya se puede hablar as, pues hay una serie de eventos que la van definiendo como disciplina. Moya y Morales (1988) apuntan que Sears habla de un florecimiento de la psicología política allá por 1969, pero es hasta 1970 que "este florecimiento llega a su madurez" (p. 67). De hecho, se asegura que es por estas fechas en que hay una consolidación e independencia de la psicología política (Jiménez, 1996) que aparece como disciplina (Seoane y Rodríguez, 1988), que además toma conciencia de sí misma como tal (Moya y Morales, 1988), y que a decir de Seoane (1988) se apoya en tres temas básicos de estudio, pero que tiene sus antecedentes en décadas anteriores: las actitudes sociales, los estudios sobre autoritarismo y nazismo y la dimensión psicológica de la conducta de voto. En efecto, "estos tres temas tienen fuerza social suficiente como para justificar el surgimiento de una nueva disciplina" (p. 22). De hecho se habla de una institucionalización de la disciplina (Seoane, 1988).

Es en esta década que se comienzan a publicar manuales específicos sobre psicología política, que bien pueden ser los primeros de la disciplina; ahí está en 1972 la obra de Lane, *Political man*, en el que desarrolla temas como la personalidad política, socialización política, sistemas de creencias, etc. (Jiménez, 1996), incluso anteriores al "manual oficial" de Knutson que aparece en 1973 (Moya y Morales, 1988; Jiménez, 1996). Y a pesar de que hay noticias sobre otros manuales anteriores al que dirige Jeanne N. Knutson, es el de esta autora al que se ha hecho referencia como el primero, el oficial (Seoane, 1988); consta de 542 páginas y en él colaboran 15 investigadores de diversas disciplinas. Son cinco sus apartados: el primero dedicado a los "Conceptos psicológicos básicos", incluyendo la personalidad, actitudes y creencias políticas; el segundo, "Formación y mantenimiento de orientaciones estables", que integra la socialización política, anomia y alienación; en el tercero se habla de "Conexiones entre individuo y política" que incluye al liderazgo, la agresión y la violencia; el cuarto versa sobre "Métodos de investigación", en específico las psicobiografías y las encuestas; y el quinto "Perspectivas actuales" propone un panorama hacia futuro de la psicología política. Seoane asegura que "esta obra ha servido como catalizador para el campo de la Psicología Política" (p. 24). Pero no sólo es el manual el que tiene peso en estos años, pues también está la revista *Political Psychology*, editada por la ISPP, cuyo objetivo es analizar las interrelaciones entre los procesos políticos y psicológicos (Moya y Morales, 1988; Sabucedo, 1996). Y también es en esta década que se comienzan a establecer materias sobre psicología política en diversas universidades. También en algunos textos de psicología social, como en la década anterior, aparecen trabajos sobre psicología política: en 1970 Britt trabaja la opinión pública; Hamsher y Sigall, en 1973, lo hacen sobre política y personalidad y activismo político y paz (Jiménez, 1996).

Pero habrá que ir por fechas. En 1970 aparece el libro de Greenberg *Socialización política*, al tiempo que Christie y Geis publican *La personalidad maquiavélica*, un enfoque distinto de personalidad en la política (Moya y Morales, 1988). Al año siguiente, 1971, Skinner, el "apolítico", publica su *Más allá de la libertad y la dignidad*, como queriendo contradecir el grado de puritanismo de sus seguidores. Más adelante, en un trabajo de 1973, Winter habla de los motivos del poder. Y aunque, como ya se señaló, en 1972 aparecen textos de una tesitura psicopolítica, como el volumen de casi 400 cuartillas editado por S. A. Kirpatrick y L. K. Pettit, *The social psychology of political life*, en donde más de 30 especialistas escriben sobre personalidad, socialización política, percepción política, necesidad y política, motivación política (Jiménez, 1996); se insiste en mantener como "oficial" y primer manual el de Jeanne N. Knutson, en el que se incluyen temas como personalidad y política, socialización política, actitudes políticas, política internacional, etc., que apunta, en el prólogo, que la psicología política es un esfuerzo interdisciplinario, y se deja entrever la posibilidad de ésta como parte de la búsqueda de una vida satisfactoria (Seoane, 1988). Todo ello le valdría más tarde a la autora ser nombrada la primera presidenta de la ISPP (Jiménez, 1996).

Un dato curioso lo representa el que quien fuera presidente de la APA, Brewster Smith, se interesó y contribuyó a la disciplina, aunque ello no se reflejará en la composición de las áreas que conformaban las divisiones que reconocía la Asociación, pues existía la militar, la industrial, pero no la psicología política (Moya y Morales, 1988). Para estar a tono con los manuales de psicología política, para 1974, Stone publica el suyo (Jiménez, 1996; Sabucedo, 1996), en el que intenta analizar las teorías y conceptos aplicables a la comprensión de la conducta política. Es un texto académico, diría Seoane (1988), y trata de explorar "lo que podemos decir sobre la psicología del hombre político" (p. 28). No obstante señalar que el

interés de ésta radica en el ser humano individual, como buen manual norteamericano. Por otro lado, la base del trabajo se fundamentaba sobre dos ejes o núcleos: la teoría psicoanalítica y una concepción funcional de las actitudes. De esta forma, el psicoanálisis "constituiría el núcleo explicativo de la contribución de los procesos psicológicos a la conducta política" (p. 29), y en el caso de las actitudes, éstas "jugarían un papel importante en el estudio de los efectos psicológicos de los sistemas y acontecimientos políticos" (*idem*). Sencillo: psicoanálisis en lo individual y actitudes para los grupos y las masas, es la fórmula de Stone, no muy lejos de lo que Lasswell trabajaba, también freudianamente.

Ahora bien, si se quiere facturar aún más a la "reciente" disciplina, 1978 es un buen año, pues es cuando se constituye la ISPP y como ya se señaló arriba, su primer presidenta fue Knutson (Moya y Morales, 1988; Jiménez, 1996; Sabucedo, 1996) y su primer presidente honorario Lasswell (Jiménez, 1996; Sabucedo, 1996). Debido a que varios autores de peso de aquel entonces, Davies, Stone, Deutsch, lo han señalado como el "padre" de la disciplina, el nombre de Lasswell aparece frecuentemente ligado a su origen (Sabucedo, 1996). La Sociedad, por otro lado, se ha señalado como heredera de los esfuerzos que en otros tiempos realizaron psicólogos como Lewin, Kretch y Brown, entre otros; algunos de ellos fundaron una sociedad para el estudio psicológico de los problemas sociales (Seoane, 1988). Por lo demás, en septiembre de 1978, a los pocos meses de haberse fundado la organización, se realizó en Nueva York el primer Encuentro Anual de la Sociedad, con la asistencia de unos 500 especialistas (Jiménez, 1996), y a partir de ahí realiza congresos anuales en Estados Unidos y Europa alternativamente.

Al año siguiente, 1979, se inicia la publicación de *Political Psychology*, órgano periódico de la ISPP (Seoane, 1988). En ese momento se continúa la publicación de más manuales y se inician las de otras revistas. Un dato importante, no siempre retomado, es que en 1979 Samuel L. Long había fundado, también, una revista de psicología política: *Micropolitics*, con una tendencia menos individualista y más sociológica, como una clara diferencia de la "oficial". Luego entonces, se habla del inicio de dos publicaciones ese año (Moya y Morales, 1988); a decir de Jiménez (1996) la revista de Long coincidía en su primer manifiesto con lo postulado por *Political Psychology*: ser revista multidisciplinaria, lugar de encuentros de distintas disciplinas, etc. Baste una aclaración: con el órgano oficial de la sociedad, y con la sociedad misma, se puede hablar de un grupo como tal de psicología política con paradigma, con identidad y con resonancia e identificado por otros.

Por otra parte, uno de los trabajos que se denominan como consagración bibliográfica de la psicología política (Jiménez, 1996) es la edición del *A Source book for the study of personality and politic*, a cargo de F. I. Greenstein y M. Lerner, en 600 páginas están representadas casi todas las ciencias sociales ("escribe todo el Olimpo de las Ciencias Sociales" de entonces, señala el autor); de especial relevancia es el texto de Bendix y Osgood pues advierten el peligro de que lo político se reduzca a lo psicológico, lo que ya se había dejado asomar desde tiempo atrás con los estudios de los norteamericanos, que son los más visibles, aunque su definición de la disciplina no parece distante de la de otros autores, sobre todo de la tendencia norteamericana, cuando Greenstein señala, que es la aplicación de un cuerpo de conocimientos ya establecidos (psicología) a un fenómeno de estudio (política) (Seoane, 1988).

Pero con todo el pasado a cuestas, aún existía gente que no concebía a la psicología política como un campo de saber autónomo y como consecuencia, las contribuciones en los trabajos más bien han sido heterogéneas (Moya y Morales, 1988). No obstante, para otros

tantos, señala Seoane (1988), es en la década de los setenta cuando la psicología política comienza a tener las características de una disciplina, a pesar de que sus bases, aportaciones y sus núcleos teóricos no datan de estos años, sino de un trabajo arduo de tiempo atrás. Además existe una literatura básica suficiente para facilitar la introducción al campo psicopolítico, con una puntualización: la mayor parte de la fundamentación académica se desarrolla en Norteamérica, lo cual deriva en (a) el dominio de ésta tendencia en el mundo occidental, salvo excepciones, y (b) que lo que se entiende por política se ancla en una lógica más bien geográfica, esto es "que está todavía por desarrollar un concepto de Psicología Política más acorde con la historia y sensibilidad europea, sin que esto signifique un etnocentrismo beligerante" (p. 26). Eso se puntualizaba a finales de los ochenta.

Otra característica de los setenta tiene que ver con la ideología, vista desde la naciente disciplina, pues como apuntan Moya y Morales (1988) hasta ese momento los psicólogos no se preocupaban del aspecto ideológico de su trabajo, salvo excepciones, por ejemplo Billig, quien desde 1976 ha subrayado la dimensión ideológica de los conflictos intergrupales, o Archibal, quien desde 1978 analiza a la luz de las principales ideologías las teorías psicosociales, y Bus, en 1979, estudia los condicionamientos políticos y socioeconómicos del trabajo. En estos estudios aparece la ideología como campo dentro de la psicología social y se extiende al trabajo de la psicología política.

Por su parte Sabucedo (1996), haciendo un balance, concluye que en esta década hay varios elementos que permiten que la psicología política adquiera conciencia de sí misma. Primero, la publicación del libro de Knutson, *Handbook of political psychology*, compilación de varios autores, desde psicólogos, hasta sociólogos y estudiosos de la ciencia política, quienes analizan el papel de la personalidad en política, liderazgo, socialización política, etcétera. Segundo, la aparición de la obra de Stone, *The psychology of politics*, un manual de psicología política. Y, tercero, la creación en 1978 de la ISPP que tiene una vocación interdisciplinar; le da cabida a psicólogos, sociólogos, científicos políticos, historiadores, economistas, entre otros. A lo cual habría que agregar las observaciones de Jiménez (1996), para quien ésta es la "década de los manuales" y que, con la conformación de la ISPP y la salida de su respectiva revista, la psicología política avanzó por el camino de la ciencia. Y es en esta década que se autopresenta como la encarnación de un cuerpo de conocimientos de naturaleza "psico-política".

2. 9 1980

Los ochenta, por su cercanía con nuestro momento, ya nos ancla en la parte "moderna" de la psicología política, aunque habrá que hacer notar algunas cosas. En 1981 aparece otro manual de Samuel L. Long que consta de cinco volúmenes y está más cercano a la sociología política que a la psicología (Seoane, 1988), tendencia que, por lo demás, ya tenía su revista. También está el texto de Stone que plantea que además de estudiar al actor político se deben abordar los efectos psicológicos de los acontecimientos y sistemas políticos; señala que una buena definición comprensiva de psicología política debe incluir (a) tanto la contribución de los procesos psicológicos a la conducta política, como (b) los efectos psicológicos de los sistemas y acontecimientos políticos (Seoane, 1988). Hay, entonces, una relación bidireccional, aunque todavía se deja ver al acento individualista del enfoque. En 1985 aparecen varias obras: *Psychological perspectives on politics* de Carol Barney Barry; un amplio trabajo de ciencia política cuya coordinación corre a cargo de Grawitz y Leca, que en

Capítulo 1. Psicología política

su tercer volumen incluye estudios sobre socialización política (Percheron) y sobre élites (Ysmal). La tercera publicación significativa es la de Kinder y Sears que versa sobre opinión pública y acción política, esto en la tercera edición del *Handbook of social psychology* de Lindzey y Aronson, del mismo año (Jiménez, 1996).

Para el siguiente año, 1986, aparece el manual que coordina Margaret G. Hermann en la que colaboran 20 especialistas "y que se presenta como una puesta al día del ya clásico libro de Knutson" (Seoane, 1988, p. 25). Está dividida en cuatro apartados: el primero, "Los humanos como animales políticos" (correlatos biológicos de la conducta política, la ideología política, la opinión pública); una segunda parte, "Decisión política" (liderazgo, conflicto y relaciones internacionales); la tercera parte, "Ambiente político" (socialización política, movimientos de protesta, terrorismo); la cuarta, "Panorama mundial del campo" (un análisis de la situación de la psicología política en Latinoamérica, Europa y Asia). Este manual, como los que lo anteceden, es de una orientación muy psicológica. La misma Hermann dice "que la Psicología Política es el estudio de lo que sucede cuando interactúan los fenómenos psicológicos con los políticos. Esta interacción significa que algunas veces el foco de interés está en los fenómenos psicológicos, mientras que los fenómenos políticos forman el contexto de estudio; en otras ocasiones, por el contrario, el interés está en los fenómenos políticos, pero analizados en el ámbito psicológico o individual; y aún en otros casos [añade Hermann] el punto de vista está en ambas partes del matrimonio y en su interacción" (citado en Seoane, 1988, p. 29). En síntesis: desde esta perspectiva no se sabe si la psicología incide en la política o viceversa.

Para cerrar, en esta década se publica un texto de McGuire, quien traza una breve historia de la disciplina y menciona que comienza en los cuarenta borrando todo lo anterior, como buen norteamericano (Jiménez, 1996).

3 Síntesis

Es desde la década de los setenta que en el mundo académico viene apareciendo literatura científica denominada psicología política (Seoane, 1988). Pero como hemos visto, la ahora disciplina corrió por un siglo de experiencias y experimentos que muestran la figura interdisciplinaria (transdisciplinaria como propondrá Fernández Christlieb, 1987, 1994) que da al traste con la noción de disciplina producto de dos figuras paternas: la psicología y la ciencia política. Uno de los primeros que mostró la forma de hacer psicología política en forma, sistematizada y con legado propio, fue Gustav Le Bon, no obstante sus antecedentes, pues hay quienes señalan que es aun antes del siglo XIX que se encuentran los primeros bosquejos de la disciplina. Jiménez (1996) nos recuerda que en un texto de 1983 Schubert afirma que los antecedentes de la psicología política no se remontan a la filosofía política escrita -Platón y Aristóteles- sino que antecede a la historia misma, puesto que la conducta política ha existido siempre y precede y determina la evolución política posterior, de la que da cuenta la historia. Este mismo autor más adelante añade que por continuidad evolucionista hemos heredado aspectos de bandas primitivas primates, como el liderazgo, la territorialidad, el conflicto, el altruismo endogrupal y la agresión exogrupal. Una especie de darwinismo social. De ahí se derivaría que a la psicología política le correspondería detectar dichas

conductas, con sus respectivas adecuaciones a la actualidad, en las modernas organizaciones políticas.

Pero más allá de darwinismos y determinismos biologicistas, lo que hemos tratado de mostrar es el desarrollo cronológico de lo que derivó en psicología política. Los autores variaron de una década a la otra; los temas también, al igual que la metodología. Y en algo coinciden diversos autores e historiadores de la materia: la psicología política como disciplina propia data de la década de los setenta y para ello confluyen varias características: la creación de una sociedad disciplinaria, la publicación de una revista, el asalto de contenidos psicopolíticos en los programas de varias universidades, los manuales y *handbook* publicados, la acentuación de esta tendencia en Estados Unidos y el fortalecimiento en Europa; además del interés despertado en Latinoamérica que comienza a trabajar su propia teoría y metodología (ver Fernández Christlieb, 1986 y 1987; Montero, 1987a, 1987b).

Y más allá de que la etiqueta psicología política es tan elástica, que no resulta extraño que en algunos casos se introduzcan nombres como el de Lenin, Pareto, Tarde, Catlin, Gramsci, entre otros (Jiménez, 1996), la disciplina ha ido delimitando su propio campo, con sus propios autores y sus propias temáticas, además de su metodología. A estas alturas de la disciplina podemos decir que cuenta con herramientas propias y prestadas, con teorías propias y otras provenientes del campo de la psicología social o de las ciencias sociales en general. Por otra parte hay que reconocer el predominio de la tendencia norteamericana, no sólo en la ISPP, sino en las diversas publicaciones y en el recorrido histórico, que muy a pesar de que varios europeos intenten rescatar a autores "olvidados" por la psicología política norteamericana, no terminan por realizar una inclusión amplia que le haga contrapeso a la producción norteamericana. No ocurre lo mismo para el caso latinoamericano.

Para cerrar este apartado habrá que resumir el devenir de la psicología política. Iniciando el siglo XX, como pensadores que influyen en la psicología política, se puede señalar a Lenin, Pareto, Mac Dougall y Wallas. Para la década de 1910 se puede hablar no ya de personajes claves como en la década anterior, sino de la "irrupción" de una teoría psicológica que impactará en estudiosos psicopolíticos: el psicoanálisis. En la década siguiente hay mayores nutrientes, no sólo de la psicología, psicoanálisis y conductismo que ya cobra presencia, sino de teorías sociológicas y de la ciencia política. El decenio 1930-1940 se puede resumir en "Psicoanálisis cultural, Psicología e ideología, el enfoque de los problemas sociales y ciencia política" (Moya y Morales, 1988). La siguiente década cuenta con la presencia de quien los norteamericanos han denominado el "padre de la psicología política", Lasswell y por ahí aparece Gramsci, lo mismo que los estudios de la conducta de voto y la inspiración de los estudios del carácter nacional; se puede hablar también de una expansión de la psicología al campo de la política. Al decenio 1950-1960 Moya y Morales lo nombran así: el "Estudio de las relaciones entre ciencia política y sociología, socialización política, identidad social y personalidad autoritaria, actitudes, política, conformismo e independencia" (*idem*). En la década de los sesenta hablamos de "nuevas direcciones" en el campo psicopolítico: se abordan nuevas formas de la relación entre personalidad y sistema social, socialización política; persiste la conducta de voto; arriba el denominado *locus* de control y la anomia; se estudian los conflictos, la psicología e ideología; el estudio empírico del político profesional y, finalmente, se extiende la psicología política por diversos terrenos y territorios. Para la década de los setenta, es el momento donde se puede hablar propiamente de la disciplina, pues hay un "florecimiento" de ésta.

III. ESCUELAS EUROPEAS

En este apartado se revisarán las escuelas europeas que han influenciado de cierta forma a la psicología política como disciplina, es el caso del freudomarxismo, escuela de pensamiento que se ha considerado como angular en la conformación de la disciplina, pues muchos son sus aportes no sólo con autores, temática y planteamientos, sino por el intento de fusionar dos líneas de pensamiento tan diferentes, una anclada en la psicología y otra en la economía e historia; estamos hablando del psicoanálisis y el marxismo. Por otro lado, en este mismo apartado daremos cuenta de otras escuelas que son propiamente de psicología política, tal es el caso de la francesa y la española. Estas escuelas son más contemporáneas, pues surgen en los setenta y ochenta, pero se reivindican como propuestas de trabajo para otras latitudes. En el caso de la primera se revisa por su influencia en la escuela latinoamericana de psicología política, que en última instancia nos tiene aquí, y en el caso de la segunda, la española, por su desarrollo crítico y la temática que ha trabajado y que de alguna manera ha impactado en el desarrollo de nuestra disciplina. Por otro lado, el hecho de que se revisen sólo estas tres aproximaciones, freudomarxismo, Francia y España, no es síntoma de que ahí se agote la psicología política en Europa, es síntoma, más bien, de estrechar el marco referencial de las diversas propuestas y de traer a revisión las tendencias que de alguna manera han marcado, dado la pauta o influenciado a la escuela latinoamericana.

1 Escuela de Frankfurt

Esta escuela es de especial trascendencia no sólo para la psicología política, sino para las ciencias sociales en general, pues de ésta han surgido grandes pensadores que desde la filosofía o desde las ciencias sociales han contribuido al pensamiento moderno. Lo mismo se puede hablar de Horkheimer, de Adorno, de Fromm, de Marcuse, que de Habermas, uno de los últimos exponentes de dicha escuela.

Después de la primera guerra mundial, en Alemania se estableció la república de Weimar, patrocinada por los socialistas más moderados. De hecho, los socialistas se dividieron en dos bloques: por un lado un Partido Socialista Autónomo y por el otro un partido de tendencia pro-soviética, muy de moda por ese entonces. En esos años en Alemania crecía el interés por el marxismo, y los intelectuales no encontraban mucha cancha en los partidos socialistas o comunistas, por lo que se vieron en la necesidad de formar grupos independientes de discusión y análisis (Delahanty, 1987). "En una reunión entre Korsh, Lukács, Wittfogel y Pollock durante una semana de estudios en el verano de 1922 [...] se decidió conformar un Instituto de Estudios Marxistas" (pp. 113-114) que contaría con el financiamiento de otro de los integrantes, Felix Weil. El Instituto de Investigación Social fue creado a inicios de la década de los veinte, 1923 según Munné (1982), modificado luego el nombre original para ser más conocido como la Escuela de Frankfurt.

El Instituto surge como alternativa a la ciencia social académica, y da un giro con el (tercer) rector en 1930: Horkheimer, quien se rodeó de pensadores provenientes de diversas

Jiménez (1996) prefiere dividir el desarrollo de la psicología política en tres períodos: el primero va de 1900 a 1945, donde la disciplina todavía mantiene mucha influencia de otras áreas de saber; el segundo periodo va de 1946 a 1977, coincide con el fin de la Segunda Guerra Mundial y con la necesidad de estudiar el espíritu bélico, el autoritarismo, ya sea como forma de personalidad o de cultura, los problemas de la Guerra Fría y la conducta política. El tercer periodo parte de 1978 con el reconocimiento de la psicología política como disciplina con la conformación de su propia sociedad y sus publicaciones de por medio. El mismo autor hace una buena reflexión: son pocos los trabajos sobre los antecedentes de la psicología política, y los pocos que se han elaborado utilizan en su sentido más general la concepción de psicología política, y además relegan a los autores no norteamericanos y están ausentes notables figuras de la propia psicología. Señala algunos casos, por ejemplo en la revisión que realiza en 1981 Stone, en sus más de 300 referencias bibliográficas no se menciona nada a Le Bon. En la revisión de McGuire de 1993 no se menciona a los europeos; en el trabajo de T. Bryder, del mismo año, ya se incluye a Le Bon, Tarde, Lenin y Pareto, pero ignora la producción de varios países europeos acerca de esa materia. Y sobre las menciones de la literatura en castellano, solamente se recuperan algunas de España y dos latinas, con la inclusión del trabajo de Martín-Baró. Así pues, el etnocentrismo sigue haciendo presa a muchos estudiosos del campo psicopolítico.

disciplinas: Pollock (economista), Löwenthal (sociólogo), Marcuse (filósofo) y Fromm (psicoanalista); teniendo como interés principal la filosofía, el arte y la ciencia (Delahanty, 1987). Frankfurt le da cabida a todo tipo de doctos: filósofos, psiquiatras, literatos, economistas... Uno bien podría preguntarse qué es Marcuse: filósofo, psicólogo, político, sociólogo o historiador. Lo cierto es que la mayoría de los miembros de Frankfurt son judíos y las ideas que defendían impidieron que el nazismo los dejara en Alemania, por lo cual se trasladaron a Ginebra, París, Londres y finalmente Nueva York, para regresar a Frankfurt en 1949, una vez concluida la guerra (Munné, 1982). La escuela de Frankfurt agrupó desde 1923 a 1950 a intelectuales europeos, que realizaron importantes contribuciones críticas desde la academia a la sociedad (Moya y Morales, 1988). Su compromiso político posiblemente se refleja en que uno de sus integrantes participa en la fundación de la Sociedad para el Estudio de los Problemas Sociales.

Una de las características fuertes de la escuela de Frankfurt es su antipositivismo y su concepción de totalidad sobre la realidad y a ellos se debe la llamada Teoría Crítica (*idem.*). Max Horkheimer es considerado su portavoz y sobre el que recaen los aspectos básicos de la formulación de esta teoría, que en sus aspectos centrales señala: (a) una concepción de la sociedad con un carácter de autorreflexividad e historicidad; (b) su carácter histórico-dialéctico, como una totalidad concreta; (c) "el sentido moral incito en toda crítica" (citado en p. 97); habrá que agregarle la crítica cultural del hombre, y no sin tanto acento en lo económico como ocurría con en el marxismo (Munné, 1982). El propio Horkheimer sostenía que "no sólo el contenido sino también las fuerzas de las manifestaciones del aparato psíquico estaban condicionados económicamente, por lo que el marxismo debía recurrir a la psicología del inconsciente para describir los factores psíquicos profundos a través de los cuales la economía determina a los hombres" (p. 97). Primeros síntomas del freudomarxismo.

Y es justamente en esta perspectiva en la que se integra al psicoanálisis, con la finalidad de comprender la vida interna de los sujetos y parece que en ello jugó un papel importante el que Horkheimer se haya hecho analizar por un discípulo de Freud: Karl Landauer (Delahanty, 1987). Además que los psicoanalistas aprovecharon el viaje afiliando la sección alemana del Instituto Psicoanalítico a Frankfurt, constituyéndose así en la primera organización freudiana vinculada a una universidad. En estos tiempos no se puede hablar de freudomarxismo propiamente (Munné, 1982), más bien de una especie de lazo entre la teoría marxista y el psicoanálisis, pues en la escuela de Frankfurt aún campeaban nociones hegelianas, aunado a que los miembros de ella "no son psicoanalistas profesionales sino intelectuales interesados por el psicoanálisis contemplado desde el materialismo histórico" (p. 94). Lo cierto es que en dicha perspectiva influyó la aparición y lectura en 1932 de los *Manuscritos* de 1844 de Carlos Marx, que permitió recuperar al Marx más humanista (*idem.*), y también dejaría una profunda huella en la generación que dio vida al freudomarxismo, que empezaba a formarse justo cuando el grupo de Berlín desalojaba su espacio por la amenaza nazi.

1. 1 Freudomarxismo I

Producto peculiar, el freudomarxismo influyó grandemente lo mismo a la psicología que a las ciencias sociales con sus planteamientos. Este ensayo inicia desde el lado de los psicoanalistas y después, los marxistas de la escuela de Frankfurt, al incursionar en el

psicoanálisis, encuentran elementos suficientes para hacer confluír el pensamiento de Carlos Marx y de Sigmund Freud.

De hecho, el freudomarxismo es ubicado por varios autores como uno de los pilares de la psicología política, uno de sus antecedentes más importantes (ver Fernández Christlieb, 1987; Montero, 1987; Jiménez, 1990). En esa corriente de pensamiento se encuentra depositada una serie de elementos que permite verla como una de las posturas más críticas de este siglo.

1. 1. 1 Antecedente freudiano

Dos son los antecedentes del freudomarxismo: la teoría marxista y la teoría freudiana. El contexto del primer antecedente se ha presentado en el apartado anterior; en este espacio daremos cuenta del contexto freudiano.

Freud, a diferencia de Marx, vivió en una población rural muy en contacto con la naturaleza, y a pesar de que la revolución social llegó a su Austria en marzo de 1848, ocho años antes de que naciera, en el padre del psicoanálisis no tuvo las repercusiones que se hubiera esperado (Delahanty, 1987). Con su formación médica Freud revolucionó los fundamentos de la psiquiatría tradicional y teorizó sobre lo imposible de las relaciones armónicas entre el ser humano y la civilización. En su práctica con pacientes con histeria introduce una concepción nueva, o poco desarrollada: el inconsciente, echando mano de técnicas concretas como la hipnosis, la libre asociación y el análisis de los sueños para acceder a éste (Taberner y Rojas, 1984).

Como todo genio, Freud estuvo en un relativo aislamiento científico de 1897 a 1902, después de lo cual formó un grupo de discípulos, varios eran médicos, algunos con tendencias socialistas, muy en auge en aquella época. La mayoría de los psicoanalistas pertenecen a la clase media intelectual con una clara tendencia de pensamiento burgués (Delahanty, 1987). El padre del psicoanálisis organizó el movimiento psicoanalítico en inspiración de la International Fraternity for Ethics and Culture, de estructura vertical, con jerarquía dictatorial, línea con la que actuó en su sociedad fundada en 1908 y de la cual expulsó a varios heterodoxos psicoanalistas, como Adler y Reich.

En el plano teórico, Freud concibe que la felicidad tiene mucho que ver con que el principio de placer se realice. Dicho principio está en pugna con el mundo, de ahí que se tengan que analizar las pulsiones (Taberner y Rojas, 1984). Pero hay otra parte no individualista o psicológica en la obra de este pensador, una especie de antropología, como la concepción novedosa sobre la civilización, que trata de explicar a partir de la mitología de Edipo. Con ella tratará de dar cuenta de la identificación con un determinado rol sexual, la formación del super-yo, e intentará explicar los orígenes de la civilización, de la moral y de la religión (*idem.*). Es esta parte antropológica-social la que se retoma para establecer el vínculo con Marx, abandonando al Freud más psicológico, más individualista. Se retoma al Freud que reflexiona sobre la religión, la civilización y la moral, más que las reflexiones médicas o psiquiátricas sobre la condición humana. "Freud, desde su pesimismo, aporta a Marx las razones psíquicas por las que los individuos y los grupos muestran resistencias al cambio. Señala también que cambiar la sociedad no requiere sólo modificar los modelos estructurales de organización, sino transformar al propio hombre. Su biologicismo le hace suponer que este cambio resulta impensable" (p. 43).

Pero su posición va más allá del biologicismo, y critica lo mismo a las revoluciones que al comunismo y a Marx. En junio de 1933 Freud, todavía en un tono suave, escribía en una carta: "En Austria... han comenzado a enfrentar al comunismo como su enemigo de muerte, pero terminarán en algo que será sumamente difícil de distinguir del comunismo, excepto, quizá, en el hecho de que el bolchevismo, después de todo, ha adoptado ciertos ideales revolucionarios en tanto que los del hitlerismo son enteramente medievales y reaccionarios" (citado en Delahanty, 1987, p. 59). Otro comentario fue el que mereció la Revolución Rusa: "creo que con las revoluciones solamente se puede estar bien una vez que han pasado... es de desear, por consiguiente, que transcurran en un plazo muy breve. En resumen uno se hace reaccionario, lo mismo, por lo demás, que el rebelde Schiller en presencia de la revolución francesa" (pp. 60-61). Las contradicciones se dejaban asomar, desde entonces hasta el final de su vida, con respecto a lo que gira alrededor del marxismo, al cual no conocía más que superficialmente. Cuando el psicoanálisis, en 1929, es suprimido en la Unión Soviética, con Stalin en el poder, Freud dirá que "el comunismo y el psicoanálisis no pueden marchar juntos" (citado en p. 61), sin saber, claro, lo que cuatro décadas después ocurriría.

Más aún, el psicoanalista ha de referirse a Marx de la siguiente forma: "En la teoría de Marx me han extrañado tesis como ésta: que el desarrollo de las formas de sociedad es un proceso de historia natural, o que los cambios en la estratificación social surgen unos de otros por la vía de un proceso dialéctico... La fuerza del marxismo no reside evidentemente en su concepción de la historia ni en la previsión del futuro basada en aquella, sino en su penetrante demostración del influjo necesario que las relaciones económicas entre los hombres ejercen sobre sus posturas intelectuales, éticas y artísticas. Así descubrieron una serie de nexos y de relaciones de dependencia que hasta entonces se habían ignorado casi por completo... Pero no puede admitirse que los motivos económicos sean los únicos que presiden la conducta de los hombres dentro de la sociedad. Ya el hecho indubitable de que diversas personas, razas, pueblos, se comprometen de manera diferente bajo idénticas condiciones económicas excluye el imperio exclusivo de los factores económicos. No se entiende cómo se podrían omitir factores psicológicos toda vez que se trata de las reacciones de seres humanos vivientes, pues no sólo estos han participado en el establecimiento de tales relaciones económicas, sino que, aún bajo su imperio, los seres humanos no podrían hacer otra cosa que poner en juego sus originarias mociones pulsionales: su pulsión de autoconservación, su placer de agredir, su necesidad de amor, su esfuerzo hacia la ganancia de placer y la evitación de displacer" (citado en pp. 106-107). La lectura que Freud tenía de Marx está mediatizada entonces por Reich y Adler, lo que le lleva a confundir niveles y sacar estas conclusiones. Y es que Freud no había leído a Marx, y de haberlo hecho fue muy superficial (Delahanty, 1987). La última opinión de Freud sobre el marxismo, la expuso en una carta el 10 de septiembre de 1937: "Sé que mis comentarios sobre el marxismo no prueban de mi parte, ni un amplio conocimiento, ni una comprensión correcta de las obras de Marx y Engels. Después he leído con verdadera satisfacción que ninguno de los autores ha negado la influencia de las ideas, ni de los factores del super-yo. Esto quita valor al contraste entre marxismo y psicoanálisis, que yo creía que existía" (citado en pp. 121-122).

Más allá de un cierto desconocimiento del marxismo, hay un conservadurismo muy arraigado. No hay que olvidar que el vienés admiraba a Mussolini, a quien le dedicará una de sus obras (*idem*). No obstante eso, Freud y sus discípulos fueron expulsados de Viena; no fue por su condición de radicales sino por ser judíos (Taberner y Rojas, 1984) y el maestro abandona la ciudad en junio de 1938. Delahanty (1987) señala que Freud apoyó al régimen

reaccionario de Austria "como protección contra el auge de la Alemania vecina" (p. 59), pues el movimiento obrero crecía al paso del tiempo.

Y si el profesor de psicoanálisis mostró paradojas en sus escritos sobre el marxismo, hizo lo propio con su actuar, pues tuvo amigos socialistas, uno de ellos, al que admiraba mucho, era Heinrich Braun un líder del partido socialista en Alemania cuando el joven médico contaba con 17 años (Delahanty, 1987). Pero más adelante saldrá cuentas, pues expulsa de su asociación a Alfred Adler por "su pasado socialista".

1. 1. 2 Primeros acercamientos

Demasiados recelos entre los partidarios de Freud y de Marx parecían impedir el acercamiento entre las teorías que sus maestros habían desarrollado. Los primeros intentos fueron duramente criticados por compañeros dentro del propio gremio, en ambos bandos (Taberner y Rojas, 1984). A la fecha hay quien asegura que los puentes freudomarxistas son "una construcción ilusoria, puro fuego de artificio, o desnaturalización de alguna de las partes" (*idem*). Pero las oposiciones más fuertes y sistemáticas provienen de los socialistas y de los marxistas, ya que varios de los freudianos eran militantes socialistas y no ocurría a la inversa con los marxistas. Dicha reticencia la muestra el líder de la Revolución Bolchevique, Lenin, quien consideraba que el psicoanálisis fue creado con la finalidad de justificar el comportamiento anormal y la hipertrofia de la vida sexual frente al moralismo burgués (Delahanty, 1987). En el órgano oficial de la III Internacional, *Bajo la bandera del Marxismo*, otro socialista de nombre Jurinetz escribía en 1925 que el "Psicoanálisis es la manifestación de la tendencia estética... una caótica mescolanza de diversas orientaciones de la filosofía burguesa... El psicoanálisis es la expresión de la concienciación de la represión sexual socialmente determinada. El marxismo es la expresión social de la conciencia de las contradicciones económicas de la explotación de la mayoría por una minoría" (citado en p. 93). En el mismo órgano, un colaborador de la alemana Rosa Luxemburgo, Thalheimer, escribía: "Hay dos factores que han convertido a Freud en profeta de un determinado estadio de la decadencia burguesa. En primer lugar, la inmersión desde la tierra de la conciencia clara al averno del oscuro inconsciente y de los tenebrosos instintos... Y en segundo lugar, lo sexual como eje de rotación del mundo. A este respecto, Freud fue el pregonero especialmente del disoluto filisteo vienés" (p. 95).

En efecto, los primeros intentos por fusionar a Marx y Freud son fatales, pues según Taberner y Rojas (1984) "Mientras el derrotismo de Freud señala la inutilidad de la búsqueda social en pos de una vida feliz; la esperanza del comunismo es una llamada a la lucha de clases y la agitación social por parte del proletariado" (p. 51), por lo que para muchos marxistas la unión de estos dos pensadores tiene un fondo negativo: no se puede psicologizar la realidad social (Munné, 1982). Un elemento más, en contra, se agregaba: los ortodoxos marxistas no consideraron como suyos a los creadores de la teoría crítica, de manera específica a los freudomarxistas frankfurtianos (Taberner y Rojas, 1984). Argumentaban que al intentar conjugar a Freud con Marx "habían perdido a Marx por el camino, pues tesis irrenunciables habían quedado afectadas: la prioridad de la lucha de clases, el papel primordial del proletariado, el primado de la infraestructura y la unidad de la teoría con la praxis" (pp. 49-50).

Pero algo curioso ocurría con los freudianos, pues en su práctica cotidiana se les orillaba, al tratar con pacientes neuróticos, a tomar partido sobre el orden moral y social que dominaba en aquel tiempo; incluso más que otros colegas de otras disciplinas (Taberner y Rojas, 1984). Los autores señalan que "No es incumbencia, pues, del terapeuta proporcionarle una moral más permisiva o, lo contrario, sermonearle sobre las excelencias de la vida moral. Pero sí le replantea inevitablemente al neurótico el papel relativo de la norma, despojándola de su carácter sagrado, poniendo en duda su utilidad, trasladándole al momento anterior a la aceptación ciega de esa regla de conducta. Si el analista implícitamente da por bueno o necesario el código moral prevaleciente, ya está tomando partido por él. Si le da pie a pensar al analizado que ciertas represiones son innecesarias, puede desencadenar un proceso de concienciación en él, que le lleve a negar y rechazar con fuerza ciertas pautas importantes del orden vigente" (p. 57). Ello, les obligaría a buscar alternativas, por fuera del psicoanálisis que complementarían su labor; tratar de dar una explicación más global, y el marxismo estaba ahí, como esperando a que se le echara la mano. Así, Munné (1982) apunta que en el seno del movimiento psicoanalítico hubo intentos fuertes por acercarse a la línea de Marx, sobre todo tomando en consideración "elementos latentes" del freudismo que facilitaban tal aproximación. De esta forma la intentiva, minoritaria aún, desde el freudismo dan la pauta para el trabajo con una línea marxista (ver Delahanty, 1987).

Uno de los primeros intentos lo realizó Sandor Ferenczi, en 1908, al alejarse un tanto de los planteamientos individualistas de Freud y reivindicar más los de corte colectivo y sociológico. Al siguiente año Alfred Adler presentaba un trabajo ante los psicoanalistas, entre ellos Freud, en el que intentó explicar la lucha de clases partiendo de las pulsiones (Munné, 1982); su herencia la recogió otro psicoanalista, O. Kanitz, quien se interesó por la condición de los niños hijos de obreros y propuso la aplicación de una psicología individual de corte marxista. Es a partir de estos planteamientos de los psicoanalistas que se dan los primeros pasos para unir a Freud y Marx como una corriente psicosocial, sobre todo en el ala izquierda de los freudianos: una especie de "simbiosis teórica" de los dos autores (*ibid*).

1. 1. 3 Varios casos I: los primeros autores

Adler. Hijo de judíos, vive en los suburbios de Viena; durante su juventud se ve impactado por el marxismo. Milita en el Partido Socialdemócrata hasta 1920 y se casa con una amiga de la familia Trotsky (Delahanty, 1987). Permanece en el círculo psicoanalítico hasta 1911, y a él se le atribuye el segundo intento por acercarse al marxismo con el psicoanálisis, con su conferencia en 1909 titulada *Psicoanálisis del Marxismo*. Es expulsado de la Asociación por su "prehistoria socialista", acusación lanzada por Freud (Taberner y Rojas, 1984; Delahanty, 1987).

Federn. Hijo de feminista, y discípulo de Freud, obtiene un cargo en el Partido Socialdemócrata. Intenta, desde el psicoanálisis, explicar hechos sociales con un tinte socialista (Delahanty, 1987). Federn también quiere, desde el psicoanálisis, dar cuenta de la revolución bolchevique (Munné, 1982). En su trabajo señala la relación existente entre las instituciones familiares y las políticas y el origen del autoritarismo en el rol paterno; así, la Revolución de Octubre se planteaba la construcción de un orden social nuevo, basado en los

hermanos, no ya en el padre, sólo que la burocracia la obstaculiza y deriva en el autoritarismo. Tanto Adler como Federn y Kolnai trabajan el marxismo pero no integrándolo al psicoanálisis, sino explicándolo desde él como un fenómeno social de carácter revolucionario (Munné, 1982). Y de hecho hasta aquí se habla de una "fase de incubación del freudomarxismo" (p. 71) o de "acercamientos" (Delahanty, 1987).

Simmel. Otro psicoanalista que intenta establecer nexos entre el psicoanálisis y el socialismo (Delahanty, 1987); mencionaba: "Marx es combatido porque, al posibilitar la toma de conciencia de los factores económicos que condicionan la *estratificación social* está quitando a la clase interesada en la formación de capital, el 'derecho' a la propiedad, que la distingue de los desposeídos. Freud es combatido porque ha demostrado la existencia de una estratificación aún dentro de la psiquis del individuo -lo consciente y lo inconsciente-, en virtud de la cual el derecho del yo consciente a un 'señorío intrapsíquico en su propia casa' ha experimentado una notable limitación" (citado en p. 95). Para Ernst Simmel, tanto en el psicoanálisis como en el marxismo "los conflictos presionan, por propia tensión, hacia la solución, o sea hacia la formación de nuevos conflictos" (Munné, 1982, p. 72).

Fenichel. Aprendió el marxismo a través de Reich (Delahanty, 1987). Para Fenichel tanto el marxismo como el psicoanálisis desenmascaran lo que se asoma a la superficie y lo conectan con fuerzas ocultas: "las condiciones de producción sobre la base de la lucha de clases y el consciente y las pulsiones sexuales y agresivas más las represiones surgidas o alimentadas de los hechos sociales" (p. 110). Y dos son las tesis de este autor: por un lado, señala que entre el marxismo y el psicoanálisis existe una identidad formal evidente: son ciencias que desenmascaran la realidad, comprenden las cosas como resultado de fuerzas ocultas; en el marxismo son las relaciones de producción y la lucha de clases, y en el freudismo es el inconsciente. La segunda tesis menciona que el psicoanálisis aporta al marxismo las necesidades instintivas, pues el marxismo sólo pensaba en el hambre como necesidad biológica (ver Munné, 1982).

Y por ahí se encuentra también Bernfeld, para quien, extrañamente, el psicoanálisis converge con el marxismo en su carácter genético, materialista y dialéctico (*ibid*).

1. 1. 4 Varios casos II: el primer país

Uno de los primeros rusos que trató de enlazar al marxismo con el freudismo fue León Trotsky, el alguna vez considerado segundo a bordo de la Unión Soviética. Trotsky vivió en Viena de 1907 a 1914, donde entabló amistad con Fritz Adler, un psicoanalista (Delahanty, 1987). En 1932, durante una conferencia, dijo: "Por la mano genial de Sigmund Freud, el psicoanálisis levantó la tapadera del pozo que, poéticamente, se llama el *alma* del hombre. ¿Y qué vimos? Nuestro pensamiento consciente no constituye más que una pequeña parte en el trabajo de las oscuras fuerzas psíquicas. Buzos sabios descienden al fondo del océano y fotografían la fauna misteriosa de las aguas. Para que el pensamiento humano descienda al fondo de su propio océano psíquico debe iluminar las fuerzas motrices misteriosas del alma y someterlas a la razón y a la voluntad. Cuando haya terminado con las fuerzas anárquicas de su propia sociedad, el hombre se integrará en los morteros, en las retortas del

químico" (citado en p. 73). Trató de influenciar a Pavlov para que tomara en cuenta al psicoanálisis (Munné, 1982 y Taberner y Rojas, 1984). Sin embargo, el fin del trotskismo en la URSS no permitió que progresara el proyecto.

En importantes instituciones soviéticas se introdujo el psicoanálisis, por ejemplo en el Instituto de Neurología y en el Instituto Marx-Lenin en Karkov. Se formó la Sociedad Psicoanalítica y la mayoría de sus miembros pertenecían al partido comunista; el mismo Luria que intentó establecer un puente entre el marxismo y el psicoanálisis fue miembro de la asociación (Delahanty, 1987), a la par que se publicaban en ruso las obras de Freud a inicios de la década de los veinte. No obstante, con el arribo de Stalin al poder y su lógica de terror, en medio de las purgas, el movimiento psicoanalítico fue abolido en 1933 (*ibid*). El mismo Wilhelm Reich no fue bien acogido cuando llegó a dictar sus conferencias a la URSS, ya que pregonaba la libertad sexual como una forma de librarse de "cualquier intento autoritario o burocrático de reprimir los logros revolucionarios" (ver Taberner y Rojas, 1984: p. 49).

1. 2 Freudomarxismo II

Forzando un poco, Munné (1982) trata de encontrar los factores comunes del marxismo y el psicoanálisis: comparten una dinámica dialéctica, tienen una base materialista y se ocupan del conflicto. En efecto, para este autor, si "el marxismo es una sociología del conflicto de clases, el freudismo es una psicología del conflicto entre instintos" (p. 82). El propio Reich (1973) llegó a plantear que si el marxismo tenía una crítica a la economía burguesa provocada por las contradicciones internas del capitalismo, el psicoanálisis tenía una crítica a la moral burguesa proveniente de las contradicciones inherentes a la represión sexual (ver Munné, 1982). En un tono similar navegan Taberner y Rojas (1984), quienes señalan que "la filosofía marxista y el psicoanálisis fueron pensados para dar cuenta de una sociedad en conflicto, donde las clases y los individuos libraban batallas sociales y personales en pos de su liberación. La liberación no se ha alcanzado y los conflictos han sido sustituidos por la integración. Pero fue Freud quien descubrió cómo actúan los mecanismos de control social y político en el interior de la vida psíquica; y justamente ahí es donde se realiza el fundamental gobierno del hombre en las sociedades industriales. Por eso para Marcuse el psicoanálisis puede todavía ayudar a develar las nuevas formas de control" (pp. 141-142).

No obstante estos "coqueteos", se reconoce que las críticas a los inicios freudomarxistas se vertieron, y de una manera muy fuerte. Por un lado, al marxismo se le acusaba de incompatibilidad con el sujeto individual; al psicoanálisis de ser tremendamente individualista (Taberner y Rojas, 1984). Y recuerdan lo que los reticentes a la unión planteaban: "No se discute tanto la utilidad de su coexistencia cuanto lo contradictorio de una posible síntesis" (p. 45). Estos autores señalan que "Hasta la aparición del freudomarxismo, para interpretar el cambio social se hacía depender la superestructura político-ideológica de lo económico-social, que determinaba la trayectoria de la totalidad 'en última instancia' (según expresión de Engels) (p. 47). Y esta fue una de las críticas más fuertes al marxismo, desde la esfera "individual" de la psicología. Otra crítica estuvo dirigida al proyecto socialista de Marx, por pensar que "mecánicamente" los sujetos cambiarían; que el hombre nuevo llegaría con las nuevas estructuras económicas. De esta forma, "Según Fromm, Marx hubiera necesitado la existencia de una psicología dinámica, de aplicación social y crítica, inexistente entonces, pues Freud la consolidó al filo de este siglo" (p. 48). Aunque, posteriormente, el mismo Fromm cree ver en Marx líneas que viajan en dicha dirección.

Y es que los "huecos" que uno dejaba en su teoría los querían llenar con los postulados del otro teórico; así, se llegó a pensar que si Marx había elaborado toda una teoría para hablar de un sistema de explotación y de cómo solucionar esa situación, de cómo llegar a la igualdad y descuidó analizar al sujeto que habría de realizar ese cambio, Freud lo cubría al hablar de la subjetividad del humano, de sus necesidades y desajustes, incluso de la imposibilidad de encontrar un medio que se ajustara a los deseos humanos (Taberner y Rojas, 1984). Mutua complementariedad. De esta manera para los freudomarxistas era claro que "el marxismo les aporta el marco general interpretativo de los males sociales y el aliento ilusionado de su solución; el freudismo es el utensilio que les permite detectar las formas en que las disarmonías sociales son sostenidas por los propios individuos que las padecen" (p. 78).

1. 2. 1 Varios casos III: tres freudomarxistas

Son tres los pensadores básicos que se consideran en la línea freudomarxista: Marcuse, Reich y Fromm, quienes durante una buena parte de su vida se dedicaron a crear una teoría que conjugara los elementos sociales de Marx y los elementos psíquicos de Freud. A ellos se debe el "gran experimento", el trabajo más en forma. Para Taberner y Rojas el uso del término freudomarxismo es justificable en el orden práctico, para dar cuenta de un conjunto de ideas que giran alrededor de los dos pensadores, pero "No hay un cuerpo de doctrina único, estable y sistematizado; sólo entre los miembros de la Escuela de Frankfurt de la primera generación, cuando unen a Freud con Marx, se observa una coherencia común de planteamientos, y ello no a causa de su adscripción al freudomarxismo, sino por compartir la llamada *teoría crítica*" (1984, p. 58). Pero reconocen que más que poder enmarcarlos en una categoría de "marxismo psicoanalítico" o de "psicoanalistas marxistas" como se podría denominar a otros estudiosos que intentaron acercarse a ambos maestros, sí se puede hablar de estos tres casos como de un freudomarxismo que tiene diversos elementos en común, más allá de la teoría crítica o de Frankfurt. Por ejemplo, ya a distancia podemos ver que los freudomarxistas metieron a la discusión y le dieron cierta vigencia a varias cosas, entre ellas, el "llamar la atención del marxismo hacia el hombre de carne y hueso, el que sufre inseguridad (y no sólo económica), incomunicación, anemia afectiva, falta de sentido o aburrimiento existencial. Aciertan al advertir que esos males no se curan con la mera apropiación colectiva del trabajo, al negarse a escoger entre el capitalismo (socialdemocracia incluida) y el comunismo soviético, al apostar por la necesidad de un socialismo con libertades, sin pasar por la dictadura burocrática al uso" (p. 176). Luego agregan "Los discursos y empeños freudomarxistas son una contribución teórica, en parte todavía útil y valiosa, para la larga y difícil tarea en pos de una mayor realización humana. Si se traducen o no en la práctica es una cuestión que ya no depende de ellos" (*idem*).

Y entre este oscilar de la complementariedad y el cubrimiento de los vacíos dejados por los maestros, ni el primer Reich, ni Fromm, ni Marcuse corrigen a Marx, sólo los dos primeros critican el excesivo economicismo marxista. Al contrario, la corrección básica que hacen en Freud, la formulan desde el marxismo. Para los freudomarxistas es posible una sociedad sin malestar y sin explotación, una sociedad socialista que no dejara sensaciones de malestar en su población, como lo manifestaban los jóvenes de esos tiempos y que plasmaron en una consigna en la revuelta de 1968: "¿Y de qué me sirve a mí que la izquierda avance en las próximas elecciones, o se tome colectiva la propiedad de los medios de producción, si yo me encuentro frustrado/a profesional, afectiva, sexualmente?" (en

Taberner y Rojas, 1984, p. 44). Quizá por ello es que estos pensadores a la par de la liberación política realizaban un llamado a la liberación sexual. Y habrá que recordar que el alimento teórico de la revuelta del 68 estuvo depositada en algunos freudomarxistas.

Un elemento que en esos momentos representó un papel importante en el actuar de los freudomarxistas fue su condición de judíos y sus ideas de oposición al nacional-socialismo alemán, por lo que enfrentaban la dicotomía: exilio o muerte y esta es una de las razones por las que dedican su trabajo a la reflexión sobre la violencia y al fascismo (Taberner y Rojas, 1984). Una de las obras fuertes de Fromm, *El miedo a la libertad*, aparece en plena guerra mundial; en dicho texto se señala que en cualquier país hay miles de Hitler, que requieren para su cristalización condiciones sociopolíticas particulares. Marcuse, por su parte, piensa que en los países industrializados, dadas sus características de integración, autoritarismo suave, su grado de consumo, se hacen innecesarios los "salvadores de la patria" (*ibid*). La primera obra importante de este autor, con mucha influencia freudiana, es *Eros y civilización*, en ella muestra su interés por estudiar nuevas formas de autoritarismo en la sociedad industrial. Y a diferencia de Reich, quien da a conocer su obra de *Psicología de masas del fascismo*, en plena guerra, lo mismo que Fromm, con su *Miedo a la libertad*, Marcuse lo hace ocho años después de concluida la guerra, no encontrando el mismo eco que sus dos compañeros de corriente. Otra diferencia marcada consiste en que mientras Marcuse sigue con rigor los planteamientos de "eros" (instinto de vida) y "tánatos" (instinto de muerte) freudianos, que permiten dar cuenta de la interiorización de un orden social represor, Fromm y Reich trabajan sus obras más inclinados al marxismo planteando que son las estructuras de carácter social las culpables de la esclavitud del hombre. Marcuse viaja de los planteamientos marxistas a los psicoanalíticos, y Reich y Fromm lo hacen a la inversa.

1. 2. 2 Reich

Dentro del movimiento psicoanalítico se forma una "oposición marxista", cuyo origen está con la llegada de Reich a Berlín, a finales de 1930. Se contacta con Bernfeld, Fenichel y Fromm; las reuniones son en casa de Reich, "alma del grupo", bajo la dirección de Fenichel (Munné, 1982; Delahanty, 1987). Este acercamiento se conoce como el Grupo de Berlín, no duró mucho tiempo, pero armó revuelo entre los marxistas y los psicoanalistas. Reich fue el iniciador de la síntesis freudomarxista (Jiménez, 1996); el autor más importante de la relación Marx-Freud (Delahanty, 1987). De todos los freudomarxistas, Reich es el único que conoce personalmente al padre del psicoanálisis y a su círculo vienés, al que deseó entrar y no pudo. Muy temprano se adscribió a un radicalismo político lo mismo que al psicoanálisis, aunque su fuerte era la medicina (que estudió en Viena), luego el psicoanálisis (ingresó a la Sociedad), después se especializa en neuropsiquiatría, y al último, el marxismo. No tuvo que ver mucho con la escuela de Frankfurt (Taberner y Rojas, 1984; Munné, 1982). Si algo puede distinguir al joven Reich es, según Munné, su radicalismo: "Su vida es un claro ejemplo de radicalismo y de fidelidad a sí mismo mezclados con la incompreensión y las persecuciones de que fue objeto" (p. 75).

Su poco servilismo y sus heterodoxias a muy temprana edad, le costaron al descubridor del *Orgón* ser rechazado por Freud y su expulsión en 1933 de la Asociación Psicoanalítica (Taberner y Rojas, 1984; Munné, 1982). Al año siguiente es echado del Partido Comunista Alemán, después de lo cual sus obras fueron "desaconsejadas" a los militantes y sus textos prohibidos en la entonces URSS. Había un antecedente que le haría

ver su futuro: su doble militancia, en el marxismo y en el psicoanálisis, no era bien vista ni por psicoanalistas ni por marxistas (Munné, 1982).

Durante sus nexos con las organizaciones obreras en la década anterior, Reich publica un trabajo sobre materialismo dialéctico y psicoanálisis en el órgano de la III Internacional: *Bajo la bandera del Marxismo* y le da un enfoque psicosocial a la neurosis, a lo cual Freud responde en *El malestar en la cultura*: "Los comunistas creen haber hallado el camino para la redención del mal. El ser humano es íntegramente bueno, rebosa de benevolencia hacia sus prójimos, pero la institución de la propiedad privada ha corrompido su naturaleza... Si se cancela la propiedad privada, si todos los bienes se declaran comunes y se permite participar en su goce a todos los seres humanos, desaparecerán la malevolencia y la enemistad entre los hombres. Satisfechas todas las necesidades, nadie tendrá motivos para ver en el otro su enemigo; todos se someterán de buena voluntad al trabajo necesario" (citado por Delahanty, 1987, p. 103). Como se ve en esta irónica enunciación, Freud confunde la propiedad privada con la casa y la socialización de los medios de producción.

Reich trata de probar a sus compañeros de partido el carácter materialista del psicoanálisis (Taberner y Rojas, 1984), si bien el freudomarxismo que pregona no convence porque el biologicismo freudiano y el socioeconimicismo marxista no permiten la fusión (Munné, 1982), el trabajo que realiza es exhaustivo, comprometedor y pionero. Este autor corrige las ideas sociales de Freud desde la filosofía social marxista; cuando estaba como freudomarxista desconocía los *Manuscritos* de 1844 (aparecidos en 1931). Según Taberner y Rojas (1984) lo que llevó a Reich a intentar la primera síntesis Freud-Marx, fue el percibir la interdependencia entre la mejora o empeoramiento de la salud mental de los pacientes y los cambios sociales y entre la interiorización represora en los sujetos y la estabilidad de un orden social injusto. Y no sólo eso, pues Reich ubicaba a la familia patriarcal como el espacio natural en el que se cultivaban los impulsos autoritarios y destructivos. Pues ahí se le reprime al niño, se le carga de angustia y de culpa, se le inculca sumisión a la autoridad exterior y a responder agresivamente contra aquel que quebrante las normas, incluso (o más aún) si es de la familia (*ibid.*).

A Reich le tocó vivir el ascenso del nazismo y fue el primero en explorar la simbiosis del fascismo y el psiquismo de que se nutría (Taberner y Rojas, 1984). Tratará de explicar el triunfo del fascismo en su obra *Psicología de masas del fascismo*, 1973, al identificar al pequeño comerciante y al campesinado como objeto de la marea fascista, puesto que, muy marxistamente, su papel en la producción es secundario y es fácilmente presa. Su forma de vida y su estructura caracterológica, han permitido un moldeamiento que es utilizado por el fascismo: con los pequeños propietarios o en comunidades rurales los niños y los adolescentes son más vigilados y la represión sexual es más cruda. Ello conduce a la sumisión angustiada y culpable, a la agresividad latente y a la aceptación de pautas irracionales de la autoridad, sin la más mínima crítica (*ibid.*). El fascismo ofrecía un marco para el funcionamiento de esas personalidades (Reich, 1973). Además, la represión sexual favorecía la dominación económica y política (Reich, 1971). Por lo tanto, para este autor, la tarea de la liberación es a partir de la economía sexual y no ya desde la economía política, como en el caso del marxismo ortodoxo (Taberner y Rojas, 1984). En su obra *La revolución sexual*, 1971, plantea que hay que cambiar la familia patriarcal, desintegrarla, pues una revolución no puede fincarse sobre ella, pues es el sustento del autoritarismo, haciendo referencia a Rusia, además de que cuestionaba, en su "Manifiesto 'Sexpol'": "El movimiento cultural del socialismo ha fracasado hasta el presente porque ha creído —al igual que el conservadurismo— en la oposición absoluta de la Cultura y la Sexualidad, y porque no se ha

atrevido a abordar de manera concreta al monstruo del caos moral inminente. Una cultura socialista jamás puede oponerse a la vida real" (Reich, 1971, p. 75). De ahí que proponga: "En el capitalismo, la mayoría de la población vive en una miseria real y en una satisfacción ilusoria. El socialismo busca la realización de una economía que reemplace la satisfacción ilusoria y la miseria real por la satisfacción universal de la vida real; *su consigna es: garantía de felicidad vital sobre la tierra*" (p. 73, énfasis en el original). Y es que Reich, después de mirar la experiencia soviética, en donde se había puesto el acento de la revolución en la racionalidad económica, pensó en una salida: la liberación sexual (Taberner y Rojas, 1984).

Es por ello que Reich intenta construir una ciencia económico-sexual que tiene como base una sociología de corte marxista y una psicología de corte freudiana (Munné, 1982). Para él la economía sexual es una teoría materialista y dialéctica de la sexualidad; del psicoanálisis toma la teoría del desarrollo infantil, el mecanismo de la represión sexual y el inconsciente, y del marxismo, el método de investigación materialista dialéctico aplicado al proceso sexual. Asimismo, Reich apunta que ninguna revolución política es posible si no se atacan las fuentes psicológicas y sociales del orden establecido. De los freudomarxistas "Sin duda a Reich le cabe el mérito de haber sido el primero en comunicar en serio a Marx con Freud" (Taberner y Rojas, 1984, p. 67), aunque el puente que tendió en su primera época ha tenido poco tránsito. "Lo más notable fue la influencia que ejerció su *Psicología de masas del fascismo sobre El miedo a la libertad de Fromm*" (p. 67). El mismo Munné (1982) apunta que con Reich el freudomarxismo llega a su etapa de "madurez".

1. 2. 3 Fromm

Se formó en el Instituto Psicoanalítico de Berlín, con una bagaje filosófico muy amplio (Taberner y Rojas, 1984), siendo uno de sus trabajos fuertes sobre el freudomarxismo *El dogma de Cristo* (Delahanty, 1987). Colaboró con el Instituto Social (Frankfurt) y pertenece durante los años treinta a su "círculo interior", del que formaban parte Horkheimer, Adorno, Lowentall, Polk y más tarde Marcuse. Es Fromm quien introduce en los marxistas críticos a Freud (Taberner y Rojas, 1984). Después de lo cual se enraizaron el al padre del psicoanálisis a tal grado que cuando Fromm lo crítica se presenta la ruptura con la escuela.

Iniciando la década de los treinta el autor de *El arte de amar* dirige una investigación en Frankfurt para estudiar la mentalidad de los obreros alemanes; analiza la actitud hacia la autoridad y la voluntad de poder. Ese trabajo bien se puede cifrar como un antecedente de la *Personalidad autoritaria* de Adorno y compañeros. A pesar de que Fromm llegó primero al psicoanálisis, su formación marxista le llevó a cuestionar el descuido que Freud había tenido de los factores sociales a la hora de explicar la relación con la autoridad (Munné, 1982). En efecto, para este freudomarxista "No son eros y tántos quienes determinan el comportamiento sino las estructuras de carácter generadas socialmente. Las condiciones económicas e históricas representan su papel modelando la estructura psíquica y sirviéndose de ella" (Taberner y Rojas, 1984, p. 127); lo cual le valió ser tachado de revisionista neofreudiano.

Con ello a cuestas, el esfuerzo del autor de *La crisis del psicoanálisis*, es fundamental para el freudomarxismo. Munné (1982) señala algunos elementos que permiten la intersección de Freud y del Marx más humano. En el primer caso, rescata "la defensa por Freud de los derechos de los impulsos naturales del hombre contra las fuerzas del

convencionalismo social y el ideal freudiano de que la razón controla y ennoblece esos impulsos, y en la protesta de Marx contra un orden social que invalida al hombre al subordinarlo a la economía, junto con el ideal de un desarrollo pleno del hombre total y desalienado" (p. 114). De esta forma, Fromm trata de hacer una psicología social analítica con una influencia del marxismo. En efecto, según Taberner y Rojas (1984) en la concepción de humano de Fromm, hay una revisión honda del biologicismo freudiano, y cuando "trata de analizar en qué medida nuestra sociedad se orienta, de hecho, a la realización de lo humano, su aparato crítico está impregnado de suaves categorías marxistas" (p. 86).

En cuanto a la propuesta liberadora de este autor, el principal problema tiene que ver con la pérdida de su autonomía con el advenimiento del desarrollo tecnológico. Así, la dicotomía no es ya entre capitalismo y comunismo (real) sino entre robotismo y *socialismo humanista comunitario* (Taberner y Rojas, 1984). Y por ahí desliza su propuesta de construcción de una nueva sociedad. "El objetivo fundamental del socialismo comunitario no va dirigido tanto a la supresión de la propiedad privada cuanto a la posibilidad de elaborar estructuras cooperativas de trabajo y experiencias, modelos organizativos en donde no sea 'el capital quien emplee trabajo, sino el trabajo quien emplee al capital'. Los cambios en la propiedad deben operarse en la medida que traten de evitar que las diferencias económicas produzcan experiencias de vida radicalmente diferentes en su injusta desigualdad. Y todas las transformaciones, ejecutadas sin violencia, han de afectar simultáneamente a las esferas económica, política y cultural" (citado en p. 86). Y de hecho, señala Munné (1982), el freudomarxismo frommiano se desplazó en los últimos tiempos hacia un psicoanálisis más culturalista.

En otra de sus obras, *El miedo a la libertad*, hay un componente de freudomarxismo, muy a pesar de estar en franca lejanía con el grupo de Frankfurt, al señalar que "el fascismo es un problema económico y político, pero su aceptación por parte de casi todo un pueblo ha de ser entendida sobre una base psicológica" (Fromm, 1981). Y luego agrega que el hecho de que el fascismo no haya encontrado oposición entre la clase obrera alemana se debe a que tenía un carácter conformista. Y un autómatas idéntico a otros millones ya no se siente solo: hay un camino de fuga de la soledad: el refugio en la masificación. Además, caracteriza al europeo: el niño más apegado a la madre, un fuerte vínculo con la tierra del europeo medieval, así como con la iglesia y su grupo social. La movilidad es poco placentera; el individuo no decide su ocupación ni su modo de pensar (sino las circunstancias), y en esas condiciones, el orden existente les brindaba arraigo existencial, seguridad y reorientación. El fascismo permite renunciar al yo, como un todo protector que da arraigo, orientación y firmeza prestadas (Taberner y Rojas, 1984). Al igual que Reich, Fromm establece una relación entre la autoridad y la familia como generadoras de un carácter autoritario-masquista (Munné, 1982).

1. 2. 4 Marcuse

Perteneó a las barricadas espartaquistas, las más radicales de aquel entonces y militó en el Partido Socialdemócrata Alemán que, paradójicamente no es el más radical. Cuando se dan a conocer los *Manuscritos* de Marx, los comenta en una revista y se conecta con el Instituto de Frankfurt. Lee superficialmente a Freud (Munné, 1984). Sus primeras publicaciones, de fines de los veinte, son de corte fenomenológico e intenta unificar esa aproximación con el método dialéctico materialista. Marcuse se incorporó a Frankfurt a fines de 1932, vía

Löwenthal. Se interesó por la teoría freudiana durante su exilio. Y en el centenario del natalicio de Freud, Frankfurt invitó a Marcuse a dar una serie de conferencias (Delahanty, 1987); ahí se inicia su freudomarxismo.

De los tres freudomarxistas, Marcuse es el único que recupera la teoría de la civilización freudiana (en *Eros y civilización*), retomándola a partir del asesinato del padre como mal de ésta, complementándola con Marx (Taberner y Rojas, 1984). De hecho "Marcuse recrea las relaciones que existen entre la dominación política y la represión sexual, construye toda una alegoría del capitalismo y hasta llega a explicar con conceptos psicoanalíticos las raíces profundas del fracaso de las revoluciones" (pp. 108-109). No obstante, una de sus críticas es sobre la equiparación que hace Freud de la civilización con el tiempo en que vivió, y sobre su demostración de que si no había felicidad humana en esos momentos, no lo habría en la civilización. A lo cual responde que en una sociedad más igualitaria -socialista, se supondría- sí se podría vivir felizmente, y los impulsos destructivos se verían reducidos. En efecto, cuando hay liberación, las instancias que reprimen la libido son inútiles y la energía psíquica que se encontraba en tánatos es absorbida por eros: se elimina la represión que pesaba sobre eros y la destructividad sería asimilada por la existencia placentera. En ese sentido inserta a Freud en Marx, pues para Marcuse el marxismo había descuidado la dominación del sujeto, no como clase social, sino como ser individual (Munné, 1982).

A este autor Freud llega después de Marx, y con ello su complementariedad; esto es, su freudomarxismo. Según Marcuse las categorías psicoanalíticas son públicas y sociales, y Freud descubrió los mecanismos de control social y político en la dimensión profunda de las pulsiones. El complejo de Edipo es un claro ejemplo de la subyugación del hombre por el hombre (Delahanty, 1987). Para Marcuse el análisis del yo es de hecho un análisis político. Taberner y Rojas (1984) apuntan que Marcuse hace compatibles a las teorías de Freud y de Marx modificando al último, y hace ver que es posible minimizar la agresividad aumentando el placer y teniendo una existencia gratificante, representando en ello un papel importante la transformación social.

El estudio *central* del freudomarxismo en Marcuse es *Eros y civilización* (Taberner y Rojas, 1984), dado a conocer en 1953 con el subtítulo de *Una investigación filosófica sobre Freud*. A pesar de que en la obra no cita a Marx, éste se encuentra a lo largo de ella (Munné, 1982). En la misma obra reconoce a Reich como aquel que realizó los primeros intentos del freudomarxismo (Taberner y Rojas, 1984). Desde esta posición se recudece en su crítica a la sociedad del momento que vivió; ya fusionados Marx y Freud, realiza un extenso análisis de la situación de dominación (social) y represión (individual), al tiempo que su crítica al capitalismo se puede sintetizar así: "de ser lo sexual un principio autónomo y atemporal que gobierna todo el cuerpo, se convierte en una función utilitaria y temporal a las órdenes sólo de la procreación". Bajo la autoridad del principio de actuación de las sociedades adquisitivas, productivistas, la desexualización del cuerpo es necesaria, pues la libido, concentrada en una sola de sus partes (los órganos genitales), deja al resto libre para ser usado como instrumento de trabajo" (citado por Taberner y Rojas, 1984, p. 90). Bien se podría agregar que "La organización social de los instintos sexuales ha convertido en tabú y calificado de perversiones todas las manifestaciones de eros que no sirven o que posponen la función procreativa. Por ello, para Marcuse dichas 'perversiones' declaran, en su rechazo a la sexualidad normalizada, una rebeldía contra todo el sistema institucional dominador. La reivindicación de este nuevo orden del eros que Marcuse va proponiendo no es sólo la demanda de un nuevo lugar para el placer, sino la creación de un espacio diferente para la

rebelión contra el todo. El programa de realización sexual como un fin en sí mismo supone colocarlo fuera del principio de rendimiento, una forma nueva de desafío o un reto a la totalidad" (p. 90).

Para este autor, en la sociedad moderna se está ahogando el placer (eros) y se fomenta la agresión y la destrucción (tánatos) (Munné, 1982). Sí, debido al principio de organización social vigente, el autoritarismo como régimen, hay una gran cantidad de agresividad desatada; el gozo se minimiza en aras de una productividad alienada que está dirigida a la guerra o al beneficio privado (Taberner y Rojas, 1984). En efecto, lo que apunta el autor de *El hombre unidimensional* es que las relaciones de trabajo absorben la energía que podría estar en eros y con mayor placer. Pero en una sociedad nueva eso no ocurriría, pues las relaciones de trabajo deben modificarse a relaciones de juego, pasando así de la sublimación represiva a la sublimación no represiva. De esta forma "el conflicto entre el principio del placer y el principio de realidad puede superarse con una nueva versión de este último que transforme la estructura instintiva del hombre, de tal modo que se dé una nueva relación entre él y la naturaleza y unas relaciones sociales cualitativamente distintas" (Munné, 1982, p. 122). Además "La nueva civilización, que anuncia Marcuse, no sólo será erótica, será también estética, esto es, bella, sensible, sensual. En ella la razón y la sensibilidad se darán en libertad, porque emanarán de la misma naturaleza humana. La nueva racionalidad no detendrá el progreso. Lo liberará. Y los sentidos, el arte y la imaginación se realizarán en su potencialidad" (*idem*).

Desde el freudomarxismo Marcuse plantea varias líneas en su utopía liberadora: 1) librados de la opresión, los instintos triunfan, se da "el resurgimiento de una sexualidad polimorfa y pregenital", que devuelva al cuerpo su capacidad de placer y lo que antes se calificaba en este orden como perversidad, se vea como una manifestación más de eros; 2) la sublimación represiva que daba cauce a la dominación, en la utopía se torna *autosublimación no represiva* y permite el lujo y el refinamiento cultural, sin represión de por medio. De hecho, el mismo trabajo se convierte, mediante la erotización, en juego, eliminando su carácter "pesado" y llevándolo a la esfera de lo placentero; 3) con el dominio de eros, tánatos pierde energía, que va a caer al primero, dando pie al amor y el cuidado, eliminando así a la dominación (Taberner y Rojas, 1984). Además "Una moral libidinal materno sustituye a la vieja moral represora patriarcal y posibilita la creación de lazos libres entre los hombres en formas variadas, que van desde la amistad al contacto sentimental y duradero" (p. 93). En última instancia en Marcuse "se trata de hacer ver que lo que lleva a la represión no es tanto la escasez de recursos, sino la organización interesada de la escasez, que históricamente no ha sido distribuida colectivamente, sino impuesta bajo las distintas formas de la dominación" (p. 89). Por ello la distribución equitativa de los recursos bien podría ayudar a la creación de una nueva sociedad y para este pensador el marxismo brinda ese marco, en el que se inscribe la revolución, revolución que ya no es posible sin el individuo con plena libertad (Munné, 1982), que es a su juicio lo que le faltó a la ex-URSS.

Estos, entre otros tantos elementos, permiten entender por qué a Marcuse y a otros freudomarxistas se les considera inspiradores del movimiento estudiantil de 1968, específicamente en Francia. Taberner y Rojas (1984) lo apuntan de mejor manera: la "inyección" que Marcuse le da a Freud a partir del marxismo fueron las "delicias de la izquierda del sesenta y ocho" El mismo Delahanty (1987) manifiesta que Marcuse fue el profeta del movimiento estudiantil del 68: "Su aportación desde la filosofía crítica a la articulación del psicoanálisis y marxismo es con una novedosa reflexión sobre los fundamentos esenciales que incorpora, además, la discusión sobre el arte" (p. 129). Así, su

nombre se realiza en las manifestaciones estudiantiles de ese tiempo y aparece en consignas al lado de Marx y Mao (Munné, 1982). Al respecto Marcuse apuntará que la protesta del 68 es la primera que va dirigida no contra la pobreza sino contra la riqueza. Y sí, una aportación de este autor al movimiento es que los estudiantes vieron en él a un ideólogo de la liberación social y política, más allá de la mera liberación sexual, como lo era el caso de Reich. Y aunque Marcuse niegue su aportación "involuntaria", algunas de sus obras se constituyeron en el soporte teórico de dicho movimiento estudiantil, tal es el caso de *Eros y civilización* y *El hombre unidimensional* (Taberner y Rojas, 1984).

Cuando el nazismo toma el poder, Marcuse ya se encontraba decepcionado del proyecto soviético, aunado al fracaso de la guerra civil española; la esperanza revolucionaria de Europa se esfuma para este freudomarxista. Es entonces que se acerca a Freud -más tarde que el resto de sus colegas-, tratando de encontrar respuesta a sus inquietudes no ya en la cuestión estructural, sino en la cuestión psíquica (Taberner y Rojas, 1984). Por ello se ha señalado que Marcuse intentó hacer hablar a Freud el lenguaje de Marx en la obra *Eros y civilización*: "habla Freud, pero el espíritu de Marx está presente, hasta el extremo de que en escritos posteriores las palabras de Freud van a dejar paso a la presencia creciente de Marx" (p. 88); posteriormente se da el caso en que los conceptos freudianos de *represión* y *principio de realidad*, se desglosan como *represión excedente* y *principio de actuación*, que a la luz del marxismo marcusiano adquieren el carácter de *principio de rendimiento* marxista. Con todo esto, Munné (1982) apunta que "hay que ver en Marcuse al quizás más osado analista de la situación psicológica y social del hombre en las sociedades tecnológicamente avanzadas" (p. 135).

1.3 Síntesis

Sería un error calificar a (toda) la escuela de Frankfurt como freudomarxista, pues sólo algunos de sus pensadores lo fueron; incluso la obra entera de Marcuse no es freudomarxista (Taberner y Rojas, 1984). Y por lo que hemos visto, los tres personajes representativos del freudomarxismo, Reich, Fromm y Marcuse, desarrollan las obras que los caracterizarán como tales ya fuera de los muros de Frankfurt, e incluso en franca confrontación con algunos de sus colegas. Sin embargo, la herencia de la teoría crítica sigue presente a la hora que los tres señalados pensadores deciden hacer una fusión de los pensamientos de Freud y Marx. Psicoanálisis y marxismo como el acercamiento deseado pero criticado, y la fusión posible y señalada como improbable se da con estos personajes, hijos de Frankfurt. El propio estudioso del tema Frederic Munné (1982) lo plantea así: la "oposición marxista" planteaba seriamente la posibilidad de una síntesis entre dos tendencias poderosas, de aquel tiempo, en el pensamiento científico (psicoanálisis) y político (marxismo). Así tenemos, que el psicoanálisis ejerce un papel importante a la hora de bosquejar los antecedentes de la psicología política (Moya y Morales, 1988), al igual que el marxismo (Munné, 1982).

Ahora bien, volviendo al freudomarxismo, más allá de establecer una comunalidad entre Marx y Freud a partir de su época, intención que pasaría necesariamente por los espacios que en el tiempo de estos pensadores fueron tan significativos, como por ejemplo los cafés, toda vez que permitían encuentros de personajes e ideas que permitían las discusiones (Delahanty, 1987); más allá de señalar la relativización de la cultura y de la sociedad en esos años (Taberner y Rojas, 1984); o bien decir que Freud descubrió que las

pulsiones sexuales y agresivas del humano en la formación de la civilización, y que Marx habló de la lucha de clases como motor de la historia; que mientras en Freud el niño es explotado por los adultos y ya grande él es explotador, en Marx, el obrero es el explotado; además de que entre los dos se concluye que hay que trabajar y que la saciedad del hambre y del sexo son vitales (Delahanty, 1987); y agregar que a Marx y Freud, junto con Nietzsche, se les considera los maestros de la sospecha del pensamiento contemporáneo (Taberner y Rojas, 1984); y que los dos luchan porque sus escuelas se establezcan, Freud lo hace para que su escuela médica sea aceptada, Marx pretende estar a la altura de los economistas de la Escuela de Manchester, y ambos pensadores tuvieron una fuerte compulsión hacia el control de su "escuela", Marx con los socialistas y Freud con los psicoanalistas, y de "sus" organizaciones, Marx con la Liga y la Internacional y Freud con la Asociación de Psicoanalistas, es justo reconocer que los freudomarxistas tuvieron que despojar a los dos pensadores que intentaban fusionar de varios de los elementos sustanciales de sus teorías, crítica que estuvo siempre presente en ambos bandos: psicoanalistas y marxistas. ¿Cómo fusionar el materialismo dialéctico y la determinación económica marxista con el individualismo y la visión médica presente en la propuesta freudiana?, ¿cómo acercar al Freud anticomunista y antimarxista con un Marx en constante lucha por el cambio a nivel de estructuras sociales?, ¿cómo aproximar las posturas de la liberación social y económica con la liberación o emancipación individual? Esas y otras interrogantes parecían desvanecerse cuando los freudomarxistas se pusieron a trabajar sobre la base de dos pensadores y lo que parecía poco probable se traducía en obras, en teoría, en marcos referenciales para movimientos sociales y en todo un movimiento cultural y político.

En fin, que tenemos en los treinta, cuarenta y cincuenta todo un movimiento que trasciende la academia y a Frankfurt misma, y que se constituyó en un elemento importante para el trabajo de la psicología política de posteriores años. En efecto, el freudomarxismo, síntesis improbable que se dio, alimentó a las ciencias sociales con sus planteamientos tan diversos como la liberación sexual, psíquica y económica y se tradujo en toda una escuela que más allá de cuestionar elementos de los dos pensamientos que la alimentaron, se mantienen como propuesta a la fecha y de ella echan mano diversas disciplinas: sociología y psicología, por no mencionar el impacto que tuvieron en la antropología, el arte y, por supuesto, la filosofía.

En Frankfurt y el freudomarxismo descansa una de las bases de lo ahora nos interesa, la psicología política. Un eje que permitió abordar, en su momento, el autoritarismo, el fascismo, la familia, el carácter, la personalidad, la violencia propia de su tiempo, etc., como campo de estudio. Y no sólo el campo, sino que algunas técnicas de trabajo y referencias teóricas han sido heredadas de aquella escuela que parecía no formarse. De ahí la trascendencia de la revisión del freudomarxismo como antecedente de la joven psicología política.

2 Escuela española

2.1 Su antecedente

Si bien en España se pueden encontrar algunos intentos de manuales durante la primera mitad del siglo (al final de ésta), es a partir de la década de los cincuenta que se asiste a la publicación de diversos estudios sobre psicología política. Es el caso de Pinillos quien trabaja sobre las actitudes autoritarias. Dicha temática continúa vigente en los sesenta y setenta con Torregosa, Seoane, Burgaleta y otros; no obstante aparecen trabajos sobre estereotipos nacionales. Pese a ello, se considera a la década de los ochenta como despegue de la psicología política para esta región europea. Se incluye ésta en los planes de estudios de varias universidades; en 1987 se realiza el primer Congreso Nacional de Psicología Política; en 1988 se publica el primer manual de la disciplina, escrito por españoles y en 1990 se edita la revista de *Psicología Política* (Sabucedo, 1996).

En España según Garzón, como en diversas partes del mundo, la psicología política está ligada principalmente a los psicólogos sociales y a su psicología social (v. gr. Sabucedo, 1996). Además de que tiene una historia *sui generis*, pues la psicología en este país pasa por un "dramático paréntesis" con la guerra civil española. Muchos científicos se fueron al exilio. Uno de los autores más fuertes, Mira y López, en su libro de 1941 *Los problemas psicológicos actuales*, dedica un capítulo a una temática de la psicología política: la conducta revolucionaria (Sabucedo, 1996).

Pero como ya se mencionó, sus precedentes se encuentran en obras que se anclan a fines del siglo XIX. Un antecedente se puede encontrar en la obra de Adolfo Posada que data de 1896: *Una psicología de los parlamentos*, en la que caracteriza a éstos como "moralmente malos e intelectualmente incapaces" (Moya y Morales, 1988). También hay un texto, muy literario por cierto, publicado por Altamira: *Psicología del pueblo español*, publicado en 1947 por Marías. De ese mismo año data el estudio de Caro Baroja en el cual se hace referencia al carácter nacional del español como "mito amenazador y peligroso", ya con una idea preliminar de la futura disciplina.

Pero no sólo tienen antecedentes propios, pues en el territorio ibérico les da por estandarizar o comprobar presupuestos hipotéticos de otros países, como haciendo suyo el mal del tercer mundo. En efecto, Moya y Morales recuerdan que Pinillos en 1963 adapta la escala F -que utilizó en la *Personalidad autoritaria* Adorno y compañía- aplicándola a una población de españoles. Consigue confirmar, empíricamente, lo que en Adorno era una suposición teórica sobre el autoritarismo. Tiempo después José Ramón Torregosa, en 1969, somete al pueblo español a una hipótesis de Lipset, en el sentido de que son más autoritarios los sujetos de las clases bajas que los de las clases medias y altas, suponiendo a su vez que son más proclives a apoyar un régimen dictatorial (Moya y Morales, 1988). Aunque se confirma la hipótesis tiene un significado diferente al del primer autor y al otorgado en la obra de Adorno -pues pone en juego más elementos culturales. Pero también realizan estudios exploratorios con marcos propios, como el de Ricardo Buceta y López Pintor quienes estudian cómo son los españoles de los años setenta.

En un recuento que realizan los propios españoles sobre su pasado psicopolítico (v. gr. Sabucedo, 1996), dan cuenta de que los trabajos hasta entonces publicados versan sobre ideología, participación política y los nacionalismos. Habrá que señalar que una aportación

especial es la realizada por Munné, quien recupera la psicología social de corte marxista o marginal (Munné, 1982); su texto es reivindicado en los antecedentes de la psicología política.

2. 2 La crítica

Por otra parte, para que los españoles realicen sus estudios de psicología política ha resultado necesario tomar en consideración elementos como las condiciones de tipo económico y los factores políticos a la hora de efectuar el trabajo empírico o teórico. En un caso Torregosa y Sarabia (1983) critican el carácter ahistórico de la psicología social dominante; Angel Rodríguez habla de la complicidad de una psicología social con determinados sectores de la sociedad como una de las causas de la crisis de la psicología social; por su parte Amalio Blanco señala que "cada uno de los posibles temas psicosociales, paro, delincuencia, *pasotismo*, marginación, etc., forman un cuerpo perfectamente coherente fundamentado en la existencia de un origen común... es decir, en ser y constituir diferentes manifestaciones de macroeventos sociales, políticos y económicos que nos ha caracterizado en los últimos años" (citado en Moya y Morales, 1988, p. 69). (Además de que este autor reivindica la psicología social de la liberación de Martín-Baró; al respecto ver *Papeles del Psicólogo*, 1993.) Esto es, la investigación en cualquier área del saber, en el que se incluye a la disciplina asunto del presente trabajo, está rodeada de una serie de elementos que no pueden arrojarse por la borda; y que aunque a la psicología social no se le quiera denominar política, este último elemento está siempre presente.

2. 3 Lo político de la psicología social

El mismo Ibañez (1994b) asegura que la psicología, y en especial la psicología social, tiene un antecedente y un consecuente político. El primero tiene que ver con las condiciones políticas y sociales que dieron origen a la disciplina, y el segundo con lo que implícita o explícitamente hace el psicólogo en su práctica como científico, *i. e.*, que hay inmersas opiniones, ideologías y valores al momento de realizar el trabajo, muy a pesar de lo que algunos piensan en sentido contrario. Además existe una consecuencia lógica del uso del conocimiento que deriva de la psicología social al campo de lo político. En suma, para Ibañez la psicología social es una psicología política (aunque no se agota ahí) que está implícita. Para este autor la cuestión de asumir un compromiso político orientado a un cambio social no pasa necesariamente por cambiar los espacios de aplicación, ni por estudiar problemas que la tradición en esta ciencia desprecia, sino por "romper de forma radical con los supuestos epistemológicos que sustentan la propia psicología social en tanto que disciplina 'científica'" (p. 296), lo que acarrea, como consecuencia, a redefinir los espacios y el estudio de otros problemas. Con estos planteamientos se estaría obligado a pensar que si Tomás Ibañez ha roto con las ataduras modernistas de la psicología que critica (*v. gr.* Gergen, 1991), para derivar en una concepción socioconstruccionista de la disciplina, está arribando hacia una forma de la psicología política, aunque no la nombre como tal (*v. gr.* Fernández Christlieb, 1987).

Para el psicólogo español, Tomás Ibañez (1994b), la cuestión de la psicología política se centra sobre dos cuestiones: el saber y la acción. Para lo cual refiere dos preguntas que se hacen con respecto al quehacer de la psicología en general: ¿puede contribuir la

psicología a la comprensión de los fenómenos políticos? y ¿se puede actuar, como psicólogos sociales, sobre los problemas políticos? Partiendo de estas interrogantes bien se puede señalar que la aportación que la psicología social puede realizar al campo de lo político es más que claro: ahí están algunos procesos como la propaganda política, la imagen de los líderes, las negociaciones sociales, etc., todas temáticas de la psicología política. Para este autor la contribución que desde la psicología social se realiza al conocimiento de los fenómenos políticos consiste "principalmente en extraer de la 'caja de herramientas' (tanto teóricas como metodológicas) que nuestra disciplina ha constituido a lo largo de los años" (p. 283), algunos elementos de trascendencia e incluso aquello que ha permanecido en el olvido (Fernández Christlieb, 1990b). Efectivamente, "se ha recurrido a las teorías psicosociales sobre la resolución de conflictos para estudiar las negociaciones políticas [...] y se ha 'aplicado' el corpus teórico-metodológico de la psicología social a ciertos contenidos particulares -los contenidos políticos- para conseguir de esta forma dilucidar algunos de sus aspectos" (Ibañez, 1994b, p. 284).

Ésta constituiría, a decir del construccionista español, la primera crítica de la denominada psicología política, pues lo político de la psicología no radica en lo arriba señalado, ya que la aplicación de los conocimientos psicológicos al estudio de los procesos políticos encuentra "su justificación en unos presupuestos epistemológicos que permiten considerar que los 'procesos' o los 'mecanismos' son *independientes* de los 'contenidos' que los constituyen empíricamente [... de esta forma] las propiedades de los 'procesos' pertenecen al orden de lo 'general' o inclusive de lo 'universal', mientras que los 'contenidos específicos' que *siempre* caracterizan dichos procesos en sus manifestaciones empíricas, actúan únicamente en tanto que 'parámetros' particularizantes, es decir que participan de manera similar a la forma en que intervienen la especificación del valor de una variable en una ecuación" (p. 284). De esta forma, conocer el caso particular es subsumirlo en una ley general, lo cual muestra que no se han abandonado los presupuestos ontológicos y epistemológicos del conocimiento psicosocial o psicopolítico. Aunada a la anterior, otra de las críticas a la psicología política empírica consiste en que ésta parte del presupuesto de una exterioridad entre los conocimientos psicosociales y los fenómenos políticos, por ello se "aplica" el conocimiento teórico a un objeto de estudio. Como consecuencia, la psicología social puede ayudar a esclarecer los eventos políticos, desde afuera, pues no forma parte del campo político, y se cree tener ya una psicología política. Y no sólo eso, puesto que en esta psicología empírica se parte de la idea de una psicología social como instrumento "neutro", sin valores, objetiva, con respecto al campo en que se "aplica", que por necesidad científica es "objeto" (ver Gergen, 1991). Ibañez (1994b) en contraparte aclara que si se parte del presupuesto de que la psicología social es *intrínsecamente política* se obliga a abordar la cuestión de la *reflexibilidad*, en el sentido de que se forma parte del discurso que se habla. Ello constituiría la salida a la primera y segunda crítica.

Otro señalamiento crítico consiste en reconocer lo que para algunos resulta inconcebible: la incidencia de las instancias políticas que "orientan" de una u otra forma el quehacer de la disciplina, por medio de la asignación de los presupuestos para el desarrollo de ciertas líneas de investigación y el abandono de otras, por ejemplo. Además —prosigue Ibañez— hay claros señalamientos en el sentido de la "sobredeterminación" ideológica de las teorías psicosociales, cuando la "ideología dominante" se introduce en las propias teorías, desde la forma de interpretar la realidad, hasta el tipo de vocabulario que utilizan los investigadores. Con estos elementos, la psicología social, y la misma psicología política, está "orientada" en cuanto a sus objetos de investigación y "sobredeterminada" en cuanto a sus

formulaciones teóricas y, por tanto, "no puede sino producir unos resultados que refuerzan, a su vez, las tendencias ideológicas y políticas que dominan nuestras sociedades" (p. 286). En este caso ya se está hablando también de psicología política, involuntaria, pero psicología política al fin y al cabo. Pero la psicología no sólo recibe "efectos" provenientes de su *exterioridad*, como las políticas públicas, los financiamientos, las "modas" temáticas y el discurso con que hay que trabajar, pues también desde su *interioridad* hay consecuencias políticas: la metodología que se elige, el tema, los presupuestos epistemológicos de donde se parte, el marco teórico de referencia, la narrativa con que se presenta (ver Fernández Christlieb, 1994a), entre otros elementos. En suma, hay consecuencias políticas, para la psicología, desde dentro o desde fuera, a la hora de construir el conocimiento (Ibañez, 1994b). En última instancia, de lo que se trata, no es de negar esa parte, sino de "explorar la idea de que la psicología social es *intrínsecamente política*, y de que cuando esta disciplina se interroga acerca de los fenómenos políticos, está investigando algo de lo cual ella misma forma parte" (p. 287).

El olvido de tres aspectos más, constituyen otro elemento de crítica a los partidarios de la aplicación de la psicología al campo de la política, y que es finalmente una forma de la psicología política que hasta el momento se ha revisado. Los tres aspectos son: primero, la psicología social surge de una caracterización de la realidad: la sociedad ya no es un objeto natural, sino una *producción histórica*, que es gobernable, que se puede dirigir y organizar. El segundo elemento lo constituye el naciente Estado Moderno y la necesidad de ganar legitimidad, enlazada en una de sus máximas, la opinión pública y, por tanto, la necesidad de una ciencia para conocerla y regularla. "El hecho de que la psicología social se preocupara intensamente de los fenómenos de opinión (actitudes, influencia social, representaciones sociales, etc.) adquiere un pleno sentido en este contexto" (p. 288). Y el tercero, tiene que ver con la generalización de la economía de mercado, pues habría que conocer las "necesidades" de los consumidores y crear otras tantas; además de atenuar los conflictos entre los grupos surgidos de la división social del trabajo. Todo ello contribuyó, diría Ibañez, a la institucionalización de la psicología social y su derivación, la psicología política. Por tanto, tener presentes estos tres elementos posibilitaría, primero, no concebir más la realidad como una entidad "natural" sin vida, intención o dinámica propia, digna de trabajarse con respeto y no como "objeto" inanimado; y segundo, el papel del psicólogo en cuanto al mantenimiento de cierto ordenamiento social que se plasma en la interiorización de ciertos patrones, roles, estereotipos e ideologías que en diversos casos los científicos sociales ayudan a legitimar.

En ello repara Ibañez cuando escribe: "la psicología social no se ciñe a informarnos sobre las características de la intersubjetividad contemporánea, sino que *contribuye a constituir esas características en el propio proceso de su investigación*". Es por ello por lo que el papel que desempeña la disciplina en la gobernabilidad democrática no se limita a ser puramente instrumental (proveer los conocimientos teóricos y técnicos), sino que es intrínsecamente político (construcción del tipo de sujeto requerido por la democracia)" (p. 293). De ahí que su última crítica verse sobre la gobernabilidad, sobre el control que tanto señaló Le Bon en su psicología política un fin de siglo atrás. Contra dicha forma de ejercer el control, propio de las ciencias naturales, la emprende Ibañez; la reflexión es la siguiente: para que un grupo social sea "gobernable" o "controlable", como ciertos fenómenos "naturales", los primeros deben ser "formateados" sobre el modelo de los segundos que tienen la característica de ser controlables y gobernables. De esta forma, "En la medida en que el 'gobierno racional' de las sociedades exige que éstas sean 'homologables' a aquellos aspectos de la naturaleza que pueden ser aprehendidos mediante la racionalidad científica

moderna, queda claro que lo que se espera de las ciencias sociales, incluida la psicología social, es que posibiliten dicha homologación. Y esto es efectivamente lo que hacen, proporcionando instrumentos teórico-prácticos para controlar los procesos sociales y, sobre todo, constituyendo conocimientos que revierten sobre las características de los objetos sociales en la dirección deseada... Es así como la psicología social contribuye, poco o mucho, a situar la política en el campo de la razón científica y de la razón técnica, sustrayéndola al ámbito de la *razón práctica*" (p. 295). La crítica, por supuesto, se lanza a los partidarios de los estudios tendientes a ejercer el control y quienes están en busca de regularidades y leyes en plena conclusión del segundo milenio.

Pero no todo es tan desesperanzador, pues el propio autor propone una salida, al sugerir la responsabilidad del trabajo científico, el compromiso con el propio conocimiento, y por tanto con la realidad; así, delinea que el "compromiso político" serio pasa por a) redefinir, no abandonar, el concepto de "objetividad" del conocimiento científico; b) rehabilitar el papel de la razón práctica sobre la que debe apoyarse la psicología social; y c) asumir plenamente el carácter "*reflexivo*" de las ciencias sociales, instituyéndose como parte del objeto de estudio de la propia disciplina. Con ello, desde la psicología política, "Quizás podamos desembocar de esta forma en una ciencia social, que abra el horizonte político hacia modos de vida menos alienados" (p. 297). Una pequeña contribución de la psicología política al bienestar humano, como la había señalado innumerables veces el psicólogo salvadoreño Ignacio Martín-Baró.

2. 4 Participación política

En la psicología política española hay una fuerte tendencia a los estudios de participación política, sean éstos categorizados como convencionales o no convencionales (ver a Sabucedo, 1996). En el primer caso se habla de la participación política de la gente en el ámbito de las instituciones y de las formas convencionales permitidas por los marcos legales y que en mayor o menor medida desembocan en la conducta electoral (Montero, 1995). En la segunda tendencia bien se pueden ubicar los estudios realizados en torno a la participación "radical", sobre todo los situados en el territorio Vasco que por su tipo de actividad política deviene en todo un fenómeno a abordar, y que tienen como factor común la voluntad de participar en el cambio.

Para Sabucedo y Rodríguez (1997) "A partir de la década de los 60 se asiste a una generalización de las actividades de protesta política que hasta aquel momento eran utilizadas por grupos muy reducidos y marginales de la población. Ahora, en cambio, numerosos grupos sociales recurren a ellas como forma de llamar la atención sobre sus problemas y lograr el cambio social. Este nuevo ambiente político lleva a los investigadores a interesarse por la amplitud de esos movimientos y por las causas que los originan" (p. 109). Y dichos grupos recurren a la participación política no convencional, la que se encuentra por fuera de los marcos legales, de las instituciones, y que exige actividades concretas y activas por parte de la gente. Estos autores refieren un estudio realizado con población juvenil gallega a principios de los noventa, cuyo propósito era analizar "el potencial de protesta" de ese sector. Se les preguntó si se involucrarían o no en la realización de un grupo de actividades no convencionales. Lo que se encontró fue lo siguiente: "las acciones políticas no convencionales que no implican el recurso a la violencia cuentan con un apoyo potencial bastante elevado" (p. 110). Lo cual, bien nos puede indicar la ampliación del repertorio de

conductas políticas de los estudiados. Por lo que la conducta política de estos jóvenes ya "no se limitará simplemente a emitir, a instancias del poder, un voto cada cierto periodo de tiempo, sino que empleará acciones directas no violentas para tratar de influir en el curso de los acontecimientos políticos" (*idem*). (Esto nos puede brindar un antecedente del enorme impacto que ha tenido el zapatismo en territorio español, y todo parece indicar que es mayor que en nuestro país.)

De esta forma, la protesta política tiene su impacto, sobre todo para atraer la atención de los medios de comunicación y provocar el debate en ciertos temas. Sin este elemento, señalan los autores, no entenderíamos que cuestiones como el ecologismo, el pacifismo, el feminismo, etc., se hayan vuelto asunto de debate sin que fueran noticias en los medios de comunicación, y que hayan impactado tanto a la sociedad española y se hayan vuelto objeto de estudio de la psicología política (ver Sabucedo, 1996; Seoane, 1988). Sabucedo y Rodríguez (1997) recuerdan que ya se había señalado en otros momentos que la protesta era el único medio que los grupos con menos poder social tenían, pero aclarando que "esos grupos dependían de los medios para que sus demandas fuesen favorablemente acogidas por el resto de la sociedad" (p. 113). (Aquí se vale una precisión. Esto que plantean los autores contradice, de cierta forma a los postulados de Moscovici, pues las minorías generan sus propios canales de comunicación, y el recurrir a los medios de las "mayorías", esto es, el poder, les resulta contraproducente, -v. gr. Moscovici, 1981; 1983: 1989-, por lo que se mueve con sus propios instrumentos.)

Después de varios estudios, Sabucedo y Rodríguez (1997) concluyen que "cada vez es más frecuente el recurso a las actividades no convencionales para defender y apoyar diversas causas. A medida que este tipo de comportamiento es más común, menos interés tiene para los medios de comunicación. Ello puede llevar a que los organizadores de un movimiento se vean en el dilema de tener que incrementar el grado de riesgo que asumen los participantes, con la finalidad de que sus acciones tengan un mayor impacto social. Dado que una de las variables que suelen utilizarse para explicar las acciones de protesta es la relación entre costes y beneficios, en la medida en que los primeros aumentan las posibilidades de movilización disminuirán" (p. 114). Una conclusión más que arguyen estos estudiosos del comportamiento político, es que la protesta no siempre tiene un efecto positivo como mecanismo para encontrar eco informativo. Varias son las razones: por ejemplo, el estilo y hábitos informativos que se centran en los hechos y no en las causas de la protesta, "que tienden a estereotipar y a enfatizar las situaciones de dramatismo o violencia aunque éstas sean una anécdota casi irrelevante" en el caso (p. 116). Por otro lado, hay que reconocer la incomodidad de ciertos movimientos sociales que desafían el *estatus quo*; y "Ante ellos los grupos de poder reaccionarán intentando deslegitimar y desprestigiar a los líderes y a los fines de esa organización" (*idem*). En tales casos los medios y los recursos materiales ejercen un papel determinante, pues son aliados de aquellos que detentan el poder y no pondrán en riesgo la "estabilidad" política de una sociedad o país (v. gr. Moscovici, 1989; Ibañez, 1987).

Y como muestra de la poca legitimidad que guardan algunas actividades de la participación política convencional, Sabucedo y Rodríguez (1997) dan cuenta de un estudio realizado en territorio español en el cual se asegura: "Los políticos y los partidos son percibidos como distantes y poco preocupados por los intereses de los ciudadanos. Al mismo tiempo, no se confía en que las decisiones políticas se adopten pensando en el bien común" (p. 106). Luego descargan la conciencia: dicha situación no es exclusiva de nuestro país. Pero esto tiene su explicación, pues según estos autores los medios de comunicación han

contribuido a ello, pues "están enfatizando ciertos rasgos y actuaciones de los políticos y partidos que refuerzan y apoyan las ideas preconcebidas que la población tiene sobre ellos (p. 108), lo que acarrea como consecuencia que se viva " una auténtica crisis en el sistema político". La noción de crisis es utilizada, en el sentido de Gramsci, como una situación en que muere lo viejo y lo nuevo no puede nacer, y en ese interregno se producen los fenómenos morbosos más variados. "Las crisis de los partidos políticos tradicionales, los deberes sobre la necesidad de dar más participación a los ciudadanos, la irrupción en la escena política de líderes bajo la bandera de independencia de los partidos, la creciente fuerza de los movimientos sociales, etcétera, son reflejo de que algo está cambiando en la escena política. En la creación de esa nueva dinámica los medios de comunicación están desempeñando un papel extremadamente significativo" (p. 108).

También hay otra perspectiva que aborda la participación política que es partidaria de la teoría de los recursos. Los estudiosos de la psicología política en ese campo, critican a la llamada Teoría de los Movimientos Sociales (TMS), porque ésta, predominante hasta los años setenta, hacía hincapié en los aspectos puramente individuales del quehacer político y en los cambios sociales rápidos, lo que acarrea una explicación de los eventos colectivos como acciones en donde a) la participación era escasa, b) los descontentos eran transitorios, c) los comportamientos institucionales y no institucionales eran vistos de manera diferenciada, y d) los actores eran vistos como a-racionales, cuando no, irracionales (Páez, Valencia y Echebarría, 1993). Después de los setenta surge una nueva aproximación, la llamada Teoría de los Recursos para la Movilización (TRM), de inspiración weberiana y neomarxista, que postula a) el *continuum* entre los comportamientos institucionales y los no institucionales, b) la racionalidad de los participantes y c) los movimientos sociales como agentes de cambio social. Para la TRM la gente que participa en los movimientos sociales lo hace de manera racional y evalúa los costos y los beneficios de la misma, enfatizando la organización y las oportunidades políticas. Y desde esta perspectiva se ha tratado de entender el complejo caso del nacionalismo radical vasco, entre otras temáticas. En esta visión los movimientos sociales, con sus integrantes, no representan sujetos aislados o impotentes, sino sujetos con competencia, aunque disidentes del sistema. Y desde ese marco es que pretenden dar cuenta del actuar político de los españoles.

Por otro lado, para Montero, D' Adamo y García (1995) la teoría de las representaciones sociales ha tenido un gran impacto en el desarrollo de la psicología política no sólo en su país cuna, Francia, sino también en España, sobre todo a la hora de realizar estudios sobre partidos políticos y abordar la afiliación partidaria. Esta teoría ha tenido sus repercusiones debido a que los españoles se preocupan por "la dimensión de la sensibilidad social, así como la búsqueda de fuentes y modelos teóricos más dinámicos que los de la corriente estadounidense, a la vez que más abarcativos y holísticos" (p. 14). Muestra de ello, dicen, son las compilaciones que han realizado Seoane (1988) y el mismo autor junto con Rodríguez en 1991, en donde "se parte del análisis del concepto mismo de psicología política, y con espíritu revisionista y crítico se adentra en diversas áreas, tanto clásicas como innovadoras (por ejemplo, movimientos sociales y violencia política, e identidad étnica y movilización política, entre otros)" (Montero, D' Adamo y García, 1995, p. 14). Y en dicha obra tiene un espacio importante la participación política en diferentes niveles.

2. 5 Memoria social...

Uno de los recursos de que ha echado mano la psicología política española en los últimos años ha sido la memoria colectiva. La teoría desarrollada por Maurice Halbwachs (1924; 1968) plantea que hay diversas memorias pero que éstas son sociales y tienen marcos de referencia, tales son espaciales y temporales. Esta aproximación que tiene mucho en común con la escuela de "Historia de las mentalidades" en la historia, recata lo vivencial, la narrativa y la retórica como métodos de trabajo. Pues bien, los españoles han trabajado con la aproximación de la memoria colectiva sobre todo un pasado que aún les duele y con el que cargan aún, el de la Guerra Civil española; ese episodio de España que para muchos sería conveniente no recordar (Rodríguez, 2000) y que para otros es necesario recuperarlo, al menos, tenerlo presente como un pasado que es necesario abordar y reconstruir (Iñiguez, Valencia y Vázquez, 1998).

Iñiguez, *et al* (1998) dan su definición de memoria colectiva: "Por memoria entendemos el conocimiento del pasado, no en el sentido de la coincidencia de recuerdos con una realidad pretérita, sino como organización semántica de acontecimientos, reconstrucción generativa y no mecánica de los mismos y obtención de narrativas fruto de la dialéctica y de la negociación de posturas antitéticas marcada por un sentido del pasado" (p. 266). Lo cual lleva, necesariamente, a una distinción, entre memoria e historia: "La primera referida a las diferentes narrativas nominales de los acontecimientos ocurridos (en cierto período del pasado)... Y la segunda, que se corresponde con el proceso de conversión de estas narrativas en la Historia reificada e institucionalizada de dicho período" (p. 273). Dicha noción corresponde a lo que también ha planteado Connerton, al diferenciar la memoria social de la reconstrucción histórica; así, la primera es aquello que permanece en la gente, en los grupos sociales; la segunda es la labor de los profesionales en historia que intentan "identificar las trazas de acontecimientos pasados", no importando que éstos no permanezcan en la memoria social de los grupos. En este mismo sentido se manifiestan Marqués, *et al* (1998) al diferenciar los acontecimientos que han ocurrido de la manera en que se recuerdan en los diferentes grupos sociales. En ese mismo tono se ha manifestado el historiador Hayden White (1987) cuando advierte que los "acontecimientos son reales no porque ocurriesen sino porque, primero fueron recordados y, segundo, porque son capaces de hallar un lugar en una secuencia cronológicamente ordenada. Sin embargo, para que su presentación se considere relato histórico no basta con que se registren en el orden en que ocurrieron realmente. Es el hecho de que pueden registrarse de otro modo, en un orden de narrativa, lo que les hace, al mismo tiempo, cuestionables en cuanto a su autenticidad y susceptibles de ser considerados claves de la realidad. Para poder ser considerado histórico, un hecho debe ser susceptible de, al menos, dos narraciones que registren su existencia" (p. 34), lo que se ve complementado por lo que aduce otro autor español, Tomás Ibañez (1994a), quien desde la perspectiva socioconstruccionista manifiesta que los fenómenos sociales contienen memoria, en la medida en que "contienen" las marcas de las relaciones sociales por quienes fueron producidas, además de que son producto, de un momento histórico concreto y el tiempo obligue a sufrir variaciones, por lo que se puede decir que: "al igual que lo que ocurre con el futuro, tampoco el pasado está 'ya escrito' puesto que sus características se van actualizando en función de unos desarrollos posteriores concretos que no agotan, por definición, el conjunto de todos los desarrollos posibles. No es ya que el futuro dependa en parte del pasado, sino que el propio pasado adquiere algunas de sus características en función del futuro que efectivamente se realiza" (p. 230).

2. 5. 1 Y guerra civil

"A pesar de la presencia perenne de la Guerra Civil española en el imaginario social, si se exceptúan los ensayos históricos, su investigación no constituye, en sí misma, un objeto de estudio destacado en ciencias sociales" (Iñiguez, *et al*, 1998, p. 265). Es más, todo parece indicar que a la hora de abordar un evento del pasado, como por ejemplo la Guerra Civil española, "el estudio de los orígenes y el proceso en sí mismo, se discuten a partir de los resultados alcanzados" (p. 266) en estos acontecimientos. En efecto, entre algunas de las características de los discursos dominantes se encuentran la "defensa de una memoria presentista" y la legitimación de un determinado orden social, pues "es a través de la memoria presentista y mediante la defensa de un sistema político particular que se hace posible el tránsito y la conversión de la memoria en Historia" (p. 270). Lo mismo que Igartua y Páez (1998) han manifestado: el "cultivo" de una determinada noción sobre una realidad histórica (pongamos por caso nuevamente la Guerra Civil española) a través de los medios de comunicación (puede ser la imagen positiva de los franquistas y la imagen negativa de los republicanos; los dos bandos en contienda) tendrá como consecuencia la asimilación de dichos planteamientos en esa perspectiva. Por lo cual, para los españoles, es de suma importancia estudiar los acontecimientos de la Guerra Civil más allá de los elementos fijos de un momento histórico, puesto que hay que abordar las narraciones que mantienen, legitiman ordenan y condicionan la dinámica social, en suma, que legitiman el actual orden de cosas en nombre del pasado (Iñiguez, *et al*, 1998). En efecto: "Una característica general que poseen los discursos dominantes sobre los conflictos traumáticos pretéritos es la utilización de repertorios argumentativos y estrategias retóricas que propician el trazado y delimitación de una historia presentista en detrimento de una memoria social. Asimismo, se caracterizan por su aval legitimador de un determinado orden social" (p. 267). Eso llevó a que durante la dictadura franquista en España, no se permitiera el despliegue público de imágenes reivindicativas de la postura republicana, y se justificaran las visiones totalitarias del momento. Lo mismo ocurriría al momento de dar cuenta de la Guerra Colonial Portuguesa: el gobierno la denominaba "Guerra de Ultramar" por considerar a las colonias africanas como "provincias de ultramar", pero la forma en que fue conocida dicha intervención, a pesar de la prohibición oficial, fue la de "Guerra Colonial", y así se mantuvo en amplios círculos sociales hasta que emergió públicamente después de la caída de la dictadura (Marqués, *et al*, 1998).

Al momento de abordar el período de la Guerra Civil española desde la perspectiva de la memoria colectiva, Iñiguez *et al* (1998) identifican seis grupos de personas: (1) los cronistas, que mencionan sucesos de manera cronológica, aunque no necesariamente correspondan con los acontecimientos; (2) los objetivistas que ponen énfasis en el golpe de estado y en fechas del conflicto; (3) los antagonistas, quienes dan cuenta de la Guerra Civil en términos de enfrentamientos entre grupos por razones ideológicas; (4) los desideologizadores, cuyo discurso se funda sobre las derivaciones afectivas del conflicto y fincan las causas de la Guerra en elementos por fuera de la ideología; (5) los polarizadores, que hacen énfasis, sin nombrarlos, en dos bandos y citan diversas causas del conflicto; (6) los filohistóricos, que describen con base en la sucesión cronológica de elementos historiográficos, con explicaciones de carácter ideológico. La conclusión a la que llegan los estudiosos de la Guerra Civil y la memoria colectiva, después de encontrar varias categorías, es que dichas "narrativas diferentes... tienen que ver con grupos sociales distintos... [y] la identificación de los grupos que mantienen las distintas posiciones... [se da] sin problemas, y muestran diferencias claras" (p. 283). Lo cual, por lo demás, muestra coherencia con los

postulados de Halbwach (1924; 1968), en el sentido de que no hay una sino varias memorias sociales o colectivas.

Ahora bien, estas diferentes versiones que se encuentran sobre los pasajes de la Guerra Civil española, no sólo se manifiestan en grupo social, pues también se presentan a lo largo del tiempo; así lo muestran los trabajos de Igartua y Páez (1998) quienes, recogiendo planteamientos de Vygotsky y Halbwach, recuerdan que el arte es una expresión depositaria de la memoria de las colectividades. Desde esta perspectiva dan cuenta de las películas que en España se rodaron desde la propia Guerra Civil hasta principios de los noventa. Al respecto nos dicen: "La imagen de los vencedores y de los vencidos en las películas sobre la GCE evoluciona en direcciones opuestas con el paso del tiempo. Se observa que a medida que pasan los años, la imagen de los personajes del bando franquista es más negativa, mientras que la imagen que se ofrece en esos mismos largometrajes sobre los republicanos es más positiva" (p. 130). Lo cual tiene mucho que ver con la llamada "transición política" de los nuevos tiempos, que embona perfectamente con lo señalado por una periodista: en el 2000 se celebra el quinto centenario de Carlos V y los 100 años del nacimiento del cineasta Buñuel y los ibéricos se aprestan a la conmemoración. Pero también en el 2000 se cumplen 25 años de la muerte de Francisco Franco, y públicamente no se ha dicho palabra alguna (Rodríguez, 2000); todo parece indicar que "El silencio parece parte del pacto de la transición a la democracia" (p. 61). Hay que precisar que a decir de algunos: "Se ha confundido amnistía política con amnesia histórica, reconciliación con olvido" (*idem*). Y es que parece que los españoles quieren, al guardar silencio, mandar al olvido, como castigo, al dictador, no así los pasajes de la Guerra Civil. En efecto, los tiempos cambian; ya no son días de dictadura, y hay que entender lo que Simionescu ha sentenciado: los que mandan sobre el presente no sólo tienen el poder de dar forma al porvenir, sino incluso de rehacer el pasado.

El sistema que surgió después de concluida la Guerra Civil española, fundamentó su legitimidad en el resultado de la contienda, y operó sobre la memoria social (Iñiguez, *et al*, 1998). La legitimación, por tanto, acarrea consigo la validación de ciertos argumentos en detrimento de otros. Eso lo tenían muy claro Berger y Luckman (1967) al señalar que: "la legitimación no sólo indica al individuo por qué debe realizar una acción y no otra; también le indica por qué las cosas son como son" (p. 122). De ahí la importancia de lo que ha planteado Halbwach (1968): la memoria social es múltiple, no hay una sola sino varias, mientras que la historia se asume como versión dominante y única; así, cuando la memoria se comienza a desdibujar, la historia se impone en la visión que de acontecimientos pasados sociales se tiene. Y es que, como lo ha mostrado Sebastiani, la memoria social defiende un proceso de diferenciación respecto del presente, por lo que el acto de recordar es, en sentido estricto, potencialmente subversivo. En ello radica la fuerza de la memoria colectiva para dar cuenta de eventos o grupos que se han querido olvidar, muestra evidente se tiene en México con el zapatismo y su empuje para lograr un espacio en la historia.

2.6 Medios de comunicación

En su texto de *Medios de comunicación de masas y participación política*, Sabucedo y Rodríguez (1997) señalan que "los medios dedican más atención a los candidatos [a cargos de elección popular] con más posibilidades y los candidatos tendrán más posibilidades cuanto más atención les dediquen los medios" (p. 103). Y es que la lógica parece rezar que

"lo que no aparece en los medios, no existe" (*idem*), sobre todo en la era globalizadora. Para estos autores, en un sistema democrático los medios de comunicación deben desempeñar un papel crítico con respecto al poder, denunciando abusos, corrupción, etc. Señalan: "informar a los ciudadanos, lo más honesta e independientemente posible, acerca de la acción del gobierno debería constituir no sólo un deber, sino una obligación de los medios para con el conjunto de la población. Por ello, lo condenable no es que los medios pongan en evidencia los fracasos de una determinada política, de una gestión poco ortodoxa, o las conductas políticas reprobables de un líder o partido, sino el tratar de hurtarlas al conocimiento de los ciudadanos" (p. 107).

Para Sabucedo y Rodríguez los medios de comunicación "guían la atención" de los ciudadanos y "definen los problemas sociales", a la par de las élites política y económica. "Esas instancias de poder disponen de asesores de comunicación e imagen que tienen, entre otras, la tarea de 'inundar' las redacciones de los medios con comunicados e informaciones favorables a sus intereses" (p. 108). Por eso la importancia de abordarlos, pues en los medios se crean realidades que no necesariamente corresponden a las necesidades de la población o que reflejen éstas. De ahí que en la lucha por influir en la sociedad los medios desempeñan un papel primordial, y diversos grupos quieren tener el control de los mismos, puesto que les brindaría mayor poder social. A su vez los grupos con menos poder, tienen más problemas para hacer uso de esos canales, por lo que se ven obligados, si quieren permanecer en el escenario social y ser percibidos e incluso influir, a recurrir a otros mecanismos y estrategias, por ejemplo la influencia social minoritaria (v. gr. Moscovici, 1981; 1983; 1989). Quizá por eso para Sabucedo y Rodríguez "La agenda de los medios y el tratamiento que reciben ciertos temas es sensible a las demandas de los grupos menos poderosos, pero siempre y cuando éstos dispongan de una organización que les posibilite realizar acciones que provoquen la atención de esos medios" (1997, p. 113).

3 Escuela francesa

El caso de Francia atraviesa por un proceso muy largo, pues en él aparecen varios pensadores que bien pueden ser considerados como antecesores de la corriente en psicología política: se puede citar el caso de los franceses que publicaron manuales (que se refiere en los antecedentes), los textos de Le Bon, de Gabriel Tarde; sin embargo, el caso a tratar en este apartado se centra en la psicología política contemporánea: la corriente de las masas y la escuela de las minorías activas, cuyo representante "moderno" Serge Moscovici, quien las propone como objetos de estudio de la disciplina (1989).

Pero qué es lo que se plantea en el estudio de las masas y en la influencia social minoritaria.

ESTADO LIBRE ASOCIADO DE PUERTO RICO
DEPARTAMENTO DE EDUCACION
BIBLIOTECA CENTRAL

3. 1 Las minorías activas

3. 1. 1 Influencia mayoritaria

El postulado básico de Moscovici (1981, 1984) señala que la influencia social se puede ejercer no sólo de las mayorías a las minorías, sino a la inversa: de las minorías a las mayorías. Después de varios trabajos, algunos de ellos experimentales, Moscovici muestra que, contrariamente a lo que se había empeñado en aseverar la corriente funcionalista de psicología social, cuando algunas personas en un grupo están en franca desventaja no necesariamente se someten o se conforman a lo que la "mayoría" dice o hace, puesto que puede preservar su posición e incluso impactar a quienes inicialmente los presionaban para que asumieran o hicieran alguna actitud o acción. Esto es, que un grupo pequeño o grande, pero sin poder, puede lograr que cambie el resto del grupo si asume como minoría una serie de características. Veamos.

El argumento central de las teorías funcionalistas de influencia social era que los individuos se conformaban o sometían a lo que el grupo decía o hacía, por medio de la presión, de la coerción o, incluso, de la imposición que ejercía una mayoría; a la vez que la minoría lo hacía para evitar el rechazo, en nombre de los fines u objetivos, por la salud del grupo o por correr su juicio a lo que la mayoría manifestaba. Así, si en un grupo de 10 personas, siete de ellos veían "13" donde los tres restantes reconocían una "B", no tenía por que ponerse en duda que era "13" puesto que era un criterio compartido por una "mayoría" contra una "minoría". En tal caso, la sumatoria de las personas otorgaba el valor de veracidad al juicio externado, lo cual, a fin de cuentas, parece lógico si uno lo "piensa" fríamente. Sin embargo, después de una serie de experimentos Moscovici y otros investigadores (como Faucheux, Mugny, etc.) se percatan de que ocurre algo curioso: hay personas que mantienen sus juicios invariables, y no sólo eso, sino que al paso de varios ensayos, o de cierto tiempo, otras más las comparten. La pregunta es por qué.

3. 1. 2 Los desviados

Para Moscovici (1981) las personas que manifiestan un comportamiento fuera de la norma, esto es "desviado", por el sólo hecho de hacerlo son a la vez que rechazados, admirados. Sí, pues en la privacidad, a pesar de que abiertamente se emitan juicios negativos o condenatorios y se les aisle o se les segregue, en lo íntimo se les admira, pues han llevado a cabo actos que otros quisieran realizar pero que, por normas interiorizadas, por el "qué van a decir" o el "qué van a pensar de mí", e incluso por manifestar un comportamiento normal y agrandar a los demás, no lo hacen. Luego entonces, la admiración está ahí, debido al valor que ha tenido esa persona, o grupo, incluso por encima de los argumentos del rechazo. Así, los "desviados" se encuentran entre la admiración y el rechazo. Ante ello surgen cuestionamientos: ¿No fue acaso Galileo un disidente y contribuyó en gran medida al desarrollo del conocimiento?; Darwin, ¿no recibió burlas a cambio de sus descubrimientos sobre la evolución del Hombre? En fin, la historia está plagada de estas situaciones. Pero para impactar, esto es para influir, estos personajes o grupos requieren una serie de características. Sí, pues no cualquier disidente, por el hecho de serlo, ya ejerce influencia sobre algún grupo, colectividad, nación o momento histórico

Será con los trabajos de Moscovici que tomará forma la "recuperación" de los grupos disidentes, "anormales". Y se dice que se da en forma porque ya existía un enfoque que veía la "anormalidad" -la enfermedad mental en este caso- con dudas: la antipsiquiatría, que pone en tela de juicio la concepción de lo "normal" y lo "anormal". Y aunque este enfoque consideraba que la sociedad era la causante de dichos trastornos, permanecía aún la concepción de esta desviación como algo poco deseable. Es con Moscovici (1981) que se da al traste con la idea de que los desviados son algo que hay que borrar del presente y de la historia. De hecho, se pueden recuperar porque son actores sociales que bien pueden ser partícipes de cambios estructurales en los grupos y en las sociedades. Uno de los primeros trabajos sobre minorías que se han referido al tema es el de Moscovici y Faucheux que data de 1967, también un par de textos del propio Moscovici con factura de 1975: *El Hombre en interacción: Máquina de responder o máquina de discurrir*, y *Conformidad, minoría e influencia*. Aunque el trabajo que puede ser considerado como un tratado sistemático, con teoría de por medio y estudios empíricos es *Psicología de las minorías activas* publicado originalmente en 1976.

3. 1. 3 Caracterización minoritaria

En estos y otros trabajos encontramos una serie de características que se van desarrollando y en torno a las cuales gira la propuesta de lo que Moscovici ha denominado *Minorías activas*. Y es que no cualquier grupo (o persona) puede ser considerado como minoría activa. Autores como Mugny, Pérez, Doise, Tajfel, Mucchi Faina, etcétera, han dicho al respecto que una minoría es aquella que, *no importando el número* de personas que se congregan en ella (ya que puede ser más o menos del 50% del total de los integrantes de un grupo o una colectividad), tiene *rasgos innovadores*, saca de la monotonía al grupo (o a la sociedad) al introducir o crear *ideas nuevas*, nuevas formas de pensar o comportarse, y que puede modificar ideas, volviendo caducas ciertas actitudes, modos de pensar o comportamientos que hasta ese momento se encontraban en el grupo (Doms y Moscovici, 1984). Pero no sólo es la innovación, también está la *creación del conflicto* cuando se introducen estos elementos novedosos, y se presenta cuando se emiten dos juicios diferentes, divergentes y en ocasiones incompatibles: éste es el punto de partida de la influencia y una condición necesaria para ella (Moscovici, 1981). A las dos características anteriores se suma el *estilo de comportamiento* que es señalado como una organización de comportamientos y opiniones y la intensidad con que se expresa, en suma, su retórica (Moscovici, 1981; Doise, 1987); a la vez es una "composición intencional de señales verbales y no verbales" que pone de manifiesto el estado de quienes lo ostentan y su posible evolución (Doms y Moscovici, 1984). Ahora bien, el estilo de comportamiento puede operar con diferentes propiedades: *rigidez o flexibilidad*, de acuerdo a las circunstancias. Mugny y Pérez (1987) han mostrado que cuando un grupo siente cercana a una minoría (endogrupo) con un estilo rígido, ésta puede generar mayor influencia que una minoría flexible que influye tanto cuanto más lejos opera (exogrupo); algo semejante reporta Doise (1987). Además de esas características del estilo de comportamiento, existe lo que Moscovici (1981) denomina *consistencia*, que no es otra cosa que "una señal de certeza, como la afirmación de la voluntad de atenerse inquebrantablemente a un punto de vista dado y como reflejo del compromiso por una opción coherente e inflexible" (p. 151). Lo mismo se habla del *esfuerzo* que realiza un grupo para convencer, haciendo sacrificios personales o grupales que los otros percibirán; también está presente la *autonomía*, referida como la independencia de juicio y de actitud que se afirma en el hecho de actuar con base en principios propios; asimismo está la *equidad*, bajo la cual

existe la necesidad de tomar en cuenta al otro para actuar (Moscovici, 1981; Moscovici, 1984a).

A todos estos elementos se agrega el llamado *Sleeper-effect* o efecto de "adormecimiento", término de acuñación hovliana (Moya y Morales, 1988), y que en voz de Moscovici (1983) tiene que ver con el efecto que a largo plazo genera la información que una minoría extiende sobre un grupo o individuo, sin que éste se percate del impacto hasta que se haya manifestado de manera abierta. Asimismo, se apunta que el efecto que una minoría puede causar en un grupo o sujeto es privada e indirecta; esto es, que la influencia no se manifiesta en el terreno de lo público ni de forma directa en los primeros momentos. Ciertamente, el impacto incursiona, en un inicio, en el terreno de lo privado, no perceptible para los demás (Moscovici, 1981; Kaiser y Mugny, 1987), pues el identificarse abiertamente con una minoría puede acarrear costos (Ibañez, 1987) desde psicológicos hasta de seguridad física. Por otra parte, el impacto no se presenta en el mensaje mismo, sino en una esfera que lo rodea (Moscovici, 1983; Ibañez, 1987; Pérez y Mugny, 1987). En efecto, si se emite un mensaje en contra del servicio militar el impacto no apuntará necesariamente a la oposición de las personas a dicho servicio, sino, lo más seguro, a una serie de cuestionamientos sobre la carrera armamentista, el presupuesto que a ésta se le dedica, etc. Aunque a largo plazo se puede incidir en lo directo y en lo público, en lo inmediato quedan vedadas estas esferas a las minorías, señala Moscovici (1983).

3. 1. 4 El modelo

Hasta aquí se ha tratado de delinear las características que una minoría activa reúne para ser categorizada como tal y ejercer influencia social, sin que ello elimine otras posibilidades de influencia. Ahora bien, un modelo específico que permite dar cuenta de una serie de fenómenos de influencia en la realidad, y que complementa de alguna manera al planteado por Moscovici (1981) es el elaborado por Mucchi Faina (1987), quien agrega a la propuesta de este autor (minoría-mayoría) un tercer elemento, el poder. Así, el esquema sería el siguiente:



en donde, un grupo social que pretende ejercer influencia está ubicado en el ángulo de la minoría, el grupo al que va dirigida la influencia se deposita en el ángulo de la mayoría, y

quien tratará de oponerse a que los mensajes y la influencia de la minoría llegue a la mayoría estará situado en el ángulo del poder, por poseer el control. Ahora bien, en el espacio del poder bien puede estar la mayoría misma al oponerse a que sus integrantes reciban el impacto de la minoría.

Hasta aquí parece color de rosa el actuar de las minorías, pero hay que señalar que existen elementos que las mayorías o el poder echan a andar contra la ofensiva de las minorías. Sí, hay un proceso que Mugny y Pérez (1987) y Papastamou (1987) denominan *psicologización* y que consiste en desprestigiar a las minorías, descalificándolas al utilizar de manera negativa alguno de sus aspectos personales o atributos, por ejemplo que son feos, sucios o malos, y con ello llegar a una conclusión. De esta forma, más que atacar los argumentos de las minorías se ataca la apariencia o aspecto de las personas, esto es, cuestiones superficiales. Además, existe lo que se denomina *denegación* (Moscovici, 1987), con ella se le niega "la mínima verosimilitud" a lo expuesto por una minoría, o en el mejor de los casos poner en duda sus argumentos, lo cual, dice Papastamou (1987), es una estrategia de resistencia y reduce la influencia minoritaria.

Con todo ello las minorías entran a escena.

3. 2 Las masas

Moscovici (1989) señala que las masas y su estudio, esto es la psicología de las masas, nace con la democracia de masas, sin lo cual no habría ciencia que estudie los fenómenos colectivos. Las masas, para ser exactos, según Le Bon (1895) son aquellas que "En ciertas circunstancias dadas, y solamente en estas circunstancias, una aglomeración de hombres posee caracteres nuevos muy diferentes de los individuos que componen esta aglomeración. La personalidad consciente se desvanece, los sentimientos y las ideas de todas las unidades son orientados en una misma dirección. Se forma un alma colectiva, transitoria, sin duda, pero que presenta caracteres muy puros. La colectividad entonces se convierte en lo que, a falta de una expresión mejor, pudiéramos llamar *muchedumbre organizada*, o si se prefiere así, una *muchedumbre psicológica*. Entonces forma un solo ser, y se encuentra sometida a la *ley de la unidad mental de las muchedumbres*" (pp. 19-20, énfasis en el original). Un fin de siglo más tarde Moscovici (1989) señala que los hombres (y también las mujeres, por supuesto) al volverse miembros de un grupo o colectividad sufren una "metamorfosis" psíquica: pasan del individuo a la masa, y por consiguiente se comportan de manera diferente, recordando el trabajo de Le Bon.

En efecto, las masas, muchedumbres o multitudes (lo mismo es con diferentes tonalidades, Moscovici, 1985) está compuesta por hombres y mujeres, pero no a título individual, pues no es la suma de muchos sujetos y sujetas, sino una fusión de mentalidades, de ideas, de sentimientos, de irracionalidades, de afectividades y de cuerpos. Hay una transformación de un estado psíquico, individual o racional a uno de masa, de irracionalidad. Sólo que la irracionalidad es concebida por Le Bon (1895) de una manera peculiar, pues ésta es atribuida a "seres inferiores", como las mujeres y los niños; si no, léase la siguiente cita: "Todas las muchedumbres son siempre impulsivas e irritables sin duda, pero en grado distinto... Las muchedumbres son féminas, a veces; pero las más femeninas son las muchedumbres latinas" (p. 30). No obstante, retomando al Freud de las masas, para Moscovici (1985) la irracionalidad y el primitivismo no están depositados en el hombre de las

cavernas ni en las mujeres, ni en los indios o en los africanos, sino en el hombre y la mujer que menosprecian las obras de la civilización, las leyes de la razón, el tecnicismo como supremacía, por eso escribe: "Los primitivos que estudió [Freud], que conoce, somos nosotros mismos" (p. 301). Así, el autor del *Tratado de las masas* asegura que éstas regresan afectiva e intelectualmente y, por supuesto, se trata de una regresión moral. Aunque esto ya lo había escrito Le Bon (1895) un siglo antes: "la muchedumbre es siempre intelectualmente inferior al hombre aislado" (p. 26), aunque también puede ser heroica, reconocía. Lo cual es una perfecta combinación: primitivismo y heroísmo, conjugado en una muchedumbre de dos, tal cual las parejas (Alberoni, 1979; Fernández Christlieb, 1994a). Por supuesto, las masas de dos que no logran distinguir sus deseos individuales (Fernández Christlieb, 2000), porque éstos no existen, sólo en masa.

3. 3 Los objetos de la psicología política

Moscovici (1989) apunta que en este siglo se han visto varios intentos por construir una psicología política como "una disciplina aparte completamente" (p. 20). Con una característica común: los intentores lo han hecho con base en dos elementos, por un lado, la teoría con cierta tradición en psicología y, por el otro, un problema crucial en cierto momento histórico. Para ello se citan varios casos: Le Bon y las masas o la democracia moderna; Michels y la oligarquía de los trabajos, desde la postura le boniana o de Weber; y, por supuesto, el buen Reich, desde el marco del psicoanálisis y el marxismo, trabajando por qué las masas actúan contra sus intereses. Dichas propuestas, han sido antecedidas, en su momento, por períodos de silencio en que la disciplina parece adormecida.

Para Serge Moscovici (1989) las relaciones que mantienen la psicología y la política "difieren de las relaciones de una ciencia con sus aplicaciones" (p. 19). Varias son las razones, que se pueden sintetizar en una: la política no se reconoce en las creencias de la gente que, en última instancia, es lo que trabaja la psicología. Moscovici señala que son fuerzas que hacen actuar a las personas y la psicología es una respuesta a los problemas que estos humanos se plantean.

Para el autor de las *Minorías activas*, la psicología política contiene dos tensiones: primero, la psicología se muestra indiferente, e incluso reticente, al compromiso sobre temas políticos, pues los psicólogos se sienten amenazados a tomar partido, lo cual, por lo demás, les hace mucha falta. A ello hay que sumarle que los movimientos sociales, culturales o políticos rebasan a la propia psicología, y a ciertas teorías sociales, puesto que se espera algún tipo de fenómenos y aparecen otros. En efecto, ahí donde se esperaban luchas de clases, surgen naciones; "donde se creía ver triunfar la historia, se ha visto resurgir la antropología de las profundidades pobladas de dioses invisibles" (p. 21), y en el caso de nuestra disciplina, "Aprovechando la irrupción de las masas, son las minorías disciplinadas y preparadas las que han canalizado su energía hacia una renovación de ritos y ortodoxias, encarnando un cambio que resucita los orígenes" (*idem*). La segunda tensión tiene que ver con el *marketig* político, esto es, la utilización de los medios de comunicación como instrumento de legitimación de prácticas de gobiernos, partidos y de las relaciones de poder que se instalan en esta vía, para "seducir" a la mayor cantidad de público posible, y con ello tratar de anclar actitudes, procesos y eventos que de otra manera no podrían.

En estos dos escenarios se encuentran los dos objetos de la psicología política. Uno depositado en el campo de la tensión (masas) y el otro en el de cambio social (minorías). Y es que para el psicólogo francés, el actuar de las masas y las minorías está en la escena cotidiana de manera permanente, todos los días. En el caso de las minorías, Moscovici (1989) asegura que están dispuestas a disentir en una sociedad, rompiendo con la imposición a que somete a sus integrantes esta estructura. Dichos grupos, las minorías, cristalizan en disidencias, vanguardias y hasta en élites y, de hecho, pueden convertirse en masa sin la mínima credibilidad y poder. Luego, agrega: "La influencia de las minorías está marcada por la paradoja de que la resistencia, incluso el rechazo, a los mensajes que provienen de ellas, facilita, por otro lado, la propagación de las ideas o de las conductas disidentes" (p. 24-25). Aquí se inscribe la lógica del sentido común que reza, o bien convencer a los convencidos, esto es acentuar las creencias y el sentido; y, por el otro lado predicar en el desierto, lo cual al no percibir un cambio en lo inmediato y público, deja entreabierto la posibilidad de una incubación y de un convencimiento subterráneo. La primera tiene tono de desventaja para las minorías, la segunda es más adecuada y requiere de paciencia. Esto es, hay un terreno propio de las minorías: predicar en el desierto, jugar en el propio patio y con ciertas reglas, no en el ajeno y con las reglas ajenas. Ahí las minorías pierden, en su terreno avanzan.

Por el otro lado, las masas, con su actuar que desestabiliza lo mismo a iglesias que a sociedades y sistemas políticos, se depositan en el centro de la discusión de la disciplina que nos interesa. Ya lo decía Le Bon (1895): cualquier gobierno que quiera mantener el orden para con sus gobernados debe dominar la psicología política -lo cual parecen no entender algunos de los modernos jefes de Estado. La diferencia es que en aquel entonces, cuando Le Bon hablaba de gobernantes se refería a los conservadores, por eso los alertaba contra "la invasión amenazante del socialismo" (p. 51), y ahora se puede hablar del rescate heroico de las multitudes para progresar o, mínimamente, desestabilizar sistemas autoritarios. Efectivamente, el también médico y francés, ya lo había dicho el siglo pasado: "Sólo las colectividades son capaces de grandes desintereses y de grandes abnegaciones. ¡Cuántas muchedumbres se han hecho heroicamente asesinar por creencias, ideas y palabras que apenas comprenderían! Las muchedumbres que se declaran en huelga lo hacen mejor por obedecer una consigna que para tener aumento del escaso salario con que se contentan. El interés personal es raramente móvil poderoso de las muchedumbres, y casi exclusivamente del individuo aislado" (p. 43).

Ahí están las multitudes y las minorías: "Cuando se evoca la psicología de las masas o la psicología de las minorías -escribe Moscovici, 1989-, casi siempre vemos manifestarse una cierta incomodidad, por la insistencia a recordar, sea las violaciones de las primeras o sea la desviación o el extremismo de las segundas y, por lo tanto, su famoso aspecto irracional" (p. 23). Ello representa dos formas de ruptura con las agrupaciones del orden social, y con un fin político: "hacer multitudes ciegas o puñados de individuos nihilistas" (*idem*). De ahí la desconfianza que se les tiene. Ambas tendencias, con sus grupos respectivos, "han sacudido la inercia de los cuerpos políticos o religiosos" en diferentes momentos de la historia, por ello, "la psicología de las masas y la psicología de las minorías están en el fundamento de la psicología política" (p. 23), cada una con su estrategia, ya sea comunicación o influencia, y con diferentes objetivos, la persuasión, por un lado, y la conversión, por la otra.

En el caso de las masas, se agrega que el objetivo de la persuasión es reunir a éstas con actos y argumentos, y contrario a ello, las minorías buscan la discusión en esta masa,

con la intención de separarla y convertirla con ideas de fondo diferentes a las que operaban en su estado anterior (Moscovici, 1989), no obstante, la parte aludida de la masa reactiva su irracionalidad y está dispuesta a estallar. Así, "Cualquiera que sea el contenido, la persuasión evita, tanto como se puede, los conflictos de opiniones y de valores; en cambio, la conversión provoca estos conflictos donde ve la oportunidad de provocar un cambio" (p. 24). Más adelante apunta: "El éxito de una masa sobre una minoría está en función de sus propias maniobras y de la intensidad con la cual manifiesta su presencia, lo que basta para desanimar a las minorías, intimidar a los individuos y suscitar la confianza en su favor. En su opuesto, el éxito de una minoría depende en gran parte de las maniobras del otro, de la masa-, de su tenacidad y de su cohesión que resisten toda disuasión. Conforme las mayorías están en condiciones de persuadir y de obtener una influencia directa sin sesgos, no queda alternativa que seguir las y reencontrarse en la misma longitud de onda que sus semejantes. Este no es el caso de las minorías que no se benefician de tal abertura, ya que éstas disuaden y convierten frecuentemente por vías ocultas, incluso inconscientes" (*idem*).

De hecho, se puede pasar de una lógica de conversión a una lógica de persuasión, todo es cuestión de práctica, asegura el autor de la *Era de las multitudes*; pero esto parece ser poco abordado por los estudiosos, y la ciencia política en especial no lo hace: "en un gran número de investigaciones precisas son los factores técnicos de la imagen, de la retórica o de los medios de comunicación los que preocupan; cuando al contrario, son los factores psíquicos asociados a la forma del grupo -masa o minoría- y su estilo de comportamiento las que revisten más importancia" (p. 26). Con la persuasión y la conversión se introduce otro proceso, la llamada *persuasión psíquica*, de factura militar, que considera a "la inercia y la pasividad de la enorme masa de creencias y de hábitos que componen una opinión pública. Por tanto, la persuasión psíquica tiende a inducir algunos juicios o reacciones subjetivas que van en el sentido de esa masa a otro grupo, diferente o extraño" (p. 26). En este sentido, "La persuasión -dice Moscovici- facilita la propensión a convencerse a sí mismo de una opinión preestablecida" (p. 26), se llega incluso a tomar los deseos por realidades, algo que ocurrió, a decir del autor, con la militancia política en la ex-URSS.

A lo anterior hay que sumar un par de temas de especial interés, dada su temporalidad, para la psicología política: los sesgos cognitivos y el cambio de los comportamientos. Respecto al primero, los sesgos cognitivos, de acuerdo a diversos estudios, la lógica precisa no es del todo operante en nuestra cotidianeidad, puesto que "retenemos casos particulares y sorprendentes" dice el autor, y olvidamos la "frecuencia" de otros tantos; así, podemos juzgar por un acto de violencia a un grupo de jóvenes que la mayoría de las veces permanece en tono tranquilo, y con base en ello podemos actuar. Por otra parte, podemos atribuir la causa de una acción a ciertas personas más que a las circunstancias, que en última instancia pueden estar mediando y determinando el acto. Ello, en estricto sentido, nos lleva al terreno de las representaciones y de las estructuras cognoscitivas, que tiene que ver con los "métodos que utilizamos para tratar la información de la vida diaria" (p. 28). Moscovici lo plantea en una lógica simple: si un obrero está desempleado se preguntará, no por qué hay desempleo en general, lo que corresponde en última instancia a la ciencia o la economía, sino por qué él se encuentra sin trabajo, lo cual le lleva a una explicación singular: éxito, fracaso, etc., y no a una explicación general: tasa de desempleo, por ejemplo. Luego entonces, hay un tipo de razonamiento distinto entre los "mundanos" o la "gente" y los especialistas o científicos, que es en sentido estricto, desde la perspectiva moscoviciana, lo que le interesaría trabajar a la psicología política (lo cual, por cierto, es lo que se plantea como objeto de estudio de la psicología social en otro texto del

IV. ESCUELAS LATINOAMERICANAS

En este apartado se revisarán las aproximaciones más representativas de las tendencias latinoamericanas que dan vida o se constituyen en diferentes aproximaciones de la psicología política. Tal es el caso de la escuela desarrollada por Maritza Montero en Venezuela, que sin menoscabo de los trabajos realizados por otra figura representativa como es José Miguel Salazar, se constituye en una forma de psicología latinoamericana y en pieza importante de la psicología política para nuestro continente. De lo que se trata, en última instancia, es de colocar al frente a aquellos estudiosos que devienen en aportaciones importantes para el inicio, desarrollo y fortalecimiento de la psicología política. Otro caso que se revisa es la aproximación cubana de Fernando González Rey, psicólogo, que desde su postura marxista y su visión de los métodos cualitativos y de la subjetividad, ha contribuido a la discusión de la psicología en Latinoamérica. En un tercer momento se dará cuenta de los trabajos desarrollados en El Salvador por Ignacio Martín-Baró, quien ha sido no sólo pionero en la constitución de una psicología política de estas latitudes, sino inspirador de un trabajo comprometido con lo que él denominó "las mayorías" desfavorecidas y oprimidas; sus aportaciones cruzan por todos los ámbitos de la psicología, desde su perspectiva teórica y metodológica hasta sus campos de aplicación, como la psicología industrial. Más adelante se revisarán los diferentes trabajos y aportaciones de la psicología política en México, que se pueden definir en dos grandes bloques: los trabajos que se realizan desde la psicología aplicada al campo de lo político y, por otro lado, el trabajo desarrollado en una vertiente teórico-metodológica que trata de dar forma a una psicología que dé cuenta de los procesos latinoamericanos. Por último se realizará un recuento o balance del desarrollo de la psicología política y su derivación en dos grandes visiones: por un lado, una *psicología de lo político* y, por el otro, una *psicología política* propiamente dicha; que no necesariamente se encuentran en disputa, pero que sí corresponden a formas distintas de entender la disciplina; ello debido a la pluralidad que en todo conocimiento debe existir.

1 Escuela venezolana

Venezuela es uno de los países en donde sus estudiosos se preocuparon por el desarrollo de una psicología propia, una psicología latinoamericana (Marín, 1981, Salazar, 1981) que diera cuenta de los procesos de este lado del continente; asimismo, este país se interesó por el origen y desarrollo de la psicología política en estas latitudes (ver Montero, 1987b). En tal caso, son referencias claves en estos dos ámbitos, los trabajos de José Miguel Salazar, en un inicio, y de Maritza Montero. Salazar ha centrado una gran parte de sus estudios en la identidad del venezolano, los estudios de valores, el nacionalismo (vgr. Montero, 1987b; Salazar y Marín, 1981) e incluso las actitudes políticas (Salazar, 1987). Montero, por su parte, ha desarrollado un marco conceptual de la psicología política latinoamericana, llegando incluso a proponer una agenda (vgr. Montero y Martín-Baró, 1987). Por estas razones, la autora que se retoma de manera principal en este apartado es Maritza Montero, lo cual no implica que se dejen de lado los trabajos de Salazar.

autor, 1984b; y en textos como el de Fernández Christlieb, 1991). Desde esta óptica el rechazo a los extranjeros en busca de trabajo adquiere otra connotación (Moscovici, 1989), aunque no una justificación. El teórico de las representaciones sociales lo sintetiza así: "Espejos indiscretos del espíritu humano desvían la acción colectiva y le imponen una lógica diferente de la lógica lineal que se indica" (p. 29). Aquí entonces se habla de sentido común o cultura cotidiana (vgr. Fernández Christlieb, 1992).

El segundo tema, el de los cambios en el comportamiento, consiste en que todo gobierno o partido debe tomar en cuenta las "causas" de actos y cambios que afectan la vida: suicidios, drogas, salud, medio ambiente, etc., y para ello existe la ciencia tecnificada, para dar una respuesta, la cual por cierto parece no llegar. ¿De qué ha servido tanto presupuesto en los estudios de corte positivista de la psicología? "Durante la última década -escribe Moscovici- se volvió claro que, a falta de verdadero progreso, la única salida previsible consiste en cambiar, de manera social y psíquica, diversas categorías de comportamientos: alimenticios, sexuales, de tabaquismo, de atención al médico" (1989, p. 30); y como en la democracia no tienen cabida las opciones autoritarias o de fuerza, el problema se le endosa a las ciencias físicas y biológicas, con exclusión de otras tantas que pueden aportar algo más que datos, como las ciencias del hombre. Esto es, que en el actual momento "es patente -prosigue Moscovici- que las oportunidades razonables de resolver los problemas de salud pública y del medio ambiente están más en función de nuevas conductas que del descubrimiento improbable de nuevos medicamentos o técnicas" (*idem*). O lo que es lo mismo, el pensamiento de la Ilustración y de la Modernidad llevó a tal grado su tecnificación y su "utilidad" de todo (v. gr. Fernández Christlieb, 1994) que hasta se dieron el permiso de acabar con el planeta, y ahora buscan soluciones de la misma manufactura (vgr. Fernández Christlieb, 1996), con los mismos presupuestos modernistas con los que lo devastaron; lo mismo siguen desgastando el cuerpo humano, pero no dejan de "inventar" productos para el uso, que no beneficio, del mismo. "No es ilusorio pensar que estos problemas pesarán cada vez más en el presupuesto como en las urnas, pero está claro que estamos frente a 'conductas duras'; es decir, conductas muy resistentes, inscritas en un sistema de rituales, subtendidas por necesidades uniformes e incluso normativas" (Moscovici, 1989, p. 30). Más adelante sentencia: "una de las vocaciones de la psicología política es extraer un marco teórico y práctico en el cual tratar estas conductas duras y tratar de cambiarlas. Desde Lewin no existe un programa de investigación ni hay tentativa sostenida en ese sentido" (pp. 30-31).

Finalmente, desde esta perspectiva no resulta extraño que "a pesar de sus fracasos, los gobiernos se hayan mostrado a veces moralistas o crédulos, particularmente estimando que los espacios publicitarios o las advertencias de expertos bastan para la tarea. Sin un esfuerzo de creatividad y de investigación, desigual en este dominio, la política seguirá a la zaga de la realidad" (p. 31). Moscovici concluye: "me coloco en la esfera de la práctica y, desde este punto de vista, lo que se refiere a las estructuras cognitivas (dífusas), el cambio de los comportamientos 'duros' requieren una atención inmediata. Si la psicología política no está aún en condiciones de proporcionar una respuesta, encierra, en todo caso, el método para encontrar una" (*idem*).

1. 1 Maritza Montero

En uno de los trabajos pioneros de la naciente disciplina (Montero, 1987a) la autora nos muestra un panorama del estado de la psicología política en Latinoamérica hasta 1987. En esta revisión plantea varios considerandos: a) una de las dificultades para abordar trabajos de psicología política tiene que ver con las condiciones sociopolíticas, pues en apenas dos décadas atrás había en los gobiernos del continente más dictaduras que democracias, (por cierto, un error o problema de percepción de la autora es situar a México entre los tres países con democracia en América Latina); b) representan un problema las vías y formas para publicar trabajos, y en donde no existen los espacios no hay posibilidades de difusión local y menos internacional; c) el tercer elemento de barrera es la prioridad que se le da a ciertas áreas de la psicología, esto es: no todos los gobiernos y administraciones ven con los mismos ojos el desarrollo de la psicología social y política, como prioridad. Con estas tres limitantes a cuestas, entre otras tantas, se avanza por el camino de la psicología política en nuestro continente.

Después, Montero realiza una revisión exhaustiva de las publicaciones e investigaciones que se han efectuado en los diferentes países de América Latina. Así, por ejemplo, nos damos cuenta de que en Brasil se pone más acento en el estudio de la ideología, la alienación y la conciencia, como procesos psicopolíticos; en Argentina en Chile y El Salvador, se aborda el trauma político, debido a que en algunos casos las dictaduras duraron hasta fines de la década de los ochenta; en Colombia el nacionalismo; en Cuba las actitudes políticas; en México se nos da el estudio del nacionalismo al igual que en Venezuela aunque allí se agregan las actitudes políticas y la percepción y cognición. La línea que ha seguido de manera primordial Salazar en Venezuela (vgr. Montero, 1987b; Salazar, 1987; D' Adamo, 1995) tiene que ver con el nacionalismo y las actitudes políticas, sobre todo con estudiantes universitarios, centrando su interés en la formación de dichas actitudes al paso de los estudiantes por los centros de enseñanza superior. Por su parte Maritza Montero, centra sus líneas en los trabajos de identidad nacional, ideología y alienación; ha desarrollado nociones que son aportaciones fuertes a la psicología social y política, como es el caso del concepto de "altercentrismo" para la comprensión de las identidades sociales (D' Adamo, 1995). De hecho, Salazar y Montero han realizado estudios sobre la identidad latinoamericana, como parte de una cultura compartida; la propia Montero (1987b) refiere un trabajo de Salazar en el que se argumenta a favor de esta postura al mostrar que se encuentra una cierta homogeneidad cultural y lingüística en diferentes culturas, muestra de ello lo representa un estudio realizado con personas de seis países (Brasil, Colombia, Dominicana, México, Perú y Venezuela), en cinco de los cuales se encontró que hay "una actitud más positiva hacia América Latina como un todo que hacia grupos restringidos" (citado en p. 24), siendo tres los factores claves para ello: los elementos socioafectivos (feliz u hospitalario); el elemento instrumental (perezoso o trabajador); y otro cultural (ser culto). Montero agregará otros factores que se comparten, y que tiene que ver con cuestiones históricas como los momentos de lucha por la independencia (inicios del siglo XIX): "hubo guerras de liberación desde México hasta Argentina. Las glorias del pasado son un tema recurrente en todos esos países, y la idea de que grandeza tal como la que fue alcanzada durante el siglo XIX es difícil de ser igualada, de que hombres como los próceres no han vuelto a nacer, y de que el pueblo de hoy debe mirar hacia atrás e inspirarse en las grandes obras logradas durante el siglo pasado, a fin de superar los males causados por los gobiernos corruptos que sucedieron, es también recurrente en la obra de intelectuales y en los discursos de los políticos" (p. 25). En efecto, hay raíz común: se puede hablar de Benito

Juárez, Simón Bolívar, José Martí, César Augusto Sandino, Emiliano Zapata, como una sola entidad desplegada por diferentes territorios, de tal forma que si la América debe ser para los americanos (latinos, Bolívar), el respeto al derecho ajeno es la paz (el Benemérito de las Américas, no de México) es su consecuencia. La identidad de los héroes se comparte. Hay una comunalidad en el pasado.

No obstante habrá que reconocer que no todas las miradas son homogéneas, y si los latinos comunes, los sin poder, tienen una percepción más integradora, con sus características de hospitalidad, para los que detentan el poder, los gobernantes y los dueños de la economía, los países latinoamericanos están "caracterizados como retrasados, semif feudales, subdesarrollados, dependientes" (p. 27), con la puntualización de que la dependencia se da antes y después de la globalización; agregando a esta dependencia de tipo económico y político, los "procesos internos que refuerzan y reproducen las características originadas en las políticas de los centros de poder" (*idem*). Interiorización que deriva en proceso de ideologización (Montero, 1987a) o lo que Martín-Baró (1987a) denomina el fatalismo latinoamericano.

Pero no importa que desde el poder se mire así de despectivo al latino; no, lo que interesa es cómo hacerle para no interiorizar y masticar ese proceso de enajenación (Martín-Baró, 1990e), de lo cual puede bien dar cuenta la psicología política con su agenda (Montero y Martín-Baró, 1987). Aunque para ello habrá que construirla primero, pues según reconoce Maritza Montero (1987b), a diferencia de las tendencias europeas o estadounidenses, "La psicología política tiene una ausencia significativa en el mundo académico y aplicado de Latinoamérica" (p. 15). La crítica, por lo que se puede ver, va en el sentido de generar un marco propio para una realidad propia, pues se reconoce el avance y desarrollo de la psicología social aplicada al campo de lo político, pero no una psicología política propiamente dicha. Lo cierto es que hay una noción diferente de la psicología política para algunos latinos (Fernández Christlieb, 1987; Martín-Baró, 1990a, 1990b, 1990d; Montero, 1987b, 1995) con respecto a las nociones europeas o estadounidenses dominantes en el campo. Quizá por ello Montero (1994b) habla de otros métodos que no sean los tradicionales, del vínculo con otras disciplinas, de la introducción de nuevos conceptos, de un nuevo paradigma, de adquirir conciencia de estar planteando algo alternativo, propio para la realidad latinoamericana. Y ello necesariamente pasa por replantearse una nueva forma de psicología social, espacio del cual emerge la psicología política en nuestro continente.

1. 1. 1 La psicología social

Montero (1994b), tratando de darle un giro a la psicología social en nuestro continente, revisa las distintas nociones de paradigmas y propone uno para su trabajo y desarrollo de este lado del Atlántico. Esta autora parte de las diferentes nociones que de paradigma se tienen y categoriza tres: la primera noción tiene que ver con la visión de una entidad metafísica-filosófica; la segunda, con la noción de tipo sociológico; y la tercera, con una posición que mira al paradigma como una construcción más concreta; las tres nociones son tomadas a partir del trabajo de Thomas S. Kuhn (1962). Siguiendo a Kuhn, Montero (1994b) caracteriza los paradigmas: una o más realizaciones científicas que son reconocidas por alguna comunidad de científicos, durante cierto tiempo, como fundamento para su práctica; dos son sus consideraciones: carecer de antecedentes para no competir, en ese momento, en la actividad científica y ser lo bastante incompletas para dejar problemas para su futura

resolución por parte de los científicos adheridos (Kuhn, 1962). De esta forma, el paradigma establece los criterios para la elaboración de las herramientas y metodologías para la resolución de "rompecabezas disciplinarios", siendo, a su vez, una realización concreta que antecede a los diversos conceptos, leyes y teorías que pueden "abstraerse" de dicha práctica. (Cabe señalar que Kuhn también recurre a la metáfora para dar cuenta de la noción de paradigma, al señalar a éste como un libro de texto o una obra clásica; aunque también lo presenta como una tradición o modelo.)

Pero no sólo se presenta la noción de paradigma de Kuhn, también se revisa la postura de Frederic Munné, para quien el paradigma en psicología deriva del modelo de hombre que se tenga, el cual se inserta en las concepciones de ciencia o de metaparadigma, con el referente último de la disciplina como marco epistemológico sustantivo (Montero, 1994b). Según esta autora, para Munné "un paradigma es un conjunto coherente y relativamente autónomo de premisas referentes a un determinado modelo de hombre, que proporciona un fundamento a diferentes teorías de alcance medio, y eventualmente a varios marcos simplemente teóricos" (p. 30). Por lo demás, el paradigma se posiciona por encima de microteorías y permite el trabajo en diferentes teorías y disciplinas; caso específico, el positivismo o la hermenéutica (v. gr. Munné, 2000).

Es a partir de las diferentes nociones de paradigma que Montero (1994b) da la propia, aduciendo que es "un modelo constituido por un conjunto sistemático de ideas que presenta relaciones e interpretaciones acerca de la actividad humana, de sus productores, de su génesis, de sus efectos sobre los seres humanos y sobre la sociedad, señalando modos preferentes de hacer para conocerlos" (p. 30).

Desde esta postura, Montero recuerda que la psicología adoptó el positivismo, un modelo o paradigma metodológico que había conducido a las ciencias naturales a obtener logros, y lo conjugó con paradigmas provenientes de la filosofía y la sociología, con un claro predominio del primero sobre el segundo. Estos planteamientos derivarán en una especie de psicología naturalizada, muy en el sentido de las ciencias duras y, por consiguiente, en la psicología social se vería reflejada tal postura: una psicología social individualista, en donde el hombre y su entorno eran ahistóricos, sin contexto y sin cultura, salvo como agregado o aderezo.

Las características que el paradigma dominante en psicología ha mostrado, Montero (1994b) las enumera así: 1) hay un predominio del método hipotético-deductivo, que es considerado como el método científico por excelencia, y se descalifica a otras formas metodológicas; 2) una atemporalidad que se expresa en el predominio de los estudios sincrónicos en donde se considera lo histórico como mera anécdota; 3) el predominio de un modelo metodológico experimental, con la presencia de variables en donde el investigador tiene el dominio sobre la situación experimental; 4) de ahí se desprende la relación distante y fría entre el investigador y el sujeto de conocimiento [entre cognoscente y lo cognoscible (Fernández Christlieb, 1993)]; 5) asimismo se parte del presupuesto de una estructura de equifinalidad, esto es, que "los fenómenos psicosociales se rigen por procesos causales que actúan seleccionando pautas de comportamiento de acuerdo con sus consecuencias" (p. 33), y 6) se supone, también, a las variables psicosociales como homeostáticas, "como causas del comportamiento u origen de una estructura a ser aplicada" (*idem*). A ello habrá que agregar 7) la incesante búsqueda de la "verdad" como forma de conocimiento y 8) la denominada "acumulación del conocimiento", esto es, que cada vez conocemos más y mejor (Ibañez, 1994a).

No obstante que tal visión paradigmática ha dominado en el campo de la psicología y de la psicología social, se ha cuestionado, tan es así que a fines de los setenta varios psicólogos latinoamericanos manifiestan la necesidad de construir una psicología social histórica (Montero, 1994b; Ibañez, 1994a). Un buen ejemplo de ellos es el surgimiento de una psicología social comunitaria con presupuestos epistemológicos distintos a los hasta entonces en auge, al retomar elementos de la sociología y de la educación popular, por ejemplo.

Así, podemos hablar de un paradigma emergente que se manifiesta a lo largo de las dos últimas décadas (Montero, 1994b; Fernández Christlieb, 1994a; Ibañez, 1994a); paradigma que se caracteriza por: 1) su carácter histórico de la psicología; su objeto de estudio es ubicado en un devenir y está constituido por cultura y anclado en la misma, por lo que teoría y método deben relacionarse con los cambios que en la sociedad se dan, lo cual supone a) la impredecibilidad de la conducta humana: "predecir la conducta es una ilusión ideológica" y b) no se puede hablar de verdad, en tanto que la psicología está en busca de conocimiento, y éste es histórico y transitorio (vgr. Ibañez, 1994a; Fernández Christlieb, 1994a); 2) la realidad social como orientadora fundamental de los estudios psicológicos, lo que lleva a concebir a) que la realidad es una construcción social; b) debe ser entendida en una perspectiva dialéctica, pues persona y sociedad están en mutua construcción; c) la realidad social supone un carácter simbólico que se expresa en la comunicación, que a su vez permite la construcción intersubjetiva de la realidad; d) por tanto, la psicología debe reflejar los problemas de la realidad en que surge (v. gr. Fernández Christlieb, 1993); 3) la psicología no es una ciencia objetiva en tanto que sus paradigmas provienen de una visión del hombre y no de modelos del mundo (Munné, 2000), lo que lleva al a) abandono del modelo experimental, pues el principio es que el método sigue al objeto y no a la inversa, esto implica que debe ser generado en función de la realidad a trabajar; b) "no existe 'neutralidad' ni en el modo de producción del conocimiento ni en los resultados que produce" (Montero, 1994b), por lo que se abre la posibilidad de producir o trabajar con métodos alternativos; c) se reconoce el "nuevo" rol del psicólogo como agente y facilitador del cambio social, lo que supone una toma de conciencia en su inserción social y de los intereses que asume; 4) el reconocimiento de los humanos como actores y constructores de su realidad; 5) la necesidad de incluir en los estudios psicosociales a los oprimidos, de lo que se deriva que a) los resultados de las investigaciones deben ser vistos a la luz de los efectos que provoca en la realidad; b) que la investigación se ve mediada por significados que son compartidos socialmente; c) que "el estudio de las formas de conciencia y saber popular es parte del objeto de la psicología social" (p. 38); d) la psicología "debe incluir en su objeto formas de intervención psicosocial que le den relevancia social y mediante las cuales pueda fortalecer, rescatar y potenciar las virtudes y potencialidades de los desfavorecidos" (p. 38; Montero, 1994c); 6) debido a que el conflicto es parte de la acción humana éste debe incluirse en el objeto de la psicología (v. gr. Moscovic, 1981; 1989); 7) se incluye a la ideología en el estudio psicosocial, pues ésta es un producto humano en el cual el sujeto es activo como pasivo; la ideología es vista en sus diferentes dimensiones: como falseador, defensor, ocultador de la realidad; (v. gr. Montero, 1994c); 8) asimismo, la nueva psicología, debe abordar el cambio social en tanto que es un producto de grupos y comunidades; 9) trabajar porque sus humanos estudiados adquieran conciencia y control sobre sus vidas y circunstancias vitales, lo que lleva a estudiar los procesos mediante los cuales las víctimas pueden devenir en dueños de su destino; 10) incluir estudios de vida cotidiana, y 11) el rechazo de la noción de progreso en tanto que esquematiza el futuro y que conlleva un carácter restrictivo (Montero, 1994b).

Con elementos de esta perspectiva es que se han estudiado diferentes fenómenos en distintos países de Latinoamérica.

El abordaje de la identidad. La identidad latinoamericana ha sido objeto de estudio, desde que los países de esta región se independizaron de la Corona española y más recientemente se constituyó en objeto de la psicología social (Montero, 1987c). Como consecuencia, se plantea que la psicología debe abordar el tema de la identidad, en tanto la conciencia de ésta se encuentra tras el actuar de los individuos, que bien pueden, más allá de construirnos psicosocialmente, definir el rumbo de nuestras percepciones para actuar de forma alienante o emancipadora. Eso nos lo recuerdan bien a bien, Berger y Luckman (1976) al explicitar que "Las sociedades tienen historias en el curso de las cuales emergen identidades específicas; estas historias son, sin embargo, hechas por hombres con identidades específicas" (p. 194).

Para Montero (1987c) la identidad surge de una serie de vivencias que se comparten en grupo; es vivida y percibida subjetivamente por los miembros de éste y se define por oposición al otro y diferentes grupos; es aprehendida mediante un sistema de representaciones, por rasgos positivos o negativos, y puede dar paso a los nacionalismos - que también se constituyeron en objeto de estudio de la psicología social (ver Salazar, 1987; Salazar y Marín, 1981)-; dichas representaciones bien pueden ser cognoscitivas, esto es, de conocimiento y reconocimiento, constituyen un sistema de significados socialmente establecido que se expresa mediante un discurso que implica un sistema de ideas que da cuenta de una ideología. De tal forma que "El concepto de identidad social comprende los de identidad cultural e identidad étnica, formas ambas de la primera, con la cual comparten el surgir ligados a un territorio, a un pasado colectivo y el estar inscritos en una cultura" (Montero, 1987c, p. 167). La identidad nacional, entonces, se define como aquella que sintetiza elementos subjetivos que se estructuran sobre una base objetiva conformada por territorio, grupo, cultura e historia común. Asimismo, se encuentra la otra visión, que entiende a la identidad como aquel conocimiento que permite al grupo o sociedad saber acerca de su propia existencia, acerca de su realidad, sus circunstancias y su identidad, y que tiene un carácter histórico; razón por la cual se forma en el propio desarrollo del grupo.

Desde esta perspectiva existe una comunalidad entre los países latinos, entre los que se incluye a México, toda vez que se comparten elementos históricos, étnicos, lingüísticos, religiosos, culturales y económicos, incluso a nivel psicosocial (v. gr. Montero, 1990). Montero (1987c) refiere los estudios emprendidos por José Miguel Salazar, para precisar que sí existe una identidad latinoamericana, pues hay los "suficientes elementos psicosociales para afirmar la existencia de una noción que sociólogos, filósofos y literatos han venido nombrando desde mediados del siglo pasado" (p. 174); dicha identidad se caracteriza por a) la escisión y la culpa, que Leopoldo Zea sintetiza como el complejo de inferioridad frente a los Estados Unidos, y que otros psicólogos sociales entienden como el debate que se siente en América por la pasada presencia española, y el lastre que esto representa cinco siglos

pero a la vez se le detesta; b) la conciencia del mestizaje en el que vivimos, que de alguna forma se rechaza, por el pasado colonial, de indio y de negro, que en conjunto da forma al pasado, y que, por otra parte, algunos reivindican puesto que de ahí viene la identidad presente; se debate entre lo que pudo ser y la derrota de las culturas que el occidente juzga como inferiores; c) la definición por los otros, que tiene que ver con cómo nos definimos a nosotros mismos y cómo nos definen los otros; todo empieza desde que se nombra, desde afuera, al Continente Americano, y el ser diferentes de los europeos, y grupos de otras

latitudes, en tanto que resultado de una mezcla: somos unos frente a los otros, esto es, americanos frente a europeos, por ejemplo, y d) el sentimiento de comunidad internacional que parece contradecir a las anteriores, pero que cierra el círculo, cuando menos de esta postura, al señalar nuestro carácter, en cuanto supraidentidad, que contiene elementos de la Europa conquistadora y de la América conquistada o sometida, de ahí que la lengua lo mismo haga referencia a España que a Portugal. (Nota aparte es que después del auge de la globalización habrá que explorar si siguen vigentes estos planteamientos.)

La fatalidad e indolencia. Para algunos psicólogos existe lo que se denomina conducta de la pobreza, esto es, que la pobreza es producto de su conducta, así, la gente es responsable de ser pobre, o lo que es lo mismo la culpabilización de la víctima. Proceso contiguo al de la desesperanza aprendida o indefensión, que Montero (1990) la define como "Una autoeficacia alterada, así como la incapacidad para determinar las consecuencias de las propias acciones, debido a circunstancias externas al individuo, a quien se le presentan como naturales a la vez que como insuperables de acuerdo con sus posibilidades reales" (p. 63). En resumen, los hechos le resultan incontrolables al sujeto, lo cual, a su vez, puede derivar en lo que Martín-Baró denominó "fatalismo" (1987a). En tal contexto, y ante un panorama desolador, "existe dificultad en aceptar y aprender que las propias respuestas son, o pueden ser, exitosas. Lo que se pretende es que el éxito y el fracaso no dependen de nuestras acciones. Por tanto, la actividad es inútil, y no tiene ningún valor" (Montero, 1990, p. 65). Luego entonces, para qué luchar. Es un cierto tipo de conducta de la dependencia, que no sólo se puede dar en el terreno económico, sino también en el psicosocial.

Por ahí van los enfoques que presentan al latino con un cierto complejo de inferioridad, una especie de impotencia y minusvalía; con una tendencia a disminuirse y someterse a fuerzas exteriores, que se magnifican; aquel que justifica la dominación de otros pueblos, que tiene una tendencia a la sumisión y al sometimiento, a aceptar como natural lo cultural, lo que Martín-Baró (1987a) denomina lo indolente; y un cierto comportamiento que etiquetan como prescrito, cuya pauta delinea el opresor (Montero, 1987c).

Maritza Montero, a decir del psicólogo cubano González Rey (1987), da una explicación de estos procesos, más en el nivel psicosocial, y sin que suene a justificación: "La evidente disparidad, el fracaso en alcanzar unas metas que continuamente se transforman, aumentando los escalones que llevan a la cima, el hecho de que cumplida una etapa se descubre que ya en el centro de poder se ha avanzado en otras, producen desconcierto y depresión. Algo falla, alguna causa debe haber para el fracaso, para la no obtención del éxito. Y es aquí donde, de acuerdo con nuestro modelo, interviene la ideología que unos han llamado colonial, y otros denominan de la dependencia y del subdesarrollo y, con ella, todos sus mecanismos alienantes. Se revierte sobre el grupo nacional la responsabilidad, se produce una autoculpabilización, que es, además, reforzada externamente. La causa de las fallas debe entonces buscarse en los individuos, en el grupo nacional, al cual se tipifica negativamente" (citada en p. 118). Por su parte González Rey, desde su posición marxista, reflexiona: "Este mecanismo alienante ilustra muy adecuadamente la condición de objeto del individuo, que influido por una poderosa maquinaria de propaganda, se autoculpabiliza por vivencias negativas que experimenta ante la ineficacia del sistema político en que vive. Este mecanismo explica la sumisión de grandes masas, que no logran identificar las causas de su desgracia y lo ven en su propia ignorancia y en su propia inferioridad, lo que traduce un objetivo esencial de las distintas formas de conciencia social en el capitalismo. Estos resortes que inducen el comportamiento del sujeto y sus propios juicios sobre la vida y sobre sí mismo, se imponen al margen de sus

posibilidades para enfrentarse crítica y reflexivamente a ellos, haciéndolos portadores de una concepción político-ideológica que los niega a sí mismos, respondiendo a intereses que les son ajenos" (p. 119).

Todos estos procesos bien pueden explicarse por lo que Maritza Montero ha denominado ideologización. Efectivamente, cuando se pierde el sentido histórico de la realidad, se está atravesando por un proceso ideologizador y de alienación (v. gr. Montero, 1987c). Esta autora ha definido ideología como un conjunto de actitudes, valores y creencias que permiten a un sistema político justificarse, y que es en realidad una especie de falsa conciencia. La ideología se enquistaba por todos lados, así se trate de reducir la sociedad y sus lazos, a dos grupos, dominante y dominado, el uno la establece y juega con ella, el segundo la asume y la complementa con su práctica. En ese sentido Montero habla de dos niveles en la ideología, lo que denomina un pensamiento manifiesto, que se ve en los estereotipos, en las categorizaciones y que otorga un tono negativo a la identidad latina, como la idea de ser supersticioso, perezoso, etcétera, y por otro lado, su complemento, el pensamiento latente, que tiene que ver con las formas de conocimiento, con el cómo interiorizamos lo manifiesto. De ahí que se hable de un proceso activo, en el que participan las personas (Montero, 1990): "El hecho de que la ideologización no sea un proceso unilateral, ya que el individuo al estar expuesto a él contribuye a su desarrollo a causa de aquellos procesos cognoscitivos que conducen a la indefensión aprendida" (p. 69; Montero, 1987c), deriva en lo que denominamos un proceso de alienación. Al respecto Seeman (Retomado por Montero, 1990) apunta a cinco tipos de alienación: a) Impotencia o carencia de poder, que consiste en saber que la conducta propia no incidirá en los resultados deseados; b) el sentido de lo absurdo, que consiste en crear una pequeña expectativa en los futuros resultados; c) el aislamiento, en el que se asigna poco valor a metas o creencias que socialmente son muy valoradas; d) el autoextrañamiento, que no es otra cosa que hacer depender una conducta de la recompensa futura ya anunciada; y e) la ausencia de normas que consiste en saber que hay actos no socialmente aprobados, pero que traen consigo altos beneficios (como las carreras políticas). Este cuadro bien permitiría explicar diversos procesos, otros vistos como negativos, como el fatalismo, y que en el fondo contienen bases sociales, económicas, culturales que dan un giro a las "explicaciones" que depositan el total de la responsabilidad en actos individuales. Ello se revisará en el siguiente capítulo, con el proceso ideologizador.

1. 1. 2 Su psicología política

Para la autora venezolana, la psicología política no es otra que una psicología social con una agenda propia, que replantea su paradigma tomando como base el contexto que pretende trabajar; esto es, que tanto la teoría como la metodología siguen al objeto de estudio y tal objeto de estudio tiene características propias en un contexto convulsionado por años de dictadura, de exilio, de muerte, de represión, de movimientos sociales diversos, y por un trabajo académico y disciplinar que ha pretendido volcarse a las causas de las mayorías para contribuir así a una liberación de la sociedad (de los pueblos diría Martín-Baró). Desde esta reflexión se ha construido la psicología política en Latinoamérica, y específicamente en Venezuela, que pretende dar cuenta del acontecer de la gente. Visto así, son tres los elementos sustanciales de la reflexión de Maritza Montero: el teórico, con la preocupación de referenciar el trabajo con una óptica propia y crítica, lo cual no lleva a desechar el conocimiento anterior que se ha producido en otras latitudes, pero sí a ser críticos ante éstos; la reflexión metodológica que atraviesa necesariamente por dejar de concebir al ser humano

como mecánico y como parte de la naturaleza y no de la cultura; por último se hace hincapié en un elemento de trascendencia: la reflexión que desde los oprimidos o relegados se puede hacer, y cómo impacta el conocimiento generado en la sociedad y específicamente en tales grupos que devienen en sectores amplios, que conforman la mayoría de la población. Montero (1987) lo refiere muy bien: para muchos autores está presente la idea de que la psicología en general y la psicología política en particular, debe convertirse en un arma contra la dependencia y el sometimiento; en el caso de los escenarios de conflicto, en instrumento de paz; en vehículo de desideologización; impulsor de la democracia; trabajar la opinión pública; en suma, una aportación para la acción transformadora.

Con esta mirada es que se abordan distintos procesos y fenómenos en el acontecer de la sociedad latina.

Participación política. Para Montero (1995) la participación política ha sido uno de los temas más estudiados en la psicología política y "a la vez paradójicamente, menos explorados en su totalidad y alcance, como fenómeno social" (p. 91). En efecto, al revisar la literatura de los cincuenta, sesenta y setenta se puede percibir la preocupación por el estudio de cómo la gente vota, por qué, cómo se forman las adhesiones políticas y la posibilidad de predecir la conducta de voto. Sin embargo los estudios se han quedado en la mera vía "formal" de participación o acción política: el voto, dejando de lado otras posibilidades. No podía ser de otra forma, pues "aceptar formas alternativas a las tradicionales y convencionales significa incorporar la perspectiva de la resistencia al sistema social imperante, de los disidentes, no necesariamente desviados negativos ni revolucionarios. Y significa también reconocer que el conflicto y la tensión son parte de la vida cotidiana y normales en una sociedad. Así también parece indicarlo el hecho de que se comience a hablar de acción política más que de participación política, lo cual supone una concepción del sujeto como actor, como ser activo, como constructor de la realidad y no como mero reproductor o reactor ante eventos que de alguna manera le atañen o que exigen una respuesta de su parte" (p. 92). Resulta más sencillo y asimilable el mantenimiento del orden y del *status quo* que el conflicto que lleva a cambios (v.gr. Moscovici, 1981; 1989). Los grupos en el poder parecen más preocupados en el mantenimiento del orden que en la búsqueda de soluciones que permitan acceder a los grupos no beneficiados a cierto bienestar social, a la par que conciben al ser humano, lejano a ellos, como un ser poco pensante, poco participativo y poco preocupado por las cuestiones del orden público, lo que los ha llevado a percibir a los "ciudadanos" como máquinas que depositan votos y "eligen" a sus representantes, en detrimento de las acciones que despliegan por las calles y las tan anunciadas movidas contestatarias (v. gr. Ibañez, 1994a).

Montero (1995) rescata esa posibilidad y define a la participación política como "todas aquellas actividades voluntarias e individuales de los ciudadanos, que se pretende que influyan directa o indirectamente sobre las elecciones políticas en diversos niveles del sistema político" (p. 92). Dicha definición se acerca mucho a lo que ha mencionado a su vez Sabucedo: "cualquier comportamiento intencional realizado por un individuo o grupo con el fin de lograr algún tipo de incidencia en la toma de decisiones políticas" (citado en p. 93).

Maritza Montero asegura que, a diferencia de lo que ocurría en las "democracias industrializadas", cuyos movimientos de ruptura emergen a fines de los sesenta, y presentan un despertar a la acción y a la lúdica en tanto que no se centran en la sobrevivencia, como en el caso del mayo francés, en los países del llamado tercer mundo, "las formas alternativas no sólo habían ya ocupado un lugar predominante, sino que, además, en algunos casos

resaltantes habían logrado cambios sociales notables y notorios, así como la incorporación de las masas populares o de, al menos, categorías de personas usualmente ajenas a lo que tradicionalmente se consideraba participación política o acción política" (p. 94). Estos sectores, como los campesinos, los estudiantes o las mismas madres de familia —ejemplo de ello lo constituyen el Comité Eureka de familiares de presos políticos en México, o las Madres de la Plaza de Mayo en Argentina—, se planteaban como tarea la de no dejar de existir, la de sobrevivir como sector y como humanos, sobre todo en las dictaduras que azotaron a nuestra América iniciando la segunda mitad del siglo XX (ver Martín-Baró, 1990i). Precisamente por ello es que algunos de estos movimientos se traducen en grupos armados, y el hecho de que la psicología política (entonces psicología social) no se haya interesado en movimientos de participación "ilegal" o "violentos" tiene que ver con "una forma de manifestación del carácter omnipresente del poder", cuya perspectiva es la dominante, y que predominaba en los cincuenta y sesenta, y hasta cierta medida en la actualidad.

Montero (1995) recuerda que el estudio de la acción política ha recurrido a diversos paradigmas y explicaciones para dar cuenta de las causas de dichos eventos. Entre ellos se encuentran, por ejemplo, el *locus* de control, las teorías de la motivación social, visiones desde la internalidad o externalidad; aunque también se ha abordado desde la desesperanza aprendida, la motivación del logro, afiliación, etcétera, lo cual ha sido insuficiente en un contexto tan complejo y problemático, en donde la cultura atraviesa todo tipo de proceso, y que más bien se trata de dar cuenta de una cierta participación política no abordando otra. En efecto, es en los estudios de Kaase y Marsh, de 1979, donde clasifican la participación en convencional y no convencional. En el primer caso se incluyen eventos tales como leer política en periódicos, platicar sobre política, intentar influir en otros para que voten por algún candidato, trabajar con otros para resolver problemas de la comunidad, asistir a mítines y reuniones políticas, tener contacto con funcionarios y políticos, trabajar por un candidato o partido político; lo que, en mayor o menor medida conduce al voto. En el segundo caso se incluyen cuestiones como la firma de peticiones, unirse a boicoteos, asistir a manifestaciones, negarse a pagar ciertos impuestos, unirse a paros, pintar consignas en las paredes, ocupar edificios o lugares públicos, y la violencia personal contra determinadas personas o contra la policía. Este tipo de participación puede dividirse en legal e ilegal y ambas pueden incluir el uso de la violencia. En tales "formas de acción podemos decir que hay una voluntad de cambiar o transformar una situación directamente, aun a través de modos diferentes e incluso cuestionables, más que de influir a través de la delegación en representantes oficiales por los medios establecidos" (Montero, 1995, p. 96). Al respecto, resultan interesantes los resultados que han arrojado algunos estudios sobre participación política no convencional. En los trabajos desarrollados por Kaesse y Marsh se encontró que la disposición a utilizar la protesta como una forma de participación política está muy extendida, y es considerada como una forma efectiva. Por otro lado, se muestra que los menores de 40 años son más proclives a la acción radical aunque sea ilegal, lo cual se acentúa en la medida en que se incrementa el nivel educativo.

Ahora bien, hay que aclarar que el hecho de que la psicología volteara su mirada hacia otros eventos no antes percibidos, se debió en gran medida a la crisis de legitimidad, instrumentalidad y representatividad de muchas ciencias sociales, entre ellas la psicología, en la década de los setenta (Montero, 1995). "El efecto en la psicología política fue la admisión de las formas alternativas de la acción política y el ingreso de nuevos actores políticos, así como el reconocimiento de nuevos roles para aquellos antes aceptados. Se habla entonces de una escalada de las formas alternativas, no solo en frecuencia de uso (lo

cual puede ser efecto del hecho de que comienzan a ser tomadas en cuenta, lo cual no significaría un aumento real sino una nueva posición en la ciencia) sino en variedad y, ciertamente, los años setenta introducen novedades al respecto —la más notoria quizá, la piratería aérea en el campo ilegal y violento— así como una de las formas más poderosas desde la perspectiva legal: los movimientos sociales urbanos y rurales de carácter comunitario, que se hacen más visibles a partir de ese momento. Al mismo tiempo, viejas formas son 'recicladas', renovadas, unidas al uso de tecnología de avanzada" (p. 98).

Montero atribuye el creciente interés hacia los modos alternativos de participación política a elementos tales como la cultura política, sistemas de creencias, valores; el viraje de la concepción de ciudadano que se tiene, ya como sujeto activo; y el desencanto que las formas tradicionales y convencionales producen en los humanos; y la separación cada vez mayor entre representantes y representados en la participación convencional. Así, se crea una "sensación de vacío", de lejanía entre la población, que crean la necesidad de buscar y encontrar formas diferentes de "expresión política, más efectivas y directas, que no sufran el proceso de distorsión, mediatización u olvido al cual están sujetos muchas promesas y planes" (p. 102). Pero ahí no se agota el fenómeno, puesto que se ponen en juego elementos intersubjetivos como la "pérdida de confiabilidad de la función representativa" en las actuales democracias (en procesos electorales, por ejemplo, se llega a alcanzar hasta un 50% de abstención), o la percepción de ajeno hacia un sistema político, no les resulta inmediato y familiar, sino extraño y lejano. En suma, una crisis, a su vez, de la "clase política" tradicional y de su forma de hacer política: no tienen más legitimidad. Las culturas políticas emergentes que plantean formas alternativas de actuación ganan espacios y su eco se escucha por diversas latitudes, caso concreto el zapatismo (v. gr. Le Bot, 1997).

Habría que puntualizar que las formas no convencionales son "formas de acción que contrarían o marchan paralelas a las vías estatuidas (y) buscan siempre lograr cambios de manera expedita, acelerar la transformación social en un sentido no coincidente con el dominante" (Montero, 1995, p. 103). Dichos actos, en última instancia, generan oposición al interior de los grupos que se imponen e incluso entre los propios opositores a lo tradicional. En primera instancia a) los grupos que pretenden mantener el *status quo* intentarán canalizar la participación por vías tradicionales, y por su parte el gobierno bloqueará los intentos de acciones alternativas, algo similar a lo que se han señalado en los estudios de influencia minoritaria (v. gr. Mucchi Faina, 1987); b) llegan los intentos por deslegitimar las acciones alternativas, descalificando a sus actores o desvirtuando sus objetos [lo que Moscovici (1981; 1987; 1989) había prescrito como denegación y psicologización] y Fernández Christlieb (1987) lo denomina ideologización]; c) también se presentarán acciones que intenten acallar las protestas, prohibiciones, represiones o manipulación de su conocimiento con la intención de que no se difunda y se extienda su efecto; d) si lo anterior no funciona se echa mano de la cooptación de líderes alternativos, de penetración de las organizaciones o, la adopción de algunos de sus modos, estructurándolos en lo tradicional del sistema y e) si ello no da resultados se puede recurrir a la eliminación física (Montero, 1995). En última instancia, de lo que se trata es de "reducir el carácter alternativo, produciendo un fenómeno de convencionalización, que mantiene la forma pero hace desaparecer los objetivos" (p. 104) de lo alternativo.

Pero también sucede que después de un elevamiento de la participación política no convencional viene una especie de "aplanamiento" una vez superada la euforia, lo cual se puede explicar, en parte, por un proceso de "convencionalización" de los modos alternativos de participación, que es una forma de normalización. Claro ejemplo de esto lo constituyen los

nacientes movimientos de asociaciones comunitarias, en los que emergen nuevas formas de participación, un nuevo espacio político, y el arrebató, incluso, de espacios y funciones de dirigentes tradicionales y hasta de funcionarios públicos. La reacción tradicional es "ocupar, invadir, penetrar esos movimientos por parte de las organizaciones políticas tradicionales, asumir su dirigencia y convertirlas en nuevas instancias de la organización política convencional al adaptarlas a su modo de funcionamiento y a sus objetivos" (pp. 105-106). Otra de las formas, de este mismo proceso, lo constituye la transformación del grupo original disidente, en organización política constituida organizada, por ejemplo, al tipo de partido político, lo cual deriva en una organización burocrática y la adopción de los canales y las vías establecidas, y cuyos casos son muy frecuentes en América Latina: movimientos sociales que devienen en partidos parlamentaristas. Pero puede ocurrir a la inversa, *i. e.*, que al interior de organizaciones tradicionales, algunos grupos devengan en movimientos disidentes que apelen a vías alternativas de trabajo.

Este juego dialéctico de convención y transformación, permite apostarle a ciertas hipótesis, que bajo algunas tensiones pueden derivar en varios resultados: a) el sistema político presiona a tal grado que deriva en mayor acción política alternativa; esto es, su efecto es contrario; b) dichos efectos se canalizarán por vías alternativas, no convencionales, de participación política; c) se da una pérdida de legitimidad del sistema político tradicional y de sus actores políticos, y la creencia de lo ineficaz de los partidos políticos lleva al surgimiento de otros modos alternativos de acción política; d) dichas acciones políticas "incorporan y activan" a nuevos actores políticos; e) las actividades de estos actores tienen una mayor energía e impulso inicial, y habrá una estabilización o un descenso de la actividad "en la medida en que la acción política compita con las actividades principales de su vida cotidiana" (p. 107); f) "La tensión entre convención y transformación, entre permanencia y cambio, producirá efectos de influencia consciente e inconsciente, logrados a través de procesos de negociación formal e informal y expresados mediante la conversión de ideas en uno y otro campo, y a través de procesos de convencionalización de modos alternativos no convencionales de acción política" (*idem*); g) por último, "la falta de respuesta por parte de las instancias de poder ante las acciones políticas no convencionales de carácter legal e ilegal no violentas puede conducir a la generación de acciones no convencionales ilegales y violentas" (p. 108).

En última instancia, a lo que asistimos de unas décadas para acá, es al estallido de la participación política que ha roto con las formas tradicionales de ejercer la política, que ha instrumentado nuevas reglas de trabajo, y que en algunos casos ha derivado en lucha armada en varios países de nuestro continente. En ello tiene mucho que ver la crisis de los sistemas políticos dominantes y el ejercicio que despliegan para con la sociedad, aunado a las condiciones sociales y económicas de los pueblos de América Latina; de ello puede dar cuenta la psicología política.

2 Escuela cubana

Cuba es un caso aparte. Primero, por su situación política, y segundo, por el tipo de vinculación que tienen las ciencias con el sistema social. Con esa aclaración, el abordaje que se intenta realizar es el de la propuesta de la línea marxista en psicología social y que ha

derivado en una psicología política. El caso concreto corresponde a Fernando González Rey, otrora vicerrector de la Universidad de la Habana. Hay otros casos, como el de la prominente Mara Fuentes, cuyos trabajos trascienden a un nivel internacional, y que también tiene aportes a la disciplina que nos interesa, pero la columna vertebral de este apartado serán los trabajos de González Rey, por su constante intercambio y discusión con los autores más representativos de la escuela de psicología política latinoamericana.

2. 1 Fernando González Rey

González Rey (1987) asegura que la filosofía marxista representa una orientación teórica y metodológica para las ciencias sociales, toda vez que contribuye a la definición de su objeto de estudio. Dicha filosofía anclada en la psicología, esto es, una psicología marxista, ha permitido rebasar lo que considera dos extremos de la psicología: el empirismo y la especulación, cuestiones ambas criticadas desde diferentes posturas: la primera, desde las aproximaciones hermenéuticas, y la segunda, desde las posiciones científicas. Fiel a la tradición marxista, este pensador cubano, no deja de mirar a la Unión Soviética y sus psicólogos, puesto que supais no sólo dependía de ésta en el terreno económico y comercial, sino también en el tecnológico y científico, de ahí su insistencia en autores soviéticos y en el marxismo como filosofía de avanzada que se puede llevar al campo de las ciencias sociales. Y esto puede constituir el marco de la psicología política, de su psicología política.

Para González Rey la psicología política se aboca al estudio de la ideología (1987) y de la personalidad (1994). Esos constituyen sus objetos de estudio, y la forma en qué éstas se manejan y se construyen. Tomando como base al marxismo trabaja una psicología que permite identificar los momentos y la forma en que se interioriza el discurso y los eventos sociales, para lo cual también echa mano de los trabajos del ruso Lev S. Vygotsky. Ello, siempre encuadrado en un contexto, inmerso en una sociedad, en la que la violencia en que viven los pueblos latinos ha orillado a que los científicos, entre ellos los científicos sociales y, por supuesto los psicólogos sociales, volteen la mirada "hacia cuestiones de la vida política y social de nuestros pueblos" (1987, p. 105). Siendo más precisos: las propias circunstancias van delineando la pauta a seguir a los científicos; la diferencia radica en que unos asumen y otros no, por diferentes razones. En el caso de los postulados de la psicología política, parece haber un imperativo en el sentido del sí. Muestra de ello, nos dice González Rey, son los casos de gente como Maritza Montero y José Miguel Salazar en Venezuela, y Martín Baró en El Salvador.

Para González Rey la relación que se establece entre la psicología, la ideología y la política está siempre inmersa en una posición filosófica, por lo que no se puede hablar de objetividad en el sentido positivista, puesto que las creencias sociales expresan cierta ideología, de la cual no se eximen los científicos, en tanto poseedores de creencias, y esta ideología las más de las veces está determinada por la clase dominante.

2. 1. 1 La personalidad como objeto

La ideología y la política —señala González Rey— se materializa en individuos concretos, objeto de procesos sociohistóricos y de una individualidad que van a reflejar esta ideología,

de tal forma que el individuo es sujeto y objeto del proceso social en que vive; una dinámica psicosocial que ya señalaba Maritza Montero (1994b; 1994c). Este proceso de ideologización se cristaliza en la personalidad (González Rey, 1994). Si, pues "El hombre como personalidad es la unidad psicológica que refleja el sistema de interrelaciones en que vive. El estudio de la personalidad se convierte en un indicador obligado de cualquier sistema político-social, pues expresa los aspectos esenciales sobre los cuales el sistema influye en uno u otro sentido sobre la personalidad" (1987, pp. 111-112). Pero cabe una aclaración: no es la personalidad vista desde el la postura del psicoanálisis, el personalismo u otras corrientes como la denominada tercera fuerza, sino que, vista desde el marxismo, pone especial énfasis en lo social, en su posición de clase, en sus relaciones, en su relación con los medios de producción, etcétera. Para el estudio de la personalidad, asegura el autor, se ha tenido que romper con la lógica empírica; esto es, se ha recurrido al análisis cualitativo (1994).

González Rey (1987) da dos razones para considerar a la personalidad como categoría fuerte de la psicología política: 1) en la personalidad se refleja, directa o indirectamente, el sistema de relaciones en que vive el hombre; 2) la personalidad permite ver la síntesis de lo social en distintas formas psicológicas, los sistemas de autorregulación del propio sujeto, y la significación del medio para éste. Más adelante, apunta las consecuencias de que se aborde la personalidad: permite ver la relación ideológica, política y psicológica proveniente de un sistema que se plasma en un individuo, y cuyas relaciones se pueden examinar en cuatro direcciones fundamentales: 1) "El individuo como sujeto concreto de su expresión políticoideológica, y sus mecanismos psicológicos fundamentales en esta función"; 2) "El individuo como objeto del sistema de influencias políticoideológicas, los mecanismos esenciales que orientan estas influencias y sus consecuencias en el desarrollo de la individualidad"; 3) "La psicología como ciencia, su función políticoideológica y su condicionamiento políticoideológico"; y 4) "El psicólogo y la interrelación de lo científico, lo político y lo ideológico en su práctica individual" (p. 116). En resumen, desde la perspectiva marxista en psicología, "Lo políticoideológico está presente en todas las formas de expresión de la personalidad, y no sólo en su discurso o su acción, dirigidas a contenidos propiamente políticos o ideológicos. La forma de asumir una profesión, el modo de vida, la relación familiar, etc., son expresiones indirectas, pero comprometidas de la posición políticoideológica de un sujeto concreto" (p. 118), sea éste una persona que actúa con sentido común o un científico; igual, están atravesados por la política y la ideología (v. gr. Montero, 1994b; 1994c).

En un tono similar, pero sin el marxismo que empapa a González Rey, se manifiesta Mara Fuentes Avila (1990) para quien la relación entre el individuo y la sociedad debe verse a la luz de la historia, y los mecanismos de la relación son los que debe abordar la psicología social, toda vez que lo social en la psique del hombre es producto de las relaciones sociales. Y al igual que su compañero, considera un núcleo de trabajo a la personalidad que se forma como producto de las relaciones en ciertas condiciones de la sociedad, y señala que la personalidad surge en la historia, es socialmente activa y con esa actividad es que se convierte en personalidad. Para esta autora el estudio de la personalidad, desde una perspectiva marxista, implica a) partir de un enfoque histórico concreto, para entender la singularidad de la realidad del sujeto específico; b) trabajar con una concepción de hombre como sujeto y objeto de las relaciones sociales y como objeto del desarrollo social, y c) la elección de un método acorde con la teoría.

Pero no sólo es la cuestión de la personalidad lo que interesa a los cubanos, en específico a González Rey (1994), pues existen otros aspectos de su trabajo de especial interés para la psicología política latinoamericana. El autor reclama una psicología de clase, que pueda abordar la riqueza y verdad de la intersubjetividad, pues para este investigador cubano, la psicología en nuestro continente debería de volcarse a estudiar los procesos de enajenación, de alienación, estudiar la subjetividad como proceso al que se puede llegar después de explorar los puntos anteriores. "El grado de autenticidad o alienación de las personas -escribe González Rey- en su integración social es un importante indicador para la representación de la subjetividad social. Todo sistema social genera sus propias formas de enajenación, siendo lo principal en este análisis si el sistema necesita o no para su desarrollo de la enajenación" (pp. 168-169).

Estos planteamientos, siempre desde el marxismo, pues desde esta perspectiva materialista se puede comprender la "esencia humana", el "conjunto de todas las relaciones sociales", en tanto que el marxismo permite ver a) el carácter social de la psiquis; b) el condicionamiento histórico de lo psíquico, esto es, que las relaciones entre individuos variara de acuerdo al sistema social y al momento histórico; así como c) "la forma que adopta en el hombre el reflejo del sistema de sus relaciones sociales"; d) "los mecanismos psicológicos que intervienen en este reflejo" y e) "la forma como estos mecanismos psicológicos operan y se interrelacionan en la integridad de la individualidad" (1987, p. 109); en suma, la personalidad humana. En efecto, se hace necesario, desde esta perspectiva, "descubrir cómo en un conjunto psicológico parcial se refleja la esencialidad de la personalidad, y en cada influencia aislada del medio descubrir los nexos que la definen como una expresión necesaria del sistema en que vive el hombre. Esta posición, por supuesto, representa un principio teórico y metodológico general para el estudio y la investigación de los problemas que la psicología debe enfrentar en la esfera de la política" (p. 113), o en su psicología política.

2. 1. 2 La práctica científica

Como en el resto de los ciudadanos, los científicos son muestra del proceso de ideologización y politización y, al igual que sus semejantes con sentido común, tienen diferentes formas de asimilar la conciencia social a su conciencia individual, y responden de una manera más activa y comprometedora a unos eventos que a otros, lo cual nos permite explicar el por qué existen científicos que tienen posiciones políticas, científicas e ideológicas que no siempre coinciden. En efecto, un psicólogo, por ejemplo, puede ser partidario políticamente del marxismo, pero sus posiciones científicas ideológicamente posiblemente no se vinculan con esta forma de pensamiento. Ello es consecuencia de un determinismo histórico, de una práctica profesional, asegura González Rey (1987). No obstante "La contradicción entre la posición política consciente, asumida por el científico, y sus posiciones en la praxis científica se irá resolviendo gradualmente en la medida en que concientice la imposibilidad del logro de muchos de sus objetivos por limitaciones de la concepción que asume en su práctica profesional" (p. 107). Justamente es eso lo que ha acontecido con numerosos profesionistas (por no citar a los religiosos) en momentos fuertes de la vida social de sus naciones, caso concreto Ignacio Martín-Baró.

En fin, que para González Rey (1994) la psicología social y, por supuesto, la psicología política, tienen que dar respuestas a problemas de la sociedad, y deben

convertirse en importantes herramientas para el cambio social: "Desenmascarar los complejos mecanismos que están en la base del equilibrio actual de países verdaderamente flagelados por múltiples calamidades sociales, actuando como agente de concientización de la población, es una función política ineludible para una psicología social crítica" (p. 170). En efecto, hacia allá vamos, pues todo indica que "En los últimos años, la situación violenta en que viven los pueblos del continente, la miseria imperante en grandes capas de la población así como el desarrollo de la psicología progresista de sectores importantes de esta ciencia en América Latina, ha aumentado la atención de los psicólogos hacia cuestiones de la vida política y social de nuestros pueblos" (1987, p. 105). Dicho viraje se puede percibir sobre todo en Centroamérica, donde los conflictos se agudizaron de una manera muy fuerte, por ello es relevante el caso de Martín-Baró y su psicología liberadora.

El psicólogo cubano refiere los intentos por darle forma a la psicología en nuestro continente y su vinculación a la realidad social. Un primer acercamiento que se dio entre los psicólogos preocupados por estos andamiajes de la disciplina, fue el "Encuentro sobre cuestiones teóricas, ideológicas y metodológicas de la psicología en América Latina", que se celebró en La Habana a mediados de 1986, con la asistencia de alrededor de 350 psicólogos del continente. Desde ese entonces, este autor afirmaba: "No podemos analizar la función del psicólogo en nuestro continente al margen del sistema sociopolítico y de las particularidades nacionales del país en que trabaja. La diferencia entre capitalismo y socialismo crea diferencias también en la función social del psicólogo y en su forma de relacionarse con la organización política del Estado. En el sistema capitalista, la acción política del Estado, representante de la burguesía en el poder, utiliza la ciencia para justificar las diferencias y las contradicciones que este sistema presupone. En esto tiene un papel esencial las ciencias sociales encargadas de justificar las diferencias de clases por las aptitudes de unos y las inaptitudes de otros, soslayando los mecanismos esenciales del sistema que engendran estas diferencias" (p. 125).

Otro señalamiento importante de González Rey tiene que ver con casos muy sonados en países donde la psicología ha jugado un rol de trascendencia, que se presenta en momentos en que la ciencia revela aspectos esenciales de un sistema social, y se entra en contradicción, surgen contradicciones entre la política y la ciencia con respecto a sus propios fines. La mayoría de las veces dichas contradicciones se resuelven por la fuerza, en detrimento de los científicos, baste voltear la mirada a Chile y El Salvador. En efecto, el psicólogo cubano señala que una de las formas de resolver la contradicción entre ciencia y política es la eliminación física del pensador, "como ha ocurrido a cientos de psicólogos y otros profesionales en el continente, mientras que en países desarrollados, el intento aislado de un científico o grupo de científicos, presentado como expresión de la democracia 'que permite hablar de todos', queda ahogado por la manipulación absoluta de la información en manos de los grandes monopolios, sin excluir la eliminación física cuando esta vía no resulta efectiva" (pp. 125-126).

Y es que, en mayor o menor medida, el papel del científico social, y en este caso del psicólogo, se ha visto más activo en las últimas décadas, incursionando en áreas antes impensadas, bloqueadas o con reclamo de espacio de otras disciplinas. En el caso de la disciplina que aquí nos tiene, se reconoce que "la posición política cada vez más definida de los psicólogos en el continente, en pro de los intereses de nuestros pueblos, contribuirá decisivamente al desarrollo de una opinión que sea cada vez más un instrumento útil en el desarrollo de nuestros países" (p. 129). Es el tono en que se han manifestado diversos psicólogos latinos (v. gr. Fernández Christlieb, 1987; Montero, 1987c; 1994b; 1994c; Martín-

Baró, 1990c; 1990d). Y es que, a decir de otra psicóloga cubana, Albertina Mitjans, "Por encima de estas diferencias teóricas, muchas cosas nos unen: el ser latinoamericanos, nuestras raíces históricas, nuestra preocupación por el desarrollo de la psicología, nuestra sensibilidad como profesionales comprometidos con los problemas del hombre y, sobre todo, el interés por desarrollar una práctica profesional cada vez más al servicio de nuestros problemas" (citada en González Rey, 1987, p. 129); o un futuro que no estamos dispuestos a perderlo o que nos duela (Fernández Christlieb, 1987)

En última instancia, hay que reconocer que el trabajo de los psicólogos latinoamericanos ha hecho aportaciones fuertes al desarrollo de la disciplina en las últimas fechas, a tal grado que está "penetrando en las complejidades de la sociedad en su condición de determinante esencial del hombre, integrando en sus análisis procesos como las relaciones de poder, identidad nacional, ideología, las diferencias de clases, etc." (González Rey, 1994, p. 150). Quizá un elemento que contribuiría a la construcción de una sociedad más justa es "La incorporación masiva de la población a la solución de tareas y problemas que nuestro desarrollo exige y define una participación política más amplia y activa de la población, no siendo los científicos y profesionales una excepción en este proceso" (1987, p. 126). Y es que la ciencia tiene una aportación efectiva, puesto que sus resultados inciden en la gestión política para con la sociedad o para la ciencia misma (v. gr. Ibañez, 1994b).

3 Escuela salvadoreña

En este apartado se pretende dar cuenta, en una visión general, de los planteamientos desarrollados en la escuela salvadoreña de psicología social y política, de manera principal los trabajados por Ignacio Martín-Baró. Estas ideas darán forma, en gran medida, a lo que en el capítulo siguiente se trabajará; de hecho es en esta escuela donde se trabajó de manera más comprometida la psicología política, que deviene en una psicología de la liberación. En este espacio se realiza una especie de presentación que tomará más forma y se precisará a fondo más adelante.

El Salvador, país que se convulsionó por una guerra civil de más de una década, es representativo de un periodo de la historia de nuestro continente; que por lo demás, en su mayoría se caracterizó por procesos de violencia interna, de conflictos que derivaron en enfrentamientos armados, cuyos bandos parecían enfrascarse en antagonismos irreconciliables, con proyectos de sociedad y visiones del humano contrapuestas, que dejaron en la arena de los hechos miles de muertos, daños incuantificables y otros tantos daños irreparables, pero que no es propio de esta demarcación, pues acontecimientos similares, con procesos de violencia equivalente, se desarrollaron en diversos países del hemisferio: Cuba, Nicaragua, Guatemala, Argentina, Chile, Uruguay, etcétera, con resultados en algunos casos similares, y en otros diferentes.

En ese marco se desarrollan los trabajos en El Salvador, en gran medida marcados por el contexto de guerra en que se vivió, mostrando una fase interesante del desarrollo de una psicología con patente propia, con una visión que da cuenta de los quehaceres de la psicología para estas latitudes; una psicología que cuestiona lo mismo planteamientos de orden epistemológico y metodológico en el campo de las ciencias sociales, que el quehacer,

la praxis del científico social en su vida cotidiana. Desde esta posibilidad es que los trabajos de una psicología política permiten entender y comprender procesos psicosociales otrora abandonados por los estudiosos de nuestra disciplina.

3. 1 Ignacio Martín-Baró

Uno de los psicólogos sociales más críticos del continente americano se puede encontrar en el salvadoreño, de origen español, Ignacio Martín-Baró; jesuita que se preocupó y comprometió con los más desprotegidos (ver UIA, 1990), como el mismo llamaba a las "mayorías oprimidas". Un psicólogo social que incursionó, vía la teología de la liberación, a una psicología empeñada en analizar y comprender las causas de la opresión de los pueblos centroamericanos, sobre todo en un contexto de violencia, como el que caracterizó a la región durante la segunda mitad del presente siglo.

Formado en filosofía, rigurista en la investigación científica de la psicología -la segunda de sus carreras- se preocupó por profundizar en aspectos teóricos y metodológicos de la disciplina; Martín-Baró incursionó en diversos campos de aplicación de la psicología: en el ámbito laboral, la opinión pública, el trauma de guerra, las repercusiones de la violencia, etcétera, trabajos que implícita o explícitamente cuestionaban el orden social existente en el país donde vivía, y que tuvo como reacción del gobierno diversos atentados tanto contra las instalaciones donde desarrollaba su trabajo (impresión, oficinas, y la propia Universidad) hasta en cuerpo propio, culminando con la muerte de seis jesuitas y dos colaboradoras, en las instalaciones de la Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas" en noviembre de 1989, entre quienes se encontraba Martín-Baró; consecuencia que el propio Baró advertía con anticipación, al reconocer que su trabajo tocaba "centros neurálgicos del poder" y estaba dispuesto a asumir los costos de sus hallazgos y de la desnudez política en que en diversas ocasiones dejó al gobierno salvadoreño.

Martín-Baró viajó a Frankfurt en 1967, al año siguiente vio de cerca en París al movimiento estudiantil de aquel mayo famoso; experiencias que consideraba muy importantes en su vida. Desde 1981 fue vicerrector académico de la UCA; y en 1986 fundó y encabezó el Instituto Universitario de Opinión Pública (IUDOP), en donde dirigió 25 encuestas sobre temas relacionados con la salud, el empleo, la democracia, la guerra y la paz, lo que en más de una ocasión provocó reacciones violentas del gobierno y la derecha salvadoreñas, además de que los participantes en ellas eran considerados, en ocasiones, subversivos. Este psicólogo social señaló permanentemente que la psicología permanecía al margen de la problemática social. Advertía la necesidad de replantear el papel de la psicología social, revisar a fondo los criterios de verdad para validar el conocimiento en las naciones latinoamericanas; revisar las teorías, los modelos y los conceptos, así como examinar el papel del quehacer científico y profesional del psicólogo ante la problemática social (ver Pacheco y Jiménez, 1990b), asimismo criticaba el hecho de que la psicología se haya desarrollado en la línea de responder a los intereses de los grupos dominantes, por lo que, proponía, debería reorientarse hacia los intereses de los grupos dominados.

3. 1. 1 Crítica a la psicología

Bien podría plantearse el problema de la psicología en dos niveles, por un lado el de orden externo (la "importación" de formulaciones teóricas, por ejemplo) y, por el otro, de orden interno (la historicidad propia de la psicología en un contexto determinado, por ejemplo) (ver Martín-Baró 1976a; 1983). En el primer caso, Martín-Baró (1989) habla de las teorías desarrolladas en otras latitudes, a modo de ilustración, la de Norteamérica, que tiene elementos rescatables, cosas buenas, pero también malas, tal es el hecho de pretenderse como "conocimientos válidos y significativos" cuando en muchas ocasiones son "reflexiones muy provincianas, concebidas con esquemas estrechos, y sólo parcialmente verificadas en condiciones al mismo tiempo locales y abstractas" (p. 5). Otra limitante, la representa el hecho de que la mayor parte del conocimiento teórico y técnico en las ciencias sociales, y por tanto de la psicología social, "echa sus raíces en una perspectiva desde el poder establecido" (1983, p. viii), y por tanto, como muestra la sociología del conocimiento, la perspectiva desde donde se mira la realidad, determina el panorama visualizado, de tal forma que "Resulta poco menos que imposible entender la violencia revolucionaria si se parte del presupuesto de que todo resentimiento social es degradante, así como resulta imposible entender la solidaridad de los oprimidos si se piensa que en la base de toda relación humana hay una búsqueda de la satisfacción individual" (*idem*).

En el caso latino se acentúa aún más, puesto que hay una dependencia de los centros rectores de producción del conocimiento, lo que nos convierte en "enajenados culturales", sobre todo de Estados Unidos, con todo y su producción "deficiente". Así, si en otros momentos los psicólogos corrían el riesgo de ser "una especie de divanes de psiquiatra", en la actualidad se corre el riesgo de "ser semitecnólogos de laboratorio" (1989, p. 12). Pese a ello, habrá que reconocer que hay científicos, pocos aún, que han intentado asumir las causas de las mayorías oprimidas, pero aún menos son "los que han logrado domeñar su bagaje científico y transformar su lógica intrínseca de dominación en esquemas de liberación. El problema de fondo no consiste tanto en la voluntad de ayuda, cuanto en discernir si se dispone de los instrumentos adecuados para aportar una ayuda significativa sin abandonar el terreno específico del científico social" (1983, p. viii). En última instancia, la psicología social carece de conciencia histórica, lo cual la ha llevado a enfocar sólo determinados problemas, en ciertas circunstancias y con ciertos instrumentos que ha traído como resultado su empobrecimiento y banalización. (1976a).

Ello nos lleva al segundo punto de la crítica de la psicología: su constitución interna y su construcción como parte de una realidad en la que surge. Efectivamente, para Martín-Baró (1989) existe un problema en el desarrollo de las teorías psicosociales, pues distan mucho de la realidad latinoamericana, lo cual "condiciona negativamente la comprensión que de nuestra realidad se puede lograr mediante tales teorías [...] Aprender a ver nuestra realidad desde esquemas elaborados frente a otra realidad y con el fin de responder a intereses contrarios a los nuestros, es una forma sutil, pero eficaz (trágicamente eficaz), de aprender a ignorar nuestra realidad" (pp. 33-34). Lo cual, parece ser, se acentúa en algunos países, tal es el caso de El Salvador, pues de forma teórica "vivimos de prestado" (p. 34) por los esquemas de comprensión que se importan, lo mismo si son de Estados Unidos, que de Alemania o de la entonces Unión Soviética; para tal caso no importa el signo político de la nación.

En una conferencia dictada en la Universidad de Guadalajara en mayo de 1989, poco antes de su asesinato, Martín-Baró (1990c) asumía una postura crítica en torno al desarrollo

de la psicología. Aseguraba que en el caso de teorías como las norteamericanas o las europeas, iban a la par de un desarrollo económico y social de sus demarcaciones; y que en la medida en que sus poblaciones lograban satisfacer necesidades básicas, los ojos de la psicología se volvían a necesidades menos básicas y "hacia nuevas exigencias"; esto es, "Ya no se trataba de responder a la necesidad de alimento y casa, sino de seguridad y estima; ya no se pretendía únicamente lograr la salud corporal, sino también el bienestar anímico; ya no bastaba con ofrecer un salario suficiente, sino que había que proporcionar formas laborales que permitieran la realización individual de las personas" (p. 52). Sin embargo, no todo era felicidad, pues mientras eso sucede en ciertos lugares, en otros hay una demanda de atender necesidades de "insuficiencia generalizada" o incluso atender consecuencias de guerras civiles, como ocurría hasta hace pocos años en la región centroamericana y permanece en algunos países del hemisferio.

De tal forma que, mientras en algunos países ciertos sectores de la población se encuentran en un nivel de bienestar elevados, y hacen uso de los servicios psicológicos, en otros no se supera la pobreza "y no reciben de la psicología más que exhortaciones moralizantes en clave de poder" (p. 53), lo cual resulta de especial particularidad en los pueblos latinoamericanos, pues mientras unos pequeños grupos tienen un alto desarrollo, las mayorías se debaten en la miseria. Y una práctica de la psicología, que crítica mucho Martín-Baró, es que "la psicología y los psicólogos latinoamericanos nos limitamos a servir a las minorías pudientes, llámense burguesía o sectores medios, mientras ni podemos -ni las más de las veces siquiera sabemos- cómo enfrentar desde la psicología los problemas de las mayorías populares" (*idem*).

En efecto, para Martín-Baró (1976a) la psicología social debe hacer un examen de sí misma -reflexibilidad diría Ibañez (1994a) y Gergen (1991)-; estar consciente de sí misma, de sus limitaciones y condicionamientos, y a partir de ello saber qué puede aportar a la comprensión de la realidad y "potenciar su transformación". Pero no basta con responder de forma pragmática al cuestionamiento epistemológico, pues ahí están las innumerables producciones en la materia, las teorías, los experimentos, los métodos, las técnicas; de lo que se trata, es de saber si todo este "material psicológico está sirviendo para esclarecer la realidad o más bien para oscurecerla, si está sirviendo para hacer avanzar la historia o más bien la está bloqueando y entorpeciendo" (p. 9). La respuesta la pone en estos términos: si lo hace, no es una ciencia por sí, sino un instrumento técnico que utiliza el poder social para dominar a las mayorías sociales. Y parece ser que lo que esta aportando la psicología y los psicólogos en nuestro territorio los convierte en instrumento del poder establecido.

Para Martín-Baró (1989) se debe realizar un esfuerzo por hacer coincidir el rigor científico con el compromiso social, sacando provecho de teorías elaboradas en otros contextos y lugares "pero que se replanteen críticamente a la luz de los problemas propios de los pueblos centroamericanos" (p. 5) a fines del siglo XX, y ya a principios del XXI, podríamos agregar. En última instancia, "No se trata de construir desde cero o de echar por la borda todo el conocimiento disponible [...] Se trata, más bien, de construir desde la propia realidad y, en nuestro caso, desde Centroamérica, desde los conflictos y problemas que viven los pueblos centroamericanos para, desde esa perspectiva peculiar, ir enhebrando los temas básicos de la ciencia social" (1983, p. ix), aseguraba el salvadoreño. Y agregaba: es de suma importancia "reintroducir" la historia en la psicología social, puesto que "La historia actual de los pueblos centroamericanos constituye un proceso doloroso y fascinante que recorre las articulaciones entre personas y sociedad, entre alienación y conciencia, entre opresión y liberación" (*idem*).

Es en este escenario que entra el papel desempeñado por la propia disciplina, como ciencia y profesión: "se da la triste paradoja de que una profesión orientada a liberar al individuo de sus lastres y a potenciar su desarrollo y plenitud personal, en la práctica sólo sepa cumplir su función afianzando los mecanismos de enajenación social. Liberar al individuo afirmando las estructuras sociales de opresión, constituye un proceso de pseudoliberación, sólo posible donde impera una falta de conciencia, es decir, mediante la negación de la conciencia de clase" (1976a, p. 10). En consecuencia, habrá que modificar no sólo la práctica sino también los presupuestos, puesto que para que "la psicología pueda cumplir su tarea liberadora debe liberarse primero ella de aquellos esquemas, tan profundamente introyectados, que la convierten en una 'ideología de recambio' sumisa a los imperativos concretos de las fuerzas sociales dominantes" (*idem*). De esta forma, la disciplina "debe asumir sus propios condicionamientos históricos: el desde qué o desde quién y el para qué o para quién" (p. 12). Así, sigue el salvadoreño, cuando el científico parte del laboratorio, parte del nadie, y aunque creyendo partir del paradigma ideal, parte, en los hechos "del poder establecido en la situación histórica concreta en que se produce la actividad científica. Desde nadie significa, realmente, desde quien tiene el poder" (*idem*). Asimismo, se cree que la ciencia es universal e incolora, pero "Negar el para qué o para quién de la ciencia es, en la práctica, ponerla al servicio de los intereses dominantes, ya que todo producto histórico necesariamente promueve unos u otros de los intereses socialmente en conflicto" (*idem*).

3. 1. 2 El contexto

El país en donde desarrolla su trabajo Ignacio Martín-Baró, se encuentra inmerso en una guerra que lleva años, y que ha dejado múltiples daños, no sólo materiales, sino humanos y sociales. El Salvador, un país pequeño en Centroamérica, vivió, como la mayoría de los países de la región, una dictadura militar que no permitía ni el más mínimo asomo de una disidencia política que contribuyera al mejoramiento de la sociedad salvadoreña. En medio de la represión, que se recrudece con el inicio de la guerra civil, pero que tiene sus antecedentes décadas atrás, se despliega la investigación, se realiza ciencia, se trabaja para tratar de dar cuenta del acontecer de un país convulsionado y enfrentado entre sí en dos grandes proyectos: por un lado el que representa el gobierno militar, aliado de partidos derechistas —como Alianza Republicana Nacional, ARENA, a quien le entregarán el poder posteriormente- y de los sectores más conservadores, pero dueños del capital y por tanto del poder; y por el otro, el de amplios sectores que históricamente no se han beneficiado de la repartición de la riqueza del país, y que más bien han producido infinidad de bienes que nunca han visto ni consumido para sí. Estos dos proyectos tienen su expresión máxima en la lucha armada que inicia entrando la década de los ochenta y concluye con la firma de los Acuerdos de Paz de Chapultepec (en México) en 1992. Mientras tanto se desarrolla una guerra frontal que para el gobierno —militar o civil- posiciona al que no es su incondicional del lado del enemigo, muestra de ello es la muerte de los jesuitas, a manos de un grupo paramilitar (asesorado por los estadounidenses) que en un intento más por acallar las voces críticas de la ciencia y de la fe, asesinan a los religiosos de una Universidad en un acto más que desde la oficialidad se anima y se consume para desgracia de una nación, y de la ciencia social, en el caso específico de la muerte de académicos de este centro de estudios.

Aunque parezca irónico, el propio Martín-Baró reconocía en sus textos lo delicado de la situación y el cuidado que se debía prestar ante tal contexto: en la introducción de una de

sus libros (1983) resalta hasta el cambio de color de la carátula, para evitar así problemas en los retenes militares: "se eliminaba el color rojo" de ésta, advertía. Asimismo aclaraba: "los países de Centroamérica han sido y siguen siendo escenarios no de una confrontación ideológica entre comunismo y capitalismo, mucho menos entre totalitarismo y democracia, sino del levantamiento de pueblos miserables que, cansados de promesas y engaños, hastiados de esclavitud y represión, han acudido a las armas como recurso último de liberación". (p. vii). Al final de dicho texto mostraba la crudeza del contexto en el que se desarrollaba su trabajo: "Como científico social, no es fácil vivir desde dentro de un proceso tan convulso" (p. viii), siendo una de las dificultades más obvias el peligro que corren las vidas de los que pretender dar cuenta de las razones de los conflictos (como los armados en su caso) y de las consecuencias de ello, y contribuir a su posible solución. Para el salvadoreño el hecho de nombrar la realidad, tan expresiva y tan clara en ese contexto, es ya para el gobierno un acto de subversión. Lo ejemplifica con el caso de monseñor Oscar Arnulfo Romero, Obispo de San Salvador, que al tener contacto con la pobreza salvadoreña y descubrir el actuar gubernamental, en marzo de 1980, desde su iglesia espetó al gobierno y a los cuerpos policíacos: "en nombre de Dios, ¡cese la represión!"; al tercer día de haber realizado ese llamado fue asesinado mientras celebraba la eucaristía.

3. 1. 3 Psicología social desde Centroamérica

Martín-Baró (1983) da cuenta de la crudeza del contexto en el que se desarrolla su trabajo, toda vez que sus líneas, señala, "han sido escritas al calor de los acontecimientos, en medio de un cateo policial al propio hogar, tras el asesinato de algún colega o bajo el impacto físico y moral de la bomba que ha destruido la oficina donde se trabaja [... pero] son estas vivencias las que permiten adentrarse en el mundo de los oprimidos, sentir un poco más de cerca la experiencia de quienes cargan sobre sus espaldas de clase siglos de opresión y hoy intentan emerger a una historia nueva. Hay verdades que sólo desde el sufrimiento o desde la atalaya crítica de las situaciones límite es posible descubrir [... y] Nuestro objetivo último consiste en articular la perspectiva de los condenados de esta tierra centroamericana en el trabajo de la psicología social como ciencia y como praxis" (p. x). En efecto, este parágrafo sintetiza, de algún modo, la labor y el contexto de realización del trabajo de un investigador salvadoreño en los años de acontecimientos violentos, propios de una buena porción del continente.

Esto es, que la psicología que se pretende hacer desde Centroamérica, y cuya extensión es válida para distintos países del continente americano, dadas sus condiciones, se caracteriza por poner en el centro a un interlocutor hasta entonces ignorado: el pueblo silenciado, las mayorías populares, a la vez que la psicología cuestiona los problemas que más afectan a la población: miseria, explotación y la violencia en la que están inmersos (1989). Un dato que utilizaba para la reflexión, consistía en señalar que si la psicología atendía los problemas y exigencias de los sectores sociales con un criterio de cierto bienestar y desarrollo, y en Centroamérica dos de cada tres habitantes son pobres, y a dos de cada cinco no les alcanza ni para alimentarse, entonces la psicología no está atendiendo las necesidades de las mayorías y se encuentra "marginada de los sufrimientos y anhelos de los marginados" (1990c p. 54). Siguiendo con esta lógica, existía un reto: saber si la psicología podía "con nuestro bagaje y capacidad actuales, llegar a estos sectores, comprender sus problemas y hacer algún aporte significativo a su resolución" (p. 55). Es desde esta reflexión que Ignacio Martín-Baró se plantea la necesidad de la construcción de

una perspectiva en psicología que aborde la problemática latina, que trate de dar respuesta a las necesidades de la población; es con esta lógica que intenta, en el ámbito de la ciencia social, "desbrozar un sendero muy enmarañado por presupuestos neopositivistas y por exigencias implícitas de quienes tienen el poder, para que por él puedan transitar también los dolores y los deseos, las penas y las esperanzas de nuestros pueblos. Dicho en otros términos, nuestro intento reside en rescatar y desarrollar todo aquello que en la psicología social pueda contribuir a los procesos de liberación histórica de los pueblos centroamericanos" (1989, p. 6). Y es que para este autor, la psicología podía aportar elementos que contribuyeran a la liberación de las sociedades oprimidas, y la cuestión consistía en saber "qué y cómo puede hacerlo".

Para ello se requiere replantear la psicología, sacarla de los presupuestos en que se encuentra metida desde décadas atrás, y que necesariamente pasa, en el contexto de nuestro continente, por la respuesta a tres cuestiones, la una epistemológica, la otra conceptual y la tercera práxica. La epistemológica comienza por cuestionar los criterios de verdad que se utilizan para validar nuestro conocimiento. Esto es, que si el ser humano es el objeto de análisis de las ciencias sociales, y siendo éste un ser histórico, la verdad social se convierte en una relativa y parcial. Martín-Baró (1990c) lo sintetiza así: "la pregunta epistemológica nos obliga a pensar cuáles deben ser los criterios que nos permitan determinar la verdad histórica de nuestros conocimientos psicológicos sobre las realidades que vivimos en Latinoamérica" (p. 56). La segunda, la conceptual, cuestiona el hecho de que otras concepciones "captan" la especificidad histórica del latino, esto es, que si otras aproximaciones teóricas o modelos de psicología han surgido en otras condiciones y con otros intereses sociales muy concretos, resulta complicado que traten de dar respuesta a situaciones muy específicas de nuestra realidad, "pero solemos aceptarlos como si se tratara de lentes universales y asépticos que nos permiten leer cualquier realidad" (p. 57). (En este punto vale la aclaración de que no se trata de eliminar otras aproximaciones y otras teorías por el simple hecho de ser manufacturadas en otras latitudes; es sólo la acotación de que hay planteamientos que no necesariamente posibilitan el entendimiento de procesos, como los que se presentan en medio de situaciones de violencia y que con dichos marcos se dificulta aclarar tales procesos que requerirían una visión histórica del, andar latinoamericano; tal podría ser el caso del fatalismo o de la solidaridad que se revisarán más adelante.) La pregunta conceptual, entonces, "debe llevarnos así a examinar los problemas específicos de nuestros pueblos sin las orejeras de marcos teóricos apriorísticos que filtran sesgadamente la realidad y limitan interesadamente nuestra capacidad de comprensión" (*idem*). Por último, Martín-Baró señala la pregunta práxica, referida a examinar los avances de la ciencia psicológica frente a los problemas de "nuestros pueblos", y lo sintetiza en una pregunta: "¿Cuál ha sido y cuál es, objetivamente, el aporte de la psicología al desarrollo integral de los pueblos latinoamericanos?" (*idem*). Se da como respuesta el hecho de que tanto la disciplina como sus practicantes han "permanecido al margen de los grandes movimientos e inquietudes de nuestros pueblos" (*idem*). De esta forma, la relevancia de la psicología social radica en que debe ser no aséptica ni indiferente, sino comprometida con las necesidades de las mayorías populares.

Siguiendo esta perspectiva, el autor también ha señalado la necesidad de la recuperación de la visión histórica, por ello, en la dicotomía entre explicar y comprender se inclina por la comprensión, dado el carácter histórico del "sujeto" de estudio de la psicología. Para Martín-Baró (1990c) "Una ciencia que se quiere histórica debe mirar tanto al pasado como al futuro y, por tanto, no puede contenerse con reconstruir más o menos fielmente lo

que se da, sino que debe esforzarse por construir aquello que no se da, pero debiera darse; no los hechos, sino los por hacer [...] y la psicología] debe afanarse más que en encontrar, en construir la verdad del hombre latinoamericano, y en ello debe estribar el mejor sentido de la predicción científica: no tanto en decir lo que va a ocurrir a partir de la situación actual cuanto en posibilitar lo que debe tener lugar, aportando para ello un saber dialéctico" (p. 68-69).

Si se quiere arribar a una psicología crítica, social o política que contribuya significativamente al avance de la propia disciplina y de la democracia en los países donde se ejerza, se tiene que comenzar por desentrañar la posible ideologización de que es víctima la disciplina, y los intereses que sesgan su análisis (Martín-Baró, 1987c). En última instancia, de lo que se trata es de liberar a la psicología, antes de que ésta nos ayude a desentrañar los quehaceres de la opresión social. Sólo así se puede desde la psicología social arribar a una psicología política o a una psicología de la liberación, como lo ha propuesto en su momento el salvadoreño.

3. 1. 4 Psicología política

La razón de por qué la psicología debe estudiar la "política", Martín-Baró (1995) la apunta así: "porque son personas o grupos los que los realizan. Se trata de acontecimientos humanos, y sus actores están sometidos a los mismos determinismos y condicionamientos cuando actúan en política que cuando conforman la familia, educan a sus hijos o se integran a un equipo de trabajo. Por ello, es necesario preguntarse en qué medida el carácter de esos acontecimientos políticos, la forma concreta que adquieren, depende precisamente del hecho de haber sido realizados por determinada persona y no por otra, por haber sido ejecutados por un determinado grupo y no por otro" (p. 209). Y concibe a la psicología política como "el estudio de los procesos psíquicos mediante los cuales las personas y grupos conforman, luchan y ejercen el poder necesario para satisfacer determinados intereses sociales en una formación social" (pp. 215-216). No obstante que de entrada, en esta idea, se puede encontrar una postura algo "psicológica" al momento de ampliar la concepción, el autor brinda más elementos en el plano psicosocial. Efectivamente, en la presente definición se encuentran tres características importantes, tal es el caso de a) los intereses sociales de una formación social, b) su mediación en procesos psíquicos y c) la conformación, lucha y ejercicio comportamental del poder. En el primer caso, el de los intereses sociales, para el salvadoreño queda claro que hay intereses en las sociedades y en los sistemas políticos, y son esos intereses los que entran en juego en cuanto actividad política, que van desde los grandes grupos de poder económico y político, hasta sectoriales, gremiales, coyunturales, familiares e incluso personales; *i. e.*, que "La comprensión última de su carácter político requiere mostrar la conexión de un comportamiento, actividad o proceso con los intereses sociales tal como se dan en una determinada formación social en un momento histórico" (p. 217).

En el segundo caso, el de los procesos psíquicos, manifiesta que los intereses sociales son actuados en cada situación y circunstancia por actores concretos, personas o grupos. "Los actores y sus actos son políticos en cuanto que, mediante su comportamiento, tratan de avanzar unos intereses sociales en el marco de la confrontación social en el interior de un determinado sistema" (*idem*). Siendo esa mediación comportamental la que interesa a la psicología política, esto es, "Hay un momento procesual cuando los intereses sociales se traducen en esquemas cognoscitivos o valorativos de las personas, en principios, valores y

actitudes, en formas concretas de hablar o de decidir, en los comportamientos específicos que se realizan y cómo se realizan" (p. 217); una especie de interiorización o internalización de los elementos externos. Para Martín-Baró dichas formas psíquicas, como la forma de percibir y comprender, razonar, valorar, pensar y decidir, responder y actuar, "constituyen el objeto específico de atención de la psicología política" (p. 218). Y es que habrá que partir del presupuesto de que las personas y grupos articulan los intereses sociales por diversas causas y razones, y en tal situación, algunas instancias lo hacen por intereses de grupo propios, como los sindicatos o las patronales; en otras, representan intereses que no son suyos, tal podría ser el caso de los abogados de los sindicatos obreros y, finalmente, hay casos en que las personas y grupos "pueden avanzar instrumentalmente a unos intereses sociales, de los que no tienen conciencia clara y que son, incluso contrarios a sus intereses personales y de su propia clase social" (p. 218), que puede ser el caso de los campesinos que se transforman en grupos paramilitares a favor del gobierno que no los representa, y en tal situación entran en función elementos de ideologización que sería parte de la agenda de la psicología política latinoamericana. El psicólogo salvadoreño asegura que las personas y los grupos "experimentan la vida en la ideología y a través de ella, pero no como instancias pasivas, sino como instancias activas que pueden modificar más o menos esa mediación ideológica de la existencia. En concreto, el comportamiento de las personas no suele ser una expresión pura de los intereses de la burguesía o del proletariado o, para el caso, de cualquier clase que se dé en una determinada formación social, sino que puede ser una expresión peculiar, parcial y aun compleja de esos intereses clasistas" (pp. 218-219). Así por ejemplo, al momento de estudiar el fenómeno de la guerra, no está claro donde termina lo estrictamente militar y donde empieza lo psicológico, puesto que varios jefes militares han declarado que en estos eventos el 90% es psicológica y 10% militar. El fin de la guerra psicológica, dice, es ganar "las mentes y los corazones" tanto del enemigo como de sus simpatizantes (*idem*). Visto desde ese ángulo, la guerra psicológica constituye un "apartado de la psicología política, más en concreto, aquella parte que se dedica a esa forma extrema de hacer política, de promover unos intereses sociales, que es la guerra" (p. 206). Para el salvadoreño "lo psíquico si puede ser un elemento importante en la determinación de algunos acontecimientos políticos y, por lo tanto, la psicología tiene un aporte que hacer al análisis político [... además] la psicología no puede pretender convertirse en la hermenéutica de la política o dar razón de todo el ámbito de la política, entre otras razones porque hay muchos acontecimientos políticos cuyo carácter no es influido por la mediación de los actores; el aporte específico de la psicología debe reducirse al examen del comportamiento político (el comportamiento en cuanto mediación de la política), es decir, a la política en cuanto es actuada por personas y grupos" (p. 210).

En el tercer caso, el del poder, Martín-Baró asegura que el comportamiento político persigue ciertos intereses sociales y requiere del poder, "de la capacidad para imponer esos intereses frente a otros" en la misma formación social, y que bien podría ser abordado bajo tres lineamientos: la constitución del poder, su ejercicio y la lucha de poder. En cuanto a la constitución del poder la psicología política examina "en qué medida la mediación de personas y grupos contribuye, positiva o negativamente, a potenciar la satisfacción de unos intereses sociales" (p. 219). En el caso particular de las personas, el psiquismo constituye un recurso de poder: en el sentido de que "el carácter de las personas, su fortaleza o debilidad, la consistencia o inconsistencia de sus actitudes, se convierte en una fuente que da o quita poder a la hora de articular los intereses sociales" (*idem*). En cuanto al ejercicio del poder, externa que los actores pueden lograr que avancen unos intereses y no otros, mediante el comportamiento que pone en juego distintas formas y cantidades de poder. Así, lo que

interesa a la psicología política, en este caso es, por ejemplo en el caso de una actividad militar, en qué medida una mentalidad militarista llevó a esta acción, justo ahí donde una mentalidad pacifista presiona por otros mecanismos. Y "No es sólo que los actores echen mano de los recursos de que disponen, sino de ver a qué recursos tratan de acudir o intentan conseguir según su mentalidad (mediación psíquica) a la hora de avanzar los intereses que representan" (p. 220). En última instancia, la lucha por el poder, se muestra de forma clara en la confrontación de diferentes fuerzas a la hora de poner en evidencia sus respectivos intereses. Aquí, por ejemplo, entra el juego de la ciencia, pues en el caso específico de la psicología social, hay quienes señalan que actualmente ésta se encuentra condicionada por la perspectiva del poder y los intereses que sostienen a los centros académicos dominantes, lo cual impide, en buena medida, la comprensión y el estudio de los actores de grupos que se encuentran al margen del orden establecido (Martín-Baró, 1987c), contribuyendo así a que un grupo detente y maniobre desde las esferas de decisión. De ahí que se tenga que cuestionar el poder que tienen los centros que suministran dinero para las investigaciones, pues es a partir de ese hecho que se derivan varias consecuencias, como el que en psicología política se investigue el comportamiento político de los grupos "sanos" y se ahuyente a la investigación del comportamiento anómalo y conflictivo. De no ocurrir así, se corre el riesgo de categorizar al comportamiento desviado no como proceso psicosocial de influencia, sino como terroristas como ha ocurrido hasta la fecha.

Habrá que advertir que en esta concepción de psicología política permanecen aún rasgos de una aplicación de la psicología social al campo específico del comportamiento político, como el propio autor lo reconoce; no obstante va más allá al plantear que "si la psicología social debe enfocarse al análisis de lo que de ideológico hay en el comportamiento humano, entendiéndolo por ello todos aquellos elementos que remiten a factores sociales históricos, la psicología política tendrá que examinar lo que de ideológico haya en el comportamiento político" (1995, p. 221). Esto es, elementos no contemplados en la forma empírica de la psicología política. En efecto, si partimos de los presupuestos de que "la psicología política es un apartado de la psicología social" y de que "toda psicología política es psicología social", la psicología política es por excelencia ideológica: "la actividad política es la que con más propiedad debe ser analizada desde la perspectiva de la psicología social, ya que por definición trata de promover unos intereses sociales, es decir, es ideológica. La delimitación de lo que pertenece a la psicología política respecto al resto de la psicología social se establecerá por el carácter de los comportamientos frente al sistema social, es decir, que se tomarán como objeto del análisis psicopolítico sólo aquellos comportamientos que tengan un impacto significativo en la estructura o funcionamiento del orden social establecido (aquellos comportamientos que hemos definido como políticos)" (p. 221). En esta propuesta Martín-Baró trata de aproximarse a la desarrollada por el mexicano Fernández Christlieb (1986; 1987) que revisaremos más adelante, en cuanto a las posibilidades y las condiciones de posibilidades de los sujetos sociales en un ordenamiento social.

En resumen: cuando Martín-Baró (1995) se interroga sobre cuál es el objeto de atención de la psicología política, y qué determina un comportamiento como político, plantea tres posibilidades: (a) que *quién* lo realiza lo define, (b) que sea definido por el *qué* se hace, esto es, por el acto mismo y (c) que dependa del *sentido social* de lo que se hace, *i. e.*, de la relación del actor con el orden social. En el primer caso, el *quién*, se puede pensar en la posibilidad del carácter del actor que realiza el acto; toda vez que hay actos que adquieren sentido por quien los realiza, aunque hay eventos que independientemente de quién los realiza son políticos. Un ejemplo del *quién*, se pone con una visita a un país de

Centroamérica: no es lo mismo que lo visite un turista a que lo haga el Secretario General de la ONU. La segunda posibilidad, el *qué*, el tipo de comportamiento realizado, tiene que ver con ciertos actos específicos, independientemente de quien los realice, tal podría ser el caso del voto en las urnas o la participación en un mitin partidista, serían siempre actos políticos. La tercera posibilidad, la del *sentido social*, tiene más fuerza, porque "En la medida en que una actividad promueva los intereses de un determinado grupo social y que afecte o influya en el equilibrio de fuerzas sociales y en el orden social tal como se encuentran en un determinado momento, esa actividad tiene un carácter político" (p. 214). En consecuencia, una actividad será más política en tanto más influya en el orden establecido o los procesos que se dan entre las fuerzas sociales existentes, porque "los actores tratan de que sus comportamientos conformen o utilicen alguna forma de poder frente a otros actores; pero el poder es entonces un instrumento de la política, no su fundamento" (p. 215). De esta forma, no son los actores ni los actos en sí mismo quienes determinan el carácter político, sino la relación del acto con el orden establecido, aunque hay que apuntar que, desde una postura global, cualquier acto es político, por la totalidad del sistema de sociedad, "ya que de alguna manera contribuye al mantenimiento o alteración de un orden social, así sea indirectamente" (*idem*). Por tanto, hay que acotar que el comportamiento político es aquel "que tiene un efecto verificable y significativo en la configuración y funcionamiento de cualquier orden social" (*idem*). Así, agrega, habrá que establecer criterios, tanto cualitativos como cuantitativos, que determinen qué actividades son políticas y cuáles no. Y la respuesta es clara: "Políticos son actos normales y cotidianos, como una reunión partidista o unas declaraciones públicas, y actos anormales y extraordinarios, como el secuestro violento de un presidente o una guerra civil. Y si algunos comportamientos son esencialmente políticos, cualesquiera que sean sus actores o las circunstancias en que se dan, otros adquieren su carácter político por sus actores o las circunstancias en que se producen" (p. 214).

En síntesis, para Martín-Baró (1990d) la psicología política examina cualquier tipo de comportamiento en tanto que repercute directa o indirectamente en un ordenamiento social y político de una sociedad. De esta forma, se puede definir a la psicología política como "el estudio de aquellos procesos psíquicos mediante los cuales las personas y los grupos conforman, luchan y ejercen el poder necesario para satisfacer determinados intereses sociales en una formación social" (pp. 133-134). Y tal es su importancia, que para este autor estaba claro que en el contexto y momento de Centroamérica "la psicología social debe conducir a una psicología política como su fruto más propio" (1989, p. 7), de ahí que en una conferencia pronunciada en el marco del XII Congreso Colombiano de Psicología, en octubre de 1988, propusiera a "la psicología política como una verdadera necesidad" (Pacheco y Jiménez, 1990b, p. xviii).

El compromiso. Pero para llegar a esta posición, se tiene que iniciar por esclarecer, desentrañar la política de la psicología social; hay que saber y clarificar lo que de ideológico hay en la disciplina, pues resulta de trascendencia a la hora de estudiar comportamientos políticos, en tanto que pueden presentarse sesgos, ya que es el terreno privilegiado de los intereses sociales y de las racionalizaciones ideológicas. Así, hay que empezar por preguntarse desde dónde se pretende analizar el quehacer político y de qué supuestos se parte, con qué unidades de análisis, conceptuales y metodológicas se realiza. Se tiene que cuestionar la presunta asepsia del bagaje conceptual y metodológico. Asimismo, el desde quién es importante, pues no es lo mismo que desde una posición cómoda se pretenda analizar el ascenso del fascismo en Europa, como lo hacía, desde el psicoanálisis, Parsons

en su cátedra de Harvard, a como le sucedía a Reich, también partidario de esa teoría, pero desde su compromiso con las luchas obreras de los treinta y cuarenta, lo cual, por cierto, le costó la expulsión de su asociación profesional y política. No es lo mismo pues, explicar las revueltas del 68 a partir de un Edipo mal resuelto en la infancia, y entonces crear una sociedad sin padres, como lo propusieron los dos psicoanalistas franceses bajo el pseudónimo de "André Stéphane". Y sí, no es lo mismo que con el cobijo de la misma teoría se explique la revolución argeliana, no como un Edipo mal resuelto, sino como el esfuerzo de un pueblo por encontrar su identidad histórica y liberar su psiquismo de la opresión del colonizador (ver Martín-Baró, 1987c).

Ante este escenario se corre el riesgo, como ya lo han señalado algunos psicólogos, de mezclar ciencia con activismo, y confundir teoría con reivindicaciones políticas, a lo que Martín-Baró respondía: "Es posible que en ocasiones caigamos en ese error. Pero [...] a mí me resulta preferible fracasar en el intento comprometido por hacer historia, como parte de un pueblo, que en el esfuerzo pseudoaséptico por mantenerse al margen de ella. La precaución, perfectamente válida, no debe llevar a la inacción, así como el rigor científico no tiene porque confundirse con la carencia de opciones" (1989, p. 7). Y sobre la advertencia, en el sentido de sí al tomar partida por las mayorías no se perdía la objetividad, el autor apuntaba que "el conflicto entre ciencia y compromiso se basa en un planteamiento falso. Porque la objetividad en ciencias sociales, es decir, la fidelidad hacia lo que la realidad es en sí misma, no se logra tanto pretendiendo distanciarse de ella y reduciéndola a su carácter de cosa medible, cuanto cuantificando la inevitable imbricación del científico, como persona y como miembro de una clase social, con esa realidad que es también humana y social" (1990c, p. 66). Además, agrega, que si el científico no puede dejar de sustraerse y de involucrarse a la hora de abordar temáticas como la memoria, la emoción u otros procesos psicológicos, mucho menos lo puede ser a la hora de abordar factores que determinan la vida social, asegurando que "éticamente no podemos dejar de tomar postura frente a muchos de esos fenómenos" (p. 67). De esta forma, la parcialidad que se asume al tomar postura no tiene porque eliminar la objetividad, pues "resulta absurdo y aún aberrante pedir imparcialidad a quienes estudian la drogadicción, el abuso infantil o la tortura" (*idem*) lo cual no elimina la exigencia de una rigurosidad en el trabajo mismo; en resumen, "objetividad no es lo mismo que imparcialidad" (*idem*).

Política de la psicología y psicología de la política. Para Martín-Baró (1995) la cuestión clave de la psicología política radica en la pregunta sobre el impacto que el quehacer del psicólogo tiene en la sociedad, además de "cuál es la imbricación entre psicología y poder, en el doble sentido de cuál es el poder de la psicología [...] y cuál es la psicología del poder" (1990d p. 82). De ello se desprende que la psicología política tiene "dos vertientes" que con frecuencia se confunden: "la política de la psicología, es decir, el impacto que la psicología, en cuanto actividad científica y profesional tiene en cada sociedad y, la psicología de la política, es decir, el análisis e intervención psicológica en los procesos y comportamientos políticos que tienen lugar en una sociedad" (*idem*).

En el caso del trabajo del psicólogo que tiene un impacto en el ordenamiento social, del estatus que se le otorga y del poder social de dicho profesionalista, estaríamos hablando de la política de la psicología, y que bien puede ser abordado al momento de analizar el rol del psicólogo. Al respecto se señala una crítica hacia quienes han querido mantener la postura sobre la asepsia de la disciplina, argumentando objetividad, exclusión de intereses

de grupo y eliminación de valores sociales u opciones personales; en tal caso se estaría hablando de "comprender qué es la conducta humana, cuál es su naturaleza y sus causas, dejando de lado cualquier juicio axiológico que confunda al ser con el deber ser, lo que es de hecho con si eso es bueno o es malo, deseable o indeseable" (p. 84). Del otro lado se encuentran, continua el autor, quienes son partidarios de la militancia política, y desde ahí perciben los procesos, lo cual por cierto ha llevado a excesos tales como rechazar a Freud por ser considerado un pequeño burgués y aceptar a Pavlov en detrimento de Skinner por su nacionalidad, por ejemplo; o a Wallon sobre Piaget porque el primero es comunista y el segundo no. De uno y otro lado hay excesos, tanto de la posición militante mecanicista como del neopositivismo tecnocrático

La otra versión de la psicología política la constituyen los estudios psicológicos sobre comportamientos y procesos políticos; y entonces estaríamos hablando de la psicología de la política, siendo la "revisión más exhaustiva sobre esta línea" la realizada por Maritza Montero (ver Montero, 1987b). Para Martín-Baró hay temas de gran importancia que o no son abordados o lo son de manera circunstancial por los psicólogos latinos, tal es el caso de las movilizaciones populares y los procesos revolucionarios; el liderazgo político, la psicología del militar, los procesos dictatoriales o la explotación laboral. Ello, se entiende, en el marco de fines de los ochenta cuando las guerras centroamericanas se encontraban con vida y con un periodo largo por detrás. Así, se puede entender la agenda que propusieron ambos investigadores (ver Montero y Martín-Baró, 1987) para el caso de Latinoamérica. Con respecto a los 191 trabajos de la revisión de Montero (1987b) Martín-Baró (1990d) visualiza que tienen una fundamentación teórica pobre; empíricamente se trata de investigaciones poco originales, rayando la copia de lo norteamericano; aunque en lo práctico se encuentra el punto fuerte de los trabajos, por su originalidad y sentido crítico. Desde entonces, habrá que reconocer, se realizaban "esfuerzos serios por un replanteamiento teórico más consistente y un trabajo empírico más crítico y original, con frecuencia vinculado a la intervención práctica" (p. 94). En el primer caso, el del vacío teórico, Martín-Baró advierte que "En lo teórico el principal problema estriba en la carencia de una teoría convincente, bien elaborada, que responda no sólo a una sólida estructuración lógica, sino que asuma la historicidad de los procesos políticos y que ayude al quehacer político concreto en los países latinoamericanos desde una opción que no esté de antemano atada a los condicionamientos del orden establecido" (p. 95). Más adelante añade que el principal problema que enfrenta una buena teoría en psicología política "lo constituye la necesidad de vincular las estructuras macrosociales con los modelos microsociales" (p. 97), y en la continuidad del uno con el otro se tropiezan los psicólogos pues no han creado las mediaciones. Este vacío que apreciaba se va llenando con trabajos de varios autores, entre ellos, indica los del mexicano Fernández Christlieb (1986; 1987), que sería, desde su punto de vista el "esfuerzo más valioso" en ese sentido. Otra de las críticas de Martín-Baró (1990d) tiene que ver con el plano metodológico, del cual señala que no puede perdurar la visión que separa al sujeto del objeto, el dato no puede ser más visto como la realidad objetiva, más bien tienen que ser abordados como procesos construidos e históricos. El tercer punto, el de la aplicación, tiene que ver con los dos anteriores, pues "El principal problema estriba en el compromiso axiológico del profesional que se involucra como psicólogo en la actividad política concreta" (p. 99). Aquí, el elemento a tratar es la supuesta "asepsia", que práctica el científico, y que a decir del salvadoreño, es "éticamente inaceptable", pero se podría correr el riesgo de caer en una especie de "compromiso político" que ponga en riesgo la objetividad del psicólogo. En tal caso, de lo que se trata es de no confundir objetividad con parcialidad, puesto que el psicólogo puede y debe, asegura el autor, ser parcial, debe tomar partido, sin que ello

demerite la rigurosidad y científicidad del trabajo: "No se puede permanecer imparcial frente a la calumnia sistemática o la tortura, como no se puede estarlo frente al maltrato de los niños o la drogadicción; más esa parcialidad no tiene por qué volvernos menos objetivos, es decir, menos adecuados a la realidad, en sus planteamientos teóricos y prácticos" (*idem*).

Psicología política latinoamericana. Para que avance la psicología política latinoamericana, Martín-Baró (1990d) asegura que se tiene que integrar la política de la psicología con la psicología de la política "consciente de sus propios condicionamientos políticos, pero que contribuya a una nueva conciencia de y en la actividad política, cumpliendo una función de desideologización; lo que no sólo supone contribuir a desmontar el aparato de justificación y engaño con que se envuelven las realidades políticas latinoamericanas, sino a iluminar y ayudar a dar viabilidad a las opciones mayoritarias de nuestros pueblos" (p. 100). Para tal efecto se requieren tres elementos: a) partir de la propia realidad política latinoamericana, b) estar conscientes de los alcances y limitaciones de la psicología como ciencia y praxis social, y c) la conjugación del compromiso político con "el respeto insobornable a la verdad. En el primer punto, la realidad propia, se debe elaborar desde la psicología una agenda de los problemas de los propios pueblos, y el autor señala tres: el dilema 1) entre dictadura y democracia; 2) entre dependencia y autonomía, y 3) entre alienación e identidad histórica. En el caso primero estamos hablando de las condiciones mínimas para la convivencia humana, esto es, la democracia social, y la psicología tiene que "definir e impulsar" aquellos procesos que permitan al grueso de la población adquirir conciencia de sus intereses y derechos, lo que acarrea consigo que los grupos que hoy son marginales adquieran cierto poder para enfrentar a quienes ahora los dominan; en suma, se trata de "contribuir a desarrollar un poder popular que permita a las mayorías de nuestros pueblos participar en condiciones de equidad con los sectores minoritarios, en la definición de los objetivos nacionales y en la toma de decisiones sobre los problemas básicos de la convivencia social" (pp. 101-102). En el caso de la autonomía regional, hay que señalar que, sobre todo ahora con el proceso globalizador "una buena dosis de nacionalismo es necesaria para afirmar la propia identidad frente al avasallamiento norteamericano" (p. 103), con su respectiva diferenciación del nacionalismo con respecto al patrioterismo. De esta forma, "el trabajo de desideologización, que es desenmascaramiento de los intereses minoritarios dominantes presentados como intereses nacionales constituye una tarea de primera importancia" (*idem*). En el tercer caso, cuando en psicología se habla de alienación, comúnmente se hace referencia a la falta de control, de la persona sobre sí, o de un comportamiento anormal, pero hay que entender este proceso como "el estado que se genera en las personas a través de unas relaciones que les exoplan y despojan de su humanidad material y psíquica" (p. 104), lo que ya había indicado Touraine: la alienación "no es la conciencia de privaciones sino la privación de conciencia' aunque esa inconsciencia se funde dialécticamente en un proceso de despojo social" (citado en p. 103.). Así, el trabajo de la psicología política, y aquí coincide plenamente con la propuesta de Fernández Christlieb (1986; 1987), sería el proceso inverso, esto es la recuperación de la conciencia personal y colectiva, una desalienación, lo cual "requiere un cambio en la naturaleza de las relaciones sociales" (Martín-Baró, 1990d p. 103), camino por el cual transitaba la propuesta de Freire en el caso de la concientización. Martín-Baró advierte: "Crear que se puede superar la alienación sin un cambio concomitante de las estructuras de explotación social, constituye una peligrosa forma de idealismo psicologista" (pp. 103-104). De estos tres aspectos, la síntesis sería: "frente al dilema entre dictadura y democracia, la psicología tiene la tarea de propiciar la participación popular; frente al dilema

entre dependencia y autonomía, la psicología debe estimular el nacionalismo latinoamericanista y, frente al dilema entre alienación e identidad propia, la psicología debe contribuir a un proceso de liberación, personal y colectivo" (p. 105).

En cuanto a los alcances y limitaciones de la disciplina, lo primero que debe ocurrir es que la psicología adquiera conciencia del impacto de su trabajo, esto es, de la política de la psicología, que favorece a uno u otro sector. Lo cual inicia por reconocer que muchos de los problemas en nuestro continente son más bien de tipo económico y político y la psicología en tal situación puede contribuir, mínimamente, pero contribuir, y su aportación en coordinación con otras disciplinas es de suma importancia. "El trabajo interdisciplinar es hoy, más que nunca, una urgencia, sólo en este contexto adquiere pleno valor la contribución del psicólogo" (p. 106).

En el caso del compromiso social, la psicología debe partir de una opción axiológica, en la cual "debe tratar de ponerse al servicio de las mayorías desposeídas de nuestros pueblos" (p. 107) por razones éticas y políticas, y de la propia psicología, lo cual significa que ponerse al servicio de las mayorías es "vincularse a instancias y organizaciones concretas" y a ciertas prácticas cuyo aporte se plasme en cierto bienestar social, de tal forma que "la opción concreta pasa siempre por un ensuciarse las manos; sólo los revolucionarios de salón creen mantener íntegra su pureza" (*idem*). Y previendo la militanzación de la disciplina, advierte que "dificilmente contribuirá la psicología política a la desideologización o liberación social si el propio psicólogo ideologiza su opción y se ata incondicionalmente a la línea de una determinada organización o partido [...] Es crucial, por tanto, mantener una conciencia de esa misma opción y sobre cómo ella condiciona la aproximación a la realidad; saber desde dónde y cómo se están mirando los procesos, con quién y para quién, con qué y para qué se está trabajando" (*idem*).

Siguiendo con esa línea se planteaba la "urgencia" de elaborar una teoría que se vinculara al quehacer práctico, al que debía orientar al tiempo de recibir orientación de éste; una teoría que asuma la historicidad de su "objeto" y de la propia ciencia y que, por consiguiente, trabaje en la construcción de una nueva realidad política y social (Martín-Baró, 1990d). En suma, "que la verdad no se perciba como el dato del pasado, sino como la posibilidad del futuro, y que la objetividad no suponga simplemente asumir o reflejar los hechos, sino abrir las perspectivas a las cosas por hacer. En términos bien conocidos, no sólo explicar, sino transformar la realidad, sobre todo una realidad tan negativa como la del orden político latinoamericano" (p. 108). En última instancia, hay que "llevar al quehacer psicológico una conciencia clara sobre sus repercusiones políticas y, llevar al quehacer político una conciencia sobre su dimensión psicológica. Diríamos que se trata de hacer conciencia política a la psicología y de elaborar una psicología sobre la conciencia política" (p. 112), no obstante debe reconocerse que "No es fácil juntar compromiso con objetividad, involucramiento práctico con la necesaria serenidad y distancia crítica como para reflexionar teóricamente. Más aún, la exigencia de la interdisciplinariedad es más fácil de postular que de realizar" (*idem*), además de que los costos que se acarrean por poner la psicología al servicio de las causas populares, y no del poder, pueden llegar a ser fatales en ciertos contextos; Martín-Baró es muestra de ello.

Amalio Blanco (1993) quien ha estudiado la obra del salvadoreño lo precisa así: el marco sociohistórico en que se mueve la psicología de Martín-Baró tiene una triple vertiente: la psicología social se define como el estudio de la acción en cuenta ideología, por lo que tiende a convertirse en instrumento de liberación personal y social, lo que nos conduce a una

psicología política: "pretender enmarcar social e históricamente el quehacer teórico te convierte automáticamente en determinadas sociedades en un agente de la subversión" (p. 26). Y el llevar a fondo ese ejercicio puede ser visto por los ojos del poder como una amenaza de tal magnitud que los psicólogos políticos han sido vistos como activistas "de la más baja calaña", por lo que se plantean como objetivos militares a destruir, los lugares donde se entintan las ideas, como la imprenta de la UCA que sufrió docenas de atentados por parte de los militares salvadoreños como represión a las ideas expresadas por Martín-Baró y demás jesuitas.

4 Escuela mexicana

En este apartado se dará cuenta del trabajo elaborado en el marco de la psicología social y política contemporánea en México. Se expondrán dos tendencias: una, la psicología de la política centrada en el trabajo empírico, y con presencia nacional e internacional, y la otra, sobre todo desarrollada en el plano teórico, a partir de la denominación de psicología política y colectiva, que a decir de Martín-Baró ha cubierto un vacío en ese aspecto.

4. 1 Psicología de la política

En México la psicología de la política, concebida ésta como "el análisis e intervención psicológica en los procesos y comportamientos políticos que tienen lugar en una sociedad" (Martín-Baró, 1990d), tiene lugar sobre todo en dos universidades en donde se han realizado diversos estudios: la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM). De los diversos encuentros, seminarios, talleres, congresos, etcétera, se han obtenido varios resultados, entre ellos algunas publicaciones, números especiales de revistas, y cuando menos cuatro libros: el coordinado por Mota Botello (1990), *Cuestiones de psicología política en México*; el coordinado por Juárez Romero (1991), *Ensayos de psicología política en México*; el libro compilado por González Navarro y Delahanty (1995), *La Psicología política en el México de hoy*, y el de más reciente aparición coordinado por Javier Uribe (1997), *Los referentes ocultos de la psicología política*. En la mayoría de estos trabajos se deja entrever el esfuerzo realizado por crear un campo propio para la psicología política; sólo que ese esfuerzo se centra en el plano empírico, y muy pocos son los esfuerzos por darle una coherencia interna a la naciente disciplina psicopolítica (ver González Navarro, 1990a; 1990b; 1995); o el ir delineando una concepción teórica y metodológica para la psicología política (v. gr. Fernández Christlieb 1896; 1987; 1990), por lo que resulta un desacierto de Molina (1995), el señalamiento de que se abre un campo tanto teórico como práctico de la disciplina, al creer que "se ha desarrollado más la parte teórica" (p. 8), puesto que en los hechos es la parte empírica la que ha recibido mayor atención, encontrando que en el aspecto teórica son pocos los esfuerzos, tanto en México como en el resto del continente (v. gr. Fernández Christlieb, 1986; 1987; Montero, 1987; Martín-Baró, 1990c; 1990d).

Lo que sí podemos encontrar en los distintos trabajos de psicología política en México es una constante: el hueco teórico y al abordaje de temas clásicos como la socialización (Lieberman, 1990; Delahanty, 1995), la democracia (Uribe, 1990), partidos políticos y

elecciones (Uribe, 1995; Manero, 1995), cultura y participación política (Pérez, 1995; González Navarro, 1995), la recuperación de las minorías activas (Acosta, 1995; Juárez Romero, 1995; Bustos, 1995), la dicotomía público privado (Meza, 1995) y la violencia (Araujo, 1995), entre otros (ver también, *Polis* 1993; 1995; 1996/1); y la inclusión en la agenda psicopolítica de los conflictos que en la década de los noventa se han presentado en nuestro país, temáticas con una cierta dosis de novedad como el desastre y participación colectiva (Zapata y Sanders, 1990), la expansión de la propaganda (González Navarro, 1991), mujeres y participación política (Bustos, 1990; 1995), la psicología de la guerra (Rodríguez, 1995) y el caso resonado de Chiapas en sus diferentes modalidades (Bustos, 1995; Conde, 1995; Sanders, 1995; Oscar Rodríguez, 1995; Mota Botello, 1995; Noguez, 1995), etcétera. Todo lo cual se puede sintetizar en la noción que plantea González Navarro (1990): la psicología social bien se puede ubicar como una disciplina política, por tanto, la psicología política debe retomar los elementos más importantes de la psicología individual y la psicología social, debe abordar los comportamientos que se dirijan a la definición del poder, y en tanto el comportamiento político es distinto y responde a problemas diferentes en épocas de cambio, hay que entender las relaciones sociales en su conjunto, y hay que entender el comportamiento político en su contexto, pues es la pieza fundamental de esta reflexión. Por lo que se puede concluir que la construcción de una psicología política en México lleva consigo enmarcarla en los procesos sociales de nuestros países posibilitando la transformación del universo histórico y cotidiano (González Navarro, 1991a), y cuyo propósito es tratar de "conocer los significados de la acción que los ciudadanos realizan para la constitución de la modernidad. Ello concierne a la democracia y a la valoración de las formas de vida particulares que se le atribuyen o asignan" (González Navarro y Delahanty, 1995, p. viii).

Ya sea como una "especialidad emergente dentro de la psicología social" (Mundt, 1991) o como una psicología social como disciplina política (González Navarro, 1990), la psicología política, tiene una tarea en nuestro contexto: ayudar a forjar una identidad política en los ciudadanos, además de orientarse a "la investigación de las formas de expresión que emplea la sociedad y que permiten gestar posturas políticas y fomentar la participación en ese sentido" (1991a, p. 10). Debe estudiarse en nuestras sociedades el control y el cambio social, puesto que son de suma importancia; lo mismo que el poder y lo que se desprenda de éste; al tiempo que deben abordarse los movimientos emergentes y sus procesos, como pautas de comportamiento alternativas ante las dominantes, como movimientos de contracorriente, y dado que se les percibe como de "generación espontánea e irracionales" la psicología política mostraría su carácter de conversión y socialización, por ejemplo, en ellos (*idem*). De tal forma que si los actores políticos en Latinoamérica tienden a la lucha por una mejora en sus niveles de vida, en el plano político y social, por ejemplo, la psicología política debiera "coadyuvar al logro de los consensos y definir las particularidades de las formaciones sociales" (p. 16). En última instancia, como lo señala el autor, la disciplina debe "apuntar hacia los aspectos de la vida social y cultural, con los que se definen las relaciones políticas y los procesos de identidad" (p. 17) a más de abordar "el carácter político de los fenómenos sociales", compartiendo rasgos de la propuesta vertida por Martín-Baró (1990d) para la psicología de la política.

Al igual que para Martín-Baró y otros autores, para González Navarro (1991a) la psicología política que se desarrolle en México y en América Latina "se presenta como la consecución de un trabajo de reflexión en el seno de la organización de los pueblos. La psicología de las masas, la publicidad y la propaganda, así como la historia de nuestras

sociedades, son un requisito indispensable para su desarrollo" (p. 18), y es que siendo la psicología social el antecedente de la psicología política (1990), si la primera se ha preguntado insistentemente "sobre la construcción de las acciones de los pueblos" (1991a, p. 54), la segunda no debe obviarlo, puesto que "lo político en psicología social es reconocer las capacidades de todos en la *construcción social de la realidad posible*" (p. 66), de forma tal que los individuos, los grupos, las colectividades y las naciones participen en la construcción de su futuro, como bien la han señalado Martín-Baró y Maritza Montero.

Aunque a estas alturas del desarrollo de la psicología política, para González Navarro y Delahanty (1995) ésta no alcanza aún el estatus de disciplina social integrada, pues tiene una heterogeneidad de paradigmas, por lo que para consolidarse como disciplina requiere un ejercicio teórico y práctico. Que quizá se desprenda de la psicología colectiva.

4. 2 El marco de la psicología política: psicología colectiva

Para el caso mexicano la psicología colectiva deviene en una disciplina, en un conocimiento y en una realidad (v. gr. Fernández Christlieb, 1994); disciplina que se propone como alternativa a una psicología social dominante más bien de corte positivista y como vía de trabajo ante la empiricidad insistente de la psicología (de la) política que se ha desarrollado hasta ahora en buena parte del continente y específicamente en nuestro país. Esta tradición recoge a los clásicos y olvidados de la psicología: al Le Bon y Rossi, de las masas, al Wundt de la "psicología de los pueblos", al Tarde de la conversación, de los cafés y de la opinión pública (Fernández Christlieb, 1991a), al Durkheim de las representaciones colectivas, al Peirce todólogo desarrollador de las triadas, al Mead interaccionista, al Moscovici recuperador y alentador de lo "olvidado", con una nueva posibilidad: el trabajo transdisciplinar, i. e. una perspectiva que conciba a la realidad como una sola, como una totalidad y que permita tomar prestadas herramientas de otras disciplinas para el trabajo psicosocial o psicopolítico, como es el caso de la historia, de la sociología, de la antropología, de la semiótica, de la filosofía y hasta de la literatura. Así, esta disciplina, plantea una forma original del conocimiento que permite ir ampliando la realidad, marco referencial de una psicología política.

Al momento de trabajar y aterrizar su propuesta en México, el Laboratorio de Psicología Social (1989) de la UNAM insiste en que la psicología colectiva aborda lo que se encuentra entre los individuos y las sociedades, símbolos y significados, esto es, la intersubjetividad. Para el grupo de estudiosos que se congrega es esa instancia, la sociedad se estructura en tres sistemas diferenciados e interdependientes: a) el primero es el sistema económico que produce "valor"; b) el segundo es el político, que produce "decisiones administrativas" pero no necesariamente legitimidad, algo que se requiere para su funcionamiento y, c) el tercero es el sistema socio cultural, y es el que le interesa a la psicología colectiva, pues en éste se produce "sentido", que es lo que puede darle, o quitarle, al sistema político legitimidad y provocar crisis de legitimidad si ocurre lo primero. De esta forma "el sistema político no puede crear administrativamente sentido, el sentido sólo se crea culturalmente" (p. 56). Según este Laboratorio, la psicología colectiva podría definirse como la "comprensión (y explicación) de los procesos (y contenidos) de creación (y destrucción) de símbolos (y significados) mediante los cuales una comunidad acuerda su realidad... es el análisis de los sistemas de expresión e interpretación mediante los que se crea y se descubren las experiencias, acontecimientos y objetos dotados de sentido que constituyen la

realidad colectiva" (p. 62); y lo que se aborda son fenómenos con un carácter innovador, contrapuestos al conformismo, como el feminismo, el urbanismo, la memoria colectiva, la utopía, la vida afectiva, el lenguaje, las minorías, los movimientos de masas, la vida cotidiana, etcétera. En cuanto a su objetivo, delimita: "Entre los fenómenos posibles, la psicología colectiva elige los de mayores posibilidades transformadoras, a saber, aquellos fenómenos que perviven frente y a pesar de la inercia objetivista, tecnocrática e ideológica que permea y parece colmar la conciencia colectiva contemporánea, con sus resabios de escepticismo, pesimismo, carencia de sentido: spleen de fin de siglo. Esto es, la psicología colectiva enfatiza los fenómenos de vitalidad colectiva agazapada, depositados en la razón anónima y en la vida afectiva de la intersubjetividad social, y que se pueden encontrar en la esfera privada de la vida cotidiana, en los movimientos culturales, y en general en todos los actos de creatividad, de recreación de la realidad que, contrariamente a las ideas de sentido común doméstico, académico o ilustrado, ni se detienen ni se empobrecen" (p. 63). Noción cuyos rasgos generales comparte el texto de Jostein Gaarder (1991) al recordar que el reencantamiento, de la realidad, su transformación, se puede presentar a partir del pensamiento de los no conformistas: los filósofos, los poetas y los niños, pues constantemente preguntan sobre el mundo, incluso lo que se da por sentado.

Los integrantes del Laboratorio (1989) tienen un buen fundamento para abordar la afectividad y la cotidianeidad como base de la sociedad: "Las crisis sociales tienen su contraparte en la vida afectiva; el desvanecimiento de las épocas se vehícula y puede ser estudiado a través de los cambios en el sentido que le otorga a la vida la colectividad; creencias, afectos, ideales, sueños. Las nuevas actitudes ante la vida son coherentes con la forma en como se presentan y se construyen las estructuras afectivas" (p. 67). Sumado a la afectividad y la cotidianeidad, este grupo considera, al igual que Moscovici (1981; 1983; 1989) a quien se le incluye en la tradición de la psicología colectiva (ver Fernández Christlieb, 1994a; 1994b), la recuperación de las minorías activas, puesto que estos grupos que son considerados por fuera de los marcos sociales vigentes, por no coincidir con el discurso público dominante y ser catalogados como desviados, soñadores, marginales, tienen todos ellos una comunalidad: coinciden en supuestos últimos acerca del hombre, de la sociedad y del mundo (Laboratorio..., 1989). Y es este "discurso alternativo" el que "emerge cuando se resquebrajan las proposiciones fundamentales del discurso público establecido" (p. 67). Eso ocurre con los movimientos contestatarios, los de participación política no institucional, por citar un ejemplo. Asimismo, habrá que contemplar, en este reencuentro, en el ascenso de fin de siglo, a las masas y los públicos, puesto que éstos constituyen "el espacio privado de las culturas" (Arciga, 1989, p. 21).

En cuanto a la metodología de la psicología colectiva el Laboratorio (1989) señala que en tanto su carácter reconstructivo-hermeneúutico adquiere "características de narración, relatos de un devenir, y así, sus resultados son validos y correctos sólo en la medida en que su narración sea verosímil, que sea comprendida por el interlocutor y que tenga fuerza argumentativa. Su validez es consensual: está dada por el acuerdo entre el narrador-investigador y su interlocutor-colectividad. Ello quiere decir que siempre tiene carácter de hipótesis, vigente hasta que no hay un mejor argumento que la oponga, en cuyo caso habrá que revisar o contraargumentar" (p. 68-69), nociones congruentes con el devenir de sus antecesores a fines del siglo XIX y principios del XX (ver Fernández Christlieb, 1994a).

En el caso de la exposición del conocimiento de la psicología colectiva ésta es "ensayística", pues, "adopta la forma literaria del ensayo siempre sujeto a revisión. El conocimiento psicosocial no aparece en la forma de datos, sino de argumentos, y por lo

tanto, depende en mucho de los usos simbólicos utilizados para narrar la realidad, puesto que al exponérsela se le está reconstruyendo, recreando. Las formas expresivas, los giros lingüísticos, el tipo de palabras y de sintaxis, no son sólo instrumentos, son, estrictamente, formas de la realidad" (Laboratorio..., 1989, p. 69). Elementos estos que proviene de la semiótica de Peirce, de la narrativa de Ricoeur, del propio Umberto Eco, y que por lo demás tienen un grado de rigurosidad que depositan en la obra narrativa tanto trabajo como el desempeñado en la ciencia; de ahí que en esta tradición de psicología colectiva se proponga la inclusión, dentro del marco de la transdisciplinaredad, la inclusión de literatos y sus obras para enriquecer a las ciencias sociales (v. gr. Fernández Christlieb, 1994a). Nota aparte merece la mención de que los posmodernistas ya lo han hecho.

Finalmente, en la propuesta del Laboratorio de Psicología Social (1989) "La psicología colectiva es por tradición, definición, antonomasia, método e intenciones, una psicología política. En tanto psicología política, analiza las condiciones de posibilidad e imposibilidad de incidencia de la creatividad cultural cotidiana en el sistema político de la sociedad" (p. 68).

4. 2. 1 La forma latinoamericana

Siguiendo con esta tesitura, el mexicano Fernández Christlieb (1987) reflexiona que en el desarrollo de la disciplina en nuestro continente "Una buena parte de la psicología social y política latinoamericana ha concebido su relación con su realidad como una focalización sobre fenómenos locales, mientras que al hacerlo ha seguido los cánones teóricos y metodológicos del pensamiento científico marcado por otras realidades, lo cual obstruye el desarrollo de la psicología social y política, aquí, y en todas partes" (p. 80), y es que "El sentido propio de una psicología política implica que surge de una realidad propia" (pp. 77-78), por lo que una psicología política de estas latitudes tendría como eje a la "realidad y comunidad latinoamericanas" (p. 78). Siendo esta realidad un interlocutor inmediato de la teoría propuesta; y dicha realidad se presenta de forma masiva y completa y no fragmentada, y así debe abordarse, por ello "la explicación en psicología política requiere, como aspiración, una interpretación en términos de totalidad; aspira más a ser una visión del mundo que una sobreespecialización, en sí misma despolitizadora" (*idem*).

Así, el tipo de ciencia social, y por tanto de psicología social, que se requiere, es aquella que aborda los hechos, que trabaja con la realidad, que la comprende conforme se presenta; lo cual no significa que se vuelva una forma de "militantismo o activismo intelectual", sino más bien saber combinar la reflexión y el pensamiento profundo con la actividad científica (Fernández Christlieb, 1985).

Por otro lado, en Latinoamérica no hay una larga tradición de investigación, ni presupuestos grandes, ni sofisticación tecnológica como en los países no industrializados, ni, por supuesto, la infraestructura material, como en otras latitudes. Y aunque todo esto puede representar un facilitador del trabajo psicosocial, no es garantía de relevancia social, ni de comprensión de la realidad; hace falta, dice el autor, creatividad y sensibilidad: "lo fundamental no es cuestión de recursos materiales, y en todo caso, resulta prudente no depender de ellos" (1985, p. 3), pues, en última instancia, lo hemos visto, se investiga y trabaja lo que los centros de financiamiento determinan, lo cual impide la independencia requerida para el trabajo de una disciplina social en nuestras regiones.

En resumen: si es posible hacer una psicología social latinoamericana, ésta debe cumplir con dos condiciones: no limitar la psicología que se hace en otras latitudes, esto es, no desecharla, pero tampoco asumirla a pie juntillas, tampoco se trata de hacer una psicología paralela o localista como producto folklórico que no tenga nada que ver con el resto de la psicología. Más bien una psicología social latinoamericana "significa simplemente pensar por cuenta propia: para pensar por cuenta propia hace falta tener presente la historia de la psicología social en tanto esfuerzo de comprensión de la realidad desde determinado punto de vista, así como la presencia de una comunidad académica" que se asuma como tal (Fernández Christlieb, 1990b, p. 1). Una psicología social de este tipo "sería aquella que actuara como interlocutor activo, inquietante, con toda la heterodoxia que fuera necesaria, en la gran conversación hablada, escrita y publicada con que se hace la psicología social" (p. 1). En sentido estricto, una propuesta de psicología social latinoamericana (PSL) es una psicología colectiva que tiene tres ejes: el primero, empezar al revés, esto es, si la psicología social oficial inicia en su análisis en un nivel individual y privado para arribar en el más utópico de los casos a lo colectivo y público, la psicología colectiva o PSL iniciaría a la inversa, a saber, de lo colectivo y público para arribar a lo individual y privado. De esta forma, "Una psicología colectiva, en tanto atenta a lo público colectivo, sus génesis, avatares, posibilidades, etc., es, ahora sí que desde un principio, una psicología política y sus explicaciones y comprensiones, puede advertirse, tocan los puntos más sensibles de la problemática latinoamericana: una psicología colectiva está, por tradición, necesidad y proyecto, más cerca de la realidad latinoamericana" (p. 3). El segundo eje es una psicología colectiva de las afectividades que aporta una comprensión psicosocial a los movimientos de masas y multitudes, revueltas, violencias, enamoramientos y vida cotidiana, que, en última instancia, es de lo que se nutre la política y las relaciones personales. De ahí que sea necesaria una aproximación estética y no lingüística. El tercer eje consiste en feminizar la metodología, lo que implica rebasar la metodología dura y racional del llamado método científico que trae consigo la masculinidad dominante: "La feminización del método es ya de hecho un fenómeno actual que se observa en todas las ramas del conocimiento, y en todos los movimientos culturales, y también de hecho no es nuevo, sino que es la recuperación de una forma de conocimiento, el conocimiento comprensivo o práctico, que ha formado parte de la cultura desde que es cultura [... es] lo que actualmente se denomina como método hermenéutico o interpretativo" (p. 7).

Desde este marco, con sus tres ejes, "la contribución latinoamericana a la psicología social consiste en la teorización de una psicología colectiva capaz de interpretar los procesos afectivos mediante una metodología comprensiva. Los elementos que puede aportar una psicología social latinoamericana son inherentes a la psicología social general, pero han sido olvidados, desvirtuados, escamateados o negados en el transcurso de su desarrollo" (*idem*). Lo que hay que hacer es, en estricto sentido, voltear el planteamiento que Le Bon aduce sobre las masas latinas, al considerarlas irracionales, afectivas, y en un nivel evolutivo inferior. Fernández Christlieb (1990b) plantea que hay que rescatar lo que desprecia esa noción: la colectividad, la afectividad y la feminidad.

4. 2. 2 Pablo Fernández Christlieb: su psicología política

Fernández Christlieb (1987) inicia de manera esclarecedora uno de sus escritos: "El término 'psicología política' es por ahora un par de palabras que no designan algo concreto", de ello da cuenta la discusión de las posibles acepciones e incluso la revisión del material escrito

hasta mediados de los ochenta. Para este autor psicología política "es un término genérico, pero no específico, que designa un ilimitable espectro de teorías, métodos y prácticas, cuyo único común denominador es que establecen una relación difusa entre una psicología imprecisa y una política indefinida. Es un término casual, construido por yuxtaposición, asociación o adjetivación" (p. 75).

En efecto, para este autor, a mediados de los ochenta se puede hablar de cuatro nociones o usos del término de psicología política. El primero referido a actividades concretas en asuntos de incidencia política, en donde se emplea la psicología o a psicólogos; tale serían las asesorías a sindicatos, partidos, monitoreos de grupos y, en todo caso, las diferentes versiones de la psicología sean éstas educativa, clínica, individual, etcétera; "todos los posibles significados de lo político concurren indiferencialmente a la hora de la práctica" (p. 81). Un segundo uso tiene que ver con el "análisis de la función ideológica del conocimiento como recurso en el ejercicio del poder social" (*idem*), así, la psicología sería un objeto de análisis, vista desde fuera, lo que desemboca en una política de la psicología. Un tercer uso se deriva de las preocupaciones psicológicas en el contexto de la teoría social con un carácter crítico que, en última instancia, tiene un corte de la filosofía marxista. La Escuela de Frankfurt y su freudomarxismo sería representativa de esta tendencia; dicha corriente "centra su análisis en las relaciones, isomorfismos, ósmosis, transmutaciones y dialécticas entre las estructuras generales de la sociedad y las estructuras particulares de la personalidad" (*idem*), con una característica que permite la crítica: parten del hecho de que lo social tiene una base individual. El autor no reconoce a esta tendencia como psicología social, pues retomando ideas de Munné (1982), el freudomarxismo se puede concebir como un movimiento cultural y no como teoría científica; lo cual no es malo, en tanto generador de ideas para la psicología social y política, y para las ciencias de la cultura, y algunos de sus recursos pueden ser tomados como método de la psicología política, por ejemplo el asombro o la politización (Fernández Christlieb, 1987). Un cuarto uso es el que emerge en los setenta, que se institucionaliza con revistas asociaciones, congresos, con un predominio estadounidense y que es al que se recurre en demasía, en donde la psicología política consiste "en el estudio de fenómenos tenidos por políticos con herramientas tenidas por psicológicas" (p. 82), noción anclada en el propio órgano de la ISPP, el *Journal of Political Psychology*, quien admite "estar dedicado a examinar las relaciones entre fenómenos psicológicos y fenómenos políticos" (citado en p. 82), por lo que en la revista "la temática habitual gravita en torno a problemas de personalidad, actitudes y creencias, que adoptan la forma de comportamiento político" (*idem*). Aún más: la aproximación general de esta postura es conductista y, como consecuencia, su unidad de medición es el individuo, la autora "clásica", Knutson, que retoman los estadounidenses así lo admite al manifestar su "preocupación por la relevancia del individuo en el estudio de la conducta política" (citado en p. 82). No obstante lo anterior, es esta postura de la psicología política la que más difusión ha logrado en muchos lugares, y es alrededor de esta perspectiva que giran diversos trabajos en el campo de la psicología política.

Esta rápida y precisa revisión permite entender por qué el autor mexicano considera la obra que publicó Le Bon en 1910 como aquella que contiene "una concepción más precisa del tema, y por ende más contemporánea a la luz del desarrollo presente" (p. 83).

Una psicología política es teórica. La propuesta que desarrolla Fernández Christlieb, como ya se había mencionado, se ancla en la tradición de la psicología colectiva, una noción más

cultural, más social y teórica, que cuestiona la perspectiva individualizante y empírica de la psicología social y política. Así lo muestra la reflexión que realiza, al advertir que la crisis que mostró la individualidad de la psicología social en la década de los sesenta, y sobre todo con los movimientos de 1968, abrió la posibilidad no sólo de mirar hacia delante para sacar del atolladero a la disciplina, sino de voltear la mirada al pasado, y traer a autores olvidados, que recupera la psicología colectiva, tal es el caso de Mead cuyo marco permite constatar a la psicología como una ciencia de la cultura (Fernández Christlieb, 1987; 1994b).

De ahí que para este autor (1985) en la psicología social y política, hasta entonces trabajada, se presentara un problema de concordancia teoría realidad: "el tipo de aproximación a procesos de esta naturaleza no puede ser directamente empírico, puesto que su explicación radica en el sentido, en el significado que comportan para una totalidad que es la vida social. Ante todo, son procesos directa e ineludiblemente teorizables. La teoría parece ser la necesidad de la psicología social contemporánea y de la explicación psicosocial de la realidad actual. La situación de hoy apunta hacia una psicología social teórica como la forma más conveniente de la investigación" (p. 5). Y si se trabaja sobre cultura, la psicología que lo hace es una ciencia cultural, por lo que una teorización de la realidad concreta debe trabajar sobre "fenómenos sociales" como la vida urbana, las crisis sociales, los movimientos de masas, que vienen a ser problemas de nuestros tiempos. En concordancia con lo señalado por Moscovici en el sentido de que "la psicología social, como ciencia práctica, es, indiscutiblemente política" (citado en 1987, p. 77), Fernández Christlieb propone que la psicología social teórica puede o bien "adoptar, como forma de aplicación o verificación empíricas, la forma de una psicología política" (p. 6) o el propio "desarrollo teórico de la psicología social desemboca, por lógica interna, en una psicología política" (p. 77). Ello se puede percibir en varios elementos de las teorías de pensadores como Tajfel y Moscovici, cuando manejan conceptos propios de una psicología política, a saber, la categorización, identidad y comparación social que analizan el conflicto intergrupal -en el caso del primero- y su resolución en una psicología social de las minorías -en conjunción con el segundo.

Ahora bien, para Fernández Christlieb la psicología política es una "forma contemporánea" (1985) o "un momento" de la psicología social (1987), siendo que "*una psicología política sólo puede desarrollarse en la medida que responde a una realidad propia*" (p. 75), pues corre el riesgo, al no partir de las estructuras sociales de su sociedad, de verse rebasada por los propios acontecimientos (o realidad) (1985). En estricto sentido, por psicología política "se entiende el análisis y el intento de las posibilidades de comunicación de la sociedad consigo misma; la manera en que la sociedad civil, grupos e individuos pueden incidir en la conducción de su propia sociedad. Por política pues, no se entiende ni el arte de gobernar ni la lucha por el poder, sino la necesidad de hacer objeto de discusión pública aquellos aspectos de la vida social que han sido relegados a la esfera privada. Politizar es hacer que lo privado se vuelva público: normas, visiones del mundo, necesidades, preocupaciones, etc., con el objeto de que adquieran existencia social, y por ende, puedan ser abiertamente reconocidas, discutidas, y acordadas o denegadas" (p. 6).

Función de la psicología política. Para Fernández Christlieb (1987) el común denominador de la psicología social contemporánea, es la noción de intersubjetividad, que tiene que ver con el "proceso general de creación e intercambio de significados" (p. 84), y cuya dinámica es la comunicación de símbolos. En palabras del autor, "la idea de intersubjetividad expresa un universo de símbolos donde y para comunicar significados [... en donde] comunicar es el acto

entre participantes de expresar, interpretar e intercambiar la realidad" (*idem*). Así, la función u objetivo de la psicología política se constituye en "el análisis de las posibilidades de enriquecer la calidad comunicativa dentro de una sociedad, esto es, ensanchar la intersubjetividad" (*idem*). En consecuencia, a la psicología política le corresponde como campo de análisis la *cultura cotidiana*, en tanto que estructura de intersubjetividad, entendiéndose como cultura cotidiana el conocimiento y experiencia que *no es una cuestión especializada*, en eventos cotidianos que no requieren expertez pero que generan y otorgan sentido a la existencia personal y colectiva (*idem*).

En este marco de referencia, una sociedad es más plural en tanto mayor sea el número de símbolos y significados que se muevan en las relaciones sociales; *i. e.*, hay una mayor riqueza comunicativa. De esta forma "La psicología política se ocupa del análisis de la posibilidad -o imposibilidad- real de tal pluralidad, o sea, del tránsito de lo incomunicable a lo comunicable -o viceversa" (p. 89). Esto, porque hay eventos y experiencias que quedan más a un nivel personal, privado o inefable. A ello hace referencia el sentido común cuando manifiesta su desinterés porque un asunto es "estrictamente personal" o "privado". No obstante, esta noción adquiere su antítesis en la frase feminista de los sesenta: "lo personal es político". Con esta lógica, la oposición entre lo comunicable y lo incomunicable se encuentra entre lo *público* y lo *privado*, porque i) en el ámbito de lo privado se resuelve lo que corresponde a lo privado, íntimo, inefable, y ii) porque la "tensión público/privado representa la última frontera por franquear para poder incidir en la sociedad en su conjunto; es en la esfera pública donde se pueden transformar prácticamente las estructuras de la sociedad" (p. 89). En efecto, en tanto el discurso, los símbolos y las comunicaciones permanezcan en el terreno de la privacidad o de lo estrictamente personal, la realidad no se ensancha, al contrario, se encoge, pues no hay mucho que compartir y sí mucho que esconder u ocultar, por lo que hay que llevar lo privado al campo de lo público, ventilarlo, compartirlo, hacerlo comunicable, en tal tesitura "la psicología política se ocupa de los procesos de transformación entre lo público y lo privado" (*idem*). Así, las posibilidades de la psicología política viajarían en el sentido de la ampliación de la esfera pública "para dar cabida a cualquier planteamiento respecto de las formas en que ha de ser definida la realidad exterior e interior, las formas en que ha de organizarse la coexistencia entre los participantes sociales, y las formas en que ha de desarrollarse la sociedad" (*idem*); como manifestaciones del proceso de politización, "es posible considerar todas las formas de la creatividad, incluyendo la contenida en los modos de vida" (1986, p. 24).

Las esferas de lo público y lo privado, con todo y sus comunicaciones, necesariamente se anclan en la dinámica de la intersubjetividad que tiene que ver con dos procesos que corren en sentido opuesto: la creación y la destrucción de símbolos. El primero, se denomina politización, y el segundo ideologización. En el segundo caso la dinámica de la ideologización "refiere al proceso intersubjetivo por el cual *lo público se convierte en privado*, y consiste en a) ir sacando de la vida pública y empujando cada vez más hacia los ámbitos privados las versiones alternativas de la realidad social, hasta que sólo puedan ser vivenciadas como experiencias particulares -sin validez social- o íntimas" (1987, p. 90). En la ideologización hay una *degradación simbólica*, de lo que se trata en este proceso es de volver incomunicable lo comunicable. Ello se logra, en parte, con el bombardeo de los medios de comunicación, por un lado al lanzar de manera indiscriminada símbolos que saturan y, por el otro, la sobreutilización de los símbolos en uso "de tal manera que exceden su capacidad de significación; ya que no quieren decir nada; a la explosión cuantitativa acompaña una depauperización cualitativa de los símbolos, una pérdida de significados" (*idem*). De ello dan

muestra, nos dice el autor, términos como "amor", "socialismo", "libertad", etcétera, pues de tanto usarse y sobreusarse ya no se sabe cuál es su significado o qué quieren decir: "De tanto usurpar significados, las palabras se quedan sin ninguno" (*idem*). Cuando un evento no tiene un símbolo intersubjetivamente reconocido que lo designe, ha actuado la ideologización; no hay un significado comunicable. Y con esta dinámica sólo queda en la vida pública la "lógica técnico-administrativa, apta solamente para traficar signos operativos instrumentales" (p. 91), y sucede que las experiencias que anteriormente eran vistas como significativas para la sociedad se acorralan en la lógica de lo personal, llegando con ello al olvido colectivo. De esta forma "La ideología se crea y se sostiene en el mismo devenir de la cultura cotidiana, y su descripción psicosocial es la degradación simbólica" (*idem*), y en tanto fenómeno comunicativo, la ideología es una dinámica de expresión en la que participan los sujetos sociales. Luego, si "la ideologización consiste en convertir lo público en privado, puede entonces argumentarse que es posible hablar propiamente de ideología sólo a partir de la sociedad industrial, lo cual fundamenta a este proceso como objeto de estudio de la disciplina" (pp. 91-92), que también surge en este tipo de sociedad industrial.

Contraria a la ideologización encontramos a la politización (Fernández Christlieb, 1986; 1987; 1990a), cuyo proceso opera en forma inversa a la ideologización, en el sentido de que "*aquello que es privado se haga público*" (1987, p. 92), que lo incomunicable se haga comunicable y que las experiencias que se detentan como privadas o personales pasen a la esfera pública para su debate y compartición. En una lógica psicosocial, de intersubjetividad, "el proceso politizador consiste en una actividad de simbolización y resimbolización, significación y resignificación; es decir, construir símbolos para las experiencias que no lo tienen o que lo han perdido, y por contraparte, darle significado a los símbolos que carecen de él. Se trata de hacer expresable, transmitible, interpretable, lo inexpresado, intransmitido, ininterpretado; inteligible lo ininteligible" (*idem*). Algo así como lo que hacían los zapatistas en su mejor momento. En última instancia, mientras que la ideologización "tiende a reducir el ámbito de la experiencia social, la politización tiende a pluralizarlo" (1990a). El proceso de politización, visto desde la psicología política, no es otra cosa que una "reflexión de la vida cotidiana sobre sí misma" (1987, p. 93), que implica posicionarse, unas veces desde adentro y otras veces desde afuera.

Siguiendo esta línea, la función de la psicología política consiste en "analizar las condiciones y propiedades de la tensión entre lo comunicable y lo incomunicable, así como el análisis de los procesos de conversión o tránsito entre lo uno y lo otro" (1986, pp. 19-20), partiendo del entendido de que hay un "encogimiento" de la realidad; *i. e.* cada vez se entienden menos cosas y la conciencia, todo parece indicar, no da para mucho. Consecuentemente, la psicología política tendría como función "investigar cómo se encoge y, sobre todo, cómo se puede ampliar esta conciencia" (p. 20), primera función de la psicología política. La segunda consistiría en algo así como "el análisis de los procesos de conversión de lo público en privado y viceversa", en este último caso el enriquecimiento de la esfera pública. Una tercera función sería "el análisis de las condiciones, procesos y posibilidades de comunicación de la sociedad consigo misma" (p. 24).

A decir de Fernández Christlieb (1986) en la realidad se pueden reconocer tres niveles de comunicabilidad, a) el personal, b) el interactivo y c) el cultural. En el primer nivel existe lo incomunicable, representado por lo inobjetivable: aquellas experiencias que no se pueden tener, reconstruir o nombrar; también, existe lo objetivable, las experiencias que el sujeto ha tenido y que sí reconoce y nombra, una especie de diálogo interior, que para los otros es monólogo; por lo que se vuelve incomunicable en el siguiente nivel (interactivo), a

eso se hace referencia socialmente como secretos, o experiencias que por tabués o normas no son exteriorizados. En este nivel, interactivo, también existe lo comunicable, representado por los contenidos transpersonales, lo que se puede compartir, las conversaciones de grupos pequeños y primarios. Sin embargo, estos eventos, charlas, y comparticiones resultan incomunicables para el siguiente nivel, el cultural, por considerarlos de la "vida privada"; y lo que se representa en el nivel de lo comunicable es lo que se ha denominado de interés público, la llamada "opinión pública" que a últimas fechas ha devenido en un espacio de dominio de los medios masivos de información y de las instituciones (ver Fernández Christlieb, 1986; 1987).

Una acotación pertinente para el caso de la politización tiene que aclarar que no se trata de una politización en el sentido de la geometría política, *i. e.* que por ser de izquierda es politización y por ser de derecha es ideologización. No es esa la lógica, puesto que "si el fin de la politización se entiende como el enriquecimiento comunicativo de la sociedad, teóricamente no ha de importar tanto el contenido de lo politizable como el hecho de su politización; de aquí se sigue que no importan los signos adscritos (izquierda o derecha) a los grupos activos, puesto que toda vez que se presentan planteamientos alternativos, están actuando como sujetos de politización" (1987, p. 92). Ello, por supuesto, con otra aclaración: las visiones que se autoproclaman como las únicas, verdaderas, más viable, y excluyen a las diferentes, no están viajando en el sentido de la pluralidad apuntada, sino más bien al "encogimiento" de ésta; pues están ideologizando, que en última instancia es lo que hacen las posturas autoritarias que tienen el tinte de derecha o de los otrora socialismos autoritarios.

En tanto que el objetivo de la politización es "el de ampliar la esfera pública, de manera que sea capaz de aceptar y tematizar los acontecimientos que a la fecha se encuentran relegados a lo privado, esto es, que sea posible someter a diálogo político, abierto e irrestricto, cualquier propuesta (*v. gr.*: ideas, sentimientos, necesidades, visiones del mundo) de cualquier sujeto social -individuo, grupo, masa-, con el fin de considerarla para su aceptación o rechazo consensuales" (1986, p. 22), y en esta perspectiva cabe considerar a "todas las modalidades concebibles de la creatividad" (1987, p. 94), y el enriquecimiento de la sociedad (1986), dicho proceso de politización se ha efectuado en el siglo XX a través de varios movimientos culturales y de protesta, el movimiento juvenil y estudiantil, la teología de la liberación, la resistencia cultural, así como los movimientos urbanos y de liberación nacional que cuentan con el apoyo popular (que tienen a la cultura cotidiana de su lado) presentan, por ejemplo, "ineludiblemente rasgos del recurso de asombro que pueden ser documentados por análisis concretos y por la mitología anecdótica que aducen" (p. 96). Dicho rasgo empírico del proceso de politización se encuentra también en otros grupos y movimientos sociales con incidencia social, tal es el caso del surrealismo, la bauhaus, el freudomarxismo, el boom latinoamericano, el feminismo, el movimiento gay (1986). En todo este espectro de sujetos sociales se enfocaría la psicología política, "aún cuando por razones del carácter inédito y novedoso del acto de politizar, el análisis debe ser, sobre todo, programático y atendiendo a sujetos y eventos potenciales" (p. 24).

Finalmente, Fernández Christlieb (1987) asegura que muchos de estos movimientos tienen un inicio en la esfera privada y de pocos, y por medio de la "redefinición de símbolos (arte, mujer, sexualidad)" han trascendido a lo público y han transformado la esfera social. Y en nuestro contexto, dadas "las características de las sociedades presentes, puede suponerse que las transformaciones por venir provendrán de movimientos culturales, donde se incluyen, en el caso latinoamericano, desde la literatura actual hasta las movilizaciones

civiles" (p. 92). Este resulta, a la luz de los acontecimientos, un dato relevante, puesto que en el caso de nuestro país el movimiento zapatista ha logrado justamente esto: pegar en la esfera social, y por tanto del poder y de la ideologización, resignificando procesos, terminología y la propia cultura del país.

El método. La perspectiva arriba planteada requiere un método, y al parecer no se acerca en lo más mínimo a la forma "tradicional" o dominante en la psicología social y política; se requiere de una forma inventiva, que al igual que la teorización, invente la realidad y está sea de otro tinte. En efecto, si se observa, bien a bien, una de las propuestas más interesantes hasta ahora desarrolladas en psicología social, es la de la Escuela de Ginebra, baste ver que con sus niveles, el i) intraindividual, el ii) interindividual, el iii) intergrupual y el iv) ideológico, la psicología europea tiene pretensiones de llegar al cuarto partiendo del primero (ver Munné, 1985). No obstante para la realidad latinoamericana, advierte Fernández Christlieb (1987), la propuesta viajaría a la inversa, puesto que la realidad tal cual se presenta requiere de una psicología política (o social) que empiece por el nivel ideológico cultural, socioestructural, para luego recurrir a los siguientes tres, asentando que "Después de todo, una psicología política trata de la incidencia en este cuarto nivel" (p. 79). De hecho, "Si la psicología social es el análisis de una determinada dinámica de la sociedad, el momento de su psicología política es el del análisis de las posibilidades y condiciones de posibilidades de los diversos sujetos sociales (individuos, grupos, colectividades) en esta dinámica social" (*idem*), partiendo del presupuesto de que "La psicología política es una disciplina de creaciones, no una disciplina de descubrimientos; es cultura, no natura" (*idem*).

Para la psicología política, desde esta perspectiva, son de suma importancia tres elementos: la *intención poética* y el *recurso del asombro*, como posibilidades de la politización, y el *escenario*, como espacio público para efectuar lo anterior. El caso de la intención poética. Puesto que la poesía es vista como "palabras cargadas de sentido" (Pound, citado), o "una incursión en lo inarticulado" (Eliot, citado), esto es, que "lo que mediante la poetización se descubre y se nombra, sólo se hace posible en la condición y circunstancia de un interlocutor, de otro protagonista (1987, p. 93), psicosocialmente es lo que el Fernández Christlieb denomina el "proceso politizador". En esta lógica se inscribe también Vattimo (1985) para quien la poesía construye y reconstruye, al afirmar que "Si en general el significado inaugural de la poesía consiste en fundar mundos históricos (reales o posibles, pero también en este segundo caso siempre como mundos históricos) el lenguaje poético posee los mismos caracteres no esenciales que el lenguaje representativo: se consume y se quebranta al referirse a la cosa cuando la cosa es (ya) hecha presente. La circunstancia de que el futuro a que alude la poesía sea siempre algo que haya de sobrevenir no modifica sustancialmente esta estructura no esencial de su lenguaje" (p. 64). De esta manera la intención poética se descubre como método de la psicología política (Fernández Christlieb, 1986; 1987). En efecto, la tarea poética se arraiga en el sentido de la politización (1986), puesto que la poesía parece tener como función el nombrar el mundo social y vincular a sus protagonistas; al tiempo que crea un sentido por la vida. Siendo ésta la función de la comunicación: "acordar colectivamente las formas de definir al mundo y las formas de organizar la convivencia" (p. 23). Y cuando se hace poesía, aduce el autor (1987), se otorgan nuevos nombres a viejos significados y significados nuevos a viejos nombres; en suma, se reconstruye y amplía la comunicación. "Se trata evidentemente de la misma dinámica que la del proceso de politización, por lo que resulta verosímil concluir que la intención de la política es poética" (p. 94). De ahí que la Internacional Situacionista programáticamente definía "la

creación simultánea e inseparable de los acontecimientos y su lenguaje", al tiempo que afirmaba que "ahí donde hay comunicación no hay Estado"; y sentenciaba: "toda revolución ha nacido de la poesía" (citado en, 1986, p. 23), y haya planteado así la realidad social: "no se trata de poner la poesía al servicio de la revolución, sino la revolución al servicio de la poesía" (citados en 1987, p. 94). El propio Heidegger siglos atrás lo había entendido de la misma manera al sentenciar: "lo que queda lo fundan los poetas" (citado en Vattimo, 1985, p. 66). De lo que se trata, en última instancia, es de recrear, reconstruir la realidad, para que sea muy otra, partiendo de ciertos elementos ya presentes; de ello da cuenta otro psicólogo social, Shotter (1990), para quien "En cierto sentido, lo que debemos ser capaces de hacer como seres humanos es tomar aspectos vagos e informados de ese flujo de actividad y darles una formulación socialmente inteligible y legítima (que los haga *útiles* en algún sentido)" (p. 149).

El recurso del asombro se mueve en una lógica similar a la del encantamiento. Se parte de la consideración que la esfera pública, el ámbito de la cultura, de la política, por ejemplo, está tan descargada, o sobresaturadas según sea el caso, de símbolos, y por lo tanto, debido a esa saturación o ausencia de significados, no es capaz de incorporar nuevos planteamientos, sean estos privados u originales, puesto que resultan incomprensibles o son interpretados de manera estereotipada; *i. e.* son atravesados por la ideologización (Fernández Christlieb, 1987). Ante ello, como lo que se requiere es ser entendido, para que se pueda compartir, y no ser malinterpretado, los sujetos sociales deben, para insertarse en al ámbito de lo público e influir en él, realizar "una combinación de símbolos o significados en uso con significados o símbolos inéditos: una mezcla de lo cotidiano y lo no cotidiano" (p. 95). A este proceso se le denomina recurso del asombro, que no es otra cosa que reinterpretar la vida cotidiana. Es en esta lógica que se han desplazado los grandes movimiento de protesta, acompañándose de una moda y un estilo distintivo, y un proceso similar, sino es que el mismo, se puede encontrar en las minorías activas de Moscovici (1981) cuando su caracterización atraviesa por la innovación y la originalidad. En esta dinámica del recurso del asombro, inserta el autor a la memoria colectivo *versus* el olvido social, y en esa tesitura habrá que introducir a los *canales alternativos de expresión*, tal es el caso de las paredes impregnados de *graffitis*, la moda minoritaria, como el cuerpo como canal de expresión, las marchas y las manifestaciones populares con su variedad de estilo (1991a). En estos ejemplos se encuentra "el recurso que es acaso inmanente a la comunicación, el más disponible y el menos susceptible de ideologización: el *ludismo simbólico*, cuyos casos son el humor, la ironía, el juego de palabras" (p. 96). De ello echan mano el arte, la vida diaria, con el chiste, obteniendo siempre asombro, que se puede encontrar incluso en la historia cultural narrada en pasajes varios: por ejemplo el niño, que ante el emperador que iba desnudo, gritó que no llevaba ropa, algo tan simple y obvio, a primera vista, pero que no era permitido para los adultos. La ingenuidad del infante, aunada a su espontaneidad y su capacidad de asombrarse permitió su expresión (ver Gaarder, 1991), y que decir de Darnton (1984) quien asegura que estas narraciones reflejan de alguna manera el acontecer cotidiano de ciertas culturas, otrora acalladas, en la escritura oficial, pero que se ha mantenido viva por otras vías, como la tradición oral.

Ahora bien, para que los dos primeros elementos, intención poética y recurso del asombro se ejerzan, se requiere de un escenario, que puede ser un lugar, un tiempo o un medio de expresión, y para estos fines el más adecuado resultaría el espacio público urbano, puesto que "en él *confluyen lo público y lo privado, lo cotidiano y lo estructural, lo personal y lo político*" (Fernández Christlieb, 1987, p. 97); a él llegan los individuos, los grupos, las

masas, *i. e.*, la pluralidad social. De ahí que se sostenga que al transformarse la ciudad se transforma la sociedad, se cambia su dinámica: "Aparentemente, ningún otro escenario presenta para la sociedad civil las posibilidades politizadoras del espacio público urbano. Los escenarios tradicionales de la vida pública, a saber, los medios masivos de información (prensa, televisión, etc.) o las instancias oficiales de decisión (parlamentos, congresos, etc.), están, por regla general, cerrados a la participación social real, ya sea porque su acceso es muy restringido, porque están detentados por grupos de poder" (*idem*). En contraparte, con esta cerrazón de espacios, y por tanto achicamiento de la realidad, está la apertura, la ampliación de la realidad: "El papel empírico de la psicología política viene a ser el de la ampliación de esta esfera pública; en otras palabras, la comunicativización, la pluralización y el enriquecimiento simbólico de la sociedad" (1985, p. 7).

Finalmente, si a partir de su análisis teórico, la psicología social "logra idear métodos de politización o formular planteamientos politizables, que a su vez puedan ser retomados por otros sectores de la sociedad civil, estará asumiendo su papel de ciencia social, y los psicólogos sociales, su papel de agentes sociales. No lograrlo sería su criterio de falsabilidad. Usando otro parámetro, es posible decir que la vieja distinción entre psicología social básica y aplicada, puede ser sustituida por la distinción entre psicología social teórica y política" (*idem*).

4. 2. 3 La aproximación metafórica

También rompiendo con el esquema duro de lo que predominantemente se define como psicología política, el investigador de la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM) Iztapalapa, Cesar Cisneros (1995), concibe a ésta no como una disciplina (la psicología) que se aplica a un campo (la política), pues la propone en una dimensión espacio temporal, de identidad y colectividad, y la define como "la disciplina histórica que estudia las identidades colectivas que sostienen o han sostenido, en temporalidades singulares, todos los proyectos nacionales, en tanto continuidad de lo estable y discontinuidad en la transición. También podemos pensar tal psicología realizando análisis prospectivos, es decir no sólo adelantarse a los hechos sino producirlos" (p. 73), lo cual es propuesto también por el salvadoreño Martín-Baró cuando advierte que en psicología política no se trata sólo de dar cuenta de la situación actual, del orden existente, sino de potenciar las posibilidades de ciertos grupos sociales hasta ahora desfavorecidos (*v. gr.* 1990c; 1990d). Pero, para ello se requiere otra forma, no la hasta ahora desarrollada en la psicología (de la) política. Veamos.

En un texto bastante crítico sobre la dirección de la psicología política, cuatro investigadores arman una propuesta que desde la perspectiva metafórica intenta dar forma al andar de la disciplina, no sin antes revisar lo que hasta ahora se ha hecho, y que califican como un mal intento por sentar las bases de la disciplina. Cisneros, Aguilar, Bautista y Fernández (1999) señalan que la psicología social se ha interesado en la última década por los problemas políticos, y su práctica se ha traducido en un compromiso por las causas populares, hasta la participación en la alta esfera política, sin embargo en los esfuerzos por "definir a la disciplina en su interés por las dimensiones políticas de la acción social, los resultados no dejan de ser decepcionantes" (pp. 25-26). Termina siendo, una psicología positivista, una especie de psicología aplicada al campo de lo político, sin más. Eso mismo había planteado Ignacio Martín-Baró al criticar las ataduras de la psicología, y cómo desde ese marco referencial no se podría avanzar mucho, caso que para el mexicano Fernández

Christlieb no es otra cosa que la liberación de la psicología, sin lo cual no puede haber psicología de la liberación.

En contraparte, el recurso o método que proponen los investigadores (Cisneros *et al*, 1999) consiste en el uso de la metáfora: que no es más que hablar de una cosa como si fuera otra, del universo y la naturaleza como si fuera una máquina, por ejemplo (Lakoff y Johnson), y que en la ciencia, tanto en las duras como en las blandas, se ha usado de manera permanente (ver Preta, 1992), y que etimológicamente significa transferencia o cambio (Gómez de Silva, 1985). Aristóteles la definía como aquello que "consiste en dar a una cosa un nombre que pertenece a otra cosa" (citado en Cisneros *et al*, 1999, p. 27). Los autores precisan que toda metáfora contiene dos imágenes: aquello de lo que se habla, lo cual pretende describirse (metaforizante), y lo que se describe realmente (metaforizado). De tal forma que "toda idea, conocimiento y descubrimiento se hacen metafóricamente. La modernidad, que puede resumirse para el caso como la versión científica de la realidad, descansa sobre una metáfora general, a saber, la de explicar y luego ver; y, finalmente, asumir toda la realidad, la naturaleza, la sociedad, la gente, como si fuera una máquina" (p. 27). En un sentido etimológico, cambian, se transportan a otra realidad, de ahí que en Grecia se le denomine metáforas a las mudanzas, según registra Luis González de Alba.

Para Cisneros *et al* (1999) la psicología política que hasta hoy se realiza tiene un fin: el de alcanzar el poder, vía estudiarlo, y en ese tono, se remite a los propios postulados del primer libro con un título así, el de Le Bon, de 1910, que es un manual para el gobernante para dominar a su pueblo y mantener el poder. Critican el hecho de que la metáfora de la psicología política esté en el poder y no en donde su etimología lo señala, en la *polis*, en la ciudad. "Si la psicología política le hiciera algún caso a su nombre, encontraría otra realidad, una más llana, más civil, más cotidiana, más comprensible. El poder, por antonomasia, es lo que se le oculta a la ciudadanía, a la ciudad, y se oculta en los sitios privados cupulares: el poder no sale a la calle; de él sólo se conocen sus efectos, y sus espectáculos, tales como las elecciones, las declaraciones o los desfiles" (p. 28). Desde esta postura metafórica los autores apuntan que cuando una metáfora se les "muere" a los investigadores no les queda más que la aproximación literal, y es lo que le sucede a la psicología política actual, y aunado a su marco teórico y a su concepción de la realidad, solo aspira a una mejor posición en los lugares de la sociedad, pero no aspira a una forma distinta de ésta: "Se trata de una psicología política que es sobre todo práctica, eficientista y empírica: solamente constata lo ya reconocido y solamente persigue que le vaya mejor ahí" (p. 29). Y es que como ya lo dijo uno de ellos (Fernández Christlieb, 1986; 1987; 1990b), la psicología política es una disciplina de creaciones no de descubrimientos.

Partiendo de esta crítica justifican su propuesta: "una metáfora no solamente representa a un objeto cualquiera, sino que, además, presenta una realidad completamente nueva, que enriquece e incluso transforma la vida. Una metáfora no es un dato, sino una propuesta; no es lo dado, sino un proyecto. En el caso de la psicología política, una 'aproximación metafórica' no puede ser un acercamiento empírico ni eficiente, sino necesariamente teórico, hipotético, porque lo que está haciendo es inventar posibilidades de la sociedad distintas a las que se tienen hoy" (Cisneros *et al*, 1999, p. 29). La forma en que se aproxima esta postura metafórica, intenta ensayar "otras imágenes de la sociedad" para que pueda ser vista como "otra cosa" y pueda llegar a serlo. Se diferencian, dicen, de la aproximación literal de la psicología política, por el "estado de salud de sus metáforas. O vivas. O muertas" (p. 30).

Las metáforas de que echan mano Cisneros y compañía son las islas, la velocidad, los espejos y las ruinas. En el caso de las islas se intenta, partiendo de esta metáfora, dar cuenta de la democracia, sobre las tensiones entre igualdad y diferencia humana, entre grupos y sociedades. El estudio y la propuesta de igualdad en la diferencia: diferentes pobres y ricos en igualdad, mujeres y hombres; mestizos e indios, diferentes en la igualdad, parece ser una idea bastante sensata, sino es porque reproduce la forma dominante del discurso que ha orillado a las grandes desigualdades. Desde la postura de las islas, se pretende concebir a grupos como islas que se diferencian de otras islas y, por tanto, lo que hay que estudiar es la diferencia, y de esta manera la psicología política (colectiva) abordaría a la política como "la relacionalidad humana que crea cultura y espacios múltiples de interacción" (p. 40). Tolerancia y diversidad en la igualdad, sería la síntesis, algo que, por lo demás, están demandando grupos "minoritarios" y segregados desde tiempo atrás, y que encaja con la propuesta del Laboratorio de Psicología Social (1989) en el sentido de incluirlos en sus objetivos.

En cuanto a la velocidad, ésta caracteriza a los diferentes sucesos que ocurren en la vida diaria, e incluso se puede caracterizar a la era moderna como centrada en lo veloz, que modifica la herencia cultural humana. A partir de la segunda mitad del siglo XX se puede pensar y analizar a la historia social como una historia de la lentitud, mientras que a la historia económica y política se les puede categorizar como historias de la rapidez. Pero no sólo eso, sino que la forma en que abordamos los fenómenos sociales también se encuentran atravesados por la velocidad: cuando se investiga la cultura, por citar un caso, se acuña el término "detenidamente" para dar cuenta de la necesidad de observar con cuidado, con mucha atención. Y otro elemento es que quien se detiene es quien observa lo que se quiere estudiar, y la mirada del observador pretende "detener" la velocidad de lo estudiado, pero lo estudiado ya está detenido desde el momento en que el observador pretende estudiar su evento "detenidamente", toda vez que como lo plantea esta referencia de psicología política, no hay separación tajante entre sujeto cognoscente y lo cognoscible (Fernández Christlieb, 1994b).

Por su parte la metáfora de los espejos caracteriza al siglo XX como el de las imágenes.

El caso de las ruinas como metáforas es más completo y más aproximativo a una sociedad. Se inicia por reconocer que las ruinas se hacen sin querer, en tanto que no hay intención alguna de hacerlas o producirlas, al contrario, se edifican construcciones y vidas para mantenerse, no para arruinarse. Segundo, el material de que está hecha la ruina es de soledad, de abandono, puesto que sus habitantes se han ido (culturas antiguas, edificios, ciudades, etcétera). Tercero, hay que contemplar las ruinas, pues al quedarse atentamente quieto esperando, de tanto mirarlas sale "el sentimiento de reaparición, reinstalación o reinauguración del pasado inscrito y latente en esa ruina: es volver a sentir y a pensar los pensamientos y los sentimientos de la cultura que las construyó" (Cisneros *et al*, 1999, p. 51). Así, el observador se va del presente al pasado y se "recupera un estado de ilusión con el que ya no se contaba y, por lo tanto, se trata del intento de impedir una derrota que, no obstante, sobrevendrá simplemente porque ya sucedió hace mucho" (*idem*). Para los autores "Una ruina es el recuerdo del olvido. Uno contempló cómo hay un futuro y cómo vuelve a perderse, lo cual es una visión sobrecogedora [...] Las ruinas contienen su pasado, ciertamente, pero también contienen un futuro, otro que el suyo ya no pudo ser. Una ruina es lo más cercano que tenemos a una sociedad ideal. Por esta razón, hay culturas que han creado ruinas ficticias, tales como Utopía, el País de las Maravillas, Camelot", etc. (*idem*).

Desde esta perspectiva, uno de los problemas fuertes de la democracia, y por ello no funciona, es que no se reconoce como ruina a más de dos siglos de haberse instaurado. No se identifica con su abandono, con su olvido. De ello se desprende el reconocimiento de que las democracias no son perfectas, tienen errores, injusticias, desigualdades, promesas incumplidas, pero son "perfectibles" y todo es cuestión de llevar la democracia a todos lados para una mejor vida. No obstante, "la democracia tiene algo que no tiene la ruina: tiene futuro. Es un proyecto, ciertamente aún inacabado, aún en construcción, pero por lo mismo no hay razón para mirar hacia atrás, sino siempre hacia delante, oteando el horizonte. Ése es su problema. La democracia contemporánea está tan abstraída en el presente y tan absorta en el futuro, que lo que se le ha ido desdibujando es ese eje que resplandece como ascua de piedra en cada ruina, es decir, la democracia ha perdido las razones de su origen, que radicaban en la ilusión de una sociedad por todos y para todos, en el conocimiento pleno de los mecanismos de gobierno, en la discusión entre todos a título de iguales. Por cierto, como instante de creación, en las plazas, los cafés, los salones y los parlamentos, por ejemplo en la Francia del siglo XVIII, era un milagro trémulo y recién nacido que la gente se pasaba de mano en mano. Paradójicamente, las exigencias propias de la democracia van, más pronto que tarde, produciendo el olvido de la ilusión originaria; y cuando se olvidan los principios se olvidan los fines. Cuando se olvida el pasado el único futuro que queda es el olvido" (p. 52).

En la actualidad, según estos autores, "la posmodernidad es la visión del arqueólogo del futuro, que ya puede apreciar en la proliferación de basureros domésticos y basureros nucleares, en el sinfín de solitarios deambulando por el metro, en las hectáreas de bosques defoliados, en el número de muertos por accidente de tránsito, en la importación-exportación y compra-venta de cocaína, en los deshuesaderos de automóviles [...] una enorme ruina a la que no le falta nada, ni siquiera su belleza. En efecto, ahora que todo mundo usa a la democracia como palabra bendita, como futuro por venir en vez de pasado llegado, la posibilidad de contemplar el presente como una ruina, como una cultura derrotada, insuflada de abandono y olvido, permite algo mejor que continuar su simulacro, a saber, permite rastrear su eje, buscar su fundamento, localizar su centro, vislumbrar su luminosidad y, entonces, construir la nostalgia de algún futuro y tener la ilusión necesaria para fundar, otra vez más, esta sociedad, ahora en el futuro de una cultura postdemocrática. Y es que la ruina tiene algo que no tiene la democracia: tiene sentido" (p. 54), lo que a tono con los planteamientos del Laboratorio de Psicología Social (1989) produce la cultura y permite a una sociedad mantenerse y continuar con su ritmo, independiente de los planteamientos económicos y políticos de la clase en el poder, y que en la cotidianeidad se mastican de manera diferente a como se conciben administrativamente.

A manera de conclusión apuntan: hay que pensar nuevas metáforas para el presente (Cisneros *et al*, 1999) y para el futuro, si se quiere mantener a una sociedad que otorgue sentido a sus integrantes.

5 Récueto

5. 1 Estado actual de la psicología política en Latinoamérica

Un obstáculo que en Latinoamérica tuvo que librar la psicología política, fue las dictaduras que a lo largo y ancho de nuestro continente imposibilitaron el trabajo y desarrollo de la disciplina (ver Montero, 1987b; García y D' Adamo, 1999). En tales condiciones fue sumamente complicado realizar estudios sobre acción y cultura política, y hasta resultaba riesgoso realizar tal odisea (García y D' Adamo, 1999; Martín-Baró, 1989). En palabras de Maritza Montero se sintetiza así: "la democracia y el análisis político de la sociedad van unidos", de tal forma que con el avance de las democracias, se puede avanzar en la comprensión del comportamiento político (García y D' Adamo, 1999).

En los trabajos latinoamericanos se pueden localizar dos periodos de la psicología política. En el primer periodo que abarcaría hasta 1987, año en que se publica el primer manual de psicología política, se puede encontrar una diversidad de temáticas, algunas de tradición y otras de innovación. En el primer caso se encuentran los trabajos sobre conducta política, actitudes y cognición, como los estudios realizados sobre actitudes políticas de universitarios en Venezuela, la percepción y cognición política; imágenes y representaciones de partidos políticos y candidatos presidenciales; procesos atribucionales con relación al comportamiento democrático; actitudes electorales y motivación en la conducta de voto; influencia de las campañas en los electores (García y D' Adamo, 1999). En el segundo caso encontramos los trabajos sobre la identidad nacional, siendo la mayoría estudios de corte empírico y centrados en el abordaje del estereotipo de nacionalidad, la identidad social de los latinos, sus rasgos más distintivos como grupo, sus creencias y las imágenes que prevalecen, siendo uno de los pioneros en la década de los sesenta el venezolano José Miguel Salazar, y para la década de los ochenta la también venezolana Maritza Montero. Asimismo están presentes los estudios sobre la percepción de la patria y actitudes ligadas al patriotismo y al internacionalismo en niños cubanos, por citar algunos casos. (ver Montero, 1987b; García y D' Adamo, 1999). Este parece ser un rasgo distintivo de los antecedentes de la psicología política en Latinoamérica, con respecto a la europea o la norteamericana: en las últimas se trabaja sistemáticamente los estudios sobre nacionalidad (García y D' Adamo, 1999). Lo mismo se puede decir de las investigaciones desarrolladas sobre trauma político, uno de los temas centrales en los países que han sufrido dictaduras, como El Salvador o Chile. El exilio y la tortura son otros temas en los países del sur del continente. En este último caso son dos las tendencias que dominan: la clínica y la psicopolítica.

En la revisión que dos décadas atrás había realizado Maritza Montero (1987b) advertía ya dos líneas de trabajo en la psicología latinoamericana: una referente a los temas "tradicionales" de psicología política, y otra que tiene que ver con una psicología en "búsqueda de un auténtico enfoque latinoamericano respecto de los temas políticos, la búsqueda de una marca de identidad latinoamericana en esos estudios" (p. 45). Lo que se muestra en ambas tendencias es una necesidad de marcos de referencia teóricos, parcialmente cubiertas con contribuciones tomadas de autoridades científicas europeas y norteamericanas establecidas, pero también se expresa "la necesidad de producir explicaciones teóricas para una realidad particular, cuyos fenómenos no siempre son aclarados por esas teorías" (*idem*). En última instancia, se puede observar "una gran urgencia en Latinoamérica por encontrar su propia voz. No es asunto de seguir una

tendencia, sino de producir la mejor explicación posible, el modelo que mejor responda a una realidad social cuyo conocimiento comienza a ser descifrado" (*idem*). Además de que se comienza a notar la inquietud sobre la función del psicólogo y de la propia psicología en torno a la comunidad científica y la posibilidad de hacer uso de la psicología como herramienta de cambio (García y D'Adamo, 1999). La naciente psicología política en nuestro continente "intenta enmarcar la explicación de los fenómenos políticos dentro de su correcta contextualización sociohistórica y económica. Es por ello que necesariamente se plantea como interdisciplinaria, que se permite introducir las ideas de tensión y conflicto en contraposición a los criterios tradicionales de adaptación y equilibrio, y que elabora perspectivas particulares para el abordaje de los fenómenos analizados" (p. 297).

De ahí que dos de los representantes de la joven disciplina (Montero y Martín-Baró, 1987) propongan a fines de la década de los ochenta una agenda para abordar algunos de los temas relevantes y necesarios para la comprensión y el estudio de los fenómenos psicopolíticos en nuestras sociedades, planteándose como ejes fundamentales los siguientes: 1) La situación teórica y metodológica, en la que se encuentran la historia de la psicología social y política latinoamericana, los enfoques y conceptos en psicología política, así como la metodología de la psicología política y sus implicaciones teóricas. 2) La parte de situaciones y procesos políticos, en las que se abordarían fenómenos como el autoritarismo, militarismo y la dictadura; el estudio de la conciencia social en América Latina, el fatalismo latinoamericano y su carácter ideológico, la democracia formal, el análisis psicosocial de la represión y la tortura; los Movimientos Populares y Revolucionarios y los movimientos políticos. 3) Las formas de intervención psicopolítica, tales como los procesos de concientización, la educación, la participación popular y la psicoterapia a víctimas de represión, entre otros. Y reconocen tres momentos de la psicología política: a) el de la política inconsciente, b) el de la política consciente y c) el de la psicología política propiamente dicha. En el primer momento lo político está presente (ver Ibañez, 1994), sin que se tome conciencia de ello, y de hecho se alude a la objetividad, a la científicidad y otro tipo de pretextos para no "contaminar" la actividad de la disciplina: "Su carácter político radicaría entonces, no en su cuerpo de saberes teóricos, sino en su aplicación a unos fines y no a otros, en ciertas circunstancias" (Montero y Martín-Baró, 1987, p. x). En tal caso, en nuestros países la práctica psicológica ha servido a los grupos en el poder, a los que mantienen el dominio y el control: a los que toman las decisiones, y así se puede tener "científicamente" el dominio y la subordinación. Sintetizando: "la psicología inconsciente ha sido política, pues su perspectiva y conocimientos la han llevado consistentemente a ponerse al servicio del poder" (*idem*). En el segundo caso, se hablaría de una política consciente en el sentido de que ciertos sectores de psicólogos "han pretendido poner a la psicología al servicio de alguna causa política, en particular de las causas políticas populares" (*idem*). Hay una especie de enraizamiento de clase en sus presupuestos, al igual que un compromiso con las luchas populares, con un cierto exceso al filtrar de manera esquemática y dogmática las teorías de "avanzada", por ejemplo el marxismo al campo de la psicología, y se cree que es más progresista hacer un balance desde la perspectiva de Pavlov que de Skinner, sustituyendo, en otros momentos, los planteamientos estadounidenses por los de los rusos, o europeos tiempo después, sin la reflexión correspondiente: "esta psicología políticamente consciente, ha despojado al saber y al quehacer psicológico de su presunta asepsia y los ha ubicado como instrumentos que son en el marco de la lucha de clases" (*idem*). En el tercer caso estaríamos hablando de una psicología política propiamente dicha "cuando la psicología políticamente consciente se vuelve hacia el quehacer político y hacia la dimensión política de cualquier quehacer" (pp. X-XI). Esto es, que la disciplina tiene que ver a la luz de la ideología,

de la conciencia de los condicionamientos del sector propio del comportamiento político; no es un comportamiento en abstracto sino que se presenta en ciertas circunstancias. De esta forma la psicología política pasa a ser una "psicología política de la política" (p. xi), i. e., "una reflexión y praxis psicológica sobre los comportamientos y procesos de la vida política, latinoamericana en nuestro caso, o de la vida de los pueblos latinoamericanos en cuanto es sujeto de la política" (*idem*). Ahí nos depositamos en la década de los ochenta.

En el segundo periodo, que abarca de 1987 a fines de los noventa, se abre con al aparición del libro *Psicología política latinoamericana* compilado por Maritza Montero (con artículos de el salvadoreño Martín-Baró, el mexicano Fernández Christlieb y el cubano González Rey, entre otros), que marca la expansión de la disciplina por el continente latinoamericano y constituye el primer "intento colectivo y sistemático" para abordar desde una perspectiva latina, crítica y cimentada, la propia realidad (García y D'Adamo, 1999). Es a partir de este momento en que se aumenta la producción de publicaciones y materiales en torno al tema.

El área de Identidad nacional se sigue trabajando, y en 1992 se publica un número especial del *Boletín AVEPSO*, conmemorativo de la conquista de América, y se analiza la identidad nacional vinculada a raíces indias, negras y españolas, estereotipos de nacionalidad en estudiantes venezolanos y colombianos. Aunque también encontramos nuevas temáticas como la acción política, los estudios de género y participación institucional, la propaganda política, participación y movimiento sociales, el papel de las minorías en el cambio social; análisis psicosociológicos de la marginalidad; estudios empíricos de cultura cívica y comportamiento político; formas alternativas de acción política, abordaje de nuevos actores sociales, entre otros. En el área de análisis de discurso se trabaja el de las fuerzas armadas en Venezuela y la construcción psicosocial de la democracia a partir del discurso. En el área de psicología colectiva y movimientos sociales se encuentran los estudios sobre socialización política y movimientos sociales en el caso de México y los conceptos explicativos de la psicología colectiva y sus delimitaciones. En el área de miedos y opresión política se encuentran los estudios de los chilenos sobre guerra psicológica; de los venezolanos sobre autoritarismo y tortura, y los estudios sobre miedo y repercusiones en colectividades de los chilenos y argentinos. Eso en cuanto a temáticas.

En una revisión más amplia Montero (1999) distingue cuatro niveles o perspectivas de análisis: a) la perspectiva psicosocial o psicosociológica con una tendencia cognoscitiva y otra comportamental; b) las perspectivas psicoanalíticas; c) las perspectivas discursivas, una pragmática y una teórica, y d) una perspectiva estructural-funcional.

La perspectiva psicosocial se caracteriza porque sus elementos, variables y teorías, provienen de la psicología social; hay un predominio de la tendencia cognoscitivista, pues privilegia el estudio de procesos mediadores, en donde se fincan responsabilidades de determinados fenómenos políticos. Es este campo se inscriben la mayoría de los trabajos psicopolíticos publicados en Europa y en Estados Unidos, y en alguna medida en Latinoamérica, tal es el caso de los estudios sobre actitudes, creencias, motivaciones, valores, prejuicios, estereotipos, representaciones e imágenes. Se parte de una dualidad sujeto-realidad, y la representación interior reproduce la realidad. Esta tendencia cobra auge y empuje a partir de la década de los sesenta y tratan de explicar comportamientos consistentes y en un contexto social en que se producen. En esta misma línea se inscriben, pero en menor medida, los trabajos de tendencia comportamental, ubicados en la lógica del conductismo del estímulo y la respuesta de carácter político. Pero pierde presencia en la

disciplina a partir del auge de la teoría del aprendizaje social que se estrecha con el cognoscitvismo.

En cuanto a la perspectiva psicoanalítica, Montero (1999) señala su anclaje en Europa y en Estados Unidos, y analiza los fenómenos políticos a partir de los postulados sentados por Freud, que también han tenido su impacto en el continente, por ejemplo Chile y Argentina. Así han abordado, entre otros temas, el trauma político, la estructura de personalidad de personajes políticos, etc., partiendo de herramientas del psicoanálisis como los mecanismos de negación, represión, racionalización, desplazamiento, introyección, etc. Asimismo se aborda la temprana edad y experiencias de los personajes en como forma de explicación del actuar futuro. Quizá esa sea su mayor aportación, señala la autora. El propio Freud sentó las bases para dichos estudios con el trabajo que realizó sobre Leonardo Da Vinci, y que sus seguidores desplazaron hacia el ex-presidente norteamericano Wilson, a Gandhi, Hitler, Lutero, etcétera (ver Jiménez, 1996; Sabucedo, 1996). La perspectiva psicoanalítica centra mucho de su análisis en lo patológico de sus "sujetos" en cuanto a relaciones políticas: "Los personajes de la vida política, presente o pasada, son acostados simbólicamente en el diván y sus vidas son analizadas de tal forma que las relaciones entre estructuras de personalidad y actividades políticas emergen de la confusa fronda de sus vidas privadas y públicas, tal como ellas se expresan en escritos, autobiografías y otros datos históricos" (Montero, 1999, p. 14).

La perspectiva discursiva toma dos tendencias, la teórica que señala que la política es "un discurso constructor de la realidad" (Montero, 1999): "Hablar de la política es la política. El discurso es la cosa" (p. 14). Epistemológicamente se trata de una visión monista, pues no se distingue sujeto de la realidad, en tanto que la realidad es una construcción del sujeto (ver Ibañez, 1994a). La otra tendencia, la pragmática, trata de "aplicar" la teoría a los fenómenos políticos, en especial analiza los discursos de los políticos y cómo estos discursos van construyendo la realidad; y se pueden encontrar posturas cognoscitivas o construccionistas, o hasta las minorías activas. De lo que se trata es de analizar y clarificar al texto "la develación de sus sentidos evidentes e implícitos" (Montero, 1999, p. 15). Esta perspectiva se ha desarrollado más en Europa y en Latinoamérica.

Por su parte la perspectiva estructural funcional tiene su ámbito principal en Estados Unidos, parte del presupuesto de que en los individuos existe una especie de sistema relacional entre pensamiento, lenguaje y acción que "cumple la función de integrar racionalmente conocimientos, intenciones, disposiciones a la acción y comportamientos políticos" (p. 15). Los trabajos en este campo proponen nexos entre comportamientos psicopolíticos y formas de organización económicas o sociales. Dicha perspectiva establece que los individuos están en un constante evaluar de sus actos, estableciendo relaciones costo beneficio de su andar y están orientadas para lograr metas que reflejen sus intereses personales.

Ahora bien, estas perspectivas que se han revisado bien se pueden incluir en modelos: 1) el modelo liberacionista crítico; 2) el retórico-discursivo; 3) el psicohistórico; 4) el racionalista; 5) el marxista, y 6) el de la psicología colectiva.

El modelo liberacionista-crítico surge en América Latina en la década de los ochenta, impulsado por el salvadoreño Ignacio Martín-Baró, quien en 1986 propone las bases para una "Psicología de la Liberación", partiendo de una psicología social crítica que investigue e intervenga en los procesos políticas para incidir en las transformaciones sociales (ver Martín-

Baró, 1990c; 1990d; Montero, 1999). Es a inicios de la década de los noventa en que se estructura la propuesta de esta psicología, que consiste en: a) la opción por las causas de las mayorías oprimidas (por el contexto salvadoreño de aquellos años de guerra); b) el optar por dichas causas implica estar consciente del contexto, la guerra, en este caso (ver Martín-Baró, 1990c). Martín-Baró lo denominó el "desde dónde" y el "desde quién" que sería la historia personal de cada individuo, incluido el psicólogo mismo; c) pasa por la crítica a los estrechos marcos de la psicología tradicional, por lo que hay que crear métodos alternativos para la explicación de movimientos sociales, también, alternativos; d) asimismo incorporar aquello que la psicología tradicional ha despreciado y lo ha recuperado el conocimiento popular: tal es el caso de la memoria colectiva, las identidades sociales, la ideología como forma de encubrimiento, la vida cotidiana y el sentido común; e) la finalidad de esta psicología es contribuir a la liberación de los pueblos oprimidos, desideologizando explicaciones, por ejemplo; f) este tipo de psicología debe "estudiar críticamente los procesos psicosociales y sociocognoscitivos que bloquean o que inducen a determinados comportamientos políticos" (Montero, 1999, p. 17). También iniciando la década de los noventa esta tendencia se acentúa en otros países de Latinoamérica y se incuba en Estados Unidos y en Europa.

El modelo retórico discursivo tiene su esfuerzo mayor en la década de los noventa, con cierto auge, siendo su fundamento la corriente construccionista y, a decir de Montero "la realidad está en el lenguaje que la construye" (p. 18). Este modelo pone especial acento en el análisis de los discursos, en donde se puede encontrar las razones, justificaciones, causas y efectos del comportamiento político. Desde esta perspectiva, la psicología política se ocuparía del "estudio de la construcción y la función del discurso; de la corroboración y del interés, o sea, del motivo y de cómo los enunciados políticos del discurso son progresivamente modalizados o, el asunto principal son las acciones sociales, o trabajo interactivo, llevado a cabo en el discurso (p. 19). En suma, se trata de vislumbrar la utilización que se le da al discurso, *i. e.*, su acreditación y finalidad: "cómo se manejan los intereses políticos en al acción discursiva con el fin de convencer (retórica)" (*idem*).

Por su parte el Modelo psichistórico introduce la historia como elemento para comprender los fenómenos políticos en el tiempo. Así, echa mano del análisis de documentos sobre ciertos eventos o personajes políticos. Lo mismo intentan rastrear movimientos sociales que pueden tener repercusiones en el presente o ser antecedente para eventos actuales. En el primer caso se habla de psicobiografías, y lo segundo se ha denominado estudio de las mentalidades.

El modelo racionalista parte del presupuesto de que el comportamiento político de los individuos es racional, se encuentra en constante evaluación en la búsqueda de un equilibrio y balance con el contexto social en el cual se vive. Ahí, dice Montero (1999), se asoman los determinismos ambientalistas.

En cuanto al modelo marxista, cuyo auge encontramos entre 1950 y 1969, se plantea que las instituciones sociales y culturales, que responden a ciertas relaciones de producción, tienen influencia en los procesos y el comportamiento político de las personas (*ibid*), jugando también un papel importante el ambiente.

El último modelo, el de la psicología colectiva, trabajado principalmente por el mexicano Fernández Christlieb (1987; 1994a y 1994b), es definida por Montero (1999) como una tendencia que anclada en autores de principios de siglo, como Le Bon, Durkheim, Tarde, Blondel, es una psicología creativa que analiza las ampliaciones o achicamientos de las

comunicaciones en la vida social. Y se define a sí misma como "el análisis de los sistemas de expresión e interpretación mediante los que se crean y se descubren las experiencias, acontecimientos y objetos dotados de sentido que constituyen la realidad colectiva" (citado en p. 18). Este modelo busca, mediante un método narrativo discursivo, analizar el sentido de los fenómenos políticos desde la perspectiva de la psicología colectiva.

Después de revisar las diferentes perspectivas y modelos en psicología política, a una conclusión que llega la autora es que la psicología política en cuanto a su difusión y ámbito de generación y de aplicación, se puede observar que tiene, hasta ahora, "un carácter eminentemente occidental, ligado a sistemas políticos efectivamente democráticos o con ideales democráticos. Y que al igual que las ciencias sociales de las cuales se alimenta, la psicología política ha estado marcada por un paradigma anclado en la tradición positivista, del cual sin embargo, como también puede verse, comienza a emanciparse" (p. 21), sobre todo en Latinoamérica, donde se pretende construir un modelo que de cuenta de los procesos de estas latitudes.

En la actualidad la psicología política tiene tres bloques: el estadounidense, el europeo, y el latinoamericano. Y aunque en ocasiones las tres tendencias se relacionan o se influncian, se acentúa la diferencia en las temáticas, en los enfoques y en los recursos metodológicos (Montero, 1999). La primer tendencia, la surgida en Estados Unidos y que le otorga su identidad inicial a la disciplina, domina hasta mediados de los ochenta (D' Adamo y García, 1995). En esta línea la socialización política, la conducta de voto, la afiliación política, el estudio de liderazgo político, el análisis de su discurso, "la perspectiva psicohistórica de tendencia psicoanalítica" constituyen los aspectos estudiados con preferencia" (p. 13), en clara conjunción con otras tendencias también dominantes como el sociconductismo, el psicoanálisis y, en cierta medida, el sociocognitvismo. Pero este panorama cambia con los aportes de otras escuelas, las europeas (de Alemania, España y Francia especialmente) y a mediados de los ochenta hay nuevos líneas y perspectivas para abordar los temas clásicos, lo mismo que otras consideraciones teóricas; así, por ejemplo, la ideología "es muy diferente según sea tratado en la corriente estadounidense o en la latinoamericana" (*idem*), caracterizada esta última "por introducir una perspectiva emancipatoria, muy clara en lo que se conoce como 'psicología de la liberación', iniciada por Martín-Baró en 1986" (*idem*), pero también se mantienen otros temas, tales como el nacionalismo y la identidad. "Igualmente aparece la crítica a teorías y métodos establecidos, y la búsqueda de construcciones teóricas que puedan dar cuenta de los fenómenos propios de esta América. La represión, la amenaza política y el miedo tienen sus estudios más exhaustivos hasta el momento es esta parte del continente americano, así como las aproximaciones a las investigaciones desde la participación" (*idem*).

CAPÍTULO 2. PSICOLOGÍA POLÍTICA Y DE LA LIBERACIÓN: LA PROPUESTA LATINOAMERICANA

*la expresión pública de la realidad...
y, sobre todo, el desenmascaramiento de la historia oficial...
son consideradas actividades subversivas,
y en realidad lo son,
ya que subvierten el orden de mentira establecido.*

Ignacio Martín-Baró

I. INTRODUCCIÓN

1 Desarrollo

La psicología política en nuestro continente se peculiariza y se ancla con dinámica propia, como lo vimos, a partir de la década de los ochenta; de ahí a la fecha se han presentado aportaciones en el terreno teórico y metodológico (Fernández Christlieb, 1986; 1987; 1994a; 1994b), y en cuanto agenda que trata de dar cuenta del acontecer latino (Montero y Martín-Baró, 1987; García y D'Adamo, 1999). Esta psicología desarrollada en Latinoamérica, bien podríamos decirlo, adquiere identidad propia y se plantea como uno de los bloques (los otros dos son el europeo y el estadounidense) que se desarrollan en el mundo, incluso con autores propios reconocidos por los participantes de las otras agrupaciones (ver Sabucedo, 1996), y se puede autodefinir como una psicología latinoamericana propiamente dicha (Martín-Baró, 1990d), anhelo que se va definiendo con el trabajo intenso de los investigadores del continente.

Pues bien, la psicología política latinoamericana, a diferencia de los otros bloques donde la disciplina fue edificada por investigadores de diversas áreas, en nuestro continente han sido los psicólogos sociales quienes prácticamente desarrollaron esta tarea tratando de

responder a "las urgencias que dicta el medio" (Sabucedo, 1996). No obstante esta peculiaridad, se reconocen y recogen estudios precursores psicopolíticos que se presentaron en varias disciplinas: en la literatura histórica, filosófica, sociológica, antropológica, *i. e.*, las ciencias sociales en general (D' Adamo y García, 1995), dando al traste con la noción que reivindica a la psicología política como derivada de la ciencia política y la psicología, razón por la que se puede afirmar que la psicología política, desde su surgimiento, se constituye en un campo interdisciplinario (Fernández Christlieb, 1987; Montero y Dorna, 1993; Montero, 1999).

Dentro de la peculiaridad de la disciplina, un elemento que ha caracterizado al conjunto de la producción latinoamericana en psicología política es "su intento por vincularse de manera permanente con las sociedades que estudia, la conciencia de que dichas producciones no se generan en el vacío social, sino en medios sociales concretos, y la asunción de que los fenómenos políticos no pueden ser tratados como universales porque están teñidos de historicidad y de contextualidad" (García y D'Adamo, 1999, p. 294). Tales desarrollos resultan fructíferos "porque la labor de los científicos sociales no queda recortada o aislada de la labor del resto de la comunidad, sino que puede transformarse en herramienta útil para la detección de problemas y para la producción de cambios sociales favorables en las sociedades en que vivimos; a la vez que le otorga un perfil propio que va más allá de la importación o impostación de teorías" (p. 294), tal como lo había propuesto Martín-Baró (1983; 1985) a mediados de los ochenta.

Ejemplo de ello lo constituye la denominada psicología de la liberación planteada por este investigador salvadoreño que, "inspirándose en una de las corrientes más originales de la praxis popular latinoamericana contemporánea" trata de contribuir "al tránsito por el "camino histórico que hoy tratan de recorrer los pueblos de nuestro continente" (Martín-Baró, 1989, p. 6). Esa "corriente" de la que habla Martín-Baró, es la Teología de la Liberación, línea de pensamiento y práctica al interior de la Iglesia Católica que presenta cambios a partir de las reformulaciones del Concilio Vaticano II, de las posteriores reuniones celebradas en Medellín, Colombia y Puebla, México, por parte de la Conferencia Episcopal Latinoamericana (CELAM), lo cual da forma a la corriente en que se inspira Martín-Baró (Corte, 2000) que deviene en una forma de pensamiento que trata de responder a los problemas de América Latina (Montero, 2000). La Teología de la Liberación "asume con extraordinaria fuerza la idea de concentrar los esfuerzos en la atención a las mayorías oprimidas, en los desposeídos, pues en la voz de ese pueblo está la voz de Dios" (p. 13). Tal posición lleva a "señalar la necesidad de establecer un compromiso social con los necesitados y con una transformación social orientada hacia la justicia, por lo cual es fundamental tomar en cuenta el contexto social de la acción. Se otorga así un carácter político a la práctica teológica" (*idem*). Y que en el caso de México bien se puede ejemplificar con el Obispo Samuel Ruiz (que se revisará más adelante; al respecto ver Tello Díaz, 1995; Legorreta, 1998).

Pero no sólo se marcó el trabajo de Martín-Baró y la psicología de la liberación por esta forma de pensamiento, pues también se vio influenciado por otras dos líneas. Una de ellas se retoma de los trabajos de Paulo Freire, que con su propuesta educativa pretendía la liberación de los pueblos: la liberación, señalaba Freire, es tanto una conquista como un proceso cuyo origen es doble: los agentes externos cuya función es catalizar la transformación, y los propios grupos oprimidos que se constituyen en agentes internos de cambio. Ello constituye la base de lo que se ha denominado Educación Popular freiriana (Montero, 2000). Una tercera corriente de pensamiento que incide en la psicología de liberación es la Sociología Crítica o Militante, que también concibe prácticas transformadoras,

con el cambio social como meta centrada en grupos y personas concretos. En estas dos últimas corrientes se concibe a los científicos como agentes de cambio, de lo cual se ha hecho énfasis en la psicología política: el psicólogo político es un protagonista de lo que está trabajado (Fernández Christlieb, 1987). Lo que supone redefinir el rol del profesional y del científico (Martín-Baró, 1990c; 1990d; 1990i; Montero, 2000). "La redefinición se da en el sentido de que dejan de ser considerados como la autoridad única rectora del proceso de cambio, para ser catalizadores o facilitadores, que si bien poseen habilidades y conocimientos específicos, deben igualmente olvidar la denominación de 'sujeto', con la cual tradicionalmente se definía a aquellas personas a las cuales incluíamos en las investigaciones de carácter extractivo que dominaban el pensamiento hasta hace pocos años. La liberación entonces comienza aquí, en este acto de reconocimiento de la libertad del otro, que deja de ser un sujeto 'sujetado' para ocupar un sitio de igualdad, como actor social fundamental, propietario de habilidades y conocimientos específicos, de una índole diferente" (Montero, 2000, p. 11). Esas son, pues, las tres influencias para la psicología de la liberación: Teología de la Liberación, la Educación Popular freiriana y la Sociología Crítica o Militante (ver Martín-Baró, 1990c; 1990d). En síntesis, la liberación y su psicología, es un proceso, un movimiento que se va construyendo en la práctica (Montero, 2000).

A partir de esas corrientes Martín-Baró (1990a) bosqueja una propuesta, y proponía: "Propugnamos por un quehacer científico comprometido con la propia realidad histórica, con los problemas y anhelos del propio pueblo. La psicología debe ser, en este sentido, doblemente ciencia de la conciencia. Por un lado, en cuanto que la conciencia constituye un objeto muy particular de su estudio; pero por otro lado, en cuanto que su conocimiento debe ponerle de manifiesto los verdaderos determinantes del comportamiento humano en la propia sociedad y circunstancia histórica. La conciencia será tanto más diáfana cuanto su conocimiento se funde más en la ciencia; pero esta ciencia debe, a su vez, enfrentar conscientemente los verdaderos conflictos de la realidad humana (personal y social) en que vivimos" (p. 35). En efecto, es en este contexto en el que la psicología latinoamericana "tiene que optar por un desde qué o quién y para qué o quién, tomando claro partido entre dominadores y dominados. Negar la ineludible necesidad de esta opción es empecinarse en negar la realidad misma, y, en última instancia, pretender salirse de la historia" (1976a, p. 13), pretensión por lo demás falaz, en tanto que los grupos que deciden las políticas en todos los niveles hacen un uso social de la psicología en su beneficio, y lo plantean como un instrumento supuestamente aséptico. "El desde quién de la psicología social latinoamericana –insistía Martín-Baró– debe determinar el ámbito de los problemas que deben constituir su objeto de investigación, análisis y acción: ésta nuestra realidad social dependiente, dominada y oprimida, éste nuestro pueblo alienado y secularmente reprimido" (p. 13). En el caso del "para quién" de la psicología, se debe precisar el objetivo de su quehacer: "la liberación histórica de los pueblos latinoamericanos, y esto a través de un proceso de liberación de aquellas opresiones concretas que, en cada situación, mantienen al pueblo en una situación de enajenación personal y social" (*idem*). Liberación que, habrá que precisar, va más allá de la cuestión meramente económica en el contexto de desigualdades de este tipo y de la pobreza extrema que se experimenta en todos los rincones de diversas patrias, pues también tiene que ver con romper ataduras sociales, políticas, psicosociales, ideológicas, y con la posibilidad de construir una realidad menos opresiva, menos "dura", menos inequitativa y, sí, más humana, más justa, más incluyente, más igualitaria y en donde vivir no duela, y a ello puede contribuir la psicología política y de la liberación.

En última instancia, si se quiere evitar "caer en una psicología de la política que sea un discurso ideológico más al servicio del orden establecido en nuestros países latinoamericanos, habrá que construir una psicología política de la vida política, es decir, una psicología sobre la política consciente de sus condicionamientos sociales y, por lo tanto, que en lugar de asumir una presunta asepsia científica, parta de una conciencia clara de sus presupuestos, de su incardinación social y, por lo tanto, de los alcances y limitaciones de su propia perspectiva. En este sentido, no podemos contentarnos con aplicar sin más al ámbito de la política unas teorías y modelos psicológicos ya elaborados, sino que debemos examinar lo que de psíquico hay en el quehacer político de nuestras sociedades, sabedores de que ese examen es parte, y parte interesada, de los mismos procesos y conflictos que se están analizando" (Martín-Baró, 1995, p. 207).

2 Agenda

Todo esto, necesariamente, nos lleva a plantear un punto de trascendencia: la agenda latinoamericana. En efecto, la consolidación de una psicología política que responda a una realidad concreta implica por antonomasia una agenda de la disciplina (García y D'Adamo, 1999), por lo que se propone: 1) la vinculación entre fenómenos psicológicos y económicos, que a su vez contienen: a) la repercusión de las crisis económicas sobre la confianza en los sistemas políticos, b) las consecuencias psicosociales de los fenómenos inflacionarios, c) la relación entre crisis económicas e identidades sociales, d) legitimidad democrática e inestabilidad económica. 2) Procesos de transición y consolidación democrática, que incluyen: a) el estudio en el contexto latinoamericano de los procesos de transición y consolidación democrática, b) las características de las culturas políticas de "transición", c) la convivencia de actitudes democráticas y autoritarias, d) las representaciones sociales en y de las nuevas democracias. 3) Memoria social y colectiva, en donde entran: a) aspectos psicosociales del recuerdo y el olvido colectivo en relación a fenómenos políticos, b) relación entre identidad social y nacional y memoria social. 4) Corrupción, que contiene: a) influencia y efectos de la percepción social de la corrupción política sobre socialización política y corrupción, b) corrupción y la dimensión apoyo/alienación en relación al sistema. 5) Comunicación política que integra: a) la relación entre los medios masivos de información y la acción política, en tanto facilitadores o inhibidores de la misma, b) "los medios como creadores de opinión y de específicas representaciones sociales de la realidad que producen efectos psicopolíticos" (p. 303).

La agenda anterior, se podrían concentrar, a decir de Montero y Dorna (1993), en cuatro "grandes áreas de interés": 1) los trabajos relacionados con la problemática social; 2) aquellos que abordan la interacción de los procesos psicológicos y los procesos políticos; 3) los que se centran en el carácter histórico de la conducta sociopolítica; y 4) los que abordan la producción discursiva de actores e instituciones políticas. Las que a su vez devienen en seis áreas temáticas, como "núcleo duro" de la disciplina: 1) estudios sobre personalidad y liderazgo político: influencia individual en los procesos políticos. 2) Procesos cognoscitivos de influencia social: cambio de actitudes, surgimiento de estereotipos, prejuicio, representaciones dominantes, ideología, procesos mediadores entre realidad, pensamiento y acción. 3) Comunicación persuasiva, como medios de comunicación social y la persuasión interpersonal. 4) Situaciones de presión, conflicto y negociación y sus efectos. 5) Relación

entre sistema social y condiciones de vida, identidad y conciencia social, lo mismo que el nacionalismo; y 6) "la ideología como fenómeno político, instrumento y proceso de mediatización, con su correlato de alienación y sus efectos en sociedades e individuos" (Montero y Dorna, 1993, p. 10). Y que por razones de la situación que aún se vive en algunos países, como México con sus guerrillas, se mantienen vigentes algunas temáticas propuestas anteriormente como la violencia, la guerra y el trauma psicosocial (ver Montero y Martín-Baró, 1987).

De notar es la inclusión en la agenda de un tema antes relegado: la memoria colectiva y social, que tanto han trabajado quienes en sus países sufrieron la embestida militar de los golpes de Estado y el consecuente exilio, tal es el caso de los chilenos (ver Lira, 1997; 2000).

En el caso latinoamericano, señalan Montero y Dorna (1993), "resulta difícil separar el enfoque científico y la perspectiva académica con las cuales los psicólogos tratan los temas psicopolíticos, de su voluntad de influir en la polémica y en la actividad de cambio social. De este doble rol surge una forma particular de psicología política, cuyo eje central se encuentra ubicado en términos de ese compromiso con la transformación social y de la necesidad de aportar respuestas a los problemas de la comunidad y de la sociedad" (p. 11). Y entonces se puede ubicar a personajes como Martín-Baró o instituciones como el Instituto Latinoamericano de Asistencia Social y Derechos Humanos (ILAS) y el de Protección a la Infancia Desamparada en Estado de Emergencia (PIDEE), ambos en Chile, y que "cubren desde descripciones-denuncia de los daños y efectos causados por la tortura, el exilio, el miedo, las desapariciones, hasta interpretaciones teórico-metodológicas de esos fenómenos" (*idem*).

Es así que este tipo de psicología y su práctica tiene una intención explícita y asumida con conciencia de psicología de la liberación que tiende a la transformación social. De tal manera que esta psicología es como la que planteaba Le Bon a principio de siglo, pero a la inversa, en tanto que busca "construir una sociedad que pueda darse a sí misma un gobierno acorde a sus necesidades" (p. 12). Y a diferencia de la psicología política española y en general la europea (ver Seoane, 1990) que centra sus baterías en tres hechos que han permitido su existencia: la democracia, la relativa normalidad y la actualidad (fenómenos contemporáneos), la psicología política latinoamericana trabaja con la opresión, la relativa anormalidad y la actualidad, que han sido la constante más palpable en las sociedades del continente, lo cual ha dado pie a este tipo de psicología política (ver Montero y Dorna, 1993; Martín-Baró, 1990d; 1990e). La psicología política, en tal caso, deriva de una cierta situación social, pero también pretende posibilitar otra más justa.

Como consecuencia de todo lo anterior, bien se podría decir que los planteamientos de la psicología política en las escuelas latinoamericanas, deviene en una psicología política con tintes propios, esto es, una teorización y conceptualización que da cuenta de las realidades del continente, como lo han señalado Maritza Montero, Ignacio Martín-Baró y Pablo Fernández Christlieb, que serán los autores que en este capítulo se retomarán para dar forma a lo que se ha denominado Psicología Política, Psicología Colectiva y Psicología de la Liberación y que a decir de la primera autora son formas que se han anclado en el campo de nuestro continente, todas ellas en versión psicopolítica, *i. e.*, se dará cuenta de las tres perspectivas en su versión latinoamericana, que para fines del presente trabajo, en tanto que no hay elementos que se contrapongan, según se desprende de lo planteado por cada uno de los autores, ya que en uno o en otro momento han coordinado esfuerzos y en ocasiones parten de presupuestos similares sino es que los mismos, a saber, la realidad

Jorge Mendoza García

latinoamericana y sus posibilidades de cambio o reconstrucción de nuestra realidad, permiten en su conjunto dar cuenta de una realidad que nos apremia, como la mexicana. En última instancia se englobaran las tres aproximaciones en una denominación: Psicología Política Latinoamericana.

II. CAMPO DE ACCIÓN: SU PROPUESTA

La psicología política latinoamericana, desde que se planteó su conformación y a lo largo de su desarrollo, ha venido trabajando una serie de temas que dan cuenta de la crudeza de la realidad en que están inmersas nuestras sociedades; bien se podría argumentar que parte de los temas tratados están ya rebasados dadas las declaraciones de la transición a la democracia que más de un primer mandatario en más de un país realiza. No obstante, la realidad parece viajar en sentido contrario de lo que los "dirigentes" declaran (Fernández Christlieb, 1996) y entonces se nos impone una serie de acontecimientos que muestran nuestro anclaje más en Centroamérica que en el primer mundo (Daniel Ortega, 1994), y más enclavados en las condiciones de la década de los ochenta que en las exigencias del siglo XXI. Así entonces, la agenda que en 1987 se plantearon Maritza Montero y Martín-Baró parece cobrar vigencia, muestra de ello lo constituyen el surgimiento de grupos armados en los inicios del tercer milenio en México; otrora país modelo para los llamados "subdesarrollados", no industrializados en la versión siglo XXI.

1 Ideología

El estudio de la ideología como un fenómeno psicosocial es relativamente reciente (Montero, 1994b); de hecho se puede advertir en los inicios de los ochenta (*cfr.* Munné, 1985). En Latinoamérica uno de los autores que hace tiempo ha propuesto a la ideología como objeto de la psicología social, ha sido el venezolano José Miguel Salazar (1981). El análisis psicosocial, a diferencia del sociológico que se ve como producto social, se centra en el abordaje de los valores, las creencias y actitudes; no obstante la propuesta de este venezolano se queda en el nivel individual, y lo que se requiere es un nivel social, cultural (Fernández Christlieb, 1991a; 1994a).

Al abordarla como temática, Maritza Montero (1994d) ubica dos tendencias en el caso de la ideología, una que postula que ésta es un conjunto de opiniones o una tendencia política; un conjunto de creencias, valores, actitudes, es decir, procesos cognoscitivos mediadores de la realidad que se vivencian por parte de los sujetos. Por otro lado se tiene el enfoque desarrollado a partir de los trabajos de Marx y Engels, anclados en las ciencias sociales, que refieren a la ideología como un proceso ocultador, distorsionador de las relaciones sociales en las cuales los intereses de un grupo se imponen a otros: "la ideología es el proceso mediante el cual las razones de la asimetría y desigualdad son ocultadas, de tal manera que la situación resultante de ellas es vista como natural" (p. 128). Ambas posturas son las más sonadas en diversas disciplinas, siendo la primera la versión dominante en el campo. Entre ambas visiones hay otras tantas con diversos matices.

Ahora bien, a pesar de que la ideología se aborda en las ciencias sociales desde décadas atrás, y que el término lleva casi medio siglo en psicología, es hasta fechas recientes que se aborda su estudio, aunque a través de sus efectos y formas de acción a un nivel individual, como en el caso de Salazar (1981), aunque más bien parece encontrarse en

otro nivel. Por ejemplo, para el salvadoreño Martín-Baró (1976a) los procesos donde lo social se hace individual y viceversa, es un punto nodal *i. e.*, la ideología, en tanto que ésta "la constituyen aquellos procesos psicológicos determinantes de la manera concreta como viven (piensan, sienten, actúan) los individuos, pero cuya explicación adecuada no se encuentra en los individuos, sino en la realidad grupal y en la manera como se inserta en los grupos sociales de una determinada situación histórica" (p. 10), y en tanto que la ideología es también un sistema estructural por el cual y en el cual los individuos acceden a la realidad e interactúan con ella (*idem*). La ideología, entonces, se puede definir como una forma de pensamiento que oculta, que falsea y que invierte, a manera de una cámara oscura, las relaciones que se dan en la realidad entre los seres humanos. Es mediante dicho proceso que "lo injusto se vuelve adecuado, lo impuesto es visto como propio y lo negativo como una forma de ser ligada a la vida cotidiana e irremediable, el que puede permitir a los psicólogos comprender y explicar la existencia de ciertas actitudes, ciertos valores, ciertas representaciones, en general, de ciertas formas de aprehender el mundo y de actuar en él" (Montero, 1994d, p. 129). Es desde esta perspectiva que la ideología se incorpora al campo de la psicología política (ver Martín-Baró, 1976a; Montero, 1987b; Montero y Martín-Baró, 1987;), y que a decir de Fernández Christlieb (1987; 1994a) es el punto de partida para esta psicología: lo que lleva a "la necesidad de hacer una psicología para la transformación social, para la liberación, ha llevado al surgimiento de una corriente de estudios sobre la ideología como fenómeno psicosocial, desde la perspectiva de su sentido ocultador, explícitamente aceptado" (Montero, 1994d, p. 129).

En Latinoamérica, el estudio de la ideología se ha abordado desde tres perspectivas. 1) como mecanismo de defensa que se desarrolla socialmente, en donde se concibe la ideología como una forma de racionalización colectiva, versión de la que son partidarios los herederos de la escuela de Frankfurt; 2) como una forma de perturbación en la comunicación, al arrinconar lo público en un espacio privado, incomunicar y ocultar una parte de la realidad, y 3) como producto de procesos cognoscitivos que naturalizan lo que es ajeno y extraño a los intereses del sujeto. Mientras la tercera trabaja los mecanismos o procesos básicos, la primera y la segunda se centran los resultados producidos a nivel psicosocial, poniendo, la segunda, énfasis en sus medios de expresión, cubriendo una especie de círculo de complementariedad.

Teorías como la de la disonancia cognoscitiva, de la acción razonada y de la conducta planificada, y la de representaciones sociales, entre otras, no hacen sino plantear ajustes entre el *status-quo* y el pensamiento del humano (Montero, 1994d). "La insistencia en la búsqueda y mantenimiento del equilibrio, de la congruencia, de la consistencia, de la naturalización y de la conducta razonada y planificada, además de reflejar un aspecto real de la conducta, que responde a necesidades socialmente establecidas, así como a la necesidad individual de mantener un cierto nivel de identidad y coherencia, presenta además una excelente descripción del proceso de construcción cotidiana de la ideología, en su nivel psicosocial. Es decir, nos explica cómo se producen y reproducen los fenómenos ideológicos en las personas" (p. 137). Centran mucho de su análisis en la individualidad y el razonamiento y, a decir de la autora, olvidan preguntarse si fenómenos como el autoritarismo, la minusvalía, el fatalismo, la indefensión aprehendida, la obediencia acrítica, si toda esa *racionalidad* no viene impuesta por ciertos intereses económicos, políticos que apuntalan la defensa de un cierto estatus que exige cierta congruencia. Por ello Montero advierte que debe diferenciarse entre razonamiento mecánico y elaborado. El primero reproduce las razones socialmente impuestas aun a costa del bienestar colectivo,

produciendo una acción coherente con intereses externos e impuestos, aunque incoherente y disonante con el desarrollo del individuo y de la colectividad. El segundo, el razonamiento elaborado, busca causas y efectos y produce acciones incongruentes y disonantes para con un ordenamiento externo, pero en congruencia con su historia y con los proyectos colectivos. En sentido estricto, se tendrá que ver a las personas, en tanto que la ideología de éstas constituirán su encarnación, "en los procesos y contradicciones grupales. De ahí la comprensión que la psicología tiene que alcanzar de la conducta en cuanto producto social: de alguna manera la sociedad (cada sociedad concreta) se va expresando en la conducta de sus miembros" (Martín-Baró, 1976a, p. 11).

De lo que se trata, en última instancia, es de ubicar a los modelos hasta ahora trabajados en un contexto más amplio, estudiar cómo los mecanismos ocultan una cierta parte de la realidad en aras de ciertos intereses externos a una colectividad y en detrimento de proceso como la independencia y la libertad o la solidaridad y la cooperación: "El ignorar causas y consecuencias más allá de la inmediatez de la acción cumplida; el énfasis y aceptación incondicional de un solo tipo de acción; la necesidad de resaltar la búsqueda de la consistencia con marcos de referencia establecidos y de ocultar la incongruencia o la contradicción, configuran una clara definición operativa de la ideología en el nivel psicológico y desde la perspectiva de la dominación" (Montero, 1994d, p. 141). Y es que a decir de Martín-Baró (1976a) salen a relucir dos fallos de la disciplina al momento de trabajar la ideología: primero la parcialización en que se cae y el formalismo que vacía sus contenidos. El primer fallo, tiene que ver con que a la hora de abordar sus fenómenos o procesos, lo hace de forma abstracta, como si los eventos fueran independientes de la realidad social, del momento histórico y del contexto y de la clase social en la que se producen. Este fenómeno de se puede ver claramente al momento de dar cuenta de la imagen que en algunos sectores extranjeros se tiene del latinoamericano: perezoso, fatalista, abúlico, etcétera (ver Montero, 1987b). Ante lo cual surge una pregunta: cómo fue construida esta imagen. Una posible respuesta la constituye el hecho de que las teorías psicológicas "clásicas", con su largo andar de atomizar, fragmentar y parcializar la realidad, estudiaron un fragmento de la conducta del latino, y nunca se abocaron a la totalidad compleja de éste. Por ello, algunos psicólogos del continente se dieron a la tarea de buscar (y posteriormente elaborar) teorías más profundas en otras disciplinas. Es el caso de María del Pilar Quintero quien buscó en la teoría marxista un marco referencial, a partir de la noción de totalidad concreta, para dar cuenta de la conciencia social en América Latina. La autora proponía, también desde el marco de la sociología y de la economía, estudiar la conciencia "colocándola en un contexto histórico y tomando en cuenta la presencia de las clases sociales, construyendo así una psicología materialista, capaz de tratar con problemas de la región y de transformar la actividad científica en una práctica conducente a cambios sociales" (p. 41). Esta noción, la cual en su momento constituyó una posibilidad, se extendió por varios países de nuestro continente. Lo que quedaba claro, entonces, era que la mirada segmentada con que se abordaban ciertos eventos, dejaba de lado "la comprensión estructural de los fenómenos con el pretexto de que es necesario un máximo de rigor metodológico" (Martín-Baró, 1976a, p. 11), de ahí que el experimento de laboratorio se constituyera en una gloria de la investigación, lo que tiene sus limitantes: "Una psicología social concentrada en la investigación y análisis de fenómenos aislados, nunca podrá llegara a una comprensión significativa de los principales problemas sociales, ni podrá ofrecer ningún aporte importante en su resolución" (*idem*). El segundo señalamiento, el formalismo, critica el hecho de que se pretenda legar a puras fórmulas conductuales individualizantes eliminando el contenido y la significación de lo que socialmente producen dichos comportamientos, so pretexto de ser

axiológicamente asépticos, *i. e.*, se abstrae el qué del cómo, en una especie de acto mágico. Con ello, la disciplina "se contenta con verificar correlaciones y dependencias predecibles entre diversas formas o aspectos de la conducta, sin analizar suficientemente la diferenciación radical que aportan los discursos contenidos y productos de esas conductas" (*idem*).

Ante tal escenario de una psicología social parcial y formalista, metodológicamente aséptica y asépticamente metódica, la psicología política latinoamericana al afirmar a la ideología como objeto específico de su quehacer, debe "afirmar la necesidad de una perspectiva totalizadora y una toma de conciencia sobre el compromiso inherente a toda ciencia" lo que implica "reafirmar la esencial historicidad de la psicología social" (p. 11). Argumentos por los que Maritza Montero (1994d) propone que "la psicología social en tanto psicología política" retome el concepto de ideología como "proceso ocultador, distorsionador de una realidad que permite explicar por qué una persona puede no sólo aceptar explicaciones descalificantes para sí como miembro de un grupo, sino aun reproducirlas y autoaplicárselas; reproduciendo los mecanismos de opresión o de marginación; o bien aceptar una norma cuyo contenido exalta la igualdad y permitir a la vez formas de acción social que mantienen la desigualdad, razonando, congruentemente, que esa desigualdad es merecida por ciertas categorías de personas que carecen de ciertas cualidades o condiciones, o porque no tienen capacidad o por ser ese el orden *natural* de las cosas y, por lo tanto, la manera *justa* de vivir" (p. 143). Lo cual encaja con la concepción que de ideología se tiene en ciencias sociales, en el sentido de que se suele definir como una forma de "falsa conciencia", lo que resulta adecuado en la medida en que se crea una cierta ilusión de la racionalidad, "basándose en ese raciocinio mecánico, que útil para explicar ciertas relaciones inmediatas, es convertido en ley general del pensamiento y pasa a explicar cualquier conducta (p. 144). Aunque habrá que señalar que el carácter "opacante u ocultador" de la ideología se expresa también en una especie de censura, que "actúa bloqueando el paso a la conciencia a ciertos contenidos, a ciertas formas de relación, a lógicas alternativas". No obstante, "tal bloqueo ni es total ni es omnipotente. De hecho, en la vida cotidiana, en ese mundo de vida en el cual interviene diariamente, siguiendo sus pautas y a la vez modificándolas, construye, transforma y destruye formas de conocimiento, llámense creencias, valores, representaciones, imágenes o significaciones" (*idem*). Como consecuencia, se desprende que la psicología política debe anclarse en el estudio de las "formas de adquisición, producción y reproducción del conocimiento, colocando tal estudio en su perspectiva sociocultural e histórica, e incluyendo la ideología como uno de sus obstáculos, socialmente creado y social e individualmente reproducido. El estudio de la construcción psicosocial de la ideología permite así la perspectiva de la resistencia, la perspectiva de los sujetos víctimas de la dominación opresiva, la perspectiva de la liberación" (p. 144), lo cual resulta posible si se considera la noción althusseriana, en el sentido de que la ideología es un proceso en el que los individuos participan activamente, de forma tal que aparte de ser sujetos de ésta, son productores y reproductores de la ideología.

Baste recordar que si en nombre de la ley y el orden los sectores más conservadores (y los que tienen el poder) han lanzado una serie de guerras y belicidades contra aquellos que consideran atentan contra *su* orden y legalidad, y si han hecho uso de la ideología como un arma de dominación, por ejemplo a través del discurso como bien lo afirma Foucault (ver Martín-Baró, 1989) la generación de una "clara conciencia social en los pueblos latinoamericanos se presenta entonces como una prioridad inmediata" (ver Montero 1987b). Entonces, se desprende que los cambios sociales no podrán ser tales "si no se acompañan

de una revolución en nuestra concepción del hombre, en nuestra concepción del latinoamericano como ser humano en la historia, y en nuestra concepción de nuestras propias posibilidades transformadoras. En ese proceso, la conciencia social, las conciencias nacionales y grupales, la conciencia de clase y la conciencia religiosa tienen un papel fundamental en la recuperación histórica del ser social" (p. 34).

Un ejemplo. Después de hacer una breve revisión sobre las condiciones sociopolíticas y económicas de Chile y de El Salvador, Martín-Baró (1990i) apunta: hay un gran esfuerzo de los pueblos latinos por sacudirse la dominación de que han sido objetos desde hace ya tiempo, y poner en sus manos las riendas del destino. En medio de la guerra centroamericana, las partes en conflicto le han exigido a los científicos sociales objetividad en sus análisis a la vez que un compromiso para su causa. Y qué es lo que ha hecho el científico: no estaba preparado para afrontar un terreno fuera del laboratorio: la guerra, su desarrollo es integral y atraviesa todas las áreas. Ante tal escenario, algunos científicos optaron por no tomar en cuenta al conflicto, hacer como si éste no existiera, mientras que otros se inclinaron más por su posición política que por su rigor científico. En la mayoría de los casos, más plegados a las voluntades gubernamentales, pues desde ahí se manejan presupuestos y controles, y los insurgentes, en el otro extremo, no mostraban mucha comprensión para con los más rigurosos y respetuosos de su trabajo. De ahí que los científicos salvadoreños pusieran al proceso más compromiso moral que como saber científico.

La guerra mostró lo que es "la irracionalidad política de la razón científica" pues frente a la denominada "seguridad nacional", estadounidense o de la nación en turno, nada valen los argumentos ni las teorías. El poder, como diferencial de recursos, se impone. Con todos los medios a su alcance, o a su disposición, el gobierno establece campañas, ayer como hoy, con las que con una clara conversión orwelliana del lenguaje, la "ayuda humanitaria" no representaba otra cosa que el suministro de armas; o bien que la sumisión segregaria se denominara "democracia", y que el aniquilamiento del contrario no fuera más que la denominada "pacificación", lo que en conjunto no es otra cosa que un proceso de ideologización (ver Fernández Christlieb, 1987; 1989b; 1994a).

Martín-Baró (1990i) asegura: "Cada vez que alguno de nuestros pueblos latinoamericanos ha intentado buscar un cambio social radical que le sacara de su situación de dependencia opresiva y de enajenación histórica, los científicos sociales se han encontrado desbordados por los acontecimientos y las propias ciencias han mostrado lo precario de su aporte cuando no la inadecuación parcializada de sus esquemas" (p. 47), por lo que más allá de reflejar en los estudios la realidad lamentable de la sociedad, se deben abrir "desde las perspectivas de las mayorías, nuevos horizontes de una historia y una realidad distinta, y el científico "pasa de ser la racionalidad de los guardianes a ser guardián de la racionalidad" (p. 48). Lo que implica reconocer todos los procesos que se ponen en juego, como el que celebra la religión, sobre todo en los países centroamericanos como Nicaragua y El Salvador (y recientemente en México), como ya lo mostró el pasado (y lo está mostrando el presente), donde sus procesos de liberación no se pueden comprender sin abordar el asunto de la religión, pues ésta ha sido "la fuente principal de la que se ha alimentado el pueblo salvadoreño para mantener viva su lucha de liberación" (p. 41) durante tanto tiempo. El personaje de Monseñor Romero, a manera de ilustración, es muy sintomático de cómo juega la religión con la formación de las personas, en cualquier nivel

que éste se encuentre. El personaje citado era un clérigo muy conservador y ligado a la clase en el poder, por eso cuando la Diócesis de San Salvador requería de un nuevo arzobispo, y los progresistas proponían a monseñor Rivera, de claras ideas avanzadas, los poderosos y el gobierno presionaban por Romero, quien finalmente quedó (muestra más del poder entre ambos bandos: política y religión). Pero sin que se consumara del todo el triunfo, monseñor Oscar Arnulfo Romero inició su conversión cuando asesinaron al padre Rutilo Grande, y suspendió todo culto dominical en protesta. Los poderosos se alarmaron y posteriormente lo asesinaron, no sin antes haber contribuido a un proceso de desideologización que depositó su "granito" en la lucha de liberación de un pueblo.

2 Fatalismo latinoamericano

Algo interesante que apuntaba a mediados de los ochenta Montero (1987b) es lo referente a la concepción que se tenía, en otras latitudes, de los países latinoamericanos, pues "han sido caracterizados como retrasados, semifeudales, subdesarrollados, dependientes, significando que ellos son la parte sometida de un orden internacional controlado en centros de poder, permaneciendo los países antes denominados del Tercer Mundo y ahora no industrializados, en la periferia y su desarrollo socioeconómico y cultural condicionado por el centro. En los países no industrializados, existen procesos internos que refuerzan y reproducen las características originadas en las políticas de los centros de poder" (p. 27). "Basta asomarse a la vida latinoamericana de cada día, 'desde el río Bravo hasta la Patagonía', para saber que la imaginación literaria no ha hecho más que depurar un hecho esencial de nuestra realidad" (1987a, p. 135). En esta lógica, con todos los acontecimientos de opresión, golpes, represión, miseria, a los pueblos latinoamericanos no les quedaría "más perspectiva que la aceptación fatal de sus destinos" (p. 136). No obstante ello, parece que no sucede del todo así.

El término "fatalismo" proviene del latín *fatum* que da a entender hado, predicción y, de ahí se desprende lo del destino inevitable: "Algo es fatal cuando es inevitable, pero también cuando es desgraciado, infeliz [... así] fatalidad tiene esa doble connotación de futuro inevitable y desgraciado" (p. 137). Desde una perspectiva psicosocial "el fatalismo pone de manifiesto una peculiar relación de sentido que establecen las personas consigo mismas y con los hechos de su existencia, y que se traducirá en comportamientos de conformismo y resignación ante cualquier circunstancia, incluso las más negativas" (*idem*).

El fatalismo tiene una triple vertiente: la ideacional, la afectiva y la comportamental. En el caso de las ideas encontramos que a) los aspectos importantes de la vida de una persona se definen desde el momento de su nacimiento, y por tanto b) no pueden hacer nada por cambiar su situación, tienen un destino fatal, puesto que hay fuerzas superiores y ajenas a la gente, y como común denominador se encuentra que este destino c) se le atribuye a Dios. En el caso de los afectos, o elementos emocionales, a) se tiene que aceptar de manera resignada el destino que a cada persona le ha tocado, por lo que b) al ser inevitables éstos, la propia vida le resta importancia a los mismos; así que hay que aceptar el destino con coraje y dignidad, por que c) "se nace para sufrir", puesto que la vida es una prueba exigente y dolorosa. En la vertiente del comportamiento a) hay un conformismo respecto a las exigencias del destino, dado que no hay más alternativas, hay que conformarse, se debe

aceptar la sumisión ante el futuro; o, en el mejor de los casos, b) se debe ser pasivo ya que no se puede hacer nada para cambiar lo que viene, no tiene sentido esforzarse por modificar lo inmodificable; así que c) lo único que cuenta es "el aquí y ahora", esto es, el presente; reduciéndose así el horizonte de la vida.

Es a partir de esta caracterización del síndrome fatalista que "empieza a dibujarse una imagen estereotipada que suele atribuirse al latinoamericano por encima de distinciones nacionales o grupales" (1987a, p. 139), de tal forma que se utilizan para describir al latino, categorías como "perezoso", "inconstante", "irresponsable", "juerguista" y muy "religioso", además de flojo y haragán (1990e), como si en ello radicara el mal.

Debe realizarse una distinción entre el fatalismo como actitud ante la vida de las personas y el fatalismo como estereotipo social atribuido al latino, para saber si tal fatalismo corresponde a una actitud real de los latinos o si es una caracterización que desde afuera se hace y que de alguna forma tiene un impacto sobre la existencia de éste (1987a). Ciertamente, porque "La imagen del latino indolente constituye una versión internacional del indígena perezoso, tan característica de las situaciones coloniales, que sirve para justificar el dominio opresor de un pueblo sobre otro, o de una élite oligárquica sobre las mayorías populares" (1990e, p. 116). Cuestión que no encuadra con lo mostrado en un estudio realizado con población cubana, en el que se ha encontrado que estos no perciben a los latinoamericanos como perezosos, más bien tienen una imagen positiva y atribuyen a los gobiernos la raíz de los rasgos que el estereotipo ubica en el carácter de las personas (ver Martín-Baró, 1990e). Una precisión que debe añadirse, porque quizá juega un papel importante en esta representación, es que los cubanos tienen un tipo de formación política algo distinto al grueso de los latinoamericanos, nociones que se les ha inculcado después del triunfo de la revolución a los habitantes de la isla.

Lo cierto es que en el caso de las poblaciones latinoamericanas, en especial en Centroamérica, se ha visto que existe una especie de conformismo de amplios sectores de la población, sobre todo en las marginales, que se ha calificado como fatalismo (Martín-Baró, 1987a), que se define como "un conformismo básico de grupos de personas con unas condiciones deplorables de existencia y con un régimen de vida opresor. Se trata de una característica considerada propia de ciertas culturas indígenas latinoamericanas y, en general, del campesino, que le llevaría a aceptar espontáneamente un destino humano" (1989, p. 156).

Así, por ejemplo, en el estudio de Antonio Téfel realizado en Nicaragua durante 1972 se muestran datos interesantes: un 79% advierte que "hacer planes sólo trae la infelicidad porque es difícil llevarlos a cabo"; el 66.8% aceptaba que "uno debe preocuparse de las cosas de hoy y dejar las de mañana para mañana", el 93% consideraba que "el secreto de la felicidad está en no esperar mucho de la vida, y en estar contento con lo que le toca a uno" (citado en Martín-Baró, 1987a, p. 141). Esto en conjunto, permite dar cuenta de la actitud "ante la vida". Dicha actitud, sin embargo, tiene explicaciones psicosociales.

El fatalismo se ha tratado de explicar desde una perspectiva individualista, muy psicologizada, ya sea presentando los "rasgos" de un presunto carácter latinoamericano o como características de personalidad que se desarrollan en una cultura latina (1987a). Estas dos vertientes se podrían definir en las posturas de *un carácter latinoamericano* y *la cultura de la pobreza*. En el caso del carácter latinoamericano se deja entrever una actitud bastante simple y racista, puesto que muestran el fatalismo como una característica de los grupos

marginados que les impide integrarse al mundo moderno, y este sector es culpable de su propia miseria se asegura. En el mismo tono, pero en diferente línea, hay quienes apuntan que el fatalismo se encuentra en el marco de nuestra cultura de subdesarrollo y de herencia colonial; *i. e.*, estamos marginados del mundo moderno. Tal postura asegurara que el hecho de que "las personas se incorporen o no al sistema establecido" dependerá "de sus rasgos caracterológicos, no de la naturaleza del sistema social" (p. 145). Asimismo, están quienes depositan la fatalidad en las características de personalidad, aduciendo que estos no tienen *motivación de logro*. Y es que, según ellos, los obreros y campesinos latinoamericanos, a diferencia de los norteamericanos, no tienen motivación y carecen de ambición, por lo tanto no progresan. En la misma tesitura se encuentra otra postura, la de la cultura de la pobreza, que atribuye este síndrome "al desarrollo de unas pautas culturales necesarias en un momento para lograr la supervivencia, pero que al reproducirse tienden a perpetuar aquellas mismas condiciones que las producen, generando un círculo vicioso" (p. 146). Haciéndose eco de este tipo de planteamientos, un científico social, Oscar Lewis, aseguraba que "los pobres" vivían en un mundo diferente" en el que la familia a través de la unión libre experimentaba un matricentrismo, aunado a la ausencia del período de infancia adecuado, un alto abandono por parte de los padres y una fuerte predisposición hacia el autoritarismo generaba tal mal.

No obstante, también se ha señalado que el fatalismo "constituye una relación de sentido entre las personas y un mundo al que encuentran cerrado e incontrolable, es decir, se trata de una actitud continuamente causada y reforzada por el funcionamiento opresivo de las estructuras macrosociales" (p. 148). Así, por ejemplo, un niño de las zonas marginales introyecta el fatalismo "no tanto como una herencia paterna, cuanto como el fruto de su propia experiencia frente a la sociedad: día a día aprende que sus esfuerzos en la escuela no sirven para nada o casi nada, que la calle recompensa mal su dedicación laboral como vendedor de periódicos o cuidador de carros... y que, por tanto, es mejor no soñar ni trazarse metas que nunca podrán alcanzarse" (p. 148). En consecuencia "La resignación sumisa la aprende no tanto como fruto de una transmisión de valores en una subcultura cerrada, cuanto como verificación cotidiana de la inviabilidad o inutilidad de cualquier esfuerzo por cambiar significativamente su propia realidad dentro de un medio que es parte de un sistema social opresivo" (pp. 148-149). Visto así, las personas han aprendido, en la cultura de la opresión, que por más que haga no podrá incidir en el cambio deseado; en el fondo se trata de una verdadera impotencia. Aunque, en última instancia, el fatalismo le funciona a sectores marginales latinoamericanos como un mecanismo para no ahondar en la frustración e impotencia de no poder modificar su entorno y la injusticia (Martín-Baró, 1989): "sirve para sobrevivir en este sistema establecido de explotación y dominación social, en el que a él le tocó la peor parte... el fatalismo cumple una función primordial de mantenimiento incuestionado de ese sistema opresivo, que niega al campesino un futuro humano y le somete a los intereses de las clases dominantes. El fatalismo campesino le ahorra al sistema tener que ejercer una dosis mayor de coerción para mantener sus esquemas estructurales de organización social" (pp. 161-162).

Y tratando de dar respuesta a lo señalado por Lewis, en el sentido de que "es mucho más difícil eliminar la cultura de la pobreza que la pobreza misma", el jesuita responde que es más difícil "eliminar la cultura de la pobreza mientras se mantenga la pobreza y las estructuras socioeconómicas que la producen y perpetúan" (1987a, p. 149).

Ahora bien, las pautas del fatalismo las brindan lo mismo la familia que la escuela, la iglesia que los mecanismos de socialización (ver Montero, 1987a; Martín-Baró, 1989). Ahora

bien, el fatalismo es una realidad objetiva y externa antes de convertirse en una actitud personal, interna y subjetiva, puesto que "las clases dominadas no tienen posibilidad real de controlar su propio futuro, de definir el horizonte de su existencia... Mediante el fatalismo adquiere sentido, por deplorable que sea, la inevitabilidad de unas condiciones que no abren más alternativa a la vida de las personas que la de someterse a su destino" (Martín-Baró, 1987a, p. 153). Asimismo, hay que reconocer que mediante su actitud fatalista y su comportamiento sumiso el oprimido contribuye a mantener las condiciones de opresión, pues si hay una aceptación ideológica del fatalismo, en los hechos se acepta el orden social establecido, en este caso el opresivo; y por tanto se constituye en aliado del sistema por dos razones: primero, al justificar una postura de conformismo y sumisión hacia las condiciones sociales como si éstas fueran un determinismo de la naturaleza, y segundo, al inducir a un comportamiento dócil frente a las exigencias de los poderosos, y de esta forma reforzar y reproducir el orden existente.

En el caso de nuestra cultura, dada la religiosidad de los pueblos latinoamericanos, la "confluencia de fatalismo y creencias religiosas constituye uno de los elementos que más contribuye a garantizar la estabilidad del orden opresor" (p. 155), o en su proceso contrario: la liberación.

Qué hacer. Para desentenderse del fatalismo no hay que verlo en términos de individualidad, puesto que se intentaría cambiar a la persona y no a sus condiciones sociales. De lo que se trata es de "cambiar las relaciones entre la persona y su mundo"; es decir, un cambio personal y social. Para que las mayorías latinoamericanas puedan "eliminar su fatalismo no sólo hace falta que modifiquen sus creencias sobre el carácter del mundo y la vida, sino que tengan una experiencia real de modificación de su mundo y determinación de su propio futuro. Se trata de un proceso dialéctico en el que el cambio de las condiciones sociales y el cambio de las actitudes personales se posibilitan mutuamente" (1987a, p. 156). De ello da cuenta la historia en varios países de nuestro continente, aunque de manera extrema, orillados, rompieron con el síndrome fatalista y decidieron participar de su futuro construyéndolo, aunque sea con fusil en mano, jugando un papel importante, en tales procesos, tres elementos de relevancia: a) la recuperación de la memoria histórica, b) la organización popular, y c) la práctica de clase. La primera tiene que ver con rebasar el *presentismo* y no sólo mirando el futuro, sino recuperando la memoria del pasado (ver más adelante memoria colectiva) personal y colectivo, pues solo "en la medida en que las personas y grupos adquieran conciencia sobre sus raíces históricas, sobre todos aquellos hechos y condiciones que han configurado su realidad, podrán situarse en una perspectiva adecuada para evaluar su propia identidad" (p. 157). Así, los pueblos latinoamericanos tienen que rascar en su pasado para encontrar elementos que permitan aclarar las causas de su opresión y las formas de defensa que le han permitido enfrentar a sus oponentes y opresores. En el segundo elemento de lo que se trata es de "crear una organización social de las mayorías populares" alrededor de sus intereses, y superar así el individualismo de que tanto se peca a la hora de enfrentar al opresor. Y es que la organización popular "supone la conciencia de que existe una profunda comunidad de intereses entre todos los miembros de las clases oprimidas y de que la inmutabilidad de su mundo es debida, en buena medida, a su división y aislamiento individualista" (*idem*). En cuanto a la práctica de clase, resulta difícil pensar en el desarrollo de una verdadera conciencia histórica y el logro de una organización popular "fuera del contexto de una práctica popular, que por necesidad tiene que ser una praxis de clase, es decir, articulada en el eje de los intereses populares" (p. 158) En suma:

"la superación del fatalismo de las mayorías populares latinoamericanas requiere un cambio revolucionario, es decir, un cambio en aquellas estructuras políticas y económicas, pero también psicosociales, donde se asienta un ordenamiento marginante y pasivizador que basa el bienestar de unos pocos en la explotación opresiva de los muchos" (*idem*).

Dicha visión quedaría incompleta si no se toma en consideración el papel fundamental que desempeñan los religiosos en poblaciones pequeñas y aisladas de los países latinoamericanos; y en el plano nacional la jerarquía eclesiástica goza de un poder tal que le permite ser interlocutora obligada para cualquier gobierno, de cualquier tipo (ver Martín-Baró, 1987b; 1989). En el caso de la iglesia católica, su poder se asienta en tres pilares: 1) el número de fieles, 2) la extensa red de centros educativos y de promoción social, y que en algunos casos llega a superar en infraestructura al aparato estatal, y 3) la importancia existencial que tiene el marco de referencia religioso para amplios sectores de Latinoamérica. Ello lleva a aceptar, a su vez, que "la cultura de las mayorías populares de los países de América Latina es fundamentalmente de orden religioso; las personas se sirven de sus creencias y símbolos religiosos para interpretar las características de su mundo, para explicar los procesos sociales, para situar los acontecimientos más significativos de su existencia" (1987b, p. 231).

Partiendo de estos presupuestos, se posibilitan dos tipos de actuar y de ser como iglesia: la primera, una religión vertical, transmundana e individualista, aliada a los sectores sociales conservadores y dominantes, que bien se podría llamar *religión del orden*; y la segunda, una religión horizontal, intramundana y comunitaria, al lado de los sectores oprimidos y simpatizante de los regímenes progresistas, y que se podría denominar *religión subversiva*. La religión del orden, es a lo que Marx calificó como el "opio del pueblo", cuya característica básica consiste en insistir en que Dios juzgará y hará justicia en su momento, por lo que en la vida terrenal no es válido sublevarse; de tal forma que "si la autoridad cumple o no en forma debida su cometido, queda al arbitrio del juicio final de Dios. Sólo en el otro mundo se dará la sanción al comportamiento observado en esta tierra" (p. 232). Un ejemplo de este tipo de religión, lo constituye su actuar durante los acontecimientos de 1932 en El Salvador, tras el aplastamiento sangriento de una sublevación popular, la iglesia católica promovió una misión religiosa por la zona con la finalidad de convencer a la población de "someterse a las autoridades establecidas por Dios y en la amenaza de un infierno eterno que recaería sobre todos aquellos que se rebelaran contra las autoridades" (p. 233). Este tipo de práctica religiosa del orden contiene tres elementos: 1) el *formalista*, que consiste en una especie de contrato formal, donde los fieles cumplen con sus "obligaciones religiosas, evitando el pecado y hacer méritos para acceder al cielo"; 2) es *individualista* en tanto que cada individuo es responsable de su comportamiento ante Dios, y de las intenciones de sus actos, no así de sus consecuencias, y 3) es *espiritualista* pues solo concierne su práctica a la vida espiritual, esto es, la relación íntima con Dios y al ámbito de la práctica formal religiosa. De ello dan cuenta las experiencias campesinas, una mujer narraba como los "tranquilizaba" un sacerdote cuando se quejaban de su miseria y de la muerte: "Que no nos preocupáramos, que el cielo era de nosotros, que en la tierra debíamos vivir humildemente pero que en el reino de los cielos íbamos a tener felicidad. Que no nos fijáramos en las cosas mundanas de la vida. Y cuando le decíamos al cura que nuestros hijos estaban muriendo por las lombrices nos recomendaba resignación o que quizás no le dábamos la purga anual a los cipotes... El padre nos decía tengan paciencia, recen sus oraciones y traigan la limosna" (1989, p. 159).

De esta forma las personas no tienen que preocuparse más que de su vida espiritual, y no del orden económico, político y social, pues ese es un asunto profano, alejado de la

religión. Un buen ejemplo de este tipo de práctica y cómo se enraízan en un grupo, lo constituye el "Opus Dei" ("obra de Dios") con su tradicionalismo religioso como bandera política, y su verticalidad como orden (Martín-Baró, 1987b). En síntesis, la religión partidaria del orden tiene implicaciones políticas, desde una perspectiva psicosocial, en dos niveles: 1) aparta a los fieles de la confrontación política, y 2) desde la religión legítima, directa o indirectamente, a los regímenes conservadores. La forma en que se ancla esta práctica en diferentes grupos religiosos, como los fundamentalistas, los milenaristas, etcétera, conlleva a separar lo íntimo, individualista y espiritual, de lo público, colectivo y político; de tal forma que hay que lograr la salvación personal, y ésta no pasa por la política; lo que importa es cambiarse a sí mismo, hacer méritos ante Dios, santificarse individualmente, y no modificar el entorno social.

Del otro lado se encuentra la religión subversiva, una orientación del cristianismo, aunque minoritaria, y que ha estado presente todo el tiempo en Latinoamérica, desde Bartolomé de las Casas hasta nuestros días, en El Salvador con Monseñor Romero, y en nuestro país, por citar un caso con el Obispo Samuel Ruiz. Esta tendencia lleva a las personas a cuestionar los abusos y el ordenamiento sociopolítico que somete, y busca cambios y transformaciones como una exigencia práctica de la propia fe: "la religión subversiva le devuelve la posibilidad de recuperar su trascendencia histórica" (p. 233). Sus enemigos para descalificarla en otro momento la denominaron como "apéndice ideológico del marxismo". Siglos atrás el entonces sacerdote Fray Bartolomé asistió a la defensa de los indios, contra la esclavitud y la encomienda, en el nombre de Dios, al mismo llamado que invocaban los conquistadores para someter a la raza de bronce. Y como la cruzada religiosa no tuvo una penetración total, sobre todo en grupos en donde se preservaron las etnias, se presentó una especie de mezcla entre la imposición del Dios cristiano y el nativo, surgiendo de ahí una religiosidad, que Martín-Baró denomina popular, la cual contiene cuatro características: 1) la asimilación cultural, en donde la religión adquiere sentido para las condiciones de su existencia y responde a los problemas e interrogantes de las mayorías, por ejemplo, la maternidad de María o la pasión de Jesús; 2) la primacía de mediadores cercanos, tal es el caso de la múltiples Vírgenes, ya sea la del Tepeyac u otras, así como San Judas, San Martín de Porres, etcétera; 3) la corporalización de los ritos, es decir, vivir la religión más con el cuerpo que con la cabeza, de tal forma que las peregrinaciones son más populares que las misas; y 4) la responsabilidad colectiva, donde, por ejemplo, la madre se acusará por los pecados de su hijo o la familia asumirá la responsabilidad ante Dios. "Estas características de la religiosidad popular han constituido algunos de los núcleos más profundos de la identidad colectiva de los pueblos latinoamericanos, resistentes a todo tipo de dominación sociopolítica y que, al germinar organizativamente en diversas coyunturas históricas, han animado movimientos de rebeldía y aun de revolución" (p. 251).

Este tipo de práctica religiosa en nuestro continente tiene su antecedente más inmediato en lo que se ha denominado el Concilio Vaticano II (celebrado entre 1962 y 1965) y desde una visión psicosocial significa que la Iglesia deja de concebirse en función de autoridad para formar parte del "pueblo de Dios" y se supera la dualidad sagrado-profano, y ayuda a construir una sociedad más justa y fraterna (ver Montero, 2000; Corte, 2000). En Latinoamérica es grande el impacto de este viraje, puesto que la mayoría de sus habitantes son declarados católicos, y porque la realidad permite una nueva lectura teológica. Es así que, la reunión del episcopado latinoamericano celebrada en Medellín en 1968 reflexiona al respecto: "para los obispos, la situación infrahumana en que se encuentran las mayorías latinoamericanas pone de manifiesto el carácter explotador y opresivo de las estructuras

sociales, a las que califican sociológicamente como un 'desorden establecido' y teológicamente como estructuras de pecado, ya que producen la muerte real de las personas" (Martín-Baró, 1987b, p. 252). Así que los obispos deciden que su obligación cristiana es oponerse a la opresión, con todo y su estructura, y se abocan a construir una sociedad más justa y de acuerdo con los designios de Dios, lo que acarrea consigo un proceso de conversión (Moscovici, 1981). De esta forma constituyen las llamadas Comunidades Eclesiales de Base (CEB) que realizan una labor pastoral, en sustitución del sacerdote, como la formación religiosa, la oración, la reflexión comunitaria, etcétera. De hecho, trabajan sobre tres líneas: a) la concepción histórica de la salvación, que se traduce en que no es suficiente el cambio individual, puesto que es necesario un cambio estructural que se refleje en el primero y viceversa; b) un comportamiento práxico frente al orden social, esto es, que la verdad de la salvación de los grupos oprimidos no es algo que exista, sino que se debe conquistar, por lo que hay que comprometerse con las causas justas y los movimientos populares tendiente a ello; y c) el carácter comunitario de su visión religiosa, pues si en comunidad se ora y se reflexiona, en comunidad hay que organizarse para conquistar la justicia: "la comunidad es más bien el referente que ayuda a la toma de conciencia, a la revisión crítica sobre la propia vida, a la interpelación de fe frente a los acontecimientos, al compromiso con las luchas liberadoras del propio pueblo" (p. 256).

Sobre el impacto sociopolítico de esta práctica religiosa, podemos encontrar tres líneas: a) la conscientización religiosa que ha permitido a grupos grandes superar su visión fatalista, pues si bien se atribuía el estado de cosas del orden a la voluntad de Dios, la reflexión comunitaria trae consigo que los hombres tengan una gran responsabilidad en la injusticia que se vive. De esta forma, en el caso del movimiento insurgente de El Salvador Martín-Baró reflexiona que difícilmente el campesino se hubiera incorporado como lo hizo masivamente, sino se hubiera quebrantado la postura fatalista, a lo cual ayudo el método de Freire, donde alfabetizar representa tomar conciencia sobre la determinación de la propia existencia, es decir, "leer" la historia, y transformarla mediante la acción organizada, *i. e.*, "escribir" la historia; b) el modelo de las CEB sirve como canon para la organización social, política y popular, al reflexionar sobre los beneficios de la unión; y c) la fe religiosa ha permitido en muchos casos encontrarle sentido a las luchas liberadoras y ha ayudado a sobrellevar con esperanza situaciones adversas y duras, lo que permite comprender que "la ruptura del fatalismo mediante la conscientización no significó el abandono de las categorías religiosas para interpretar su realidad y su existencia; por el contrario, es en la fe donde las masas populares han encontrado sentido a la lucha, fuerza para soportar con solidaridad terribles condiciones de vida, y esperanza para no perder el ánimo en los largos años de lucha prolongada" (p. 259). Con los llamados procesos de concientización, y de por medio la teología de la liberación y el proceso educativo freiriano, por ejemplo, "el campesino latinoamericano ha descartado la idea de que el destino que se le imponía era un designio fatal, querido por Dios, y ha comprendido que se trataba simplemente de la consecuencia de un ordenamiento social, incluso contrario a la voluntad del Dios de los cristianos" (1989, p. 162).

Por el proceso de conversión no solo pasan los fieles, sino también los de más alto rango; ahí está el caso de monseñor Arnulfo Romero, quien de la parte más conservadora pasó, después de vivir en carne propia la represión, al apoyo de las causas populares; y apoyó firmemente el derecho del pueblo a organizarse, y acudir al uso de la fuerza para defender sus vidas (Martín-Baró, 1987b). Monseñor Romero fue asesinado después de llamar a detener la violencia en su país, y su muerte no fue otra cosa que anunciar la

"anulación de una vez por todas del papel liberador de la religión en la historia contemporánea de El Salvador" (p. 260). Eso mismo pretendieron en Chiapas, con Samuel Ruiz, pero no pudieron acabar con su vida, aunque lo desplazaron a él y a la Comisión Nacional de Intermediación, después de experimentar una conversión de una posición conservadora –incluso advirtiendo sobre la avalancha "roja"- y después de vivir en las condiciones de las comunidades indígenas de Chiapas optó por los pobres (ver Tello, 1995; Grange y Rico, 1997; Legorreta, 1998). Esta práctica liberadora la han tratado de contrarrestar lo mismo con acusaciones de "rojos" dirigidas hacia los partidarios de esta tendencia, que con el envío de "sectas" al territorio donde trabajan los religiosos liberadores.

Siguiendo a Berger y Luckman (1967), quienes plantean que hay procesos de socialización secundaria que llegan a representar una verdadera resocialización primaria del sujeto, es en ese marco en el que se inscribe la conversión religiosa, pues no sólo se modifican categorías de interpretación, sino la visión misma del mundo. Así pues, una conversión religiosa puede cumplir una doble función social e individual. Socialmente, la conversión puede servir a determinados grupos o intereses de clase, al inducir a las personas a asumir ciertas actitudes y a realizar ciertos comportamientos; individualmente, puede satisfacer algunas necesidades o responder a determinadas motivaciones personales. "En cuanto socialmente funcional, la conversión será promovida por aquellas instancias que puedan beneficiarse de que las personas tengan una percepción y valoración de la realidad correspondiente a la confesión religiosa que se promueva; en cuanto individualmente funcional, la conversión será activamente buscada por la propia persona a fin de satisfacer sus necesidades y responder a sus motivaciones" (Martín-Baró, 1987b, p. 261). Baste aclarar que puede darse una conversión hacia el orden, o hacia la subversión, de tal forma que la religión "en unos casos adormece como opio desesperado la frustración histórica de los pueblos latinoamericanos, y en otros casos despierta sus conciencias y los impulsa a luchar por su liberación" (p. 263). Ello, en última instancia, no es otra cosa que un proceso de desideologización (ver Fernández Christlieb, 1987; 1991a).

Una última cuestión para la reflexión, es que cuando amplios sectores de la población toman conciencia de su situación y dejan de lado el fatalismo, el conformismo y la sumisión, la violencia se desata sobre ellos y sobre quienes creen son responsables de tal situación: educadores, religiosos, teólogos de la liberación, etcétera. (1989). De ello dan cuenta varios países: Nicaragua, El Salvador, Guatemala, y recientemente México.

3 Desideologización

Una premisa básica es que habrá democracia donde un pueblo posea y ejerza la autoridad e independencia para regir su vida, *i. e.*, construya un sistema de regulación de la vida social, donde el poder y la autoridad de gobernar se encuentre depositada en los mismos gobernados (Martín-Baró, 1985). Cuando Martín-Baró escribía estas líneas, los países centroamericanos compartían una caracterización: una estructura económica subdesarrollada y dependiente; se encontraban bajo el yugo de regimenes políticos autoritarios, ya sea con los militares en el poder de manera formal o tras él; un control hegemónico de los Estados Unidos en sus vidas; y, la reacción de importantes movimientos de oposición, desde sindicales hasta insurgencias armadas. Si bien algunas de las

cuestiones de "arriba", "objetivas", del poder, se han ido modificando, no ha ocurrido así "abajo" en donde la vida sigue doliendo vivirla, en donde pesan las condiciones de pobreza, de marginalidad, en donde estallan movimientos disidentes que devienen, en ocasiones, en movimientos guerrilleros.

Las cuestiones subjetivas que se aunaban a esos procesos en los ochenta, a decir de Martín-Baró, correspondía abordarlas a la psicología política, esto es, desenmascarar la ideología que ha permitido la opresión de los pueblos: una cultura que incide en la conciencia colectiva, el universo de lo simbólico y de las ideologías, que se anclan en la cotidianeidad, es lo que debe ponerse en claro. Empezando por eliminar interpretaciones reduccionistas y psicologistas que fincan responsabilidades sociales en individuos, se debe tener cuidado de no asignar a personas cualidades que corresponden a las estructuras sociales (ver Fernández Christlieb, 1987). Para Martín-Baró cada ordenamiento social exige la elaboración de un universo simbólico que cumpla varias funciones críticas para su supervivencia y reproducción, como a) el otorgarle un sentido frente a las grandes interrogantes de la existencia humana; b) justificar su valor para todos los sectores de la población y c) permitir su interiorización normativa en los grupos y personas, de tal forma que "al ejercer estas funciones, la ideología operativiza y oculta al mismo tiempo los intereses de las clases gobernantes, generando una falsa conciencia, una distorsión entre la configuración de la realidad y su representación en la conciencia de los grupos y personas" (1985, p. 5). Siendo el terreno óptimo de la ideología el del sentido común, pues es la vida cotidiana el lugar adecuado para la encubación y reproducción de esas ideas. Del sentido común se viaja a la naturalidad, toda vez que lo que es común se convierte en algo "natural", algo que llegó por sí mismo o apareció por gracia divina, de ahí que cuando se intenta caracterizar el fatalismo latinoamericano se aducen cuestiones como "Dios así lo quiso" y otras frases, que no hacen más que reflejar el pensamiento común que ha obstaculizado procesos históricos de liberación (Martín-Baró, 1987a).

En tanto que la psicología política se aboca a examinar lo que de ideológico tiene el comportamiento humano, tanto individual como grupal, entonces los psicólogos políticos tienen que trabajar en esos procesos intersubjetivos que ideologizan la vida cotidiana (Fernández Christlieb, 1989b). Por tanto, su aporte a la democracia tiene que ver con el desenmascaramiento de las ideologías antipopulares, "aquellas formas de sentido común que operativizan y justifican un sistema social explotador y opresivo" (Martín-Baró, 1985, p. 6) que llevan consigo a la pasividad, a la sumisión y al fatalismo, y que achican la realidad, la privatizan: llevan al terreno de lo privado lo que es eminentemente público (Fernández Christlieb, 1987; 1991a). La labor desideologizadora de la psicología política latinoamericana contiene tres ejes. En primer lugar se trata de asumir la perspectiva de las mayorías, evitando los paradigmas del *satus quo*, que traen consigo, por ejemplo, metodologías experimentales que en nada ayudan al conocimiento de la realidad opresora. Hay, por tanto, que comenzar a ver la vida "desde los ojos del pueblo mismo", partir de una hermenéutica y epistemología diferente a la que hasta hoy hemos asistido, debe plantearse una forma interpretativa distinta para nuestra cultura (ver Fernández Christlieb, 1990a).

En un segundo momento, hay que desarrollar investigaciones sistemáticas sobre la realidad de las mayorías, sobre cuáles son los mecanismos que permiten se mantengan oprimidas a grandes capas de la población; pero no sólo eso, pues hay que ir más allá de su comportamiento aparente, hay que explorar los mecanismos de resistencia de las comunidades que por mucho tiempo han generado redes sociales que les han permitido sobrevivir en medio de las adversidades; la forma de organización que han creado y la

solidaridad que han desarrollado para sobrevivir y los pasos que dan para una movilidad social que alcanza hasta la insurgencia armada, en suma, que "la investigación debe darnos no sólo lo que nuestros pueblos son de hecho, sino, sobre todo, lo que pueden y quieren llegar a ser" (Martín-Baró, 1985, p. 8). En efecto, si miramos tanto latinoamericano esquilado por la explotación, mujeres truncadas por la discriminación sexual, niños por miles muriendo a causa de enfermedades curables como en Chiapas, campesinos amordazados por la miseria, marginados, embrutecidos por el desempleo permanente, se puede comprender que reflejando tal situación contribuimos, y de una mejor manera "posibilitando lo que podremos llegar a ser" como sociedad (1990c). "De lo que se trata es de estudiar y cultivar sistemáticamente todos aquellos aspectos de la psicología de nuestros pueblos que hayan contribuido o puedan contribuir a su liberación histórica" (p. 76).

Finalmente, en un tercer momento, se tiene que hacer un uso dialéctico del conocimiento, pues si todo conocimiento supone un poder, un proceso de desideologización atravesaría necesariamente por revertir al propio pueblo el conocimiento adquirido en estos tiempos: "Nuestro conocimiento debe servir como un espejo donde el pueblo pueda ver reflejada su imagen y adquirir así esa mínima distancia crítica que le permita objetivar su realidad y transformarla" (Martín-Baró, 1985, p. 8). A ello ha contribuido Freire con su trabajo alfabetizador: "son palabras que reflejan la realidad de hecho, sacadas del universo simbólico de las propias personas, del sentido común de su vida cotidiana, pero que se devuelven dialogal, que es dialécticamente, a la misma comunidad para desenmascarar la realidad que expresan y abrir las puertas hacia su transformación" (*idem*). De esta forma estaríamos ampliando la realidad, en tanto esta se construye con procesos dotados de significados y la resignificación de viejos procesos que se habían ideologizado desde el poder (Fernández Christlieb, 1987), coartando la libertad.

En última instancia se puede aseverar: "No hay, ni puede haber, una desalienación personal que no sea, al mismo tiempo, social, ni es posible concebir una verdadera liberación interior que no entrañe una liberación exterior" (Martín-Baró, 1990c, p. 74). La finalidad de la psicología política latinoamericana sería, en todo caso, "contribuir a construir un hombre nuevo en una sociedad nueva" (p. 76).

4 Poder

El poder, desde una perspectiva psicosocial, "constituye una característica que surge en las relaciones sociales, tanto las que se dan entre individuos como las que se dan entre grupos" (Martín-Baró, 1995, p. 224). Por lo que se puede argumentar que el poder no es algo extrínseco a las relaciones, puesto que "el carácter mismo de las relaciones humanas se define en buena medida por el poder que en ellas actúa" (*idem*). Visto así el poder se manifiesta por todos lados (1989), y lo que le interesaría a la psicología política sería la forma en cómo llega a anclarse en la vida cotidiana, que es lo que ha propuesto el mexicano Fernández Christlieb (1987; 1989b; 1994b). Siguiendo a Weber, Martín-Baró (1989) advierte que el poder permite, a quien lo tiene, imponer su voluntad. Y no todo el ejercicio del poder se basa en la violencia, pues para que el sometimiento se presente, por ejemplo del alumno hacia el maestro, del hijo al padre, y del trabajador hacia el patrón, no se requiere violencia, sólo la razón del poder.

De entre todas las interrogantes que se plantean sobre las cuestiones del poder, como de dónde proviene, cómo lo obtiene una persona, grupo o sector para dominar, cómo actúa, sus mecanismos, cómo afecta al comportamiento, y qué es el poder, lo que le interesa a la psicología política es delimitar y definir el cómo influye el poder en la acción humana, dado que Foucault ya lo había señalado: el poder es una forma de relación.

Desde esta perspectiva, el poder puede entenderse en cuatro dimensiones: a) por su carácter relacional; b) su fundamento objetivo y posesión de recursos; c) su naturaleza intencional y d) su efecto constituyente (Martín-Baró, 1995).

En el primer caso, el poder no es una cosa que se posea en abstracto, pues, como se indicó, el poder constituye un fenómeno social no individual, es relacional, cuya naturaleza significa que este tipo de relaciones tienen un componente conflictivo y de oposición y que "la relación misma es determinada, al menos en parte, por la asimetría en la que emerge el poder" (1989, p. 97). Consecuentemente, si hay quienes se imponen sobre otros, es porque está mediando el poder. Visto así, el poder es una característica de las relaciones entre personas y grupos, en tanto que reside en los actores, no en individuos aislados, y en cuanto se relacionan: "Los actores no 'transportan' consigo su poder de una relación a otra, sino que su poder o falta de poder surge precisamente al entrar en relación unos con otros, lo que puede variar según la relación concreta" (1995, p. 225). En todo caso, la característica que psicossocialmente en las relaciones humanas se denomina poder, no es más que la "condición que posibilita a uno de los actores imponer su voluntad o sus objetivos y, en el caso del poder político, imponer los intereses que articula sobre la voluntad y los objetivos o sobre los intereses sociales de los demás actores" (*idem*).

En la segunda característica, se debe hacer notar que en las relaciones hay quien tiene más recursos que otros, cuantitativa o cualitativamente, por eso el poder surge de una relación de desequilibrio respecto a un objeto; se entiende que una de las partes es superior en "algo" con respecto al otro, así "el poder es concreto, en el sentido de que se proyecta sobre determinado ámbito: se tiene poder ante otros en ciertos aspectos o áreas de la vida" (Martín-Baró, 1989, p. 97). El poder, por tanto, "surge por la diferencia que se establezca entre los recursos de los diversos actores que se relacionan en una determinada circunstancia" (1995, p. 226). De ello daba cuenta Carlos Marx, cuando indicaba la posesión de los medios de producción por parte de un sector, y la mano de trabajo por parte de otro: ahí estaba la relación desigual. En la actualidad podemos señalar que en ciertas sociedades la posesión de amplios recursos económicos posibilita a un grupo estar por arriba de otros tantos para dominarlos o someterlos. Lo mismo se puede aplicar para el caso de los conocimientos, de ahí que José Martí haya sentenciado: un pueblo culto es un pueblo libre.

En el tercer caso, el poder se define frente a objetivos concretos, en otras palabras, que el poder no sólo surge en una relación social, sino que "se estructura con respecto a un fin". Con ello podemos ver, por ejemplo, que el poder político busca el control social en su sentido más amplio, el sometimiento del orden social a unos determinados intereses grupales o de clase en diversas áreas y distintas formas (1989; 1995).

En el cuarto punto, se asienta que el poder no es externo a la relación, más bien "configura esencialmente el carácter de la relación e incluso el carácter mismo de los actores que se relacionan. Las relaciones humanas no son por lo general simétricas, precisamente porque en ellas se produce ese diferencial de recursos que da poder a unos actores sobre los demás. De ahí que la mayor parte de las relaciones humanas sean de orden jerárquica,

de superioridad e inferioridad, de dominación y sumisión, de explotación y proletarización. Pero el carácter de la relación define a los mismos: se es superior o inferior frente al otro, dominador o dominado, explotador o explotado" (1995, p. 228). Asimismo, se puede evidenciar su efecto constituyente en el objeto y la relación misma, siendo que el resultado más palpable está en el comportamiento de los involucrados en la relación: la obediencia o sumisión de uno, el ejercicio de la autoridad o del dominio del otro. "El poder configura así el quehacer de personas y grupos" (1989, p. 99). Una muestra de esta cuarta dimensión lo constituye el largo andar latinoamericano de los golpes de Estado que efectuaron los militares en varias latitudes del continente: lo civiles dejan de ser gobernantes elegidos por la mayoría para ser sometidos por los militares, quienes los consideran "enemigos de la patria" como lo hizo en su momento Augusto Pinochet frente a Salvador Allende en Chile. En este caso se cambia no sólo la denominación sino la naturaleza del sujeto, los gobernantes civiles por militares.

Para analizar al poder político y tener una visión más amplia, entonces, se requiere examinar los cuatro aspectos constitutivos del poder: la relación entre los actores, sus respectivos recursos, los objetivos e intereses que persiguen y el efecto histórico que producen tanto en los actores como en su relación (Martín-Baró, 1995). Estos elementos constituyen la esencia del poder; se puede acentuar uno u otro dependiendo del enfoque de que se trate. Siendo, en última instancia, el poder "aquel carácter de las relaciones sociales basado en la posesión diferencial de recursos que permite a unos realizar sus intereses, personales o de clase, e imponerlos a otros" (1989, p. 101).

Siguiendo con esta misma lógica, se pueden reconocer dos formas temporales en las que el poder logra influir en el actuar de las personas o grupos: a) en lo inmediato, imponiendo una dirección a la actuación, y b) otra mediata, configurando el mundo de las personas o grupos y determinando los elementos constitutivos de la acción. En este último caso "el papel mediato del poder reside tanto en la conformación del orden social de un sistema cuanto en la configuración de un mundo de realidad que encuentra y asume cada individuo a través de los procesos de socialización primaria" (Martín-Baró, 1989, p. 93). En última instancia el "producto central del poder es la dominación social" (p. 115), para ello existen instituciones, las ya clásicas: la familia, la escuela, la iglesia, y el poder define la forma de actuar en estos ámbitos, a la vez que estas instituciones ayudan a formar lo que el poder requiere. Ambas formas, la inmediata y la mediata, se complementan.

El poder, habrá que señalarlo, se ancla en la cotidianidad, y nos hace ver lo social como natural. Uno de los elementos que permite constatar empíricamente el ejercicio del poder, es lo que los psicólogos han denominado "conformismo", que no es otra cosa que cumplir en los hechos con las expectativas o normas que se nos han impuesto, lo cual no deja de lado que se generen ciertos conflictos al momento de realizarlas, lo que la hace diferenciarse del convencionalismo, pues ahí no hay conflicto en el ejercicio de la práctica social. El poder actúa naturalizando las relaciones, haciéndolas ver como si así fueran de por sí: "El comportamiento conformista puede realizarse conscientemente o sin conciencia de que hay un sometimiento (alienación). Pero así como el que la persona no tenga conciencia de estar sometido no significa que no haya un conformismo real ante las exigencias del poder, el que el sometimiento se haga conscientemente no quiere decir que sea voluntario; la persona puede, en efecto, plegarse a las exigencias ajenas en forma voluntaria, pero puede hacerlo porque no tiene o no cree tener otra alternativa" (p. 156). Para que el sometimiento se de, desde la lógica psicopolítica que analiza el poder, es necesario que existan mecanismos de socialización eficaces, que transmitan valores, normas y hábitos, o bien

mecanismos más poderosos de coerción; el predominio de uno o de otro definirá el carácter represivo o no de la formación social.

En síntesis: el poder visto desde la lógica psicopolítica se podría narrar así: a) se encuentra en todos los ámbitos de la vida humana y determina relaciones; b) influye en el actuar humano de manera mediata, pues configura el marco social e institucional, y de manera inmediata mediante la coerción directa, física o moral, y a pesar de ello, el poder tiende a ocultarse y a negar su existencia; c) se presenta en toda relación social, y "se basa en los recursos de que disponen los actores, y produce un efecto que configura la misma relación social. Así, el poder es aquel diferencial de recursos que se produce en las relaciones sociales y que permite a un actor imponer sus intereses y voluntad a los otros" (p. 185), d) su ejercicio produce la dominación social de unos sobre otros, y hasta el momento la psicología ha estudiado sólo los efectos sobre el dominado.

En última instancia, todo poder "puede ser considerado político en un sentido amplio y, en todo caso, puede ser empleado políticamente. Pero en un sentido más restringido, el poder político es aquel diferencial de recursos que surge en las relaciones sociales y con el cual se trata de que el ordenamiento social y/o su funcionamiento responda a los intereses sociales de determinado grupo o clase social" (1995, p. 228). De ello puede dar cuenta su actuar, que deja graves secuelas en la historia de las relaciones humanas, de ahí que se señale que si del aula de clases se han alejado los métodos salvajes como forma pedagógica de la educación, en la casa se ha otorgado cierta autonomía e independencia a los hijos, y en la fábrica el obrero ha logrado conquistar algunos derechos, se ha debido a que ha existido un accionar que ha permitido contrarrestar la acción de unos contra otros; los primeros con el ejercicio del poder, y los segundos actuando en contrapartida (1989).

La desatención selectiva. Bien puede considerarse como un ejemplo de la actuación y del ejercicio del poder, y por las graves secuelas que deja en el actuar de todos los días, en este tipo de práctica: la desatención selectiva. El proceso de percepción, en tanto una forma de ver el mundo y la realidad, es una forma de conocimiento. El proceso de desatención selectiva, es una forma de defensa tanto individual como social, que en el mejor de los casos opera para sobrevivir, pero aplicado desde el poder constituye un mecanismo de sometimiento y mantenimiento de la condición actual (Martín-Baró, 1976).

El autor habla de tres tipos de desatención selectiva: el desplazamiento, el nominalismo y el mimetismo. En el primer tipo de desatención se habla de un desplazamiento de los problemas reales e importantes, para sustituirlos en la escena por aquellos banales y que no tienen ninguna, o escasa, relación con la realidad que oprime. Con ello se asiste a programas de televisión, eventos culturales, deportivos o escándalos (véase el caso del chupacabras en México, ante el desfalco de la nación), o lo que el autor denomina "la burocratización de las funciones públicas" en todos su niveles. En tal caso, bien se puede hablar de tres formas de desplazamiento: en la primera se traslada la atención a otros eventos: el fútbol, por ejemplo, ante la crisis económica; en la segunda, se traslada la atención de las cuestiones de fondo a las cuestiones superficiales y aparentes de dichos problemas: por ejemplo, de la guerra como asunto central se pasa a quién es su vocero, un blanco; y cuando de plano, ya no puede ocultarse el problema, se atienden las formas y no la sustancia, que significa la burocratización en pleno o una especie de psicologización (ver Moscovici, 1981). Es así, que el poder oficial puede mantener sus privilegios y la sociedad su

estructura. El segundo tipo de desatención, el nominalismo, no es otro asunto que la resolución de problemas vía discurso, que los grandes problemas siguen ahí en la realidad, pero para el discurso de los gobernantes, aparte de que no aparecen en su agenda, o por lo mismo, no se les atiende, pero en sus informes aparecen como algo que afrontaron, y para eso justifican programas, presupuestos, tiempo y recursos materiales y humanos. En cuanto al tercer tipo, por mimetismo político se entiende "aquella manera de percibir y afrontar las realidades locales y nacionales a través de esquemas de comprensión y de resolución importados y aceptados acríticamente" (Martín-Baró, 1976b, p. 107). Eso sucede cuando se asume de forma tan acrítica una serie de mecanismos y técnicas que pierden o dejan de lado las peculiaridades de la realidad a la que se desea aplicar. Cuestión que se evidencia contundentemente cuando se aplican programas económicos y de desarrollo provenientes del primer mundo para un territorio en franco tercermundismo, en cierto periodo histórico, o la importación de formas económicas provenientes de potencias industrializadas a naciones sin industrialización.

En síntesis, lo que persigue la desatención selectiva es mantener el "desorden establecido", mantener los privilegios de algunos y el sometimiento de otros tantos. No se ignoran los problemas, sino su significado político para la resolución, y quien se atreve a cuestionar dichos procesos son llamados "comunistas", "desviados", "subversivos", "profesionales de la violencia" o de la "protesta" y cuando la desatención selectiva ya no funciona para detener a estos "rebeldes" se conjuga tal proceso con los aparatos de seguridad.

5 Violencia política

A diferencia de las posturas individualistas que postulan la violencia como una cuestión de las personas, ésta, según Martín-Baró (1993) no responde a pulsiones destructivas o personalidades patológicas, sino más bien a cuestiones estructurales, por lo que "una sociedad donde se vuelve habitual el uso de la violencia para resolver lo mismo problemas grandes que pequeños, es una sociedad donde las relaciones humanas están larvadas de raíz" (p. 29). Lo cual se muestra de manera evidente en diversas sociedades de Latinoamérica, dada la historia de cuando menos los últimos cincuenta años. En 1973 Hacker escribía: "Desde hace ciento cincuenta años en guerras, acciones policíacas, choques y crímenes, ataques y defensas, una persona dio muerte a otra cada minuto del día y de la noche en el Occidente civilizado. En los últimos cincuenta años, durante los cuales, por término medio, se ha triplicado la esperanza de vida, la pausa entre una y otra muerte violenta se ha reducido a un tercio, a unos veinte segundos" (citado en Martín-Baró, 1983, p. 359).

Un razonamiento análogo expresa el peruano Carozzo (1999) para quien la violencia no es un fenómeno que se haya anclado a últimas fechas en nuestra sociedad y en la vida cotidiana, más bien tiene ya todo un antecedente; violencia que incluso en palabras de fuentes oficiales, "es un producto histórico que no surge de un día para otro... que emerge cuando las relaciones étnicas, económicas, de clase, de espacios regionales y de estructuración del estado y la Nación, no influyen de manera continua y con sujeción a normas valorativas mínimamente realizables" (citado en p. 253). Tal reconocimiento, en este

caso, desembocó, entre otras cosas, en un estudio psicosocial de las características y por qué de la violencia en el país andino.

A principios de los ochenta Martín-Baró (1983) mencionaba tres tipos de violencia que, cuando menos en El Salvador estaban presentes: la violencia delincriminal, la represiva y la bélica; las dos últimas de especial importancia para la psicología política. Sobre la represión política manifestaba: "Cuantitativa y cualitativamente constituye la marca que ha estigmatizado a El Salvador en los últimos años, y que lo ha convertido en foco central de crítica de todas las instituciones defensoras de los derechos humanos" (p. 360). Y presentaba cifras: en un lapso de tres años, víctimas de la represión, habían caído 24, 544 salvadoreños, lo que representaba 22 asesinatos por día, llevando la peor parte campesinos y obreros. Los autores estaban en los cuerpos de seguridad y los grupos paramilitares que actuaban con la complicidad de las policías y el ejército. Como en toda contienda cuando la guerrilla lanzaba operativos militares, el Ejército y la policía respondían con una ola represiva hacia la población.

En el caso de esta violencia de represión política, Martín-Baró (1976c) la aborda a partir de tres elementos del proceso: a) el ejecutor de la violencia, b) el blanco de la violencia, y c) los espectadores de este proceso. En el caso del represor, si éste inicia en buenos términos su formación y si no es proclive a la violencia, le causara disonancia cognoscitiva asistir a actos violentos contra humanos, y es en este momento del proceso que entra en juego lo "racional" del trabajo ideologizador del sistema, pues se ideologiza al adversario: en otros momentos los comunistas se comían a los niños, ahora "intereses ajenos" a la nación o los "malosos" intentan desestabilizar al país o la sociedad es presa de los "profesionales de la violencia", por lo que hay que eliminarlos. El futuro represor, entonces, terminará por razonar en los términos que menos conflicto le cause: es menos conflictivo (o más sencillo) eliminar a quien es "enemigo" declarado que a un adversario, o a un semejante, con las mismas ideas. En tal caso se niega el carácter humano de la víctima, hay una "deshumanización de la víctima", *i. e.*, hay "una devaluación de la víctima: no es una verdadera persona humana o bien es tan malo que no merece seguir viviendo... Esta puede ser la razón psicológica de que en ciertos ambientes la violencia se conciba como algo connatural, la devaluación de ciertos grupos humanos esté implícita y, a veces, hasta explícitamente incorporada a la cultura dominante" (p. 315). Así, por ejemplo, se podría explicar el actuar de los Kaibiles, grupo paramilitar en Guatemala. Además se presenta una especie de alejamiento cognoscitivo, cayendo en la reflexión de que "si se le castiga, quiere decir que merece ser castigado, asumiendo una "tendencia devaluativa, que produce un distanciamiento progresivo entre los grupos, justifica la represión y así resuelve la posible disonancia cognoscitiva en el opresor" (p. 316). En suma, la propia violencia genera su justificación y no a la inversa. El represor se percibe a sí mismo como persona pero no así a su víctima, a quien mira como instrumento de ideologías extranjerizantes.

Una segunda consecuencia en el represor incide en el aprendizaje de hábitos violentos, como una respuesta preferencial para resolver los conflictos de cualquier índole, personal o social (eso lo saben bien los salvadoreños cuando hablan de la militarización de la mente), pues el espectáculo de la violencia, y más cuando se acompaña de ejercicio de ésta, conlleva a su internalización. Se puede advertir de la manera siguiente: en "aquellos ambientes en los que se práctica sistemáticamente la violencia llegan a constituir grupos cerrados, donde el valor máximo es la brutalidad de la agresión y donde se logra que los individuos interioricen de tal manera ese criterio evaluativo, que posteriormente no necesitarán más recompensas que la conciencia de haber alcanzado el nivel de agresión

tenido como 'ideal' " (p. 318). Para muchos políticos la existencia de dichos grupos y prácticas son males menores que reditúan en un "orden" que de otra forma no podría mantenerse; pero aquí el cuestionamiento viaja en la dirección de si realmente es un "mal menor", pues está de por medio la legitimidad del régimen y vidas humanas. En última instancia, opera la noción de costo beneficio, donde lo segundo es lo que se valora, en detrimento de lo primero.

El segundo actor, el blanco de la violencia, puede quedar marcado, física y psicosocialmente, pues entre más profundo sea el daño físico que sufra, mayor será dicha marca, aunque en algunos casos el daño psicológico, más que el físico, es el de mayor profundidad. Se puede empezar por clarificar el objetivo de la represión: la aplicación de un castigo con vistas a la modificación de un comportamiento del individuo, que se considera nocivo o perjudicial para quien ordena la violencia, y desde la perspectiva más simple, cuando se aplica un castigo (tortura) a una conducta ya aprendida (rebelarse) éste resulta ineficaz si se toma en cuenta que las condiciones en que surge el desacuerdo no han sido subsanadas, por lo que la rebeldía continuará: "En muchos casos, la represión política va dirigida contra conductas que, en última instancia, expresan y buscan la satisfacción de las necesidades más fundamentales: comida, techo, trabajo... En este sentido, la violencia represiva sólo será eficaz a corto plazo, y cada vez será necesaria una dosis mayor de violencia para contener la satisfacción de la necesidad fundamental reclamada. Frecuentemente sucede que el reprimido llega a una situación de doble conflicto, en la que opta por lo menos malo. Así, no es raro actualmente oír a ciertos sectores campesinos la siguiente expresión: 'Más vale morir rápidamente de un tiro, que lentamente de hambre' " (p. 320). O el viejo dicho: más vale morir de pie que vivir de rodillas.

En cuanto a quienes de la violencia son espectadores, dependiendo de si son directos o indirectos, y si se identifican o no con la víctima; puede suceder que si el espectador está alejado de la víctima ocurra el ya mentado efecto de devaluación, que el espectador se categorice como "bueno" y fuera del alcance de los represores que van contra los "malos", que no sería su caso (1976c), y tiene que identificar a la víctima como "guerrillero", "comunista", "subversivo", etcétera para tal situación. Pero puede ocurrir que se identifique con la víctima, que comparta algunos de los rasgos o comportamientos por los cuales se somete a tortura a la víctima, y quizá aprenda que hay que ocultar, o no permitir que se vean, ciertas conductas para evitar la represión. Incluso se puede formar una cierta aversión hacia el represor, "produciéndose un abismo cada vez mayor entre represores y víctimas potenciales, lo que —desde el punto de vista del gobierno— supone un serio deterioro de su imagen y de sus posibilidades políticas" (p. 324).

La desgracia de todo ello, consiste en que "El espectáculo cotidiano de la violencia ejercida por los cuerpos represivos enseña y estimula a los espectadores a un comportamiento similar para resolver sus problemas" (p. 325), precipitando a la sociedad en una espiral de creciente violencia. Llegando incluso a lo que se denomina violencia estructural o institucional cuando la estructura social aplica un grado tal de violencia que saca de su situación a las personas o las obliga a actuar contra su sentir (1983).

En el caso de la violencia bélica, a pesar de que el número de víctimas era menor a la que era objeto de la represión política, considerando datos dados a conocer sin tomar en cuenta las cifras que ambas partes, militares e insurgentes, ocultaban, una práctica que se presentaba mucho en los años de guerra consistía en la tortura de los rebeldes detenidos, los cuales en ocasiones aparecían en basureros o descuartizados, cuerpos sin cabeza

colgados de las ramas de los árboles, con la firma de algún "escuadrón de la muerte" (Martín-Baró, 1983), lo cual estaba ya siendo cotidiano en el país. (no nos acostumbremos decía un intelectual, a la violencia en Chiapas, específicamente lo de Actéal). Y tiene razón Martín-Baró cuando apunta: "Es claro que la situación de El Salvador, como la de cualquier país sumido en una guerra civil, constituye un caso extremo de violencia. Sin embargo, la historia muestra que de la 'normalidad' a la situación 'extrema' hay un camino bastante corto, que con frecuencia recorren los países o grupos humanos más diversos" (p. 364). Llegando a grados extremos tales que asociaciones que reclamaban para sí valores cristianos y democráticos, respaldaban el aniquilamiento masivo de grupos humanos y reclamaban acciones más fuertes.

En Perú, por ejemplo, la situación no distaba mucho de la presentada por los salvadoreños. En efecto, dadas las condiciones de violencia que se vive cuando menos desde 1980, el Senado de ese país se dio a la tarea de conformar una Comisión Especial del Senado que analiza la situación del país andino y que en su informe Sobre las Causas de la Violencia y Alternativas de Pacificación en el Perú advierta una razón histórica de la misma, antes que una razón inmediata o de tiempo corto como ha querido mostrar el poder ejecutivo, al insistir, mediante la convocatoria a diferentes profesionistas para dar su punto de vista al respecto, y abundar en las justificaciones sobre lo "natural" que resulta la expresión agresiva de la conducta de los adolescentes; tal fue el caso de los psicólogos (Carozzo, 1999).

En contraparte, un especialista peruano, Basadre, le brindaba su análisis a la comisión del Senado y daba cuenta del proceso en Perú en los siguientes términos: "La dominación y no el consenso ha sido la característica del estado peruano. Si él ha podido existir no ha sido porque tuviera legitimidad, sino porque impuso férreos mecanismos de control social, fortaleció los aparatos represivos del Estado, utilizó la dictadura cuando fue necesario y estableció una red de alianzas con los poderes locales gamonalistas para imponer su autoridad en todo el territorio" (p. 255). Así, se ponía en palabras escritas lo que ya se sabía a rumores: el ejercicio de la violencia ha sido, históricamente, centralizado y controlado por el Estado y aliados, y la violencia se ha ejercido para tener un mayor control social. El Estado dictaba medidas en función no de su institucionalidad y de la representatividad de todos los ciudadanos, sino de los intereses de los grupos en el poder; y cuando se protestaba contra ello, se ponía en marcha otro tipo de violencia para la cual el estado estaba facultado: la represión.

Lo mismo, se debe reconocer que la violencia política y de los grupos guerrilleros ha causado estragos en la población y daños a la nación, pero sería un acto irresponsable pensar que la violencia en ese país se inaugura y se instaura en 1980 como un producto de la actividad subversiva, como lo ha señalado un periodista de un periódico de la capital del país, *Diario El Sol*, quien apunta que el clima de violencia que se vive en Lima encuentra una explicación casi natural en la etapa de "terrorismo que sacudió al país" en los últimos 15 años y que costó la vida a 35 mil personas, producto de la actividad de los grupos armados. Esta versión puede echarse abajo fácilmente: "La violencia se empieza a dimensionar brutalmente a partir de la década de 1970 y va creando las condiciones para una proliferación anárquica e incontrolada de sus manifestaciones, en donde el narcotráfico, la subversión, el terrorismo, la delincuencia y el abuso del poder alcanzan los puntos más altos. Con ellos van a convivir en forma creciente el desempleo, el desarraigo forzado de familias enteras, el incremento de la tasa de morbi-mortalidad infantil y un encarecimiento incontrolado del costo de vida. Son muchas las modalidades de violencia que se erigen simultáneamente y que golpean por igual a la comunidad urbana y rural del país" (p. 256).

Este tipo de violencia, es la que lleva a enquistarse en la práctica cotidiana otro tipo de violencia, que se refleja en el actuar, en el educar, en las actitudes que se reflejan en los datos que arroja un estudio sobre la violencia en niños y adolescentes, lo cual resulta del todo fatal: un 72% de los entrevistados se manifestaba de acuerdo con el hecho de que "algunas personas no entienden sino a la fuerza"; y en otro ítem, el 70% coincidía en que es importante que "un niño participe en peleas con cierta frecuencia a lo largo de su desarrollo" (p. 267). "La violencia nuestra de cada día es, por usar una palabra muy cara para nuestro tiempo, globalizante, y por eso mismo el sistema no se permite distracciones, sentimientos ni debilidades ante nadie y ante nada" (p. 261).

A fin de cuentas lo que está en el fondo es saber si el beneficio de ciertas prácticas represivas representan más que los costos que implican dichas prácticas; esto es, si le acarrea más beneficios que costos al gobierno en turno ejercer la práctica represiva para mantener un orden político de acuerdo a sus intereses. En este punto se trata de explorar la conveniencia o inconveniencia de la violencia represiva, tomando en cuenta el elemento político. Podría empezarse por cuestionar el mantenimiento del el poder aún a costa de la violencia. Un gobierno puede decir que es viable, pues el beneficio es atractivo: mantenerse en el poder, aunque políticamente no es racional ni éticamente aceptable. Debe mirarse, a su vez, a la luz de los objetivos históricos de una sociedad en lo concreto (Martín-Baró, 1976c).

Lo que ha hecho el sector conservador, casi siempre en el poder, es condenar la violencia de los disidentes, pero ver con beneplácito, cuando no negar, la violencia del aliado, puesto que sirve a sus intereses. Con el discurso oficialista lo que se pretende es mostrar que solo existe un tipo de violencia, la generada por los grupos que se encuentran al margen de las instituciones, y pretenden hacer creer que los otros tipos de violencia no existen, son meras ilusiones (Carozzo, 1999). Negando así un tipo de violencia que ha tenido un impacto fuerte en la población y el tejido social en diversas naciones: el de la salud física y mental de los habitantes, y que ha propiciado una "actitud fatalista" en la población. Este tipo de violencia la categoriza el autor como una violencia por provocación, pues no tiene destinatario identificables y concretos, sino que se dirige a la población en general. Se trata de un tipo de violencia inserta en el tejido social y que de manera intencional actúa sobre la totalidad de los componentes sociales afectándolos. Es un tipo de violencia institucionalizada y deificada en el derecho positivo y en los valores sociales, es en gran medida responsable del estado "miserable" en que viven millones de humanos desde siglos atrás y ahí se fincan responsabilidades sobre el estado de alienación de gruesos sectores de la sociedad.

Ya vimos que la violencia presenta múltiples formas. A ello hay que sumarle un elemento de importancia para su análisis: la violencia tiene un carácter histórico, por lo que es imposible entenderla fuera del contexto social en que se produce, y no es posible asumir una tabula rasa diciendo que se "condena la violencia "venga de dónde venga" como ha ocurrido en diversos casos, puesto que su significado y consecuencias no siempre son los mismos (Martín-Baró, 1983). "Una cosa es el soldado muerto en el enfrentamiento con fuerzas insurgentes y otra muy distinta el sindicalista sacado de su casa, torturado y asesinado por cuerpos policiales adictos a un régimen. Una cosa es la ocupación por la fuerza de un edificio público o de una fábrica en demanda de reivindicaciones gremiales, y otra muy distinta atacar a los huelguistas o a unos manifestantes con bombas y fusiles automáticos. Poner en el mismo saco, conceptual y valorativo, unos hechos y otros es un mecanismo ideológica que ignora el enraizamiento y naturaleza histórica de los actos de violencia" (p. 371).

Más allá de los enfoques instintivistas (v. gr. Lorenz, Freud y compañía) y de los enfoques ambientalistas (en el sentido de que la violencia es resultado de la frustración) existe un enfoque historicista, que permite abordar la violencia desde una perspectiva psicosocial y psicopolítica, y para ello se plantean cinco puntos para abordar este tipo de procesos: 1) la apertura humana a la violencia y a la agresión, pues para que las últimas se presenten primero se debe entender que éstas constituyen una posible forma de solucionar problemas y de relacionarse con sus semejantes; para lo cual se requiere 2) un contexto social, por lo que hay que determinar el sentido de su justificación y su carácter, así en una sociedad donde la organización social se basa en el dominio de una minoría sobre la mayoría, se puede fincar una violencia "estructural" y da cabida a lo que denominan "desorden establecido" (y en tal caso cuando los oprimidos se dotan de recursos violentos para sobrevivir, no hay una violencia originaria, sino derivada, diría Freire); para ello se requiere 3) una elaboración social de la violencia, que consiste en una especie de interiorización de normas que desde el grupo dominante se imponen, lo que lleva a un "control social", una especie de violencia interiorizada, que acarrea sumisión, doblegación, fatalismo, y que en muchos casos provoca el ya no hacer nada, pues nada cambia, y hay que sujetarse a los designios del porvenir, y el porvenir lo imponen quienes tiene el poder; por lo que hay que explorar 4) las causas inmediatas de la violencia, y que sin dejar de lado el resentimiento, la rabia y la frustración como elementos desencadenadores en algunos casos, las situaciones propicias para el acto violento deben estar ahí, *i. e.*, que la violencia resulta un instrumento para lograr ciertos fines, en el caso de los paramilitares, a quienes se les permite actuar, es la aniquilación de la subversión, y en el caso de los insurgentes, es la conquista de ciertas demandas que ellos consideran justas; lo que nos lleva a 5) la institucionalización de la violencia, pues en tanto que todo acto violento requiere de una justificación social, cada orden social determina las formas y grados de violencia permitida, y "puesto que el orden social se fundamenta no tanto en un consenso de toda la población cuanto en el dominio logrado por una clase, el factor fundamental para justificar la violencia consiste en definir qué violencia es beneficiosa para los intereses de esa clase social" (p. 414). De tal forma que la violencia "justificada en función de unos intereses parciales resulta una violencia inaceptable para quien no participa de esos intereses y más todavía para quien se vuelve víctima de esa violencia por mantener otros intereses" (*idem*).

Así pues, el carácter de la violencia se determina no por su forma sino por el producto, ello se ve de manera clara al definir al terrorismo, que en estricto sentido es la "dominación por el terror", definición que se aplicaría a los gobiernos que se mantienen por la fuerza, pero en la mayor parte de los países se le aplica a aquellos que deciden oponerse en cierto grado, a través de la violencia, al orden social establecido. De ahí que los medios de comunicación, al servicio del poder, sólo hablen de un tipo de "terrorismo", el ejecutado por los grupos rebeldes e insurgentes, y no las acciones realizadas por grupos paramilitares o los propios ejércitos. En última instancia: "El terrorismo 'desde arriba' constituye una instancia externa de la institucionalización de la violencia. Es precisamente la incorporación de la violencia como parte de las instituciones del sistema establecido la que potencia sus efectos a niveles inalcanzables por las personas. Más aún, sólo mediante la institucionalización y aun la burocratización de la violencia se puede llegar a agresiones masivas de la magnitud que se han dado en el presente siglo" (p. 417).

Siguiendo con esta reflexión, al abordar la cuestión de lo constitutivo de la violencia, se encuentran cuatro elementos: 1) la estructura formal del acto, esto es, que si la violencia es un fin en sí mismo o es instrumental y se utilice para otros fines, y todo parece indicar que

una gran parte de la violencia se encuentra en ese tono; 2) lo que se denomina "ecuación personal", en donde las características de las personas pueden determinar el acto violento, lo cual es sumamente parcial y poco certero al analizar la violencia social; 3) el contexto posibilitador del acto violento, esto es que haya un contexto propicio que permita el acto; y 4) el fondo ideológico de la violencia, que remite a una realidad social configurada por intereses de grupo (1983).

Sanford en su momento diría: "La mayor parte de la destrucción social es realizada por personas que sienten que tiene algún tipo de permiso para hacer lo que hacen, hasta el punto de sentirse justicieros, y por lo general consideran a sus víctimas como inferiores a los seres humanos o de algún modo ajenos a su condición" (citado en p. 375). De ahí que Martín-Baró asegure: "La racionalidad de la violencia concreta, personal o grupal, tiene que ser históricamente referida a la realidad social en la que se produce y a la que afecta, pues es a la luz de esa realidad donde los resultados logrados muestran su sentido" (p. 375). La violencia, entonces, exige siempre una justificación frente a la realidad a la que se aplica; y es ahí donde la racionalidad de la violencia confluye con la legitimidad de sus resultados o con la legitimación por parte de quien dispone del poder social. "Lo que responde a los intereses del poder establecido se encuentra ya legitimado o tiende a serlo. Así, la justificación desde el poder de un acto violento lo legitima y lo hace racional al interior del sistema establecido"; por lo cual el acto de matar a otra persona deja de ser un acto denigrante y delito "para convertirse en necesidad social tan pronto como esa otra persona es definida como enemigo de la patria y su asesinato es amparado por la autoridad" (*idem*). Ahora bien, si el mismo acto es realizado por algún agente de la oposición política, y que sea considerado como acción criminal o acción cívica, como manifestación de terrorismo o de patriotismo, "sólo se entiende a la luz del poder social que establece el marco de la legalidad y justifica las acciones de violencia por su relación con los intereses dominantes. La violencia se enraiza en la estructuración de los intereses de clase, que promueven su justificación o condena según la propia conveniencia" (pp. 376). En efecto, la justificación de un acto constituye un aspecto esencial para entender la acción violenta y la agresión. "La justificación abre o cierra el ámbito social a la realización de determinados comportamientos violentos, así como alimenta la intención de sus hechos" (p. 370). De ahí que el carácter externo del comportamiento deba ser "interpretado a la luz de la intención personal y de la valoración social", puesto que la misma formalidad del acto como violento o agresivo supone una definición social, sin la cual no se equipare el acto de los golpes percibidos por un espectador en un evento público cualquiera con los golpes recibidos por un preso político a manos de sus captores policíacos. Es en este sentido, que desde la perspectiva de la psicología política como estudio de la acción en cuanto ideológica se nos obliga a "ir más allá de la apariencia visible de la conducta y penetrar en sus raíces históricas, tanto por los intereses de clase que la persona o grupo involucrados ponen en juego" (*idem*).

Con lo expuesto, se puede hablar de una violencia institucional a partir de que en vastos territorios de Latinoamérica existe una violencia contra la mayoría de la población, y que es justificada y legalizada por los grupos que dominan a los países: en ese campo entran tanto la explotación de obreros y de campesinos, como la represión a sus esfuerzos organizativos, el bloqueo de la satisfacción de sus necesidades básicas, todo ello constituye una "normalidad" dentro de un "desorden organizado" (Martín-Baró, 1983).

De acuerdo con Heber y Seidenberg la violencia se construye socialmente, pues cada orden social establece las condiciones en que se puede generar la violencia, siendo cuatro los factores que la conforman: 1) el agente de la acción, que tiene que estar legitimado debe

tener "derecho" a su actuación; 2) la víctima, que entre más bajo sea su estatus, más justificado el acto violento sobre éste; 3) la situación en que se produce, es más justificable si la violencia se da como "respuesta" a una agresión; y 4) el grado del daño provocado, si este es alto, alta tiene que ser su justificación. Si en El Salvador los policías y militares actuaban impunemente, en nombre de la "limpieza comunista", en Chiapas actúan en nombre de la "aplicación de la ley de armas y explosivos", y para sanear los problemas "intercomunitarios". Lo cual, por cierto, no siempre ha resultado efectivo, baste recordar lo dicho por el otrora estudioso de la realidad peruana, Mariategui: "En la mayoría de los casos, las sublevaciones de indios han tenido como origen una violencia que los ha impulsado incidentalmente a la revuelta contra una autoridad o un hacendado; pero en otros casos, han tenido un carácter de motín local: la rebelión ha seguido a una agitación menos incidental y se ha programado a una región más o menos extensa. Para reprimirla, ha habido que apelar a fuerzas considerables y a verdaderas matanzas" (citado en Carozzo, 1999, p. 261).

Y es aquí, precisamente, donde entran las ciencias sociales, en especial la psicología política, para desmenuzar y aclarar los costos y beneficios a largo plazo de la práctica que permite mantenerse en el poder a los grupos que ejercen la violencia institucional (Fernández Christlieb, 1991a; Martín-Baró, 1993). En efecto, desde la lógica psicopolítica, la violencia represiva produce efectos en la sociedad: a) puede producir la inhibición de ciertas conductas que se castigan, momentáneamente; b) si se acallan ciertas conductas y no se posibilitan otras para satisfacer los objetivos de las acalladas, éstas reaparecerán tarde o temprano, más cuando se trata de la lucha por la sobrevivencia; c) es mayor el efecto de la represión en quienes la sufren que en los espectadores, pero se puede revertir de estos últimos hacia los que ejercen la violencia; d) la violencia represiva aumenta el nivel de frustración y éste la agresividad; e) la represión polariza a los actores entre buenos y malos, y justifica la ejercida por los primeros hacia los segundos, además de que obliga a tomar partida por uno de los bandos, imposibilitando la mediación; f) "la violencia represiva constituye un modelo que enseña y refuerza los hábitos de respuesta violentos en los individuos como la forma más eficaz para resolver los problemas sociales y políticos, con el consiguiente deterioro de la vida social que esto conlleva" (Martín-Baró, 1976c, p. 326). Por lo que una posible alternativa la constituiría la creación de espacios alternativos para la manifestación de comportamientos que buscan el bienestar y que no tiene hasta el momento una canalización que no sea el de la subversión, por haber encontrado otros espacios cerrados. Urge abrirlos, pues de lo contrario asistiremos a una violencia constante en nuestras sociedades.

"¿Qué tendría que pasar para que no hubiera pobres?" se le preguntó a niños salvadoreños. La respuesta de varios de ellos, pertenecientes a la clase alta fue: "Matarlos a todos". Respuesta que de alguna manera refleja lo que en algunos sectores sociales se piensa, y se manifiesta, como una solución a conflicto que cuestionan el orden de cosas, y que llegan en algunos casos a la toma de armas; la "solución" que se plantea pasa por la eliminación de "todos los subversivos" para "ganar de este modo otros cincuenta años de paz" (1990f, p. 147). Lo cual no hace sino mostrar la denominada "militarización de la mente" que se desarrolla en conflictos armados a largo plazo. En efecto, cuando la violencia se extiende a sectores y áreas no previstas de forma inicial como en el caso de los escuadrones de la muerte o grupos paramilitares, o incluso la intervención extranjera y la represión se intensifica, se puede llegar al grado de militarizar otras esferas sociales, no precisamente beligerantes, como la mente, las relaciones y la vida civil: mandos militares en corporaciones policíacas y civiles, como se puede ver en diversas sociedades del continente; México es una

de ellas: "La militarización del orden social significa, por lo menos, dos cosas: los oficiales militares tienden a ocupar la mayor parte de los puestos clave del ordenamiento institucional y, la instancia militar se convierte en el criterio de validez y aún de posibilidad de cualquier actividad... (y) difícilmente se puede desarrollar alguna actividad o empresa de cierta importancia en el país que no cuente primero con el aval institucional de la Fuerza Armada o con el patrocinio personal de algún militar" (p. 157). La militarización de la vida social "puede ocasionar una progresiva militarización de la mente... no parece haber muchas dudas de que una violencia casi compulsiva se apodera de las relaciones interpersonales, incluso las más íntimas" (p. 164). Ello se puede ver claramente en diversos sectores, por ejemplo en los infantes, pues "El crecimiento en un contexto bélico hace que el niño aprenda que la violencia es la respuesta más importante para resolver los problemas de la existencia y, que su actitud tienda a oscilar entre el empleo de la violencia y la impotencia" (p. 175). Desarrollarse mentalmente "en un contexto de guerra lleva a aceptar como evidente la legitimidad de la violencia, cuando no a la militarización de la propia mente" (p. 175). En síntesis: socializarse en un contexto de guerra, la estrictamente militar y la psicológica, "pone al niño en el dilema de construir una identidad interiorizando la violencia, la mentira institucionalizada y el tipo de relaciones sociales deshumanizadoras; o una identidad socialmente estigmatizada, con frecuencia no menos violenta, que recurre a la mentira social, al juego de la falsedad pública y la autenticidad clandestina, como requisito de supervivencia" (p. 183).

En última instancia, el "daño más grave que puede sufrir una persona es aquel que contraría y perturba su proyecto de vida, su finalismo vital que regla nuestras acciones y nuestra conducta" (Carozzo, p. 270); lo cual conjuntamente con la historia de la violencia y la discriminación social impuesta a los sectores mayoritarios de nuestra sociedad, plantea un reto a la psicología política: "Se trata de ver si desde la peculiaridad de nuestra disciplina tenemos algún aporte significativo que hacer para contribuir a la solución de tan gravísimo problema. El reto no consiste en la formulación de propuestas teóricas de dudosa aplicación, sino, en lo esencial, si nuestra contribución responde a las exigencias de quienes necesitan nuestro aporte" (p. 267).

6 Guerra y trauma psicosocial

La confrontación armada al interior de un país acarrea consecuencias materiales y humanas, que si bien en el primer caso se pueden reparar a corto o largo plazo, en el segundo caso los daños resultan incuanticificables, y en ocasiones irreparables. "Una es la guerra que tiene que sufrir en carne propia el campesino y otra, muy distinta, la que en sus pantallas de televisión, contempla el burgués industrial. En El Salvador, quienes van al campo de batalla son, mayoritariamente, los pobres, los hijos de los campesinos o de los marginados urbanos, no los hijos del patrón o del profesional", sostiene Martín-Baró (1990f, p. 150).

La guerra y sus consecuencias, vistas desde la psicología política bien se podrían analizar bajo cuatro vertientes: a) la violencia entre contendientes, con la idea de terminar con el rival, b) una polarización social, en la que los grupos se desplazan hacia extremos opuestos, c) la mentira institucional (ver Martín-Baró, 1993) y d) sus secuelas. Siendo de especial interés para la disciplina los incisos b y c. En el caso de la polarización social, la

parte gubernamental, lo mismo en El Salvador que en México y cualquier otra parte del continente y el mundo, pone en marcha varios planes de contrainsurgencia, entre los que se encuentra la llamada guerra psicológica, que consiste en "ganar la mente y el corazón de la población civil, a fin de constituir la en el principal obstáculo frente a los rebeldes, presentados como vulgares terroristas y enemigos del pueblo" (1990f, p. 150). (Alguna semejanza con el caso Chiapas y Guerrero, es culpa de los gobiernos, no de la realidad.) Por su parte la mentira institucionalizada tiende a legitimar una serie de actos que por sí solos no se justifican, más bien resultan repugnantes. Por ello, "La expresión pública de la realidad, la denuncia de las violaciones a los derechos humanos y, sobre todo, el desenmascaramiento de la historia oficial, de la mentira institucionalizada, son consideradas actividades subversivas —y en realidad lo son, ya que subvierten el orden de mentira establecido. Se llega así a la paradoja de que quien se atreve a nombrar la realidad o a denunciar los atropellos se convierte, por lo mismo, en reo de la justicia. Lo que importa no es si los hechos referidos son ciertos o no, cuya verdad es siempre negada *a priori*, lo que importa es que se nombren" (p. 154). "La mentira ha llegado a impregnar de tal manera nuestra existencia, que terminamos por forjarnos un mundo imaginario, cuya única verdad es precisamente que se trata de un mundo falso, y cuyo único sostén es el temor a la realidad, demasiado 'subversiva' para soportarla" (1993, p. 29). Asimismo, podemos hablar del ocultamiento ideológico como una parte del problema, un elemento esencial para justificar la prolongación de lo que para el gobierno no es más que un simple conflicto "localizado" en una pequeña región del territorio.

Trauma. Para entender el trauma hay que contemplar tres componentes psicosociales. Primero, "el trauma tiene un carácter dialéctico, lo que no sólo significa que es producido por la sociedad, aunque el afectado principal sea el individuo, sino que la naturaleza del trauma hay que ubicarla en la particular relación social de la que el individuo es sólo una parte" (1990g, p. 170); el segundo aspecto es que el trauma tiene un origen psicosocial, por lo que su comprensión y solución no radican en la exclusividad del individuo, pues hay que atender las raíces sociales, es decir, las estructuras o condiciones sociales traumatógenas; en tercer lugar se señala que las relaciones sociales no sólo son causantes sino también las que mantienen, alimentan y multiplican tal situación. En suma, el trauma psicosocial constituye "la cristalización concreta en los individuos de unas relaciones sociales aberrantes y deshumanizadoras, como las que prevalecen en situaciones de guerra civil" (p. 171). Así entonces, definido psicosocialmente, el trauma no es otra cosa que las heridas provocadas por la situación de guerra en pueblos enteros: "la herida que afecta a las personas ha sido producida socialmente, es decir, que sus raíces no se encuentran en el individuo, sino en su sociedad y, que su misma naturaleza se alimenta y mantiene en la relación entre el individuo y la sociedad, a través de diversas mediaciones institucionales, grupales e incluso individuales" (1990f, p. 159).

En este caso, de trascendencia para el contexto latino, destacan los trabajos de países como Argentina, Chile, Cuba, El Salvador, Guatemala y Venezuela, la mayoría de ellos inmersos en dictaduras o procesos de guerra interna. En dichos trabajos se encuentran dos tendencias, la primera es de "denuncia descriptiva y fundamentalmente clínica en su base, en la cual se presentan recuentos de casos de personas afectadas por la represión política, señalando cómo los maltratos físicos y psicológicos sufridos, las privaciones, el terror, el desarraigo y la opresión, las han traumatizado" (Montero, 1987b, p. 37). La otra línea busca propuestas teóricas, apoyándose en datos empíricos para dar cuenta de los

fenómenos del trauma político. De hecho, se ha propuesto una ciencia contra la tortura, ya que la ciencia psicológica ha contribuido a la tecnificación de la tortura, y esta ciencia se basaría en tres ejes: primero, la actual tendencia de la psicología no es capaz de solucionar los problemas presentados por la tortura; segundo, la tortura deja secuelas psicológicas y, tercero, la persona torturada es víctima de una persona y una sociedad enferma. Luego entonces, encontramos que la primera tendencia es clínica, y la segunda social. La presente revisión se enmarca en la segunda versión.

Al respecto del trauma psicosocial Martín-Baró (1990g) sostiene dos tesis. La primera señala que éste "puede constituir una consecuencia normal de un sistema social basado en relaciones sociales de explotación y opresión deshumanizadoras. En otras palabras, el trauma psicosocial puede ser parte de una normal anomalía social" (p. 172). La segunda plantea que dicha "normal anomalía social afecta muy particularmente a los niños, que deben construir su identidad y desarrollar su vida en la red de esas relaciones deshumanizadoras" (*idem*). En el caso de los niños que viven en zonas directamente afectadas por las acciones armadas, éstos experimentarían miedo, mientras que los de zonas eventualmente afectadas experimentarían ansiedad. Asimismo, se presentan dos tipos de experiencias traumáticas en los infantes, las que provienen de hechos violentos como la destrucción, y las de separación física y personal.

En tal caso vale reflexionar sobre los resultados de una encuesta aplicada en un refugio a las afueras de San Salvador. Se entrevistó a 250 personas de todas las edades, que constituyen el 36% del total de refugiados en el lugar. Los resultados son sumamente crudos: se encontró que bastaba la sola presencia del Ejército en las cercanías del refugio para que se experimentara temor (87%), otro tanto sintiera taquicardia (75%), y se vieran invadidos por un temblor corporal generalizado (64%). Datos alarmantes si tomamos en consideración el número de desplazados por las guerras (por ejemplo el caso de Chiapas, Guerrero y Oaxaca), y el constante movimiento de los militares en los refugios y poblados civiles (1990f). Mención acentuada merecen, en este caso, las violaciones a los derechos humanos, que han sido endosadas históricamente al actuar guerrillero y no al gubernamental, siendo que este último las comete aunque tiende más bien a "estabilizar" discursivamente tal situación. Mal que en ocasiones se ve acompañado por la presencia de campamentos militares que se establecen de manera permanente en las zonas de conflicto, y que llegan a introducir el alcohol a comunidades en donde ya se ha erradicado (como lo ha denunciado el EZLN en México) y a generar prostitución. Aunque este último elemento tiene cuando menos dos vertientes. Una de ellas es el fenómeno de descomposición social que intenta introducir el Ejército en las llamadas comunidades bases de apoyo de los rebeldes, y otra, la indicaba una joven de un poblado: "para evitar las continuas violaciones masivas, las 'más listas' tienen que recurrir a la protección de algún soldado u oficial prostituyéndose con ellos y pidiéndoles que las defiendan de los demás" (p. 146). Situación, por lo demás, incómoda para el resto de la población que se encuentra en los alrededores de dichos campamentos. Y que en las comunidades donde se establecen se presentan abusos, maltratos, represión, violaciones y hasta muertos. Todo ello configura parte del escenario de las consecuencias de una guerra en la población.

Volviendo al tema, se puede ver que, en el caso del trauma psicosocial, "el problema de fondo no está en los individuos, sino en las relaciones traumatógenas propias de un sistema opresor que ha desembocado en una situación de guerra" (Martín-Baró, 1990g, p. 186). Su tratamiento, por tanto, debe dirigirse también y "muy primordialmente a la relación, a esos vínculos grupales que constituyen la normal anomalía que deshumaniza a débiles y

poderosos, a opresores y oprimidos, a soldados y víctimas, a dominadores y dominados" (p. 186); así que la tarea del psicólogo es contribuir a generar hoy las condiciones para que los infantes, y demás personas, puedan desarrollarse y construir sus identidades sin los dilemas traumatizantes de la violencia y su consecuente deshumanización. De ahí que el salvadoreño (1990f) se planteara a finales de la década de los ochenta, realizar un intenso trabajo de despolarización, desideologización y desmilitarización que saneara las relaciones sociales y permitiera a la gente "elaborar su historia en un contexto interpersonal diferente" al que entonces se vivía. Lo cual llevaba, necesariamente, a "trabajar por establecer un nuevo marco para la convivencia, un nuevo contrato social en el mejor de los sentidos, que permita la interacción colectiva sin que la discrepancia se convierta en negación mutua; hay que trabajar por un sinceramiento social que lleve a conocer las realidades antes de definir las, a aceptar los hechos antes de interpretar los; hay, finalmente, que esforzarse por educar en la razón y no en la fuerza, de manera que la convivencia se funde en la complementariedad mutua para resolver los problemas y no en la violencia para imponer la propia alternativa" (p. 165).

7 Guerra de Baja Intensidad

Pero si la violencia en distintos países de nuestra América se ha tornado de abierta violencia, hay otra que parece ocultarse, que parece no presentarse, que se despliega en la lógica de la Guerra de Baja Intensidad, y de lo que se trata es de involucrar a otros actores, tanto del lado gubernamental como del lado de la disidencia o insurgencia. En el primer caso se crean grupos que actúan a la sombra de las diferentes policías y el Ejército, en contra de los simpatizantes o bases que apoyan a los rebeldes, de forma tal que disminuyen sus colaboraciones y dejan sólo a la guerrilla o a la disidencia social. En efecto, hay un tipo de violencia más escondida, pero también más brutal y que juega en las confrontaciones bélicas; más apartada de las ciudades y por ello más violencia, pues no hay muchas miradas denunciadoras que estén puestas ahí: se trata de la violencia de los grupos paramilitares o escuadrones de la muerte.

7. 1 Paramilitarismo

La creación de grupos paramilitares en los países donde se han desatado guerras internas ha sido una constante, sobre todo en Centroamérica, pero uno de los países que de manera reciente más ha sufrido la embestida de los grupos paramilitares es Colombia, donde hace poco se documentó la actuación de tales grupos. La organización no gubernamental "Colombia Informa" (1999) señala: "En Colombia aparecen, día tras día, dirigentes populares muertos por paramilitares o agentes desconocidos; pobladores víctimas de masacres; jóvenes cuyos cuerpos son tirados en los basureros de las ciudades grandes o pequeñas. Las autoridades reportan dos asesinatos al día; en 1995, fueron asesinados 25 398 personas" (p. 15). En Colombia, advierten, el terrorismo de Estado tiene dos elementos: la guerra sucia y el paramilitarismo. Este mismo organismo da a conocer los contenidos de un manual de contraguerrilla elaborado desde 1969: "La junta de autodefensa es una organización de tipo militar que se hace con personal civil seleccionado de la zona de combate, que se entrena y equipa para desarrollar acciones contra grupos guerrilleros que

aparezcan en el área o para operar en coordinación con tropas en acciones de combate" (citado en p. 16). Para 1987 el manual describía a este tipo de agrupaciones como "los grupos paramilitares con funciones tanto ofensivas como defensivas en el plano militar, de ocupación de territorios y registro de población, etc." (p. 16). Muchos de los impulsores de los paramilitares fueron entrenados en Estados Unidos, en la célebre Escuela de la Américas en 1969 y los setenta y ochenta.

En el caso de El Salvador, se hacía evidente su actuar cuando acababan con la vida de los disidentes: "El hecho de que gran parte de esta violencia sea ejercida indirectamente, mediante cuerpos u organismos a los que no se reconoce ninguna institucionalidad, pero a los que se abriga, impulsa y protege con más o menos descaro, nada quita para que se identifiquen sus acciones como acciones de carácter político gubernamental ('oficial'); es decir, que su responsabilidad (para bien o para mal) sea atribuible a los respectivos gobiernos" (Martín-Baró, 1976c, p. 311). Este tipo de prácticas se efectúan casi siempre en comunidades que apoyan a la disidencia, sobre todo si se trata de grupos guerrilleros, y lo que se pretende con su actuar es amedrentar y borrar todo apoyo a la subversión, mediante la práctica del terror. Es un componente de lo que se ha dado en llamar Guerra de Baja Intensidad.

Son varios los objetivos de la clase gobernante al crear y echar andar a los paramilitares (Colombia Informa, 1999): el primero de ellos consiste en "evitar que las fuerzas armadas sean enjuiciadas mayormente por los crímenes de lesa humanidad que han cometido; es decir, la acción de los paramilitares permite el desarrollo de actos criminales en donde no aparecen implicados directamente los organismos de seguridad del estado, lo cual facilita la impunidad" (p. 17). Hay que recordar que en los setenta las instituciones militares de Colombia fueron condenadas internacionalmente por violaciones a los derechos humanos. El segundo objetivo del Estado es hacer creer que el conflicto se desarrolla entre grupos paramilitares y guerrilla, y mostrar a la opinión pública que las atrocidades son cometidas por la guerrilla, para restarle legitimidad y credibilidad ante la población, mecanismo que se ha utilizado desde décadas atrás en el continente americano. En tercer lugar, los paramilitares le permiten al Estado colombiano y a las fuerzas armadas realizar operaciones masivas encubiertas de carácter contrainsurgente y movilizar grandes recursos sin que se descubran sus fuentes; pues si se sabe que equipo proveniente del extranjero es utilizado no para la lucha contra el narcotráfico como originalmente se acordó, sino para combatir a la guerrilla, no sólo hay una condena internacional, lo cual ya pesa, sino que se elimina el financiamiento. Por ello hay que encausarlo a través de grupos no reconocidos institucionalmente, cuya existencia legal no se puede comprobar.

Pero no sólo son Colombia y El Salvador los países que han sido presas de este tipo de actuación en extremo violenta. En la década de los ochenta Guatemala vivió el terror de la actuación de los grupos paramilitares, cuyo extremismo se denominó *kaibiles*, siniestros personajes que llegaban a comunidades campesinas e indígenas, y degollaban a sus víctimas, fueran estas niños o adultos, no importaba eso, y mostraban como trofeo de guerra una parte de sus víctimas, que en ocasiones era la cabeza, con la finalidad de atemorizar a la población y persuadirlos de que ese podría ser su destino si se seguía apoyando a los guerrilleros (ver ¡Ya Basta!, 3, 1994).

Colombia Informa (1999) cita un caso. En febrero de 1996 en el municipio de Urabá, una patrulla del ejército entra al pueblo: "El capitán al mando, después de citar a la junta de acción comunal y al párroco, dijo que quería que reunieran a 30 guerrilleros del pueblo. Los

nombres estaban en una lista que les mostró. Cuando les aseguraron que no eran guerrilleros sino campesinos conocidos por muchos del pueblo, les dio un *ultimatum*: "O me colaboran o nos vamos y vienen los *paras*" (p. 18); los *paras* son los paramilitares.

Las acciones de estos grupos se enfocan contra la población civil y organizaciones a las que consideran apoyan a la guerrilla. "La primera acción paramilitar se caracteriza siempre por esos dos elementos: llegan grandes grupos de encapuchados, primero capturan, con lista en mano, a varias personas reconocidas por su liderazgo social en la comunidad, a quienes acusan de pertenecer a la guerrilla o ser auxiliadores. Luego convocan a la población a una reunión y les cuentan de sus planes de ejecución de asesinatos y masacres. Preguntan quiénes están de acuerdo y a los que disienten les conminan a abandonar la zona o ser asesinados. Luego proceden a darle muerte a los detenidos, a quienes torturan y decapitan delante de la comunidad" (p. 18).

Una consecuencia del paramilitarismo es el éxodo masivo de la población. Pues el lema de campaña de los paramilitares es: "Detrás de cada árbol hay un guerrillero" (Colombia Informa, 1999).

En México, por ejemplo, desde 1995 a la fecha, después del fracaso de la ofensiva gubernamental contra el zapatismo, se ha documentado la existencia de varios grupos guerrilleros (ver Milenio 18). El periodista Juan Balboa (1997), por citar un caso, documenta la presencia de siete agrupaciones con las regiones en donde operan, todas en Chiapas, sus financiadores y el tipo de armamento que utilizan. Todo con detalles.

La actuación de este tipo de agrupaciones como parte de la Guerra de Baja Intensidad que se desarrolla contra comunidades enteras, es parte de la agenda de la psicología política latinoamericana, pues en tanto se insista en este tipo de actuación, y se pretenda una actuación libre y autónoma de tales grupos y no se reconozca de manera oficial su existencia, los conflictos persistirán y se agravarán con sus consecuentes daños materiales y humanos, muchos de ellos, como ya vimos, irreparables.

8 Memoria colectiva

Tradicionalmente en el marco de la psicología se considera a la memoria como proceso individual, que asociado a imágenes se produce al interior de la mente del ser humano, ya sea a través de "redes", de "cajones" de corto o largo plazo, o de cualquier otro funcionamiento, pero siempre por fuera de la cultura, y más bien por dentro del individuo, específicamente en su cabeza. Pues bien, desde principios de siglo, cuando menos, hubo dos personajes que señalaron que la memoria era social o se contenía en marcos sociales, tal fue el caso de Halbwachs (1924) y Bartlett; el primero francés y el segundo inglés (ver Fernández Christlieb, 1994a). Para Halbwachs (1924) los elementos que constituyen a la memoria son sociales: sus cuadros. En ellos se desenvuelve. Efectivamente, Michael Cole (1990) apunta que en tales marcos no hay separación estricta entre el individuo y la sociedad, al contrario, se unen, de forma tal que devienen en un "proceso constituido socioculturalmente", y para ello se requiere un referente diferente al planteado por el positivismo el siglo pasado.

Para Maurice Halbwachs, quien bautizó así a uno de sus libros, la memoria colectiva es "el proceso social de reconstrucción del pasado vivido y experimentado por un determinado grupo, comunidad o sociedad" (*La revista de cultura psicológica*, 1992, p. 6.), diferenciándose de la historia (versión dominante) en que a esta última no le interesa si alguien vivenció los acontecimientos, y a la memoria sí. Y mientras la historia da cuenta de los cambios en la sociedad, la memoria colectiva insiste en "asegurar la permanencia del tiempo y la homogeneidad de la vida, como en un intento por mostrar que el pasado permanece, que nada ha cambiado dentro del grupo y, por ende, junto con el pasado, la identidad de ese grupo también permanece, así como sus proyectos" (*idem*); que hay una lentitud en el acontecer (ver Fernández Christlieb, 1991a; 1994a).

Eso mismo es lo Enrique Florescano (1999) sostiene: "el pasado, antes que conocimiento especulativo acerca del desarrollo de los seres humanos, fue memoria práctica de lo vivido y heredado, aplicada a la sobrevivencia del grupo" (p. 13). El antropólogo mexicano puntualiza que además de afirmar la identidad como función inicial de la memoria, ésta pretende asegurar su continuidad. En última instancia, la memoria colectiva recupera el pasado y pretende la permanencia de lo que se ha querido olvidar por intención u omisión, pues como bien lo señala Mead: el pasado es una construcción social, determinada por los intereses del presente (Schwartz, 1990). El propio Halbwachs (1968) ya lo había planteado así: "la memoria colectiva es esencialmente una reconstrucción del pasado que adapta la imagen de hechos remotos a las creencias y necesidades espirituales del presente" (p. 98). Y Lowenthal (1990) agregaría que la memoria tiene como función no preservar el pasado "sino adaptarlo para enriquecer y manipular el presente". De ahí que se argumente la estrecha relación entre la memoria y el poder (Cole, 1990), recordando, a propósito de ello, lo que en su momento Orwell manifestó: "Quien controla el pasado controla el futuro; quien controla el presente controla el pasado" (citado en p. 13). Cuestión de preguntarle a quienes vivieron en países con dictaduras militares en Latinoamérica y bajo el régimen socialista en Europa del Este. Uno de ellos, Milan Kundera en *El libro de la risa y el olvido*, escribió: "El asesinato de Allende en Chile eclipsó rápidamente el recuerdo de la invasión de Bohemia por los rusos, la sangrienta masacre de Bangladesh hizo olvidar a Allende, el estruendo de la guerra del desierto del Sinaí ocultó el llanto de Bangladesh, la masacre de Camboya hizo olvidar al Sinaí, etcétera, etcétera, etcétera, hasta el más completo olvido de todo por todos" (1978, p. 16).

En efecto, un suceso opaca al otro, lo oculta, lo manda al olvido. De ello dan muestra numerosos procesos en Latinoamérica: un golpe de Estado es ocultado por un escándalo de proporciones propagandísticas mayores, o con "justificaciones" inverosímiles, en nombre de un "bien común", o se realizan asesinatos masivos en nombre de la defensa de la nación contra el "avance comunista", lo cual se da como versión oficial y dominante ante una nación por parte de quienes controlan la información y el presente, y en consecuencia el pasado.

Lira (2000) nos recuerda que desde la década de los cincuenta hubo gobiernos militares en América Latina. En 1954 en Guatemala y Paraguay, en 1964 en Brasil, en 1968 en Perú, en 1971 en Bolivia, en Uruguay y Chile en 1973. Eran los tiempos de la Guerra Fría y de la doctrina de Seguridad Nacional estadounidense, lo que acarrearía identificar como enemigos y agentes de la Unión Soviética a quienes fueran partidarios de ideas que propusieran una sociedad más justa; en el saco cabían lo mismo sindicalistas que campesinos, dirigentes sociales que periodistas y religiosos, defensores de derechos humanos que feministas. Lo cierto es que hubo resistencia a los ordenes militares, y se

manifestaron de diversas formas en distintos países; así, por ejemplo, en algunos casos derivó en resistencia civil y pacífica, y en otros en resistencias guerrilleras.

Pero también los distintos gobiernos militares hicieron uso de tácticas diferentes dependiendo del país y sus tradiciones, siendo común a todas ellas la tortura como recurso predominante con la idea de disuadir, obtener información y destruir a los dirigentes de las oposiciones. "La tortura brutal y salvaje se perfeccionó y tecnificó en los sesenta siendo objeto de capacitación y entrenamiento, incorporando, entre otras cosas, el control médico del torturado para no poner en riesgo su vida y asociando conocimientos psicológicos sofisticados al uso del dolor como recurso político" (p. 135). Consecuencia de la práctica represiva de los gobiernos militares fue la cárcel para unos, la muerte para otros tantos, o el exilio para quienes decidieron proteger sus vidas y se vieron forzados a abandonar su país.

Una vez que se han venido abajo las dictaduras militares y se habla de un tránsito a la democracia, salen a flote los excesos de los gobiernos militares: los múltiples asesinatos, las ejecuciones sin juicio y masivas, las cárceles clandestinas, por citar algunas situaciones. Los familiares de los torturados y desaparecidos exigen la presentación, cuando menos, de los restos de sus padres, de sus hijos, de sus hermanos, de sus parientes... los exiliados regresan, quieren vivir en el suelo de sus antepasados y de sus tiempos anteriores más pacíficos. Ante todo ello surge una paradoja: se plantea el dilema de la verdad, la justicia y la impunidad, vinculadas a las propuestas de olvido y perdón "como condiciones de gobernabilidad y de reconciliación" (p. 139).

Para algunos, la autoridad "debe asumir la existencia de las violaciones de derechos humanos como una experiencia no solamente de las víctimas, sino cómo esta situación de manera sistemática, ha afectado a toda sociedad" (Lira, 1997, p. 135). Para otros, los que detentaron el poder, la reconciliación de una sociedad va a la par del perdón y el olvido. Los militares justifican la represión en nombre del "bien común"; se han protegido desde antes de dejar el poder con leyes de amnistía e indulto, como fórmulas para dejar sin efecto las sanciones de crímenes pasados; tal es el caso de la ley de "Obediencia debida" de Argentina, de la "Caducidad de la pretensión punitiva del estado" en Uruguay, de "punto final" para cerrar el problema (Lira, 2000).

Uno de los que cree que en ciertas condiciones es necesario el olvido institucional, el olvido social, es Tzvetan Todorov (1999), para quien a pesar de no haber en la actualidad redadas de judíos ni campos de exterminio, no obstante, se tiene que "conservar viva la memoria del pasado: no para pedir una reparación por el daño sufrido sino para estar alerta frente a situaciones nuevas y sin embargo análogas" (p. 58). Si bien el racismo, la xenofobia, la exclusión que sufren los otros hoy día no cobran las mismas dimensiones de cincuenta años atrás, es precisamente en nombre de ese pasado que no debemos actuar en menor medida sobre el presente. En estos tiempos, la memoria de la Segunda Guerra Mundial permanece viva en Europa, "conservada mediante innumerables conmemoraciones, publicaciones y emisiones de radio o televisión; pero la repetición ritual del 'no hay que olvidar' no repercute con ninguna consecuencia visible sobre los procesos de limpieza étnica, de torturas y de ejecuciones en masa que se producen al mismo tiempo, dentro de la propia Europa" (p. 59). Aunque el autor advierte que en ocasiones hay que olvidar para evitar el sufrimiento y el dolor, por ejemplo, de quienes vivieron en carne propia las torturas de los campos de concentración de los nazis en la primera mitad del siglo XX.

Argumento similar esgrimen los militares latinoamericanos para no dar cuenta de su actuación en el periodo en que gobernaron mediante la represión, y llaman al olvido para evitar abrir viejas heridas que, según ellos, ya han cerrado; y sólo queda mirar al futuro (ver Lira, 1997). Ante tal planteamiento un chileno respondió: "Se ha dicho que hurgar en estos acontecimientos del pasado es abrir nuevamente las heridas del pasado. Nosotros nos preguntamos, por quién y cuándo se cerraron esas heridas. Ellas están abiertas y la única manera de cerrarlas será logrando una verdadera reconciliación nacional que se asiente sobre la verdad y la justicia respecto de lo sucedido. La reconciliación tiene esas mínimas y básicas condiciones" (citado en Lira, 2000, pp. 141-142).

En su momento Martín-Baró, quien vivió bajo una guerra civil en su país, lo señaló así: "Resulta necesario recordar la magnitud, cuantitativa y cualitativa, del daño producido por las campañas de contrainsurgencia o de represión estatal, para comprender el engaño, de querer hacer borrón y cuenta nueva de esa historia; el pasado que tan festinadamente se quiere cerrar no sólo está en personas y grupos —víctimas y victimarios— sino que sigue operando en las mismas estructuras sociales" (citado en Blanco, 1993, p. 26). Por supuesto. Ahí se encuentra el hueco dejado por todas aquellas miles de personas asesinadas o desaparecidas, "vacío que aún sigue acongojando a sus familiares; pero está también la herida viviente de todos aquellos, probablemente tantos o más que los muertos, que sobrevivieron tras sufrir en carne propia la crueldad de prisiones crueles, de interrogatorios sin fin, de torturas refinadas; finalmente, está el trauma de aquellos innumerables que en algún momento fueron amenazados, hostigados y perseguidos y que, para salvar sus vidas y las de sus familiares tuvieron que renunciar a sus ideales y sus principios o bien esconderse, huir, refugiarse y aún exiliarse de su propia patria" (*idem*). El daño provocado es de una gran magnitud, tanto que "resulta casi ingenuo o cínico pretender que se olvide de la noche a la mañana". Y es que, en el fondo, el daño causado no sólo es individual, pues se trata de un problema estrictamente social: "El daño producido no es simplemente el de la vida personal que se destruye; el daño se ha causado a las estructuras sociales mismas, a las normas que rigen la convivencia, a las instituciones que regulan la vida de los ciudadanos, a los valores y principios con los que se ha educado y en función de los cuales se ha pretendido justificar la represión" (*idem*). A la humanidad misma.

De ahí que una estudiosa de estas cuestiones, la chilena Elizabeth Lira (1997) demande que el reconocimiento de tales problemas "implica poner en palabras una memoria traumática que ha sido la verdad de las víctimas de manera que pueda ser una verdad de la sociedad. Se trata de recuperar la memoria del horror y del miedo, de la tortura, del desaparecimiento, del exilio, de la censura, de la persecución y de la muerte" (p. 135). Un buen inicio posiblemente lo constituya el hecho de que en la mayoría de los países bajo dictaduras o con conflictos bélicos, se crearon las denominadas comisiones de la verdad, que pretenden arrojar luz sobre los acontecimientos con la cooperación ya sea de Naciones Unidas (ONU) o de la Organización de Estados Americanos (OEA). "Las Comisiones de la Verdad han sido organismos creados para encauzar un enfrentamiento crítico con el pasado reciente de violaciones de derechos humanos, produciendo una verdad social e individual, a fin de superar las profundas crisis y traumas generados por la violencia política y evitar que tales hechos se repitan, al menos en un futuro cercano" (Lira, 2000, p. 141).

En última instancia, la disputa por la memoria va mucho más allá del solo reconocimiento de los hechos y mucho más allá de la identificación de los antagonismos y sus fundamentos, aunque sin ello no sería posible tal campo de reflexión: "Se establece en las dimensiones emocionales y morales de la acción humana, que fundamentan los juicios,

las actitudes y las diversas acciones frente al acontecer... Cada historia nacional es pues, un conjunto de hechos y proceso políticos cruzados por una diversidad de memorias coexistentes, las que *en conjunto* constituyen la memoria colectiva de una sociedad, que no elude el juicio ético ni político de esos procesos" (p. 149).

Qué debe hacer la psicología política al respecto. Lo importante en este caso, es que este tipo de psicología "supone, ante todo, un trabajo de recuperación de la memoria histórica de nuestros pueblos" (Martín-Baró, 1990c, p. 76), coincidiendo en el desarrollo de las concepciones de la memoria compartida y memoria colectiva (Halbwachs, 1968; Middleton y Edwards, 1990a). El propio Martín-Baró asegura que se trata de "recuperar no sólo el orgullo de pertenecer a un pueblo y de contar con una cultura y tradición, sino, sobre todo, de rescatar todos aquellos aspectos –costumbres, formas de organización y trabajo, valores y normas- que sirvieron ayer y servirán hoy para la liberación" (Martín-Baró, 1990c, p. 77). De ahí que "la recuperación de una memoria histórica va a suponer la reconstrucción de unos modelos de identificación que, en lugar de encadenar y enajenar a los pueblos a la gloria del consumismo, les abran el horizonte hacia su liberación colectiva" (*idem*). Un segundo elemento, asimismo, es el reconocimiento y potencialidad de virtudes que han permitido sobrevivir a los pueblos oprimidos; tal es el caso de la inteligencia práctica de ciertas comunidades, los lazos de solidaridad, y que no son perceptibles a la luz de las pruebas de inteligencia tan utilizadas. En fin, que hay mucho de admirable y heroico en ello, señala el autor; en "esas formas sencillas de pensar, sentir y actuar, que han permitido a nuestros pueblos sobrevivir a siglos de dominación e imperialismo; son esas formas las que son necesario rescatar y potenciar de cara a un proceso de liberación" (p. 78).

9 Solidaridad

Un proceso más en la agenda latinoamericana lo constituye la solidaridad, modalidad del carácter histórico de la conducta sociopolítica en nuestro continente. Para Martín-Baró (1983) es claro que junto a matanzas de personas y actos de terrorismo por parte del gobierno, "hay también continuas muestras de solidaridad así como actos de profundo altruismo, principalmente entre aquellos que, por su condición social, carecen de poder para defenderse. Hay quienes acogen al perseguido con grave peligro para su vida, quienes alimentan al abandonado compartiendo las ya escasas tortillas, quienes defienden de calumnias y dan la cara por el acusado, quienes atienden al herido que no puede acudir a una clínica por temor a ser asesinado, y quienes dan sepultura a cadáveres desconocidos arrojados en basureros públicos. Son hijos del pueblo salvadoreño (soldados) quienes se lanzan a la destrucción de sus propios hermanos; pero son hijos también del mismo pueblo aquellos que recogen los residuos de la destrucción para dar nueva vida a esta comunidad de desheredados" (p. 299).

Para un sistema social que se basa en la explotación, la producción del egoísmo como norma está a la orden del día, pero eso se contrarresta con la organización comunitaria que generan las necesidades apremiantes en que mete el sistema social a los grupos y comunidades de los países latinos; en donde encaja lo que se denomina acción prosocial: "aquella cuyo producto es socialmente beneficioso y, más específicamente, como aquella acción que beneficia a otras personas" (p. 304), como las acciones que realizan las personas

cuando hay tragedias, o la que realizan las madres a la hora de cuidar a sus hijos, o la de las personas que ayudan a cruzar la calle a personas con dificultades, hasta quienes brindan apoyo a quien es perseguido. Pero se vale una acotación: "la determinación de la acción prosocial requiere no sólo que su producto sea beneficiosa, sino que lo sea socialmente, es decir, que redunde en beneficio de otro u otros entendidos como referencia social" (*idem*). La única distinción entre acción prosocial y el altruismo es que la segunda *busca* el beneficio, y la primera *tiene* como producto el beneficio a la sociedad. Así que la segunda es prosocial, pero no a la inversa. En sentido estricto, la solidaridad es definida como aquello que "contribuye al progreso de las estructuras de justicia mediante el apoyo a los sectores o personas más débiles y al fortalecimiento de la responsabilidad colectiva" (p. 319). Más aún: "es entendida como el apoyo que alguien da a las causas defendidas por otros individuos o a las mismas personas. Al solidarizarse, las personas comparten la responsabilidad respecto a algo o alguien, cargan con las consecuencias de lo decidido o realizado por otros" (p. 332).

Pero para un sistema social que excluye a sus ciudadanos no sólo de los beneficios del confort, sino de las decisiones, le resulta complicado entender la solidaridad, pues los Estados han llegado al límite de "institucionalizar" las responsabilidades, y de tecnificar todo a grado tal que sólo caben en él los especialistas con sus razones instrumentales (ver Fernández Christlieb, 1994a), quienes pueden "solucionar" esto o aquello, quienes están calificados; y el ciudadano normal, "común", no tiene responsabilidades sobre amplios aspectos de su vida: se le excluye, no por bondad del gobierno, sino porque no le resulta funcional al sistema tenerlo entrometiéndose en todo, se le asignan algunas actividades (Martín-Baró, 1983), se le manda al ámbito privado, donde no pueda ser visto (Fernández Christlieb, 1989b; 1991a). Es así, precisamente, que un grupo de iluminados, los que dirigen el rumbo de una nación, deciden qué es lo importante, lo urgente y lo atendible; cuáles son las necesidades y prioridades, cerrando las puertas para todo aquel proceso que no se acredite por la legalidad impuesta por los grupos dominantes, por los procedimientos técnicos que han establecido (Fernández Christlieb, 1991b). De esta forma, es la "consagración del individualismo formal, donde cada cual debe velar por sí, pero sólo los privilegiados disponen de recursos, propios e institucionales, para dar respuesta real a sus necesidades, es decir, para ser 'responsables'" (Martín-Baró, 1983, p. 335).

Es en este contexto en el que se ubica a la solidaridad, en un esfuerzo por salir de los estrechos marcos del individualismo y se asume una parcela más amplia de la responsabilidad, sumándole lo que otros necesitan y hacen, llegando al terreno de la colectividad, del conjunto, dejando de lado la "razón moderna" (Fernández Christlieb, 1991b). Y es con la solidaridad con lo que se logra superar los esquemas de la "responsabilidad institucional", mediante el apoyo de los sectores más débiles, con menos o nulo poder, y se propicia así una situación de mayor justicia (Martín-Baró, 1983). En pocas palabras: la "responsabilidad social, constituye un proceso en el que no siempre coinciden objetividad y subjetividad. Objetivamente, la solidaridad promueve el establecimiento de una mayor justicia social; subjetivamente, la solidaridad puede ser desencadenada por muy diversas motivaciones" (p. 339). Vista así, la solidaridad como proceso objetivo, tiene aportes a la justicia de una sociedad, que se muestran en tres fundamentos: a) los actos de solidaridad presuponen la existencia de desigualdades e injusticias en una sociedad, sino, no hicieran falta los actos solidarios; b) se comparte el costo de las necesidades no satisfechas, y c) al apoyar las exigencias de los necesitados, la solidaridad logra un cierto progreso de la justicia objetiva, y un mayor equilibrio social.

10 Medios y opinión pública

Uno de los puntos importantes en los que incursionó Martín-Baró, fue en el de la opinión pública (v. gr. Martín-Baró 1990b; 1990h), y resultó de suma importancia dados los acontecimientos que se presentaban en El Salvador, en donde el gobierno pretendía hacer pasar su punto de vista como el de la nación, y sus deseos como los expresados por la sociedad salvadoreña; de ahí que el impacto de los estudios en este terreno hayan resultado de gran trascendencia. Dichos trabajos se inician a mediados de los ochenta y, en buena medida orillados por el manipuleo de los medios de información, del propio gobierno e incluso de la guerrilla, y tratan de dar cuenta de la opinión del salvadoreño, hasta ese momento minimizado y sustituido (ver 1990b). Y es que "al abrigo de la libertad de prensa, se manipulan las informaciones, transformando la noticia en propaganda y el desacuerdo ideológico en denigramiento, cuando no en abierta difamación personal" (p. 38), se quejaba el psicólogo social.

En el trabajo de propaganda que realizaba el gobierno salvadoreño durante los años de conflicto bélico interno, este autor veía serios problemas y aseguraba: "Las exigencias propagandísticas de la misma guerra, el objetivo de ganar las mentes y los corazones de la población hacia la propia causa -la llamada guerra psicológica- lastra aún más el medio informativo y lleva a formalizar los hechos en noticias partidistas, signadas de antemano como buenas si favorecen al propio bando, o como malas si favorecen al enemigo" (*idem*). De ahí la necesidad de crear una instancia que diera cuenta del sentir de la población inmersa en un país convulsionado por la guerra. Así, surge en 1986 el Instituto Universitario de Opinión Pública (IUDOP), como un órgano académico de la Universidad Centroamericana -una replica de este instituto se realizaría años más tarde en la Universidad de Guadalajara.-, teniendo como objetivo "contrarrestar el clima de mentira producido por la guerra psicológica, particularmente ayudando a desmontar la formalización ideologizada de la opinión pública salvadoreña con la ayuda de las ciencias sociales" (1990h, p. 193). Desde entonces el IUDOP contribuyó a "un conocimiento más realista de lo que sienten y piensan los salvadoreños y, a potenciar así un debate nacional más rico, en el cual se tuviera más en cuenta la complejidad de opiniones e intereses de los diversos grupos que componen la población" (*idem*). En el marco de la psicología política, lo que representó el IUDOP fue una instancia que permitió dar voz a las opiniones e intereses de las mayorías populares, a través de un trabajo de "encuestamiento científico".

Para Martín-Baró la opinión pública no puede ser concebida como un "simple estado de la conciencia colectiva de una población", pues lo que debe entenderse por opinión pública supone "un grado de formalización refleja, en el sentido de una toma de conciencia, sobre la cual las personas piensan o sienten como miembros de una colectividad o grupo social" (p. 191), la cual depende, en gran medida desafortunadamente, de los medios de comunicación masiva. Y es que los medios de información, por antonomasia, formaban parte de la minoría que detentaba el poder y por tanto jugaba de su lado -en México no ocurre lo contrario-, y varias de las agencias y sus periodistas se dedicaban a seleccionar notas que servían las agencias internacionales, mostrando así una cara, no siempre la más fiel, de lo que de ese país centroamericano se quería exhibir. De ahí que se criticara el hecho de que en varios países los medios de comunicación hayan presentado -y a la fecha lo sigan haciendo- como opinión pública "lo que era simplemente opinión interesada de sus propietarios" (*idem*).

En ese contexto de guerra, como la desarrollada en El Salvador en los ochenta, la opinión pública es de suma importancia. En efecto, pues esta confrontación armada vista desde una perspectiva psicosocial se puede caracterizar por: a) una polarización extrema de las principales fuerzas sociales en contienda, y b) por el uso del recurso de la violencia (mortal) sistemática para promover los intereses y causas propias (1990h), siendo uno de los ingredientes en esta contienda la llamada Guerra de Baja Intensidad (GBI), también conocida como Guerra Psicológica (GP) (ver Martín-Baró, 1995), que consiste en "el esfuerzo sistemático por ganarse la mente y el corazón del enemigo y de sus simpatizantes, actuales o potenciales, para ello se sirve de cualquier modo que permita convencer y conmovir, sin excluir los medios que convencen sólo porque conmueven, como es toda forma de terrorismo de Estado. La guerra psicológica busca, precisamente, lograr su objetivo atendiendo a los dos elementos psicosociales de la guerra" (1990h, p. 188). El primer objetivo consiste en "convertir la realidad social en una palestra maniquea de bien o mal absoluto, frente a la cual no queda más alternativa que optar por el bien que es la propia postura. Este proceso conduce a la elaboración de una historia oficial, una formalización simplista de los hechos y de sus actores, coherente con los intereses establecidos" (*idem*). El segundo objetivo consiste en "reforzar positivamente la aceptación de esa historia oficial y la consiguiente sumisión al poder establecido, volviendo lo más costoso posible su rechazo y la insumisión al proyecto dominante" (p. 188). Y uno de los elementos constituyentes de la guerra psicológica es justamente la opinión pública, pues juega un papel importante en la guerra de contrainsurgencia (Martín-Baró, 1990h).

Eso lo sabía muy bien el gobierno salvadoreño, puesto que uno de sus objetivos fundamentales fue la creación de una opinión pública favorable a su proyecto político y, "en el peor de los casos, crear imágenes que pudieran ser difundidas como prueba de ese estado de opinión pública" (p. 192), lo cual requería, desde la lógica psicopolítica, ser desenmascarado, para mostrar las cosas tal cual se presentaban en el escenario cotidiano. Trabajo al cual se abocó el IUDOP, cuyas consecuencias sufrieron sus instalaciones que en más de una ocasión fueron atacadas por grupos del gobierno que buscó a toda costa acallar las voces del instituto (ver Pacheco y Jiménez, 1990b).

Martín-Baró (1990h) habla de un cierto fracaso de la guerra psicológica que en su momento emprendió el gobierno al tratar de "moldear la opinión pública salvadoreña", y aduce algunas razones: contradicciones en la campaña propagandística, la creación de canales alternativos de comunicación que dan a conocer sus versiones de los hechos que resultan en ocasiones más verosímiles para ciertos sectores de la mayoría de la población. Pero también jugaron un papel importante la contrapropaganda de la propia guerrilla, de otros sectores del movimiento popular dedicados a desmentir la versión oficial e instancias independientes como las ONG's. Aunque en última instancia, habrá "que atribuir este fracaso a la fuerza de la misma realidad. No hay nada más configurador de la opinión y el sentir de las personas que su propia existencia... (esto es) nada más subversivo, más desenmascarador del discurso oficial que la propia realidad" (pp. 206-207).

En ese marco Martín-Baró se destacó como un impulsor de los trabajos de estudios de opinión pública, muestra de ello son estos ejemplos. Cuando el gobierno de El Salvador con el apoyo del gobierno de Estados Unidos se empeñaban en hacer ver a los salvadoreños que la guerra que libraba el Ejército de este país, con la ayuda de los militares norteamericanos, querían hacer ver a la población local que la guerra que se libraba en Centroamérica era contra los comunistas y el expansionismo soviético; es decir, ellos eran los culpables de la guerra, no la pobreza, ni la miseria y mucho menos la opresión en que vivía la gente. El

IUDOP realizó una encuesta en la que encontró que el grueso de la población señalaba las causas endógenas de la guerra en "la injusticia estructural, la ambición de poder, la crisis económica o la mala administración de los gobiernos" (p. 197) Y a pesar de la sistemática campaña de los medios de comunicación masiva para encontrar las causas de la guerra en el exterior, por ejemplo en el comunismo o en la reciente Nicaragua revolucionaria, sólo el 5% de la población los señalaba como causa del conflicto, y al contrario de lo pregonado, el 49.4% de los salvadoreños se declaraban en abierta negativa contra la injerencia estadounidense en El Salvador. Ello se da como respuesta en 1986 al anuncio del entonces presidente de Estados Unidos, Ronald Reagan, quien pretendió pretextar su intervencionismo en una encuesta de la empresa Gallup en la que se indicaba que un 90% de la población centroamericana apoyaba su política hacia el área, y con ello justificaba una solicitud al Congreso de su país para que aprobará una partida mayor para armamento que se utilizaría en Centroamérica.

Pero no sólo los gobernantes estadounidenses tenían que justificar la "inversión" de recursos en esta región conflictiva, no, puesto que el propio gobierno salvadoreño tenía que "justificar" el alargamiento del conflicto y el por qué no daba solución a las demandas de los inconformes y se ponía fin a la lucha armada. "Justificar la prolongación de la guerra frente al pueblo que sufre sus consecuencias, es una tarea nada fácil; a ello han dedicado sus mejores esfuerzos los órganos de la guerra psicológica del gobierno y del ejército salvadoreño" (p. 201), recordaba, por lo que entre sus múltiples actividades se dedicaban a "demonizar" la imagen del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN); trataban, en última instancia, de ideologizar a la guerrilla salvadoreña.

No obstante lo problemático que resultó la realización de un trabajo de esta envergadura, la opinión pública en medio de las balas, de la represión, de los enfrentamientos, Martín-Baró (1990b) la realizó, y en su momento advirtió que, en todo caso, los estudios de opinión deberían convertirse en ejes a seguir por parte de los gobiernos en turno y, donde haya conflictos armados, también de los grupos guerrilleros, si dicen representar a un sector de la población y actuar en consecuencia con lo que demanda la nación. Si, porque resulta que en 1989 cuando "ganan" las elecciones Alfredo Cristiani y su partido Alianza Republicana Nacional (ARENA), se realizó un estudio en el que tres de cada cuatro personas ponían como tarea al nuevo gobierno, para terminar con la guerra, anteponer el diálogo y la negociación con el FMLN, lo cual finalmente no sucedió, pues el gobierno se decidió primero por la confrontación bélica antes que la utilización del diálogo (1990h).

Al final, después de varias investigaciones realizadas, 22 sobre opinión pública específicamente entre 1979 y 1989 (Corte, 2000), los años más cruentos de la confrontación en su país, algunas de las conclusiones que saca Martín-Baró (1990h) sobre sus trabajos de opinión en la guerra centroamericana, son: a) dado el carácter de guerra de baja intensidad, la conciencia colectiva de la población se vuelve un campo de batalla de particular importancia; b) el poco éxito del gobierno y los militares para ganar las mentes y los corazones de los salvadoreños para legitimar su proyecto político-económico, aunque logren transmitir una imagen negativa de la guerrilla (FMLN); c) la exigencia de apertura en los medios de información que permita externar otros puntos de vista, diferentes a los oficiales y, por tanto, confrontar posturas, lo cual permite formar criterios y juicios diferentes y críticos; d) muy a pesar de las presiones de sectores duros, tanto nacionales como internacionales, para provocar una salida militar al conflicto, la mayoría de la sociedad externaba su voluntad de una salida por medio del diálogo y la negociación, lo cual se va imponiendo en la conciencia

colectiva nacional. En nuestro país con la emergencia del Ejército Zapatista de Liberación Nacional y el Ejército Popular Revolucionario se presentó un proceso similar que analizaremos más adelante.

III. La salida

Evidentemente lo hasta aquí desarrollado plantea un cuestionamiento: el papel del psicólogo político en la situación latinoamericana. Como se ha visto, éste no puede quedarse ni con las teorías más conservadoras, que no permiten abarcar la complejidad de la realidad en la que se encuentra inmerso y de la cual se rodea, pero tampoco puede asumir la asepsia que lo caracterizaba hasta hace dos décadas: la supuesta neutralidad científica, siendo que es actor de la realidad de la que pretende dar cuenta (ver Fernández Christlieb, 1990b), por lo que su pretendido "objeto de estudio" no resulta del todo así, pues más bien es parte del "objeto", por lo que ya no puede tomar distancia al estilo positivista, pero tampoco sumergirse, toda vez que no se trata de hacer activismo, sino más bien de realizar un trabajo científico con rigurosidad, desde nuevos esquemas y teorías y metodología, y con una nueva práctica social. De lo que se trata, en sentido estricto, es de contribuir a una realidad que de gusto vivir, que amemos y que ya no nos duela como en el pasado (Fernández Christlieb, 1987).

1 Concientización y rol del psicólogo

Una de las áreas exploradas por la psicología política tiene que ver con el rol del psicólogo y de la propia disciplina, en donde se incluyen desde la postura teórica que se asume, la supuesta neutralidad de la ciencia, o "las formas específicas en que los psicólogos, al igual que otros científicos sociales, pueden intervenir en la toma de decisiones y transformación social". En el caso de la posición del cambio se pueden encontrar varias tendencias, desde los que apuntan que la psicología debería tender hacia ciertos cambios sociales, con un claro acento en desarrollar una tecnología basada en un paradigma experimental, como lo apuntan los conductistas de "avanzada", como Ribes Iñesta (ver Montero, 1987b), hasta los que plantean a la psicología como contribución a la liberación de los pueblos de América (ver Martín-Baró, 1985; 1990a; 1999e).

Para Montero, D' Adamo y García (1995) es importante insertar a la psicología en su comunidad, lo cual supone una necesaria apertura teórica, y la tarea "requiere del apoyo brindado por una formación que oriente y reoriente a los profesionales para dotarlos de conocimientos y amplitud de criterios teórico-metodológicos para el abordaje de los fenómenos psicopolíticos" (p. 16). Es en ese sentido que la formación profesional más amplia le daría al psicólogo posesión de una "gama mayor de estrategias que potencien su capacidad de intervención en los problemas sociales que no serán ya su 'objeto de estudio' sino el sentido de su comportamiento con la sociedad en la que vive" (*idem*).

Un antecedente de tales presupuestos puede encontrarse en el intento por vincular a la psicología social con las necesidades sociales, realizado por Donald Campbell cuando publicó en 1969 un artículo en *American Psychologist* titulado *Reforms as Experiments*, en el que expresa "el deseo de poner los conocimientos de la psicología al servicio de la solución de los problemas sociales contemporáneos" (citado en Rodríguez, 1981, p. 23). En el mismo

año se publicaron los discursos de George Miller y Morton Deutsch, ambos "dedicados a la relevancia social de la psicología y la necesidad de que los psicólogos tomaran conciencia de la misión que tienen que desempeñar en la resolución de los problemas sociales de nuestra época". Desde esos momentos se asiste a un tipo de compromiso desde la disciplina como forma de conocimiento y como planteamientos para la praxis social.

Dicho compromiso comienza a adquirir forma a mediados de los ochenta con el planteamiento de la psicología política latinoamericana, donde se advierte que "en lugar de ser vista como un testigo de procesos sociopolíticos que afectan al individuo" debe saberse "como un medio para intervenir en transformaciones sociales, para promoverlas, y para analizarlas a fin de producir respuestas a los problemas planteados por las relaciones sociales, económicas y políticas" (Montero, 1987b, p. 46). Así, por ejemplo, desde esta perspectiva de psicología política latinoamericana, detener la tortura "no es un asunto de secreto acerca de los progresos de una disciplina, sino de ética en sus profesionales, y ambos están profundamente ligados a la ideología" (p. 38). Y a pesar de que el contexto, tan adverso en ocasiones, sobre todo en otros tiempos, y que parece que poco puede hacer el científico social frente al poder, se reflexiona que lo poco en lo que pueda contribuir bien vale la pena echarlo a andar. En el contexto de conflictos bélicos, *v. gr.*, frente al terrorismo de Estado la "asepsia científica se convierte en complicidad y frente a la mentira institucional el silencio se convierte en encubrimiento" (Martín-Baró, 1990i, p. 44). Debe haber, por el contrario, un compromiso crítico con el progreso y un continuo juicio sobre la realidad, de forma tal que si "el compromiso exige del científico cercanía y participación, el sentido crítico le exige objetividad e independencia" (p. 45); y el psicólogo político debe brindarlo.

Se requiere, para ello, una nueva racionalidad que permita descubrir nuevas alternativas históricas, y que no nos quedemos con las que están ya de hecho, sino que permitan llegar a las que la realidad imperante les cierra el paso: qué hay en la aparente sumisión del obrero, del campesino, en los gestos solidarios de las catástrofes...: "Sólo en la medida en que los científicos sociales asumamos la perspectiva de las mayorías oprimidas de nuestros pueblos será posible que nuestra ciencia descubra horizontes y realidades diferentes, quizá no tanto como realidades de hecho sino como realidades por hacer" (p. 46). Esto es, potenciar lo que permite una situación más justa en ciertos procesos grupales y una mayor humanización en las sociedades. "Nuestro imperativo es examinar no solo lo que somos sino lo que podíamos haber sido y, sobre todo, lo que deberíamos ser, dadas las necesidades de nuestra gente –tengamos o no modelos preexistentes" (1994, p. 38).

Dado que, en cierta medida, la psicología política toma como objeto específico los procesos de conciencia humana, habrá de "atender al conocimiento que la gente tiene de sí misma", como individuos y miembros de una colectividad. Desde la perspectiva de la psicología política, el conocimiento que vale más no es el conocimiento explícito y formalizado, "sino el conocimiento inherente a la praxis diaria, usualmente implícito, estructuralmente inconsciente e ideológicamente natural. Este conocimiento es importante en tanto trabaja con realidades objetivas, contribuyendo o no a la humanización de la gente, y asiste u obstruye los esfuerzos de grupos o personas para tomar el mando de su propia existencia" (p. 39). Visto así, el horizonte fundamental para la psicología política "como campo de conocimiento es la *concientización*" término de acuñación freiriana, que caracteriza el proceso de transformación personal y social de los oprimidos del continente. Son tres los elementos a considerar de la concientización: 1) el ser humano es transformado a través de cambios en su realidad; 2) a través de la decodificación de su mundo la gente comprende los mecanismos de opresión y deshumanización en la que se encuentra inserto,

desnaturalizando lo que es social, y 3) el nuevo conocimiento de una realidad circundante, lleva a los grupos o personas a una nueva comprensión de sí mismos y de su identidad social; se descubren "en sus acciones que transforman las cosas, en su papel activo en relación con otros. Los lleva a descubrir no sólo las raíces de lo que ellos son sino también su horizonte, lo que pueden llegar a ser. Así, la recuperación de su memoria histórica ofrece una base de mayor determinación de autonomía en su futuro" (p. 40). Y a ello contribuye el psicólogo político.

Para el salvadoreño una psicología política de este tipo requeriría de la exploración de nuevas formas de conciencia, en un trabajo concientizador que "se aboque no sólo a una praxis transformadora del mundo material sino, sobre todo, a una praxis transformadora del mundo social, lo que supone una articulación organizativa de las necesidades más profundas y de los intereses más auténticos de las propias clases populares" (1990c, p. 78), incluso por fuera de la mediatización partidista. De esta forma, la psicología política latinoamericana reclamaría, por necesidad, "una psicología que tome en cuenta el poder social en la configuración del psiquismo humano y que, por tanto contribuya a construir un nuevo poder histórico, como requisito de una nueva identidad psicosocial de las mayorías hasta hoy dominadas" (*idem*); y que insertas en medio de violencia de tipos varios y de una discriminación impuesta a amplias franjas de la población, plantean un reto. No obstante, de lo que se trata es de ver si desde la peculiaridad de nuestra disciplina tenemos algo que aportar para contribuir a soluciones duraderas, y responder a las exigencias de quienes necesitan nuestro aporte (Carozzo, 1996).

Por ello es que para Falcón (1999) esta concientización pasa por la educación, misma que resulta imprescindible y que "tenga que estar impregnada con una fuerte dosis de espíritu democrático, ya que caso contrario se cae en el grave riesgo de estar ante una educación dogmática que solamente sirve —parcialmente— a los intereses de las élites inscritas en el entorno de los gobernantes" (p. 62). No obstante, o precisamente por todo esto que se trae a cuestras, se ha trascendido con tal propuesta la demarcación latina, de ahí que para Amalio Blanco (1993) siga abierta la discusión sobre el papel de la psicología en el sentido de si es posible que transite por el camino del compromiso, ya no sólo del individuo, sino con el bienestar de los pueblos y de las sociedades, una psicología al servicio de las mayorías, como lo decía Martín-Baró. Un buen punto de partida, para el autor español, lo constituye el uso de la información a partir de los estudios realizados, el que con ellos se pueda denunciar el peligro que corren ciertas personas o el riesgo para la concordia social de una sociedad, por ciertas prácticas de aprendizaje y socialización (lo que saben bien ciertos grupos de poder, otrora ejércitos, de algunos países), y de estructuras políticas que se basan en la represión y ciertas estructuras económicas que oprimen o llevan a la pobreza (según los teólogos de la liberación, hay dos males: la guerra y la pobreza) o superestructuras ideológicas que justifican la desigualdad y favorecen la discriminación. Para Amalio Blanco (1903) "la necesidad de tomar partido, de no pretender una neutralidad axiológica que, además de ingenua, resulta epistemológicamente imposible; la posibilidad de intervenir para paliar las secuelas que han dejado sobre personas, grupos y hasta sociedades enteras este tipo de experiencias traumáticas [... en todo ello] tiene la Psicología una autorizada y sólida opinión que se desprende de un corpus teórico cada vez más coherente y de una sólida tradición investigadora que dio comienzo, de una manera más o menos sistemática, a raíz de la Segunda Guerra Mundial" (p. 24). Muestra de ello lo puede constituir en los hechos, los trabajos realizados por la chilena Elizabeth Lira, quien ha estudiado las consecuencias

Capítulo 2. Psicología política latinoamericana

psicológicas de la represión, bajo cuatro grandes apartados: la tortura, el secuestro-desaparición, la muerte y el exilio.

En todo caso la psicología política tiene muchas cosas que decir sobre una realidad tan lacerante; y lo puede hacer desde asumir una postura teórica distinta a la hasta ahora dominante, desde plantear crítica, hasta proponer alternativas, pero si esos no fueran los casos, con nombrar los acontecimientos tal cual se van presentando, por el solo hecho de hacerlo ya estaría cumpliendo con su papel de poner en claro que trabaja sobre la realidad, sobre lo que se vive, y eso ya es un avance.

SEGUNDA PARTE.

MOVIMIENTOS ARMADOS EN MÉXICO: TRES OLAS

CAPÍTULO 3 INICIA EL SIGLO: PRIMEROS BROTES ARMADOS, 1900

*Soy un soñador. éste es mi crimen.
Sin embargo, mi sueño de lo bello y mis acariciadas visiones
de una humanidad viviendo en la paz, el amor y la libertad,
sueños y visiones que la máquina aborrece,
no morirán con uno:
mientras exista sobre la Tierra un corazón adolorido
o un ojo lleno de lágrimas,
mis sueños y mis visiones tendrán que vivir.*

Ricardo Flores Magón

I. PRIMERA OLA (1900-1920)

1 Contexto

México entra al siglo XX con una carga histórica que combina elementos del sometimiento de la Colonia y las luchas por la Independencia plena de nuestro país. Lo primero tiene diversos personajes del momento y herederos; lo segundo también, y eso es lo que nos interesa para el presente trabajo: sus actores, sus hazañas, sus propuestas, su rebeldía. Rebeldía que nace en un contexto determinado, en ciertas condiciones que posibilitan, ayer como hoy, la gestación de movimientos que, cansados de la situación en que se encuentran sumidos, sea ésta económica, política, social, se rebelan contra el estado de cosas y pretenden la construcción de una sociedad más justa, mejor, más humanamente existible, diferente a la que en condiciones paupérrimas se vive.

En el México de finales del siglo XIX y principios del XX, la vida para la mayoría de la población no era la más justa posible, al contrario, las clases sociales se veían claramente diferenciadas, no sólo por la situación económica, sino por la cultura misma que se ejercía y vivenciaba en la cotidianidad: mientras los poseedores podían acceder a una vida materialmente cómoda, a espacios de recreación, a eventos que cultivan el pensamiento y la sociedad, otro sector, más grande éste, se encontraba sometido a una rigurosa dieta tanto de alimentos como de espacios, eventos y tiempo libre: la vida misma parecía correr, toda ella, por este adelgazamiento impuesto.

Lo que conocemos ahora como racismo estaba a la orden del día, y de manera muy abierta, era del dominio público. Antes de la Revolución, la clase en el poder imponía la cultura, y para ellos lo italiano y sobre todo lo francés o inglés, eran vistos como la elegancia de moda, y lo indígena era de mal gusto admirarlo (Silva Herzog, 1960), ni siquiera como objeto de aparador o museo, como ocurre en la actualidad. Existía una estrecha relación

"entre la decencia y la riqueza, entre la decencia y el color de la piel: una atenuada discriminación racial, herencia de siglos pretéritos" (p. 47).

Producto de esta dicotomía, donde unos tienen lo suficiente para vivir y esparcirse, y los más tienen que asumir el costo de ese bienestar, es que se da forma a la inconformidad que se tiene que manifestar de alguna forma, y si ésta es organizada, mejor. Así, finalizando el siglo XIX la agitación en nuestro país hacia acto de presencia; brotes de inconformidad se veían por diferentes regiones de la República mexicana, y no precisamente, en ese momento, de los más desposeídos. En 1899, por ejemplo, se funda en San Luis Potosí el Círculo Liberal Ponciano Arriaga, que se nutre de gente que al tener cierta posición económica cómoda tiene acceso a la lectura y a la cultura; pero este espacio es también cuna de futuros anarquistas, pues estuvieron presentes gente como Camilo Arriaga, Juan Sarabia, Antonio Díaz Soto y Gama y Librado Rivera (Silva Herzog, 1960). Éste último futuro camarada de andanzas libertarias con Ricardo Flores Magón. Estos círculos liberales en su origen pecaron excesivamente de antirreligiosos y de no querer afrontar la situación lacerante que se vivía en el campo y la ciudad de nuestro país; les interesaba confrontar más a la Iglesia que pensar en una realidad más justa para la mayoría de la población. No obstante, de ahí surgirían los pensadores más brillantes del México revolucionario unos años más tarde (Abad, 1924).

Muestra de que no se vivía en lo más civilizado del mundo, es el Código Penal del Distrito Federal, que sintetiza la forma de gobernar en nuestro país iniciando el siglo: se castigaba con ocho días a tres meses de arresto y una multa de 25 a 500 pesos a quienes demandaran el alza de salarios (Silva Herzog, 1960). Algo similar se estipulaba en códigos de varios estados del país. Asimismo, por esos tiempos, no era posible la organización de sindicatos, sólo la creación de sociedades mutualistas, lo cual no impidió que las ideas organizativas se presentaran en los grupos de obreros y campesinos. De esta forma, durante el gobierno de Porfirio Díaz, pese a las medidas represivas del régimen se registraron 250 huelgas, sobre todo en los ferrocarriles, la industria tabaquera y de hilados y tejidos. Y es que la situación de la clase obrera en México, en vísperas de la Revolución, era precaria: "abundaba la mano de obra y era fácilmente sustituible. Los salarios se habían deprimido ante la lenta pero continua inflación de los precios a todo lo largo del porfiriato, sin aumentos compensatorios. Asimismo, las condiciones de trabajo habían empeorado; las jornadas duraban de 12 a 14 horas, y los días de trabajo eran seis, cuando no siete, por semana. Se imponía una disciplina muy severa en las fábricas mediante duros castigos y multas" (Brachet-Marquez, 1994, p. 75).

Es en ese contexto que surgen y se comprenden las huelgas de Cananea y Río Blanco. Un contacto del entonces liberal Ricardo Flores Magón, Lázaro Gutiérrez de Lara, organizó el "Club Liberal de Cananea", en la población norteña de Sonora, donde se escenificaría la matanza de mineros. Este club mantenía ideas de mejoras de sus condiciones de trabajo y de ideas tendientes a la transformación nacional y mejoras económicas del pueblo mexicano. El descontento se intensificaba entre los mineros debido a sus condiciones de trabajo, los bajos salarios, los tratos que recibían del personal norteamericano. La tensión crecía y finalmente la huelga estalló el primero de junio de 1906 con un pliego de peticiones entre las que destacaban: 1) jornada de ocho horas de trabajo; 2) que el 75 % de los puestos los ocuparan mexicanos y el restante 25% extranjeros; 3) que los mexicanos tuvieran derecho a ascensos, según sus aptitudes. Aunado a que las jornadas de trabajo eran largas, los puestos de dirección eran en muchos casos, como en ferrocarriles, exclusividad de los extranjeros, y los mexicanos en los hechos no tenían derecho a ascender

de puesto (Silva Herzog, 1960). Los mineros de Cananea fueron, en ese sentido, precursores de la demanda de jornada máxima de ocho horas. Finalmente la huelga fue reprimida, en ello participó una compañía de 275 soldados norteamericanos, a petición del entonces gobernador de Sonora. El historiador Jesús Silva Herzog diría al respecto: "a sangre y fuego, con mano de hierro, se creyó que podían contenerse las legítimas aspiraciones de la masa trabajadora. Se ignoraba que causa que tiene mártires es causa que triunfa; a veces desde luego y en ocasiones después de largo tiempo; pero siempre, siempre, la sangre injustamente vertida se transforma en simiente que germina en nuevos anhelos y rebeldías. La historia de México lo comprueba plenamente" (p. 55).

Por esas mismas fechas se organizan los círculos obreros, o Gran Círculo de Obreros Libres, en varias partes del país: Puebla, Querétaro, Jalisco, Oaxaca, Distrito Federal y Veracruz, reconociéndose al de Río Blanco como el centro y director de tales círculos. El órgano de esta organización se denominó *Revolución Social* y pregonaba ideas inspiradas en el programa del Partido Liberal Mexicano de los magonistas, de clara oposición al régimen (Abad, 1924; Silva Herzog, 1960). Así, siete meses después de Cananea, en Río Blanco Veracruz, y otras partes del país, estallaba la huelga de los trabajadores, hilanderos y tejedores. El presidente intervino a favor de los patrones, quedando los trabajadores, nuevamente, en manos de los designios de los dueños del capital. La huelga continuó, la agresión de parte de la patronal llegó: murió un trabajador, la masa enardeció y se fue sobre la tienda de raya para después marchar rumbo a Orizaba, solo que ya los esperaban miembros del 12º regimiento y dispararon contra la multitud. El resultado: 200 obreros muertos y heridos. Pero la represión no paro ahí, pues durante el resto de ese día los soldados se dedicaron a perseguir a los obreros dispersos para acabar con ellos, pensando que con matar trabajadores se pone fin a la inconformidad.

Pero si las condiciones de las ciudades y de las fábricas eran crudas, la situación en el campo no era distinta. Para 1910 los 834 hacendados catalogados en el censo de ese año, de una población de más de 15 millones, poseían la mayor parte del territorio nacional. El caso de Chihuahua es ilustrativo al respecto: una familia, la Terrazas-Creel poseía siete millones de hectáreas. En Sinaloa el 75% de las tierras irrigables pertenecían a una sola empresa estadounidense (Brachet-Marquez, 1994).

Algunos trabajadores y campesinos junto con otros pensadores liberales optaron por un tipo de organización, una que pudiera hacer frente al gobierno y su Ejército. El país comenzó a convulsionarse con la entrada a escena de grupos armados que exigían lo mismo que sus anteriores compañeros, pero ya con un arma en la mano.

El hecho de que a fines de la primera década del siglo XX México se encontrara tan convulsionado y con estallidos armados en varias partes del país lo explica un escritor político de aquellas fechas, Blas Urrea, por las siguientes razones: "El caciquismo: o sea la presión despótica ejercida por las autoridades locales... El peonismo: o sea la esclavitud de hecho o servidumbre feudal en que se encuentra el peón jornalero, sobre todo el enganchado o deportado al sureste del país, y que subsiste debido a los privilegios económicos, políticos y judiciales de que goza el hacendado... El fabriquismo: o sea la servidumbre personal y económica a que se halla sometido de hecho el obrero fabril... El hacendismo: o sea la presión económica y la competencia ventajosa que la gran propiedad rural ejerce sobre la pequeña, a la sombra de la desigualdad en el impuesto... El científicismo: o sea el acaparamiento comercial y financiero y la competencia ventajosa que ejercen los grandes negocios sobre los pequeños... El extranjerismo: o sea el predominio y

la competencia ventajosa que ejercen en todo género de actividades los extranjeros sobre los nacionales" (citado en Silva Herzog, 1960, p. 175). El apoyo del gobierno, en todos los casos mencionados, se daba a los poderosos en detrimento de la clase desprotegida. De ahí que Silva Herzog (1960) concluyera: se "veía con bastante claridad los problemas que agitaban la República y la necesidad urgente de resolverlos. Y como el gobierno porfirista no se daba cuenta de lo que estaba sucediendo, no conocía la realidad imperante; la Revolución era inevitable" (p. 175).

2 Primeros brotes guerrilleros

Contrariamente a lo que se cree, el estallido armado en México no se presenta por vez primera en noviembre de 1910. Cuando menos cuatro años atrás se tienen registrados algunos brotes que desembocarían en otros movimientos sociales y armados y en lo que ahora conocemos como la Revolución Mexicana (ver Abad, 1924; Silva Herzog, 1960). En efecto, a principios de 1906 la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano (JO del PLM), instancia de los hermanos Flores Magón y compañía, contaba con todo un aparato para el asalto de la revolución: militantes, lectores de sus periódicos, agitadores y un elemento no presenta años atrás: los núcleos guerrilleros (ver Partido Liberal Mexicano, 1986); cuarenta grupos se llegaron a señalar en su momento (Abad, 1924), a quienes se les suministraban propaganda revolucionaria y armas.

2. 1 1906

Iniciando el segundo trimestre de 1906 la JO del PLM indicaba: "Desde el momento en que cada grupo revolucionario reciba las presentes instrucciones, se prevendrá y estará completamente listo para levantarse cuando la junta lo ordene, que puede ser de un momento a otro" (Partido Liberal Mexicano, 1986, p. 86).

El 23 de septiembre de 1906 es fecha clave para los grupos liberales-magonistas, puesto que en el estado de Chihuahua varios de estos se levantarían en armas, solo que el gobernador del estado, Enrique C. Creel, se enteró de los planes y mandó un telegrama a Díaz quien a su vez envió a contingentes militares con la finalidad de detener la ofensiva guerrillera, no obstante, este primer intento se activo cuando menos en dos poblaciones de Chihuahua, a pesar de que el gobierno mexicano, en colaboración con el estadounidense, tenía a detectives siguiendo los pasos de los liberales e interviniendo su correspondencia, mecanismos por los que se enteraron de los planes y detuvieron a decenas de personas involucradas en el futuro estallido (Abad, 1924; Hernández, 1984). Por lo que se puede leer en la correspondencia que la JO del PLM enviaba a sus militantes y a los responsables de los núcleos guerrilleros, las instrucciones estaban muy detalladas; señalaban lugares donde se almacenaban armas, contactos, quienes enviaban dinero, direcciones, responsables y hasta las contraseñas para indicar el día del levantamiento. En tales circunstancias y con la correspondencia vigilada y revisada no es de extrañar que los policías de la dictadura se anticiparan a los planes de los liberales en México y Estados Unidos (ver Partido Liberal Mexicano, 1986; Abad, 1924). De hecho varios de los participantes, entre ellos Juan Sarabia miembro de la JO del PLM, fueron condenados a pasar varios años tras las rejas. El

entonces gobernador, en los siguientes términos le telegrafiaría a Díaz: "De las personas comprometidas en Chihuahua, han sido aprehendidas hasta el último. Falta ahora limpiar otros estados" (Abad, 1924, p. 45). Lo cual sucedió, pues numerosos revolucionarios, comprometidos o no con el levantamiento fueron a dar a las prisiones porfiristas.

A mediados de octubre de 1906, semanas después del primer levantamiento en el norte del país, la JO del PLM envía una circular a sus militantes en la cual señala: "La rebelión fue ya iniciada por los bravos de Jiménez y Acayucan y toca a todos los hombres de corazón continuarla. Y no sólo corresponde a los hombres de bien continuar el movimiento redentor, sino que urge hacerlo. La dictadura ha temblado al primer anuncio de la cólera popular y se ha dispuesto a ejercitar esas venganzas cobardes que tan triste fama le han proporcionado. Por toda la república se suceden las aprehensiones de liberales, y no sólo están siendo encarcelados miembros del partido, sino hasta simples simpatizadores y lectores de *Regeneración*. Estamos pues en presencia de una cruzada infame del despotismo contra los hombres honrados y nadie está seguro de salir bien librado de ella. Urge pues levantarse en armas. ¡Seamos libres de una vez!" (Partido Liberal Mexicano, 1986, pp. 109-110).

Este episodio, se puede recordar como el primero con proyección de alcance internacional, puesto que a raíz de estos acontecimientos diversas miradas de otros países, sobre todo de Europa, voltearon los ojos a México para saber qué sucedía. La prensa internacional da cuenta de ello; así el 29 de junio de 1907 en el periódico francés *Temps Nouveaux* un colaborador escribía: "Los mexicanos forman el pueblo más desdichado de la Tierra, y la autocracia rusa es cien veces más humanitaria y más liberal que la autocracia mexicana (citado en Abad, 1924, p. 48). En otros sitios se formaron comités de defensa de los presos mexicanos; fue el caso de Cuba (*ibid*).

Tiempo después, en un balance de la JO del PLM se recordarían los acontecimientos de 1906: "Para imponer ese programa, para hacer triunfar nuestros ideales de libertad y de justicia, enarbolamos la bandera de la rebelión a fines de septiembre de 1906... La organización revolucionaria fue lo más perfecta posible. Los grupos de ciudadanos intrépidos, prestos a levantarse a la primera señal de la Junta, esperaban con ansia el momento deseado de lanzar el guante al despotismo y a la explotación. La señal fue dada; pero la traición había espiado parte de los planes de la Junta y las cárceles de la república y de los Estados Unidos se poblaron de hombres resueltos y dignos... Por la traición solamente dos grupos insurgentes pudieron efectuar el levantamiento: el de Jiménez y el de Acayucan, pues cuando la Junta se iba a constituir en Ciudad Juárez, cuyo hecho era otra de las señales para el levantamiento de otros grupos de la república, Juan Sarabia fue aprehendido en dicha ciudad, y con él los principales jefes del movimiento, la víspera del día señalado para ser tomada por las fuerzas liberales, mientras en El Paso, Texas, el secretario de la Junta Antonio I. Villarreal, fue puesto en la cárcel. Habiendo escapado por una mera casualidad el presidente de la misma que se encontraba en el propio lugar" (citado en pp. 54-55). El presidente de la Junta era Ricardo Flores Magón.

Un dato que sienta precedente para el futuro actuar en este terreno, es la proclama que los liberales dan a conocer en los estallidos de 1906, pues en ella se llama a los miembros del ejército regular a no empuñar las armas del tirano y a no participar de la muerte de sus hermanos. Veamos lo que le distribuían los magonistas en ese entonces a los *federales*: "Hacemos un llamado a los oficiales y soldados del ejército nacional, para que lejos de servir a la vil dictadura que deshonra a la patria y la traiciona, se unan al movimiento

libertador. Ellos son hijos del pueblo como nosotros, sobre ellos pesa el mismo yugo que a todos nos aplasta, ellos también son tiranizados y explotados por los déspotas y, sobre todo, ellos también son mexicanos y tiene el deber de luchar por la dignidad y por la patria y no por el bien personal de un déspota ladrón y sanguinario como Porfirio Díaz" (Partido Liberal Mexicano, 1986, p. 90).

2. 2 1908

Para 1908 la JO del PLM trabaja en planes para otro levantamiento (Abad, 1924). En junio de ese año, Ricardo le escribe desde la cárcel a su hermano Enrique: "Si la mitad, y aún la tercera parte de los grupos que hay, cumplen levantándose, la revolución estará asegurada aunque se haya comenzado con grupos miserablemente armados, que siendo varios los grupos rebeldes y extensa la república, no podrán ser aplastados en un día por los esclavos de la dictadura, y cada día de vida para un grupo significa un aumento de personal, aumento de armas y adquisición de recursos de todo género, con la circunstancia, además, de que alentados los valientes en todas partes, surgirán nuevos levantamientos secundando a los bravos que prendieron la mecha" (p. 70). Entre treinta y sesenta grupos, según la fuente, se encontraban dispuestos al combate; pero sólo unos treinta estaban armados; los había en Torreón, en Sonora, en el estado de México, en Uruapan, Michoacán, en Veracruz, en Tabasco, en Chiapas, en Puebla, etc. (ver Partido Liberal Mexicano, 1986). La fecha para el levantamiento se estableció para el 25 de junio de 1908, y lo que sucedió Diego Abad de Santillán lo resume así: "Una nueva traición o diversas traiciones, el descubrimiento de correspondencia entre los presos y los liberales de afuera y la intervención de agentes policiacos y delatores hizo que el gobierno conociera los hilos de la nueva insurrección, y el 24 de junio se operaron en toda la república centenares de detenciones, hubo asesinatos y de esa forma se hizo fracasar la intentona; numerosos grupos no tuvieron noticias de la fecha del levantamiento y otros fueron sorprendidos antes de tomar las armas. De todos modos este segundo levantamiento estuvo ya más serio que el de 1906" (1924, p. 73).

A pesar de las detenciones y como consecuencia de ello la desactivación de varios equipos subversivos, de acuerdo con el informe de un delegado ante la JO del PLM se notificaba el levantamiento de seis grupos, tres de ellos en Chihuahua: 1) el de la Viezca, del 25 de junio de 1908 integrado por 200 hombres; 2) el de Las Vacas, del 26 de junio; 3) el de El Güero, del 27 de junio; 4) el de Casas Grandes (no se precisa fecha, sólo se señala su levantamiento "prematureo"); 5) el de Palomas y, 6) el de Mexicali, Baja California (ver Partido Liberal Mexicano, 1986; Silva Herzog, 1960). Se informó incluso de un levantamiento en Valladolid, Yucatán (Abad, 1924). En el caso de la Viezca que se levantó en la noche del 24 al 25 se enfrentaron a la policía, la derrotaron, pero llegaron refuerzos gubernamentales y los guerrilleros huyeron a las montañas; y el primero de julio en Las Palomas, región fronteriza, en otro levantamiento, cayó Praxedis G. Guerrero, miembro de la JO del PLM. La intentona armada de este año tenía un programa, el del Partido Liberal Mexicano.

No obstante el fracaso del levantamiento, como se tenía contemplado, los planes para próximas rebeliones continuaron en el seno del PLM (ver Abad, 1924; Partido Liberal Mexicano, 1986).

En los intentos anteriores a 1910 por hacer estallar la revolución en México, los magonistas participaron activamente, sobre todo en el norte en el combate contra la

dictadura; uno de los aspectos más desarrollados por estos liberales fue la introducción de armas a territorio mexicano, desde la frontera norteamericana (Abad, 1924). Y muy a pesar de las tremendas diferencias entre los liberales y los maderistas, en diversas ocasiones combatieron juntos contra las fuerzas del régimen (Abad, 1924; Ulloa, 1976; Hernández, 1984). Así, por ejemplo, para 1911 hay grupos liberales fuertes, desatados por varias partes del país principalmente en Sonora, Chihuahua, Tlaxcala, Veracruz, Oaxaca, Morelos, Durango y Baja California (Abad, 1924). No obstante todo eso, los maderistas en diversas ocasiones trataron, en el campo de batalla a los magonistas como a sus enemigos (Abad, 1924; Ulloa, 1976). En febrero de 1911, a manera de ilustración, cuando las fuerzas magonistas se encontraban en Zaragoza, Chihuahua, Madero concertó una cita con la cabeza del grupo, Priciliano G. Silva, para atacar a las fuerzas del régimen; pero el líder liberal fue arrestado por el futuro presidente, al negarse a reconocerlo como tal; y las fuerzas liberales fueron desarmadas (Ulloa, 1976). Por esos tiempos cuando trasladaban armas de un lado de la frontera a otro, y con heridos auestas, Madero denunció a los magonistas, razón por la cual varios de los insurgentes liberales fueron detenidos por autoridades norteamericanas (Abad, 1924). Fue en ese contexto en que Ricardo Flores Magón escribe su famoso artículo "Francisco I. Madero es un traidor a la causa de la libertad". No obstante, el aislamiento en que se encontraban el grupo de la Junta Organizadora del PLM y su correspondencia interrumpida, cercada y espiada, en los hechos se desarrollaba poca comunicación con los liberales mexicanos, y la información en ocasiones no llegaba a sus destinatarios, confusión que aprovechó bien Madero para hacer creer a los liberales mexicanos que existía una especie de acuerdo entre los hermanos Magón y los antirreleccionistas.

Para 1911 la situación de los liberales es descrita así: "los mejores, los más conscientes, los más abnegados habían muerto en el campo de batalla desde noviembre de 1910, o estaban presos o heridos" (p. 101). Pese a ello, siguieron muchos liberales en pie de lucha.

3 Magonistas

Tres eran los hermanos Flores Magón que se lanzaron a la publicación de un periódico de denuncia iniciando el siglo XX: Jesús, Ricardo y Enrique. El primero, abandonó el barco de la rebeldía a medida que se incrementaba la represión contra el naciente movimiento magonista, y el tercero quedaría con vida hasta pasada la década de los veinte. El segundo, Ricardo Flores Magón, fue el alma de un anhelo de justicia social en el México porfirista. Magón estudio Derecho en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, y en esos tiempos, en 1892 para ser exactos, fue a dar a la cárcel por participar en una manifestación estudiantil contra la segunda reelección de Porfirio Díaz, pero las protestas de un nutrido grupo de gente obligó a las autoridades a soltar a los estudiantes. Fue la primera de sus tantas incursiones a la prisión.

La ideología anarquista entró a México en el siglo XX a través de los Flores Magón, principalmente por Ricardo, quien para 1900, a decir de Librado Rivera (1924) compañero de batallas y de cárcel de éste, ya conocía y había leído obras de Kropotkin (el llamado príncipe anarquista), de Bakunin, de Grave, de Enrique Malatesta y Gorki, a quienes respetaba y

"consideraba sus maestros" (a distancia, claro), y publicó en partes en el periódico *El Hijo del Ahuizote*, "La Conquista del Pan" de Kropotkin. Ideas, todas ellas, que desplazarían poco a poco el pensamiento liberal de siglo XIX que sostenía la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano, cuya cabeza era Ricardo Flores Magón.

3. 1 Partido Libera Mexicano

Es en 1901 cuando los liberales de México se dan cita en San Luis Potosí, bajo la convocatoria del club liberal "Ponciano Arriaga", quien llama a la unión de todos los liberales bajo una dinámica anticlerical, y con el cual se forman más de cien clubes en menos de seis meses (Abad, 1924). Durante ocho días, a partir del 5 de febrero de 1901, se celebra el encuentro, con la asistencia de delegados de todo el país, y todo transcurría en un ritmo "anticuras", "antiiglesia", hasta que Ricardo Flores Magón se presentó en tribuna para denunciar directamente a la tiranía de Porfirio Díaz y la situación de miseria del pueblo de México. El discurso impregnó de temor a algunos delegados, en otros, como Librado Rivera, causó entusiasmo (*ibid*). Finalmente el congreso adoptó resoluciones tendientes al trabajo para despertar la conciencia del pueblo mexicano, por lo que la existencia de dichos clubes representaban ya un cierto peligro para la dictadura de Díaz, por lo que sufrieron ataques y tuvieron corta vida.

En enero de 1902, con Magón en la cárcel, mientras sesionaba el club "Ponciano Arriaga" la policía y el Ejército se presentó y arrestó a 25 miembros del club, entre ellos a su presidente, Camilo Arriaga, y a los futuros anarquistas Rivera y Juan Sarabia. La misma suerte corrieron los clubes de otras latitudes (Hernández, 1984); asimismo, se presentaron bajas en la cárcel, pues los liberales eran torturados y a consecuencia de ello uno que otro murió. "Esa brutalidad no hizo más que cambiar la táctica de los opositores. En vista de que no eran reconocidas las garantías constitucionales de reunión y de asociación públicas, los clubes en donde había individuos enérgicos continuaron en pie clandestinamente" (Abad, 1924, p. 30). Y los liberales que cayeron en prisión, al salir de ésta en febrero de 1903 lanzaron una convocatoria para continuar con su trabajo, ahora desde el Distrito Federal. Con ello mostraban lo "arrepentido" que se encontraban después de experimentar la cárcel.

Con el trabajo desarrollado por un pequeño grupo que surge de las filas de los clubes liberales, como Jesús, Ricardo y Enrique Flores Magón, Librado Rivera y Juan Sarabia, entre otros, se reflexiona que no es suficiente con "atacar" a los curas y la iglesia, y que es necesario ir más allá, incluso de la denuncia: se requiere de organización. Se dan a la tarea, entonces, de conformar una instancia que los aglutine, que de forma a sus planteamientos y se extiendan más allá de los clubes liberales, al mismo tiempo dotarse de un programa para la transformación social del país; no más reivindicación, sino cambio.

El Partido Liberal Mexicano (PLM) tiene su antecedente en la conformación de la Junta Organizadora fechada en septiembre de 1905, y que por su propia seguridad después de experimentar la represión y la cárcel en carne propia, se establecía en un país extranjero, para estar a distancia de los atentados del gobierno mexicano; la junta tenía como propósito la organización del PLM y desarrollar la lucha contra el gobierno de Díaz "por todos los medios" posibles (Abad, 1924). El primero de julio de 1906 se expidió el programa del PLM, y en él no existe aún la idea libertaria de años posteriores que expandió Magón; con ello se pretendía atraer a la mayor parte de "los elementos liberales, entre los que estaba la parte

honesto y sincero del pueblo mexicano, y para no alejar repentinamente por el radicalismo de las demandas y reivindicaciones a una mayoría de los afiliados" (p. 40). No obstante, hay que señalar que sí se encuentran "todas las reivindicaciones que constituyen hoy el programa práctico de los partidos socialistas obreros" (p. 39). El Programa y el Manifiesto a la nación se dan a conocer desde San Luis Missouri, Estrados Unidos, pues, como ya se indicó, allá se encontraba la junta.

En el terreno social y económico el programa del PLM es de avanzada: restitución de la tierra y distribución de la que no se trabajó; creación de un Banco Agrícola; jornada máxima de ocho horas de trabajo y prohibición del trabajo infantil, fijación de un salario mínimo en las ciudades y en el campo; descanso obligatorio el domingo; abolición de las tiendas de raya y pago en dinero efectivo; indemnización por accidentes de trabajo y pensiones de retiro; la expedición de una ley que garantice los derechos de los trabajadores; protección de la raza indígena y, algo que se debe acentuar: el establecimiento de ligas de unión entre los países latinoamericanos (Silva Herzog, 1960). Tiempo después, en abril de 1910, cuando los antirreeleccionistas de Madero presentaron su programa, en el artículo 10 de éste planteaban: "Estrechar las buenas relaciones con los países extranjeros, especialmente con los latinoamericanos y dirigir prudentemente la política para lograr la unión de las repúblicas centroamericanas" (citado en p. 87). Ahí se notaba la influencia magonista. (También habrá que señalar que 90 años después los zapatistas se harían eco de ello, con sus encuentros continentales. Pura memoria y originalidad, no innovación, sino volver al origen, aduciría Fernández Christlieb -2000-) En su artículo 12 el Programa del Partido Liberal señalaba la instrucción obligatoria hasta los 14 años. Con base en este programa se planearon y efectuaron levantamientos en 1908 en varias partes del país, y se sostuvo durante el periodo inicial del estallido armado generalizado de la segunda década del siglo XX.

Los liberales, para alegar su Programa, escribían: "Se tacha de utópico lo que es redentor, para justificar que se le ataque o se le destruya; todos los que han atentado contra nuestra sabia Constitución se han querido disculpar declarándola irrealizable; hoy mismo, los lacayos de Porfirio Díaz repiten esa necesidad para velar el crimen del tirano, y no recuerdan esos miserables que esa Constitución que llaman utópica, tan inadecuada para nuestro pueblo, tan imposible de practicar, fue perfectamente realizable para gobernantes honrados como Juárez y Lerdo de Tejada" (citado en Silva Herzog, 1960, p. 125).

Jesús Silva Herzog asegura que muchos jefes revolucionarios durante el periodo constitucionalistas conocieron bien el Manifiesto y Programa del PLM de 1906, el cual influyó en su pensamiento. Dicha influencia, afirma el historiador "se advierte con claridad en la Constitución de 1917, de manera particular en el artículo 123, que legisla en materia de trabajo" (p. 69).

Ahora bien, las condiciones sociales, económicas y políticas; el esclarecimiento, lectura y cobijo de ideas libertarias; los ensayos armados y la persecución de que eran objeto; alimentarse de ideas libertarias provenientes de otras latitudes, y recuperar posturas de otros grupos internacionales, entre otros factores, provoca que los magonistas y la JO del PLM den un giro a sus posturas, rebasando las ideas meramente liberales. En efecto, para 1908 la JO del PLM se encuentra infestada de anarquistas, pues se quiere llevar a los liberales hacia ese pensamiento. Ya están en la escena ácrata Librado Rivera, Praxedis G. Guerrero, Juan Sarabia, Enrique Flores Magón y el propio Ricardo; sólo restaba en la junta el caso de Antonio I. Villarreal, que después se cambió de bando (Abad, 1924), y pasó a ser

parte del gobierno maderista (ver Silva Herzog, 1960). El tinte libertario se puede ver en los escritos de Ricardo, en los textos de Praxedis, en las reflexiones de Librado, que son los tres más dedicados a pulir y dar forma a las ideas de la junta (ver Abad, 1924; Flores Magón, 1911; Hernández, 1984). Así, por ejemplo, en septiembre de 1910 Ricardo Flores Magón escribe en las páginas de su periódico *Regeneración*: "El verdadero revolucionario es un ilegal por excelencia. El hombre que ajusta sus actos a la Ley podrá ser, a lo sumo, un buen animal domesticado; pero no un revolucionario. La Ley conserva, la Revolución renueva. Por lo mismo, si hay que renovar, hay que comenzar por romper la Ley. Pretender que la Revolución sea hecha dentro de la Ley, es una locura, es un contrasentido. La Ley es yugo, y el que quiera librarse del yugo tiene que quebrarlo" (p. 15).

En un manifiesto de abril de 1911, dirigido a los obreros del mundo, con la finalidad de solicitar solidaridad con el estallido mexicano, al tiempo que explican los fines perseguidos por los liberales para con la revolución mexicana (Abad, 1924), la JO del PLM es clara en sus propósitos, y toman distancia, en los hechos, de los afanes antirreleccionistas de Francisco I. Madero, y se inclinan por la lucha frontal de desposeídos contra poseedores; de pobres contra ricos: "El Partido Liberal toma parte de la actual insurrección con el deliberado y firme propósito de expropiar la tierra y los útiles de trabajo para entregarlos al pueblo, esto es, a todos y cada uno de los habitantes de México... La dictadura de Porfirio Díaz está para caer; pero la revolución no terminará por ese solo hecho: sobre la tumba de esa infamante dictadura quedarán de pie y frente a frente, con las armas en la mano, las dos clases sociales: la de los hartos y la de los hambrientos, pretendiendo la primera la preponderancia de los intereses de su casta y la segunda la abolición de esos privilegios por medio de la instauración de un sistema que garantice a todo ser humano el pan, la tierra y la libertad" (citado en pp. 90-91).

El 23 de septiembre de 1911, cuando se cumplían cinco años del primer intento subversivo armado, los magonistas dan a conocer un Manifiesto al pueblo de México (Silva Herzog, 1960) en el que señalan: "La Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano ve con simpatía vuestros esfuerzos para poner en práctica los altos ideales de emancipación política, económica y social, cuyo imperio sobre la tierra pondrá fin a esa ya bastante larga contienda del hombre contra el hombre, que tiene su origen en la desigualdad de fortunas que nace del principio de la propiedad privada" (citado en p. 228). El manifiesto está firmado con el lema "¡Tierra y Libertad!" Y es que a decir del anarquista ibérico, Diego Abad de Santillán, "la idea de la toma de la tierra fue difundida en México, más que en ningún otro país, gracias a la propaganda de Ricardo Flores Magón; desde 1910 en adelante, la política mexicana no pudo pasar por alto esta demanda cada vez más urgente e imperiosa en labios del proletariado de los campos" (1924, p. 79). Dicho Manifiesto rebasaba al programa de 1906, y en éste ya se da cuenta de los ideales libertarios del partido. En él se advierte: "Abolir ese principio (el de la propiedad privada) significa el aniquilamiento de todas las instituciones políticas, económicas, sociales, religiosas y morales que componen el ambiente dentro del cual se asfixian la libre iniciativa y la libre asociación de los seres humanos" (p. 103). En ese mismo tono continúan durante varios años, y en marzo de 1918 publican otro Manifiesto, esta vez dirigido a los liberales mexicanos y a los anarquistas de todo el mundo. En el documento se cuestiona la guerra mundial, el papel de los gobernantes, se vaticina la muerte de la vieja sociedad, entre otras cuestiones. Por la publicación de ese manifiesto dos liberales de la junta, Librado Rivera y Ricardo Flores Magón, van a dar a la cárcel; el primero condenado a 15 años y el segundo a 20.

La JO del PLM, a diferencia de otras agrupaciones, estuvo prácticamente todo el tiempo en el extranjero, ya fuera en Estados Unidos o en Canadá, debido a la represión de que eran objeto sus integrantes, y tenía contemplada la posibilidad de establecerse en México una vez que estallara la Revolución (Partido Liberal Mexicano, 1986). Ricardo Flores Magón hablaba de establecer la junta en nuestro país cuando ya hubiera "una buena región dominada" para evitar la aprehensión, la cárcel o la desaparición.

Para dos estudiosos del magonismo y del anarquismo, Chantal López y Omar Cortés (1986) el PLM fue "a la sazón la única organización revolucionaria que presentó todas las características necesarias para llevar a cabo, de principio a fin, los cambios económicos, sociales y políticos exigidos por la sociedad civil mexicana de la primera década del siglo" (p. 7).

3. 2 Periodismo

Para 1900, en agosto 7, aparece *Regeneración*, periódico de denuncia en el cual participan los hermanos Magón. En 1903, después de su paso por la cárcel, los miembros de los círculos liberales se reorganizan en la Ciudad de México, sumando a sus filas más integrantes, entre ellas a los hermanos Flores Magón, y se decide publicar tres periódicos: *El Hijo del Ahuizote*, dirigido por Juan Sarabia, *Excélsior*, dirigido por Santiago de la Hoz y la continuación de *Regeneración*, dirigido por Ricardo Flores Magón (Abad, 1924; Silva Herzog, 1960). La represión del régimen no se deja esperar, algunos son detenidos y encarcelados para después, por propia seguridad, refugiarse en países vecinos: Canadá y Estados Unidos (Silva Herzog, 1960). Sin embargo en los rotativos se puede apreciar una clara influencia magonista (Abad, 1924).

Para el régimen la existencia de prensa opositora que denuncia las condiciones de vida de los mexicanos e insinúa la necesidad de cambios, es absolutamente inconcebible; así que operan la maquinaria de la represión contra sus editores y colaboradores. Para abril de 1903 la policía detiene a los trabajadores y periodistas de *El Hijo del Ahuizote*, entre ellos a Ricardo Flores Magón. Y como el periódico, junto con *Excélsior* seguían publicándose, los tribunales decretaron en junio de ese mismo año que se prohibía la circulación de cualquier periódico escrito por Flores Magón. En 1904, después de prohibiciones para el ejercicio periodístico y de detenciones, los Magón y compañía se trasladan a Estados Unidos donde creen encontrarán mejores condiciones para publicar su periódico. En ese año reaparece *Regeneración* en San Antonio Texas (Abad, 1924), pero los ojos y sombras del gobierno porfirista seguían tras los liberales, y por esas fechas entra a las oficinas del rotativo un mercenario del gobierno de Díaz que ataca a Ricardo, por lo que el grupo decide trasladarse a San Luis Missouri. No obstante la presión continúa. En octubre de 1905 las oficinas de regeneración son saqueadas y confiscada la maquinaria, pues hay una demanda del jefe político del estado de Oaxaca, que acusa al rotativo de difamación. A estas alturas *Regeneración* era el periódico "más popular de México y el que más daño causaba" (p. 36). Y se reinicia su publicación en febrero del siguiente año.

En 1906 una parte de la JO del PLM se traslada a Canadá pues los atentados de los enviados del gobierno mexicano se incrementaban, quedándose otra parte en San Luis Missouri, enviando regeneración a México. Pero los policías mexicanos no tardaron en dar con los liberales en el país de la bandera de hoja de maple (ver Hernández, 1984).

Debido a la persecución de que eran objeto los magonistas, y a la dispersión en la que ya se encontraban para salvar sus vidas, Ricardo se traslada, después de dos intentos fallidos en que pretenden arrestarlo en enero de 1907, a San Francisco y desde ahí colabora en un periódico que aparece en Los Angeles: *Revolución* (Abad, 1924). En un texto que aparece en junio de ese año en dicho rotativo señalará que él es de "los abnegados que aman demasiado a los demás para olvidarse de sí mismo... Luchar por una idea redentora es practicar la más bella de las virtudes: la virtud del sacrificio fecundo y desinteresado. Pero luchar no es entregarse al martirio o buscar la muerte. Luchar es esforzarse por vencer. La lucha es la vida, la vida encrespada y rugiente que abomina el suicidio y sabe herir y triunfar" (citado en pp. 49-50). En otro texto, en el mismo periódico, escribiría tiempo después refiriéndose a los primeros intentos armados: "La revolución que se inició a fines de septiembre del año pasado y que está próxima a continuar, es una revolución popular, de motivos muy hondos, de causas muy profundas y de tendencias bastante amplias" (citado en p. 51).

En julio de 1907 de manera clandestina regresan a Los Angeles, donde se imprimía *Revolución*, y en ese lugar y en ese periódico tanto Magón como Rivera y Villarreal, dan muestra del anarquismo que los caracterizará en adelante. Ya no se critica sólo la tiranía de Díaz, sino toda tiranía, se llama a la toma de la tierra, se despotrica contra el parlamentarismo, y se habla de la guerra de los pobres contra los ricos y se critica el principio de autoridad (Abad, 1924; Silva Herzog, 1960; Hernández, 1984).

En septiembre de 1910 reaparece *Regeneración*, después de ser prohibida su impresión tiempo atrás y de haber enviado a sus redactores a la cárcel. En esta nueva aparición se anexa una hoja en inglés. Al viejo lema de "Reforma, Libertad y Justicia" se le sustituye por la fórmula de "Tierra y Libertad" (Abad, 1924). Pero no dura mucho tiempo en circulación el periódico, ya que en junio de 1911 son invadidas sus oficinas.

El círculo en el que se moverá al paso de los años *Regeneración* es: reaparición, clausura, allanamiento de las oficinas, prohibición de su circulación o impresión; detención de los responsables de la publicación... La labor de agitación del rotativo se plasmaba en la población a que llegaba, tanto en el norte como en el centro y sur del país. Muestra de ello es la creación de la Casa del Obrero Mundial, cuyos fundadores tenían una clara idea del anarquismo europeo, y los visitantes de dicha Casa se dedicaban también a cultivarse en las enseñanzas de Kropotkin, Bakunin, Nordau, Eliseo Reclus y el propio Ricardo Flores Magón. Madero ya en el poder, comenzó a ver con recelo la Casa del Obrero y expulsó a uno de sus fundadores, el español Juan Francisco Moncaleano (Silva Herzog, 1960). Paralelo a ello, Magón seguía editando su periódico *Regeneración* desde los Estados Unidos y lo enviaba a diferentes partes del país, y para estas fechas ya era marcado su anarquismo que pretendía hacer llegar a sindicatos y uniones de trabajadores, campesinos y clubes liberales, quienes eran asiduos lectores, y a los que llamaba a la destrucción de la autoridad, el capital y el clero; a romper las cadenas de la esclavitud a que eran sometidos y a luchar dentro de la Revolución. En su periódico los magonistas escribían: "No esperéis nada bueno de los gobiernos. Haced justicia desconociendo el derecho de propiedad individual. Que todo sea para todos. No esperéis a que éste hecha la paz para que un gobierno misericordioso ponga en vuestras manos todo lo que existe. Tomad inmediatamente posesión de todo" (citado en p. 272).

En sentido estricto, a la luz de los acontecimientos que desembocaron en la revolución de 1910, la difusión de las ideas, a través de la prensa, al igual que el fusil o la bomba,

constituyó un arma que generó mucho daño al sistema. Ricardo Flores Magón consciente de ello hizo uso de dicha arma para difundir su ideal libertario (Abad, 1924). Razón por la cual se entiende que *Regeneración* haya sido uno de los periódicos "más perseguidos de América" (*idem*).

3. 3 Cárcel

Por vez primera en 1892 uno de los magonistas, Ricardo, pisa una prisión, producto de su participación en una manifestación estudiantil contra la segunda reelección de Díaz. Nueve años después, en 1901, detienen a Ricardo y Jesús Flores Magón, por la publicación de *Regeneración* (Abad, 1924, Hernández, 1984); es la segunda caída de Ricardo tras las rejas. Un emisario del dictador es enviado a entrevistarse con la madre de los Magón, quien está a punto de morir, para que disuada a sus hijos de sus actos de "subversión"; la madre se niega y les espeta: "prefiero ver a mis hijos muertos antes que claudiquen". Quedan encarcelados hasta abril de 1902 tras las rejas de Belén (Abad, 1924). Para septiembre de 1902 Ricardo es nuevamente enviado a prisión y sale hasta enero de 1903. El reingreso a las celdas tiene que ver, nuevamente, con su labor al frente del periódico. En abril de 1903, con un pretexto banal, la policía entra a las oficinas de *El Hijo del Ahuizote* y detiene a 80 personas, entre quienes se encontraba Ricardo, quien va a dar por cuarta ocasión a la cárcel.

La constante vigilancia y presión a que eran sometidos los magonistas se evidencia en sus permanentes incursiones a las rejas de diferentes prisiones del país; tal pareciera que el dictador veía a este grupo de liberales como los enemigos que podían provocar severos golpes al régimen (ver Hernández, 1984). En octubre de 1905 nuevamente es arrestado Ricardo Flores Magón, junto con otros compañeros de batalla, pues eran acusado de difamación por el gobernador de Oaxaca; su maquinaria era confiscada y la oficina de su periódico saqueada (Abad, 1924). Y después de pasar un tiempo en la cárcel, los integrantes de la futura junta liberal regresaban a las andadas subversivas y volvían a caer en las mazmorras de Díaz. En agosto de 1907 son detenidos Magón, Rivera y Villarreal en Los Angeles; al percatarse de que serían deportados clandestinamente rompen en gritos y llaman la atención del público presente. Logran su objetivo: no son entregados a la tiranía de Díaz. Magón cae en prisión por sexta ocasión. Se les condena por haber violado las leyes de "neutralidad" al trabajar en un intento de insurrección en México (Abad, 1924; Hernández, 1984). La única respuesta que otorga el gobierno del general Porfirio Díaz a los reclamos de justicia de los liberales y de una amplia capa de la población, es la prisión.

Ahora bien, hay que precisar que varios de los magonistas eran entregados por el gobierno estadounidense por una vía predilecta: el secuestro, que consistía en simular la detención de un liberal y entregarlo en la frontera con nuestro país a los porfiristas; todo ello se hacía de noche (algunas veces fallaba el operativo, pues al enterarse los simpatizantes del PLM del traslado de alguno de ellos, se movilizaban y mediante la presión obligaban al gobierno a no enviarlos a México); otra forma era la deportación, pues las leyes migratorias eran muy severas, y la última era condenar a alguna persona por ser anarquista y se le procesaba en eseteritorio o se le enviaba a su país de origen, en este caso México.

Después de tres años de cárcel, en agosto de 1910 salen de prisión Magón, Rivera y Villarreal (Abad, 1924). Se dirigieron a Los Angeles y continuaron con su labor; *Regeneración* revivía por tercera ocasión. Y se publica también una hoja del periódico en inglés. En junio de

1911, después de invadir las oficinas del rotativo, son detenidos y enviados a la cárcel Ricardo, Rivera y Anselmo Figueroa y condenados a 23 meses de prisión. Salen en enero de 1914 y en junio del mismo año muere Anselmo, por las secuelas carcelarias (*ibid*). Para febrero de 1916, nuevamente Magón va a dar a la cárcel, junto con su hermano Enrique, acusado el primero por sus artículos anticarrancistas, y el segundo por escribir que el presidente Wilson estaba en connivencia con Carranza. Las sentencias fueron de uno y tres años respectivamente (Abad, 1924; Hernández, 1984).

Pero como fenómeno de recurrencia, la autoridad estadounidense, que tenía tiempo actuando en conjunto con la mexicana con la pretensión de paralizar las labores de agitación y propaganda de los magonistas, encuentran un buen pretexto en el Manifiesto que el 16 de marzo de 1918 dirigen a los liberales mexicanos y a los anarquistas de todo el mundo. En él se cuestiona la guerra mundial, el papel de los gobernantes, se vaticina la muerte de la vieja sociedad... (Abad, 1924). Por la publicación de ese Manifiesto dos miembros de la JO del PLM, Librado Rivera y Ricardo Flores Magón, van a dar a la cárcel, el primero condenado a 15 años y el segundo a 20. Después de permanecer 15 meses en las celdas de McNeil, los liberales solicitan su traslado a Leavenworth, Kansas, pues creen que ahí se puede mejorar la salud de Ricardo que ya se encuentra en franca decadencia (Abad, 1924).

Un informe policiaco de octubre de 1906 da cuenta de la precisión con que seguían los pasos de los magonistas, tanto por parte del gobierno estadounidense como del mexicano. En dicho informe se describía a Magón de la siguiente forma: "Que es un periodista muy inteligente, trabajador; activo, ordenado, que nunca se emborracha, que escribe muy bien a máquina, que se hace respetar de las personas que le acompañan; que tiene un carácter muy resuelto y enérgico y que está fanatizado por la causa que persigue, con ese fanatismo brutal y peligroso que tienen los anarquistas" (p. 43). Ante ello, el gobierno mexicano preguntaba: "Si Ricardo Flores Magón fuese aprehendido y puesto en la cárcel por varios años, ¿qué sucedería?"; a lo que se respondía: "En el acto se acabaría todo ese movimiento alarmista y agitador, pues él, don Ricardo, es el alma de todo, y sin él nada harían las otras personas..." (*idem*). Ello podría explicar, en buena medida, la insistencia y consistencia con que ambos gobiernos persiguieron a los miembros de la JO del PLM, y especialmente a Ricardo Flores Magón, lo cual de cierta forma disminuyó su actividad y en ciertos periodos los mantuvo inactivos (ver Hernández, 1984).

No obstante las ideas parecían no alejarse, más bien se arraigaban y clarificaban. En diciembre de 1920 Ricardo, en su último encierro, le escribía a Nicolás T. Bernal lo siguiente: "estoy condenado a cegar y morir en la prisión; más prefiero esto que volver la espalda a los trabajadores, y tener las puertas abiertas de la prisión a precio de mi vergüenza. No sobreviviré a mi cautiverio, pues ya estoy viejo; pero cuando muera, mis amigos quizá inscriban en mi tumba: 'Aquí yace un soñador', y mis enemigos: 'Aquí yace un loco'. Pero no habrá nadie que se atreva a estampar esta inscripción: 'Aquí yace un cobarde y traidor a sus ideas'" (citado en Abad, 1924, p. 132). Ricardo Flores Magón tenía poco más de 40 años cuando murió, y había pasado más de trece de esos años en diferentes cárceles de México y Estados Unidos; la tercera parte de su vida tras las rejas.

Librado Rivera (1924) compañero de batalla de Magón describiría así a su viejo camarada: "Ricardo grabó en su corazón y en su mente soñadora, a manera de película cinematográfica, todos los dolores y las lágrimas de los que habitan pocilgas, así como los detalles más íntimos de esa vida de desesperación y de muerte" (p. 12). Y lo consideraba el "apóstol del gran cataclismo social mexicano", mientras que Abad de Santillán (1924) le

llamaba: "Apóstol de la revolución social mexicana". En los años veinte uno de los legisladores de la Cámara de Senadores, Alfonso Cravioto, diría de Magón lo siguiente: "Fue uno de los líderes de mayor fuerza que ha producido México, tal vez no era el más inteligente, pero su voluntad tenía algo de extrahumano: era el tipo de un apóstol. Sus tendencias y sus procedimientos eran absolutamente incorruptibles, lo cual le daba una fuerza moral incontrastable... Ricardo era sobrio, no tenía más vicio que el fumar. De un espíritu abierto y fraternal. Siempre que alguno de sus compañeros necesitaba dinero, la bolsa de Ricardo estaba abierta para el amigo necesitado... A nosotros nos tenía deslumbrados por su carácter de hierro. Desde ese tiempo ya brotaban en su cerebro las ideas socialistas, aunque su acción se concretaba al antiporfirismo" (citado en p. 31).

Librado Rivera a quien se ha considerado el "último de los magoneros" (Taibo II, 1998), tiempo después de la muerte de su compañero de batallas, se manifestaría así: "Se había hecho desaparecer a un gran pensador, a un filósofo pletórico de bellas y luminosas ideas sobre el establecimiento de una sociedad de verdaderos humanos. Se había cometido un crimen de lesa humanidad en la persona de un hombre bueno, generoso y altruista, cuyos ideales de justicia sintetizan las sublimes aspiraciones de todos los pueblos de la Tierra" (citado en Abad, 1924, p. 24). A este "soñador", de hecho, se le propuso aceptara el puesto de vicepresidente, al lado de Madero (Abad, 1924). Al respecto el liberal anarquista externaba: "Yo no peleo por puestos públicos. He recibido insinuaciones de muchos maderistas de buena fe, pues que los hay, y bastantes, para que acepte algún cargo en el llamado "gobierno provisional", y el cargo que se me dice acepte es el de vicepresidente de la república. Ante todo debo decir que me repugnan los gobiernos. Estoy firmemente convencido de que no hay ni podrá haber un gobierno bueno. Todos son malos, llámense monarquías absolutas o repúblicas constitucionales. El gobierno es tiranía porque coarta la libre iniciativa de los individuos y sólo sirve para sostener un estado social impropio para el desarrollo integral del ser humano. Los gobiernos son los guardianes de los intereses de las clases ricas y educadas y los verdugos de los santos derechos del proletariado, No quiero, pues, ser un tirano. Soy un revolucionario y lo seré hasta que exhale el último aliento. Quiero estar siempre al lado de mis hermanos los pobres para luchar con ellos y no al lado de los ricos..." (citado en p. 89). Un claro antecedente, como se puede ver, de la no toma del poder que después reivindicarían para sí los zapatistas de los noventa, y que Magón tenía claro perdería.

Un año antes de morir, en octubre de 1921, Ricardo Flores Magón escribía: "Soy un soñador: éste es mi crimen. Sin embargo, mi sueño de lo bello y mis acariciadas visiones de una humanidad viviendo en la paz, el amor y la libertad, sueños y visiones que la máquina aborrece, no morirán con uno: mientras exista sobre la Tierra un corazón adolorido o un ojo lleno de lágrimas, mis sueños y mis visiones tendrán que vivir" (citado en p. 130).

4 1910

La fecha había sido propuesta y puesta por Francisco I. Madero, desde el exilio, en Estados Unidos, después de haber mostrado que el gobierno del general Porfirio Díaz no estaba dispuesto, como paradójicamente lo había anunciado, a dejar el poder: el 20 de noviembre de 1910 estallaría el conflicto armado; para muchos, el inicio de la revolución mexicana (ver

Silva Herzog, 1960; Ulloa, 1976; Orellana, 1988). 36 años de gobierno de don Porfirio Díaz estaban por concluir.

Pocos días antes de que se celebraran las elecciones en México para elegir presidente, la campaña de Madero fue interrumpida por el gobierno de Díaz, y mandó a la cárcel al antirreleccionista; Porfirio Díaz ganó las elecciones, y con ello se mostraba que la vía electoral no alejaría a Díaz y su grupo de "positivistas" del poder (ver Orellana, 1988; Silva Herzog, 1960).

Para Krauze (1998) la Revolución, como un mito de renovación histórica nació en 1879 -con la Revolución Francesa- y "alcanzó su cenit en 1917" -con la Revolución Rusa-, y murió en 1989 -con la caída del Muro de Berlín-, en el contexto mundial, y sólo México mantuvo "intacta la mitología revolucionaria" durante dos siglos, el XIX y el XX, acusa el historiador.

Si bien el conflicto armado se anuncia para noviembre de 1910, son pocos los lugares donde la insurrección prende; principalmente en el norte. Zapata, por ejemplo, se levanta en armas en marzo de 1911 (Ulloa, 1976), y un par de meses después lo hará Pancho Villa, que junto con Pascual Orozco atacó Ciudad Juárez, desobedeciendo las órdenes de Madero de no hacerlo; no obstante esta acción, se ha mencionado como aquella que provocó la renuncia de Porfirio Díaz al cargo y el posterior abandono el país (Ulloa, 1976; Orellana, 1988). Así, para el siete de junio de 1911 Madero entra triunfal a la capital del país (Orellana, 1988), pero la situación no es nada sencilla, pues hay que pacificar al país, ya envuelto en las llamas de las armas, con Villa en el norte y Zapata en el sur, como los más representativos de la subversión armada en esos momentos. Se nombra como presidente interino a León de la Barra, quien tendrá que convocar a elecciones, que se realizan en octubre, de donde resultará victorioso Francisco I. Madero, con José María Pino Suárez en la vicepresidencia, tomando posesión en noviembre de ese año (Ulloa, 1976).

Vale señalar que a fines de enero de 1911 un grupo de mexicanos, norteamericanos y de otras nacionalidades, encabezado por los hermanos Flores Magón incursionó en Baja California. Dicho movimiento no tenía nexos con los maderistas o los grupos que se habían levantado en Chihuahua; el grupo era de manufactura independiente y respondía a ideas de una profunda transformación social. Los magonistas tomaron Mexicali y Tijuana, pero tanto el gobierno conservador del estado y los propios revolucionarios los veían con reticencia, los primeros temiendo una intervención de los Estados Unidos y los segundos sin entender el propósito de los guerrilleros radicales. Fueron derrotados por las fuerzas federales del estado. La idea no consistía en "segregar toda la península para formar una república socialista" como sostiene Berta Ulloa (1976, p. 1105), sino en el establecimiento de una base ideológica y física para la lucha de los anarquistas en nuestro país como reconoce el historiador Jesús Silva Herzog (1960), proyecto que fue derrotado ese mismo año. Algunos llamaron a los magonistas filibusteros.

Pero en el centro del país las conspiraciones están a la orden del día, pues varios grupos militares con sus respectivos planes conspiran contra el gobierno de Madero (Silva Herzog, 1960), uno de ellos fomentado por el embajador norteamericano, que se agrupará en torno a lo que se conocerá como el "Plan Alameda", y que resultará el "Plan de la Embajada" de Estados Unidos para derrocar al Presidente (ver Ulloa, 1976). En dicho plan se contempla la toma del poder por parte de los militares Bernardo Reyes y Félix Díaz, a quienes Madero manda combatir (Silva Herzog, 1960). Pero comete el error de poner al frente de tal tarea a

Victoriano Huerta quien lo traicionará al conspirar contra él: Huerta encarcela a Madero y le arranca su renuncia, junto con la del vicepresidente (Ulloa, 1976). Madero exige garantías y solicita se le permita salir del país, a lo cual "conceden" los golpistas, y en el trayecto mandan asesinar tanto a Madero como a Pino Suárez. A fines de febrero de 1913 toma el poder Huerta (Orellana, 1988), dejando en posiciones periféricas a sus antiguos aliados, Reyes y Díaz, a quienes después dejará fuera de la jugada.

A decir de Enrique Krauze (1998), el único momento de experimentación de la democracia plena en México, se presentó en los 11 meses de gobierno de Francisco I. Madero, quien por lo demás no pudo pacificar al país (Ulloa, 1976). Después de la muerte de Madero, y del asenso de Victoriano Huerta, las diferentes facciones armadas se dedicaron a derrotar a Huerta y después de la caída de éste en julio de 1914, se enfrentaron entre sí los diferentes grupos (Krauze, 1998), reconociendo como jefe de estos grupos a Venustiano Carranza, antiguo gobernador de Coahuila (ver Ulloa, 1976), de quien después Villa desconfiaría, al no permitirle avanzar hacia la capital del país, y ser desplazado en tal misión por Álvaro Obregón (Ulloa, 1976; Orellana, 1988).

Después de la caída de Huerta, se fortalece la posición de Francisco Villa, pues ha desarrollado un poderío militar impresionante y desafía a Carranza; lo mismo hace, pero en el sur, Zapata. El conflicto armado crece, por lo que se ven en la necesidad de efectuar una serie de conferencias, en Torreón, con la finalidad de apaciguar los ánimos entre los revolucionarios, acordando que tras el triunfo de la Revolución se convocaría a una convención de jefes revolucionarios para discutir las reformas sociales y llamar a elecciones (Orellana, 1988). La Convención se efectuó en octubre de 1914 en Aguascalientes, a la que asistieron varios generales en calidad de independientes y otros tantos villistas. Al enterarse de que muy pocos generales son afines a Carranza, los zapatistas enviaron más tarde una comisión de representantes, a invitación expresa de Felipe Ángeles, quien antes los había combatido; pero los zapatistas sólo enviaron una comisión para saber como se desarrollaban los trabajos, y Villa los recibió. En la convención se acordó que Carranza dejara el poder, y Villa el mando de tropas; éste último condicionó tal acuerdo a la renuncia de Carranza, y éste a su vez no reconoció, finalmente, a la convención (Ulloa, 1976; Orellana, 1988). No obstante, la convención nombró como presidente a Eulalio Gutiérrez, apoyado por Villa y Zapata (Krauze, 1998), y aquélla adoptaba como suyo el Plan de Ayala. Álvaro Obregón se unió a Carranza, considerándolo aún presidente de México (Orellana, 1988) para enfrentar a los revolucionarios triunfantes.

Villa y Zapata aún no se conocían, no obstante la correspondencia que se habían enviado; en una de ellas el sureño escribe al caudillo del norte: "Dirijo a usted la presente para manifestarle que siempre le he creído hombre patriota y honrado, que sabrá sostener la causa del pueblo" (p. 97). Ello ocurría a mediados de 1914. En noviembre de 1914 entran a la ciudad de México Villa y Zapata, realizando un acuerdo de unión de fuerzas: Villa enviaría armas y los zapatistas combatirían en la misma causa a Carranza.

En enero de 1915 el presidente impulsado por villistas y zapatistas, Eulalio Gutiérrez, al darse cuenta que no tiene autoridad sobre estos, decide abandonar la Ciudad de México e instalar su gobierno en otro lugar. Mientras tanto Villa y Zapata impulsan y ponen como presidente a Roque González Garza. La Revolución se había dispersado, existían tres gobiernos: el de Eulalio Gutiérrez en San Luis Potosí, el de villistas y zapatistas representado por Roque González, y el de Carranza en Veracruz (Orellana, 1988). Este último avanza a la Ciudad de México, después de que en esos meses se enfrentan las fuerzas de Obregón y de

Villa, resultando el segundo derrotado, como consecuencia se derrumba el gobierno convencionista de Gutiérrez que renuncia, González se interna en Morelos, y asciende Carranza al poder (Orellana, 1988; Krauze, 1998). Carranza lanza una fuerte ofensiva contra Villa, mientras que Zapata se replegaba en su territorio, y ante el incumplimiento de Villa de suministrarle armas, no combate fuera de Morelos (Orellana, 1988). Los zapatistas serán cercados y atacados durante varios años, con diferentes militares en el intento por aniquilarlos, y en medio de resistencias y expansiones zapatistas que no terminan de rendirse. En 1918 Zapata está dispuesto a firmar la paz, excluyendo a Carranza de la firma, lo cual no resulta agradable al jefe constitucionalista.

En 1920 hay una rebelión contra Carranza, los gobernadores de varios estados se encontraban en desacuerdo con las incursiones militares en sus territorios, sin solicitar su consentimiento; uno de los más regios era Plutarco Elías Calles, gobernador de Sonora (Ulloa, 1976). El Presidente tiene que huir por la intensa protesta, y muere en el camino, cuando iba rumbo a Veracruz, como los caudillos de la revolución: a traición (Orellana, 1988). Adolfo de la Huerta asumió la presidencia provisional, y convocó a los grupos en armas para pacificar el país. Entre ellos a Villa, lo cual logró.

Tomando el contexto del momento de la Revolución, nuestros revolucionarios "no se parecían a los conductores de otras revoluciones, que en nombre de la humanidad defendían principios abstractos, amplios sistemas ideológicos, prescripciones para la felicidad universal" (Krauze, 1998, p. 107). A excepción de los magonistas (ver Silva Herzog, 1960; Flores, 1911), tal parece que nuestros "caudillo, jefes y estadistas mexicanos actuaron de acuerdo con las modestas categorías que les eran propias. No tenían en cuenta la historia universal, sino la historia de la patria. Excepto Madero, no eran leídos ni instruidos, no habían viajado por el mundo y ni siquiera conocían por completo su propio país, sino apenas su propia región, su propio estado, su propio suelo natal" (Krauze, 1998, p. 107).

No obstante que en México el movimiento armado duro diez años, de 1910 a 1920, la lucha armada nunca cubrió el país entero; en su mejor momento, 1915, los ejércitos no rebasaron los 100 mil hombres, siendo los principales centros insurreccionales Chihuahua y Morelos (*ibid*), con Villa y Zapata, respectivamente (Ulloa, 1976; Orellana, 1988). Con ello, de 1910 a 1920 por causas directas de la guerra-revolución murieron 250 mil personas y otras 750 mil por motivos indirectos (Krauze, 1998). Una guerra con muchos costos humanos, de lo cual el país, y principalmente sus gobernantes debieron haber aprendido.

Para el historiador Enrique Krauze en México hay "una concentración del poder en una sola persona (*tatoani*, monarca, virrey, emperador, presidente, caudillo, jefe o estadista)" lo cual "ha representado la norma histórica a lo largo de los siglos" (p. 107). De ahí que se puedan identificar "naturalmente" a tres dirigentes o caudillos de la Revolución: Madero, "el Apóstol de la Democracia", con su Plan de San Luis, y tratando de sacar al país de la dictadura en que lo tenía sometido el gobierno de Porfirio Díaz. Zapata, "el Caudillo del Sur", con su Plan de Ayala exigiendo tierra para los campesinos. Y Villa, "el Centauro del Norte", sin programa concreto pero con un afán de lograr la "justicia". Los gritos de guerra se escuchan: "Viva Madero"; "¡Vámonos con Pancho Villa" y "¡Por mi general Zapata!". Asimismo ubica a dos jefes: Venustiano Carranza y Álvaro Obregón; los dos presidentes del país.

Por último, y al paso de los años y las décadas, "la revolución de 1910 ha tenido, entre otros muchas consecuencias, la producción de corridos, canciones, una Constitución política,

un partido revolucionario... sesudos análisis sociológicos... Es al mismo tiempo el origen y la razón de ser de las instituciones que nos gobiernan" (Pérez Sosa, 2000). Pero a decir de algunos analistas, no terminó de concluirse.

5 Maderistas

Un elemento que parece ser abrió la posibilidad para que algunos grupos o personajes que hasta entonces no se habían expresado de manera abierta sobre un cambio social y político en México, y ahora sí lo hicieron, fue la entrevista que en 1908 le concedió el Presidente Porfirio Díaz la revista norteamericana *Pearson's Magazine*, en la que Díaz anunciaba su retiro (Silva Herzog, 1960): "He esperado con paciencia el día en que la República de México esté preparada para escoger y cambiar sus gobernantes en cada periodo sin peligro de guerras, ni daño al crédito y al progreso nacionales. Creo que ese día ha llegado..." (citado en p. 72).

Al poco tiempo, en diciembre de 1908 comenzó a circular un libro titulado *La sucesión presidencial* cuyo autor era un desconocido para quienes integraban los círculos intelectuales de la Ciudad de México, pero que, a la postre se sabría, era un hombre rico del norte del país; su nombre Francisco I. Madero (Ulloa, 1976; Silva Herzog, 1960).

El grupo llamado de los "científicos" estaba integrado por profesionistas, y algunos se encontraban integrados en el gobierno de Díaz, y otros tantos disfrutaban de los beneficios de éste y no estaban dispuestos a soltar el poder (Silva Herzog, 1960).

Francisco I. Madero decide entrar en la contienda para la elección presidencial; Porfirio Díaz intenta disuadirlo, e intenta una negociación con el antirreeleccionista (Ulloa, 1976). Madero propone una fórmula: Porfirio Díaz Presidente y Madero vicepresidente. El dictador no la acepta seguro de que arrollará a cualquier precio al antirreeleccionista (Silva Herzog, 1960). Finalmente las elecciones se realizaron el 26 de junio de 1910 con los candidatos de oposición en la cárcel (Ulloa, 1976; Orellana, 1988), pues se les acusaba de incitar a la rebelión al pueblo, cuando éstos realizaban un mitin en San Luis Potosí, por lo que las votaciones no podían tener ninguna legalidad, y menos el triunfo arrollador de Díaz, según los resultados. Así lo hizo saber el grupo antirreeleccionista quienes dieron a conocer el llamado Plan de San Luis, fechado el cinco de octubre en la ciudad de San Luis Potosí (que por lo demás ni se redactó ese día, sino después, ni en esa ciudad, sino en San Antonio Texas). En el Plan, se declaraban nulas las elecciones para Presidente y Vicepresidente, magistrados a la Suprema Corte, diputados y senadores, se desconocía al gobierno de Díaz; Madero se asumía como presidente provisional y se llamaba a tomar las armas para el 20 de noviembre de 1910 a las seis de la tarde (Silva Herzog, 1960). El punto tres del programa resultaba de trascendencia para la población campesina del país, y en ella se basaría Zapata para apoyar dicho programa y reclamar después su aplicación (Silva Herzog, 1960; Ulloa, 1976; Orellana, 1988). A la letra dice: "Abusando de la ley de terrenos baldíos, numerosos pequeños propietarios, en su mayoría indígenas, han sido despojados de sus terrenos, por acuerdo de la Secretaría de Fomento, o por fallos de los tribunales de la República. Siendo de toda justicia restituir a sus antiguos poseedores los terrenos de que se les despojó de un modo tan arbitrario, se declaran sujetas a revisión tales disposiciones y fallos y se les exigirá

a los que los adquirieron de un modo tan inmoral, o a sus herederos, que los restituyan a sus primitivos propietarios" (citado en Silva Herzog, 1960, p. 163).

Para el 20 de noviembre se levantan en armas algunos grupos en el norte del país, encabezados por Francisco Villa, Pascual Orozco, José de la Luz Blanco y Guillermo Baca, todos ellos en Chihuahua (dato curioso, coincidencia o de memoria armada: en 1965 se inaugura la segunda ola de los movimientos armados en México en Chihuahua, con el ataque al Cuartel madera, el 23 de septiembre) y en los días siguientes, con menor intensidad en otros estados como Coahuila y Durango. De ahí hacia delante los grupos de estos líderes revolucionarios crecerían y muchos actuarían como guerrillas para derrotar a las tropas federales; "cuando hay desajustes en la vida social de un pueblo, y eso pasaba precisamente en México, existen fuerzas que actúan para restablecer el equilibrio perdido" (p. 180).

En mayo de 1911 las fuerzas rebeldes deciden tomar Ciudad Juárez, encuentran a las fuerzas federales y ganan la batalla, ello representará un duro golpe al ejército y al gobierno de Díaz (Ulloa, 1976), pues tuvo una incidencia importante en los acontecimientos venideros: se inclinó la opinión hacia Madero y surgían cada vez más grupos armados; "el triunfo de la toma de Ciudad Juárez fue más moral que militar", escribiría el compañero de fórmula de Madero, José María Pino Suárez (ver Silva Herzog, 1960). Algo similar señalaría un miembro del grupo de los científicos: "La caída de Ciudad Juárez fue el golpe de gracia al Gobierno del general Díaz. Con una sola batalla ganada, con la toma de una plaza sin importancia, como Ciudad Juárez, la revolución iniciada en noviembre de 1910 había triunfado" (citado en pp. 189-190).

Iniciando mayo, el día siete, Díaz anunciaba que no se retiraría de la presidencia; a fines de ese mes, el 24, anuncia que presentaría su renuncia a la Cámara de Diputados, lo cual hace al siguiente día, y también la del vicepresidente. Ese mismo día Díaz salió de la Ciudad de México con el mayor sigilo, no se despidió ni de sus más cercanos colaboradores o amigos; la escolta que custodió el tren que lo llevaba de la ciudad de México a Veracruz estaba a cargo de Victoriano Huerta. Se embarcó en el vapor "Ipiranga" el día 27 de mayo de 1911, muriendo el dos de julio de 1915 en el extranjero. La presidencia interina quedaría en manos de Francisco León de la Barra (Ulloa, 1976).

Madero entra triunfante a la ciudad de México, como jefe de las fuerzas revolucionarias, el siete de junio de 1911 (Orellana, 1988), y al convocarse a elecciones para presidente y vicepresidente en octubre de ese año, Francisco I. Madero como candidato presidencial —por segunda ocasión— y José María Pino Suárez como compañero de fórmula para la vicepresidencia, resultan ganadores. El seis de noviembre ocupaba la silla presidencial el espiritista Madero (Silva Herzog, 1960). Desde que asumió el puesto, Madero pensó que los problemas de la nación eran políticos, y que se habían resuelto con la caída del dictador Díaz y su llegada al poder. En lo cual se equivocó, puesto que varias de las fracciones revolucionarias enarbolaban programas propios que quería se cumplieran (ver Flores, 1911; Ulloa, 1976; Orellana, 1988).

Iniciando 1912 el gobierno no había pacificado al país. Y a principios de marzo se rebeló el general Pascual Orozco, escudado en la popularidad de que gozaba en amplios sectores del país. Orozco en su plan recogía lo demandado en el Plan de San Luis el de Ayala y se veían elementos del Plan del Partido Liberal Mexicano, sobre todo en el rubro de trabajo (Silva Herzog, 1960).

Se conspira contra Madero desde fines de 1912, y una de esas conspiraciones se realiza con resultados satisfactorios para sus participantes, de tal forma que en febrero de 1913 Madero es tumbado de la presidencia, y a fines de ese mismo mes es asesinado al lado de Pino Suárez, por la gente de Huerta, después de que éste lo derrocara (Orellana, 1988).

6 Zapatistas

Zapata y Villa tienen el honor de ser considerados como "los dos caudillos más populares de la revolución mexicana" (Orellana, 1988, p. 5). De poco leer y escribir, con la responsabilidad de la familia a cuestas, pues a temprana edad quedó huérfano, "Zapata está marcado profundamente por la historia de su pueblo, que es la historia de la lucha por la tierra" (p. 5), personificando así la lucha contra las haciendas que habían despojado a las comunidades de sus tierras" (p. 13). En efecto, este personaje fue siempre fiel a su idea de revolución, y consideraba la palabra empeñada como algo sagrado: "De sus antepasados aprendió lo que era el valor sin ambiciones y la integridad" (p. 76). Los propios zapatistas lo recordarán años más tarde como "un hombre amable... Él les hablaba a toda la gente como si fueran sus hijos" (*idem*).

La lucha de Zapata tiene su antecedente legal y pacífico años atrás, cuando la comunidad a la que pertenecía exigía la devolución de sus tierras. Uno de los últimos intentos se realizó en 1907, cuando los campesinos de Anenecuilco habían estado realizando gestiones ante el gobierno para que les fueran restituidas las tierras que los hacendados les habían arrebatado. Para 1909 los más viejos, que habían realizado tal labor, estaban agotados, y querían que sangre joven los sustituyera en la tarea. El pueblo eligió a Emiliano Zapata como presidente de la Junta de la Defensa de Anenecuilco (Orellana, 1988). Con varias acometidas a cuestas y sus respectivos fracasos, Zapata terminó por darse cuenta que los procedimientos legales se habían agotado, y decidió tomar las tierras por propia mano.

Muy cerca de Anenecuilco, en Villa de Ayala, a inicios de 1910 se había reunido un grupo de hombres que encabezados por el maestro Pablo Torres apoyarían la campaña de Francisco I. Madero por la presidencia de la República (Ulloa, 1976). A manos de Zapata llegó el Plan de San Luis, y le interesó mucho el artículo tercero de éste, que ofrecía la restitución de la tierra a los pequeños propietarios, lo que le animó a unirse al movimiento (Orellana, 1988). Así, el 11 de marzo de 1911 Zapata y sus hombres se levantan en armas contra el gobierno de Porfirio Díaz (Silva Herzog, 1960; Ulloa, 1976). Para mayo de ese año Zapata ocupaba Cuautla, incitando a los campesinos a reclamar sus tierras (Orellana, 1988). Una vez que Madero entra a la ciudad de México solicita a Zapata licenciar a sus tropas, a lo que Zapata responde: "Lo que a nosotros nos interesa es que sean devueltas las tierras a los pueblos y que se cumplan las promesas que hizo la revolución" (p. 86). Zapata le exigía a Madero el cumplimiento de lo que contenía el Plan de San Luis (Ulloa, 1976).

Madero, entonces, realizó esfuerzos por pacificar a Zapata, y éste aceptó con la promesa de que una vez que el antirreleccionista llegara a la presidencia se cumpliría con el reparto de tierra. Eso se lo hizo saber Madero al entonces presidente interino De la Barra, pero éste envió a finales de agosto de 1911 a un viejo porfirista, Victoriano Huerta, a poner

en orden al "Atila del sur", como le llamaban los medios en la ciudad. No le costó mucho trabajo a Huerta tomar Cuautla, pues los zapatistas cuando se sabían numéricamente inferior a los federales no los enfrentaban, y se transformaban de combatientes en campesinos que cultivaban la tierra, teniendo como resultado que el ejército no encontraba revolucionarios en sus incursiones y en sus "tomas": puro campesino. Pero cuando las condiciones le resultaban favorables a la gente de Zapata entablaban combates (Silva Herzog, 1960). Zapata se sintió traicionado por Madero, pues se contemplaba la pacificación no las batallas. Cuando Madero toma la presidencia, la ruptura entre Zapata y éste es ya definitiva (Ulloa, 1976; Orellana, 1988).

Y como Zapata se levanta en armas por la exigencia de tierras, y porque el Plan de San Luis empeñaba su palabra en repartir la tierra a los campesinos e indígenas lo cual apoyó, pero no se veía el reparto por lugar alguno, el 25 de noviembre de 1911 en la Villa de Ayala se firmó un plan revolucionario, conocido históricamente como el Plan de Ayala, rubricado por los generales Emiliano Zapata y Otilio E. Montaña, entre otros; su lema era: Libertad, Justicia y Ley (Silva Herzog, 1960). Los autores del plan creían que Madero había traicionado los ideales de la causa de haberse levantado en armas, por lo que demandaban el cumplimiento de lo estipulado en el plan original, a lo cual sumaban otras cuestiones que ahora se contemplaban en el nuevo documento. El plan fue concebido por los dos arriba señalados, siendo el segundo profesor pueblerino de primeras letras, y el primero "un campesino que apenas sabía leer y escribir; pero ambos conocían bien la miseria que padecía el habitante del campo; la habían sufrido en su propia carne y por eso tenían idea de sus necesidades elementales insatisfechas y de sus anhelos de mejoramiento individual y colectivo" (p. 260). Zapata, en sentido estricto, personificaba la lucha por la tierra (Orellana, 1988).

En los puntos seis y siete del Plan de Ayala se plantea: "6° Como parte adicional del plan que invocamos, hacemos constar: que los terrenos montes y aguas que hayan usurpado los hacendados, científicos o caciques a la sombra de la justicia venal, entrarán en posesión de esos bienes inmuebles desde luego, los pueblos o ciudadanos que tengan sus títulos, correspondientes a esas propiedades, de las cuales han sido despojados por mala fe de nuestros opresores, manteniendo a todo trance, con las armas en las manos, la mencionada posesión, y los usurpadores que se consideren con derecho a ellos lo deducirán ante los tribunales especiales que se establezcan al triunfo de la Revolución. 7° En virtud de que la inmensa mayoría de los pueblos y ciudadanos mexicanos no son más dueños que del terreno que pisan sin poder mejorar en nada su condición social ni poder dedicarse a la industria o a la agricultura, por estar monopolizadas en unas cuantas manos, las tierras, montes y aguas; por esta causa se expropiarán, previa indemnización, de la tercera parte de esos monopolios, a los poderosos propietarios de ellos, a fin de que los pueblos y ciudadanos de México, obtengan ejidos, colonias, fundos legales para pueblos o campos de sembradura o de labor y se mejore en todo y para todo la falta de prosperidad y bienestar de los mexicanos"; "8° Los hacendados, científicos o caciques que se opongan directamente o indirectamente al presente Plan, se nacionalizarán sus bienes y las dos terceras partes que a ellos correspondan, se destinarán para indemnizaciones de guerra, pensiones de viudas y huérfanos de las víctimas que sucumban en las luchas del presente Plan" (citado en Silva Herzog, 1960, pp. 290-291).

La lucha continúa, y no sólo en Morelos y con Zapata, sino en otras partes del país, donde se toma como bandera el lema zapatista. En efecto, con la ruptura en 1911 de los dos bandos revolucionarios, por un lado Madero y su Plan de San Luis, y por el otro Zapata y

el Plan de Ayala, se acentúan las diferencias, por citar un caso, también en Guerrero, pues uno de los dirigentes de apellido Salgado, y su gente, rompe con Madero y anuncia que la revolución habrá de continuar, pues las causas que dieron origen al levantamiento no se han resuelto (Bartra, 1996): "Fuimos al campo de lucha para destruir el cacicazgo odioso que pisoteaba la ley (y) ultrajaba a los ciudadanos. (Además) los despojados de sus terrenos no han vuelto a recobrarlos, a pesar de que así se los ofreció el Plan de San Luis Potosí" (p. 38).

Como respuesta al Plan de Ayala, a la lucha que emprendían los zapatistas, y a la presión ejercida por los hacendados, el Ejército llegó a Morelos para combatir a los zapatistas y a su dirigente (Silva Herzog, 1960; Ulloa, 1976). Juvencio Robles es enviado a operar en Morelos (Ulloa, 1976). Zapata y su gente toman fuerza nuevamente a finales de 1913, ya derrocado Madero y con Huerta en el poder, lanzan su ofensiva controlando otra vez Morelos, y extendiéndose a Guerrero (Orellana, 1988; Bartra, 1996).

Con el arribo de Carranza cambian las cosas, a pesar de que los zapatistas no le resultaban del todo agradables al constitucionalista, y del desprecio que sentía tanto por Zapata como por Villa, además de no reconocer su Plan (Orellana, 1988). No obstante eso, sabía que tenía que negociar con estos revolucionarios. Así que envió una comisión, integrada entre otros por el ex-magonista Antonio I. Villarreal, a entrevistarse con Zapata, planteando la unificación de las respectivas fuerzas, lo que le parece viable a Zapata, condicionándola a la aceptación del Plan de Ayala por las diferentes fracciones revolucionarias. Carranza se niega. Las relaciones entre Zapata y Carranza se rompen de manera definitiva en septiembre de 1914 (Ulloa, 1976; Orellana, 1988).

Mientras tanto Zapata y Villa tejen alianzas y se entrevistan en noviembre de ese año en la ciudad de México. Este último le dijo, en ese encuentro, al primero: "Nuestro pueblo nunca ha tenido justicia, ni siquiera libertad. Todos los terrenos principales los tienen los ricos y él, el pobrecito encuerado trabajando de sol a sol. Yo creo que en lo sucesivo va a ser otra vida, y si no, no dejamos estos máusers que tenemos" (Orellana, 1988, p. 16). El acuerdo de los dos jefes guerrilleros consistía en luchar conjuntamente con el Plan de Ayala de por medio, comprometiéndose Villa a abastecer de armas a las fuerzas Zapata, y éste a combatir a los antiguos aliados del norteño, quienes habían instalado su gobierno en Veracruz: los constitucionalistas.

El enorme arrastre que tanto Zapata como Villa desplegaban por ese entonces, se debía en buena medida a que "eran como espejos que reflejaban el espíritu y las aspiraciones de los hombres que los seguían fiel y ciegamente" (Orellana, 1988, p. 17), y que en ellos veían sus ideales.

Las armas no llegaron, y Zapata se recluyó en Morelos allá por 1914, y en forma ordenada efectuó una "revolución de la tenencia de la tierra"; se repartieron tierras de cultivo, bosques y agua, de la manera más justa posible: "la política del movimiento zapatista dictaba (entre otras cosas) medidas contra los acaparadores, creaba papel moneda, mandaba construir escuelas, reorganizaba el ejército" (p. 21). Pero el proyecto se interrumpió. Tras el aplastamiento de Villa a finales de 1915, los carrancistas dirigieron sus miradas y armas contra el sur (Ulloa, 1976). Los zapatistas se preparaban para enfrentarlos, al tiempo que denunciaban que la lucha entre hermanos que impregnaba de sangre al país, era producto de la "desmedida ambición de un hombre sin conciencia y de pasiones malsanas" (p. 100), representadas en la figura de Carranza. Iniciaba el año de 1916.

En septiembre de ese año el coronel Jesús Guajardo mató a 180 pobladores en Tlaltizapán, Morelos, porque, según él, "eran zapatistas" (Orellana, 1988, p. 101), sentando así un precedente de la futura práctica gubernamental en los años sesenta y setenta, que se extendió hasta los noventa con la matanza de Acteal. Y es que durante todo ese tiempo los soldados zapatistas se veían obligados a trabajar la tierra y llevar el fusil al hombro; una doble personalidad en un solo terreno. De ahí que cuando las tropas federales se lanzaban en busca de zapatistas, sólo encontrarán campesinos trabajando la tierra (ver Montemayor, 1991; 1997). A fines de 1916 los carrancistas salen de Morelos, y los morelenses, después de resistir, se quedan con su estado, después de lo cual los zapatistas establecieron leyes en su territorio, y así echar a andar su gobierno nuevamente, pero no les funcionó del todo.

Por otra parte, Zapata mantenía buenas relaciones con los magonistas, a pesar de la distancia geográfica y las diferencias ideológicas, cuya muestra fehaciente es que varios lectores de *Regeneración* trabajaron al lado del sureño. El propio Zapata llegó a ofrecer papel para la impresión del periódico magonista en la zona por él controlada (Abad, 1924). Ello da cuenta del alcance del ideal zapatista, que rebasa, en mucho, la imagen de un grupo anclado exclusivamente en la lucha agraria. En efecto, de Zapata se tiene esa representación, quizá por un desconocimiento de su actuar. Baste señalar que el grupo zapatista presentó a la Convención de Aguascalientes una propuesta de legislación laboral que limitaba la jornada de trabajo, protegía a las mujeres y a los niños, contemplaba seguros contra accidentes de trabajo, incluía al mismo tiempo la creación de cooperativas y sociedades de asistencia mutua, se permitía la sindicalización y el derecho de huelga (Brachet-Marquez, 1994).

Para 1918 nuevamente los zapatistas realizan un esfuerzo para la unificación de los grupos armados revolucionarios, lo cual resulta en cierta forma inútil (Orellana, 1988). En 1919 Zapata propone un arreglo que pacifique la región, pretendiendo dejar fuera del acuerdo a Carranza, enviándole una misiva en la que expresaba: "Por eso decía yo que usted se llamaba con toda malicia constitucionalista, siendo así que en el propósito y en la conciencia de usted estaba el violar a cada paso y sistemáticamente la Constitución. No puede darse, en efecto, nada más anticonstitucional que el gobierno de usted: en su origen, en su fondo, en sus detalles, en sus tendencias" (pp. 104-105).

Zapata muere por la traición. Se enteró que un oficial de apellido Guajardo había sido encarcelado por insubordinación. Lo llamó a sumar esfuerzos mediante una misiva, la cual fue interceptada por el general Pablo González, quien le propuso un plan a Guajardo, que finalmente aceptó. El primer encuentro se efectuó sin hecho extraordinario alguno, y para el segundo, a realizarse en la hacienda de Chinameca, la celada ya estaba preparada: el 10 de abril de 1919 Zapata caía muerto a manos de Guajardo, quien a cambio de unos pesos lo asesinaba. Con Zapata, hay quien asegura, "cayeron para siempre todas las esperanzas de la Revolución" (p. 109).

La gente del campo morelense se sentía ultrajada, ese "campesinado —que en el trabajo y la fiesta mantiene vivas sus tradiciones— y que fue el protagonista de la Revolución. Peones, aparceros, pequeños propietarios y rancheros sufrieron treinta y seis interminables años de dictadura porfirista y los zarpazos de las grandes haciendas en expansión incontenible" (Orellana, 1988, p. 16). Ellos no se resignaban a la muerte de su jefe, y las tropas zapatistas comenzaron a circular versiones curiosas sobre el caudillo, por ejemplo, que regresaría; que se presentaría con otras gentes (Orellana, 1988)... quizá las de 1994.

Tras la muerte de Zapata se inició la disgregación del movimiento armado por diversas razones, entre las cuales podríamos señalar: divisiones, amnistías, lucha por la dirección, etcétera. Así, "el zapatismo originario cumplió con una tarea difícil, a tientas, procurando soluciones por cada resquicio que encontró desde su base regional, hasta convertirse en el centro del agrarismo nacional. El resultado fue la inserción de esta fuerza vital en el centro de los cambios del país desde los años veinte" (Peña, 1995, p. 7). En efecto, su lucha duró cerca de nueve años; una lucha por la obtención de un pedazo de tierra y la exigencia de libertad para todos los mexicanos (Silva Herzog, 1960), que más de ochenta años después hay quines todavía reivindican..

7 Villistas

A fines de 1910 Villa comenzó a reclutar gente para la Revolución (Orellana, 1988), y estuvo listo para sumarse a las filas armadas el día que Madero la había estipulado (Ulloa, 1976). Villa llegó a ser el rebelde más poderoso, lo que le permitió mantener una buena relación con el presidente norteamericano Wilson, pero tiempo después éste ofrecería dinero por su cabeza (Orellana, 1988).

Villa fue aliado de Madero hasta el final, y éste le salvo la vida cuando Huerta lo iba fusilar, en el famoso episodio de la "vaca robada". La fama que Villa alcanzó, de roba-vacas y bandolero, tiene mucho que ver quizá con un episodio ocurrido en la columna del general Huerta, de la que formaba parte Villa. Se encontraban en Torreón preparándose para avanzar hacia el norte y atacar a las fuerzas de Orozco. Villa se había robado un caballo pura sangre que pertenecía a un rico hacendado. El dueño del caballo presentó su queja al jefe de las fuerzas rebeldes, el cual ordenó a Villa regresar el caballo a su dueño; éste se negó a obedecer, y el general Huerta ordenó su detención y próximo fusilamiento "por insubordinación en campaña". Madero se enteró, pues alguien le llamó, y ordenó que se detuviera el fusilamiento y se trasladara a Villa a la capital del país en calidad de prisionero. Fue puesto en una prisión militar, para después fugarse con la ayuda del entonces Presidente (Silva Herzog, 1960). Lo que parece indicar por qué Villa siempre le guardó admiración y lealtad a Madero.

Después de huir de la prisión militar, Villa se desplaza hacia los Estados Unidos y regresa en marzo de 1913 con ocho hombres, poco dinero y unas cuantas provisiones (Orellana, 1988), con lo cual iniciará, otra vez operaciones y lograr cierto crecimiento. En septiembre se reúnen las principales fuerzas armadas en el norte, y nombran a Villa jefe supremo de todas ellas. Huerta está en el poder después de haber conspirado contra Madero y mandarlo asesinar (Ulloa, 1976). Una vez conquistada buena parte del territorio en el norte, Villa ofrece la capital de Chihuahua para que el gobierno constitucionalista de Carranza se instale, no sin mutuos recelos. A mediados de 1914 Villa ya había conquistado Zacatecas, estaba decidido a avanzar a la capital del país, pero Carranza no envió, como había prometido, carbón para el tren para su traslado (Orellana, 1988), por lo que el mérito se le pasaría a uno más leal al constitucionalista: Álvaro Obregón. Villa, ya contrariado por no ver que se consumaban los ideales de la Revolución con programas específicos (Reed, 1983) se planearía cómo ajustar cuentas con Carranza. "Los instintos más primarios para los mejores ideales, las ocurrencias más peregrinas para el valor más temerario, los hombres más

violentos para la causa más justa: esta son las señas de identidad de los hombres del *Centauro del Norte* (Orellana, 1988, p. 38).

Huerta cae, y asume el gobierno Carranza, y para resolver las pugnas internas en el bando revolucionario se convoca a la Convención de Aguascalientes de 1914 (Brachet-Marquez, 1994), donde se nombra nuevo gobierno, desplazando de éste a Carranza, y a Villa del mando de las tropas. El primero desconoce a la Convención, el segundo apoya el gobierno de Eulalio Gutiérrez y se dedica a combatir al carrancismo, teniendo como aliado a Zapata, después del pacto en la ciudad de México.

No obstante haber tomado a sangre y fuego plazas importantes del norte del país, y reconocer como jefe a Carranza, ahora Villa se le enfrentaba al que denominaba "perfumado". Pero las fuerzas villistas se vieron disminuidas debido a que tenían que pelear en tres diferentes sitios, distantes entre sí, y a que Villa no atendió las recomendaciones de su ya aliado el general Felipe Ángeles de atacar Veracruz para acabar con Carranza (Orellana, 1988). A ello hay que sumarle que Zapata no contribuyó peleando como había sido acordado (Ulloa, 1976). Así pues, la primera derrota los villistas la sufrieron en abril de 1915 a manos de Obregón, quien los esperaba en Celaya bien pertrechado, en tanto que las fuerzas de la División del Norte arribaban diezmadas, después de días de recorrer el camino y con pocas armas (Orellana, 1988). Dos meses después, en junio, sufrirían otra derrota en Guanajuato, a manos nuevamente de Obregón.

Un elemento no antes en escena se hacía presente: el sector obrero. Los trabajadores se habían dedicado a luchar como gremio por mejoras para su sector, muy por fuera de la contienda armada; no habían hecho acto de presencia como agrupación. Le dieron vida a la Casa del Obrero Mundial (COM) que albergaba principalmente a obreros anarquistas, y nunca antes habían confrontado a sus "hermanos de clase", los campesinos. Pero la de por sí tenue "alianza" entre obreros y campesinos en la revolución tuvo un crudo revés y su separación final con la firma del pacto en 1915 entre la COM y Carranza, lo cual consistió, en los hechos, en la suspensión de las actividades sindicalistas de los primeros y el envío de sus integrantes, 3 100 hombres, los llamados batallones Rojos, a apoyar a los constitucionalistas, es decir, combatir al ejército de Villa (Brachet-Marquez, 1994). De ahí que León Chávez Teixeira reflexionara años más tarde: "cuando nos llamó Carranza/para matar campesinos/y acelerar el camino del progreso nacional/inauguramos la alianza con los señores vampiros/la bandera roja y negra perdió lo internacional".

Villa fue aplastado, finalmente, a fines de 1915 (Orellana, 1988), después de lo cual intentó rearticular sus fuerzas. Para ello requería armas que se compraban en los Estados Unidos. Esto fue lo que provocó la famosa incursión del Centauro a la población de Columbus, en ese país, pues ante la negativa del envío de un cargamento de armas que ya había pagado, decidió ir por ellas; no personalmente, sino enviando a sus tropas. Ante la incursión villista, el presidente de los Estados Unidos, Wilson, acusó a Carranza de no poder restablecer la paz en México, y solicitó a su congreso la autorización para enviar una expedición con la finalidad de atrapar a Villa; lo primero si se consiguió, lo segundo no. La popularidad de Villa se disparó, y se convirtió en el símbolo nacional ante el enemigo extranjero. Villa continuó, con una guerra de guerrillas, el acecho al gobierno de Carranza, y éste a su vez le enviaba tropas para aniquilarlo, lo cual no sucedió (Ulloa, 1976).

Después de la muerte de Carranza en 1920, Adolfo de la Huerta asumió la presidencia provisional, y convocó a los grupos en armas con la pretensión de pacificar el país. Entre los

convocados se encontraba Pancho Villa, quien firmó un convenio el 28 de julio de 1920 en el que se comprometía a deponer las armas y retirarse a la vida tranquila, en Durango (Orellana, 1988). Murió el 20 de julio de 1923 en una emboscada que le tendieron 16 hombres armados, en Parral.

Uno de los que de cerca siguieron las andanzas del centauro del norte, John Reed (1983), sintetizaría la actuación de Villa de la forma siguiente: caudillo revolucionario mexicano; en 1910 apoyó a Madero en la lucha contra Díaz. Una vez muerto Madero apoyó al ejército constitucionalista de Carranza en lucha contra Huerta; después huyó a Texas y a su regreso realizó una amplia campaña militar que tuvo como colofón la toma de Chihuahua, Ciudad Juárez, Zacatecas, Torreón, Saltillo. Después rompería con Carranza al sentir que no respondía a los requerimientos revolucionarios, al no cumplir con la aplicación de la reforma agraria que se demandaba en el Plan de Ayala de 1911. Para 1914 junto con Zapata impulsaron a Eulalio Gutiérrez a la presidencia. Siguió con sus campañas contra Carranza hasta la muerte de este último. Después se retiró a una hacienda en donde murió asesinado tres años después.

8 "Latencia" armada I

La instalación de una fracción revolucionaria, los militares del norte, en el poder; la consecuente sucesión de la presidencia vía elecciones y aparentemente sin el ruido armado de años atrás; la "estabilidad política" del país, la ausencia de figuras emblemáticas de la contienda armada, como Villa, Zapata y Ricardo Flores Magón, entre otras cuestiones, hicieron suponer que México no tenía ya más inconformidad: la tierra se estaba repartiendo, se tenía una nueva Constitución, de corte socialista dirían algunos; se efectuaban elecciones presidenciales y estatales en un marco de "tranquilidad"; se había creado un partido, el Nacional Revolucionario; se había reducido la jornada de trabajo a ocho horas, se creaban sindicatos, organizaciones opositoras, centrales "independientes", en fin, que el país parecía haber dejado atrás su etapa convulsiva y se proyectaba hacia un futuro más promisorio.

La historia que nos han enseñado nos muestra un país pacificado iniciando el segundo cuarto de siglo: no más revueltas armadas, no más brotes de inconformidad con armas en la mano. Sin embargo, más de un hombre en más de una localidad, rebasando los límites de más de un estado, continuaba en armas porque se consumara aquello por lo que desde 1906 se había estado peleando: igualdad, justicia, libertad, democracia, mejores condiciones de vida y la plena ejecución de lo que contemplaba el artículo 27 de la Constitución: la reforma agraria.

Cuando se supone que el país concluye su fase armada, con la promulgación en 1917 de su Constitución, Guerrero sigue en armas: "en la Costa Grande —como en muchas otras regiones del país— la verdadera revolución comienza al término de la revolución" (Bartra, 1996, p. 49). De esta forma en Guerrero, como en Michoacán, Veracruz o Yucatán, al arrancar la tercera década del siglo XX hay efervescencia social y radicalización política, no se plantean la lucha inmediata por el poder a través de las armas, más bien entran en el terreno del "reformismo", una especie de *agrarismo rojo* y se inicia la lucha por diputaciones y alcaldías.

Una de las figuras claves en estos tiempos, en el puerto de Acapulco, es Juan Ranulfo Escudero, quien funda el Partido Obrero de Acapulco, POA (ver Taibo II, 1998; Taibo II y Vizcaíno, 1990). "Como Primo Tapia en Michoacán, Úrsulo Galván en Veracruz y Carrillo Puerto en Yucatán, Escudero es un revolucionario de la posrevolución; un líder de pensamiento radical que actúa en coyunturas reformistas. La columna vertebral de la organización que funda no es un ejército, sino comités agrarios, sindicatos, cooperativas y un partido regional" (Bartra, 1996, p. 53); su POA es un acuerpamiento combativo, de tintes socialistas y magonistas. Gana Escudero en dos ocasiones (1920-1921) las lecciones locales y su ejercicio es de autodefensa ante las embestidas de los grandes propietarios del momento; en 1922 es víctima de un atentado, queda sin brazo y con la mitad del cuerpo paralizado, pero en 1923 es electo nuevamente y toma posesión en silla de ruedas (Taibo II y Vizcaíno, 1990). Otra vez balas y policías son la respuesta a los reclamos de democracia de los guerrerenses.

También 1923 pero en Atoyac, ante la deposición de un alcalde electo democráticamente y la represión de que eran objeto los agraristas, y la muerte de uno de sus dirigentes, Manuel Téllez, se arma un grupo de 200 personas que se han "fogueado en la lucha social" (Bartra, 1996). A esta guerrilla, se suman comandos zapatistas de la región, y algunos que operaban en Michoacán: "La convicción de que había que pasar de la acción política y el trámite agrario a la lucha armada, o cuando menos que era necesario proteger a las organizaciones pacíficas y a sus gestiones legales con el poder disuasorio del máuser, no nace sólo en la costa" (pp. 58-59), pues en otras regiones el acoso de las guardias blancas y del Ejército ha orillado a los solicitantes de tierras a la misma conclusión que los atoyaquenses. Y en el primer Congreso campesino de Guerrero, en enero de 1923, no falta quien proponga: "es necesario que todos y cada uno de los agraristas se compren un rifle, que deben cuidar más que a su mujer, sus hijos y aun que su propia madre, porque con él... se harán respetar contra el poder de los ricos" (p. 59).

Efectivamente, las armas como forma de defensa continúan; pero también como mecanismos para hacer cumplir los designios de la razón que se contemplan en la Constitución mexicana y en las locales, contra la razón de la fuerza de los apoderados en diferentes estados del país, sobre todo en el sur (ver Montemayor 1997).

En el caso de Guerrero, Armando Bartra (1996) asegura: "La corta primavera civilista costeña ha durado menos de dos años. En 1923 la represión promovida por la oligarquía y ejecutada por el ejército y las guardias blancas, amenaza con transformar la lucha reivindicativa pacífica y la contienda electoral, en un nuevo combate guerrillero. La intransigencia conservadora coloca a los luchadores populares en la ancestral convicción de que 'el poder nace del fusil', y quien controla las armas controla también la sociedad y la política" (p. 59).

Para 1927 los conflictos siguen, los grupos guerrilleros no se acaban, y si bien no representan una amenaza, tampoco se les ha anulado. Un año atrás, en 1926, un grupo de guerrerenses, encabezados por Amadeo Vidales, se lanza a la toma de las armas con el llamado Movimiento Libertario de Reintegración Económica Mexicana, y con una serie de reivindicaciones plasmadas en el "Manifiesto de Valedero". Bartra señala: "Pero si la guerrilla no sufre grave daño, la presencia del ejército, con sus prácticas de tierra arrasada, reedita en la costa la situación de estado de sitio, padecida reiteradamente por sus pobladores desde los alzamientos de 1911" (p. 66). Como si de repetir los excesos de Guajardo se tratara, o de sentar un precedente para los sesenta y setenta, el mayor Lázaro Candelario en su campaña

antividalista, "quema los pueblos de San Andrés y del Rincón de las Parotas, y pasa por las armas, sin juicio, a varios civiles. Bajo las órdenes del general Claudio Fox y el mando local de Jesús Villa, sigue el baño de sangre; al amparo de la suspensión de garantías hay más de una decena de fusilamientos sin juicio, pueblos incendiados, allanamientos, saqueos y violaciones" (*idem*). Pero las barbaridades no paran ahí, pues para 1928 el coronel Henríquez Guzmán "se hace cargo de la campaña y de la brutalidad militar. Durante su mando, a los fusilamientos, incendios y saqueos se agregan las exacciones de cinco mil pesos a los costeños acomodados, que así se libran de ser acusados de vidalistas y pasados por las armas. Es también aportación de Henríquez la costumbre de pasar a cuchillo las trenzas de las campesinas sospechosas de colaboracionismo" (p. 67). En 1929 Vidales y su gente deponen las armas, son amnistiados por el presidente Emilio Portes Gil, pero no por eso se cierra el periodo de sangre de Guerrero.

De ello se desprende una comprensión de los de abajo: en 1936 el general presidente Lázaro Cárdenas impulsó la creación de las Defensa Rurales, una especie de milicias campesinas, como una forma de hacer contrapeso y contrarrestar la represión antiagraria de las guardias blancas de los terratenientes (Bartra, 1996).

II. SEGUNDA OLA (1959-1983)

1 Reinicio armado

Una vez que la Revolución se institucionalizó, que una de las fracciones tomó de manera definitiva el poder, que la alternancia en el poder se dio entre los "generales" de la contienda armada de principios de siglo; que se dotaron de un partido para dirimir sus diferencias y que estas no se desarrollaran ya en el terreno de las armas sino de la política, y que el "Caudillo", como se le conocía a Plutarco Elías Calles, fuera mandado al exilio por Lázaro Cárdenas, y que las rebeliones de otros militares fueron apagadas en nombre de la estabilidad y del fin de la Revolución, parecía que se llegaba a la tranquilidad tan deseada. No obstante, brotes guerrilleros por aquí (norte) y por allá (sur) mostraban que la tan anhelada justicia para los desposeídos de siempre no llegaba; la igualdad soñada siglos atrás no aparecía, la democracia no se presentaba y, lo peor, por lo que se luchó con las armas en la mano durante años en el país no se consumaba; requería de un "empujón más" o mayor.

2 Asaltar el cielo

No obstante que en los cincuenta Rubén Jaramillo es un caso sonado y único, dado su paso de la lucha civil a la guerrilla, y de ésta a la lucha legal, y ser asesinado en 1962, después del afamado abrazo presidencial, lo cual permanece aún fresco en la memoria (Bartra, 1996), para el estudioso de los grupos guerrilleros en México, Hugo Esteve (1995) la denominada Segunda Ola de los grupos armados en el mundo inicia con la revolución cubana, a mediados de los cincuenta y se consolida con el triunfo de ésta. Para México, se fecha con el asalto al Cuartel Madera de Chihuahua el 23 de septiembre de 1965, por parte de un grupo que, encabezado por Arturo Gámiz y Pablo Gómez, intentó emular el acto que Fidel Castro y compañía realizaron en Cuba al intentar asaltar el Cuartel Moncada, y en cuya acción murieron prácticamente todos los participantes. En México no ocurrió algo distinto.

De ese septiembre a la fecha hemos asistido a la actuación prácticamente ininterrumpida de los grupos armados (Montemayor, 1999c).

Quienes han estudiado el nacimiento y desarrollo de las organizaciones guerrilleras en México (ver Esteve, 1995) plantean que hay seis vías de las cuales se nutren estas organizaciones armadas en la segunda ola: 1) los provenientes de los Comités de Lucha de la huelga de la UNAM y del Politécnico durante 1968, y que a partir de la entrada del Ejército a sus escuelas y después de la represión de ese año varios de sus integrantes se incorporan a la lucha armada; provenían principalmente de las Juventudes Comunistas del Partido Comunista Mexicano, PCM; y de la organización denominada los "Lacandones" que actuaban clandestinamente ya en ese entonces; 2) de los "Guajiros", un grupo de estudiantes con tendencia popular-cristiana; 3) los de Chihuahua, que reivindicaban el asalto al Cuartel Madera, con sus diferentes tendencias 23 de septiembre; 4) otro sector de estudiantes, del norte del país, que le dieron vida al Frente Urbano Zapatista y a los Comandos Armados del

Pueblo, quienes secuestraron al funcionario de Aeroméxico en 1971; 5) los que se derivaron de algunas fracciones del PCM, y sus filiales, como la creación del Frente Revolucionario Armado del Pueblo y 6) los provenientes de grupos con orientación cristiana y socialista, y núcleos de estudiantes católicos, que conformaron el Movimiento Estudiantil Profesional (MEP). De hecho un grupo de estudiantes dirigidos por los jesuitas del Tecnológico de Monterrey estallaron una huelga de hambre en 1968, movimiento del cual surge Salvador Salas Obregón, Oseas, y José Luis Sierra, esposo de la futura gobernadora y dirigente priista Dulce María Sauri. Estos últimos se unirían con un sector de las juventudes comunistas del Distrito Federal, y constituirían el embrión de la Liga Comunista 23 de septiembre, de quienes Oseas fue su líder.

Pues bien, varios autores (López, 1974; CIHMA, 192; 1994/1995; Esteve, 1995) coinciden en que un factor que posibilitó la incorporación de jóvenes a las filas de las organizaciones armadas fue la brutal represión que el Estado mexicano desató contra el movimiento estudiantil de 1968. La matanza de Tlatelolco dejaba claro para una franja de la izquierda que las vías pacíficas para el cambio se encontraban cerradas, que se requería abrir puertas por otro lado que no fuera el civil y pacífico, y la naciente guerrilla constituía una posibilidad. Mientras algunos sectores post-68 se fueron a organizar comunidades campesinas (ver Tello, 1995; Legorreta, 1998), otros optaron por la toma del fusil y dieron forma a una amplia gama de organizaciones que lucharon lo mismo en las montañas que en las ciudades.

En el primer caso estamos hablando de una guerrilla rural, y en el segundo de una guerrilla urbana. En efecto, en el México del siglo XX podemos encontrar dos tipos de guerrillas: las que surgen y se asientan en zonas campesinas, y que se pueden denominar *rurales*, y las que surgen y se asientan en capitales de los estados o ciudades, y que se pueden denominar *urbanas* (Montemayor, 1999b). En los movimientos urbanos la radicalización ideológica es importante, pero no único, para su constitución, y en cambio en las guerrillas rurales es muy poco probable que esto se presente, pues sus integrantes no tienen grados escolares, y cuando han asistido es en un bajo nivel. Más bien ocurre un proceso de radicalización o polarización diferente, pues nace de las circunstancias sociales, agrarias y políticas que prevalecen en la zona del alzamiento. De la tensión de esas circunstancias surgen los grupos armados, y bien se pueden considerar a esas circunstancias sus antecedentes. La guerrilla rural difiere de la urbana, también, en los procedimientos de incubación y la forma en que se sostienen, pues mientras las urbanas pueden aducir causas suprarregionales, apuntando en algunos casos al internacionalismo, y a una mayor movilidad de sus células o grupos, las rurales son más bien regionales y de lentos movimientos, pues trata de combatir problemas de la región y en ella actúa. Ahí está la fórmula, diría el autor: "cuando nos referimos a los procesos de agravamiento de ciertas circunstancias sociales como antecedentes regionales de un movimiento armado, podríamos en el fondo señalarlos como posibles soluciones sociales o políticas del movimiento" (p. 13).

Ahora bien, en el plano de la actuación podemos identificar en el caso de la guerrilla urbana, por citar algunos casos, a agrupaciones como el Movimiento Armado Revolucionario (MAR), el Frente Urbano Zapatista (FUZ), y su máximo representante, la Liga Comunista 23 de Septiembre (Rhi, 1978). En el otro polo se encuentra la guerrilla rural, con su máximo exponente: el Partido de los Pobres, con una concepción de una revolución "pobrista" basada en la contradicción entre pobres y ricos, sin más. Su visión del país es "una simple extensión de ciertas condiciones rurales a nivel general: No había un capitalismo monopolista con burgueses y proletarios, sino poseedores y desposeídos. Con estos presupuestos sólo logra

una cierta base regional" (p. 75). Asimismo, encontramos en este segundo caso al grupo de Genaro Vázquez (ver Montemayor, 1999b).

3 Guerrilla rural

En este caso podemos identificar a tres agrupaciones que actúan en la denominada segunda ola de los movimientos armados (Esteve, 1995): el grupo que intenta el asalto al Cuartel Madera, Chihuahua, la guerrilla de Genaro Vázquez, y el grupo de Lucio Cabañas y su Partido de los Pobres.

3. 1 Arturo Gámiz y su grupo

Si bien el dato más conocido sobre lo ocurrido en Ciudad Madera el 23 de septiembre de 1965 es el intento de asalto, no obstante existen antecedentes que muestran la intensa búsqueda de equidad y justicia por los cauces legales y pacíficos de la población del lugar, que tras intentos fracasados deviene en organización armada (López, 1974; Reyes *s/f*).

Chihuahua en los sesenta se caracterizaba por la existencia del monopolio de una familia, la Ibarra, que se apoderaba mediante métodos violentos de la tierra de los campesinos a grado tal que aún siendo aliado de los terratenientes el general Antonio Gómez, comandante de la V Zona Militar, con sede en Chihuahua, llegó a denunciar en julio de 1964 a José Ibarra, miembro de la dinastía Ibarra, por apropiarse de terrenos en la región de Madera. El militar denunciaba que al apoderarse de la tierra había hecho uso de "procedimientos terroristas" contra los campesinos; a este terrateniente se le responsabilizaba de la agitación que se vivía en esos tiempos en la región, además de señalarlo como responsable "de algunos hechos de sangre" que habían tenido como resultado varios muertos. Asimismo el procurador de justicia del estado daba a conocer públicamente una serie de acusaciones contra la familia Ibarra, aunque no llegó a abrir ningún proceso contra ellos, y todo se quedó en mera denuncia (López, 1974).

Los campesinos y sus familias reclamaban tierra; los terratenientes no conformes con las que poseían les arrebataban a los pobres las suyas, y al momento de reclamarlas por la vía legal y pacífica, no encontraban respuesta de parte de las autoridades. Cuando intentaban recuperarlas mediante la organización, recibían balas de parte de la policía y de los grupos armados de los caciques del lugar. Muerto tras muerto, los lugareños fueron alimentando otra vía para obtener una respuesta positiva a sus justos reclamos, pues del otro lado sólo encontraban terror y sangre, no obstante actuar todavía dentro de los cauces pacíficos (López, 1974; Reyes, *s/f*). La situación de finales de los cincuenta y mediados de los sesenta en esas latitudes era similar a otras regiones campesinas: latifundios, monopolios forestales, caciquismo, pobreza extrema de los campesinos, acaparamiento de la producción, lento reparto agrario, nepotismo, corrupción, antidemocracia (Reyes, *s/f*). Entre 1960 y 1966, 145 familias eran propietarias de 3, 700, 000 hectáreas.

Una organización que recoge los reclamos campesinos, a inicios de los sesenta en varias partes del país, y en especial en Chihuahua, es la Unión General Obrero Campesina

de México (UGOCM), ligada al Partido Popular (PP) de Lombardo Toledano, que tiempo después se convertiría en Partido Popular Socialista (PPS) (López, 1974). En Chihuahua quien dirigía tal organización eran los campesinos y maestros Alvaro Ríos, Pablo y Raúl Gómez y Arturo Gámiz, quienes al frente de campesinos llevarán adelante movilizaciones con una demanda central: tierra. La toma de tierras se inicia de forma simbólica, y a principios de los sesenta el gobierno desata la represión: encarcela a varios dirigentes de la UGOCM (López, 1974; Reyes, *sff*). A principios de 1963 el profesor y doctor Pablo Gómez señala en un escrito: "no es el campesino quien invade la tierra que le dio la revolución sino el latifundista que otra vez se apoderó de ella, frustrando así la aplicación de la reforma agraria" (citado en Reyes, *sff*, p. 5). Cuando dichas líneas se escriben Pablo Gómez era aún militante del Partido Popular.

Después de varios años de tratar, mediante una organización local, de obtener tierras, los campesinos de la sierra de Chihuahua se percatan que para obtener logros en sus luchas se requiere de una organización más amplia y que presione con mayor fuerza. De ahí que convocaran a la realización de un encuentro en la Sierra de ese estado, tratando de esbozar algún programa para empujar en varias partes del país donde la problemática era similar. Se obtienen los primeros contactos y se convoca al Segundo Encuentro de la Sierra, efectuado en febrero de 1965, y al dar cuenta de que de parte del gobierno solo obtienen represión, el profesor Arturo Gámiz ya delinea su visión de las armas (Reyes, *sff*). Al respecto proponía: "Una de las causas de la Revolución de Independencia fue la influencia de la revolución Francesa. Desde entonces ningún acontecimiento ha influido tanto en los pueblos de América como la Revolución Cubana, nada había aglutinado y movilizado en la escala continental como la Revolución Cubana, ningún hecho había destruido tantos mitos y falacias como la Revolución Cubana, nada había influido a los oprimidos de América la esperanza y la confianza en el porvenir y la certeza en el triunfo que la Revolución Cubana ha influido" (citado en p. 12). Efectivamente, después de años de trámites, gestiones truncadas, y de enfrentar la represión gubernamental, no quedaba otra opción, a decir de Gámiz. Por lo que en ese Segundo Encuentro Gámiz clarifica algunas cuestiones en torno a las luchas que se proponen a largo plazo (Reyes, *sff*): "La lucha será terriblemente prolongada, no se contará por años sino por décadas, por eso es ya la hora de empezar y hay que empezar jóvenes si queremos tener tiempo de lograr las cualidades que sólo los años de acción proporcionarán" (citado en p. 13). Para tal efecto de empuñar las armas, cabe señalar, no se realizó programa alguno de manera específica; pero sus posiciones políticas no se alejaban en mucho, a pesar de las críticas, de las planteadas por el PPS, y se anclaban más en el problema agrario, el cual sería el instrumento de independencia económica y política (López, 1974).

Si bien ese encuentro de campesinos tenía un carácter abierto y público (Reyes, *sff*), las tesis de las armas cobraban cada vez más relevancia ante la situación que se vivía en esos momentos y en ese lugar. De esta forma en el Segundo Encuentro de la Sierra, meses antes del asalto a Madera, Gámiz logra que la cuarta resolución del encuentro exprese: "estamos convencidos de que ha llegado la hora de hablarle a los poderosos en el único lenguaje que entienden; llegó la hora de que las vanguardias más audaces empuñen el fusil, porque es lo único que respetan y escuchan; llegó la hora de ver si en sus cabezas penetran las balas, ya que las razones nunca les entraron; llegó la hora de apoyarnos en el 30-30 y en el 30-06, más que en el código agrario y la Constitución" (citado en López, 1974, p. 30; Reyes, *sff*, p. 9;). Es el inicio de la primera guerrilla socialista postrevolucionaria en México.

Así, se forma el Grupo Popular Guerrillero (GPG), de Gámiz y Gómez, que surge de la ruptura que se da no de manera formal sino en los hechos, con las posiciones del PP y la

UGOCM a fines de 1963. En el Primer Encuentro de la Sierra Arturo Gámiz ya daba cuenta de las perspectivas generales de la lucha armada en nuestro país; veía la necesidad de tomar las armas, pero aún no lo hacía (Reyes, *sff*). Un año después, en un documento de 1964 ("Escrito sobre agricultura y los estudiantes"), Gámiz reflexiona: "maduran las premisas de profundas conmociones sociales que sacudirán todo el territorio nacional, si no se da una solución radical y oportuna al problema agrario" (p. 8).

Ahora bien, hay que reconocer y decir en voz alta que el grupo de Gámiz y Gómez, antes de tomar las armas se dedicó a defender a los campesinos, a solicitar convenios con el gobierno local del cual no obtuvieron respuestas positivas (López, 1974). En efecto, una serie de injusticias, despojos, oídos sordos de parte del gobierno, represión, sangre, muerte y reclamos de los campesinos antecedieron a la toma de las armas por parte del grupo de Gámiz; muchos fueron los intentos de parte de la UGOCM por hacerse escuchar y encontrar solución a sus problemas por vía legal y civil, pero siempre obtuvieron la misma respuesta de parte del gobierno: expulsión de palacio de gobierno o de sus tierras, insultos o agresiones, represión o despojo de sus tierras o bien a policías y militares frente a ellos.

El tiempo de vida del GPG va de febrero de 1964 a septiembre de 1965 (López, 1974; Reyes, *sff*). La primera acción del GPG es la voladura de un puente construido en las propiedades de un acaudalado acaparador, y después el ajusticiamiento de un hacendado que mató a un campesino; en julio de 1964 hay un enfrentamiento entre los miembros del GPG y la policía del lugar (López, 1974). En septiembre de 1964 los guerrilleros envían un documento a un diario local, *Acción*, en el que se presentan y narran sus propósitos: "Viendo que las autoridades nunca atienden los problemas del pueblo y que los atropellos de los caciques se suman a los de las fuerzas armadas del gobierno, decidimos empuñar las armas para hacer justicia por nuestra propia mano, para castigar a los latifundistas que amargan la vida de los campesinos y para repartir tierras... Seguimos en pie de lucha y lucharemos hasta el final de nuestros días. Nada ni nadie nos hará deponer las armas... El día que se resuelvan los principales problemas del pueblo, que se repartan las tierras y se haga justicia al oprimido, ese día dejaremos las armas" (citado en Reyes, *sff*, p. 10).

Ante estas acciones, la respuesta del gobierno del estado no se deja esperar. La brutalidad y torpeza de la actuación de las fuerzas armadas y policíacas cuando se trata de perseguir a disidentes se ha manifestado en todo momento (López, 1974); el grupo de Gámiz denunciaba en 1964 lo siguiente: "Hemos visto con indignación y lo hacemos del conocimiento de la opinión pública, que los elementos del Ejército Federal, de la Policía Rural y de la Judicial enviadas en nuestra persecución han ido rancho por rancho cometiendo toda clase de fechorías con las familias; registrando, o mejor dicho, destruyendo todo lo que hay en el interior de las casas, penetrando en ellas como bestias salvajes, golpeando a todas las personas que salen a su paso y sometiendo a crueles torturas a muchos rancheros, también han torturado a mujeres y niños, roban animales, destruyen las siembras, etc." (citado en Reyes, *sff*, p. 10).

Poco antes del asalto al Cuartel Madera, el 11 de septiembre, Gámiz y Salomón Gaytan le envían una misiva al gobernador en la que le señalan: "Durante años, por las buenas, estuvimos pidiendo justicia; pero usted señor gobernador, nos despidió siempre con insultos; se puso de parte de los latifundistas y les dio fueros. Empuñamos las armas para hacer por nuestra propia mano la justicia que les niegan a los pobres" (López, 1974, p. 24; Reyes, *sff*, p. 15).

Los guerrilleros se entrenan en varias partes del país con un ex-capitán del Ejército, Lorenzo Cárdenas, a quien posteriormente se le ubicaría como el infiltrado que dio la información al gobierno (Reyes, *s/f*). Las primeras fechas para el asalto estaban contempladas para el 15 de ese mismo mes, luego para el 19 y finalmente llegó el día 23 (López, 1974). Un sobreviviente de Madera expone el por qué de ese sitio: "Se escogió (Madera) por ser un punto estratégico en la sierra, y la facilidad de remontarse a la parte alta de la misma. Además de que en esa zona se habían dado las luchas campesinas más fuertes contra los caciques" (citado en Reyes, *s/f*, p. 14).

Para el plan de ataque se contempla la participaron de entre 30 y 40 personas, divididos en tres grupos; uno formado por estudiantes normalistas, otro formado por campesinos, entre 20 y 30, dirigido por Salvador Gaytan, y el tercero entre quienes se encontraban Gámiz y Gómez (Reyes, *s/f*). La coordinación no llegó: el primer grupo se perdió en la sierra; el segundo se vio impedido a llegar debido a las lluvias y los ríos crecidos. El tercer grupo, de entre 14 y 18 personas, fue el que se aventuró al asalto al cuartel (López, 1974). Contaban con poco armamento, lo cual los puso en serias desventajas con respecto a los federales (Reyes, *s/f*), que sumaban más de 100 elementos (López, 1974). El combate se efectuó entre las cinco y las seis de la mañana y duró aproximadamente hora y media (Esteve, 1995); los guerrilleros iban cayendo hasta contar ocho, y del lado del Ejército hubo cinco bajas y otro más que moriría días después a consecuencia de las heridas (López, 1974; Reyes, *s/f*). Lograron sobrevivir entre seis y nueve guerrilleros, dos de ellos morirían en un enfrentamiento posterior en septiembre de 1968 en Sonora (Reyes, *s/f*). Cuando concluyó el tiroteo, los soldados salieron en busca de los sobrevivientes, pero la población del lugar los protegió en la huida y no los encontraron.

Entre que no llegaron las armas, el retraso de hombres y otros que no arribaron al lugar, la infiltración en el grupo, lo que permitió al Ejército estar al tanto de la operación, por lo que los esperaban al momento de la llegada de los guerrilleros, el asalto al Cuartel concluyó en tragedia (Castañeda, 1999). La muerte, como en el acto cubano que se intentó reproducir, cobró sus víctimas. La mayoría de los participantes contaba con una edad de entre 20 a 25 años; incluso uno de ellos tenía apenas 19 años (López, 1974). La versión oficial reconoce sólo 11 participantes.

El gobernador se apersonó en el lugar de los hechos poco después, para negar el permiso otorgado para el traslado de los cuerpos a Chihuahua; a los guerrilleros se les enterró en una fosa común al grito de "¡Querían tierra, dénles tierra hasta que se harten!" (Reyes, *s/f*, p. 17; López, 1974, p. 25); y no conforme con ello, el propio gobernador declaró después: "Todo se reduce a una bola de locos mal aconsejados por Gámiz y Gómez Ramírez... No tiene importancia" (p. 17).

Después del asalto al cuartel, los sobrevivientes se retiraron y fue en su persecución un batallón del Ejército, al frente del cual se encontraba el entonces coronel José Hernández Toledo, quien después encabezaría las invasiones a las universidades de Michoacán y la propia UNAM en 1968 (López, 1974). A su paso por diferentes poblados de la sierra de Chihuahua y rumbo a Sonora, los pobladores eran interrogados y torturados para que "brindaran" información sobre la ruta de los guerrilleros; uno de los generales que participó en los operativos reconocería más tarde que eran "excesos lamentables pero necesarios" (*idem*).

Por último, hay que señalar, como un antecedente peculiar el hecho de que el GPG haya realizado llamado a "utilizar todas las formas posibles de lucha", e incluso estando ya en armas, en 1964 es candidato a diputado Pablo Gómez lo mismo que su hermano, y la gente de Arturo llama a votar por esos contendientes (Reyes, s/f).

3. 2 Genaro Vázquez y su grupo

En Guerrero han nacido los dos movimientos guerrilleros más importantes del México de los sesenta y setenta, el de Genaro Vázquez y el de Lucio Cabañas (López, 1974; Montemayor, 1998c), y es que sus condiciones así lo posibilitaron.

Para 1950 Guerrero tenía el primer lugar de analfabetismo, ocupaba el lugar 29 en industrialización y el vigesimoquinto en productividad; para 1960 el número de analfabetas representaba el 62.8% de la población total, y su nivel de vida era inferior al promedio nacional (López, 1974). A la pobreza que se experimentaba en Guerrero, se le unía el caciquismo expresada en "una rica gama de modalidades de toda índole" (p. 33). Pero no sólo eso, pues la violencia era el arma predilecta del sector acomodado del estado, por ello se menciona que Guerrero "tiene bien ganado otro campeonato: el de las matanzas" (p. 34). Ejemplo de ello fue la matanza celebrada a fines de 1960, durante la administración de Raúl Caballero Aburto; la de Atoyac en 1967 y la de los copreros el mismo año. Es en ese clima en que surge el movimiento armado. "Las organizaciones que antecedieron a los grupos guerrilleros al principio aplicaron formas de lucha no armada y en el curso de su desarrollo se transformaron en agrupaciones armadas" (p.34). Fue el caso de Genaro Vázquez y su agrupación.

Genaro Vázquez egresado de la Facultad de Derecho de la UNAM (López, 1974; Salgado, 1990) recordaría así su incursión en la lucha social: "Para dedicarme de lleno a la solución de los problemas agrarios, abandoné mi plaza de maestro y me responsabilicé de las asociaciones campesinas de mi estado" (López, 1974, p. 36), y como consecuencia de esas luchas se forma el Comité Cívico Guerrerense (CCG) como una especie de frente de oposición donde lo mismo confluyen ex-priistas inconformes que miembros del Partido Popular Socialista, de los partidos obreros, del Partido Comunista Mexicano, y organizaciones de campesinos (Bartra, 1996). Para 1959, año en que triunfa la Revolución Cubana, el CCG se convertirá en la Asociación Cívica Guerrerense (ACG) (Reyes, 1992), antecedente de la Asociación Cívica Nacional Revolucionaria (ACNR), y uno de cuyos dirigentes destacados es Genaro Vázquez. La respuesta del gobierno de Guerrero no se hizo esperar; lo que el gobierno mexicano efectuó con el movimiento ferrocarrilero, reprimirlo, es lo que le esperaba a todo movimiento social decente. Eso empezó a hacer con el naciente movimiento cívico en Guerrero.

Ahora bien, la formación de la ACG es producto del descontento social que impera en el estado a fines de los 50, y cuyos principales promotores, los profesores, no ven en el Partido Comunista Mexicano (PCM) ni en el PPS una opción (Reyes, 1992). El trabajo inicial que se plantea la ACG no es de confrontación con el poder, sino de conciliación, en tanto que pretendía "abrirse las puertas" con el gobierno con la pretensión de gestionar demandas del sector más movilizado, el de los campesinos, y a partir del cual se pretende organizar a otros sectores, como a los maestros y los estudiantes. En esos tiempos se encontraba en el gobierno local Caballero Aburto (ver López, 1974; Reyes, 1992; Montemayor, 1998c), el cual

no responde de manera civilizada, sino con represión a los reclamos de las comunidades campesinas.

Los conflictos en Guerrero se estaban agudizando ya a inicios de la década de los sesenta. En octubre de 1960 entra a la Cámara de Diputados federal una acusación contra Caballero Aburto, la firmaban 34 agrupaciones de sectores diversos: estudiantes, campesinos, comerciantes, maestros, copreros, etcétera. Entre otras cosas se enumeran 34 casos de asesinatos y el enriquecimiento ilícito del gobernador. No obstante ello, los legisladores respaldan al gobernador y sentencian: "No es de competencia de esta Cámara de Diputados erigirse en Gran Jurado" (López, 1974, p. 40), por lo que los guerrerenses tienen que arreglar sus problemas en otro lado o en otro escenario. Y la muestra estaba en el propio estado: mientras los diputados apoyaban al gobernador, en las calles la situación era distinta, era de animadversión hacia éste, lo cual ponía en jaque al ejecutivo y daba cuenta de los intereses que representaba la clase política.

En octubre de ese mismo año estalla una huelga estudiantil, contra el rector, en la Universidad de Guerrero. En noviembre entra en acción el Ejército: sitia la Universidad, arremete contra la asamblea permanente de varias organizaciones que se encontraban instalados frente al palacio de gobierno y detiene a cientos de personas. Al mismo tiempo, cientos de personas intentaban juntarse con los estudiantes, tratando de pasar la línea de soldados, lo cual fue prácticamente imposible hacer. El accionar del Ejército se interpretó como una demostración de fuerza del gobierno federal. La revista *Política* del primero de diciembre de 1960 señala: "en más de un mes RCA (el gobernador) no ha podido poner los pies en Chilpancingo ante el temor de que su presencia provoque serios disturbios. Los miembros del ayuntamiento de la ciudad se han declarado en su contra. El Tribunal Superior de Justicia del estado está desintegrado. La Cámara de Diputados local no sesiona. Las huelgas de comerciantes se han sucedido en varias poblaciones guerrerenses. Los empleados públicos ha hecho patente su repudio al gobernador. Menudean las manifestaciones y mítines que hacen aflorar el descontento popular" (citado en p. 41). Los únicos que apoyan a Caballero son los diputados locales. Si en algo ayudó la actuación del Ejército cuando asesinó a ciudadanos que se reunían frente a palacio de gobierno y la Universidad, fue a la caída de Caballero Aburto, lo cual ocurrió a fines de 1960. Los soldados abrieron fuego contra la gente y causaron 13 muertos y 37 heridos.

En las movilizaciones contra el gobierno local la ACG era clave, ya que tenía una amplia presencia. Por su parte el gobierno tenía dos posibilidades: abrir la negociación con las organizaciones que se le enfrentaban, o confrontarlas e irse por la vía dura. Optó por la segunda posibilidad. Y la ACG se vio sometida a una tremenda ofensiva: "El poder puso en juego todos sus recursos para acabar con ella" (p. 44), y los cívicos, como eran conocidos en el estado los integrantes de la ACG, respondieron de manera organizada y pacífica. De hecho a ellos se atribuye en buena medida la caída del gobernador (Reyes, 1992).

Se convoca a elecciones para 1962 y la ACG participa con candidato propio, Vázquez Rojas, quien declaraba: "tenemos la seguridad de triunfar en las lecciones porque el pueblo está con nosotros... no nos sacarán de Chilpancingo, sino hasta dentro de seis años; ya lo verán, y nuestro candidato si se sentará en el sillón gubernamental" (Bartra, 1996, p. 119). Pero el gobierno local y sus aliados de la prensa desataron un campaña fuerte contra la ACG para desprestigiarla, llamándoles a sus militantes *Civicolocos* (López, 1974). Sobre las elecciones del dos de diciembre de 1962 la revista *Política* escribía: "Se desarrollaron conforme a los procedimientos habituales en México: coacción oficial sobre los votantes,

fraude electoral, etcétera, e inmediatamente se desató una campaña de represión contra la ACG" (citado en, p. 46). Un día después de los comicios, el tres de diciembre, los cívicos declaraban: "Nos complace informar que a pesar de las múltiples maniobras puestas en juego por los integrantes de las casillas electorales, en su totalidad miembros del PRI, los candidatos [de la ACG] lograron abrumadora mayoría de votos" (Bartra, 1996, p. 120).

El candidato de la ACG a la gubernatura, Suárez Tellez fue detenido y en los días siguientes lo fueron también decenas de dirigentes de la organización y el Ejército evitó, mediante la represión, las protestas por el fraude electoral. "Agresiones, hostigamiento, crímenes, fueron la forma de difusión de la autoridad: temor y represión" (Reyes, 1992, p. 4).

Los cívicos se movilizan y sus protestas son reprimidas. El 30 de diciembre de 1962, en Iguala, el Ejército abre fuego contra la población dejando un saldo de siete muertos, 23 heridos y 280 detenidos. "Con la masacre como telón de fondo y veinte mil soldados cuidando el orden, los candidatos del PRI asumen sus cargos; y lo hacen sin más trámite, pues no hay cámara de representantes que califique las elecciones" (p. 120). Las protestas continúan, y el Ejército sigue entrando en acción, deteniendo a 50 personas durante un mitin el ocho de diciembre, entre ellos a varios líderes presentes en el momento. "En 1963, Atoyac, Tecpan y San Jerónimo, entre otros municipios, son ocupados por el ejército y padecen de nueva cuenta las prácticas de tierra arrasada, saqueo y tortura a cuya cíclica repetición parece estar condenada la Costa Grande" (p. 122). Asimismo se efectuaban detenciones, balaceras y matanzas en otros sitios: Ometepec, San Luis, en la Costa Chica y en la Costa Grande (López, 1974). El golpe a la ACG fue durísimo, muchos de sus dirigentes estaban tras las rejas. Fue el caso del ex-candidato al gobierno por la ACG, Suárez Tellez, y 25 cívicos más estaban siendo procesados por los delitos de homicidio, lesiones, disparos de arma de fuego y sedición, para ser liberados después, uno por uno. Un año después de su detención Suárez Tellez quedaba en libertad. Quienes no se encontraban tras las rejas estaban fuera de Guerrero, pues temían ser recluidos, fue el caso de Genaro Vázquez. Pero la libertad no le duró mucho, pues lo detuvieron en la Ciudad de México en noviembre de 1996 para posteriormente trasladarlo a Guerrero. Después de años aprehendían a Genaro cuando existieron oportunidades antes, pero lo detenían justo cuando se desarrollaban dos movimientos: uno contra el rector de la Universidad de Guerrero y otro en la Normal Rural de Ayotzinapa que apoyaba al primer movimiento universitario.

La consecuencia lógica de toda esta ofensiva se reflejaba en la disminución de la actividad de la ACG. Pero los cívicos no flaqueaban y todavía para 1965 participan en las elecciones para ayuntamientos; su carácter bélico, pues, no se veía en ese entonces por lado alguno (Reyes, 1992). No obstante, "ni la participación electoral de la ACG, ni las gestiones apoyadas en movilizaciones, hicieron entender al gobierno local la necesidad de crear un nuevo ambiente político para entablar relaciones respetuosas con organismos cívicos y políticos disidentes" (p. 6). El "régimen —recordaría años después Vázquez Rojas— ordenó la represión implacable contra los dirigentes de la Asociación Cívica Guerreroense" (Salgado, 1990, p. 129). En efecto, la represión orilló, en buena medida, a modificar el carácter de la asociación. Al año y medio de haber sido recluido, Genaro Vázquez se fugó de la cárcel de Iguala, con un operativo montado por su organización; esa constituyó la presentación de la naciente organización, pues fue la primera acción armada del comando que lo liberó el 22 de abril de 1968 (López, 1974; Salgado, 1990). Después de la fuga el Ejército "realizó minuciosos cateos por las rancherías y tendieron un cerco táctico, pero gracias al apoyo campesino logramos burlarlas" (López, 1974, p. 52), recordaría tiempo después el líder guerrillero.

El tránsito de una instancia civil organiza, vía que parecía agotada, a otra no tan civil, es vista por Armando Bartra (1996) en los siguientes términos: "Los guerrerenses han rofrendado una sabia lección: en el reino de la *revolución hecha gobierno*, votar no paga dividendos. A fines de 1960 tumbaron a un gobernador despótico mediante una algarada social; dos años después votaron civilizadamente por la democracia y consiguieron un baño de sangre. Conclusión obligada: en México la lucha comicial es contraproducente" (p. 123). El propio Genaro Vázquez Rojas en octubre de 1963 lo expresaría así: "El movimiento revolucionario tiene que... esclarecer a la clase obrera y los campesinos pobres que el camino electoral no resuelve sus problemas, que el voto universal y secreto es una engañifa de la burguesía... En este período... es necesario difundir los ideales... de la revolución popular, que no significa cambios de personas al frente del gobierno de la burguesía, sino el cambio radical del régimen político y económico, la instauración de un gobierno democrático y popular... primer paso al socialismo; estos objetivos no pueden sustituirse con una posición electorera... tampoco por votación puede acabarse la lucha de clases y destruirse el estado burgués que padecemos" (citado en p. 124). Después de eso, la ACG llama a la conformación de "comités clandestinos" para asegurar la continuidad de la lucha. Por su parte quien ha estudiado detenidamente el desarrollo de los grupos armados en el México de los sesenta y setenta, Jaime López (1974), sintetizaría así el paso de la ACG a la ACNR: "En la estructuración del movimiento guerrillero de la ACG influyó, ante todo, la política gubernamental. La violencia del poder precipitó la violencia de la Asociación Cívica Guerrerense" (p. 54). Y por supuesto, que estuvo presente la victoria de la guerrilla cubana, las tesis del Che Guevara en auge y el movimiento revolucionario latinoamericano que se desplegaba por Perú, Guatemala, Venezuela y Colombia, por citar algunos casos. Estaban también presentes las reuniones internacionales, como la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), formada en 1966 como parte de la Organización de Solidaridad de los Pueblos de África, Asia y América latina (OSPAAAL), donde participan tanto la ACG como el PCM, y por ahí se introduce el ideal guevarista (Bartra, 1996).

Pero sobre todo pesaron las condiciones internas, estas llevaron a la formación de la guerrilla de Vázquez Rojas. El propio Genaro lo pondría en estos términos: "la ACG no desorganizó al gobierno ni compuso a nadie, sino que demostró cuál es la suerte reservada a las organizaciones que toman inocentemente el campesino, falsamente democrático que les ofrecen los explotadores, y dio la experiencia de cómo se destruyen esas organizaciones por medio de la brutal violencia militar y policiaca institucionalizadas, por medio del asesinato, y del encarcelamiento de los luchadores... Nuestra lucha ha tomado el rumbo de la organización guerrillera para repeler la agresión de las clases explotadoras... En México todavía no podemos reportar ningún triunfo en la lucha de las masas, las que han terminado en la represión de obreros, campesinos y masas populares" (citado en López, 1974, pp. 52-53). Pero Genaro y su gente estaban dispuestos a ensayar la lucha armada, recuperando la memoria de pasados guerrereros (ver Salgado, 1992; Esteve, 1995;).

Este es el momento de la segunda etapa de la ACG, marcada por la fuga de Vázquez Rojas; concluyendo así la vía de la oposición pacífica, llevando la lucha al terreno de la contienda armada. No se sabía si la lucha armada tendría perspectiva en nuestro país, pero se experimentó, sin gran bagaje teórico, como ocurría en otras latitudes, simplemente como una conclusión a la que se les había orillado después de décadas de andar por las vías pacíficas tratando de solucionar sus problemas (López, 1974). "Y así nació una nueva asociación cívica, ya no guerrerense, sino nacional y revolucionaria, ya no dispuesta únicamente a ser golpeada sino también a golpear" (p. 55). En efecto, como si de realizar

actos análogos se tratara, semejante a lo que haría dos décadas después Patrocinio González en Chiapas, el entonces gobernador de Guerrero en 1965, Abarca Alarcón, promulgó un decreto con el cual se aplicaría "prisión de 2 a 12 años y multa de 10 a 10, 000 pesos, a toda persona que difunda o propague una idea programa o plan por cualquier medio y que tienda a alterar el orden a la paz pública del estado, o a subvertir las instituciones jurídicas y sociales" (Bartra, 1996, p. 133). La respuesta a la disidencia guerrerense seguía los cauces de la represión.

En una entrevista con el periodista Armando Salgado (1990), Genaro Vázquez explica el paso del primer al segundo tipo de organización: "La lucha que planteamos responde a imperativos de orden nacional. Aunque no inventamos el método de la guerra de guerrillas, lo consideramos como la expresión clara de la determinación y el desarrollo de la decisión revolucionaria y el medio eficiente para obtener la liberación y el bienestar de los mexicanos. Escogimos Guerrero porque conocemos la región, la hemos estudiado, y porque aquí se han agudizado con mayor rapidez los problemas que son comunes a México y a los países del llamado mundo subdesarrollado... (además) Guerrero es un estado con una tradición de lucha ejemplar durante todas las épocas grandiosas de nuestro pueblo: Independencia, reforma, revolución... Lo primero que había que hacer era sentar las bases, cimentarlas y asegurar la subsistencia del movimiento guerrillero en Guerrero. Luego, proyectar las acciones armadas a escala nacional y lograr la coordinación a escala nacional y lograr la coordinación con grupos de otros países que aspiran el mismo objetivo: el bienestar definitivo del pueblo" (pp. 132-133). La ACNR lo externaba en estos términos: "la violencia nos la han impuesto los verdugos que gobiernan y saquean a nuestro pueblo y lo asesinan cuando protesta o se defiende. Ellos son los que han hecho de la violencia una 'fórmula mágica' "(citado en López, 1974, p. 64).

Algunas acciones. La primera de todas ellas, es el rescate de Genaro Vázquez en abril de 1968; después el asalto a una camioneta del banco Comercial Mexicano en abril de 1969, en la ciudad de México; la ACNR también secuestró al gerente del Banco de Comercio del Sur, Donaciano Luna, en diciembre de 1970, exigiendo medio millón de pesos por el rescate. Después vino el secuestro del entonces rector de la Universidad Autónoma de Guerrero, Jaime Castrejón Díez, perpetrado el 19 de noviembre de 1971. Para su liberación se exigía 1) la liberación de presos políticos, entre ellos el director de la revista *Sucesos*, Mario Menéndez, 2) dos y medio millones de pesos, y 3) justicia para los campesinos presos. Las dos primeras peticiones se cumplieron y los presos políticos salieron exiliados a Cuba el 28 de noviembre de ese año. Eran los tiempos de los asaltos bancarios y los secuestros por parte de los grupos guerrilleros (López, 1974).

Un medio que se encargó de desatar una campaña de desprestigio contra el guerrillero, fue *El Herald de México*, quien publicó, entre otras cosas, una fotografía de Genaro acompañado de una mujer, y al pie de la imagen escribía: "Lo acompaña no su esposa, como debiera esperarse de un héroe, sino (¿quién cree usted?) 'su amante' "(referido en p. 58). En contraparte se encontraba otro medio, la revista *Por qué*, que mostraba a Genaro como un "supervirtuoso", "angelical", sin ningún defecto.

Programa o metas. Los puntos que se han logrado recoger de manifiestos, comunicados y entrevistas, en torno a lo que proponía la ACNR, es lo siguiente: 1) el derrocamiento de la oligarquía de capitalistas y terratenientes; 2) el establecimiento de un gobierno de coalición de obreros, campesinos, estudiantes e intelectuales progresistas; 3) plena independencia económica y política, y 4) La instauración de un nuevo orden social que beneficie a las mayorías trabajadoras (Salgado, 1990). En un documento de la ACNR se asegura: "Probadas están en la liberación de otros pueblos las experiencias de formación de la vanguardia política del proletariado, en alianza con los campesinos pobres del campo, *en forma armada... la lucha armada del pueblo por su liberación* es una perspectiva real, abierta en lo adelante *en estas montañas del sur para todos los revolucionarios honrados de México que busquen de verdad la liberación de nuestra patria*" (citado en López, 1974, p. 62). Más adelante aseguraban: "Consideramos absolutamente justo oponer a la represión e ilegal privación de la libertad, ejercida por el poder reaccionario de los ricos contra los desposeídos, la acción revolucionaria de castigo contra caracterizados enemigos del pueblo, para lograr la libertad de los nuestros y el impulso al propio movimiento revolucionario" (p. 63).

La vida, la memoria. Un viejo líder agrario de una zona de Guerrero, que posteriormente entró a la guerrilla de Genaro Vázquez reflexionaba: "Todo lo que pedía al gobierno era justicia; lo hacía por medio de papeles. A nada dio solución; por el contrario, nos echaba a los federales para acabarnos" (Salgado, 1990, p. 126), y terminó por incorporarse a la lucha armada, ese fue su camino, el que creyó mas viable para lograr cambios sociales. Un campamento de la ACNR se llama "José María Morelos", lleva ese nombre en honor del viejo cura guerrillero y así lo bautizó el maestro Vázquez Rojas, recordando las luchas de ese héroe en esas montañas contra la dominación española (*ibid*). Y como si la memoria insistiera en mantenerse en esos sitios, cuando Genaro Vázquez le habla a los campesinos del lugar, se dirige a ellos en estos términos: "Compañeros campesinos: las condiciones miserables e inhumanas impuestas por la oligarquía, en perjuicio de las mayorías de nuestro pueblo, hacen necesarias, una vez más, las montañas del sur del país. Estos montes que sirvieron de trinchera a nuestros héroes de la Independencia y revolución, serán escenario de la última batalla que la clase campesina tiene que lograr para su total liberación" (p. 126).

La muerte. Pero Genaro ya no vivió para ver la liberación de su pueblo por la que tanto luchó; tampoco le tocó asistir a la continuación de la lucha que otros grupos, tres décadas después desarrollan, recogiendo la herencia que les dejó: el anhelo de un mundo más justo y mejor en el cual se pueda vivir. El profesor Vázquez Rojas sufre un accidente automovilístico en la carretera a Morelia, Michoacán, el dos de febrero de 1972 (Esteve, 1995), y es rematado por los militares que lo encuentran aún herido (Montemayor, 1991), dejando de ser humano para transformarse en mito (López, 1974), como lo hiciera Zapata (ver Orellana, 1988). Después de su muerte, la ACNR comenzó a desmoronarse, pues esta organización giró en gran medida sobre la figura de Vázquez Rojas (López, 1974; Reyes, 1992).

El entonces jefe de la 27 zona militar con sede en Guerrero, el general Solano Chagoya, ante la pregunta de un reportero en el sentido de si se acababa la guerrilla con la muerte de Genaro, respondió: "No sé que quiere usted decir con eso de 'guerrilla' porque yo

nunca he considerado guerrilleros a delincuentes comunes que se dedican a robar, a secuestrar a personas pacíficas, a alterar la paz social. Para mí, nunca hubo guerrillas en el estado" (Montemayor, 1991, p. 26). El general negó que Genaro contara con seguidores, no obstante que la influencia de éste se desarrollaba por una amplia franja del estado de Guerrero, siendo un fiel reflejo de su trabajo de masas, primero la ACG y después la ACNR (Hirales, 1996).

3. 3 Lucio Cabañas y su grupo

A diferencia de Genaro Vázquez, Lucio Cabañas si militó en un partido, en el comunista, y se formó en su escuela de cuadros allá por 1967 (Hirales, 1996), y llegó a ser dirigente, cuando estudiante, de las normales rurales. Miembros de la Liga Comunista recordarán así a Lucio: "muchacho pueblerino que se hace de *izquierda* y que, al mismo tiempo, se ha venido forjando como *grillo*, es decir, una especie de político profesional de los márgenes, de las catacumbas: grillo estudiantil primero, y luego magisterial, de un tipo muy distinto a los grillos priistas. No de balde fue dirigente varios años de la Federación de Estudiantes Campesinos Socialistas de México (FECSM) (Bartra, 1996), donde "se enfrentaba con los espartacos y otras tendencias de izquierda" (Hirales, 1996, p. 234)

Efectivamente, Lucio Cabañas fue profesor de una escuela federal, en Atoyac, Guerrero, espacio desde el cual ejerció la lucha magisterial y por beneficios para la comunidad en donde trabajaba. Como consecuencia de sus luchas fue en varias ocasiones reprimido a grado tal de sufrir el "destierro" cuando en 1965 el gobernador de su estado lo envió junto con otro profesor a Durango, tratando con ello de deshacerse de él, para que no siguiera agitando en sus tierras (López, 1974). Pero en Durango siguieron su actividad organizativas, motivo por el cual él y su compañero fueron regresados a su estado natal.

La historia de Lucio, en términos de la toma de las armas, no es diferente de la experimentada por Genaro, pues prácticamente se vio obligado a ello, cuando menos para defender su vida. Lo que lanza a Lucio a la guerrilla es la matanza de Atoyac del 18 de mayo de 1967. Todo inició con un conflicto escolar: se solicitaba la renuncia de la directora en una escuela y la reinstalación de Lucio en otra. Tuvo que intervenir el director de educación del gobierno local ante la intransigencia de algunas autoridades. Se logró un acuerdo el 13 de mayo: se destituiría a la directora y se reinstalaría a Lucio, pero dos días después se vino abajo el acuerdo, ya que el gobierno no cumplió (López, 1974). Como consecuencia se reactiva la lucha, y para el 18 de mayo se realiza un mitín y cuando iba tomar la palabra el primer orador, la Policía Judicial abrió fuego, asesinando a siete personas e hiriendo a otras veinte. La gente se enfureció, no soportaría aquella agresión, por lo que la policía fue obligada a huir. El Ejército tomó la ciudad. Todo eso ya era rutina: "La matanza se vio como una más en el estado de Guerrero, y la prensa no se ocupó de ella. El único periódico que informó un poco fue *Excelsior*" (p. 69), quien daba cuenta del descontento que se manifestaba contra el gobernador Raymundo Abarca Alarcón.

A Lucio Cabañas se le responsabilizó por lo ocurrido y ese día tuvo que huir a la sierra (ver Montemayor, 1991). Un año antes Genaro Vázquez había sido encarcelado (ver Reyes, 1992; Esteve, 1995). Con la llegada de Lucio a la sierra se organiza el primer movimiento armado de Guerrero en los sesenta, el otro, el de Genaro se formaría un año después; Jaime López (1974) precisa: "¡Cuánta semejanza en la trayectoria que siguieron ambos!". Los dos

encabezaron movimientos campesinos de masas, se enfrentaron a represiones brutales, a ambos se les quiso quitar de la lucha política con sendas matanzas.

Así, Lucio, como Genaro, es mandado a la arena de la lucha armada, no estaba preparado y tuvo que improvisar sobre la marcha. De hecho, a Lucio, como a Genaro, "nadie lo convenció de modificar su forma de lucha, simplemente fue obligado a cambiarla en el curso de la batalla misma... no se trata de una cuestión teórica sino práctica" (p. 70). Pero no sólo en eso hay coincidencia, pues también el grupo de "Lucio Cabañas nace ligado orgánicamente a un movimiento popular, es decir, emerge con una cierta base de masas. Esta característica no la tienen todos los movimientos guerrilleros mexicanos, de ahí su precariedad y soledad" (p. 71), pensando sobre todo en los grupos urbanos.

En Atoyac, entonces, a fines de los sesenta, y aunque ahí el liderazgo lo tienen los comunistas, donde militó el propio Lucio, también se le clausuran las opciones legales y la oposición transita por el camino de las armas (Bartra, 1996). "En Guerrero, la contraviolencia popular como respuesta a la represión, no es invención voluntarista de líderes políticamente actualizados, sino reflejo social de profundas raíces históricas" (p. 135).

Algunas acciones. Durante 1971 a 1973 el PdIP participó en asaltos bancarios, secuestros y emboscadas al ejército (López, 1974); en enero de 1972 secuestran a un directivo de preparatoria de Acapulco, el dinero que se obtuvo del secuestro fue utilizado para distribuirlo entre la gente pobre de la sierra, comprar armas y continuar así la lucha. En marzo de 1973 secuestran a un apoderado de Guerrero, Francisco Sánchez, a quien acusan de acaparador y explotador. Se pedían dos y medio millones de pesos, lo cual se negaron a pagar, por lo que fue encontrado muerto al mes y diez días de haber sido secuestrado (López, 1974).

Aunque las acciones más espectaculares del grupo de Cabañas Barrientos fueron las emboscadas realizadas al Ejército mexicano, las que tenían como respuesta una ofensiva militar brutal en la región. Cuando el grupo de Lucio emboscaba al Ejército y tomaban presos, antes de soltarlos les trataban de inculcar conciencia sobre la actuación de los militares y la guerrilla. Cuestionaban la forma en que actuaba el Ejército contra las comunidades campesinas, al quemar casas, secuestrando gente, violando a mujeres y matando campesinos, y contra ello luchaban los guerrilleros, y trataban de que entendieran el por qué de la lucha de ésta y los anhelos de justicia. Hacían esto pues consideraban a una buena parte de los militares como de su propia "gente" (Montemayor, 1991). Efectivamente, en un comunicado de septiembre de 1972 los guerrilleros sorprenden con un llamado a los soldados y oficiales del Ejército, cuyo antecedente se puede encontrar en el magonismo, convocándolos a no usar sus armas para matar a "tus hermanos" pues "la miseria contra la que luchamos es tu miseria, nuestros explotadores son tus explotadores, nuestros enemigos los caciques... los millonarios no son ustedes sino sus enemigos, nuestros enemigos" (citado en López, 1974, p. 87). Y le hablan al pueblo para comunicarles que la única alternativa que quedaba era la revolución.

Un crédito alto que se le debe reconocer a Lucio, es que logró organizar una base social de campesinos muy amplia en la región en que operaba, y también estableció nexos con organizaciones estudiantiles del estado y de otras latitudes del país, como Guanajuato, Tamaulipas, Aguascalientes y el Distrito Federal, lo cual le permitió al PdIP mantenerse

durante siete años en actividad militar, tiempo amplio si tomamos en consideración la corta vida de los grupos armados de aquel entonces.

Una de las acciones más sonadas y fuertes, y de las últimas del grupo de Lucio Cabañas, fue el secuestro del entonces senador y aspirante a la gubernatura de Guerrero, Rubén Figueroa. Para liberar a su secuestrado el PdIP exigía el retiro de la policía y el Ejército en donde se habían estacionado para combatir a la guerrilla. Exigían además la liberación de presos políticos, entrega de armamento, cincuenta millones de pesos, resolver los conflictos de las normales rurales, suspender los contratos de las compañías madereras, y algunas exigencias al gobierno del estado (López, 1974). El gobierno federal respondió: "El pueblo y el gobierno no pactan con criminales. Acceder a sus peticiones sería abandonar el régimen de derecho que existe en nuestro país y que estamos empeñados en preservar. El orden público no es objeto de negociación" (citado en p. 140).

Los militares. El Ejército a su vez realizaba campañas intensas para acabar con el grupo de Lucio, el cual a su vez, denunciaba los excesos de los militares: "Las campañas de persecución se han distinguido por el gran número de muertos, desaparecidos, inocentes presos, secuestrados y torturados; por la quema de algunas casas y bombardeos de los helicópteros sobre los campesinos" (López, 1974, p. 76) y se dan datos, nombres de muertos, detenidos y desaparecidos. Muestra de lo anterior lo puede constituir el hecho de que el periódico local *Trópico* de Acapulco en su edición del 28 de junio de 1972 diera a conocer que en esos momentos se presentaba "el mayor despliegue de fuerza militar hecho hasta ahora en la sierra de Atoyac" (citado en p. 77), tres días después de que el grupo de Cabañas realizara una emboscada a los militares, y se conocieran los excesos de estos. Un par de meses después se vuelve a emboscar a un grupo de soldados, y en un boletín la Secretaría de la Defensa Nacional (Sedena) señalaba que los militares habían sido atacados por un "grupo de maleantes", y daban a conocer su versión de los hechos. No obstante que el nueve de septiembre de 1972 se sabía por letras de *Excelsior* que ya había detenidos en la zona militar XXVII, cerca de ochenta personas que se presumía eran del grupo de Lucio Cabañas, acontecimientos que constantemente negaban los militares. Sólo que había otra versión, la de los guerrilleros, que lo hacían a través de la revista *Por qué?*, que por lo demás fue un medio que brindó un espacio amplio a los grupos insurgentes.

En un comunicado, el PdIP da a conocer las acciones de contrainsurgencia —lo que después formará parte de la Guerra de Baja Intensidad— que realiza el Ejército: "se concretiza en hacer carreteras, regalar alimentos, poner tiendas de Conasupo, prestar dinero hasta sin rédito, elevar los salarios y el precio de las cosechas, lo que de nada sirve si a los grandes comerciantes no se les pone freno a sus ambiciones y se les deja encarecer las mercancías" (citado en p. 136).

No obstante, en el Ejército también pueden encontrarse acciones "benévolas", puesto que el secretario de Defensa, Hermenegildo Cuenca, ofreció en un par de ocasiones amnistía a Lucio Cabañas, la primera en marzo de 1972 y la segunda en noviembre del mismo año. Sin embargo, "Nunca ha habido respuesta por parte de Lucio Cabañas" se quejaba el militar (López, 1974). Pero tiempo después el denominado "guerrillero de los pobres" respondía: "Los verdaderos bandidos y criminales como Luis Echeverría y Hermenegildo Cuenca, deben saber que no nos indultaremos ni aprovecharemos ninguna amnistía; no venimos a la sierra a eso; venimos a hacer la guerra revolucionaria al lado del

pueblo mexicano sufrido y explotado para destruir el gobierno de la clase rica" (citado en p. 128). Ahí estaba la respuesta.

Programa o metas. A diferencia de varios grupos armados, el PdIP tenía un programa que dio a conocer a varios medios. En el Ideario del Partido de los Pobres (1973) se señala que éste "se consolida y desarrolla en la lucha y en la guerra revolucionaria armada de los explotados contra los explotadores" (p. 15) Y se dan a conocer sus principales objetivos: 1) la conquista del poder político a través de luchar con las armas en la mano junto a todas las organizaciones revolucionarias; destruir el Estado burgués y construir una sociedad sin opresores ni oprimidos; 2) destruir al sistema capitalista y abolir la propiedad privada; 3) expropiar y socializar fábricas y medios de producción; 4) colectivizar la tierra; 5) expropiación de grandes viviendas; 6) garantizar la salud; 7) el transporte de todo tipo será puesto al servicio de la sociedad; 8) garantizar la educación gratuita; 9) expropiación de radio, televisión y prensa; 10) nuevas leyes. Y llaman a todos los obreros, campesinos, estudiantes a sumarse a la acción revolucionaria. Además el PdIP propuso en diferentes momentos la creación de seguridad social para el trabajador, así como seguro agrícola. Derecho de los trabajadores y sus familias a tener trabajo, educación, cultura, higiene, salud, descanso; liberar a la mujer, haciendo valer su igualdad de derechos frente al hombre, y brindar protección de los niños; asimismo, amparar a los ancianos (López, 1974). En un documento posterior bosquejan el socialismo como forma de gobierno para instaurarse en México, pues plantean "conquistar el poder político... (y) construir un estado proletario y formar un gobierno de todos los trabajadores... (y) abolir la propiedad privada" (citado en p. 88). Pero para ello se requería algo más que el empuje de un grupo armado, cuando menos un frente en diferentes puntos del país.

La unión no realizada. En diversas ocasiones diferentes grupos armados del país se reunieron en la sierra, convocados por Lucio Cabañas, para tratar de coordinar acciones en diferentes puntos del país (Montemayor, 1991). En efecto, hay intentos de acercamiento entre la guerrilla urbana y la rural. En 1971 se realiza el primer encuentro entre la guerrilla de Lucio y el grupo del norte los "Guajiros". En 1972 se formalizan lazos entre el brazo armado del PdIP, la Brigada de Ajusticiamiento y la Liga Comunista (Esteve Díaz, 1995). El propio Genaro buscaba la creación de guerrillas urbanas, y que tanto ésta como la rural se combinaran "bajo el impulso natural de la que tenga mayor desarrollo" (Salgado, 1990). Se ha mencionado que Genaro era más abierto que Lucio a las diferentes fuerzas políticas; y de hecho planteó unificar fuerzas con el PdIP de Lucio, pero éste se negó. Hubo pugnas entre ellos, asegura un ex-militante de una organización armada de los setenta (Hirales, 1996).

Lo cierto es que en los encuentros en la sierra se trataba de limar asperezas entre asistentes de las diferentes organizaciones representadas, pues había señalamientos muy fuertes, como el que realizaba la "Unión del Pueblo", al considerar a los integrantes de la "Liga 23 de Septiembre" como "muy violentos", puesto que querían eliminar a todos aquellos que no pensarán como la Liga (Montemayor, 1991), además de señalar que PdIP era "simple y sin preparación", por estar integrado únicamente por campesinos. Asimismo, llovían las críticas para los integrantes del Partido Comunista y otras organizaciones que subían a la sierra con el firme propósito de enseñar marxismo a los campesinos, y al mismo tiempo considerarlos sin instrucción, pues cuando los integrantes del PdIP decían que luchaban

contra los ricos, por ser burgueses, los partidistas se enojaban y se burlaban de los campesinos. Debido a ello, entre otras cosas, salieron expulsados del lugar.

Lucio Cabañas trataba de explicarles a los integrantes de otras organizaciones su método de lucha y el trabajo que desarrollaban en las comunidades de la sierra, y el por qué de su brazo armado, que su brigada se llamaba de ajusticiamiento porque estaba haciendo justicia y "no mataba a lo tonto" (*idem*). Por lo que advirtió a todos, especialmente a los representantes urbanos, que deberían asumir la responsabilidad de respetar a todos los que luchan en armas, y sus métodos, para llegar a un acuerdo, y así poder formar un frente armado en todo el país. Lo cual nunca llegó a suceder, a decir de algunos, por los propios procedimientos de Lucio Cabañas (ver Hiraes, 1996)

La expresión de la guerrilla rural. De junio de 1972 a septiembre de 1974 la Brigada Campesina de Ajusticiamiento, brazo armado del PdIP, había causado 150 bajas al Ejército y sin ningún guerrillero muerto. En Guerrero para 1971 "se calcula que hay más de 24 000 [soldados], o sea, una tercera parte de todo el ejército mexicano. La mayoría se encuentra concentrada en la Sierra Madre Occidental... la otra parte ronda por la Costa Chica" (Bartra, 1996, p. 140). Durante todo 1974 Atoyac está sitiado e incomunicado. Se impide la entrada de personas al territorio y se prohíbe la entrada de alimentos, se clausura la tienda Conasupo del lugar para impedir aprovisionamiento de la guerrilla, y el terror se extiende cuando se secuestra a los "presuntos colaboradores" de la guerrilla: "las detenciones arbitrarias suman alrededor de dos mil y en cientos de casos los secuestrados desaparecieron para siempre. La versión popular es que los militares los tiraban al mar desde los helicópteros... Los esfuerzos el ejército y la policía judicial por enturbiarle el agua a la guerrilla, dejan en la Costa Grande un saldo de sangre comparable con los efectos de la revolución, sesenta años antes" (p. 142).

El estudioso de Guerrero, Armando Bartra sintetiza así al grupo de Lucio: "Los alzados de Atoyac conforman la mayor guerrilla de base campesina que se haya integrado en México, después de la revolución y los agitados años veinte. Sus consistentes y exitosas campañas militares superan con mucho al pobre desempeño bélico de otros alzados, como los que habían operado en la sierra de Chihuahua de 1962 a 1965 encabezados por Salvador Gaytán y Arturo Gámiz, o como los tres Comités Armados de Liberación que de 1969 a 1972 sostiene la ACNR en el propio Guerrero" (p. 139). Entre 1971 y 1972 secuestran a 10 personas, se le da presencia al Partido de los Pobres, y se financia económicamente a la guerrilla con el dinero producto de los secuestros. La guerrilla de Cabañas permanece en la sierra de 1967 a 1974, el dos de diciembre de 1974 lo sacan muerto: "Es casi una década de lucha fuera de la ley, el exmaestro rural pone en pie una extensa organización política de base comunitaria, el Partido de los Pobres, y estructura una sólida fuerza militar, la Brigada Campesina de Ajusticiamiento, que pese a su ominoso nombre, no sólo amedrenta a los caciques, también es capaz de golpear con éxito al ejército" (p. 137).

4 Guerrilla urbana

Inicialmente son cinco grupos que desarrollan guerrilla urbana: los "Guajiros", una fracción de la Federación de Estudiantes de Guadalajara, el Frente Estudiantil Revolucionario (FER). De esta instancia surge el Frente Revolucionario Armado del Pueblo (FRAP), otros se fueron al Movimiento de Acción Revolucionaria (MAR), y otro grupo que coincidió con una escisión de la Unión del Pueblo (Esteve, 1995).

Según dos estudiosos de la situación de los sesenta y setenta, Reyes y Espinosa (1996), la siguiente es la lista de los grupos armados que operaron en nuestro país en ese par de décadas, además del GPG, del grupo de Genaro y el de Lucio: Brigada Revolucionaria Emiliano Zapata (BREZ); Comandos Armados del Pueblo (CAP); Comandos Armados de Chihuahua (CACH); Comité Comunista Estudiantil (CCE) (después parte de la LC23S); Comité Estudiantil Revolucionario (CER); Comandos Lacandones (Patria o Muerte) (CL); Grupo Comunista de Chihuahua (GCCH); Ejército Insurgente Mexicano (EIM); Fuerzas Armadas de Liberación (FAL); Fuerzas Armadas de la Nueva Revolución (FANR); Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR); Frente Estudiantil revolucionario (FER); Federación Estudiantil de la Universidad de Sinaloa (Enfermos) (FEUS); Fuerzas de Liberación Nacional (FLN); Fuerzas Revolucionarias Armadas del Pueblo (FRAP); Frente Urbano Zapatista (FUZ); Liga de los Comunistas Armados (LCA); Liga de los Comunistas (después parte de la LC23S) (LDLC); Liga Comunista 23 de Septiembre (LC23S); Movimiento Armado Revolucionario (MAR); Movimiento Estudiantil Profesional (MEP); Movimiento 23 de Septiembre (MAR 23 de Septiembre) (M23S); Movimiento Revolucionario del Pueblo (MRP); Procesos, ex-juventud comunista (PROCESOS); Partido Proletario Unido de América (PPUA); Partido Revolucionario del Proletariado Mexicano (PRPM); Partido Revolucionario Obrero Clandestino Unión del Pueblo (PROCUP); Vanguardia Armada del Pueblo (VAP).

En total 28 grupos urbanos, y sumándole los tres rurales, son treinta y uno los señalados por esta fuente.

4. 1 Comandos Armados de Chihuahua

En estos comandos participan estudiantes en su mayoría de Chihuahua, sobre todo aquellos con quienes tenían contacto los sobrevivientes del grupo que asaltó el Cuartel Madera y que conformarían el Grupo Popular Guerrillero Arturo Gárniz. Uno de ellos es de relevancia, su nombre Diego Lucero Martínez, presidente de la Asociación de Estudiantes de la Facultad de Ingeniería de la Universidad de Chihuahua. En diciembre de 1970 depositan una bomba casera en las instalaciones del PRI estatal como protesta por la toma de posesión del nuevo Presidente Luis Echeverría. Realizan asaltos bancarios, uno el 11 de julio de 1971 en la Ciudad de México. En julio de ese mismo año una parte del grupo se sube a la sierra para participar en la guerrilla de Lucio Cabañas, quien los bautiza como "Los Guajiros" (Montemayor, 1991; Reyes, s/f).

Su acción más "espectacular" se efectúa con tres asaltos bancarios simultáneos el 15 de enero de 1972, que se conoció como "Operación Madera" en homenaje a los muertos de 1965. Dos de los tres asaltos tuvieron buenos resultados positivos: 3000 mil y 280 mil pesos respectivamente, y el tercero se frustró por un enfrentamiento con la policía (Reyes, s/f). Dos días más tarde *El Heraldo* de Chihuahua daba cuenta de la detención de los integrantes del grupo que habían realizado los asaltos, y la recuperación del dinero. Durante su búsqueda y

detención varios de los guerrilleros murieron, entre ellos su líder Diego Lucero. Otros dos más murieron en circunstancias bastante extrañas por lo que sus compañeros acusaron a la policía de haberlos asesinado (López, 1974). En mayo de 1972 los integrantes del FRAP secuestran al cónsul norteamericano, Terrance, al que se canjea por 30 guerrilleros, tres de ellos de "los guajiros", y son enviados a Cuba (López, 1974; Reyes, sff)

La revista *Por Qué?* publicó una entrevista con un miembro exiliado de los CACH, en la que daba cuenta de los errores cometidos durante los asaltos y por qué cayeron ante la policía (López, 1974): muy pocas medidas de seguridad en sus operativos.

4. 2 Frente Urbano Zapatista

El Frente Urbano Zapatista (FUZ) inició sus operaciones en 1969. Secuestró al millonario director de Aeropuertos y Servicios Auxiliares, Julio Hirschfeld Aldama, en la Ciudad de México el 27 de septiembre de 1971, y a cambio de su liberación los rebeldes recibieron tres millones de pesos. Cuatro meses después el gobierno declaraba que había detenido a siete miembros -tres hombres y cuatro mujeres- del grupo secuestrador, a quienes se les identificó como miembros del FUZ (ver Esteve, 1995).

Al momento de ser detenidos los siete miembros del FUZ declaraban que en ese momento contaban con un comando abierto y un comando armado; el primero se dedicaba al reclutamiento de nueva gente para alimentar al segundo, el cual a su vez pretendía proveer de recursos e infraestructura a la organización y despertar la conciencia popular. Sus acciones las explicaban así: "En el caso de las expropiaciones al banco se trataba de simbolizar la recuperación del dinero del pueblo, por su vanguardia armada, de manos de uno de sus peores explotadores: la burguesía financiera. En el caso del secuestro de Hirschfeld se trataba de demostrar que los millonarios y reaccionarios miembros de la iniciativa privada son los mismos funcionarios del gobierno" (citado en López, 1974, p. 101).

A decir de un miembro de la Liga Comunista, el FUZ se caracterizaba por sus andanzas en el secuestro, y por no saber qué hacer con el dinero que de estos obtenían. Hiraes (1996) asegura que el dinero que les dieron por el secuestro de Hirschfeld lo metieron en sobres para repartirlos en las colas de la leche en las colonias pobres del Distrito Federal, por lo que se les bautizó con el epíteto de Robin Hood y Chuchos los rotos.

Por otra parte, el FUZ insistía en una coordinación política y militar con las otras organizaciones guerrilleras urbanas y rurales con miras a la unificación en un "gran organismo de lucha armada a nivel nacional", para después buscar la alianza y coordinar con las organizaciones revolucionarias del movimiento democrático de masas y construir el poder revolucionario (López, 1974).

La revista *Punto crítico* publicó en junio de 1972 una entrevista con miembros del FUZ, Francisca Victoria Calvo Zapata declaraba: "Halcones, porros, masacres de estudiantes, obreros y campesinos, huelgas 'inexistentes', charrismo sindical, manifestaciones reprimidas, mítines disueltos, asesinato de presos políticos y, últimamente, lenguaje claramente anticomunista e institucionalización y oficialización de la represión con un despliegue de poderío militar inusitado, todo esto ha contribuido, por un lado, a delimitar perfectamente el carácter del gobierno como un régimen antidemocrático en pleno proceso de fascistización. Por otro lado, la serie de fracasos que ha sufrido la dirección del movimiento democrático de

masas en las diversas luchas libradas, sobre todo a partir del movimiento ferrocarrilero de 59, y tomando muy en cuenta el movimiento estudiantil de 68, y que ha evidenciado el *espontaneísmo* como el factor determinante de dichos fracasos, ha generado la conciencia de la necesidad inaplazable del factor organización en el movimiento revolucionario. *Organización de la vanguardia revolucionaria*" (citado en p. 112). Para los miembros del FUZ, agregaba Calvo Zapata, "el movimiento armado... es producto del cierre total o parcial de las vías democráticas de lucha. La mayoría de los miembros de la lucha armada guerrillera hemos sido, en mayor o menor medida, participantes en las luchas democráticas populares de nuestro país que han sido brutalmente reprimidas... La violencia revolucionaria armada en México surge como respuesta a la violencia reaccionaria contra el movimiento de masas" (referida en p. 114). Al final, Calvo Zapata aseguraba: "los guerrilleros vamos hacia la creación del hombre nuevo. Ese es nuestro objetivo estratégico final. Lo lograremos" (*idem*).

En resumen: el FUZ se forma a fines de los sesenta y actúa hasta principios de 1972 cuando la mayoría de sus integrantes son detenidos y se disuelve. Sus integrantes fueron alrededor de 11 hombres y seis mujeres; actuaban en la zona metropolitana del país (Reyes y Espinosa, 1996).

4. 3 Fuerzas de Liberación Nacional

Las Fuerzas de Liberación Nacional (FLN) se formaron el 6 de agosto de 1969, y entre su dirigentes se encontraban Cesar Yañez Muñoz, el *hermano Pedro*, Alfredo Zárate, Salvador (Montemayor, 1999b). Nueve son los fundadores de las FLN, la mayoría proveniente de la Universidad de Nuevo León. Todos ellos blancos y clasemedios simpatizantes de la revolución cubana (Grange y Rico, 1997). Al poco tiempo eran ya una veintena de camaradas, ese era su inicio (Retes, 200); así se habían inaugurado otros movimientos, los sandinistas en Nicaragua apenas eran unas docenas cuando comenzaron (Cabezas, 1982), los farabundistas en El Salvador y los cubanos también, reflexionaban los guerrilleros mexicanos. Provenientes de las filas de la clase media progresista de Monterrey, para reclutar a sus miembros requerían muestras de seguridad, que respondieran de forma positiva a lo que les encomiendan; tomaban en cuenta edad, escolaridad, capacidad de decisión y de reacción, facultades físicas y anímicas, y estudiaban sus antecedentes (Retes, 2000). Con un riguroso análisis de los grupos actuantes en su momento, las FLN eligieron una ruta más segura: no secuestros, ni robos, ni terrorismo: crecimiento en el silencio y alejamiento de los otros grupos armados. Esta agrupación no le entraban a la violencia, siempre la vieron como el "último extremo" como uso de "defensa propia".

Esta guerrilla planeaba a largo plazo: a largo plazo la "concientización, politización, infiltración paulatina en el medio obrero y rural y un cuidado extremo en la adopción de nuevos miembros" (*idem*). Lo que importaba era la cualidad no tanto la cantidad, pareciera rezar el principio. Mientras tanto a recabar armas, dinero, gente -autocrítica- capaz de organizar redes clandestinas. Con esta perspectiva instalan su primer campamento en la selva de Chiapas en 1972 y su Cuartel General en Nepantla estado de México (Grange y Rico, 1997), dando vida así a las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN), brazo político-militar de las FLN (Esteve, 1995).

Para febrero de 1974, en Monterrey y en Nepantla, estado de México, habían muerto cinco de los nueve juramentados iniciadores de las FLN en 1969 (Retes, 2000), pues dos de

sus integrantes, Napoleón Glockner y Nora Rivera, días atrás habían sido detenidos, lo que condujo a seguridad nacional al cuartel de Nepantla el 14 de febrero de ese año. Resultaron muertos varios miembros de las FLN, y con algunos sobrevivientes se creyó a esta agrupación prácticamente desmantelada (ver Esteve, 1995; Grange y Rico, 1997). El campamento en Chiapas fue atacado y también ahí hubo muertos. De los sobrevivientes que se encontraban regados en varias partes del país, se reorganizó el núcleo que instaló nueve años más tarde, en 1983, otro campamento en Chiapas (Grange y Rico, 1997), de donde proviene el Ejército Zapatista de Liberación Nacional.

Años después, uno de los militares que se dedicó a combatir a los grupos subversivos, el general Mario Acosta Chaparro, escribiría en un informe: "El día 20 de julio de 1971 tienen un enfrentamiento a tiros con elementos de la Policía Judicial cuando estableció una vigilancia en Vista Ocaso, en la colonia Lindavista de Monterrey, habiendo resultado herido un elemento de la policía judicial; se decomisaron en el interior del inmueble vehículos armamento y documentación. Tenían establecidas sus zonas de operaciones en los estados de Veracruz, Puebla, Tabasco, Nuevo León y Chiapas. El 14 de febrero de 1974, en una granja ubicada en Nepantla, estado de México, resultaron muertos en un enfrentamiento con la policía algunos miembros de esta organización, entre los cuales se pudieron identificar a Mario Sánchez Acosta 'Manolo', Alfredo Zárate Mota 'Santiago' o 'Salvador', uno al cual únicamente se le conoció con el seudónimo de 'Gabriel', Deny Prieto Stock 'Ma. Luisa' y Carmen Ponce Custodio 'Sol' o 'Carmita' " (citado en Montemayor, 1999b, p. 29).

En el boletín que dio a conocer la PGR dos días después del enfrentamiento, se menciona que los militares "tuvieron un encuentro con una banda de malhechores en la localidad de Nepantla" (López, 1974, p. 129). El 20 de febrero de 1974 el procurador general de la República, Pedro Ojeda Paullada, reconoce públicamente la captura de 17 guerrilleros de las FALN, entre quienes se encontraba el catedrático universitario Alberto Híjar. Asimismo, se dice que los guerrilleros fueron detenidos "en tres madrigueras", una en Monterrey, otra en Ocosingo, Chiapas, y la última en Nepantla, estado de México. Se asegura que el jefe del grupo es Cesar Yañez Muñoz, alias *hermano Pedro*, y se coloca como su antecedente al Ejército Insurgente Mexicano.

4. 4 Frente Estudiantil Revolucionario/FRAP

La Federación de Estudiantes Revolucionarios (FER) nace en la Universidad de Guadalajara, inicialmente como un grupo de defensa ante los ataques de la derecha porril de la Federación de Estudiantes de Guadalajara (FEG), que había controlado desde años atrás la segunda Universidad más importante del país (López, 1974). La FEG imponía su terror con el apoyo gubernamental, razón por la cual se organizaron los estudiantes descontentos con la actuación de la FEG dando vida a la FER, y en 1970 se conoce su existencia cuando se enfrenta con la organización de porros.

La FER decidió expulsar de la Casa del Estudiante a todo aquel que consideraban "malvivientes", y ocupó dicho espacio, pero luego entro en acción el Ejército, y el 30 de septiembre de 1970 las instalaciones fueron derribadas por los militares (*ibid*). Previamente hubo un enfrentamiento entre miembros de la FEG y de la FER, resultando encarcelados miembros de la segunda organización, pero ninguno de la primera. Fue entonces cuando la FER se pasó a la clandestinidad, desde donde operaría más tarde.

Como buena guerrilla urbana de esos tiempos, los integrantes de la FER se dedicaban a los asaltos bancarios, de donde obtenían sumas para financiar sus actividades. Durante el desarrollo de esas actividades son detenidos varios miembros del FER, pero luego serían liberados, cuando su brazo armado, las Fuerzas Armadas Revolucionarias del Pueblo (FARP), secuestran en 1973 al cónsul de Estados Unidos en Guadalajara, Terrance George Leonhardy (Montemayor, 1991). Para dejar en libertad al funcionario las FARP exigieron que se liberará a guerrilleros presos en diferentes partes del país, miembros del grupo de Lucio, de los Lacandones, y de las propias FRAP -30 en total viajaron al exilio en La Habana, el 6 de mayo de 1973-, y la difusión de un comunicado a través de la radio, televisión y periódicos, que iba dirigido a los estudiantes y trabajadores del país (López, 1974; Montemayor, 1991). El texto que se leyó por televisión el cinco de mayo, aseguraba: "Las condiciones de vida de los trabajadores de todo el país son cada día más desesperantes; ricos cada día más ricos y pobres cada día más pobres... Mientras una clase social privilegiada y determinada explota y se enriquezca con el trabajo de otras clases existirá la lucha de clases y con ella la violencia, la violencia de los explotadores para mantener sus intereses económicos y políticos y la violencia de los explotados para liberarse y conquistar el derecho a disfrutar del producto real de su trabajo" (citado en López, 1974, p. 110). Más adelante, agregan: "en ningún momento se excluyen las variadas formas de lucha del movimiento de masas, sino que también juegan un papel fundamental en el proceso de desarrollo del movimiento cuando se encuentran comprendidas dentro del programa general del movimiento revolucionario" (citado en p. 111).

En agosto de 1973 se anuncia la detención de los secuestradores del cónsul norteamericano, y son enviados a la cárcel. El día tres de ese mes la revista *Por qué?* publica una entrevista con miembros del FER que se encontraban tras las rejas. En la entrevista señalaban su paso de organización estudiantil a "semiclandestina", del tránsito de la lucha democrática a la armada, y su labor de politización con la clase popular. La expropiación, señalaban, era con la finalidad de armarse y se realizaría solo a la "burguesía", "nunca al pueblo trabajador" (*idem*).

La FER y su brazo armado las FRAP son de las iniciales, sino es que la primera, agrupación armada que actúa de forma urbana. "El caso del FER ilustra una vez más cómo el mismo poder va obligando a sus opositores a tomar las armas. El FER es uno de los pocos movimientos guerrilleros urbanos que nacen ligados a una acción de masas" (pp. 98-99).

Ya en la perspectiva de realizar acciones coordinadas y que unificaran el actuar guerrillero y sus metas, ante la negativa del gobierno federal de acceder a las demandas de Lucio Cabañas y así dejar en libertad a Rubén Figueroa, las FRAP decidieron presionar más secuestrando al suegro del entonces presidente Luis Echeverría, José G. Zuno Hernández. Solo que el procurador de la República, Ojeda Paullada, fue tajante al respecto: "El pueblo y el gobierno no pactan con criminales" (citado en p. 141). Mientras tanto, el hijo del secuestrado acusaba al "imperialismo norteamericano" de tal situación, al manifestar que fundaciones de ese país, como la Rockefeller, entregaban dinero a instituciones educativas y establecían contacto con los jóvenes y les "deforman el sentido nacionalista" (p. 142). Para la liberación del secuestrado las FRAP, a través de un comunicado dado a conocer el 31 de agosto de 1974, demandaban: la libertad de 10 presos políticos, 20 millones de pesos, y que los liberados viajaran a La Habana; pero el gobierno cubano condenó el secuestro.

En resumen, el FER se forma en 1969, en 1972 se integra como parte de la Organización Partidaria y en 1973 se une a la fundación de la LC23S; participan alrededor de

140 hombres y 10 mujeres; su actuación se desarrolla principalmente en Jalisco, aunque se extienden también a Nayarit. Su paso armado hacia las FRAP se da a inicios de los 70 y actúan hasta 1977, y se disuelve cuando la mayoría de sus miembros son muertos o encarcelados (Reyes y Espinosa, 1996).

4. 5 Los Enfermos

Ala radical del movimiento universitario de Sinaloa (Hirales, 1996). Y que en forma más amplia bien se podría decir que lo que se conoce como el movimiento de "Los Enfermos" es una serie de acciones que tanto estudiantes como trabajadores agrícolas desarrollaron en Sinaloa en el periodo que va de 1972 a 1974, aunque sus antecedentes se encuentran en la década de los sesenta (Reyes, 1994/1995).

El 30 de junio de 1972 se marca como la fecha de nacimiento de "Los Enfermos" cuando un grupo de campesinos realizan una toma de tierras, y los estudiantes congregados en la Federación de Estudiantes Universitarios de Sinaloa (FEUS), para evitar que estos se vieran cercados militarmente, organizan una serie de acciones, como la quema de las instalaciones de los agricultores de Sinaloa -contraparte de los campesinos-, medidas que "distraen" al ejército de su principal objetivo en ese momento: el desalojo a los invasores de tierras. Varios estudiantes son detenidos, y en respuesta los compañeros de los aprehendidos queman las oficinas del PRI local. El ala radical de la FEUS continúa con acciones coordinadas con los obreros agrícolas, y la represión y encarcelamientos no se dejan esperar, por lo que después de varios enfrentamientos entre la policía y los enfermos, estos pasan a la clandestinidad, desde donde afirman: "(se) ha pasado a la clandestinidad, respondiendo a la necesidad general del movimiento proletario de transformar sus formas de organización, para de un lado evitar la liquidación de la dirección proletaria, y por otro lado responder a las necesidades del movimiento revolucionario de Sinaloa" (citado en Reyes, 1994/1995, p. 13).

Los Enfermos habían establecido contacto con otras organizaciones armadas del país, fue el caso de "Los procesos" que dirigía Raúl Ramos Zavala, organización que agrupaba principalmente a ex miembros de las juventudes comunistas. Dichos contactos culminan con la fusión de varios grupos en abril de 1973 en la Liga Comunista 23 de Septiembre (Reyes, 1994/1995).

Los enfermos, ya como parte de la "Liga" siguen actuando en Sinaloa, su presencia continúa ampliándose, y su actitud beligerante les lleva a confrontarse con un sector de la izquierda no armada, acciones que en ocasiones derivaba en enfrentamientos armados. Mientras tanto los conflictos en la Universidad Autónoma de Sinaloa crecen. A mediados de 1973 las autoridades universitarias cierran las instalaciones, pero no encuentran el apoyo esperado en los estudiantes, ya que un sector de estos es solidario en buena medida con los enfermos. Otro sector, también de izquierda, plantea reformas al interior de la Universidad, a lo que se oponen los enfermos, puesto que el planteamiento de co-gobierno es considerado "reformista y mediatizador", razón por la cual combaten esa propuesta; lo mismo ocurre con el naciente movimiento de sindicalización de los trabajadores (Reyes, 1994/1995; López, 1974).

Iniciando 1974 los enfermos y la Liga planean un movimiento de insurrección, la actividad de mayor trascendencia para ese movimiento. Partiendo del relativo crecimiento e

influencia de los enfermos, pues habían trabado relación con choferes, colonos y obreros agrícolas, la Liga prepara las jornadas para la insurrección: la jornada revolucionaria intitulada "Asalto al Cielo". Las jornadas de enero de 1974 contemplaban asaltos bancarios, tomar el centro de Culiacán, parar la producción en el campo, interrumpir las labores agrícolas, organizar núcleos de obreros, esto es, educar a las masas (Reyes, 1994/1995). Para los militantes de la Liga las acciones de enero de 1974 representaban "una esperanza para futuras insurrecciones; para la gran revolución socialista" por la que se luchaba (Ayala, 1994/1995). En las acciones contempladas se desarmaron policías, se allegaron recursos de diversas oficinas, se arengó a la población para la toma de la ciudad. El Ejército entró en Culiacán, los helicópteros estaban al acecho de los ya ubicados guerrilleros. "Eran días de tensión y de angustia, pero también eran días de esperanza porque nos sabíamos humanos y con razones para luchar contra la cerrazón y la injusticia. En lo cotidiano encontrábamos la razón de seguir luchando" (p. 16), recordaría años después uno de los participantes. Las jornadas no resultaron como se tenía planeado.

Después de dicha "jornada" el impacto y trabajo de los enfermos decae. Durante todo 1974 son detenidos o muertos varios de sus militantes. El saldo de tales bajas es de alrededor de 100 pérdidas. La caída de los enfermos coincide con el declive del movimiento armado en el resto del país. En sus volantes los enfermos señalaban: "Sí, estamos enfermos, pero del virus rojo de la revolución" (Reyes, 1994/1995).

4. 6 Movimiento Armado Revolucionario

El Movimiento Armado Revolucionario (MAR) se conforma principalmente de estudiantes (Grange y Rico, 1997), principalmente cuatro que se fueron becados a la Universidad de la Amistad de los Pueblos, Patricio Lumumba, en la Unión Soviética, becas que consiguieron en la embajada rusa en México. De ahí que el MAR se gestara en los pasillos de dicha universidad (Castañeda, 1980; 1991; 1999). Se forma poco antes de que estalle el movimiento estudiantil de 1968; para ese entonces ya eran doce (Grange y Rico). Tocaron a diferentes puertas, diferentes embajadas, sin obtener respuesta en positivo: no querían conflictos con un gobierno que externamente representaba la solidaridad con los movimientos revolucionarios (Nicaragua, El Salvador), con gobiernos castigados por el gobierno estadounidense (Cuba, por ejemplo), y que se percibía como un modelo de desarrollo para los países del tercer mundo. Las puertas se cerraban una tras otra. La propia embajada de Cuba les había hablado de la importancia de las relaciones diplomáticas entre los dos países; los cubanos no traicionarían a México. Los argelinos, los chinos y los vietnamitas los veían con sorpresa: "¿Entrenamiento militar para México, con la imagen que tiene?" y les daban una palmadita en la espalda, como deseándoles suerte (Grange y Rico, 1997). Después de insistir sobre su propuesta, el país que les brindó la oportunidad de entrenarse militarmente en su territorio fue Corea del Norte (López, 1974; Castañeda, 1999).

Los integrantes del MAR, ya alrededor de sesenta personas, la mayoría estudiantes, recibieron entrenamiento militar con instructores que eran veteranos de guerra. De hecho el MAR fue prácticamente el único grupo guerrillero que recibió entrenamiento militar sistemático, aunque no tuvieron mucha oportunidad de ponerlo en práctica (Grange y Rico, 1997), pues al llegar a México a los integrantes de esta organización guerrillera les ocurren cosas de lo más inverosímil: desde el hecho de que a varios de sus integrantes los aprehendieran al bajar del avión, sin estrenarse, hasta que los detuvieran en mercados en

redadas que nada tenían que ver con ellos, o por realizar señas obscenas a policías (v. gr. Castañeda, 1980, 1991 y 1992). Para marzo de 1971 una buena parte de sus integrantes habían sido detenidos (López, 1974; Montemayor, 1991). Tuvieron que pasar más de ocho años para que en 1979, después de la amnistía decretada por el gobierno, una de las cabezas del grupo guerrillero, Salvador Castañeda, fuera puesto en libertad (Grange y Rico 1997).

El MAR presentaba características análogas a las del FUZ, pues actuaba por medio de comandos armados (López, 1974), uno de los cuales participó en el secuestro del suegro del presidente, Zuno Hernández, en septiembre de 1974 Castañeda, 1992). Quien en ese momento se encontraba al frente de la Dirección Federal de Seguridad, Nassar Haro, al aprehender a algunos militantes del MAR les reprendía: "¡Mira que secuestrar al suegro del presidente de la República! Hubieran secuestrado a otro, a mí por ejemplo, a Fidel Velázquez; pero no a ese" (p. 112), advirtiendo así la gravedad del hecho. Y para cuando el secuestrado había sido liberado, el mismo Haro les reclamaba: "lo hubieran matado" (*idem*).

4. 7 Liga Comunista 23 de Septiembre

Los grupos que recogieron la estafeta de Madera, después de 1968, empujan en la dirección de la creación de una instancia que aglutine a aquellos que creen necesario un "frente" en el cual se pueda unificar el movimiento revolucionario (ver Esteve, 1995). Ahí entran las diferentes agrupaciones que se denominan, "comunistas", "ligas", "23 de septiembre", todas en armas.

En enero de 1972 se crea la "Coordinadora" que unifica a diferentes grupos armados del país. Originalmente están "Los Procesos", "Los apóstoles", el "Movimiento 23 de septiembre" y el MAR, después se suman los "Lacandones", la mayoría del FER, "Los enfermos" y "Los Macías". La única agrupación que en esos momentos se opone es la de Lucio Cabañas (Hirales, 1996). Después de formar la coordinadora y de convencer a otros grupos, se funda en Guadalajara una nueva organización. Esteve Díaz (1996) agrupa en seis las tendencias que dan vida a esta instancia: 1) "Los Procesos" y el MEP; 2) los Guajiros, que ya habían probado suerte entrenándose con Lucio; 3) "Los Lacandones", antes estudiantes de la UNAM y del Poli; 4) "Los Enfermos" y la FEUS de Sinaloa; 5) el MAR 23 de septiembre cuyo origen es la FER y, 6) diferentes grupos espartaquistas. Una de las figuras más imponentes de esta organización, Ignacio Salas, Oseas, justificó así el nombre: "Marx mismo le puso *Liga* a la organización revolucionaria que fundaron él y Engels, y no partido, pues no se había alcanzado ese nivel. *Comunista* porque hay que reivindicar el nombre que, a pesar de la corrupción de que ha sido objeto por parte de los demócratas, expresa mejor que otros el objetivo histórico del proceso revolucionario; *23 de Septiembre* creo que no es necesario explicarlo ni justificarlo: nos reivindicamos como los herederos de Arturo Gámiz y su grupo de adelantados" (pp. 204-205). La propuesta del nombre, *Liga Comunista 23 de septiembre*, se aprobó por unanimidad, y se constituye formalmente en 1973 (Esteve, 1995).

Oseas, quien había sido compañero de aula del ex-dirigente panista, Carlos Castillo Peraza, era el intelectual y jefe de la organización, de "centelleante inteligencia" y de una "pura lucidez revolucionaria", así lo recordarían quienes tuvieron la oportunidad de conocerlo (Hirales, 1996).

En un documento de la Liga Comunista 23 de Septiembre (ver Liga Comunista..., 1974) titulado "Sinaloa: a la cabeza del movimiento revolucionario en México", esta organización trata de hacer un balance de los acontecimientos en dicho estado. Hay que señalar que en ese momento "los Enfermos" son ya parte de la Liga y desarrollan en enero de 1974 unas jornadas denominadas *Asalto al Cielo*; de ella se dice en el documento: "El proletariado revolucionario va comprendiendo que sólo el derrocamiento de la burguesía, que sólo la destrucción de las relaciones capitalistas de producción sobre las que descansa su dominio, la implantación de la Dictadura Proletaria y la construcción del socialismo, le permitirá salir de la situación de miseria, explotación y opresión en que se encuentra sometido. En Sinaloa, esto ha sido asimilado con mayor fuerza por el proletariado revolucionario" (p. 19). También apuntaban: "La unidad proletaria se va fortaleciendo cada vez más; los obreros agrícolas, fabriles y el proletariado estudiantil, van cohesionando una sola fuerza que sólo apunta en una dirección: el combate abierto contra la burguesía hasta lograr su total derrota" (p. 16).

Fue precisamente ese año cuando la represión sin tregua se desató contra la Liga, muchos de sus militantes fueron hechos presos o muertos. Pero la Liga contribuyó a ello, pues realizaba ejecuciones lo mismo a policías que a presuntos "traidores" o por "desviaciones ideológicas", todo ello en nombre de la revolución y con la interpretación de los escritos del que fuera jefe de ese grupo, Oseas. Éste, entró en diferendos con Lucio, sobre todo a partir de que gente de la Liga fue a la sierra y Lucio los criticó; Oseas respondió a Lucio que por el momento no se dirimirían las diferencias militarmente. Luego citó a una reunión nacional de la Liga, la tercera de ese tipo, con el fin de evaluar las acciones emprendidas entre finales de 1973 y principios del 1974. De esa reunión salió Oseas y ya no se le vio, lo mataron, al parecer en una balacera (Hirales, 1996; Esteve, 1995).

Después de la desaparición de Oseas, la Liga se derrumbó: llegaron las pugnas entre "revolucionarios" y "reformistas", entre "oportunistas" y "entregados", entre aquellos que querían un órgano de difusión nacional y aquello que privilegiaban el trabajo regional; entre "políticos" y "militaristas"; entre quienes aseguraban que matar policías no era la parte central de la política de la Liga y los que pregonaban que para ser "revolucionarios probados, había que matar cien policías" (Hirales, 1996). Eran tiempos en que todo mundo se tenía que cuidar de todo el mundo; una cita fuera de la ciudad implicaba el riesgo de ser ajusticiado.

Un diálogo entre dos integrantes de la Liga recluidos daba muestra del grado de descomposición de la organización: "cómo es posible que lo que por años creímos alternativa revolucionaria se haya descompuesto tanto, tan rápido y tan chafamente: una turba de matones (y monotoneros, por añadidura) son ahora la vanguardia de las *posiciones revolucionarias*... ¿Por qué —pregunta el otro—, no entiendo compa, ¿por qué volverse contra los propios compañeros de lucha, en vez de apuntar la mira contra los verdaderos enemigos? ¿por qué dejamos de ser lo que éramos?, ¿qué somos ahora, compa?. Eramos rebeldes, cabrón, creíamos en la integridad del hombre, de todo hombre sobre la tierra, queríamos cambiar el mundo para bien, para hacerlo más bello y más justo, y estamos terminando como viles resentidos, como 'la secreción nefasta y descompuesta de una impotencia prolongada'" (p. 268).

En 1976 la Liga intenta secuestrar a Margarita López Portillo, y en este intento frustrado matan al que fue durante dos años sucesor de Oseas, David Jiménez. En sentido estricto, "La Liga representa la estructura más importante que haya actuado hasta ahora como guerrilla urbana en nuestro país" (Esteve, 1996, p. 76).

4. 8 Otros

Grupo Popular Guerrillero Arturo Gámiz. Es un grupo que retomando los planteamientos de la guerrilla de Arturo Gámiz (Reyes, *sf*), siguió al asalto al Cuartel Madera y fue reorganizada por uno de los sobrevivientes, Óscar González (Castañeda, 1999), y se gestó junto a otro grupo de gente que pretendía implantar un núcleo guerrillero en Chihuahua y Sonora. Con este grupo en la sierra el ejército disfrazaba a sus integrantes de guerrilleros, con la finalidad de sorprender a los campesinos del lugar, y evidenciar así a quienes brindaban apoyo a los guerrilleros (Reyes, *sf*). Actuó sobre todo en Sonora en donde fueron prácticamente desmantelados en 1968 (Reyes y Espinosa, 1996).

La Liga de los Comunistas Armados (LCA). Surge en Monterrey, teniendo como fuente de ingresos el asalto bancario y de comercios. Al igual que el FUZ tenían mucho dinero de las "expropiaciones" y no sabían que hacer con él (Hirales, 1996). Rasgo, por lo demás, típico del "militarismo pequeñoburgués" de entonces (p. 66). Son un antecedente importante de la Liga Comunista 23 de Septiembre.

Juventudes del Partido Comunista. En diciembre de 1970, durante el III congreso del Partido Comunista (PC) Mexicano un grupo de jóvenes pertenecientes a las juventudes comunistas se escinden del partido. Dicho grupo estaba liderado por Raúl Ramos Zavala. Este grupo se dio a la tarea, desde su nacimiento, de construir puentes con otros grupos armados: con el 23 de septiembre, con el MAR, con Lucio Cabañas, por citar algunos casos (Hirales, 1996).

Este grupo será después un núcleo vivo de la LC23S, y al irse a entrenar militarmente con el grupo de Lucio Cabañas, y después resultar expulsado de dichos campamentos, reflexionarían: "En cuanto a las relaciones con Lucio nunca pudieron consolidarse ya que nuestra política en ese periodo habíase ya convertido en mucho más sectarea y dogmática, considerándolo abiertamente al grupo de Lucio como 'pequeñoburgués', incapaz de adoptar una 'política unilateralmente proletaria'. Esta posición sostenida por nosotros se reflejaba en la práctica como una incapacidad para fortalecer una alianza, haciendo por el contrario la pugna más enconada. Esto terminó cuando, después de una primera asamblea del Partido de los Pobres en mayo de 1973, Lucio decretó el rompimiento de relaciones con la Liga y por lo tanto nuestra salida de la brigada" (p. 240). El jefe Oseas respondió, diciendo que tal acción no representaba una sorpresa; se veía venir. Después de ser corridos, algunos miembros de la Liga se dan a la tarea de formar una guerrilla en los límites de Guerrero y Michoacán, lo cual fracasa; luego crean un grupo más consolidado en Oaxaca, que llevaba por nombre Brigada Revolucionaria Emiliano Zapata (BREZ) (Hirales, 1996). Allí actúan hasta febrero de 1975, para luego desintegrar la brigada y regresar a las ciudades.

Comandos Armados del Pueblo (CAP). El 17 de septiembre de 1971 se publicaba una nota en el diario *Ovaciones* en la que se daba cuenta de la detención de nueve miembros de los CAP; se les acusaba de asalto a mano armada a diferentes negocios. Y planeaban, según manifestaron, el secuestro de algún personaje importante como Miguel Alemán (López, 1974). En una entrevista publicada en la revista *Punto Crítico* en mayo de 1972 los CAP, al momento de externar sus planteamientos políticos, aseguraban: "la situación económica a la

que ha llegado el capitalismo subdesarrollado-dependiente de México se encuentra en una profunda crisis; cuya contradicción, el sistema capitalista es ya, históricamente, incapaz de resolver. Producto de esa situación es la creciente y abismal desigualdad entre unos *cuantos* beneficiados de la 'revolución', acaparadores de la riqueza nacional y la gran mayoría del pueblo cada vez más pobre y más hambrienta" (citado en p. 116). Con base en ello justificaban su actuar.

Los Lacandones. Iniciando febrero de 1973 detuvieron a diez miembros del comando guerrillero A los Lacandones, se les acusaba de haber efectuado varios asaltos a tiendas y empresas, desde 1969 hasta ese momento (López, 1974).

Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR). De este núcleo se sabe poco. En 1974 un grupo encabezado por Carmelo Cortés rompe con el PdlP y forma las Fuerzas Armadas Revolucionarias de corta existencia (Esteve Díaz, 1995)

Comando Guerrillero Urbano Salvador Allende. En junio de 1974 *Excélsior* daba a conocer el secuestro del millonario industrial, Pedro Sarquis de 70 años, realizado en la ciudad de Guadalajara, y por cuyo rescate se exigían tres millones de pesos. Fue encontrado muerto el siete de junio víctima de un paro cardíaco. El secuestro lo realizó el Comando Guerrillero Urbano Salvador Allende (López, 1974).

Nota a pie. El 17 de septiembre de 1973 cinco integrantes de un comando guerrillero intentaron secuestrar al magnate regiomontano Eugenio Garza Sada. En el intento murieron un par de guerrilleros y el millonario, lo cual sacudió al gobierno y a la iniciativa privada y la condena de los dos sectores, empresarios y gobierno, no se hizo esperar. Al sepelio asistía el Presidente mexicano Luis Echeverría, y ante él un empresario, Ricardo Margáin Zozaya, dejó mostrar su enfado y el del sector privado: el gobierno federal fomentaba el odio, envenenaba los espíritus, instigaba a la violencia, y llamó a terminar con las guerrillas a través de una política implacable (López, 1974). Antes, se habían congratulado por la caída de Salvador Allende en Chile.

El atentado contra Garza Sada, acusaban, era una represalia de los grupos comunistas al empresariado regiomontano por sus ideas anti-Allendista, y por cuestionar al gobierno por haber apoyado al entonces Presidente chileno. De hecho acusaban al gobierno de alentar a los grupos subversivos en nuestro país, con sus actitudes. Margáin Zozaya sentenció: "Sólo se puede actuar impunemente cuando se ha perdido el respeto a la autoridad; cuando el estado deja de mantener el orden público; cuando no tan sólo se deja que tengan libre cauce las más negativas ideologías, sino que además se les permite que cosechen sus frutos negativos de odio, destrucción y muerte. Cuando se ha propiciado desde el poder, a base de declaraciones y discursos, el ataque reiterado al sector privado... sin otra finalidad aparente que fomentar el odio y la división entre las clases sociales. Cuando no se desaprovecha ocasión para favorecer y ayudar a todo cuanto tenga relación con las ideas marxistas a sabiendas de que el pueblo mexicano repudia este sistema por represor. Es duro

decir lo anterior... pero creemos que es una realidad que salta a la vista. Secuestros, atentados dinamiteros, asaltos bancarios, universidades convertidas en tierras de nadie, destrucción y muerte, eso es lo que tenemos que sufrir en carne propia y en la de familiares y amigos" (citado en Montemayor, 1991, p. 163).

5 Balance

Paulina Fernández Christlieb afirma: "Durante la década de los setenta, en la zona rural y en varias de las principales ciudades del país, operaron unas 40 organizaciones guerrilleras, casi integradas en su totalidad por jóvenes, sobre todo, por estudiantes, en el caso urbano. Habían sido sacudidos por el triunfo de la revolución cubana, el movimiento del 68, la matanza del 10 de junio de 1971, y el surgimiento de diferentes guerrillas en Latinoamérica; sucesos decisivos que los hicieron optar por enfrentarse al gobierno con las armas en la mano" (citada por Esteve Díaz, 1995, p. 68; ver también Ramírez, 1996).

Por su parte José Rhi (1978) menciona que entre 1971 y 1973 las guerrillas mexicanas "obtienen los resultados más relevantes", aparte de ser sus dos primeros años de existencia probada en la acción, aunque no existe al inicio coordinación entre los diferentes colectivos armados, se logran crear dos bloques, difiriendo en el plano geográfico, teórico y organizativo. Así, en las ciudades se va fortaleciendo la estructura de lo que se denominó Liga Comunista 23 de Septiembre, una especie de "federación" de grupos armados; caracterizaba al país como capitalista y su lucha era por el socialismo. Tenía una lucha a muerte contra el "revisionismo" y el "oportunismo", concebía al sindicalismo como burgués, realzaba las cualidades del estudiante-proletario (su idea era la universidad-fábrica), y rechazaba las luchas democráticas en una perspectiva socialista. Son totalmente empiristas y solo tiempo después se envuelven hacia la teoría.

En el caso de la guerrilla urbana, de alguna forma el asalto al Cuartel Madera impregnó el deseo de lucha por un México justo en sectores que después se incorporarían a la lucha guerrillera. Así, Madera no solo marca el inicio del andar guerrillero en las montañas, en tanto inicio de la "segunda ola de los movimientos armados en México", sino que anima de cierta manera la actuación de los grupos urbanos, con características propias.

En efecto, mientras en las montañas las familias, en buena medida, y el parentesco y cercanía de los habitantes posibilitaba la alimentación de la guerrilla (ver Montemayor, 1999b; 1999c), en las ciudades otras eran las condiciones de su integración. Según Jaime López (1974), quien fuera uno de los primeros en escribir un libro sobre las guerrillas en nuestro país, afirma que la composición social de los grupos es la siguiente: en el FER los militantes eran 100% estudiantes; algo similar ocurría en los CAP y en los CACH; de la misma forma se integraba la LCA; mientras que en el FUZ eran de la clase media todos, al igual que los Lacandones. Se puede hacer la misma afirmación para los integrantes de las FLN (ver Retes, 2000).

En el otro polo, se encuentra la guerrilla rural, con su máximo exponente: el Partido de los Pobres, con una concepción de una revolución "pobrista" basada en la contradicción entre pobres y ricos, sin más (Rhi, 1978). Su visión del país es "una simple extensión de ciertas condiciones rurales a nivel general: No había un capitalismo monopolista con

burgueses y proletarios, sino poseedores y desposeídos. Con estos presupuestos sólo logra una cierta base regional" (p. 75).

El desarrollo de la guerrilla rural en nuestro país, en la segunda ola, si se inicia con el asalto al Cuartel Madera en Chihuahua, concluye con el asesinato de Lucio Cabañas en diciembre de 1974, a manos del Ejército, después de secuestrar, mantener con vida y recorrer la sierra con el senador Rubén Figueroa. Algunos de sus compañeros de batalla sobrevivieron y formaron otras organizaciones que tendrían vida en las ciudades o se manifestarían años después (ver Esteve, 1995), por ejemplo en el Ejército Popular Revolucionario (Montemayor, 1998c; 1999b; 1999c).

No obstante haberse presentado en el escenario nacional otras organizaciones, son tres las agrupaciones armadas rurales que marcaron de alguna forma los años sesenta y setenta con su actuación: el Grupo Popular Guerrillero de Arturo Gámiz; la Asociación Cívica Nacional Revolucionaria de Genaro Vázquez, y el Partido de los Pobres de Lucio Cabañas. Estos tres grupos, antes de convertirse en guerrillas tuvieron como antecedente la lucha civil y pacífica, y la respuesta que el gobierno tuvo para con sus demandas: fraudes, represión, cárcel, muerte, persecución, en buena medida los orillaron a tomar las armas como un recurso último, no premeditado. Los tres grupos se desmoronaron cuando su o sus principales dirigentes fueron muertos. Pero su legado fue recogido tiempo después, en algunos casos cuando algunos de los sobrevivientes dieron vida a otras organizaciones políticas o militares.

La composición social de la guerrilla rural, a decir de López (1974) es la siguiente: en el grupo que asalta el Cuartel Madera hay profesores y campesinos; en la ACNR el grupo tiene entre 50 y 60 miembros activos, la mitad de la clase media: profesores, doctores y estudiantes, el resto campesinos; el Partido de los Pobres se encuentra integrado por estudiantes, profesores y campesinos. Pero hay quien acentúa el arraigo campesino, familiar y comunal (Montemayor, 1999b; 1999c), afirman que Lucio Cabañas, la guerrilla rural más fuerte (Rhi, 1978) no tuvo más de 500 integrantes en sus fuerzas, y no se desplazó la guerrilla con más de 150 efectivos (Montemayor, 1997).

Las cifras que a continuación se presentan muestran lo paradójico de la situación de la segunda ola guerrillera en nuestro país. Por un lado se puede percibir un número muy "pobre" de integrantes en las agrupaciones armadas; por el otro, prácticamente cubrieron toda la República Mexicana (ver Reyes y Espinosa, 1996). En el caso rural el GPG se forma como grupo armado en 1964; es la primera guerrilla de ideología socialista. Su principal acción es el asalto a Madera, por lo que su actuar se ciñe a Chihuahua; se integra por alrededor de 20 hombres. La ACNR se forma a fines de los cincuenta; con armas en 1968, y se disuelve en 1972 con la muerte de Genaro Vázquez. Alrededor de 60 hombres y una mujer son sus integrantes; actúa en Guerrero. El PdlP formado el 1967, actúa en Guerrero y se nutre de alrededor de 500 hombres, siendo su núcleo armado de unas 150 personas. El Partido Proletario Unión de América actúa en Morelos, Puebla y Oaxaca. Vanguardia Armada del Pueblo se desarrolla en Guerrero. La BREZ realiza acciones en Oaxaca y Chiapas. En el caso urbano, los CAP actúan en la Zona metropolitana; el CER en Nuevo León. Los Enfermos en Sinaloa. Las FANR formadas a principios de los setenta actúa en Sonora hasta inicios de 1973, integrada por 25 hombres y tres mujeres. Se disuelve cuando todos sus miembros se unen a la LC23S. Las FAL se forman a inicios de los setenta, actúa hasta mediados de 1977 en Guerrero; integrada por 33 hombres y 6 mujeres. Se disuelve cuando encarcelan a la mayoría de sus miembros. Las FAR se presentan en Guerrero. Las FLN se

gestan en 1969, en 1974 cuando contaban con 110 hombres y 20 mujeres, son atacados por el ejército y sus sobrevivientes se repliegan, formando en 1983 el EZLN. Antes de este periodo tenían presencia en Sonora, Nuevo León, Hidalgo, estado de México y Chiapas. El GCCH se conforma iniciando los setenta y actúa hasta enero de 1972, se disuelve cuando la mayoría de sus miembros son encarcelados o muertos; contaba con 80 hombres y 15 mujeres, con presencia en Chihuahua.

Los Lacandones formados a fines de los 60 —antes participantes en las brigadas estudiantiles—, contaban con alrededor de 100 hombres y 15 mujeres. Posteriormente se unieron a la Liga Comunista en 1973. Los CAP se presentan a principios de los setenta, actuando hasta mediados de 1971. Contaban con 11 hombre y cuatro mujeres, y tenían presencia en la Zona Metropolitana. Se disuelve cuando prácticamente todos sus miembros son encarcelados. El M23S se forma en 1966 por sobrevivientes del asalto a Madera, actúa en la Sierra de Chihuahua hasta 1968; contaba con 4 hombres y dos mujeres. Se une con el MAR en 1972 y en 1973 con la LC23S. El MAR contaba con 75 hombres y 18 mujeres, con un radio de acción en Chihuahua, Baja California Norte, Coahuila, Durango, Tamaulipas, Sonora, Jalisco, Guerrero, Michoacán, Veracruz y Oaxaca. Se suman al proyecto de la LC23S, y otra parte se une al PdIP. El Movimiento Estudiantil Profesional contaba con presencia en Nuevo León. El MRP en la Zona metropolitana. Los Procesos a su vez trabajaban en estados como Baja California Norte, Sonora, Chihuahua, Sinaloa, Durango, Nuevo León, Tamaulipas, Jalisco y Michoacán. El PRPM en la Zona metropolitana. El Partido Revolucionario Obrero Campesino Unión del Pueblo (PROCUP) integrado por 120 hombres y 30 mujeres. Su presencia se extiende a Baja California Norte, Sonora, Chihuahua, Coahuila, Durango, Nuevo León, Jalisco, estado de México, Guerrero, Oaxaca, Veracruz y Chiapas. Por último, la LC23S se forma en 1973 con la fusión de varios grupos; actúa en más de 20 estados, se disuelve en 1983 en 3 grupos: la coordinadora obrera, la corriente revolucionaria y el CCE 13 de junio. 350 hombres y 50 mujeres. Su radio de acción era Baja California Norte, Sonora, Nuevo León, Chihuahua, Coahuila, Sinaloa, Durango, Zacatecas, Tamaulipas, Nayarit, Jalisco, Colima, Querétaro, Michoacán, Distrito Federal, Puebla, Guerrero, Veracruz, Oaxaca, Tabasco y Chiapas (Reyes y Espinosa, 1996).

Estamos hablando, en esta segunda ola de los movimientos armados, en términos reales, de una presencia a nivel nacional. La mayoría de los participantes de la guerrilla pertenecía a la clase media; el grueso son estudiantes y muy pocos obreros y campesinos (Reyes y Espinosa, 1996), aunque a decir de Montemayor (1999b; 1999c) estos últimos nutrían a las guerrillas rurales.

A manera de reflexión habrá que apuntar algunas cuestiones: 1) son muy pocas las organizaciones armadas donde las mujeres rebasan el número de diez; 2) los grupos se desintegran a la muerte de su líder o por la muerte y encarcelamiento de sus miembros; 3) cuando las organizaciones no se desintegran por muerte y encarcelamientos (la mayoría) se fusionan (la minoría) en otras instancias tal es el caso de la LC23S; y el EZLN y EPR posteriormente; 4) la organización con más miembros y de mayor presencia en el país: la Liga, con más de 400 miembros y con presencia en más de 20 estados. Luego le sigue la guerrilla rural de mayor importancia, el PdIP (Reyes y Espinosa, 1996). Así pues, tenemos por un lado a la máxima expresión de la guerrilla urbana en la Liga Comunista 23 de Septiembre, y por el otro a la guerrilla de Lucio Cabañas en el caso de la rural.

Por último, al momento de abordar el caso de las guerrillas en el México de los sesenta y setenta, hay que tomar en consideración su surgimiento. Para Montemayor

(1998c) no se puede delimitar claramente entre los movimientos sociales, campesinos y magisteriales y las guerrillas. Afirma que en el caso de Rubén Jaramillo, la insurrección armada que encabezó fue "resultado de la radicalización de la lucha cañera en Morelos; a su vez los guerrilleros del asalto de la sierra de Chihuahua fueron resultado, también, de la radicalización de un grupo más vasto y complejo de campesinos que se manifestaba desde 1959, y no encontraban respuesta; en el caso de Lucio Cabañas y Genaro Vázquez, sus movimientos fueron producto de la radicalización "provocada por la represión del gobierno del estado de Guerrero y las fuerzas caciquiles que asfixiaban demandas agrarias de la Costa Grande guerrerense y de la sierra de Atoyac" (p. 9). Así, varias de las agrupaciones armadas "han formado parte o se han radicalizado al paso de movimientos sólo u originalmente populares" (p. 9).

5. 1 Causas

No es el fin del presente trabajo realizar un análisis exhaustivo del antecedente guerrillero en nuestro país, ello correspondería a otras disciplinas, por ejemplo la ciencia política, la sociología, la economía y la propia historia; de lo que se trata aquí, es de puntear algunos elementos por mínimos que estos sean que nos permitan entender el surgimiento de los grupos armados en diversos momentos de la historia del país.

Bien se podrían señalar cuatro elementos, en los que diferentes autores coinciden, como aquellos que posibilitaron el surgimiento de los grupos armados en México.

Primero hay que apuntar las condiciones sociales y económicas en diversas partes del país: por ejemplo Guerrero, en donde surgen dos guerrillas rurales, y cuyos marcados índices de pobreza, de explotación y cacicazgo parecen no cambiar a la fecha. Lo mismo ocurría en las llamadas ciudades "prósperas" como la ciudad de México, Monterrey y Guadalajara, donde surgen más de un grupo armado por lugar, como respuesta, en parte, a las condiciones de vida de una amplia franja de la población. Así, por ejemplo, a fines de 1972 el secretario de Gobernación, Moya Palencia, visitó el estado de Guerrero, y en un encuentro con estudiantes uno de estos le espetó que, contrariamente a lo que se mencionaba en los discursos oficiales, que ese estado era pobre por su gente, eran pobres por causa de la corrupción de los políticos, y que ante las injusticias que se cometen en Guerrero la respuesta de la gente es levantarse en armas, aducía; ese era el caso de maestros como Genaro Vázquez y Lucio Cabañas, a quienes el pueblo guerrerense apoya (ver Montemayor, 1991).

Un segundo elemento lo constituyen características que se encubran en mayor grado en el caso de las guerrillas rurales: la autodefensa para la sobrevivencia. A diferencia de los movimientos urbanos en que la radicalización ideológica es importante para su constitución, en cambio en las guerrillas rurales es muy poco probable, pues sus integrantes no tienen grados escolares, y cuando han asistido es en bajo nivel. Más bien ocurre un proceso de radicalización o polarización diferente, pues nace de las circunstancias sociales, agrarias y políticas que prevalecen en la zona del alzamiento. De la tensión de esas circunstancias surgen los grupos armados, y bien se pueden considerar a esas circunstancias sus antecedentes. La guerrilla rural difiere de la urbana, también en la forma en que se incuban y en que se sostienen, pues mientras las urbanas pueden aducir causas suprarregionales, apuntando en algunos casos al internacionalismo, y una mayor movilidad de sus células o

grupos, las rurales son más bien regionales y de lentos movimientos, pues trata de combatir problemas de la región y en ella actúa (Montemayor, 1999b). Ahí está la fórmula, diría el autor: "cuando nos referimos a los procesos de agravamiento de ciertas circunstancias sociales como antecedentes regionales de un movimiento armado, podríamos en el fondo señalarlos como posibles soluciones sociales o políticas del movimiento" (p. 13).

Así lo percibía el propio Cabañas Barrientos, cuando reflexionaba sobre la amplitud de su lucha: "el ejército también quisiera atraernos a los enfrentamientos y reducir todo a choques militares. Pero nuestra lucha no es cuestión militar, sino una cuestión social, una lucha en muchos sentidos... Nosotros no somos solamente los que andamos en armas, sino todos los pueblos que nos apoyan" (pp. 228-229), y que los apoyaban por la pobreza e injusticia en que se encontraban sumidos desde décadas atrás; de ahí que las familias enviaran a sus integrantes jóvenes para que engrosaran las filas del "profesor" Lucio.

Tercero, el cierre de espacios políticos como vehículo para la lucha social y así exigir cambios a nivel político y social. Como bien lo ha señalado Carlos Montemayor (1999b; 1999c), las luchas guerrilleras del medio rural devinieron en ello previo paso por las luchas agrarias y su posterior represión: se vieron orillados e ello, incluso por una cuestión de sobrevivencia. Fue el caso de Rubén Jaramillo, Arturo Gámiz, Genaro Vázquez y Lucio Cabañas. Los dos últimos, a decir de Bartra (1996), iniciaron su lucha con "modestas reivindicaciones". En una entrevista en 1971 Genaro recuerda: "Se luchó por todas las formas posibles y 'legales'. Miles de papeles con quejas pasaron por mis manos sin que ninguna de éstas fuera resuelta en forma razonable para los campesinos... Y nos cansamos" (citado en p. 143). En el mismo tono Lucio señalaría: "Nosotros organizábamos a los maestros y uníamos a los campesinos para luchar contra las compañías madereras y (contra) tantos impuestos... Y también uníamos al pequeño comercio" (p. 143), pero no resultó. Como respuesta obtenían: cárcel, represión y hasta muertos. También se cansaron de transitar por las vías legales (ver Montemayor, 1991)

En la siguiente cita, extensa, pero concisa, Armando Bartra (1996) resume esta situación: cuando el liderazgo "cívico y social" como el de Gámiz, Vázquez, Cabañas, etcétera, "es obligado por la represión a hacer política armada, la puesta en pie de un ejército guerrillero sustituye en la práctica a los esfuerzos de organización y lucha gremiales, y una vez bloqueada la acción reivindicativa el discurso tiende al maximalismo. Al forzar la opción guerrillera, el gobierno no sólo expulsa de la palestra electoral a la molesta oposición cívica; también elimina de las organizaciones sociales a las corrientes contestatarias. Cuando la guerra se coloca en el centro de la lucha, las cuestiones de la democracia económica, social y política se posponen al *triunfo de la revolución*; se renuncia a tratar de materializarlas paulatinamente en ámbitos cívicos y gremiales, y por tanto dejan de ser materia de la acción cotidiana. El desmantelamiento de las organizaciones cívicas y sociales de carácter democrático, que resulta del endurecimiento represivo del gobierno y de la opción guerrillera asumida forzosamente por la oposición, no sólo deja en la indefensión cívica y gremial a las mayorías, también tiene efectos nefastos en la cultura política popular, pues ratifica el desprestigio de los comicios y de la acción gremial y encierra el ideal libertario en un discurso apocalíptico y una práctica milenarista. Además del saldo de sangre, el camino de la sierra tiene siempre un enorme costo político" (p. 144).

Cuarto, y que está en estrecha relación con el punto anterior, las matanzas estudiantiles de Tlatelolco y del jueves de Corpus, que a decir de varios analistas y participantes de la guerrilla, mostró que la lucha civil y pacífica no era la vía, sobre todo a

aquellos que engrosaron las filas de las organizaciones guerrilleras urbanas. Reyes (1994/1995) recuerda: en mayo de 1972 ya con el peso del dos de octubre de 1968 y de la masacre del 10 de junio de 1971, se realiza en la UNAM el primer Foro Nacional de Estudiantes. Asisten representantes de diversas posturas. Ahí, se encuentran grupos estudiantiles que cuestionan el "reformismo"; el foro se divide entre los que plantean "democratización universitaria y cogobierno" y quienes afirman "no queremos apertura, queremos revolución". Esta última tendencia meses después daría nacimiento a un ala radical del movimiento estudiantil, entre ellos los grupos de mayor peso: 'Los Galácticos' en la Universidad Autónoma de Puebla; el FER en la U de G; el CER en la UANL, 'Los Coyotes' en la UABJEO y 'Los Enfermos' en la UAS" (p. 9). Muchos de estos se sumaron al oleaje armado.

Quinto, la radicalización ideológica (Montemayor, 1999b; 1999c) y el "boom" latinoamericano de grupos revolucionarios, que estaba simbolizada de alguna forma por el triunfo de la revolución cubana. En el primer caso, se presenta el sesudo análisis de las obras de los clásicos. Marx, Engels, Lenin, la Revolución de Octubre...y su "correcta" aplicación al campo mexicano dada la "obviedad" de las condiciones "objetivas" y "subjetivas" para el desarrollo de la revolución, y de la toma del poder para instaurar el socialismo y su dictadura del proletariado (ver Liga Comunista, 1974). Quizá un dato que ayude en estos casos, es que la gran mayoría de quienes participaron en las filas de la guerrilla urbana provenían de sectores estudiantiles que habían participado, en algunos casos, en organizaciones universitarias, y ante la mano represora tomaron el camino de las armas (ver Reyes, *sff*; Reyes y Espinosa, 1996).

En el segundo caso, el del "boom" latino, quien participó en el MAR en los sesenta y setenta, Salvador Castañeda (1993), así lo presentó: "Luego del triunfo del Movimiento 26 de julio, de la entrada a La Habana del Ejército rebelde, una vez descoyuntado el ejército de Batista, en el Continente Americano comienza a gestarse (sino es que desde antes) un alzamiento en armas que tuvo indefectiblemente la firma de la desarticulación. Inoculado de espontaneísmo y autodefensa; es decir que no todos los focos de efervescencia tenían el sello de un trabajo de masas profundo en el sentido de poder transformarse en base de apoyo para sostener una fuerza móvil estratégica" (p. 3).

En mayor o menor medida, en la gestación de las guerrillas en México se combinaron estos factores; no son los únicos que permitirían explicar su surgimiento, pero sí deben tomarse en cuenta.

5. 2 Su desarticulación: la guerra sucia

No obstante la complejidad que requeriría el análisis del derrumbe de las guerrillas en nuestra país, se puede aventurar un par de razones que se conjugaron para el declive de estas. En el caso de los grupos de Genaro y de Lucio, Jaime López (1974) lo pone en los siguientes términos: a la guerrilla rural le faltó, como al resto de las guerrillas en nuestro país, originalidad. Lo innovador fue, para las guerrillas de los sesenta y setenta, el asalto bancario y el secuestro, pero de tanto usarlo, "parecía como si la solución a todos los problemas se encontraran en la reiteración de dos procedimientos de lucha" (p. 60), sumando a ello el sectarismo que caracterizó a los grupos de esas décadas, lo que imposibilitó la gestación de un frente que permitiera dar cabida a un actuar en conjunto, con un programa en el que todos

empujaran y de esta forma lograr un mayor impacto en la población. Y qué decir del exceso del militarismo, del exceso de sangre en la actuación de los grupos, sobre todo los urbanos. Un segundo elemento está depositado del lado del aparato de poder. Efectivamente, el Estado mexicano, asegura Reyes (1992) "cayó en el gran error, por comodidad, de hablar de una oposición con 'ideas extranjerizantes', de la 'expansión de oscuros intereses ajenos al devenir nacional', antes que reconocer las desigualdades económicas y sociales de sus modelos económicos y la práctica vertical y antidemocrática de su sistema político. Al adversario se le descalificó y excluyó" (p. 5). En consecuencia, se actuó de manera excesivamente violenta hasta tratar de aniquilar, literalmente, a la subversión. Una solución militar a un problema social, político y económico. Respuesta militar que no estuvo exenta de una "violencia atroz", cuya muestra se evidencia en lo que en su momento se denominó "guerra sucia", y ahora conocemos como Guerra de Baja Intensidad, desplegada desde las instancias gubernamentales.

La guerra sucia que el gobierno mexicano desató contra las guerrillas de los sesenta y setenta es de grandes proporciones. La guerrilla de Genaro Vázquez, por ejemplo, denunciaba "el empleo de la aldea vietnamita... en diversas regiones de Guerrero donde a punta de bayonetas, se concentra a los habitantes de zonas agrestes en centros de población controlables" (Bartra, 1996, p. 141), para después llevarse los encerrados en cárceles clandestinas, torturarlos, y en medio de tal acción, asesinarlos (ver Gil Olmos, 2000a). En el caso, de la guerrilla urbana, el movimiento que se incubó en la Universidad Autónoma de Sinaloa con los enfermos (como parte de la Liga Comunista), muestra su expresión más álgida, y es también ahí donde el gobierno da cuenta de sus métodos de contrainsurgencia con toda crudeza (Reyes, 1994/1995).

El gobierno mexicano establece cifras sobre los desaparecidos en el combate a los grupos armados en nuestro país: 600 entre 1965 y 1975 (Grange y Rico, 1997). El Centro de Investigaciones Históricas de los Movimientos Armados (CIHMA) fundado por Salvador Castañeda y un grupo de ex-guerrilleros, dan otros números: tan sólo 400 casos para Guerrero (cuna de los movimientos guerrilleros más fuertes de entonces), y asegura que son tres mil los muertos en *combate* o asesinados entre 1965 y 1975, pues hubo varias, muchas ejecuciones. "Ya después de nuestra caída (en 1972) casi nadie entraba en la cárcel. A los detenidos los mataban directamente" (citado en p. 111).

Y aunque Luis Echeverría y López Portillo se declaraban revolucionarios y de izquierda, y veían con simpatía a los diferentes movimientos armados en el tercer mundo, principalmente en Centroamérica, no tolerarían acciones guerrilleras en nuestro territorio (Ésteve Díaz, 1995). Sus gobiernos, en tal caso, desarrollaron una estrategia en dos vertientes: por un lado la invasión de comunidades y pueblos enteros por parte del Ejército: arrestos masivos, violencia, violaciones, tortura, ejecuciones... pues dichos lugares estaban fuera de la vista de quien podía dar cuenta públicamente de ello (ver Montemayor, 1991; 1999b; 1999c). De ahí que la operación militar más amplia de contrainsurgencia se haya efectuado en Guerrero, contra la guerrilla de Lucio Cabañas. Por el otro lado estaba la estrategia contra los grupos urbanos en las grandes ciudades, donde si podían ser vistos los operativos. En tal caso se trataba de organizaciones sin gran base social, por lo que les esperaban operaciones más acotadas y quirúrgicas, en tanto que la mayoría de las organizaciones estaban infiltradas, lo cual facilitaba su captura o aniquilamiento: la lógica era sencilla: dejarlos crecer y cuando iban a actuar caerles, y en muchos de los casos "persuadirlos" de trabajar para el gobierno (ver Grange y Rico, 1997) o desaparecerlos.

Uno de los casos más sonados de desaparición política fue el de Jesús Piedra Ibarra, quien a los 17 años fue reclutado por la Liga Comunista, y a los 19 se encontraba "detenido". Hijo de la legendaria luchadora social y ex-candidata presidencial por la izquierda en 1982 y 1988, Rosario Ibarra de Piedra. A su hijo se lo llevaron en 1975, era estudiante del tercer año de Medicina. La madre dice que lo buscó, creyendo que sería por poco tiempo, veinte días, que al paso del tiempo se han convertido en 25. Esta incansable luchadora funda en 1977 el Comité de Familiares de Desaparecidos Políticos EUREKA, y entre 1977 y 1987 logran excarcelar a 147 prisioneros que se encontraban en celdas de aislamiento, la mayoría en dependencias militares (p. 114).

Durante el mandato de José López Portillo se aprobó la "Ley de Amnistía" a la que se acogieron alrededor de 244 ex-guerrilleros presos, en un periodo de entre 1978 a 1982. Amnistía que no garantizó su permanencia con vida, pues después de las rejas fueron hostilizados y varios de ellos, alrededor de 20, muertos o desaparecidos (Esteve Díaz, 1995).

5. 3 El papel del Ejército

Para el Ejército mexicano, sobre todo para su comandante Hermenegildo Cuenca Díaz, Genaro Vázquez no era más que "un delincuente" (Montemayor, 1991). En el mismo tono se manifestaba el entonces jefe de la policía judicial de Acapulco, Wilfrido Castro: "con la muerte de Genaro ya no hay nada que temer... Porque guerrilla nunca ha habido. Unos cuantos actuaban fuera de la ley y a éstos no los podemos considerar guerrilleros. Delincuentes nada más. Así que ya no más violencia ni secuestradores en toda la sierra" (p. 31). Luego sentenciaría: "Aquí en Guerrero, les doy mi palabra, se acabó esa historia de las guerrillas" (p. 32) refiriéndose a la muerte de Genaro Vázquez.

Y ante las preguntas de reporteros sobre la presencia de militares en exceso en la zona, el general Solano Chagoya, respondía lo que ya se volvería lugar común en los próximos años: "nuestro ejército es un ejército del pueblo. Esos jóvenes soldados ayudan en las inundaciones, en los desbordamientos de ríos, en las catástrofes, en campañas de salud, en la construcción de caminos. Trabajan siempre, hombro con hombro, con la gente del pueblo" (p. 27).

Con la muerte de Genaro, los militares pensaban que disminuía el rumor de la guerrilla, y seguros de ello manifestaban, muy al estilo positivista: lo que no se escucha no existe (Montemayor, 1991). Y de existir ésta, manifestaban que sólo ellos, los militares, podrían solucionar el asunto, dejando de lado las medidas sociales que se requerían. Un asunto que se repite décadas después. Para el Ejército el problema de las guerrillas "es un asunto militar que requiere una solución militar".

Los propios militares reconocían, aunque no de manera abierta, que los grupos armados para su movilización requerían del apoyo de la gente en las zonas donde se desplazaban, ya sea para protegerlos, para darles alimentos, para darles información sobre movimientos militares, etcétera, por lo que su estrategia se encaminó al control de las poblaciones para cercar a los grupos subversivos, más que a atender las causas del levantamiento.

Si tomamos como verosímil la reconstrucción histórica que hace de la guerrilla de Lucio Cabañas Carlos Montemayor (1991), contrariamente a la actuación general de ésta, el Ejército al llegar a un pueblo interrogaba a los campesinos tratando de encontrar cómplices de los subversivos, y al no obtener respuesta en el sentido que querían, procedían a golpear a los campesinos, a torturarlos, matarlos o trasladarlos a un campamento militar. Una muestra de los excesos del ejército es lo que acontecía cuando interrogaban a los campesinos que únicamente podían comunicarse con su lengua regional. Un militar ordena que se le interroge y se le golpeé, y el otro militar señala: "-No hablan español, sargento; - Tú sigue, hasta que hablen". En otra ocasión, ante el reclamo de la gente, un soldado espetaba: el capitán ordenó: Llévelo al arroyo. Que se lo coman los perros. ¡Si no quiere hablar que se lo coman los perros! (p. 146).

El ejército se quejaba de que no existía continuidad entre el "trabajo" que ellos realizaban y el de los civiles, pues no obtenían "frutos", por eso ellos querían detener a la gente, interrogarla y, prácticamente, consignarla, o eliminarla.

Evidentemente que los militares tuvieron que cuestionarse contra quién luchaban, pues cuando estaban a punto de capturar a los guerrilleros en la sierra, se encontraban con campesinos. Tenían ya una amplia ocupación militar de un estado del país. Una región entera en manos de los militares, y la pregunta que lanzaban era si de verdad estaban luchando contra un puñado de muchachos comunistas, asaltantes, como se mostraba ante la opinión pública, o si se estaba luchando contra el pueblo, por aquello de que se tenía el control de pueblos, municipios, montañas. Tenían que caer en la cuenta de que la guerrilla de Lucio no era independiente de las poblaciones por donde transitaba, sino que los pueblos lo apoyaban, sostenían y ocultaban; no pasaba como con los grupos de la ciudad, que se encontraban aislados, por eso el actuar del Ejército no se reducía a perseguir a la guerrilla, sino a ocupar y tener el control toda la zona "porque es una guerra contra todo lo que en esa región apoya a esos hombres" (p. 350). Por ello se enfrentaban al pueblo mismo.

Inevitablemente se tiene que traer a colación el pasado zapatista de la región: los zapatistas no sólo florecieron en Cuautla y Morelos, sino también en Guerrero, y al igual que en la guerrilla de los setenta con Lucio, por ejemplo, los militares llegaban a una población y los zapatistas "desaparecían", se convertían en campesinos, por lo que en ese entonces Victoriano Huerta y su Ejército se abrió paso a fuerza de la creación de lo que hoy se conoce como aldeas estratégicas, y arrasaban poblaciones enteras, para evitar el suministro de alimentos y apoyo a los rebeldes, esto es "la historia se repite y peligrosamente extiende trampas a la vida de los ejércitos" (p. 351). Y se repetiría en 1994 en Chiapas, y en 1998 en Guerrero, nuevamente (ver Gutiérrez, 1998; Montemayor, 1998c; 1999b)

Por otra parte, la forma en que el Ejército y el gobierno trataban de mostrar a las guerrillas en ese momento, se muestra en el parte militar sobre la muerte de Lucio Cabañas (ver Montemayor, 1991): "La Secretaría de la Defensa Nacional informa que el día de hoy, alrededor de las 9 horas, en la región El Otatal, municipio de Tecpan de Galeana, estado de Guerrero... tropas de la XXVII Zona Militar, con sede en Acapulco, tuvieron un encuentro con el grupo delictivo del secuestrador y asaltante Lucio Cabañas Barrientos, en el que éste resultó muerto en compañía de otros diez maleantes que lo acompañaban... Lucio Cabañas Barrientos era buscado desde hace varios meses por las autoridades policíacas federales y locales, por la comisión de numerosos delitos, entre ellos varios homicidios, secuestros y asaltos a mano armada. Escondido en la sierra de Guerrero, se había ligado para cometer sus hechos criminales a los grupos más negativos de la región, como caciques agiotistas,

talabosques y traficantes de drogas, a los que brindaba protección... La persecución de Cabañas se acentuó a raíz del secuestro del senador Rubén Figueroa, a quien el Ejército rescató el 8 de septiembre último" (p. 361).

Todavía después de la muerte de Lucio Cabañas, el Ejército seguía con sus operativos de "limpieza" tratando de borrar del mapa a todo aquel que considerará potencial guerrillero, como ocurrió en varios poblados de la sierra de Guerrero en mayo de 1975.

No obstante todo lo anterior, "Asombra que después de las medidas militares no siguieran otro tipo de medidas económicas, educativas, de infraestructura carretera o de salud ¿Por qué se decidió no transformar a Guerrero? ¿Por qué no se impulsó el progreso social y económico de la sierra? No bastó con aniquilar los núcleos armados de la guerrilla para que desaparecieran las necesidades sociales y políticas de cambio en la región donde fueron sofocados" (Montemayor, 1998c, p. 8).

6 "Latencia" armada II

Una vez que el gobierno mexicano desarticuló a la guerrilla de Genaro Vázquez y de Lucio Cabañas, y que encarceló, desapareció o mató a la mayoría de los integrantes de los grupos guerrilleros urbanos, a finales de los setenta, se pensó que el fin de la segunda ola había llegado. Pero algunos grupos permanecieron de manera clandestina reorganizando sus fuerzas, y otros tantos realizando labor de difusión de sus ideas y reclutando nueva gente. La Liga Comunista 23 de Septiembre, por citar un caso, continuaba con vida hasta 1983, año en que se divide en tres agrupaciones, algunos de los cuales bien pudieron engrosar las filas del Ejército Popular Revolucionario (ver Montemayor, 1997; 1998c).

En la misma situación podemos encontrar al Partido Revolucionario Obrero Campesino Unión del Pueblo (PROCUP) cuyo antecedente es la Unión del Pueblo grupo norteño que se desplazó a trabajar a Chiapas en los setenta, durante el Congreso Indígena; una parte, antes de ese evento, rompe con la organización y se va a Guerrero, en donde actuó a mediados de los setenta, y confluye en el PROCUP a fines de los años setenta (Reyes y Espinosa, 1996). Por otra parte, los pocos sobrevivientes del grupo de Lucio reconstruyeron a su vez su PdIP, y a fines de los setenta se unen con el PROCUP formando el PROCUP-PdIP (Esteve Díaz, 1995; Matías y Ramírez, 1996a). El estudio de la situación armada en nuestro país Hugo Esteve Díaz asegura que con esta unión, las posteriores acciones en donde mueren varios de sus integrantes, y su posterior vinculación con el Frente Democrático Nacional, que dirigía el ex-rector de la Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca, Felipe Martínez Soriano, "se clausura una etapa histórica de los movimientos guerrilleros en México" (p. 83). Aunque más bien parece entrar en un momento de "latencia", puesto que esta organización sería clave en los años posteriores para la gestación del EPR (ver Montemayor, 1997; 1998c; 1999b)

Preso en el Reclusorio Norte de la Ciudad de México, David Cabañas, hermano de Lucio, en entrevista en 1994 aseguraba que en Guerrero se desarrollaba una guerrilla (Ramírez, 1994). Se refería al PROCUP-PdIP, además de la Organización Revolucionaria Armada del Pueblo (ORAP) y del Movimiento Revolucionario del Proletariado (MRP), agrupaciones que forman parte del movimiento armado de México. Existencia armada que el

gobierno ha negado rotundamente, ante lo cual el preso político asegura: "No consideran propicio aún salir a la luz pública, por lo que se fortalecen en la clandestinidad" (p. 16). Más aún, uno de estos grupos aclara: "Se menciona en algunos medios que el Procup y el Pdlp han reaparecido; no es así. Nunca dejaron de existir, desde mediados de la década de los sesenta han desarrollado una labor revolucionaria protegidos por el pueblo. El grave revés que sufrió el Partido de los Pobres en 1974-1975 no destruyó las convicciones de muchos de los sobrevivientes de los cercos militares, quienes evadieron la política del exterminio" (p. 17). Para ese momento ya se mencionaba la presencia guerrillera en el estado de Oaxaca, uno de los bastiones del anterior PROCUP (Matías y Ramírez, 1996a).

Sin que aún se conociera la existencia del EPR, el 19 de julio de 1995 en Villahermosa Tabasco Wilfrido Robledo Madrid, entonces director de Seguridad Nacional, y posterior jefe de la Policía Federal Preventiva, declaraba que el Procup-Pdlp "tiene células pequeñas: una en Guerrero, una en la Ciudad de México, otra en Oaxaca y una más en Michoacán" (Matías y Ramírez, 1996a, p. 20).

En el otro caso más sonado, ahora sabemos que las Fuerzas de Liberación Nacional no fueron desmanteladas en 1974 cuando recibieron un duro revés (López, 1974, Redes, 2000), pues se mantuvieron en estado "latente", creciendo, sin mostrarse; desarrollando una amplia organización político-militar que desembocaría en el Ejército Zapatista de Liberación Nacional, cuya manifestación pública se da veinte años después de creerse aniquilada a la organización madre (ver Tello, 1995; Montemayor, 1997; 1999b; 199c). Y Chiapas, donde tenían una cuartel, es precisamente el lugar que retoman para crecer y presentarse nacional e internacionalmente.

Pero también otros grupos daban señales de existencia, no armada, pero que estaban ahí, preparándose para posteriores momentos, y lanzaban documentos a la prensa como queriendo mostrar que aún existía inconformidad "revolucionaria". En un comunicado dado a conocer el 11 de agosto de 1991 el Ejército Popular de Liberación José María Morelos (EPLM), a través de su Comando Central de Guerra sentencia: "La violencia reaccionaria del régimen será respondida del mismo modo por acciones legítimas que estamos dispuestos a emprender contra los intereses de la burguesía y el imperialismo" (Ramírez, 1996, p. 16). Otro grupo subversivo, el llamado Acción Popular Marxista Leninista (AP-MLN) señala que "el gobierno presenta al movimiento revolucionario como el causante del terror y la violencia, cuando sabemos que es el Estado la fuente y principal autor de la represión, secuestros y tortura" (*idem*). En septiembre de 1985, la Organización Revolucionaria Clandestina-Movimiento Revolucionario del Pueblo (MRP) apuntaba: "En nuestras filas se encuentran camaradas profesionales de la Revolución, que política y militarmente se están fogueando en el proceso mismo de la guerra; que las 24 horas de todos los días y los doce meses de todos los años entregan lo más valioso de sus vidas construyendo política y militarmente en el seno del pueblo las estructuras que nos conduzcan victoriosamente hacia el logro de nuestros objetivos tácticos y estratégicos" (*idem*). Diez años después del comunicado del MRP, en 1995 surgen en el mismo lugar de Guerrero las Fuerzas Armadas por la Revolución Mexicana (FARM), con un año de entrenamiento, e integrado por ex-militares del Ejército mexicano, aseguraban en un documento (*idem*).

Esta aparente "inexistencia" de la guerrilla en México en los años ochenta y una parte de la década de los noventa, no puede ser explicada, aunque no es el único elemento, sin lo que Armando Bartra (1996) aduce para el caso de Guerrero, pero que igual se hace extensivo para Chiapas, Oaxaca, Hidalgo, Puebla... ante el desencanto electoral del pueblo

guerrerense, después del encarcelamiento del cívico Suárez Téllez, Guerrero figura entre los cinco estados con más alta votación priista durante los años setenta, y una buena parte de los ochenta, aunque con un alto abstencionismo. En las elecciones locales para elegir gobernador, ayuntamientos y diputados en 1986 éste llega al 77% en todo el estado, acentuado en otros lugares, como en Acapulco, donde se presentó un 92% de abstencionismo. Así, no es cierto que los guerrerenses sufragaran por el PRI, más bien no sufragaban (Bartra, 2001b). Y cuando tiene oposición real, el gobierno se mantiene por otras vías: el asesinato: entre julio de 1988 y enero de 1990, esto es año y medio, asesinan a 56 militantes del PRD en Guerrero (Bartra, 1996). Posibilitando así, la incorporación de un mayor número de gente que, desencantada por la vía electoral, engrosará las filas de las formas violentas del cambio.

Bartra (1996) cierra su libro de esta forma: "La historia de la Costa Grande es, como pocas, viciosa y recurrente: el pueblo se moviliza por la buena contra el cacicazgo y le responden con balas; los agraviados afilan el discurso como los machetes y el ciclo se cierra poblando camposantos. Como en perverso carrusel, las fiestas cívicas costeñas son interrumpidas una y otra vez por la prepotencia. Así aconteció en los años veinte, en tiempos del POA y los Escudero, así ocurrió en los sesenta, cuando Genaro Vázquez y la ACG, y así sucedió el 6 de marzo de 1990, en los años del PRD, cuando los judiciales asaltaron las promisorias alcaldías al constructivo grito de '¡Tengan su democracia cabrones!' " (p. 196).

CAPÍTULO 4. FIN DE SIGLO Y MILENIO: CONTINÚAN LOS BROTES ARMADOS, 1994

*No queremos la guerra, porque ésta es dolorosa,
¿pero cómo podemos responder a un gobierno con mentalidad guerrillista?
El uso de las armas surge como una necesidad para ser escuchados
y como autodefensa frente a las agresiones del mal gobierno
que no sólo mata con la policía y el Ejército, sino también de hambre.*

Coordinadora Guerrillera Nacional "José María Morelos".

I. TERCERA OLA (1994-2001?)

Para el estudioso de los movimientos armados Hugo Esteve (1995) la tercera ola de los movimientos armados se inicia con la aparición del Ejército Zapatista de Liberación Nacional en México, en 1994. Ello no lleva consigo la negación de la existencia de grupos armados en nuestro país años atrás, pero los deposita en estado de "latencia", debido al tipo de trabajo que desarrollan: reclutamiento, crecimiento y consolidación de sus estructuras, y pocas o nulas apariciones y acciones públicas para darse a conocer ante la sociedad o la opinión pública. Así pues, esta tercera ola de grupos armados se retoma a partir del primero de enero y continúa con la aparición del Ejército Popular Revolucionario, del Ejército Revolucionario del Pueblo Insurgente, de las Fuerzas Armadas Revolucionarias del Pueblo y del Ejército Villista Revolucionario del Pueblo, y otros grupos que se han hecho acto de presencia sobre todo a partir del año 2000 y 2001. No se puede fechar la conclusión de esta etapa de los movimientos armados en tanto que su desarrollo se revisa en la actualidad y no se ve claramente su fin. Todo indica que, muy al contrario de su esperada desaparición, los grupos armados se multiplican y ocupan una buena parte del territorio mexicano.

1 Ejército Zapatista de Liberación Nacional

1. 1 Amanecer en balas

Primero de enero de 1994, fecha que marcaba nuestro ascenso al primer mundo, cuando menos así lo habían acordado los neoliberales mexicanos con el gobierno estadounidense.

Sin embargo esa fecha pasó a la historia no por ese paso, sino por algo más explosivo, que marcaría no sólo a México, sino, ahora siete años después lo sabemos, al mundo de los "de abajo" en su lucha contra el monstruo neoliberal. Ese amanecer de 1994 miles de indígenas (mal) armados, habían tomado varias cabeceras municipales, entre ellas la segunda ciudad más importante de Chiapas. La gente, a la expectativa, se hacía preguntas tales como ¿quiénes son?, ¿qué quieren?, ¿por qué están armados? Las respuestas se encontraban en la historia de más de 500 años que, junto con sus mochilas, los insurgentes cargaban sobre las espaldas.

San Cristóbal de las Casas, antigua capital del estado, se encontraba en manos del recién conocido Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) que había decidido levantarse en armas entre fines de 1992 y principios de 1993 (Durán, 1994), decisión que se concretó el primero de enero de 1994. La ciudad coleta, cuyo nombre recuerda a los conquistadores que portaban "colas" en la cabeza, recibía como extraños a sus habitantes originales porque portaban pasamontañas y fusiles. Las contradicciones entre la admiración y el desprecio no se dejaban ocultar; unos declaraban, "son nobles", y otros más el ya habitual despreciante, "a qué viene tanto alboroto ¿qué chingados quiere ahora la indiada?" (Méndez y Cano, 1994, p. 21). Pero lo que los coletos y millones de mexicanos no alcanzaban a percibir era que los hombres con paliacates al cuello no representaban un reducido grupo con pretensiones oscuras. No, pues después de poner bajo control a los policías, posesionarse del palacio municipal y bloquear todos los accesos a la ciudad, incluidos los de Tuxtla Gutiérrez y Ocosingo (La Jornada, 02/01/94), los zapatistas daban a conocer las razones de la insurrección en un documento que se facturaría como la Declaración de la Selva Lacandona: "Hoy Decimos ¡Basta!... Somos producto de 500 años de luchas... somos los herederos de los verdaderos forjadores de nuestra nacionalidad, los desposeídos somos millones... recurrimos a ella, nuestra Constitución, para aplicar el Artículo 39 Constitucional que a la letra dice... *El pueblo tiene en todo tiempo, el inalienable derecho de alterar o modificar la forma de su gobierno.* Por tanto, en apego a nuestra Constitución, emitimos la presente DECLARACION DE GUERRA al ejército federal mexicano, pilar básico de la dictadura que padecemos... Conforme a esta Declaración de Guerra pedimos a los otros Poderes de la Nación se aboquen a restaurar la legalidad y la estabilidad de la Nación deponiendo al dictador... nosotros declaramos ahora y siempre que estamos sujetos a lo estipulado por las Leyes sobre la Guerra de la Convención de Ginebra, formando el EZLN como fuerza beligerante de nuestra lucha de liberación... Rechazamos de antemano cualquier intento de desvirtuar la justa causa de nuestra lucha acusándola de narcotráfico, narcoguerrilla, bandidaje u otro calificativo que puedan utilizar nuestros enemigos. Nuestra lucha se apega al derecho constitucional y es abanderada por la justicia y la igualdad"¹ (El Despertador Mexicano, 12/93, pp. 1-2).

Esta declaración y sus armas, junto con los pasamontañas, eran sus cartas de presentación. Meses después Méndez y Cano (1994) analizarían el contenido de la Declaración del EZLN, y mencionaban su coherencia y consistencia: "La declaración del EZLN no tenía desperdicio. Dirigida al pueblo de México, los rebeldes comenzaban su escrito dando algunos pormenores de su identidad" (p. 23). Esto daba una muestra clara de lo bien pensado del levantamiento: "los alzados en armas lanzaban el primer dardo contra los inquilinos de la residencia presidencial de Los Pinos. Sin miramientos... Otro elemento a considerar es que el EZLN manejaba en su declaración un lenguaje depurado. Y aireaba con

¹ Negritas y cursivas en el original.

contundencia sus reclamos, recurriendo incluso al artículo 39 de la Constitución mexicana para justificar la insurrección" (p. 24). "El comunicado zapatista sorprendía por su radicalismo. Lejos de plantear demandas en abstracto, los rebeldes hablaban de culpables de carne y hueso y establecían objetivos militares concretos, aunque resultaran pretenciosos" (*idem*).

Ahora bien, no sólo San Cristóbal de las Casas estaba en manos rebeldes, donde había 500 zapatistas, también otras ciudades habían sido tomadas por los rebeldes zapatistas, con lo cual el conflicto tomaba dimensiones mayúsculas. Según Reygadas *et al.* (1994), los rebeldes desplegaron a insurgentes en Ocosingo donde se encontraban 550; en Altamirano 500; en Las Margaritas 300; en Oxhuc, 300; en Huixtán 300; en Abasolo 300; en Chanal 100 y en San Andrés Larráinzar 20. Lo que daba un total de, cuando menos, 2, 870 zapatistas distribuidos en ocho municipios. Algo inédito en América Latina y en el mundo mismo. Pero lo que más había impresionado, por las características de la ciudad llena de turistas y en ese momento de periodistas, fue la toma de San Cristóbal, algo que el *subcomandante Marcos* había definido en los siguientes términos: "La operación militar (del EZLN) fue un poema... Y salió" (El Despertador... Nº 2, p. 4). Ese era el despertar de México. Así amanecíamos del sueño de varios años para caer en 1994 con una pesadilla. Sí, miles de hombres y mujeres, niños, adultos y ancianos, habían tomado las armas como última medida para sobrevivir (Proceso, 897) y, en última instancia, para luchar por una mejor vida para la mayoría mexicana. El EZLN había salido a la luz pública después de diez años de preparación político-militar en la Selva Lacandona del sureste estado de Chiapas, y se sabría después como continuación de un proyecto inacabado de los setenta que la policía política del país pretendía haber eliminado. Diez años, cuando menos, en los que los indígenas campesinos del sur habían solicitado y exigido un mejor modo de vida, y en los que como respuesta encontraban cárcel, asesinatos, humillación, despojo, maltrato y muerte por enfermedades curables como: sarampión, tosferina, dengue, cólera, tifoidea, tétanos, pulmonía y otras lindezas gastrointestinales. Al final, las cuentas crudas daban una muestra de la situación: 15 mil muertos anualmente en el estado. Cantidad similar a los fallecidos en el mismo tiempo pero en la guerra de El Salvador (Durán, 1994). Para un académico que ha estudiado las condiciones de Chiapas desde años atrás, Antonio García de León (1994a), "La guerra de Chiapas vino a demostrar que todavía es posible soñar con lo imposible y que la esperanza concebida como nostalgia del futuro se pueda materializar en las primeras horas de este nuevo día" (p. 9).

Un fenómeno a destacar es que el zapatismo al día siguiente de su levantamiento ya se conocía en prácticamente todo el mundo, había sido objeto de información; se había desplegado como virus por el ambiente. Sus causas, a pesar del ataque de algunos cuantos (como Fidel Velázquez y los grandes empresarios), eran reconocidas y se extendían al territorio nacional. El *subcomandante Marcos* lo sintetizaría así: "Podrán cuestionar el camino, pero no las causas" (Proceso, 897). Los insurgentes chiapanecos habían dado un paso importante, algo que les había costado años a las guerrillas centroamericanas (*v. gr.* el Frente Sandinista de Liberación Nacional en Nicaragua, el Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional en El Salvador), y que otras habían conseguido con poco éxito en toda su existencia (Unión Revolucionaria Nacional Guatemalteca; Movimiento Revolucionario Tupac Amaru y Sendero Luminoso, en el Perú; El M-19, en Colombia); desde el primer día, al EZLN le eran reconocidas como justas las causas del levantamiento, aunque no así la forma.

Lo que generaba conflicto en la mayoría de los simpatizantes de los zapatistas no eran las demandas, sino "el camino" de las armas que habían tomado. Un antropólogo de origen

suizo, Ernst Riedwyl, comentaba sobre las operaciones del EZLN, "El asunto va en serio, estos son profesionales, amables, pero profesionales, incluso van uniformados" (Méndez y Cano, 1994, p. 19), como un ejército que deseaba mostrarse.

La sociedad mexicana acostumbrada a ver a distancia estos eventos, en Centroamérica o África, no concebía que en México, a poco más de mil kilómetros del Distrito Federal, se estuvieran librando batallas entre indígenas campesinos e indígenas militares. Y negando este escenario, con pensamiento digno de un burócrata, sin el más mínimo compromiso con la realidad, y con los zapatistas en plena retirada de las poblaciones tomadas, el dos de enero, el director del Instituto Chiapaneco de Cultura, Andrés Fábregas declaraba: "el Ejército Zapatista de Liberación es un grupo aislado 'llegado de afuera' que carece de respaldo de la población local... (y) que pensó que la toma de San Cristóbal era la toma del centro del mundo" (Reygadas *et al.*, 1994, p. 120). Pero ahí no pararon las insensateces de la clase política chiapaneca en el poder, pues el entonces gobernador (y futuro renunciado) se presentó en un programa de televisión, que un periodista reseñó de la siguiente forma: "Elmar Harald Setzer y algo, quien por cierto dejó a todos los televidentes parados de manos el día que en mala hora fue entrevistado, con la pierna cruzada, posando como si estuviera en la tertulia de la Güera Rodríguez. Sólo le faltó la copa de coñac en la mano derecha y la pipa en la mano izquierda para completar el desagradable cuadro" (p. 113). En dicha entrevista, Setzer achacó la *revuelta* al "alto índice de natalidad de los indígenas, a su disgregación en comunidades dispersas y a las distorsiones provocadas por la teología de la liberación" (Méndez y Cano, 1994, p. 95). En suma, se negaba toda responsabilidad de la clase política en el poder, y se restaba todo apoyo de los campesinos e indígenas al grupo insurgente.

Pese a las declaraciones gubernamentales en contra del asentamiento del EZLN, el presidente no se dejaba ver por lado alguno. Los periodistas españoles Méndez y Cano atajan la lentitud del gobierno al externar: "Nadie se explicaba por qué el Presidente tardó casi ciento cuarenta horas en presentar oficialmente al país el sumario de Chiapas. En cualquier otra latitud, el jefe del ejecutivo habría tomado cartas públicas en el asunto de manera mucho más urgente" (p. 71). En otras ocasiones, como el caso del asesinato del Cardenal Juan Jesús Posadas en Guadalajara, el presidente apareció en el lugar de los hechos en pocas horas. Cuando el presidente se refirió públicamente al conflicto iniciado el primero de enero del 94, sólo lo hizo para dar un mensaje a la nación en el que bautizó a los zapatistas como "profesionales de la violencia" y "un grupo extranjero". Asegurando que estos "asestaron un duro golpe a una zona de Chiapas y al corazón de todos los mexicanos" (La Jornada, 07/01/94, p.10). Y continuaba, en lo que se comenzaba a reconocer como la terquedad gubernamental de no concebir un levantamiento armado en territorio mexicano por parte de mexicanos: "Este no es un alzamiento indígena sino la acción de un grupo violento, armado en contra de la tranquilidad de las comunidades, la paz pública (sic) y las instituciones de gobierno" (*idem*). Después de "caracterizar" a los sublevados y de "demostrar" que estaban actuando en contra de México y que los indígenas seguían siendo infantes incapaces de tomar sus propias decisiones, el Presidente se "apresuró" a mostrar su disposición al "diálogo" con quienes criticaba: "Para aquellos en condiciones de pobreza que han participado por engaños, presiones o aún por desesperación, y que depongan su conducta violenta e ilegal, buscaremos un trato benigno y, aún, consideraremos el perdón" (*idem*). Nuevamente el gobierno ofrecía lo que no se le pedía sin atreverse a nombrar siquiera lo que realmente se le solicitaba y exigía.

Dos pintas que los zapatistas realizaron en San Cristóbal llamaron la atención sobre la situación que se vivía en esos primeros días "¿No que no hay guerrilla?", "Atención mexicanos, nos fuimos a Rancho Nuevo, después a Tuxtla, ya no habrá descanso" (Méndez y Cano, 1994, p. 22). Significativa la primera por la negación permanente que el gobierno, local y federal, había manifestado en torno a la existencia de grupos armados en México. La segunda, por su determinación de concluir su lucha de acuerdo a sus planes originales, lo que finalmente no sucedió. En tanto esto sucedía en Chiapas, la respuesta a la guerra se levantaba en otras partes del país. En los estados de Puebla y Michoacán, el día seis de enero de 1994, fueron derribadas torres de alta tensión, específicamente en Tehuacán y Uruapan y lo mismo se pretendía en Cuautitlán, estado de México. A su vez se presentaron varias fallidas explosiones en el Distrito Federal, una de ellas en el Campo Militar Número Uno, y también en Guerrero, en el Palacio Municipal de Acapulco. Al día siguiente, siete de enero, estalló un coche bomba en el estacionamiento de Plaza Universidad, centro comercial de la ciudad de México. El entonces Regente del D. F., Manuel Aguilera Gómez, aseguró que la ejecución de tales actos se debía a "grupos que sienten algún tipo de afinidad con los de Chiapas" (p. 57). Días después y ante las constantes amenazas de bombas señaló "No hay alarma, simplemente hay alerta" (p. 61). A lo que los rebeldes contestaron "No atentaremos contra la población de la Ciudad de México; nuestros objetivos son los centros de la oligarquía" (*idem*), y no la población civil.

No obstante, el Estado mexicano daba signos del tipo de respuesta que estaba dispuesto a emitir. El gobierno mexicano a través de la Procuraduría General de la República (PGR) y la Secretaría de la Defensa Nacional (SEDENA) solicitaron ayuda a España, con la lógica de contrarrestar la ola de violencia que amenazaba con crecer. "Cinco funcionarios españoles, especialistas en inteligencia y explosivos, llegarían en esos días de enero a la capital mexicana con el fin de establecer la agenda de cooperación en materia antiterrorista" (p. 59). Asimismo, Estados Unidos y Guatemala fueron invitados a las clases y asesorías antiguerilleras.

Ante este escenario y los bombardeos llevados a cabo por la SEDENA, pues "se reporta que cayeron 'hasta veinte bombas' cerca de Guadalupe Tepeyac" (PRD, 1994, p. 595), se hizo necesaria la aparición y actuación de la llamada sociedad civil, que se organizó desde los primeros días del conflicto armado. El ocho de enero una caravana encabezada por las Organizaciones No Gubernamentales (ONG's), intentó romper el cerco militar que empezaba a tender el Ejército federal sobre las zonas de influencia zapatistas, pero éste impidió su acceso esgrimiendo como argumento la "protección a la ciudadanía" (p. 593), estrellándose así las buenas intenciones de la Caravana por la Paz y los Derechos Humanos en el impenetrable muro de la autoridad militar que ahora actuaba en los Altos de Chiapas. Sin embargo, la sociedad civil ya había iniciado su despertar; el mensaje de los zapatistas comenzaba a hacer eco en sus mentes.

Días después del mensaje presidencial, el EZLN dio a conocer sus propuestas sobre el cese del fuego. En un fax enviado a *La Jornada*, el día siete de junio, los insurgentes manifestaban que "Para entablar un diálogo, no una rendición, éste tendrá que ser por escrito y público" (*La Jornada*, 08/01/94) y proponían como garantes de la verdad y testigos a "tres personalidades reconocidas por la sociedad mexicana": Rigoberta Menchú, Premio Nobel de la Paz; Julio Scherer (director del semanario nacional *Proceso*) y Samuel Ruiz (obispo de San Cristóbal de las Casas). A pesar de que se hizo poco eco de esta propuesta, a la larga sirvió para demostrar la amplia disposición del EZLN de darle un espacio al diálogo antes que a la guerra. El nueve de enero, cuando el Ejército Zapatista comienza a replegar todas

sus tropas hacia las montañas, "El obispo Samuel Ruiz acepta la propuesta del EZLN de mediar en eventuales negociaciones con el gobierno" (PRD, 1994, p. 593). A pesar de los combates se empieza a abrir un breve espacio para la anhelada paz.

El día diez de enero cae por destitución el secretario de Gobernación y ex-gobernador de Chiapas Patrocinio González Garrido "cuya tumba política fue la más importante entre las primeras que cavaron desde Chiapas los zapatistas" (Méndez y Cano, 1994, p. 93). El empuje de los zapatistas estaba logrando que en este país las acciones de un grupo armado, provocara cosas nunca antes pensadas. Reygadas *et al.* (1994) señalan que "la remoción de un secretario de Gobernación, una de las más poderosas figuras públicas, a consecuencia de una acción popular y por errores de seguridad nacional, es en México uno más de los hechos inéditos que acontecen en enero" (p. 113). En ello coincidían intelectuales de varias tendencias, los de las revistas *Nexos* y *Vuelta*. Al tiempo que cae el secretario de Gobernación, el gobierno decide combinar su ataque hacia el EZLN pues, al darse cuenta que al emplear únicamente la vía militar no lograría mucho, decide actuar políticamente y nombra a Manuel Camacho Solís como "Comisionado para la Paz y la Reconciliación en Chiapas". Ni tardo ni perezoso, Camacho declara: "No es la posición del gobierno, ¡pero para mí es un hecho que existe el EZLN!... Si queremos desde luego una solución al conflicto habrá que hablar con ellos" (La Jornada, 12/01/94). La medida de un sector del gobierno, que se reflejaba en el ex-regente capitalino, daba cuenta de la poca viabilidad de la línea dura y, por tanto, militar.

El 12 de enero el todavía Presidente Carlos Salinas se ve obligado a darle un giro de 180 grados a su posición inicial respecto a cómo enfrentar el asunto Chiapas, decretando el cese unilateral del fuego por parte del Ejército federal y agregando que éste sólo respondería si era atacado. Aunque ya no menciona a los "profesionales de la violencia", ni "grupos extranjeros"; no acepta reconocer la mexicanidad del movimiento, y reitera su ofrecimiento de perdón para quienes acepten la paz y la legalidad (del gobierno, por supuesto). En el texto leído, Carlos Salinas exponía: "Tomando en cuenta que el ejército Mexicano ha alcanzado ya el primer objetivo de su misión constitucional, garantizar la seguridad en la región; tomando en cuenta el sentimiento y la opinión de la nación, y por las propias convicciones del presidente de la República, con toda responsabilidad he tomado la decisión de suspender toda iniciativa de fuego en Chiapas. El Ejército Mexicano garantiza la tranquilidad de los habitantes de estas ciudades y pueblos" (La Jornada. Chiapas... 1994, p. 350), tratando de demostrar que todo estaba bajo control y por tanto que no había nada que temer.

El mismo día del anuncio presidencial, se llevó a cabo una manifestación en donde miles de personas "desfilaron por el centro de la ciudad de México lanzando gritos solidarios a favor del Ejército Zapatista". Esta manifestación, "convocada sobre todo por organizaciones civiles, derivó en un voto de censura contra el presidente Carlos Salinas, a quien se le pidió la renuncia mientras se demandaba el cese de hostilidades en Chiapas" (Méndez y Cano, 1994, p. 70), a pesar de que por la mañana se había decretado el alto al fuego. Uno de los lemas más repetidos durante la movilización fue "paz con justicia, democracia y libertad" (*idem*). Las mentes de las personas comenzaban a permearse del mensaje zapatista.

El número de muertos en esos 12 días de combate varía según la fuente. El gobierno, a través de la SEDENA, señala en un comunicado que "hasta el día nueve de enero han muerto nueve oficiales y soldados y 29 han resultado heridos; y que en tanto, del EZLN suman 61 los muertos y 107 los detenidos" (PRD, 1994, p. 593); los zapatistas reconocen "nueve bajas propias y que ha ocasionado 27 al Ejército federal; también toma 180

prisioneros militares, los cuales ya fueron liberados" (p. 594). Pero la realidad rebasaba esas cifras, pues a ellas se sumaban los miles de desplazados, algunos mencionan a veinte mil (Trejo, 1994, p. 413) y las múltiples quejas sobre violaciones a los derechos humanos que emprendía el Ejército federal: 138 según la oficialista Comisión Nacional de Derechos Humanos (PRD, 1994, p. 600).

1. 2 Razones de la guerra

Un efecto claro del reconocimiento del levantamiento zapatista lo plantea Roger Bartra (1994), al considerar "que el detonador del conflicto en la selva chiapaneca es precisamente la llamada política moderna de Salinas de Gortari y no la resistencia violenta de una población atrasada y reacia a entrar al paraíso de la modernidad. El verdadero rezago histórico lo podemos encontrar en la 'modernización' del sistema político mexicano" (p. 12). Efectivamente, las razones del levantamiento sustancialmente las había generado el sistema político mexicano. Incluso uno de los más férreos exponentes del anti-zapatismo, Tello Díaz (1994), reconoció el origen de la insurrección, y alegraría al respecto "¿Fueron orillados los indios que tomaron las armas a recurrir a la violencia? Ellos, muchos miles, piensan que sí. Muchos otros más, en el país, en el extranjero, también lo piensan. Después de condenar la violencia -automática, instintivamente- sectores muy amplios de la población han visto con una especie de comprensión a las guerrillas de Chiapas. Hay ahora, incluso, un consenso en el sentido de que los indios, ante la ineficacia de la ley, frente a la corrupción de las autoridades, cercados por los finqueros, sin nada más que perder, fueron orillados a recurrir a la violencia por la violencia de carácter estructural en que vivían inmersos en sus comunidades miserables de Los Altos de Chiapas" (p. 295). Así, el EZLN, desde donde se le viera, avanzaba a una velocidad impresionante en el reconocimiento de las causas del levantamiento. Los intelectuales que llevaban años exigiendo democracia y denunciando al PRI-gobierno, habían asimilado perfectamente el levantamiento y para ellos era natural lo que sucedía. Para los intelectuales defensores del salinismo, el EZLN se constituía en objeto de desprecio y rechazo pero tenían que admitir sus justas causas.

Carlos Fuentes (1994), escribía en las páginas de *La Jornada* y en el *New York Times*, un artículo denominado "Chiapas: donde hasta las piedras gritan", en el que expresaba su condena hacia la violencia; no obstante ser su desesperación comprensible, sus métodos no. Pero lograba reconocer la difícil condición del sureste. "¿Democracia en Chiapas? ¿Y eso con qué se come?" (p. 8). El mismo día, pero en otro tono, el politólogo Luis Javier Garrido (1994a), expresaba: "La rebelión de los pueblos indígenas de Los Altos de Chiapas del primero de año de 1994, en defensa de su derecho a la supervivencia y en contra del gobierno de Carlos Salinas de Gortari y de sus políticas de expoliación, señalan sin lugar a dudas un momento histórico en la vida de México". Y agregaba: "Los acontecimientos, hay que reconocerlo, *no quebrantaron el orden jurídico en el estado de Chiapas*. De acuerdo con todos los testimonios, la entidad ha vivido durante décadas al margen del derecho" (p. 21). Lo cual bien se podría aplicar a amplios territorios de nuestro país.

Jerónimo Hernández, un Jesuita con varios años viviendo entre los indígenas, en carta al *subcomandante Marcos* demanda entendimiento al problema chiapaneco, que tiene más de quinientos años de presencia: "Lo importante no es descifrar el enigma del pasamontañas. Lo importante es conocer la verdad que se vive atrás de esas montañas, desde mucho antes del primero de enero. Lo importante es conocer cómo vive y muere el

pueblo. Cómo sufren diariamente los indígenas. Cómo se mueren de cólera, de parasitosis... Lo importante es cómo tienen que caminar diariamente entre las piedras y lodazales, hombres, mujeres, ancianos y niños, para llegar a la milpa, para traer agua, para cargar leña; para ir a la escuela en que a los niños les enseñen palabras que no son suyas, o con la mujer a punto de muerte para que los médicos les coman las entrañas; cómo tienen que cruzar arroyos y montañas hasta las cabeceras ladinas a esperar en la puerta de las oficinas a que un funcionario se digne recibirlos y les indique que regresen la próxima semana. Cómo tienen que caminar horas semanas o años a la capital, a esperar la firma de un delegado. Cómo son despojados de sus tierras y productos. Cómo son detenidos por policías judiciales, y son golpeados, torturados, encarcelados o asesinados" (1994, pp. 61-62). Al final advierte: "Si quieren conocer la verdad, deben saber quiénes son los verdaderos transgresores de la ley y del derecho de los pueblos indígenas" (p. 62), para lo cual, por supuesto, no es necesario ir a Chiapas.

En un tono similar se manifestaba Carlos Montemayor, quien ha realizado estudios de los movimientos armados en México. En el periódico *La Jornada* (02/01/94) subrayó que el problema era y es de orden social, político y económico, pero en todo el país, no sólo en Chiapas, por lo que su solución es similar. Y agregaba: "Los severos conflictos armados en Chiapas son un ejemplo claro de la ineptitud política del gobierno estatal y del desprecio étnico y de la rapacidad de los ganaderos y terratenientes que socavan las tierras y selvas de las comunidades indígenas sin la menor conciencia. Durante décadas, los pueblos indígenas se han resistido al despojo. Y durante todo el año de 1993, los terratenientes de Chiapas han estado pidiendo que el Ejército les resuelva los problemas que provoca la injusticia que ellos mismos perpetran contra comunidades enteras" (p. 9).

A las condiciones socioeconómicas de miseria, opresión y segregación, hay que agregar la contrarreforma al Artículo 27 de la Constitución, que a decir del EZLN significó para el campesinado y los indígenas su acta de defunción (ver EZLN. Documentos..., 1994). Esa modificación a un Artículo tanpreciado en la historia del país tendría sus costos. Méndez y Cano (1994) lo percibían: "Las condiciones para una protesta violenta -sin entrar en la bondad o maldad de las armas- estaban dadas en el estado sureño desde hacía mucho tiempo" (p. 69). En efecto, con la contrarreforma al Artículo 27, los campesinos tenían más de una razón para no quedarse cruzados de brazos. El futuro secretario de gobierno de Chiapas, Eraclio Zepeda, lo asentaba así: "La reforma del veintisiete constitucional para el estado de Chiapas, donde nunca llegó la Revolución, significó la cancelación de la esperanza para muchos campesinos" (citado en p. 28). "El último símbolo revolucionario había saltado por los aires. El entierro de la reforma agraria era recibido en muchas partes del país, pero sobre todo en la Selva Lacandona, como una humillación postrera ideada desde el centro de la República. Y el Tratado de Libre Comercio... se perfilaba ya como el paredón para el campesinado mexicano" (p. 30).

Por otro lado, como lo menciona el propio zapatismo, un tercer elemento que jugó en sus estallar tuvo que ver directamente con la firma del Tratado de Libre Comercio. El *subcomandante Marcos* declaraba que se habían levantado en armas, entre otras razones, contra el TLC porque representaba un "acta de defunción de las etnias indígenas en México, que son prescindibles para el gobierno de Carlos Salinas de Gortari" (*La Jornada*, 02/01/94). La oposición que millones de mexicanos había manifestado contra el TLC adquirió nueva resonancia por los fusiles del zapatismo. El mismo Tello Díaz (1994) reconocía, no sin antes condenar la revuelta armada, que "la guerrilla pudo conseguir ese objetivo ('dar a conocer al pueblo de México y al resto del mundo las condiciones miserables en que viven millones de

mexicanos'. Texto del EZLN), no con métodos pacíficos, sino con la violencia. Es peligroso, pero necesario, reconocer esta verdad" (p. 296).

Y, por supuesto, en la tela de las causas podemos ubicar claramente la política económica que el gobierno neoliberal aplicó en todo el país, pero cuyo acento se expresó en la región sur de México. Un estudioso del tema, Carlos Montemayor -en una entrevista en la revista *Proceso*, referida en *CHIA-Paz y la Transición Democrática...* (PRD; 1994)- advertía: "No debemos olvidar que este alzamiento (del EZLN) es resultado del hambre crónica y la vejeción permanente" (p. 529), lo cual el gobierno parecía no aceptar, a pesar de que analistas de la talla de Jorge G. Castañeda (1994) reconocían que el problema de Chiapas era sobre todo de "naturaleza política" (p. 39). Más todavía, había quien planteaba que "el gobierno que, a base de no oír, exasperó la paciencia del pueblo increíblemente paciente" (Bravo, 1994, p. 10), lo que culminó en un movimiento armado como única salida de los campesinos. Mucho de esto gracias al gobierno del sexenio en turno, pues la "concepción típicamente economicista y despótica ilustrada del régimen de Carlos Salinas derivó en una política condenada al fracaso; gastar dinero para salvar los muebles", (Castañeda, 1994, p. 39), a propósito del derroche que Solidaridad hizo en Chiapas y que no detuvo la organización del zapatismo. Ya eran demasiados años de atraso político, económico y social, como para subsanarlo en unos cuantos meses, previos a la campaña presidencial. Tampoco se esfumaría esta desigualdad a nivel nacional pues para esos días el 10% de la población más rica acaparaba el 38.16% del ingreso nacional; el 10% más pobre participaba del 1.55% de los ingresos (Méndez y Cano, 1994, p. 270). Realidad que en Chiapas se recrudece aun más por el cacicazgo, las tiendas de raya y cuyo "salario mínimo es de siete pesos diarios por 10 horas de trabajo" (García, 1994, p. 125).

De esta forma quedaban claros algunos elementos a considerarse al momento de tratar de entender la rebelión zapatista: las condiciones sociales, políticas y de pobreza en que se encuentran las comunidades indígenas, y el desprecio de que ha sido objeto esta población originaria de nuestro país; la reforma al Artículo 27 de la constitución; la firma del TLC, el rezago histórico... Baste echar una mirada a nuestro alrededor. La realidad, antes del primero de enero, estaba ahí, pero pareciera que faltaba un detonador como el zapatista para que se tomara en consideración. La frase salinista dirigida al perredismo, "Ni los veo, ni los oigo", se tornó un síndrome nacional, sólo arrasado por el EZLN.

1. 3 Diferentes diálogos

Cuando el EZLN le declaró la guerra al Ejército federal y al Poder Ejecutivo, dejó en claro que no tenían otro camino en su pretensión de cambiar la situación política, económica y social del país. Sin embargo, la respuesta que tuvieron de la sociedad civil, los partidos políticos, las ONG' s, un sector de la Iglesia y hasta de algunos sectores del mismo gobierno, fueron razones de peso por las que los rebeldes decidieron dar un giro en su táctica y entrar en la lógica de una salida política, por sobre la militar, al conflicto.

1. 3. 1 Conversaciones de la catedral

Uno de los primeros momentos en los que los zapatistas dieron visos de darle una oportunidad a la salida política del conflicto ocurrió el seis de enero de 1994, cuando

enviaron su comunicado proponiendo cinco puntos como condición para iniciar el diálogo: 1) Reconocimiento al EZLN como fuerza beligerante; 2) Cese al fuego de ambas partes; 3) Retiro de las tropas federales de la zona de conflicto y regreso a sus respectivos cuarteles en los diferentes puntos del país; 4) Cese al bombardeo indiscriminado a poblaciones rurales; y 5) Con base en las condiciones anteriores la formación de una comisión nacional de intermediación (la futura CONAI). Las negociaciones iniciarían el 20 de febrero de 1994 en la bautizada para tal caso "Catedral para la Paz" de San Cristóbal de las Casas. El encuentro entre los representantes rebeldes y el comisionado para la paz, Manuel Camacho Solís, estuvo marcado por el discurso de los primeros: "¿Por qué es necesario que mueran los que murieron? ¿Por qué es necesario matar y morir? ¿Qué ocurre en este país? Y hablamos a todos: a los gobernantes y a gobernados, ¿qué ocurre en este país que es necesario matar y morir para decir unas palabras pequeñas y verdaderas sin que se pierdan en el olvido?"

"Venimos a la ciudad armados de verdad y fuego, para hablar con la violencia el día primero de este año. Hoy, volvemos a la ciudad para hablar otra vez pero no con fuego; quedaron en silencio nuestras armas de fuego y muerte y se abrió el camino para que la palabra volviera a reinar en el lugar donde nunca debió de irse: nuestro suelo" (EZLN. Documentos..., 1994, p. 164).

Este fue el mensaje inicial de los delegados zapatistas en el Diálogo de la Catedral, teniendo como receptores de antemano a la sociedad civil y a los gobernantes. Se inició así una nueva relación entre los zapatistas, la sociedad civil y el gobierno, algo no antes visto en este país. En efecto, el EZLN tenía preparada toda una estrategia: a la par de negociar con el gobierno, dialogaría con la sociedad civil, representantes de partidos políticos, de ONG's, de diversas comunidades y agrupaciones... con la firme intención de establecer puentes que permitieran crear una agenda política de alcance nacional a la vez que proyectar y arraigar aún más su lucha.

A su vez, en la mesa de negociaciones con el gobierno, los zapatistas plantearon sus demandas, locales y nacionales, obteniendo un ofrecimiento a las primeras, pero no a las segundas. Se fueron con tales promesas a la selva para consultar a sus "bases de apoyo". El 10 de junio de 1994, justo 23 años después de la matanza de estudiantes cometida por un grupo paramilitar del gobierno, llegó la respuesta zapatista y fue posible leer en la primera plana de los diarios: "Dice no el EZLN a las propuestas del gobierno" (La Jornada, 11/06/94). Nuevamente se presentaba el rumor del reinicio de las hostilidades, sólo que esta vez, en el bonche de hojas de varios comunicados que emitió el EZLN, se dio a conocer la Segunda Declaración de la Selva Lacandona, en la cual se convocaba al pueblo de México a un diálogo nacional: a construir la Convención Nacional Democrática a celebrarse en algún lugar de la Selva Lacandona, en tierra rebelde.

Ciertamente, el EZLN rechazó las promesas gubernamentales, y ante las preguntas atónitas de más de una persona que no entendía el por qué de esa respuesta, puesto que el representante del gobierno, Manuel Camacho, había dado respuesta positiva a 32 de los 34 puntos planteados por los zapatistas, Luis Hernández Navarro (1994) aclararía un poco las razones: "esto no fue así... las ofertas se limitaron a ofrecer la realización de estudios" (p. 218) lo cual, por supuesto, no podía ser aceptado por el EZLN pues se les proponía dejar las armas a cambio de papeles, la dignidad a cambio de más promesas.

1. 3. 2 Convención nacional democrática

Persistentemente, los zapatistas incrementaron su actuar político y en junio de 1994, al momento de rechazar los ofrecimientos gubernamentales, convocaron a una Convención Nacional Democrática como medio para que la sociedad civil se organizara y planteara un programa nuevo para una nación nueva. Los zapatistas anunciaban: "Llamamos a la realización de una Convención Democrática Nacional, soberana y revolucionaria, de la que resulten las propuestas de un gobierno de transición y una nueva ley nacional, una nueva Constitución que garantice el cumplimiento legal de la voluntad popular.

"El objetivo fundamental de la Convención Nacional Democrática es organizar la expresión civil y la defensa de la voluntad popular.

"La soberana Convención revolucionaria será nacional en tanto su composición y representación deberá incluir a todos los estados de la federación, plural en el sentido en que las fuerzas patriotas podrán estar representadas, y democrática en la toma de decisiones, recurriendo a la consulta nacional.

"La convención estará presidida, libre y voluntariamente, por civiles, personalidades públicas de reconocido prestigio, sin importar su filiación política, raza, credo religioso, sexo o edad.

"La Convención se formará a través de comités locales, regionales y estatales en ejidos, colonias, escuelas y fábricas por civiles. Estos comités de la Convención se encargarán de recabar las propuestas populares para la nueva ley constitucional y las demandas a cumplir por el nuevo gobierno que emane de ésta...

"El Ejército Zapatista de Liberación Nacional reconocerá a la Convención Democrática Nacional como representante auténtico de los intereses del pueblo de México en su tránsito a la democracia...

"Para la primera reunión de la Convención Nacional Democrática, el EZLN ofrece como sede un poblado zapatista y todos los recursos con que cuenta" (EZLN. Documentos..., 1994, pp. 275-276).

Para el periodista del diario *La Jornada*, Hernández Navarro (1995) la convocatoria para realizar la CND "metió de lleno al EZLN en la disputa por la nación" (p. 141), creando una nueva atmósfera en la escena política del país. La convocatoria para asistir a la CND permitió que los grupos que durante muchos años habían permanecido con concepciones políticas diferentes e incluso opuestas, entraran al terreno de los acuerdos. De esta forma el zapatismo jugaba un papel importante en el intento por reunir a aquellos que antes no se podían ver ni escuchar. Ahora los diferentes bandos tenían al menos un motivo en común para coincidir: las montañas del sureste mexicano. Y que mejor que este lugar para aterrizar en un encuentro al que no sólo estaban invitadas las organizaciones que parecían irreconciliables, sino las "personalidades" que se teñían de democráticas o los intelectuales reconocidos, gubernamentales o no, quienes tendrían que asumir una posición ante tan magno evento que amenazaba con partir políticamente a la nación. Muchas invitaciones especiales se enviaron, en las que se exponían las razones y los fines de la CND; muchos de los invitados aceptaron pero otros ni respondieron ni aceptaron. A modo de ilustración, se invitó a Enrique Krauze, Carlos Monsiváis, Carlos Fuentes a quien el *subcomandante Marcos* escribió tratando de convencerlo de asistir a una "Convención de civiles convocada por

militares... Sí, una Convención que levante las banderas que ya ondean en tierras extranjeras y se niegan a nuestro suelo, las banderas de la democracia, libertad y la justicia" (carta de invitación de Marcos a Fuentes, en Oriol y Espinosa; 1996, pp. 101-102), a lo que el escritor mexicano respondió: "Ustedes son los primeros actores del postcomunismo en el tercer mundo. Sus aspiraciones ya no pueden ser ocultadas o pervertidas como parte de una conspiración soviética mundial" (p. 109). Carlos Fuentes finalmente no asistió, aunque solicitó se invitara al grupo San Angel, del cual formaba parte. También se invitó a Elena Poniatowska, a Carlos Payán (director de *La Jornada*), a Antonio García de León, a periodistas, a caricaturistas, a fotógrafos, a poetas, a historiadores, a políticos, a antropólogos, a organizaciones políticas y sociales, a defensores de derechos humanos, a ex-candidatos presidenciales (v. gr. Rosario Ibarra), a ex-rectores de la UNAM (Pablo González Casanova), a actores (v. gr. Daniel Giménez Cacho), a músicos (v. gr. Guillermo Briseño, Eugenia León), a novelistas (v. gr. Juan Villoro), y a una infinidad de personalidades². Hernández Navarro (1995) describió el evento así: en la CND "estuvieron corrientes políticas de inspiración socialista, representantes de partidos políticos, sindicatos y tendencias democráticas a su interior, organizaciones urbano-populares, destacamentos campesinos regionales y varios nacionales, estudiantes, una gran cantidad de ONG que trabajan en los circuitos de promoción al desarrollo y algunas de los circuitos de filantropía y asistencia privada, organizaciones comunitarias nacidas del trabajo de agentes pastorales, artistas, movimientos cívicos y gremiales, y de organizaciones sociales y políticas, así como personalidades relevantes de la cultura y la política nacionales. Estuvieron presentes también algunos empresarios" (p. 154).

Para el escritor Carlos Monsiváis (1994b), a la Convención llegaron contingentes previsibles y no previsibles de todas partes del país, "personas altamente representativas y los que con dificultades se representan solos, líderes de colonos, politólogos, líderes de movimientos campesinos. Algunos (escasos) representantes de la causa obrera, académicos, marxistas jubilados y renacidos, variedad de periodistas extranjeros y nacionales, estudiantes del CEU y del ITAM y de la Universidad Iberoamericana, feministas, miembros de las organizaciones en defensa del voto, lesbianas y gays, escritores (en número regular), (escasísimos) empresarios, activistas del PRD y militantes de la izquierda" (p. 313). Incluso se juntaron dos generaciones; "numerosos viejos y acopio de jóvenes, los veteranos de las causas perdidas y los esperanzados en inaugurar el triunfalismo" (p. 313).

La CND, por lo tanto, reunió a diversas posiciones políticas, a personas a título individual y en organizaciones; a todas, o casi todas, las corrientes de pensamiento político y social existentes en México. Asistieron desde panistas hasta gente que estaba dispuesta a sumarse a la lucha armada. Una vez más, el EZLN se afianzaba en la mente de los mexicanos (y extranjeros), en esta ocasión a través de la CND. Y los zapatistas lo sabían bien, previnieron el arcoiris político que se presentaría en su *Aguascalientes* y pidieron siempre a los diferentes grupos no olvidar sus diferencias, sino hacerlas a un lado para no impedir el andar de la nueva organización nacional que se construía. En el discurso inaugural de la CND que el EZLN presentó en voz del *subcomandante Marcos*, se apuntaba:

² El EZLN en buena medida invitaba a un abanico de grupos y personalidades, no obstante habrá que señalar que también puso condicionantes y "candados" para asistir, como aquella frase celebre del zapatismo: "no están convocados aquellos que no estén dispuestos a probar la vía electoral". Esta cita forma parte del documento que el EZLN envió en julio a la Convención estatal del Pueblo Chiapaneco, y que después fue leído en una reunión en el auditorio "Che" Guevara de la facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, en el momento en que se discutía el carácter de la CND, sus adhesiones y sus alianzas. Pero ello será un análisis que realcen los cientistas políticos y no los psicólogos políticos.

"Aguascalientes, Chiapas, esfuerzo común de civiles y militares, esfuerzo común por un cambio, esfuerzo pacífico de los armados... Y antes de Aguascalientes, ellos dijeron que era una locura, que nadie podía, desde el límite que marcan fusiles y pasamontañas, tener éxito en convocar a una reunión nacional en vísperas electorales. Y antes de Aguascalientes, ellos dijeron que ninguna persona sensata iba a responder al llamado de un grupo rebelde... Y antes de Aguascalientes, nosotros dijimos que sí, que era una locura, que desde el horizonte que abren fusiles y pasamontañas sí se podía convocar a una reunión nacional en vísperas electorales y tener éxito: ¿quieren un espejo?... Y antes de Aguascalientes, nosotros dijimos que no habría que oponerse a la celebración de la CND, que sería precisamente eso: ni más ni menos que una celebración, la celebración del miedo roto, del primer y titubeante paso de la posibilidad de ofrecer a la nación un ya basta que no tenga sólo voz indígena y campesina, un ya basta que sume, que multiplique, que produzca, que triunfe, que pueda ser la celebración de un descubrimiento: el de sabernos, no ya con vocación de derrota, sino de pensarnos con la posibilidad de victoria del lado nuestro... El EZLN participa en esta CND con 20 delegados con un voto cada uno. Queremos así dejar claras dos cosas: la una es nuestro compromiso con la CND, la otra es nuestra decisión de no imponer nuestro punto de vista, hemos rechazado también toda posibilidad de participar en la presidencia de la CND. Esta es la convención de la búsqueda pacífica del cambio, no debe de manera alguna ser presidida por gente armada. Agradecemos que nos den un lugar, uno más entre todos ustedes, para decir nuestra palabra. Queremos decir, por si alguien lo duda, que no nos arrepentimos de habernos levantado en armas contra el supremo gobierno, que reiteramos que no nos dejaron camino, que no renegamos de nuestro paso armado ni de nuestro rostro amordazado, que no lamentamos nuestros muertos, que estamos orgullosos de ellos y que estamos dispuestos a poner más sangre y más muerte si ése es el precio para lograr el cambio democrático en México... Hoy, frente a esta CND, el EZLN responde a la pregunta ¿qué esperan los zapatistas de la CND? No un brazo civil que alargue el siniestro brazo de la guerra hasta todos los rincones de la patria, no la promoción periodística que reduce la lucha por la dignidad a una nota esporádica de primera plana, no más argumentos para adornar nuestro traje de fuego y muerte, no un escalón para cálculos de políticos, de grupos y subgrupos de poder, no el dudoso honor de ser vanguardia histórica de las múltiples vanguardias que padecemos, no el pretexto para traicionar ideales y muertes que llevamos con orgullo como herencia, no un trampolín para lograr un escritorio, en una oficina, en un despacho, en un gobierno, en un país improbable. No la designación de un gobierno interino, no la redacción de una nueva Constitución, no la conformación de un nuevo constituyente, no el aval para un candidato a la presidencia de la república del dolor y el conformismo, no la guerra. Sí el inicio de una construcción mayor que la de Aguascalientes, la construcción de una paz con dignidad; sí el inicio de un esfuerzo mayor que el que vino a desembocar en Aguascalientes, el esfuerzo de un cambio democrático que incluye la libertad y la justicia para los mayoritarios en el olvido. Sí el inicio del fin de una larga pesadilla de esto que grotescamente se llama Historia de México" (EZLN. Documentos..., 1994, pp. 305-310).

Así las cosas, la CND logró reunir a seis mil (algunos mencionan que ocho mil) asistentes, y culminó con un programa político y social propio. Ciertamente es que el posterior actuar de la Convención devino en la forma tradicional de operar de la izquierda: pugnas, confrontaciones (algunas estériles), intentos por ser los predilectos del EZLN, etcétera. La CND finalmente se diluyó. El intento fue innovador.

1. 3. 3 Diálogos de San Andrés

Es de este espacio de donde surgen los ahora conocidos "Acuerdos de San Andrés". Tras la ofensiva militar del gobierno en febrero de 1995, la reactivación de la denominada sociedad civil, y el acuerdo inicial entre la delegación del gobierno, encabezada por psicólogos universitarios como Marco Antonio Bernal y Jorge Del valle, y el EZLN, con una Ley de por medio, la de pacificación y una Comisión de Concordia y Pacificación (Cocopa) que haría las veces de mediación, hasta que entra en acción la Comisión Nacional de Intermediación (Conai) presidida por el entonces obispo Samuel Ruiz; con todos estos actores se tejen tales acuerdos.

Para algunos, este reinicio del diálogo abría la posibilidad de avances y acuerdos para una solución de fondo a las causas del levantamiento y, para otros, la posibilidad de que el gobierno desgastara a los insurgentes y terminara por doblegarlos. Para el EZLN había una doble vertiente: 1) dar una discusión de los problemas regionales y nacionales y de esta manera involucrar a otros sectores en el debate de los cambios que surgieran de la mesa de San Andrés y 2) demostrar la desfachatez del gobierno al no querer solucionar los problemas que dieron origen al levantamiento. Sobra decir que a la larga, el gobierno mexicano se encargaría de comprobar esto último. El 5 de abril de 1995, en el marco del primer encuentro en San Miguel, ambas partes pusieron las reglas de juego para las siguientes reuniones y, así, darle continuidad a los encuentros con cierta periodicidad. En este caso, se pensó que el EZLN llegaba bajo presión y que aceptaba la Ley de Pacificación por no enfrentarse con las órdenes de aprehensión que aún pesaban sobre algunos de ellos, sin embargo, hay quienes aseguran que la disposición al diálogo la había tenido el Ejército Zapatista desde su cese al fuego y, de hecho "Si las conversaciones de San Miguel llegaron a buen término ello fue más el resultado del interés existente entre posiciones presentes en las dos partes -pero, sobre todo del EZLN- por no acercarse a la guerra -en la que la presión nacional e internacional fueron claves- que de la estrategia gubernamental de golpear para sentar a negociar" (Hernández Navarro, 1995, p. 227). De hecho, si el EZLN no aceptó la provocación de la guerra, no fue porque no tuviera un potencial militar de respeto, sino por su apuesta a la transición a la democracia por la vía pacífica, se ha dicho.

Una vez instalados en la mesa, la discordia llegó. Mientras el EZLN argumentaba que la discusión se tenía que dar en el terreno de lo nacional y no de lo local, la representación del gobierno se mantenía en la lógica de lo regional, e incluso de lo municipal, bajo su viejo argumento de que el conflicto no salía de cuatro municipios. Una y otra vez el gobierno demostró sus verdaderas intenciones ante el EZLN pues, a pesar de que nombró una comisión federal para negociar con los zapatistas, siguió negando el carácter nacional del movimiento y de las demandas. Aunque en palabras el gobierno federal aseguró que el conflicto se limitaba a una pequeña región de Chiapas, los hechos demostraron que los problemas, debidos a la falta de libertad, justicia y democracia, existían en todo el país y que sólo era posible enfrentarlos con una solución nacional. Hernández Navarro aclara de manera eficiente este aspecto: "la insurgencia chiapaneca no podrá resolver sus demandas sólo en el ámbito local. Primero, porque sus demandas y su presencia no son exclusivamente regionales. Segundo, porque la maraña de intereses que asocia los poderes locales a los nacionales obligan a soluciones nacionales. Si los partidos políticos nacionales no entienden esto, peor para los partidos. Molestos o no, tendrán que compartir el espacio político nacional con el zapatismo" (1995, p. 228).

Después de la primera ronda de conversaciones en San Andrés, el avance había sido mínimo. La delegación gubernamental insistía en discutir el punto de llegada de las negociaciones: la transformación del EZLN en fuerza política, a lo que la delegación zapatista respondía que no se desarmarían en tanto no estuvieran resueltas las causas de su levantamiento. En esa misma lógica el gobierno, a la hora de discutir la distensión militar, propuso crear una especie de reserva en la que se hospedarían los zapatistas, los famosos corredores. En tanto, el EZLN propuso "un plan de 10 puntos en el que se compromete a mantener el cese al fuego ofensivo y mantener sus tropas en sus actuales posiciones" y crear una zona franca "entre ambas fuerzas (EZLN y federales) una zona ocupada por la población civil con la supervisión de la Conai y de las Organizaciones No Gubernamentales" (p. 239-240).

Después del encuentro de San Andrés, el EZLN consecuentemente con su costumbre realizaría las consultas sobre las propuestas gubernamentales entre sus bases, invitando a la delegación gubernamental para que se cerciorara de la transparencia de las mismas. A su regreso, en el siguiente encuentro, la delegación zapatista sorprendió con su convocatoria a la Gran Consulta Nacional a llevarse a cabo el 27 de agosto de 1995. Con todo ello, el diálogo prosiguió y los avances no se veían claramente. Las conversaciones transcurrían entre reproches y acusaciones mutuas de intransigencia y bloqueos para impedir el avance del diálogo. Esa lógica operó hasta que ¡por fin! se llegó a los primeros pactos.

Los acuerdos firmados entre la delegación gubernamental y la delegación rebelde son de gran trascendencia para la nación y para gran parte de las comunidades indígenas de otras latitudes, pues dan pauta para que se reconozca su identidad y se les otorgue una cierta autonomía. En los acuerdos se explicita: "La creación de un nuevo marco jurídico que establezca una nueva relación entre los pueblos indígenas y el Estado, con base en el reconocimiento de su derecho a la libre determinación y de los derechos jurídicos, políticos, sociales, económicos y culturales que de él se derivan. Las nuevas disposiciones constitucionales deben incluir un marco de autonomía" (Asesores..., 1996, p. 38). De hecho, "Entre los compromisos asumidos por el gobierno federal en el pronunciamiento conjunto acordado con el EZLN está la construcción de una nueva política de Estado en relación con los pueblos indios, que incluye el reconocimiento de éstos a nivel constitucional y respeto al ejercicio de su 'libre determinación' y 'autonomía'. Asimismo, se compromete a ampliar la participación y representación política de los pueblos indígenas, garantizarles acceso pleno a la justicia, promover sus manifestaciones culturales, garantizar la satisfacción de necesidades básicas y dar protección a los indígenas migrantes. Los compromisos para Chiapas incluyen un marco constitucional de autonomía, remunicipalización, municipios indígenas, ampliación de la participación y representación políticas, incluida la elección de autoridades municipales por usos y costumbres. También se prevé promover ante el Congreso local una iniciativa de Ley de Justicia y Desarrollo Agrario y la instalación de una Mesa Agraria, con la representación del EZLN y de las organizaciones sociales y las autoridades competentes, para solucionar conflictos de ese tipo, así como la realización de un censo agrario" (La Jornada, 15/02/96, p. 9). De todo esto, es posible concluir junto con Bellinghausen (1996a) que este país no puede ya dejar de lado la problemática de los indios. Además, realizando un balance del alcance del movimiento indígena en cuanto a guerra política se refiere: "Independientemente del resultado final de las negociaciones, consultas y foros a que haya lugar en el país donde viven los indígenas mexicanos, estos pueblos ya ganaron la batalla del lenguaje. Eso sucede en todas partes, no sólo en Chiapas. Está en la vena nueva de los fandangos, de la Huasteca al Sotavento, en infinidad de relatos que van

brotando como hongos, como si llevaran siglos esperando para brotar. La victoria indígena alcanza el terreno de las ideas. Aun si el Estado y las corporaciones comerciales que deciden se mantienen reticentes a las demandas de autonomía y transformación de la política agraria, ya nadie duda de la validez de las demandas. No será el pensamiento de los columnistas políticos el suficiente pensamiento para decidir lo manifestado" (p. 6).

Aunque los zapatistas advirtieron que los acuerdos siguen siendo "sólo papel", en tanto no se reconozcan jurídicamente, lo cual no ha sucedido cinco años después, consideraron que estos "benefician al movimiento indígena nacional" y para Chiapas "representan lo más avanzado en toda la república mexicana y esto servirá para que en otros estados se organicen para exigir que tengan los mismos derechos" (p. 9). Pero incluso se puede ir más allá. En un cable de Afp fechado en París (La Jornada, 17/02/96), la agencia asegura: que "El primer acuerdo sobre derechos y cultura indígena que firmaron este viernes en San Andrés Larráinzar el gobierno y la guerrilla zapatista, repercutirá sin duda alguna en América Latina, donde viven importantes comunidades étnicas".

Hasta aquí, el EZLN había mostrado una gran habilidad para conversar con el gobierno, nombrando cientos de asesores en las mesas de trabajo y en las plenarios para que elaboraran propuestas sobre Cultura y Participación Indígena y Reforma del Estado.

1. 3. 4 Consulta por la paz y la democracia

Desde el surgimiento del EZLN han ocurrido importantes eventos que dan muestra de la modificación de su actuar. Uno de los acontecimientos importantes de finales de 1995 fue la Consulta Nacional por la Paz y la Democracia. Cuando en San Andrés a principios de junio de 1995 los zapatistas anunciaron la consulta, las posiciones políticas ahí presentes se manifestaron porque ésta se difundiera desde ya. En tal propuesta la mayoría veía la posibilidad de romper las ataduras que el gobierno le imponía al zapatismo en la mesa de diálogo. La posibilidad de trascender el enclaustramiento en que se les quería depositar, y el EZLN la veía, nuevamente, en la sociedad civil. En este evento, los zapatistas pretendían apostar parte de su futuro político a lo que la sociedad civil de México (y de algunos otros países) decidiera. Con seis preguntas en que la gente tenía que responder "SI", "NO", "NO SE", los zapatistas se ponían a prueba, una vez más frente a la sociedad civil.

Estas serían las preguntas: 1) ¿Estás de acuerdo en que las principales demandas del pueblo mexicano son: tierra, vivienda, trabajo, alimentación, salud, educación, cultura, información, independencia, democracia, libertad, justicia, paz, seguridad, combate a la corrupción y defensa del medio ambiente? 2). ¿Deben las distintas fuerzas democratizadoras unirse en un amplio frente ciudadano, social y político de oposición y luchar por estas 16 demandas principales? 3) ¿Los mexicanos debemos hacer una reforma política profunda que garantice la democracia? (Respeto al voto, padrón confiable, organismos electorales imparciales y autónomos, participación ciudadana libre, incluida la no partidaria y no gubernamental, reconocimiento de las fuerzas políticas nacionales, regionales y locales, equidad para todos.) 4) ¿Debe el EZLN convertirse en una fuerza política independiente y nueva, sin unirse a otras organizaciones políticas? 5) ¿Debe el EZLN unirse a otras fuerzas y organizaciones y, juntos, formar una nueva organización política? Y 6) ¿Debe garantizarse la presencia y participación equitativa de las mujeres en todos los puestos de representación y responsabilidad en los organismos civiles y en el gobierno?

Las preguntas no dejaban lugar a dudas sobre la respuesta que se emitiría, con un mínimo de información. No obstante, el planteamiento de las preguntas cuatro y cinco generaron muchas reacciones encontradas, desde que el zapatismo se convertiría en un partido político (versión que facturaron los partidos políticos) y que por lo tanto se desarmarían, hasta la versión que apuntaba que el EZLN se dividiría en una parte civil y otra armada. Las confusiones fueron las que inundaron más el discurso político y común. Pese a ello, los zapatistas se lanzaron a la consulta. En un comunicado dejaron claras algunas cuestiones: "No queremos tomar decisiones sin antes escuchar a quienes tanto nos han ayudado en la búsqueda de una paz con justicia y dignidad. No podemos nosotros hacer igual que el mal gobierno, que toma decisiones sin preguntar a quienes, se supone, lo sostienen.

"Hermanos: Ya antes, cada vez que la guerra se cernía sobre nuestros suelos, demostramos que sabemos escuchar. Hoy queremos demostrarlo de nuevo y orientar así nuestro camino. Por eso nos estamos dirigiendo al pueblo de México, a la Convención Nacional Democrática, a las distintas organizaciones sociales independientes, a los partidos políticos de oposición, a las organizaciones ciudadanas, a las organizaciones no gubernamentales, a los sindicatos, a los estudiantes, a los colonos, a los trabajadores del campo y de la ciudad, a los indígenas mexicanos, a las amas de casa, a los intelectuales y artistas, a los religiosos, a los ancianos, a las mujeres, a los hombre y a los niños. Llamamos a todos, a legales y clandestinos, armados y pacíficos, civiles y militares, a todos los que luchan, en todas las formas, en todos los niveles y en todas partes por la democracia, la libertad y la justicia en el mundo. Para nosotros los zapatistas, la voz de la sociedad civil es importante. La voz de ustedes tiene valor y fuerza para los zapatistas. Queremos escuchar su palabra y conocer su pensamiento para seguir adelante" (EZLN. Documentos..., 1995, pp. 362-363).

Con ello, los zapatistas pretendieron, además, provocar a la sociedad civil para que se involucrara en la discusión del rumbo del país, dando forma a lo que después se llamaría Gran Diálogo Nacional, en donde se pretendía participaran todos los sectores de la sociedad. Esta propuesta fue tomando forma con el paso del tiempo. Para ello se convocó a personalidades y dirigentes de organizaciones cuya finalidad era la conformación de comités para la consulta. Una vez detallada la organización se echarían a andar los trabajos, con la instalación de miles de casillas en todo el país, previa preparación en talleres y cursos. Finalmente la Consulta navegó, y se obtuvo una buena respuesta. Al respecto los zapatistas mencionarían "Más de un millón 300 mil seres humanos, en México y el mundo, se tomaron la molestia de responder las preguntas que un grupo armado, clandestino, sin rostro y arrinconados en las montañas del Sureste mexicano hizo" (p. 453).

También se vislumbraron otros aspectos sociales en la consulta; Carlos Monsiváis (1995a) diría sobre ello: "El gran mérito de la Consulta es la sinceridad, el involucrar en efecto el compromiso vital de muchísimos en distintos niveles... La Consulta, acto único, tiene como primera consecuencia mostrarles a los participantes la alianza entre emotividad y participación solidaria" (p. 472). Además, una gran virtud de la Consulta fue su solvencia económica: no hubo subsidio, y en contrasentido de la campaña que en televisión se desplegó, sobre todo en el caso de TV Azteca, y la manipulación que del evento hicieron (EZLN. Documentos..., 1995, p. 452).

1. 3. 5 Foro para reforma del Estado

Con un par de comunicados enviados a la prensa nacional el Ejército Zapatista convocó a organizaciones políticas y sociedad civil mexicana a participar en el proceso de diálogo para la "construcción de un tránsito civil y pacífico a la democracia en México, en contra del sistema de partido de Estado y el modelo económico neoliberal, y por una nueva relación entre gobernantes y gobernados, para el encuentro de soluciones verdaderas y profundas a las causas que originaron la justa guerra del EZLN" (La Jornada, 14/06/96, p. 16). Esta fue la convocatoria que a mediados de junio de 1996 emitió el EZLN para la realización del Foro Especial para la Reforma del Estado. Las mesas de trabajo fueron: 1) Hacia una organización política de nuevo tipo; 2) Proyecto económico alternativo y las 16 demandas fundamentales del pueblo mexicano; 3) Transición a la Democracia en México; 4) Nuevo Constituyente y nueva Constitución; 5) Por la Humanidad y contra el neoliberalismo; 6) Nuevo pacto social; 7) Cultura y medios de comunicación en el tránsito a la democracia, y 8) Justicia y derechos humanos en el tránsito a la democracia.

Bajo las líneas de este programa se discutió el proyecto de nación. La coordinación del Foro Especial corrió a cargo de los asesores del EZLN en la mesa II de San Andrés y de los Comités Civiles de Diálogo del FZLN. Además contó con el apoyo de la CONAI y la COCOPA, esta última, según plantea Elio Henríquez (1996) "se comprometió a hacer llegar a las instancias de debate nacional, en particular al Congreso de la Unión, los resultados del foro" (p. 16). Ello implicó un reconocimiento mayor de los zapatistas hacia esta instancia del poder legislativo federal. Además, como aseguró el mismo EZLN, la convocatoria se emitió "En el marco del Diálogo y Negociación de un Acuerdo de Concordia y Pacificación con Justicia y Dignidad" (*idem*). Y bajo la idea de este Foro, el Ejército Zapatista da "un paso más hacia su conversión en fuerza política".

Este fue el contexto del inicio de un nuevo proceso, no sólo para la sociedad civil que se volvía a encontrar con el zapatismo armado, sino para el propio EZ, pues a partir de la discusión en dicho Foro, se trazaría parte de la propuesta que el zapatismo presentaría en las mesas de diálogo con el gobierno, y el propio futuro del zapatismo provendría de ahí. El mes de mayo fue la fecha propuesta originalmente para la realización del Foro, pero éste tuvo que postergarse por la llamada crisis del diálogo, una más entre tantas, que ocurrió durante abril y mayo de 1996, finalmente se realizaría en junio de ese año. Pese a ello, una vez más lograron encontrarse la sociedad civil, los simpatizantes del EZLN y los zapatistas armados. De hecho, la asistencia al Foro Especial fue muy variada no solamente en cuanto a las personas como tal, sino a las ideologías presentes. El *subcomandante Marcos* (*Espejo*, Nº 3), dio cuenta de ello al narrar que al Foro habían asistido y participado tanto Cuauhtémoc Cárdenas y parte del Comité Ejecutivo del PRD; ex-panistas como Bernardo Bátiz; Adolfo Gilly, la fracción parlamentaria del PRD y la del PT; Sergio Aguayo de Alianza Cívica, etcétera. "Junto con ellos, ha venido lo mejor de la Sociedad Civil organizada a través de otras organizaciones no gubernamentales" (p. 10). También estuvieron ahí representantes de Alternativa Socialista, de Uníós, de la Corriente Socialista Revolucionaria, de la Unión Popular Revolucionaria Emiliano Zapata, de la Liga de Unidad Socialista, del Partido Revolucionario de los Trabajadores, del Frente del Pueblo, de la Convención Nacional de Mujeres, de la Asamblea de Barrios, del Partido Revolucionario Socialista, del Partido Revolucionario Popular; del Frente Popular Francisco Villa, del Barzón, empresarios, miembros de la Coordinadora Sindical 1º de mayo, Telefonistas Democráticos; agremiados de la CROC Democrática, del Frente Auténtico del Trabajo, del SITUAM, del STUNAM, de la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación, la Tendencia Democrática del

SNTE; señoras de las lomas; expresuntos zapatistas, la Cocopa; la iglesia progresista y la Conai. Y, según el *sup*, lo que hizo tal diversidad de asistencia "fue la tierna furia de decenas de hombres y mujeres, de ancianos y niños, de sangre morena. La sangre indígena maya está representada en los delegados del Comité Clandestino Revolucionario Indígena-Comandancia General del EZLN. Su sola presencia bastaría para decir que algo de lo mejor de este país está presente es ente foro" (p. 11).

En síntesis, al Foro Especial asistieron "más de 230 organizaciones políticas y movimientos sociales, así como intelectuales y dirigentes de partidos que acudieron a San Cristóbal a entrevistarse con Marcos" (Avilés, 1996, p. 46). Además de 136 comités civiles de diálogo con 220 delegados que llegaron de 30 estados de la República; sumándose 65 delegados que llevaron la representación de 34 organizaciones políticas y sociales y, tan solo en cuatro días de trabajo, se expusieron 145 ponencias. (Espejo, N° 3, p. 4).

1. 3. 6 Encuentros por la esperanza

A mediados de 1996, uno de los eventos convocados por los zapatistas que más impacto han logrado (por la presencia de personalidades nacionales y extranjeras) ha sido el denominado Encuentro Intercontinental por la Humanidad y Contra el Neoliberalismo, también conocido como La Internacional de la Esperanza contra la Internacional del Terror (neoliberalismo) o el Encuentro Intergaláctico, el cual se llevó a cabo en la Selva Lacandona en abril y agosto de 1996, partiendo de que: "El nuevo reparto del mundo excluye a las mayorías. El moderno ejército de capital financiero y gobiernos corruptos avanza conquistando de la única forma en que es capaz: destruyendo. El nuevo reparto del mundo destruye a la humanidad. El nuevo reparto del mundo sólo tiene lugar para el dinero y sus servidores. Hombres, mujeres y máquinas se igualan en la servidumbre y en el ser prescindibles. La mentira gobierna y se multiplica en medios y modos. Una nueva mentira se nos vende como historia. La mentira de la derrota de la esperanza, la mentira de la derrota de la dignidad, la mentira de la derrota de la humanidad. El espejo del poder nos ofrece un equilibrio a la balanza: la mentira de la victoria del cinismo, la mentira de la victoria del servilismo, la mentira de la victoria del neoliberalismo. En lugar de humanidad nos ofrecen índices en las bolsas de valores, en lugar de dignidad nos ofrecen globalización de la miseria, en lugar de esperanza nos ofrecen el vacío, en lugar de vida nos ofrecen la internacional del terror" (citado en La Jornada, 30/01/96).

Los zapatistas planteaban que los asistentes al Encuentro Intercontinental se propusieran metas: "Contra la internacional del terror que representa el neoliberalismo, debemos levantar la internacional de la esperanza. La unidad, por encima de fronteras, idiomas, colores, culturas, sexos, estrategias, y pensamientos, de todos aquellos que prefieren a la humanidad viva. La internacional de la esperanza. No la burocracia de la esperanza, no la imagen inversa y, por tanto, semejante a lo que nos aniquila. No el poder con nuevo signo o nuevos ropajes. Un aliento así, el aliento de la dignidad. Una flor sí, la flor de la esperanza. Un canto sí, el canto de la vida. La dignidad es esa patria sin nacionalidad, ese arcoiris que es también puente, ese murmullo del corazón sin importar la sangre que lo vive, esa rebelde irreverencia que burla fronteras, aduanas y guerras. La esperanza es esa rebeldía que rechaza el conformismo y la derrota. La vida es lo que nos deben: el derecho a gobernar y gobernarnos, a pensar y actuar con una libertad que no se ejerza sobre la esclavitud de otros, el derecho a dar y recibir lo que es justo. Por todo esto, junto a aquellos

que, por encima de fronteras, razas y colores, comparten el canto de la vida, la lucha contra la muerte, la flor de la esperanza y el aliento de la dignidad" (*idem*).

La propuesta ahora era juntar a una amplia gama de posiciones a nivel internacional, tarea no concebida antes. "El Ejército Zapatista de Liberación Nacional Habla... A todos los que luchan por los valores humanos de democracia, libertad y justicia. A todos los que se esfuerzan por resistir al crimen mundial llamado "Neoliberalismo" y aspiran a que la humanidad y la esperanza de ser mejores sean sinónimos de futuro. A todos los individuos, grupos, colectivos, movimientos, organizaciones sociales, ciudadanas y políticas, a los sindicatos, las asociaciones de vecinos, cooperativas, todas las izquierdas habidas y por haber; organizaciones no gubernamentales, grupos de solidaridad con las luchas de los pueblos del mundo, bandas, tribus, intelectuales, indígenas, estudiantes, músicos, obreros, artistas, maestros, campesinos, grupos culturales, movimientos juveniles, medios de comunicación alternativa, ecologistas, colonos, lesbianas, homosexuales, feministas, pacifistas. "A todos los seres humanos sin casa, sin tierra, sin trabajo, sin alimentos, sin salud, sin educación, sin libertad, sin justicia, sin independencia, sin democracia, sin paz, sin patria, sin mañana. A todos los que, sin importar colores, razas o fronteras, hacen de la esperanza arma y escudo. Y los convoca al Primer Encuentro Intercontinental por la Humanidad y Contra el Neoliberalismo" (*idem*).

Esta fue la convocatoria al Encuentro Intercontinental... Pero, implicaría la realización de reuniones preparatorias en cada continente (Encuentros Continentales) previas al Intercontinental, y se propuso el mes de abril de 1996 para llevarlas a cabo. En el caso del Encuentro del Continente Americano, la sede sería La Realidad, Chiapas, México. A este Encuentro Continental Americano por la Humanidad y Contra el Neoliberalismo llegaron desde intelectuales hasta representantes de partidos políticos como el Partido de los Trabajadores (PT) del Brasil. En cuanto al número de asistentes se dijo que rebasaron las expectativas. Algunos no llegaron pero enviaron sus trabajos, tal fue el caso de Noam Chomsky y Eduardo Galeano, quien planteó que "la iniciativa, que me parece muy oportuna, merece el apoyo de todos los que creemos que la libertad del dinero no es la mejor amiga de la libertad de la gente. Nuestra larga experiencia histórica enseña, más bien, todo lo contrario. La economía de mercado, que hasta hace poco se llamaba capitalismo, se ha convertido en una religión universal. Sus dioses exterminadores nos reducen a mercancía y nos tratan como si fuéramos basura. Nada tiene de raro que Chiapas se alce, en este mundo triste de fin de siglo, como el alegre símbolo de la dignidad humana que se niega a aceptar esta penitencia como destino" (La Jornada, 03/04/96, p. 4).

También, el escritor y poeta Mario Benedetti, Leonardo Boff, James Petras, Daniel Biglietti y Hebe D. Bonafini (de las madres de la plaza de mayo, Argentina) enviaron mensajes y saludos al no poder asistir, pues parecía se preparaban para el platillo fuerte: el Intercontinental. Por su parte, el obispo de Mattogrosso, Pedro Casáldiga, escribía "ya es realidad cortante que la utopía de ese encuentro acontezca en La Realidad. El salmo cantaba el sueño de ver la justicia y la paz abrazándose. Esa Lacandona de la dignidad y la rebeldía está haciendo posible que se encuentren la utopía y La Realidad" (p. 4). Otra personalidad, esta sí haciendo acto de presencia, que se sintió convocado fue el cineasta Oliver Stone. El director de cine se entrevistó con el *subcomandante Marcos*, prefiriendo La Realidad zapatista a la entrega del "Oscar" en Estados Unidos, que se realizaba al mismo tiempo que él estrechaba manos rebeldes y recibía "oscares" de los encapuchados. Con esta llegada se armó un nuevo revuelo y en una entrevista Stone mencionó que su viaje no obedeció al interés de realizar una película del *subcomandante* sino "a mi deseo de ayudar a

Marcos. Me dijeron que su intención es decirle claro y fuerte al gobierno que su movimiento está vivo y caminando y que es reconocido dentro y fuera de México, en contacto con gente de Estados Unidos, entre un sector de liberales que aprecia mucho lo que está haciendo. Así que creo que al ir yo allí estamos emitiendo una fuerte señal al gobierno, advirtiéndole que el zapatismo que él representa está vivo, es observado y monitoreado en todo el mundo. Mi percepción de este viaje es que con él simplemente le rendimos un servicio a su movimiento, un servicio público" (p. 9).

Todo esto ocurrió durante el Encuentro Continental Americano, el antecedente del Encuentro Intercontinental por la Humanidad y en Contra del Neoliberalismo que, como se sabe, en su convocatoria llamaba a congregarse a delegados de los cinco continentes del mundo, pidiendo encuentros preparatorios en todos los continentes. A la redacción de *La Jornada* llegaron avisos de lo que en otros países se realizaba, primero en los Encuentros Continentales y luego, sobre los preparativos para el intergaláctico. Finalmente llegó la fecha en la que debía celebrarse el Encuentro en territorio rebelde. Y en las notas periodísticas se alcanzaba a leer: "Ante el avance del ejército del capital financiero Marcos convocó a 'los pueblos del mundo a levantar su voz contra el neoliberalismo y a pronunciarse a favor de la esperanza' " (*La Jornada*, 04/04/ 96, p. 10). "La agencia Afp mencionó que analistas consideraron que, con la utópica creación de esta 'Internacional', *Marcos* busca 'trascender su espacio político mexicano, convirtiéndose en un paladín de la lucha contra el neoliberalismo' " (p. 10).

En un desplegado, publicado en *La Jornada* el 22 de mayo de 1996, titulado "Llamado por un encuentro de la esperanza", varios intelectuales, artistas, cineastas, escritores, etcétera, realizaron un exhorto para que todas las personas reflexionaran sobre las propuestas del EZLN y se sumaran a los esfuerzos de los chiapanecos para lograr darle una esperanza a la humanidad y vencer al neoliberalismo. Reconocían la justa lucha de los zapatistas y aseguraban: "Al revelar la existencia de un mundo indígena rico de historia, de culturas, de vida y esperanza, transformaron la mirada de los pueblos indígenas sobre sí mismos, restauraron su palabra y su dignidad. Mostraron que esos pueblos no aceptan ser condenados a la exclusión y a la muerte, que quieren y pueden contribuir en inventar el futuro. Así nos recuerdan que la diversidad de las historias de los pueblos, a los que el liberalismo universal pretende uniformizar, es fuente inagotable de riquezas e invención y no necesariamente de fundamentalismos y fanatismos. "Al afirmar que se levantaron en armas porque no les quedaba ningún otro camino para hacerse oír, nos recordaron que, frente a la opresión, la rebeldía, hasta el riesgo extremo de morir o tener que matar, es el recurso último de la dignidad humana. Sus actos concuerdan con sus palabras; desde que se impuso la tregua en 1994, de sus filas no ha salido ni un solo disparo. Cuando el gobierno mexicano rompió la tregua el 9 de febrero de 1995 y mandó al ejército a ocupar todos los caminos y pueblos de la zona, los zapatistas escogieron la vía de la resistencia civil y del diálogo político" (p. 23). La carta estaba signada por gente de la talla de Danielle Mitterrand, los escritores Nadine Gordimer, Guilles Perrault y Regis Debray, académicos como Alain Touraine, Alain Joxe e Yvon Le Bot.

Cierto es que en algún momento al Encuentro se le quiso ubicar como el resurgimiento de la Internacional de los Trabajadores, sólo que este encuentro no se cubría de un discurso clasista o socialista, como a fines del siglo XIX o principios del XX. Tan fue así que las mesas de discusión tuvieron los siguientes nombres: Mesa 1: Qué política tenemos y qué política necesitamos, con sede en el *Aguascalientes* de La Realidad. Mesa 2: La cuestión económica. Historias de Horror, con sede en la comunidad Roberto Barrios, Palenque. Mesa

3: Todas las culturas para todos. ¿y los medios? De las pintas al ciberespacio, con sede en el ejido Morelia. Mesa 4. ¿Qué sociedad que es, no es civil?, con sede en Oventic. Mesa 5. En este mundo caben muchos mundos, en La Garrucha, Ocosingo. En su nota Bellinghausen (1996c) (La Jornada, 27/07/96, p. 8), dio cuenta del Encuentro Intercontinental en las Montañas del Sureste Mexicano, mencionando el mosaico político que se dio cita en la selva y haciendo hincapié en la reunión de "ultras" y "reformistas", y "nacionalistas" e "internacionalistas". Un mosaico político que se juntó por primera vez en terreno rebelde en agosto de 1994, durante la CND. Así, podíamos encontrar a una combinación de grupos que en sus países o continentes no habían podido trabajar conjuntamente. Llegaron, por citar algunos: Refundación Comunista y los Centros Sociales (Italia), Danielle Mitterrand y Alaine Touraine, Comunistas y Anarquistas (Francia), Eduardo Galeano (Uruguay), Comités de Solidaridad (Chicago, Roma, Uruguay, Berlín, Buenos Aires, Tokio Paris, Yugoslavia, Bélgica, Chile), Bandas de Rock (E.U. y España), etcétera. Además, dada la importancia del encuentro, el 31 de julio se mencionó que llegaría una comisión de los partidos que integran el Foro de Sao Paulo, la cual estaría integrada, entre otros, por el ex-comandante del FMLN Leonel González³.

Ahora bien, la convocatoria al Encuentro tuvo tal impacto que se reportaron 3000 participantes de los cinco continentes, entre los cuales se encontraban 1600 extranjeros y 320 periodistas de 170 medios de todo el mundo (La Jornada, 27/07/96). De entre estos últimos, destacaron The Washington Post, New York Times, The Economist, Libération, Il Manifesto y el Canal Arte de Francia. Sobre esta cobertura tan amplia Bellinghausen (1996c) se preguntó: "¿Cuántos espacios de la marginalidad internacional reciben atención y el beneficio de la curiosidad de la prensa dominante?" (p. 8). No obstante, del evento fue vetado el corresponsal del diario francés *Le Monde*, por el manejo tan tendencioso de su información y por la orquestación de una campaña anti-zapatistas (según aseguró el EZLN), y se generó más de una discusión por el exceso del *subcomandante Marcos* (La Jornada, 31/07/96, p. 11).

Este acontecimiento no pareció preocupar mucho a los asistentes, y los trabajos continuaron a pesar del escándalo. En última instancia, el Encuentro fue un fenómeno nunca antes visto: primero por su capacidad de convocatoria a nivel mundial, y segundo por el abanico de posiciones que se presentaron y el seguimiento que se le ha dado en los cinco continentes, después de la reunión. En ello, nuevamente, se vio el poderío de los zapatistas en el terreno de la convocatoria. El intelectual italiano Roberto Massari expresó sobre el Encuentro Intercontinental: "son los primeros pasos para un nuevo futuro de la humanidad... Que nadie piense que ya hemos ganado la primera batalla porque son sólo los primeros pasos, aunque decisivos porque rompen esquemas en la cabeza de la gente" (La Jornada, 29/07/96, p. 7). Julia Sorro de París, hizo votos por que el Encuentro permitiera "Que se prenda un foco de que somos bastantes y podemos ser más. Este es un primer ¡Ya Basta! internacional" (*idem*).

Al año siguiente se realizaría el II Encuentro en Europa. Este tipo de encuentros, por su contenido, por su composición, y por su forma innovadora de protesta, a pesar de las ortodoxias de la izquierda, bien se puede pensar como antecedente de las reuniones de los globalifóbicos de 1999, 2000 y 2001.

³ Esta comisión no arribó durante el Encuentro sino tiempo después, y lo que se mencionó es que los foristas no querían comprometerse con la lucha zapatista, dadas sus buenas relaciones con el gobierno mexicano, el cual hubiera interpretado su asistencia al evento como adhesión a los rebeldes y contrariedad al gobierno.

1. 3. 7 Congreso nacional indígena

Indudablemente a partir de la salida a la luz del Ejército Zapatista, la cuestión indígena adquirió una predominancia tal que se logró la organización de una Convención Nacional Indígena en la que se discutieron las condiciones de los pueblos con estas características en México. No es un secreto que los zapatistas también dirigieron sus esfuerzos hacia allá. Y es que previo al Congreso Nacional Indígena (CNI), que se celebraría del 8 al 11 de octubre de 1996, los zapatistas habían organizado, durante el mes de enero en Chiapas el llamado Foro Nacional Indígena. Durante ese encuentro se acercaron los rostros y las esperanzas de varios representantes indígenas de todas las latitudes del país. El Foro marchó bien, las propuestas que ahí se manejaron se presentarían en la mesa I de San Andrés. La delegación gubernamental y el propio gobierno lo sabían. Al ver la amplitud del evento y las posibles consecuencias organizativas, la maquinaria del poder comenzó una campaña dirigida a restarle representatividad con la llamada Consulta Nacional sobre Derechos y Participación Indígena, y el propio Ernesto Zedillo declaró que nadie tenía el patrimonio de la cuestión indígena (salvo ellos, por supuesto). A lo que el *subcomandante Marcos* respondió: "Lo que quiere Zedillo es bajarle el perfil del Foro Nacional Indígena, diciendo que nadie tiene el patrimonio de las propuestas -ni siquiera el gobierno-. Y que el foro es uno más como los que está organizando el gobierno y que son un fracaso según la Cocopa. Todos los foros estaban parados esperando el foro del EZ para ver qué hacían. A partir de los resultados de este foro, es cuando el gobierno va a echar a andar el resto de los foros" (citado por Bellinghausen, 1996a, p. 6).

Sin embargo, con todo y la campaña gubernamental, el Foro fue un éxito. El propio García de León (1996) afirmó que "el movimiento indígena nacional es hoy una vanguardia del gran espectro que empuja hacia una transición pacífica a la democracia y el Estado de derecho. En el marco del diálogo de San Andrés, los zapatistas recibieron apoyo y propiciaron la irrupción de estas voces a través del Foro Nacional indígena, realizado en enero de este año" (p. 13).

Pero la cuestión no paró ahí, y se decidió darle continuidad. Una de sus consecuencias más palpables fue la convocatoria a la realización del CNI, a efectuarse en el Distrito Federal. Nuevamente los indígenas tomaron una ciudad por asalto, sin armas ciertamente, pero llegaron a la capital del país. Al inicio, cuando se supo del evento, fueron muy pocas las expectativas al respecto, parecía un evento más de los grupos autónomos en el país. No obstante, empezó a correr un rumor: los zapatistas asistirían al Congreso. No se sabe en donde inició el rumor, pero lo cierto es que se escuchó en boca de los organizadores del evento que deseaban que llegaría una delegación del EZLN. En la revista *Proceso* (1041), se da cuenta del conflicto que se generó a partir de esta propuesta: "Ante la controversia y la confrontación que se originó después de que el EZLN anunció que enviaría una delegación al Congreso Nacional Indígena, el gobierno respondió que los zapatistas que salieran de la zona de conflicto serían detenidos, ambas partes solicitaron a la Cocopa que se manifestara públicamente en su favor" (p. 21), reveló José Narro de la Cocopa. Más concretamente, el gobierno amenazó explícitamente, si los zapatistas salían de la zona de conflicto, con reactivar las órdenes de aprensión dictadas en febrero de 1995. De esta manera, cuando el gobierno amenazó con detener a los zapatistas que salieran de la zona de conflicto, "El EZLN, mediante el subcomandante Marcos respondió a la amenaza: '¡¡UUY!!' E insistió en que enviarían una delegación" (p. 21) al Congreso.

Sin que el EZLN hubiera aceptado todavía la invitación para viajar al D F, ya habían infligido una derrota de consecuencias a los políticos y operadores gubernamentales; la gente percibía que el EZLN estaba haciendo más esfuerzos para la paz que su contraparte gubernamental, según los resultados de una encuesta realizada por Alianza Cívica por esos días. También otros personajes de la vida pública nacional se manifestaron complacidos con la posible visita zapatista, entre ellos el historiador Fernando Benítez, los escritores Fernando Toledo, Carlos Montemayor, Elena Poniatowska, Luis Villoro, el investigador Roger Bartra, el poeta Homero Aridjis, la comunicadora Cristina Pacheco, el dramaturgo Carlos Olmos, el cantante Oscar Chávez, el director de teatro Héctor Ortega, el compositor Federico Álvarez del Toro, etcétera. (La Jornada, 05/10/96). Para el EZLN era vital arribar a la capital, pues esto permitiría que los rebeldes rompieran el cerco político en que pretendía mantenerlos el gobierno. Ya lo habían hecho en junio de 1994 (la CND); lo habían repetido en agosto de 1995 (la Consulta), y ahora lo intentarían de nuevo apoyados por los indígenas de la nación.

Finalmente, con la intermediación de la Cocopa, se llegó a un acuerdo entre el gobierno y los rebeldes: el Presidente de la República aceptó que una delegación de hasta diez miembros del EZLN viajara a la capital del país. Sin embargo, el EZLN decidió enviar a la *comandante Ramona* como su representación (*Proceso*, 1041). Con ello, los rebeldes y su vocero, asestaban un golpe certero en los medios cuando anunció: "El EZLN ha decidido mandar una delegación que represente su lado más beligerante, más agresivo, más intransigente, y nuestra mayor señal de guerra" (p. 21). Luego se dirigió a una cabaña y regresó con una mujer de baja estatura que no habla bien el castellano, quien dijo: "Buenas tardes compañeros; comandante Ramona, Ejército Zapatista de Liberación Nacional" (*idem*). A la *comandante Ramona* le detectaron cáncer en 1994, y ella planteó que uno de sus deseos antes de morir era "hablar con los indígenas de otras partes y llevar la voz del EZLN a otros lados. Nosotros sabíamos que la salida de un zapatista podía darle al gobierno muchos pretextos para hacer otro tipo de acciones, pero los compañeros decidieron apoyar esta decisión de la comandante Ramona y asumir todos los costos que pudiera significar su salida" (p. 21), expresó Marcos. Sin recurrir a las armas, el zapatismo rompió el cerco militar.

Una vez instalados en el Congreso, según Guillermo Correa (1997), los asistentes "denunciaron la militarización de pueblos, la denegación de justicia, el incumplimiento de resoluciones agrarias... así como persecución e incluso 'ejecuciones' contra sus dirigentes" (p. 18). "Entre las principales demandas de los delegados, que representaban a unos 15 millones de indígenas, destacan que el gobierno acepte y cumpla las demandas de justicia y democracia planteadas en el diálogo de San Andrés... que se instale la Comisión de Seguimiento y Verificación de los acuerdos de paz con el EZLN y que se integre un organismo nacional que logre la unidad de todos los indios de México" (*idem*). Otra demanda importante fue que el artículo 27 constitucional, reformado en el sexenio de Carlos Salinas de Gortari, "vuelva a su texto original, que no se dé por concluido el rezago agrario, que se reconozca la autonomía de los pueblos indios, así como la libre autodeterminación a organizarse según su idiosincrasia" (*idem*). Se hace necesario recalcar que esto último, la autonomía, fue la demanda central. El CNI concluyó con la esperanza de heredar un México "armonioso entre los pueblos que lo conforman" (p. 19), y la clausura corrió a cargo de la *comandante Ramona*. Al final apuntaron: "Es necesario reafirmar ante el mundo lo que somos: No etnias, ni grupos étnicos, ni poblados, ni minorías, somos pueblos con características bien diferenciadas y derechos garantizados en los marcos jurídicos internacionales que reconocen nuestra facultad a la libre determinación en el ámbito democrático del Estado mexicano. Que aspiramos a vivir en un marco de respeto y pluralidad

cultural, legal y política" (*idem*). Asimismo, los delegados manifestaron su deseo de construir "un México donde todos quepamos, porque a pesar de los tantos siglos de explotación, opresión, avasallamiento e ignorancia que hacia nuestras culturas ejercieron por la fuerza una y otra vez los poderosos y explotadores, nosotros seguimos siendo profundamente mexicanos" (p. 19). Además afirmaron que "El neoliberalismo busca deliberadamente la destrucción de nuestras culturas para privilegiar la cultura del poder y del dinero de unos pocos. Los ataques se llevan a cabo mediante el despojo de nuestros territorios y tierras, la militarización creciente, con la práctica indigenista, la ideología racista que permea los medios de comunicación y la vida diaria, la manipulación de agencias de Estado y de los partidos políticos" (*idem*).

Lo cierto es que del Congreso Nacional Indígena, los zapatistas y los indígenas salían aun más fortalecidos, y con un programa. El Congreso continuó realizándose hasta la tercera versión en el estado de Michoacán en marzo de 2001, al que asistiría una delegación de zapatistas.

1. 3. 8 Marcha de los 1111

El ocho de septiembre de 1997 1111 indígenas, representantes de igual número de comunidades chiapanecas, se concentraron en San Cristóbal de las Casas para partir al día siguiente y recorrer 1400 kilómetros, con rumbo a la ciudad de México, su objetivo: el cumplimiento de los acuerdos de San Andrés y exigir la salida del Ejército federal de sus comunidades.

En la despedida participaron miles de indígenas (se calcula que entre ocho y diez mil), muchos de ellos pertenecientes a las bases de apoyo del EZLN. "La caravana motorizada, de 38 autobuses, fue creciendo día con día al sumarse miles de indígenas de Chiapas, Oaxaca, Guerrero, Morelos, Michoacán y el Distrito Federal con peticiones propias y en apoyo a las demandas de los zapatistas" (López, Matías y Aranda, 1997, p. 20), que también asisten al congreso fundacional del Frente Zapatista de Liberación Nacional.

De los primeros en unirse a la caravana fueron indígenas expulsados de sus comunidades por problemas políticos y religiosos en Chiapas. Después, en Juchitán, Oaxaca, se integraron 500 zapotecos de la Coalición Obrero Campesina Estudiantil del Istmo (COCEI), quienes se pronunciaron por la defensa del Istmo de Tehuantepec. A su paso por la capital del estado, los caravaneros fueron recibidos por maestros de la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación (CNTE), y se unieron a la marcha indígenas del Movimiento Unificado de Lucha Triqui (MULT)

Asimismo, pasaron por Puebla donde una multitud los recibió. Después al llegar a Tepoztlán, "tierra zapatista", los habitantes del lugar y sus representantes en el ayuntamiento se pronunciaron por revertir las reforma salinista al Artículo 27 de la Constitución. Después de cuatro días de marcha, los zapatistas llegaban al corazón del país, no como se lo habían propuesto en la (primera) Declaración de la Selva Lacandona, pues en este arribó no traían armas (Proceso, 1089). "Casi 83 años después de que el Ejército Libertador del Sur entró a la Ciudad de México, tras la retirada de las tropas carrancistas, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) llegó el viernes 12 –desarmado y diezmado por la fatiga y las enfermedades estomacales- al mismo Zócalo capitalino, luego de haber sumado multitudes a

su paso desde que partió de la Selva, el Norte y los altos de Chiapas" (López, Matías y Aranda, 1997, p. 20).

Llegaron al Monumento a los Niños Héroe en Chapultepec para realizar una marcha al Zócalo de la ciudad de México. En un documento que leyó *Clarivel*, la indígena tzeltal zapatista, se advirtió: "Porque nosotros no estamos dispuestos a que nos vuelvan a olvidar. No estamos dispuestos a que nos sigan despreciando. No estamos dispuestos a que nos sigan engañando. No estamos dispuestos a volver al rincón del abandono y de la miseria sin esperanza. Si Zedillo tiene palabra, que la cumpla y que la ley reconozca nuestros derechos como pueblos indios. Si Zedillo no tiene palabra, entonces que nos haga la guerra y que llene con balas no que no puede llenar con razones. Si no va a hacer la guerra, entonces que saque a sus soldados que tiene metidos en nuestras comunidades" (citado en p. 21).

En su turno, *Isaac*, indígena tzotzil zapatista manifestó que se encontraban en la capital del país "para demostrar al pueblo mexicano y al mundo que no existen los derechos de los pueblos indígenas, que no ha cambiado nada. Seguimos viviendo en la misma pobreza, en la marginación, en el desprecio y en el olvido, en el engaño, en la mentira, mientras que el gobierno publica en todo el mundo que en México no hay pobreza, y que existe la democracia, la justicia y la libertad" (p. 21).

1. 3. 9 Caravana por la paz

El 24 de febrero de 2001 partía de la ciudad de San Cristóbal de las Casas la caravana por la paz y el reconocimiento de los derechos y cultura indígenas, con rumbo a la ciudad de México. El propósito del arribo de los zapatistas al Distrito Federal era asistir al Congreso de la Unión, para exponer sus argumentos y así convencer a los diputados de las virtudes de la iniciativa que la Comisión de Concordia y Pacificación (Cocopa), la llamada ley Cocopa.

La iniciativa que sobre derechos y cultura indígenas elaboró la Cocopa se quedó "congelada", al no respaldarla en 1996 el entonces presidente Ernesto Zedillo, y como consecuencia no enviarla a la Cámara de Diputados federal, lo cual provocó la interrupción del diálogo. Con la llegada de Vicente Fox a la presidencia se supondría que las cosas iban a cambiar, pues éste durante su campaña se comprometió a resolver el conflicto y enviar la iniciativa Cocopa para que el Congreso de la Unión resolviera al respecto, lo cual no ocurría al momento de partir la caravana zapatista. De ahí que los encapuchados se plantearan ir a la sede del poder legislativo a dialogar con quienes tenían que aprobar tal iniciativa, y convertirla en ley, y así se realizaran los cambios que la Constitución mexicana requiere al respecto.

La iniciativa Cocopa es resultado de los acuerdos de la primera mesa de los diálogos de San Andrés, pero los trabajos no continuaron debido al incumplimiento gubernamental. Según el esquema de san Andrés son cinco mesas más las que se tienen que abordar.

El EZL N ha puesto como condición para el reinicio del diálogo que se cumpla con lo que denomina "tres señales": 1) el retiro del Ejército federal de siete posiciones que mantiene en comunidades rebeldes; 2) la excarcelación de los presos políticos zapatistas, y 3) la aprobación de lo que hasta ahora se ha acordado en el diálogo de San Andrés. Por este último punto viajan al Distrito Federal.

La caravana zapatista se planteó un recorrido por 14 estados del país antes de arribar a la ciudad de México. Entre los lugares por los que pasaría la caravana se encontraban Michoacán, en una de cuyas comunidades se acordó la realización del tercer Congreso Nacional Indígena. Los zapatistas se plantearon participar en los trabajos del Congreso y así llegar con más fuerza al Congreso de la Unión, con una mayor representatividad. Lo cual el Congreso Indígena estuvo dispuesto a respaldar.

Al momento de escribir estas líneas, la caravana zapatista recorría el último tramo de su ruta; a su paso por los estados de Chiapas, Oaxaca, Veracruz, Puebla, Querétaro, Michoacán, Guanajuato, y estado de México, los rebeldes habían convocado a miles y miles de simpatizantes. Plazas llenas, zócalos locales con multitudes haciendo acto de presencia. La respuesta había sido bastante favorable, a grado tal que los organizadores declaraban haberse quedado sorprendidos por la capacidad de convocatoria de los insurgentes.

Y es que en el momento en que la marcha zapatista se anunció, los sectores más conservadores del país, entre ellos el Presidente, se manifestaron en contra de que los zapatistas arribaran a la ciudad de México. Al paso de los días, y con la expectativa que se fue generando, los pronunciamientos de intelectuales, de algunos partidos de oposición, del gobierno del Distrito Federal, y de otros sectores de la sociedad civil, los zapatistas iban ganando la primer batalla: lograr que la derecha del país, como el partido en el gobierno, el Partido Acción Nacional (PAN), la jerarquía de la Iglesia católica, algunos empresarios, intelectuales vinculados al viejo y al nuevo régimen, tuvieran que recular de sus declaraciones. El gobernador del estado de Querétaro, a manera de ilustración del sector conservador, manifestó que los zapatistas merecían la pena de muerte. Otro panista, un diputado local de la legislatura de Morelos, retó a un duelo "con 10 hombres" entre él y el *subcomandante Marcos*. El propio senador panista Diego Fernández de Cevallos se opuso inicialmente al viaje de los encapuchados, aduciendo que no tenían a que ir a la capital del país.

Pero mientras eso ocurría, organizaciones internacionales, entre ellos parlamentarios europeos, se manifestaron complacientes por la caravana zapatista. Esas voces finalmente pesan en el mundo globalizado y eso se mostró cuando el Presidente Vicente Fox en encuentro con los magnates del mundo en Europa, se vio obligado a declarar que no había "por qué temer" a la marcha de los rebeldes; y de ahí para adelante tuvo que ir cediendo, a grado tal de darse una encerrona con diputados de su partido para convencerlos de no oponerse a la caravana por el reconocimiento de los derechos y la cultura indígenas.

Pero la táctica del gobierno consistía en, una vez que evaluó que no podía detener el avance de la caravana, tratar de mediatizarla, y anunciar que los zapatistas venían a firmar la paz, lo cual los encapuchados han aclarado sucederá después de que se cumplan las tres señales, se reinicie el diálogo y se lleguen a acuerdos. No antes.

1. 4 Ofensivas gubernamentales

Desde el surgimiento del zapatismo el gobierno federal, en sus diferentes administraciones, Carlos Salinas y Ernesto Zedillo, estuvieron tentados a utilizar la vía militar para dar fin al conflicto; de hecho, se ensayaron varias posibilidades que devinieron, algunas veces, en pueblos fantasmas (como es el caso del poblado de Guadalupe Tepeyac), hasta matanzas de familias (como ocurrió en Acteal), en donde las fuerzas gubernamentales estuvieron

involucradas directa o indirectamente. En este apartado se dará cuenta de algunas de las acciones que el gobierno emprendió con la pretensión de poner fin, de una u otra forma, al zapatismo.

1. 4. 1 Ofensiva de febrero

Después de la renuncia de Manuel Camacho como comisionado para la paz, previas críticas del entonces candidato presidencial Ernesto Zedillo, vino el decidido pero truncado paso de Esteban Moctezuma al frente de la Secretaría de Gobernación, quien estableció contactos y se reunió con la plana mayor del EZLN. Estos encuentros, a decir de los propios zapatistas marchaban bien hasta que el nueve de febrero de 1995, el ya Presidente de la República, Ernesto Zedillo, anunció la captura de "varios líderes del EZLN" así como las órdenes de aprehensión dictadas contra otros más, pues, según él, los zapatistas "se preparaban para la guerra y no para la paz, ni para el diálogo". Ernesto Zedillo, junto con el Procurador Antonio Lozano Gracia, anunció el descubrimiento de varias "casas de seguridad" de los zapatistas en Veracruz, Toluca y el Distrito Federal, en donde se encontraron "sendos arsenales" (una o dos pistolas, computadoras y discos para computadora) y propaganda "subversiva", consistente en periódicos como *La Jornada*, la revista *Proceso* y comunicados dados a conocer por los rebeldes. Al mismo tiempo, "revelaron" la identidad de varios dirigentes zapatistas, entre ellas la del *subcomandante Marcos* a quien identificaron como Rafael Sebastián Guillén; la del *Comandante Germán* a quien se identificó como Fernando Yañez (hermano del fundador de las Fuerzas de Liberación Nacional en los años setenta); la del *Comandante Rodrigo* quien junto con *Germán* eran los *Comandantes en Jefes* del EZLN; la de la *Comandante Gabriela* identificada como Silvia Fernández Hernández; a Jorge Santiago Santiago, enlace en Chiapas. Se "identificaba", asimismo, a la *subcomandante Elisa*, como Gloria Benavidez (sobreviviente del ataque que el gobierno realizó contra las entonces FLN en Nopantla, estado de México, en 1974) y a su esposo Jorge Javier Elorriaga, alias *Vicente*, enlace de los zapatistas en la ciudad e ideólogo. Los tres últimos detenidos y encarcelados (tiempo después serían liberados; primero Jorge Santiago, luego Gloria Benavidez y al último Javier Elorriaga).

Según la versión del gobierno, estos eran "los principales cabecillas" del EZLN entre los que, por cierto, no figuraba ningún indígena. Todo parecía indicar que para Ernesto Zedillo y compañía no contaban el *Comandante Tacho*, el *Mayor Moisés* y la *Comandante Ramona*, por citar algunos nombres. Hasta en eso de las órdenes de aprehensión que dictó la Procuraduría General de la República (PGR) en contra de los supuestos *Comandantes* y *subcomandantes*, el gobierno federal se vio racista. Otra vez los indígenas aparecían en el pensamiento gubernamental como incapaces de pensar, de armarse y de gritar ¡Ya Basta! Lo cierto es que mientras Esteban Moctezuma planeaba una reunión con el *subcomandante Marcos*, y Zedillo se carteaba con el estratega zapatista, la PGR y el mismo Presidente ejecutaban ya su plan de "detener" o "desaparecer" a la "cúpula" de los insurgentes a fin de desarticular todo movimiento político y militar del EZLN. Sus alcances, obvio, se median ya a nivel nacional.

La ofensiva del Ejército, el repliegue del EZLN y las protestas de diversos sectores sociales y políticos por el avance militar, culminaron en la llamada "Ley para el Diálogo, la Conciliación y la Paz Digna en Chiapas", en la cual se contemplaban, según Hernández Navarro (1995), cuando menos tres puntos inaceptables: 1) La propuesta no reconocía al

EZLN pues se refería a éste como el "autodenominado EZLN" o como "Grupo inconforme", tirando al cesto de la basura la proposición camachista del reconocimiento. 2) Se señalaba como objeto de la Ley el "restablecimiento del Estado de derecho". Y "en sentido estricto, no se puede restablecer lo que no ha existido y, en Chiapas, el Estado de derecho ha sido una quimera" (p. 213). Y, para dar al traste con el poco avance del diálogo anterior, 3) no se reconocía a la Comisión Nacional de Intermediación (Conai). Y una serie de puntos más que en lugar de permitir el avance del diálogo, marcaban un franco retroceso del mismo. No obstante que los rebeldes realizaron una serie de señalamientos, el 11 de marzo de 1995 el EZLN saluda la citada Ley, y expresa: "no es satisfactoria. Presenta serias omisiones que pudieran ser usadas por el Ejecutivo Federal para imponer condiciones indignas en el diálogo con nuestros representantes o para llevar adelante sus planes policiacos y militares" (EZLN. Documentos..., 1995, p. 268). Más adelante reconoce los esfuerzos de los legisladores futuros integrantes de la Comisión de Concordia y Pacificación (Cocopa), creada por el Ejecutivo e integrada por diputados y senadores de los diferentes partidos representados en el Congreso de la Unión, que mediará entre el Ejecutivo y los insurgentes, y anuncia que el CCRI-CG del EZLN, "comando supremo de miles de mexicanos, declara que, en cuanto existan condiciones físicas que lo permitan (que incluyen que el Ejército Federal retome sus posiciones del 8 de febrero de 1995), reanudará el contacto directo con la representación gubernamental. En el entretanto, el EZLN reinicia ya el diálogo con la Secretaría de Gobernación por la vía epistolar" (p. 269).

Así, con el Ejército encima y sectores de la sociedad civil cada vez más pro-zapatista, el nueve de abril de 1995, se inició el diálogo en San Miguel municipio de Ocosingo para luego trasladarlo en el segundo encuentro a San Andrés Sacamch'en de los Pobres.

1. 4. 2 Acteal

El 22 de diciembre de 1997 a manos de un grupo paramilitar eran asesinados 45 indígenas, entre quienes se encontraban niños y mujeres embarazadas (ver Proceso, 1104; Milenio, 18). "A la una y media de la tarde, dos comandos del grupo paramilitar que desde las once los atacaba a distancia, había realizado una maniobra de las que el Ejército llama 'envolventes', y les disparaba ráfagas, prácticamente a quemarropa" (López, 1997, p. 6). La escena se desarrolla en Acteal, municipio de Chenalhó, donde estaban concentrados desplazados por las campañas de los grupos paramilitares, y simpatizantes zapatistas. La organización que predominaba al momento de la masacre era la de "Las abejas", una organización civil sin vínculos con el zapatismo, pero crítica a las acciones gubernamentales en esa región chiapaneca. La masacre estaba precedida por una serie de muertes, entre 30 y 40 (ver Proceso, 1154).

Las víctimas al momento de ser atacadas se encontraban rezando en una ermita. Desde días antes se sabía que el grupo paramilitar "Paz y Justicia" preparaba acciones violentas contra alguna comunidad. Un día antes se enteraron, cuando se planeó el momento del ataque, que sería Acteal el lugar elegido por los paramilitares. Algunos no alcanzaron a salir del lugar, otros decidieron resignarse. Los más consideraban que ellos no hacían ningún mal a nadie, y como no tenían problemas con organización alguna, no tenían por qué temer.

Cuando los indígenas se encontraban rezando, se presentaron alrededor de 60 hombres armados con rifles 22 y "cuernos de chivo" (Proceso, 1089), con paliacates rojos al

cuello (Milenio 18) que comenzaron a disparar contra la gente. La policía que se encontraba a 200 metros de los hechos, sólo realizó disparos al aire, pero "cuando los comandos se adentraron hasta el lugar en que estaba reunida la población, dejaron a los indígenas a merced de los atacantes" (López, 1997, p. 6). Un sobreviviente relata: "varios estábamos rezando; otros estaban construyendo un campamento para los desplazados y otros más estaban recogiendo la ropa que nos dieron, cuando entraron los priistas disparando" (*idem*).

Para Federico Campbell (1997) "La estrategia del desgaste, la pasividad, la desobediencia de los acuerdos de san Andrés, por parte del gobierno federal, el patrocinio documentado del gobierno estatal a los grupos paramilitares, forman parte del contexto en el que se han dejado correr las cosas hasta estos extremos de gravedad" (p. 31). Para Julio Cesar López (1997) "La de Acteal es la más grande masacre en Chiapas en los últimos 17 años. Únicamente equiparable a la que realizó el Ejército federal en Wolonchán, en 1980" (p. 7). Para Campbell, han existido casos de exterminio como el de Acteal, en Guatemala (Panzós) y El Salvador (El Mozote), hace poco más de veinte años, "pero entre nosotros la matanza de Acteal resulta comparable a la de Tlatelolco, y tal vez mucho más grave" (1997, p. 31).

La Procuraduría General de la República (PGR) concluyó banalidades: que los ejecutantes se habían dejado llevar por los deseos de venganza, puesto que algunos familiares de los asesinos habían sido muertos en acciones anteriores y fincaban responsabilidad en alguna de las familias que se encontraban en Acteal. Después ratificaría su hipótesis, en el sentido de que la matanza era producto de conflictos "interfamiliares", dejando de lado el escenario político de la zona.

Ya antes se había documentado y denunciado en la prensa (ver Milenio, 18) el financiamiento de que eran objeto los grupos denominados paramilitares, grupos contemplados en planes de estrategia militar de la Sedena (ver Montemayor, 1999a; 199b). En este caso, los militares hablaban de apoyar a los grupos de "autodefensa" (otrora conocidos como "Guardias Blancas"), y de no existir estos, crearlos. Sobre el financiamiento se sabía que "Paz y Justicia" había firmado un convenio con el gobierno local con el cual se le entregaba dinero, que, después se supo, usaban para adquirir armas. Además del financiamiento que de diputados locales, regidores y otras autoridades priistas recibían. El entrenamiento militar se los brindaba el Ejército federal, lo cual ya había denunciado el propio EZLN. Todo ello, sin embargo, no entraba en los cálculos de la PGR, mucho menos en sus líneas de investigación.

Tiempo después la Procuraduría entregaba un informe sobre los hechos de Acteal en el que se "aclaraban" los hechos ocurridos el 22 de diciembre de 1997: la masacre se había efectuado por el conflicto, no ya interfamiliar, sino intercomunitario, es decir entre comunidades, por la disputa de un banco de arena, que varias comunidades reclamaban para sí.

Sólo a punto de terminar la administración de Ernesto Zedillo se reconocería, implícitamente, la existencia de grupos paramilitares. Pero sobre Acteal, nada, sólo castigo para algunos participantes en la masacre, y sus autores intelectuales y financiadores seguían en libertad.

Para el centro de Derechos Humanos Fray Bartolomé de las Casas, Acteal representa "el colmo del oprobio y el desprecio contra los indios" (ver Proceso, 1154). Acteal no fue un

exceso de unos salvajes en disputa por un banco de arena, como pretende hacer ver la versión oficial, al contrario, "es parte de la lógica de la guerra que el gobierno del doctor Ernesto Zedillo implementa como respuesta a las demandas de los pueblos indios por una vida digna y por el respeto de su identidad como pueblos, que de muchas maneras se han manifestado en los últimos lustros" (p. 32).

1. 4. 3 El Bosque

El 10 de junio de 1998, 27 años después de la masacre de estudiantes en la ciudad de México, elementos de Seguridad Pública, judiciales estatales y federales y militares se presentaron en tres comunidades del municipio autónomo de San Juan de la Libertad (oficialmente El Bosque): Chavajeval, Unión Progreso y El Bosque. A las seis de la mañana más de mil elementos rodean cercan el pueblo, lo invaden. Llevan como guías a dos presuntos priistas encapuchados que señalarán a los dirigentes zapatistas. Los zapatistas se resisten, y la policía dispara contra ellos. Son simpatizantes zapatistas que participaron en la fundación de los municipios autónomos, que a decir del EZLN se derivarían de los acuerdos de San Andrés si estos se aplicaran.

La versión oficial señala que la policía fue emboscada; los zapatistas aducen que se trató de una agresión gubernamental (López, 1998). Los pobladores del lugar rechazan la versión del "enfrentamiento", más bien, acusan, es una clara agresión contra el municipio (ver Monsiváis, 1998). La policía iba con la intención de "ejecutar órdenes de aprehensión", pues existían algunas contra zapatistas y se tenían que cumplir, aducían las fuentes oficiales. Para ello iban acompañados de tanquetas, helicópteros, bazucas y modernos lanzagranadas, que tuvieron que utilizar (López, 1998).

Según la versión del notario público, los policías fueron agredidos "Con armas de diferentes calibres", y se hirió en la pierna derecha a un agente, por lo que solicitaron apoyo del Ejército. Al mismo tiempo uno de los que se encontraba a cargo del operativo gritaba a los participantes que pronto llegarían refuerzos, mientras tanto que inutilizaran las armas que les estaban haciendo fuego: "Es una sola arma, eliminenla" (p. 7). Ello ocurría en Chavajeval.

Prácticamente al mismo tiempo se producía otro "enfrentamiento" en Unión progreso (o Unión y Progreso); en Los Plátanos (El Bosque) también hubo enfrentamientos. Pero a las 10: 30 ya estaba "todo bajo control". Se habló de cinco muertos en Unión y Progreso, y de tres en Chavajeval, pero versiones de los pobladores dan cifras distintas, pues los zapatistas "arrastraban hacia el monte sus muertos y heridos" (Monsiváis, 1998; López, 1998). En la primera población fueron detenidos 17 simpatizantes de los rebeldes, algunos de ellos con las manos atadas hacia atrás (López, 1998). La escena es terrible, según narra Carlos Monsiváis: "interrogatorios con los detenidos cara al piso, preguntas brutales que identifican la filiación zapatista con el pero de los crímenes, maltrato, prepotencia y, desde luego, confianza en la impunidad. Ya se encargarán los publirrelacionistas del gobierno de transformar los hechos, volviendo 'provocación' la matanza y certificando que el único problema del país es el desatado por las víctimas (1998, p. 9).

En un comunicado el día 12, las autoridades del municipio Autónomo agredido dan a conocer su versión: la noche anterior a la incursión policial ven llegar vehículos militares, guiados por integrantes de grupos paramilitares, por la madrugada cercan el poblado y por la mañana del día diez inicia el operativo: "A las seis de la mañana, de manera violenta y en

formación de asalto, entraron a la comunidad, agarrando a golpes a las personas que estaban en sus casas. Fueron sometidas a interrogatorios y torturas 28 personas" (López, 1998, p. 9), algunos fueron ejecutados, denuncian, pues los detuvieron heridos y por los noticieros se enteraron que estaban muertos. Las justificaciones de estos operativos y de los calificativos para los insurgentes corren a cargo de los "radicales jubilados en funciones de teóricos de la contrainsurgencia" (Monsiváis, 1998, p. 10).

Los integrantes del municipio autónomo aseguran: "Nosotros no nos enfrentamos porque somos civiles bases de apoyo del EZLN, es el Ejército quien nos disparó cuando tratábamos de huir hacia el monte" (López, 1998, p. 9). Denuncian, además, que sus viviendas fueron totalmente saqueadas por los soldados. Así se hace constar en la edición de la revista *Milenio* 42: en el operativo que desalojó el municipio autónomo de San Juan de la Libertad, la policía y el Ejército arrasaron con todo: dinero, ropa, alimentos, y hasta con los muertos. El operativo, tuvo como resultado 52 indígenas detenidos, ocho muertos y terror inundando el poblado. La periodista Gabriela Aguilar (1998a) lo narra así: "Víctor Sánchez Gómez acaba de bajar del monte. Sólo viste un pantalón corto de manta blanca y trae la mirada perdida. El tzotzil no le alcanza para decir lo que siente. Se encuentra solo. Clavado en la tierra, en el centro de lo que hasta ayer fue la casa de su hijo. No puede hablar, ni en su lengua ni en castilla... Víctor se está quebrando se está partiendo de dolor. Ayer los militares y los policías le mataron a su hijo, le arrancaron en segundos uno de los más grandes amores y orgullos de su vida. Tiene 49 años y de sus ojos se desborda la pena. No para de derramar tristeza y desesperación... Ahora que ha regresado no ha encontrado nada. Ni a sus mujeres, ni a sus hijos, ni su ropa, ni comida, ni a sus muertos. Y menos esperanza" (p. 25); y todo en nombre del "Estado de derecho", como lo dicen las autoridades de Chiapas.

El operativo tuvo el preludio de toda acción gubernamental: el desmantelamiento de un municipio autónomo (el 11 de abril de 1998 le tocó al municipio Ricardo Flores Magón), la expulsión de observadores (12 de abril), el presidente Ernesto Zedillo califica al EZLN como el principal grupo paramilitar, y la visita del mandatario a la entidad (28 abril), desmantelamiento del municipio autónomo Tierra y Libertad (primero de mayo), más expulsiones y detenciones de observadores extranjeros y el desmantelamiento de otro municipio, el Nicolás Ruiz (Aguilar, 1998a; *Milenio* 42).

1.5 Consideraciones zapatistas

Cuando el EZLN sale a la luz pública, el primero de enero de 1994, la población mexicana fue bombardeada por un sector de la prensa, televisión, radio, e incluso escrita, con la idea de crear una imagen negativa del zapatismo. Sin embargo este propósito no prosperó. Pese a todo intento gubernamental por minimizar el zapatismo, la gente se encontraba a la expectativa de los acontecimientos. Preguntas como el ¿quiénes son? ¿qué buscan? ¿qué quieren?, entre otras, eran comunes en los primeros días. Al paso del tiempo esas dudas se irían aclarando, impulsadas por dos vertientes principales: los comunicados y el actuar zapatistas. Así, el EZLN pasó, en un corto tiempo, de ser un grupo de "Transgresores de la Ley" dirigidos por un "Profesional de la Violencia" a una agrupación "mayoritariamente indígena que se levantó por diversas causas, y que tienen base social", cuyo vocero y estrategia militar es el *sup* Marcos.

Indudablemente de 1994 a los inicios del siglo XXI la imagen del zapatismo se ha modificado. Llegado a límites antes no pensados, pues los rebeldes han influenciado tanto a gente común como a intelectuales, artistas, políticos, cantantes, actores, etcétera, e incluso ya no es posible retirar de la conversación política al elemento zapatista. Esa frase que comenzó a circular en el Congreso Nacional Indígena (octubre de 1996) sintetiza de manera adecuada lo que los zapatistas han dicho desde el inicio de su levantamiento: "Nunca más un México sin nosotros".

Los zapatistas han retomado los orígenes de otras luchas y ha innovado en otros campos de la actuación guerrillera. El investigador del Colegio de México Lorenzo Meyer, ha manifestado: "Es interesante cómo los zapatistas han tenido que mostrar mucha imaginación. Ya no buscan en Mao, en Lenin o en Marx dónde está la receta para dar el siguiente paso, sino que la buscan en Chiapas, en México" (La Jornada, 28/04/96, p. 19). Son ellos, los rebeldes, quienes han propiciado que en uno de sus viajes a tierras rebeldes el escritor uruguayo Eduardo Galeano asevere: "Ha sido una experiencia emocionante en un mundo de paradojas, que está patas arriba; tenían que ser los pobres, los más generosos. Los que hemos venido a Oventic hemos comprobado que en Oventic sobra dignidad humana, generosidad y amor a la tierra y a la gente" (La Jornada, 30/07/96, p. 7). Esa parece ser la luz que el zapatismo arroja algunos sectores de la sociedad mexicana e internacional.

2 Ejército Popular Revolucionario/PDPR

Quien fuera en Guerrero corresponsal del diario de circulación nacional *La Jornada*, Maribel Gutiérrez (1998), escribe en la presentación de su libro *La violencia en Guerrero*: "EL estado de Guerrero ha sido noticia en los últimos años por la masacre de Aguas Blancas, el 28 de junio de 1995, y la de El Charco, el 7 de junio de 1998. Estos hechos fueron vistos en el país y en el mundo como casos de violencia extrema ejercida desde el poder para sofocar expresiones de descontento o de rebeldía popular" (p. 13). Dichos actos, continúa, "no son casos aislados, sino resultado de una forma de gobernar que ha prevalecido en Guerrero. Han sido los más relevantes, pero el número de víctimas y por la indignación que provocó el empeño del gobierno en ocultar la verdad para proteger a los responsables" (*idem*).

2.1 "Nueva" guerrilla

El 28 de junio de 1996, a un año de la masacre de Aguas Blancas, Guerrero, cuando se conmemoraba el acto luctuoso, irrumpió un grupo armado de alrededor de cien hombres y mujeres, armados con fusiles AK-47 y AR-15, el denominado Ejército Popular Revolucionario (EPR). Bajaron de las Montañas que rodean el vado de Aguas Blancas. Una parte del grupo se situó de pie en el presidium, otros en las lomas cercanas. Leyeron el "Manifiesto de Aguas Blancas" en el que reivindican la legitimidad de la lucha armada, y un resumen del documento fue leído en náhuatl. Aseguraban: "Hoy 28 de junio, a un año de la masacre de Aguas Blancas, perpetrada por los cuerpos represivos de la oligarquía y el gobierno antipopular en contra de 17 campesinos indefensos de la sierra de Guerrero, la situación no ha cambiado". Al término de la lectura del manifiesto se escucharon los aplausos de los asistentes al acto (ver Gutiérrez, 1998). Luego, al tomar la palabra, un joven uniformado dijo:

"Compañeros y compañeras presentes, somos combatientes del Ejército Popular Revolucionario, y estamos aquí para rendir un homenaje a nuestros compañeros caídos el 28 de junio en la masacre que se realizó en este lugar. Tenemos una ofrenda sencilla, hecha con plantas del campo, de este campo que vio pasar a nuestros compañeros que trabajaban duramente día con día, con esas plantas que los veían pasar cuando se dirigían a arrancar su lucha por sus demandas legítimas de justicia, de democracia y de libertad. Esas plantas sencillas que fueron testigo del cobarde asesinato que se cometió aquí en este lugar que hoy recordamos" (p. 221).

Al tiempo que varios combatientes depositaron la ofrenda al lado del monumento dedicado a los asesinados, otros más hacían honores a la bandera de México, la que llevaban junto con la de su ejército. Antes de retirarse dispararon 17 salvas, igual número que el de los caídos un año atrás. En su documento expresaban: "La represión, la persecución, el encarcelamiento, los asesinatos, las masacres, las torturas y las desapariciones continúan como políticas de gobierno, situación similar a la que en 1967 y 1968 llevó a los comandantes Lucio Cabañas Barrientos y Genaro Vázquez Rojas a tomar las armas en contra de la explotación y de la opresión; esta experiencia, la injusta situación actual y el espíritu revolucionario que los animó inspiran nuevamente la lucha del pueblo mexicano.

"En todos los rincones de la patria mexicana surgen nuevos luchadores sociales que ya no están dispuestos a mantener una posición pasiva y contemplativa frente a la injusta situación económica, social y política del país, nosotros ya no queremos esperar indefensos a que la represión y la muerte arrebaten impunemente nuestras vidas".

El vado de Aguas Blancas estaba acordonado por miembros del Frente Amplio para la Construcción del Movimiento de Liberación Nacional (FACM-LN), al que pertenece hace tiempo la Organización Campesina de la Sierra del Sur (OCSS), así como fue acordonado el acceso a la sierra. Los miembros del EPR, algunos de ellos con acento indígena, permanecieron en el vado unos 20 minutos. Informaron que tenían presencia en todo el estado de Guerrero, y que eran unos 500 integrantes. Una vez concluida la lectura del documento eperrista, los asistentes que se encontraban en el lugar respondieron con largos aplausos, después de lo cual los integrantes de la guerrilla armaron dos columnas y se retiraron, ante los intentos de algunos reporteros que intentaron seguirlos, pero que fueron detenidos por el cordón de seguridad del FAC-MLN (ver La Jornada, 29/06/96). Pero antes de retirarse, en su manifiesto, habían expresado: "Somos resultado de la determinación de luchar contra la política demagógica del gobierno antipopular que en defensa de la cúpula financiera y empresarial, así como de los intereses extranjeros en México, siempre se ha negado a satisfacer los reclamos de justicia, libertad y democracia del pueblo y que ha demostrado que jamás va a ceder a dichos reclamos, por lo que hemos decidido conquistarlos con la fuerza de la razón y de las armas.

"Por ello, nos planteamos luchar:

"1. Por el derrocamiento del gobierno antipopular, antidemocrático, demagógico e ilegítimo al servicio del gran capital nacional y extranjero y de la fuerza que los sostienen y por el establecimiento de un nuevo gobierno esencialmente distinto al que hoy detenta el poder.

"2. Por restituir la soberanía popular y los derechos fundamentales del hombre. Este objetivo lo lograremos con la participación del pueblo y el establecimiento de una república democrática popular, ejerciendo el legítimo derecho del pueblo a alterar o modificar la forma de su gobierno.

"3. Por la solución a las demandas y necesidades inmediatas del pueblo, realizando los cambios económicos, políticos y sociales que se requieren.

"4. Por el establecimiento de relaciones justas con la comunidad internacional.

"5. Por el castigo a los culpables de la opresión política, represión, corrupción, miseria, hambre y crímenes de lesa humanidad cometidos contra el pueblo".

Los dirigentes del FAC-MLN no ocultaron su sorpresa; Benigno Guzmán de la OCSS expresó: "No sabíamos que iban a estar aquí esos compañeros, no sabíamos de su existencia" (Gutiérrez, 1998, p. 224). Luego se le interrogó sobre lo que pensaba: "Me siento contento porque sentimos que no estamos solos, el pueblo tiene apoyo y la prueba es que el Ejército del Pueblo estuvo aquí presente por la masacre que se dio". Acto seguido se le interroga que si están de acuerdo con la lucha armada, a lo que responde: "No. Nunca habíamos tenido la dicha de vernos con ellos como fue en este momento que aparecen. Nosotros, ajenos de todo esto, vemos que en este caso se presenta al pueblo el Ejército del Pueblo y nos sentimos orgullosos de que nuestra lucha está respaldada por ellos. Hoy me doy cuenta de que sí existe el Ejército del Pueblo, yo no lo sabía. Hoy, porque todos fuimos testigos de la presencia de ellos aquí ante este acto. Estamos muy emocionados y sentimos más deseos de luchar" (p. 224).

La dirigencia estatal y nacional del PRD no tardó en manifestar su impresión por la presencia en el vado de Aguas Blancas del EPR. Los primeros, por medio de su presidente estatal, llamaron al gobierno federal y estatal a no desatar la represión, y convocó al grupo armado a encausar sus demandas por medio del diálogo. Señaló, además, que la militarización no es la respuesta a los reclamos de justicia. Los segundos mostraron su clara desconfianza con respecto al grupo armado, sobre todo Cuauhtémoc Cárdenas quien había participado como orador en el acto en que irrumpió el grupo armado, de quien dijo era posible se encontraran detrás los victimarios de Aguas Blancas, y calificó al EPR como una "grotesca pantomima" (ver La Jornada 29/06/96; Gutiérrez, 1998). El editorialista de la revista *Proceso* Froylan López (1996a), en un tono más sensato expresaría sobre los eperistas: "Como en los inicios zapatistas, estos guerrilleros también reclaman voluntad política del gobierno" (p. 31). Y de no existir ésta actuarán con "mayor amplitud" y para ello tiene fuerzas frescas.

El mismo día de la aparición de la guerrilla, horas más tarde, se presentó un enfrentamiento entre miembros del EPR y la policía judicial, a ocho kilómetros de la capital del estado, mientras repartían propaganda en una carretera (ver La Jornada, 29/06/96).

A los pocos meses de existencia, la guerrilla anunciaba la conformación del Partido Democrático Popular revolucionario (PDPR), que sería la estructura política del EPR, en donde se integraban más de una docena de organizaciones armadas.

2. 2 Causas eperristas

En su carta de presentación, el día de su aparición pública, el EPR trataba de dar respuesta a las interrogantes sobre los motivos de su levantamiento: "¡En México no existe un Estado de derecho! Nuestra Constitución política en los hechos es letra muerta, cotidianamente se violan las garantías individuales, el pueblo está al margen de las decisiones económicas y políticas, el Ejecutivo federal concentra el poder mayormente, subordinando a los otros poderes de la Unión y no respeta la soberanía de los estados. El actual poder usurpa la voluntad soberana del pueblo, siendo un gobierno ilegal e ilegítimo sostenido fundamentalmente por las armas y los cuerpos militares y policíacos.

"Frente a la violencia institucionalizada, la lucha armada es un recurso legítimo y necesario del pueblo para restituir su voluntad soberana y restablecer el Estado de derecho.

"Hemos surgido de la tristeza de los huérfanos y viudas, de la ausencia de los seres queridos desaparecidos, del dolor de los torturados, del coraje de los encarcelados injustamente, de la incertidumbre de los perseguidos sociales y políticos, de la situación social que mata diariamente con represión, miseria, hambre y enfermedades, así como el abandono de los niños de la calle. Somos una parte de los miles de mexicanos que por caminos y montañas, pueblos y ciudades vamos forjando la conciencia de la necesidad de construir una nueva patria mexicana, de los que con su sudor riegan los campesinos mexicanos y extranjeros, de los que con su fuerza mueven las máquinas de las fábricas, de los que a diario sobreviven en las calles de las grandes ciudades, de los que en las aulas reciben y siembran la semilla del conocimiento, de los que en cualquier hogar resisten la falta de pan y trabajo, de los pueblos olvidados".

Después, la comandancia del EPR atajaría (Correa y López, 1996b): "No deseamos la guerra y no queremos declararla, pero no nos podemos quedar con los brazos cruzados ante el crimen y la impunidad como forma de gobierno, la desaparición forzada, el asesinato político, la tortura, la cárcel y la represión masiva y selectiva dada como respuesta a las justas y urgentes demandas históricas de nuestro pueblo" (p. 7).

Pero el sentir del levantamiento se extendía más allá de las filas guerrilleras. Cuando el gobierno mexicano comenzó a "cazar" a luchadores sociales para presentarlos como "eperristas". Uno de ellos, Benigno Guzmán, ya detenido y después de ser señalado como cabecilla del grupo armado en el Ministerio Público, y ante la pregunta de si conocía al EPR y cuál era su opinión sobre éste, respondió: "Desconozco quiénes sean. Como organización democrática hemos sido respetuosos no solamente del EPR sino de los zapatistas y de otros grupos que se han conocido como el Partido de los Pobres y el PROCUP. Respetamos su manera de pensar, pero sí nos parecemos con ellos... Nos parecemos en nuestras demandas. Nosotros nos organizamos por la pobreza, por la marginación y por la represión que hay contra nosotros. Nos organizamos para defendernos, y ellos también, por ese motivo surgen como movimiento armado. Pero en lo que no coincidimos es en que ellos son una organización armada y nosotros somos una organización democrática que lucha dentro de los marcos legales" (en Gutiérrez, 1998, p. 254).

Sobre la aparición de los guerrilleros, externó: "Yo no los culpo a ellos, el culpable de la pobreza en todo el país, de la represión y de la marginación es el gobierno federal, y también es culpable de que existan organizaciones como la nuestra y de que existan movimientos armados. Por eso nunca hemos hablado en contra de ellos. No reprobamos el

surgimiento de los movimientos armados, vemos que tienen razón, que es justo, y que el gobierno tiene la culpa" (*idem*).

Y es que, al igual que había ocurrido con el estado donde había surgido el EZLN, en las regiones donde aparecía el EPR, por lo pronto Guerrero y Oaxaca, las condiciones socioeconómicas no parecían ser diferentes. El propio arzobispo de Oaxaca, Bartolomé Carrasco Briseño había manifestado su preocupación al respecto (Matías y Ramírez, 1996b): "El caldo de cultivo está dado de continuar la marginación y explotación de las clases más desprotegidas, Oaxaca puede ser otro Chiapas" (p. 17). Luego acotaría: "Debemos retomar el espíritu de fe y acompañar al pueblo para no dejarlo morir. Que el indígena sea sujeto de su propia historia" (*idem*). De manera ilustrativa, hay que puntualizar que en la llamada zona de Tierra Caliente, donde tiene presencia la guerrilla, existe un antecedente de insurgencia armada. Un dato sobre la situación que guarda la zona es especialmente escalofriante: 31 % de su población mayor de 15 años es analfabeta (el promedio nacional es de 12.4 y el estatal de 26.9); los niveles de nutrición de la población menor de 12 años están por debajo de lo recomendado por la OMS, lo que provoca muchas muertes; y el 61 % de las comunidades carecen de agua entubada y el 77 % no tiene luz eléctrica (ver Díaz, 1998).

En la Encuesta nacional de Alimentación y Nutrición en el medio rural (ENAL), se da cuenta de datos alarmantes: en Guerrero se localiza el mayor número de viviendas con piso de tierra (57.5%); el mayor número de viviendas de calidad mala y muy mala (69.0%); asimismo, el mayor porcentaje de padres analfabetos (53.4%) y madres analfabetas (54.7%). "Guerrero posee el mayor índice de desnutrición infantil de alto riesgo (32.4%) y de desnutrición en las variables de peso según edad (63.1%) y talla según edad (71.3%)" (Montemayor, 1998c, p. 9).

Sorprendentemente, y contrariando a sus predecesores y al propio mandatario de Guerrero, años después el gobernador de Oaxaca José Murat afirmaría que el verdadero origen del EPR es "la injusticia y la miseria ancestral que padecen nuestras comunidades" (Chávez, 1999, p. 13). Así lo hicieron saber desde su surgimiento los integrantes de la guerrilla. En entrevistas con mujeres militantes del grupo armado, algunas de las cuales hablan español, la publicación *Una Revista de las Mujeres en la Cultura* (suplemento 6, 1998) escuchó versiones sobre la incursión de las campesinas al mundo eperrista. Una de ellas aseguró que ingresó a las filas del EPR "Por todas las injusticias que se han venido cometiendo hacia el pueblo, porque el gobierno no ha hecho caso de hacer justicia" (p. 7). Y dice que las mujeres que tienen hijos no quieren que más adelante ellos sufran lo que en este momento ellas están sufriendo: represión, tortura, hambre y miseria. Sobre la situación de salud, señala: "Tenemos clínica pero no tiene medicinas; no hay doctor, simplemente hay para planificación familiar pero para otra paciente que tiene otra enfermedad no hay medicina" (p. 8); cuando se enferma alguien hay que trasladarse a otra comunidad y tampoco reciben atención. Sobre la alimentación, declara: "Es el maíz, el chile y el frijol cuando hay. Porque aquí tampoco se da mucho frijol, lo usamos para las fiestas. Sin sal. Cada año comemos puerco. Tenemos cilantro y pápalo. No hay leche, no hay mercados a donde vamos a ir a comprar y si hubiera no tenemos dinero" (*idem*).

Pero no sólo son las condiciones de miseria y aislamiento las que produjeron el levantamiento, como en los sesenta y setenta, y como en el caso zapatista, con el eperrismo ocurrió un proceso similar: la represión. Así lo manifiesta la *teniente Adela*: "siempre hemos vivido momentos de represión que el gobierno ha desatado contra el pueblo; contra sus organizaciones abiertas y pacíficas. Esto ocasiona que este pueblo se organice y tome las

armas. Así es que la represión es lo que nos lleva a la autodefensa armada. La injusticia, la miseria, la desigualdad, la represión, las desapariciones forzadas, el autoritarismo, la falta de respeto a las libertades políticas son las causas en contra de las cuales luchamos todos los días, lo mismo en zonas urbanas que rurales" (pp. 2-3). Si bien no hay una reproducción tal cual de los procesos de surgimiento de las armas como vía, si se reproducen ciertos cuadros contextuales que posibilitan el nacimiento de grupos armados (ver Montemayor, 1998c; 1999b).

Al echar un vistazo rápido sobre las condiciones de opresión que imperaban (y siguen imperando) en Guerrero se puede entender el por qué de la explosión armada en ese estado. Veamos. El nueve de febrero de 1993 en la comunidad de Huautla, Guerrero, fueron asesinados con armas de alto poder veinticuatro campesinos, cuando la camioneta en que viajaban fue emboscada por 40 hombres armados. Una de las premisas que presentó el gobierno, fue que "De la violencia entre familias siguió entonces la violencia política" (Gutiérrez, 1998, p. 17). En consecuencia, en junio de ese año, 170 policías judiciales entraron al poblado de Yolotla, en la Sierra Madre, para aprender a varios acusados de participar en los hechos referidos. Desataron una balacera de casi seis horas, con resultado de dos campesinos muertos, mujeres y hombres golpeados y heridos de bala, casas quemadas y detenidas 14 personas. En todo caso, "los habitantes coinciden en que los detenidos de esta comunidad no tuvieron participación en la matanza del nueve de febrero. Dicen que los culpan sólo porque hacia acá huyeron los que ese día participaron en la muerte de 24 personas como consecuencia de venganzas entre familias" (p. 18).

De ese poblado se llevaron a varias personas, entre ellas a Félix Cruz, de quien su madre dice: "Mi hijo se ocupa de sembrar... de eso puede dar fe toda la gente de aquí" (p. 20), ante las acusaciones de que él participó en los hechos violentos de febrero, según el gobierno del estado. Pero los testimonios de los habitantes del pueblo no cuentan para el poder, no obstante que se apela a la tradición, al conocimiento de comunidad, a que la gente sabe de la bondad de sus vecinos, etcétera.

Por su parte la esposa de uno de los muertos que dejó la incursión de la policía narra: "El iba a trabajar y lo encontraron aquí abajito donde quemaron la casa. Ahí lo encontraron y ahí le tiraron. Yo todavía corrí a verlo, él me habló: '¿Qué cosa pasa?' Le dije que venía gente llegando, pero ya no pudo decir nada. Él llevaba su machete, se lo quitaron, también su hacha que llevaba, todo se llevaron, su morral. Ya nada más vi que se fue muriendo, y luego oí la balacera que le tiraron todavía" (*idem*). La madre de otro de los muertos, Audón Sánchez de 24 años, describe: "Oímos el tiroteo tan grande, mi hijo ya herido, muriéndose, llegó a una casa, encontró a una muchacha que iba al agua, le dijo: ya me mataron. Ella se acercó a él, pero también a la muchacha le dispararon ahí, le pegaron en la espalda, cerca del hombro derecho. Después mi hijo, ya muriéndose, fue a meterse a una casa y los judiciales le metieron lumbre a la casa" (p. 21). Luego del destrozo, la quema de casas, los muertos y heridos que dejaron a su paso los judiciales, amenazaron con regresar y de no encontrar a quienes ellos señalaron como culpables, dijeron, quemarían el pueblo. Nada más. La historia de 1910, de los treinta, de los sesenta y setenta parece reproducirse (ver Montemayor, 1999b). Pura recurrencia. Así lo muestran unos cuantos testimonios de la "aplicación de la justicia" en el estado de Guerrero durante junio de 1993.

Maribel Gutiérrez (1998) reporta que dos días después de la incursión de la judicial en Yolotla, el siete de junio, fue asesinado Manuel Castillo García, quien pertenecía a un comité de derechos humanos y preparaba la denuncia sobre los hechos de los días anteriores. La

respuesta que obtuvo a su labor se expresó en balas. La esposa del difunto y sus hijos señalaban que no tenía enemigos personales, que "su único pecado fue defender a su pueblo" (p. 26). Como respuesta a esta acción, cerca de dos mil personas, entre ellos unos 50 armados, se reunieron el nueve de junio para exigir justicia. Se estuvo al filo del enfrentamiento con policías. El tránsito a las armas, finalmente es la exigencia para la sobrevivencia (ver Bartra, 1996).

Como en los sesenta y setenta, y prosiguiendo con su práctica de asestar golpes a los opositores con el pretexto de la búsqueda de armas, unos 200 soldados del Ejército mexicano catearon el 13 y 14 de junio de 1994 las casas de los campesinos del poblado El Escorpión, en la sierra de Atoyac, en el que vive uno de los fundadores de la OCSS, Hilario Mesino Acosta. Después de la incursión de los militares, con su consabida dosis de terror, presión, represión, tortura y detenciones ilegales, los lugareños manifestaban: "pensamos que está mal eso que se hace. Si tienen bases para llegar a un barrio, y hay alguien culpable, que lo detengan si tienen una orden para llevárselo, pero que no lleguen así espantando a los niños y a las mujeres. Fue una forma aparentemente pacífica pero causa temor en la gente. Y yo pienso que con esa forma de ser de los militares, los niños van creciendo y van odiando a los soldados porque no vienen a hacer un bien, vienen a espantar y los ven como un monstruo, como una cosa que no está bien.

"Nosotros ya tenemos experiencia de cuando el movimiento de 1974. Empezaron a llegar muy buenas gentes, repartiendo despensas, haciendo servicios sociales. Y ya después reprimieron. Nosotros pensamos que ahorita empiezan en esta forma pacífica. Pero ya conocemos como son, ya tenemos experiencia.

"La gente se asusta, los niños, porque los grandes ya sabemos que hoy ya no es como en 74. Ahora ya hay más medios de comunicación, hay comisiones de derechos humanos independientes, y nosotros ya estamos más preparados para soportar eso, si detienen a un familiar ya podemos recurrir al pueblo para que entre todos nos defendamos" (Gutiérrez, 1998, p. 82).

Pero la Sedena utiliza otro argumento para tales incursiones que denomina "operativos contra el narcotráfico". Uno de los habitantes así lo reflexiona: "Yo pienso que no están combatiendo la siembra de enervantes y tampoco andan combatiendo a las gavillas de asaltantes y secuestradores. Ellos lo que andan viendo es que como en Chiapas se les rebeló la gente, piensan que también por aquí puede surgir lo mismo" (*idem*).

A inicios del año del levantamiento zapatista surge en la región de la Costa Grande una nueva instancia, la OCSS, con una gran capacidad de convocatoria en sus movilizaciones, cierre de carreteras y tomas de palacios municipales. Entre sus integrantes se podía encontrar a la gente más pobre de la sierra guerrerense, muchos jóvenes, familias enteras, mujeres y niños, y en algunas ocasiones se cubrían el rostro con paliacates. Sus principales demandas consistían en: solicitud de insumos agrícolas, material para construcción de techos, escuelas, carreteras y servicios básicos y, por supuesto, el retiro de la policía y el ejército de sus comunidades. Su primera movilización, después de su constitución, fue para recordar el 75 aniversario del asesinato de Emiliano Zapata, y lo hicieron con una marcha en Acapulco. También marcharon para conmemorar el aniversario de la matanza del 18 de mayo de 1967, con lo que se dio inicio a la guerrilla del Partido de los Pobres del profesor Lucio Cabañas Barrientos. Ante la pregunta de sí en esa región donde operan hay condiciones para que surja una luchar armada campesina, el dirigente de

la OCSS Hilario Mesino Acosta responde: "Las condiciones están dadas; el gobierno mismo tiene la culpa por no ver los problemas más sentidos del pueblo. Pero nosotros no pensamos en eso; si no se cumplen las demandas, posiblemente surja lo de Chiapas, eso no lo podemos detener, nadie lo puede detener; no se quita esa posibilidad porque la gente está cansada de tanta miseria, represión e injusticias" (p. 96).

Con la creciente movilización y el apoyo masivo de campesinos hacia la OCSS, el gobernador de Guerrero, Rubén Figueroa, la percibió como peligrosa, así que intentó desmovilizarla haciendo uso de dos métodos: la amenaza y la cooptación de los dirigentes. La segunda rindió frutos, pues al hermano de uno de los fundadores, Bartolo Guzmán Martínez, lo compró, le creó su propia organización y le financió proyectos (ver Montemayor, 1998c). La táctica de la amenaza se extendió, y ha llegado hasta sus últimas consecuencias, como se puede apreciar en el caso de Aguas Blancas.

Después de varios intentos por demandar una serie de recursos para sus comunidades, la OCSS logró concertar una entrevista en su local de Tepetitla con el gobernador del estado. Cuando arribó el ejecutivo no hubo el festín que la tradición gobernante priista impuso durante décadas en todo el país. Sólo escuchó consignas: "El pueblo unido jamás será vencido", y "lucha lucha lucha, no dejes de luchar, por un gobierno obrero, campesino y popular" (Gutiérrez, 1998, p. 104). En la reunión se presentó un pliego general de demandas de un pueblo, que fue leído por uno de sus habitantes, Gilberto Romero (quien a fines del mismo mes desapareció misteriosamente). A otro guerrerense, uno de los dirigentes de la OCSS, Benigno Guzmán, le tocó plantear las exigencias de la salida de los cuerpos policiacos y del Ejército de sus comunidades, al tiempo que agregaba: "Estamos cansados de tanta marginación, si el gobierno no responde al pueblo, si para mejorar las condiciones de vida de los campesinos hay necesidad de una Revolución, estamos dispuestos a hacerla con gusto" (Montemayor, 1999a, p. 84; Gutiérrez, 1998, p. 104). Era, por supuesto, un aviso.

Políticamente la reunión la aprovechó Rubén Figueroa, pues al día siguiente los medios locales destacaron la noticia de la visita del gobernador a Tepetitla, y se consideró como un "triumfo político de un gobernador de mano dura la reunión con los integrantes de un movimiento campesino radicalizado" (*idem*). De esta reunión entre el Rubén Figueroa y la OCSS surgieron compromisos del gobierno del estado para dotar de ciertos insumos a las comunidades representadas en la reunión. Según los campesinos de la OCSS el gobernador no cumplió el compromiso. Denunciaron que sólo quería dividirlos, no atender las demandas. Los campesinos comisionados que fueron a Coyuca por los materiales que el gobernador les prometió, regresaron a sus pueblos con las manos vacías. "Se reunieron en la plaza de Coyuca, algunos iban con machetes y garrotes, y de ahí marcharon hacia el local de la Asociación ganadera. El lugar estaba custodiado por policías del estado, conocidos como motorizados, que al ver a los campesinos levantaron sus armas largas, y apuntaron contra el contingente, cortando cartucho. Estuvo a punto de desatarse una balacera" (p. 106). Después el representante de una comunidad manifestó a los enviados de Rubén Figueroa que se encontraba en el lugar: "Lo que nos ofrecen no es nada, son migajas. El gobernador nos prometió cuando estuvo Tepetitla, confiamos en él y nos engañó, nos pisoteó. Todo fue un truco, nos quiso poner una trampa. Ya nos vamos, si quieren atender nuestras demandas los esperamos en Tepetitla" (p. 107).

Así, vemos que las condiciones que prácticamente 30 años atrás posibilitaron el surgimiento del Partido de los Pobre, ahora posibilitaban el surgimiento del EPR. No son las

únicas, pero jugaron un papel importante, como los propios campesinos y organizaciones sociales lo han manifestado. Lo mismo se puede asentar para el caso de las elecciones: decenas de muertos en conflictos del orden electoral en la administración de Rubén Figueroa. Para Maribel Gutiérrez se justificaba el temor de los dirigentes de movimientos opositores, al denunciar la violencia que se veía llegar cuando Rubén Figueroa tomaba el poder en Guerrero. La frase de uno de los dirigentes del PRD en el estado lo sentenciaba: "Los caciques están envalentonados", al tiempo que fueron apareciendo los asesinatos por motivos políticos. La corresponsal de *La Jornada*, lo sintetiza así: "Tan sólo la violencia política alrededor de las elecciones del 3 de octubre de 1993 —las únicas municipales bajo el gobierno de Figueroa— dejó cuatro desaparecidos y seis muertos, por causas directamente relacionados con la contienda" (p. 45).

Por otro lado, si se quiere comprender más ampliamente el levantamiento eperrista, hay que agregar un elemento que como con el zapatismo se presenta: la recuperación de procesos pasados. La memoria también juega, a decir de un eperrista, el *comandante José Arturo*, en tanto se remontan a 1965 con el asalto al Cuartel Madera, y hablan de un "proceso inconcluso" de entonces a ahora. En el caso de Guerrero, se trae a colación la masacre de los copereros en 1966 y la efectuada el 18 de mayo de 1967, lo que provoca el surgimiento de la ACNR de Genaro y el Partido de los Pobres de Lucio, y el posterior surgimiento de la guerrilla urbana, producto de la represión de 1968, lo cual da lugar al antecedente mediato de lo que actualmente se conoce como EPR: "Concretamente estamos hablando de más de treinta años de preparación y organización armada" (Una Revista de Mujeres, 1998, p. 11). *José Arturo* aclara: "nuestro partido y nuestro ejército constituyen la síntesis de organismos diversos, que en distintos puntos del país surgieron, se organizaron y tuvieron una actividad en diferentes momentos" (p. 12). Al EZLN lo ubican como "un catalizador para el movimiento social", y se pronunciaron de manera "entusiasta" por su aparición.

Contra la exclusión de amplios sectores de la población que ha desarrollado el neoliberalismo, es que pelean los eperristas (ver Gutiérrez, 1998). En última instancia, el EPR es claro al señalar: "el gobierno siempre ha querido desvirtuar la lucha revolucionaria, tildando con diversos calificativos las respuestas armadas ante las masacres que a menudo realiza" (en Correa y López, 1996b, p. 10). (Moscovici lo denomina psicologización, Martín-Baró y Fernández Christlieb, ideologización.) Agregan: "a nosotros no nos interesa que nos reconozca el gobierno, sino que el pueblo sepa que hay organizaciones revolucionarias que desarrollan otras formas de acción para coadyuvar al desarrollo de la lucha política, con el objeto de que, en la medida de sus posibilidades, la población se vaya incorporando cada vez más. Nosotros sí llamamos a la incorporación del pueblo a la lucha armada, pero no para que ésta sustituya a todas las demás; sino para que, al contrario, sea complemento" (p. 10).

Así, hablan de la realización de un nuevo pacto que permita una vida justa a la población; de la necesidad de los grupos armados, en tanto siga la represión, los Aguas Blancas, el terrorismo de Estado, la impunidad (Una Revista de las Mujeres, 1998) Y concluyen: "Sólo la solución real de las causas económicas sociales y políticas que dieron origen al conflicto armado interno, traerá consigo el establecimiento de la paz verdadera" (p. 14).

A decir de los propios guerrilleros, se puede sintetizar en cuatro puntos la lucha eperrista: un nuevo gobierno democrático, un Congreso Constituyente, la redacción de una nueva Constitución, y un nuevo orden económico, más justo.

2. 2. 1 Aguas Blancas

El miércoles 28 de junio de 1995 campesinos de varias comunidades de la sierra de Guerrero que se dirigían en varias camionetas de transporte con la pretensión de concentrarse y realizar una manifestación para exigir la liberación de uno de los integrantes de la OCSS y el apoyo tantas veces pactado con el gobierno del estado. Iban camino a la presidencia municipal de Atoyac cuando fueron interceptados por la Policía Motorizada del estado, y el primer vehículo en el que se desplazaban varios de los campesinos integrantes de la OCSS quedó parado, pero en una segunda camioneta el gobierno había infiltrado a un provocador, que a la hora de ser detenida, disparó con arma de fuego, bajó de la camioneta y huyo con la protección de los policías que luego desataron la balacera contra los campesinos que llevaban por armas machetes y palos con las que realizan sus labores diarias. El gobierno filmó toda la escena y después editó un vídeo que enviaría más tarde a los medios como muestra de la "violencia" de la organización que pretendía realizar actos agresivos, según las fuentes oficiales.

Maribel Gutiérrez (1998) sintetiza así la masacre del vado de Aguas Blancas: "Diecisiete campesinos murieron acribillados y 24 fueron heridos, cuando más de 200 policías de la Motorizada del estado dispararon contra una camioneta en la que viajaban cerca de 60 personas de la sierra de Coyuca de Benítez hacia la cabecera municipal. Algunos iban a hacer compras o vender sus productos, y la mayoría, miembros de la Organización Campesina de la Sierra del Sur (OCSS), se dirigían a una manifestación en Atoyac para demandar al gobierno la dotación de insumos agrícolas y la presentación de uno de sus compañeros desaparecido por motivos políticos, Gilberto Romero Vázquez" (p. 119).

Inteligencia Militar tenía en poco tiempo la información del asesinato de campesinos en Guerrero, ocurrido el 28 de junio (ver Montemayor, 1999a). El texto que entrega el informante dice lo siguiente: "Le informo que hace tres horas, a las diez y media de la mañana, en un sitio conocido como vado de Aguas Blancas, en Coyuca de Benítez, fuerzas policiacas masacraron a más de quince campesinos pertenecientes a la Organización Campesina de la Sierra del Sur (OCSS). Los campesinos se dirigían a la ciudad de Atoyac a participar en una manifestación. Ignoramos si algún enlace del objetivo figura entre las víctimas" (p. 167). Se dice que participaron alrededor de 480 elementos.

Ante esta masacre el gobierno pretendió culpar a las víctimas. En la versión oficial se manejó la versión de que los campesinos habían disparado, habían agredido a los policías, y estos no habían tenido otra opción que responder a la agresión. Por ello, en la escena que el gobierno preparó y que se dio a conocer a la opinión pública, por medio de un vídeo que ellos mismos editaron, se ve a siete de los campesinos muertos empuñando un arma de fuego de grueso calibre, aunque los testigos aseguran que iban desarmados. Uno de los sobrevivientes asegura: "Nosotros no disparamos, no traíamos armas. Empezamos a recibir la agresión desde lejos, del monte. Al sentir los disparos nos alarmamos, no sabíamos qué hacer viendo que estaban cayendo compañeros. Gritábamos que no dispararan, que éramos pasajeros. No les importó, siguieron disparando y disparando, incluso a las personas que estábamos moribundas les daban el tiro de gracia, los remataban. De nosotros no hubo ningún disparo. Los policías dijeron: Eso les pasa por mitotereros, mejor se hubieran quedado a sembrar su maíz y no les pasaba esto. Y diciendo esto, a las personas que se encontraban heridas las acababan de matar" (Gutiérrez, 1998, p. 129).

Al día siguiente de la masacre se supo que los 17 muertos eran integrantes de la OCSS, y uno de sus dirigentes, Benigno Guzmán, declaraba: "Si el miércoles pensábamos manifestarnos por una sola persona que está desaparecida, ahora tenemos 17 muertos (y) con mayor razón lo vamos a hacer" (p. 135).

Rubén Figueroa trazó su plan para justificar la matanza y culpar a las víctimas, como siempre lo había hecho cuando ocurrían asesinatos por motivos políticos (ver canal 6 de julio, 1996). Asimismo armó "su estrategia de persecución, represión y violencia contra la OCSS y otras organizaciones sociales afines, que trató de fundamentar en la idea de que representaban la amenaza de una nueva guerrilla" (Gutiérrez, 1998, p. 135). Justificó sus palabras con las referidas por Benigno Guzmán en la reunión que sostuvieron en Tepetitla, quien había señalado que de ser necesario armarían una revolución. De esta forma, el gobernador iniciaba su ofensiva: condenó la actitud violenta de la dirigencia de la OCSS, "que ha engañado a campesinos para fines personales". Luego añadió: "el cabecilla de ese grupo, Benigno Guzmán Martínez, tiene cuentas pendientes con la justicia, por las que tendrá que responder" (p. 137), asegurando que tenía nueve órdenes de aprehensión en su contra. No conforme con ello, acusó a la organización de tener siempre una actitud "inclinada hacia la violencia" y cuyas verdaderas intenciones eran de "confrontación con el gobierno".

El hostigamiento a la OCSS y campesinos de la región continuó aún después de la masacre. Aún no terminaban de enterrar a los muertos cuando aviones y helicópteros del Ejército sobrevolaban los poblados Paso real y Atoyacillo, pueblos de origen de las víctimas; y para el día cinco de julio los movimientos se hicieron más evidentes: más de 200 efectivos militares subieron a la sierra de Coyuca. Al respecto se le preguntó al general Salgado Cordero la razón de las incursiones, interrogatorios y hostigamiento a la organización a la que pertenecían los asesinados, a lo que respondió: "son infundios de los perredistas. Yo no tengo tropas en esa área" (p. 136). Lo que el general no sabía es que al día siguiente se publicarían en varios diarios de circulación nacional, fotografías sobre la presencia de tropas en el área.

El intento de Rubén Figueroa por dejar pasar el caso de Aguas Blancas, como uno de tantos que habían echado al olvido, parecía surgir efectos, pensaba que sólo estaría en las planas de los periódicos unas pocas semanas, pero hubo un creciente apoyo de diversas organizaciones sociales y de parte de la dirigencia nacional del PRD que tomó el asunto en sus manos, asumiendo como propio el justo reclamo de justicia de la OCSS.

Desde el mismo día de la masacre comenzaron a aparecer evidencias de que la versión oficial sobre el caso estaba plagada de contradicciones, y surgían versiones de que no había sido una agresión de los miembros de la OCSS a la policía o un enfrentamiento, sino una emboscada planeada por el gobierno de Rubén Figueroa para impedir una manifestación en Atoyac (ver Canal 6 de Julio, 1996; 1997). La propia alcaldesa de Atoyac en conferencia de prensa el 29 de junio en Acapulco, señaló que la represión contra la OCSS fue planeada por el gobierno del estado desde días antes, desde que se tenía información sobre la manifestación. Declaró que había sostenido una conversación telefónica con el gobernador el mismo día de la emboscada, y Rubén Figueroa le comunicó que detendrían al grupo de manifestantes "a como dé lugar" (Gutiérrez, 1998, p. 141), y que desde el día 27 el gobierno del estado puso en "alerta" al hospital de Atoyac, porque anunció que "iba a haber una masacre" (p. 142).

En los momentos en que parecía que la situación tendía a apagarse se reactivó el asunto de la masacre. El 16 de julio los periódicos de circulación nacional *El Financiero*, y de circulación local *El Sur*, dieron a conocer los planes del gobierno para con la OCSS: desatar la violencia contra dicha organización. Mencionan una reunión entre el gobernador y quien en los setenta combatió a la guerrilla y a quien se le acusa de la desaparición de más de 500 personas en tales operaciones, el general brigadier del Ejército mexicano Mario Arturo Acosta Chaparro, de quien se dijo participó en los planes de la masacre. Dos años después de la masacre se sabría, por declaración de los policías que cayeron presos como autores materiales de la muerte de los 17 campesinos, que el gobierno del estado les habría ofrecido una suma de dinero y casas para que se declararan culpables y a los seis meses salieran libres (lo cual finalmente no se había cumplido), con el fin de proteger a los verdaderos asesinos y autores intelectuales de la masacre.

Por su parte la Comisión Nacional de Derechos Humanos (CND) ya acorralada por los acontecimientos, se vio obligada a emitir el 14 de agosto de 1995 una recomendación, la más larga en sus cinco años de existencia: 360 páginas, en la que afirmaba que la acción policiaca del 28 de junio de 1995 fue ilegal, que los campesinos no llevaban armas de fuego, además de que los campesinos que estaban indefensos y heridos fueron sometidos y ejecutados y probablemente algunos con el tiro de gracia (Maribel Gutiérrez, 1998).

Con artimañas y muy al estilo priista, Rubén Figueroa involucró al Congreso del estado y nombró, con la aprobación de la mayoría de su partido, un fiscal especial para que investigara el caso. El recién nombrado fiscal, Alejandro Oscar Varela Vidales, resultó ser un personaje cercano al gobernador el cual se apresuró a entregar su informe al Congreso en febrero de 1996, en el que se exonera a Rubén Figueroa y tres funcionarios de alto nivel a quienes se les había señalado como responsables directos de la masacre. El caso parecía irse cerrando, y tomar el tono de los "casos especiales" con sus respectivos fiscales en este país, pero el 25 de febrero de 1996 en el programa de televisión *Detrás de la Noticia*, que conduce el periodista Ricardo Rocha (a quien por cierto Marcos lo había llamado para participar en una de las mesas entre el gobierno y el EZLN como asesor del este último) difundió un vídeo (una versión más amplia que la presentada meses atrás por el gobernador de Guerrero), en el que aparecen campesinos agonizando y heridos, y se escuchan gritos de los policías: "Corten, corten (cartucho)", para después oírse la balacera (p. 170). En las imágenes se evidencia claramente la culpabilidad de la policía en la masacre. Después de que el vídeo se transmitió a nivel nacional los ánimos se encendieron, se incrementó la protesta y el reclamo de esclarecimiento de los hechos, lo cual desembocó en que el cuatro de marzo el entonces Presidente Ernesto Zedillo solicitará a la Suprema Corte de Justicia de la Nación una investigación de los acontecimientos (ver Canal 6 de Julio, 1996; 1997; Maribel Gutiérrez, 1998). La inconformidad creció, los hechos apuntaban a la responsabilidad, cada vez más clara, de Rubén Figueroa en la masacre de Aguas Blancas. El 12 de marzo el gobernador solicitó "licencia definitiva" (Maribel Gutiérrez, 1998).

El informe de la Suprema Corte, señalaba que al examinar los hechos se "encontró violaciones generalizadas –y no particulares– de las garantías consagradas en los artículos 1º, 6º, 8º, 9º, 11, 14, 16 y 22 de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos. a) Violación a la garantía de tránsito, puesto que se detuvo sin orden de autoridad competente a pasajeros que viajaban en camiones del servicio público que transitaban pacíficamente. b) Violación a la garantía de libre expresión, puesto que la propia autoridad del estado reconoce que intervenía para que no hubiera acto de protesta contra la presidencia de Atoyac. c) Violación a la libertad personal de los transeúntes, puesto que sin orden de aprehensión

detuvieron a personas, y les impidieron desplazarse libremente para atender sus asuntos. d) Finalmente, violaron sus garantías de seguridad. De defensa y de petición y de respeto a la vida. "Tales violaciones se traducen en grave atentado a su dignidad, puesto que salvo la dudosa conducta de dos de los viajeros (campesinos que saltaron de la camioneta con machete en mano), todas las demás personas se sometieron resignadamente al procedimiento arbitrario del cuerpo motorizado, con el resultado de que se produjo la muerte de 17 personas y más de 20 heridos, al alegarse que los policías oyeron disparos aún no totalmente identificados hasta la fecha, y eso fue a la manera de un mandato, o una señal, para disparar en ráfagas sus armas automáticas sobre los civiles indefensos, lo que igualmente se traduce en una violación a la garantía de respeto a la vida, y a la seguridad en una detención...

"Al margen de la responsabilidad penal que pudiera resultarles al gobernador y demás funcionarios del estado de Guerrero, lo cual no es materia de la presente investigación, cabe señalar que existe la versión de que en el segundo camión estaba infiltrado un provocador que al bajar del mismo disparó para excitar la reacción de los policías, quien fue protegido por algunos de éstos, para su ocultamiento y evitar ser lesionado o detenido" (citado en pp. 178-179). Y aseguran: "es evidente la responsabilidad de los entonces gobernador, procurador general de Justicia y secretario de Gobierno, además de los restantes funcionarios consignados, todos ellos del estado de Guerrero, porque actuaron como cultivadores del engaño, la maquinación y la ocultación, con la consecuente violación grave de las garantías antes citadas" (p. 180). Se envió copia del informe al Presidente de la República; al gobernador en funciones, al Congreso y Tribunal Superior de Justicia del estado de Guerrero. El revés en todo ello, es que ninguna instancia tomó en consideración el informe de la Suprema Corte, como si la intención hubiera sido sólo el "retirar momentáneamente del escenario político a Figueroa y su grupo más cercano, pero sin ningún efecto jurídico" (p. 182). Los autores intelectuales del crimen no fueron llevados a juicio.

Pero no sólo fue la masacre de Aguas Blancas, que algunos pretenden mostrar como el punto negro de la administración de la justicia por parte del gobierno de Rubén Figueroa, más bien ésta constituye una muestra cruda de la represión que se vivía (y se vive) en el estado. Mirando el contexto se puede ratificar tal tesis. En menos de tres años de gobierno de Figueroa hubo 84 asesinatos políticos contra el PRD, a manos de priistas, policías, allegados a los presidentes municipales y caciques. En los dos siguientes años, con la gubernatura ya en manos del también priista Ángel Aguirre, se reportaron 63 caídos por la represión. "Hasta mediados de 1998, al menos 30 asesinatos en el municipio de Coyuca de Benítez están vinculados directamente con los hechos del 28 de junio de 1995. En su mayoría, son parte de la represión gubernamental contra la Organización Campesina de la Sierra del Sur" (p. 187). Otro dato duro es que en el lapso de ocho meses, de Aguas Blancas a la caída de Figueroa, hubo diez asesinatos colectivos, con un resultado de 67 muertos.

Así, a manera de ilustración, el siete de julio, a unos pocos días de la masacre de Aguas Blancas, en la región indígena de La Montaña, fueron emboscados policías motorizados con un saldo de cinco muertos. Una agrupación denominada *Brigada Campesina de Ajusticiamiento* se atribuyó el ataque, aduciendo como respuesta a la matanza de campesinos (Montemayor, 1999a); aseguraban: "Ya no queremos quedarnos sentados a ver como mueren nuestros hermanos; la indignación que hemos venido guardando desde hace muchos años nos ha llevado a la decisión de responder a este crimen

con la justicia del pueblo para enfrentar la represión" (citado en p. 189). Inteligencia Militar habla de unos 40 hombres armados con AK47 y R15 que reivindicán el hecho. Ello, dice el informe, debe tomarse como "un indicio importante para prever acciones de grupos armados distintos a los zapatistas" (p. 188). Dicha brigada, se sabría después, se sumó a la conformación del EPR.

Por su parte la versión oficial que se dio a conocer, señalaba que los policías fueron muertos por asaltantes. No obstante esta versión, y como parte de su estrategia de justificación de la masacre, el 6 de julio Rubén Figueroa realizó un viraje de 180 grados en sus declaraciones, y contrariamente a lo que había sostenido en el sentido de que en Guerrero "no hay guerrilla", manifestó: "ha habido indicios" de que hay nexos entre la OCSS y el PROCUP y el PdIP", al tiempo que anunciaba que ya estaba en marcha una investigación "exhaustiva y cuidadosa del tema" (Gutiérrez, 1998, p. 146). A su vez la OCSS por medio de uno de sus dirigentes, Hilario Mesino, manifestó: "Supimos que el exgobernador dijo que nuestra organización tiene relación con el PROCUOP y el Partido de los Pobres. Eso no es cierto, nosotros no sabemos nada de esos partidos. Pero pensamos que a lo mejor si existen, y sabemos que el Partido de los Pobres estuvo antes aquí en Atoyac, y que su lucha fue también por defender a los pobres, y nosotros tampoco estamos en contra de gente que lucha a favor del pueblo" (p. 193).

Se desató, nuevamente, la violencia y los asesinatos políticos contra los miembros de la OCSS quienes para protegerse se vieron obligados a buscar apoyo en otras organizaciones, y así formaron la Unión de Organizaciones de la Sierra del Sur (UOSS); y sus líderes, Benigno Guzmán e Hilario Mesino, se vieron en la necesidad de abandonar sus lugares de origen ante las amenazas de muerte que recibieron.

A fines de mayo de 1996, con el asesinato de siete campesinos en tres comunidades, se supo de la actuación de una organización de autodefensa en la parte alta de la sierra, cuya finalidad era "hacer justicia por su propia cuenta y riesgo" ante el clima de inseguridad y la apatía del gobierno federal y estatal que no hacen nada por detener la violencia en la región (*ibid*). Aunque no se trataba precisamente de un grupo rebelde. Se supo más sobre el susodicho grupo: "Con armas de alto poder, organizados en las rutas de acceso a la Sierra Madre del Sur, y con conocimiento del gobernador del estado, Ángel Aguirre, y del comandante de la Novena Región Militar, general Enrique Tomás Salgado Cordero, ciudadanos de las partes altas de los municipios de la Costa Grande y la Tierra Caliente comenzaron a operar con el fin de 'limpiar' la región de delincuentes que, afirman, están en contubernio con los grupos policiacos estatales. Formaron una organización campesina ante la impunidad de secuestros, asaltos y asesinatos, que aumentaron dramáticamente a partir de 1995. Querían resolver por cuenta propia y arriesgando su vida el grave problema de la seguridad pública, convencidos de que sólo las mismas comunidades podrán hacer algo" (p. 214).

No obstante, Inteligencia Militar ya sabía del entrenamiento de grupos armados en Guerrero, en una zona denominada "El Triángulo" situada entre Atoyac, Coyuca de Benítez y Tepetitla. A estos grupos se les vinculaba con otras agrupaciones como el PROCUP y el PdIP. A ellos se atribuía, desde entonces, los secuestros de Harp Helú, en el cual el padre de la iglesia de Atoyac actuó como intermediario en la custodia del rescate. Ese fue uno de los elementos que la instancia militar nacional tomó como "prueba" de que en Guerrero (al igual que en Chiapas) "quizás" algunos sacerdotes se estaban acercando a la guerrilla (ver Montemayor, 1999a).

2.3 Articulación guerrillera

A fines de abril de 1997, en un paraje montañoso de la Costa Grande, por donde pasó hace 20 años Lucio Cabañas, los dirigentes del EPR, el *comandante Antonio* y el *coronel Santiago* se entrevistaban con reporteros, y expresaban que en nuestro país aún existían espacios para la lucha política y que la lucha armada "no es fundamental" (Gutiérrez, 1998). Paradójicamente el EPR seguía creciendo. "Precisamente, el día en que cuatro reporteros fueron trasladados a un campamento eperrista, invitados a una conferencia de prensa, se había constituido una nueva columna para esa área, compuesta mayoritariamente por campesinos, todos menores de 20 años, hombres y mujeres" (p. 240).

Reconocen que hay continuidad con el PdIP, pues éste se integro, junto con otras trece organizaciones al EPR, según relata el *comandante Antonio*. Al mismo tiempo que confluye gente nueva, que se incorporó a partir de 1988, existen "varias columnas del EPR que eran del PDPL que ahora se enriquece con miembros de otras organizaciones, columnas que nunca dejaron de existir, que ahí estuvieron a veces con tres o cuatro combatientes pero ahí andaban, a veces bajándose de la sierra en un afán de sobrevivencia, y ahora son el eje del EPR en algunas zonas" (p. 241). Este dato es importante puesto que muestra la continuidad de los setenta hasta los noventa: aniquilaron a una guerrilla en forma, pero nunca hubo cambios sustanciales en el estado, por ello resurge la guerrilla 20 años después. Según datos proporcionados por ellos mismos, el EPR aglutina a los comandos Armados Mexicanos, Francisco Villa, Morelos, Genaro Vázquez y Vicente Guerrero; a las Brigadas Obreras de Autodefensa, Obrera 18 de marzo y Campesina de Ajusticiamiento; a las Células Comunistas, a la Organización Revolucionaria Ricardo Flores Magón, a la Organización Revolucionaria Armada del Pueblo, al PROCUP-PdIP y a la Unión de Comandos Revolucionarios (ver Correa y López, 1996a, p. 27).

Antonio recuerda que en la zona donde han realizado conferencias de prensa, hubo un fuerte apoyo social entre 1972 y 1974 a la guerrilla del Partido de los Pobres, y la parte oficial creyó que después de la muerte de Lucio Cabañas ese apoyo dejó de existir. Narra: "Cuando llega nuevamente a la zona una unidad guerrillera que realiza reconocimiento armado, y en cuanto esta unidad entabla contacto con la población, de inmediato se expresa la simpatía al movimiento armado. Legamos otra vez con aquella gente, muchos de ellos ancianos, porque algunos participaron desde 1967, y fueron los primeros que se incorporaron con nosotros. No podían andar en el monte pero nos presentaron en las poblaciones" (Gutiérrez, 1998, p. 241). En dicha región, dice, se juntan hasta tres generaciones alrededor del EPR.

Continuando con la entrevista, el líder guerrillero asegura que el apoyo que recibe el actual EPR es mayor al que recibió el PdIP, y lo perciben en las acciones de propaganda armada: "En ningún lugar hemos tenido el mínimo rechazo de la población; al contrario, en algunos casos nos hemos precisado a detener ahí a la gente porque ha habido intentos de incorporación en ese momento" (*idem*). El dirigente reconoce que tenían unidades desde antes del caso Aguas Blancas: "el Estado había detectado la presencia de algunas unidades nuestras y había simpatía para nosotros en algunas comunidades. El gobierno actuó bajo el entendido de que hay que aniquilar, antes que dar solución política a la inconformidad social que dio origen al surgimiento de grupos armados en esa área. Figueroa es uno de los representantes de esa política, pero actuó con el conocimiento de otras instancias del gobierno, y con la conformidad de la Secretaria de la Defensa Nacional, que para

combatirnos envió a Acosta Chaparro, que dicen que es el más preparado en el combate a la guerrilla" (p. 243).

Pero los eperristas no dieron a conocer su presencia sino hasta junio de 1996, porque "antes de Aguas Blancas había un crecimiento bastante grande. A partir de la masacre el gobierno logra su objetivo en parte, e inhibe la incorporación" (*idem*), pero después se vuelve a crecer. La actividad del grupo armado resurge cuando emboscan a una unidad de la Policía Motorizada en julio de 1995, como respuesta a la masacre de unos días antes, a pesar de que habían decidido abrir primero la modalidad de propaganda armada, pero la represión cambió los planes, señala el *coronel Santiago*.

Los eperristas, como ellos mismos lo han expresado, tienen una mayor presencia y fuerza en Guerrero, lo que ilustran con datos sobre bajas al Ejército mexicano, al cual por cierto no le han declarado la guerra: 140 muertos en el país, de las cuales 100 pertenecen a Guerrero, en 10 meses de acciones de "autodefensa armada". Mientras que el EPR reconoce 4 bajas en el país, uno de ellos en Guerrero. Pero, el *Comandante José Arturo*, miembro de la dirección nacional del EPR, explica que tienen presencia y fuerza nacional, que están compuestos por campesinos, obreros y profesionistas, y que operan tanto en el campo como en la ciudad (Correa y López, 1996a). Asegura: "De ninguna manera somos una pantomima, sino una realidad. Y ni el Ejército Zapatista ni nosotros somos los únicos grupos armados que existen en México. Hay muchos más, producto de casi 30 años de experiencia clandestina" (p. 22). La comandancia eperrista ha advertido: "La realidad es que somos una fuerza nacional, que estamos por todos lados y que sólo hemos empleado una mínima parte de nuestra potencia" (1996b, p. 7), y que en la medida en que el gobierno los ataque responderán.

El primer dato, sobre la existencia guerrillera a nivel nacional, parece confirmarlo Inteligencia Militar. Esta instancia reconocía que para diciembre de 1996, esto es, a seis meses de su aparición, el EPR tenía presencia en 17 estados del país: Guerrero, Oaxaca, Chiapas, Tabasco, Veracruz, Hidalgo, Puebla, México, Michoacán, Guanajuato, San Luis Potosí, Jalisco, Nayarit, Chihuahua, Tamaulipas y el Distrito Federal (Correa, 1997a). A decir de esta instancia gubernamental, desde 1996 la guerrilla ha tratado de extenderse a Chihuahua y Nayarit, con la finalidad de abrir un "corredor" para obtener armas (*idem*). El EPR avanza desde el sur y se va consolidando en el centro y el norte del país. Así, por ejemplo, en octubre de 1996 circuló en Chihuahua un comunicado del PDPR-EPR en el que se exhortaba a la población a incorporarse a la lucha, "desarrollando todas las formas que vayan acorde a las necesidades y demandas de las mayorías que por años no han sido solucionadas por el actual mal gobierno" (p. 27).

Sobre el cómo consiguen las armas y la situación financiera de la guerrilla, sus integrantes aclaran: los recursos para financiar las actividades provienen de "expropiaciones bancarias y secuestros de miembros de la oligarquía financiera del país" (Correa y López, 1996a, p. 22). A ellos, de hecho, se les atribuye el secuestro de magnates nacionales y extranjeros en territorio mexicano.

El análisis del comandante José Arturo es a través del marxismo, y para él, "el levantamiento zapatista sirvió para despertar la esperanza de un país mejor, y para acelerar el proceso de unidad de los diversos grupos armados" (*idem*). Pero de inmediato se desmarcan del zapatismo, y expresa que a diferencia de estos, ellos si están por la toma del poder, y que combinarán la lucha armada con la vía civil. Siguiendo con el punto del grupo de

Marcos, aseguran que no les dan la vuelta, como los zapatistas si lo hacen con ellos, y siempre se dirigen "respetuosos" hacia el zapatismo (Correa y López, 1996b). Apuntan: "Sigue vigente nuestro planteamiento de que cuantas veces (los zapatistas) necesiten de nuestra solidaridad con acciones militares, las estaremos haciendo" (p. 9).

Pero son críticos de la dirigencia del sureste. El *Comandante José Arturo* señala que el lenguaje del jefe zapatista le ha dado poder de convocatoria (Correa y López, 1996a), aunque luego acota: "la poesía no puede ser la continuidad de la política por otros medios, y ésta no resuelve ni apunta en la dirección en que debe encausarse el movimiento... A través de la palabra se ha logrado desarrollar una fuerza moral, pero si no es respaldada con elementos más sólidos desde el punto de vista teórico, político, ideológico, tiende también a desgastarse y dispersarse. Y el reto no es solamente crear una fuerza moral, sino materializarla para que sea capaz de realizar las tareas sociales e históricas que tenemos enfrente" (p. 22). A pesar de lo cual no se puede ocultar la influencia que la guerrilla que emerge en enero de 1994 ejerce sobre la surgida en junio de 1996. En la revista *Proceso* (1032) se consignan algunos elementos de tal influencia del zapatismo en el lenguaje de los eperristas: "En todo caso nosotros tenemos que decir ¿A quién tenemos que pedir perdón por el hecho de no estar dispuestos a seguir permitiendo que el gobierno siga asesinando? ¿A quién tendríamos que pedir perdón, también nosotros, por nuestro levantamiento armado? ¿Tendríamos que pedir perdón, por ejemplo, al gobierno? ¿Tendríamos que pedir perdón a la oligarquía? ¿Tendríamos que pedir perdón al EZLN por esta decisión?" (p. 24).

Un elemento que ha caracterizado al eperrismo desde su surgimiento, es el espacio que desde el discurso le brindan a la lucha electoral. Para el EPR es un espacio más de lucha, en el cual no participan, pero tampoco lo obstruyen. En una conferencia de prensa, previo a las elecciones federales del seis de julio de 1997, los guerrilleros anunciaron que decretarían una tregua unilateral por tal proceso, advirtiendo que no permitirían que el gobierno los utilice como "pretexto para la militarización". Habrá que señalar que el EPR decreta, en los lugares donde opera, treguas unilaterales en momentos de elecciones; esto ha sido un continuum (ver Gutiérrez, 1998). De ahí que los reporteros de la revista *Proceso*, Correa y López (1996a), concluyan: "A diferencia de los grupos armados que antes llamaban a no votar, el EPR... no descalifica la lucha legal" (p. 27). Bien se puede considerar al EPR dentro de la lógica del discurso de "todas las formas de lucha posible" (ver Ramírez, 1996). El *Comandante José Arturo* lo pondría en los siguientes términos "estamos convencidos de que no solamente la lucha electoral o parlamentaria podrá hacer posible los cambios y las transformaciones que la nación requiere sino que además se requiere de la lucha de distintos sectores; de la lucha sindical, de la lucha campesina... se requiere la autodefensa armada como una forma de lucha. De modo que la combinación, la articulación de todas y cada una de estas formas de lucha, posibilite realmente la construcción de espacios que no sean coyunturales" (Una Revista de las Mujeres..., 1998, p. 16-17). Pero acotan: dichos espacios se comenzaron a abrir hace 20 años con la lucha armada.

Asimismo, hay que puntualizar que el eperrismo, en tono con el zapatismo, y a diferencia de otros momentos y de otros grupos armados, como los de los setenta, plantea que es importante el trabajo de los intelectuales (Correa y López, 1996b). Señalan: "A Carlos Monsiváis lo vemos como un intelectual que ha hecho bastante, y sigue haciendo por el desarrollo de la cultura al servicio del pueblo, que ha ido adquiriendo un compromiso. A Octavio Paz no... A Carlos Fuentes lo consideramos una persona comprometida con el pueblo" (p. 9). Se nota cierta influencia zapatista en el trato con este tipo de pensadores, pues los antecedentes del EPR no son de ese tono. De ahí que el EPR después de su

aparición llamara a organizaciones sociales para que se constituyera una "Comisión de la Verdad" que "informe sobre la ruptura del Estado de derecho en el país" (Gutiérrez, 1998), planteamiento que, se sabe, ha tenido poca o nula respuesta.

A lo anterior hay que agregar que los eperistas han considerado también el género en su lucha. A decir del *Comandante José Arturo* se deben legislar los derechos de las mujeres, pues ha prevalecido la visión del hombre en muchas actividades (ver *Una Revista de las Mujeres...*, 1998). En una entrevista a inicios de febrero de 1998, concedida a la publicación *Una Revista de Mujeres* la *teniente Adela*, una de las mujeres de más alto rango del EPR, manifiesta que ella participó en una organización abierta que luchaba por ciertas demandas y..... la clásica historia de las guerrillas. Ahora tiene una función precisa: forma políticamente a una comunidad eperista, y señala: "es una de las funciones principales del EPR. Preparamos y preparar al pueblo para que enfrente la represión que el gobierno desata contra ellos y contra nosotros" (p. 2), aclarando que parte de su formación consiste en instruirse sobre la igualdad entre hombres y mujeres... "tenemos las mismas capacidades, las mismas posibilidades y habilidades, siempre y cuando nosotras queramos tenerlas" (p. 2), aunque reconoce que aún tienen ese sentimiento de superioridad, machismo, algunos de sus compañeros. Ante el cuestionamiento de sí la transición a la democracia no puede ser pacífica, la *teniente Adela* advierte que así debería ser, pero el gobierno se obstina en impedirlo, así lo demuestra Aguas Blancas, Oaxaca, Chiapas, la sierra de Chihuahua, y cuestiona: el pueblo "¿qué más puede hacer cuando llegan los grupos paramilitares o el Ejército federal o los guardias blancas... es el gobierno el que hace dolorosa esta transición democrática" (p. 4). Y asegura que no tienen la disposición de dejar de lado su proyecto de país, ni las armas. *Adela* expresa que realiza actividades como muchas de sus compañeras: "Se requiere que toda la familia participe porque una compañera sola difícilmente podría estar aquí sin el apoyo de su compañero. Es compartirlo todo. La familia es sensible, comprende y, entonces, participa. En eso radica el papel de la familia: apoyar para que nosotras hagamos otras tareas fuera del hogar" (p. 5).

2. 4 Algunas acciones

El 28 de agosto de 1996, el EPR realizó acciones armadas contra unidades del Ejército y la policía en varios estados del país (Corro, 1996b). "Irrumpimos militarmente en la escena nacional de una manera coordinada. Quedó evidenciado que el EPR no está solamente en Guerrero y en la Sierra Madre Oriental, sino que tiene fuerza militar en otros estados como Oaxaca y el Valle de México. Después hay otras acciones militares en Hidalgo, Veracruz, Puebla y Michoacán" (en Gutiérrez, 1998, p. 243). Efectivamente, a dos meses de su aparición en público, el EPR mostró que tiene presencia en varias partes del país (Corro, 1996b). Así, "en una larga noche, realizó ataques de manera escalonada a instalaciones y puestos militares y de cuerpos policiacos... En los ataques, los miembros del EPR utilizaron armas de alto calibre, granadas y bombas. El saldo fue de 15 personas muertas y por lo menos 22 heridos" (p. 13).

Después de esas acciones, el EPR, asegura, se replegó (ver Gutiérrez, 1998). "Desde el 28 de agosto no ha habido acciones ofensivas, bajo el entendido de que actuaríamos sólo en caso de que nuestras unidades se vieran en peligro inminente... Después ha habido encuentros de unidades del EPR con militares, sin un plan previo, las dos fuerzas se mueven y se topan, y bajo esa situación se han dado combates. Ha habido varias campañas de

propaganda armada. En todas hemos tratado de introducir elementos nuevos, para avanzar a un nuevo nivel sin que impliquen hostigamiento contra posiciones, por ejemplo hemos avanzado de retenes informativos en las carreteras, a la entrada en poblaciones pequeñas y después a una cabecera municipal como Tecoanapa" (p. 244).

Pero el recuento de sus acciones era fuerte: en los últimos seis meses de 1996 el EPR realizó 17 ataques contra el ejército mexicano y otras 17 contra otros objetivos policiacos y la toma de una radioemisora (Correa, 1997a).

A fines de 1996 hubo dos enfrentamientos entre el EPR y el Ejército federal, los de mayor magnitud hasta el momento (Maribel Gutiérrez, 1998). No se sabe si el EPR emboscó al Ejército o este último tendió un cerco y para salirse los guerrilleros tuvieron que responder. Lo cierto es que dichos enfrentamientos dieron pauta para que varias organizaciones sociales y políticas del estado demandaran diálogo entre las partes. El EPR informó a través de su Comandancia Militar de Zona, en un documento firmado por el *comandante Hermenegildo*, que le habían causado 23 bajas al enemigo; y en otro comunicado explican que los enfrentamientos eran una "acción defensiva", ante la ofensiva que preparaba contra ellos el Ejército, y que tuvieron que responder para romper un cerco. Asimismo, la comandancia de la Novena Región Militar informaba el 12 de marzo de 1997 de un enfrentamiento con las filas guerrilleras.

En tan sólo 20 días, de fines de 1996 a principios de 1997, el EPR realizó "operaciones" de "propaganda armada" en 65 municipios de diferentes estados del país (Correa, 1997a). Por lo que Inteligencia Militar no ha tenido más que admitir que el EPR realiza acciones de propaganda en bailes, con gente vestida de civil, implanta retenes para repartir volantes y toma pacíficamente pueblos para hablar con la población. Se despliega y actúa.

En febrero de 1998, al tiempo que conmemoraban el aniversario la Constitución mexicana, el EPR realizaba una Campaña Insurgente por "una Nueva Constitución" (ver Una Revista de las Mujeres..., 1998). Precisan que el cinco de febrero se celebran dos acontecimientos: el de "los de arriba" y el de "los de abajo". Los segundos conmemoran el pacto con el cual se conquistaron, a fuerza de sangre, las garantías mínimas para la vida; los primeros reivindican a Alvaro Obregón y Venustiano Carranza. Los de abajo reivindican a Ricardo Flores Magón, Francisco Villa y Emiliano Zapata, memoria pura. Al final de su documento señala el EPR que recuperará "las conquistas histórico-sociales suprimidas por la oligarquía financiera y el mal gobierno" (p. 7). Esa es su lucha, en eso están, advierten.

De esta forma, entre "cartas de presentación", campañas de "propaganda armada", retenes en carreteras, encuentros no planeados con el Ejército federal, acciones de defensa armada, "tomas" de pueblos, etcétera, los integrantes del EPR se han mostrado en diversas partes del país, y han evidenciado la amplitud de su presencia y la fuerza militar con la que cuentan.

2. 5 Acercamientos con la gente

Entre las acciones armadas que los eperristas realizaron en varias partes del país, el 28 de agosto de 1996 se encuentra la efectuada en la zona del puerto de Acapulco cuando atacaron el edificio del cuartel de la Policía Motorizada de El Cayaco. Mientras duró la

operación, el EPR paró la circulación de vehículos en ambos sentidos evitando así que quedaran automóviles o civiles en medio de los disparos (Gutiérrez, 1998). "A su paso los uniformados (eperristas) indicaban a los colonos que se metieran a sus casas, se tiraran pecho en tierra y que apagaran la luz. Muchos siguieron la instrucción, y otros discretamente permanecieron asomados a las puertas y ventanas" (p. 232). Los guerrilleros actuaron con suma cautela ante la población local civil.

Al respecto, dirigentes del PRD local y dirigentes de organizaciones sociales manifestaron que "el grupo armado procuró que no resultara afectada la población civil". Tal actitud se confirmaba, a partir del hecho de que "poco antes del ataque cerraron la circulación de vehículos. Además, en la colonia Nueva Revolución, a un costado del cuartel, antes de que empezara la balacera los armados avisaron a los colonos que no salieran de sus casas, que apagaran la luz, y que se pusieran pecho tierra, que no les iba a pasar nada, que todo era contra la policía" (p. 233). Además, al retirarse los atacantes iban advirtiendo a los vecinos que se metieran a sus casas porque se podía presentar un enfrentamiento. Varios de los vecinos manifestaron su opinión al respecto: "En la Miramar los policías motorizados ya nos tienen hasta el gorro, los montados nos molestan, van a beber a las tiendas de la colonia, se ponen agresivos y chulean a nuestras mujeres. Solamente una familia se fue de la colonia al día siguiente con sus cosas, por temor a que llegará la policía y fuera a reprimir a los colonos" (*idem*).

Las actividades más conocidas del EPR hacia fines de 1996 fueron "predominantemente de acercamiento a la población" (ver Correa, 1997a), sobre todo en la Costa Grande, la Costa Chica, la Montaña, la Tierra Caliente y la región Centro del estado, a donde llegaban unidades de la guerrilla, de entre 10 y 20 miembros, y en algunos casos hasta de cien. "Convocaban a la población y realizaban asambleas rápidas para difundir su movimiento mediante el diálogo directo con los habitantes y el llamado a unirse a la lucha armada, la distribución de panfletos y pintas en lugares públicos" (Gutiérrez, 1998, p. 235). Tan solo en diciembre del año de su aparición, estuvieron en 40 pueblos diferentes. Así, por ejemplo, el miércoles cuatro de diciembre, a manera de ilustración, se presentaron en la colonia 18 de mayo (por lo demás es una colonia fundada en 1990 y su nombre es la fecha del inicio de la guerrilla de Lucio Cabañas) y poco antes de las nueve de la noche unos cien guerrilleros acordonaron el lugar, mientras unos 30 de sus compañeros recorrían las calles haciendo pintas -"viva el EPR", "Viva Lucio Cabañas", "Vivan los guerrilleros"- invitando a la gente y repartían volantes, un comunicado dirigido a las Fuerzas Armadas y un ejemplar de su órgano informativo *El Insurgente*. A la gente le decían: "no teman, no es nada contra ustedes, estamos luchando contra el gobierno" (*idem*). Al final de la incursión, después de media hora de permanecer en la colonia gritaron las consignas que habían plasmado antes.

El sábado siete del mismo mes visitaron una comunidad de la Costa Chica llamada Huamuchito, a eso de las siete de la noche. Un habitante narra lo acontecido: "Fueron a llamar a todos los vecinos. Pasaron a mi casa. Estaba yo cenando. 'Buenas noches jefe. Lo invitamos a una reunión en el centro, no le vamos a quitar mucho tiempo', dijo uno que se asomó por mi puerta" (p. 236). Luego, continúa el campesino, ya en el mitin "hablaron de que ellos no venían haciendo males al pueblo. Que invitan al pueblo a que despierte, que vea lo que hace el mal gobierno, que nos está encarcelando, que está matando a muchos campesinos. Invitaron a la gente a que se una y que luche contra el gobierno que nos está oprimiendo. También dijeron que los soldados son gente del pueblo, porque son hijos de campesinos, que son gente pobre que está ahí por un sueldo, y que no deben disparar contra sus hermanos. Dijeron que a los campesinos ya no nos alcanza para comer, que lo

que producimos se paga muy bajo. Hablaron del municipio de Cuauhtepéc. Dijeron que no se ha podido resolver lo de las elecciones porque el gobierno está imponiendo sus leyes y no respeta la voluntad del pueblo. Por eso llamaban a unirse a una sola fuerza para luchar contra el mal gobierno. Al final se formaron, hicieron honores, y se fueron. A mí me pareció bien. Me cayeron bien sus palabras. Es verdad lo que dicen. Y vimos que no vienen a amenazar campesinos. Vienen a dialogar para que los campesinos despierten. Ellos eran como nosotros, como cualquier campesino. Muchos en el pueblo dijeron que estaban agradecidos con ellos porque vinieron. Al principio algunos se espantaron. Pero ellos se portaron respetuosos con nosotros, más respetuosos que el gobierno federal, que a veces abusa" (pp. 236-237). Escenas y discursos que parecen volver del pasado, como en los momentos de Lucio Cabañas, y por los mismos lugares (ver Montemayor, 1991).

En los siguientes días los eperristas llegaron a la comunidad de Limón Grande, en donde la mayoría de los ciudadanos son priistas. Uno de los habitantes narra: "No se portaron mal con nosotros. No nos amenazaron. Querían platicar... Nos invitaban: El que quiera incorporarse a nuestro Ejército, que lo haga. Que no hay sueldo, que eso es voluntario. Nos pidieron si podíamos ayudarlos con algo, ropa, un taco, o cualquier cosa. Yo entendí que pedían algo así como una limosna voluntaria... Se querían ir como a las 7, pero nosotros los detuvimos porque les ofrecimos comida. Dijeron que se la iban a llevar, pero les dijimos: Coman con confianza, a esta hora no viene el gobierno. Se quedaron una hora más, comiendo, y platicando con los niños y con los adultos. Nos dieron un volante a cada quien" (Gutiérrez, 1998, pp. 237-238). A otra comunidad, la de San José, en el mismo Cuauhtepéc, llegó un grupo de más de 50 eperristas. Uno de sus habitantes cuenta: "Hicieron una asamblea en la carretera. La gente tuvo miedo, muchos no se reunieron, se juntaron unos 35, hombres y mujeres. En la asamblea dijeron que suplicaban a las personas que tienen hijos en el Ejército que los saquen, porque va a haber enfrentamientos. Que ellos defienden los derechos de los campesinos. Que para que ya no estemos tan pobres se tiene que cambiar el gobierno, por gusto o por fuerza. Que el gobierno hace fraude en las elecciones, que eso no está correcto, que no van a descansar hasta que el gobierno respete al que gane" (p. 238).

La situación con que se topaban los guerrilleros era muy conocida; de hecho es la realidad que ellos han vivido durante su existencia civil y armada. De ahí que los campesinos de los poblados que visitan se identifiquen con ellos. Son su gente, su pobreza, su lucha. Quizá por ello uno de los comandantes eperristas segura: "nuestra presencia en muchos puntos del país se debe a la labor de varios años, en que se logró tener una vinculación con diferentes sectores y desarrollar un trabajo de construcción política, organizando a la población en unidades militares y políticas" (Corra y López, 1996a, p. 24).

El nueve de febrero de 1997 miembros de la guerrilla llegaron a la comunidad de Huamuchapa de la Costa Chica, pidieron permiso en la comisaría municipal para hablarle a la población y realizar una asamblea; uno de los asistentes recuerda: "Entraron pacíficamente y hablaron bonito. Dicen que luchan por una causa, que buscan el bien de los mexicanos. Le dijeron al pueblo que se uniera a su lucha, que andan en el monte por una causa, que es el cambio de gobierno para que la gente viva mejor, y que se levantaron en armas porque el gobierno ya no entiende por otros métodos" (p. 267). Después los armados les repartieron propaganda, y charlaron con los habitantes. Pobladores de otros lados, pero que se encontraban en el lugar, "gritaban a distancia invitando a los eperristas a que fueran a su comunidad, y prometieron hacerles chivo" (*idem*). Y antes de que se fueran los

guerrilleros, los habitantes del pueblo les "invitaron a cenar como muestra de su hospitalidad" y un señor les invitó refrescos.

El 16 de abril de 1997 en Las Mesas, municipio de San Marcos, se encontraron una unidad del Ejército y una del EPR, y este último emprendió la huida, puesto que había población de por medio: no hubo enfrentamiento. Cautela ante todo.

Con las incursiones del EPR a los poblados, se recuerda mucho la época de la guerrilla de Lucio Cabañas, muy al estilo, llegaban los guerrilleros del Partido de los Pobres, convivían y hacían mítines con los vecinos (ver Montemayor, 1991; Gutiérrez, 1998). Quizá por ello es que en su "Manifiesto" de presentación en junio de 1996 la guerrilla afirmaba: "El Ejército Popular Revolucionario está integrado por hombre y mujeres de los diferentes sectores explotados y oprimidos del pueblo, que han comprendido la necesidad de organizarse contra la violencia reaccionaria de los explotadores y opresores, que durante décadas han intentado ahogar en sangre la lucha del pueblo mexicano por sus legítimas aspiraciones. Esto le da un carácter esencialmente popular porque en él participan hombres y mujeres sencillos del pueblo".

2. 6 Impacto

Montemayor (1997) asegura que la aparición del EPR "dio lugar a numerosas conjeturas, desde negar su existencia hasta sobrevalorar su capacidad organizativa o compararlo negativamente con el EZLN" (lo cual a la fecha ha quedado incrustado en los simpatizantes de los zapatistas). Esto es, "a dos años de la insurrección en Chiapas, México no sabía como reaccionar ante la posibilidad de una nueva guerrilla en una de las regiones que durante dos siglos se ha distinguido por su tradición combativa" (p. 17).

Habrà que aceptar que fueron diferentes las reacciones que provocó la incursión del EPR en varias partes del país a finales de agosto de 1996. Así, hubo quien exigió diálogo entre las partes, tal fue la postura de algunos partidos, hasta quienes dijeron que tenían que aniquilarlos, que fueron las voces de algunos empresarios (Mayolo, 1996). No obstante las diferencias diametrales, ambas posturas coincidieron en una valoración: es necesario un cambio en la política social.

Asimismo, las acciones realizadas a fines de agosto por el EPR se plasmaron en los cuatro principales diarios estadounidenses (Beltrán, 1996). Así, mientras *The New York Times* señalaba que la guerrilla eperrista estaba dispuesta a robarle la escena al informe del Presidente Ernesto Zedillo, y que parecía que el grupo armado tenía presencia a lo largo del país, *The Washington Post* relató la incursión del EPR en Huatulco, y señaló: "parece tener parte de sus raíces en las grandes disparidades de quienes tienen y quienes no tienen en México, así como en la privación de derechos políticos de los campesinos" (citado en p. 16). Este mismo rotativo expresaba que el EPR parece estar mejor armado, entrenado y financiado de lo que se había pensado. El articulista de la revista *Proceso* recupera la nota de *Los Angeles Times*, que en sus páginas escribía: "los ataques, aparentemente bien coordinados a lo largo de una enorme región del país, generaron temores de que México podría ser arrasado por la violencia política" (p. 16).

Por su parte el editorialista de *Proceso*, Froylán López (1996b) apuntó, después de la famosa operación eperrista de fines de agosto de 1996: "Al deterioro constante de la vida

personal y familiar por la inseguridad callejera y doméstica, también en oficinas y otros centros de trabajo, por la pérdida también cotidiana y con incremento de ingreso y gasto, se ha sumado la ingrata y odiosa del activismo mortífero del Ejército Popular Revolucionario. La vida en México está infectada por la desesperanza, la ira y la violencia" (p. 29). Más adelante agregaba: "A pesar de los centenares de plantones, bloqueos, marchas, que se imponen en varias capitales de la República, a pesar de que empresarios, eclesiásticos, líderes obreros y agrupaciones ciudadanas protestan y reclaman cambios en la línea económica oficial, el Poder Ejecutivo se rehúsa a tomar en cuenta tan heterogéneas y justificadas demandas y replica aduciendo que a mediano plazo, cada vez más distantes, la macroeconomía rendirá frutos en la vida real de la mayoría mexicana" (p. 29).

Por su parte el zapatismo inicialmente reaccionó con cierta desconfianza cuando surgió el EPR; después, se ha visto, ha actuado en un tono similar al del gobierno de Ernesto Zedillo, asumiendo que ellos son la guerrilla buena, y el EPR la guerrilla mala. Los eperistas habían manifestado que brindarían su apoyo, incluso militar, cuando así lo requiriera el zapatista. En un comunicado el *subcomandante Marcos* se dirigía en los siguientes términos al EPR: "Sólo quiero decirles que no que no queremos su apoyo. No lo necesitamos, no lo buscamos, no lo queremos... Sigán ustedes su camino y déjenos seguir el nuestro... Nuestra legitimidad no la ganamos con las armas; la conseguimos con muchos años de trabajo político con quienes ahora son nuestros jefes: las comunidades indígenas, y con el diálogo... lo que si hay que remarcar y repetir es que somos diferentes... La diferencia está en que nuestras propuestas políticas son diametralmente distintas y esto es evidente en el discurso y la práctica de las dos organizaciones" (EZLN. Documentos..., 1997, pp. 368). Y sobre las acciones de propaganda armada que los eperistas realizaron en varias partes del país, el dirigente zapatista es condenatorio: "el operativo propagandístico en Chiapas me pareció inútil y tonto en el mejor de los casos, y provocador en el peor" (p. 368). Después de señalar que deben ganarse la "legitimidad" que a los zapatistas les costó "años de trabajos", sentencia: "Ustedes luchan por la toma del poder. Nosotros por democracia, libertad y justicia. No es lo mismo. Aunque ustedes tengan éxito y conquisten el poder, nosotros seguiremos luchando por democracia, libertad y justicia. No importa quién esté en el poder, los zapatistas están y estarán luchando por democracia, libertad y justicia... estamos seguros de que ustedes sabrán entender el respeto y distancia que les pedimos" (p. 369).

2. 7. Diálogo

Cuando surge el EPR, éste no contemplaba entre sus tácticas el diálogo como vía de solución a las demandas que enarbolaban. De hecho, existía un antecedente: la ruptura de las conversaciones de San Andrés entre el EZLN y el gobierno federal, debido al incumplimiento de legislar e implementar lo pactado por parte del segundo. Razón por la cual los eperistas advertían insistentemente que no podían asistir a un diálogo, primero, que no se le había propuesto, y segundo, que lo ocurrido en Chiapas mostraba la "voluntad" que el gobierno tenía para atender los justos reclamos de los rebeldes de ese estado.

Pero la postura del grupo armado se ha ido modificando, a grado tal que el propio *comandante José Arturo*, en entrevista con varios reporteros, en el marco de la campaña por una nueva Constitución en febrero de 1998, responde a la pregunta de si irían a un diálogo con el gobierno (ver *Una Revista de las Mujeres...*, 1998): "Nosotros estamos dispuestos a participar en un proceso de pacificación que apunte a la solución real del conflicto armado en

nuestro país; tendría que haber soluciones de fondo a la problemática nacional; de modo que no estamos apostando únicamente a las armas" (p. 16). Para este líder guerrillero "una de las paradojas de fin de siglo es que la transición pacífica a la democracia requiera necesariamente de la presencia de las armas, no estamos diciendo de la acción de las armas. Pero sí, necesariamente, la presencia de las armas con el objetivo de disuadir al grupo neoliberal para que no haga del Ejército federal un instrumento al servicio de sus intereses" (p. 19). En la entrevista el comandante hace una reflexión y señala que están dispuestos a un diálogo con la sociedad civil. Quizá ello muestre de alguna forma la influencia de los zapatistas que han trabajado y desarrollado ese esquema.

Un elemento que no deja de sorprender lo constituye la declaración del gobernador de Oaxaca José Murat, al afirmar que el verdadero origen del EPR es "la injusticia y la miseria ancestral que padecen nuestras comunidades" (Chávez, 1999, p. 13). Y sorprende, porque ningún gobernador había aceptado la miseria como el origen de la guerrilla, en ningún estado del país. Incluso después de las acciones de agosto de 1996 el entonces gobernador, y posterior secretario de Gobernación, Diódoro Carrasco, quien había negado la existencia de guerrilla durante algún tiempo, no tuvo más que aceptar que sí había guerrilla en su estado (Chávez, 1999), pero no atribuyó su origen a la miseria de los pobladores. En cambio el que después arribó al poder Ejecutivo del estado, el gobernador Murat, declaró en su momento: "Lo que debemos hacer todos los oaxaqueños, es luchar contra la miseria y la marginación. Si eso es lo que realmente quiere el EPR, las puertas del gobierno están abiertas también para ellos" (p. 15). Y aseguró estar "dispuesto a llegar hasta la amnistía, si logramos acuerdos dignos y justos para todas las partes" (*idem*). Sólo que al gobernador se le olvidaba que el Ejecutivo federal aseguró que no dialogaría con "terroristas", y puesto que las demandas del EPR, al igual que las del EZLN, son de carácter nacional, y dado que tiene presencia en varios estados del país, se requiere de una mesa más amplia que rebase los límites del estado de Oaxaca. Para ello se necesita, entonces, reconocer la existencia de guerrilla en otros estados, donde los gobernantes se han negado a hacerlo. De lo contrario ocurrirá lo que ya sucedió en Chiapas: mientras la guerrilla y una parte del gobierno federal pretenden echar a andar el diálogo, el gobierno estatal se dedica a boicotearlo mediante acciones de represión y contrainsurgencia.

2. 8 Respuesta gubernamental

"No hay guerrilla en Guerrero", rezaba la palabra gubernamental y militar a fines de los sesenta y principios de los setenta, cuando operaba Genaro Vázquez y Lucio Cabañas en las montañas de ese estado. Tal pensamiento se hacía extensivo para el país entero. Lo mismo ocurría antes del estallido del EZLN. En 1995, después de la masacre de Aguas Blancas, cuando la *Brigada de ajusticiamiento* reivindicó la emboscada a la policía motorizada (ver Montemayor, 1999a; Gutiérrez, 1998), el gobierno se empeñó en negar la existencia de guerrilla en Guerrero, y calificó a sus integrantes como "delincuentes". Más paradójico aún: cuando el EZLN estalló en el sureño estado de Chiapas, los altos mandos militares en Guerrero se apresuraron a negar algún indicio de guerrilla en el estado, aunque para los primeros meses de 1994 su comportamiento y número de efectivos en la entidad no correspondían con lo declarado. De hecho, señala Maribel Gutiérrez (1998): "Hubo en la sierra y La Montaña un despliegue militar que no se había visto desde los tiempos de Lucio Cabañas, y comenzaron nuevamente las aprehensiones ilegales, cateos, incursiones en las

comunidades e interrogatorios bajo tortura" (p. 75). Sin guerrilla manifiesta en esos momentos, según las propias versiones del EPR.

Con el cambio de administración a nivel federal, también se efectuaron cambios en los mandos militares, y al tomar posesión el 8 de diciembre de 1994 el nuevo comandante de la Novena Región del Ejército, el general de división Enrique Salgado Cordero manifestó en conferencia de prensa: en el estado de Guerrero "no hay indicios de guerrilla". Aseguró: en "Guerrero no hay condiciones para un levantamiento armado como el de Chiapas. Guerrero es tierra pródiga; hay muchas carencias, pero el gobierno federal y estatal están tomando las acciones necesarias para resolver esa problemática" (p. 85). Ante las insistentes preguntas de reporteros, Salgado Cordero se vio en aprietos sobre todo cuando le espetaron que el comandante de la 35 Zona Militar, cuya sede está en Chilpancingo, había declarado el 5 de mayo de 1993 a los medios que "el Ejército tenía localizados a grupos guerrilleros en Guerrero" y que "Inteligencia Militar tiene los nombres de quienes reparten libelos del PROCUP y del Partido de los Pobres" (p. 86); y le recordaron que a los pocos días fue destituido. El general dijo desconocer la información y anunció nuevos "planes para ampliar la labor social del Ejército, de ayuda a la población necesitada" (*idem*). Luego manifestó: "En cuanto a informaciones que se propalan de la existencia de grupos armados, entre comillas de guerrillas, no existen tales. Eso es solamente historia, ahora las condiciones son otras, prevalece en la población el espíritu de trabajo y de progreso" (*idem*). Muchos dirigentes sociales manifestaron su preocupación a la anunciada "labor social" del Ejército, puesto que detrás de dicha actividad, aseguraban, se escondía la "penetración de las comunidades para una política represiva o de contrainsurgencia" (p. 87), sobre todo en el marco, por un lado, de declaraciones que negaban la existencia de grupos armados rebeldes, y por el otro, la filtración de información a varios medios de comunicación que el gobierno realizaba sobre planes de estallidos armados en la región, acusando, como siempre en las últimas fechas, a defensores de derechos humanos, sacerdotes y dirigentes sociales y de partidos políticos de oposición.

A fines de 1994 el ejército instaló campamentos en diversos puntos de La Montaña y Tlapa la principal ciudad de esa región. Los movimientos de las tropas causaban en la población incertidumbre, ya que por las noches hacían fogatas y durante el día recorridos por el monte y en los poblados, con los consiguientes interrogatorios: "¿Han visto por aquí zapatistas? ¿Se oyen disparos en el cerro, de noche o de día?". Los militares estaban en busca de campos de entrenamiento. Los pobladores de la cercanía corrieron la versión de un par de enfrentamientos por esos días; se habló de 15 civiles y siete militares muertos durante los choques. Oficialmente nada sucedía.

Ya vimos en el apartado de "causas eperristas" la actuación gubernamental contra las organizaciones sociales sin la existencia aún de guerrilla, cuando menos no manifiesta. Después de la aparición de la guerrilla eperristas, la primera respuesta fue retomar la frase de Cuauhtémoc Cárdenas: "es una grotesca pantomima", así calificaron a la guerrilla. Después de la descalificación, y ante lo contundente de la presencia y articulación eperrista, llegó lo militar. La militarización fue la respuesta que el gobierno federal y estatal dieron a los reclamos de justicia de los pobladores de Guerrero y el EPR (ver Montemayor, 1998; Gutiérrez, 1998). En un acto efectuado el 18 de julio de 1996 en la explanada de Atoyac, municipio gobernado por una mayoría perredista, la diputada federal Leticia Burgos entregó al Presidente Ernesto Zedillo un documento firmado por dirigentes perredistas locales en el que solicitaban la salida del Ejército ante los atropellos cometidos contra campesinos, y las violaciones a las garantías individuales, obteniendo como respuesta un: "Eso no, hasta que

entreguen las armas" (Gutiérrez, 1998, p. 227), refiriéndose a la guerrilla. Dos días antes se había dado un enfrentamiento entre el EPR y el Ejército federal.

Pero no era exclusivamente la presencia militar lo que constituía sustancialmente las medidas que tomarían el Ejecutivo local y federal, pues de acuerdo con Maribel Gutiérrez, el gobierno respondió con la persecución a miembros de las organizaciones sociales en la región donde actuó el grupo armado, en particular de la OCSS y del PRD: "Los principales dirigentes de la OCSS fueron encarcelados por delitos clasificados como políticos, por órdenes de aprehensión que habían sido giradas meses antes, con motivo de movilizaciones de masas. Esas órdenes de aprehensión salieron de los archivos de las procuradurías después de que emergió el EPR. También fueron encarcelados campesinos integrantes de las bases de las agrupaciones que integran la Unión de Organizaciones de la Sierra del Sur (UOSS) la principal organizadora del acto de masas en el que hizo su presentación el EPR, acusados de pertenecer al grupo armado" (1998, p. 249). La represión era la respuesta natural del gobierno; "así siempre ha sido, de por sí" dirían dirigentes de varias organizaciones sociales.

Para mantener tras las rejas a muchos de los campesinos que han sido detenido, se les ha acusado de pertenecer a la guerrilla, lo cual ellos y sus familiares niegan. Desde el penal de Acapulco uno de los encarcelados narra su detención: "El día 6 de julio de 1996 salimos de Ahuacuotzingo a buscar trabajo a Acapulco, y el día 7 fuimos detenidos por la policía Judicial del estado en Coyuca de Benítez, en la parada de microbuses, a las 6 de la tarde. Nos llevaron a la comandancia y nos sometieron a crueles torturas.

"Nos metieron la cabeza en una bolsa de plástico y nos dieron toques eléctricos en el cuerpo y en los testículos. Además, nos metieron en una pileta de agua sucia con orines, nos amarraron las manos y los pies y un agente nos puso el pie en el pescuezo. Después nos vendaron los ojos y nos golpearon con los puños y patadas.

"El comandante Héctor Colín Cedeño decía que si no nos hacíamos culpables de pertenecer al Ejército Popular Revolucionario nos iba a seguir torturando.

"Después, nos esposaron y fuimos trasladados a la ciudad de Chilpancingo, donde fuimos presentados ante el director, Francisco Vargas Nájera, quien nos amenazó con volvernos a torturar y hasta meternos un tiro en la cabeza si no nos hacíamos culpables.

"Vargas Nájera nos hizo agarrar un arma a cada uno por separado, y ordenó que nos tomaran fotografías, dijo que si nos movíamos él mismo nos iba a dar un tiro en la cabeza. También nos enseñó una foto del diputado Ranferi Hernández Acevedo, y dijo que teníamos que decir que él nos había dado 2 mil pesos a cada uno para que nos uniéramos al grupo armado, y nos dijo que si no declarábamos eso que nos iba a ir muy mal, y que nos iban a volver a torturar" (p. 259); viejos métodos y pasos que se niegan a desaparecer, y que llevan a que personas de manera injusta sean torturadas y privadas de su libertad.

Este tipo de situaciones generaron nuevamente eco, se mostraba que estos métodos no habían dejado de existir, pero parecía no repararse en ello. Se evidenciaron abiertamente los métodos tradicionales de fabricación de culpables una vez que estalló la revuelta zapatista, al tiempo que se hacía patente que algunos gobernadores se pusieron complacientes con el Presidente al fabricar "guerrilleros" zapatistas en sus estados, y así diluir el poder y la presencia que iban ganando los rebeldes. En la tarde del 29 de junio de 1994, por ejemplo, grupos de la Policía Judicial Federal (PJF), distribuidos en camionetas

Suburban, "recorrieron 50 kilómetros por la carretera de la Costa Grande, entre Acapulco y los límites con Atoyac, con una orden: Buscar a campesinos pobres, de los más pobres, de los que no se pueden defender, y regresar con dos en cada camioneta. Hubo entonces nueve detenidos" (p. 61). En los días siguientes, el 8 de julio, se efectuó otro operativo con un estilo similar, entre Zihuatanejo y Petacalco, municipio de la Unión. El resultado, ocho detenidos. La reportera Maribel Gutiérrez lo narra así: "En los dos casos, cuando tuvieron reunidos a los indefensos, los policías los vistieron con uniforme tipo militar, les cubrieron el rostro con capuchas, y les pusieron armas en las manos. Así, les tomaron fotografías y videos que la PGR difundió en los medios nacionales, presentando a los detenidos como asaltantes que se hacían pasar por miembros del Ejército Zapatista de Liberación Nacional" (p. 61). Este tipo de operativos continuó, reportándose otro similar el 10 de agosto, todo ello en el contexto de la rebelión chiapaneca, el descontento en el estado, y las elecciones federales del 21 de agosto con sus respectivas manifestaciones previas exigiendo el respeto al voto. Para el 11 de julio se publicaban fotografías en diarios de circulación nacional en las que se mostraban a ocho hombres vestidos con uniforme café oscuro con paliacate rojo al cuello, el rostro cubierto y con armas en la mano. La PGR los acusaba de ser asaltantes y hacerse pasar por zapatistas, pero al día siguiente los familiares desmentían la versión oficial y asentaban: los detenidos eran víctimas de detenciones ilegales realizadas los días 8 y 9 de julio en diferentes lugares y sin explicación alguna, los presionaron y torturaron, y fueron obligados a firmar una declaración que no leyeron en la que se confesaban culpables, para luego ser vestidos como guerrilleros y salir en fotografías. Un método ya muy recurrente por esas fechas.

Un elemento más con el cual contribuyó el gobierno federal para contrarrestar a la guerrilla, fue la "declaración de guerra" que lanzó iracundo el Presidente, a unos días de los ataques de fines de agosto, en su informe del primero de septiembre de 1996. En el Congreso de la Unión Ernesto Zedillo calificó al EPR como un grupo "Terrorista" contra el que caería "toda la fuerza del Estado"; nada de diálogo, pura fuerza militar, tal era el sentido del mensaje (ver Canal 6 de Julio, 1996; 1997). Y en consecuencia actuó. Para Maribel Gutiérrez (1998) la decisión del gobierno federal de dar respuesta a los reclamos del EPR a través de la vía militar, se consolidó con los relevos en las zonas militares de Guerrero, lugar donde mayoritariamente opera el grupo armado. Al estado llegaron a finales de 1996 y principios de 1997 generales que habían participado e la persecución de la guerrilla de los setenta (ver también Montemayor, 1999b; 1999c).

En este esquema militar de respuesta a las acciones guerrilleras se desarrollaron varias formas. Primero el choque armado frontal, de confrontación; luego se intentaron otras tácticas; "después vino la 'guerra sucia': Campesinos desaparecidos y torturados en cuarteles, *listas negras* de presuntos eperristas, ocupación de poblados e interrogatorios bajo presión a hombres y mujeres, actuación de grupos paramilitares, persecución a militantes y dirigentes del PRD que son acusados de tener vínculos con el EPR o de delitos del orden común, y asesinatos políticos de dirigentes perredistas" (Gutiérrez, 1998, p. 281).

En efecto, ya es tradición, cuando menos desde los setenta, desaparecer campesinos, asesinarlos y posteriormente presentarlos como guerrilleros muertos en enfrentamientos; en este caso como eperristas. A fines de abril hubo un enfrentamiento entre el EPR y el Ejército, los eperristas reconocieron un herido y haber causado ocho bajas a los militares, pero estos último sólo reconocieron una. Días después los militares "entraron a una comunidad. Las Polvaredas, detuvieron a un campesino y lo asesinaron para después presentarlo como

muerto en combate para crear supuestas bajas nuestras" (p. 271), acusaría poco después al *comandante Antonio*.

Dichas prácticas corren al parejo de la ocupación y agresión a pueblos enteros. A título de ilustración, después de la incursión del EPR a la comunidad de Huamuchapa de la Costa Chica, el nueve de febrero de 1997, llegó el ejército a hostigar a la población a golpear al comisario ejidal por haber permitido el uso del altavoz de la comisaría para que los rebeldes llamaran a la gente a reunirse para una asamblea, y el señor que les había ofrecido refrescos en aquella ocasión fue torturado (p. 265). En otros pueblos la represión no fue individualizada, pues a decir de Maribel Gutiérrez, en varios de los poblados por donde había pasado el EPR llegaban días después los militares, instalaban retenes en los caminos para revisar a los campesinos y a quienes les encontraban tortillas y comida se las quitaban y los acusaban de "estar llevando alimentos a los guerrilleros. Si no llevaban nada, también los detenían, los interrogaban, y los acusaban de ir a ver a los guerrilleros" (p. 269). En otro caso, como el de Temalacatzingo, de población nahua, "las tropas llegaron el 25 (de mayo de 1997) en la mañana y sitiaron el pueblo. Entraron a las casas, las catearon en busca de armas, y sacaron con violencia a los hombres. A ellos, y a otros que detuvieron en las calles, los obligaron a formarse en fila y los condujeron por la fuerza a las afueras del pueblo, donde los concentraron para interrogarlos. Los vecinos que no fueron detenidos se reunieron para exigir a los militares que salieran de la comunidad. Formaron barreras humanas a un lado de la Comisaría para impedir el avance de los vehículos del Ejército, y exigir que el jefe militar se identificara ante las autoridades locales. En respuesta, los soldados cortaron cartucho, apuntando sus armas hacia la multitud. Parecía que iban a hacer una ejecución masiva, y finalmente se retiraron y regresaron al día siguiente" (p. 278), no sin antes haber hecho sus desmanes.

Ante tales actos el EPR respondía con las armas en algunos casos, con la intención de brindar apoyo y proteger a la población, y en otras con comunicados y denuncias. Al respecto la comandancia del grupo guerrillero en entrevista (Correa, 1998c) señalaba: "la nación vive momentos de extrema gravedad, provocada por la actitud guerrerista del actual gobierno, que en vez de dar solución a los grandes problemas nacionales que han dado origen al conflicto armado, se pertrecha para la guerra y mientras se extorta al EZLN al diálogo, el Ejército ha desplegado un cerco en varios lugares del país, principalmente en Chiapas, Guerrero y Oaxaca, y se ha ubicado en posición de control territorial y de población, esperando la orden de avanzar sobre el movimiento insurgente" (p. 8).

Efectivamente, daban en el clavo los guerrilleros: las acciones realizadas por el gobierno y el Ejército federal, a decir de los propios eperistas y de algunos estudiosos (v. gr. Montemayor, 1999b; 199c; Gutiérrez, 1998) constituye lo que se denominó en los setenta "guerra sucia", y ahora se encuadra en la Guerra de Baja Intensidad. Militarismo que se combina con acciones que tienden a "ganarse" a la población. Así se ha visto en diversas regiones. En algunos lugares no sólo actúan con la lógica del terror, sino que operan a la manera clásica de "dar ayuda" para recabar información, y si esto no funciona vienen los métodos "duros". En agosto de 1996 en el poblado de Yerbasantita "aterrizó un helicóptero a un lado de la escuela, y de él bajaron militares con muñequitas, sombreritos, y otros juguetes. Con ese atractivo hicieron que los niños se acercaran y los rodearan". Eso sirvió para que los soldados interrogaran a los pequeños. "Paulina Adame, madre de familia, mostró su indignación: 'El gobierno no debe hacer eso, porque los niños, con tal de les den juguetes, dicen hasta lo que no es'" (Gutiérrez, 1998, p. 265).

Pero si estos procedimientos no funcionan, y si tampoco juega favorablemente la lógica de la detención, tortura, desaparición y cerco de comunidades enteras, existen otros recursos, más violentos por supuesto. Eso lo ha denunciado la guerrilla. En un comunicado fechado en febrero 4 de 1998, el EPR asegura que la matanza de Acteal demuestra la inexistencia de un Estado de derecho en México, y denuncia que, lo mismo que con el caso de Aguas Blancas, se anuncia una fase de terror como política de estado, una "guerra de bajo perfil" o una "guerra sucia" (Una Revista de las Mujeres..., 1998) Y advierten: "La represión y guerra sucia desatada por el gobierno contra las comunidades indígenas en los Loxicha, Oaxaca, y en los pueblos de la sierra y costa gerrerense, así como los luchadores sociales y combatientes del EPR desaparecidos por el ejército federal y cuerpos policiacos son una prueba fehaciente de la aplicación de toda la fuerza del Estado con que amenazó la administración zedillista al pueblo de México y particularmente a las organizaciones políticas y grupos insurgentes" (p. 11). Los 17 muertos en Aguas Blancas el 28 de junio de 1995, los 45 muertos en Acteal el 21 de diciembre de 1997, los 11 muertos el 7 de junio de 1998 en El Charco, y 10 más el 10 de junio de 1998 en El Bosque, la comandancia del EPR los califican como "crímenes de guerra que violan los convenios de Ginebra y eso lo trata de ocultar el gobierno" (Correa, 1998c, p. 8). De ahí que los eperristas llamen a entender la "legitimidad de los procesos de autodefensa armada revolucionaria surgidos históricamente frente al crimen y la impunidad como forma de gobierno" (Una Revista de las Mujeres..., 1998, p. 12). Sobre todo en los momentos en que al "pueblo se le ataca".

Y es que, a decir de varias versiones de la prensa y de testimonios de las víctimas, lo que el Ejército hacía en Guerrero se reproducía de alguna forma en Oaxaca y en otros lugares en donde se sospechara existiera guerrilla (ver Montemayor, 1997; 1999c). Así lo ha hecho saber la comandancia eperrista: "son hostigados en los Loxicha, Oaxaca; y mucha gente civil está siendo encarcelada" (Correa, 1998c).

Es en esta lógica que también entra la detención arbitraria que en ocasiones no requiere de su realización clandestina, sino que se efectúa de manera abierta, pública. El 2 de octubre de 1996, por ejemplo, fue detenida en Acapulco Reyna Avelino Huizache, dirigente de la OCSS en Coyuca de Benítez, se le acusaba de motín, sedición, privación de la libertad, conspiración y desobediencia, que supuestamente cometió cuando se efectuó la toma del Palacio Municipal de Atoyac, el 18 de mayo de 1995. La inculpada se dedicaba a las labores del hogar y había quedado el frente de la organización en dicho lugar, en sustitución de los dirigentes que se encontraban perseguidos. Al siguiente día, 3 de octubre, y también en Acapulco, era aprehendido por policías judiciales otro dirigente de la UOSS, Bertoldo Martínez Cruz, quien fue trasladado a una cárcel clandestina con la cara cubierta (Gutiérrez, 1998). Las aprehensiones no pararon ahí, pues el 27 de enero de 1997 el dirigente y fundador de la OCSS, Benigno Guzmán Martínez, fue detenido por miembros de la Policía Judicial Federal en su domicilio de la ciudad de México, de donde lo sacaron con lujo de violencia. Ahí se encontraba desde agosto de 1995, cuando comenzó a recibir amenazas de muerte. La secretaria de Gobernación mediante un boletín de prensa aseguró que Benigno era "el principal cabecilla del EPR" (p. 252); y el vocero del gobierno federal, Dionicio Pérez Jácome, declaró que la detención de Guzmán constituía "un golpe al EPR" (*idem*).

Ahora bien, como hemos visto, no todos los golpes los recibe el eperrismo pues se extienden a varias organizaciones sociales y a poblados no vinculados a la guerrilla. Pero en muchas ocasiones el paso de las filas insurgentes por ciertas poblaciones es tomada como pretexto por el gobierno y los militares para desatar la represión. Se señala que es un

pretexto en tanto que la represión ha estado presente, y de una forma muy cruda aún sin guerrilla (ver Montemayor, 1999c). Y a decir de la dirigencia de la OCSS la violencia se ha incrementado con el resurgimiento de la guerrilla (Gutiérrez, 1998). Los luchadores sociales aseguran que "Los crímenes de las bandas paramilitares empezaron en 1995, cuando había mucha actividad política de la OCSS, y ahora que apareció el grupo armado EPR también aumentaron las acciones de los paramilitares ligados al gobierno. Eso pasó también en la década del 70, cuando la represión fue contra todos. Aparte hacen que campesinos pobres se unan a esos grupos para ganar dinero" (pp. 212-213).

En efecto, tras algún enfrentamiento entre el EPR y los militares, llegaban los allanamientos, las presiones, aprehensiones y torturas. Maribel Gutiérrez lo apunta así: "Una ola de detenciones de campesinos, la mayoría miembros del PRD y de organizaciones sociales independientes, se dio en la región de La Montaña, después del enfrentamiento de unidades del EPR con tropas del Ejército en Tepozonalco, municipio de Chilapa, el 24 de mayo de 1997, donde murieron dos soldados y dos guerrilleros" (p. 277). Asimismo, los militares impiden el libre desarrollo de las actividades de las comunidades; los campesinos no salen al trabajo al campo por temor a ser detenidos por los militares y ser golpeados. Los militares, muy al estilo de los setenta, acusan a los campesinos de ser guerrilleros y señalan, más en concreto, a los integrantes de la OCSS de pertenecer al grupo armado.

El saldo es crudo: desplazados, pueblos sitiados, cuando no "arrasados", muertos, viudas y detenidos. Para fines de 1996 se encuentran recluidas 105 personas a quienes se les vincula con el EPR, según Inteligencia Militar (Correa, 1997a). Y de 1996 al 2000 se calcula que habían sido detenidos 150 presuntos eperristas (Matías, 2000). Como ha ocurrido en otras ocasiones: ante las exigencias de mejoras sociales, el gobierno pretende soluciones con la policía y el Ejército (Maribel Gutiérrez, 1998; Montemayor, 1999b; 1999c).

La historia de los setenta parece repetirse. El 21 de marzo de 1994 campesinos de diez comunidades de la región de La Montaña, junto con otras organizaciones sociales bloquearon por vez primera la carretera que pasa por esos lugares; su demanda: la liberación de seis indígenas presos (Gutiérrez, 1998). Repartieron un volante que rezaba: "También nuestras ramas, nuestras hojas y frutas han sido arrojadas por los vendavales de los que están en el poder.

"También hemos sido heridos por esas leyes que no son nuestras.

"Y así hemos vivido durante siglos. Sin techo, sin pan, sin salud, sin vida.

"La muerte vive con nosotros por La Montaña. Sube y baja, y cada vez que sube y baja perdemos a nuestros hermanos, a nuestros hijos, a nuestros padres y abuelos. No tenemos clínicas para curarnos.

"Lo mismo que se paga al querer comprar un vestido o un pantalón nuevo, así pasa con la justicia, tampoco la podemos comprar porque no tenemos dinero, no tenemos trabajo, no hay dónde ganar.

"Los caciques nos roban nuestros productos, nuestra artesanía, y pueden comprar las leyes porque es mercancía de ellos. Nosotros somos Montaña y tierra, les gusta vernos posposamente y nos pisotean las entrañas.

"Pero ya no estamos dispuestos a seguir así. Otros hermanos nos han llamado a luchar en esta alborada y por eso ya nos estamos organizando, por eso ya estamos luchando. Queremos justicia, libertad y pan para nuestros hijos, para todos nuestros hermanos que nos llaman indígenas y a los que no lo son pero que también están pobres" (p. 38)

Cualquier coincidencia con el discurso zapatista, es culpa de la realidad que oprime a ambos movimientos.

3 Ejército Revolucionario del Pueblo Insurgente

El Ejército Revolucionario del Pueblo Insurgente (ERPI) surge, a decir del *comandante insurgente Antonio*, el ocho de enero de 1998, como una escisión del EPR. Se separa una parte amplia del EPR y PDPR de Guerrero para formar el ERPI (Gutiérrez, 1998; Campa, 1999). "Es a partir de que nuestra práctica, nuestra visión, y nuestras concepciones políticas van llegando a un punto de distanciamiento con las del EPR" señala en entrevista el dirigente erpista (Gutiérrez, 1998, p. 304). Las críticas que lanzan al seno de la organización no tiene oídos receptivos y finalmente "los acontecimientos nos colocan en la necesidad de definirnos ya como una fuerza diferente, con una estructura propia a nivel militar... y con un programa propio" (p. 305).

En junio de 1998 se sabría, después de que documentos de la guerrilla cayeron en manos de los militares, que el crecimiento del EPR se había desarrollado principalmente en Guerrero, donde tenía el 60% de sus fuerzas, quedando estancadas sus filas en otras partes del país. La escisión del EPR que conforma el ERPI se lleva consigo prácticamente toda la estructura de Guerrero (Campa, 1999). Son varias las diferencias que marcan la ruptura. La primera, es de carácter metodológico para el crecimiento del Partido Democrático Popular Revolucionario (PDPR), con la idea que de se recuperaran experiencias políticas pasadas y se creciera al mismo ritmo que se hacía en Guerrero. La segunda, tiene que ver con el distanciamiento de la dirección del EPR/PDPR de las necesidades del pueblo: los dirigentes no se paraban en las zonas de conflicto y dejaban sin apoyo a los familiares de los muertos producto de la respuesta gubernamental a las acciones guerrilleras. Esto llevaba a redefinir la concepción de autodefensa en las comunidades, puesto que estas exigían, primero que no se dialogara con el Estado, dada la experiencia del (fracasado) diálogo zapatista, y segundo que las comunidades brindarían apoyo a la guerrilla siempre y cuando ésta las protegiera de los embates del Ejército federal. El EPR realizó acciones armadas más por situaciones coyunturales y sin consultar en algunos casos a las comunidades cercanas a los puntos elegidos para tales acciones, y cuando llegaba la represión del gobierno, no había autorización a algunas unidades para responder y proteger a la población campesina. En consecuencia, los ahora erpistas exigían que la dirección político-militar del EPR se presentara en donde se abrían nuevas zonas de trabajo, y que estuvieran en contacto con la población y dirigieran algunos combates, a lo cual se negaron con el argumento de la "protección de la dirección". La tercera diferencia tiene que ver con el carácter estratégico de la lucha que emprendió el EPR: la guerra popular prolongada; los erpistas piensan en que ésta debe combinarse con la insurrección y aprovechar ciertos momentos de coyuntura

política. Esas tres diferencias se incrementarían gradualmente hasta la ruptura (ver Gutiérrez, 1998).

El ERPI, a decir del *comandante Santiago*, se plantea la toma del poder, si bien no a través de un partido, si "directamente por el pueblo, por medio del poder popular. El planteamiento estratégico sigue siendo el socialismo, pero en este momento de la historia no es posible llegar al socialismo. Buscamos un socialismo con rostro humano, pero por las experiencias en otros países no es posible actualmente. Lo que sí es posible desde ahora es construir el poder popular y esas estructuras van a ser las células de la nueva sociedad" (p. 311).

Y a pesar de las diferencias con el EPR, el ERPI mantiene contacto "epistolar" con sus antiguos compañeros, aunque se dicen más cercanos a la "fórmula zapatista" en cuanto a estrategia, pero con mayor actividad armada, lejanos de la "clásica" forma de los setenta que, dicen, caracteriza actualmente al EPR (Marín, 1998b).

3. 1 El Charco

No obstante existir desde principios de 1998, la existencia del ERPI se conoció hasta junio de ese año, por los sucesos de El Charco, Guerrero, donde once personas resultaron muertas, cinco heridas, y 22 detenidas (Delgado y Díaz, 1998; Proceso, 1128). El domingo 7 de junio de 1998 los habitantes mixtecos de El Charco se despertaron en medio de gritos y balazos. Oyeron que un jefe militar, por medio de un megáfono, les gritaba a quienes se encontraban en la escuela del poblado: "¡Salgan, porque se los va a llevar la chingada. Entreguen las armas, están rodeados, no tienen escapatoria. Salgan, perros!" (Gutiérrez, 1998, p. 291). Era una voz militar que retaba a los integrantes del ERPI que se encontraban en el lugar. Los habitantes del lugar señalaron que días antes habían recibido el aviso de que el sábado seis de junio se efectuaría una asamblea para discutir algunos problemas del campo y para hablar con "los encapuchados". Todos estuvieron de acuerdo, bajo el entendido de que están abiertos a escuchar a quien llegue a hablar con ellos, y con el precedente de que "los encapuchados" se habían presentado ya en otras comunidades, y querían conocerlos, de ahí que hubiera interés y cooperación para ofrecer alimentos a los visitantes. La asamblea dio inicio ese sábado a las 11 de la mañana, con la asistencia de vecinos del pueblo, unos 40, visitantes de 15 poblados mixtecos y unos 15 guerrilleros.

En la asamblea los guerrilleros dijeron que estaban luchando por un cambio de gobierno para que así mejore la vida del pueblo. "No llamaron a tomar las armas". Luego convivieron con los pobladores, platicaban algunos de ellos en mixteco; uno de los testigos comentó: "Nos trataron bien, como si fueran ya conocidos, de confianza, y son humildes como nosotros. Se portaron muy amables, y hasta les prestaban sus armas a los campesinos para que las conocieran" (p. 296). Algunos campesinos llegaron por invitación de los propios familiares: "Decía mi suegro que iba a haber una asamblea en la que se iba a hablar sobre la pobreza y sobre el fertilizante" (p. 298) recuerda un campesino de una comunidad cercana a El Charco. Se realizó la asamblea, al término de la cual se fueron a dormir. "Entramos al aula. Varios ya estaban ahí durmiendo, como 14 o 15, pura gente civil. Como a las 2 de la mañana salió mi suegro al baño y vio que en el aula de junto había gente con uniforme y encapuchados" (p. 299).

Un dirigente de los mixtecos del lugar recuerda: "Estuvimos una hora en la asamblea. Se habló de que tenemos que estar bien organizados, y platicamos del fertilizante y de los programas de apoyo al campo. Se hizo noche y llegó la cena. Dormimos todos los civiles en un aula, éramos como 26. A media noche un paisano dijo que afuera estaba un federal. Y oímos que el federal gritaba que saliéramos. Por el miedo no salimos, y los soldados dispararon para adentro. Ya amaneciendo empezamos a salir, con los brazos en alto, y en la cancha de la escuela los soldados mataron a varios civiles. Nos dijeron que nos tiráramos al suelo. Yo quería levantar la cara, pero un soldado me pegó con una piedra en las costillas. En la cancha mataron a un campesino civil, yo estaba como a un metro de distancia de él y vi que un soldado le disparó de cerca y lo mató, y la misma bala que lo atravesó me pegó a mí en el pie izquierdo" (p. 298). Era la matanza de El Charco, que en los días siguientes ocuparía las planas de los diarios de circulación nacional (ver La Jornada, 08/06/98; Proceso, 1128).

La acción Maribel Gutiérrez (1998) la sintetizaría en los términos siguientes: "Los que viven más cerca alcanzaron a ver cuando los campesinos salieron de los salones de clases, y se tendieron en la cancha de basquetbol, que está en la parte central de la escuela, entre las aulas y la dirección. Y vieron que en la cancha los militares disparaban contra las personas que iban saliendo. Había ya muchos muertos y heridos... Sabían que en la escuela se encontraban durmiendo campesinos de comunidades cercanas que habían asistido a una asamblea, en la que participó un grupo de guerrilleros 'encapuchados'. Era una columna del Ejército Revolucionario del Pueblo Insurgente (ERPI), que se formó con el desprendimiento de los combatientes del EPR en Guerrero" (p. 291).

Ese mismo día por la tarde, la comandancia de la Novena Región Militar daba a conocer su versión en la que se hablaba de un enfrentamiento entre tropas del Ejército y miembros del EPR, en el que murieron 11 personas, cinco más resultaron heridas y había 22 detenidos. La versión oficial rezaba que los eperristas habían atacado a los militares y estos sólo "respondieron a la agresión" (Proceso, 1128). Decían que los militares los habían llamado a entregar las armas, pero los guerrilleros "respondieron con disparos sobre la tropa y se introdujeron a la escuela, desde donde un contingente mayor hizo numerosos disparos contra el personal militar, quien respondió a la agresión" (Gutiérrez, 1998, p. 292). En la comunidad de Ayutla, cercana al lugar de los acontecimientos, la versión que se tenía entre los pobladores era distinta a la oficial: "Fue una masacre. El Ejército llegó a atacar al grupo del EPR que estaba en la escuela, y no hubo una agresión a las tropas" (p. 293). Cuatro indígenas que resultaron heridos y que se encontraban en el hospital narran que los soldados dispararon contra civiles desarmados que ya habían sido detenidos y que se encontraban sometidos por los militares en la cancha. Esa era la versión que incluso un dirigente del PRD local, Julio Leocacio, manejaba: "De acuerdo con los testimonios que recogimos, pensamos que hubo un pitazo de los agentes de inteligencia militar o los ojeas del Ejército. Y entre la una y las dos de la mañana estuvieron subiendo hacia El Charco vehículos militares, que cercaron el poblado. A las 4 de la mañana comenzaron a disparar contra la escuela, donde acribillaron a los eperristas... Los agarraron por sorpresa, cuando estaban durmiendo en la escuela. Los integrantes del grupo armado fueron masacrados en ese lugar, y tememos que los detenidos y los heridos son personas inocentes, pacíficas, de la comunidad, que no tienen vínculos con el EPR" (*idem*).

Después de lo ocurrido, el Ejército acordonó el lugar y no permitió la entrada a civiles, ni de las autoridades locales (Proceso, 1128). Pero algunos reporteros alcanzaron a tomar fotos de los muertos y sólo vieron a cuatro con uniforme de guerrilleros, el resto eran

campesinos. Los militares intentaron obstaculizar el trabajo de la prensa, por lo que se especuló que tratarían de ocultar algo, como la ejecución de campesinos indefensos (Gutiérrez, 1998). La escuela en donde se encontraban los guerrilleros y campesinos resultó con cientos de impactos de bala, y en menos de 72 horas, un albañil tapó los hoyos producidos por los proyectiles, cambió ventanas y pintó, para borrar la sangre y las huellas de las balas (Delgado y Díaz, 1998). Finalmente el Ejército tomó el poblado, y sus habitantes se refugiaron en los cerros cercanos, temerosos del actuar de los militares. Uno de los campesinos manifestó su preocupación: "Tenemos miedo, no vamos a regresar hasta que se retiren los guachos" (p. 295), nombre éste último con el que se conoce a los militares.

De los sucesos de El Charco, resultaron muertos varios guerrilleros, y campesinos sin vinculación con la organización armada; asimismo se detuvo a varias personas a quienes se señala de ser erpistas, algunas de las cuales se encuentran en el penal de alta seguridad de Puente Grande, Jalisco⁴.

3. 2 Escenarios de la guerrilla

En un documento que lleva por título *Ustedes y nosotros: dos EPR* fechado del 17 de febrero de 1998, se acepta algo que para ese entonces en la organización interna ya era innegable; la existencia de dos visiones guerreras (Marín, 1998b), y en un texto posterior firmado por varios "combatientes" señalan que "la estructura que pertenecía al PDPR en el estado de Guerrero tomó la decisión de separarse del resto de la estructura debido a las diferencias políticas que durante más de un año no encontraron punto de solución" (p. 7). A través de documentos confiscados, testimonios de guerrilleros y el seguimiento de la guerrilla, seguridad nacional prevé una "descomposición política y orgánica sin alternativa" del EPR y el "surgimiento y fortalecimiento del ERPI" (Corro, 1999). En el documento se menciona lo que ya había expresado el ERPI, en el sentido de que el PDPR y el EPR son partidarios de la guerra popular prolongada y "existen dos grandes zonas enclavadas en la Sierra Madre del Sur y la costa oaxaqueña, con características geofísicas, extensión territorial, densidad de población, índices de miseria y analfabetismo, deterioro de condiciones sociales e incomunicación, adecuadas para el desarrollo de la estrategia de GPP" (p. 29), pero a ello no se reduce la táctica erpista, pues adoptan otras modalidades, según lo han expresado en sus documentos internos.

Después de lo acontecido en El Charco, el ERPI aseguró que a cada acción del gobierno responderían (Campa, 1999). En un documental del Canal 6 de Julio, y reseñado por la revista *Proceso* (1197), el ERPI afirma: "Ya nos hemos comprometido con el pueblo de que ninguna acción del Ejército debe quedar impune" (p. 8). Asimismo expresan que van creciendo y ganado presencia nacional, ya no son regionales, y le apostaban al "estallido social" del 2000 (Campa, 1999). El ERPI habla de una "guerra insurreccional", ya que "el pueblo puede levantarse masivamente en cualquier momento", lo cual debe tomarse en

⁴ En estos sucesos murió el estudiante de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, Ricardo Zavala. Estudiante con una amplia y activa participación desde sus días en el Colegio de Ciencias y Humanidades Azcapotzalco, también de la UNAM. A Ricardo quien esto escribe lo conoció allá por 1995 y consta, por su trabajo y compromiso político, la humildad y humanidad que albergaba en su pensamiento. A él, como a Erika Zamora, estudiante del CCH Azcapotzalco, presa en el penal de Puente Grande, Jalisco, este trabajo pretende mantenerlos en la memoria en tanto que gente como ellos se encuentran muertos o presos, por haber abrigado la idea de una sociedad más justa, y tener de parte del gobierno como respuesta sólo balas y rejas.

cuenta en los planes insurreccionales. Y hablan de combinar ambas estrategias: GPP e insurrección (ver Gutiérrez, 1998). Sobre las armas el *Comandante Cuauhtémoc* define: "No depende de nosotros, ni es nuestra voluntad usarlas. Son necesarias porque el Ejército y los cuerpos policiacos se han caracterizado por la represión ante cualquier inconformidad o descontento. No usar las armas para enfrentar esto es dejar en la impunidad las acciones militares" (citado en Campa, 1999, p. 9). Dicen que no pueden atacar una unidad militar sin el consentimiento de las comunidades donde esto sucederá, pues ellas sufrirán la represión militar (ver Gutiérrez, 1998).

Sobre un posible diálogo advierten que por lo pronto no se puede efectuar, pues sólo se utilizaría para ubicarlos y cercarlos para después aniquilarlos (Campa, 1999). Y se muestran dispuestos, como lo estuvo el EPR para apoyar con acciones a los zapatistas en caso de represión. No rechazan la vía electoral, pues la consideran un complemento de otras formas de lucha. De hecho, el ERPI también se da su tiempo para declarar una tregua en tiempos electorales, y por los comicios locales de Guerrero decreta una tregua, pues, dice, los respetará ya que los procesos electorales también cuestan vidas. A este respecto, el *coronel Cuauhtémoc* apunta: "Y si nosotros los guerrilleros nos morimos, los que votan también mueren ¿Por qué entonces no vamos jalando parejos? Ustedes por allá y nosotros por acá, en la lucha ramada" (p. 12).

La base de su actuación y su táctica se estipula en un documento que el *comandante Antonio* elaboró en octubre de 1997, pero que no tomó en consideración la entonces estructura del EPR. En el escrito denominado *Rumbo al 2000*, el dirigente guerrillero prevé cuatro posible escenarios: la reforma del Estado; la transición pactada; la transformación democrática revolucionaria, y el régimen militar (López y Mandujano, 1999). Entre los actores se señala al gobierno, al PRD, al EZLN, al movimiento popular no partidario, al pueblo organizado y al PAN. Sobre el PRD aseguraba que había "duplicado las posiciones que mantiene en su poder", mientras que la guerrilla "en muchos lados apenas hemos conservado lo que teníamos o hemos crecido demasiado poco" (p. 10). Y criticaba a su partido, el PDPR, por no ser histórico, al no tomar en cuenta las posibles insurrecciones del pueblo, y no ser contextual por no tomar en cuenta las "condiciones concretas"; lo acusa de no ser crítico porque no revisa su pasado ni sus fallas para corregir, y no es creativo porque ve todo de manera rutinaria. En el documento el *comandante Antonio* apunta al 2000, en tanto que ahí estará la cuestión más "trascendental para la vida de un pueblo: ... el poder del Estado" (p. 11). *Antonio* concluye en su documento: "En 1968 no teníamos la capacidad de influir en los acontecimientos y la oportunidad se pasó; en 1988, ¡veinte años después!, tampoco tuvimos la capacidad y, lo que es peor, ni siquiera tuvimos la visión suficiente para poder marchar junto al pueblo y lograr el cambio; en 1994 no la tuvimos, aun cuando las condiciones fueron menos favorables. ¿La tendremos en el 2000? Sería una lástima que no, y si así fuera ¿para cuándo sí estaríamos listos?" (p. 12).

Sin embargo, en su evaluación no contemplaron la respuesta mortífera que el Estado desencadenaría contra ellos: detenidos, muertos, dirigentes tras las rejas. Según datos de la Sección de Seguridad del Estado Mayor de la Sedena, para diciembre de 1998 hay 41 bajas de las fuerzas armadas y 17 de los "transgresores" del EPR y 11 del ERPI; 65 heridos de los primeros y 12 del EPR-ERPI. Detenidos, 155 del EPR y 14 del ERPI, la mayoría, aproximadamente 90, en Oaxaca (Proceso, 1157).

Y quizá el golpe más fuerte contra la guerrilla del ERPI fue el realizado en octubre de 1999, cuando son detenidos en varias casas de seguridad una parte de la dirigencia

guerrillera: el *comandante Antonio* y la *coronel Aurora* (ver Proceso, 1225; Ravelo, 2000). Según la versión oficial *Antonio* y *Aurora* fueron detenidos en Guerrero, y de acuerdo a otras versiones ocurrieron en el Distrito Federal y San Luis Potosí, respectivamente (Proceso, 1225).

Tanto el *comandante Antonio* como la *coronel Aurora*, su esposa, fueron torturados durante varios días, denunciaron, con la finalidad de que se autoincriminaran y acusaran al senador perredista Felix Salgado y a otros miembros de ese partido, de formar parte del ERPI (Ravelo, 2000), a lo cual se negaron. Ya en prisión, el *comandante Antonio* asevera: "No soy terrorista ni secuestrador ni asesino ni ladrón. Considero que estoy aquí porque he formado parte de un ejército popular desde cuyas filas he llamado al pueblo a defenderse y le he ayudado a organizarse para que se defienda de los secuestros, asesinatos, torturas y violaciones que contra él comete el ejército federal, diversas policías y grupos paramilitares, agresiones que se cometen con total impunidad como lo muestran los casos de Aguas Blancas, El Charco, Acteal y El Bosque y que hacen evidente que el pueblo no puede esperar justicia de las instituciones encargadas de impartirla" (p. 26).

Luego agrega: "no estoy arrepentido de haber levantado a un grupo de mexicanos a luchar por la democracia, la justicia y la libertad, sino que estoy muy orgulloso de ello y no me pesa la pena que me puedan imponer porque por más grande que sea la pena que se deriva del deber cumplido, nunca será mayor que la satisfacción de haber hecho lo justo, porque es más libre quien está tras las rejas, pero ha peleado por la libertad y confía en el futuro, que quien se encuentra afuera pero está sujeto a la consigna del poderoso y teme los cambios que se avecinan, porque la libertad del pueblo bien valen unos años de cárcel, porque quien ha sido libre y ha liberado a otros de las cadenas del sometimiento, ha sembrado en ellos la conciencia de su dignidad y le ha dado esperanzas, vive y es libre en la vida, en la libertad, en la dignidad y en la esperanza" (p. 27). Al final precisa: "La resistencia de las comunidades erpistas y bases de otros ejércitos populares mantienen viva la esperanza, muestran que el futuro puede y va a ser mejor que el presente" (*idem*). Los dirigentes del ERPI se encuentran reclusos en el penal de máxima seguridad de Almoloya de Juárez.

4 Otras guerrillas

Después de la escisión del ERPI de las filas del EPR, aparecieron otras agrupaciones armadas en varias partes del país; dos de ellas en el Distrito Federal, capital de México. Estos grupos guerrilleros, se sabría tiempo después, surgieron de desprendimientos eperristas, esto es, que de las 14 organizaciones iniciales que le dieron vida al EPR/PDPR, algunas, después de años de trabajo conjunto, decidieron seguir por un camino propio, no sin antes dejar claro que se retiraban del seno del EPR por razones similares a las que llevaron a los erpistas a distanciarse. Los casos más sonados son el Ejército Villista Revolucionario del Pueblo y las Fuerzas Armadas Revolucionarias del Pueblo.

4. 1 Ejército Villista Revolucionario del Pueblo

A decir de Pascal Beltrán (2000), el EPR se ha fraccionado no tanto por la contraofensiva gubernamental como por sus problemas internos. De ahí surgió el Ejército Villista Revolucionario del Pueblo (EVRP). Los villistas serían la tercera escisión de las filas del EPR, si consideramos al Comité Clandestino Revolucionario de los Pobres-Comando Justiciero 28 de junio (CCRP-CJ) que se dio a conocer mediante un comunicado en junio de 1998, y que también abandonó su agrupación original.

La tercera escisión eperrista según las fuentes gubernamentales, se presenta cuando *Roldán*, uno de los cuatro comandantes originales epistas, decidió separarse con su gente en febrero de 1999. El EVRP reivindicó las acciones armadas contra las oficinas de la PFP en San Jerónimo, al sur de la ciudad de México, y a la base aérea militar de Santa Lucía, en el estado de México (Beltrán, 2000). Sus antecedentes se remontan a la Organización Revolucionaria Armada del Pueblo (ORAP) que actuó entre 1979 y 1986. Esta organización junto con el Comando Armado Francisco Villa y la Unión de Comandos Revolucionarios, fueron de las fundadoras del EPR y del PDPR. La ORAP tenía trabajo en el estado de México, Guanajuato, Puebla y el Distrito Federal.

Mediante acciones armadas el EVRP se dio a conocer el siete de diciembre de 1999 cuando, frente a las oficinas de la Policía Federal Preventiva (PFP) hizo detonar un artefacto explosivo (Muñiz, 2000). Efectivamente, "Con el descubrimiento y detonación de morteros en las afueras de instalaciones policiacas y militares, la guerrilla hizo su aparición en el Distrito Federal y todo parece que llegó para quedarse" (p. 7). Ello ocurría en pleno periférico sur, donde se encuentran las oficinas policiacas. Hubo heridos, y no precisamente de las filas de la policía, sino gente civil, niños para ser exactos.

El jefe de la PFP, Wilfrido Robledo señalaría al respecto de los artefactos explosivos: "Por las características del artefacto (que explotó frente a sus instalaciones), son miembros de algún grupo guerrillero. Lo que no tiene lógica es que si se trata de un nuevo grupo se hayan saltado uno de los pasos tácticos de la guerrilla: el de la presentación 'ante sociedad', como lo hicieron el EZLN o el EPR. No necesariamente tienen que ser acciones espectaculares, pero una irrupción de grandes magnitudes es importante, porque les da cierta legitimidad social, les sirve de protección. La guerrilla ataca, pero avisa. Da la cara. Se responsabiliza de sus actos y, por supuesto, trata de que sus acciones no dañen a la sociedad civil. En este caso, si fueron guerrilleros, ya cometieron un grave error al provocar que resultaran heridos dos infantes. Esto les pone a la población en su contra. Si fueron guerrilleros, se pasaron directamente a la fase dos, que es la de la reivindicación de su existencia a través de actos concretos, como es precisamente la instalación de explosivos. Es una forma de decir 'Aquí estoy, mírenme, sí existo'" (Mungía, 2000, p. 41).

En un comunicado dado a conocer en marzo de 2000 por el EVRP, y reproducido en la revista semanal *La Crisis* (220) el grupo armado señala a la PFP como el enemigo inmediato a golpear, pues representa "al símbolo contrainsurgente más repudiado en estos días" (p. 19). La PFP, habrá que recordarlo, había detenido a centenares de estudiantes un mes antes, el primero, y el seis de febrero había tomado las instalaciones universitarias rompiendo una huelga que tenía 10 meses de duración. Era, entonces, a decir de los villistas, el símbolo de la represión contra un movimiento social como el de los estudiantes.

Sobre el artefacto que explotó frente a las oficinas de la PFP al sur de la ciudad de México, en donde resultaron heridos niños que manipularon el artefacto, aseguraron: "Enviamos nuestra solidaridad moral con los familiares de estos niños y les decimos que jamás ha sido nuestra intención crearle ningún tipo de daño a ningún niño, a ningún anciano, a ninguna mujer, a ningún ciudadano que forme parte de nuestro pueblo, porque somos parte de él, y por esa razón luchamos" (p. 11). El artefacto, explicaban, lo activaron y dejaron al alcance los propios policías de la federal preventiva.

En su documento expresaban la "firme convicción" de luchar contra el neoliberalismo "que está dejando a miles de jóvenes sin posibilidades de educación y de una vida más plena y humana. Y que también margina, hiere y asesina a miles de niños, que desde su nacimiento están condenados a sufrir la desnutrición y la opresión en sus diversas formas" (*idem*). Los villistas concluían en los siguientes términos su comunicado: "hacemos un llamado a todas las organizaciones democráticas y revolucionarias, a las personalidades y sectores progresistas, a todos los ciudadanos para que no se dejen engañar por las trampas, engaños y acciones criminales que utiliza el gobierno federal y los distintos cuerpos de inteligencia militar y policiaca, para confundir, controlar y oprimir a los que pugnamos por un nuevo proyecto social" (*idem*).

4. 2 Fuerzas Armadas Revolucionarias del Pueblo

La cuarta escisión eperrista, a decir de Pascal Beltrán (2000), son las Fuerzas Armadas Revolucionarias del Pueblo (FARP), que se forman en julio de 1999 (Matías, 2000), e incursionan el ocho de abril de 2000 en el sur de la ciudad de México, en Xochimilco. Esta agrupación ya había efectuado un par de meses antes una acción contra las oficinas del organismo de inteligencia federal, Cisen, en el estado de Puebla. La guerrilla la había reivindicado como una acción de "hostigamiento limitado" (Aranda, 2000). En esos momentos el jefe de la PFP, Wilfrido Robledo, declaró que no el grupo que había realizado la acción no era guerrillero (Beltrán, 2000).

Las FARP manifestaron en su incursión en Xochimilco, a través de un comunicado, no tener la intención de generar miedo entre la población de la ciudad de México. Y dado que estaban próximas las elecciones presidenciales aclararon no compartir el enfoque electoral como la única vía a la que se tiene que apostar todo, afirmando que existe un movimiento social que se expresa de diversas formas: legales, pacíficas, electorales, armadas y clandestinas.

El 23 de febrero del 2000 aparece un comunicado de las FARP vía Internet (Muñiz, 2000). En él hacen el recuento de las agresiones gubernamentales en los últimos meses: la entrada de la PFP a las instalaciones universitarias, la agresión de granaderos a la Normal Rural de El Mexe, Hidalgo y los procesos judiciales con el cargo de "terrorismo" a estudiantes huelguistas (*ibid*).

No obstante la fuerza y reivindicación de los hechos, el gobierno estatal de Puebla insistía en negar la existencia de grupos armados en esa entidad (Aranda, 2000).

A unos pocos días de haber tomado posesión como Presidente Vicente Fox, y poco antes de realizar su gira por el estado de Oaxaca, en uno de los poblados las FARP le dejaron varios mensajes: "Bienvenido, Sr. Fox, las FARP te saludan"; los guerrilleros

accionaron sus armas, en señal de que la lucha armada continúa, y advirtieron: "México no es una empresa S. A."; y previnieron que al menor indicio de conflicto "las armas se desenfundarán" (Matías, 2000). Siguiendo con la lógica gubernamental de décadas atrás, el secretario de Protección Ciudadana de Oaxaca, Heliodoro Díaz, declaró que las FARP no representan una "rearticulación de un "movimiento subversivo" en el estado, y no hay por qué preocuparse.

En la incursión de propaganda armada, los integrantes de las FARP encontraron diferentes reacciones, entre ellas simpatías. Así, mientras algunos habitantes se metieron a sus casas, otros tantos se concentraron frente al palacio municipal de Nazareno Etla, para escuchar al *mayor Vinicio* leer un documento en el que aseguraban que el "rumbo político y económico que tomará el nuevo gobierno es evidente, más a la derecha, más neoliberalismo; en consecuencia, más pobreza y pobreza extrema, más represión, más falta de libertad, más autoritarismo, más marginación y opresión". Además, apuntaron, que "con Fox y su 'gabinetazo' en el poder, en lugar de desaparecer las condiciones económicas, sociales y políticas que han dado origen a la lucha armada en nuestro país, se fortalece la necesidad de la organización política, democrática y clandestina, hasta alcanzar la auténtica democracia, la justicia y la libertad, es decir, un nuevo proyecto de nación" (p. 8). En el mismo documento, las FARP aseguran que democracia no es sinónimo de alternancia, que la primera es mucho más amplia, y abarca cuestiones como bienestar social, libertad política y una verdadera justicia, lo cual aún no existe.

Ante el cuestionamiento, de parte de los periodistas que fueron invitados al suceso, sobre sentarse a dialogar, los guerrilleros respondieron que es posible, y que depende de las condiciones que prevalezcan aunque es condición necesaria que se cumplan primero los acuerdos de San Andrés. Dejando en claro que no están cerrados al diálogo. Esta guerrilla asegura tener presencia en Guerrero, Oaxaca, Puebla y el Distrito Federal.

4.3 Coordinadora Guerrillera Nacional "José María Morelos"

En el semanario *La Crisis* (266), que se ha caracterizado por reproducir los comunicados de las "otras guerrillas", se publicó en febrero de 2001 un documento de la naciente Coordinadora Guerrillera Nacional "José María Morelos", instancia en que se integraron las Fuerzas Armadas Revolucionarias del Pueblo (FARP) y el Ejército Villista Revolucionario del Pueblo (EVRP). En su comunicado la Coordinadora aclara que las FARP y el EVRP son "organizaciones de carácter nacional" que se separaron del EPR a mediados de 1999. Aseguran que del proyecto original surgieron cuatro agrupaciones: el EPR, al que cuestionan, el EPR/PPDR-TDR (sin información al respecto), las FARP y el EVRP, no reconociendo a otras escisiones, entre ellas la del ERPI.

Exponen que las causas de la separación "fueron las profundas diferencias políticas" que en el proyecto EPR tuvieron sobre "las concepciones de estrategia, programa, metodología, ética y moral, ciencia, arte, cultura y formas de hacer política"; tales diferencias quedaron definidas en dos posturas, lo que ahora se conoce como EPR y los que salieron y formaron la CGN "JMM".

Sobre sus consideraciones al nuevo gobierno, declaran: "A pesar de los escasos dos meses de gestión que lleva el gobierno de Vicente Fox, está ya reproduciendo esencialmente las viejas formas, métodos y objetivos que durante 70 años estuvo aplicando el PRI,

convirtiendo al país en una fuente de riquezas permanente para el gran capital internacional" (p. 13). Aseguran, además, que "un cambio democrático que no tenga como eje la repartición justa y equitativa de la riqueza del país entre todos los mexicanos, y la aplicación plena de la justicia y la libertad, es un engaño o una caricatura de democracia. Y esto es lo que está haciendo Fox con las medidas económicas y políticas que está aplicando. El verdadero cambio democrático –afirman– no puede ser a la derecha sino a la izquierda" (*idem*).

La Coordinadora guerrillera se fija cinco objetivos: 1) frenar al neoliberalismo; 2) el establecimiento de un gobierno "verdaderamente popular y democrático", que se integre por obreros, campesinos, indígenas, intelectuales progresistas y empresarios nacionalistas; 3) una nueva Constitución, basada en la de 1917; 4) reordenamiento de la economía, al servicio de las necesidades de los mexicanos, y 5) la "instauración de una República democrática y popular" (p. 14). El documento está firmado en la República mexicana, y fechado en febrero 13 de 2001.

4. 4 El resto

Desprendimientos del EPR se conocen los siguientes: los primeros, que formaron las filas del ERP1 (enero de 1998); la segunda desbandada el Comité Clandestino Revolucionario de los Pobres-Comando Justiciero 28 de junio (CCRP-CJ), quien emite su primer comunicado el 28 de junio de 1998, tres años después de la masacre de Aguas Blancas y a dos de la aparición del EPR. Al mes siguiente en un poblado del municipio de Teloloapan, Guerrero, el grupo incursiona e invita a la población a unirse a sus filas (Beltrán, 2000). La tercera escisión, según las fuentes gubernamentales, es la del EVRP (mediados de 1999). La cuarta escisión, es la de las FARP (mediados de 1999). Así, podemos señalar que el EPR y sus escisiones dan un total de cinco agrupaciones guerrilleras. No obstante, hay otras organizaciones guerrilleras que no son fruto del desprendimiento eperrista.

A fines de 1994 se dio a conocer en Querétaro un comunicado de la Milicia Zapatista de la Sierra Gorda de Querétaro y Guanajuato (MZSG), en el que se señalaba, entre otras cuestiones: "Estamos agotados, nos encontramos humillados, pero hoy sale la voz de nuestra conciencia" (Ramírez, 1996, p. 16).

Iniciando 1995 el Ejército federal declaró una "alerta roja" en el norte del estado de Oaxaca, pues estaba en busca de grupos armados en la Sierra de Juárez. Esta tarea se intensificó a partir de que se dio a conocer un comunicado del Ejército Clandestino Indígena de Liberación Nacional (ECILN) dirigido al entonces gobernador Diódoro Carrasco y fechado el 11 de enero de 1995. En el documento expresan: "Damos a conocer a usted la creación del ECILN, cuya operancia radica en las montañas y zonas urbanas del estado de Oaxaca, integrado por indígenas de las 16 etnias existentes en el estado" (p. 16). Apuntan que operan en la clandestinidad, además de declararles la guerra al Ejército mexicano en el momento en que sean atacadas sus fuerzas. En su texto agregan que "instrumentaran" secuestros a funcionarios, empresarios o familiares de éstos, pues son los "culpables de nuestra miseria" (Matías y Ramírez, 1996a, p. 19). A pesar de este suceso, para esas fechas se niega oficialmente la existencia de grupos guerrilleros en la zona.

En agosto de 1999 se conocía una nota en la que se aseguraba que en el estado de Guerrero también con comunicados hicieron actos de presencia el Ejército de Ajusticiamiento Genaro Vázquez Rojas (EAGVR) y el Comando Armado Revolucionario del Sur (CARS). El

primero anunciaba que pasaría por las armas a varios funcionarios, y narraba su origen: "Hace algunos años, cuando éramos niños, varios miembros de este grupo guerrillero tuvimos historias de despojo de nuestras pertenencias, y nuestras familias fueron asesinadas para acallarlas. Hoy en día, nos hemos preparado en las universidades, apoyados por revolucionarios de vanguardia, para formar el Ejército de Ajusticiamiento de las causas justas" (Ramírez, 1996, p. 16). El segundo grupo, el CARS, manifestaba: "En Guerrero se desata la peor crisis económica, social, política y cultural de toda su historia, debido a la política de saqueo de sus recursos" (*idem*) impuesta por el Fondo Monetario Internacional y ejecutada por el gobernador, Rubén Figueroa. Se declaran listos para la guerra popular prolongada.

Y aunque son negados por la secretaria de Gobernación, por la Sedena y por los gobiernos locales, las organizaciones armadas, los grupos guerrilleros, han dejado de ser un mito o fantasía en otras partes del país, por ejemplo Campeche y Quintana Roo. Ya antes de que surgiera el EPR, en esas zonas, frontera con Guatemala, se encontraban en proceso de formación guerrillera algunos grupos, con un ingrediente adicional: la participación de excombatientes de la guerrilla guatemalteca, especialmente de las Fuerzas Armadas Rebeldes, elemento no encontrado a la fecha en las otras guerrillas (EZLN, EPR y derivados) (Morita y Santana, 2000). Esto, según información "confidencial" de inteligencia militar del Ejército mexicano. El gobierno de Quintana Roo ha descalificado dichos argumentos aduciendo que en esas zonas, donde hay guerrilla, hay una "marcada presencia" de gente vinculada al narcotráfico, al tráfico de personas, que son prófugos de la justicia y se dedican a la venta de armas.

Pese a las reticencias de los gobernadores, el Ejército tiene ubicados a cuatro "grupos subversivos", en 20 comunidades que denomina "conflictivas" en Campeche y Quintana Roo. Según la Sedena las cuatro organizaciones son: 1. El Movimiento Insurgente del Sureste (MIS), al que se le vincula con el EPR; opera en el municipio de Candelaria. 2. El Consejo Regional Indígena Popular de Xpujil (CRIPX), al que se le vincula con el EZLN; su sede está en el municipio de Calakmul. 3. La Sociedad Cooperativa de Producción Agropecuaria S'c'ajel Ty Matye'el (Nuevo Amanecer) que se le vincula al EZLN y opera en el municipio de Calakmul. 4. El Frente Amplio del Sur (FAS) que se le vincula con el EPR; opera en la frontera de Quintana Roo, Guatemala y Belice.

Las comunidades que denomina "conflictivas" la Sedena son, en Campeche: Nevo Coahuila, Solidaridad, Ramonal, Estrella del Sur y El Desengaño (Municipio de Candelaria) y ocho comunidades en el municipio de Calakmul. En el caso de Quintana Roo, las comunidades "conflictivas" están ubicadas en el municipio Othón P. Blanco, en los linderos de Campeche y en la frontera con Belice y Guatemala. En agosto de 1999, en el municipio de la Candelaria se realizó un "intenso volanteo" con mensajes del EPR en el que se leía: el "EPR ya está en Campeche" y se invitaba a la gente a sumarse al movimiento. Los reporteros de la revista *Proceso Sur* señalan: "Aunque el Ejército niega una y otra vez la presencia de grupos armados en Campeche, lo cierto es que ese estado ha sido militarizado radicalmente, al grado que en la actualidad sólo Chiapas lo supera en cuanto a número de efectivos" (p. 8). A la zona se han enviado grupos expertos en combate a guerrillas: los denominados Grupos Especiales de Fuerzas Aerotransportadas (Gafes) y las Patrullas de Operaciones Especiales (POE) equivalentes a los Kaibiles guatemaltecos.

En entrevista con un integrante del MIS, Roberto, éste afirma que no son parte del EPR aunque "tenemos afinidad en muchos aspectos" con ellos. Narra que a principios de los

noventa, cuando llegaron a la región, al ver la pobreza, la injusticia y la miseria, iniciaron un movimiento pacífico. De gestión ante las autoridades con la idea que se resolvieran los múltiples problemas "pero en lugar de ser escuchados, nos acusaron de agitadores, de comunistas, nos amenazaron; a unos compañeros, como en el caso de mi primo Felipe, los mató el Ejército y a otros más los encarcelaron. Entonces decidimos que no había otra opción más que organizarnos, armarnos, eso fue meses después de enero de 1994, la verdad motivados por lo de Chiapas" (p. 10). Roberto, asimismo, explica y reflexiona: "Luego de varios años de preparación creo que el movimiento ha valido la pena. Estamos casi listos para lo que venga y, como dije antes, aunque haya 20 soldados por cada uno de nosotros y tengamos a un gobierno opresivo, aquí, desde está recóndita región, estamos presentes y dispuestos a enfrentar lo que venga... y si no vienen, pues nosotros iremos" (p. 13). Luego, ante la pregunta de si eso es una declaración de guerra, responde: "La guerra ya está declarada y no fuimos nosotros, ni el EZLN o el EPR quienes lo hicimos. Fue el gobierno" (*idem*).

5 México guerrillero en el nuevo milenio

A. *El número*. Según Luis Muñiz (2000) del semanario *La Crisis*, iniciando el año 2000 nuestro país contaba con 23 organizaciones armadas. Ese mismo dato lo proporciona otra fuente (*7Cambio*, 175), pero facturado para otras fechas. Según esta revista en 1997 en México existían 23 grupos armados: (1) EZLN, (2) EPR, (3) Comando Armado Revolucionario del Sur, (4) Ejército Insurgente de Chilpancingo, (5) Ejército de Liberación del Sur, (6) Ejército Popular de Liberación "José María Morelos", (7) Fuerzas Armadas Clandestinas de Liberación Nacional, (8) Fuerzas Armadas de Liberación Para los Pueblos Marginados de Guerrero; (9) Movimiento Popular Revolucionario, (10) Ejército Revolucionario Insurgente, (11) Ejército Clandestino Indígena de Liberación Nacional, (12) Ejército Justiciero del Pueblo Indefenso, (13) Comando Popular Clandestino, (14) Movimiento Revolucionario Resplandor de Libertad, (15) Comando Campesino Insurgente, (16) Comando de Ajusticiamiento Insurgente, (17) Grupo Revolucionario Armado del Sur, (18) Ejército de Defensa de los Campesinos, (19) Comando Justiciero 28 de junio, (20) Ejército de Ajusticiamiento Genaro Vázquez, (21) Fuerzas Armadas de Liberación Nacional, (22) Grupo de Liberación del Sur y (23) Movimiento Armado Rubén Jaramillo (*7 Cambio*, 175, p. 15-16). A esa lista se debe agregar, cuando menos, las agrupaciones derivadas del desprendimiento del EPR. Lo cual no encaja con los datos oficiales. A finales de noviembre de 1999 se publicó información en el sentido de que la Sedena había detectado 16 grupos armados en el país (Muñiz, 2000), y la preocupación se centró en que se había conformado "una especie de Estado Mayor" (p. 7) de los guerrilleros para actuar en el proceso electoral del 2000. El Pentágono a su vez tenía detectados a 12 grupos armados, con capacidad de "distraer y perturbar" el proceso electoral. Lo que deposita en un absurdo lo manifestado por la secretaría de Gobernación que para 1999 sólo reconocía a dos organizaciones guerrilleras.

Según el CIEPAC (2000), en uno de sus boletines, más actualizados que las otras fuentes, en México se encuentran 26 agrupaciones guerrilleras: 1) Ejército de Ajusticiamiento Genaro Vázquez (Guerrero). 2) Ejército Insurgente de Chilpancingo (Guerrero). 3) Ejército de Liberación del Sur (Guerrero). 4) Ejército de Liberación de la Sierra del Sur (Guerrero). 5) Ejército Justiciero de los Pueblos Indefensos (Guerrero). 6) Ejército Popular de Liberación

José María Morelos y Pavón (Guerrero). 7) Ejército Revolucionario Insurgente Popular (Baja California, Sonora, Coahuila, Chihuahua y Durango). 8) Ejército Popular Magonista (Guerrero). 9) Ejército Clandestino Indígena de Liberación Nacional (Chihuahua). 10) EZLN (Chiapas, Distrito Federal, Puebla y Veracruz). 11) EPR (Michoacán, Jalisco, Hidalgo, Morelos, Veracruz, Chiapas, Colima, Oaxaca, estado de México, Distrito Federal, Guerrero y Puebla). 12) EVRP (Guerrero). 13) ERPI (Guerrero, Oaxaca, Puebla, estado de México, Morelos). 14) Ejército Indígena Revolucionario de Liberación Nacional (Oaxaca). 15) Fuerzas Armadas Clandestinas de Liberación Nacional (Guerrero). 16) Fuerzas Armadas de Liberación para los Pueblos Marginados de Guerrero (Guerrero). 17) FARP (Distrito Federal). 18) Frente Amplio del Sur (Campeche y Quintana Roo). 19) Comité Clandestino Revolucionario de los Pobres. 20) Comando Armado Revolucionario del Sur (Guerrero). 21) Comando Clandestino Indígena de Liberación Nacional (Oaxaca). 22) Comando Zapatista Justiciero de Liberación Nacional (Morelos). 23) Comité Clandestino Revolucionario de los Pobres- Comando Justiciero 28 de Junio (Guerrero). 24) Movimiento Popular Revolucionario (Guerrero). 25) Movimiento Veracruzano de Liberación (Veracruz). 26) Movimiento Insurgente del Sureste (Campeche y Quintana Roo).

B. El territorio. Según algunas fuentes, el Ejército mexicano ha detectado doce "focos rojos" en catorce estados del país, los lugares son: Chiapas, Guerrero, Oaxaca, Veracruz, Hidalgo, Michoacán, Puebla, Jalisco, Nayarit, Sinaloa, Tamaulipas, Distrito Federal, estado de México y Querétaro (Ramírez, 1996). Pero algunos reportes periodísticos reconocen presencia de estos grupos en otros estados como Morelos, Chihuahua, San Luis Potosí, Guanajuato, Baja California Norte, Sonora, Durango y Coahuila, pero excluye a cuatro de los anteriores (Muñiz, 2000). Asimismo un informe de la Agencia de Inteligencia de Defensa (DIA) estadounidense habla de 18 de los 32 estados del país con presencia de grupos armados, grupos que tiene capacidad de provocar "violencia revolucionaria" (Muñiz, 2000).

Sin embargo quien brinda un informa más detallado es CIEPAC (2000) que señala 21 estados del país con presencia subversiva: 1) Baja California, 2) Chiapas, 3) Chihuahua, 4) Coahuila, 5) Colima, 6) Distrito Federal, 7) Durango, 8) estado de México, 9) Guerrero, 10) Hidalgo, 11) Jalisco, 12) Michoacán, 13) Morelos, 14) Oaxaca, 15) Puebla, 16) Sonora, 17) Veracruz, 18) campeche, 19) Quintana Roo, 20) Tamaulipas, y 21) Nuevo León.

C. Virus del frenesí. En entrevista Faustino Gómez comandante del Agrupamiento Escudo, que se encarga de la desactivación de explosivos asegura: "No hay hechos que nos digan que la guerrilla urbana está actuando. Pero estamos preparados para responder con ese carácter. Una de las armas del movimiento guerrillero es la del terrorismo, pero no es un movimiento muy fuerte ni extremista como el que hay en Europa o Medio Oriente. La guerrilla mexicana no tiene la mentalidad sanguinaria del europeo, al que no le importa colocar un explosivo en un supermercado o centro comercial con tal de crear terror. Aún así, concediendo sin aceptar, que fueran guerrilleros, el mexicano es más considerado, tiende a ser espectacular sin hacer gran daño. Lo cual, por supuesto, no deja de preocuparnos" (Munguía, 2000, p. 42). Su declaración no para ahí: "Se sabe que hay filtración de otros lugares, podemos hablar de que hay un movimiento incipiente en otros estados y que puede desbordarse hacia el D F, que tal vez ya se estén formando cuadros políticos de lucha. Tal vez anden flotando, sean elementos que entren y salgan de la capital o que estén en algunos

puntos del estado o la periferia del Distrito Federal... Tenemos indicadores que nos indican que desde hace dos años, aproximadamente, hay grupos armados que están funcionando en la periferia de la ciudad. En el estado de México, en Huixquilucan, en Hidalgo, Morelos. Sabemos perfectamente que pertenecen al EPR, el ERPI y algunas otras fracciones que se están preparando y posiblemente enfocando sus objetivos hacia el Distrito Federal" (p. 43).

Todo esto parece enredarse con acontecimientos de otro corte, de otras "ideas", de otras "perspectivas" y posibilidades: "En la ciudad de México existe una alta incidencia de amenazas de bomba, de las que la mayoría resultan falsas. Junto con la proliferación de esas alertas, se ha registrado un alto número de granadas abandonadas en la vía pública – cuyo costo en el mercado negro no rebasa los 200 pesos por unidad- y una cifra no despreciable de artefactos explosivos localizados por todos los rumbos de la capital" (Campero, 2000, p. 46). A lo cual hay que agregar la publicación de una página en Internet en donde se pueden revisar alrededor de 600 fórmulas para hacer todo tipo de explosivos (Munguía, 2000). Lo cual, en no muy pocas ocasiones, lleva a equiparar la "violencia revolucionaria" con la explosión de la violencia de otro tipo.

TERCERA PARTE.
LA REALIDAD ARMADA:
UNA MIRADA PSICOPOLÍTICA

CAPÍTULO 5. PROCESOS PSICOPOLÍTICOS

*... Los nadies: los hijos de nadie, los dueños de nada.
Los nadies: los ningunos, los ninguneados, corriendo la liebre, muriendo la vida, jodidos, rejodidos:
Que no son, aunque sean.
Que no hablan idiomas sino dialectos.
Que no profesan religiones, sino supersticiones.
Que no hacen arte sino artesanía.
Que no practican cultura, sino folklore.
Que no son seres humanos, sino recursos humanos.
Que no tienen cara, sino brazos.
Que no tienen nombre, sino número.
Que no figuran en la historia universal, sino en la crónica roja de la prensa local.
Los nadies, que cuestan menos que la bala que los mata.*

Eduardo Galeano.

I. INTRODUCCIÓN

A lo largo de la presentación de las diferentes perspectivas en psicología política latinoamericana, se dio cuenta de marcos referenciales, de procedimientos de análisis y de categorías para ello. Estas últimas bien pueden referenciarse, por su contenido y proceso, en categorías duras y blandas. Las primeras hacen alusión a procesos psicopolíticos de tradición en la disciplina, pero que, al mismo tiempo, adquieren un matiz distinto a la luz de los marcos desarrollados por Ignacio Martín-Baró y Maritza Montero, en lo que se ha denominado psicología política y de la liberación, con nociones que en países centroamericanos, dadas sus condiciones de graves conflictos en décadas anteriores, permitieron una mejor comprensión de la realidad psicopolítica desde estas perspectivas. Tales elementos se pueden encontrar en la actualidad en nuestro país; quizá no en las mismas proporciones, ni con la misma contundencia, sin embargo están presentes, dadas las características de nuestra realidad en ocasiones tan convulsionada. Su nombre lo designa: dureza de la realidad, de las situaciones, como la violencia, la violación de los derechos humanos, el impacto de los grupos armados y la forma de contrarrestar esta situación por parte del gobierno. La referencia se hace más bien a situaciones empíricas, por lo que la también denominada psicología de la política puede abordar tales procesos. En última instancia, el acceso a este tipo de procesos se puede presentar por ambas perspectivas de la disciplina: la psicología de la política y la psicología política propiamente dicha. Los resultados parecen no ser distintos. En el otro caso, el de las nociones blandas, se alude más al marco originario de la psicología colectiva que deviene en psicología política, en

tanto que son procesos subyacentes a los que se hace referencia y se analizan. Tal es el caso de la memoria colectiva, la ideologización, la politización, el encantamiento de la realidad, y que si bien también existe en ellos un sustrato empírico, la psicología de la política muy difícilmente podría dar cuenta de dichos procesos, dado su sustrato teórico: mientras que la psicología política tiene como antecedente y referencia a la psicología colectiva, cuyos elementos son, entre otros, la memoria colectiva, la ideologización, la politización, el encantamiento de la realidad, la psicología de la política se ancla más en las teorías "clásicas" de la psicología social. A fin de cuentas, no hay una frontera tajante entre ambas nociones: blandas y duras, más bien para fines de análisis, de orden y de retórica se propone tal separación. En última instancia, en ambas categorías se echará mano de las tres perspectivas que en el capítulo dos se presentaron: las aproximaciones de Maritza Montero, Ignacio Martín-Baró y Pablo Fernández Christlieb.

II. CATEGORÍAS DE ANÁLISIS: NOCIONES DURAS

1. Antecedente de la vía armada: la violencia institucional

Violencia física. A lo largo del capítulo anterior hemos visto como ciertos movimientos sociales, después de que se les cierran las vías de participación social, se les reprime y se les quiere eliminar política y físicamente, devienen en movimientos armados. De ello se ha documentado la historia: Francisco I. Madero y sus antirreleccionistas, Emiliano Zapata y sus agraristas, Ricardo Flores Magón y los liberales de principios de siglo; Arturo Gámiz y sus campesinos y maestros, Genaro Vázquez Rojas y los cívicos en Guerrero, Lucio Cabañas y el movimiento magisterial, en las décadas de los sesenta y setenta, son todos estos ejemplos de ello; y también se ha mostrado cómo de la recuperación de estos esfuerzos en diferentes momentos, aunada a las posibilidades del anhelo de justicia por vías pacíficas, se desemboca en el Ejército Zapatista de Liberación Nacional, el Ejército Popular Revolucionario, el Ejército Revolucionario del Pueblo Insurgente, el Ejército Villista Revolucionario del Pueblo, Las Fuerzas Armadas Revolucionarias del Pueblo, la Coordinadora Guerrillera Nacional "José María Morelos", y otra veintena de agrupaciones armadas rebeldes que actúan en nuestro país.

Como antecedente común a todos estos movimientos se encuentra la violencia que el Estado mexicano ha desatado contra su actuar civil, antes de empuñar las armas. La represión a las aspiraciones justas ha sido la constante que reciben de los gobiernos en diferentes tiempos quienes desean conquistar un poco de bienestar. Jesús Silva Herzog (1960) sobre lo acontecido en la huelga de Cananea hacia 1906 dirá: "a sangre y fuego, con mano de hierro, se creyó que podían contenerse las legítimas aspiraciones de la masa trabajadora. Se ignoraba que causa que tiene mártires es causa que triunfa; a veces desde luego y en ocasiones después de largo tiempo; pero siempre, siempre, la sangre injustamente vertida se transforma en simiente que germina en nuevos anhelos y rebeldías. La historia de México lo comprueba plenamente" (p. 55). La violencia que en ese momento el gobierno ejerció intentó acallar las demandas de mejoras en las condiciones de trabajo que los obreros de entonces enarbolaban. Ese mismo tipo de respuesta obtuvieron los campesinos que organizadamente demandaban, a través de procedimientos legales, la devolución de sus tierras arrebatadas por los terratenientes (ver Orellana, 1988).

Si en los sesenta uno de los factores que contribuyó al "auge" de las guerrillas en nuestro país fue la revolución cubana, no ocurre lo mismo para principios de siglo, pues no existe el campo socialista, y de hecho la mexicana es la primer revolución en el mundo del siglo XX; lo mismo opera para las guerrillas de fin de milenio: no hay más bloque socialista, ya desapareció la Unión Soviética. No puede operar de manera decisiva el factor de ideologización para la conformación de un grupo armado (ver Montemayor, 1999c), como pudo suceder, en parte, con los grupos de los sesenta y setenta (Montemayor, 1999b).

Así pues, habrá que reconocer como uno de los factores que orillaron a la integración de grupos guerrilleros en nuestro país fue la tremenda violencia con la que operó el Estado

mexicano. En la década de los cincuenta se dio un importante movimiento armado en México, el de Rubén Jaramillo en Morelos, de base campesina y zapatista e indígena. Este líder agrario finalmente entregó las armas, después de lo cual fue asesinado por militares en los alrededores de Xochicalco (un elemento más que contribuyó a generar la desconfianza de los zapatistas de fin de siglo). Hay una relación contigua entre Jaramillo y el PROCUP y el PdiP de Lucio Cabañas, antecedente del EPR (Montemayor, 1999c). La mayoría, sino es que todos los movimientos guerrilleros, han sido orillados a las armas después de ser reprimidos violentamente: el de Jaramillo fue resultado de la radicalización de un movimiento cañero; el del grupo que asalto el Cuartel Madera en 1965 también lo fue, inicialmente campesino en demanda de tierras; el de Genaro Vázquez y el de Lucio Cabañas se encuentran inicialmente en el movimiento civil por demandas agrarias y en el magisterio. Todas estas luchas se han radicalizado por la respuesta que han obtenido por parte del gobierno a sus demandas (Montemayor, 1999b).

Efectivamente, como antecedente de las revueltas armadas se encuentra la violencia con que se les ha tratado a estos grupos antes de armarse. Ese es el caso de los grupos que operan a fines del siglo XX y principios del XXI. La situación de opresión y represión se extiende por amplios territorios, y constituye una especie de "caldo de cultivo" para que se desarrollen guerrillas. Chiapas bien puede ser un ejemplo de lo anterior. En una nota el reportero del semanario *Proceso*, Guillermo Correa, apunta que en cuatro años de mandato del gobernador Patrocinio González, en Chiapas, se cometieron innumerables violaciones a los derechos humanos, siendo sus principales víctimas los indígenas, campesinos, sacerdotes, maestros y refugiados guatemaltecos. Correa (1993a) lo reseña así: "En su mandato... abundaron: asesinatos a líderes, atentados, amenazas de muerte, secuestros, torturas; expulsión de familias, detenciones y encarcelamientos injustos, represión a marchas y mítines; destrucción de viviendas, iglesias y escuelas. La represión que caracterizó su mandato, opinan sacerdotes jesuitas de la Selva Lacandona, provocó que representantes de miles de campesinos realizaran la marcha 'Xi Nich', que llegó a la ciudad de México para denunciar los atropellos en su contra, pues en tan solo un operativo fueron detenidos más de 300 campesinos" (p. 6). Pero este gobernador no tenía nada que envidiarle a su antecesor, pues durante el gobierno de Absalón Castellanos se presentó la mayor violación de los derechos humanos impuesta a la población indígena: a los cinco años de su gobierno se habían registrado 138 homicidios por motivos políticos, habían "desaparecido" 327 personas, 509 detenciones arbitrarias, 472 personas secuestradas y torturadas, 261 heridos, 40 familias expulsadas de sus comunidades, 54 desalojos de poblaciones, 27 amenazas de desalojo, 29 ataques de las fuerzas públicas a mítines, marchas, etcétera (Sánchez, 1998).

Y si esa es la situación de Chiapas, Guerrero, por ilustrar otro caso, no había recibido un mejor trato. Ante movilizaciones de campesinos en respuesta a sus demandas ya fuera para la obtención de tierras, de insumos, de fertilizantes para cultivar, de créditos, en el mejor de los casos se les respondía con dilaciones, en el peor, con cárcel y asesinatos (ver Gutiérrez, 1998).

Vemos pues que los reclamos de justicia son ahogados en balas. Eso mismo ocurría décadas atrás, por ejemplo, también con los estudiantes en diversas partes del país: Sinaloa, Nuevo León, Distrito Federal, obteniendo la misma responsiva que dos décadas después obtendrían los campesinos. En ese entonces, el tipo de replica que reciben los estudiantes universitarios a sus demandas deja ver el trato que se daría a otros movimientos sociales: constantes choques y represión, lo que no hace sino achicar las vías para la lucha social,

reduciéndola en algunos casos a la vía armada (Ramos, 1979). La historia parece repetirse 25, 30 años después pero con distintos personajes.

Violencia social: la pobreza. Pero también existe otra forma de ejercicio de la violencia, que no necesariamente tiene que ser con balas, rejas y desaparición física, es el caso de la pobreza. Es un tipo de violencia que mantiene en el límite de la supervivencia a una amplia franja de la población, y que también juega en el momento de sumar integrantes a las filas guerrilleras, pues se ve en ésta una posibilidad de alcanzar un mejor nivel de vida. Al inicio de la administración de Ernesto Zedillo, eran 17 millones los que integraban las filas de la llamada pobreza extrema, y a mediados de 1998 eran ya 26 millones. Los datos mostraban desde ya la realidad tan cruda, pues existen estados en los que el 20% de las familias más ricas concentran más del 50% de los ingresos y, en contraste, el 20% de las familias más pobres concentran tan sólo el 4% de los ingresos (Acosta y Pérez, 1998). Tanto fue el impacto de la crisis de fines de 1994 que el gobierno no se atrevía a dar a conocer los resultados de la Encuesta Nacional de Ingreso-Gasto de los Hogares, que el Instituto Nacional de Economía Geografía e Información (INEGI) levantó a finales de 1996. La situación tan grave a la que nuestro país llegó, obligó al Banco Mundial a reconocer que México integra la lista de los doce países en donde se concentra el 80% de la pobreza del mundo.

Otros datos igual de crudos son los que arroja la Encuesta Nacional de Alimentación y Nutrición en el Medio Rural -ENAL, 1996- en la que se señaló a Guerrero como uno de los estados en donde las viviendas se encontraban en las peores condiciones, y su población con menores capacidades de gasto en alimentación, con menos de tres pesos diarios por persona, y con un bajo nivel de escolaridad, entre otras cuestiones. Al respecto, Carlos Montemayor (1999b) lapidariamente comentó: "llamaba la atención que en los estados más violentados por la desnutrición como Guerrero, Oaxaca y Chiapas los movimientos armados rurales estuvieran presentes y que la ocupación militar aumentará. ¿Había un vínculo estructural entre la guerrilla rural y las condiciones extremas de pobreza? ¿El Ejército debía convertirse en el único indicador oficial de proyectos concretos a corto y a largo plazos?" (p. 21).

En noviembre de 1998 la revista *Expansión* publicó datos sobre la situación de la pobreza en América Latina y México (Vázquez Montalbán, 1999). Se da cuenta de 26 millones de personas que viven en extrema pobreza, 33% de la población se encuentran sin acceso a la educación, 43% de la población infantil con problemas de desnutrición, 350 muertes diarias por desnutrición, 36% de la población mayor de 12 años trabajando en el sector informal (p. 180).

La Injusticia. Para Womack Jr. (1998) la revolución de inicios de siglo si arribó a Chiapas, y llegó al mismo tiempo y en el mismo tono que en el resto del país. No obstante, fueron, asegura el autor, las condiciones peculiares de Chiapas, como sus ganaderos, caciques, gobernadores, entre otras circunstancias, las que sumieron al estado en las condiciones paupérrimas en que se encuentra su población. Razón por la cual, décadas después, "La pobreza de Los Altos justifica la revuelta en el lugar" (p. 23). Todavía a principios de los setenta había en algunas regiones de Chiapas, sobre todo en las fincas, un 100% de

analfabetismo (Legorreta, 1998). Y es que los indígenas "vivían y se reproducían para servirle al patrón" (p. 34), por deudas no contraídas por ellos, sino por ancestros suyos, por artimañas de los finqueros que primero despojaban de sus tierras a los indígenas y campesinos, y después les rentaban un trozo de los depojado a cambio de que se les vendiera la cosecha a un precio irrisorio, lo que provocaba la solicitud de préstamos y el eterno endeudamiento. Un ciclo vicioso que se acarrea desde los inicios del siglo XX, y que motivó, entre otras circunstancias, el estallido armado que ahora conocemos como la revolución mexicana. Las condiciones, entonces, en algunos estados del país, sobre todo los del sur, no se habían modificado demasiado. Algo ocurriría (ver Montemayor, 2001).

Una estudiosa de la situación chiapaneca, Legorreta Díaz (1998) reconoce que había todo un tejido de relaciones abruptas entre los finqueros y el poder estatal que no permitía que por la vía legal se solucionaran los problemas agrarios, y se acentuaba la idea de que el único camino eran las armas: la superación del fatalismo en que se quería mantener a la población, la idea del destino divino, de que la realidad es tal y como Dios manda, o que "así son de por sí las cosas" (ver Martín-Baró, 1985; 1987a; Montero, 1987c) se venía abajo. La irrupción zapatista permitió evidenciar el conservadurismo y autoritarismo de la clase dominante en Chiapas, y recordarle a la federación su responsabilidad en la alianza con estos grupos.

Violencia política: la exclusión. El antropólogo radicado en el estado de Chiapas, Andrés Aubry (1994) señala el primero de enero como un "campanazo de un parto", de un acontecimiento muy bien planeado, vía "acumulación de fuerzas en silencio", ante una situación que estaba a la vista de todos: la injusticia y la opresión. Si bien el levantamiento, a muchos no los sorprendió, no así pasó con la magnitud de éste. El estudioso de la situación de los indígenas en Chiapas, aclara que la rebelión zapatista se "inscribe en un larga trayectoria de conflictos que pretenden, ya desde 1958, llevar a feliz término la revolución inconclusa (la de Zapata)" (p. 7). El levantamiento armado, según este autor anuncia "la teorización de una larga práctica. Ofrecen a México, a sus regiones campesinas e indígenas, la sistematización de lo que ya han cosechado, construido, experimentado en una lucha en Chiapas, pero sin porvenir mientras el país no se democratiza" (p. 8). Como una especie de memoria colectiva (Halbwachs, 1924) o social (Kundera, 1978).

Los campesinos e indígenas de México, principalmente del sur del país donde surgen varios grupos armados, se organizan y quieren traducir sus anhelos en hechos concretos. Muestra de ello es su participación en el primer Congreso Indígena Fray Bartolomé de las Casas, que para celebrar los quinientos años del natalicio del religioso defensor de los pueblos indios y los 150 de la mexicanidad de Chiapas, convocaron en 1974 tanto el Obispo, Samuel Ruiz, como el gobierno del estado (ver Tello, 1995; Legorreta, 1998; Levario, 1999). No obstante, los convocantes no le dan continuidad a las demandas ahí planteadas, y queda enmarcado el evento en los deseos populistas del gobierno federal y la presión por institucionalizar a esa parte de la población pretendiendo quitar "espacios" potenciales a los grupos armados que en ese entonces operaban. No se quiere resolver el problema indígena y campesino, lo que se quiere es controlar a estos nacientes actores (ver Legorreta, 1998). Pero los participantes en el evento si continúan con sus proyectos, entre ellos el de fundar, ante las necesidades de la migración, nuevas comunidades en donde plasman su sentir, su visión, y sus anhelos: se trabajan las potencialidades de los oprimidos (ver Martín-Baró, 1983; 1990a). En Chiapas, por ejemplo, al colonizar la selva lacandona ponen nombres

esperanzadores a sus poblados: "El Triunfo", "El Porvenir", "La Realidad", "La Esperanza" etcétera (Aubry, 1994).

Y como el problema de la injusticia, del despojo de sus tierras, el encarcelamiento injustificado, el asesinato, las balas como respuesta a los justos reclamos, la exclusión de amplios sectores de la población de los beneficios sociales, entre otras agravantes, se arrastraban de décadas atrás y continuaban en varias partes del país: Guerrero, Oaxaca, Hidalgo, Veracruz, la sierra de Puebla, y otros lugares donde vivieran campesinos e indígenas a quienes, contrariamente a lo señalado por Womack, la revolución no les hizo justicia. Si no, cómo explicar la creación y desarrollo de tantas organizaciones campesinas e indígenas cuyas demandas principales son la tierra y la justicia: es el caso de la Coordinadora Nacional Plan de Ayala (CNPA), de alcance en varios estados del sur del país; la Unión de Comuneros Emiliano Zapata (UCEZ) con presencia en el centro y norte del país; la Coordinadora Nacional de Pueblos Indios (CNPI), la Asociación Nacional Campesina Independiente Emiliano Zapata (ANCIEZ), entre otras, que han mantenido, algunas de ellas, movilizaciones por décadas, no siempre con resultados positivos. De ahí que algunos optaran por otra vía que consideraron "más eficaz", más proclive a romper con las ataduras de la miseria (Martín-Baró, 1989).

Con todo y las críticas que Legorreta (1998) lanza al zapatismo, termina por aceptar que uno de los elementos que permitió que los indígenas se integraran de manera masiva a las filas insurgentes, fue "el cerco que los gobiernos estatales autoritarios le impusieron a la población indígena de Las Cañadas" (p. 162). La caída del muro de Berlín y de Europa del Este, repercutió en que se abandonaran las filas del EZLN, lo mismo por lo que acontecía en Centroamérica, pero otro tanto de campesinos-indígenas permanecieron en las filas rebeldes. ¿Por qué?, ¿qué lleva a un grupo de gente a optar por la vía de las armas, después de acontecimientos que aparentemente echan abajo esta propuesta? La autora, cual si fuera una reflexión psicopolítica tipo Martín-Baró, da una respuesta parcial: por que se tenía "la esperanza de acabar con la desigualdad de una vez y para siempre; lograr, a través de la revolución que ellos iniciarían, la justicia social de manera total, y esto nadie se los ofrecía, más que el movimiento armado. Ellos mismos tomarían el poder del gobierno que se había negado a hacerles justicia, garantizando la satisfacción de todas sus aspiraciones de bienestar social. Para la mayoría de los milicianos más interesados en las soluciones concretas, esto significaba acabar de golpe, de manera inmediata, con todos sus problemas y con la pobreza que por siempre han padecido" (p. 236).

Debido a eso es que el antropólogo Andrés Aubry (1994) escribe, como psicólogo político, que la rebelión "Fue una sorpresa sólo para quienes no han entendido todavía que el estuche de la tradición, para ambos, no se localiza en la tramposa 'comunidad', sino en el terruño de los antepasados, recorrido mil veces por todos: los alteños que escogieron ser nacionaleros también lloran a abuelos muertos en la selva, ya desde el siglo pasado, cuando era el infierno de las monterías; antes de probar la lacandona, los selváticos también sufrieron en las fincas; todos cargan con la experiencia capitalizada de la cárcel y la han convertido en una universidad que los ha capacitado para la lucha" (p. 15). En sentido estricto, "Quienes fueron confinados en la marginación y la exclusión se valieron de todo para conquistar otro lugar social: fincas y cárceles fueron un primer aprendizaje, las iglesias —la católica y la protestante— fueron como catacumbas que protegieron sus 'organizaciones' en sus horas más vulnerables" (p. 16). A la misma conclusión llega otra antropóloga, Consuelo Sánchez (1998), para quien el "levantamiento zapatista fue la conclusión de todo un proceso de afirmación, de toma de conciencia, de organización, de lucha y de construcción del sujeto

político que se propuso, mediante la acción armada, la emancipación de los indígenas y de la nación" (p. 31); tomar el futuro en sus manos (Martín-Baró, 1987b).

El propio Forrester sintetizaría el proceso de la siguiente manera: "Más que esperar en condiciones desastrosas los resultados de promesas que nunca se cumplirán, más que aguardar, hundidos en la miseria, el retorno del trabajo o el crecimiento acelerado del empleo, ¿sería insensato hacer digna la vida, ahora, de quienes son considerados fracasados, superfluos, inútiles...? ¿Sería insensato esperar, no ya un poco de amor –tan vago, tan fácilmente 'declarado'...- sino la audacia de un sentimiento áspero, ingrato, inflexible, que no admite excepciones: el respeto?" (citado en Michel, 1998, p. 27). Al respecto, valdría traer a colación la pregunta que un indígena le realiza a un misionero religiosos décadas atrás de iniciado el conflicto armado: "¿Sabe su Dios cómo salvar cuerpos o sólo le importa salvar almas?" (Womack Jr., 1998, p. 44).

Las referencias pasadas. Ahora bien, contextualizar la situación armada de nuestro país no estaría mal, y menos traer del pasado otras experiencias que han mostrado si no una radiografía completa del por qué del surgimiento de los grupos armados en otros países, si aportan elementos suficientes que nos permitirían entender que dadas algunas características constantes, la respuesta será más o menos proporcional: esto es, la constitución de guerrillas como posibilitadoras de un mundo cada vez mejor. Veamos. Quien se ha dedicado a estudiar la guerrilla salvadoreña, Ivon Grenier (1999) apunta: el mensaje que se ha pretendido hacer público sobre las guerras en Centroamérica de fines de los setenta hasta fines de los noventa, ha tratado de mostrarse como resultado únicamente de la injusticia social. Pero a decir del autor existen varios motivos por los que estalla una 'revolución' o 'revuelta nacional' y tales elementos serían: "1) una persistente distribución desigual de la riqueza y del ingreso, lo que conduce a una agraviada demanda de cambio; 2) presión de cambio por parte de los agraviados, que de manera inevitable se topa con la represión, la que, a su vez... 3) radicaliza a los agraviados y a la larga genera coaliciones revolucionarias y movimientos guerrilleros" (p. 14). Pero existen dos premisas básicas para pasar del segundo eslabón al tercero: a) que las guerrillas resultan ser expresiones de los agraviados, en especial de los pobres y proviene de ellos, y b) su programa "extremista" es una reacción a 1) el repudio que muestra el gobierno para reformar lo que se le demanda; 2) hay medidas de represión contra la oposición, y 3) se fracasa en los intentos, pacíficos y no radicales como alternativas (Grenier, 1999).

Un elemento adicional y de importancia a considerarse en la integración de la guerrilla, es el religioso, como ya lo había mostrado Martín-Baró (1983; 1987a; 1987b), y se aplica para otros momentos y latitudes: "todos los testimonios de los insurgentes señalan la influencia de las instituciones católicas en la movilización política de las juventudes de clase media. Sin embargo no hay evidencia sólida que se cerciore de que las instituciones católicas o laicas contribuyeran *de manera decisiva* a la movilización de los pobres hacia una dirección radical o de revuelta" (Grenier, 1999, p. 18). Desde esta perspectiva se puede explicar el proceso de Chiapas, afirma el autor: "Variables tales como la crisis dentro de la Iglesia, el partido comunista y la universidad nos ayudan a comprender de dónde vienen los neozapatistas. Los zapatistas no son la 'primera rebelión posmoderna' sino la última rebelión posCastro, transportada a los noventa y moldeada por ellos" (p. 20).

Otro caso que sale a relucir con motivo de las sublevaciones en México, es su par en la frontera: Guatemala. En ese país el gobierno democrático de Jacobo Arbenz, fue derrocado en 1954, lo cual además de cancelar la vía de industrialización y el establecimiento de una república democrática, propósitos del gobierno revolucionario, llevó al país a la guerra. Según el estudioso de esta situación en Guatemala, Carlos Figueroa (1997) dos fueron los factores que empujaron a gruesos grupos a tomar las armas en Centroamérica: la dictadura y la miseria. Esto es, que la miseria por sí misma no lleva a la guerrilla, sino también la cancelación de las vías políticas. Por ello, el autor piensa que Chiapas no se puede explicar sólo por la miseria, pues también hay que tratar de ahondar en lo político y en lo social. "En Guatemala, El Salvador y Nicaragua, la miseria se combinó con decenios de dictadura militar, fraudes electorales, asesinatos políticos, con una ausencia de salidas políticas que permitieran a las fuerzas no solamente de izquierda, sino de centro, el buscar alternativas dentro de los linderos del Estado. Como esto no ocurrió, la opción fue buscarlas fuera del Estado y contra el Estado" (p. 15). Situación, sino idéntica, si similar, a excepción de la dictadura militar pues se puede hablar de otra "dictadura perfecta", ocurre para el caso de México, según han caracterizado los propios grupos armados en nuestro país.

En el mismo tono de análisis se encuentra Sánchez Ramos (1997) para quien además de las condiciones económicas "el cierre de los espacios democráticos son potencialmente generadores de expresiones armadas" (p. 18). Y, como el autor anterior, también señala que en varios conflictos, por ejemplo Nicaragua, en el resurgimiento del campesino organizado jugó un papel importante la iglesia progresista en los sesenta y setenta. Las filas de los insurgentes se incrementaron porque, además de cerrar los espacios de participación política, el gobierno respondía a las exigencias con represión, por lo tanto "la única opción para la defensa" era la guerrilla. El autor concluye que "la violencia, por tanto, se generó desde el poder, el surgimiento y desarrollo de movimientos armados en el país fue una de las pocas respuestas que el modelo permitió aun en contra de sí mismo" (p. 21).

Para Figueroa (1997) el saldo de la violencia revolucionaria es la modernización política: esto implica el desmantelamiento de las dictaduras militares y la instauración de democracias restringidas, luego entonces, en otros momentos y otros sitios, "la guerra fue un factor sustancial en el estímulo a la democratización" (p. 15). Un razonamiento interesante: sólo el desmantelamiento de las dictaduras militares quitaría adeptos a la guerrilla. Advierte, además: "a la democracia se puede llegar por el camino de la guerra, pero es mejor, muchísimo mejor, que la democracia llegue antes que la guerra" (p. 16). Y es que efectivamente, como sostiene Aguilar Camín, después de "larguísimos caminos de sangre y represión" se llega a las "vías políticas, la paz, la gradualidad y los acuerdos democráticos" (citado en p. 16). Si, se puede omitir el largo camino de la sangre, pero se requiere voluntad gubernamental, ésta no ha estado presente hasta el momento. Prácticamente la misma conclusión a la que llega otro estudioso del tema: "La violencia desatada en El Salvador de los años ochenta queda como uno más de los terribles ejemplos de los costos humanos que en muchos países de América Latina tiene que pagar la democracia (a veces incluso la más formal y electorera) para convertirse en un objetivo alcanzable" (Sánchez, 1997, p. 21).

La síntesis. Esta la logra un estudioso de los conflictos sociales y armados del sur del país. Armando Bartra (1997) apunta: "la ofensiva contra las Cañadas ya empezó. Pero los primeros tiros no sonaron en la Selva Lacandona sino en la costa y la montaña guerrerenses,

en la mixteca y la costa oaxaqueñas, en las huastecas veracruzana, hidalguense y potosina, en la sierra tarahumara, en todas las regiones indígenas y mestizas erizadas de soldados, sórdido campo de batalla de la guerra sucia finisecular... Los muertos de esa guerra contra la rebeldía popular están muriendo todos los días en Guerrero, en Oaxaca, en el estado de México, en el propio norte atormentado de Chiapas.. Los presos políticos del fin del milenio ya están en la cárcel. Suman cientos, y los viejos y nuevos torturadores se ensañan con ellos todos los días... Son los 'presuntos eperistas; los acusados –casi siempre en falso- de simpatizar con el Ejército Popular Revolucionario... Y es una batalla formal. La declaración de guerra la firmó el gobierno cuando calificó al EPR de terrorista cerró toda posibilidad de diálogo con él y anunció que usaría 'todo el peso de la ley' para aniquilarlo.. Pero por lo visto el argumento de que en México hay una guerrilla 'buena' y una guerrilla 'mala' caló más de lo que nos gustaría reconocer, y hay quienes quisieran soslayar la guerra sucia contra el EPR – en la práctica contra las pacíficas comunidades y sus líderes- porque esta fuerza política les incordia" (pp. 157-158) y luego les recomienda recordar el poema de Brecht: Vinieron por los comunistas...

El aporte. Sin ánimo de justificar las revueltas armadas, hay que aceptar que previo al estallido armado de algunos grupos, la psicología política bien puede asegurar que se encuentra la violencia institucional que se ejerce contra organizaciones y movimientos sociales que reclaman derechos que la Constitución les asegura. Desde otras disciplinas, por ejemplo la ciencia política, la historia o la economía se puede llegar, por otras vías, a una conclusión similar, pero desde el ámbito de la psicología política se señala un proceso, una recurrencia, una constante a lo largo de la historia de estos grupos, y que finalmente tiene una repercusión psicosocial: si los caminos pacíficos se cierran, y ante los reclamos de sus derechos reciben como respuesta la violencia institucional, el razonamiento llevará a optar por el único y último camino que les queda: la vía armada. Eso lo tiene muy claro el zapatismo al señalarlo en su (primera) Declaración de la Selva Lacandona. No propone la vía armada como la única, o la más idónea, sino como la última, a la que se recurre después de "haber agotado todas las vías posibles" para exigir cambios sociales, políticos y económicos. De ello hablaba Martín-Baró (1976b) cuando escribía que de cerrarse las alternativas para que los grupos excluidos socialmente pudieran resolver sus problemáticas por vías pacíficas y legales, buscarían otras alternativas, las construirían con la finalidad de encontrar lo que por otros canales se les negó; en última instancia, tienen que sobrevivir de alguna forma, y el sistema político se los imposibilita en cierta medida. Cuando se percatan que las vías políticas no son las adecuadas para encontrar solución a sus reclamos, se recurrirá a la violencia política como mecanismo de solución.

2 El papel de la Iglesia

Como vimos, en los conflictos centroamericanos el papel de la Iglesia, o de algunos de sus integrantes, en sus diferentes modalidades y tendencias, ha constituido un factor que si bien no ha inclinado la balanza hacia un lado u otro, ha de tomarse en cuenta al momento de realizarse una radiografía de los movimientos guerrilleros. En el caso de El Salvador y de Nicaragua, por citar dos casos, jugaron un papel importante algunas de las cabezas visibles

de la Iglesia dominante, la católica, toda vez que se inclinaron por la opción hacia los pobres; y algunos de ellos si bien no simpatizaban del todo con la guerrilla, sí cuestionaban la actuación del gobierno al grado de la denuncia, lo que les valió en algunos casos, como el de monseñor Arnulfo Romero, en El Salvador, la muerte. En otros, como en el caso de Ernesto Cardenal en Nicaragua, la reprimenda del santo padre, cuando optó por el camino de la revolución. En tales situaciones estamos hablando de un proceso de participación en la "concientización" de los sectores más oprimidos y menos beneficiados en la distribución de las riquezas, de aquellos que asumen el costo de la división social del trabajo, de la explotación, de la exclusión, que Martín-Baró denominaba las mayorías oprimidas (ver Martín-Baró, 1976b; 1987a; 1987b).

En algunos casos las cabezas de la Iglesia se han pronunciado por una justicia social en el mundo terrenal, lo que les ha acarreado condenas de los sectores más conservadores del poder económico y político, pero también de una franja importante de sus congregaciones y, en otros, han sido obispos de algunas regiones los que han levantado la voz, lo cual ha provocado llamados de atención de sus altos mandos, acusaciones de ser "comunista", y hasta de predicar sólo para un sector: el desprotegido. Ese podría ser el caso de Samuel Ruiz García, otrora obispo de San Cristóbal de las Casas, con influencia en zonas donde se desarrolló el EZLN.

Pero este tipo de casos se ha presentado antes y después de los conflictos armados; si bien la represión más cruda se ha desatado en los momentos de conflicto bélico, lo ha sido también en momentos de diálogo y aún después de "concluido" el conflicto. Ese es el caso del sacerdote guatemalteco Juan Gerardi Conedera, quien investigaba la violación a los derechos humanos durante la guerra en ese país. Según el periodista del *New Yorker* y del *New York Times*, Goldman (1999), con tal investigación tocaba puntos importantes del poder durante ese periodo. Dio a conocer un documento titulado *Guatemala: nunca más*, informe de 400 páginas, elaborado por la comisión por la Recuperación por la Memoria Histórica (REMHI), que da cuenta de las desapariciones, asesinatos, torturas y la violencia sistemática de que fue objeto la población de Guatemala desde los inicios de los setenta hasta, cuando se instala la dictadura militar y se libró una guerra contra los grupos guerrilleros de izquierda. En el documento se daban a conocer resultados: se documentan 55 mil casos de violación a los derechos humanos (Milenio, 40), de los cuales el Ejército de Guatemala y los grupos paramilitares asociados a éste, habían cometido el 90% de los crímenes, mientras que se atribuían dichos actos a la guerrilla en poco menos de un 5% (Goldman, 1999). El informe incluye nombres e instituciones responsables de los actos (Milenio, 40).

El obispo Gerardi fundó el REMHI en 1994 como un proyecto de Recuperación de la Memoria Histórica, y porque no creía que una comisión de la Organización de Naciones Unidas (ONU) pudiera investigar la verdad sobre estos crímenes, por las reticencias del Ejército (no obstante que la comisión por la verdad de la ONU acusó al Ejército de genocidio y con ello se abría la posibilidad para llevar a juicio a oficiales involucrados). La investigación realizada por este religioso y el señalamiento que hace fue la más escandalosa que públicamente recibió el Ejército por sus crímenes cometidos en Guatemala (Goldman, 1999). Gerardi fue asesinado el 26 de abril de 1998 en la capital de Guatemala, dos días después de que presentará el informe (Milenio, 40).

Por transparentar un crudo proceso, como lo fue la violación de los derechos humanos en su país, el religioso sufrió la represión en carne propia al grado de la muerte. Cabe hacer notar que una vez concluidas las negociaciones de paz entre la guerrilla guatemalteca y el

gobierno de ese país, uno de los acuerdos consistió en esclarecer la situación que guardaban los derechos humanos durante el largo conflicto en que se sumió al país. Gerardi fue una de las cabezas de tal tarea, y documentó fehacientemente su trabajo. Mostró ante el poder y ante la sociedad de su nación, que quien había violado en gran medida los derechos humanos a lo largo del conflicto bélico, había sido el Ejército guatemalteco, y en muy poca medida la guerrilla. Dichas acciones de los militares se encausaron contra población civil que nada tenía que ver con la confrontación armada. Lo cual fincaba una responsabilidad mayor, en tanto que si de alguna manera trataban de justificar su actuación contra integrantes de la guerrilla, a través de un discurso de confrontación bélica, lo que en ocasiones les daba resultados, no ocurría lo mismo con la población civil: cómo justificar la actuación violenta contra gente desarmada cuyo suficiente y único por el cual se le acusaba de proteger a la guerrilla. A ello se sumaba el hecho de que con el informe "Guatemala: Nunca más", se fincaban responsabilidades en gente de carne y hueso; no se mencionaba al Ejército únicamente como institución, sino que al brindar nombres de militares que ordenaron o participaron en operativos que devinieron en violaciones a las garantías individuales y a los derechos humanos, se dejaba a los viejos torturadores, asesinos, y planeadores de ejecuciones, por citar algunos casos, al descubierto, y con posibilidades de abrir procesos penales. Lo cual, por su puesto, no permitirían los antiguos militares. Además de que se "manchaba" el nombre de su institución, se "arremetía" contra personajes otrora glorificados por la "patria".

La represión, la muerte, era la respuesta que el gobierno de Guatemala, y sus instituciones militares, daban a un trabajo civil que trataba de saldar cuentas con la historia.

2. 1 Samuel Ruiz

En México si bien no ha ocurrido una confrontación militar en las mismas proporciones, el papel de un sector de la Iglesia, cuando menos en Chiapas, ha sido mal visto por el gobierno federal desde que inició el conflicto armado. No obstante, no se puede asegurar que el papel que ha asumido Samuel Ruiz desde antes de iniciado el conflicto sea respaldado por la jerarquía del país. Al contrario, la Conferencia Episcopal Mexicana (CEM) que es la máxima representación de los religiosos en el país en diversas ocasiones ha condenado de manera abierta el trabajo del ahora ex-obispo de San Cristóbal de las Casas. La iglesia católica como institución no ha respaldado la labor de don Samuel en su trabajo por los pobres, más bien ha tomado distancia y en no pocas ocasiones lo ha dejado a merced de la ofensiva gubernamental. Sólo en los casos en que los religiosos sienten que se arremete contra su institución es que salen al paso, lo cual hacen pocas veces.

Los antecedentes. La posición de Samuel Ruiz no es compartida por el alto mando católico, sobre todo a partir de su inclinación por la Teología de la Liberación. Pero no siempre ha sido así. Samuel Ruiz proviene de una familia conservadora, valores que reprodujo durante su juventud con los que llega a Chiapas en 1960 (Legorreta, 1998; Levario, 1999). Traía consigo una serie de prejuicios, dignos de la iglesia católica; despotricó contra el Instituto Nacional Indigenista, y acusó a los maestros de este instituto de realizar propaganda comunista. En su primera carta pastoral ataca a la revolución cubana y pregona: "Cristianismo sí, comunismo no" (Womack Jr., 1998; Levario, 1999).

El obispo que conocimos a partir de 1994 pasó por un largo proceso de transformación desde su llegada, por procesos psicosociales de conversión (ver Moscovici, 1981; Martín-Baró, 1985) que le posibilitaron mirar la realidad desde otra perspectiva. Visitó las comunidades más apartadas, a caballo, a pie o como fuera, conoció el modo de vida de los indígenas, sus creencias, sus costumbres y su lengua, y después de conocerlas se dio a la tarea de evangelizarlas y organizarlas, con un eje rector: la toma de conciencia. Para la década de los setenta Samuel Ruiz señalaría: "Toda la realidad humana: el pensar, el hablar, la información, las organizaciones, la cultura —y por ende lo religioso—, en una palabra, todas las actividades del hombre, estén en pro o en contra de la seguridad de un país, son como armas que no pueden ser neutrales dentro de esta guerra total" (p. 176). Eran los tiempos de la lucha libertadora en Centroamérica, y la situación de extrema pobreza e injusticia hacía mella en el obispo. Retomando los lineamientos del Concilio Ecuménico Vaticano II (1962-1965) la iglesia de Samuel Ruiz, a decir de otro sacerdote, el dominico Miguel Concha, reflexionó: "Cumplir antes que nada las exigencias de la justicia, para no dar como ayuda de caridad lo que ya se debe por razón de justicia; suprimir las causas y no sólo los efectos de los males, y organizar de tal forma los auxilios que quienes los reciben se vayan liberando progresivamente de la dependencia externa y se vayan bastando por sí mismos" (citado en Legorreta, 1998, p. 42). La toma de conciencia y la lucha por la liberación hacían acto de presencia (Montero, 1987c; 1990; Martín-Baró, 1983; 1985).

Impactado por las condiciones de vida de los indígenas, decidió adaptar su labor pastoral a aquellas condiciones: lenguaje y costumbre y aprendió varias lenguas, conoció sus creencias y vivió con ellos (Levario, 1999). Asimismo, los sacerdotes de la diócesis tomaron cursos de antropología y prepararon a su gente en historia: la conquista, los mayas y la consecuencia para los pueblos indios; esa era su enseñanza en las comunidades (Legorreta, 1998). Se conoció entonces al obispo como *Tatic*, que en lengua tzeltal significa Padre. El propio obispo afirmaría así su situación: "Vine a San Cristóbal para convertir a los pobres, pero son ellos los que me han acabado por convertirme" (Womack Jr., 1998).

En el libro blanco del Centro de Investigaciones y Seguridad Nacional (Cisen) se indica que es a partir de 1968, después de participar en la reunión de Medellín de la Conferencia Episcopal Latinoamericana, que Samuel Ruiz se distancia de las posturas oficiales, y se acerca a visiones como la de los obispos Arturo Lona Reyes, Sergio Méndez Arceo (Cuernavaca) y Bartolomé Carrasco (Oaxaca). Asume los dictados de la Teología de la Liberación alrededor de 1973 y sus posturas se radicalizan (ver Gómez Leyva, 1998a; Womack Jr., 1998). Eran los tiempos de la segunda ola latinoamericana de los movimientos armados: los farabundistas en El Salvador amenazaban con tomar la capital del país; los guatemaltecos extendían su influencia e territorios cada vez más amplios, los sandinistas en pleno auge y su posterior toma del poder en 1979. En todos estos lugares jugó un papel fuerte la participación de la iglesia progresista en la revolución, empapó a los clérigos del sur del país. La iglesia de Samuel Ruiz comenzó a pensar en cambios sociales en el territorio de su influencia.

Para quien fuera asesora de organizaciones campesinas en Chiapas en los ochenta, y con posturas que no simpatizaban con las asumidas por el obispo, María del Carmen Legorreta (1998), el papel más progresista y de desarrollo que ha jugado la iglesia en las regiones indígenas va de 1963 a 1974; en ese lapso hay un mayor desarrollo social y cultural de las comunidades, además de ser la única institución que se acercó a dichas comunidades para ayudarles: "contribuyó a cuestionar los argumentos con que tradicionalmente se justificaba su situación social como indígenas —reproduciendo una imagen de sí mismos

como seres inferiores, incapaces y condenados-, que ayudaban a legitimar y mantener las dramáticas condiciones de marginación, dominación y explotación que soportaban" (pp. 61-62). Y que, para el momento histórico y en las condiciones en que viven es muy de avanzada.

El año de 1974 es clave para Chiapas, para los indígenas, campesinos y la propia iglesia de Samuel Ruiz (ver Levario, 1999). En ese año se celebra el Congreso Nacional Indígena. Un evento que al no poder ser convocado ni realizado exclusivamente por el gobierno, echa mano de la iglesia de Samuel Ruiz, el que a su vez convence al gobierno de que sin la participación de los indígenas se hará un vacío al evento (Womack Jr., 1998). Asimismo, el obispo al no contar con la infraestructura política, echa mano de organizaciones maoístas provenientes del norte del país. Con organizaciones como la Unión del Pueblo (una de sus fracciones, pues la otra se desprendería y formaría el Partido Revolucionario Obrero Clandestino Unión del Pueblo, PROCUP) se da forma al congreso, el cual se inscribe en la lógica del populismo del entonces Presidente Luis Echeverría que pretendía tener presencia institucional en el mundo indígena, inyectar recursos, y evitar que las condiciones de pobreza y autoritarismo pudieran ser utilizadas como caldo de cultivo para los grupos armados que habían emergido después de la represión del movimiento estudiantil de 1968. Después del congreso, el gobierno y la diócesis no le dan continuidad a los trabajos, no así los de la Unión que continúan preparando gente y discutiendo con ellos, para organizarse. Retoman las formas organizativas de la diócesis, y llaman a otra organización norteña, Línea Proletaria, quienes cuestionan las jerarquías que plantea la iglesia, y finalmente entran en conflicto con la gente de don Samuel Ruiz y son expulsados de la zona a fines de 1978. Quedaba un hueco político (ver Legorreta, 1998).

Paralelo a la organización del Congreso Indígena corre en esos años el proceso de "conscientización" de los pobres, la búsqueda del mundo de Dios en la tierra. En 1975, en la Primera Asamblea Diocesana en San Cristóbal, Samuel Ruiz declaró la "opción por los pobres" de su diócesis (Womack Jr., 1998). Los conservadores de la ciudad coleta decían que Ruiz se había vuelto "rojo" y la Conferencia Episcopal Mexicana trató de aislarlo. El *Tatic* y su gente se sumergieron, como otros tantos religiosos en la Centroamérica convulsionada por la pobreza y la guerra, en una labor hartamente complicada: la búsqueda del bienestar y la libertad en el mundo terrenal, contra los designios de la alta jerarquía eclesiástica y el gobierno estatal y nacional. Con los postulados de la Teología de la Liberación (ver Montero, 2000, Corte, 2000) y la pobreza y opresión de los indígenas y campesinos de Chiapas auestas, Ruiz y su iglesia vivieron la vida de sus fieles y compartieron el mundo indígena. Como siglos atrás ya lo había hecho Fray Bartolomé de las Casas, Samuel Ruiz optó por los pobres.

Vio en las comunidades de campesinos pobres e indígenas que colonizaban la selva Lacandona, al pueblo explotado, reprimido, excluido de sus tierras originarias, concibió en ellos al "pueblo prometido", señalado por los textos bíblicos. Los intentos que se habían realizado dos siglos antes se efectuaban nuevamente: que la iglesia de los blancos no fuera ya sólo de ellos y de los mestizos, sino también de los indígenas, de los pobres. El obispo entonces, orientado por los principios de la Teología de la Liberación, preparó a ocho mil catequistas y a 400 diáconos que actuaban en más de dos mil quinientas comunidades, una especie de "clero indígena" (Montemayor, 2001), cuyo antecedente semejante puede encontrarse en el suceso de la Virgen de Cancun en 1712, evento en el que Dios había elegido al pueblo indígena para liberarse de las ataduras del blanco. Los diáconos podían administrar ciertos sacramentos, por ejemplo el matrimonio, "y a menudo eran las mismas

personas que encabezaban las organizaciones agrarias en la demanda de tierras y en la regularización de su tenencia" (p. 124). Lo cual no le parecía ni adecuado ni viable al gobierno. Era organizar el descontento.

Este proceso que recorre Samuel Ruiz y compañía, Martín-Baró (1987b) lo denomina "religión subversiva", en tanto que desafía al orden imperante, y a la misma idea que la religión tiene de la vida: estar conforme con lo que Dios os ha dado. Desafiar tal presupuesto implica desarrollar una labor de conscientización que permita a los marginados saberse con posibilidades de romper sus ataduras y con posibilidades de cambio (ver Martín-Baró, 1990e); entrar en un proceso de desideologización (Martín-Baró, 1985); ofrecer, en última instancia, el mundo de Dios en la tierra (1987b). De lo que se trataba, a decir del psicólogo salvadoreño, era de "cambiar las relaciones entre la persona y su mundo"; esto es, un cambio personal y social. Para que las mayorías latinoamericanas puedan "eliminar su fatalismo no sólo hace falta que modifiquen sus creencias sobre el carácter del mundo y la vida, sino que tengan una experiencia real de modificación de su mundo y determinación de su propio futuro. Se trata de un proceso dialéctico en el que el cambio de las condiciones sociales y el cambio de las actitudes personales se posibilitan mutuamente" (1987a, p. 156).

No obstante el proceso organizativo, las condiciones de pobreza, injusticia y represión continúan, con una salvedad: los antes sumisos y "bien portados", los "naturalmente buenos" indígenas ya tiene la capacidad de organizarse, han adquirido herramientas que les permiten tomar diversos caminos, rutas para resolver sus problemas.

Para cuando arriban los primeros núcleos de lo que después sería el EZLN, en 1983, la iglesia de San Cristóbal está siendo en los hechos rebasada. Los núcleos del grupo guerrillero encuentran a su arribo una estructura ya formada, lo cual facilitará, en cierta medida, la incorporación a sus filas de indígenas conscientes, pero actuando sin conocimiento de la iglesia de don Samuel. Éste a su vez, al saber de la situación trata de contrarrestar el proceso del estallido armado creando una organización con la finalidad de detener al naciente zapatismo (ver Tello, 1995; Grange y Rico, 1998). Lo cual llega a destiempo.

En 1993 durante la visita del Papa, Samuel Ruiz logró entregar un escrito a éste: "En Esta Hora de Gracia" se denomina al documento, y se dice al Papa: "¿Por qué no iniciar un camino diferente, sin esperar a que las estructuras sociales tengan que cambiar por la desesperación de los que han sido ancestralmente aplastados?" (citado en Levario, 1999, p. 178). Y es que antes ya había señalado que la justicia en nuestro país se encontraba al servicio del dinero.

Con el levantamiento armado, las miradas conservadoras y del poder se dirigieron hacia Samuel Ruiz fincando responsabilidades en los sucesos. El gobierno trató de involucrar a la diócesis de San Cristóbal en los preparativos y el estallido armado, sabedora del grado de influencia que la religión tiene en países como el nuestro, y en especial la preponderancia del obispo en esos territorios. No reconocía que las condiciones de miseria, injusticia, opresión, etcétera, habían orillado a un sector de los campesinos e indígenas de Chiapas a tomar las armas. Se pretendía negar, desde el gobierno, la posibilidad de reflexión, de organización y de toma de decisiones propias para un sector de la sociedad. Algunos periodistas se hicieron eco de este señalamiento. Para quien fuera coordinadora de Comunicación Social durante el gobierno de Absalón Castellanos, Isabel Arvide (1998), hay una autoridad en los pueblos indígenas: Samuel Ruiz, la autoridad pública, el que manda. "El

verdadero gobernador sustituto, el que sí habla su idioma, el que los controla, el que los comprende, el que los ha aleccionado por muchos años, el que tiene el instrumento de dominación perfecto: la religión" (p. 135). Esta periodista que se refiere a los militares de rango como "mi general", se lanza: "¿Es un guerrillero hábilmente embozado? O, por el contrario, ¿es el más abierto de los subversivos, el más público responsable de todos los movimientos guerrilleros es esa parte del país?" (p. 154). Y agrega: "La biografía de Samuel Ruiz... es un largo peregrinar en búsqueda de la revolución. De la violencia. Del cambio social" (*idem*). Es el obispo, en última instancia, responsable del levantamiento armado, a decir de la periodista y de militares de alto rango, pero no sólo de ese suceso, sino también de muertes posteriores a manos de paramilitares.

El día dos de enero la diócesis de San Cristóbal tuvo que desmentir lo que algunos medios de información, el gobierno de Chiapas y el propio secretario de Gobernación señalaban: que la diócesis estaba en la revuelta; prestaba su equipo de radiocomunicación, que sus catequistas se encontraban al frente de los alzados, que el titular del Comisión de Derechos Humanos Fray Bartolomé de las Casas (CDHFBC) Pablo Romo, comandaba al EZLN, etcétera. (Montemayor, 1997). El mismo día los tres obispos de Chiapas dieron a conocer un documento en el que llamaban a las partes a considerar la posibilidad del diálogo y se proponían como intermediarios los tres: Samuel Ruiz (San Cristóbal), Felipe Arizmendi (Tapachula) y Felipe Aguirre Franco (Tuxtla Gutiérrez). Al siguiente día ofrecieron una conferencia en Tuxtla Gutiérrez, y ya no parecían tan coordinados, por ejemplo los dos últimos lamentaron que el EZLN utilizará como "carne de cañón" a los indígenas, haciéndose eco de la propaganda gubernamental y de los sectores más conservadores de la jerarquía católica. Finalmente impactaba, o influenciaba, el discurso del gobierno. Uno de los periódicos de circulación nacional que más eco se hizo del presupuesto de la manipulación indígena fue *El Heraldo de México* que vio en Samuel Ruiz a un enemigo. El 14 de junio de 1998 en su portada acusa: "Al descubierto nexos de Samuel Ruiz con Comunistas italianos", y en la nota no hay nada que así lo muestre (Levario, 1999, p. 189). Se revivían viejas consignas para descalificar a los obispos que optaron por los pobres. Ello sucedió en El Salvador, cuando a Monseñor Romero lo señalaron de ser el "apéndice ideológico del marxismo" (ver Martín-Baró, 1987b)

Este proceso de psicologización (Moscovici, 1981, 1987) en el caso de su pretensión de mostrar a campesinos e indígenas como incapaces de tomar decisiones por cuenta propia, y el de sociologización (Papastamou, 1987), queriendo hacer creer que los blancos o extranjeros, ajenos a la cultura indígena, son los responsables de la manipulación de seres por naturaleza sumisos, no contribuye a la comprensión y futura solución del conflicto. Carlos Fazio, un estudioso del camino seguido por Samuel Ruiz, saldría al paso: "Lo que nadie ha podido demostrar es que la diócesis de San Cristóbal haya organizado políticamente a los indios. El meollo de las cosas está en que el obispo Samuel Ruiz les da categoría de hombres, les potencia la fe y les dice: 'Organícense'. Pero las formas de hacerlo se las deja a ellos... Aparte, achacarle a don Samuel ser el organizador de esto (la revuelta del EZLN) es subestimar a los indios chiapanecos y su capacidad como hombres pensantes. Se quiere caricaturizar que un grupito de blancos, muchas veces extranjeros, venidos de la ciudad, les metieron ideas a los indígenas, quienes desde el poder tienen que ser, por definición, dóciles. Se pretende ignorar que hablamos de un pueblo con experiencia de lucha pos siglos" (citado en Levario, 1999, p. 183).

Las partes, finalmente, aceptaron a Samuel Ruiz como parte de la intermediación. Éste a su vez se dio a la tarea de formar un equipo de trabajo cuya finalidad consistía en

tratar de contribuir al anhelado proceso de paz, y formaron así la Comisión Nacional de Intermediación (CONAI), con destacados intelectuales y gente comprometida con la democracia y los derechos de los mexicanos.

La ofensiva del gobierno, sin embargo, no paró con el reconocimiento de la CONAI, al contrario, se recrudeció. En sus mentes estaba fincada la idea de que el obispo era responsable, si bien no ya de la totalidad, sí en buena medida del levantamiento armado, y pretendían cobrarle la factura. Para ello hicieron uso hasta de los diversos representantes del Papa en México, como Girolamo Prigione, quien, desde tiempo atrás aliado con el gobierno, solicitaba la renuncia de Samuel Ruiz (Montemayor, 1997). Como ello no daba resultados, al contrario, los indígenas se volcaban a darle cobijo a su protector, se optó por otra estrategia: como el obispo estaba a poco tiempo de concluir su estancia en la diócesis, mandaron un obispo coadjutor, Raúl Vera, de quien creyeron podía contrarrestar el poder del *Tatic*, y terminar por suplirlo. La sorpresa sería que el denominado "obispo de los coletos", después de vivir las condiciones de los oprimidos, terminaría por "convertirse" en la línea de don Samuel. De ello daba cuenta el órgano de "inteligencia" del gobierno, el Cisen (ver Gómez Leyva, 1998a). A esta estrategia se sumó la expulsión de varios sacerdotes extranjeros que tenían décadas trabajando en el estado, que fueron acusados de instigar a los campesinos para efectuar "invasiones de tierras", un viejo argumento que utilizó en su momento el entonces gobernador Patrocinio González y así poder encarcelar a los religiosos que denunciaban sus excesos. Eso mismo ocurría casi diez años después.

Las tragedias que azotaron a Chiapas también se le endosaron al obispo. Una periodista muy cercana a los militares, y que parece su portavoz, acusaba a Samuel Ruiz de lo ocurrido en Acteal. Así, la muerte de decenas de niños y mujeres en Acteal es, para Arvide (1998), producto del "odio engendrado por el EZLN" (p. 126) y en lo cual tiene una alta responsabilidad Samuel Ruiz. Textualmente escribe: "Ésta (la matanza) hubiera podido evitarse, y todavía debe ser investigada como un suicidio colectivo, como una más de las acciones de Samuel Ruiz a favor de su causa personal" (p. 162).

Los actos contra el obispo de San Cristóbal llegaron al exceso de intento de asesinato y de agresiones a la hermana del prelado. Situaciones que al religioso le parecieron ya un exceso en medio de un proceso que ya no existía entre las partes en conflicto: el diálogo. La ofensiva contra Samuel Ruiz, el estudiosos de la situación indígena Carlos Montemayor (1999c), la ubica como una ofensiva más amplia, que pasa primero por eliminar la presencia de observadores extranjeros en nuestro país, que pueden dar cuenta de la actuación gubernamental y denunciarla en sus países, por lo que se les tenía que expulsar; después la táctica gubernamental tendría en la mira a la CONAI que había jugado un papel clave en el proceso de diálogo, en momentos acercando a las partes, y en otras evidenciando el papel de la representación gubernamental, aunque finalmente tanto para estos últimos como para los zapatistas había resultado de vital importancia la mediación de Samuel Ruiz (Womack Jr., 1998). "Al hacer uso de su autoridad moral para que los antagonistas sigan dialogando, ha salvado al gobierno de una peligrosa reclusión y de las tentaciones de una solución militar, y ha dado tiempo al EZLN, que aún está armado, para que desarrolle los términos y la forma de una eventual lucha no armada" (p. 85). No obstante el gobierno, implícita o explícitamente, seguía fincando en buena medida la responsabilidad del levantamiento en la diócesis de San Cristóbal, además de la movilidad, el impacto y la credibilidad de que gozaba, y no se posicionaba del lado del gobierno, se le veía como una parte del adversario.

El 7 de junio de 1998, Samuel Ruiz como su presidente disolvió la CONAI. En donde algunos veían voluntad del Presidente de México mediante sus visitas a Chiapas para solucionar el conflicto (Legorreta, 1998), otros veían una señal para estar alerta, pues una tragedia ocurriría (Almazán, 1998). En efecto, una semana antes de la renuncia de Ruiz García, el 29 de mayo en una visita al estado el entonces Presidente Ernesto Zedillo sentenció: "Las personas que se dicen interesadas en resolver el conflicto traen escondida en la manga una agenda política con ambición de poder, por encima del dolor humano de los indígenas... Después de tantos años, tengo serias dudas de que esas personas que dicen que quieren ayudar a resolver el problema, realmente quieran eso. Bien harían en decir realmente qué es lo que quieren de este conflicto" (p. 30) Y agregaba: "A esos que creen que esa teología justifica la violencia, hay que decirles que están equivocados, que rectifiquen si es que tienen una buena misión que cumplir en la tierra" (p. 31). El discurso hacía alusión claramente al obispo y sus ideas, con lo cual se cerraba un ciclo de amenazas, discursos beligerantes, atentados; toda una ofensiva contra el obispo, su diócesis y el grupo de intermediación. En un primer momento la CONAI no realizó comentario alguno. Preparaba maletas para ir a Barcelona, al Encuentro sobre Conflictos y Experiencias de Intermediación en América Latina, organizado por la UNESCO para fines del mes de mayo. Eso, entre otras acciones, era lo que le resultaba molesto a la presidencia. El gobierno federal envió al ex-guerrillero y después asesor del gobierno, Gustavo Hiraes y Alán Arias, con el objetivo de entorpecer la exposición de Samuel Ruiz en el evento. Y así lo hicieron.

El segundo cinturón del que habla Montemayor (1999c) que el gobierno pretendía desmontar para pasar a la ofensiva contra las bases de apoyo zapatista, estaba ya prácticamente desmontado. Al momento de anunciar la disolución de la CONAI, Samuel Ruiz denunciaba: "He decidido renunciar. Hacemos más daño simulando que no pasa nada. Es mejor decir que no puede haber diálogo porque no existen las condiciones" (Almazán, 1998, p. 31). Reunió al pleno de la comisión y les dijo: "No podemos continuar si no somos útiles. Si el gobierno ha perdido la confianza y los insultos han crecido, no tenemos por qué seguir soportando" (*idem*). En el comunicado dado a conocer señaló los obstáculos para su labor, provenientes de parte del gobierno federal: signos y palabras presidenciales, expulsión de siete sacerdotes, encarcelamiento de otros cuatro, el cierre de cuarenta templos, órdenes de aprehensión a sacerdotes y religiosos, presión a campesinos e indígenas para que afirmen que la diócesis les entrega armas (ver Arvide, 1998). El padre Pablo Romo, director del Centro de Derechos humanos Fray Bartolomé de las Casas le narra a Gabriela Aguilar (1998b) la situación en los siguientes términos: "El gobierno perdió la brújula después de la matanza de Acteal y comenzó una nueva ofensiva en contra de la Iglesia. No quiso cumplir el diálogo y creó una situación insostenible de amenazas y ataques constantes" (p. 29). Gonzalo Ituarte, ex-secretario de CONAI lo sintetiza así: "Nos queda mucho por hacer. Llevamos muchos años luchando por la paz, no es algo nuevo. Nuestro centro de derechos humanos surgió cinco años antes de 1994. Nuestra pastoral y su sentido de justicia son anteriores al conflicto... No vamos a dejar de estar con nuestra gente... Vamos a buscar la paz. La sociedad civil mexicana tiene que asumir su responsabilidad en esta nueva etapa. La gente tiene que participar para construir la paz, basada en la realidad de que todo el circuito de San Andrés ya no tiene sustento. Hay mucho por hacer" (*idem*). En suma, se podría argumentar que el proceso de conscientización, el proceso de liberación, continuará, independientemente de las armas, como ya lo habían planteado desde los setenta los partidarios de la teología de la liberación.

Efectivamente, queda trabajo por realizar, como el desarrollado hasta antes del estallido del conflicto. Como la ha señalado Martín-Baró: "la superación del fatalismo de las mayorías populares latinoamericanas requiere un cambio revolucionario, es decir, un cambio en aquellas estructuras políticas y económicas, pero también psicosociales, donde se asienta un ordenamiento marginante y pasivizador que basa el bienestar de unos pocos en la explotación opresiva de los muchos" (1987a, p. 158). Y ello pasa por dejar atrás la concepción religiosa que obliga a la sumisión; rebasar la idea vertical que se tiene de sociedad, individualista y aliada de los sectores sociales conservadores y dominantes; en suma, dejar atrás la religión del orden. Abrazar una religión más humana, más horizontal, comunitaria, que se posiciona del lado de los pobres, de los oprimidos que bien podría denominarse progresista o "subversiva". Pasar de la preocupación exclusiva por la vida espiritual, y atender también al orden económico, político y social. El psicólogo salvadoreño (1987b) habló de tres ejes o líneas: a) la concepción histórica de la salvación, que se traduce en que no es suficiente el cambio individual, puesto que es necesario un cambio estructural que se refleje en el primero y viceversa; b) un comportamiento práctico frente al orden social, esto es, que la verdad de la salvación de los grupos oprimidos no es algo que exista, sino que se debe conquistar, por lo que hay que comprometerse con las causas justas y los movimientos populares tendiente a ello; y c) el carácter comunitario de su visión religiosa, pues si en comunidad se ora y se reflexiona, en comunidad hay que organizarse para conquistar la justicia: "la comunidad es más bien el referente que ayuda a la toma de conciencia, a la revisión crítica sobre la propia vida, a la interpelación de fe frente a los acontecimientos, al compromiso con las luchas liberadoras del propio pueblo" (p. 256).

Ello tiene un impacto sociopolítico: a) la conscientización religiosa, que ha permitido a grupos grandes superar su visión fatalista, pues si bien se atribuía el estado de cosas del orden a la voluntad de Dios, la reflexión comunitaria trae consigo que los hombres tienen una gran responsabilidad en la injusticia que se vive. De esta forma, en el caso del movimiento social de Chiapas difícilmente el campesino se hubiera incorporado como lo hizo, masivamente, sino se hubiera quebrantado la postura fatalista, a lo cual ayudo el trabajo desarrollado por Samuel Ruiz y sus seguidores, donde se aprende a "leer" la historia, de manera diferente, y entonces ya se puede transformar mediante la acción organizada, esto es, "escribir" la historia; b) el modelo de las comunidades de base ha servido como canon para la organización social, política y popular, al reflexionar sobre los beneficios de la unión; y c) la fe religiosa ha permitido en muchos casos encontrarle sentido a las luchas liberadoras y ha ayudado a sobrellevar con esperanza situaciones adversas y duras, es decir, que "la ruptura del fatalismo mediante la conscientización no significó el abandono de las categorías religiosas para interpretar su realidad y su existencia; por el contrario, es en la fe donde las masas populares han encontrado sentido a la lucha, fuerza para soportar con solidaridad terribles condiciones de vida, y esperanza para no perder el ánimo en los largos años de lucha prolongada" (p. 259).

De esta forma, en nuestro país, siguiendo la reflexión de Baró, el campesino e indígena "ha descartado la idea de que el destino que se le imponía era un designio fatal, querido por Dios, y ha comprendido que se trataba simplemente de la consecuencia de un ordenamiento social, incluso contrario a la voluntad del Dios de los cristianos" (1989, p. 162). Este proceso de conversión no sólo atraviesa a los fieles, pues se presenta también, como hemos visto, en obispos como Samuel Ruiz, Bartolomé Carrasco y Arturo Lona, que despliegan en sus lugares de trabajo, una amplia labor de conscientización. Y a fines del siglo XX, al igual que a Samuel Ruiz en la diócesis de san Cristóbal, Chiapas, Lona deja su

diócesis en Oaxaca. Ambos, junto a Carrasco sufrieron los embates del poder cuando realizaban su trabajo; fueron acusados por los gobiernos respectivos, pero queridos por sus comunidades. De ahí que sobre Arturo Lona se diga, se va "El último de los obispos que junto a Samuel Ruiz García y Bartolomé Carrasco Briseño, aplicaron las directrices del Concilio Vaticano II en la Región Pacífico Sur y cuestionaron públicamente el sistema neoliberal al que calificaron como el 'aguijón de la muerte'", y el propio Lona al respecto sostenía que "a pausas y con torturas psicológicas, están matando a la iglesia de los pobres" (Proceso Sur 19, p. 10). El *Tatic*, junto con otros teólogos de México, quizá no vean los frutos prácticos de su tarea, pero el proceso de liberación no puede pararse a inicios del tercer milenio.

3 El trato a la guerrilla: los medios

"En cuanto a los medios televisivos, el EZLN sólo vetaría la asistencia de las televisoras privadas nacionales Televisa y Televisión Azteca. La primera porque no necesita buscar noticias pues la inventa y maquilla a su gusto y conveniencia. La segunda porque sus reporteros han demostrado falta de profesionalismo al ofrecer dinero a nuestros combatientes para que hagan declaraciones" (EZLN. Documentos... 1994, p. 111). Esa fue la postura que el zapatismo asumió previo al diálogo de catedral con el gobierno en febrero de 1994. La razón se explicaba a partir del trato que estas televisoras habían dado al naciente movimiento armado. Televisa y Televisión Azteca se sumaron a la campaña gubernamental que hablaba de manipulación de indígenas "monolingües", que habían sido utilizados como carne de cañón por intereses ajenos a ellos.

Pero no todos los medios de información se manifestaron en ese tono, no obstante que en el primer día la condena al movimiento fue unánime. El diario de circulación nacional que después reproduciría los comunicados del EZLN, *La Jornada*, el día dos de enero de 1994 tituló su editorial: "No a los violentos" (*La Jornada* 02/01/94). Y condenaba la violencia "provenga de donde provenga". Dicha editorial mostraba el ánimo de la prensa durante los primeros días del levantamiento zapatista. No obstante la visión de los medios se había modificado con respecto al trato que a los guerrilleros se les dio en los sesenta y setenta, o a principios de siglo.

3. 1 Iniciando el siglo

Síntoma del trato que recibieron los grupos guerrilleros de principios del siglo XX es la imagen que de Villa se tiene: robavacas, el bandolero, aquel que llegaba a los pueblos y los saqueaba. Una imagen que se reproduce en el imaginario colectivo de generaciones posteriores a su actuación. Existe un elemento que permite entender la importancia de los medios de información a lo largo del siglo XX, en los momentos en que los grupos armados se presentan en escena: el periódico. Los rotativos que van desde los que eran (y son afines) al régimen, hasta aquellos denominados independientes; en este último caso se encuentran los periódicos que generaron los propios protagonistas de los conflictos, que desaparecían como aparecían, de un momento a otro.

De los magonistas se conocen varias publicaciones, el de mayor resonancia; *Regeneración*, que aparece en 1900 como un diario independiente y de denuncia; *El hijo del ahuirote*, y *Excélsior*, estos dos últimos producto de un acuerdo de los clubes liberales de aquel entonces. El hecho de que se publicaran estos diarios independientes muestra la poca apertura que los medios de información tenían para con los rebeldes; de hecho la prensa de inicios de siglo se caracterizaba por una sumisión más que aguda hacia el gobierno del dictador Porfirio Díaz. La más mínima crítica se veía respondida con un allanamiento, detención y cierre de las oficinas del diario denunciante. Eso le sucedió a los hermanos Flores Magón, a grado tal que se prohibió la circulación de todo diario donde escribiera Ricardo, el magonista de mayor trascendencia (ver Abad, 1924).

Célebre es la frase que a las afueras de las oficinas de *El hijo del ahuirote* colgaba en una manta "La Constitución ha muerto" en clara referencia al ejercicio del poder de Porfirio Díaz y sus científicos. Ello provocó, aún más, la animadversión hacia los disidentes.

La situación fue tan extrema que el periódico *Regeneración*, después de varios embates tuvo que trasladarse a Estados Unidos en espera de mejores condiciones para su publicación en tierras mexicanas. En esos lugares se puede fechar la segunda etapa del periódico, ya denominado de combate. De hecho llegó a ser considerado el periódico "más popular de México y el que más daño causaba" (p. 36) en sus tiempos. En una de las tantas clausuras del periódico, se fundó en Los Ángeles *Revolución*, donde Ricardo Flores Magón escribía con un seudónimo, pues de no hacerlo así, se cerraría el rotativo y se perseguiría al escritor.

Por su parte Emiliano Zapata, sabedor de la situación que guardaba la prensa independiente se ofreció a suministrar papel para el periódico magonista, con la única condición que se imprimiera en tierras bajo su dominio. El acuerdo no se pudo concretar finalmente, por la falta de comunicación, la distancia que mediaba y los acontecimientos tan fugaces de la revolución.

Pero si existen en ese entonces periódicos, también se hace uso de otros recursos, como el cine. El propio Villa sin mucha claridad sobre el manejo de la prensa de entonces, pero sí consciente del uso de su imagen realizó tratos con empresas cinematográficas para que sus hazañas se difundieran en tierras extranjeras, sobre todo en Estados Unidos. Así fue que aprovechó la oportunidad para trascender. Finalizando 1913 trabó relación con la gente del cine norteamericano que se encontraba filmando la guerra en Ciudad Juárez; se realizó un trato: Villa ofreció a los cineastas la posibilidad de ir con él en sus campañas armadas, dándoles todas las garantías necesarias para su trabajo, a cambio del 50% de las ganancias que obtuvieran los filmes (Orellana, 1988). En enero de 1914 Villa firmaba un contrato de exclusividad con la Mutual Film Corporation por 25 000 dólares. El Centauro del Norte se comprometía a realizar las batallas durante el día, prohibir la entrada de camarógrafos ajenos a la Mutual, y a simular combates en caso de que la filmación no resultara adecuada cuando estos se llevaran a cabo. La Mutual diseñó un uniforme militar para Villa, que sólo podía ser usado en los rodajes (Orellana, 1988). "Villa se convirtió en su propio publicista logrando crear una figura de impresionante fuerza dramática" (p. 39). Uno de los camarógrafos recordaría años después: "logré que retrasaran las ejecuciones de las 5 de la mañana a las 7, cuando ya había luz" (p. 40). Para mayo de 1914 ya se estrenaba en Nueva York un filme: *La vida del general Villa*.

Finalmente, en el juego de la información y de las imágenes, y sabedores del pliegue por parte de la prensa hacia el régimen, los diferentes grupos armados opositores al gobierno de Díaz crearon sus propios canales de expresión para llegar a la población y convencerla de la bondad de sus propuestas y de sumarse a la lucha por un mejor país. En ello jugó un papel claro Ricardo Flores Magón y su grupo, pues quizá era el más consciente de tal situación, baste revisar el número de publicaciones que fundó, y en las que participó (ver Abad, 1924). En el otro extremo se encontraba Villa, más en lo que después se denominaría "culto a la personalidad" con cierta banalidad a cuestas, pero cuya imagen se proyectó más allá de las fronteras de México, y le valió al movimiento revolucionario cierta credibilidad que en algunos sectores no se había logrado. Por otro lado se encontraba, y de manera fuerte, la dictadura arremetiendo con todos sus medios, los de información entre ellos, contra la naciente revolución. Las tragedias previas, Cananea, Río Blanco, la miseria en que se encontraba sumida la nación, y la emergencia de un movimiento revolucionario, finalmente, dieron al traste con su gobierno. El control de los medios para tergiversar y desvirtuar la actividad de los insurgentes no fue suficiente para detenerlos; ni en ese, ni en otros momentos (ver Martín-Baró, 1990h).

3. 2 Los setenta

Los grupos de los setenta, si acaso Lucio Cabañas y Genaro Vázquez, tuvieron un mínimo espacio en dos medios: la revista *¿Por qué?* y *Punto crítico* (ver López, 1974). En el primer caso el director de la revista sufrió persecuciones y hasta cárcel, acusado de participar en los grupos guerrilleros. Son ilustrativos los documentos que publicó sobre Lucio Cabañas, y sus comunicados. Asimismo la célebre entrevista que uno de sus reporteros le realizó a Genaro Vázquez en las montañas de Guerrero, lo cual le valió al periodista ser detenido ilegalmente (secuestrado) por la entonces Dirección Federal de Seguridad, de tan cruda memoria para los guerrilleros y no guerrilleros, pero acusados de serlo, en aquel entonces (Salgado, 1990).

Los discursos presidenciales, por ejemplo, eran la clara línea de lo que debía seguirse para con los grupos guerrilleros. Si el Presidente hablaba de una "conspiración comunista" en el movimiento estudiantil de 1968, eso repetía la prensa electrónica y escrita. Ese discurso se repetía años después, cuando se acusaba de ser agentes de la Unión Soviética a los grupos armados, pues respondían a "ideologías extranjerizantes", y en su confusión, algunos integrantes de la clase económica llegaron a señalar a fundaciones norteamericanas de financiar, con sus becas a universitarios, a las guerrillas (ver López, 1974).

Luis Echeverría ya en la presidencia, tuvo que escuchar el discurso de un empresario que acusó al gobierno como aquel que alentó, con su política internacional, la creación de grupos armados disidentes, refiriéndose al reconocimiento que México hizo al gobierno de Salvador Allende en Chile. Y al reconocerlo, señalaba el industrial, alentaba a los grupos con la ideología del país sudamericano, esto es, a que entraran en acción los socialistas. De ello se hacía eco también la prensa. Cualquier disidencia informativa sería acotada hasta con el despojo de su trabajo. De ello da cuenta el "asalto" que el gobierno organizó junto con un grupo de periodistas al diario *Excelsior* que dirigía Julio Sherer García. Ello constituye la muestra del trato que se le daría a los medios que osaran desprenderse de la línea oficial para tratar todo movimiento social, incluidos los armados.

Fue poca la prensa escrita que abrió sus páginas para que expresaran sus puntos de vista las organizaciones guerrilleras, no sin cierto recelo o un vínculo no público entre ambos. Ese pudiera ser el caso de la revista *Por Esto!*, que dio cobertura sobre todo al Partido Revolucionario Obrero Clandestino Unión del Pueblo (PROCUP), con amplias entrevistas. Pero esta publicación, al igual que los periódicos de los revolucionarios de principios de siglo no tenían el alcance de los que controlaba el gobierno, o sus aderezos, como la televisión.

Efectivamente, las revistas en que se publicaban informaciones sobre los grupos armados quedaban acotadas por los grandes consorcios de información: radio y televisión, y por los propios periódicos de circulación nacional de mayor tiraje. Y de hecho, cuando las revistas más "afines" a la guerrilla publicaban alguna nota sobre estos, no siempre eran benévolos. Por ejemplo la revista *Sucesos para todos*, le daba cobertura a algunas acciones de la guerrilla, pero el tono no era el más idóneo para los efectos que perseguían los grupos armados, llegando incluso a tildárseles de terroristas. Tal fue el caso para la Liga Comunista 23 de Septiembre (ver *Sucesos*, 1976). En el número 2250 de la publicación se escribe sobre los integrantes del grupo: tienen un "enfrentamiento constante a su propia situación de proletario (carencia de convertible, imposibilidad de alcanzar chicas rubias y hermosas, ir en camión de un lado a otro, etc.)" (p. 2); asimismo señalan: "ser marxista por sentimiento es como portarse cristianamente con tal de alcanzar el paraíso en la otra vida" (p. 3). Y reproducen un cartel que el gobierno ha hecho circular con la fotografía de 17 de sus integrantes, resaltando la leyenda "criminales" con la que son buscados. Años después llegaría a la dirección de dicha revista Mario Menéndez, quien le daría un giro. Publicó, por ejemplo, un reportaje sobre la "Guerrilla en Chihuahua", cuando se creía que no hubiera gente en armas por esos rumbos, después del asalto al Cuartel Madera. De *Sucesos* un equipo, entre ellos Menéndez, se van para fundar la revista *¿Por qué* que publica artículos y reportajes sobre las guerrillas en Colombia y en México, el director tiene los suficientes contactos como para hacerlo. A mediados de los ochenta, Mario Menéndez, ya al frente de la revista semanal *Por Esto!* publicará entrevistas en diversos números con varias organizaciones armadas.

No obstante tener algunos medios para expresar sus puntos de vista, de vez en vez, los grupos armados quedaron, como veíamos, inmersos en el mar de declaraciones gubernamentales que reproducían incondicionalmente la mayoría de los medios tanto electrónicos como impresos. De "criminales" y "terroristas" no pasaban los grupos armados en las ciudades (ver López, 1974) y de "asaltacaminos" y bandoleros" los que en la sierra se encontraban.

En la prensa escrita, por ejemplo, eran nota informativa los guerrilleros por alguna acción que realizaban, como asaltos bancarios y la consecuente declaración de los funcionarios en el sentido de que ya se encontraban investigando los hechos y que tales actos correspondían a grupos de terroristas; o bien eran nota cuando secuestraban una aeronave para exigir cierta cantidad de dinero y la liberación de tantos presos políticos, o una fuerte suma por la liberación de algún magnate o representante diplomático estadounidense. Pero sobre todo eran nota cuando la policía atacaba o capturaba a integrantes de algún grupo armada, balas, sangre y muertos de por medio, que daban el tinte amarillo a la nota y se podía desplegar incluso en primera plana. Pero sobre los ideales, sus propuestas, por pobres que estas en ocasiones fueran, nada o muy poco.

Algunas de las pocas notas sobre las causas de la lucha, sobre el cambio de gobierno, sobre las aspiraciones en torno a la igualdad... se veían cuando los rebeldes mediante un

secuestro exigían que se diera a conocer en la televisión y en medios impresos sus proclamas, de lo contrario quedaban al margen en los diarios, revistas, noticieros de televisión y radio nacional. Sólo había espacio para ellos en la prensa marginal o de muy poco alcance. Lo positivo de su actuar y de su sentir, ni se plasmó en términos de opinión periodística. El gobierno, finalmente, tenía un férreo control sobre la información en el país.

La segunda ola de los movimientos armados quedaba sumergida en las aguas del desprestigio y de la descalificación, a lo cual, por otra parte, ellos contribuyeron con varios de sus actos. La legitimación no pudo llegar.

3. 3 Fines de siglo, principios de milenio

Para la tercera ola de los movimientos armados la situación se va ir modificando a fuerza de tácticas, pero no todos los grupos lo lograrían. Uno de ellos en especial, el EZLN, se tornaría en una guerrilla que se caracterizaría más por escribir y tener a los medios a disposición en momentos claves, que por disparar balas. De hecho, se convertiría en un ejército rebelde sobre el que se han escrito más cuartillas que las balas que estos han disparado.

Cuando emerge el EZLN los sucesos no se digieren tan rápidamente, sobre todo en un país que aparentemente distaba mucho de la presencia guerrillera. Acostumbrado a ver los movimientos armados de lejecitos y a formar comités de apoyo para tal o cual revolución, no se pensaba en una guerrilla propia. Un amplio sector del país no daba crédito a lo que sus ojos veían en las pantallas de televisión: miles de indígenas y un mestizo, mencionaban de memoria la lista de sus demandas: trabajo, tierra, techo, alimentación, salud, educación, independencia, libertad, democracia, justicia y paz. Las especulaciones fueron muchas: que si eran mercenarios o exguerrilleros desempleados de Centroamérica (Aguilar Camín; 1994a); que si querían instaurar el socialismo (Televisa); que si eran extranjeros queriendo desestabilizar al país (Salinas de Gortari), y toda una serie de hipótesis que rodeaban al zapatismo se dejaron caer en avalancha. Dos elementos, en ese momento jugaron a favor de los rebeldes: 1) que los zapatistas en su (primera) Declaración de la Selva Lacandona se desmarcaban de la "narcoguerrilla", y otras categorías con las que el gobierno pudiera descalificarlos. Sentaban un precedente, además de justificar su declaración de guerra. Tenían una presentación discursiva limpia. 2) Los zapatistas, en un sólo día, habían tomado siete poblados, entre las cabeceras tomadas se encontraba San Cristóbal de las Casas donde se encontraban reporteros que los rebeldes habían llamado para dar cuenta de los sucesos, garantizando con ello no quedar aislados, con una acción que fuera en las montañas y que no tuviera eco a nivel nacional (ver EZLN. Documentos y Comunicados... 1994). Así, al día siguiente del levantamiento, los titulares de la prensa nacional rezaban: Subelevación en Chiapas (*La Jornada*); Indígenas Armados Toman Cinco Poblados en Chiapas (*El Financiero*); Toma el EZLN 4 Poblados de Chiapas; Cordura pide la S G (*Excélsior*); Violenta Toma de 5 Alcaldías por un Grupo Armado en Chiapas, 11 Muertos (*Uno Más Uno*); Grupos Armados Toman Cinco Poblados en Chiapas (*El Herald de México*); Ocupan Grupos de Indígenas Armados Ocho Poblaciones en Chiapas (*El Universal*); Rechazan Sociedad, Iglesia y Gobierno Uso de Violencia (*El Nacional*); Diálogo y Ley: García Villalobos (*El Día*); Declara la Guerra el Ejército Zapatista (*Ovaciones*) (Reygadas, Gómezcesar y Kravzov, 1994, p. 219). En cierta medida el impacto solicitado se había rebasado: el levantamiento armado era noticia nacional e internacional, y su legitimidad ya se dejaba entrever.

No podemos negar que estos medios dieron cobertura al suceso, pero la interpretación de lo ocurrido corrió por cuenta de la línea editorial de cada diario y su apego o no al gobierno federal. Y como si los tiempos no se hubieran modificado la secretaría de Gobernación giró instrucciones para no llamar al Ejército Zapatista de Liberación Nacional por su nombre, y cuando se refirieran al grupo deberían anteponer el "autodenominado", sino es que llamarlos "Transgresores de la Ley", "Profesionales de la Violencia". Más adelante, algunos otros medios electrónicos y escritos, los categorizarían como "violentos", "subversivos", "malhechores", "radicales", "clandestinos", "armados", "agresores", "transgresores de la ley" y "enemigos de México" (p. 161), asumiendo una tremenda parcialidad hacia el gobierno. Por su parte la prensa escrita extranjera trataba de ser menos parcial en la información enviada a sus países. El diario *El Cronista* de Argentina, en su primer página del dos de enero anunciaba: "Para el Gobierno son Hechos Aislados, Campesinos Armados Atacaron una Base Militar en México"; mientras que *El Mundo* de España, decía sobre Chiapas: "Un Estado en Manos de Caciques y Hacendados. Una realidad reconocida en el Mundo, pero no en México" (*ibid*).

Dada la magnitud de los acontecimientos, y las circunstancias en que surgían –la entrada en vigor del Tratado de Libre Comercio– no se podía minimizar, pero si tergiversar, tal suceso. Se formó por tanto, lo que después se conocería como el "tercer ejército", el de los periodistas (el primero sería el federal, el segundo sería el de los zapatistas). A ese tercer ejército se dedicó a seducirlo el EZLN, específicamente el *subcomandante Marcos*. Una de sus primeras maniobras consistió en ubicar por sus nombres a los periodistas que se encontraban en el lugar del conflicto, y a quien no veía preguntaba por él (ver Méndez y Cano, 1994; Romero, 1994). En un segundo momento el zapatismo dirigió sus comunicados a cuatro medios que consideró pertinentes: *Proceso* (revista semanal, nacional); *La Jornada* y *El Financiero* (periódicos nacionales) y el diario *El Tiempo* (San Cristóbal, local). A través de ellos se colaría a los hogares de Chiapas y de las grandes ciudades del país. Y ante el reclamo de algunos medios (El Sur de Oaxaca), los zapatistas manifestaron sus razones para haber elegido los cuatro anteriores. En el caso del diario *Tiempo*, "La decisión de dirigirse a este medio fue unánime en el CCRI-CG del EZLN... (además) nuestros compañeros han recorrido ya un largo trecho en las luchas políticas (y) saben quién los escuchó ayer y quién les cerró puertas y oídos... Nosotros teníamos la seguridad de la honestidad e imparcialidad de estas personas" (EZLN. Documentos..., 1994, p. 138). En el caso del diario *La Jornada* "su política editorial era, como se dice ahora, plural... ahí tenían espacio diversas corrientes, diversas ideologías y políticas... ese periódico presenta, con calidad, un mosaico ideológico de lo más representativo de la llamada sociedad civil mexicana... Hay en *La Jornada* lo que antes se llamaba izquierda, centro y derecha... Sin embargo, no fue la existencia de este mosaico ideológico lo que nos decide a incluir a *La Jornada* entre los destinatarios. Lo decisivo fue la valentía y honestidad de sus reporteros... Por alguna extraña razón, estos reporteros no se conforman con los boletines oficiales. Son enfadosos (para los reporteados) hasta el cansancio en su afán de saber qué ocurre. Además, cuando algo importante (a su entender) pasa, no se conforman con mandar un reportero, sino que forman una verdadera unidad de asalto que empieza a develar caras diversas del hecho que están cubriendo" (pp. 140-141).

En el caso del diario *El Financiero*, los criterios utilizados por los zapatistas para incluirlos se basaron en que tiene "un equipo de columnistas serios y responsables en su quehacer periodístico. Sus análisis son objetivos y, sobre todo, muy críticos. La pluralidad ideológica de las columnas que lo conforman es también una riqueza que es difícil encontrar

en otros diarios nacionales... Su política editorial no se conforma con salpicar alguna pluma crítica entre las que se alinean con el poder... Su equipo de reporteros tiene el instinto de 'diseccionar' la realidad, que es lo que finalmente distingue a un reportero de un observador" (p. 141). En el caso del semanario *Proceso*, éste se distingue por sus "análisis y reportajes verdaderos... Baste llamar la atención sobre la profundidad siempre presente en los artículos de *Proceso*, de los diversos enfoques de una problemática, sea nacional o internacional" (p. 143) y su reconocimiento mundial.

La elección de estos medios ha permitido al zapatismo penetrar la opinión pública y, a veces hasta orientar las acciones de una u otra organización. De hecho, Pérez Gay (1994) plantea que "los comunicados que el subcomandante Marcos (y el EZLN) ha enviado a *La Jornada*, *El Financiero*, la revista *Proceso* y el diario *Tiempo* de Chiapas han despertado una enorme simpatía entre muchos periodistas, escritores e intelectuales de México" (p. 361).

Pero no sólo los medios escritos eran los elegidos por el zapatismo, pues también en la prensa electrónica tuvo sus atinos: entrevistas a cadenas televisivas extranjeras y unas cuantas nacionales que se abrieron a recibir y difundir el punto de vista zapatista (por ejemplo, Multivisión y Canal 40). Incluso, una muestra del manejo que el zapatismo haría de los medios, lo encontramos durante los diálogos de San Cristóbal: los zapatistas se la pasaron dando conferencias y exclusivas, cuando no estaban en la negociación. Pero no todos tuvieron el lujo de la "exclusiva". El EZLN hizo énfasis en que todos los medios tenían las puertas abiertas para cubrir el evento, pero vetó a dos medios de información (Televisa y Televisión Azteca) por razones antes explicadas y dio a conocer una lista de los medios a los que invitaba de manera especial (las razones: habían cubierto con objetividad los hechos de Chiapas, aducían) a quienes "atenderá especialmente" en la medida de sus posibilidades. La lista estuvo conformada como sigue.:a) Periódicos: *La Jornada*, *El Financiero*, *Tiempo*, *El Norte* (de Monterrey), *The New York Times*, *The Washington Post*, *Los Angeles Times*, *Le Monde*, *Houston Chronicle*. b) Revistas y semanarios: *Proceso*, *Siempre!*, *Mira*. c) Televisoras: Canal 6 de Julio, Multivisión, Canal 11, CNN. d) Agencias noticiosas: Ap, Upi, Afp, Reuter, Prensa Latina. e) Radiodifusoras: Radio Educación, WM (de San Cristóbal de Las Casas), XEVA (de Tabasco), Radio Red, Grupo Acir (p. 111). Para ese momento, a menos de dos meses de iniciado el conflicto no cabía duda que los zapatistas sabían de la importancia del manejo de los medios, y con esto dio otro golpe a su favor en la guerra de la comunicación en donde estaba aventajando al gobierno, al coquetear con ciertos sectores de la prensa a nivel nacional y proyectándose en el plano internacional. El trato, es de suponerse, tendría que contemplar a las posiciones zapatistas desde otro ángulo.

Al respecto un periodista vetado un par de años después, De la Grange dirá: "Marcos demostró tener un concepto muy peculiar de lo que era el pluralismo y la objetividad informativa. La lista negra que el *subcomandante* había empezado a confeccionar en febrero de 1994 con dos televisiones se fue ampliando poco a poco" (Grange y Rico, 1997, p. 385). Y a decir de este par de periodistas, Grange y Rico, los medios vetados alcanzaban ya la media centena, 12 nacionales y 38 regionales tres años después de la aparición del grupo guerrillero.

Fueron tiempos también fuertes para ciertos medios que pretendieron dar una cobertura amplia a los sucesos de Chiapas. Alrededor de *La Jornada* se desató todo un debate. En una nota publicada un día después de la muerte del candidato priista a la presidencia, el 24 de marzo de 1994 en *La Jornada*, firmada por Peralta, Peguero y Ravelo (1994), el poeta y premio nobel de literatura, Octavio Paz sentencia: "El atentado que causó

la muerte a Luis Donaldo Colosio es un signo ominoso del estado de la moral pública. En los últimos meses hemos oído numerosas e irresponsables apologías de la violencia; también se han popularizado viejos argumentos que, tras hipócritas condenas del uso de la fuerza, terminan por justificarla como última razón política. Si queremos detener esta ola de violencia que amenaza al país entero debemos comenzar poniendo un hasta aquí a los excesos verbales e ideológicos de algunos intelectuales y periodistas. La violencia ideológica es la antesala, como estamos viendo, de la violencia física" (p. 11). Al tono de la evaluación del director de la revista *Vuelta*, se sumaba un integrante de la revista *Nexos*, Héctor Aguilar Camín (1994b): "Ante el magnicidio de Colosio que culmina tres meses de violencia, inseguridad pública y secuestros en el país, nada sube tan fácil a la cabeza como una hipótesis de una conspiración para desestabilizar la que hoy aparece como frágil y vulnerable institucionalidad mexicana. Durante tres meses asistimos en México a la consagración periodística de la violencia en Chiapas en una doble vertiente. Primero, como abundancia y saturación en el seguimiento de los hechos, hasta volverlos una moda periodística, con sus dosis de noticia, sorpresa, emoción y misterio indumentario" (p. 11). Luego, quien también fuera a inicios de 2001 señalado como beneficiario de los dineros del gobierno de Carlos Salinas, acusaba a la prensa que dio cobertura al movimiento de Chiapas como culpable de engrosar la opinión de la violencia, debido a lo que él llamó el "contagio de la celebración de la violencia en Chiapas".

En síntesis, se señalaba implícitamente a los zapatistas y a los intelectuales que escribían en *La Jornada* como culpables del ambiente de violencia que se vivía en México en el primer trienio de 1994. Uno de los colaboradores del diario, Nestor de Buen (1994), salió al paso: "Me temo que los intelectuales jornaleros estamos en la incómoda situación de reos del delito de incitación a la violencia. Y algo más: de haber provocado con ello el asesinato de Luis Donaldo Colosio. Todo ello se demuestra a través de la síntesis otrora imposible: *Vuelta* y *Nexos* caminan [por fin] por la misma ruta de la coordinación del repudio a los malditos que al describir las hazañas del EZLN sugieren un mundo de tiros y relámpagos de enero, febrero y marzo, no de agosto... que ensombrece la maravillosa tranquilidad que antes del primero de enero nos rodeaba. México no era un país violento antes del 1º de enero ¡De verdad! Ni se demostraban tendencias homicidas en parte alguna sólo que llegaron los periodistas y algunos intelectuales disfrazados de periodiqueros y... Pero ¿realmente hay que repudiar la violencia?. Pero habría que meditar si esa violencia, supuestamente ensalzada en las páginas de *La Jornada*, no es otra cosa que una nueva legítima defensa social, como las huelgas de hecho, o los balazos homicidas de quienes se defienden frente al asalto impune que caracteriza a nuestra vida actual. Esas violencias las aplaudo y las hago mías. Y no las ejecuto porque me falta valor para hacerlo" (p. 7). Y como si eso no fuera suficiente, sentenció "La mayor violencia... es, sin la menor duda, la miseria. Y contra ella, todas las demás se justifican. Pero en otra medida es violencia y de las peores que los intelectuales se lancen en contra de la libertad de expresión" (*idem*).

A estas alturas de la contienda los equipos de dos revistas otrora irreconciliables, *Vuelta* y *Nexos*, a quienes por cierto se señalaba de salinistas, en los hechos se unían para revertir el proceso de impacto e influencia que ya se experimentaba en la sociedad a partir del surgimiento del zapatismo. Ambos equipos condenaron el levantamiento y siguieron así constantemente. El propio Octavio Paz y Aguilar Camín, escribieron sus condenas incluso desde las páginas del diario que criticaban. Y como sus críticas se dirigieron hacia *La Jornada* ésta también respondió, mencionando que aquellos que intentaron presentar a ciertos medios de comunicación como apologistas de la violencia que ocurrió en nuestro país

en la primera mitad de 1994, no hacían más que descalificar a la prensa con argumentos inquisitoriales e insinuaciones dolosas, que atentan contra el ejercicio periodístico responsable y veraz, algo, por demás, muy saludable. La libertad de prensa, en última instancia, se venía a reforzar o proyectar a raíz del levantamiento zapatista (Levario, 1999), lo que permitió un distanciamiento de las posturas gubernamentales, muy a pesar de algunas presiones, que en muchos de los casos resultaron hartos toscas (ver Reygadas, Gómezcesar y Kravzov, 1994).

En contraparte a lo asumido por *La Jornada* uno de los medios escritos que más beligerancia ha mostrado contra el zapatismo es *El Heraldo de México*, muy cercano a la política gubernamental, medio que en diversas ocasiones ha sugerido, insensatamente, la vía militar como forma de solución del conflicto (Levario, 1999). La revista *Nexos*, y la hija de *Vuelta*, *Letras Libres* que recoge el legado del equipo de Octavio Paz, y el semanario *Etcétera* han sido a su vez críticos severos del zapatismo, y en sus hojas se pueden encontrar sobre todo a diversas voces antizapatistas. Uno de los colaboradores del último semanario, Marco Levario, escribe sobre la crisis económica de diciembre de 1994, y la ruptura del cerco militar por parte de los zapatistas: "En este episodio la estrategia del EZLN (de posicionarse en 38 municipios) provocó un enorme deterioro financiero en el país, al desestabilizar la Bolsa y devaluarse el peso en considerables proporciones" (p. 92). Coincidiendo, como pocos, con lo que Ernesto Zedillo declararía poco antes de concluir su mandato, que el Ejército Zapatista era el culpable de la crisis económica que experimentó su régimen; declaraba: "parte de la gran fuga de capitales que precipitó la crisis de diciembre del 94 se da con un acto de despliegue publicitario que hizo el EZLN a mediados del mes de diciembre" (Proceso, 1256, p. 15).

Un par de meses después, durante la ofensiva de febrero de 1995, varios titulares de la prensa escrita dan cuenta de la simpatía o antipatía hacia los zapatistas (Levario, 1999). *Uno más uno* escribía: Ernesto Zedillo "resolvió ayer, con la ley en la mano, asumir su obligación constitucional de hacer respetar el estado de derecho y preservar la estabilidad en Chiapas y en todo México" (p. 95). A su vez *Excelsior* señalaba: "Por lo visto, el Primer mandatario, el Primer Magistrado ha decidido no participar más en el juego de las treguas parciales y las negativas del EZLN a dialogar en busca de la paz... La autoridad debe proceder con toda energía contra las personas detenidas y las que aún no lo están, pues sus delitos son graves. Los arrestados estaban en posesión de un arsenal de armas de alto poder: granadas de mano, cabezas de mortero y explosivos. Se trata de un acto ilícito que debe ser castigado de acuerdo con la ley y seguramente la opinión pública recibirá con beneplácito la decisión presidencial de proceder con energía ante un problema que se estaba prolongando en exceso y tenía a todo México preocupado, además de contribuir a una estabilidad que se reflejaba en la situación económica... El Primer Mandatario cuenta, en esta decisión, con el apoyo de un pueblo deseoso de paz y tranquilidad" (*idem*). *El Heraldo de México* por su parte apuntaba: "El Presidente Ernesto Zedillo ha cumplido una vez más con su compromiso de informar verazmente y actuar conforme al juramento de hacer respetar la Constitución. El deterioro creciente de la situación social de Chiapas y la actitud desafiante de los alzados en armas, su obtusa negativa a dialogar, agotaron la paciencia de los mexicanos y hubo que aplicar la ley... Cuando sean detenidos los actualmente prófugos, deberán ser juzgados como delinquentes, porque sus actos constituyen y constituyeron siempre delitos penados por la ley" (p. 96). A quienes escribieron estas líneas se les olvidó que de parte del gobierno había un reconocimiento político (incluso legal, por la Ley para el

Diálogo) hacia el zapatismo, por ello se sentaron a dialogar un año atrás (ver Romero, 1994; EZLN. Documentos..., 1994).

Más allá del reconocimiento que el gobierno ya le había otorgado al EZLN como interlocutor, la vía de la fuerza no resultó ni en enero de 1994 ni en febrero de 1995 la forma idónea de resolver el conflicto social y político. El propio Levario (1999) apuntaría un razonamiento acertado, en torno a la decisión de febrero de 1995: "En su apuesta, sin duda, el ejecutivo erraba; no son, ni siguen siendo éstos los métodos para lograr superar el conflicto, más aún cuando insistentemente el gobierno había dicho buscar el diálogo y la negociación. Una propuesta represiva, como la que estuvo tentado a decidir el Presidente no podría resolver aquel problema que es en esencia político y no militar" (p. 98).

Tres años después ocurriría un suceso que generó controversias en diferentes medios. En el mes de febrero de 1998 la conductora de un programa de Televisión Azteca, Lolita de la Vega, se aventuró a volar por territorio rebelde. Sin aviso y menos autorización sobrevoló la zona de conflicto, el lugar donde se tenía ubicada la sede de la comandancia zapatista. La locutora aterrizó en un helicóptero, destruyendo a su paso el techo de una escuela, la única del lugar. Su camarógrafo tomó imágenes que después se quisieron hacer pasar como "la conjura extranjera" en el conflicto, reviviendo un viejo argumento que parecía ya superado. Las imágenes fueron pasadas en televisión una y otra vez: extranjeros integrantes de los denominados "campamentos civiles por la paz" eran mostraban como aquellos que impedían la labor "informativa" de la televisión mexicana; que un territorio estaba prácticamente en manos de esos extranjeros... se creó, finalmente, un clima de animadversión hacia los campamentista, a pesar de que tanto la prensa como el gobierno sabían de su existencia, y que a decir de los zapatistas formaban una especie de cinturón alrededor de las comunidades rebeldes, pues en tanto hubiera ahí ojos extranjeros el gobierno no se atrevería a agredirlos, cuando menos no abiertamente (ver Le Bot, 1997).

Los días 15 y 22 de ese mismo mes en las emisiones del programa "Hablemos Claro" Lolita de la Vega arremete contra los extranjeros en la zona de conflicto. Se muestran claramente las tendencias xenofóbicas (Sicilia, 1998). Dos fueron las repercusiones gubernamentales inmediatas: la expulsión de un sacerdote francés que tenía décadas trabajando en Chiapas, el padre Chanteau, y la incursión a comunidades zapatistas por parte de la policía migratoria, escoltada por el Ejército mexicano, buscando "extranjeros indeseables". Todo lo anterior formaba parte de una campaña que el gobierno había emprendido y que se alimentaba ahora desde la televisión privada. En esos, momentos el periodista Javier Sicilia, señalaba que había toda una estrategia montada consistente en: "1) Traicionar y luego, frente a la matanza de Acteal y la indignación nacional e internacional, maquillar los Acuerdos de San Andrés Larráinzar, sin crear las condiciones necesarias para reanudar el diálogo, y excluir así al EZLN, acusándolo de intransigente; 2) fracturar a la Comisión de Concordia y Pacificación, Cocopa; 3) desprestigiar a la Conai a través de burdas difamaciones al trabajo de Samuel Ruíz; 4) mantener el hostigamiento militar en las comunidades zapatistas; 5) no desarmar a los paramilitares; 6) negociar con el Partido Acción Nacional para garantizar que el gobierno tendrá la mayoría en el Cámara Baja cuando mande su interpretación de los Acuerdos de San Andrés" (p. 40). Y en tal contexto, los actos xenofóbicos cumplen con una función: "limpiar la zona de testigos y actores incómodos para trabajar sin demasiadas complicaciones en el exterminio" (*idem*). Lo cual, efectivamente sucedía, en dosis diferenciadas, pero hacía acto de presencia.

La televisora en la que trabaja Lolita de la Vega, Televisión Azteca, se ha caracterizado por una tendenciosidad progubernamental, más papista que el papa, diría el sentido común. Cada vez que el zapatismo entra en escena, y acapara la atención realiza una campaña de desprestigio contra el movimiento rebelde, que no puede ocultar su antizapatismo militante. Lo último que realizó, cuando este trabajo entraba a su parte final, fue una campaña contra la marcha de la dignidad que los rebeldes realizaron de Chiapas a la Ciudad de México, pasando por 11 estados del país antes de su arribo a la capital. Los zapatistas demandaban en esa marcha el reconocimiento de la cultura y los derechos indígenas, esto es, el cumplimiento de los Acuerdos de San Andrés; el retiro de siete posiciones militares de sus comunidades y la liberación de los presos políticos acusados de ser zapatistas. Tres señales que consideraba el zapatismo serían necesarias para reanudar el proceso de diálogo y así llegar a la firma de la paz. En sus emisiones Tv Azteca no perdía oportunidad para anunciar que los rebeldes llegarían a la capital a firmar la paz, con la clara pretensión de crear confusión en la gente y que ésta le exigiera al EZLN la firma de la paz sin diálogo alguno. Dicha televisora se asumía, entonces, como la portavoz del sentir de los mexicanos, como la representante de la opinión pública que nadie, salvo sus dueños, le habían otorgado.

En contraparte se encontraron medios que dieron cuenta del propósito de los rebeldes sin pretender crear ciertas expectativas sobre la firma de la paz en la población, tal fue el caso de canal 22, en los medios electrónicos, y diversos medios impresos, entre ellos la prozapatista *La Jornada*.

Volviendo con este caso, ciertamente habrá que reconocer que uno de los diarios que se distanció de la postura inicial de condena y que le abrió espacios a la voz de los rebeldes zapatistas fue *La Jornada*, pero lo hizo con el zapatismo, más no con los otros grupos armados. Los comunicados del EZLN se publican en el diario, se realizan entrevistas y reportajes sobre los zapatistas, pero sobre lo que dice el Ejército Popular Revolucionario (EPR), el Ejército Revolucionario del Pueblo Insurgente (ERPI), el Ejército Villista Revolucionario del Pueblo (EVRP) y las propias Fuerzas Armadas Revolucionarias del Pueblo (FARP) muy poco o nada. Sus comunicados, ni uno sólo se ha publicado, a menos que sea a manera de nota informativa se dan a conocer algunos renglones. Para este diario han quedado las otras guerrillas, en los hechos, en el papel de guerrillas malas, tal cual las presentó el gobierno. Y quizá, justificando en cierta medida tal situación Levario (1999) aduce que hasta para empuñar las armas hay que hacerlo con estilo, refiriéndose al EPR, pues éste no ha tenido el impacto del zapatismo. Asegura que a diferencia del EZLN, el EPR no tiene una clara política de comunicación, además de que su lenguaje es poco seductor, acartonado y muy rígido para la población que gusta de las canciones revolucionarias: "No retrata", apunta el periodista. "Sus aislados y alevosos ataques llevados a cabo fundamentalmente en los estados de Guerrero y Oaxaca concitaron el repudio de la opinión pública y, en algunos diarios como *La Jornada*, la necesidad de establecer un deslinde entre el EZLN y el EPR (los buenos y los malos). Y es que no es lo mismo la prosa, las poses y el estilo de la puesta en escena de Marcos que la de los serios y cortantes capitanes de la revuelta guerrerense" (pp. 131-132). Sólo hay que aclarar que la diferenciación entre guerrilla buena y mala la hizo el gobierno, y algunos se hicieron eco; quizá en demasía. Otro elemento, según el periodista de *Etcétera* tiene que ver con que los zapatistas, a diferencia del EPR, han sido vistos por algunos "intelectuales, políticos y periodistas como hombres casi (si no es que completamente) perfectos" (p. 132).

En efecto, más anclados en la lógica de los sesenta y setenta, como si aún existiera guerra fría y bloque socialista, algunos grupos, como el EPR, de donde se derivan otras agrupaciones como el ERPI, las FARP y el EVRP, hablan todavía de socialismos, de partido comunista, de toma del poder, etcétera, lo cual parece no seducir a los sectores urbanos, universitarios e intelectuales, que gustan más de una guerrilla romántica de la cual hablar en los cafés y en las clases. Y el EPR y sus derivados no cumplen con tales requisitos. Este tipo de grupos guerrilleros sólo son nota cuando realizan alguna acción, o se presentan en algún poblado, previa búsqueda de periodistas para que los acompañen, pues de lo contrario no ganan la esquina inferior en una página perdida del diario en el que se quieren hacer notar. Ganan las ocho columnas cuando realizan actos fuertes: operativos en varios lugares del país (por ejemplo en agosto de 1996 el EPR), cuando se presentan en las orillas de la Ciudad de México (como lo hicieron las FARP al iniciar el 2000), o de plano ganan una nota que las más de las veces pasa inadvertida, cuando se solidarizan o "saludan" alguna acción zapatista. El medio de información que puede romper con esta regla no escrita lo representa la revista *Proceso* que ha publicado entrevistas y reportajes con prácticamente todas las agrupaciones que se han dado a conocer con algún documento o alguna acción.

Así pues, el resto de los grupos armados no han tenido el éxito que el zapatismo en los medios, lo cual no ha permitido que, como es el caso de estos últimos, sea ese espacio uno de los privilegiados en donde de manera esencial se ha desarrollado la lucha de los zapatistas (Levario, 1999). En ello, por supuesto, también ha puesto una dosis la propia actuación de la guerrilla, pues mientras estas últimas aún manejan un lenguaje duro, el EPR, por ilustrar, crítica a otros grupos armados y reivindica las expulsiones y sanciones, el zapatismo por su parte se comunica y dialoga con medio mundo sobre múltiples temáticas de interés, e intenta entrometerse en diversos problemas que le son ajenos. En tal proceso ha desempeñado un papel determinante el *subcomandante Marcos*, que a decir de la comandancia rebelde es su "portavoz", su "puente" entre la cultura indígena y campesina del sur y la cultura de las ciudades, incluso la del poder (ver EZLN. Documentos y Comunicados... 1994; 1995). Andrés Oppenheimer (1996) un corresponsal del *Miami Herald* lo pone así: todo empezó el día primero cuando el *subcomandante Marcos* dio lectura a la declaración de la Selva Lacandona en el palacio municipal de San Cristóbal de las Casas. Vestido con uniforme negro y pasamontañas, amable con los turistas y lugareños, de verbo eficaz y autoridad innegable (Méndez y Cano; 1994). Ahí comenzó la leyenda de *Marcos* y éste "bombardeaba al Gobierno con sus cartas... redactadas en algún lugar de la Selva Lacandona y enviadas a la prensa con una oportunidad mefistofélica... el subcomandante se revelará también como un prolífico escritor, en ocasiones panfletario, pero siempre efectivo en las primeras páginas de los diarios del país" (p. 23). Elemento que el zapatismo ha sabido manejar de manera adecuada, pues ha combinado demandas políticas con una buena comunicación y despliegue de campañas en los medios. Incluso le ha ganado varias batallas a los medios pro-gubernamentales. En la ciudad de San Cristóbal, cuando el diálogo de Catedral y a propósito del veto que el EZLN había declarado para Televisa y Televisión Azteca, y de la transmisión íntegra de la lectura de un comunicado zapatista en el programa 24 Horas que dirigía Jacobo Zabludowsky, al que por cierto el conductor no le hizo comentario alguno, un periodista español comentaba de manera informal que titularía su artículo "El EZLN le ganó la guerra a Televisa". Esto demostró el terreno que los zapatistas iban transitando en materia de comunicación. A pesar de que la "auténtica avanzada" del EZLN fue un "llamado de atención" y "un dispositivo de comunicación para convocar a los medios y ganar presencia", en varios casos la prensa se dejó sorprender por el movimiento

zapatista y muchos de estos, terminaron por permear sus notas de la simpatía que sentían por los rebeldes del sur (Levario, 1999).

Para Maite Rico (1999) el principal campo de batalla de Chiapas ha sido en los medios. Aclara: "Nunca una guerrilla tan débil, desde el punto de vista político y militar, recibió una atención periodística tan desmesurada. Doce días de disparos garantizaron al Ejército Zapatista más cobertura informativa que 30 años de guerra en Guatemala y Colombia" (p. 41). Tres son las razones que esta coautora de *Marcos la genial impostura* da del por qué tanta atención de los medios a la guerrilla zapatista: 1) el contexto histórico del surgimiento; 2) la personalidad de Marcos y 3) la necesidad de los medios de contar historias impactantes. Primero, había caído el muro de Berlín, las otras guerrillas se habían pacificado; segundo, a Marcos se le presentaba como un Robin Hood, concluye. Y es que el vocero del zapatismo realmente ha contribuido con su granote de arena, con su protagonismo a situar al grupo rebelde en la posición que se encuentra. Así, por ejemplo, el *subcomandante* se ha dado el lujo de conectarse no sólo en Internet para difundir sus textos, sino que lo ha hecho hasta la ciudad de México en directo (Grange y Rico, 1997). Durante la presentación del vídeo realizado por Epigmenio Ibarra (ahora productor de telenovelas para la televisión comercial) *Viaje al Centro de la selva* en septiembre de 1994, Marcos se comunicó a la sala de cine en donde se proyectaba la cinta y durante siete minutos vertió su punto de vista sobre las pasadas elecciones, denunció la movilización militar en Chiapas y hasta solicitó le guardaran una ración de palomitas (p. 394).

Y parece ser que después de que el EZLN decidió hacer uso del ciberespacio, guerrillas como Sendero Luminoso y los de Tupac Amaru (Perú) han seguido sus pasos, pero no han logrado tener ni la variedad ni la riqueza de la página de los mexicanos (*ibid*). Quizá parte, una pizca, del repertorio zapatista, en el sentido de atraer a los medios pueda ser herencia del centauro del norte, Pancho Villa, pues es bien sabido que éste vendía los derechos del uso de su imagen, y que incluso llegaba a repetir escenas de batallas para ser filmadas (los sandinistas, en Nicaragua y los farabundistas, en El Salvador, por ejemplo, se movían con un puñado de periodistas y pretendían ante todo impactar a la opinión pública, a grado tal que sus operaciones se llegaban a planear de acuerdo a los tiempos de los medios, señalan Grange y Rico). Pareciera, y sólo pareciera, que en parte el zapatismo ha estado actuando con base en medios, de tal forma que resulte cada una de sus acciones en un impacto en estos (baste recordar la conferencia de prensa de Marcos previo a la toma de 38 municipios en Chiapas en diciembre de 1994). "Sin embargo, la relación que Marcos ha tejido con la prensa no tiene parangón en América Latina ni en el resto del mundo. A pesar de la debilidad militar y política de su organización, el dirigente zapatista se ha convertido en objeto de una atención desmesurada por parte de los periodistas, que responden a todas sus convocatorias" (p. 382).

Efectivamente, para Montemayor (1997) el Ejército Zapatista es el primer grupo guerrillero que conquista en los primeros días un espacio en los medios (otros no lo lograron en décadas anteriores). En el caso de Lucio no hubo posibilidad de penetrar en la prensa, la única revista que difundía sus proclamas, y al ser encontrada ésta en la sierra, fue suprimida, es el caso de la revista *Por qué?* Y se reprimía a sus editores. Antes era un delito, en los hechos, portar un comunicado. El zapatismo, junto con la actuación de la sociedad, y la apertura de algunos medios, vino a romper tal situación. Su justa lucha contribuyó en demasía a ello. Sin causas justas y la forma de plantearlas, parece, no puede haber legitimidad de la lucha. Y, por supuesto, en ello ha jugado un papel primordial la escritura de los rebeldes que, en última instancia, han sustituido a las balas, y resultan en ocasiones más

arteras las primeras que las últimas. A manera de ilustración, para agosto de 1994 los zapatistas ya tenían un cúmulo de comunicados, obra escrita digna de publicarse y darse a conocer en México y en el mundo. De ello da cuenta Antonio García de León (1994b) al anotar que "La colección de documentos producidos por el EZLN refleja... la transformación del discurso político en discurso poético y el uso radicalmente creativo de la guerra y la información... Una particular combinación de discurso radical, teñido a menudo de un sentimiento rulfiano ante la muerte, con un tono de fresca antiolemonne que rompe con todas las referencias anteriores de la izquierda estatalista o fundamentalista. En esta combinación desconcertante es donde la palabra verdadera ha logrado expresarse con fuerza... poniendo en jaque al poderoso, al hombre de oro, al de los palacios solitarios, al que los campesinos mexicanos llaman desde el siglo XVIII el 'Supremo Gobierno', el por antonomasia 'mal gobierno'... Nunca antes el terreno de la guerra se había desplegado tan claramente en la arena del lenguaje mismo" (pp. 12-13).

La síntesis. Los zapatistas, a diferencia de otros grupos armados, entre ellos los mexicanos de principios de siglo, de los sesenta y setenta, y de los de fin de siglo, han ganado la batalla de los medios, aún contra la voluntad de estos y del propio gobierno. Han hecho uso de "Una estrategia que ha doblegado a tres presidentes" (Proceso, 1271). Inusual en una guerrilla que no dispara balas desde siete años atrás. Mientras los grupos revolucionarios de principios de siglo tuvieron que crear su propios medios de información, sus periódicos, para dar cuenta de sus propuestas, de su actuación, de sus causas y propósitos, y las guerrillas de los sesenta y setenta se vieron cercadas por la televisión, el discurso presidencial y los medios escritos, lo cual en cierta medida los mantuvo en el aislamiento y el desconocimiento de sus ideas, y vivieron con el calificativo de "malhechores", "terroristas" y "conspiradores del comunismo", los zapatistas han ganado ya una batalla en los medios.

Cuando surge el EZLN se vieron en medio de una ofensiva de los medios de información y del discurso gubernamental, pero rebasaron ese "cerco" con un cambio de estrategia, como ellos mismos lo han reconocido (Durán, 1994; EZLN. Documentos..., 1994). Ese cambio permitió, entre otras cosas, dirigirse a los medios, ya no condenarlos como en otros tiempos, no señalarlos, no acusarlos, sino seducirlos, pues finalmente impactan en una amplia franja de la población. Sabedores de ello, los zapatistas se dirigieron a la prensa, a través de ellos querían se transmitieran sus comunicados. Y pusieron a su carta más fuerte, discursivamente, al frente. Marcos, quien logró atrapar a la prensa con su manejo del lenguaje, y sólo cuando tuvieron a la prensa, a los medios "en la bolsa" se dieron el lujo de vetar a dos televisoras que no gozaban en ese momento de credibilidad (decimos no gozaban, porque una de ellas ya ha abierto sus espacios), sabedores de que el resto de los medios estarían al acecho, en busca de una nota que les adelantara sobre los demás.

Una guerrilla sabedora de que la opinión pública juega en la contienda de la confrontación militar (ver Durán, 1994), acentuó su actuación política a través de los medios. El EZLN así lo declaró: la guerra se gana sobre todo en el terreno político, de lo público, de la opinión, no tanto en el terreno militar. Consecuentes con ello, a sus eventos invitaban a la prensa y tenían tratos preferenciales para las de mayor impacto, para aquellas que les resultaban más prozapatistas también (ver EZLN. Documentos..., 1994; 1995).

En última instancia, arriesgaban la legitimidad de no conquistar a una franja amplia de la población, y para llegar a ella se requerían los medios, sean estos escritos, radiofónicos o

televisivos. A los últimos no les dio mucha importancia, no obstante tenían que dar cuenta de los rebeldes si no querían quedarse por fuera de los acontecimientos. Un claro ejemplo de esto es la marcha de la dignidad por el reconocimiento de los derechos y la cultura indígenas. Inicialmente las televisoras le hicieron un vacío, pero conforme el proceso cobraba forma, y la gente se aprestaba en sus lugares a recibir a los zapatistas, la ocultación de tal suceso ya era imposible: la gente ya se estaba organizando con la información que corría por otro medios: la radio, los periódicos locales y nacionales, los semanarios, el Internet, los volantes, las revistas y periódicos independientes... la televisión, junto con el gobierno no tuvieron más que abrirse al oleaje zapatista. El gobierno primero tratando de negarle la posibilidad de la marcha a los rebeldes trató de cercarlos con declaraciones de los sectores más conservadores; por su parte las televisoras trataron de callar lo que ya era imposible dejar de escuchar. Después, el primero trató de mediatizar a los zapatistas, y las segundas se prestaron al juego: organizaron un "concierto por la paz" que se les fue de las manos. Los grupos participantes le dieron un cierto reconocimiento explícito al EZLN; los comentaristas de Televisa hablaban, a favor o en contra de la marcha, pero hablaban, generando discusión. Televisión Azteca sólo dejaba ver y escuchar condenas, anquilosada en los tiempos del priismo, acostumbrada a repetir lo que desde el gobierno se pensaba. No se dieron cuenta que los tiempos, y su gente, cambiaban. El presidente tratando de reducir la rebeldía de los chiapanecos al uso del Internet, recordando las declaraciones del viejo secretario de Relaciones Exteriores quien señalaba que en México sólo había guerra de papel. La miseria que dio origen al levantamiento no existía para el primero, y los muertos de años, décadas, siglos, no existían para el segundo.

El riesgo que se corre, efectivamente, es que se quiera reducir la lucha de los zapatistas a una guerra de medios, a una guerra mediática, tipo campaña presidencial de Vicente Fox, centrando sólo la atención en el *subcomandante Marcos* y que se olviden las demandas de un sector de por sí ya olvidado, pero memorable: los indígenas. Que se vuelva consigna un planteamiento vital para los pobres de México, y que pase de moda. Para ello, quizá, se requiera el constante recordar de la situación y las causas que originaron el estallido armado, aludir a la conciencia, trabajarla día y noche con la cotidianeidad que nos arremete. Que no se olvide, como lo han dicho los zapatistas, que son el color de la tierra y se les quiere desaparecer. El poder los declara prescindibles.

4 Estudios empíricos sobre la guerrilla

La psicología social vio en el movimiento zapatista una oportunidad para ejercer la psicología política y trabajar lo que la gente pensaba sobre los sublevados. Estudiantes universitarios, colonos y sindicalistas fueron en buena medida la población blanco que se trabajaría para tratar de dar cuenta del impacto y la representación que los zapatistas (y el EPR) habían tenido en la población, sobre todo de la ciudad de México.

4. 1 El zapatismo, objeto de la psicología

Con el levantamiento armado en 1994, los estudiosos de diferentes ciencias sociales trataron de explicar y comprender desde las diferentes disciplinas lo que estaba aconteciendo en el

sur del país. Así, la psicología social y política a su vez abordó, desde diferentes posturas teóricas, al zapatismo y trató de brindar elementos que permitieran una comprensión más amplia de los acontecimientos, y en la medida de lo posible aportar algo, por mínimo que fuera, para que se contribuyera a la mejor solución del conflicto; muchos, en la perspectiva señalada ya por Martín-Baró (1990c; 1994): si no exclusivamente desde las necesidades de las mayorías, sí desde la percepción de estas.

Uno de los primeros estudios realizados a poco tiempo de haber surgido el zapatismo lo realizaron Ferreira y Avendaño (1994), con el propósito de conocer, mediante la técnica de redes semánticas, "la impresión o representación abstracta" que un grupo de estudiantes universitarios, hombres y mujeres, tenían de los entonces tres actores centrales, pues estaba en puerta el diálogo de febrero en la catedral: Manuel Camacho, el *Subcomandante Marcos* y Samuel Ruiz. Los resultados que se obtuvieron de alguna manera mostraban lo que en el pensamiento cotidiano de la gente se iría configurando al paso del tiempo. Primero, el concepto *subcomandante Marcos* generó más palabras y con mayor valor que los otros dos personajes; el más bajo en ambos procesos fue Manuel Camacho. Se refirieron a *Marcos*, con un mayor número de términos descriptivos tanto hombres como mujeres, pero los primeros lo percibieron más negativamente que las segundas. Estas describieron al dirigente zapatista en sus aspectos físicos (alto, joven, robusto, guapo (sic), apuesto, fuerte, moreno), y refiriéndose a otras cualidades mencionaron su inteligencia, lo valiente, audaz y culto que era. A su vez, los hombres no hicieron referencia a su aspecto físico, y apuntaron aspectos que más bien tienen que ver con el movimiento: EZLN, Chiapas, guerrilla, armas, revolución, insurgente, lucha, etcétera. Por su parte el obispo Samuel Ruiz fue percibido más positivamente por las mujeres que por los hombres. Pero también hubo palabras negativas, tales como hipócrita, oportunista, tonto, metiche; sobre las descripciones de su labor se externaron: religión, obispo, sacerdote, iglesia, cura, católico. En cambio Manuel Camacho Solís a parte de generar menos palabras que los otros dos personajes, fue el menos "aceptado", el que se percibió más negativamente con términos como injusto, corrupto, mentiroso, incapaz, desleal, frustrado, quemado, etcétera. Y fue referido a su anterior puesto gubernamental como regente del Distrito Federal además de su militancia en el PRI.

Las conclusiones a las que llegaron Ferreira y Avendaño, es que a partir de la información que circuló sobre estos tres personajes se formaron impresiones diferenciadas, por ejemplo sobre su evaluación. Así, mientras que para el grupo de mujeres el *subcomandante Marcos* da la impresión de ser una persona carismática, con características de líder, para los hombres es un guerrillero. En el caso de Samuel Ruiz, hay una representación positiva en el grupo de las mujeres y un tanto negativa en el de los hombres, pero ambos grupos lo identifican en su papel de mediador eclesiástico. La imagen de Manuel Camacho quizá sea la más consensuada entre los universitarios, independientemente de su sexo, pues fue visto por su filiación priista, su papel de ex-regente y como representante del gobierno en la mediación; además de los elemento de un político, en el sentido que se le da a la élite política. "Una vez más, señalan las autoras, se pone de manifiesto la importancia del contexto social en la percepción social" (p. 691).

Otro estudio realizado por Ferreira, Sanders y Conde (1994), también haciendo uso de la técnica de redes semánticas, toma como población a estudiantes universitarios y mujeres pertenecientes al movimiento urbano popular. El trabajo fue realizado en la última semana de enero de 1994. Se estudiaron los conceptos de indígena, EZLN y Chiapas. En los resultados del trabajo se encuentran elementos muy importantes. Mientras los estudiantes definen al concepto "Chiapas" como un estado del país (el porcentaje más alto), pobreza, conflicto,

indígenas, selva y en menor medida hambre, las mujeres del movimiento urbano popular lo representan como pobreza (el porcentaje más alto) hambre y en menor medida como un estado del país. En el caso de lo indígena ambos grupos, estudiantes y mujeres del movimiento popular, se lo representan como asociado a la pobreza y el hambre, aunque resalta en los estudiantes la noción de cultura. A su vez el concepto de EZLN, que generó una red más amplia que los dos anteriores, mientras los estudiantes lo definen como lucha, indígenas, poder, derechos, movimientos, las mujeres del movimiento urbano lo representan como justicia y libertad, como indígenas, ejército y lucha.

En las conclusiones las autoras comentan: "Los resultados de este estudio nos muestran cómo a partir no sólo de la información que cada grupo tenía del conflicto en Chiapas, sino del contexto donde se mueven y de su participación, han conformado representaciones diferentes al respecto" (p. 740). En efecto, pues las mujeres pertenecientes al movimiento urbano popular habían tenido desde el inicio del conflicto más movilidad social y política; participaban de acopios, de labores de difusión de la causa zapatista, de caravanas, etcétera, además de su participación activa en distintos movimientos sociales, lo cual de cierta forma las había politizado. De ahí que, a diferencia de los estudiantes que utilizan para definir al zapatismo referencias más afectivas, las mujeres con participación política previa hagan referencia a las 11 demandas planteadas por el EZLN en la (primera) Declaración de la Selva Lacandona.

Asimismo, mientras los estudiantes definen al movimiento zapatista en términos de las condiciones de vida en Chiapas y como algo que viven los indígenas de ese lugar, para esta población es poca la identificación que experimentan, mientras que para las mujeres del movimiento urbano popular la "identificación" con el movimiento zapatista "se refleja en el hecho de haber descrito al EZLN con el mayor número de palabras de connotación positiva" (p. 740). Así es, pues "para estas mujeres el EZLN además de luchar por sus demandas, significa la esperanza, la unión, la igualdad, el cambio, la defensa, el respeto, la vida, la dignidad, la seguridad, el bienestar y la prosperidad" (*idem*).

En otro estudio realizado en la ciudad de México para abordar la representación que se tenía en ese momento del EZLN, se trabajó con estudiantes universitarios. En las conclusiones de la investigación Rodríguez Cerda (1995b) reporta que al momento de caracterizar al zapatismo emergen categorías como justicia, libertad, igualdad, pobreza, derechos, indígenas; a ellas se asocia el zapatismo. Además, sobresale la noción de democracia, pues los valores y prácticas asociadas a ésta "son utilizadas para encontrar sentido a las acciones políticas del EZLN" (p. 85). En efecto: "El EZLN ha llamado la atención pública porque sus acciones han destacado un asunto social de mayor envergadura: cómo hacer la democracia. Al menos un mérito han tenido como grupo político, el de hacer confluir las modalidades existentes de pensamiento social sobre la democracia hacia el indigenismo" (p. 85).

Un estudio más es el desarrollado por Acosta, Silva y Uribe (1995), que tenía por objetivo "analizar la percepción" que un conjunto de personas (comerciantes, amas de casa, empleados, estudiantes, profesionistas...) de la ciudad de México tenían del EZLN en enero de 1995. Se realizó una pequeña entrevista en donde se preguntaba sobre lo que pensaban del EZLN, de Marcos y de los indígenas. Sobre estos últimos, el grupo entrevistado generó consenso en cuanto a las características negativas de que son depositarios los grupos denominados originarios: "La percepción se apoya no tanto en las características de los individuos sino en su condición social, al poner de relieve una discriminación con respecto al

grupo indígena en materia de trato social y de distribución de recursos" (p. 98). Cabe hacer notar, sin embargo, que también se concibió a los indígenas como manipulables, ignorantes y confundidos. En el caso del EZLN no se percibió en ese momento como un movimiento indígena, pero tampoco como un grupo extranjero. Se le observó como un grupo armado cuyos miembros ocultaban su identidad, que por su portavoz se sabía que eran indígenas y que se encontraban en condiciones desfavorables, y que demandaba justicia, democracia y libertad; esto es, que era una organización con objetivos claros (p. 101). Los estudiados reconocieron tres causas para el levantamiento armado: la marginación, en mayor medida la pobreza extrema y la irresponsabilidad del gobierno; asimismo, percibieron los objetivos que perseguía el EZLN: luchar por sus derechos y por un bienestar para los campesinos. Por su parte, del *subcomandante Marcos* se tiene una imagen positiva. Se le describe como inteligente, líder, culto, con convicción, y en menor medida se le ve como cobarde, delincuente y violento. Así, a manera de resumen, "Las informaciones que se mueven en torno a los indígenas se relacionan a un estereotipo anclado con respecto a sus condiciones de vida, siendo éstas valoradas negativamente" (p. 105), se les sitúa más por su situación social que por sus rasgos psicológicos, y se les concibe como marginados. El zapatismo, por su parte, es visto menos como un movimiento indígena que como una "organización con objetivos definidos, encaminados a la lucha por sus derechos y por el bienestar del campesino; como una respuesta a la situación social en la que viven" (p. 106). En el caso del dirigente rebelde, se le reconocen atributos, habilidades y competencias sociales que no se le reconocen a los indígenas; además se enfatizan más los aspectos psicológicos y de personalidad.

También se ha estudiado el movimiento guerrillero de Chiapas a partir del planteamiento de Moscovici (1981) de las minorías activas para dar cuenta de los procesos de cambio, impulsados por estas. Es el planteamiento de Olga Bustos: "El caso de Chiapas... representa un claro ejemplo de cómo las minorías activas pueden ejercer un impacto e influencia social en las mayorías, es decir, cómo influyen en la opinión pública, sensibilizando sobre una realidad (que en este caso es de varios siglos) y convirtiéndose en agentes de cambio" (1995, p. 129). Consecuentemente, se ha visto que al paso del tiempo el EZLN ha devenido, psicopolíticamente, en una minoría activa que ha influenciado en la vida social de México y en buna medida en otras latitudes; su impacto se ha mostrado en su capacidad de convocatoria, por ejemplo, para los encuentros continentales e intercontinentales contra la globalización.

Una reflexión interesante es la que se desprende a partir del estudio realizado por Betty Sanders (1995) quien trabaja con redes semánticas los conceptos de "Ejército nacional" y EZLN, en el pensamiento de estudiantes universitarios. Este sector de la población los concibe de la siguiente forma: "A pesar de que son dos fuerzas beligerantes, al primero se le asocia con soldados que reprimen con armas y con poder, en cambio al EZLN se le asocia con una lucha de indígenas, un movimiento indígena que está luchando por recuperar sus derechos y su libertad" (p. 157). Resultados que no encajan con los encontrados por Acosta, Silva y Uribe (1995), que se puede explicar por el tipo de población, ya que en el caso del estudio de Sanders es exclusivamente de estudiantes, donde más a mediano plazo se ha anclado el sentir de los rebeldes, que se muestra en los rasgos de solidaridad, v. gr. las caravanas, manifestados hacia los chiapanecos.

Por otro lado, hay trabajos que desde la psicología política han abordado el movimiento zapatista, con propuestas que en su momento han tratado de aportar elementos para la solución del conflicto. Es el caso del trabajo de uno de los impulsores de la psicología

política en México, Manuel González Navarro (1994), quien aborda el conflicto chiapaneco desde las posibilidades de la negociación, arguyendo consideraciones psicosociales. En su trabajo el autor escribe: "En el conflicto y negociación política, el necesario reacomodo de elementos no percibidos, olvidados o menospreciados, permiten modificar los conceptos de sí mismo, de los otros y de las relaciones sociales. En realidad este es un medio y no un fin en sí mismo. Son las relaciones sociales las que mantienen y forman las percepciones o imagen de los otros y estructuran lo social" (p. 826). Desde esta perspectiva, entonces, se posibilita la comunicación entre diferentes, entre los oponentes, y terceros que tienen algo que decir, lo que implica necesariamente, modificar las reglas del juego. "En la negociación política entre el EZLN y el Gobierno Mexicano -escribe el investigador-, la suficiencia del diálogo establecido como mecanismo legitimador de las partes, es al mismo tiempo el reconocimiento de la insuficiencia de las normas anteriores a la regulación o control social" (p. 826). Efectivamente, este planteamiento, desdoblado, apuntaría a reconocer las causas del levantamiento, las condiciones políticas en que surge, las reglas a las que se invoca, las demandas que se generan, y la vía que debe privilegiarse: el diálogo y la negociación. Para el futuro, al final el autor sentencia en torno a las posibilidades de que el conflicto en Chiapas se resuelva: "La aceptación de la diversidad y el triunfo de lo posible sobre lo probable es el signo de la época actual" (p. 827). Ese sería el anhelo de cientos de miles, por no decir de millones de habitantes.

Otro trabajo, también sobre la línea de la negociación, es el desarrollado por otra impulsora de la psicología política en México, Mota Botello (1994), para quien la psicología social, como instrumento teórico y práctico, "puede contribuir en forma considerable al análisis de fenómenos de cambio social, en donde se entremezclan dimensiones históricas reflejadas en las características de las etnias, en conjunto con posiciones de tipo político que responde justamente al elemento de sobrevivencia cultural que éstas han tenido que llevar a cabo a lo largo de su existencia" (p. 835). Esta reflexión, evidentemente encaja con el desarrollo, planteamiento, necesidades y proyección del zapatismo.

El movimiento zapatista desde su surgimiento se mostró como objeto de estudio de las ciencias sociales, entre ellas de la psicología social y política. Para la autora, el zapatismo puede aportar, desde su condición de movimiento social y por su constitución en cuanto a elementos culturales, instrumentos que ayuden a construir la democracia en nuestro país. De ello ha dado cuenta el EZLN con sus estrategias públicas, el lenguaje de que ha echado mano, además de su estrategia de comunicación y el manejo político que hace del conflicto armado el grupo guerrillero, en contraposición a la parte gubernamental. Estos elementos, entre otros, -aduce Mota Botello- permiten vislumbrar que al momento de abordar el conflicto chiapaneco, el análisis atraviese por cuatro dimensiones: la cultura (en el sentido amplio de la Antropología), la cultura política, la concertación política y la democracia.

4. 2 El eperrismo también

La guerrilla del EPR también se puede abordar desde la psicología política, a pesar de no haber producido tantas acciones de corte civil ni tantas cuartillas sobre su perspectiva política en torno a las problemáticas tan diversas de nuestro país. Los eperristas algo tiene que decir, y su actuación, por muy armada que sea, incluso por ello, se impregna en la representación que la sociedad tiene de este grupo armado. Con todo y que desde el gobierno ha sido catalogada como la "guerrilla mala", bien valdría la pena analizar si efectivamente así se ha

anclado en el pensamiento social, por citar sólo un caso. Sin embargo, es justo reconocer que por diversas razones, desde el poco contacto que esta agrupación genera con otros sectores sociales como los científicos, los intelectuales, los medios, etcétera, escasamente se ha trabajado su situación. Quizá algunos trabajos se hayan desarrollado en otras latitudes del país, pero se desconocen porque no han contado con la difusión que sí han tenido los estudios sobre el zapatismo. Así pues, en este apartado se dará cuenta de un par de trabajos desarrollados para fines del presente estudio, realizados en 1996 el primero y en 1998 el segundo.

El estudio emprendido en 1996 tuvo por objetivo conocer la imagen que los ciudadanos del Distrito Federal tenían en ese momento del EPR, a escasos tres meses de haber emergido, de haber realizado algunas acciones armadas y en el marco de la campaña que el gobierno había desarrollado calificando a esta guerrilla como "terrorista". Para el trabajo se aplicó una red semántica a 84 personas, 40 mujeres y 44 hombres en diferentes sitios de la ciudad de México. Entre los participantes se encontraban obreros, amas de casa, estudiantes de educación media superior, policías, profesionistas, empleados, comerciantes, entre los más contados. Las aplicaciones se realizaron en septiembre de 1996.

Algunos de los puntos que arrojó el estudio muestran el impacto de las acciones armadas de la guerrilla eperrista y el grado de interiorización del discurso gubernamental que pretendía arrinconar a los integrantes del EPR en la categoría de "terroristas", a escasos días de haber realizado acciones armadas coordinadas en varios estados del país. Los ciudadanos del Distrito Federal, a pesar de que los mensajes que se transmitían por la televisión, radio y prensa escrita, se hacían eco del discurso presidencial, en el sentido de que caería "todo el peso del Estado" y de la ley contra los eperristas, y de los calificativos que había emitido contra esta guerrilla, los entrevistados no mostraban una impresión en tal sentido. Los defeños tenían una imagen del EPR como un grupo "guerrillero", que había tomado las "armas", por diferentes causas, como la "pobreza", por la "injusticia", y que además "luchan" por cubrir sus "necesidades" y por "democracia", "justicia" y "libertad". A esta guerrilla se le identificaba con el estado de Guerrero, con una composición de campesinos y guerrilleros, que hace "política", que está haciendo una "revolución" y que tiene intereses populares. En menor medida, se le identificaba como "violentos" y menor identificación aún con el concepto de "terroristas", que en todo caso podría generar "inestabilidad". Eso se representaba la gente a unos cien días de haber emergido y de haberse presentado mediante las armas accionadas. Un dato curioso es que no se les asocia en ese momento con el Ejército Zapatista.

El segundo trabajo se realizó a fines de 1998 con 50 estudiantes universitarios, 25 hombres y 25 mujeres. El propósito del estudio era conocer el nivel de información que sobre el EZLN y el EPR tenían los estudiantes de la UNAM. Se aplicó un cuestionario de 28 preguntas, 14 sobre el EZLN y 14 sobre el EPR. Los temas para ambas guerrillas eran los mismos; por ejemplo se les preguntaba su opinión sobre las demandas del EZLN y del EPR, de donde obtenían armas y dinero, etcétera. Después de contestar el cuestionario se les programó un video, elaborado para fines del estudio, que contenía en voz e imagen de los propios guerrilleros (zapatistas y eperristas), la información sobre las interrogantes que a los estudiantes se les planteaba en el cuestionario. En sentido estricto, los guerrilleros respondían a las preguntas planteadas en el cuestionario. Después de que los participantes se sometían a la sesión de video, se les aplicó nuevamente el cuestionario.

Los resultados se preveían de alguna manera: antes de la proyección del vídeo, los participantes externaban mayor información sobre el surgimiento, demandas, posiciones en torno al diálogo y al uso de las armas, etcétera, del EZLN, y desconocían en buena medida esas informaciones sobre el EPR. Poco más del 50% de los estudiantes desconocían que significaban las siglas "EPR", pero el total de ellos sabían que significaba "EZLN". Sobre el origen del levantamiento las condiciones de vida fueron la constante antes y después. En el caso de la obtención de recursos y armas, el 41% desconocía la procedencia, y después del vídeo el 66% respondió que se obtenían del secuestro a magnates, asaltos bancarios, y un 25% que provenían del mercado negro. De no saber cuáles eran las demandas del EPR, se pasa después a la lucha por el cambio democrático en México y se enumeran algunas especificaciones. Sobre la opinión que del EPR se tenía, en un inicio el 25% lo veía positivamente, mientras que la mitad no contestaba o decía no saber, pero la opinión cambió después, al concebir como un levantamiento "válido" que prácticamente generó consenso dadas las "condiciones de vida", de ser la "única vía" que les dejaron, y no obstante que se le ve como una guerrilla "radical", señalan que es una "vía de expresión", y en buena medida "justa".

Ahora bien, lo que se muestra en el estudio es que la información que se tiene sobre la guerrilla del EPR es más bien de fuentes indirectas, es decir, que se recibe de la televisión, la radio y los periódicos, lo cual está mediando la comunicación que proviene de esta guerrilla. Considerando que los medios de información tienen intereses en los gobiernos en turno, sean locales o federales, se explica de alguna forma que las notas que transmiten a la audiencia no son lo más transparentes posibles, pues están cargados de la visión de quienes las exponen, además de tender a la descalificación de la actuación armada. Para contrarrestar esta forma de acceder a la información, se han creado "canales alternativos" que de alguna forma difunden información y el punto de vista de los grupos guerrilleros: periódicos, videos, audios, volantes, revistas de alcance bajo y medio... de los cuales echan mano los simpatizantes para difundir "la palabra" de los armados, que en el caso del eperismo ha sido muy poco utilizado en las grandes ciudades (a diferencia de lo hechos por los neozapatistas y sus simpatizantes).

De esta forma, lo que se puede concluir, entre otras cosas, es que las personas que se expusieron al vídeo informativo de los grupos armados, en este caso del EPR, en el que ellos mismos exponen los por qué de su lucha, modifican en buena medida la percepción que de ellos se tiene.

Síntesis. En los estudios aquí referidos, que de ninguna manera agotan los realizados en los últimos siete años, se trata de dar cuenta del universo amplio en que se ha movido el análisis psicosocial y psicopolítico de las guerrillas en nuestro país de principios del tercer milenio. Resulta evidente, a la luz de los resultados, que el zapatismo tuvo que construir una imagen de grupo mayoritariamente indígena, como actualmente se reivindicán; noción que no está presente inicialmente en el pensamiento social. Siete años después los resultados se pueden ver en el impacto que ha tenido su demanda por el reconocimiento de los derechos y culturas indígenas. Asimismo, para que se les concibiera como un movimiento legítimo, el zapatismo tuvo que aclarar las dudas que al respecto de su origen, de su financiamiento, y de su arraigo en el lugar donde se implantaron, en un inicio se generaron. Lo mismo se puede plantear para el caso del EPR: a fuerza de comunicar a la sociedad y de contactarse con la gente en las ciudades, de convencer a líderes de opinión, de comunicarse con otras organizaciones,

de esclarecer sus demandas, los por qué de sus métodos, de abrir espacios, de convocar a más gente que no esté de acuerdo con sus formas, de debatir, etcétera, sólo así ganará los espacios que hasta el momento no ha logrado conquistar. Otro dato de interés tiene que ver con las campañas que desde el gobierno se orquestan: estas no necesariamente funcionan, sobre todo cuando hay justeza en lo planteado, en lo demandado, en lo señalado, y cuando se activan canales de comunicación alternos, y se logra generar la discusión sobre el fenómeno o proceso en cuestión. Así, mientras el gobierno trataba de arrinconar al EPR en la esquina oscura del "terrorismo", esto no se logra, pues la gente los mira con otras posibilidades, de acuerdo a lo que ha vivenciado y a las condiciones de vida que explican su surgimiento. No obstante, a la caracterización de guerrilla "mala" han contribuido otros factores, que van desde la aceptación tácita del EZLN, que sus simpatizantes despliegan pomposamente, hasta la actuación del propio EPR, y lo dicho por sus escisiones, por el tipo de procesos que se externalizan, que distan de ser los más adecuados y justos, entre otras consideraciones. En fin, que los grupos armados requieren de cierto tipo de actuación que posibilite tener un impacto positivo, sino en toda la población, si en sectores que permitan movilidad de los planteamientos de los grupos armados, y ello en parte, sólo en parte, puede verse a través de los elementos de la influencia social minoritaria.

5 Influencia social de la guerrilla

Si bien los grupos armados han generado un impacto social, en algunos casos condenable para ciertos sectores sociales, en especial los gubernamentales o quienes coquetean con el poder, y en otros tantos han sido sus demandas bien recibidas, el proceso psicopolítico por el cual se despliegan tales posibilidades permiten entender la relativa aceptación de unos grupos y la reticencia hacia otros. El zapatismo por ser la guerrilla que más ha sido trabajada en los medios de información, por el empeño desplegado por sus simpatizantes, y por las propias acciones que han emprendido con la denominada sociedad civil, ha tenido un mayor impacto social, nacional e internacionalmente, que el resto de las agrupaciones, algunas de las cuales sólo se han presentado mediante un comunicado que no ha merecido su publicación en los diarios de circulación nacional, si acaso una nota informativa en páginas interiores.

5.1 El ejercicio minoritario

El zapatismo, entonces, será de manera principal el objeto de análisis en este apartado. Este movimiento se puede caracterizar como uno de los fenómenos más notables de fin de siglo y principios de milenio dado el impacto y las repercusiones que ha tenido. De hecho, el zapatismo ha sido materia de análisis de diversas disciplinas. La psicología política bien puede plantear su visión al respecto, para lo cual se aborda desde el eje de las "Minorías Activas", propuesta que, como hemos visto, aduce Serge Moscovici (1989) como objeto de estudio, desde la escuela francesa de psicología política.

Habrá que recordar que fue Moscovici (1981) quien introdujo a los grupos antes considerados desviados y anómalos al campo de la psicología social y política (1989) con la intención de mostrar que estos grupos pueden generar influencia si en su haber desarrollan

ciertos procesos: la innovación, el estilo de comportamiento, la creación de conflicto, la persuasión, entre otros elementos, que generan cambios a nivel social (ver García, 2001).

El rasgo de innovación. Los rasgos innovadores que presentan los grupos minoritarios, tiene que ver con ciertos elementos de la comunicación y de la actuación que sacan de la monotonía al grupo (o a la sociedad) al introducir o crear ideas nuevas, nuevas formas de pensar o comportarse, que a su vez pueden modificar otras ideas, volviendo caducas ciertas actitudes, modos de pensar o comportamientos que hasta ese momento se encontraban en el grupo (Doms y Moscovici, 1984). Pues bien, con la aparición pública del EZLN, éste mostraba una clara ruptura con la forma de actuar de las guerrillas mexicanas de los sesenta y setenta en nuestro país, y con las guerrillas latinoamericanas que habían actuado en otros tiempos o que al momento existían. En la (primera) Declaración de la Selva Lacandona y la declaración de guerra al Ejército federal, el zapatismo sustentaba su actuar en el Artículo 39 de la Constitución mexicana. No se levantaba para destruirla, a pesar de plantear posteriormente una nueva Carta Magna, pues inicialmente se sustentaba en ella para declarar la guerra al Ejército. El único caso registrado al respecto es el cubano con la reivindicación de la Constitución martiana, pero la regla general de los grupos armados es levantarse en armas desconociendo su Constitución. Y en su Declaración, mencionan Méndez y Cano (1994), hay una congruencia y ni un solo desperdicio al nombrar sus causas y la historia que heredan. Otro factor es la toma de la segunda ciudad más importante de Chiapas. A los grupos armados de Latinoamérica les llevó años la toma de una ciudad de importancia; al zapatismo le llevó muchos años de preparación y un solo día de acciones, lo cual le daría al paso del tiempo una proyección importante. Un guerrillero colombiano comentaría a modo de queja: "combatieron durante doce días y ocuparon durante algunas horas un puñado de municipios en los confines de México. Nosotros peleamos desde hace 30 años, controlamos grandes porciones del territorio nacional y golpeamos donde queremos. Y sin embargo, nadie se interesa por nuestras acciones, mientras que las de ellos han levantado una ola de simpatías alrededor del mundo" (referido en Le Bot, 1997, p. 115). La propia periodista Ma. Carmen Legorreta (1998), a pesar de cuestionar severamente la forma de operar de esta guerrilla, termina por aceptar que el levantamiento del EZLN "es uno de los acontecimientos que más ha llamado la atención a nivel mundial, y uno de los que más ha impactado en la historia reciente del país, de Chiapas y en la vida de las comunidades indígenas en las que se ha asentado" (p. 15).

Asimismo, emergieron el primer día con un número de hombres superior al de otras guerrillas. Jorge G. Castañeda (1994) lo explica así: "desde un principio resultó evidente, y se confirmó después, que el EZLN disponía de más gente o masas que armas" (p. 40). Ni la guerrilla guatemalteca, aún en sus momentos de mayor relieve, logró movilizar en operación alguna, como la toma de una ciudad, tal cantidad de gente como lo hizo el EZLN el primero de enero (Le Bot, 1997) También se decía que la operación militar del EZLN había sido impecable, "La magnitud de la operación militar del EZLN no tiene precedente en la historia de las guerrillas mexicanas" (Hernández Navarro, 1995, p. 24); y que desde mayo de 1938 no había una rebelión con la importancia de la que en ese momento intentó derrocar al Presidente de la República (Méndez y Cano, 1994).

Por otra parte, con el paso del tiempo se fueron delineando otras esferas de atención de parte de los rebeldes: su insistencia en ver a la sociedad como un arma de cambio y la facultad de que con su voz acallaran las armas y ésta hablara. Ese fue un factor importante

que jugó a favor del zapatismo. Los rebeldes lo enunciaban de la siguiente manera (Durán, 1994): "Vemos la lucha armada no en el sentido clásico de las guerrillas anteriores, es decir, la lucha armada como un solo camino, como una sola verdad todopoderosa en torno a la cual se aglutinaba todo, sino que nosotros siempre vimos desde el principio a la lucha armada como parte de una serie de procesos o de formas de lucha que van cambiando; algunas veces es más importante una y a veces es más importante otra" (p. 65). Adicionalmente, estaban dispuestos a renunciar a las armas si la sociedad les mostraba otro camino, si el tránsito a la democracia era pacífico y no violento como ellos se lo habían propuesto. En la bienvenida a la Convención Nacional Democrática (CND), argumentaban: "Aguascalientes, Chiapas, esfuerzo común de civiles y militares, esfuerzo común por un cambio, esfuerzo pacífico de los armados" (EZLN. Documentos... 1994, p. 304). Y más adelante sentenciaban: "Luchen y derrótennos. Nunca será tan dulce la derrota como si el tránsito pacífico a la democracia, la dignidad y la justicia resulta vencedor" (p. 311). Y en esto han sido consecuentes, al no disparar ni un solo tiro y aguantar hasta las provocaciones, como la de los asesinatos de Acteal, pues le ha pasado la estafeta a la sociedad civil. Algo así como "a ustedes les toca" (Poniatowska, 1994).

Elo se acentuaría en los múltiples encuentros que se han celebrado entre "armados" y "no armados". La realización de la CND en agosto de 1994 trajo consigo la discusión, entre los insurgentes armados y la insurgencia de la sociedad civil, del proyecto de un país nuevo, más justo, más digno dirían los zapatistas. Inédito, puesto que se sabe de la guerrilla que toma decisiones a lo sumo consultando a sus bases o a "sus" organizaciones, pero convocar a toda la sociedad para que envíen delegados y con ellos se discuta y se comprometan todos (armados y sociedad) a impulsar lo que de ahí salga, no había sucedido en tiempos pasados. Algo semejante ocurriría con el resto de los encuentros, como el Foro Nacional Indígena, de donde salieron los documentos base que el EZLN presentó en los diálogos de San Andrés. Esto es, que si los encapuchados se expresan en nombre de los indígenas, justo es que se les consulte y que se transmita lo que ellos demandan, y que, por otra parte, acentúa una nueva forma de dialogar con el gobierno: no es un diálogo entre gobierno y grupo armado, sino entre sociedad civil y organizaciones, a través de las consultas del EZLN y el gobierno. Lo mismo ocurriría con el Foro Especial para la Reforma del Estado, de ahí salieron propuestas para las posteriores mesas de negociación con el gobierno (que por lo demás no han llegado porque no cumple con los acuerdos de la primera mesa); incluso se han elaborado propuestas para un mundo mejor en los encuentros Continental e Intercontinental, luchando contra el neoliberalismo. Los zapatistas señalaban: "Contra la Internacional del terror que representa el neoliberalismo, debemos levantar la internacional de la esperanza. La unidad, por encima de fronteras, idiomas, colores, sexos, estrategias y pensamiento, de todos aquellos que prefieren a la humanidad viva... La esperanza es esa rebeldía que rechaza el conformismo y la derrota. La vida es lo que nos deben: el derecho a gobernar y gobernarnos, a pensar y actuar con una libertad que no se ejerza sobre la esclavitud de otros, el derecho a dar y recibir lo que es justo" (La Jornada, 30/01/96).

Un último punto que resalta por su peculiaridad es el contacto estrecho que se ha dado entre los rebeldes y las personalidades mundiales. La selva ha sido visitada por gente como el cineasta Oliver Stone (justo en la entrega de los premios Oscar y cuando su película, *Nixon*, se encontraba en cartelera, para luego ser retirada), por Danielle Mitterrand quien manifestaba su deseo de conocer al *subcomandante Marcos* antes de morir (Avilés, 1996b), o la propia Hebe Bonafini, presidenta de la Asociación de Madres de la Plaza de Mayo de Argentina, quien anunciaba una amplia campaña internacional en pro de los presuntos

zapatistas presos. También se suman a la lista el actor chicano Edward James Olmos, el sociólogo francés Régis Debray, el grupo de rock español Negu Gorriak, etcétera, que han rodeado a los zapatistas de solidaridad y saber, como lo expresaría el *Comandante David*: "Ya no nos sentimos solos, contamos con la presencia y apoyo de muchos, entre ellos de intelectuales como Eduardo Galeano" (*La Jornada*, 30/07/96). El zapatismo ha tenido el cobijo que en otros momentos otras guerrillas hubieran deseado.

La creación del conflicto. Pero no sólo es la innovación el arma de las minorías activas, pues también está la creación del conflicto que al introducir estos elementos novedosos se presenta cuando se emiten dos juicios diferentes, divergentes y en ocasiones incompatibles: éste es el punto de partida de la influencia y una condición necesaria para ella (Moscovici, 1981).

En el caso del conflicto zapatista, Jorge G. Castañeda (1994) sintetiza muy bien, y de manera involuntaria, el propósito de esta segunda categoría: "el alzamiento chiapaneco suscitó varios debates importantes en México y en toda América Latina; uno -tal vez el más circunscrito a especialistas- giró en torno a la viabilidad y pertinencia de la lucha armada" (p. 43). En efecto, después de la caída del bloque socialista, del derrumbe del muro de Berlín y del sistema soviético, todo parecía indicar que ya no había posibilidad para replantear la lucha armada y menos un proyecto que oliera a socialismo, humano o no, como el que parecía abanderar el zapatismo en un inicio. El mismo Jorge G. Castañeda en su libro *La utopía desarmada*, que había sido publicada unos meses antes del alzamiento, aseguraba que ya no existían condiciones de factibilidad para los movimientos armados, que estos ya no existirían. Su tesis se derrumbaba unos meses después. La posibilidad de la lucha armada entraba nuevamente a escena, con el zapatismo de por medio, y muchos fueron los que discutieron al respecto; amplió, aún más, la división de sectores de la intelectualidad con respecto al proyecto de nación que el entonces presidente Carlos Salinas tenía para México y lo que Chiapas representaba en la pretendida modernidad. Un sector de los intelectuales muy complacido por las políticas del presidente no dudó en calificar a los zapatistas de desfasados y extremistas con origen ideológico en el maoísmo y en Sendero Luminoso, de Perú (Octavio Paz, 1994); se consideraba a los recién alzados como más cercanos al terrorismo que a lo revolucionario, tomando en consideración esquemas clásicos. En ese tono se manejaron los intelectuales albergados en las revistas *Vuelta* y *Nexos*, que en otros tiempos habían tenido diferencias, pero sin discrepancias de fondo. Octavio Paz al frente de la primera y Héctor Aguilar Camín al frente de la segunda afilaban sus ataques. Este último escribía en las páginas del periódico *La Jornada*, "Durante tres meses asistimos en México a la consagración periodística de la violencia en Chiapas en una doble vertiente... como abundancia y saturación en el seguimiento de los hechos, hasta volverlos una moda periodística, con sus dosis de noticia, sorpresa, emoción y misteriosa indumentaria" (Aguilar Camín, 1994a, p. 11). El ex-director de la revista *Nexos*, acusaba a un sector de intelectuales de izquierda (por aquello de que todavía existen los bloques políticos, diría Enrique Semo, 1998) y en específico a los de *La Jornada*, de darle cancha a la violencia y ser cómplices de ésta, que lo mismo había derivado en el estallido de Chiapas que en el asesinato del candidato presidencial del PRI en marzo de 1994. Luego entonces, la violencia no tenía causas estructurales sino discursivas y de tinta. Pero los jornaleros respondieron, y en un muy buen tono, pues ellos sólo habían dado cobertura al asunto (en el caso de los reporteros) como nota informativa, y en sus editoriales habían ido desmenuzando todos y cada uno de los aspectos que al zapatismo y a la situación social del país rodeaban. Nestor

de Buen (1994), de manera sarcástica, escribía: "México no era un país violento antes del 1° de enero ¡De verdad! Ni se demostraban tendencias homicidas en parte alguna, solo que llegaron los periodistas y algunos intelectuales disfrazados de periodiqueros y..." (p. 7). Carlos Payán (1994b), entonces director del diario, respondía en términos de defensa de la libertad de prensa.

El debate se presentó, y sin ánimo de exclusión de otras opiniones con todo y sus matices, se podrían proponer dos bloques o posiciones que emergieron en torno al zapatismo, por un lado se encontraban quienes en paquete declaraban al EZLN "retrograda" y "trasnochados" por el uso de las armas, y en esas categorías introducían lo mismo las formas que las demandas, todo en un solo bloque. Por otro lado se encontraban aquellos que creían que las exigencias zapatistas eran justas, y en cambio sólo se cuestionaba el método. Así, había quienes intentaban comprender la "desesperación" o el recurso de las armas como el último posible para hacerse escuchar, hasta quienes definitivamente no lo concebían de esa forma. El debate, en todo caso, se estableció, y se desarrolló, a grado tal que algunas organizaciones años después recogerían las formas para emprender su lucha.

Estilo de comportamiento zapatista. A las dos características anteriores se suma el estilo de comportamiento que es definido como una organización de comportamientos y opiniones y la intensidad con que se expresan, en suma, a su retórica (Moscovici, 1981); a la vez es una "composición intencional de señales verbales y no verbales" que pone de manifiesto el estado de quienes lo ostentan y su posible evolución (Doms y Moscovici, 1984). Del estilo de comportamiento zapatista se mencionarán sólo algunos aspectos, sin que por ello se trate de agotar el tema o dar por cerrada la discusión. El primer punto tiene que ver con su consistencia, y varios son los elementos que la sustentan, su (primera) Declaración y lo reiteraron en la segunda y tercera Declaración, y en los diferentes momentos en los que se les ha cuestionado sobre ello, como en la Consulta Nacional por la Paz y la Democracia, pues entre las preguntas que debía responder la sociedad se encontraba una que interrogaba sobre la transformación del EZLN en fuerza política y se hizo la lectura de que se insinuaba el desarme, a lo que los zapatistas respondieron que no, que las armas no estaban a consulta, sino su carácter como organización política. Y a pesar de mantenerse con las armas no han hecho uso de ellas, desde que se decretó la tregua el 12 de enero de 1994. Las tienen, dicen, como garantía de sus vidas, pues han aprendido de los procesos centroamericanos en donde los insurgentes se han desarmado, incluso antes de que se les resuelvan sus demandas, después de lo cual en múltiples casos los han asesinado. Luego entonces, es garantía de vida para los rebeldes, aunque no han disparado una sola bala, compromiso que adquirieron ante la sociedad civil, en espera del tránsito pacífico a la democracia. Y no han activado sus armas a pesar de las múltiples provocaciones gubernamentales, como la ofensiva de febrero de 1995, en la que se decía que se había descubierto la verdadera identidad del *subcomandante Marcos*, pretexto con el cual les aventaron a miles de soldados encima; los numerosos asesinatos de que han sido objeto las bases de apoyo; la masacre de los 45 indígenas de Acteal, los desmantelamientos de los Municipios Autónomos y sus escuelas en vidas y encarcelamientos, el ataque artero a El Bosque en junio de 1998, no obstante todo ello, los zapatistas no han respondido con las armas a estas agresiones; han mostrado, en los hechos, que están dispuestos al diálogo y a no hacer uso de los fusiles, contrariamente a lo que el gobierno ha dicho y hecho. Entonces, el acallamiento de las armas y la disposición al diálogo ha sido consistente, muestra de ello

lo constituye su última movilización, la marcha a la ciudad de México en febrero-marzo de 2001.

Pero no sólo es el mantener las armas, el no usarlas y su disposición al diálogo lo que muestra la consistencia del actuar zapatista sino el concebir a la sociedad como sujeto social y activo, así como factor de presión y de cambio. Los zapatistas fueron a las pláticas de San Cristóbal con la urgencia de dialogar con la sociedad civil más que con el gobierno, por eso estaban ahí, y no por la presión de las balas federales, reconocían sus dirigentes (Durán, 1994). Indudablemente, los zapatistas en múltiples comunicados (EZLN. Documentos y Comunicados..., 1994; 1995) y en numerosos actos han dado muestras de que para realizar alguna actividad llaman a la sociedad civil, y así dar el próximo paso. Así pues, la apuesta a la sociedad civil es permanente y consistente, pues de lo contrario habría más balas y sangre en suelo chiapaneco.

La influencia. El zapatismo, se puede decir, emerge en un momento, un contexto, unas condiciones y un país distintos a lo que les había tocado protagonizar a las guerrillas mexicanas en los sesenta y setenta. En efecto, hace su aparición en otro tipo de condiciones. Sin embargo, cabe la consideración de por qué el Ejército Popular Revolucionario no ha tenido el impacto que el zapatismo ha experimentado, siendo que surge en junio de 1996, una año después que los chiapanecos La respuesta, harto compleja, puede insinuarse desde la perspectiva de la influencia minoritaria: no tiene una serie de características que el zapatismo sí tiene, y que es lo que se ha tratado de mostrar en este apartado, que no ha permitido que el EPR tenga el impacto de la guerrilla del EZLN. El propio EPR en entrevista con el Canal 6 de Julio (1996 y 1997) y con la revista *Proceso* ha hecho pública su preocupación por vivir a la sombra del impacto del zapatismo y de no contar con un comunicador como el *subcomandante Marcos*. Y por ello, en parte, han tenido que cargar con el fantasma de la etiqueta gubernamental que los categorizó como guerrilla mala y al EZLN como guerrilla buena, que si bien al inicio no tuvo resonancia, no ocurre así después de varios años, toda vez que se ha marcado una diferencia fuerte entre una y otra agrupación.

Ahora bien, el aura de que se ha rodeado el zapatismo, intelectuales, artistas, grupos de rock y actores; ex-primeras damas, simpatías de hermanas de ex-presidentes (la referencia es a Margarita López Portillo, hermana de José López Portillo, Presidente de México de 1976 a 1982); o el interés que ha despertado en América lo mismo que en Europa, nos muestra el grado de impacto y de influencia que ha tenido en la sociedad, y del cual han carecido, y carecen, las guerrillas de otros tiempos y las contemporáneas. Dicho impacto, en parte, se puede explicar por su estilo de comportamiento, su grado de innovación, por el conflicto que crean y otras formas que adquieren las minorías, vistos desde la psicología política (ver Moscovici, 1989).

No está por demás señalar la legitimidad que ganó en los primeros días, algo que a otros grupos les ha llevado mucho más tiempo. A los pocos días de haber emergido el EZLN, ya había suficientes razones para entender el levantamiento, sólo quedaba discutir lo de las armas. El propio *subcomandante Marcos* enunciaría en los primeros días: "Podrán cuestionar el camino, pero no las causas" (*Proceso*, 845). Y la manera en que se rompían esquemas al reflexionar sobre la toma de San Cristóbal: "la operación militar (del EZLN) fue un poema... Y salió" (*El Despertador*... 2, p. 4). Esta ruptura con la lógica de los grupos guerrilleros

anteriores acarreaba simpatías, coqueterías, luego de que se los conocía. Carlos Payán Véliz (1994a), entonces director del diario *La Jornada*, es un caso curioso pero ejemplificativo de lo que lograron hacer los rebeldes. En su editorial del dos de enero de 1994 condenó el levantamiento; acusó a los zapatistas de "aventureros" y advirtió que la violencia se condenaría "provenga de donde provenga". Pero con el paso del tiempo se convirtió en un fuerte simpatizante, por no decir una especie de aliado, de las causas de los rebeldes, y en alguien muy cercano al *subcomandante Marcos*.

Muestra del carácter de minoría activa, ya para cerrar, es lo declarado por estudiosos del tema: para Pablo González Casanova (1996) el zapatismo es la guerrilla del siglo XXI; Gabriel Zaid (1994) la califica como la guerrilla postmoderna; para otros constituye una guerrilla humanista o pacifista; y para Jorge G. Castañeda (1993), que tuvo que reestructurar su libro (salió una segunda edición en 1994), el zapatismo es una guerrilla reformista.

Así, el EZLN devino en una minoría activa, y como tal influyó a la sociedad nacional y, otro tanto, a la internacional.

5. 2 Impacto en armas

La influencia que los anteriores grupos armados, los de la primera y la segunda ola, tienen en los que ahora participan de la tercera ola se puede rastrear en el recogimiento que de su sentir hacen, al momento de explicar su estallido armado. Invariablemente hacen referencia a quienes consideran representativos de los intereses de la clase explotada, lo campesino a inicios de siglo, y de los campesinos y obreros en los sesenta y setenta. Ricardo Flores Magón, Emiliano Zapata, Pancho Villa, y algunas organizaciones de los sesenta y setenta, sobre todo el Partido de los Pobres de Lucio Cabañas, suenan cuando hablan o tiran bala las guerrillas de fin de siglo. Baste ver los nombres de algunas de ellas: Ejército ZAPATISTA de Liberación Nacional; Ejército VILLISTA Revolucionario del Pueblo. Se recogen los nombres de los viejos luchadores en armas. Pues bien, en ello habrá que reconocer cierta influencia. Pero no sólo en el nombre, pues también en las formas de operar: baste recordar la táctica villista de ataque a una ciudad y la toma de otra distinta, que reproduce después el EZLN el primero de enero. La retirada de los muertos en trenes a principios de siglo XX, y la retirada de los muertos y heridos en camionetas a fines del mismo...

Si se encuentra cierto impacto en los grupos de fines de siglo XX y principios del tercer milenio, proveniente de las guerrillas de la primera y segunda ola armada, asimismo habrá que reconocer cierta dosis de influencia entre los grupos armados integrantes de la tercera ola. Específicamente, habrá que reconocer el impacto que el zapatismo ha tenido en las otras guerrillas, y no por ser la primera que surge en este fin de milenio, sino por el tipo de actuación y la aceptación que sus planteamientos han logrado: hay influencia social en armas.

Pero no sólo hay influencia en los grupos armados, sino también en ciertos sectores de la población, que ven con legitimidad el uso de los fusiles, en el sentido extenso del término. De eso se dio cuenta el Presidente cuando surgió el EZLN. Contrariamente a lo que han señalado diversos medios y periodistas (Levario, 1999; Legorreta, 1999) si existió una respuesta en un sentido más allá de las simpatía que aparentemente se mostró al levantamiento armado del primero de enero, y el propio ex-presidente Carlos Salinas lo sabía (ver Grange y Rico, 1997). Refiriéndose a la manifestación del 12 de enero de 1994, el ex-

primer mandatario narra: "En ese momento había dos ofensivas muy delicadas: una en el ámbito internacional, con tendencias a aislar a México, y otra interna: ya había un movimiento estudiantil y de colonias populares para reivindicar las causas del grupo armado, y eso creaba un riesgo de inestabilidad sociopolítica justo en tiempos preelectorales. De haber continuado los enfrentamientos se hubieran acabado las elecciones" (p. 323). Pero hay que precisar más.

Ese 12 de enero en la manifestación que se convocó con el lema de "Alto al genocidio", hubo grupos que exigieron el reconocimiento del EZLN como fuerza beligerante; grupos que después se organizarían alrededor de la Coordinadora Nacional de Acción Cívica para la Liberación Nacional (CONAC-LN), que publicó durante algún tiempo una revista, ¡YA BASTA!. Los grupos que se aglutinaron entorno a la Conac-In, por su cuenta en ese momento, exigieron en esos días de enero que al EZLN se le reconociera el carácter de fuerza beligerante, tal y como lo demandaba el propio grupo armado. Ese elemento ha quedado olvidado, pero existió, y ante la tregua aceptada por los zapatistas y su participación en la mesa de diálogo, la demanda quedó en el aire. Pero es cierto, existían grupos que le otorgaban legitimidad no sólo a las demandas de los zapatistas, sino también a las formas, a los métodos, a los caminos, como decían los zapatistas. Incluso hubo una marcha el cinco de enero (ver *La Jornada* 08/01/94) donde uno de los ejes principales fue ese reconocimiento al grupo armado, demandado en la (primera) Declaración de la Selva Lacandona.

Ahora bien, si de manera pública y abierta ciudadanos que participan de organizaciones sociales pacíficas se hicieron eco del método de los zapatistas, qué habrá sucedido con aquellos que en las armas veían, clandestinamente, una posibilidad. El nueve de enero de ese año, el periódico *La Jornada*, da cuenta de acciones de respaldo al zapatismo a su modo, en cuatro estados del país; el EZLN se deslinda, no son sus actos, pero sí los de grupos que creen que la hora de la revolución ha llegado. Como las acciones del grupo que hizo estallar un carro-bomba en el estacionamiento de un centro comercial de la ciudad de México, y que activo hasta hacer estallar un explosivo en los alrededores del Campo Militar Número Uno, y que después los reivindicaría el Procup (ver *La Jornada*, 1994). Asimismo, se da cuenta de un grupo de campesinos que envía una carta al EZLN para recibir entrenamiento militar y luchar contra el "mal gobierno" (*ibid*). El Consejo Guerrerense 500 Años de Resistencia Indígena, Negra y Popular, envía una misiva a los rebeldes en la que expresan: "Reconocemos su gran valor de agarrar las armas, exponerse a la muerte y luchar por una vida justa para los indios y no indios de México" (citado en Méndez y Cano, 1994, p. 76).

Los reporteros del semanario *Proceso* (Aguirre, Castellanos y Gutiérrez, 1994) daban cuenta del impacto tan temprano de los zapatistas: el éxito político del zapatismo, a pesar de que el gobierno federal derramaba recursos económicos para mitigar las demandas en Chiapas, estaba provocado, más allá de simpatías y apoyos para los alzados, "el surgimiento en diversos estados de organizaciones campesinas e indígenas que amenazan con tomar las armas o cuando menos sumarse a los chiapanecos para intentar resolver sus problemas" (p. 36). Pero no sólo eso, pues de lo que da cuenta otro de los reporteros del mismo semanario, Guillermo Correa (1996), las advertencias de algunos dirigentes campesinos entrevistados después de tres años de "libre comercio", son para tomarse en consideración: "Si la rebelión zapatista estalló en Chiapas el mismo día en que entró en vigor el TLC, tres años de redoblada marginación y miseria en el campo, sumadas a la destrucción del ejido y de las comunidades, están ocasionando 'la irrupción' de un número cada vez mayor de grupos

armados de campesinos que, desesperados, le apuestan todo a la guerrilla" (p. 20). Esa es la conclusión a la que llegaba el dirigente de la Unión Nacional de Trabajadores Agrícolas.

Quizá, y sólo quizá, algunos de los que exigían el reconocimiento como fuerza beligerante del EZLN, que realizó alguna acción de apoyo a los zapatistas o que reconoció su "legítima" lucha, pasó, tiempo después, a engrosar las filas de las futuras guerrillas. Efectivamente, qué es lo que nos permite ver el hecho de que campesinos pobres en una comunidad serrana de Guerrero reciba a un grupo de guerrilleros y acepte platicar con ellos. ¿Su disposición a la toma de las armas?, ¿tomar el último de los caminos para hacerse escuchar y demandar cambios en su pueblo, en su estado, en su país? De qué forma se puede explicar que los habitantes de El Charco fueran receptivos a los guerrilleros, si no se ha despertado el interés sobre la lucha armada en los pobladores. Por qué fueron tan receptivos, y llegaron, incluso, de otros lugares. Será que hay una brecha muy amplia entre la forma en que se percibe a la lucha armada en las ciudades y las clases medias, y la que se concibe en el campo con los oprimidos. Y qué decir de los campesinos que al paso del EPR solícitaban su incorporación a la lucha guerrillera (ver Gutiérrez, 1998).

Por lo demás, unos de otros tienen cosas que decir; así, el EZLN se desmarca de los eperristas, pues cuando estos surgen manifiestan su desconfianza, además de caer, implícitamente, en el juego del gobierno, de considerar a la guerrilla eperrista como la "mala" y a sí mismos como la "buena". Después de que el EPR le manifiesta su respaldo a los chiapanecos, el *subcomandante Marcos* respondía a los eperristas en los siguientes términos: "Sólo quiero decirles que no queremos su apoyo. No lo necesitamos, no lo buscamos, no lo queremos... Sigán ustedes su camino y déjenos seguir el nuestro... Nuestra legitimidad no la ganamos con las armas; la conseguimos con muchos años de trabajo político con quienes ahora son nuestros jefes: las comunidades indígenas, y con el diálogo... lo que si hay que remarcar y repetir es que somos diferentes... La diferencia está en que nuestras propuestas políticas son diametralmente distintas y esto es evidente en el discurso y la práctica de las dos organizaciones" (EZLN. Documentos..., 1997, pp. 368). Y sobre la campaña de propaganda armada que los eperristas realizaron en varias partes del país, el dirigente zapatista es condenatorio: "el operativo propagandístico en Chiapas me pareció inútil y tonto en el mejor de los casos, y provocador en el peor" (p. 368). Después de señalar que deben ganarse la "legitimidad" que a los zapatistas les costó "años de trabajos", sentencia: "Ustedes luchan por la toma del poder. Nosotros por democracia, libertad y justicia. No es lo mismo. Aunque ustedes tengan éxito y conquisten el poder, nosotros seguiremos luchando por democracia, libertad y justicia. No importa quién esté en el poder, los zapatistas están y estarán luchando por democracia, libertad y justicia... estamos seguros de que ustedes sabrán entender el respeto y distancia que les pedimos" (p. 369).

El EPR entonces no calló sus críticas: que sí con poesía se iba o no a ganar una lucha; que no tenían un comunicador como *Marcos*, lo cual les restaba influencia, y una de las más sanas, que del resultado del diálogo entre el gobierno y el EZLN dependería si ellos, los eperristas, se sientan o no a la mesa de negociaciones. No obstante todo esto, un dato interesante porque de alguna manera muestra la continuidad del pensamiento eperrista en torno al zapatista, es el saludo que los primeros enviaron a la caravana zapatista de febrero-marzo de 2001. Y aprovechan el documento para externar su punto de vista en torno al país. De entrada apuntan que su lucha es por un cambio en el país, y por un cambio de la humanidad en la sociedad, "pero sólo en la medida en que, desde ahora, una nueva conciencia y una nueva práctica social crítica, disruptiva y libertaria, se abra paso y sustituya el egoísmo, la discriminación, el autoritarismo, el individualismo, la intolerancia y el

escepticismo de que se alimenta el capitalismo global totalitario. Precisamente, esa nueva conciencia y práctica social y humana es la que está surgiendo directamente de la visión y de la lucha de los pueblos indígenas y en particular de su organización revolucionaria" (referido en Galaz, 2001, p. 9). Luego, en referencia a la marcha zapatista a la capital del país, concluye el comunicado firmado como PDPR-EPR-TDR: "Por nuestra parte nos solidarizamos plenamente con su lucha, haciendo nuestra la exigencia de reconocimiento constitucional de los pueblos indios como sujetos de derecho, así como las exigencias de democracia, de justicia y libertad para el pueblo de México y los pueblos del mundo, deseando que la semilla que esparcieron por territorio nacional germine en un proyecto de nación en el que nadie vuelva a sufrir discriminación ni pueda ser excluido" (p. 9).

Previamente el EZLN había dado a conocer un comunicado en el que solicitaba "respetuosamente" a "las direcciones, grupos de mando y combatientes de las distintas organizaciones político-militares revolucionarias en México" que tomaran "las medidas que consideren pertinentes para que esta marcha pacífica cumpla con su alta y justa finalidad" (La Jornada, 26/02/01, p. 10). Más adelante, en su solicitud, agregaba: "Estamos seguros que, aunque existen diferencias y disensos en varios niveles, ustedes comparten la lucha por los derechos de los pueblos indios y que atenderán, en la medida de sus posibilidades, la respetuosa solicitud que les hacemos" (p. 10).

El reconocimiento que manifestaron los zapatistas para con los otros grupos armados, por fin se dio. Las otras guerrillas cada que pueden dan muestras de respeto hacia el zapatismo, saben de su impacto y del alcance de sus acciones políticas. En cambio el EZLN cada vez que pudo los omitió, hasta que finalmente tuvo que reconocerlos, sobre todo en el momento en que las puertas para el diálogo parecen cerrarse, de ahí que los zapatistas adviertan que de cerrarse esta vía, las organizaciones armadas "radicales" se verán fortalecidas en sus posiciones, *i. e.* el cierre de la vía del diálogo implica la apertura de la vía armada.

5. 3 Influencia globalizada

La presión. En buena medida tiene razón Ivon Le Bot (1997) cuando afirma que "la decisión salinista de negociación y cese al fuego se explica menos por la presión de la sociedad civil que por el temor a repercusiones internacionales, así como por el deseo de salvar su proyecto y su imagen" (p. 76), pues cabe recordar que estaba de por medio el futuro puesto al frente de la Organización Mundial de Comercio tendría Carlos Salinas, en donde el gobierno estadounidense era su principal postulante, contra un rival asiático. Se advierte que hay una parte de la razón en función de que finalmente varias fuentes cercanas al gobierno, entre ellos los militares (ver Grange y Rico, 1998), reconocen que el ex-presidente sabía de la existencia de guerrilla en Chiapas desde mayo de 1993, fecha en que se efectuó el primer enfrentamiento entre los integrantes del ya entonces EZLN y miembros del Ejército federal, pero no se conocía la talla del grupo armado. El general Miguel Ángel Godínez declaró tiempo después que el entonces Presidente estaba al tanto del haber del grupo armado, toda vez que se le informó "día a día" (Proceso, 1080, p. 23). Sin embargo decidió no hacer ruido sobre la guerrilla, en función de que en esos tiempos estaba por aprobarse el Tratado de Libre Comercio (TLC) en el Congreso de los Estados Unidos, y cualquier información relevante sobre la existencia de grupos armados en nuestro país hubiera echado por la borda el proyecto salinista, que por lo demás llevaba años trabajando en él. Ahí pesaba más la

imagen ante el extranjero, en esta ocasión de los Estados Unidos. Asimismo, el hecho de que haya declarado la tregua a los doce días de iniciado el conflicto, tiene mucho que ver con la imagen que en el exterior se pudiera tener de su gobierno: se echaría atrás su campaña por la dirigencia de la Organización Mundial de Comercio (OMC); tenía que mostrarse como un dirigente conciliador, no militarista. Pero lo cierto es que también mostraba cautela porque en el país cientos de miles de mexicanos le exigían un alto a las acciones del Ejército federal (ver Hernández Navarro, 1995), lo cual aunque no lo quiso reconocer en esos términos, jugó un papel importante.

A esta presión internacional también se debe, en cierta medida, el hecho de que el gobierno de Ernesto Zedillo se sentara a dialogar con los zapatistas y congelara la posibilidad de la vía armada para solucionar el conflicto como lo había intentado en febrero de 1995. Pero la presión tenía ciertos límites. Así, por ejemplo, legisladores de varios países de la Comunidad Europea visitaron a principios de 1997 nuestro país: en enero diputados daneses, en febrero 120 diputados italianos, ambas delegaciones solicitaban al gobierno mexicano que se echaran a andar los acuerdos de San Andrés. Al poco tiempo vino un llamado de los diputados españoles y franceses, que tienen detrás de sí a grupos de simpatizantes zapatistas en sus territorios, quienes presionaban a sus representantes para que se manifestaran al respecto. El gobierno federal, sin embargo "administró" la crítica y dejó pasar el tiempo; y para responder a los parlamentarios europeos estaban los legisladores locales "nacionalistas". Así, algunos diputados priistas denunciaron que tales intentos de sus pares del viejo continente no eran sino "opiniones injerencistas" (ver Hernández Navarro, 1997).

El propio Noam Chomsky mostraba su interés por los acontecimientos de nuestro país. Este personaje, baste recordar, se opuso a la guerra de Vietnam y se convirtió en el intelectual de izquierda más controvertido de su país (Garrido, 1998), lo que le ha valido que en su trabajo intelectual exista una contradicción: es reconocido nacional e internacionalmente como lingüista, pero cuando escribe sobre política es un desconocido, pues desde la década de los setenta se ha ocultado su trabajo político en los Estados Unidos. Sus libros son publicados por una editorial marginal y no son reseñados por los grandes diarios estadounidenses. Chomsky envió un pequeño artículo al diario *La Jornada*, con motivo de la marcha de los 1, 111 zapatistas a la ciudad de México en el verano de 1997, en el cual brindaba su "apoyo contundente" y lamentaba no poder participar en el recibimiento a la marcha, pero participaba de una admiración por su valentía y dignidad mostrada. "El apoyo internacional a los zapatistas ha sido fundamental de acuerdo con Chomsky y, tras la matanza de 45 indígenas tzotziles en Acteal (municipio de Chenalhó), en diciembre de 1997, señaló que muchos esperaban que este apoyo desapareciera para hacer un uso creciente de las fuerzas paramilitares. El patrón de la violencia rural, ha insistido, debería ser familiar para cualquiera que sigue los conflictos latinoamericanos, pues cosas parecidas han ocurrido en Brasil, donde los ejércitos privados actúan en el interés de los finqueros con impunidad, o lo acontecido en Guatemala, donde las fuerzas paramilitares buscaron durante años minar el apoyo a la guerrilla entre la población local" (p. 30).

Turismo revolucionario. A los que desde sus países cuestionan, critican y/o proponen, se suman aquellos cuyas acciones han sido calificadas de "turismo político" o "turismo revolucionario", que participan del *zapatour*. Estos personajes que participan de los viajes a Chiapas en sus tiempos de vacaciones o por ciertas temporadas y que engrosan las filas de

los "campamentos de paz" reciben críticas, lo mismo en México que en sus países. Así, para el profesor del Instituto de Estudios Políticos de París, Javier Santiso (1998), Latinoamérica era un continente que se caracterizaba por sus dictaduras militares y sus guerrillas revolucionarias, representaba "el continente de los imposibles, tierra de heroísmo en la cual los sueños revolucionarios tomarían forma" (p. 12). Después se apagó, y se le denominó como un "continente desaparecido" (Miná, 1996). Años más tarde cuando en 1994 el zapatismo y el *subcomandante Marcos* emergieron de la selva lacandona, "el Che, muerto treinta años antes en una selva igualmente húmeda y virgen en otro extremo del continente, regresó reactivando súbitamente la colección de imágenes en las memorias. En los periódicos europeos, en particular franceses, el Buen Revolucionario y el Buen Salvaje tomaron por asalto la escena mediática, atrayendo hacia ellos una nube de peregrinos nostálgicos de las grandes noches y las selvas vírgenes" (Santiso, 1998, p. 12). Y es que para los europeos el "Buen Revolucionario" juega en el imaginario colectivo, y las miradas permanecen ahí, es el emblema de América. Aunque recalca: "Cómo no conmovirse ante esta larga tragedia que sufren los indígenas de Chiapas, prisioneros de una pobreza y una opresión propias de otros tiempos?" (*idem*). Y es que a decir de éste y de otros autores, hay quienes llegan a la selva zapatista para "hacer algo" y "sentirse útiles", regresar a sus países de origen y tener algo que contar. El antropólogo mexicano Roger Bartra los describe así: "Hastados de la sociedad opulenta y de consumo, de repente se dejan seducir por el buen salvaje y les parece estimulante ser parte de algo que tiene sentido, ser parte de una guerra sin peligro alguno. Ir al *zapatour* para oler la selva, conocer un pueblo cercano a la naturaleza y sentirse útiles" (referido en Castro, 2001, p. 23).

El sociólogo marxista norteamericano, James Petras (1998) es otro de los pensadores que realiza críticas a quienes sólo ven en el zapatismo un simple atractivo coyuntural y no organizan o se organizan para emprender la lucha. El escritor Manuel Vázquez Montalbán (1999) recoge las críticas que se le hacen a ciertos intelectuales, pero responde: no se comprometen, y es por temor, señala el catalán, pues después de haber hecho el ridículo con el marxismo y los países de Europa del Este, ya no le quieren apostar, prefieren ver desde las plateas las revoluciones en América Latina. Este escritor de novelas policiacas, reflexiona: "me reconozco sensible ante el argumento de que los burgueses ilustrados de izquierda nos solazamos con las revoluciones lejanas, esas incómodas revoluciones que no quisiéramos interpretar como protagonistas" (p. 16). Y de hecho va un poco más lejos y se declara con "tendencia a adoptar revoluciones" (*idem*).

El mismo sociólogo francés Régis Debray ha expresado que La Realidad, conclave zapatista, se asemeja a "un campo de vacaciones ideal" (ver Grange y Rico, 1997). Pero sus reflexiones van más allá, para quien fue seducido por la audacia de Fidel Castro (antes de ser anticastrista militante), que acompañó al Che Guevara en la selva boliviana, y que asesoró al entonces presidente francés, Francois Mitterrand, durante años en su noeliberalismo europeo, la situación que viven los internacionalistas en la selva tiene sentido. Debray (1996) apunta sobre el *subcomandante Marcos* que eligió por arma lo impreso y como interlocutores a cuatro medios impresos, pero que además peleó contra la televisión y los medios masivos, al grado de ridiculizar a los grandes. "Cuando le digo que se habla de Chiapas, en un gran diario parisino de la tarde, como de la cita de boga del *jet set* internacional con un Marcos intentando vanamente posar para un Toscani, suelta la carcajada frente a la calumnia. 'Ni modo, la guerra es la guerra', murmura, alzando los hombros" (p. 7). Y sobre la atracción turística de intelectuales, por ir a Chiapas, el guerrillero responde: "¿Y qué? ¿Zapatur? Ni modo. Marcos pierde imagen, pero los indígenas ganan

seguridad... Tendrán más probabilidad de comer, y menos amenazas encima" (p. 7). Cuando menos así ha ocurrido en múltiples ocasiones, como cuando arribó al lugar Danielle Mitterrand: llevó consigo a periodistas y disuadió, por si acaso, cualquier intento, en ese momento, de incursión militar (*idem*). Montemayor (1999b; 1999c) lo sintetiza más claramente: el gobierno prefiere en secreto hacer sus hazañas.

Efectivamente, para los zapatistas es importante la solidaridad internacional, pues en mucho depende su sobrevivencia de ello, de que no los ataque el Ejército federal cuando hay presencia internacional, es decir, sus visitantes se traducen en escudos (Le Bot, 1997). Y quien retoma el hilo es el autor del libro *Marcos: el señor de los espejos*, que se pone autocrítico cuando asegura: "Si la proyección mediática del EZLN y de Marcos ha servido de relativo escudo para la represión, las otras insurgencia mexicanas, las que vienen del EPR, reciben todo el castigo de la violencia gubernamental sin cámara que la filme, considerados los eperristas, presuntos o comprobados, el enemigo a exterminar, con el que ni siquiera es preciso fingir la negociación" (Vázquez Montalbán, 1999, p. 241). Así es: los focos y las cámaras se vierten sobre Chiapas, y las otras guerrillas quedan en el abandono, sin flashes que les disparen, sólo el Ejército con sus fusiles.

El modelo. Pero no sólo por las presiones y críticas al gobierno mexicano se puede evidenciar la "influencia globalizada" del zapatismo, ni únicamente por el "turismo político" que se experimenta en tierras rebeldes, pues también están los elementos que de esta guerrilla toman algunos intelectuales, escritores, artistas y políticos para mostrar una posible alternativa al mundo globalizado (con la intención de ser poco repetitivo, se tratarán ampliamente elementos similares en el apartado de encantamiento de la realidad).

"Es suficiente un levantamiento armado en Chiapas, una musculosa toma de rehenes en Lima, un efecto tequila, o una masacre trágica, para que esa América de las venas abiertas de ayer, esa de todos los extremos, de revoluciones apasionadas y de causas perdidas, de golpes de Estado y de caudillos, de inflación galopante y carteles de droga tentaculares, resurja de entre la marejada del inconsciente colectivo europeo" (Santiso, 1998, p. 12). El razonamiento de Santiso parece quedarse corto en cuando a visión. Veamos. Para Ivon Le Bot, lo medular del zapatismo es que combina lo cultural, lo político y lo social (ver Avilés, 2001). El autor de *Marcos, el sueño zapatista*, expresó que el zapatismo es de los movimientos más importantes de América Latina (ver Le Bot, 2001), y su eco se escucha en Europa: "es un movimiento de mucha importancia porque reflexiona sobre su evolución y tiene una perspectiva a largo plazo, sabe dónde está parado y, de dónde viene, tal vez no se sabe mucho a dónde va, pero reflexiona sobre el movimiento presente proyectándose en el futuro" (referido en Avilés, 20001, p. 12).

Por su parte el escritor que asume las críticas sobre el turismo revolucionario de los europeos, Manuel Vázquez Montalbán, en un encuentro entre intelectuales y la dirigencia zapatista en los días de la estancia de los rebeldes en la ciudad de México, afirma que el neozapatismo "ha dado comienzo a la cultura de la resistencia del siglo XXI" (Ramírez y Vera, 2001, p. 6). Además, reflexiona, de que los zapatistas han renovado el lenguaje político: "No escuchábamos las palabras tradicionales de los movimientos revolucionarios anteriores" (p. 7). Ese fue uno de los procesos que en su momento señaló el sociólogo francés Alain Touraine, quien reconoció en el zapatismo dos elementos de trascendencia para los movimientos sociales. El primero tiene que ver con el lenguaje, que todas las

izquierdas están buscando. "Porque no creemos más en la dominación de la sociedad, de la historia, del futuro, del progreso. Estamos desilusionados con los grandes intentos de construir una sociedad nueva. Y al final de un siglo de tantos totalitarismos y autoritarismos, estamos finalmente convencidos de que la cosa más importante es respetar los derechos humanos fundamentales" (p. 6). Reconoce el sociólogo francés que "ningún movimiento social en el mundo ha contribuido tanto a crear ese nuevo lenguaje" que los movimientos sociales requieren, más que el zapatismo (*idem*). Con un punto central: el zapatismo ha logrado vincular "el nivel cultural, de base" y lo que ello implica, en un movimiento de "defensa de comunidades amenazadas de desaparición y de destrucción". De esta forma, "la defensa de la existencia cultural de los indígenas no puede separarse de la ampliación de la democracia mexicana" (p. 6). El segundo elemento de trascendencia consiste en que después de una década en la que todo mundo declaraba que nada se podía hacer contra los "mercados financieros" que están "por encima de todos los poderes", si acaso denunciarlos, desde las montañas del sureste mexicano se escucha "de manera muy fuerte, la, idea de que sí se puede hacer algo, y que el momento del silencio ya se acabó" (p. 6). Este último elemento le da al zapatismo una proyección internacional. De ahí que con sus propuestas políticas, "el movimiento zapatista se convertía en el pionero en la nueva dialéctica de este siglo" que plantea una nueva relación entre globalizador y globalizado, afirmó Vázquez Montalbán (p. 7)

Eso es lo que sienten los líderes obreros de varias partes del mundo, desde Francia hasta Norteamérica: que el zapatismo "forma parte de una lucha global por la justicia" (ver Cason y Brooks, 2001). Quien es líder de una sección de 6.5 millones de obreros estadounidenses, el subdirector de la zona medio oeste de la central obrera AFL-CIO, Stewart Acuff, declaró: "lo impresionante de los zapatistas es que hablan a nombre de y hacia todos nosotros, que estamos intentando cambiar el curso de la historia" (referido en p. 11). Efectivamente, en la lucha zapatista se ven reflejados muchos, de ahí que los rebeldes de Chiapas no se definan políticamente por una línea, porque a decir de Marcos, no quieren hegemonizar ni formar la quinta Internacional, sino que todos se vean reflejados en las "generalidades" del zapatismo (Le Bot, 1997). Y hay quienes consideran a los zapatistas como "lo mejor de la humanidad" (Cason y Brooks, 2001).

Además, para Ivon Le Bot (2001) el combate que los zapatistas desarrollan se presenta como necesario y no tan utópico: "No pasa, para los zapatistas, por la construcción de un partido, la toma del poder ni una postura nacionalista, sino por la emergencia de un contra-poder, por una oposición creativa y festiva, por la recomposición de los actores de las bases, de una multitud y de una diversidad de actores, en una sociedad nacional menos desigual y abierta hacia el exterior" (p. 19) Y trae a colación el pensamiento de los rebeldes: "El mundo que queremos es un mundo donde quepan muchos mundos", aseveran los encapuchados, haciéndose eco de un sabio maya: "En esta parte del mundo, muchos mundos nos hacen y los hacemos" (*ibid*).

Pero no sólo en el pensamiento y actuar zapatista se fincan expectativas, también se depositan en el posible arreglo y la firma de la paz que se pueda presentar con el gobierno mexicano; hasta en eso tienen talla internacional. Por ello ante el estancamiento del diálogo entre la guerrilla y el gobierno, y ante la nula disposición del gobierno a solucionar las demandas de los zapatistas, el diputado del parlamento europeo Sami Nair, declaró: "Para nosotros la solución de este problema es fundamental. Nosotros podemos aprender. Yo he hablado con otros movimientos de América Latina y de África del modelo mexicano. Ahora se habla de una solución de conflictos. Si ese reto histórico no se soluciona, podemos decir que

la consecuencia inmediata va a ser la radicalización de todos los movimientos de la lucha armada a nivel mundial porque dirán: 'Mira, en México el EZLN hizo prácticamente todo el esfuerzo y cuáles son los resultados' " (referido en Ramírez, 2001, p. 7).

6 Representación de las armas

"Si lo que habéis hecho vosotros de poner en cuestión éticamente la sociedad mexicana y a la sociedad y el capitalismo, lo hubiera hecho un congreso de jóvenes filósofos, hubiera sido una anécdota cultural más. Que lo haya hecho un movimiento armado que renuncia a la victoria armada, y que recurre a la palabra, a la discusión, a la persuasión y al mensaje, eso ha sido una prueba misma de que la historia no se había parado", le advierte Manuel Vázquez Montalbán (1999, p. 199) al *subcomandante Marcos*, a manera de reflexión sobre la presunta necesidad de las armas para que se les escuchara y se les viera, con todo y sus condiciones de miseria y explotación. En un tono algo diferente, pero reconociendo la paradoja, se manifiesta el intelectual mexicano Carlos Monsiváis (1994a), al expresar que la revuelta zapatista prácticamente era necesaria: "¿Se necesitaba el EZLN? Quienes rechazamos la vía armada, llegamos a una conclusión un tanto dolorosa: todos usamos los resultados del levantamiento como si lo hubiésemos necesitado profundamente... el impacto de los zapatistas trasciende con mucho el espacio guerrillero... De hecho hay dos movimientos paralelos: uno, la simpatía (romántica, idealizadora, vindicativa, atada a la idealización) por el EZLN, la simpatía que conduce a los universitarios a llevar pasamontañas y paliacates rojos a los conciertos de rock; otro, la resistencia creciente, de alcances nacionales ante la impunidad que ha sido el altísimo precio por la paz social" (p. 51).

El debate desatado en torno a la viabilidad o no de las armas ya se ha referido, sin embargo habrá que puntualizar algunas cuestiones más. El hecho de que la vía armada sea considerada en estos tiempos todavía como un camino para lograr mejoras en las condiciones de vida (ver manifiesto de Aguas Blancas, EPR), es síntoma de que para algunos sectores los otros caminos, civiles y pacíficos, se han cerrado. El hecho de que se hayan multiplicado a más de 20 agrupaciones guerrilleras en la década de los noventa, algo nos está diciendo: se está constituyendo como una forma, un mecanismo, una vía para el cambio social, político y económico. Quizá no lo sea para la mayoría de los ciudadanos, para la mayoría de los universitarios, para la mayoría o totalidad de los intelectuales, pero para sectores campesinos e indígenas, los más golpeados por las políticas económicas del neoliberalismo, la vía armada es un medio que desde su perspectiva les posibilitaría acceder a un nivel de vida mejor, más justo, para ellos y los millones de pobres que existen en México. El propio Tello Díaz (1995), que no simpatiza de los zapatistas y condenó el levantamiento armado, reconoció que el "dar a conocer al pueblo de México y al resto del mundo las condiciones miserables en que viven millones de mexicanos" lo pudo conseguir la guerrilla zapatista "no con métodos pacíficos, sino con la violencia. Es peligroso, pero necesario, reconocer esta verdad" (p. 296).

El lado sorpresivo del recurso de las armas proviene de que, como situación paradigmática, después de la caída del muro de Berlín, del bloque socialista y de su imperio, la Unión Soviética, la vía armada parecía llegar si no a su extinción, si a su inoperatividad, y menos posible aún en un país "modelo" en el camino del desarrollo, en el tránsito a la

industrialización, y que se jactaba de democrático, de plural, no sólo por haber dado cabida a los disidentes perseguidos de diferentes nacionalidades, sino porque la imagen de gobierno que se ventilaba hacia el exterior era la de las décadas de estabilidad social, y de un régimen de libertades que no reprimía a sus detractores, a pesar de que ello ocurría, pero se ocultaba, a lo cual contribuían los medios de información: televisión, radio, prensa escrita... y los propios disidentes, sobre todo los latinoamericanos, que veían en el gobierno mexicano al solidario y progresista que no encontraron en los países del cono sur. De ahí que no hubiera gobierno revolucionario, de izquierda o socialista, ni guerrilla alguna que quisiera entrenar a los mexicanos en sus sueños por asaltar el poder en un país que tanto apoyo había brindado a otras insurgencias. Baste recordar que México fue el primer país que reconoció, junto con Francia, al FMLN salvadoreño como fuerza beligerante; fue de los primeros que estableció relaciones diplomáticas con la Nicaragua sandinista; mantuvo estrechas relaciones de cooperación y amistad con Cuba, cuando medio mundo lo condenaba e intentaban expulsarlo de las organizaciones del continente. En fin, que la "revolución", el estallido armado si disminuía su probabilidad en otras latitudes, en México se agotaban.

No obstante lo señalado arriba, en nuestro país la vía armada parecía reactivarse, condenable desde algunos ángulos, no todos, pero con cierta "justificación", dadas las condiciones inocultables en las condiciones de vida de una amplia capa de la población. Así, para Sergio de la Peña (1996) es anacrónico el uso de las armas, "pero no más que las torturas policiacas, el abuso impune del poder, los métodos criminales de acumulación y concentración de riquezas a nombre del neoliberalismo, o los millones de mexicanos que mantienen un duelo diario con el hambre" (p. 18). Este intelectual afirma: "Lo razonable es reconocer que las causas de las armas son la desesperación ante políticas erróneas, la corrupción y los abusos del poder público y privado. Por eso, únicamente si el gobierno se vuelve democrático, garante de la justicia y de la legalidad y convoca a los levantados a negociar, podrá dejar aislado al EPR y a cualquier otro grupo armado que surja, muerto de aburrimiento, sin banderas ni enemigo" (p. 18). En lo cual tiene toda la razón; de hecho así lo han planteado los zapatistas cuando declaran: "nunca será tan dulce la derrota que el que nos muestren que el tránsito a la democracia por la vía pacífica es posible (EZLN. Documentos..., 1994). Y en la misma tesitura se ha manifestado el EPR, cuando asegura que dejarán las armas una vez que se cumplan las demandas planteadas (Canal 6 de Julio, 1997).

6. 1 En el pensamiento social

Ahora bien, habrá que reconocer que la polémica que se levanta con el surgimiento de los grupos armados, de alguna manera da cuenta del sentir de algunos grupos que más allá de tener ciertos intereses, refleja lo que en ciertos sectores de la población se piensa, se expresa o se habla; esto es, que representa una posición, un punto de vista que se comparte por más de uno, por ejemplo el que escribe, y que manifiesta la preocupación que quizá capas amplias de la población manifiesta de otras formas.

Ese puede ser el caso de lo manifestado por un grupo de pensadores que agrupados alrededor de dos publicaciones de ese momento, *Nexos* y *Vuelta*, arremetían contra los simpatizantes del zapatismo en los inicios de 1994, metiendo en el mismo saco el levantamiento armado de los rebeldes, la violencia en las calles y los asesinatos políticos. En una entrevista que realiza el periodista Braulio Peralta (La Jornada, 24/03/94), el poeta y

premio nobel de literatura, Octavio Paz, sentencia: "El atentado que causó la muerte a Luis Donaldo Colosio es un signo ominoso del estado de la moral pública. En los últimos meses hemos oído numerosas e irresponsables apologías de la violencia; también se han popularizado viejos argumentos que, tras hipócritas condenas del uso de la fuerza, terminan por justificarla como última razón política. Si queremos detener esta ola de violencia que amenaza al país entero debemos comenzar poniendo un hasta aquí a los excesos verbales e ideológicos de algunos intelectuales y periodistas. La violencia ideológica es la antesala, como estamos viendo, de la violencia física" (p. 11). A continuación la cabeza visible de la revista *Nexos*, Aguilar Camín (1994b; *La Jornada*, 25/03/94), asegura que con el asesinato del candidato del PRI a la presidencia, en marzo de 1994, culminaban tres meses "de violencia, inseguridad pública y secuestros en el país, nada sube tan fácil a la cabeza como una hipótesis de una conspiración para desestabilizar la que hoy aparece como frágil y vulnerable institucionalidad mexicana" (p. 11). Y culpaba de ello, en buena medida, a la prensa que no había condenado tajante y abiertamente la revuelta armada, pues había una "consagración periodística de la violencia en Chiapas". Aducía dos formas: primero, por la "abundancia... en el seguimiento de los hechos", y segundo, "sobre todo, por la absolución y aún la celebración que de esa violencia hizo una franja fundamental de la opinión pública, presentándola en distintas versiones como justiciera, excepcional, inevitable y, al cabo, renovadora de la historia de México. Con estupor primero, y alarma después, vimos quebrarse ante nuestros ojos lo que creíamos un consenso firmemente enraizado en la cultura política del país. A saber: el repudio de todo recurso a la violencia como medio fértil de acción o presión política" Y prosigue a propósito del asesinato de Colosio "Si estamos por el contrario, frente a un trágico y estúpido contagio del clima de violencia que trajo la celebración inocente o interesada de Chiapas, es hora de refrendar, sin excepciones ni atenuantes, el repudio de la nación a toda clase de violencia, venga de donde venga. Una vez más queda claro, trágicamente claro, que de la violencia sólo vendrá violencia"(p. 11).

Otro personaje que se apresuró a enjuiciar a los zapatistas fue Mario Vargas Llosa, quien si bien no introdujo en el mismo saco a los zapatistas y los asesinos de Colosio, sí lo hizo con las guerrillas latinoamericanas, desde el Farabundo Martí salvadoreño hasta Sendero Luminoso del Perú, además de traer a colación el caso cubano. Sobre los zapatistas dijo: "Creo que la insurrección zapatista de Chiapas debe ser condenada sin eufemismos, como un movimiento reaccionario y anacrónico, de índole todavía más autoritaria y obsoleta que la que representa el PRI" (citado en Méndez y Cano, 1994, p. 66).

Pero ese sentir y pensar no era compartido por otros tantos personajes de la vida intelectual y social. Los periodistas Méndez y Cano reflexionando sobre el texto del premio nobel comentan: "Por descontado, en el escrito de Paz no había una sola línea que recogiera la desidia histórica de los gobiernos mexicanos con respecto a la patética realidad de Chiapas". Consecuente con ello Octavio Paz "se aventuraba, con la misma arrogancia que tantas veces ha empañado su lucidez, a deslegitimar a los alzados en armas con argumentos que, de salir de otras plumas, hubieran terminado en el cesto de basura antes que ser publicados" (p. 64).

A su vez, y para alimentar la discusión en los medios impresos, Nestor de Buen (1994, *La Jornada*, 03/04/94) contestaba a los intelectuales que, como Octavio Paz, Héctor Aguilar Camín, el grupo *Nexos* y *Vuelta*, decidieron apuntalar la premisa gubernamental de la violencia, y tajante corta: "Me temo que los intelectuales jornaleros estamos en la incómoda situación de reos del delito de incitación a la violencia. Y algo más: de haber provocado con ello el asesinato de Luis Donaldo Colosio. Todo ello se demuestra a través de la síntesis

otora imposible: *Vuelta y Nexos* caminan ¡por fin! por la misma ruta de la coordinación del repudio a los malditos que al describir las hazañas del EZLN sugieren un mundo de tiros y relámpagos de enero, febrero y marzo, no de agosto (¡ni modo lbargüengoital!) que ensombrece la maravillosa tranquilidad que antes del primero de enero nos rodeaba... Pero habría que meditar si esa violencia, supuestamente ensalzada en las páginas de *La Jornada*, no es otra cosa que una nueva legítima defensa social, como las huelgas de hecho, o los balazos homicidas de quienes se defienden frente al asalto impune que caracteriza a nuestra vida actual. Esas violencias las aplaudo y las hago mías. Y no las ejecuto porque me falta valor para hacerlo". Y como si eso no fuera suficiente, sentencia "La mayor violencia... es, sin la menor duda, la miseria. Y contra ella, todas las demás se justifican. Pero en otra medida es violencia y de las peores que los intelectuales se lancen en contra de la libertad de expresión" (p. 7).

Alguien más mesurado como Carlos Fuentes (citado en Méndez y Cano, 1994), mencionaba: "Yo estoy en contra de la violencia, pero es indudable que los tiros del Ejército Zapatista, hasta los que se dispararon con fusiles de madera, se oyeron en todo el país, dieron en el blanco y han transformado a México", y proseguía, "El gobierno se engaña si cree que puede haber una reforma económica sin reforma política... es mejor aceptar rápidamente el pluralismo cultural de México antes que tener un país fracturado en una parte norte más o menos próspera e integrada a la economía mundial y un sur irremisiblemente rezagado" (citado en p. 69). Y es que a decir de los periodistas, la mayoría de los intelectuales mexicanos "compartían en buena medida la tesis de Carlos Fuentes sobre la severa llamada de atención que se había producido con el alzamiento de Chiapas, aunque muy pocos justificaran el uso de la violencia" (p. 70).

Pero quienes sí parecían compartir la justificación de la violencia "revolucionaria" eran personas que no escribían en los medios impresos, sino en órganos clandestinos para reclutar gente e integrarla a la guerrilla que se preparaba en las montañas de Guerrero y Oaxaca. Poco después del surgimiento zapatista, se habló de un desembarco de 2 mil armas AK-47 en las costas de Guerrero, de un supuesto cargamento de 20 mil que estarían destinados a la sierra de ese estado. La versión fue filtrada al diario de circulación nacional *El Financiero*, y fue investigada por la Sedena, y en su calidad de entonces secretario de la Defensa Nacional, Antonio Riviello envió un oficio al titular de la secretaría de Gobernación, Jorge Carpizo, en el que acusaba: "Me es grato saludarlo y hacer de su conocimiento que se ha recibido información del agregado militar de México en Washington, D. C., EUA, en el sentido de que una fuente muy confiable le indicó de un próximo embarque de 2 000 fusiles de asalto AK-47, el cual sería enviado de ese país a territorio nacional" (citado en Montemayor, 1998c, p. 79). "La referida fuente le señaló que este envío de armas presuntamente pertenece a un embarque mayor de hasta 20 000 armas de este tipo, teniendo como destino el estado de Guerrero; desconociendo si parte de ese contrabando ya ha ingresado a México o bien, si se encuentra en proceso de ser introducido al país" (p. 79). Después, se seguiría rumorando, las armas fueron a dar a manos de los que en junio de 1996 se presentarían como integrantes del Ejército Popular Revolucionario, para quienes la "violencia revolucionaria" está plenamente justificada (ver Canal 6 de Julio, 1996; 1997).

Pero la ráfaga de plomo que el zapatismo disparó, a diferencia de las del eperrismo, no duró mucho tiempo, aunque parece que fue suficiente para obtener ciertas conquistas. Para Carlos Montemayor, uno de los logros más importantes del EZLN es que el gobierno mexicano, después de 30 años, reconozca la existencia de grupos armados en nuestro país y que como consecuencia, se siente a dialogar y a negociar con estos (Corro, 1996a), algo

que no quiso reconocer ni hacer en las décadas de la segunda ola armada, de ahí la trascendencia del logro zapatista. El analista político continúa: "La capacidad de fuego del Ejército mexicano es por supuesto incomparablemente mayor que la del EZLN, pero se necesitaron las armas del EZLN para que México prestara atención a los pueblos indígenas. Y no podemos resolver la injusticia en que viven los pueblos indígenas a partir de las armas... El Ejército mexicano no puede ser la solución de conflictos cuya naturaleza no es militar, sino social, educativa, política, económica, agraria, comercial, de salud o de procuración de justicia" (p. 19).

Quienes se metían en líos sobre la estrategia seguida por el zapatismo y la vía elegida por el EPR, eran aquellos que en otros momentos, un par de décadas atrás, habían tomado el fusil para combatir a los gobiernos de sus países. En un encuentro de ex-guerrilleros centroamericanos en una universidad de México en el mes de marzo de 1998, estos manifestaron que la única salida al conflicto en Chipas, consistía en que se tomara la mediación la OEA y la ONU, y se denuncie el estado y las condiciones de vida de los indígenas y así las partes cumplan con lo firmado en San Andrés (Correa, 1998b). Eso lo señalan quienes después de abandonar la vía de las armas, "sin cambiar sus principios", ahora participan de la vía electoral pues, aseguran, es el camino que "realmente conduce a la democratización" (p. 24). Y hablan de un "desencanto" por las revoluciones, pues casi siempre fracasan. Hay un viso de contradicción, no sólo por su pasado, sino en su actual discurso, ya que un ex-comandante guerrillero expresa: "No sé si Marcos es indígena o ladino, adinerado o un verdadero hombre que piensa como indio. No sé, pues, pero la lucha es justa, no hay que retroceder. Sólo que en este momento la vía armada no es recomendable, hay que agotar primero las alternativas cívicas, de negociación, a través de organismos internacionales. A ver hasta dónde se llega. Las armas son la última opción" (p. 25). Eso dijeron los zapatistas, y en ello insistieron hasta el cansancio. Pero todo parece indicar que no los oyeron estos señores. De ahí que otro de los participantes proponga: el EZLN debe "deponer las armas, integrarse al diálogo con el gobierno federal y comprender que en la actualidad la lucha armada ya no allana el camino hacia la democracia y la dignificación de los pueblos" (p. 24).

Por su parte el ex-comandante Fermín Cienfuegos, del Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional de El Salvador reflexiona: "¿Valió la pena la guerra? Sí, pero creo que ya no se puede repetir, porque han dejado de existir las dictaduras. La mejor estrategia de la guerra es evitarla, y creo que los mexicanos están peleando para que se evite... La vía de las armas ya no es el camino. Antes, con la guerra se ganaba la paz; ahora no" (p. 28). Al ex-comandante del Frente Sandinista de Liberación Nacional, Plutarco Elías Hernández, el zapatismo es una guerrilla "de Internet, literaria, de poemas" pero que no tendrá éxito (*idem*). Este guerrillero cuya agrupación tomó el poder en Nicaragua en 1979, afirma que Marcos antes tenía mucha simpatía entre la población y que ahora se ha convertido más en un actor de televisión que en un político; y advierte que si los zapatistas no quieren el poder y no quieren ser diputados o gobernadores que mejor guarden silencio. En su momento el ex-comandante Martínez del comando mayor del FSLN señaló que ellos eran combatientes no "subcomediantes". En el mismo tono, pero más alto, habaó Cienfuegos, cuando se le pregunta, qué es el EZLN, responde: "Una farsa. Ah, pero cuidado con el Ejército Popular Revolucionario (EPR), porque creo que ese sí es un verdadero movimiento guerrillero que se ha sostenido en función de las armas que posee y que ante la desesperación del pueblo sí está desarrollando un verdadero movimiento de guerrilla, que a la larga elevará la conciencia de la sociedad" (p. 28).

Pero este es el punto de vista de los ex-combatientes de las guerrillas en Centroamérica de las décadas de los setenta y ochenta, que en su momento empuñaron las armas y pretendieron la conquista del poder; algunos lo lograron, otros se quedaron en el camino, pero en su mayoría ahora se pelean por candidaturas de sus respectivos partidos en las elecciones de sus países.

Datos de encuestas sobre el eperismo no se han difundido, o cuando menos de ello no dan cuenta los diarios de circulación nacional. De las que sí se publican son sobre el zapatismo. En esas encuestas se muestra la simpatía que la población tiene por el EZLN y su dirigente, cuando menos es mayor que la mostrada por los viejos comandantes de las guerrillas marxistas hacia el movimiento insurgente chiapaneco. En una encuesta realizada en la ciudad de México en junio de 1995, el 95% de la gente creía que en México debía realizarse una profunda reforma política (Enfoque, 1995). El 61% opinaba que el EZLN no debía integrarse a otra organización política; 45% consideraba que el EZLN debía convertirse en una nueva fuerza política independiente; 82% pensaba que las demandas del EZLN constituían los principales reclamos del pueblo mexicano. En suma, se podría decir que eran representativos de un amplio sector a nivel nacional, contrariando lo que el gobierno aseguraba.

A mediados de 1998 la revista *Este País* (1998) da a conocer los resultados de otra encuesta que realizó en varios estados del país, con una muestra de 632 personas, con poco más de 50% de hombres y poco menos de 50% de mujeres. La encuesta se efectuó entre el 14 y el 20 de febrero de ese año. Tres fueron las preguntas: 1. ¿Cómo calificaría la actuación del Presidente Ernesto Zedillo en el conflicto de Chiapas? El porcentaje más alto la obtiene la calificación de Mal con un 38.8%, le sigue Regular con un 33.8%, seguida de Bien, 13.2%, Muy Mal 12.9%, y Muy Bien 2.1%. Esto es, 51.7% de la gente calificó negativamente la actuación de Ernesto Zedillo en Chiapas, mientras que sólo un 15.3% lo calificó positivamente. La segunda pregunta, ¿Cómo calificaría la actuación del ex-presidente Carlos Salinas en el conflicto de Chiapas? El 84% de la gente lo evalúa negativamente (Muy Mala, 56%, y Mal, 28%); y solamente un 5.7% lo califica positivamente (Bien, 4.6%, y Muy Bien, 1.1%). En lo que se refiere a la actuación de la secretaria de Gobernación en el conflicto, ésta es vista negativamente en el 50.9% de los encuestados, y positivamente en un 10.8%. (p. 51). Los actores del lado del gobierno, entonces, no eran percibidos como se querían mostrar en los medios, como aquellos que hacían todo lo que estaba a su alcance para solucionar el conflicto chiapaneco.

Según un par de encuestas realizadas por el diario *El Universal*, en 1998 y en 2001, la percepción sobre la justeza del EZLN se ha modificado. Según este diario (*El Universal*, 29/02/2001), en 1998 el 57.3% de los encuestados manifestaban que el EZLN era un movimiento injusto, y el 42.8% aseguraba que el EZLN era un movimiento justo. Tres años después, en el 2001, el 60.8% de los encuestados considera justas las demandas de los zapatistas (p. 1). En esa encuesta de febrero de 2001, el 58% de los interrogados manifestó que el EZLN era un movimiento local, y el 42% lo consideró nacional. Asimismo, la respuesta a otra pregunta mostró el grado de influencia que el EZLN y su reivindicación indígena ha logrado. Ante la interrogante: ¿Cree que las comunidades indígenas deben regirse por leyes especiales, de acuerdo con sus usos y costumbres, aunque sean distintas que las del resto de los mexicanos? El 59.1% de los encuestados respondió que Sí, y el 40.9% que No (p. 22). Al paso del tiempo, los zapatistas mantienen una legitimidad que pese a los alegatos de dos diferentes administraciones, de que el EZLN no es más que un grupo de inconformes que se circunscriben a cuatro municipios del estado de Chiapas, y una administración que ha

utilizado la demagogia como forma de solución del conflicto, no han logrado minarlo, cuando menos no en la proporción deseada.

Finalmente, el asunto de la guerrilla chiapaneca, y en menor medida el de la guerrilla eperrista, está en la discusión de ciertos grupos de intelectuales, académicos, estudiantes, en los medios, en los teléfonos; hay, en última instancia, elementos, suficientes o no, para problematizar y discutir en torno a la guerrilla zapatista, sus demandas, alcances, representatividad y su dirigente, por citar algunos casos. Se ha anclado en el pensamiento social el factor guerrilla, con cierto tipo de actuación. Ello en parte se debe a la propia maniobra guerrillera, en este caso al propio zapatismo. Todo esto contrasta con lo que acontecía en la segunda mitad de 1993. En efecto, seis meses antes de que emergiera el EZLN, el número de noticias que la prensa había publicado sobre la existencia de guerrilla en Chiapas, ascendía a 11 (Nexos, 68).

En fin, el asunto de la violencia, la vigencia de las armas, un proyecto social con justicia, entre otros puntos, sigue en el debate, y fue una guerrilla mexicana, desafiando los vientos históricos, quien introdujo tales posibilidades, después de que parecía haber tocado fondo. Por ello, habrá que recordarle al ahora secretario de Relaciones Exteriores, Jorge G. Castañeda (1994), lo que escribía siete años atrás: "Pocos eventos propios de la región conmovieron a la opinión pública latinoamericana en años recientes como la sublevación de la selva Lacandona" (p. 43). El conflicto se produjo; hay unas conclusiones que se han sacado, y la polémica que se generó aún no se salda, pero se desató. Quizá el estudioso de la situación de Chiapas, Roger Bartra (1994), resuelve el conflicto sin resolverlo, en el prólogo a *La Guerra Contra el Tiempo* cuando apunta: "Creemos que la violencia es antidemocrática, y al mismo tiempo estamos ante la paradoja de que los actos violentos del Ejército Zapatista de Liberación Nacional han abierto un camino para la transición de México a la democracia" (p. 11). Esta es una buena frase que sintetiza lo hasta aquí expuesto y que, según parece, opera en la cotidianeidad. En síntesis, es una buena síntesis. Otra forma de saldar la discusión en torno al uso de las armas como fórmula para el cambio, lo constituye la reflexión de Womack Jr. (1998): "En 1996, casi tres años después de la revuelta zapatista, ya no hay un movimiento revolucionario en Chiapas... La respuesta de México a la revuelta demostró que el país no era 'Centroamérica', listo para estallar una guerra de clases" (pp. 88-89).

Las repercusiones. Las consecuencias de la insurgencia zapatista se han hecho evidente, se movieron muchas estructuras colectivas y políticas. Sobre este último punto, el propio Trejo Delarbre (1994b), quien había satanizado a los zapatistas, tuvo que aceptar que "Los partidos políticos y el gobierno, coincidieron en una serie de importantes acuerdos en torno a la claridad electoral, a partir de la nueva situación creada por el levantamiento en Chiapas" (p. 304). Es el mismo razonamiento de Jorge G. Castañeda (1994): "Un efecto del brote inconsciente en Chiapas fue el acuerdo entre los partidos políticos tejido por Jorge Carpizo y firmado el 27 de enero" (p. 49). Efectivamente, parece que hay un acuerdo: la reforma electoral de 1994 tiene, en gran medida su origen en la presión ejercida por el grupo armado y el descontento social desatado (Sánchez, 1998). Pero no sólo esa ha sido la consecuencia en lo electoral, pues Gabriela Aguilar (1998d) asegura que "De acuerdo con los investigadores, la lucha política del EZLN ha tenido una fuerte influencia en el declive de la participación electoral del estado (de Chiapas). Sus declaraciones y acciones frente a los procesos electorales de 1994, 1995 y 1997 han sembrado desconfianza en la población rural

chiapaneca en cuanto a las instituciones" (p. 38). En última instancia, el zapatismo propicia involuntariamente una reforma electoral de la que no será participe por dos razones: primero, porque esa vía la había evaluado agotada, cuestión que se mostró y se reforzó en las elecciones de 1994 en el estado, cuando se consumó el fraude que llevó al gobierno al priista Eduardo Robledo Rincón. La segunda razón tiene que ver con sus postulados: no luchan por el poder, ni por puesto alguno (ver EZLN. Documentos..., 1997)

Pero no sólo en el nivel de la participación política formal el zapatismo se había visto reflejado, no sólo ahí había impactado, y la exclusividad del debate no era ya de la clase política, se iba más allá. El pensamiento social en los ciudadanos mexicanos ya no podía ser el mismo, pues en su mente se alojaron situaciones y eventos que trastocaron la vida nacional que dieron paso a una nueva cultura política. De hecho, se podría plantear de la siguiente manera: "Chiapas no ha hecho más que evidenciar la contradicción entre lo que se dice y la realidad, a la vez que hizo emerger de modo abrupto uno de los más antiguos conflictos en la conformación del poder político y de la sociedad mexicana. Ha mostrado cómo parte fundamental de nuestras raíces culturales es digna de exhibirse en los museos mientras es objeto de marginación, estigma y rechazo en la vida social y cotidiana de autoridades y sociedad civil" (Juárez, 1995, p. 98). Y en gran medida el fenómeno del zapatismo ha propiciado "un sentido distinto de la participación política y de las relaciones sociales que se tenían, esto es, de lo que se ha llamado la cultura política del mexicano" (González Navarro; 1995, p. 49).

En efecto, las personas comunes y normales, sin experiencia política, también expresaban sus diferentes puntos de vista, a veces encontrados. A manera de ilustración, en un estudio realizado por Ferreira y Avendaño (1994), sobre la imagen del subcomandante Marcos, se encontró que las mujeres lo concebían como "una persona carismática con características de líder, (mientras que) para los hombres es un guerrillero" (p. 691). Todo ello sin descartar a quienes, aunque en menor cantidad, conciben al EZLN como fenómeno de manipulación. La discusión y el entrampe intelectual llegaba hasta la cotidianidad, en este caso generado o impulsado por los zapatistas y su conflicto armado. Pero no sólo era en ese terreno afectivo en que se plasmaba el sentir zapatista, pues también en un franco apoyo que se iba dibujando al paso de los días. Entre enero y junio de 1994 la oficina de la presidencia, primero a cargo del francés Cordova Montoya, y después en manos de Santiago Oñate, realizaron once encuestas sobre el surgimiento del EZLN (Acosta, 1997). La gente entrevistada justificaba el levantamiento, decía que las demandas del EZLN eran "justas", aunque no estuvieran de acuerdo con la guerra como forma, mencionaban que fue irremediable, porque "la política del gobierno no funcionó" (p. 22). Este tipo de pensamiento, que bien podríamos denominar social, estaba presente como hemos visto no sólo en los intelectuales, pues todo parece indicar que se estaba anclado en el pensamiento de un buen sector de los mexicanos. De ello daban cuenta las diferentes encuestas. Una de ellas, realizada en abril de 1995 aborda las adhesiones a diferentes grupos políticos: el PRI y PAN tienen en ese momento una preferencia en la población de 32 y 27 % respectivamente, mientras que el 39% de los encuestados manifestaba su preferencia por el EZLN (ver Levario, 1999); las simpatías de los mexicanos hacia el zapatismo se consolidaban, según se desprende de diferentes trabajos realizados al respecto.

"Grandes Acontecimientos suscitan grandes polémicas", señalaría Marcos Roitman (2001), lo cual se podría aplicar para el caso de los movimientos armados, y en especial al zapatismo. Sus protagonistas, los hacedores de la historia, son objeto de análisis e interpretaciones. Sociólogos periodistas, historiadores politólogos y/o antropólogos "plantan

hipótesis y proyectan sus juicios en medios de comunicación social" (p. 14), que bien pueden ser los artículos de opinión en diversos medios impresos. Los textos que sobre tales acontecimientos se exponen, escribe el autor, pueden ser de dos tipos. El coyuntural, que tiende más a ser efímero; inmersos en el corto plazo no sobreviven al paso del tiempo; y los que son capaces de "agudizar el juicio crítico, proporcionan argumentos y favorecen la reflexión" (p. 14). Los dos tipos de textos, desde donde se les mire, contribuyen a la representación que de los movimientos, como los armados, se tiene en una sociedad. Ahí, estaríamos hablando, en el caso de los grupos guerrilleros, de una transportación del escenario original, la contienda armada o no, a ser un sujeto de las ciencias sociales, e incluso un sujeto literario. El estallido de la guerra en el sureste de México trajo consigo también, aparte de las balas, de la sangre y de los muertos, una serie de análisis por parte de la mayoría de las ciencias sociales, tal vez por eso, García Ramírez (1994) reconocía que para febrero de 1994, a los pocos días del levantamiento, se había escrito "más que en muchos años acerca de un orden de cosas inadmisibles, inmorales, injustos" (p. 329), en clara referencia a lo que el zapatismo había destapado con su levantamiento.

Efectivamente, desde la escritura también se ha plasmado el pensamiento que con respecto al zapatismo se mantiene. José Contreras (1996) plantea que existen tres formas en las que se ha abordado el problema de Chiapas y que, por tanto, desemboca en tres tipos de literatura: en el primero se encuentran los textos que tratan de desglosar las causas del estallido y abordan las consecuencias inmediatas y a futuro para el país, "Poniendo énfasis en las diversas vías nacionales de solución al conflicto, dado que parten de la idea que dicho evento rebasa con mucho el carácter local de los altos de Chiapas" (p. 1). En la segunda categoría se encuentran los textos que tienden a descalificar el levantamiento indígena, unos por considerar que el zapatismo constituye una mezcla de religiosos anclados en la teología de la liberación, desempleados de la guerra centroamericana y un abasto militar oscuro (posición de Aguilar Camín, ver Proceso, 897) y otros por concebir a la insurgencia como "los enemigos del progreso por considerarlos ahuyentadores de la inversión extranjera" (p. 2). En este caso se encuentra Luis Pazos y su *¿Por qué Chiapas?*. Ya en el tercer grupo se encuentran los "prestarnombres de los servicios de inteligencia mexicanos que con una redacción periodística" han elaborado sus trabajos en los que se difunden nombres y origen del EZLN, entre ellos se encuentra Carlos Tello Díaz y la *Rebelión de las Cañadas*. A la fecha podemos encontrar más de 150 títulos publicados en México sobre el zapatismo.

Tanto en actos como en escritos, de índole política o no, los zapatistas han dado material para que se exhibieran tanto intelectuales, políticos de derecha, centro e izquierda; actores, periodistas, articulistas, caricaturistas, cantantes; estrellas, directores de cine, historiadores, poetas, cuentistas, secretarios de Estado, gobernadores, diputados, senadores y hasta el presidente. Esto en el plano nacional e internacional. En pocas palabras, el EZLN ha sido objeto de análisis de prácticamente todas las disciplinas sociales y de todas las personas con una vida pública y, porque no decirlo, también de la vida privada.

De hecho, hay quienes aseguran que es difícil no contagiarse y entender a los zapatistas con un discurso y un actuar tan seductor y nuevo. Cuando a unos turistas italianos, que se encontraban en San Cristóbal el primero de enero, les preguntaron sobre el alzamiento, dijeron que los zapatistas son "gente educada, pacífica, tienen derechos y los apoyamos" (La Jornada, 02/01/94). Un zapatista comentaba "La población nos ha tratado bien" (Méndez y Cano; 1994, p. 38). Parece que eso se referendaba tiempo después, cuando los zapatistas fueron recibidos, por cientos de miles y con mucho júbilo, en los días que realizaron la marcha a la ciudad de México para exigir el reconocimiento de los derechos y

cultura indígenas: la gente se desbordaba en las plazas que a su paso saturaban los zapatistas. El pensamiento social se "contaminaba" del sentir de los encapuchados.

7 La violencia institucional: respuesta a la vía armada

La "natural" respuesta que los grupos armados, revolucionarios, guerrillas o ejércitos liberadores, han obtenido a lo largo del siglo XX se acompaña de las balas. Sea un discurso, una acción, una propuesta de desarme, lo que sea, las balas están presentes en todo momento como la fórmula idónea de resolución a los reclamos planteados por los rebeldes: ya sea por echar abajo una dictadura, sea por cambiar el rumbo social del país, o por reclamar un espacio para todos en la nación, la violencia en sus diferentes modalidades, guerra frontal, guerra sucia o guerra de baja intensidad, están presentes.

A inicios del siglo XX, antes de que estallara la revolución de 1910, varios fueron los descontentos que se manifestaron por una vía no violenta, reclamando un alto a la dictadura de Porfirio Díaz, que ya llevaba más de tres décadas en el poder. Manifestaciones estudiantiles en contra de la reelección (poco antes de que concluyera el siglo XIX), tuvieron como respuesta la cárcel; exigencias de libertad de expresión y su consecuente publicación de periódicos tuvieron como respuesta cárcel, allanamientos y confiscación de equipo; las prácticas de libertad de asociación para protestar sólo por la alta incidencia, por la intervención ilegal del clero en los asuntos del país, tuvo como respuesta el encarcelamiento y la prohibición de tales agrupaciones que protestaban; las demandas de mejoras de salarios y condiciones de trabajo, como en Cananea y Río Blanco, los casos más sonados, tuvieron como respuesta cárcel, represión y balas; la propia candidatura presidencial de un opositor fue frenada, primero con rejas, después con balas... la violencia institucional no abría paso a un justo acuerdo sobre lo solicitado, demandado, exigido por los disidentes políticos y sociales.

Luego de probar varias formas de práctica política para exigir se solucionara lo demandado, los grupos antes en la vía civil entraron de lleno a la lucha armada, ya fuera en su modalidad de guerra de guerrillas o de ejército regular, pero con las armas exigirían lo que a gritos y con manifestaciones políticas reclamaban y no habían sido escuchados. Después de armarse y entrar en la contienda, con demandas políticas, económicas y sociales para el país o un sector de la población, campesinos, obreros o indígenas, o todos en su conjunto, la respuesta "natural" del gobierno, del régimen, del Estado, en sus diferentes momentos, fue echar mano de las "fuerzas del orden": policías legalmente constituidas, ejército, policías anticonstitucionales... la finalidad fue no el resolver las causas que originaron el descontento y llevaron a los diferentes grupos a tomar las armas, sino confrontarlos con las armas en la mano y eliminarlos físicamente. La desaparición de los inconformes parece ser la única solución que en mente tienen quienes gobiernan.

La represión, la violencia institucional ha estado antes y después del surgimiento de las agrupaciones armadas. A reclamos del orden de lo social, político y económico se les da una respuesta policiaca, militar, violenta. Varias han sido las formas, desde la confrontación de ejércitos o divisiones, hasta la denominada guerra de baja intensidad, pasando por la guerra sucia.

Primera ola armada: la Revolución. En el primer caso, el de la confrontación de ejércitos, divisiones, etcétera, nos ubicamos en los inicios del siglo XIX, y ante las exigencias de un candidato a la presidencia por el partido antirreleccionista como Francisco I. Madero, el gobierno de Porfirio Díaz opta por encarcelar al disidente, al que se opone a una de sus tantas reelecciones. Al percatarse de que la campaña de Madero sube con el paso del tiempo y que no tiene asegurada la extensión hacia la cuarta década de su mandato, el dictador prefiere hacer uso de la fuerza y cometer un fraude que emularían los futuros gobiernos pristas para mantenerse en el poder.

Ante los reclamos del reconocimiento del Plan de San Luis, donde ya se plantean además de la no reelección, el reparto de tierras, Francisco Villa se levanta y posteriormente lo hará Emiliano Zapata, ya con armas en la mano. La respuesta que obtendrán de parte del gobierno de Díaz será el envío de su Ejército para apaciguar a los rebeldes. Las reformas señaladas en el Plan de San Luis hubieran tenido menos costos para el gobierno y la élite del poder que lo que después vendría. Más adelante, ante las exigencias de que se cumpliera lo estipulado en el Plan de San Luis, el grupo de Francisco I. Madero le apuesta a la confrontación y al aniquilamiento de la subversión, como forma de "pacificar al país"; no se piensa ya, desde esta óptica, en el cumplimiento de las demandas que dieron origen al levantamiento armado, sino en como acabar con la disidencia, y se hace militarmente. Eso mismo se haría extensivo con el Plan de Ayala que enarbolaría Zapata y Villa, y posteriormente la Convención de Aguascalientes de 1914.

A pesar de reclamar con las armas en la mano, las exigencias de los revolucionarios de inicios de siglo eran sociales, políticas, económicas y de procuración de justicia. A Villa y Zapata no les interesaba el poder, no les interesaba gobernar, les interesaba que se cumplieran las causas de su descontento, que devino en armas, demandaban que aquellos que se habían comprometido con la causa revolucionaria, y que llegaban al gobierno, cumplieran lo pactado. Pero ello no sucedía.

La segunda ola armada. Para la década de los sesenta y setenta la situación no cambió mucho, pues sólo se modificaron las formas. Ya no se trataba, como a inicios de siglo, de confrontar a las fuerzas armadas con las guerrillas que actuaban en las ciudades, pero sí de mandarlos a las montañas de Guerrero a perseguir al grupo de Genaro Vázquez y al de Lucio Cabañas, muy a pesar de la negación sistemática en las versiones oficiales. Se trataba, esta vez, de aplicar una nueva forma del ejercicio de poder ante la disidencia: la guerra sucia, que a decir de la madre de un guerrillero secuestrado-desaparecido, Rosario Ibarra, se inaugura en nuestro país para luego exportarse a los países del Cono Sur. Es decir, México innovaba en los métodos de trato a los subversivos, mostraba a sus iguales en otros países como debía tratarse a quienes no actuaban sumisamente ante la política interna. México se anticipó, inauguró las torturas y desapariciones de políticos disidentes en el continente, incluso antes que los países que en los setenta vivirían bajo las dictaduras. De México se exportaron las prácticas represivas a Chile, Argentina y Uruguay (ver Grange y Rico, 1997).

La guerra sucia se practicó desde los inicios de la segunda ola guerrillera: infiltración en los grupos, en algunos casos dejarlos actuar, en otros atraparlos antes de entrar en acción; secuestro para algunos, desaparición para otros, tortura para muchos... Cuando el Ejército federal seguía a los sobrevivientes del grupo que asaltó el Cuartel Madera en

Chihuahua, y que después se convertiría en el Grupo Popular Arturo Gámiz, los militares se disfrazaban de guerrilleros para "sorprender" a los campesinos y maestros que brindaban ayuda a la guerrilla, y de esta forma justificar su detención y tortura para sacarles información que llevará al paradero de los guerrilleros (Castañeda, 1999). Con conciencia de su actuación, los militares operaron después con los mismos métodos en la sierra de Guerrero. Un general por aquel entonces en combate contra la guerrilla de Lucio Cabañas admitía que el problema no era sólo militar sino también político, por lo que mientras el Ejército no se acercara al pueblo jamás podría acabar con la guerrilla, reflexionaba (Bartra, 1996). Ese razonamiento llevó a los militares a convencer a los gobiernos local y federal a realizar obras de aparente "beneficencia" para las comunidades por donde se desplazaba la guerrilla. Como respuesta a las acciones del Partido de los Pobres que para 1973 alcanzan su auge (Montemayor, 1991), una institución gubernamental, el Instituto Mexicano del Café (Inmecafé) reparte dinero a diestra y siniestra, a través de un programa de créditos, con una clara función antiguerrillera. En ese año distribuye 16 millones de pesos, al siguiente llegan a 21 los millones de pesos derramados en sobornos. En diciembre de 1974 matan a Lucio Cabañas y los pocos sobrevivientes se dispersan, parecen desaparecer de la escena. Como respuesta "natural" para 1975 el monto de los créditos se desploma a 9 millones (Bartra, 1996); ya no había guerrilla, "enemigo", que copar, y por lo tanto tampoco recursos que derrochar.

La estrategia contrainsurgente del gobierno no se agotó en los créditos otorgados a los campesinos. También las clínicas de salud, las tiendas de la Conasupo, por mencionar dos casos, entraban en un esquema general, como un "método de control militar" (Montemayor, 1991). Cuando los periodistas le preguntaban al entonces gobernador Noguera Otero, sobre las obras que se levantaban en la sierra de Guerrero y si tenían algo que ver con la guerrilla, éste contestaba que no, que respondían a la voluntad del presidente, del gobierno de Guerrero y de los pueblos de la sierra. La construcción de carreteras iban en ese sentido, del "deseo" de los pobladores. Los militares sabían que cuando llegaban a un lugar en donde había grupos armados, era para operativizar su actuar, así lo manifestaban ellos mismos. En los setenta, cuando se combatía a la guerrilla de Cabañas, el entonces comandante de la zona 27 de Guerrero así se manifestaba ante otros militares: "Los caminos que vamos abriendo en toda la zona están en función nuestra, no de los guerrilleros. Los caminos y las comunicaciones que hemos abierto son para nuestra seguridad, no para la de ellos" (p. 85). Luego agregaba que más adelante, cuando se acabara con el último brote posible de violencia, "todas las comunicaciones serán perfectas y ustedes podrán venir a vacacionar en bicicleta, si quieren" (*idem*). La función social de la que hablaban llegaría sólo después de cumplir el objetivo militar.

Como muestra de que tales prácticas son una constante en el continente, y para que se vea que no sólo en México se han construido caminos y obras con fines militares, hay que señalar que eso lo hicieron en Centroamérica. José Castro (1990) apunta: "se destina gran cantidad de recursos a la construcción o reconstrucción de infraestructura para usos militares. En Honduras, a partir de las ininterrumpidas maniobras militares, se han construido pistas aéreas, carreteras y puentes, bases militares, etcétera, combinados con acción cívica entre la población empobrecida. En Costa Rica, en la frontera con Nicaragua, se ha impulsado la edificación de obras de infraestructura tales como la ampliación del aeropuerto de "Los Chiles" (capaz de recibir aviones DC-3), la creación del Comando Atlántico de la guardia civil, la construcción de la carretera San José Guapiles-Siquirres-Limón, y el mejoramiento y pavimentación de las carreteras a Upala, Los Chiles y Puerto Viejo, zona,

esta última, de acantonamiento del 'Comando Atlántico' * (p. 26). Todo ello enmarcado en la táctica contrainsurgente en los países centroamericanos.

En nuestro país, como en los de la región ya señalada, cuando los métodos "suaves", "asistenciales" no funcionan como mecanismos para aniquilar a la guerrilla, las formas "duras", abiertamente violentas se hacen presentes. Y es que en la guerra sucia de los sesenta y setenta la población civil forma parte de los objetivos de los militares. Eso lo dejó claro el Ejército mexicano cuando combatía a la guerrilla en las montañas de Guerrero donde se encontraba Genaro Vázquez y Lucio Cabañas (ver Montemayor, 1991), y en los países centroamericanos se efectuó durante la década de los ochenta (Castro, 1990). Un ejemplo claro lo da quien fuera presidente de El Salvador, que después de una masacre contra la población civil, declaró: "Hay mucha gente en los campamentos (guerrilleros) y esa gente muere cuando ocurre un ataque militar. La única diferencia entre esa gente y el guerrillero es el rifle en la mano. ¿Quién dice que una señora viejita que muere allí, no tenía un fusil en las manos, momentos antes?" (citado en p. 29). En efecto, como lo señala el autor: "En la lógica de la guerra política, 'el enemigo' no sólo es la guerrilla, sino toda su base de apoyo humano, especialmente la que vive en zonas de disputa o en control guerrillero" (p. 29). Ese era el razonamiento que permeaba el ambiente en muchos países.

En el caso mexicano, volviendo a la lucha contrainsurgente contra el grupo de Cabañas Barrientos, había militares que reconocían *en corto* que los grupos armados para su movilización requerían del apoyo de la gente por las zonas en que se movían, ya sea para protegerlos, para darles alimentos, para brindarles información sobre movimientos militares, etcétera, por lo que la estrategia militar la encaminarían al control de las poblaciones y así cercar a los grupos subversivos. El razonamiento del apoyo de los pueblos no los llevó a plantear la problemática como un asunto de mayor envergadura, y con un origen claramente social, sino que su estrechez los orilló a pensar en una estrategia más amplia, pero de tipo militar; no contemplando únicamente al núcleo guerrillero, sino con la clara idea de "aniquilar" a sus apoyos. (Montemayor, 1991). De ahí que el Ejército se quejara de la falta de continuidad entre el "trabajo" que ellos realizaban y el de las autoridades civiles, pues no obtenían "frutos"; por eso los militares estaban deseosos de realizar todo el "trabajo": querían detener a la gente, interrogarla y, prácticamente, consignarla, o eliminarla. Para el Ejército el problema de las guerrillas era "un asunto militar que requiere una solución militar" (*idem*).

De este tipo de razonamiento se deriva la práctica sanguinaria que el Ejército federal realizó durante los años de la segunda ola guerrillera, sobre todo en Guerrero. En sus operativos, los militares golpeaban a los campesinos, y cuando la población protestaba para que no se torturara a los habitantes, se recrudecía la represión. En una de tantas ocasiones, ante la demanda de los pobladores para que dejen libre a un campesino, obtienen de un soldado como respuesta: el capitán ordenó: Llévelo al arroyo. Que se lo coman los perros. ¡Si no quiere hablar que se lo coman los perros! (p. 146). Pero los excesos iban más allá de lo concebible. La gente de Lucio Cabañas fue muy golpeada en ese sentido: los detenían, los torturaban, los subían a helicópteros y los arrojaban vivos al mar, a los cerros, o los enterraban vivos. Por eso, burlonamente, los militares les decían a los campesinos detenidos que querían los "mandaban de marineros, de aviadores o de mineros" (p. 244).

Los sesenta y los setenta son periodos de suma presión: detenciones ilegales, golpizas, secuestros, torturas, desapariciones, ejecuciones... muertos. La disidencia armada sufrió en carne propia las "hazañas" de la policía política de aquella época (Grange y Rico, 1997). Y no sólo fueron presas de esa práctica los integrantes de la guerrilla rural; los que

participaban de la guerrilla urbana igual fueron crudamente reprimidos. El ex-profesor universitario, Alberto Hajar, quien en su momento participó en la conformación de una agrupación político-militar en los setenta y sufrió la tortura y la cárcel por su "atreimiento", lo sintetiza así: "Los años setenta fueron tiempos de una represión muy violenta, dirigida contra jóvenes que sólo tenían posiciones políticas distintas a las de los partidos... (hubo) una guerra sucia y miserable" (p. 123) contra la disidencia política. En especial de la llamada *Brigada Blanca* perteneciente a la Dirección Federal de Seguridad, que tenía a su cargo "limpiar" el panorama de disidentes con base en detenciones ilegales, torturas y asesinatos.

El gobierno dosificaba su actuar, y lo combinaba: un poco de "apertura política" y otro mucho de represión: legalización del Partido Comunista en 1978 y amnistía a presos políticos en 1979, y balas y torturas contra los guerrilleros que aún estaban en pie. En el avión presidencial, Luis Echeverría se daba el lujo de llevar a "intelectuales" que lo acompañaban en sus giras; traía consigo a exiliados latinoamericanos a quienes les daba hospedaje y hasta plazas de tiempo completo en las universidades, previos títulos de doctorados obtenidos durante el viaje. Varios ya ex-guerrilleros, que en otros tiempos combatieron con las armas en la mano a su gobierno, entraban en el juego: algunos montoneros argentinos, del Ejército Revolucionario del Pueblo y del MIR chileno y de los Tupamaros uruguayos "estaban en la nómina del gobierno mexicano" (p. 123). Este tipo de trato a los exiliados le brindaba a México una imagen externa de tolerancia, inclusión y de apertura a los movimientos de oposición (sí, pero del exterior), lo cual obstaculizó el contacto de los grupos clandestinos mexicanos con otras organizaciones de su tipo en el extranjero. Ahí está Cuba, exportador de la revolución latinoamericana, que entrenó a infinidad de guerrilleros pero no a mexicanos, pues nuestro país jamás rompió relaciones diplomáticas ni cerró su embajada en la isla, y no le importó no respetar el embargo comercial impuesto por Estados Unidos al país socialista, por lo que el gobierno de Fidel Castro no defraudaría a su par mexicano. Cuando surge el EZLN, Castro declara: "No hay un solo caso en que hayamos hecho asesoramiento o suministrado armas a los distintos movimientos revolucionarios mexicanos a lo largo de estos 36 años. México siempre fue cuestión aparte para Cuba" (p. 124). En ello se reflejaba la otra cara de México, la externa: de solidaridad; hacia adentro, la cruda, la "no mostrada", de represión y violencia.

Ahora bien, hay que hacer notar que en la lucha contra la guerrilla en los sesenta y setenta, el gobierno mexicano pudo actuar sin la presión y presencia de los medios de información, sin la presencia de organizaciones no gubernamentales o de derechos humanos, y tampoco estaban los ojos de brigadas internacionales como ocurre en la tercera ola de las guerrillas (Montemayor, 1997). "Las acciones militares se pudieron desarrollar sin testigo alguno que las intimidara o las diera a conocer al país o al mundo" (p. 43). Y con todo y esas "ventajas" tardó el gobierno más de una década en "acabar" con la disidencia armada; tan sólo en la persecución a Lucio Cabañas y su grupo se llevaron siete años, y sus reductos aún continúan, a decir del Ejército Popular Revolucionario y del Ejército Revolucionario del Pueblo Insurgente.

La tercera ola armada. Con el arribo a fin de siglo e inicios del nuevo milenio, las formas seguían modificándose, pero la esencia del carácter violento de la respuesta gubernamental se mantenía. Correa, Corro y López (1994) dan cuenta de los abusos y excesos del Ejército mexicano, después de la tregua del 12 de enero de 1994: asesinatos, torturas y saqueos a pueblos y comunidades dentro y en la periferia de la zona de conflicto, ese es su delito:

encontrarse en los alrededores de la lucha. El actuar de los militares es similar al que desplegó la institución castrense en los setenta en el combate contra la guerrilla de Genaro Vázquez y la de Lucio Cabañas. Un afectado narra: "Los soldados gritaron: '¡Aquí está su jefe! ¡Ya agarramos al comandante Marcos!' Pero ¿cuál? Si mi único delito es haber nacido con los ojos verdes" (p. 6).

Pero no sólo la población, simpatizante o no del zapatismo, es quien asume los costos de las operaciones militares del Ejército federal. Los propios integrantes del Ejército Zapatista la experimentan una y otra vez en carne propia. Una de esas ocasiones fue la más publicitada: la ofensiva del 9 de febrero de 1995, cuando el Ejército mexicano desplegó sus tropas en territorio rebelde con la finalidad de "coadyuvar" a la ejecución de las órdenes de aprehensión que giró la Procuraduría General de la República (PGR). En ese entonces los zapatistas vieron tras de sí y sus poblados, a miles de militares que con artillería y naves iban tras sus líderes. No obstante que el EZLN tenía un reconocimiento de interlocutor, como una parte del conflicto, por parte del gobierno federal. Es más, se encontraban en pláticas vía correspondencia con el secretario de Gobernación y el propio Presidente Ernesto Zedillo. Tal ejercicio de violencia institucional, de guerra sucia, no es visto así por otros analistas. Para Carmen Legorreta (1998) el gobierno federal "usó una medida de presión para obligar al EZLN a utilizar una salida política" mostrando a su vez que los zapatistas no tenía el poderío militar que presumía, pues no respondió. Y es que, para esta autora, como el gobierno no podía sentar en la mesa de negociaciones a los rebeldes, "optó por una política de 'dejarlo que se desgaste sólo' " (p. 324). Esto es, no hay violencia institucional, ni otro tipo de prácticas de baja intensidad. Pura presión política. En un tono similar se manifiesta Isabel Arvide (1998), de *facto* vocera de la institución castrense, quien señala que los zapatistas no quieren la paz: "Porque los protagonistas principales: el obispo Samuel Ruiz, su gente, los catequistas, los guerrilleros, el llamado Subcomandante, sus seguidores, los sacerdotes progresistas, los revolucionarios trasnochados, todos los que participaron en la formación de ese movimiento, a lo largo de más de treinta años, persiguen la guerra" (p. 17). De ahí que se justifiquen las acciones del gobierno y los militares.

Pero a estas dos últimas periodistas se les ha olvidado la existencia de un Plan que el gobierno tenía contemplado a poco tiempo de estallado el conflicto y que operó paso a paso, según los sucesos que se presentaron en Chiapas en los últimos años de la administración priista a nivel estatal y federal. Tal estrategia gubernamental se denomina "Plan General de Maniobra Estratégica Operacional para destruir la estructura política y militar del EZLN", donde ya se contempla en forma la actuación contrainsurgente en el estado de Chiapas para "mantener la paz" (Montemayor, 1999a). Así, se asienta: "Inicialmente, y si la situación política lo permite, se organizará en Tuxtla Gutiérrez un Centro Coordinador Estatal (CCE) para la coordinación centralizada de las operaciones tácticas y los planes de desarrollo. La concentración de las fuerzas se efectuará en Tuxtla Gutiérrez, Tapachula, Tenosique y Villahermosa. Las fuerzas concentradas se desplegarán en agrupamientos identificados del uno al nueve en los sitios y el orden siguiente: Tuxtla Gutiérrez, San Cristóbal de las Casas, Rancho Nuevo, Ocosingo, Altamirano, las Margaritas, Comitán, Tenosique y Villahermosa. El despliegue de los nueve agrupamientos proporcionará la seguridad estratégica operacional" (p. 227).

Se habla, entonces, de una "fase de preparación" en la que se organizará el CCE, con la finalidad de "ocuparse de los planes, coordinar y dirigir todos los esfuerzos militares y de desarrollo, y garantizar una atención inmediata a los requerimientos operacionales. Elaborará un Plan Estatal de Desarrollo Social que podría ser coordinado y supervisado por una

organización a nivel nacional para objetivos políticos, sociales, económicos y psicológicos de corto, mediano y largo plazos. Debe reorganizarse el Estado Mayor de la VII Región militar incluyendo las secciones primera, segunda, tercera, cuarta y quinta, y establecerse el centro de operaciones tácticas (CONTREMI) y el centro de operaciones logísticas (COLREMI). El Plan de Adiestramiento incluirá áreas con características selváticas dentro y fuera del estado de Chiapas, programas de adiestramiento y cuadros de instructores; concentración de Nuevas Fuerzas y evolución y explotación de la información referente a los transgresores, las condiciones meteorológicas, el terreno y la población" (pp. 227-228).

Asimismo, se define el "Plan de Asuntos Civiles" que tiene entre sus haberes las relaciones que se establecen entre militares, las autoridades civiles y el propio pueblo. "Trata principalmente acerca de los programas encaminados a organizar y motivar al pueblo para que apoye los proyectos tácticos y de desarrollo social. Incluye planes de auxilio a la población civil en caso de desastres o calamidades públicas" (p. 228). A su vez, el "Plan de Protección a la Población y sus Recursos incluye información detallada para proteger las líneas de comunicación, cortar las relaciones entre los transgresores y la población y llevar al cabo operaciones de amnistía, de policía y de frontera. Cuando sea factible, las unidades militares deben brindar apoyo a las fuerzas policíacas, pero no reemplazarlas" (*idem*).

Por su parte el "Plan de Asesoramiento describe actividades del ejército en el adiestramiento y apoyo de las fuerzas de autodefensa y otras organizaciones paramilitares, lo cual puede ser el principio fundamental de la movilización para las operaciones militares y de desarrollo. Incluye, además, el asesoramiento y ayuda que se presta a otras dependencias del gobierno y a funcionarios gubernamentales locales, municipales, estatales y federales. En caso de no existir fuerzas de autodefensa civil, es necesario crearlas" (p 228). Todo esto en la primera fase.

En la "Segunda fase de la campaña" que se denomina "Ofensiva", se indica como la fase más importante, en tanto que desde que empiecen las operaciones ofensivas, estas serán observadas por la opinión pública nacional y extranjera. "En esta fase debe aplicarse el principio de la guerra: concentración de fuerzas en Chiapas y economía de fuerzas en el resto del país; dentro del estado de Chiapas, concentración de fuerzas en el área que actualmente está bajo el control del EZLN y economía de fuerzas en el resto de la entidad. En esta fase las operaciones se conducirán en cuatro etapas. Primero, la suspensión de las garantías individuales en la entidad. Esto se efectuará con el desplazamiento forzado de la población bajo la influencia zapatista hacia albergues o zona de refugio oficiales. Con la neutralización de la organización y actividades de la Diócesis de San Cristóbal de las Casas. Con la captura y consignación de mexicanos identificados con el EZLN. Con la captura y expulsión de extranjeros perniciosos. Con la prohibición de vuelos comerciales al área de influencia zapatista. Con la censura de los medios masivos de comunicación. Con la muerte o control de ganado equino y vacuno. Con la destrucción de siembras y cosechas. Con el empleo de grupos paramilitares (autodefensa civil) y la suspensión, en el área de influencia del EZLN, del correo, telégrafo y teléfono" (p. 235).

En el segundo punto de esta fase de Ofensiva se señala "el incremento de restricciones en los puestos de control, haciendo prohibitivos los combustibles y lubricantes; los alimentos, los medicamentos, las partes y refacciones de vehículos; baterías, acumuladores, lámparas, celdillas eléctricas o partes eléctricas relativas; cualquier tipo de equipo de radiocomunicación y cámaras de videos y fotográficas" (pp. 235-236). En el punto tercero se indican "las operaciones psicológicas que, en términos generales, tendrán por

finalidad aislar al EZLN de la población civil, destruir su voluntad de combatir y ganar para beneficio de nuestras operaciones a la población civil. Se llevarán a cabo por la distribución de volantes dando plazos perentorios a la población bajo control zapatista para que abandonen esa área y se concentren en los albergues y refugios oficiales; por la distribución de salvoconductos para la rendición de los zapatistas; por el control del fluido eléctrico para evitar la transmisión de órdenes e informes y neutralizar el sistema de alarma de los transgresores y por vuelos rasantes diurnos y nocturnos de aviones supersónicos" (p. 236). En el cuarto punto se plantea "la reorganización de las grandes unidades superiores y elementales que deberán quedar organizadas y desplegadas para antes del día "D". La fase ofensiva se iniciará a órdenes del alto mando (día "D"), estimándose que las operaciones serán de corta duración y ejecutadas como a continuación se indica" (*idem*).

Sobre los agrupamientos, se delinearán sus funciones: "El agrupamiento Uno (Tuxtla Gutiérrez) efectuará operaciones en el área de acción de Bochil, Larráinzar, Ixtapa y Soyaló. El agrupamiento Dos (San Cristóbal de las Casas) permanecerá en su ubicación y en alerta, proporcionando seguridad a la población de San Cristóbal de las Casas. Estará en condiciones de apoyar a los agrupamientos que lleven a cabo la acción principal y en su momento realizará operaciones al norte, este y sureste de esa población... El agrupamiento Tres (Oxchuc) permanecerá en su ubicación y alerta, proporcionando seguridad a la población de Oxchuc. Estará en condiciones de apoyar a los agrupamientos que lleven a cabo la acción principal y en su momento realizará operaciones donde se detecten levantamientos de grupos armados transgresores en la dirección que sea... El agrupamiento Cuatro (Ocosingo) procederá a desplazarse por el eje de esfuerzo Ocosingo, Balaxté, Quexil, Pamala y Paraíso y avanzará al máximo, a fin de dividir las fuerzas enemigas y permitir que el Agrupamiento Ocho logre su objetivo y después facilitarle su desplazamiento a la población de Ocosingo. Ejecutará operaciones ofensivas por el eje de esfuerzo Ocosingo, Suchila, Chaxnaljá, Río Blanco, Shuvi, San Miguel, Delicias, Patihuitz y El Prado Pacayal, hasta capturar el campamento "El Prado", destruyendo la antena, fábrica de cartuchos, depósitos de armamento y material bélico de los transgresores de la ley... El Agrupamiento Cinco (Altamirano) procederá a desplazarse por el eje de esfuerzo Altamirano, Ejido Morelia y La Grandeza y avanzará al máximo para dividir las fuerzas del enemigo y permitir que el Agrupamiento ocho logre su objetivo" (pp. 236-237).

"El Agrupamiento Seis (Las Margaritas) procederá a desplazarse por el eje de esfuerzo Las Margaritas, Francisco I. Madero, Buenavista, Pacham, Nuevo Momón, Vicente Guerrero, Santa Rosalía y Guadalupe Tepeyac, teniendo como misión capturar esta última población extremando las medidas de seguridad durante los desplazamientos, ya que se tiene información de que el enemigo ha minado los caminos donde estima que puedan pasar las tropas... El Agrupamiento Siete (Comitán) permanecerá en su actual ubicación y en alerta; proporcionará seguridad a las instalaciones militares del 24º Regimiento y a la población civil, y estará en condiciones de apoyar a los agrupamientos que lleven al cabo la acción principal... El Agrupamiento Ocho (Tumbo) llevará al cabo la acción principal, debiendo desplazarse de su actual ubicación en Tenosique, Tabasco, a Tumbo, Chiapas, a fin de que a órdenes inicie sus operaciones. Procederá a desplazarse por el eje de esfuerzo Tumbo, Lacandón y Monte Libano hasta alcanzar el entronque de los caminos localizados en XJ-4669, lugar donde se posesionará del terreno, para iniciar fuegos de artillería y de blindaje sobre Cerro de La Estrella, a fin de destruir el centro de Comunicaciones y el Depósito de abastecimiento de los transgresores establecidos en ese lugar" (pp. 237-238).

El último de los grupos, el "Agrupamiento Nueve (Villahermosa, Tabasco) se desplazará de su actual ubicación con destino a Tapijulapa, a fin de acercarse al área de operaciones. Permanecerá en situación de alerta y en condiciones de realizar operaciones en aquellas áreas en que se detecten levantamientos de grupos armados de transgresores, de acuerdo a prever operaciones al sur y sureste de Tapijulapa" (p. 238). Finalmente, "La Región Aérea del sureste apoyará las operaciones de la Fuerza terrestre proporcionando movilidad, mando y control, reconocimiento, logística y apoyo aéreo inmediato" (p. 239).

Ese era, ni más ni menos, el plan que el Ejército mexicano desarrolló para eliminar las fuerzas zapatistas; era el "diálogo" que el gobierno mexicano tenía pensado implementar en la zona de conflicto. Este "Plan de Asesoramiento..." constituía la respuesta a los reclamos que según un amplio sector de la población mexicana eran justos y requerían de una respuesta no militar, sino social, política y económica, pues en esos ejes se articulaban las demandas de los sublevados.

El gobierno mexicano parecía no entender que, a pesar de las armas de los zapatistas, la lucha estaba en el terreno político y no militar. Eso se tenía claro incluso en los conflictos centroamericanos, más crudos aún que los procesos mexicanos. Un dato interesante que proporciona José Castro (1990) es que cuando el Ejército salvadoreño, con el apoyo de los Estados Unidos no pudieron destruir las fuerzas del Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN) en diciembre de 1983, el Pentágono estadounidense calificó este evento como un "empate técnico", lo cual mostraba la complejidad de una lucha entre un ejército que está entrenado para una guerra regular (el salvadoreño) y uno que se entrena en la guerra irregular (el FMLN). "La falla es el fondo; se requiere mucho más que aviones, armas e información para enfrentar a un movimiento guerrillero fuertemente arraigado en su medio social" (p. 22). En efecto, no es en el terreno militar donde se vence a las guerrillas, sino en el terreno de la legitimidad de la lucha, en lo moral, en lo afectivo, en lo social, en lo político, en lo comunal, como lo es el contexto en que surge una guerrilla rural (ver al respecto Montemayor, 1999b; 1999c).

Pero para ganarle a la guerrilla su base social, sus "armas" sociales, se requiere algo más que una plan y una ofensiva militar; algo más que seducir con "sucesos" antiguerrilleros a la población; hay que atender sus demandas, no realizar actos panfletarios como los efectuados por el gobierno chiapaneco, pues mientras éste declara que el grupo armado no rebasa algunos cientos, en eventos de propaganda contrainsurgente, al mostrar ante los medios que zapatistas desertan de las filas insurgentes se llega al absurdo de sumar miles. Efectivamente, "Albores Guillén no cejó en su ofensiva antizapatista; con el apoyo del Ejército Mexicano orquestó una campaña de supuestas deserciones rebeldes en las filas insurgentes, después de que al inicio de su gobierno señaló que no eran más de 300, para marzo de 1999 ya habían regresado a la institucionalidad más de 15 mil miembros de las bases de apoyo del EZLN" (Proceso Sur, 21, p. 10).

Pero no sólo no se solucionará el conflicto en el sur del país con esas prácticas, sino que además el gobierno se empeña en alimentarlo con su actuación, como el hostigamiento y expulsión o detención de religiosos, acontecimientos que durante 1997 fueron muy sonados. Después de la detención de dos de ellos, los sacerdotes jesuitas Jerónimo Hernández y Gonzalo Rosas, "organizaciones no gubernamentales, religiosos, líderes campesinos, periodistas e historiadores, advierten que ante la suspensión del diálogo por la paz y la virtual inexistencia de un estado de Derecho en Chiapas, se corre el peligro de que la entidad se incendie en su totalidad" (Correa y López, 1997, p. 14). Y agregan: "Informes de

organismos defensores de los derechos humanos, indican que desde los Diálogos de la Catedral, en febrero de 1994, tras la aparición del EZLN, se han registrado... unas 2, 300 invasiones de predios a causa de la lucha por la tierra, e innumerables desalojos de campesinos" (p. 15), estos últimos a manos de las diferentes policía y caciques. Si a esto se le suma el clima de violencia atizado por el gobierno y sus grupos, el escenario es desalentador. Según reveló un informe del Centro de Derechos Humanos Fray Bartolomé de las Casas (CDHFBLC), en los siete años de conflicto en Chiapas, el resultado es alarmante: aproximadamente mil 550 personas muertas y se encuentran presos 118 "presuntos zapatistas" acusados de diferentes delitos (López y Mandujano, 2000). Situaciones que llevan al absurdo de que en un lapso de 45 días, del 16 de octubre al 01 de diciembre de 2000 se realicen cuatro acciones armadas con un saldo de cuatro muertos y cinco heridos, en distintas regiones del estado de Chiapas. Los periodistas Correa y López (1997) señalan para 1997 por lo menos 1, 600 asesinatos de indígenas.

Todos estos elementos forman parte de lo que en las dos últimas décadas se ha denominado Guerra de Baja Intensidad, y que se ha aplicado poco después de que en nuestro país estalló la tercera ola de los movimientos armados en 1994.

7. 1 Guerra de Baja Intensidad (GBI)

José Castro (1990) rastrea el concepto de "Guerra de Baja Intensidad" (GBI) que se aplicaba durante los conflictos centroamericanos en la década de los ochenta (y que se puede aplicar a lo que a partir de 1994 ocurre en México) y señala su origen británico, aunque se lo facturan los estadounidenses a partir de su valoración de los conflictos que su imperio enfrentaba a fines del siglo XX. Es este marco se inscribe dicha concepción, pues para los Estados Unidos un conflicto de alta intensidad tiene que ver con una guerra nuclear global, y al contrario, la desobediencia civil y la confrontación armada entre rebeldes y gobierno tiene que ver con un conflicto de baja intensidad, y por tanto se asume que hay una Guerra de Baja Intensidad. Entonces, tenemos por un lado la guerra de alta densidad que enfrenta ejércitos, que desataría la tercera guerra mundial armada, o guerra nuclear, y por otro lado tenemos la guerra de baja intensidad, que no requiere de la potencialidad de los instrumentos de guerra entre las potencias, más bien se enfoca en ciertas regiones o países. En ese esquema pueden entrar los movimientos de liberación de los setenta y ochenta; movimientos armados que confrontaron a quien consideraba a los países donde surgen tales conflictos como su patio trasero. De la GBI hace uso una potencia contra el Ejército popular de un país que anhela su libertad; o bien echa mano de este recurso un gobierno que quiere minar a una guerrilla que lucha por ciertos cambios en su patria. En el primer caso este tipo de guerra de baja intensidad se ensayó en Vietnam y no funcionó, se adormeció un tiempo y luego la echaron a andar para enfrentar los conflictos en el tercer mundo, específicamente en nuestro continente. En el segundo caso se puede ejemplificar con los casos de Centroamérica donde los gobiernos locales, con ayuda de los Estados Unidos, minaron la actuación de las guerrillas para ganarles la partida en la contienda armada.

Y es que después de la caída del muro de Berlín y de la URSS, las tácticas de contrainsurgencia que se aprendían en la Escuela de las Américas han sido desplazadas por lo que ahora se denomina GBI. Es la prioridad militar en E. U. (Munguía, 1998).

La GBI, entonces, ha operado en países como Nicaragua, El Salvador, Guatemala, Honduras, Costa Rica, República Dominicana, Panamá y Granada. En sus aspectos generales y amplios la GBI es una lucha político-militar de corte limitado cuyos fines son económicos, políticos, sociales y psicológicos. Es prolongada y se incluyen presiones de todo tipo: diplomáticas, económicas, psicosociales e incluso el terrorismo (Medellín, 1998). E incluso se incluyen los servicios "asistenciales" como la salud para ganarse a la población simpatizante de la insurgencia: ganar los corazones y las mentes, es la consigna. Todo un "arsenal" contra los rebeldes.

En la GBI resaltan tres cuestiones además de las señaladas. La primera, es que no se tiende a la eliminación física del contrincante, como en antaño, más bien se pretende el socavamiento, la deslegitimación y aislamiento del enemigo, a tal grado de mostrarlo como una alternativa política no posible. En segundo término, si antes el objetivo a "trabajar" era el núcleo armado de la guerrilla, ahora el "blanco" es la población civil que brinda apoyo a los rebeldes y la gente que simpatiza con sus demandas y su lucha. En términos prácticos esto significa que ahora la población civil es el blanco, el objetivo estratégico de la guerra: ahora no se "pretende eliminarla, sino neutralizar su lealtad a la guerrilla o a cualquier fuerza revolucionaria" (Castro, 1990, p. 15). En sentido estricto, se busca un desgaste físico, moral, psicológico y material, para mermar así el apoyo a los grupos rebeldes. Se habla aquí de una guerra irregular, de una Guerra de Baja Intensidad. Un tercer elemento consiste en la creación de "grupos de autodefensa" que realicen el trabajo "sucio" que los organismos oficiales, policías y el Ejército no pueden realizar para no "manchar" la imagen de las instituciones gubernamentales.

En la GBI los tres elementos señalados se llevan al extremo, de forma tal que en tal estrategia se parte del principio de que "todo se vale" con la finalidad de acabar con el grupo armado, no ya con el uso frontal de las armas, sino con otros recursos que bien se podrían denominar "indirectos" pero que tiene igual o mayor eficacia que la guerra frontal. Para el caso de México, como veremos, se ha hecho uso de este tipo de guerra con la finalidad de mermar el andar de grupos como el EZLN, EPR, ERPI, FARP, y el EVRP, por citar los casos más ilustrativos.

7. 1. 1 La escuela contrainsurgente

El tipo de práctica que los gobiernos en Centroamérica llevaron a cabo para tratar de acabar con las guerrillas en sus territorios, se trasladó al campo mexicano después del surgimiento del Ejército Zapatista; la intención, hasta donde se puede ver, fue tratar de desgastar al movimiento armado, para terminar con el conflicto, sin la resolución de las problemáticas que dieron origen al levantamiento.

Primero el gobierno optó por la confrontación armada experimentada en los primeros doce días del conflicto, todavía en la administración de Carlos Salinas, presionado, según él, por los sectores duros del gobierno (ver La Jornada 08/10/00). Después llegó Ernesto Zedillo a la presidencia y con él las negociaciones "secretas" con la dirigencia zapatista, pero el "trato respetuoso" y de negociación duró sólo 58 días, pues para el 9 de febrero el Presidente optó por la vía dura, por la vía militar, lo cual no le resultó, y Zedillo dio un giro de 180 grados, presionado en parte por la protesta nacional e internacional, para operar por la vía del diálogo. Así, se aprobó una Ley para el Diálogo en el Congreso mexicano y se lograron

los primeros acuerdos entre los rebeldes y el gobierno, los cuales este último no cumplió (ver Jáquez, 2001). A partir de ese momento el gobierno mexicano entra en la lógica del desgaste. De ahí que el sociólogo francés Ivon Le Bot (1997) asegure que el gobierno de Zedillo optó por la "apatía de la población y por el desgaste de los zapatistas" (p. 99). Lo cual se acentuó con la llegada de Francisco Labastida Ochoa a la secretaría de Gobernación, pues con él se lanzó por la borda la posibilidad del diálogo, puesto que llegó a conducir las cosas de forma tal que no fuera posible la negociación con los encapuchados, acusa Miguel Álvarez, secretario ejecutivo de la entonces Conai (Proceso, 1128, p. 14).

La formación contrainsurgente. Para llevar a cabo tal trabajo de desgaste del conflicto zapatista, y de grupos como el EPR y el ERPI, el gobierno mexicano tuvo que mandar preparar a varios militares en instituciones de "tradición" en la lucha contrainsurgente con sede en Estados Unidos. Al respecto, el periodista Ignacio Rodríguez (1998) escribe: "Los muchachos que fueron al Fuerte Benning, en Georgia, y antes al Fuerte Gulick, en Panamá, han regresado y están operando. Acudieron a la famosa Escuela de las Américas a aprender tácticas contrainsurgentes, inteligencia militar, operaciones psicológicas, combate y otras técnicas bélicas. Los más jóvenes se han incorporado a las primeras líneas del frente de batalla. Al menos 20 oficiales están involucrados en el combate directo al Ejército Zapatista de Liberación Nacional y al Ejército Popular Revolucionario" (p. 26). En dichas aulas se han formado los más grandes torturadores y responsables directos de grandes matanzas en Centroamérica, asegura el reportero. Sobre tal cuestión, el primer antecedente se presenta en la década de los setenta, con la ola de guerrillas en nuestro país, en ese entonces se envió a decenas de oficiales a entrenarse en dicha escuela, para combatir a los insurrectos.

Por su parte, entre 1996 y 1997 México fue el país que más gente envió para adiestrarse en la "escuela de asesinos" según la denomina el sacerdote Roy Bourgeois, que encabeza a la ONG School of Americas Watch. Y agrega: "El incremento comenzó cuando las cosas empezaron a calentarse en Chiapas. Cuando la guerra en El Salvador, el mayor número de alumnos de la Escuela de las Américas era precisamente de El Salvador. Pasa lo mismo con México. Cuando los pobres han comenzado a manifestarse en contra del hambre y el sufrimiento, los militares están viniendo en mayores números para entrenarse" (citado en p. 26). Entre los cursos que toman los mexicanos en la escuela se encuentran los de Comando, acentuando el liderazgo, la destreza en combate, cuyo objetivo es adiestrar al estudiante para que se desempeñe como jefe de patrulla; el Curso de Operaciones Psicológicas, en el que se aprenden a manejar conceptos como "motivación de las fuerzas irregulares" técnicas de contrapropaganda y caracterizar al terrorismo, y sobre los medios de comunicación se dice: "Planificar, coordinar y supervisar el desarrollo, producción y divulgación de acciones de guerra psicológica mediante el empleo de diferentes medios de comunicación" (citado en p. 29); sobre el Curso de Inteligencia Militar se apunta: "Amenaza enemiga/Desarrollo y Defensa Internos: Impartir un conocimiento práctico de la amenaza que se confronta en el conflicto no convencional y de los conceptos y doctrina para combatirla" (*idem*).

A partir de estos lineamientos, la Secretaría de la Defensa Nacional (Sedena), armó sus propios planes (ver Montemayor, 1999a). La Sedena diseñó toda una estrategia para minar las fuerzas del zapatismo en todos los terrenos: militar y políticamente; social y psicológicamente (Marín, 1998a); pura GBI. El documento elaborado por la Sedena se llama: Plan de Campaña Chiapas 94. La estrategia se había denunciado constantemente por el

EZLN, la diócesis de San Cristóbal y las ONG's, pero el gobierno insistía, en el mejor de los casos, en desmentirla, cuando no omitir cualquier comentario al respecto. El objetivo de la estrategia era: "romper la relación de apoyo que existe entre la población y los transgresores de la ley" (p. 6). La función de Inteligencia Militar en Chiapas consistía en "organizar secretamente a ciertos sectores de la población civil; entre otros a ganaderos, pequeños propietarios e individuos caracterizados con un alto sentido patriótico, quienes serán empleados en apoyo de nuestras operaciones" (*idem*). El texto expone que "En caso de no existir fuerzas de autodefensa, es necesario crearlas" (*idem*). Razón por la cual los grupos paramilitares checan a la perfección en este esquema, y ahora se entiende su actuación, aliento y protección por parte del gobierno estatal; si no véase cuando el documento explicita: "Que la población amiga defienda lo que es suyo, y es válido en especial para los ganaderos y pequeños propietarios" (p. 7). Baste recordar que estos personajes ayudaron a financiar a los grupos paramilitares. La estrategia también considera el desplazamiento de los indígenas a otras zonas, los llamados refugiados o desplazados: "La concentración de esas bases de apoyo a otras áreas dejaría a los zapatistas sin esos elementos esenciales y bajaría la moral de los subversivos al alejarlos de su familia" (*idem*). El documento insiste: "Se debe continuar con las operaciones tácticas ofensivas, con el fin de eliminar a las fuerzas tácticas de los transgresores y sus bases de apoyo" (*idem*). Pero no sólo eso, sino que "el objetivo de las operaciones psicológicas es destruir la voluntad de combatir del EZLN; ganar para el gobierno el apoyo de la población civil" (p. 7).

Las matanzas en Chiapas y Guerrero, por citar dos casos, constituyen una de las consecuencias que se deriva de los planes primarios de la escuela norteamericana y en segunda instancia de los planes y estrategias del gobierno mexicano. Uno de los sociólogos marxistas de fin de siglo, James Petras (1998), refiere que en 1995 fue asignado a Chiapas el general Mario Renan Castillo, quien había recibido entrenamiento especializado en Guerra Psicológica, Fuerzas Especiales y Operaciones Especiales. Y en uno de los manuales con los que se instruyó, se recomienda el uso de "fuerzas paramilitares para ayudar a las fuerzas (el Ejército) a combatir a los insurgentes y a detectar su infraestructura". Recuerda, por ejemplo, que al conocerse la noticia de la matanza de Acteal, a finales de 1997, la Unión Europea amenazó con romper las negociaciones del tratado comercial con México, "en cambio Washington apoyó la forma en la que había lidiado con la crisis" (p. 28).

Estados Unidos apoya al gobierno mexicano, afirma el sociólogo, por una sencilla razón económica: hay 400 multinacionales estadounidenses que poseen la mayor parte de las ensambladoras en la frontera de México, y se generan millones de dólares por sobre los salarios tan bajos de los obreros mexicanos. En segundo lugar, las compañías agrícolas de Estados Unidos también explotan a los campesinos mexicanos e inundan el país con maíz y arroz. En tercer lugar, los bancos de Estados Unidos son los principales acreedores de México y reciben el pago de los intereses de la deuda externa de nuestro país.

Siguiendo a Petras, el 85 % de la población rural mexicana vive en la extrema pobreza, según los datos del propio gobierno, por lo que "Washington teme que la crisis de Chiapas se extienda al resto de la nación y provoque la caída del régimen neoliberal. De aquí la creciente militarización de la política de Clinton hacia México" (p. 29). La táctica que se aplica para el caso mexicano, estructurada desde los talleres estadounidenses, ya se ha aplicado en otro sitio con una guerrilla extensa: Colombia. Las acciones en ese país han "causado el desplazamiento de un millón de campesinos y la creación de más de dos docenas de grupos paramilitares. En Colombia y en Chiapas, las rebeliones campesinas contra el neoliberalismo son reprimidas por el Ejército y los grupos paramilitares, según los

métodos de los manuales que los instructores de Fort Bragg emplean para entrenar una nueva generación de latinoamericanos" (*idem*).

7. 1. 2 Los paramilitares

Los paramilitares son grupos que se forman en muchas de las ocasiones, como en el caso de Chiapas, con campesinos e indígenas de la región que a cambio de dinero reciben entrenamiento por parte de instancias oficiales, como el Ejército y las diferentes policías locales. Se trabaja con los integrantes de los grupos en el nivel ideológico, es decir, que se les inculca ideas sobre sus "adversarios" los grupos disidentes sean estos armados o civiles; hay un trabajo de deshumanización de las futuras víctimas (ver Martín-Baró, 1976c); procesos psicosociales que desembocan en percibir a los participantes como no humanos como "transgresores" como enemigos del país, como aquellos por los que la violencia se ha desatado en la región donde operan (1983). Son estos elementos los que "justifican" su represión y desaparición. Los grupos paramilitares se integran por personas sin recursos económicos, por lo cual son más fácilmente presas para realizar cualquier trabajo a cambio de dinero; su entrenamiento en las armas y desplazamientos queda en manos sobre todo de la institución castrense, quienes deciden qué y cómo deben aprender a manejar las armas. El para qué, lo deciden otros, por ejemplo el gobierno estatal y federal, y los altos mandos del Ejército, e incluso quienes los financian, como lo son, para el caso mexicano, diputados federales y locales, ex-diputados, presidentes municipales, ganaderos, etcétera. En síntesis, como argumenta James Petras (1998): "El nuevo imperialismo es multicultural: las fuerzas paramilitares están compuestas por indios campesinos: los oficiales que los dirigen son mestizos; los políticos son de origen europeo; sus jefes del Pentágono son norteamericanos. Lo que importa no es el color de la piel, sino el color del dinero. Pero no olvidemos que bajo el flujo de los billetes verdes corre la sangre roja de indios y de campesinos de Chiapas, de campesinos javaneses de Indonesia y de los trabajadores de las bananeras de Urabá, Colombia" (p. 29).

Son varios los objetivos de la clase gobernante al echar a andar a los paramilitares (Colombia Informa, 1999). El primero consiste en "evitar que las fuerzas armadas sean enjuiciadas mayormente por los crímenes de lesa humanidad que han cometido; es decir, la acción de los paramilitares permite el desarrollo de actos criminales en donde no aparecen implicados directamente los organismos de seguridad del estado, lo cual facilita la impunidad" (p. 17). Hay que recordar que en los setenta las instituciones militares, como la de Colombia, fueron condenadas internacionalmente por violaciones a los derechos humanos. El segundo objetivo del Estado es hacer creer que el conflicto es entre grupos paramilitares y guerrilla, hacer ver a la opinión pública que las atrocidades son cometidas por la guerrilla, para restarle legitimidad. En tercer lugar, los paramilitares le permiten al Estado y a las fuerzas armadas realizar operaciones masivas encubiertas de carácter contrainsurgente y movilizar grandes recursos sin que se descubran sus fuentes. En buena medida las acciones de los paramilitares se realizan contra la población civil y organizaciones a las que consideran apoyan a la guerrilla.

El fenómeno de los paramilitares, como se puede ver, no es nada nuevo, cuando menos en una parte del continente, puesto que actuaron en la región Centroamericana; en El Salvador existían durante la guerra (ver Martín-Baró, 1983; 1989). Estos grupos eran alimentados económicamente con la supuesta "ayuda humanitaria" que provenía de Estados

Unidos. Con ese dinero se armaban y entrenaban a los paramilitares, que luego aparecían con el nombre de "patrullas de autodefensa civil", que no representan otra cosa que la militarización de la vida civil. A los campesinos que se reclutaba se les pagaba para que formaran dichas patrullas. Un proceso similar se siguió en Guatemala (Castro, 1990), donde se llegó al extremo de crear un grupo con los más sanguinarios personajes, que se denominó *kaibiles*; un grupo de genocidas, cuerpo militar de élite del gobierno guatemalteco (Legorreta, 1998), no reconocido oficialmente, que llegaba a las comunidades a cortar las cabezas de los que creían simpatizantes de la guerrilla, y como para dejar claro de lo que eran capaces arrasaban con aldeas enteras (ver Ya Basta, N° 3).

La creación de grupos paramilitares en Chiapas era una de las tareas de los planes del Ejército federal (ver Marín, 1998a; Montemayor, 1999a), con la finalidad de contrarrestar el avance zapatista, y siguiendo los lineamientos de las GBI, para realizar acciones que el Ejército y las diferentes policías no debían realizar, por cuestión de imagen, máxime que el primero tenía ya en su haber una actuación que lo ponía en la mira de los observadores nacionales e internacionales, por los sucesos del dos de octubre de 1968.

Dos son los elementos que preceden al surgimiento de los grupos paramilitares en Chiapas. Primero, el anuncio de los zapatistas sobre su presencia en 38 municipios de Chiapas y, segundo, el rechazo a la ofensiva militar de febrero de 1995. El Centro de Derechos Humanos Fray Bartolomé de las Casas así lo apunta: "Frente al fracaso en su intento por capturar a la comandancia general del EZLN, el 9 de febrero de 1995, el gobierno optó por la estrategia de desgastar a las bases sociales de la insurgencia y comenzó otra etapa del desplazamiento interno, agudizado a partir de 1996" (citado en Elizalde, 2000c, p. 10). 1995 es el año de en que arriba a Chiapas un militar formado en contrainsurgencia y GBI, el general Mario Renan (ver La Jornada 05/11/00), a quien se señala como el artífice de seis grupos paramilitares con el cobijo del Ejército federal (Petras, 1998); ello tan sólo en el periodo que estuvo en el estado, de 1994 a 1997. "Bajo la tutela y el apoyo de Estados Unidos, el Ejército mexicano está empleando las mismas tácticas usadas en Vietnam: valerse de los conflictos locales para organizar grupos militares formados por indios y aterrorizar a los simpatizantes de los zapatistas. Al igual que en Vietnam, mediante el terror militar y paramilitar se expulsa de sus aldeas a millares de indios simpatizantes de los zapatistas para aislar a la guerrilla y exterminarla. El objetivo del uso de fuerzas paramilitares es encubrir la actuación del Ejército federal" (p. 28) y del gobierno. La actuación de estos grupos ha sido calificada por el centro Miguel Agustín Pro, como semejante a la de los escuadrones de la muerte centroamericanos, que actuaban durante la guerra en esos países (Correa, 1997c). El diputado López y Rivas, de la Comisión de Concordia y Pacificación (Cocopa), expone: "El fenómeno de los paramilitares es muy grave, porque se da una coadyuvancia entre lo que podría ser la acción del Ejército, como un medio de disuasión directo por su sola presencia, y la acción de los otros, que hacen lo que los soldados y policías no pueden hacer" (p. 9).

Sobre la actuación de los paramilitares, el caso más burdo por escandaloso y atroz, quizá fue el de Acteal, en diciembre de 1997. Cuando se realizó esta masacre la PGR emitió un veredicto: la matanza había sido producto de enfrentamiento entre grupos indígenas rivales que obedecían a pugnas "interfamiliares" o "intercomunitarias" (Levario, 1999), negando así la existencia de tales grupos extraoficiales. El general Mario Renan era uno de los que sostenía la tesis de los conflictos intercomunitarios, cada vez que actuaba algún grupo paramilitar (ver La Jornada 04/11/00). Una y otra vez este militar junto a otras instancias oficiales, negaron la existencia de grupos paramilitares (ver La Jornada 05/11/00),

a pesar de que el general firmó como "testigo de honor" un convenio entre el grupo paramilitar "Paz y Justicia" y el gobierno estatal, donde éste último otorgó un monto de 4 millones 600 mil pesos al primero (La Jornada 03/11/00). No obstante, otro militar, el general Enrique Canovas, destacamentado también en Chiapas, reconocía la existencia de grupos paramilitares en el estado (Henriquez, 2000).

Antes ya se habían presentado tropiezos, pues mientras el secretario de la Sedena rechazaba que hubiera grupos paramilitares en Chiapas (enero de 1998 en Tamaulipas), al día siguiente fuentes de la PGR informaron que en Chiapas se tenían identificados a 12 grupos armados aparte del EZLN (Expansión, Abril de 1998). Pese a esa comprobación no se quería reconocer acción alguna de tales grupos, menos una matanza. Después de más de cinco años en que se han estado denunciando la existencia de grupos paramilitares, la Procuraduría General de la República reconoce oficialmente en noviembre de 2000, la existencia de dichos grupos, aunque su caracterización es peculiar. Sus causas aduce, son cuatro: el problema de la tenencia de la tierra, la intolerancia religiosa, los problemas de índole económico y de carácter social; y un problema de control político de hegemonía (Milenio, 167). No obstante el reconocimiento de un alto militar, de la propia PGR, de la documentación de las ONG's nacionales e internacionales, para la periodista cercana a los militares Isabel Arvide (1998) no existen los grupos paramilitares, solo "ciudadanos armados que se juntan" (p. 125). O "grupos organizados para la defensa de sus propiedades que, además, están armados" (p. 131) y que han existido siempre. Y menciona a Desarrollo, Paz y Justicia; los Chinchulines; Alianza Campesina San Bartolomé de los Llanos, Movimiento Indígena Revolucionario Antizapatista entre los "ciudadanos armados". Acusa, además, que hay una complicidad del ex-procurador Jorge Madrazo, al aceptar que hay grupos paramilitares.

Las atrocidades de los paramilitares "que llegan a donde no puede llegar el ejército" (Vázquez Montalbán, 1999), van al extremo de asesinar a un dirigente de los desplazados por tan sólo haber hablado con miembros de una comisión internacional de observadores. En esta lógica, el Ejército se encuentra en un segundo plano (Le Bot, 1997), pues sobre él pesan las instituciones políticas, sin embargo a partir del conflicto con los zapatistas comenzaron a tener más presencia en las esferas del poder, e incluso en la vida civil. Baste ver los mandos policiales que provenían del Ejército y la llamada Policía Federal Preventiva, que no es otra cosa que el Ejército vestido de gris. Además, si bien los militares no tenían todo el poder para decidir (pues ellos se inclinaban, por ejemplo, por el aniquilamiento) si eran tomados en consideración, pero no con el peso que quisieran para decidir. Y es que la lógica en el caso de los paramilitares, es precisamente pasar a un segundo plano a la institución castrense, pues si sobre ella se fincan responsabilidades sobre asesinatos, violaciones a los derechos humanos, excesos, su imagen es puesta en entredicho y algunas instancias internacionales reclamarían por su "purificación" o limpia para echar fuera a los directamente involucrados, y su correspondiente castigo, además de la carga con la que arrastrarían como institución. Y un punto de relevancia: los conflictos generados por los paramilitares se hacen pasar como conflictos "intercomunitarios" para luego justificar la actuación del Ejército.

El trabajo sucio, en última instancia, tienen que realizarlo quienes no sean reconocidos oficialmente, ni dentro ni fuera de las instituciones constituidas. Y este tipo de trabajo lo realizan los paramilitares. De ello dan cuenta las experiencias en otros países, un caso específico es Colombia, con el extremo de la actuación de estos grupos. Colombia Informa (1999) apunta: "En Colombia aparecen, día tras día, dirigentes populares muertos por

paramilitares o agentes desconocidos; pobladores víctimas de masacres; jóvenes cuyos cuerpos son tirados en los basureros de las ciudades grandes o pequeñas. Las autoridades reportan dos asesinatos al día; en 1995, fueron asesinados 25 398 personas" (p. 15).

Para el caso mexicano, si bien las dimensiones no son las de Colombia, es justo acotar, delimitar la actuación de estos grupos y erradicarlos. Según el Centro de Derechos Humanos Miguel Agustín Pro Juárez (1999) las autoridades en Chiapas realizaron obras, como introducción de energía eléctrica, salud y proyectos de desarrollo, pero el apoyo fue parcial: a las comunidades que apoyaban al gobierno: "De nuevo, el viejo recurso de dividir y cooptar a las comunidades, para favorecer los intereses estratégicos en la región" (p. 4). En el diseño de contrainsurgencia, la finalidad de la manipulación de las inversiones es la de socavar las bases de apoyo al zapatismo, a la vez que se destruye el tejido social de las comunidades. Y su complemento, los grupos paramilitares, se echaban a andar (CDHMAPJ, 1999). "Hay indicios de que la masacre de Acteal fue concebida como el comienzo de una escalada de violencia paramilitar en varias regiones de Chiapas, en donde la multiplicación de bajas 'de ambos lados' justificaría el avance militar sobre las posiciones zapatistas. La premeditación de los agresores, su alevosía y ventaja sobre gente indefensa —no 'enfrentada'— en Acteal, fue documentada y conocida inmediatamente en el mundo entero. Esto habría contenido por el momento la escalada" (p. 5).

Este centro de derechos humanos asegura: "A pesar de la evidencia de la existencia de estos grupos (paramilitares), así como de su *modus operandi* y su ubicación, las autoridades han permanecido pasivas, permitiendo el abastecimiento de armas, la violencia, la muerte y la cancelación del Estado de derecho en la zona" (p. 6). Y, afirma, que ellos tienen documentada la existencia de varios grupos paramilitares en Chiapas, como ocurre con otras instancias (ver Proceso, 111, Balboa, 1997).

El antecedente local inmediato de los paramilitares se puede encontrar en las llamadas "guardias blancas" que no son otra cosa que grupos "con permiso para matar" e hicieron su aparición a principios de los cincuenta, y han gozado de apoyo legal y político para proteger a los granaderos. El Centro de Derechos Humanos Miguel Agustín Pro Juárez (1999), proporciona datos de algunos de los grupos paramilitares. *Primera Fuerza*. Es un grupo de alrededor de 50 o 60 priistas, hombres adiestrados militarmente y equipados con armas largas; con presencia y actos violentos en Los Altos, Chenalhó. *Mascara Roja*. Grupo paramilitar organizado en comandos adiestrado por militares o ex-militares, emplean armas de uso exclusivo del Ejército; con presencia y actos violentos en Los Altos; ellos perpetraron la masacre de Acteal el 22 de diciembre de 1997; son de afiliación priista, del Frente Cardenista, tienen el apoyo de la Secretaría de Seguridad Pública estatal y presidentes y ex-presidentes municipales. Su consigna de guerra es: "vamos a terminar con la semilla zapatista"; se le considera uno de los grupos paramilitares más violentos, pues tiene como costumbre dar el tiro de gracia o cercenar una parte del cuerpo de las víctimas. *Chinchulines*. En 1995 contaba con 250 elementos, organizados en comandos, usan armas de uso exclusivo del Ejército y utilizan uniformes de la Secretaría de Seguridad Pública y son adiestrados por militares. Tienen presencia en la zona norte del estado. Han quemado casas y saqueado otras. Pertenecen al PRI y reciben apoyo de ganaderos locales y el gobierno local y de diputados federales. *Alianza San Bartolomé de los Llanos*. Organización armada que cuenta con el apoyo de autoridades locales, tienen presencia y actos violentos en los Valles Centrales. Pertenecen al PRI, tienen apoyo de autoridades municipales y de un diputado federal priista. *Fuerzas Armadas del Pueblo*. Grupo paramilitar de alrededor de 50 personas, con uniforme militar y portan armas de alto poder, y tiene presencia y actos

violentos en los valles centrales. Pertenecen al PRI y reciben apoyo de autoridades locales y de un diputado priista. *Paz y Justicia*. De afiliación priista, tiene presencia y actos violentos en la zona Norte de la selva y recibe apoyo del gobierno estatal con el cual tiene convenios y recibió en julio de 1997 4 millones 600 000 pesos, mantienen alianza con Los Chinchulines. Y se le reconoce como prueba "piloto" de la táctica contrainsurgente. *Paz y Justicia* surge cuando el PRI se ve amenazado en su dominio político en la Zona Norte de la Selva. Después del 9 de febrero de 1995 comienzan sus entrenamientos; instalan mesas de ajusticiamiento, "autorizan" el tránsito en comunidades y llegan a prohibir la entrada de catequistas y sacerdotes a municipios enteros, asesinan y realizan emboscadas y han tomado templos católicos; tienen en su haber el asesinato de 40 simpatizantes zapatistas, de febrero de 1995 a octubre de 1997. *Movimiento Indígena Revolucionario Antizapatista* (MIRA). Cuentan con armas de alto poder y entrenamiento, tienen presencia y actos violentos en Los Altos, La Selva, las Cañadas y el Norte de la Selva; pertenecen al PRI, reciben apoyo de autoridades locales y de un diputado federal priista. *Degolladores*. Es una banda armada con presencia en Chamula y Los Altos, a la que se le atribuyen actos violentos. *Tomás Munzer*. Cuenta con armas de alto poder y adiestramiento, su vestimenta es negra y tienen presencia y actos violentos en Ocosingo, Altamirano y la Selva; pertenecen al PRI, los poyan ganaderos de la región, un diputado federal priista y autoridades locales y estatales. (CDHMAPJ, 1999).

Datos similares proporciona el periodista Juan Balboa (1997). No obstante, hay quienes señalan que en la administración de Ernesto Zedillo se formaron 12 grupos paramilitares (Garrido, 2001; Amnistía Internacional, 2000). Quien fuera asesor del EZLN, Ricardo Robles, asegura que los grupos paramilitares se han convertido en escuadrones de la muerte (Correa, 1997c). Ofrece una radiografía de esta gente: "Son grupos de exguardias blancas, identificados con el priismo, que luchan con fines políticos e ideológicos para acabar con el zapatismo y preservar al PRI, a los grupos de poder, y han cometido no menos de 150 crímenes (a diciembre de 1997) que están impunes. Son financiados por diputados y el gobierno del estado, entrenados por ellos mismos y solapados por el ejército estacionado en Chiapas" (p. 9).

No se puede cerrar los ojos ante una realidad tan cruda y ruda, que por lo demás ya se reconoce internacionalmente. Ante la misión de la OEA en 1997 las ONG documentaron 80 denuncias sobre la actuación de los grupos paramilitares, que constantemente defiende el gobernador Ruiz Ferro.

Lo que se exige, finalmente resulta sensato: que se ponga fin al exterminio en Chiapas (*ibid*), pues cada vez se asemeja más ese estado a Centroamérica en plena guerra. De febrero de 1995 (fecha en que tomó el poder Ruiz Ferro en Chiapas) a diciembre de 1997 se habían asesinado a mil quinientos indígenas, un promedio de 15 por semana, señalan organizaciones no gubernamentales y el diputado perredista Gilberto López y Rivas. Asesinatos; al estilo Acteal muchos de ellos (La Crisis, 108). Ese es el resultado de lo que se ha denominado "guerra de baja intensidad". Y mientras se reconoce que el saldo que dejó el enfrentamiento entre el Ejército federal y el EZLN en combate asciende a 152 muertos, tan sólo en la zona norte y la selva de Chiapas hay 880 muertos, sin la existencia del conflicto armado, sólo guerra de internet (Correa, 1997c).

En síntesis: cuando el gobierno federal se da cuenta de que la existencia zapatista no se reduce a cuatro municipios, como insistía en hacerle creer a la opinión pública, y ante el avance de la presencia rebelde en Chiapas, en el país y a nivel internacional, diseñan una

estrategia para contenerlos, estrategia que no "manche" el nombre de la institución castrense que se encuentra en la zona del conflicto, pues ya existe un antecedente negativo fuerte a nivel nacional (el 2 de octubre de 1968), y como a nivel internacional los ejércitos nacionales en el continente durante las dictaduras actuaron ferozmente, de tal forma que después de concluidas estas y del anunciado tránsito a la democracia, los reclamos de justicia, de esclarecimiento de la barbarie cometida por los militares en décadas pasadas, se vuelve una constante. Eso se quiere evitar para el caso de México a inicios del tercer milenio, no obstante la exigencia de los familiares de los desaparecidos y muertos durante la guerra sucia en los sesenta, setenta y ochenta que el gobierno mexicano, sus policías y el Ejército desataron contra las guerrillas de ese entonces. Si en las tres décadas ya indicadas no funcionó la estrategia del desgaste, del aislamiento y del aniquilamiento (los resultados se pueden ver en los noventa con el surgimiento de varios grupos armados), desde la psicología política se percibe que resulta un absurdo mantenerse en esa tónica, modificando o actualizando sólo las formas. El que se eche mano de los grupos paramilitares no le quita la responsabilidad al gobierno ni al Ejército, de la forma en que se está enfrentando el conflicto armado. Más que estar pensando en "administrar" y desgastar el conflicto y a los grupos armados, se tendría que estar pensando en cómo solucionar verdaderamente las causas que originaron el levantamiento, y ello pasa por el diálogo, no por la paramilitarización que es su antítesis.

7. 1. 3 Otras acciones de la GBI

Acciones de contrainsurgencia. Los casos más sonados de acciones de contrainsurgencia en el país bien podrían ser, por su crudeza y vistosidad, la masacre de Aguas Blancas, Guerrero, en junio de 1995; la de Acteal, Chiapas en diciembre de 1997; la de El Charco, Guerrero y El Bosque, Chiapas, en junio de 1998. Estas cuatro acciones, dos en Guerrero y dos en Chiapas, por su trascendencia y el impacto que causó en la población nacional y la protesta internacional que se desató, en algunas más que en otras, muestra la forma en que el gobierno de Ernesto Zedillo trató de "administrar" el descontento en Guerrero y el conflicto de "internet" y de "papel" que en Chiapas se desarrollaba. Esa era la forma de dialogar del gobierno mexicano en los estados donde las dos guerrillas más fuertes del país actúan.

La masacre de Aguas Blancas, Acteal; El Charco, El Bosque... "encajan" en la estrategia de contrainsurgencia que desde la década de los ochenta ideó el Pentágono para los conflictos centroamericanos (Medellín, 1998), y que se aplican en territorio mexicano desde 1995, como se puede confirmar al revisar el *Plan de Campaña Chiapas 1994* de la Sedena, en donde se busca restarle apoyo al EZLN, y prácticamente calca la estrategia seguida por los ejércitos centroamericanos en su lucha contra la guerrilla, esto es la GBI. Una de las formas que adquiere en nuestro territorio estas prácticas, se manifiesta en el Grupo Aeromóvil de Fuerzas Especiales (GAFFE), de creación reciente y de perfección en 1994 con el levantamiento armado. Son parte de Tarea Arcoiris con 10 mil hombres ubicados en el sureste del país y cuyos mandos fueron entrenados en Estados Unidos, Argentina, Guatemala e Israel (*ibid*).

Un informe de una instancia observadora de la situación en Chiapas, Enlace Civil, señala: "A partir de Acteal... la maquinaria de guerra ha engrasado sus motores: el Ejército

mexicano encontró en los sangrientos hechos de diciembre la justificación para emprender una nueva ofensiva constante, orquestada a la par por todas las policías: judicial, seguridad pública y migración, así como los grupos paramilitares priistas que apuestan a la descomposición, el terror y la muerte" (citado en Michel, 1998, p. 24).

A principios de 1998 se endureció el trato hacia las comunidades zapatistas denunciaba el diputado e integrante de la Cocopa López y Rivas. La muestra es que después de la masacre de Acteal, durante tres semanas se vivieron operativos sin precedente del Ejército mexicano, y en tanto se perseguía a los zapatistas, se tomaron los "Aguascalientes", se atacó a la población civil, se violaron derechos humanos, se desplazó a miles de indígenas, se trató, nuevamente, de involucrar a Samuel Ruiz en el levantamiento armado, esta vez lo acusaron los militares, y se designó como gobernador a Roberto Albores, quien desde tiempo atrás representaba a los caciques. Todo esto en tres semanas, denunciaba el diputado de oposición (Correa, 1998a). Ello tendría en poco tiempo sus consecuencias.

En los estados donde el PRD operaba, la situación no se reblandeció, más bien se endureció. Según el informe anual de la Red Oaxaqueña de Derechos Humanos (RODH) entre las acciones de contención y contrainsurgencia hacia los grupos armados, la policía judicial y el Ejército y otros grupos policiacos han realizado detenciones masivas, incursionan en comunidades donde presumen que existen "focos guerrilleros", hostigan a comunidades y dejan en impunidad a grupos paramilitares y guardias blancas (Proceso Sur, 04). Especial atención merecen los operativos de la Policía Judicial y el Ejército en busca de presuntos guerrilleros: En el poblado de San Lorenzo Texmelucan, Oaxaca, sitiado el 24 de junio de 1997 por 200 militares y policías judiciales con el pretexto de cumplir una orden de aprehensión, y al no encontrar al inculcado golpearon a gente que se encontraron a su paso, entre ellos a un niño, Justino Marcial, de siete años. En ese operativo una niña de dos años resultó con quemaduras de primer y segundo grado, ya que en la persecución que realizaban los policías, le cayó una olla de agua hirviendo, lo cual no llamó ni la atención de los agentes, denunciaban los pobladores (*ibid*).

Seis meses después de Acteal, en el mes de junio de 1998, ocurren dos matanzas más: una en el Charco, Guerrero, otra en el Bosque, Chiapas. Las dos igual de atroces, y el Ejército y la policía como actores centrales. En la primera el Ejército rodeó el lugar donde se encontraba un grupo del ERPI que previamente se había reunido con un grupo de campesinos del lugar. Los militares tirotearon la escuela donde dormían, por un lado los guerrilleros y en un lugar contiguo los campesinos. Los sobrevivientes al tiroteo salieron del lugar y se entregaron, según narran las versiones de los habitantes del poblado (ver Gutiérrez, 1998). Pero los integrantes del Ejército se dieron el lujo de ejecutarlos en la cancha de básquetbol que se encontraba a la salida de la escuela (ver Proceso, 1128; 1129). Era la respuesta que el gobierno federal daba a la guerrilla "mala" del PRD, pues hasta ese momento no se sabía de la presencia del ERPI, fue precisamente después de tal masacre cuando al decomisarles a los muertos documentos de su organización, que se supo de la existencia de esta nueva guerrilla. La rendición que algunos guerrilleros y algunos campesinos manifestaron no sirvió de nada; se dejaba en claro que las balas serían la única respuesta a los planteamientos de los grupos armados.

En la segunda matanza, la de Chiapas, Carlos Monsiváis (1998) da cuenta de los acontecimientos en los siguientes términos: "Una vez más Dios protege a los buenos superarmados cuando los malos son unos cuantos y mala o nulamente pertrechados (p. 7). Los hechos: el 10 de junio elementos de Seguridad Pública, judiciales estatales y federales,

además de militares llegan a tres comunidades del Municipio Autónomo de San Juan de la Libertad: Chavajeval, Unión Progreso y El Bosque. Son las siete de la mañana y más de mil elementos de estas corporaciones rodean al pueblo, lo invaden y disparan contra campesinos simpatizantes zapatistas y se llevan a los heridos. Siempre como guías dos priístas encapuchados. Lo que sucede es atroz: "interrogatorios con los detenidos cara al piso, preguntas brutales que identifican la filiación zapatista con el peor de los crímenes, maltrato, prepotencia y, desde luego, confianza en la impunidad. Ya se encargarán los publirrelacionistas del gobierno de transformar los hechos, volviendo 'provocación' la matanza y certificando que el único problema del país es el desatado por las víctimas" (p. 9). Lo que se dice públicamente es que mueren ocho campesinos y un policía en la incursión gubernamental. "Avanza el proyecto de aplastamiento de las bases de apoyo del EZLN. Como premio de consolación se ofrecen en los días siguientes declaraciones conmovidas del gobierno ratificando su voluntad de paz y la permanencia de la Tregua" (p. 11). El coordinador para el diálogo en Chiapas, Emilio Rabasa, declara que la PGR seguía a un grupo de "asesinos y delincuentes" y que por lo tanto "Se actuó para evitar una nueva masacre como la de Acteal" (p. 12), Como si este acto no rememorara lo de Acteal.

La "voluntad" de diálogo que el gobierno federal ha declarado tener, cuando menos con el EZLN, se muestra no sólo en sus acciones en Chiapas, sino en el despliegue de efectivos militares en la zona de conflicto. En un dato proporcionado por *Masiosare* (suplemento de La Jornada, citado por Michel, 1998) se señala: "Fuentes independientes calculan en unos 70 mil los soldados destacamentados en Chiapas... existen cerca de 250 instalaciones militares y unos 50 retenes, [a pesar de lo cual ni el propio Ejército ni la PGR han sido capaces de detectar, menos aún desarmar a los cuando menos] 12 grupos de civiles armados [hordas paramilitares] que, de la zona norte se han extendido a los Altos, la Selva, la Sierra, la Frontera y los Valles centrales: en unos 50 municipios han sido detectadas bandas paramilitares integradas por militantes del PRI" (p. 24).

Y en cuanto a recursos, de 1994 a 1997 el gobierno mexicano fue el tercer país del continente que gastó grandiosos recursos en materia bélica: 2 mil 400 millones de dólares al año, sólo por debajo de Brasil y de Argentina (Medellín, 1998). Y a decir del un investigador de la Universidad Autónoma Metropolitana el gobierno federal ha triplicado el gasto militar desde que se inició el conflicto armado (Michel, 1998). El analista político, Luis Javier Garrido (2001), al tratar de dar cuenta de estos acontecimientos de contrainsurgencia, es certero al reflexionar: "En vez de dialogar, Zedillo incrementó hasta, probablemente, 60 mil los efectivos militares en el estado, promovió la creación de por lo menos 12 grupos paramilitares adiestrados por las Fuerzas armadas y auspició y encubrió varias matanzas genocidas como la de Acteal" (p. 25).

Los extranjeros indeseables. En la lucha contra la guerrilla, específicamente en el caso del zapatismo, el gobierno mexicano ha hecho de todo, hasta expulsar a observadores extranjeros (ya lo señaló Montemayor: en secreto todo, nada en público), argumentando que estos se involucraban en asuntos políticos internos, lo cual está prohibido por el artículo 33 de la Constitución. La campaña contra los extranjeros se acompañaba del ataque a la Conai, puesto que era ésta la que veía con beneplácito la llegada de los así llamados internacionalistas a tierras chiapanecas. El gobierno acusó a Samuel Ruiz y la Conai de realizar una campaña internacional de desprestigio contra México, por asistir a varios foros internacionales y dar cuenta de lo que acontecía en la zona de conflicto y en otras partes del

país. Y cuando la gente del círculo cercano a Samuel Ruiz llamaba a la comunidad internacional a estar alerta y depositar la visión en Chiapas, la condena del gobierno mexicano se acentuaba aún más.

Habrá que reconocer que el gobierno de nuestro país se siente incomodo bajo la lupa de las organizaciones extranjeras, sobre todo de aquellas que vigilan el cumplimiento de la defensa de los derechos humanos (Beltrán y Martínez, 1998). Así lo señalan los reporteros: "Cuatro importantes organizaciones internacionales de derechos humanos criticaron las declaraciones recientes de funcionarios mexicanos de alto nivel en torno a la presencia de extranjeros en Chiapas, Human Rights Watch Americas (HRWA) consideró que el gobierno de Ernesto Zedillo ha emprendido una 'campaña' contra los extranjeros, que resulta 'indiscriminada, peligrosa e injusta' y entorpece la labor de vigilancia de las garantías individuales" (p. 14). Por su parte, Amnistía Internacional declaró que la campaña del gobierno mexicano contra la presencia de extranjeros en territorio de conflicto, es señal de que no quiere acabar con la "situación de impunidad" que se vive en la zona. A su vez, una organización canadiense de derechos humanos lamentó que los esfuerzos del gobierno mexicano se encaminen a la expulsión de extranjeros y no a solucionar el conflicto. Por su parte el Centro para la Justicia y el Derecho conminó a los funcionarios mexicanos a presentar pruebas de que los extranjeros violan las leyes de nuestro país para ser expulsados, pues al momento de salir los extranjeros del territorio mexicano, las autoridades no lo había hecho (*ibid*). Un académico de la Universidad de Loyola Marymount, Robert Benson, declaró que las deportaciones son ilegales a la luz de los convenios internacionales, y es síntoma de que el gobierno mexicano "no se siente cómodo bajo los reflectores de los principios democráticos" (p. 14).

Como buenos aliados del gobierno, a la campaña xenofóbica se sumaban los medios electrónicos, principalmente Televisión Azteca, quien a principios de 1998 llevó un helicóptero con una "reportera" y grabó imágenes de los extranjeros solidarios, lo que utilizó para emprender una campaña contra los internacionalistas (ver Proceso, 1112). Dicha campaña contra los extranjeros en los medios televisivos tiene un origen: un documento de la Conai titulado "Informe narrativo semestral junio-diciembre de 1997, que circuló entre las organizaciones internacionales de derechos humanos, sobre todo las europeas (Proceso, 1115), en el que planteaban: "Impulsar una mayor participación internacional que sea capaz de presionar y llevar al gobierno a la racionalidad, va pareciendo cada vez más como una importante necesidad y esperanza. Pero el gobierno intensifica también su campaña de información e imagen para evitar cualquier intervención de organismos e instancias internacionales: que Chiapas es un problema resuelto, que Chiapas es un problema interno, que es inaceptable cualquier intervencionismo" (p. 21). Más adelante el documento agrega: "la reflexión evaluativa y de planeación de la Conai ha de ser sincera en constatar que el problema central del agravamiento del proceso es la estrategia reductora y contrainsurgente del gobierno federal" (*idem*).

Ante tal versión de los hechos, que al ejecutivo federal no le parecía "objetiva", el gobierno mexicano y su secretario de Gobernación, Francisco Labastida, acusaron a la Conai y a uno de sus miembros, Miguel Álvarez, de "convocar a un movimiento internacional de intervención en los asuntos internos de nuestro país" (p. 21).

A pesar de la versión del gobierno mexicano, había quienes pensaban que la Conai tenía razón en su evaluación, entre ellos algunos intelectuales de reconocimiento internacional. Carlos Fuentes escribió en junio de 1998 en el diario *Reforma*: "La ausencia de

testigos en Chiapas significa la victoria de la impunidad. Urge sofocar de observadores y de intermediarios tanto al gobierno local como al federal. Además de una Cocopa resurrecta, deben hacerse presentes en Chiapas la Cruz Roja y la Conferencia del Episcopado Mexicano. Dado el flujo de desplazados, es necesaria y legítima la presencia del Alto Comisionado de Naciones Unidas para Refugiados... La nefanda política oficial de expulsar a observadores extranjeros, dañando el prestigio del país y resucitando el más chabacano vocabulario xenófobo y chovinista, debería ser invertida: que el gobierno le dé la bienvenida a observadores, que los convierta en testigos del esfuerzo gubernamental por negociar una paz en Chiapas, que haga de los observadores amigos, protectores de los indígenas y aliados de facto del gobierno" (citado en Beltrán, 1998b, p. 48)

En efecto, la presencia internacional en la zona de conflicto al zapatismo le ha permitido, de alguna forma, mantenerse sin una ofensiva militar de gran talla, les ha posibilitado, en algunos casos, salir a cultivar las tierras y poder cosechar sin el hostigamiento de los militares (ver Debray, 1996). La visita de extranjeros, mal vista por el gobierno, es bien recibida por los zapatistas, pues a decir de estos, los internacionalistas de alguna manera traen seguridad, ya que el gobierno mexicano no se atrevería a realizar actos contrainsurgentes vistosos mientras miradas extranjeras, que puedan denunciar en sus países tal situación, se encuentren presentes. De ahí que el propio EZLN, y en especial el *subcomandante Marcos* inviten a personalidades a visitar el territorio bajo control rebelde. A las "grandes personalidades" el gobierno no les acota la visita, no los cita al Instituto Nacional de Migración, no los "invita" a salir del país; tiene que ser muy cauteloso. Por eso se puede armar una lista muy amplia de personajes en la selva chiapaneca: Oliver Stone, Danielle Mitterrand (quien por cierto escribió un libro con sus experiencias en las montañas del sureste mexicano), Eduardo Galeano, Regis Debray, Alain Touraine, James Olmos, diputados del parlamento europeo, estrellas de grupos de rock...

Pero la situación de los "internacionalistas" no es la de los famosos, pues mientras a los últimos no los hostigan, a los primeros intentan en cada ocasión que es posible expulsarlos. Carlos Fazio (1998) recuerda lo que le dijo una "internacionalista" en los Campamentos por la Paz en Chiapas: "Al ver a los indios en medio de tanta miseria siempre pensé que a este país le hacía falta otra revolución. Cuando estalló la insurrección, no lo pensé más. Vine y les pregunté a los zapatistas en qué podía ayudar" (p. 20). Ellos respondieron que observando la situación e informando a la gente de su país. Esa era el mejor trabajo que podían realizar. Pero la situación de los extranjeros que asisten a los campamentos, fue cruda durante los siete años posteriores al levantamiento armado: durante el gobierno de Ernesto Zedillo, específicamente entre 1994 y 1999, 6 mil extranjeros entraron y salieron de Chiapas, de los cuales 73 fueron expulsados. Tan sólo en 1999, según el ex comisionado del Instituto Nacional de Migración (INM), Alejandro Carrillo, 159 extranjeros recibieron citatorios y a 90 se les giró oficios de salida del país (Gutiérrez, 2001). Entre los expulsados se encontraban los italianos que tanto ruido generó su salida del país por ese entonces. Con el arribo del gobierno de Vicente Fox, la situación parece cambiar, pues a decir del equipo de colaboradores, es necesario tenerlos de aliados; parece que retomaron lo planteado por el literato mexicano.

Cero mediación internacional. Carlos Fuentes había reflexionado: "Los peligros que representa para México, para la transición democrática y para la menguada posición internacional del país, una política de sangre y fuego en Chiapas requiere, finalmente, de una

instancia mediadora mixta, tanto nacional como internacional, que proyecte mundialmente la voluntad negociadora y pacífica del país entero y que le evite al gobierno mayores costos en la frontera sur del país" (citado en Beltrán, 1998b, p. 48). Y propone una lista de nombres, políticos mexicanos y extranjeros, y concluye: "No se trata de 'internacionalizar' el conflicto en Chiapas, sino de acudir a una solidaridad internacional, que bien puede servirnos, por lo demás, en el trato siempre conflictivo con los Estados Unidos y su irrenunciable vocación intervencionista en México" (p. 48).

Poco antes de su visita en julio de 1998, Kofi Annan, secretario general de la ONU, no descartó que este organismo se propusiera como mediador en el conflicto de Chiapas, pero ello dependería de la invitación que le hicieran y de la propia situación de la región, cuya información le había proporcionado el gobierno mexicano y la revisaba. Ante tal declaración Rosario Green, entonces secretaria de Relaciones Exteriores, se mostró nerviosa y declaró que el hecho de que el gobierno mexicano divulgue información sobre Chiapas no significa que se le esté invitando a persona alguna a realizar acciones sobre el asunto (Beltrán, 1998a). También la Cruz Roja Internacional se ofreció como mediadora.

Sobre tal mediación internacional que algunas personalidades habían propuesto para el caso mexicano, recordando que el gobierno mexicano en otros momentos ha fungido como mediador en ciertos procesos de pacificación, a Ernesto Zedillo y sus asesores no les agradó la idea; de hecho la desecharon, argumentando que era un conflicto que se tenía que dirimir entre mexicanos. El gobierno de Ernesto Zedillo nunca dirimió el conflicto, terminaron sus seis años de gobierno y la problemática se la heredó a la administración panista de Vicente Fox.

7. 1. 4 Situación de los derechos humanos

La situación de violaciones a los derechos humanos en nuestro país no es novedad, pero con el estallido de los conflictos armados en varios estados de la República se ha hecho evidente y en algunos caso se ha recrudecido. A fines de junio de 1998, en Londres, Amnistía Internacional declaró que México está al borde de "una catástrofe de derechos humanos" (Olivas, 1998a). Lo cual ha llevado a que el secretario general de esa instancia internacional de derechos humanos visitará en dos ocasiones, en los últimos años, nuestro territorio, sin obtener ni siquiera una audiencia con el ejecutivo federal, al frente del cual todavía se encontraba Ernesto Zedillo.

En 1998 durante su segunda visita a México, Sané no fue recibido por el ejecutivo federal, al igual que ocurrió en 1997. En ese entonces en Los Pinos adujeron una "incompatibilidad de agendas", mientras que el representante de Amnistía acusaba la "falta de interés del gobierno mexicano en la situación de los derechos humanos en el país" (Olivas, 1998b). Un año después, en 1998, el presidente estaba de gira por Europa, y Sané venía en busca de apoyo del gobierno mexicano para presionar a los Estados Unidos en la mejora de trato a los reclusos de ese país vecino, lo cual implicaría, necesariamente, tratar el asunto de los derechos humanos en aquel país.

El secretario general de la organización más grande y fuerte que sobre la defensa de derechos humanos hay en el mundo, declaraba: "México ha sido una prioridad para AI por muchos años y lo seguirá siendo. México ocupará los primeros lugares mientras sigamos viendo graves violaciones. Una misión de AI acaba de estar en el país por tres semanas.

Visitó Chiapas, Guerrero y la capital. No estuvieron aquí para hacer turismo, sino porque la situación es grave" (p. 18). Ante la negativa del gobierno mexicano, en el sentido de que en nuestro territorio no hay tales violaciones a los derechos humanos, Sané afirma que la cancillería mexicana invitó a Mary Robinson, la Alta Comisionada de Derechos Humanos de la Organización de Naciones Unidas, y "Si no hubiera problemas de Derechos Humanos en México, la alta comisionada hubiera agradecido la invitación, pero se habría disculpado. Si viene es porque la situación demanda que se entable un diálogo con el gobierno mexicano" (*idem*).

Y es que en los casos más sonados, México ha esgrimido razones de seguridad interna y que finalmente se está enfrentando a un grupo de "terroristas" en referencia a los integrantes del EPR en Guerrero, y en el caso de Chiapas, se aducen problemáticas "intercomunitarias" deslindando así a las instituciones gubernamentales de los hechos. Al respecto, Sané explica que no se cuestiona el derecho del gobierno mexicano de encargarse de los movimientos insurgentes internos. Pero para ello hay ciertas reglas internacionales sobre derechos humanos y no pueden violarse. En el caso concreto de Chiapas, el gobierno mexicano está violando "Las leyes contenidas en las convenciones internacionales de guerra, sobre trato a combatientes armados y a la población civil. Estas leyes, por ejemplo, prohíben el uso de la tortura, en cualquier circunstancia, aún en un conflicto armado, y las ejecuciones extrajudiciales. No se pueden cometer ilegalidades para enfrentar la insurgencia" (p. 18). Al final, el secretario general de Amnistía Internacional asevera: "El año pasado dije que la militarización, en especial de Chiapas, podía conducir a serias violaciones. Eso es lo que ahora estamos viendo. El problema se agrava porque las autoridades mexicanas están evitando que las ONG internacionales monitoreen la situación, al restringir su acceso a las regiones en riesgo. El gobierno quiere hacer las cosas en secreto. Que nadie sepa nada. Esa no es la mejor manera de proteger a la población civil de los abusos de los militares" (p. 19).

La situación no cambiaría hasta finales del 2000, momento en que concluye la administración priísta. En marzo de 2001 nuevamente Sané visita nuestro país, y en esta ocasión se atreve a calificar de "pésima" la situación de los derechos humanos en México durante las administraciones de Carlos Salinas y de Ernesto Zedillo (Ballinas, 2000), situación que resulta "preocupante a nivel mundial, ya que continúan las prácticas de tortura, detenciones arbitrarias, desapariciones, matanzas policiacas... prácticas "protegidas por la impunidad" (ver Ballinas y Venegas, 2000).

Como se puede ver, contrariamente a lo que el gobierno federal y sus comisiones de derechos humanos, federal y locales aseguran, en el sentido de que la situación de los derechos humanos en nuestro país mejora al paso del tiempo, diversas organizaciones no gubernamentales documentan día tras día la situación tan cruda de tales derechos. Para el director del Centro de Derechos Humanos Miguel Agustín Pro, las violaciones fuertes en México tienen nombres e instituciones responsables (ver Vera, 1995a). David Fernández afirma: "La Coordinación de Seguridad Pública de la Nación continúa trabajando de manera oculta. Por encima del Ejército, policías y procuradurías, están imponiendo la actual política de seguridad nacional, la cual es intrínsecamente perversa y violatoria de los derechos humanos" (p. 16). Tal coordinadora, dice, "organizó el operativo militar y policiaco de febrero pasado, cuando se aprehendió a varios presuntos zapatistas; la militarización de varios estados del sur del país; la expulsión de tres sacerdotes extranjeros que laboraban en la diócesis de San Cristóbal de las Casas; la aparición de listas con nombres de supuestos zapatistas; el hostigamiento a la Iglesia comprometida con los pobres; los últimos actos represivos en Guerrero, así como los proyectos de seguridad que en la capital del país" se

quieren imponer (*idem*). Entre otras cosas. En ese entonces los principales directivos de la corporación eran: Fernando Gutiérrez Barrios, ex-secretario de Gobernación; Miguel Nazar Haro, ex-jefe de la Dirección Federal de Seguridad y el general Mario Acosta Chaparro, viejo combatiente contra la guerrilla (actualmente preso por delitos contra la salud; se lo vincula al narcotráfico).

Efectivamente, con la conformación de instancias anticonstitucionales, como la Coordinadora de Seguridad Pública, con el cerco a las zonas de conflicto, con la creación de grupos paramilitares, con la actuación sin observación de los militares, la atestiguación de la violación a los derechos humanos queda prácticamente inaccesible a la población; no así a organizaciones que se encargan del seguimiento de esos procesos, muy a pesar de que a las instituciones extranjeras se les ha impedido, como lo señala Sané, monitorear la situación, las mexicanas sí lo hacen.

Según el reporte del semanario *Milenio* (22 de junio de 1998) la situación de los derechos humanos en México no mejora, al contrario, se recrudece (ver Olivas, 1998a): "En el gobierno estadounidense, en las Naciones Unidas y en organismos de Derechos Humanos hay consenso: en lugar de mejorar, la situación en las zonas de conflicto se descompone" (p. 18). Actos como el de El Charco en Guerrero y de El Bosque en Chiapas durante el mes de junio de 1998, han mostrado, según la ONU y Amnistía Internacional, que la militarización en México está conduciendo a un callejón sin salida y a la proliferación de la violación de los derechos humanos, que además quedan impunes. El propio relator de la ONU para la tortura ha indicado que aumentan las acusaciones de presunta responsabilidad de militares y policías en casos de tortura, desapariciones y ejecuciones, ello en el marco de la lucha contra el narco y acciones de contrainsurgencia (Olivas, 1998a).

A fines de noviembre de 1999 la Alta Comisionada de Derechos Humanos de la ONU visitaba México, previo a ello se había hablado mucho del tema. Todo parece que empezó cuando la masacre de Acteal, pues la comisionada emitió una declaración muy dura condenando tal acto (Zárata y Olivas, 1999), y llamó al gobierno mexicano a investigar y resolver el caso. Luego, con las ejecuciones de El Bosque y de El Charco, se puso más enérgico el asunto y condenó, nuevamente, la situación de los derechos humanos en nuestro país. Finalmente, después de lo ocurrido en El Bosque, fue que Robinson declaró que su oficina "estaba dispuesta a ayudar al gobierno mexicano a cumplir sus obligaciones bajo los pactos internacionales de derechos internacionales y otros instrumentos ratificados por México" (p. 28).

Y es que en situaciones de conflicto, las violaciones de los derechos humanos, que en confrontaciones armadas van desde la detención ilegal, el secuestro, la desaparición forzada, hasta el asesinato o la masacre estilo Acteal, por citar algunos casos, se incrementan en el marco de situaciones bélicas, reconocidas o no. Las experiencias en los setenta y ochenta en Centroamérica así lo han mostrado, y se aprende muy poco, o mucho según sea la situación y el actor. Una guerra de once años (del 80 al 91) con un saldo de entre 70 mil y 75 mil muertos es el resultado del conflicto salvadoreño. La Comisión de la Verdad de la ONU que atestiguó la firma de la paz y que se encargó de investigar los crímenes durante la guerra y que tituló su documento *De la locura a la esperanza*, señaló como responsables de un total de 24 227 casos de violación a los derechos humanos, en un 97% de estos a las fuerzas armadas, fuerzas de seguridad, paramilitares y escuadrones de la muerte (Sánchez, 1997). Vemos así que el mayor peso recae sobre la institución castrense, panorama muy similar en nuestro país, en donde se finca responsabilidad de forma sustancial sobre el

Ejército, cuando de violación a los derechos humanos se trata. En el caso de Chiapas, el más documentado, por ejemplo, del total de denuncias sobre violaciones a sus derechos, el 39% se factura para los militares (Balboa, 2000).

Para 1999 varias organizaciones internacionales de derechos humanos seguían viendo a México como un país en donde se violan frecuentemente dichos derechos. Entre las organizaciones que señalan esto se encuentran: Pastores por la Paz, Comisión Civil Internacional de Observación por los Derechos Humanos, Human Rights Watch o Amnistía Internacional (Vázquez Montalbán, 1999). Esta última afirmaba que México incurría en la generalización de la tortura, las ejecuciones extrajudiciales, las desapariciones y las detenciones arbitrarias, documentadas en su informe *México, bajo la sombra de la impunidad*. Además de señalar la persecución a defensores de los derechos humanos. De ahí que haya quien asevere que México cada vez se parece más a los regímenes autoritarios, en cuanto a derechos humanos se refiere (Beltrán, 1998a). Incluso Argentina, Brasil y la propia Rusia, con Chechenia a cuestas, son más accesibles para la verificación de los derechos humanos en sus territorios.

En el balance de fin de sexenio, a fines del 2000, el panorama no es nada alentador. En México, a decir del Centro Pro, se intensificaron las desapariciones forzadas, sobre todo en 1996, 1997 y 1998, con un eje central: la lucha contrainsurgente sobre todo en Chiapas, Guerrero y Oaxaca. De 1994, año en que surge el EZLN, a fines del 2000, se documentaron 117 desapariciones forzadas. Como resultado se obtuvo que en 1998 México ascendiera al tercer lugar en cuanto a denuncias presentadas ante el Grupo de Trabajo sobre Desapariciones Forzadas e Involuntarias de la ONU (Elizalde, 2000a). El Centro Pro asegura que el gobierno de Ernesto Zedillo "no tuvo ningún escrúpulo para pasar por encima de la ley en su afán de silenciar a quienes mostraron sus desacuerdos con las políticas fiscales. Las severas medidas económicas aplicadas originaron un grave deterioro en las condiciones materiales de vida y en el ejercicio de los derechos humanos de la mayoría de la población mexicana" (Elizalde, 2000a, p. 30), y asegura que "la respuesta del gobierno a las demandas sociopolíticas de diversos sectores sociales ante el conflictivo panorama del país continuó siendo la utilización de mecanismos violentos y autoritarios como principal medio para tratar los problemas sociales" (*idem*).

Después de junio de 1996, cuando aparece el EPR, en la Costa Chica y la Costa Grande de Guerrero "el Ejército Mexicano empezó una persecución despiadada de miembros de la OCSS; fueron detenidos, torturados y desaparecidos, y sus líderes encarcelados" (denuncia el Pro (Elizalde, 2000b, p. 32) cabe señalar que uno de los referidos líderes encarcelados recobró su libertad hasta el mes de marzo del año 2001. Pareciera, entonces, que la represión la desatan los propios grupos insurgentes, pero los datos siguientes muestran que el gobierno más bien tiende a tratar con la misma lógica a todo tipo de disidentes, sean estas guerrillas, partidos políticos u organizaciones defensores de los derechos humanos. A decir del Centro de Derechos Humanos Miguel Agustín Pro, sufrieron persecución, hostigamiento, amenazas, detenciones arbitrarias, allanamientos de sus domicilios y oficinas, a manos de diversas instancias de la administración zedillista, 48 organizaciones no gubernamentales, campesinas, sindicales, políticas y estudiantiles, la mayoría dedicadas a la defensa y promoción de los derechos humanos o causas ciudadanas (*Ibid*). Pero no sólo eso, pues se llegó al extremo de que, debido a las ejecuciones extrajudiciales, México ocupara el primer lugar en cuanto a denuncias de muerte. El PRD documentó el asesinato de 632 de sus miembros y simpatizantes, básicamente en Guerrero, Oaxaca y Chiapas (Elizalde, 2000b, p. 32).

Según el escritor Vázquez Montalbán (1999) México es visto por Amnistía Internacional como "un agujero negro en la protección de los derechos humanos", de ahí que los observadores extranjeros "cooperantes" que visitan Chiapas, lo hagan con la idea de que ya no haya más desaparecidos en ese lugar.

En el último informe de Amnistía Internacional (2000) sobre México se escribe: "Siguieron recibiendo informaciones sobre detenciones arbitrarias, tortura, homicidios y amenazas de muerte. Entre las víctimas había campesinos, miembros de comunidades indígenas, defensores de los derechos humanos y activistas políticos" (p. 287).

Síntesis. En última instancia lo que el gobierno mexicano pretendió hacer en Chiapas, fue tratar de cerrar el círculo o anillos de "protección" zapatista. Así lo hizo ver el general Miguel Ángel Godínez a inicios de 1994 cuando se encontraba en Chiapas. Ahí comunicó su evaluación sobre el movimiento armado. Son, dijo, un grupo pequeño entrenados, preparados en cuestiones de guerra y bien armados, refiriéndose al "núcleo duro" del EZLN. Luego, aseguró, hay un grupo más amplio que tiene poco entrenamiento militar, los milicianos, que son más numéricamente pero están mal armados; ese sería el "primer anillo" de protección del Ejército Zapatista. Después estarían los simpatizantes y que no cuentan con armas, que correspondería a las bases de apoyo. Ese sería el "segundo anillo" alrededor del zapatismo. Además se consideraría otro "círculo invisible": la diócesis de San Cristóbal de las Casas, el tercer anillo.

La estrategia para acabar con el EZLN, entonces, tenía que contemplar a estos "círculos" de protección. Así, el gobierno desató toda una ofensiva contra la diócesis de Samuel Ruiz, y la Conai, "que eran las puertas abiertas hacia un amplio corredor de observadores, periodistas y organizaciones de defensa de derechos humanos internacionales y nacionales" (Montemayor, 2000b, p. 5). La operación contra la diócesis y la Conai no requirió de la intervención militar, pero con las campañas y el hostigamiento gubernamental, se logró en buena medida el objetivo, cuando la comisión de intermediación fue disuelta y se retiró por antigüedad el obispo de San Cristóbal. La "eliminación" de este círculo permitió la privacidad, sin ojos presenciales extranjeros, que en la globalización es lo que más pesa, para los siguientes operativos. Para desarticular a las bases de apoyo zapatistas tampoco se echó mano del Ejército directamente, pues se crearon grupos de "autodefensa" (cfr. Arvide, 1998), los denominados "grupos paramilitares", que a tres años de su creación en 1995, extendieron su actividad hasta 70 municipios chiapanecos (Montemayor, 2000b). "Estas fuerzas paramilitares entrenadas, armadas y protegidas por el ejército y la policía han producido ya millares de familias desplazadas en las Cañadas, en los Altos y en el norte; el incendio de millares de viviendas, parcelas y cosechas; la muerte de centenares de simpatizantes zapatistas" (p. 5). De esta forma, el segundo cinturón de protección se neutralizaba por la acción de paramilitares. El tercer cordón, el de los milicianos, se intenta desintegrar con el cerco militar que los cerca de 60 mil soldados (Garrido, 2001) mantienen en el estado, además de los operativos que realizan con el pretexto del narcotráfico y de la manutención de las reservas ecológicas como Montes Azules y sus incendios provocados. Después le tocaría al núcleo duro insurgente del zapatismo.

No obstante todo esto, "A siete años del levantamiento, el zapatismo ha sobrevivido con éxito a una guerra de contrainsurgencia que intentó destruirlo política y militarmente. Con

una considerable fuerza militar desplegada estratégicamente en contra de sus posiciones y bases de apoyo, cercado desde el interior de las comunidades por la acción criminal de los grupos paramilitares... estigmatizado por los medios de comunicación... (que) intentaron desprestigiarlo nacional e internacionalmente... el EZLN resistió y demostró con esta resistencia que la dignidad es más fuerte que todo el poder del estado" (López y Rivas, 2000, p. 15).

Algo similar, guardando las proporciones, podría aplicarse para la guerrilla "dura" del EPR y sus escisiones, el ERPI, las FARP y el EVRP: en tanto núcleo original armado del Partido Democrático Popular Revolucionario (PDPR) estas agrupaciones han logrado sobrevivir, y en algunos caso crecer (ver Gutiérrez, 1998) dadas las condiciones de vida de los sectores marginados del país, en especial los campesinos y los indígenas. Desde su surgimiento, y a pesar de "toda la fuerza del estado" desatada contra la guerrilla "mala", y de las campañas de los cientos de detenidos acusados de ser eperristas, los grupos armados anteriormente pertenecientes al EPR se encuentran actuando, extendiendo su presencia, y en no muy pocos casos logrando adeptos para su causa (ver Una Revista de las Mujeres, 1998). Tampoco a esta guerrilla se le ha logrado desbaratar.

En última instancia, como lo señala Luis Javier Garrido (2000): "El camino hacia la paz pasa por la justicia social y eso es algo que los gobiernos neoliberales aún no pueden entender" (p. 15). Lo cual sí parecen tenerlo claro los grupos armados. Baste ver sus reivindicaciones.

II. CATEGORÍAS DE ANÁLISIS: NOCIONES BLANDAS

Para Fernández Christlieb la psicología política es una "forma contemporánea" (1985) o "un momento" de la psicología social (1987) y, siendo ésta latinoamericana, "*una psicología política sólo puede desarrollarse en la medida que responde a una realidad propia*" (p. 75), pues al no partir de las estructuras sociales de cierta sociedad a la que pretende abordar, puede verse rebasada por los propios acontecimientos. En estricto sentido, por psicología política "se entiende el análisis y el intento de las posibilidades de comunicación de la sociedad consigo misma; la manera en que la sociedad civil, grupos e individuos, pueden incidir en la conducción de su propia sociedad. Por política pues, no se entiende ni el arte de gobernar ni la lucha por el poder, sino la necesidad de hacer objeto de discusión pública aquellos aspectos de la vida social que han sido relegados a la esfera privada. Politizar es hacer que lo privado se vuelva público: normas, visiones del mundo, necesidades, preocupaciones, etc., con el objeto de que adquieran existencia social, y por ende, puedan ser abiertamente reconocidas, discutidas, y acordadas o denegadas" (1985, p. 6).

Para fines del presente análisis se partirá de esta concepción, que por lo demás recoge la noción de intersubjetividad, que tiene que ver con el "proceso general de creación e intercambio de significados" (1987, p. 84), y cuya dinámica es la comunicación de símbolos. En palabras del autor, "la idea de intersubjetividad expresa un universo de símbolos donde y para comunicar significados... (en donde) comunicar es el acto entre participantes de expresar, interpretar e intercambiar la realidad" (*idem*). Así, la función u objetivo de la psicología política se constituye en "el análisis de las posibilidades de enriquecer la calidad comunicativa dentro de una sociedad, esto es, ensanchar la intersubjetividad" (*idem*).

Desde este marco de referencia una sociedad es más plural en tanto mayor sea el número de símbolos y significados que se muevan en las relaciones sociales; *i. e.* hay una mayor riqueza comunicativa. Vista así, "La psicología política se ocupa del análisis de la posibilidad -o imposibilidad- real de tal pluralidad, o sea, del tránsito de lo incomunicable a lo comunicable -o viceversa" (p. 89). Con esta lógica, la oposición entre lo comunicable y lo incomunicable se encuentra entre lo *público* y lo *privado*, porque i) en el ámbito de lo privado se resuelve lo que corresponde a lo privado, íntimo, inefable, y ii) porque la "tensión público/privado representa la última frontera por franquear para poder incidir en la sociedad en su conjunto; es en la esfera pública donde se pueden transformar prácticamente las estructuras de la sociedad" (p. 89). Esto es, que en tanto el discurso, los símbolos y las comunicaciones permanezcan en el terreno de la privacidad o de lo estrictamente personal, la realidad no se ensancha, al contrario, se encoge, pues no hay mucho que compartir y sí mucho que esconder u ocultar, razón por la cual se desprende que hay que llevar lo privado al campo de lo público, ventilarlo, compartirlo, hacerlo comunicable; en tal tesitura "la psicología política se ocupa de los procesos de transformación entre lo público y lo privado" (*idem*). Así, las posibilidades de la psicología política viajarían en el sentido de la ampliación de la esfera pública "para dar cabida a cualquier planteamiento respecto de las formas en que ha de ser definida la realidad exterior e interior, las formas en que ha de organizarse la coexistencia entre los participantes sociales, y las formas en que ha de desarrollarse la sociedad" (*idem*); como manifestaciones del proceso de politización, "es posible considerar

todas las formas de la creatividad, incluyendo la contenida en los modos de vida" (1986, p. 24).

Desde esta perspectiva, entonces, se desprenden dos procesos: por un lado la ideologización, que consiste en hacer privado lo público, incomunicable lo comunicable y el estrechamiento de la realidad, menos plural es ésta en tanto se impone una sola perspectiva. En sentido contrario se encontraría la politización. Veamos.

1 Ideologización gubernamental vs...

Cuando los militares o el gobierno declaran que "en México no hay guerrilla" (ver Montemayor, 1999c), que (1) hay "bandoleros" y "robavacas" que azotan en ciertas regiones, que en ocasiones son señalados de "filibusteros" (ver Ulloa, 1976); (2) que existen grupos que "responden a ideas extranjerizantes" (ver Reyes, 1992), y cuyos integrantes provienen de familias desintegradas (ver Hiraes, 1996), que devienen en "grupo de maleantes" (López, 1974; Montemayor, 1991); (3) que tienen "tintes de la guerrilla centroamericana" (ver La Jornada, 1994), que se pueden catalogar como "profesionales de la violencia" (ver Méndez y Cano; Reygadas *et al.*, 1994), y que dados sus actos de claro "terrorismo" (ver canal 6 de Julio, 1996; 1997) tienen que ser tratados con todo el peso de la ley y del Estado, estamos frente a un proceso que psicopolíticamente se denomina ideologización (Fernández Christlieb, 1987). Y es el acto por el cual los grupos de poder reciben a las guerrillas, en el primer caso las de principios de siglo, en el segundo se hace referencia a la de los sesenta y setenta, y en el tercero a la guerrilla de fin de siglo y principios de milenio. Carlos Montemayor (1997) afirma que antes de tomar una medida policiaca o militar, que es también una forma de negar las causas sociales y políticas del levantamiento, el gobierno utiliza como primer arma contra los organizaciones guerrilleras la *descalificación*. "Se bloquea o confunde la información para dar paso a una versión oficial de acuerdo con las buenas conciencias del poder político, económico o prestigioso del país" (p. 61).

Efectivamente, una constante en la actuación del gobierno mexicano, en el momento que surgen los grupos armados en nuestro territorio, ha sido recurrir a un proceso de ideologización para arrinconarlos en un espacio oscuro e indeseable; achicar, en última instancia, su actuación. Empecemos por plantear los elementos psicopolíticos de la ideologización.

1. 1 Concepción psicopolítica

Las esferas de lo público y lo privado, con todo y sus comunicaciones, necesariamente se anclan en la dinámica de la intersubjetividad que tiene que ver con dos procesos que corren en sentido opuesto: la creación y la destrucción de símbolos (Fernández Christlieb, 1991a; 1987). El primero, psicopolíticamente se denomina politización, y el segundo ideologización. La dinámica de la ideologización "refiere al proceso intersubjetivo por el cual *lo público se convierte en privado*, y consiste en ir sacando de la vida pública y empujando cada vez más hacia los ámbitos privados las versiones alternativas de la realidad social, hasta que sólo puedan ser vivenciadas como experiencias particulares -sin validez social- o íntimas" (1987,

p. 90). Hay una *degradación simbólica*, pues de lo que se trata, en este proceso, es volver incomunicable lo comunicable. Ello se logra, en parte, con el bombardeo de los medios de comunicación, por un lado, al lanzar de manera indiscriminada símbolos que saturan y, por el otro, la sobreutilización de los símbolos en uso "de tal manera que exceden su capacidad de significación; ya que no quieren decir nada; a la explosión cuantitativa acompaña una depauperización cualitativa de los símbolos, una pérdida de significados" (*idem*). De ello dan muestra, nos dice el autor, términos como "amor", "socialismo", "libertad", etcétera, que de tanto usarse y sobreusarse ya no se sabe cuál es su significado o que quieren decir: "De tanto usurpar significados, las palabras se quedan sin ninguno" (*idem*). Pero no sólo se presenta en el caso de las palabras, ocurre también en el terreno de los acontecimientos. Cuando un evento no tiene un símbolo intersubjetivamente reconocido que lo designe, ha actuado la ideologización; no hay un significado comunicable. Y con esta dinámica sólo queda en la vida pública la "lógica técnico-administrativa, apta solamente para traficar signos operativos instrumentales" (p. 91), y sucede que las experiencias que anteriormente eran vistas como significativas para la sociedad se acorralan en la lógica de la negación colectiva, se acota la comunicación, se bloquea el proceso de transmisión de símbolos y significantes, por ejemplo, de un nuevo evento o situación, tratando de provocar, incluso, el olvido colectivo. De esta forma "La ideología se crea y se sostiene en el mismo devenir de la cultura cotidiana, y su descripción psicosocial es la degradación simbólica" (*idem*), y en tanto fenómeno comunicativo, la ideología es una dinámica de expresión en la que participan los sujetos sociales.

A la ideologización, inscrita en la noción de intersubjetividad, se suman otros procesos que amplían la posibilidad de análisis psicopolítico en el caso que ocupa al presente trabajo. En efecto, se echa mano de lo que se denomina psicologización (ver Moscovici, 1981; 1987; Mugny y Pérez, 1987), esto es, descalificar a los grupos sociales con propuestas alternativas por cuestiones no de ideas ni del contenido de sus propuestas, sino por su forma de actuación, por sus características personales, por los rasgos físicos, de identidad o de pertenencia, por ejemplo ser indígenas o "comunistas"; se atribuye el comportamiento de un grupo a causas internas o de personalidad, por ejemplo de sus líderes (Martín, 1987). Asimismo, se hace uso de otro mecanismo, el de la sociologización (Papastamou, 1987) que evoca una especie de "localismo" y "purismo" grupal, es decir, que quienes no pertenezcan de por sí a un cierto grupo o colectividad, no pueden hablar a nombre de él o por ella. Un blanco no podría reivindicar la causa negra, sería el razonamiento; o un mestizo no podría enarbolar las demandas indígenas. También se encuentra el recurso de la denegación (Moscovici, 1987) definido como el medio que permite al mismo tiempo afirmar, por un lado, la convicción de la mayoría, o la parte dominante en una sociedad, en la rectitud de sus ideas, el razonamiento de sus planteamientos y de sus creencias, e infundir, por otro lado, dudas o negación sobre los planteamientos de un grupo que irrumpe la tranquilidad de un grupo, de un colectivo o de una sociedad. En sentido estricto, "consiste en una oposición a concederle la mínima verosimilitud a un hecho o a una aseveración expresada (por el grupo que irrumpe en la escena)... Lo que en verdad se le rechaza es reconocer que esté ajustada a la razón o a la realidad tal como la define la sociedad en su conjunto" (p. 306). Vemos, de esta forma, que no se le otorga veracidad a los planteamientos del grupo disidente, en tanto que se le descalifica desde un inicio, tratando de evitar el avance de propuestas y pensamientos contrapuestos a la parte dominante o grupo social en el poder, pretendiendo con ello impedir cierta influencia. El proceso de ideologización aducido por la psicología política incorporaría todos estos elementos.

1. 2 Discurso y actuación gubernamental

Este proceso que trae consigo la "descalificación" (ver Montemayor, 1997) constituye un recurso con el cual el gobierno y los interesados tratan de bloquear la credibilidad que, en este caso, una guerrilla puede ganar en un territorio más amplio, que rebasa las franjas físicas de su actuación armada. De ello han estado conscientes, en mayor o menor medida, los grupos armados en los diferentes momentos que han surgido. Que hayan logrado contrarrestar o no el proceso de ideologización dependerá en cierto grado de la capacidad de interlocución que logren con otros sectores sociales, incluidos los internacionales (ver Le Bot, 2001); que no se ensimismen, pues de lo contrario facilitarán la labor a su contraparte en el poder (ver Monsiváis, 2001; Le Bot, 1997; 2001).

La labor gubernamental de otorgarles cero credibilidad, de denegar la visión de los grupos armados en México, tiene un antecedente en los tiempos pasados, y es que ante el surgimiento de un grupo guerrillero el gobierno mexicano, desde hace décadas, ha actuado igual: descalifica al grupo insurgente, le pone el mote de terroristas, de delincuentes, profesionales de la violencia, etcétera (Montemayor, 1997). Este tipo de procesos se pusieron en práctica, nuevamente, con el surgimiento, primero, del zapatismo y, después, del eperismo. El desprecio que por los indígenas ha tenido el gobierno en sus diferentes niveles se exhibe en el primer comunicado del día primero de enero de 1994 emitido por el gobierno de Chiapas, en el que se señala: "Diversos grupos de campesinos chiapanecos que ascienden a un total de cerca de 200 individuos, en su mayoría monolingües, han realizado actos de provocación y violencia en cuatro localidades del estado... Sus planteamientos no han sido precisados y las autoridades estatales y municipales han señalado... su disposición de atenderlas para analizar con ellos sus reclamos y, en lo posible, resolver sus demandas presentadas.. La región que registra estos incidentes cuenta ya, desde agosto de 1993, con un programa de inversiones y apoyos a la producción tendiente a enfrentar el grave rezago de esas poblaciones" (p. 38). Se plasma, en suma, que los "monolingües", como les llama el gobierno a los indígenas, no para caracterizarlos por el modo lingüístico de su hablar, sino para depositarlos por fuera de la esfera de la civilización, se levantaban en armas para "provocar" sin precisar sus demandas, que serían atendidas, y a ver si se resolvían. Además para qué hacer tanto mitote si habían puesto en marcha un programa seis meses atrás para enfrentar el "rezago ancestral" con limosnas del denominado, Programa Nacional de Solidaridad.

Lo paradójico de este elemento ideologizante, caracterizar de indígena al movimiento en armas, es que al paso del tiempo constituiría una de los rasgos significativos que provocaría múltiples adhesiones por el tipo de demandas planteadas (ver Debray, 1996; Le Bot, 1997; 2001), no obstante que en un inicio se les quiso desvirtuar tratando de señalarlos como "incivilizados" (Montemayor, 1997; 2001). El mundo indígena que estaba presente en la visión gobernante era el de aquellos incapaces de levantarse en armas, y no tenían nada que ver con los antiguos guerreros que resistieron múltiples embestidas del imperio español, en algunos casos durante más de tres siglos (ver Montemayor, 2001), que han sido puestos en los museos para regocijo de los turistas, que Bonfil Batalla ya lo había señalado certeramente: la presencia del mundo indígena en los muros, museos, esculturas y zonas arqueológicas de visita al público, no hace sino mostrar la presencia de "un mundo muerto" (citado en Montalbán, 1999). Pero no se trataba de esos indígenas de museos, sino de los de carne y hueso, y desde la visión del gobierno se traía a cuenta un indígena incapaz de sublevarse, que por "naturaleza" es dócil y por cultura sumiso, que no podía empuñar un

arma a menos que fuera manipulado por algún blanco, por algún extranjero, por algún marxista trasnochado (ver Méndez y Cano, 1994; *cfr.* Arvide, 1998).

Hay que recordar que el primer día del levantamiento los tres obispos de Chiapas se sumaron al clamor de diálogo para solucionar el conflicto (ver La Jornada, 1994), pero en poco tiempo, a excepción de Samuel Ruiz, los religiosos aseguraban que había manipulación de indígenas para llevarlos a la guerra, versión que coincidía con la manifestada por el gobierno y la jerarquía católica; no así por muchos de los fieles. Uno de esos manipuladores era, aseguraban desde el gobierno, Samuel Ruiz y su forma de concepción de la religión que aplicó en las zonas donde ahora se levantaban miles de pobres. El escritor español Vázquez Montalbán (1994) afirmaba por aquel entonces que Chiapas "ocupa un 75 por ciento del universo capitalista, uno, grande y libre. Un 75 por ciento de agujero negro, y el 25 por ciento restante nos correspondería a la ciudadanía emergente, la que se beneficia del orden capitalista y tiende a justificarlo como el único posible... El inmenso Chiapas de la aldea global no tiene quien le escriba ni quien le permita ratificar su identidad, y cuando ejerce el lenguaje de la revuelta se atribuye a la inspiración de revolucionarios urbanos, señoritos del marxismo residual o de la Teología de la Liberación que hinchan la cabeza de los condenados de la tierra" (p. 16); de lo cual se desprendían, según las grandes cabezas del sistema, que el obispo tenía responsabilidad en el levantamiento, y más aún, de ser un "líder de los zapatistas" (Arvide, 1998). Esa era, en síntesis, la postura del gobierno; la subsecretaría de Readaptación Social y Protección civil, Socorro Díaz, señalaría en los primeros días de enero: "Los grupos violentos actuantes en Chiapas presentan una mezcla de intereses y de personas tanto nacionales como extranjeros que se asemejan a facciones violentas centroamericanas... los indígenas han sido reclutados bajo presión y manipulados por esos grupos" (citada en Montemayor, 1997, p. 53). Se llegaba al grado de manifestar que de no haber violencia de parte de los que deberían de permanecer sumisos, no habría como respuesta violencia militar gubernamental (Vázquez Montalbán, 1999).

El entonces Presidente Carlos Salinas en entrevista con Regino Díaz, todavía director del periódico *Excelsior*, dio a conocer su punto de vista sobre el zapatismo (Montemayor, 1997): el EZLN tenía intereses de un grupo político que pretendía desestabilizar al país; no había problemas agrarios en Chiapas, había algo de marginación y pobreza, pero ello no constituían los elementos suficiente para explicar la revuelta, por lo que la manipulación de grupos de poder era el factor que la explicaba. Centró su visión del conflicto en dos cuestiones: la parte del núcleo militar del zapatismo (los "profesionales de la violencia") y sus "vínculos" con grupos de poder político, dejando de lado el arraigo en amplias capas de la población de la selva chiapaneca, y por lo tanto eliminaba el vínculo entre el EZLN y la profunda y larga injusticia en ese estado del país. De ahí se deriva "la resistencia oficial a creer que el EZLN enarbola valores de cambios y transformaciones integrales de orden social, económico y político que una gran parte de México quiere y expresa a través de la lucha de sindicatos, manifestaciones agrarias, protestas poselectorales y opinión pública. Por ello la única medida que el gobierno tomó cuidadosa e ininterrumpidamente fue la militar" (p. 65).

Los setenta. Pero esta práctica de desprestigiar, deslegitimar, arrinconar en lo inaccesible de la comunicación a los grupos guerrilleros, data cuando menos de la segunda ola guerrillera, en ese entonces el gobierno empleó, entre otros procedimientos "sucios", la ideologización. En septiembre de 1967 cuando el Ejército da muerte a varios guerrilleros del Grupo Popular

Guerrillero "Arturo Gámiz", tras un enfrentamiento, desde las esferas del poder se expresa: "Es lamentable que en esta descabellada aventura hayan participado jóvenes ante quienes se abría un brillante porvenir pero que desgraciadamente no supieron aprovechar la oportunidad que en todos los campos de la cultura brinda nuestro gobierno a la juventud estudiosa y cayeron en deplorable desorientación que los condujo por senderos equivocados" (citado en Reyes, *s/f*, p. 36). Una "justificación" similar se utilizó cuando se masacró a los atacantes del Cuartel Madera: se habló de la manipulación que algunos ejercían sobre otros: "Todo se reduce a una bola de locos mal aconsejados por Gámiz y Gómez Ramírez... No tiene importancia" (López, 1974, p. 17), declaraba el entonces gobernador, al momento de ser depositados los cadáveres de los guerrilleros en una fosa común, ante la negativa del permiso para trasladar los cuerpos a la capital de Chihuahua. El argumento de la manipulación, como vemos, no es de exclusividad gubernamental en los noventa.

Cuando Genaro Vázquez combatía en la sierra de Guerrero, algunos integrantes del gobierno federal, entre ellos el senador Rubén Figueroa, pegándoles por "debajo de la mesa" a sus contrincantes y demagógicamente tratando de "ganarse" al guerrillero, aducía que éste no tendría porque haberse ido a las montañas a pelear con fúsil en mano, que debería estar trabajando para el gobierno; es decir, que se trataba de una gente con ideas, que se requería para tomar ciertas decisiones que ayudaran al progreso de su estado, pero se le había obligado a empuñar el fusil (ver Montemayor, 1991). Razones similares se pudieron argumentar para el caso de Lucio Cabañas, a quien el mismo senador, y después gobernador, trató de convencer de dejar la lucha armada, de ahí que emprendiera su visita a los territorios controlados por el guerrillero. Pero viéndolo detenidamente, si algo lograba con Lucio Cabañas se anotaría puntos para la sucesión del gobierno local, lo cual era primordial, incluso antes que lograr acuerdo alguno que beneficiara a las comunidades campesinas del estado, o que se cumplieran algunas de las demandas del Partido de los Pobres. Pues bien, el senador terminó dando el mismo trato al guerrillero que el que ya tenía por parte del gobierno y de los militares.

Para combatir a la guerrilla de Lucio Cabañas en Guerrero no sólo se empleó a los militares, una tercera parte del total de integrantes del Ejército se encontraba en Guerrero en los inicios de la década de los setenta (Bartra, 1996), también se usaron recursos de propaganda, de descalificación para "debilitar" la presencia del grupo guerrillero en el estado y la proyección que estaba logrando en el momento más fuerte de los grupos guerrilleros en el país. En ese momento cuando la guerrilla del Partido de los Pobres realiza alguna acción contra el Ejército federal, provocándoles bajas, e incluso después de que Lucio Cabañas les explica a los militares los motivos de su lucha para después dejarlos ir, la respuesta de los mandos no se deja esperar, ni el tono: en sus comunicados oficiales no hay referencia a los guerrilleros, pues aseguran que han sido emboscados por "delincuentes"; no se reconoce a la guerrilla (ver Montemayor, 1991). Asimismo, cuando el grupo de Lucio secuestra a Rubén Figueroa, y ante sus exigencias para liberarlo, el gobierno le responde que no negociará "con criminales" pues rompería el estado de derecho existente en el país (ver López, 1974). Una vez que el Ejército ha matado al líder guerrillero y ya libre Figueroa, éste declarará: "quien me secuestró es un extraviado mental, sediento de publicidad sensacionalista, envenenador de mentes jóvenes. Y comprobé que está ligado a traficantes de drogas y, lo principal, que detrás de un izquierdismo infantil y verbalista, es un instrumento de las fuerzas más regresivas. Sí, en la sierra encontré a un individuo de crueldad inaudita, sin el menor sentimiento de solidaridad humana que tan engañosamente proclama; un sujeto falaz y

cobarde que ha hecho de la simulación, la mentira y la calumnia su única arma; con graves perturbaciones físicas, psíquicas y psicológicas, que realiza una campaña de odio y rencor contra lo más limpio y positivo que tiene nuestra patria" (Montemayor, 1991, p. 325).

Ese tipo de razonamientos ideologizantes, donde se explicitan procesos como la sociologización, la psicologización, la denegación que intentan acotar la influencia social de las guerrillas, se muestra en un discurso expresado por Luis Echeverría. El primer mandatario describirá en los siguientes términos a los guerrilleros: "Surgidos de hogares generalmente en proceso de disolución, creados en un ambiente de irresponsabilidad familiar, víctimas de la falta de comunicación entre padres y maestros, mayoritariamente niños que fueron de lento aprendizaje; adolescentes con un mayor grado de inadaptación que la generalidad, con inclinación precoz al uso de estupefacientes en esos grupos... (con una) notable propensión a la promiscuidad sexual y con un alto grado de homosexualidad masculina y femenina" (citado en Hiraes, 1996, pp. 223-224). En ese discurso durante el informe presidencial de 1974 (ver Montemayor, 1991), el entonces Presidente Echeverría afirmaría que los integrantes de las guerrillas son "víctimas de la violencia; que ven muchos programas de televisión que no solamente patrocinan empresarios privados, sino también directores de empresas públicas; víctimas de diarios que hacen amarillismo a través de la página roja y de algunas revistas especializadas que hacen la apología y exaltan el crimen, son estos grupos fácilmente manipulables por ocultos intereses políticos, nacionales o extranjeros, que hallan en ellos instrumentos irresponsables para acciones de provocación en contra de nuestras instituciones. Y a veces se piensa que obedecen, para decirlo con palabras sencillas y pronto, a grupos de extrema izquierda. Pero cuando se ve su impreparación ideológica, y que tratan en realidad de provocar la represión, de inmediato se calara su verdadera naturaleza: pretenden detener la marcha de nuestras libertades cuando apenas se inicia una política de nacionalismo económico en nuestra patria. Golpes de Estado en algunos países latinoamericanos han sido precedidos por las campañas de rumores que se originan en algunos círculos empresariales irresponsables o que fomentan estos actos de terrorismo. Pero estamos apercibidos. No cederemos con concesiones del gobierno ante estas provocaciones. Y aún lo sabe todo México: en un caso extremo hay un claro procedimiento constitucional para que de ninguna manera se interrumpa la marcha institucional de la nación. Que quede bien claro" (p. 309). 22 años después el tono de la amenaza contra otro grupo armado se repetiría en el mismo lugar, con diferente gente, pero con los mismos cargos y contenidos. Y al igual que el primero de septiembre de 1996, cuando el Presidente Ernesto Zedillo anunció su "todo el peso de la ley" para los eperristas, el Congreso de la Unión estalló en aplausos (ver Canal 6 de Julio, 1996). Pero sobre las causas de la rebelión armada, pobreza, represión, injusticia, miseria, cero apertura política, nada. El maestro Moscovici se quedaría boquiabierto al escuchar o leer tan tremenda psicologización, que no ha cambiado después de casi tres décadas, con la presencia de varias agrupaciones armadas, cuestión de preguntarle a Carlos Salinas, Ernesto Zedillo y Vicente Fox.

Una de las partes más críticas la constituiría el hecho de que en realidad los gobernantes se creyeran sus discursos, pues se puede entender que su función sea la de tratar de engañar a sus gobernados, pero que lleguen al extremo de asumir como viables sus razonamientos en torno al surgimiento de movimientos irruptivos, de grupos que exigen cambios políticos, económicos y sociales: ver "conspiración comunista" donde hay más razones de pobreza, represión y autoritarismo que de ideología, es llevar al extremo las ganas de no solucionar las causas que orillan a ciertos grupos a tomar las armas. Baste

recordar que en su momento Luis Echeverría como Presidente de México en un viaje realizado a la entonces Unión Soviética advirtió a Brejnev, el dirigente de ese país, que rompería relaciones diplomáticas si los rusos entrenaban militarmente a otro grupo de muchachos, como lo habían hecho (suponía) con los integrantes del Movimiento Armado Revolucionario, y cuya consecuencia había derivado en la expulsión de dos diplomáticos rusos, por indeseables y para sentar un precedente (Montemayor, 1991).

Ese tipo de ideologización cubrió no sólo los discursos y la visión gubernamental, sino también el discurso de los medios de información, la postura de ciertos sectores de la sociedad se veían atravesados por tales razonamientos; desde tales perspectivas se pensaba a los grupos armados, urbanos o rurales, que actuaban en nuestro país. Quienes combatieron a las guerrillas de los sesenta y setenta, así razonaban; con tal saña los trataban, los deshumanizaban (Martín-Baró, 1990f; 1993) para poder así justificar su tortura y asesinato (ver Maza, 1993). Esos mismos que ideologizaban a "sus detenidos", para obtener información, y que en tales procedimientos no los consideraban guerrilleros, sino delincuentes, tiempo después para desprestigiar, deslegitimar, en suma para ideologizar a los grupos armados de los noventa, hacen uso de la actuación de los grupos de los setenta antes descalificados. El brazo derecho de quien dirigió la policía política en nuestro país en las décadas de la "guerra sucia", uno de los ayudantes de Gutiérrez Barrios, Miguel Nazar Haro, quien fuera jefe de la entonces Dirección Federal de Seguridad, y a quien se le atribuyen desapariciones y torturas, no acepta los datos que le otorgan identidad civil al *subcomandante Marcos*, de quien tiene un busto de cera en su oficina, y no cree que sea mexicano (Grange y Rico, 1997): "¿Cuántos mexicanos fuman pipa? ¿Cuántos mexicanos pueden estar en la sierra hablando español, inglés, francés e italiano? ¿Cuántos mexicanos en aquella región indígena tienen la inteligencia analítica para determinar un día clave en el progreso de una nación para dar ese golpe psicológico y práctico?" (p. 333), se pregunta el viejo policía. Y así como se pregunta, así se responde él mismo: "El acento es mexicano, pero me pregunto dónde se ha preparado mental, táctica y subversivamente" (*idem*). Recuerda, entonces, cuando estaba a cargo del desmantelamiento de las Fuerzas de Liberación Nacional (FLN), antecedente del EZLN, y acota: "La base del EZLN en Chiapas es la misma que tenían los de las FLN. *Germán* es el iniciador, con su hermano, de la lucha subversiva. Se agarraron a Chiapas desde hace años. Pero no es el autor de la táctica del 1 de enero. *Germán* es un tipo de guerrillero que lucha por el poder sin pretender dañar al país. Es el otro el que daña al país, ese *Marcos* criado no sé dónde... Yo conocí a *Germán*. Luché contra él. Él desaparece cuando le matan al hermano. Ésos eran unos fanáticos, pero honestos, no aventureros... ¿qué guerra han hecho los zapatistas? Una guerra de papel. Lo de los setenta fue una lucha que duró diez, quince años. Aquellos sí que eran auténticos... Aquellos no hacían diálogo, luchaban con las armas en la mano. Ese *Marcos* no sabe ni agarrarlas" (p. 334).

Ahora, después de 30 años, en que se dedicaron a masacrar a disidentes políticos, la propia policía política de entonces señala la lucha de aquellos como más auténtica y original y como "lucha" contraponiéndola con la de los zapatistas; y de esta forma, con este esquema, en otros 30 años reivindicaran a los zapatistas y los eperristas en detrimento de los que vengan. Nótese sino esta versión: el general Juan López, quien participó en la campaña militar contra Lucio Cabañas, a quien por cierto no bajaba de "bandolero" y "asaltacaminos" (ver Montemayor, 1991), estuvo 20 años después en los combates de enero contra los zapatistas; a la pregunta de cuál es la diferencia entre Lucio y los zapatistas, señala: "Aquellos no usaban a las mujeres, no se cubrían las caras, no eran criminales que

llevaban a la guerra a niños para que sean mártires. Aquellos eran mexicanos y hombres" (recuperado en Arvide, 1998, p. 61).

Los noventa. Cuando estalló la revuelta en 1994, con las versiones que de ésta se daban parecía que se regresaba a los setenta: se remarcó la idea de una conjura internacional, individuos apátridas manipulaban a los indefensos indígenas (Levario, 1999). Uno de esos exponentes fue el picaresco y actual senador por el PAN, Luis Pasos. Él fue uno de los que en su libro *¿Por qué Chiapas?* encontró una conjura marxista en la rebelión chiapaneca. Y después de que habían logrado esclarecer la legitimidad de su lucha a lo largo de 1994, el salinato heredó un conflicto al nuevo gobierno, que se estrenó con una crisis económica, de la cual, al final de su administración con fines de desgaste y deslegitimación, se culparía al zapatismo (ver Proceso, 1256), por el hecho de haberse desplegado más allá de los cuatro municipios en que se les quería arrinconar discursivamente. Cerca de dos meses después de este acontecimiento, los zapatistas pasaron a ser, desde la perspectiva del gobierno de Ernesto Zedillo, unos terroristas, pues con esos cargos, entre otros, se consignó a los "presuntos dirigentes" de la organización. Con ese argumento se desplegó el Ejército para capturar al *subcomandante Marcos*. Ya no eran más los interlocutores del gobierno para la resolución de un conflicto que había reconocido el primer representante gubernamental ante el diálogo; ahora eran sujetos de la "aplicación de la ley". Con ese mismo cargo de terrorismo tiempo después serían condenados a varios años de prisión dos de los detenidos en febrero de 1995, Elorriaga y Etzin; la condena se dictaba justo cuando se desarrollaba el diálogo entre el gobierno y el EZLN. La pregunta que surgía era: si a los zapatistas se les consideraba terroristas, por qué el gobierno mexicano estaba negociando con ellos? ¿reconocía la existencia de terrorismo en su territorio? (Hernández Navarro, 1997). Los indígenas manipulables ya tenían entes empíricos que los manipulaban, y eran unos terroristas.

El argumento que se esgrimía en 1996 para calificar y actuar en consecuencia con los eperristas, se desplazaba hacia los zapatistas; en ese momento, desde la actuación gubernamental, se borraban las pretensiones de la división entre "guerrilla buena" y guerrilla mala". Si los zapatistas habían ganado cierta legitimidad, a base de aguantar las ofensivas del Ejército, de la actuación cada vez más creciente de los paramilitares, de su persistencia en el diálogo como vía de solución al conflicto, al Ejército Popular Revolucionario no le iría nada bien en la campaña por desprestigiarlos.

Después de la matanza de Aguas Blancas, y antes del surgimiento de la guerrilla en Guerrero, Rubén Figueroa negó lo mismo que había negado su par en Chiapas: que en el estado que él gobernaba no había guerrilla. Declaró: en Guerrero "no tenemos constancia de que exista la guerrilla" (Gutiérrez, 1995, p. 16), no obstante que actuaba con obsesión, como si ésta existiera, y acusaba con insistencia a militantes perredistas e integrantes de la Organización Campesina de la Sierra del Sur de ser guerrilleros; haciendo uso del tema en casos de conflicto político (ver Gutiérrez, 1996). Pero cuando en junio de 1996 la guerrilla hizo acto de presencia, no se pudo ocultar más la existencia de ésta, muy a pesar de la declaración del entonces secretario de Gobernación, Emilio Chuayffet, quien afirmaba que el EPR era una "pantomima" (ver La Jornada, 30/06/96; 15/08/96), frase que retomó de la declaración de Cuauhtémoc Cárdenas, quien se encontraba en el lugar de la presentación del grupo armado. En agosto de ese año, cuando el EPR todavía no había mostrado su poderío militar, el alcance de sus acciones, el analista Rodrigo Morales (1996) aseguraba:

"La reaparición pública del EPR bajo un formato que parece alejarlo de toda pantomima y acercarlo a las prácticas y discursos de la guerrilla más tradicional, es un hecho que debería ser tomado en cuenta. Distante de la poesía por convicción, la dirigencia del EPR reclama para sí no sólo el duro lenguaje de las cruzadas revolucionarias, sino las prácticas de quienes dicen haber estado más de 20 años en la clandestinidad" (p. 8). Pero, asimismo, cuestiona: "la existencia de estrategias diferenciadas (diálogo para la guerrilla originaria, militarización para la emergente) puede no ser sostenible en el tiempo" (p. 8). Lo cual parece reafirmarse cuatro años después.

Con el paso de los días la actuación de las armas eperristas se hizo evidente y su existencia cobraba forma. Se pasó entonces a la etapa de la descalificación: terroristas se les denominó, dadas las acciones desarrolladas. A mediados de agosto de ese año el secretario de Gobernación amenazaba: "ya sabemos quiénes son y por qué están actuando; sabemos que, bajo las tesis del foquismo, hoy aparecen armas en la Huasteca y mañana se ataca a miembros del Ejército en Atoyaquillo para dar la impresión de que se trata de un movimiento organizado, de un cuerpo paramilitar que no existe" (citado en Balboa y Chim, 1996, p. 3). Aseveró tener plenamente identificados a los líderes del EPR, que éste no contaba con una estructura militar y que se trataba de "dos o tres organizaciones" nada más, con el objetivo de crear un clima de inseguridad. "Esto es lo que constituye una pantomima" (p. 3); luego aseguró que el problema "se resolverá con la ley en la mano" (*idem*). Por su parte militares de alta jerarquía declaraban que no había más opción que combatir al EPR, "ponerles en la madre" aseguraba una alta fuente del Ejército mexicano (La Jornada, 14/08/96). Esa misma fuente aseguró que si bien el EPR no está integrado por "políticos resentidos", sí lo estaba "por personas resentidas" de movimientos urbanos que "tradicionalmente han sostenido métodos marginales de lucha social" (Aranda, 1996a, p. 8), lo cual por supuesto merma su credibilidad, o cuando menos eso se pretendía con tales declaraciones. Y por el tipo de armas que usan, el mismo informante los señala como "traficantes locales", no obstante declarar que los enfrentará militarmente: "En este asunto no podemos andar con medias tintas" (p. 8). Otra alta fuente del Ejército advirtió que el EPR podría ser un "buscapiés" de algún grupo interesado en desestabilizar políticamente al país (Aranda, 1996a, p. 5), y que además no pasan de un centenar de integrantes, luego de acusarlos de "terroristas". Esas declaraciones "duras" se acompañaban de acciones que intentaban ligar a organizaciones sociales y al Partido de la Revolución Democrática con la guerrilla, entre ellos a un diputado local. De estas acusaciones se desprendieron varias aprehensiones de militantes del PRD a quienes se les imputaba pertenecer al EPR (La Jornada, 09/08/96): Los miembros de organizaciones políticas como el FAC-MLN hablaban de listas negras para detener a disidentes políticos (La Jornada, 19/08/96). Era parte del fenómeno de ideologización, en el que de paso se llevaban a un partido político al que constantemente se le ha endosado el signo de ser violento.

En una mezcla de desesperación y ejercicio amenazante el gobernador de Oaxaca, Diódoro Carrasco, "solicitó" a los periodistas, a través de un programa de radio, que no jugaran al héroe, "Ni podemos jugar a ponernos medallas, ni podemos jugar al periodismo crítico, independiente, entendido incluso como el establecimiento de redes de complicidad" (La Jornada, 21/08/96, p. 9), en clara alusión a quienes criticaban las acciones militares que se emprendían en diversas zonas de su estado, con la justificación de búsqueda de miembros de la guerrilla, y llamó a los periodistas a denunciar las actividades del EPR "ante las autoridades competentes".

Como parte de la campaña que ya tomaba forma, en el sentido de ubicar al EPR como la "guerrilla mala", el obispo de Tapachula, Felipe Arizmendi declaró su oposición a que el gobierno federal ofreciera diálogo al EPR (La Jornada, 22/08/96): "No es conveniente ofrecerles la atención porque sería magnificarlos" aseguró. Y sobre el EZLN, a quien en un inicio condenó y acusó de manipular a indígenas, dos y medio años después lo describe así: "tuvo una preparación muy seria y tiene una base social muy grande" (p. 8), argumento que se utilizaba para minimizar al EPR pues éste es "un grupo de personas aisladas". Tres días después de esa declaración, otro obispo de Chiapas, Samuel Ruiz, la Comisión Nacional de Intermediación, y otras ONG's demandaban sensatamente que se estableciera un diálogo entre el gobierno y los eperistas, en el marco de un diálogo nacional (La Jornada, 25/08/96).

Por otra parte, en su informe del primero de septiembre de 1996 (La Jornada, 02/09/96) el Presidente Ernesto Zedillo anunció, en referencia al EPR y sus acciones armadas de días pasados: "el poder político se disputa con las reglas de la democracia, no con la irracionalidad del terrorismo" (p. 3). Además sentenció: "Perseguiremos cada acto terrorista con toda nuestra capacidad y aplicando todo el rigor de la ley... actuaremos con toda la fuerza del estado" (p. 3). Y condenó las "intentionas caducas". Esa fue la estrategia discursiva y militar que desarrolló el gobierno federal contra el EPR, y es la que su sucesor, Vicente Fox, no desea abandonar, al negar el diálogo con el EPR y sus diferentes escisiones (ver Venegas, 2000), al declarar que frente al EPR no tendrá concesiones y buscará "erradicarlo" (p. 6). Tal situación de ideologización el asesor de los zapatistas, Luis Hernández Navarro (1996), la señalaba a mediados de 1996 de una manera muy clara: "la respuesta gubernamental ante el EPR —más militarización y descalificación verbal— son completamente desafortunadas. El EPR representa —más allá de su proyecto— el retorno de todo aquello que no ha sido solucionado durante años por el gobierno mexicano: la pobreza, la exclusión, la falta de democracia. Sólo que, como sucede con todo lo que no se resuelve en su momento, agravado. La escalada represiva en su contra no hará sino hacer peor las cosas" (p. 11). El colmo de la denegación, es negar la existencia de otros grupos armados diferentes al EZLN, al EPR y al Ejército Revolucionario del Pueblo Insurgente (ERPI), a pesar de las acciones armadas de cuando menos cinco de ellos en diferentes partes del país (ver CIEPAC, 2000).

Si la negación de la existencia de guerrilla en Chiapas a mediados de 1993 correspondió a que el Congreso estadounidense discutía por esos tiempos la aprobación del TLC, y el gobierno mexicano no quería dar argumentos a los congresistas del país vecino para bloquear tal aprobación (Womack Jr., 1998), ahora tal parece que lo que se pretende es introducir a los grupos armados no en una lógica de guerrilla, pues de algún modo está categoría les otorga cierta legitimidad, sino en una categoría que permita en algún momento no entablar negociación alguna con ellos, e incluso llegar al límite de la intervención militar para garantizar las inversiones extranjeras en lugares "pacificados", libres de guerrillas, pues si estas no existen ni en los discursos de gobierno, su aniquilación bien puede pasar desapercibida.

Cuando menos esa lógica imperó durante las administraciones priistas, en las que se negó sistemáticamente una guerra que padecían los campesinos indígenas del estado de Chiapas. Con declaraciones se pretendía crear otra realidad, diferente a la vivenciada por las bases de apoyo zapatistas. El gobernador de Chiapas, ante la pregunta insistente de una periodista (Aguilar, 1998c) declaraba: "En Chiapas no hay guerra, eso sólo está en la imaginación de los novelistas. Tampoco es cierto que los problemas por los que atraviesa Chiapas se resuelvan en el Distrito Federal. Las cosas han cambiado, era impropio que

el gobierno federal y el EZLN estuvieran discutiendo sobre el futuro de los chiapanecos" (p. 34), justificando de esta manera la ausencia de diálogo entre las partes. Y cuando se le insistía sobre la presencia militar, Albores respondía: "Siento que con las elecciones algunas agrupaciones se van a poner muy nerviosas y a tratar de confundir a la opinión pública con argumentos o informaciones que no están apegadas a la realidad. Chiapas sigue su vida normal. No hay incremento de las fuerzas militares en el estado más que aquellas que con un gran patriotismo y responsabilidad están sirviendo las zonas críticas de la entidad" (p. 35). Siempre se negó, vía declaraciones, la presencia por decenas de miles de soldados (sesenta mil indica Luis Javier Garrido, 2001) en la entidad; con ello se quería hacer creer a la población que en Chiapas se estaba dejando de lado la vía militar y se privilegiaba el diálogo.

Al respecto de esto último, en el mismo tono de construir una realidad discursivamente se movía el Presidente Ernesto Zedillo, quien en una conferencia de prensa en Madrid, España, señaló el asunto del diálogo con el EZLN como un asunto "muy menor", y que en una "perspectiva histórica, será un incidente" (p. 26). De manera inmediata recibió respuesta por parte del entonces senador por Chiapas y ex-miembro de la Cocopa y actual gobernador de ese estado, Pablo Salazar, quien aseguró que el Presidente hizo una desafortunada declaración "porque tendrá que explicar a los mexicanos ¿por qué hay tantos soldados en Chiapas y por qué gasta tanto dinero en publicidad en televisión si es que el diálogo no le importa" (p. 26). Desde que tomó el poder, Zedillo visitó decenas de veces Chiapas y estuvo en zonas que antes eran consideradas zapatistas, hasta que llegó el Ejército a presionar y se desplazaron a otras zonas los simpatizantes del EZLN. En esos viajes Zedillo fue enfático: "la única vía para solucionar todo conflicto" es el diálogo (p. 28). El 19 de mayo de 1998 expresó en San Cristóbal de las Casas: "el gobierno de la República está preparado para tender, como aquí se ha dicho, los puentes que propicien el diálogo y que lo sostengan hasta conseguir los acuerdos que nos exigen todos los chiapanecos y todos los mexicanos; el gobierno está preparado para superar la desconfianza que obstaculiza el diálogo" (p. 28). Sin embargo en poco tiempo la problemática que demandaba soluciones nacionales se volvió "un asunto muy menor" que pasará como "incidente" a la historia. Incluso, a unos días de dejar la presidencia concedió una entrevista televisiva en la que da cuenta de diversos asuntos de su mandato, entre los que se encuentra el caso Chiapas. En la conversación manifiesta que se decepcionó del EZLN y de Marcos, por haber "causado daños al país", y aseguró que "se han construido muchas historias, de que si fue el gobierno el que rompió el diálogo, de que si fue el gobierno el que no ha cumplido. Esto es absolutamente falso. El que rompió unilateralmente el diálogo fue el EZLN" (Proceso 1256, p. 15). Por la magia de las declaraciones, de los medios de comunicación, principalmente la televisión, se quería mostrar a un gobierno deseoso de construir una salida negociada en el conflicto de Chiapas, mientras se mantenía activa la vía militar (Montemayor, 1999a).

Con igual tono de cinismo, actuó Roberto Albores al declarar que "reconocía" la justeza de la lucha zapatista cuando surge: "La insurgencia social que hubo en Chiapas en el 94 es producto de una descomposición social y de la permanencia de estructuras en el estado" (Aguilar, 1998c, p. 36), pero acotando que tales condiciones ya no están presentes, pues ha mejorado la entidad, por lo que ya no hay razón para mantener las armas. Tal juego maniqueo de las declaraciones se inició desde su arribó al frente del ejecutivo local, momento en el que aseguraba que los zapatistas no pasaban de 300 integrantes; pero al montar la campaña de "desertores zapatistas" que regresaban a la "vida civil" llegó a anunciar hasta 20 mil zapatistas que habían entregado las armas (Proceso, 1209, p. 14). ¿De dónde saldrían tantos encapuchados?

De este "achicamiento" del conflicto que pretendía hacer el gobierno, tanto local como federal, del hecho que el gobierno federal quisiera reducir, mediante declaraciones, en territorio geográfico al zapatismo, se desprenden dos razonamientos importantes: la primera la ha denunciado constantemente el EZLN: que se conviertan en muestra de que sí se puede ser rebelde y realizar un trabajo político de largo alcance y entonces el ejemplo se multiplique; la segunda, es que al controlar cierto territorio los zapatistas pueden invitar a numerosas organizaciones nacionales e internacionales, por un lado, y por el otro al cambiarle los nombres a los municipios y desarrollar actividades totalmente diferentes a las de antes de 1994, se pudiera transformar en "un territorio verdaderamente distinto" (Montemayor, 1997). Eso por supuesto no lo podía permitir el gobierno, de ahí que insistiera en que el conflicto se reducía a "cuatro municipios", que en diciembre de 1994 el EZLN mostró que eran 38 y al paso del tiempo que su lucha tenía un alcance nacional, e incluso internacional. Declaraciones (gubernamentales) *versus* realizaciones zapatistas, podría rezar el título de estas dos lógicas.

En sentido estricto, lo hecho y dicho por funcionarios, militares de alto rango, gobernadores y ex-gobernadores, y lo declarado por el Presidente Ernesto Zedillo en Venezuela, cuando acusó al EZLN como un grupo paramilitar (Arvide, 1998), en nada ayudó, durante siete años, a la solución del conflicto.

2 ... Politización guerrillera

Cuando los grupos armados exigen un trato igual para mexicanos que el dado a los extranjeros, cuando reclaman tierras para trabajarla y libertad para elegir a sus gobernantes, cuando reclaman un espacio para vivir como iguales a inicios de siglo; cuando se pretende tomar "al cielo por asalto" y plasmar los anhelos de justicia, cuando se pretende transformar la realidad porque en la que se vive ya no funciona para la sana convivencia, cuando se toman las armas en la sierra como forma de sobrevivencia a la violencia institucional, y se reclama a base de tiros un espacio para los pobres, que ya no se quiere que sigan siendo pobres y vivir como humanos en las décadas de los sesenta y setenta; cuando se toman las armas para hacerse escuchar ante los oídos sordos de los gobernantes, cuando se anuncia que las armas son el "último" y no el único camino, y se está dispuesto a abandonarlo si se muestra que otros son más viables, cuando se lucha por la conquista de un pedazo de historia y se trata de construir "un mundo donde quepan muchos mundos", y que no se imponga una sola versión de los acontecimientos, de la vida, de la existencia, de la realidad, entonces, psicopolíticamente se podría hablar de elementos que entran en el proceso de politización; el revés de la ideologización.

2. 1 Concepción psicopolítica

Contraria a la ideologización encontramos a la politización (Fernández Christlieb, 1986; 1987; 1991a), cuyo proceso opera en forma inversa a la ideologización, en el sentido de que *"aquello que es privado se haga público"* (1987, p. 92), que lo incomunicable se haga comunicable y que las experiencias que se detentan como privadas o personales pasen a la esfera pública para su debate y compartición (1991a). En una lógica psicopolítica, de

intersubjetividad, "el proceso politizador consiste en una actividad de simbolización y resimbolización, significación y resignificación; es decir, construir símbolos para las experiencias que no lo tienen o que lo han perdido, y por contraparte, darle significado a los símbolos que carecen de él. Se trata de hacer expresable, transmitible, interpretable, lo inexpressado, intransmitido, ininterpretado; inteligible lo ininteligible" (1987, p. 92). Lo cual, por cierto, se construye de manera colectiva (1991). Si el primer proceso, el de la ideologización "tiende a reducir el ámbito de la experiencia social", el segundo, el de la politización "tiende a pluralizarlo" (1987). El proceso de politización, visto desde la psicología política, no es otra cosa que una "reflexión de la vida cotidiana sobre sí misma" (p. 93), que implica posicionarse, unas veces desde adentro y otras veces desde afuera.

Siguiendo esta línea, la función de la psicología política consiste en "analizar las condiciones y propiedades de la tensión entre lo comunicable y lo incomunicable, así como el análisis de los procesos de conversión o tránsito entre lo uno y lo otro" (1986, pp. 19-20), partiendo del entendido de que hay un "encogimiento" de la realidad; *i. e.* cada vez se entienden menos cosas y la conciencia, todo parece indicar, no da para mucho. Consecuentemente, la psicología política tendría como función "investigar cómo se encoge y, sobre todo, cómo se puede ampliar esta conciencia" (p. 20). Ésta sería la primera función de la psicología política. La segunda función consistiría en "el análisis de los procesos de conversión de lo público en privado y viceversa", en este último caso el enriquecimiento de la esfera pública. Una tercera función sería "el análisis de las condiciones, procesos y posibilidades de comunicación de la sociedad consigo misma" (p. 24). En todo caso, con estas tres funciones, la psicología política trabajaría sobre la imposición de una visión de la realidad versus la pluralización de ésta, que constituiría el acto de politización.

A decir de Fernández Christlieb (1986) en la realidad se pueden reconocer tres niveles de comunicabilidad, a) el personal, b) el interactivo y c) el cultural. En el primero existe lo incomunicable, representado por lo inobjetivable: aquellas experiencias que no se pueden tener, reconstruir o nombrar; pero también existe lo objetivable, es decir, experiencias que el sujeto ha tenido y que sí reconoce y nombra, una especie de diálogo interior, que para los otros es monólogo; por lo que se vuelve incomunicable en el siguiente nivel (interactivo), a eso se hace referencia socialmente como secretos, o experiencias que por tabúes o normas no son exteriorizados. Pero en este nivel, interactivo, también existe lo comunicable, representado por los contenidos transpersonales, lo que se puede compartir: las conversaciones de grupos pequeños y primarios. Sin embargo, estos eventos, charlas, y comparticiones resultan incomunicables para el siguiente nivel, el cultural, por considerarlos de la "vida privada" (ver 1991); y lo que se representa en el nivel de lo comunicable es lo que se ha denominado de interés público, la llamada "opinión pública" que a últimas fechas ha devenido en un espacio de dominio de los medios masivos de información y de las instituciones (Fernández Christlieb, 1986; 1987).

Una acotación pertinente para el caso de la politización tiene que aclarar que no se trata de una politización en el sentido de la geometría política tradicional, *i. e.* que por ser de izquierda es politización y por ser de derecha es ideologización. No es esa la lógica que impera en esta propuesta, puesto que "si el fin de la politización se entiende como el enriquecimiento comunicativo de la sociedad, teóricamente no ha de importar tanto el contenido de lo politizable como el hecho de su politización; de aquí se sigue que no importan los signos adscritos (izquierda o derecha) a los grupos activos, puesto que toda vez que se presentan planteamientos alternativos, están actuando como sujetos de politización" (1987, p. 92). Ello, por supuesto, con otra aclaración: las visiones que se autoproclaman

como las únicas, verdaderas, más viable, y excluyen a las diferentes, no están viajando en el sentido de la pluralidad apuntada, sino más bien al "encogimiento" de ésta, puesto que están ideologizando, que en sentido estricto es lo que hacen las posturas autoritarias, no importando su signo, pues las hay de derecha o de izquierda como los otrora socialismos autoritarios.

En tanto que el objetivo de la politización es "el de ampliar la esfera pública, de manera que sea capaz de aceptar y tematizar los acontecimientos que a la fecha se encuentran relegados a lo privado, esto es, que sea posible, en última instancia, someter a diálogo político, abierto e irrestricto, cualquier propuesta (v. gr.: ideas, sentimientos, necesidades, visiones del mundo) de cualquier sujeto social -individuo, grupo, masa-, con el fin de considerarla para su aceptación o rechazo consensuales" (1986, p. 22), y en esta perspectiva cabe considerar a "todas las modalidades concebibles de la creatividad" (1987, p. 94), y el enriquecimiento de la sociedad (1986). Dicho proceso de politización se ha efectuado en el siglo XX a través de varios movimientos culturales y de protesta, el movimiento juvenil y estudiantil, la teología de la liberación, la resistencia cultural, así como los movimientos urbanos y de liberación nacional que cuentan con el apoyo popular (es decir, que tienen a la cultura cotidiana de su lado), y presentan, por ejemplo, "ineludiblemente rasgos del recurso de asombro que pueden ser documentados por análisis concretos y por la mitología anecdótica que aducen" (p. 96). Los rasgos empíricos del proceso de politización se encuentran también en otros grupos y movimientos sociales con incidencia social, tal es el caso del surrealismo, la bauhaus, el freudomarxismo, el boom latinoamericano, el feminismo, el movimiento gay, entre otros (1986). En todo este espectro de sujetos sociales se enfocaría la psicología política, "aún cuando por razones del carácter inédito y novedoso del acto de politizar, el análisis debe ser, sobre todo, programático y atendiendo a sujetos y eventos potenciales" (p. 24).

Finalmente, Fernández Christlieb (1987) asegura que muchos de estos movimientos tienen un inicio en la esfera privada y participan pocos, y es por medio de la "redefinición de símbolos (arte, mujer, sexualidad)" que han trascendido a lo público y han transformado la esfera social. En nuestro contexto, dadas "las características de las sociedades presentes, puede suponerse que las transformaciones por venir provendrán de movimientos culturales, donde se incluyen, en el caso latinoamericano, desde la literatura actual hasta las movilizaciones civiles" (p. 92). Éste resulta, a la luz de los acontecimientos, un dato relevante puesto que en el caso de nuestro país el movimiento zapatista ha logrado justamente esto: pegar en la esfera social, y por tanto del poder y de la ideologización, resignificando procesos, terminología y la propia cultura (política y no) del país.

2. 2 Discurso y actuación de la guerrilla

Las posibilidades de que un grupo armado se proyecte más allá del lugar donde ha aparecido y gane las simpatías de la población, dependerá en buena medida de la legitimidad de sus demandas, de los métodos usados y de la eficacia en su estrategia de comunicación, entre otros factores. Si un grupo rebelde ha conquistado a un sector amplio de la población de su estado o del país donde opera, estará en la antesala de una victoria política, victoria que no tiene marcha atrás, aunque se derrote militarmente al grupo guerrillero que la ha ocasionado. Ello se debe en buena medida a que la gente ya se ha "contaminado" del sentir de los rebeldes, quienes han mostrado que si bien la vía de la que

han hecho uso puede ser cuestionada, no así las causas ni las demandas que giran sobre su levantamiento en armas: "podrán cuestionar el camino, pero no las causas", enunció el zapatismo al momento de ser interrogado sobre su lucha en los primeros días de enero de 1994. El *subcomandante Marcos* lo expresaría en los siguientes términos: "el problema de la guerra no es un problema de armas, no es un problema de quien tiene más armas, más hombres o más balas; es un problema de quién tiene la razón... (y) lo decisivo en una guerra no es el enfrentamiento militar, sino la política que se pone en juego en ese enfrentamiento" (en *La Jornada*, 19/01/94; ver también EZLN. Documentos..., 1995).

En efecto, en el terreno de lo político, de lo público, de la discusión de muchos, como etimológicamente se define a la política, es el espacio, el lugar y la forma de dirimir, paradójicamente, lo militar, la lucha armada: quién logre convencer al público, en este caso a la sociedad, de la viabilidad de su discurso, de sus actos y de sus demandas, resultará triunfante en la contienda que con balas se ha iniciado. Y eso parece haber ocurrido con el zapatismo desde tiempo atrás. Cuestión de revisar los múltiples materiales que sobre tal cuestión se han publicado (ver Le Bot, 1997; 2001; Montemayor, 1997; Avilés y Mina, 1997; Galeano, 1997; Grange y Rico, 1997; Levario, 1999; Meza, 2001). "Por primera vez desde el mundo tecnológico actual, algunos pobres diablos podían gritar su verdad, sin que sobre sus voces se impusieran las de quienes causaron su marginación. Una realidad nueva, la de poder escuchar la voz de quien ha sido olvidado desde hace siglos en las vísceras de la historia y ahora reclama sus derechos no sólo con fusiles de madera y bandoleras de revolucionarios de principios de siglo, sino con la fuerza de sus propias denuncias y de las ideas que ofrece tanto a México como a un mundo necesitado de valores" (Avilés y Mina, 1997, p. 19).

Hay quienes apuntan, más empíricamente, el impacto de la revuelta zapatista en tres áreas (Aguilera, 1999): la política, la simbólica y la estratégica. En el primer caso el zapatismo "transformó los tiempos de una transición anquilosada: ayudó a terminar el gatopardismo. Le infundió al proceso político un sentido de apremio que hasta entonces estaba ausente. Hizo evidente que el camino de la liberalización que México había seguido hasta 1994 estaba agotado" (p. 49). El zapatismo acabó con el mito de la paz social y aceleró los tiempos políticos nacionales, y la justicia social es parte, nuevamente, de la agenda de amplios sectores políticos. En el segundo caso, reabrió el expediente revolucionario, cuyo "ejemplo ha sido seguido por otros grupos inconformes, irónicamente sin la bendición de los zapatistas. Si la vía guerrillera era un callejón sin salida en los setenta, a finales de siglo es una insensatez nostálgica" (p. 50). En el tercer caso, el camino de la búsqueda de la paz, se plasma en el terreno de lo no antes tenido: no la ausencia de guerra (declarada), sino una paz con justicia y dignidad, donde se pueda vivir como ser humano.

Pero todo ello es producto de una especie de fusión o transmutación que el zapatismo experimentó en sus años de preparación.

La entrada a lo diferente. Los propios zapatistas, de manera principal un no indígena, el *subcomandante Marcos*, y varios autores (Tello, 1995; Le Bot, 1997; Grange y Rico, 1997; Montemayor, 1997; 1999b) han señalado insistentemente los rasgos marcadamente marxistas y de guerrilla clásica que arribó a la selva lacandona. Para Tello Díaz (1998) los indígenas durante los años de clandestinidad del zapatismo, estuvieron subordinados a un proyecto de liberación nacional, pues desde esa perspectiva se sabía que la solución de sus

problemáticas pasaba necesariamente por el triunfo de una revolución, toda vez que sus problemas eran los mismos que el resto de los pobres del país. Prueba de ello es que en las "Leyes Revolucionarias" dadas a conocer en *El Despertador Mexicano* 1 los zapatistas proponen cosas sobre los trabajadores, sobre las mujeres, sobre la reforma agraria, sobre la seguridad social y la justicia, pero no dicen nada sobre los indígenas. En síntesis, quienes se levantan en armas, los indígenas, no lo hacen como tal, sino por su condición de pobres, afirma el historiador.

Pero el núcleo inicial que se introduce en la Selva Lacandona no permanece con el proyecto original, de alguna manera se "contamina" del pensamiento del grupo con el que trabajan: las comunidades indígenas (ver Fazio, 1996; Le Bot, 1997; Mitterrand, 1997). Sufre una transformación involuntaria (Le Bot, 1997) que lleva a los guerrilleros a concebir el proyecto con una amplitud mayor, más allá de los esquemas inicialmente planteados. La visión que del mundo tienen las comunidades indígenas se plasmó en los nuevos planteamientos zapatistas que se presentaron después de 1994: los zapatistas adoptaron los rasgos de los indígenas, muchos de sus atributos, su lenguaje, entre otras cosas. El propio Marcos lo hacía ante los medios. Tello Díaz (1998) sintetiza: "Pocas rebeliones han dejado imágenes y palabras tan bellas como las del EZLN... Las imágenes y las palabras estaban en un principio respaldadas por el fuego de la insurrección, por la sangre de todos aquellos que murieron en combate" (pp. 33-34). Los zapatistas encontraron en los indígenas, dice el autor, en la lucha por sus derechos, lo que tanta falta les hacía: un proyecto, viable, serio, pensado con responsabilidad y apoyado por una parte de la población. "El EZLN, al final, dejó de luchar por la Revolución para celebrar, en su lugar, la Fiesta de la Revolución" (p. 34). La fusión de dos perspectivas, la guerrillera y la indígena se mostraba ante el mundo, tomaba las calles, las ciudades, y asaltaba el pensamiento social.

El producto: la diferencia: En sentido estricto, el levantamiento armado del primero de enero de 1994, no es otra cosa que "la insurgencia de los excluidos", constituye "el primer intento de revolución social" después de la posguerra fría, y ésta es sobre todo "una rebelión de los excluidos —cuando la exclusión social constituye uno de los hechos dominantes de la reconversión capitalista" (Ezcurra, 1994, p. 39) en prácticamente todo el mundo. Sus alcances, por ese solo hecho son globales, dentro de la globalización. Los rebeldes ponen en "entredicho" al neoliberalismo. Para Ezcurra el zapatismo es un "movimiento profundamente original" cuyas características básicas son: el descartarse a sí mismo como la vanguardia revolucionaria que prácticamente todos los movimientos armados habían predicado en Centroamérica y en México, y por lo tanto no imponer una sola versión de la realidad; la flexibilidad política que muestra, según la autora, al admitir que no estaban preparados para el diálogo, sino más bien para la guerra: "Nosotros hemos pasado muy rápido a una fase para la cual no estábamos preparados: el diálogo —dice Marcos—. Estábamos preparados para un proceso largo de guerra de desgaste, de choques militares, de disputa política por los poblados, de lucha ideológica" (p. 45). También se puede ver este rasgo en la noción que expresan de patria, la que los había abandonado y a la que apelan al encontrar una bandera arribada en el palacio municipal de San Cristóbal; asimismo está la ética de entrega de sacrificio por los desposeídos; por otro lado está la recuperación del pasado, de las tradiciones nacionales de lucha, y ponen en primer plano a Zapata.

Estos elementos se plasman en el momento que los encapuchados deciden que se comunicarán con la sociedad; que darán a conocer sus puntos de vista, y lo hacen a través

de la escritura, de sus comunicados, que de alguna manera es el reflejo de su pensamiento. El escritor Federico Campbell (1994) al respecto apunta: "Los comunicados del EZLN y el lenguaje (cartas, entrevistas) del subcomandante Marcos han venido a cambiar las reglas del juego y los códigos de comunicación e interpretación con los que normalmente se entendían o se confundían los productores y los receptores de la palabra política. Han venido a llenar de contenido el discurso político que estaba vacío y desde hace muchos años languidecía en una retórica de significantes huecos y de mentiras. Han confirmado cuál es la palabra que tiene verdadero poder de comunicación: la palabra de la verdad, que es la que verdaderamente le pega al imaginario colectivo" (p. 175). Esto es, el zapatismo ha politizado la realidad, resignificando viejos términos y procesos ya desgastados y sin significado que generara sentido a quien iban dirigidos, y con ello ha ampliado la comunicación y construido nuevos escenarios de participación psicopolítica; quizá, desde la psicología política, sea la contribución mayor de este grupo de encapuchados. "El suyo -continúa el autor- es un discurso de estructura simbólica... tiene relación directa con el mito y por ello ni los intelectuales ni los políticos han podido descifrarlo; porque viene cargado de la escatología cristiana de San Agustín, tiene un aire del Popol Vuh y un eco de Chilam Balam de Chumayel, de los muertos de Juan Rufo, y se vale del cambio del sujeto hablante como en la novela de James Joyce: pasa del yo de los zapatistas al yo de Marcos, sin que haya hablante fijo" (p. 175). Ese proceso de politización, con el enriquecimiento de diferenciados referentes, introducidos al momento de dar cuenta de su condición cultural, de sus posturas, de sus condiciones de vida, de sus propuestas, entre tantas cosas, son las que han enriquecido la visión que de lo político se tenía. De ahí que Campbell advierta que éste "no sea un discurso político. Es un discurso literario. Y por eso ha dejado a la víbora cascabeleando" (*idem*). Lo político en la nueva concepción resignificada y ampliada, muy poco o nada tiene que ver con lo expresado y actuado por la "clase política" que durante setenta años nos gobernó.

Y es que a decir de los propios rebeldes, el zapatismo original ha tenido que modificar su discurso, primero, cuando llegó a las montañas del sureste mexicano para comunicarse con los indígenas y, después, para comunicarse con la sociedad civil (Vázquez Montalbán, 1999); el estratega de los encapuchados lo plantea así: "Es más difícil hablar hacia fuera porque tenemos que traducir el lenguaje o el código básico de las comunidades para utilizarlo con el intercambio con el exterior. Por eso nos esforzamos por tener un lenguaje hacia la comunidad internacional, otro hacia la comunidad nacional, un lenguaje hacia los políticos, otro hacia la sociedad civil, pero siempre siendo fieles al lenguaje interno" (p. 140), un lenguaje de culturas ancestrales, las indígenas, específicamente la maya, cuya forma de comunicación, como toda buena comunicación que se digne serlo, contiene lenguaje e imágenes, lógica y estética, razón y afectos (Fernández Christlieb, 1991a). El propio *subcomandante Marcos* al momento de explicar la fusión de la guerrilla promarxista y el mundo indígena lo plantea en los siguientes términos: "la historia interna de las comunidades antes de nosotros, está llena de metáforas y de símbolos. Lo que nosotros hicimos fue incorporarlos" (en Vázquez Montalbán, 1999, p. 140), razón por la cual, cuando los rebeldes se expresan, ofrecen una "propuesta lingüística nueva, que se vale de metáforas indígenas, de la capacidad de representar mediante lo simbólico" (p. 142). Deviene en comunicación, no en información, que sería la parte privatizante de la primera Fernández Christlieb, 1991a), de ahí que no haya acartonamiento en el discurso de los rebeldes: siempre hay expectativa sobre lo que dirán en sus comunicados. "Lo que queremos -advierte *Marcos*- es darle a la palabra otro uso. No más allá del que tiene pero sí retomar el uso que había perdido. La palabra en política, y sobre todo en México, en la política mexicana había sufrido un desgaste continuo. Conceptos como patria, nación, revolución, cambio, justicia social,

libertad, democracia, estaban completamente vacíos. Lo que decidimos es darle un nuevo contexto y volverlos a nombrar. Recordar viejas cuestiones pendientes, recordar viejas deudas y llamar a la gente a trabajar sobre esos puntos. No pensamos que la palabra vaya produciendo una revolución, no le apostamos tanto. Pero si pensamos que la palabra puede producir reflexión, puede producir conciencia de lo que está ocurriendo. Cuando reutilizamos palabras como patria, democracia, libertad y justicia, conceptos que se manejan en el discurso del poder y en cualquier discurso político convencional, lo hicimos tal como las sienten e interpretan las comunidades indígenas respaldadas por la acción del EZLN. Se da paso a un nuevo significado, como si la palabra 'patria' fuera nueva y en ese juego más tarde coinciden los sectores urbanos que se acercan al zapatismo" (p. 142) y se produce un cierto sincretismo entre el lenguaje urbano y el indígena.

Tal pareciera que los zapatistas, y el *subcomandante Marcos*, leyeron la concepción que de politización se brinda desde los marcos de la psicología política, toda vez que su concepción del quehacer político no es otra cosa que el proceso que aquí hemos denominado politización: dotar de nuevos significados a viejos términos, otorgarles nuevos procesos a términos ya desgastados, y nuevos términos a procesos ya caducos o relegados; en síntesis, ampliar la comunicación y por tanto la realidad (Fernández Christlieb, 1986; 1987; 1991a). El zapatismo, dice *Marcos*, retoma términos que el sistema político mexicano había prostituido: nación, patria, libertad, democracia, justicia, y le otorgan, los cargan con otros significados. (Le Bot, 1997). Dicho proceso de politización se plasma en los escritos de los guerrilleros, a la vez que rompen esquemas sobre el discurso a que nos tenían acostumbrados los grupos armados de otros tiempos (v. gr. la segunda ola, algunos grupos que operan en la actualidad en otras latitudes como Colombia y Perú, y otras agrupaciones del propio país), de ahí que el propio Womack Jr. (1998), que no es del todo simpatizante de los chiapanecos, describa así los comunicados del EZLN: "electrónicos, juguetones, sarcásticos, poéticos, divertidos, narcisistas, mordaces, insinuadores, alusivos, elusivos, foucaultianos, realistas mágicos: el dialecto perfecto para el discurso contemporáneo y la negociación, no con un gobierno ni con movimientos rivales, sino a través de los medios de comunicación modernos con un público, en tanto que su mensaje no era la paz, la reconciliación ni la guerra, sino una argumentación interminable y seductora" (p. 80).

Aunque no sólo es en el terreno del discurso donde se presenta la amplitud de la propuesta zapatista, pues tiene que ver incluso con la actuación, con la forma de relacionarse con el contrario, con el adversario de clase, si de una lógica marxista se tratara. Como parte de la campaña de difusión para la realización de la consulta por los derechos indígenas que se celebró el 21 de marzo de 1999, delegaciones del EZLN se desplazaron por casi todo México; la delegación que estuvo en la capital del país visitó la Asamblea Legislativa, jugó un partido de fútbol con veteranos profesionales, desayunó en el Sanborns de Madero, donde los otrora zapatistas de principios de siglo se presentaron a manera de inauguración de la asistencia rebelde a tales sitios, y se reunieron con empresarios, periodistas, políticos y diplomáticos en el Club de Industriales en la ciudad de México (Correa y Corro, 1999). En medio de una comida la esposa del empresario Juan Sánchez Navarro, María Teresa Redo, cuestionó la utilización de las capuchas de los indígenas; Rosario Ibarra de Piedra salió al paso: "a veces, cuando les conocen la cara a estos indígenas, los asesinan o los desaparecen, como desaparecieron a mi hijo. Esas cosas quieren que olvidemos pero no las podemos olvidar. Es un pasado muy reciente y muy doloroso" (p. 28). El periodista Julio Sherer, dio su punto de vista: "Para mí, la capucha de ustedes representa un testimonio de valor. Si ustedes se la quitaran, serían seres anónimos que pasarían inadvertidos en

cualquier lugar. A ustedes los identifica la capucha, ustedes son personas fácilmente advertibles a partir de que tienen la capucha. Su capucha es su identidad" (p. 28). En efecto, habrá que admitir que los indígenas, zapatistas o no, parecían no existir, no eran tomados en cuenta hasta que se armaron y se posicionaron en varias ciudades chiapanecas con el rostro cubierto. La paradoja ellos mismos la han señalado: hasta que se cubrieron el rostro, tuvieron rostro.

Con el rostro cubierto se han desplazado por varias partes del país y de Europa, con la intención de aportar algo a la cultura política de nuestros tiempos, y en diversos casos han encontrado oídos receptivos. Lo que se juega en el actuar zapatista es algo más que la firma de la paz o la continuación de la guerra de exterminio que denuncian permanente mente de 1994 a la fecha. En la propuesta zapatista hay elementos de alcance mayor, que rebasa las fronteras, como toda comunicación y actuación politizante (ver Fernández Christlieb, 1991a) de los municipios o el estado en donde se les quiere enclaustrar y a los cuales se quiere circunscribir su actuación. De ahí que el politólogo y analista Luis Javier Garrido escribiera: en el diálogo —y negociación— de la catedral de San Cristóbal de las Casas en febrero de 1994, no se estaba decidiendo tan sólo un problema local, como algunos pretendían, tampoco se estaba reparando "un descuido", como sostenían otros, sino que se estaba "determinando, quiérase o no, el futuro de México. En un 'sistema' centralizado como el mexicano, todos los problemas son de índole nacional, y quien decide en una entidad federativa no es el gobierno local, que no tiene autonomía alguna, sino el gobierno federal, de tal manera que al negociarse las condiciones para la paz y la justicia en Chiapas, se pueden sentar las bases para que se inicie en México un proceso de transición a la democracia. En Chiapas se está jugando el destino nacional" (citado en Michel, 1998, p. 48). En efecto, la revuelta zapatista ha puesto en la mesa de discusión, entre otras cosas, la cuestión indígena, que sólo había forjado en parte una Premio Nobel de la Paz, la guatemalteca Rigoberta Menchú Tum, quien logró que en 1995 la ONU aprobara un decenio de lucha pro derechos de las poblaciones indígenas, a la vez que los medios volteaban y ponían cierta atención en viejos temas sistemáticamente eludidos (Avilés y Mina, 1997). Siete años después de iniciada la revuelta armada, los derechos y culturas indígenas tenían ya una aprobación pública que se mostró con la caravana zapatista por el reconocimiento de esos derechos y que concentró a cientos de miles de mexicanos a su paso, logrando, incluso, tomar la tribuna de la Cámara de Diputados: la hora de los pueblos indios parece llegar, como en otro momento llegaron los públicos, las masas y las minorías activas (ver Moscovici, 1983). Pero la lucha de los zapatistas no se circunscribe exclusivamente a la cuestión indígena, puesto que hay, para el diálogo con el gobierno, otras mesas pendientes donde se abordarán la reforma del Estado, la cuestión de la mujer, etcétera. Visto detenidamente, el zapatismo anuncia en primera instancia, la esperanza de ver que se reconozcan los derechos consagrados en la Constitución mexicana y que nunca han sido respetados (Avilés y Mina, 1997); y es a partir de su originalidad que "la revuelta de los mayas chiapanecos ha influido en forma importante en crear en el país los presupuestos para el nacimiento de una nueva conciencia" (p. 20). Todo un "boom", un explosivo en manos guerrilleras listo para estallar.

Por supuesto que eso lo saben el gobierno mexicano y de quien se depende financieramente; el riesgo de la presencia política de los zapatistas, en mayor medida que la militar, no es bien vista, puesto que se "contagia", se extiende, se expande por otros rumbos y se corre el riesgo de que el virus de la rebeldía se incube, y como la música de 6. 20, llegue para quedarse. Chomsky, ha reflexionado al respecto: "El gobierno estadounidense estaría

seguramente feliz si los suprimieran y, si es posible, mediante la violencia. Cuando los zapatistas aparecieron en enero de 1994 lograron desarrollar –de manera muy imaginativa– una presencia pública considerable dentro de México e, incluso, fuera. Esto hizo difícil para el gobierno mexicano entrar simplemente en la zona y –seguramente con el apoyo de Estados Unidos– destruirlos violentamente. Desde entonces ha habido un intento de desplazarlos de la opinión pública para que tales medidas puedan ser aplicadas... es muy importante mantener y, de hecho, extender la atención y preocupación pública, porque es la principal protección que tiene un movimiento popular frente a la destrucción" (1998, p. 151). Siguiendo con la reflexión, para este intelectual norteamericano "La liberación nacional es siempre viable. Los movimientos guerrilleros fueron una contribución útil a la liberación nacional en cuanto tenían raíces sociales. Cuando eran extensiones de las luchas populares, convertidas en luchas guerrilleras, en respuesta a la falta de voluntad de los poderosos de permitir la expansión de la justicia social, entonces sí, eran viables" (p. 151).

Este es, de alguna forma, el antecedente de la guerrilla zapatista, en tanto que lucha popular con amplio respaldo en el lugar del surgimiento, y mezcla de diversos puntos de vista y experimentación en el campo político, que va desde quienes han exigido crédito al gobierno para trabajar la tierra, hasta quienes han fincado la posibilidad del cambio social desde los sesenta en la vía armada, pasando por las movilizaciones campesinas. La confluencia de diversas perspectivas en un levantamiento armado, comunalidad finalmente de todos esos participantes, que permitió recoger el sentir de una amplia capa de la población, necesitados en su mayoría, ya sea económica, política o referencialmente, proyectó al zapatismo a grado tal que su lucha fue "generalizadamente reconocida", y al paso del tiempo se concebía como una guerra indígena y campesina enraizada en la miseria, la opresión política, la discriminación étnica y la violencia represiva sistemática" (Escurra, 1994, p. 47). De especial importancia para la psicología política, resulta el hecho de que con el arribo del zapatismo se fisuró la llamada "cultura de la desesperanza" que consistía en la creencia de que no existía alternativa (ver Martín-Baró, 1987b y 1987c), lo que se estaba enquistando en amplios sectores de la izquierda ya de por sí en crisis, y sobre todo, y más importante, en bastas capas de la población que requería un arrebato de plomo para salir del aletargamiento (Ezcurra, 1994): "El zapatismo es un movimiento que precisamente coloca un ¡ya basta! Y se constituye como la búsqueda de una alternativa, como la apertura de la esperanza" (p. 48). Por eso, cuando el gobierno federal trató de construir un cerco político al zapatismo, estos arremetieron con su "no nos dejen solos", y en la calle se respondió a gritos: "no están solos". Carlos Monsiváis lo pone en claro: "la gran virtud y el enorme riesgo del subcomandante Marcos es que no sólo es visto y aplaudido y censurado y tratado de 'héroe' o de 'payaso'. También es leído en serio, al grado de que hoy es, por el tiempo que dure, el interlocutor más constante de la opinión pública y una referencia inevitable de la sociedad civil... El EZLN conoce su ventaja: su lenguaje resuena porque corresponde al sentimiento... y a la indignación de todos los abandonos por el despegue, y de no pocos de los incluidos" (citado en p. 50). "Cuanto más fuerte resuena su voz en el mundo, menos impunidad tiene el poder" plantea ciertamente Eduardo Galeano (1997, p. 25), como anunciando: el proceso de politización, de hacer público lo que se pretende ocultar, esconder, privatizar (Fernández Christlieb, 1991a; 1997), es la clave del zapatismo a fines y principios de milenio.

Para Rascón (1998) fue "el destello de la rebelión indígena zapatista de enero del 94 el que lanzó a amplios sectores nacionales a remover escombros compuestos de prejuicios y dogmatismos que por cinco siglos nos mantuvieron fragmentados" (p. 10); "apenas ahora estamos recimentando nuestro concepto de nación desde una dimensión pluricultural y

diversa; estamos reaprendiendo a ser tolerantes y respetuosos de los diferentes" (p. 11). Para esta investigadora el levantamiento zapatista y su declaración de la selva Lacandona, tuvieron simpatías nacionales e internacionales "porque millones de seres humanos percibimos en ella la posibilidad de luchar juntos en la contención y, en el mejor de los casos, en la derrota total de un proyecto económico que nos han querido vender como el más apropiado para el desarrollo humano, pero que, en la práctica, ha demostrado su irracionalidad y carencia de viabilidad para resolver los inmensos rezagos económicos y sociales de la gran mayoría de los hombres y mujeres del mundo. Un mundo de opresión y explotación que siembra y cosecha sangre, muerte y destrucción" (p. 12). El movimiento indígena zapatista, en última instancia, "ha propiciado la recuperación de nuestra memoria histórica".

Con todas estas características, además de las que se han señalado en el apartado de influencia, es que se ha denominado a los zapatistas como una "guerrilla posmoderna" (ver Zaid, 1994; Bartra, 1997; Gaspar, 1998).

La segunda ola. Este proceso que se puede ver claramente en el desarrollo de la actuación zapatista tiene visos de asomo en los sesenta y setenta, toda vez que la guerrilla de Lucio Cabañas, dados sus componentes: raíces campesinas, con tradición comunalista, desarrolló ciertas características que aquí hemos denominado politización. El estudioso de Guerrero, Armando Bartra (1996) lo narra así: "Como todos los movimientos armados populares históricamente significativos, el que encabeza Cabañas es una mixtura de tradición y modernidad. La conciencia serrana guarda una larga memoria de alzamientos" (p. 138), y Lucio es un hombre de letras y ha interiorizado ideas guevaristas, como la del foco guerrillero, y maoístas de la guerra popular prolongada, aunque también entran en escena elementos de la memoria de los guerrerenses; el propio Lucio Cabañas lo manifiesta así: "Aquí había una concepción de que solamente con un levantamiento armado como el que hizo Vidales, y ayudados por algún general, se podía hacer la guerra. Por eso cada vez que llegábamos a un pueblo se nos acercaba un señor de experiencia y decía: 'oiga profe, ¿quién es el general que nos va ayudar?' Ellos estaban acostumbrados, desde la revolución, que vino Zapata... mandó armas, ayuda y todo para levantarse... 'Y cuándo es la fecha del levante. ¿Cuándo? -decían-. ¿Cuándo? Diga la fecha nomás'. Creían que era tipo Madero, que se manda un comunicado y el 20 de noviembre se levanta, se insurrecciona la gente. Pero ahora era otro estilo, al cual no le tenían fe... por eso es que nosotros no encontramos gente, de repente, para formar el grupo" (p. 138). Aunque con tiempo y paciencia el grupo se formó y armó. En un inicio son tres, después de dos años son nueve, y en cuatro años ya se cuentan quince. En tanto, en ese tiempo, la guerrilla "hace pueblo" organiza comités clandestinos en las comunidades. Para 1972, después de casi siete años, son ya treinta hombres y lo festejan emboscando un convoy militar. Más tarde suman ya 100 los hombres en el pequeño ejército y una brigada de setenta miembros.

Lucio Cabañas tenía clara la idea de que se encaminaban hacia una revolución y para ello requerían el apoyo de una gran parte de la población, de los obreros, de los campesinos, más allá de Guerrero; en fin, le apostaba a lo grande, y por eso también preveía la oposición de sectores empresariales, políticos, que denominaba reaccionarios, que se lanzaban en embestidas contra los guerrilleros, y les llamaban asaltantes, bandidos, asesinos, secuestradores (ver Montemayor, 1991). Al respecto Lucio comentaría: "Así son los reaccionarios. Así atacaban a Hidalgo, a Morelos, a Zapata, a todos. A nosotros también" (p.

246). Por ello tenía que desarrollar su lucha más allá del mero plomo, lo cual no resultó del todo exitoso. Pero de ahí aprenderían, y mucho, las guerrillas "posmodernas".

3 Encantamiento de la realidad: retórica, discurso y actuación de la guerrilla

Del proceso de politización que las guerrillas realizan, específicamente el zapatismo, se deriva una especie de "encantamiento" de la realidad (Fernández Christlieb, 1993), que no es otra cosa que el enriquecimiento de las diferentes visiones que del mundo se tienen, acompañadas de una nueva forma de relacionarse con éste. El encantamiento radica en que a la vez que se mira de distinta manera la realidad, se desprende una forma diferente de relacionarse con ésta, que a su vez deriva en las posibilidades de construcción de una nueva realidad; aderezado con la posibilidad de que en un mundo quepan muchos mundos (EZLN. Documentos..., 1997).

En efecto, los procesos de la politización permiten arribar a la percepción de y construcción de una realidad distinta, con una especie de mezcla entre lo viejo y lo nuevo: después de la muerte de Emiliano Zapata, los campesinos del estado de Morelos mantendrían viva su imagen al paso de los años. "Nunca lo dejarían morir" (Orellana, 1988). Hubo quienes le adjudicaron un valor sagrado; decían sobre él: "los hombres que son hombres deben morir para demostrar su hombría. Entonces para mí está muerto, él murió como Jesucristo; él murió para defender a la gente y Jesucristo así lo hizo, y es que designó su vida para que los demás se salvaran... si no hubiera muerto, la cosa no valdría" (p. 112). Estos elementos de reflexión, bien a bien, podrían estar en los cauces del método de la psicología política.

3.1 Presupuestos psicopolíticos

En tanto que el objetivo de la politización es "el de ampliar la esfera pública" mediante la tematización de los acontecimientos, todo tipo de acontecimientos, para someter a diálogo político, abierto e irrestricto, cualquier propuesta con el fin de considerarla para su aceptación o rechazo; que se muestren sus bondades o maldades, en tal caso se deben considerar "todas las modalidades concebibles de la creatividad" (Fernández Christlieb, 1987, p. 94), y el enriquecimiento de la sociedad (1986). Tal proceso de politización, como ya se mencionó, se puede encontrar en múltiples sucesos y movimientos de la historia de este siglo. Empero, para echar a andar el mencionado proceso de la politización, existe un método que posibilita que éste se conduzca por los cauces indicados; se requiere de una forma inventiva, que al igual que la teorización, invente la realidad y ésta sea de otro tinte. Si la Escuela de Ginebra, en psicología social propuso que la realidad psicosocial se abordará a partir de cuatro niveles, i) el intraindividual, ii) el interindividual, iii) el intergrupar y iv) el ideológico, con la pretensión de llegar al cuarto nivel partiendo del primero (ver Munné, 1985), aunque sin mucho éxito, para el caso de la realidad latinoamericana, advierte Fernández Christlieb (1987), la propuesta viajaría a la inversa, puesto que la realidad, tal cual se presenta, requiere de una psicología política que empiece por el nivel ideológico, cultural, es decir por el nivel socioestructural, para luego recurrir a los siguientes tres, asentando que "Después de todo, una psicología política trata de la incidencia en este cuarto nivel" (p. 79). De hecho, "Si

la psicología social es el análisis de una determinada dinámica de la sociedad, el momento de su psicología política es el del análisis de las posibilidades y condiciones de posibilidades de los diversos sujetos sociales (individuos, grupos, colectividades) en esta dinámica social" (*idem*), partiendo del presupuesto de que "la psicología política es una disciplina de creaciones, no una disciplina de descubrimientos; es cultura, no natura" (*idem*), como ya lo señalaba Moscovici.

Desde esta perspectiva, para la psicología política son de suma importancia tres elementos: *la intención poética* y el *recurso del asombro*, como posibilidades de la politización, y el *escenario*, como espacio público para efectuar lo anterior. En el caso de la intención poética, toda vez que la poesía es vista como "palabras cargadas de sentido" o "una incursión en lo inarticulado" (Fernández Christlieb, 1987): "lo que mediante la poetización se descubre y se nombra, sólo se hace posible en la condición y circunstancia de un interlocutor, de otro protagonista" (p. 93). Psicopolíticamente es lo que se denomina el "proceso politizador". En sentido estricto la intención poética se descubre como método de la psicología política (1986; 1987). En efecto, la tarea poética se arraiga en el sentido de la politización (1986), puesto que la poesía parece tener como función el nombrar el mundo social y vincular a sus protagonistas; al tiempo que crea un sentido por la vida, siendo también ésta la función de la comunicación: "acordar colectivamente las formas de definir al mundo y las formas de organizar la convivencia" (p. 23). Y cuando se hace poesía, aduce Fernández Christlieb (1987), se otorgan nuevos nombres a viejos significados y significados nuevos a viejos nombres; en suma, se reconstruye o amplía la comunicación. "Se trata evidentemente de la misma dinámica que la del proceso de politización, por lo que resulta verosímil concluir que la intención de la política es poética" (p. 94). El propio Heidegger siglos atrás lo había entendido de la misma manera al sentenciar: "lo que queda lo fundan los poetas" (citado en Vattimo, 1985, p. 66). De lo que se trata es de recrear, reconstruir la realidad, para que sea muy otra, partiendo de ciertos elementos ya presentes; de ello da cuenta otro psicólogo social, Shotter (1990), para quien "En cierto sentido, lo que debemos ser capaces de hacer como seres humanos es tomar aspectos vagos e informados de ese flujo de actividad y darles una formulación socialmente inteligible y legítima (que los haga útiles en algún sentido)" (p. 149).

El recurso del asombro se mueve en una lógica similar, la del encantamiento. Se parte de la consideración que la esfera pública, el ámbito de la cultura, de la política por ejemplo, está tan descargada o sobresaturada, según sea el caso, de símbolos, y por lo tanto, debido a esa saturación o ausencia de significados, no es capaz de incorporar nuevos planteamientos, sean estos privados u originales, puesto que resultan incomprensibles o son interpretados de manera estereotipada; *i. e.* son atravesados por la ideologización (Fernández Christlieb, 1987). Ante ello, como lo que se requiere es ser entendido, para que se pueda compartir, y no ser malinterpretado, los sujetos sociales deben, para insertarse en el ámbito de lo público e influir en él, realizar "una combinación de símbolos o significados en uso con significados o símbolos inéditos: una mezcla de lo cotidiano y lo no cotidiano" (p. 95). A este proceso se le denomina recurso del asombro, que no es otra cosa que reinterpretar la vida social y política, por ejemplo. En esta lógica se han movido los grandes movimientos de protesta, acompañándose de una moda y un estilo distintivo, y un proceso similar, sino es que el mismo, se puede encontrar en las minorías activas de Moscovici (1981) cuando su caracterización atraviesa por la innovación y la originalidad. En esta dinámica del recurso del asombro, Fernández Christlieb (1987) inserta a la memoria colectiva versus el olvido social, y en esa tesitura habrá que introducir a los *canales alternativos de expresión*, tal sería el caso

de las paredes impregnados de graffitis, la moda minoritaria, como el cuerpo en tanto canal de expresión, las marchas y las manifestaciones populares con su variedad de estilo. En todo ello se encuentra "el recurso que es acaso inmanente a la comunicación, el más disponible y el menos susceptible de ideologización: el *ludismo simbólico*, cuyos casos son el humor, la ironía, el juego de palabras" (p. 96).

Ahora bien, para que los dos primeros elementos, intención poética y recurso del asombro se ejerzan, se requiere de un escenario, que puede ser un lugar, un tiempo o un medio de expresión, y que puede estar constituido, en este caso, por el espacio público, en tanto que "en él confluyen lo público y lo privado, lo cotidiano y lo estructural, lo personal y lo político" (Fernández Christlieb, 1987, p. 97); a él llegan los individuos, los grupos, las masas, i. e., la pluralidad social. Por eso, es que se puede argumentar que al transformarse la ciudad se transforma la sociedad, se cambia su dinámica: "Aparentemente, ningún otro escenario presenta para la sociedad civil las posibilidades politizadoras del espacio público urbano. Los escenarios tradicionales de la vida pública, a saber, los medios masivos de información (prensa, televisión, etc.) o las instancias oficiales de decisión (parlamentos, congresos, etc.), están, por regla general, cerrados a la participación social real, ya sea porque su acceso es muy restringido, porque están detentados por grupos de poder" (*idem*). En contraparte con esta cerrazón de espacios, y por tanto achicamiento de la realidad, está la apertura, la ampliación de la realidad: "El papel empírico de la psicología política viene a ser el de la ampliación de esta esfera pública; en otras palabras, la comunicativización, la pluralización y el enriquecimiento simbólico de la sociedad" (1985, p. 7). Si a partir de su análisis teórico, la psicología social y política "logra idear métodos de politización o formular planteamientos politizables, que a su vez puedan ser retomados por otros sectores de la sociedad civil, estará asumiendo su papel de ciencia social, y los psicólogos sociales, su papel de agentes sociales. No lograrlo sería su criterio de falsabilidad" (*idem*).

3. 2 El asombro y la persuasión: originalidad e innovación

Si quisiera caracterizar al movimiento zapatista, Carr (1998) lo señalaría así: "Pronto fue claro que las características del movimiento zapatista y la lógica de la confrontación con el Estado habían creado un movimiento que rompió radicalmente con el modelo de los movimientos agrarios 'tradicionales' de fecha más temprana y con las luchas armadas explícitamente socialistas que convulsionaron a la América Central entre 1965 y 1991. No era el zapatista un movimiento de vanguardia que buscara hacerse con el poder. Y, aun con el carácter abrumadoramente indígena de su base social, tampoco era el EZLN un movimiento mesiánico en busca de la restauración de una utopía indígena. Más bien se trata de un movimiento social arrolladoramente finisecular, que basa su proyecto ideológico y político en el marco de una lucha por la democracia, la libertad y la dignidad humana y por acabar con el modelo económico dominante a fin de siglo, el neoliberalismo, al que los críticos mexicanos han llamado apropiadamente 'capitalismo salvaje' " (p. 5). La anterior podría ser una buena conclusión psicopolítica sobre la capacidad de originalidad e innovación que se deposita en el zapatismo, pero por una sola razón no lo es: no se explicitan los mecanismos psicopolíticos de tales procesos.

El zapatismo, si tiene una peculiaridad que lo deja fuera del grueso de los agrupamientos guerrilleros de otros tiempos y de este principio de milenio, es que tiene fuentes y exposiciones marcadamente diferenciadas, que tiene que ver mucho con su

antecedente en el mundo indígena (ver Le Bot, 1997; Mitterrand, 1997; Vázquez Montalbán, 1999), y el pensamiento que recorrió a sus integrantes en décadas atrás, por un lado (ver Tello, 1995; Oppenheimer, 1996; Retes, 2000), y por el otro el "encontronazo" con un sector no contemplado antes de iniciarse el conflicto: la sociedad civil, y sus exigencias para con las partes en el conflicto, que cuando menos el zapatismo supo escuchar e interpretar, para luego coludirse con ella (ver Monsiváis, 1994b; 1995a; Hernández Navarro, 1995). Han mostrado un cierto grado de ingeniosidad en su actuación en diferentes ámbitos: en las intervenciones de la mesa de negociación con el gobierno, en sus encuentros con la sociedad civil, en sus convocatorias, en sus comunicados, en los llamados para que gente de talla internacional los acompañe dentro o fuera de la selva; en el caso primero para seguridad de las comunidades, y en el segundo para seguridad de sus delegaciones que se despliegan por fuera del territorio chiapaneco. Mirado detenidamente, de lo que estamos viendo testigos en tales casos, es de la exteriorización de la originalidad e innovación que un grupo en armas ha estado desarrollando para comunicarse a la vez que transformando la realidad. Porque, en efecto, cuando los zapatistas anuncian sus próximos pasos, ciertos sectores de la sociedad se mueven y se estremecen otros tantos de la denominada clase política. Ello, en concreto sucedió cuando el anuncio del posicionamiento en 38 municipios en diciembre de 1994; de la marcha de las bases de apoyo en los inicios del segundo diálogo en 1995; de la salida de la *comandante Ramona* de territorio rebelde para asistir al Congreso Nacional Indígena, sesión primera, en 1996; cuando los 1111 representantes del EZLN marcharon a la ciudad de México en demanda del cumplimiento de lo firmado por el gobierno; cuando las delegaciones rebeldes se diseminaron por todo el territorio nacional para convocar a participar en la consulta por los derechos de los pueblos indígenas, y en últimas fechas cuando se anunció que una delegación de 23 *comandantes* y un *subcomandante* marcharía a la capital del país para tomar la tribuna de la Cámara de Diputados.

En todos estos actos ha estado presente el recurso del asombro, la capacidad de "encantar" al mundo, de ponerle nuevas formas a la realidad, de nombrarla de manera diferente, de interrogarse sobre sus causas, sobre sus problemas, sobre sus posibilidades y, entonces, proponer alternativas. No es gratuito que Descartes haya clasificado al asombro como una emoción básica y la definiera en los siguientes términos: "la súbita sorpresa del alma que la lleva a considerar con atención los objetos que le parecen raros o extraordinarios" (citado en Fernández Christlieb, 2000, p. 166). Esto es, hay que mirar la realidad de manera diferente. Eso lo entiende perfectamente el investigador Sergio de la Peña quien analizó una parte del levantamiento del primero de enero, y para quien "Los rifles de palo tuvieron gran efecto bélico porque arrojaron temibles balas imaginarias que tal vez hicieron más daño que las de a veras, y sin necesidad de matar a nadie" (1995, p. 6). Ahí hay asombro, toda vez que etimológicamente significa "causar admiración", "sorprenderse" (Gómez de Silva, 1985), generado por un puñado de indígenas con paliacates al rostro y rifles de palo; en una escena, en otra, algo más fuerte. Y es que los zapatistas han hecho uso de la política de la persuasión que, vista psicopolíticamente, "no se rige por la estética del parecido, de los estilos establecidos, sino por la *estética de la sorpresa*, frente a la cual se opacan, se obstaculizan todas las demás bellezas ya sabidas, y las realidades anteriores a la nueva realidad se hacen insípidas, aburridas, viejas" (Fernández Christlieb, 1991a). Por eso hay quienes sostienen que el EZLN ha vencido al gobierno mexicano, y no con las armas sino "usando la creatividad y la imaginación" pues han "rebasado y esquivado las medidas represivas del Estado" (Carr, 1998).

Efectivamente, los encapuchados han logrado impacto social, gracias a que han echado mano de la norma de la originalidad y la innovación (ver Moscovici, 1981) que permite lograr ciertos consensos combinando elementos viejos con elementos novedosos, sin que los primeros opaquen a los segundos, al contrario, los últimos deben sobresalir (Fernández Christlieb, 1991a). Tal trabajo de politización contiene tres elementos: i) tener algo que decir, ii) saber decirlo y exponerlo, y iii) ser oído por alguien receptivo; la parte sustancial de aquí es que lo que se exprese, lo que se ha hecho público, resulte a la luz de los acontecimientos, interesante, que la realidad nombrada emocione por sí misma, que persuada. Des esta forma "el acto de la persuasión es el acto de volver a inventar en público la misma invención hecha en privado, es hacer que se descubra un descubrimiento otra vez por primera vez" (p. 81); es una especie de luz que se arroja sobre un trozo de la realidad que no estaba allí antes, "es la iluminación de una imagen insólita" (*idem*). Y es que si etimológicamente original es lo "relativo al origen", al "principio inicial", también hace referencia a lo "nuevo" a lo "que no es copia", baste ver tal procedimiento al momento de la incorporación que de sujetos de museo, o del discurso vacío que había provocado el grupo en el poder, y que han sido revividos y reintroducidos en un nuevo proceso de politización de la realidad. Por citar un caso, resulta evidente el uso intensivo que del pasado y de los símbolos mexicanos han hecho los sublevados. "Figuras clave en la lectura nacionalista de la historia mexicana son constantemente invocados en las declaraciones zapatistas. De hecho, cada una de las cuatro Declaraciones de la Selva Lacandona (que marcan las etapas de la evolución del EZLN) comienzan con una referencia histórica a los héroes de la patria; la primera invoca a Hidalgo y a Morelos, la segunda comienza con un fragmento de una proclama de Zapata, la tercera con una cita de Juárez y la cuarta y más reciente utiliza otro extracto de Zapata, pero esta vez en náhuatl" (Carr, 1998, p. 8; ver también EZLN. Documentos..., 1994; 1995). En estricto sentido, y visto desde la psicología política: "La persuasión no muestra necesariamente cosas nuevas, sino el sentido de las cosas, que, por definición siempre es nuevo", por lo que el trabajo de ser atendido consiste "en que lo privado se haga público y lo público se haga insólito" (Fernández Christlieb, 1991a, p. 82). Insólito, entonces, no es el uso de la comunicación, sino que sea el vehículo por excelencia del cual haya hecho uso una guerrilla, y que además su gran "capacidad de desarrollar resonancias con movimientos sociales fuera de México ha sido asombrosa" (Carr, 1998, p. 11).

El asombro en parte se puede entender por estos elementos de originalidad e innovación que están presentes en el andar zapatista. Esta peculiaridad la ha señalado un estudioso también peculiar, de los últimos sociólogos marxistas y además norteamericanos, James Petras (1997), para quien en el zapatismo, como otros movimientos sociales de América Latina, "la religiosidad se funde con el marxismo de una forma sincrética, un proceso que no parece plantear ningún tipo de contradicción entre los líderes" (p. 64). Y es que a decir de varios autores (Tello, 1995; Grange y Rico, 1997; Le Bot, 1997; Mitterrand, 1997; Montemayor, 1997) el elemento religioso, desde donde se le vea está presente. Pero no sólo es la cuestión de la religión, que se podría caracterizar por dos aproximaciones: la versión del cristianismo comunitaria y la proyección de la teología de la liberación que profesa Samuel Ruiz en esas tierras. A esta consideración religiosa, habrá que sumarle para constituir una mayor originalidad, a decir de Legorreta (1998), la democracia o poder popular de las corrientes maoístas que provenientes del norte del país, se asentaron en territorio chiapaneco en la década de los setenta, y el proyecto originario de las Fuerzas de Liberación Nacional, antecedente político-militar del EZLN. Este eclecticismo místico, a decir de la autora, trae como resultado lo que en la actualidad conocemos como fenómeno zapatista. Vázquez Montalbán lo pondría en estos términos: "Lo de Chiapas ha sido el resultado del

encuentro de una izquierda deconstruida y de una Teología Indígena en plena construcción, de todos los naufragios de la filosofía igualitaristas, emancipativas y del personalismo cristiano evolucionado" (p. 229). Pero probablemente la mejor síntesis, por tener menos palabras, sea ésta: el zapatismo es resultado del "encuentro de la cultura emancipatoria revolucionaria con la cultura de la resistencia indígena" (p. 70).

Pero lo asombroso radica también en la peculiaridad de este grupo armado, que en términos de algunos de sus críticos es la siguiente: "La guerrilla más extravagante de América Latina, que ha conocido toda suerte de movimientos subversivos en los últimos sesenta años" que surgió "en el país donde menos se le esperaba". Y "resultaba anacrónica", en la medida en que la caída del muro de Berlín, el desmantelamiento de la Unión Soviética y el fracaso de la revolución sandinista en Nicaragua "parecían haber anulado toda posibilidad de recurrir a la lucha armada para cambiar un régimen político" (Grange y Rico, 1997, p. 294-295). Y quizá sea esto, en buena medida, que después de lo ocurrido en Europa y de la firma de Paz en Centroamérica (Carr, 1998) se presentara un movimiento como el zapatista, lo que "resucitó el entusiasmo y provocó una reflexión intensa a nivel internacional" (p. 11). Lo cual constituiría una anacronía doble, en tanto que México celebraba oficialmente ese día su paso del tercer al primer mundo con la entrada en vigor del TLC con Estados Unidos y Canadá. "Pero además era una guerrilla insólita, porque su jefe trufaba sus comunicados bélicos con largas citas literarias tomadas de los poetas republicanos españoles Miguel Hernández, León Felipe, Antonio Machado y Federico García Lorca, pero también de Cervantes, Shakespeare, de Baudelaire y de Paul Eluard. Insólita, en fin, porque el 'caballero guerrillero' había decidido conservar el anonimato, hecho sin precedentes en este tipo de organizaciones donde el culto a la personalidad sobrepasa a menudo al programa de acción, ya se trate de Lenin, Mao o Fidel. A diferencia de sus ilustres predecesores, el hombre que dirigía la toma de San Cristóbal tenía el rostro cubierto con un pasamontañas negro, que sólo dejaba asomar sus ojos y una nariz digna de Cyrano de Bergerac" (p. 295). Y además, tal personaje, expresaba y acotaba: "la dirección del movimiento es colectiva. La capucha es para que no haya protagonismo o *vedetaje*" (*idem*); lo cual finalmente no se logró.

El mejor epítome lo brinda muy bien, a su estilo, Yvon Le Bot (1997), para quien existen tres zapatismos: el primero, el que llega a las montañas a mediados de los ochenta; el segundo, que surge del primer núcleo armado que se sincretiza con los indígenas; y el tercero, el que surge del zapatismo en acción y que se topa con la sociedad civil. Este último, donde se incluyen los dos anteriores, "ha destruido la ilusión de que no había política democrática posible fuera de la que se inscribe entre los flujos y reflujos financieros. Ha disuelto la nube gris que había cubierto todo el planeta y que no nos permitía ver el horizonte. Abrió una brecha. Aunque les pese a los 'realistas' que viven en su burbuja, los zapatistas no han traído de regreso a La Realidad... La tarea que espera a los zapatistas no es la de demoler la antigua sociedad y un poder igualmente añejo, sino la de inventar una democracia que integre a todos los excluidos" (Le Bot, 1997, p. 117). Ese es el reto par una nueva realidad.

La actuación zapatista, en última instancia, posibilita otra aproximación a la realidad, y con ello otra realidad misma; los recursos de los que ha echado mano para preguntarse sobre bastantes cuestiones en torno al mundo, que a decir de Gaarder (1991) serían facultados de los niños y de los filósofos, y que a decir de la psicología política se encuentran facultados también los filósofos, habría que agregar, según hemos visto, a un personaje más: la guerrilla. En efecto, puesto que "Una vez que la utopía se hace real, es decir visible, es

decir comprensible, el mundo de hecho, *de facto*, se torna elástico, manuable, transformable" (Fernández Christlieb, 1991a, p. 82)

3. 3 El mundo visto metafóricamente

"Queremos un mundo donde quepan muchos mundos", gritan los zapatistas. Y cuando lo hacen se refieren a la posibilidad de la coexistencia, de que su visión del mundo no se vea reducida en el marco de una visión impositiva, y viceversa. Quieren los indígenas, por ejemplo, respeto a sus tradiciones, a sus usos y costumbres, que no se les imponga un modo de vida, como el llegado de Europa hace más de cinco siglos; quieren mantenerse en ciertos orígenes, a la vez que renovarse, lo cual visto desde la psicología política no es improbable (Fernández Christlieb, 1994a). Cuando se expresan así los rebeldes, están haciéndolo mediante metáforas, ese lenguaje más arraigado en la cultura indígena, pero que se expresa también desde los griegos, elementos de los cuales mantenemos en la vida cotidiana (Lakoff y Johnson, 1980; Fernández Christlieb, 1994a; 1994c).

La metáfora se propone por un grupo de investigadores como forma, como recurso, como método de la psicología política (Cisneros *et al*, 1999). La metáfora no es más que hablar de una cosa como si fuera otra, del universo y la naturaleza como si fuera una máquina, y en la ciencia se ha usado de manera permanente (Preta, 1992). Etimológicamente metáfora significa "transferencia" o "cambio" (Gómez de Silva, 1985). Aristóteles la definía como aquello que "consiste en dar a una cosa un nombre que pertenece a otra cosa" (citado en Cisneros *et al*, 1999, p. 27). Toda metáfora contiene dos imágenes: aquello de lo que se habla, lo cual pretende describirse (metaforizante), y lo que se describe realmente (metaforizado), visto así, "toda idea, conocimiento y descubrimiento se hacen metafóricamente. La modernidad... descansa sobre una metáfora general, a saber, la de explicar y luego ver; y, finalmente, asumir toda la realidad, la naturaleza, la sociedad, la gente, como si fuera una máquina" (p. 27). En un sentido etimológico, cambian, se transportan a otra realidad, de ahí que en la Grecia actual a las mudanzas se le denomine metáforas, según registra Luis González de Alba. De este razonamiento se desprende la propuesta que Cisneros y colaboradores (1999) presentan para que la metáfora se considere en el análisis psicopolítico: "una metáfora no solamente representa a un objeto cualquiera, sino que, además, presenta una realidad completamente nueva, que enriquece e incluso transforma la vida. Una metáfora no es un dato, sino una propuesta; no es lo dado, sino un proyecto. En el caso de la psicología política, una 'aproximación metafórica' no puede ser un acercamiento empírico ni eficiente, sino necesariamente teórico, hipotético, porque lo que está haciendo es inventar posibilidades de la sociedad distintas a las que se tienen hoy" (p. 29). De tal forma que la postura metafórica intenta ensayar "otras imágenes de la sociedad" para que pueda ser vista como "otra cosa" y pueda llegar a serlo (p. 30).

Las posibilidades metafóricas son posibilidades de construcción de realidad, una más distante de la actual, más enriquecida, más plural, más justa para quienes habitan a principios del siglo XXI. En eso radica cierto potencial de los grupos armados, primero al cuestionar lo imperante, posteriormente al razonar su actuación y después al expresar sus propuestas. Baste revisar el pensamiento eperrista al momento de los decesos en combate: "cuando enterramos a nuestros mártires, cultivamos la tierra para que surjan las esperanzas", advierten (en Correa, 1998c, p. 8). Finalmente es una percepción diferente, distinta de los acontecimientos otrora fríos, que permiten continuar con la labor emprendida. Pero quien ha

mostrado más elementos para el análisis psicopolítico, otra vez, es el zapatismo, toda vez que una buena parte de la persuasión discursiva se sabe, es producto del encuentro entre la cultura indígena y la occidental, y entre la lengua española y la indígena, ésta última rica en imágenes, metáforas y muy simbólico, lo que se puede develarse en su "vacilante español" (Carr, 1998), que ha seducido a más de un personaje de la vida cotidiana, o de las denominadas bellas artes. El *subcomandante Marcos* hace uso de una de sus metáforas mayores, la del "viejo Antonio" para introducirse en el mundo maya y establecer un puente entre esta cultura y las ciudades; pero no sólo eso, su segundo anclaje son los niños que cita en sus historias: Heriberto, la Toñita o Eva (Montemayor, 1997). Nótese cuando el *subcomandante Marcos* hace uso de las palabras del viejo Antonio (citado en Vázquez Montalbán, 1999): "Si no puedes tener la razón y la fuerza, escoge siempre la razón y deja que el enemigo tenga siempre la fuerza. En muchos combates puede la fuerza obtener la victoria, pero la lucha toda sólo la razón vence. El poderoso nunca podrá sacar la razón de su fuerza, pero nosotros siempre podremos tener fuerza de la razón" (p. 77).

Este discurso que ha permeado desde los primeros días de enero de 1994, ha sido, como se mencionaba, pieza clave para que el mundo indígena, y su versión zapatista se traduzca a la vida de las ciudades, de las universidades, de los sindicatos, de las calles, de las bandas, de los grupos gays y de lesbianas, pues el lenguaje utilizado se entremezcla con el lenguaje que en estos últimos espacios es consenso: se hace uso de metáforas vivas y muertas (Cisneros, *et al*, 1999).

Expresiones como "para todos todo, nada para nosotros", "el mundo como un arco iris", "mandar obedeciendo", "los hombres sin rostro", "los más pequeños entre los más pequeños", "los hombres de la palabra verdadera", "los pueblos del color de la tierra", no hay que interiorizarlas literalmente, pues se corre el riesgo de darles todos los bienes a quienes están por fuera del mundo indígena, campesino y pobre, que se traduciría en que la situación política, económica, social y cultural permanezca en las condiciones actuales, en el primer caso. En los siguientes se corre el riesgo de ver al mundo con muchos colores y nada más, pensar en acertijos, en hombres y mujeres sin cara cuya complexión es de enanos, cuyo lenguaje tiene una correspondencia empírica con la realidad, al estilo positivista y que son de barro, respectivamente. De lo que se trata, en todo caso, es de aterrizar en otro terreno, en otro discurso, en otro lenguaje, y por tanto en otra realidad, lo que deriva, según se ha visto, en las posibilidades de construcción de algo distinto y mejor. Si los zapatistas referencian al mundo con otras formas, combinan imágenes con lenguaje, razón con afecto, vuelven al sentido originario de la comunicación, al enriquecimiento del espacio público (Fernández Christlieb, 1991a; 1994a). El integrar todas estas peculiaridades sintetizadas en el discurso ha llevado a intitular un par de libros como *La palabra de los armados de verdad y fuego I y II* y a plantear que el arma máxima de los encapuchados es el discurso, la palabra (ver Meza, 2001), de tal forma que se ha llegado a concebir a los zapatistas más que como una guerrilla armada, como "un proyecto político lúdico... un movimiento de guerrilleros-poetas, que celebra la diversidad y el fin de las grandes narrativas y de las identidades fijas" (Carr, 1998, p. 10). "El zapatismo es ciertamente un movimiento cuya política descansa en gran medida en los juegos de las palabras y en la construcción de nuevos significados e identidades. Es 'la voz que se arma para hacerse oír'. Por eso la colección de escritos zapatistas han proliferado" (p. 10).

Y es que, escuchando detenidamente el discurso zapatista se puede caracterizar como un retorno, a su vez, a la forma griega de persuasión, al mecanismo que posibilitaba seducir y convencer al otro: la retórica, que para algunos es un método, mientras que para el

inglés Michel Billig es un arte (ver Fernández Christlieb, 1999c). En los siglos v a. de c., por ejemplo, los retóricos "por lo común convencían a todos, porque eran unos artistas de la persuasión, del arte de hacer que el interlocutor vea las cosas desde una perspectiva, o de la contraria: el arte de cambiarle la forma al mundo frente a sus mismos ojos abiertos" (p. 810). Elementos todos ellos que encontramos en el discurso de los rebeldes, zapatistas o no, pero sobre todo en los últimos, que han tratado de hacer ver al gobierno y sus representantes, por ejemplo en los diferentes diálogos, que la realidad puede ser muy otra, a lo cual se ha negado la parte oficial; pero quienes no se han bloqueado al respecto son los integrantes de ciertas organizaciones sociales, organizaciones no gubernamentales, integrantes de la sociedad civil que se han dado a la tarea de difundir el discurso y actuar de la guerrilla zapatista, que por otra parte, trafica más con silla que con armas, ya que los eventos que se realizan en su territorio, de siete años para acá, han sido más reuniones y celebraciones que acciones armadas. Vista así la retórica, y no como el pensamiento modernista ha tratado de mostrarla (como un "lugar común" -no el lugar común dado por sentado como ocurría en los griegos, sino- mostrado como una obviedad, como una forma banal del discurso, como "mera palabrería"), cobra un lugar preponderante la forma de presentación de las ideas como proyecto social para un país y/o para el mundo, mecanismo que han sabido explotar los zapatistas. De ahí que su vocero afirme que "el arma de los zapatistas es la palabra, el discurso", por eso la pretensión gubernamental de pretender silenciarlos (Vázquez Montalbán, 1999). Y es que donde se presentan los actos de la palabra, de la comunicación, donde el sentido y el significado fluyen como las letras en un texto, algunos modernistas tecnócratas perciben actos de mera mercadotecnia y no retórica, no el arte de la seducción, de lo convincente, de lo verosímil, de lo posible, de lo alternativo, cualidades que la población sí ha sentido y por eso ha acompañado en multitudinarias concentraciones a la delegación zapatista en febrero-marzo de 2001 (ver Proceso, 1269, 1270, 1271).

El *comandante Tacho* habla del pasado y del presente haciendo uso de su forma de expresión campirana e indígena, mediante las imágenes del campo: "En otros tiempos, estamos hablando por allá del año 1961, si no sembrábamos para marzo, se venían las aguas y ya no podíamos sembrar. Después, por mucho tiempo se fueron nuestras aguas. Luego vinieron otros tiempos. Ahora, como entonces, encontramos otro nuevo tiempo. Anochece, mirando el tiempo cuando entramos a La Realidad, vimos que el mundo había dado un giro de sus 24 horas. Y justo los primeros 15 minutos de otro nuevo día, amanecemos con ustedes. Eso nos está diciendo que el tiempo, nuestro tiempo, el de los indígenas y el de todo el pueblo de México, está entrando a un nuevo tiempo" (en Ramírez, 2001b). Esa era la reflexión del dirigente rebelde después de arribar al Distrito Federal y hablar con los diputados federales sobre la Ley de derechos y culturas indígenas que se discutiría semanas después en el recinto legislativo.

Lo cierto es que los zapatistas han tenido, como buenos retóricos, una enorme capacidad para adecuarse a ciertas condiciones. Veamos sino: el *subcomandante Marcos* explica que la estrella de las cinco puntas, clásica de los países socialistas y de las guerrillas prosocialistas, afirma que es más cercana a una concepción humanista: la cabeza, los brazos y los pies, cinco extremidades valoradas en esta versión (Le Bot, 1997). Eduardo Galeano escribió en el periódico *La Jornada* del 17 de agosto de 1996: "La niebla es el pasamontañas que usa la selva. Así ella oculta a sus hijos perseguidos. De la niebla salen, a la niebla vuelven: la gente de aquí viste ropas majestuosas, camina flotando, calla o habla de callada manera. Estos príncipes, condenados a la servidumbre, fueron los primeros y son los últimos. Les han arrancado la tierra, les han negado la palabra, les han prohibido la memoria.

Pero ellos han sabido refugiarse en la niebla, en el misterio, y de allí han salido, enmascarados, para desenmascarar al poder que los humilla" (citado en Levario, 1999, p. 202). Esta forma de escritura metafórica es la que ha estado presente dentro y rodeando al zapatismo, cual si los recuperadores de la tradición de la persuasión hubieran hecho una parada en el sur de México. En efecto, en la siguiente cita depositase "zapatistas" en lugar de "rétores" y se tendrá una explicación de fin de siglo de esta guerrilla: "Lo que buscaban los rétores eran dos cosas: un interlocutor y un público, al primero para contraponerle argumentos y al segundo para que decidiera quien había ganado la discusión" (Fernández Christlieb, 1994c), quién tenía la razón sobre sus propuestas. Póngase, finalmente, en el lugar del "interlocutor" al "gobierno" y en el de "público" a la "sociedad civil", y se cierra el círculo.

El zapatismo, como se ve, tiene un lenguaje fresco, que revitaliza a la vieja izquierda y es la primera recensión ejemplar de la globalización (Vázquez Montalbán, 1999): "Estamos ante un discurso crítico que vuelve a nacer de abajo arriba y que se forma a partir de la necesidad de describir un desorden concreto y a partir de él llegar al desorden global" (p. 227). Un discurso que posibilita, vía metáforas, reclicajes, originalidades e innovaciones, entre otras consideraciones, que se conciba otra realidad, una más humana, con justicia y dignidad, se ha advertido.

Se ha insistido en la propuesta de mirar la sociedad desde la perspectiva metafórica (Cisneros *et al*, 1997), lo cual posibilitaría su modificación si se adereza con una dosis de práctica. Han propuesto, por ejemplo, las ruinas como una forma de abordarla: "ahora que todo mundo usa a la democracia como palabra bendita, como futuro por venir en vez de pasado llegado, la posibilidad de contemplar el presente como una ruina, como una cultura derrotada, insuflada de abandono y olvido, permite algo mejor que continuar su simulacro, a saber, permite rastrear su eje, buscar su fundamento, localizar su centro, vislumbrar su luminosidad y, entonces, construir la nostalgia de algún futuro y tener la ilusión necesaria para fundar, otra vez más, esta sociedad, ahora en el futuro de una cultura postdemocrática. Y es que la ruina tiene algo que no tiene la democracia: tiene sentido" (p. 54). Si se tuviera que sacar una conclusión desde la psicología política, sería la siguiente: hay que pensar nuevas metáforas para el presente y para el futuro, si se quiere mantener a una sociedad que otorgue sentido a sus integrantes.

3. 4 Hacia una nueva realidad

Sobre los zapatistas han llovido innumerables categorías: como ser "reformistas armados" (Jorge G. Castañeda, 1994), "revolucionarios demócratas" (Alain Touraine) "soñadores realistas" o "radicales pragmáticos" (Ivon Le Bot, 1997), libertarios con pensamiento patriota (dice Debray de Marcos), "guerrilla posmoderna" (Zaid, 1994), hasta "trasnochados" con tintes centroamericanos (Octavio Paz). Ello, de alguna forma muestra, por un lado el estado de indefinición de los zapatistas y, por el otro, el tipo de características que acunan los rebeldes, y con las cuales se produce cierta identificación de diversos sectores y personajes: en ellos se ven reflejados diferentes posturas políticas (Le Bot, 1997) lo que parece estar determinado, de cierta forma, por su ambigüedad política (Petras, 1997). Pero lo cierto es que "lo que representa el zapatismo ya no puede ser acusado de nostalgia posmarxista" (Vázquez Montalbán, 1999, p. 227), debe verse de otra manera, sino no hay entendimiento.

Si bien "el levantamiento zapatista ocurre en un momento en que el movimiento revolucionario de América Latina y del mundo entero parece haber tocado fondo" (Le Bot, 1997, p. 72), y que el EZLN es una fuerza militar con una fuerza política como frente después del 12 de enero de 1994, estas dos fuerzas tienen dos destinos distintos. Como fuerza militar, se hunden "sus raíces en profundidades sociales e históricas del México insurgente de la segunda parte del siglo XX, desconocidas para el país, pero familiares para Inteligencia Militar. Como fuerza política, su desarrollo mostraría que gran parte de México era una poderosa caja de resonancia para los reclamos, metas y cambios democráticos que una nueva sociedad mexicana estaba disponiéndose a encontrar" (Montemayor, 1997, p. 58). Sin embargo, lo político en buena medida deriva de lo desarrollado militarmente, no obstante lo primero no se resalte. Para el análisis de la psicología política ambos son los elementos sustanciales, toda vez que lo segundo está, se entiende, intrínsecamente adherido a lo primero; y es que la complejidad de la laucha armada no se entendería sin el elemento político que le precede y que también genera.

El levantamiento armado y político de los zapatistas representó para muchos mexicanos y para algunos sectores internacionales "un grito articulado contra la exclusión. Contra la opresión de las minorías étnicas lanzadas a la selva lacandona por el golpe seco y sistemático de un régimen donde sólo unos cuantos han detentado ventajosamente el control de las instituciones. Un orden que, utilizando las banderas de la asimilación cultural, ha marginado a hombres y mujeres por su pertenencia étnica, cerrando las puertas para cualquier arreglo de convivencia política" (Raphael, 1998, p. 9); es, el levantamiento zapatista, "un esfuerzo desesperado de los excluidos para decir: 'Aquí estamos' " (Michel, 1998, p. 16). Grito y esfuerzo contra la exclusión, crítica y ruptura con el modelo que los excluye, ello representa por sí mismo la posibilidad de no estar en la periferia esperando la desaparición, sino, por el contrario, introducirse al espacio del cual nunca debieron salir, o ser expulsados por los requerimientos de un poder que cada vez requiere menos visiones del mundo, pues con una sola basta: la de ellos, los que "administran" a los países, pues para algo estudiaron neoliberalismo y tienen una visión acartonada de la realidad, y con ella pretenden "manejar" literalmente las sociedades, sin saber que se les contraponen múltiples visiones que desde estas surgen, posibilitando la pluralidad en la existencia, la sana convivencia y el mutuo respeto: "un mundo donde quepan muchos mundos" reza la metáfora. Si el zapatismo de principios de siglo tuvo como centro de su actuación al agrarismo, el zapatismo de fin de siglo, recogiendo agravios ancestrales, suma fuerzas para tratar de resolver los enigmas que plantea la realidad actual e insertarse en las condiciones nacionales existentes (Peña, 1995).

Así vistos, la resolución de los dilemas sobre la permanencia en tierras nacionales e internacionales de los que no tienen los medios económicos para mostrarse en los pasillos del poder, y así ser tomados en cuenta, o su simple y llana ausencia, como lo han decretado insistentemente los que imponen una sola perspectiva de las cosas, un sistema económico, un tipo de política, una cierta asistencia social, y una cultura cuyas visiones dejan fuera de la jugada a amplios sectores sociales que no han tenido otra alternativa, en algunos casos, no han tenido más margen que empuñar las armas para hacerse oír y ser partícipes del mundo en el que aún se encuentran y se niegan a despoblar, pues incluso algunos de ellos han estado desde siempre en él, y son más bien otros quienes llegaron tarde y ahora pretenden desalojarlos por no poder pagar la renta. Estos personajes guerreros se abrieron paso en México a base de balas, y paradójicamente han creado ciertos cimientos para que se pueda construir algo diferente, algo alternativo para que se pueda vivir en armonía, sin que unos se

impongan sobre otros, que en la esfera pública se determinen los cómo, los por qué y los cuándo de las posibilidades de darle vuelcos a las sociedades y a la realidad. Petras asegura que el EZLN "ha establecido los fundamentos para un debate político nacional" (1997, p. 56) al poner a discusión temas como el TLC, la democratización del país, la reforma agraria y la justicia social. Para este sociólogo marxista, el zapatismo junto con otros movimientos sociales no son movimientos nuevos, más bien "Conservan y desarrollan el marxismo en circunstancias nuevas, lo adaptan a nuevos actores comprometidos en nuevos tipos de lucha nacional y de clases, con la clara vocación de cambiar la estructura nacional, cuando no internacional, del poder político y económico" (p. 56).

Efectivamente, los alcances del levantamiento armado de los zapatistas tienen una proyección internacional, y en ello tiene mucho que ver el que se hayan clausurado las opciones para que la gente y sus sociedades pudieran elegir, como debiera ser, uno u otro modelo: se les dejó uno sólo; el resto se desechó. De ahí que se haya creado un vacío de posibilidades que no se podía llenar, o que las propuestas que se presentaban terminaron siendo las mismas que la opción única del neoliberalismo, pero en diferentes versiones; sólo se cambiaban las envolturas. Quizá sea ésta parte de la razón que explique el éxito de los zapatistas, en tanto que llegaron a cubrir ese hueco que estaba vacante, con aviso urgente de ocupación (ver Sherer, 2001). Se entiende, entonces, por qué no es gratuito que el EZLN y su portavoz se hayan ganado la simpatía de una buena parte de la izquierda mundial (Petras, 1997).

En la adhesión de simpatizantes a esta revuelta tienen también mucho que ver las formas de la indefinición que el EZLN ha mostrado en cuanto a programa político, lo que ha permitido que se aglutinen en torno a él diferentes posturas: Así, mientras los intelectuales franceses ven en las fuerzas zapatistas la "reencarnación de los ciudadanos republicanos del siglo pasado", los anarquistas españoles perciben en los indígenas rebeldes a "los ejércitos campesinos de Durrití" (Petras, 1997, p. 62). Consecuentemente se comprende que a la realización de la Convención Nacional Democrática (CND) hayan asistido múltiples visiones y personajes, como "personas altamente representativas y los que con dificultades se representan solos, líderes de colonos, politólogos, líderes de movimientos campesinos. Algunos (escasos) representantes de la causa obrera, académicos, marxistas jubilados y renacidos, variedad de periodistas extranjeros y nacionales, estudiantes del CEU y del ITAM y de la Universidad Iberoamericana, feministas, miembros de las organizaciones en defensa del voto, lesbianas y gays, escritores (en número regular), (escasísimos) empresarios, activistas del PRD y militantes de izquierda" (Monsiváis, 1994b). Y que al encuentro "intergaláctico" arribaran más de 4,000 participantes de 41 países (Petras, 1997), desde "ultras y reformistas", hasta "nacionalistas e internacionalistas" (Bellinhausen, 1996c); y se dieran cita, lo mismo integrantes de Refundación Comunista que integrantes de Centros Sociales, ambos provenientes de Italia; y que estuvieran personajes como Danielle Mitterrand al lado de comunistas y anarquistas, o escritores como el uruguayo Eduardo Galeano, y Alain Touraine.

Esta cierta indefinición, que señalaba Petras (1997), la subraya a su vez Vázquez Montalbán (1999), al mencionar que por ello se sienten identificados con el zapatismo grupos como los anarquistas, los leninistas, los maoístas, los trotskistas, y ese estado de indefinición en el que ha permanecido el zapatismo le ha permitido a más de sobrevivir, expandirse más allá de México, como una especie de "globalización del zapatismo" (p. 71).

De esta capacidad de convocatoria han hecho uso los armados, por un lado para garantizar la sobrevivencia y la siembra en sus comunidades, y por el otro para la difusión de su lucha, y en tanto que coquetean a diferentes y múltiples grupos y personajes, y no se define, bastantes resultados positivos han obtenido. Es la mejor forma de sobrevivencia de este movimiento, asegura Petras (1997); "el zapatismo sobrevive en cierta medida gracias al espejo internacional" (Vázquez Montalbán, 1999, p. 73). Y es que el contacto con la opinión internacional garantiza de alguna forma que si el gobierno no escucha a los de adentro, puesto que no cuentan, sí escuche a los de afuera, por aquello de las relaciones, cooperación y financiamiento internacional, por lo que le conviene mostrar una buena imagen política. Aunque ya va siendo hora de que desde adentro también se ejerza ese derecho, y parece que ello está sucediendo, no sin el elemento de la presión internacional, baste ver que cuando se anunció que no se recibiría a los zapatistas en la Cámara de Diputados como lo habían solicitado, y anunciaron entonces que viajarían a Europa para que el Parlamento Europeo los recibiera, sólo en ese momento se reconsideró la propuesta de los encapuchados y finalmente se les escuchó.

Los zapatistas tienen muy clara la capacidad de convocatoria que han logrado, el impacto que han tenido, y el asunto de por dónde ir no tanto, pero sobre lo que sí se ha arrojado luz es sobre la necesidad de hacer algo que se contraponga al sistema que actualmente impera; de ahí que su vocero afirme: "hagamos una revolución para abrir el espacio que haga posible una revolución" (*ibid*). Se puede afirmar, asimismo, que "lo que han perdido los zapatistas es la desesperanza, la amargura, la resignación. La pobreza de los indígenas es más rica que otras pobrezas, porque ahora tiene esperanza" (p. 181). Y es que cuando se han perdido las imposiciones, como la desesperanza y la resignación, lo que se alcanza efectivamente es la esperanza (Martín-Baró, 1987a; 1987b), pero no sólo eso, sino que una vez compartida ésta se construye sobre nuevas bases otra sociedad. Por ello es entendible que la convocatoria al encuentro intergaláctico se endosara como la "internacional de la esperanza", porque ésta también se puede globalizar, y una vez compartida ya no hay marcha atrás; como afirman las estudiosas del género: una vez que la mujer prueba el mundo público y rompe las ataduras del mundo privado, a donde se le ha querido relegar, ya no regresa.

Es en este marco que se entiende la propuesta zapatista, su tirada: "Nuestra apuesta no es a que gane una fuerza política, el PRD, el PRI, o el PAN, o cualquier otro de los partidos, o una coalición, sino que se logre construir un movimiento ciudadano lo más amplio posible, lo más plural posible, lo más tolerante posible, que obligue a cualquiera de éstos, a cualquiera de los que vaya a quedar a construir su programa de gobierno y a realizar su ejercicio de gobierno, de acuerdo con lo que dice la mayoría. No vamos a organizar una fuerza política que dispute el poder, sino que organice una inversión del poder" (referido en Vázquez Montalbán, 1999, pp. 184-185), que se puede traducir en dos vertientes: construir una nueva forma de hacer política y abrir el espacio para que se posibilite la democracia en México (*ibid*). En cierta forma, una nueva forma de hacer política, que se diferencie de la que hasta ahora han ejercido la que se denomina "clase política", además de hacer más atractiva a ésta, lo cual permitiría otro tipo de relaciones entre los representados y los representantes, si de delegar se trata, de tal forma que, como dicen los rebeldes, "el que manda (el que gobierna) mande obedeciendo (que gobierne con base en la voluntad de la sociedad)" (ver Le Bot, 1997). Esta nueva forma de trabajo político se ve reconocida por el propio *subcomandante Marcos* quien en entrevista dirá: "En realidad lo único que nos hemos propuesto es cambiar el mundo, lo demás lo hemos ido improvisando. Nuestra cuadrada

concepción del mundo y de la revolución quedó bastante abollada en la confrontación con la realidad indígena chiapaneca. De los golpes salió algo nuevo (que no quiere decir 'bueno'), lo que hoy se conoce como "el neozapatismo" (en Gilly, *et al*, 1995, p. 22).

Como veíamos, la dimensión del conflicto chiapaneco ha impregnado hasta en las ciencias sociales, de ahí que los científicos que trabajan sobre como se construyen modelos teóricos, como se inventan discursos, como se crean realidades, como se generan consensos, como... tengan que dedicar una publicación especial para abordar la problemática que evidenció el zapatismo desde 1994. Armando Bartra (1997), miembro del comité editorial de la Revista *Chiapas*, al momento de justificar la aparición del cuarto número de ésta, brinda una explicación cual si fuera psicólogo político: "porque a partir de la insurrección de Las Cañadas Chiapas se había transformado en el epicentro de la política nacional y en foco irradiador de un sismo ideológico que sacudía todos los rincones del planeta

"Porque desde 1994 Chiapas es metáfora de la ignominia y emblema de la resistencia. Porque desde la aparición del EZLN el sureste está siendo leído como compendio de la República, como breviario del subdesarrollo.

"Porque en el sureste se condensa la barbarie que acompaña a la civilización capitalista, la cara siniestra de la modernidad.

"Porque Chiapas es la piedra de tropiezo de la globalización salvaje, el talón de Aquiles de la 'reconversión' neoliberal.

"Porque 'Chiapas es el corazón de la patria', como decía en los buenos tiempos la Convención Nacional Democrática.

"Porque Chiapas es el Aleph, el punto donde se condensan las luces y sombras del mundo contemporáneo" (p. 155).

Y tiene mucha razón este estudioso cuando escribe que "desde 1994 Chiapas se transformó en la Meca de la revolución 'posmoderna' " (p. 156). "Es la primera formulación política del siglo XXI. El prozapatismo europeo debería entenderlo así y no como un hecho emocional, entrañable, romántico, al que se puede proteger", asegura por su parte el catalán Vázquez Montalbán (1999, p. 228). Por eso la reflexión conclusiva de Armando Bartra: "La verdadera fuerza convocante de los neozapatistas no está en llamar la atención sobre la circunstancia chiapaneca, sino sobre la realidad nacional de la que el sureste es espejo" (1997, p. 156).

4 Memoria colectiva de los grupos armados

La memoria, contrariamente a lo que se ha supuesto, es colectiva, tanto por su proceso como por sus contenidos. Es colectiva en tanto que es construida entre sus participantes, y entre aquellos a quienes les genera sentido, de tal forma que quienes participaron en ciertos eventos, aunque estos no se registren, pero se vivencien, y se transmitan por diferentes vías y genere algún sentido a quienes van dirigidos, se puede hablar de la preservación de una memoria de una colectividad (Fernández Christlieb, 1991a; 1994a).

4.1 La memoria colectiva

Ya lo había dicho Halbwachs (1924; 1968) la memoria se contiene en marcos sociales, y lo había referido Blondel (1928) y recuperado, finalmente, Michael Cole (1990); dichos marcos sociales no permiten la separación, que por lo demás no existe, entre el individuo y la sociedad, *i. e.* entre memoria individual y memoria colectiva; al contrario, se unen, de forma tal que devienen en un "proceso constituido socioculturalmente". Los antecedentes de la memoria colectiva o compartida, se pueden encontrar en el francés Durkheim, en el británico Frederick Bartlett, en el ruso Lev S. Vygotsky, y en el norteamericano George Herbert Mead (Middleton y Edwards, 1990b). No obstante que el concepto se factura con el sociólogo francés Maurice Halbwachs, uno de cuyos libros se intitula así. Para este autor la memoria colectiva es "el proceso social de reconstrucción del pasado vivido y experimentado por un determinado grupo, comunidad o sociedad" (Fernández Christlieb, 1991a, p. 98), y se diferencia de la historia (versión dominante) en que a esta última no le interesa si alguien vivenció los acontecimientos, y a la memoria sí. Y mientras la historia da cuenta de los cambios en la sociedad, la memoria colectiva insiste en "asegurar la permanencia del tiempo y la homogeneidad de la vida, como en un intento por mostrar que el pasado permanece, que nada ha cambiado dentro del grupo y, por ende, junto con el pasado, la identidad de ese grupo también permanece, así como sus proyectos" (*idem*).

Es el mismo tono que usa Enrique Florescano (1999), quien además agrega: "el pasado, antes que conocimiento especulativo acerca del desarrollo de los seres humanos, fue memoria práctica de lo vivido y heredado, aplicada a la sobrevivencia del grupo" (p. 13). El antropólogo mexicano puntualiza que además de afirmar la identidad como función inicial de la memoria, ésta pretende asegurar su continuidad. En última instancia, la memoria colectiva recupera el pasado y pretende la permanencia de lo que se ha querido olvidar por intención u omisión, pues como bien lo señala Mead: el pasado es una construcción social, determinada por los intereses del presente (Schwartz, 1990). El propio Halbwachs (1968) lo había planteado así: "la memoria colectiva es esencialmente una reconstrucción del pasado que adapta la imagen de hechos remotos a las creencias y necesidades espirituales del presente" (p. 98). Este argumento Lowenthal lo extiende, al afirmar que la memoria tiene como función no preservar el pasado "sino adaptarlo para enriquecer y manipular el presente" (citado en Schwartz, 1990). De ahí que se argumente la estrecha relación entre la memoria y el poder (Cole, 1990). Y hay que recordar lo que en su momento Orwell manifestó: "Quien controla el pasado controla el futuro; quien controla el presente controla el pasado" (citado en p. 13). Cuestión de preguntarle a quienes vivieron bajo el régimen socialista en Europa del Este. Uno de ellos, Milan Kundera en *El libro de la risa y el olvido*, escribió: "El asesinato de Allende en Chile eclipsó rápidamente el recuerdo de la invasión de Bohemia por los rusos, la sangrienta masacre de Bangladesh hizo olvidar a Allende, el estruendo de la guerra del desierto del Sinaí ocultó el llanto de Bangladesh, la masacre de Camboya hizo olvidar al Sinaí, etcétera, etcétera, etcétera, hasta el más completo olvido de todo por todos" (1978, p. 16).

4.2 Recuperación del pasado...

Ahora bien, si la memoria colectiva se concibe como la reconstrucción del pasado teniendo como punto de partida el presente, hay intereses que obligan a una cierta lectura de los acontecimientos anteriores. Certero Michael Cole (1990) realiza una crítica: cuando se

aborda o se trabaja la memoria y el olvido social, se ha dejado de lado la temática del poder y la autodeterminación; la razón es muy sencilla: la memoria y el olvido han constituido una temática de la psicología, y la psicología es neutral, objetiva, se centra en los procesos que tienen lugar al interior de la cabeza y en lo individual. Lo cultural y lo social quedan fuera de su análisis. Pero al retomar estos elementos estaríamos saltando la cerca, nos posicionaríamos del otro lado. Así, si definimos a la ideología psicopolíticamente como patrones de creencias y prácticas de la sociedad que aseguran la reproducción de las relaciones de poder (ver Montero, 1994d), luego entonces "La ideología será una forma de memoria social, en la medida en que constituya lo que se recuerda colectivamente y también lo que se olvida o qué aspectos de la historia de la sociedad siguen siendo conmemorados o cuáles son relegados a los archivos del olvido. De esta forma, la memoria será a la vez una parte de las ideologías y un proceso mediante el cual éstas, y por tanto las relaciones de poder en la sociedad, se reproducen" (Billig, 1990, p. 77).

Se puede afirmar, entonces, que no hay memoria ni olvido sin cultura y sin ideología. De ahí que Billig proponga a la ideología como un punto neural del estudio de la memoria colectiva, pues quienes han detentado el poder intentan reproducir las relaciones que hasta ahora les han favorecido e intentan ocultar o mandar al olvido aquellas que no les han resultado benéficas. Como consecuencia se desprende, a su vez, que la noción de memoria colectiva es de especial importancia para el estudio de la ideología. En última instancia, si la memoria es el resultado de la colectividad "también lo será ideológicamente, dado que los procesos colectivos que permiten que se dé la memorización son parte de patrones ideológicos más amplios" (*idem*). Memoria e ideología caen en la misma entidad. Eso lo saben bien los zapatistas, pues han tratado a toda costa de rescatar el pasado, argumentando que tienen memoria, baste revisar el documento originario del zapatismo, la (primera) Declaración de la Selva Lacandona, en la que señalan: "Somos producto de 500 años de luchas"; y como si ajustarse a los criterios de Halbwachs se tratara, en otro texto asientan: "De una u otra forma, habíamos enfrentado una realidad de injusticia, no directamente sino a través de la historia, de la historia de América Latina y, en concreto, de la historia de México" (citados en Gilly *et al.*, 1995, p. 131).

Lo mismo se puede señalar para los eperristas, que en su carta de presentación, el Manifiesto de Aguas Blancas, apuntan: "La represión, la persecución, el encarcelamiento, los asesinatos, las masacres, las torturas y las desapariciones continúan como política de gobierno, situación similar a la que en 1967 y 1968 llevó a los comandantes Lucio Cabañas Barrientos y Genaro Vázquez Rojas a tomar las armas en contra de la explotación y de la opresión; esta experiencia, la injusta situación actual y el espíritu revolucionario que los animó inspiran nuevamente la lucha del pueblo mexicano".

Como puede verse, ambos movimientos armados reivindican el pasado: los zapatistas lo hacen desde la lucha de Independencia; los eperristas retoman la década de los setenta. La tradición y las causas de la lucha están presentes, confluyen a fines de milenio. Los zapatistas, para acentuar la recuperación de la memoria y la continuidad en la historia, escriben: "Hoy nosotros, los soldados zapatistas, los guerreros de las montañas, somos los mismos que peleamos contra la conquista española, los que luchamos con Hidalgo, Morelos y Guerrero por la independencia de estos suelos. Los mismos que resistimos la invasión del imperio de las barras y las turbias estrellas, los que con Zaragoza peleamos contra el invasor francés. Los mismos que con Villa y Zapata recorrimos la República entera para hacer una Revolución que murió entre los libros, aplastada por los monumentos de la nueva clase gobernante. Los mismos que con Arturo Gámiz asaltamos el cuartel Madera. Los mismos

que caminamos la montaña y la muerte con Lucio Cabañas y Genaro Vázquez Rojas. Los mismos que en las cárceles y las torturas resistimos los golpes represivos en los setenta y los ochenta. Los mismos que fertilizamos con nuestra sangre los suelos de San Cristóbal de las Casas, de Rancho Nuevo, de Las Margaritas, de Altamirano, de Ocosingo... "(CIACH, 1999, p. 51).

Sin embargo, para los gobiernos que se instalaron después de la revolución, no ha existido más que su pasado, su versión de los acontecimientos: han borrado a Ricardo y a los demás hermanos Flores Magón, a Villa, que desde el momento en que su figura se transforma en subversión, han pretendido ponerlo como un simple "robavacas", a Zapata tratan de reivindicarlo como aquel cuya obra se vio consumada en la redacción del artículo 27 constitucional (para después, en los noventa, reformarlo en nombre del mismo personaje); y con ello han pretendido ocultar u olvidar la actuación de los grupos guerrilleros de los sesenta y setenta, manejando en su discurso una pretendida estabilidad sin brotes de inconformidad, llegando al colmo de prácticas tales como realizar pintas en los muros de la ciudad con la leyenda: "70 años de paz y tranquilidad social", como si nunca hubieran existido inconformidades, y menos grupos armados; puro desarrollo y armonía. Y como si Thelen involuntariamente tratara de dar cuenta de lo que en territorio mexicano sucede, escribe: "la lucha por la posesión e interpretación de la memoria está enraizada en el conflicto y la interacción de los intereses y valores sociales, políticos y culturales en el presente" (citado en Middleton y Edwards, 1990b, p. 19). Es interesante ver que a partir de esta perspectiva, el recuerdo colectivo cobra relevancia en el sentido de que "determina la continuidad en el mantenimiento del pasado y, al mismo tiempo, lo altera en función de los intereses del presente" (p. 28).

Todo lo cual tiene su función: eliminar las memorias que subvierten la versión oficial sobre los acontecimientos del pasado. Ya lo mencionaban Middleton y Edwards (1990b) al escribir: "La organización retórica del recuerdo y el olvido también aporta pistas sobre el contexto social institucional dentro del cual se cuestiona la ortodoxia del pasado para cambiar el futuro. En la organización social del olvido tenemos la base para reconstruir de nuevo aquello que fue cuestionado y debatido. La prohibición ofrece pistas sobre el contenido y el contexto de lo que fue prohibido" (p. 25). De lo que se trata, en última instancia, es que dichas pistas subviertan no sólo lo contenido en la constitución de actas y archivos para el recuerdo, sino también lo que se ha pretendido mandar al olvido social, confrontando la propuesta oficial de "la manipulación a gran escala de lo que debe o puede ser recordado".

Afortunadamente esas pistas se retoman y se puede tener más de una versión de lo que en nuestro país ha acontecido durante el último siglo, y hay muchos grupos que se reivindican herederos de los insurgentes de 1810, de 1910 y, últimamente, de los grupos armados de los sesenta y setenta. Esa es una de las virtudes de la memoria colectiva, con respecto a la historia: no hay una versión, hay muchas memorias (Halbwachs, 1968), lo cual posibilita la disidencia, el discutir y contrastar las versiones. El propio Billig así lo manifiesta, al plantear que lo que se entiende como una "verdad" del pasado, es al menos potencialmente cuestionable, puesto que la práctica lleva a legitimar o no algunos aspectos del pasado que deben ser recordados u olvidados en las circunstancias actuales (citado en Middleton y Edwards, 1990b). En consecuencia cobra relevancia que los zapatistas y los eperistas reivindiquen a los insurgentes que antes eran patrimonio del oficialismo; que las imágenes e ideas de Hidalgo, Morelos, Guerrero, Zapata, Villa, Magón y otros rebeldes de principios del siglo XIX y XX ahora se encuentren en los escritos de los subversivos de este

fin de milenio, lo cual representa un atentado contra la versión única que se ha pretendido presentar como *la historia y la memoria* de nuestro país. Y ello le brinda la razón a los zapatistas cuando sentencian: "Un pueblo con pasado es un pueblo con memoria" (EZLN. Documentos..., p. 222).

Cabe recordar, por otra parte, que dichos planteamientos de la recuperación de la memoria no son exclusividad ni innovación del zapatismo y el eperismo, pues ya en los setenta Lucio Cabañas, al explicar su lucha a los campesinos de Guerrero, traía al presente a los viejos insurgentes. Evocaba, ilustrativamente, a Zapata y su gente, diciendo que lo había traicionado el carrancismo cuando lo asesinaron en Chinameca (Montemayor, 1991). Y sentenciaba: "Carranza es un traidor de los campesinos. Y todos los que siguen traicionando a la gente de Zapata, pues son carrancistas. Porque sólo Villa y Zapata tenían ejércitos del pueblo. Ellos eran campesinos como nosotros, que luchaban por lo mismo que nosotros. Y hasta que no ganemos nosotros la guerra, seguirá habiendo carrancistas que traicionen a México. Por eso debemos cuidarnos de todos los que nos siguen traicionando. Ahora se llaman Nogueta Otero, o Moya Palencia, o Cuenca Díaz [comandantes del Ejército de ese entonces], o Luis Echeverría. Pero son los mismos carrancistas traidores. Ellos traicionan a todos" (p. 209). Ellos engañaron y traicionaron a Rubén Jaramillo, concluía. (Es exactamente la misma reflexión que 25 años después haría el zapatismo al nombrar a los "viejos traidores" con nombres del momento: Ernesto Zedillo, Esteban Moctezuma, Francisco Labastida, Roberto Albores, etcétera.)

No obstante, hay que insistir: tampoco es legado de los grupos de los setenta la evocación y utilización de la memoria, pues en los siglos de la conquista y el sometimiento, según nos narra el estudioso de la memoria indígena Enrique Florescano, estos grupos también subvertían la imposición del imperio europeo al reivindicar su cultura, su cosmovisión de la creación del mundo, de sus dioses (a pesar de la destrucción de sus templos y la construcción de ermitas sobre esos lugares); festejaban sus tradiciones y seguían escribiendo poesía y cuentos que narraban la brutalidad del sometimiento del que eran sujetos, transmitidos por una cultura oral que a la fecha se mantiene. Hay que señalar las consecuencias de su primera participación en un movimiento amplio, tal es el caso de la revolución de Independencia, donde el mayor contingente de los ejércitos rebeldes era el de los indígenas; sus demandas estaban en el primer plano: supresión del tributo, restitución de la tierra indígena usurpada, igualdad de derechos, etcétera (Florescano, 1999). "Una de las primeras consecuencias de la presencia indígena en la insurgencia fue la resurrección política de su pasado. Al término del movimiento emancipador, México se proclamó una nación libre y soberana, pero se definió como una nación antigua, anterior a la conquista española que la había sojuzgado. No se trataba entonces de una nación que surgía con el movimiento insurgente, sino de una cuyas raíces se hundían en un pasado remoto y propio. Por ello decía el *Acta de Independencia* que la nación había 'recobrado el ejercicio de la soberanía usurpada' " (p. 270). Desde entonces, desde las fechas del sometimiento indígena a manos de los españoles, la cultura de la subversión ha logrado mantenerse y recuperarse por medios diversos que escapan a la censura del grupo gobernante que ha pretendido acomodar el pasado al presente que trata de dominar. Y quizá por la presencia indígena en los grupos armados de la llamada tercera ola, es que florece nuevamente y se muestra la memoria colectiva, la que ha mantenido viva la tradición de la recuperación del pasado en los grupos armados. Los movimientos armados más conocidos de estos tiempos, EZLN, EPR y ERPI, han hecho explícita su composición indígena, los mismos que han insistido en la recuperación del pasado a través de la memoria para no perder su identidad. Sus elementos

han nutrido de manera importante el discurso y el actuar de las guerrillas, y parece que no han modificado en mucho ambas cosas.

Si se revisaran los escritos de los guerrilleros de principios de siglo, de la segunda ola y de fines de milenio, lo sorprendente es que de no saber el autor de tales líneas, bien se pueden atribuir a unos u otros, si de contenidos y demandas se tratara; el estilo es el que cambia, y ya en amplia cobertura los rasgos diferenciales se amplían. "México es el país de los inmensamente pobres y de los inmensamente ricos. Casi puede decirse que en México no hay un término medio entre las dos clases sociales: la alta y la baja, la poseedora y la no poseedora; hay, sencillamente, pobres y ricos. Los primeros, los pobres, privados casi en lo absoluto de toda comodidad, de todo bienestar; los segundos, los ricos, provistos de todo cuanto hace agradable la vida", escribía Ricardo Flores Magón (1910) en la primera década del siglo XX. "Hemos surgido de la tristeza de los huérfanos y viudas, de la ausencia de los seres queridos desaparecidos, del dolor de los torturados, del coraje de los encarcelados injustamente, de la incertidumbre de los perseguidos sociales y políticos, de la situación social que mata diariamente con represión, miseria y hambre y enfermedades", pareciera rezar un texto de los zapatistas, aunque más bien es de la "guerrilla dura", de los eperristas (EPR, *Manifiesto de Aguas Blancas*, 1996). "A todos aquellos pueblos y campesinos que trabajan la tierra, los llamamos a "Que sigamos luchando y no descansemos y propiedad nuestra será la tierra... y que dedos de patas de piedra que machacan nos han arrebatado, a la sombra de aquellos que han pasado, que mucho mandan: que nosotros juntos pongamos en alto, con la mano en sitios elevados y con la fuerza de nuestro corazón, ese hermoso que se toma para ser visto, se dice estandarte de nuestra dignidad y nuestra libertad de nosotros los trabajadores de la tierra... más que nunca, se necesita que todos andemos unidos, con todo nuestro corazón, y con todo nuestro empeño, en ese gran trabajo de la unificación maravillosa, bien verdadera, de aquellos que empezaron la lucha, que guardan en su corazón puros esos principios y no pierden la fe de la vida buena" dictaba un texto zapatista, pero de principios del siglo XX, eso manifestaba el Átila del Sur, también iniciando la revolución mexicana (Emiliano Zapata, 1911). El poder decía que teníamos que ser echados al olvido, pues "era más barato que una bomba y menos costoso en la prensa y más selectivo... Y cuando el poder crea esta bolsa de olvido para las comunidades indígenas, éstas convierten esa bolsa de olvido en una bolsa de resistencia y comienzan a organizarse para sobrevivir de la única forma que podían sobrevivir, es decir, juntos, en colectivo... Por eso la palabra juntos, la palabra nosotros, la palabra unidos, la palabra colectivo, marcan la palabra de los compañeros. Es una parte fundamental, la columna vertebral del discurso zapatista" (EZLN, 1999). "Compañeros, piensen bien, sigan adelante y trabajen, sin perder el tiempo, antes de que su ayuda llegue demasiado tarde. Traten de entender el peligro bajo el cual nosotros tenemos que enfrentarnos a todos los gobiernos del mundo, los cuales ven en el movimiento mexicano la aparición de la revolución social, la única a la que temen los poderosos del mundo", como si de un discurso zapatista se tratara, escribía Ricardo Flores Magón (1910) solicitando la solidaridad de los revolucionarios internacionalista, en 1911. Vemos, pues, que parece más bien cuestión de forma, aunque luego eso deviene en diferencias de contenido (ver Fernández Christlieb, 1994a).

Lo que además podemos encontrar en estos pasajes es una continuidad en la identidad de los rebeldes de principio a fin de siglo. La memoria los fijó, pues parece que nada ha cambiado, y más allá de los discursos y los métodos de la época de la guerra fría, se aduce a una realidad que en muchos casos del sur del país no dista mucho de las que operaban como antecedente del estallido armado de 1910.

Pero no solo no cambian las condiciones, sino que las formas de operar parecen tener continuidad. Para quienes creían en la innovación del *viejo Antonio* zapatista, habrá que sustituirla por la noción de originalidad (Gómez de Silva, 1980), cuando se aclare que los viejos en las comunidades indígenas y campesinas juegan un papel importante, pues en muchos casos son los transmisores del conocimiento: en ellos se almacena la memoria que se quiere reproducir y transmitir a las siguientes generaciones. Así, el mismo Lucio Cabañas, contaba con su *viejo Antonio*, quien le daba "consejos" y le ayudaba a reflexionar (Montemayor, 1991). En una charla éste le confiesa: "Se muy bien lo que digo, Lucio. Yo me conozco bien al gobierno. Porque ya me tocó vivir la guerra (de otros gobiernos)... El gobierno es traicionero Lucio. Lo ha sido desde que yo lo conozco. Ya no va a cambiar, pues... Pero no es pendejo, Lucio, fíjate bien. Por eso hay que cuidarse mucho de él, porque ya te vio. Eres como algo que se está empezando a quemar. Y el gobierno que ve mucho rastrojo, muchas cosas que pueden quemarse. Y no le gusta la situación. Igual que nosotros cuando desmontamos las parcelas, que cavamos primero una guardaraya para que el fuego no pase al bosque, para que se quede aislado ¿entiendes? Así le hace el gobierno contigo, pero no cavando en la tierra, sino en los pueblos. Quiere aislarte... Porque ahí en la sierra no habíamos visto que el gobierno fuera bueno con la gente pobre. Ahora abre carreteras. Y nos da crédito. Hasta pone un Instituto del Café contra los acaparadores. Y ya se fijó que aquí no hay alumbrado eléctrico, ni médicos, ni muchas otras cosas. Ahora quiere poner todo. Por esto creo que es mentira. Que dice que ya no es traicionero, que ya es buena persona, sí. Pero después nos irá peor. Después nos quitará todas las cosas que está poniendo y rastreará a todos los que te ayudamos para acabarnos también. Es todo lo que te puedo decir. Te lo dejo a tu criterio, a ver si te ayuda lo que te digo" (pp. 107-108).

Y no sólo eso, pues los viejos que ya no pueden unirse a la lucha armada mandan a sus hijos o a sus nietos en representación suya, de su familia, simbolizando la suma de ésta a la lucha armada (ver Montemayor, 1991). De esta forma se puede ver el elemento de *alter* de los viejos en las luchas de los setenta y los noventa, la autoridad de estos y la asistencia de sus hijos o nietos a las luchas en su representación también en ambos momentos. Pero el gobierno, a su vez atiza la memoria y continúa con las mismas prácticas de antaño: el asistencialismo, el Instituto del Café, los créditos del Programa Nacional de Solidaridad, los servicios médicos, etcétera, que no son más que elementos que forman parte de la Guerra de Baja Intensidad que en la década de los setenta se conocía como guerra sucia. Para ese sector del poder sería más útil el olvido social; beneficiaría mucho.

4.3 ... Como memoria subversiva

Paulina Fernández (1978) habla de cuatro decenas de grupos armados que operaron en México: "Durante la década de los setenta, en la zona rural y en varias de las principales ciudades del país, operaron unas 40 organizaciones guerrilleras, casi integradas en su totalidad por jóvenes, sobre todo, por estudiantes, en el caso urbano. Habían sido sacudidos por el triunfo de la revolución cubana, el movimiento del 68, la matanza del 10 de junio de 1971, y el surgimiento de diferentes guerrillas en Latinoamérica; sucesos decisivos que los hicieron optar por enfrentarse al gobierno con las armas en la mano" (citada en Esteve Díaz, 1995, p. 68).

Podemos reflexionar que los movimientos armados en México en muchos de los casos han surgido como un recurso de defensa de los pueblos, esto es importante porque se ha

tratado de deslegitimar esta posibilidad. Dichas guerrillas tienen en su haber dos componentes: el primero tiene que ver con el núcleo armado, que es el que se muestra, el que da la batalla, y es al que enfrenta militarmente el gobierno y al que se pretende eliminar, pues se le considera como la guerrilla *en sí* (Montemayor, 1999a). El segundo componente, el político, las circunstancias en que surge y la gente que lo apoya, es lo que no se reconoce y se trata de ocultar en la versión oficial; son las llamadas "bases de apoyo", los "pueblos que apoyan", las "comunidades de apoyo", etcétera. Y el gobierno les pega de otra forma: en los setenta, con la guerra sucia, en los noventa con su variante, la Guerra de Baja Intensidad, con la represión, pues finalmente los focos de la atención no se centran en esta parte sino en el núcleo armado, en las acciones, por lo que son más fácilmente presas, son más vulnerables.

Pues bien, estos dos componentes se pueden observar de manera más clara en la guerrilla rural, y se pueden mencionar varias características de ésta: lazos firmes y complejos de parentesco, lazos profundos de idioma, cultura o religión, cuando son comunidades indígenas (como en el caso del EZLN y del EPR), lazos naturales vía comunidades de producción, y sobre todo los lazos profundos entre las élites que ejercen la hegemonía económica en la región (Montemayor, 1999b). Pero para la versión oficial no existen o se minimizan estos lazos, sólo el núcleo armado, y contra él centran la atención y la actuación. Ahí está la razón de por qué desde el poder no han podido terminar con los grupos armados; porque parten de dos errores: el primero, es el desconocimiento de la cultura de la guerrilla rural, pues cuenta con un pasado indígena muy arraigado, por lo que hay que recurrir a otras estrategias, y no precisamente militares, como leer a Enrique Florescano (1999) quien señala que, para que se transmitieran los mensajes de un grupo a otro, nuestros antepasados inventaron el lenguaje, una variedad de lenguajes: corporales, visuales, orales. Fueron los primeros transmisores de experiencias colectivas y un medio eficaz para heredar conocimientos. Dicha transmisión no se dio con las formas occidentales de entonces, como la escritura, pues eso era para los grupos dominantes. El antropólogo mexicano narra que la memoria indígena en Mesoamérica, siguió las pautas de otras memorias: de una creación colectiva cuya función consiste en recoger y ordenar el conocimiento para la sobrevivencia del grupo, lo cual es de mucha importancia, pues se trataba de la acumulación y transmisión de la experiencia a las siguientes generaciones: "Para cumplir ese cometido la memoria de los pueblos de Mesoamérica envolvió su mensaje en la sencillez del lenguaje oral, en la belleza del lenguaje corporal, en las luces de la escenografía y el sonido de la música, hasta componer en todo ello un canto y una escritura que invariablemente transmitían el mensaje escrito" (p. 15).

Y esa herencia es la que aún permanece en los grupos y comunidades que participan como base social o de apoyo de los grupos guerrilleros. Quizá por ello no logren descifrar sus motivos ni su actuar quienes pretenden gobernarlos. El segundo error que cometen tiene que ver con las formas, los métodos de enfrentar a las guerrillas: se les quiere aniquilar antes que dar solución a las causas que originan los levantamientos; así, si las motivaciones del emprendimiento de la lucha armada son sociales, de justicia, económicas y políticas, la respuesta militar en nada ayuda. Baste señalar que a las ofensivas militares contra las guerrillas en los sesenta y setenta, no les siguió obra social alguna ni de desarrollo que aminorara las condiciones paupérrimas en que vivía la población; las balas constituyeron la respuesta que el gobierno dio a los reclamos sociales, políticos y económicos de los grupos en armas.

Para Montemayor (1999a) es claro que tanto el EZLN como el EPR constituyen "una muestra de la reaparición y supervivencia de cuadros guerrilleros rurales y urbanos que nacieron y actuaron varias décadas atrás. Ambas organizaciones recalcan además su doble naturaleza: la política y la militar. El EZLN es el brazo armado del Comité Clandestino Revolucionario Indígena (CCRI) y el EPR el brazo armado del Partido Democrático Popular Revolucionario (PDPR). Las bases sociales y políticas no equivalen a los núcleos armados ni tienen un mismo origen" (p. 17).

De tal forma que una parte de la estructura militar del EZLN proviene de una guerrilla urbana que surgió a finales de los sesenta en el norte del país; y parte de la estructura militar del EPR provienen de núcleos armados tanto rurales como urbanos de la década de los setenta, y que han permanecido activos en varias partes del país desde 1971. El autor concluye que tanto el EZLN como el EPR, con todo y sus bases políticas y sociales, son "una demostración contundente no sólo de la recurrencia de los movimientos guerrilleros en México, sino de la ineficacia de las medidas militares y policíacas que el gobierno mexicano decidió tomar como única opción en los años setenta" (*idem*).

Luego entonces, otras deben ser las medidas. Baste recordar que si a principios de siglo surgieron varios ejércitos y otras tantas divisiones, en los setenta se habla de cuarenta organizaciones guerrilleras, y para las fechas actuales se ha documentado la presencia de 26 grupos armados en 19 estados del país (CIEPAC, 2000). Las armas, con su memoria, parecen una constante, toda vez que son constantes las condiciones que las posibilitan.

4. 4 Versus el olvido social

La recuperación de la memoria, y el ejercicio de ésta por parte de los movimientos que subvierten a los gobiernos en turno, y en variados casos a la sociedad misma, están claros de que hay una disputa por la visión que del pasado se tiene, pues de ella dependerá el tipo de ejercicio político que se realice y el tipo de relaciones que se establezca entre representantes y representados y entre los representados mismos, entre la sociedad en su conjunto.

Ya ha ocurrido que se la apuesta al olvido, y que se insta una visión de cómo deben ser las cosas, lo cual ocurrió en nuestra cultura en tiempos anteriores a la llegada de los conquistadores: "la recuperación y explicación del pasado —nos dice Florescano, 1999— eran funciones del grupo gobernante. Quienes determinaban qué recuperar del pasado y para qué recuperarlo eran los más altos dirigentes del estado" (p. 211). Y quienes contribuían, desde su arte o experiencia, a reconstruir, los "escriba mexica", sólo eran considerados funcionarios, como en la antigua China o en Babilonia; servían al gobernante en turno. "El *tlatoani* ejercía una censura inapelable sobre el contenido de los textos históricos y sus formas de expresión pictográfica o simbólica... el *tlatoani* de los mexicas reconstruía periódicamente la interpretación del pasado hecha por sus antecesores y la acomodaba a la situación presente. Muchos de los textos históricos que nos legaron los pueblos de Mesoamérica no son más que cruda propaganda política" (p.212), como ha ocurrido en otros países en los tiempos modernos, tal es el caso de, por ejemplo, la extinta Unión Soviética y la propia Alemania de los nazis. Vemos que tal práctica no es propia de una cultura en específico, sino que se desarrolla por todas las latitudes, lo único que varía es el grupo en el poder, y dependiendo su composición, será su actuar, en tal o cual dirección.

Pero ello no ocurre sólo en el campo del pasado distante, sino también del pasado más cercano, y no tan distante geográficamente, pues se refiere a nuestro país, y aún existe memoria vivencial o de transmisión oral y documental que permite analizar los excesos de los impositores de pasados y de realidades. Roger Bartra (1999) narra así el olvido de un pueblo: los Ocoronis. Eran considerados buenos cristianos y se prestaron para catequizar y pacificar a los mayos y a los yaquis, quienes se rebelaban a los españoles y no muy pocas veces guerreaban entre sí. Los colonizadores españoles los explotaban. Para 1601 los conquistadores contaron 26 pueblos en la cuenca de los ríos Ocoroni y Sinaloa; ahí intentaban concentrar a esa población indígena. Tan sólo 60 años después sólo habían ya nueve pueblos, pues en la medida en que se concentraba a los Ocoroni en aldeas y misiones fueron atacados por plagas y epidemias. Luego la tribu Ocoroni fue concentrada en tan sólo un pueblo. Después fueron despojados de sus tierras; se sublevaron en varias ocasiones y fueron reprimidos de manera intensa y violenta por el gobierno. "Ocoroni, en los diccionarios, es hoy el nombre de una batalla, ocurrida los días 24 y 25 de octubre de 1865. Las tropas republicanas llegaron para combatir a los indios que se habían sublevado en apoyo de los franceses que les parecían una opción para liberarse de sus opresores. El general republicano Ángel Martínez, con fervor nacionalista, ordenó al comandante militar en el Mayo que reprimiera la sublevación. Este general, más de veinte años después, tuvo el dudoso honor de aprehender y fusilar a Cajeme, el gran caudillo yaqui" (p. 126). "El gobierno porfirista, a principios del siglo XX, auspició la captura de indios cahitas para enviarlos a trabajar a las haciendas de Oaxaca y Yucatán. En medio del caos, en algún momento que no podemos ubicar, los ocoronis dejaron de existir. En la tercera década del siglo XX Ocoroni era una triste ranchería de 417 habitantes. Y así, estos indígenas reposan en el olvido, viven solamente en el nombre de un lugar, arrullados por las aguas del río Ocoroni. Su memoria quedó esparcida en los textos de algunos cronistas y en las viejas fotografías de sus lejanos descendientes. Los actuales habitantes de Ocoroni sólo recuerdan que no los pueden recordar" (p. 126).

Pero si podemos encontrar realizaciones del olvido, institucional o no, aunque lo primero es lo que pesó finalmente en este caso, también hay nota sobre el pasado reciente, del que acontece tan sólo unos años atrás y que se pretende ideologizar (ver Fernández Christlieb, 1987; 1991a) cuando no borrar, y es que si la repetición es un procedimiento de la ideologización, la repetición de otra versión diferente a los acontecimientos, a lo vivido por cierta comunidad, también pretende mandar al olvido lo que no quieren que se recuerde, quizá por trágico. Ese sería el caso de las masacres, como la de Tlatelolco, la de Aguas Blancas, la de El Charco, la de El Bosque. Sobre esta última Carlos Monsiváis (1998) reflexiona: "En Chiapas, las matanzas son rituales y casi rutinarias. Si hay tal cosa como una estrategia del gobierno distinta a su técnica del aplastamiento a plazos, es inducir al olvido de *Chiapas*, ese concepto que tanto se aborrece y que mezcla miseria y rebelión indígenas. Al respecto, se acude a un método peculiar: conseguir la amnesia a través del estrépito que, acumulado, obliga al hartazgo. Ni a quien le importe otra matanza en Chiapas" (p. 12).

Eso es, finalmente, lo que han pretendido hacer con múltiples sucesos, a grado tal de borrar de la historia oficial sucesos sangrientos como los ocurridos durante las décadas de los sesenta y los setenta, y contrariar los acontecimientos que en la actualidad brotan a través de entrevistas y textos que explican y publican quienes sobrevivieron de alguna manera a la guerra sucia de aquellos años. Muy a pesar de que haya quienes propongan que se olvide, que se trate de reconciliar el pasado para armonizar el presente y poder vivir en el futuro, propuestas que vienen generalmente de los represores (ver Lira, 1997, 2000). Pero no

todos los que proponen el olvido son de derecha, los hay también desde la reflexión académica, y sus razones tendrán. Uno de ellos es el ruso Tzvetan Todorov (1995) quien afirma certeramente que la memoria es selectiva, pues mantiene deliberadamente algunos sucesos y otros los margina para luego olvidarlos. "Conservar sin elegir no es tarea de la memoria. Lo que reprochamos a los verdugos hitlerianos y estalinistas no es que retengan ciertos elementos del pasado antes que otros —de nosotros mismos no se puede esperar un procedimiento diferente—, sino que se arroguen el derecho de controlar la selección de elementos que deben ser conservados... los individuos y los grupos tienen el derecho de saber, y por tanto de conocer y dar a conocer su propia historia; no corresponde al poder central prohibírsele o permitirsele" (pp. 16-17). Hasta ahí todo marcha bien pero cuando el autor propone el olvido, los problemas se avisan. Para Todorov hay límites para la recuperación de la memoria, puesto que en ocasiones se tiene que olvidar. En efecto, narra el caso de varios sobrevivientes de los nazis, que al olvidar lo que experimentaron en los campos de concentración y de exterminio se "curaron" del trauma al que se encontraban sometidos. Eso es en el plano "individual". En el plano social, señala las constantes riñas que han existido entre los múltiples pueblos, en siglos pasados y en el presente, en nombre de odios y rencillas antiguas y que no han podido borrarse. Así, el autor propone: "¿no deberíamos desear que tales poblaciones olvidaran un poco el odio para poder vivir en paz, que dejaran de lado su rencor y hallaran un mejor uso para la energía así liberada?" (pp. 26-27). Y da cuenta de la llegada de Américo Vespuccio al nuevo continente: se encontró con guerras internas que eran explicadas por un odio que databa de tiempo atrás (omitiendo que en ocasiones los gobernantes casaban a sus hijos con los hijos del gobernante contrincante para pacificar y unir sus reinos -Florescano, 1999); o el caso de los serbios que explican su agresión sobre los pueblos de la ex-Yugoslavia por la historia que traen encima: "los sufrimientos que ellos han causado no serían más que un desquite por lo que los serbios han sufrido en el pasado" (Todorov, 1995, p. 27). De tal forma, concluye que "en el mundo moderno el culto a la memoria no siempre sirve para las buenas causas" (p. 28).

Quienes han trabajado este tipo de cuestiones, sobre propuestas en torno al olvido para dejar atrás momentos críticos, de angustia, han sido los chilenos que experimentaron una de las dictaduras más feroces en nuestro Continente. A esta sociedad, y sus damnificados reprimidos, torturados e incluso a sus muertos, les han ofrecido el olvido como mecanismo de "conciliación" (ver Lira, 1997; 2000). En nombre del progreso de los setenta se realizó un golpe de Estado, dicen, y se llevó al país a un franco desarrollo, con una economía ejemplar, para lo cual no importaba en el ejercicio del poder las actividades represivas que se desplegaran, todo en nombre de salvar a la patria del comunismo; pero además se justifican: de haber seguido en el poder los socialistas de Salvador Allende y compañía, nada garantizaba que no se hubiera hecho lo mismo con ellos, es decir, que tomaron "precauciones" y ejercieron lo que sus mentes les decía les podía suceder a ellos con un gobierno de izquierda (ver Lira, 1997). Luego entonces, se actuó así, por el "bien común", en nombre de "los superiores intereses de la patria" (p. 133).

Esa fue una norma que reinó en el país, con esas ideas se formaron a generaciones, de ahí que se entienda que haya a la fecha quien aún apoya al ex-dictador Augusto Pinochet en Chile, y es que el gobierno creó ideas y moldeó comportamientos, como en el pasado se hizo en otras situaciones. Florescano (1999) registra, por ejemplo, sobre el pasado prehispánico: "La clase dirigente no sólo utilizó la escritura como instrumento para sancionar el poder establecido, también hizo de la memoria histórica un poderoso proyector de

conductas y prácticas sociales que la tradición" se encargaría de transmitir (p. 215). Algo similar ocurriría en Chile, guardando las proporciones debidas.

A partir de esta experiencia tan fuerte, es que los chilenos, pero también los argentinos, pero también los guatemaltecos, pero también los salvadoreños, es que han propuesto que se investigue sobre los abusos de los militares que gobernaban en ese entonces y, primero, que se reconozca que hubo males, que hubo excesos, por lo que "la autoridad debe asumir la existencia de las violaciones de derechos humanos como una experiencia no solamente de las víctimas, sino cómo esta situación de manera sistemática, ha afectado a toda la sociedad" (Lira, 1997, p. 135). En esa búsqueda de la verdad sobre los acontecimientos se busca, asimismo, el reconocimiento y el establecimiento de un orden ético, en el sentido de que se restablezca "la dignidad de los perseguidos" reconociendo "la injusticia cometida contra ellos" (Lira, 2000). "Reconocer que fueron tratados con injusticia, que fueron desaparecidos y ejecutados sin un debido proceso que garantizara no solamente sus vidas sino que permitiera comprobar o rechazar los cargos que se les hacían" (p. 146). Después de estos reconocimientos habrá que fincar responsabilidades, éticas y/o judiciales, y en su caso reparar los daños, que bien puede ser el caso de pensiones, restitución de derechos, servicios de salud mental, etcétera, que permitan, en última instancia, reconstruir el tejido social que se violentó tiempo atrás.

Lo que se propone, en sentido estricto, es que no se plantee ya el "olvido y perdón como condiciones de la gobernabilidad" (2000, p. 139), porque apostar a esta vía no hace más que aplazar y exacerbar las condiciones de reconciliación; se vale, por el contrario, la verdad y la justicia (Lira, 1997). Por lo tanto, no puede existir olvido "individual" y "social" en los términos que señala Todorov (1995) toda vez que hay una parte de la sociedad dañada, a quien se le pide, nuevamente, un sacrificio en nombre del "bien común" de "los supremos intereses de la patria" (Lira, 1997). Porque, y los exilios forzados, las vivencias dolorosas, cómo repararlas. El escritor chileno José Donoso advertía: "No temo a la muerte, sino al olvido. Es como si con quien muere, muriera también la memoria y, con ella, tantas cosas que uno ha amado". Él lo vivió en carne propia; pero otro que también sufrió la represión, Luis Pérez, cuestiona: "Se ha dicho que hurgar en estos acontecimientos del pasado es abrir nuevamente las heridas del pasado. Nosotros nos preguntamos, por quién y cuándo se cerraron esas heridas. Ellas están abiertas y la única manera de cerrarlas será logrando una verdadera reconciliación nacional que se asiente sobre la verdad y la justicia social respecto de lo sucedido. La reconciliación tiene esas mínimas y básicas condiciones" (citado en Lira, 2000, pp. 141-142).

Y México no está distante de lo que en Chile se reclama, toda vez que familiares de desaparecidos políticos y sobrevivientes de la guerra sucia que el gobierno en los sesenta, setenta y principios de los ochenta desató, ahora reclaman que se esclarezcan los excesos de entonces: queremos saber si nuestros familiares están vivos, y de no estarlo que nos entreguen los cuerpos o nos digan dónde se encuentran, es su reclamo: "Tenemos la esperanza de que regresen a casa, aunque sea ciegos o trozados por las torturas, o al menos saber qué fue de ellos, si los mayores murieron por la edad o por la tortura; si fallecieron, que nos den sus restos", esa es la razón que mueve a un ex-miembro de la guerrilla Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), Arturo Gallegos, quien no pierde la esperanza de encontrar a los desaparecidos, algunos de ellos familiares (Díaz, 2001, p. 42). Tienen razón, de no aclararse lo siempre negado, que en México no hubo represión ni guerra sucia durante los tiempos de la segunda ola armada, se corre el riesgo de que ello quede impune e incluso se desarrolle en similitudes ahora con los grupos de la tercera ola. Ya un

militar ha reconocido los excesos del Ejército mexicano en su combate a las guerrillas de la segunda ola, y lo tuvo que hacer en el momento de solicitar asilo político en Canadá (ver Meza, 1993), y ante los tribunales de ese país confesó el trabajo que tenían que realizar los militares: sacar a presos políticos de los lugares donde se encontraban secuestrados, torturarlos y después ejecutarlos; arrojarlos al mar o a barrancos, de "aviadores" les ironizaban los militares a los futuros ejecutados y desaparecidos (ver Montemayor, 1991). Justo ahora que uno de los involucrados en los hechos de esas décadas, el general Acosta Chaparro, ha sido detenido por sus vínculos con el narcotráfico, es que se arrecian las demandas, se pone atención sobre las exigencias de los sobrevivientes de la guerra sucia para que lo ocurrido durante aquellos tiempos se esclarezca y, como los chilenos, exigen se finquen responsabilidades, pues ellos tienen nombres, rostros, fechas, lugares...: "no podemos acceder a la democracia si antes no saldamos cuentas", advierte el abogado de los familiares de desaparecidos políticos, el ex-rector de la Universidad Autónoma de Guerrero, Enrique González Ruiz, quien interpuso una demanda contra los militares que planearon y ejecutaron acciones contra los guerrilleros, en el marco de la guerra sucia. "Vamos a darle oportunidad al gobierno de Fox para que responda; si no, recurriremos a las instancias internacionales... Si ya hemos esperado 30 años, no nos vamos a cansar hasta que se haga justicia", expone (Díaz, 2001, p. 43).

En efecto, hay muchas cuentas por saldar, y no en el afán de la venganza, como lo señala Todorov, sino en la lógica de la reconstrucción de una sociedad; de cómo percibir a aquel que en el pasado mató y reprimió, en el presente percibirlo como compañero de país, como un ser humano, entre otras cuestiones, muy difíciles que hay que trabajar. No es sólo el borrón y cuenta nueva, volvamos a empezar, pues hay eventos que se requiere no se repitan, hay experiencias que se anhela no se reciclen; para lo cual se requiere tener muchas situaciones y acontecimientos claros para no permitirlos y mucho menos tolerarlos. Será bueno escuchar cantos que hablen de la patria, del mundo como un espacio de inclusión, de tolerancia, de diálogos antes que de fuerzas, de construcción antes que de destrucción, y ya no escuchar, con cierto dolor, cantos que reclamen, como lo hace el argentino León Gieco, quien después de regresar del exilio por la dictadura militar reclama: "Desahuciado está el que tiene que marchar a vivir una cultura diferente"

4. 5 Las experiencias de las memorias

Una lección que se puede sacar del análisis psicopolítico de los grupos armados, y concretamente de la memoria colectiva, tiene que ver con una advertencia del zapatismo: "no nos olviden". Caer en el olvido, desde esta perspectiva, implica la derrota. El olvido social no sólo puede ejercerse por la cotidianeidad, esto es, la civilidad, pues como hemos visto también proviene del poder, y cuando se lucha contra éste, existen las vías marginales, o no oficiales, para preservar lo que a los grupos les permite mantener la identidad y su sobrevivencia, así sea académica.

Eso lo saben bien los rusos, que por tradición oral mantuvieron con vida la teoría vigotskiana mientras Stalin se creía psicólogo y mandó al olvido al buen Lev y lo censuraron durante veinte años (ver Bakhurts, 1990). Se pone como ejemplo al país soviético, porque ahí se ha documentado el especial énfasis que puso uno de sus gobernantes para que se olvidara gran parte de la historia: está el caso de León Trotsky, quien aparecía al lado de Lenin en una fotografía cuando éste dirigía un discurso a campesinos prestos para la

revolución; dicha imagen circuló por todo el mundo. A la muerte del líder ruso, y con la persecución de que fueron objeto los opositores a Stalin, entre ellos Trotsky, la imagen de este último personaje fue borrada de la fotografía: no existía más para los rusos un Trotsky que había creado al Ejército Rojo y que colaboró en la construcción del primer Estado Socialista; ahora devenía en un traidor, no más, desde la versión oficial.

Kundera (1978) por su parte recuerda algo similar sobre el pasado de su país, y el diferente dominio a que fue sometido, narra cómo se desplaza la memoria, y refiere un caso en Checoslovaquia: en febrero de 1948 el líder comunista Klement Gottwald salió al balcón de un palacio barroco de Praga a dirigir un mensaje a cientos de miles de personas, "y justo a su lado se encontraba Clementis. La nieve revoloteaba, hacía frío y Gottwald tenía la cabeza descubierta. Clementis, siempre tan atento, se quitó su gorro de pieles y se lo colocó en la cabeza a Gottwald" (p. 9). La imagen fue difundida: el líder comunista con gorra en la cabeza dirigiendo un mensaje a la nación. Ahí iniciaba la historia de la Bohemia Comunista. "Hasta el último niño conocía aquella fotografía que aparecía en los carteles de propaganda, en los manuales escolares y en los museos" (*idem*). Pero el poder lo envió al olvido cuando "Cuatro años más tarde a Clementis lo acusaron de traición y lo colgaron. El departamento de propaganda lo borró inmediatamente de la historia y, por supuesto, de todas las fotografías. Desde entonces Gottwald está solo en el balcón. En el sitio en el que estaba Clementis aparece sólo la pared vacía del palacio. Lo único que quedó de Clementis fue el gorro en la cabeza de Gottwald" (p. 9).

Pero el asunto del olvido social no para ahí, pues el mismo Kundera narra que el séptimo presidente de su país, Svoboda, es conocido como *el presidente del olvido*. A este personaje los rusos lo instalaron en el poder en 1969, y desde entonces, asegura el autor de *La Insoportable Levedad del Ser*, se dedicó, más allá de acabar con sus opositores políticos, a "masacrar la cultura". Así, expulsó, de forma muy elocuente, a 145 historiadores checos de universidades e institutos científicos, y fueron sustituidos, cada uno de ellos, por una estatua de Lenin. Uno de los historiadores afectados, Milan Hübl, diría: "Para liquidar a las naciones, lo primero que se hace es quitarles la memoria. Se destruyen sus libros, su cultura, su historia. Y luego viene alguien y les escribe otros libros, les da otra cultura y les inventa otra historia. Entonces la nación comienza lentamente a olvidar lo que es y lo que ha sido. Y el mundo circundante lo olvida aún mucho antes" (citado en Kundera, 1978, pp. 227-228).

Estos constituyen casos muy crudos, y es que tanto los checoslovacos como los soviéticos, dentro del bloque socialista, vivieron procesos similares de presión de parte de los gobernantes que pretendían borrar la historia y la memoria e imponerles otras. Quizá por ello se han dedicado a trabajar los factores del olvido social, a través de lo que denominan "silencio" y "soledad institucional" (Middleton y Edwards, 1990b).

Ahora bien, regresando al asunto que nos tiene aquí, hay que mencionar que el zapatismo es el grupo armado que más ha trabajado el asunto de la memoria, y lo ha exteriorizado para que no se repita la historia y se cometan los mismos errores o se llegue a los extremos del bloque del este. Y a su manera insisten: "Nosotros, los que en el pasado vemos una lección y no un estorbo, los que volteamos al ayer para aprender y no para arrepentirnos. Nosotros, los que miramos el futuro como algo que se construye en el presente, los que aspiramos a un mañana con todos" (CIACH, 1999, p. 155). De ahí que adviertan que mantendrán vigente la memoria de la rebeldía: "Porque morir no duele, lo que duele es el olvido" (p. 21). Y parece que tienen claro el camino: sus constantes llamados a no dejarlos solos, sus reuniones, sus discursos, sus poemas, sus comunicados, sus encuentros,

los libros que han publicado sobre su movimiento y, uno de los elementos más importantes, que ha señalado adecuadamente Enrique Florescano (1999): las prácticas sociales que se repiten a través de años, décadas, siglos, y que han permitido sobrevivir a las culturas no dominantes.

La recuperación del pasado es de importancia especial no sólo para los grupos armados, ya que constituyen un elemento de su sobrevivencia (ver Montemayor, 1997; 1999b), sino para una sociedad entera si quiere saberse como tal, puesto que tiene que recuperar su memoria para saberse con futuro; saber de dónde proviene, cuál es su origen; cuál es el pasado crudo, cuál es el pasado glorioso, para no repetir lo primero y rescatar lo fundamental de lo segundo, y construir así una sociedad humana. Hay quienes plantean, ya que la situación en nuestro país está ruda, cruda, de pobreza extrema que lleva a la toma de la resistencia y la rebelión, el rescate de los "héroes desconocidos" aquellos que no están en la historia oficial, por ser lo suficientemente subversivos para los gobernantes, pues sus simples "espíritus", en el sentido de espíritu colectivo (ver Fernández Christlieb, 1991a) generan ruido. De ahí que al momento de escribir una biografía de un luchador social de principios de los años treinta en Guerrero, Paco Ignacio Taibo II y Rogelio Vizcaino (1990) afirmen que es "un testimonio que busca refrescar la memoria colectiva, con el deliberado propósito de recuperar el 'santoral de los jodidos y los descontentos, de los pobres y de los rebeldes' que la historia oficial y las oficinas de la historia han lapidado a base de ponerles losas, libros, imágenes y monumentos encima" (p. 7); y es que están "convencidos de que no hay futuro posible sin la asimilación de la herencia del combate del pasado" (p. 8). Efectivamente, así ocurre.

Finalmente, para la reflexión colectiva, habrá que recordar lo que decía Jacques Le Goff: "La memoria intenta preservar el pasado sólo para que le sea útil al presente y a los tiempos venideros. Procuremos que la memoria colectiva sirva para la liberación de los hombres y no para su sometimiento" (citado en Todorov, 1995, p. 5).

CAPÍTULO 6. PROTAGONISTAS GUERRILLEROS: VISIBILIDAD PÚBLICA, PRIVACIDAD OCULTA

¿Qué campesino puede hacer un análisis exhaustivo?

*Si un profesor como yo
no puede hacer un análisis exhaustivo,
¿y qué profesor de los que están aquí
pueden hacer un análisis exhaustivo?*

*Pues los que nos dicen eso
es para no hacer la revolución...*

*hay que hacer la guerra
y eso quiere el campesinado*

Lucio Cabañas

I. LOS PUENTES

En la historia de las guerrillas del pasado siglo XX se mostró el papel activo y actuante que ciertos personajes jugaron en los distintos momentos, etapas, que los grupos armados desplegaron su actividad a lo largo y ancho de la República Mexicana. Personajes ellos sin los cuales la historia de las guerrillas quedaría incompleta, pues se crearía un hueco que no podría cubrirse con ningún otro personaje o acto por muy fuerte que éste fuera. Efectivamente, figuras emblemáticas, por su visibilidad y su dimensión pública, cobraron relevancia en su momento, y se han vuelto referencia en el pensamiento político, para bien o para mal, para reivindicarlos o para denostarlos, para hablar sobre su legado o para recriminarles, para actuar en su nombre o para omitirlos; pero, finalmente, constituyen un elemento sin el cual el pasado y presente de nuestro país, en términos políticos, quedaría como explicación inconclusa, como proceder sin concluir. En suma, dichos personeros son importantes por su pensamiento o por sus hazañas, y sobre todo, por la autoridad moral y estima de que gozaron en el grupo en que surgieron.

Para fines expositivos se toman cuatro ejecutantes del ámbito de lo público, lo cual no permite concluir que no existan otros tantos, tal sería el caso, por ejemplo, de Pancho Villa y Genaro Vázquez, quienes al igual que los otros gozaron de cierta popularidad, arraigo, estima y proyección en sus agrupaciones y en otras capas sociales: representaban el sentir de su gente. Baste ver, en el primer caso, que Villa era apreciado por su tropa, a quienes trataba como si fueran sus hijos, los apapachaba, los consentía, a la vez que era duro y rudo con quienes rompían la disciplina de la División del Norte, su gran Ejército (Orellana, 1998; Reed, 1983). El aprecio que se sentía por el "Centauro del Norte" llegaba a niveles

presidenciales, ese fue el caso de Francisco I. Madero, quien después de la controversial bronca que tuvo Villa con Huerta, tuvo que interceder el Presidente para que no fuera fusilado el primero a manos del segundo. Se ha rumorado que el propio Madero ayudó a Villa a escapar de su prisión en la ciudad de México (Orellana, 1998), después de lo cual se interno en suelos estadounidenses para emprender una campaña armada poco tiempo después, con pocos hombres, recursos y municiones, lo cual, por cierto, no impidió que una y otra vez este publicista de sí mismo y que apantallaba, literalmente mediante imágenes a la audiencia de los Estados Unidos, iniciara y reiniciara un y otra vez sus andanzas guerrilleras. De él se ha dicho que ha sido el único mexicano que ha ejecutado una invasión (tenue) al país vecino del norte, lo cual de por sí ya es una proeza. Las hazañas de Villa fueron recuperadas por los zapatistas casi ochenta años después: los zapatistas han declarado que en sus movimientos de tropas, el primero de enero de 1994, hacia Ocosingo, no hacían más que ocultar la pretensión más fuerte: la toma de San Cristóbal, segunda ciudad en importancia en el estado de Chiapas; tal táctica fue copiada de las hazañas de Villa en los inicios del siglo XX. Por lo demás, hay una guerrilla de la tercera ola armada que lleva su nombre, el Ejército Villista Revolucionario del Pueblo (CIEPAC, 2000).

El otro caso, el de Genaro Vázquez es tan peculiar como el del resto. Maestro, estudiante universitario de leyes, organizador popular, comprometido con la lucha cívica, encarcelado, guerrillero obligado, luchó durante buena parte de su vida porque en Guerrero, y también a nivel nacional, llegara la igualdad, la justicia, se erradicara la pobreza, la injusticia, la opresión. Atento observador de los acontecimientos de 1968, envió un saludo a la lucha de los estudiantes, y debatió al interior de la Asociación Cívica Nacional Revolucionaria (ACNR) la situación del movimiento, y después de la represión del 2 de octubre pensó en secuestrar a un personaje político de alta talla para truequearlo por los estudiantes presos, lo cual finalmente no sucedió (Bellingeri, 1993). Vázquez, quien en última instancia ha provocado quejas de los campesinos de la Costa Chica, porque su muerte fue poco heroica: en un accidente de carretera (Bartra, 2001b). Genaro fue un personaje querido en la región donde operaba, donde estableció un campamento guerrillero que llevaba por nombre "José María Morelos" en honor a aquel personaje histórico, de las gestas de independencia que luchó en las mismas montañas, lo cual le explicaba a los campesinos (Salgado, 1990). Vázquez es una de las figuras que retomaran los grupos armados a fines del siglo XX e inicios del tercer milenio. De hecho hay una agrupación que lleva su nombre: el Ejército de Ajusticiamiento Genaro Vázquez (EAGV) que opera en Guerrero (CIEPAC, 2000)

1 El anarquista Magón

Si alguien ha impregnado de su pensamiento, no sólo a las guerrillas posteriores, sino incluso a la clase política del momento, ha sido Ricardo Flores Magón. Se señala insistentemente que la Constitución Mexicana de 1917 recoge mucho del sentir de Magón y su grupo de liberales (ver Ulloa, 1976), sobre todo en el ámbito de lo laboral; de él y su grupo son las demandas de disminución de la jornada de trabajo, de los salarios iguales con respecto a los extranjeros por igual labor, la seguridad social, el día de descanso obligatorio... (Partido Liberal Mexicano, 1986; Silva Herzog, 1960).

La historia de este personaje es *sui géneris*, sobre todo porque pudo abrazar la vicepresidencia de México, cuando ésta todavía existía, al lado de Madero, y la rechazo, en nombre de los ideales en pos de la libertad: "no he nacido para oprimir a mis hermanos" decía (Flores Magón, 1911; Abad, 1924). De intachable conducta, de impecable ética, y de un nivel y calidad moral incuestionable, Ricardo Flores Magón, el intermedio de los tres hermanos (los otros dos, Jesús, terminó en el gobierno de Madero y Enrique sobrevivió en el aislamiento) probó las hieles de las rejas cuando aún era estudiante y no amanecía el siglo XX. Fundó, junto con sus hermanos, el celebre periódico *Regeneración*, que llegó a considerarse el más filoso de sus tiempos, y el que más daño causaba al régimen de Porfirio Díaz. Cuando la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano (JO del PLM), de la cual Ricardo era presidente, lanza en 1906 su programa, el pensamiento liberal pro-juarista estaba muy presente en este puñado de agitadores ya revolucionarios. Pero un par de años después el pensamiento del grupo magonista, sobre todo de Ricardo, se inclina más hacia el anarquismo, esa filosofía, forma de vida, visión del mundo, pensamiento, práctica, que abrió una perspectiva más amplia y posibilitó el enriquecimiento de las ideas. Desde esta perspectiva analizó la situación en nuestro país, y preparó un segundo intento para el levantamiento armado en 1908; el primer intento se había efectuado en 1906, aún dentro de la lógica liberal.

Desde su anarquismo es que se plantea la revolución social; pero no sólo era Ricardo Flores Magón el que miraba la realidad desde esa visión, pues el grupo que integraba la Junta, en su mayoría eran afines a tales ideas; quienes no las abrazaron terminaron integrándose a los diferentes gobiernos de los estados de donde provenían. Su pensamiento, el externarlo y hacerlo público para su debate, le valió en más de una ocasión que el periódico *Regeneración* se cerrara por órdenes del dictador Díaz. Más tarde sucedería lo mismo con otras publicaciones donde colaboraba Magón, a grado tal de prohibirsele escribir en diario alguno. Y si eso ocurría en México, algo no muy distinto pasaba en los Estados Unidos, en donde también se cerraban periódicos en que el anarquista mexicano participaba, llegando incluso a decomisar la maquinaria, y en nombre de la no intervención, de la neutralidad que los estadounidenses decían practicar, cuando Magón escribía algunas líneas contra el gobierno mexicano desde suelo yankee, se le mandaba a prisión.

Consecuente con el pensamiento ácrata Magón escribía donde se pudiera, cualquier periódico que se dejara y que tuviera una hoja en blanco era suficiente, y llamaba a los que ahora podemos denominar internacionalistas a solidarizarse con el pueblo mexicano en sus intentos por romper las cadenas que lo habían mantenido en la injusticia y opresión. Ello le valió incompreensión, no sólo del lado mexicano sino de algunos anarquistas europeos que no veían en México posibilidad alguna de revuelta y mucho menos de una Revolución como la que anunciaba Ricardo Flores Magón. La controversia llegó a tal punto que hubo de interceder uno de los anarquistas mayores, el ruso Pietr Kropotkin, de quien el mexicano había leído su *Conquista del pan*, y a quien expresaba admiración y respeto. Pero no sólo eran las ideas de Kropotkin las que estaban presentes en el pensamiento de Ricardo, también se inculcaban las ideas de Mijail Bakunin, de Grave, de Enrique Mialatesta y Gorki, a quienes respetaba y "consideraba sus maestros" (a distancia, claro), y publicó en partes en el periódico *El Hijo del Ahuizote*, "La Conquista del Pan" de Kropotkin. Ideas todas ellas que desplazarían poco a poco el pensamiento liberal de siglo XIX que sostenía la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano (ver Hernández, 1984).

La audacia, la entrega y la lucha por los ideales la describe muy bien un informe policiaco de octubre de 1906. En dicho escrito se describía a Magón de la siguiente forma:

"Que es un periodista muy inteligente, trabajador; activo, ordenado, que nunca se emborracha, que escribe muy bien a máquina, que se hace respetar de las personas que le acompañan; que tiene un carácter muy resuelto y enérgico y que está fanatizado por la causa que persigue, con ese fanatismo brutal y peligroso que tienen los anarquistas" (citado en Abad, 1924, p. 43). Ante ello, el gobierno mexicano preguntaba: "Si Ricardo Flores Magón fuese aprehendido y puesto en la cárcel por varios años, ¿qué sucedería?" La respuesta era clara: "En el acto se acabaría todo ese movimiento alarmista y agitador, pues él, don Ricardo, es el alma de todo, y sin él nada harían las otras personas..." (*idem*). Ello podría explicar, en parte, la insistencia y consistencia con que ambos gobiernos persiguieron a los miembros de la JO del PLM, y específicamente a Ricardo Flores Magón, lo cual de cierta forma disminuyó su actividad y en algunos periodos los mantuvo inactivos (ver Hernández, 1984).

En Magón cabe la noción de originalidad e innovación (ver Moscovici, 1981; Fernández Christlieb, 1991a) toda vez que fue de los impulsores de la revolución en nuestro país, sobre todo en momentos en que, a pesar de las circunstancias, o por ellas mismas, la oposición política no llegaba más allá de la crítica a la intromisión religiosa en los asuntos públicos de gobierno (ver Abad, 1924; Silva Herzog, 1960). Con una acotación: había sublevaciones en el norte y en el sur del país a fines del siglo XIX por parte de grupos indígenas (ver Montemayor, 2001), no obstante, no existía un programa, una propuesta para la transformación social del México de inicios del siglo XX a pesar de que este siglo llegó a presenciar tales rebeliones de los grupos originarios. Luego entonces, el anarquista mexicano tuvo la originalidad de poner en el centro del debate público las situaciones que se consideraban exclusividad de un pequeño grupo: Porfirio Díaz y su camarilla de científicos positivistas, a quienes se les arrebató, finalmente, la posibilidad de conducir los hilos de la nación; ello, a base de balas, en la primera revolución del siglo XX en el mundo, uno de cuyos precursores prácticos e intelectuales, hay que insistir, fue Ricardo Flores Magón.

A este luchador social, incluso, se le ha considerado como uno de los impulsores intelectuales del movimiento revolucionario en nuestro país, toda vez que fue de los pocos revolucionarios que escribió, manifestó propuestas y las plasmó no en uno sino en varios programas del Partido Liberal Mexicano, además de desarrollar lo que en otros eran meros punteos. El estar a cargo de un periódico quizá posibilitó esta cualidad, de donde salieron numerosos documentos que más de uno de los generales de la revolución, y que incluso futuros presidentes, fueron lectores de ellos (Abad, 1924). De tal influencia bien podría dar cuenta el hecho de que algunos legisladores, antes representantes de algunas fracciones armadas en la Convención Revolucionaria de 1914, propusieran artículos referentes a lo que los integrantes del PLM habían demandado, y no porque fueran ellos, sino por la justeza y el alcance de tales propuestas.

En sentido estricto, Magón fue precursor armado e intelectual del estallido de 1910, la revolución que no se inicia, ni por programa ni por balas en ese año, sino en 1906; es este librepensador quien ha propuesto muchas tareas para la oposición de entonces, y que no termina de concluir un siglo más tarde; es el pensador que forjó a base de escritos y balas, cárcel y persecuciones un ideal desinteresado del poder, un soñador que no decaía, nunca cejó. Para octubre de 1921 Ricardo escribía: "Soy un soñador: éste es mi crimen. Sin embargo, mi sueño de lo bello y mis acariciadas visiones de una humanidad viviendo en la paz, el amor y la libertad, sueños y visiones que la máquina aborrece, no morirán con uno: mientras exista sobre la Tierra un corazón adolorido o un ojo lleno de lágrimas, mis sueños y mis visiones tendrán que vivir" (citado en Abad, p. 130). Y durante su último encierro en una cárcel estadounidense le escribía a Nicolás T. Bernal lo siguiente: "estoy condenado a cegar

y morir en la prisión; más prefiero esto que volver la espalda a los trabajadores, y tener las puertas abiertas de la prisión a precio de mi vergüenza. No sobreviviré a mi cautiverio, pues ya estoy viejo; pero cuando muera, mis amigos quizá inscriban en mi tumba: 'Aquí yace un soñador', y mis enemigos: 'Aquí yace un loco'. Pero no habrá nadie que se atreva a estampar esta inscripción: 'Aquí yace un cobarde y traidor a sus ideas' " (Flores Magón, 1964, p. 250). Ricardo Flores Magón tenía poco más de 40 años cuando murió, y había pasado más de trece de esos años en diferentes cárceles de México y Estados Unidos (ver Hernández, 1984). Su gran amigo y camarada Librado Rivera, a quien se ha considerado el "último de los magoneros" (Taibo II, 1998), tiempo después de la muerte de su compañero de batallas, se manifestaría así: "Se había hecho desaparecer a un gran pensador, a un filósofo pletórico de bellas y luminosas ideas sobre el establecimiento de una sociedad de verdaderos humanos. Se había cometido un crimen de lesa humanidad en la persona de un hombre bueno, generoso y altruista, cuyos ideales de justicia sintetizan las sublimes aspiraciones de todos los pueblos de la Tierra" (citado en Abad, 1924, p. 24).

Se puede indicar que Ricardo Flores Magón devino en figura importante para la Revolución Mexicana, primero para un grupo de preclaros pensadores como lo fueron los integrantes de la Junta Organizadora del PLM, cuyos documentos, proclamas y periódicos impregnaron en el sentir de ciertas fracciones revolucionarias, que sería el segundo radio de acción, y posteriormente la nación, baste ver la Constitución, que es donde se plasman algunos de los ideales magonistas, quizá por ello se mencionaba a la nuestra como una Constitución socialista. En última instancia, Magón constituye un puente entre un tipo de pensamiento, primero el liberal y luego el anarquista, y la manera en que habrán de cobrar forma en sus propuestas y, posteriormente, en la vida del país, por ejemplo su carta magna, que regulará de alguna manera las relaciones entre sectores.

Del magonismo existen dos herencias que el zapatismo ha sabido explotar: la no persecución del poder, el no querer ser gobierno, que es un principio anarquista del rechazo a la autoridad, además de la utilización del discurso como un arma para enfrentar al gobierno, para confrontar al poder y desenmascararlo, a él y a sus prácticas. La no toma del poder y la retórica como armas son herencias magonistas en nuestro país. Si se mira bien, a la luz de los acontecimientos que desembocaron en la revolución de 1910, la difusión de las ideas, a través de la prensa, al igual que el fusil o la bomba, constituyó un arma que generó mucho daño al sistema. Ricardo Flores Magón, consciente de ello, hizo uso de esa arma para difundir su ideal libertario (Abad, 1924). De ahí que *Regeneración* sea uno de los periódicos "más perseguidos de América". Tantita mala fe con el zapatismo y diríamos que se fusila lo que en el pasado ya se expresó y actuó; tantita buena voluntad con los chiapanecos y podríamos señalar que reactivan anteriores prácticas políticas, en tanto que recuperan cosas del pasado, juegan con la memoria y devienen en originalidades. Léase sino, la siguiente frase: "Que todo sea para todos", que expresaba Ricardo Flores Magón allá por 1910 (Silva Herzog, 1960, p. 272), y que se puede actualizar con el "Para todos todo" (EZLN. Documentos y comunicados, 1994), que ya se había sentenciado casi un siglo atrás: "no esperéis a que éste hecha la paz para que un gobierno misericordioso ponga en vuestras manos todo lo que existe. Tomad inmediatamente posesión de todo" (citado en Silva Herzog, 1960, p. 272).

2 El pragmático Zapata

Emiliano Zapata es considerado como uno de los caudillos "más populares de la revolución mexicana" (Orellana, 1988, p. 5); es un personaje que no sabe leer ni escribir, que para las tareas que emprenderá no resultara sencillo encontrarse en tales condiciones, lo cual, sin embargo, no le impide desempeñarlas. Las responsabilidades que emprenderá como caudillo de la revolución fueron, en parte, alimentadas por las funciones que tenía desde temprana edad: la responsabilidad de estar a cargo de su familia y de asumir funciones de representante de su poblado. Por supuesto, "Zapata está marcado profundamente por la historia de su pueblo, que es la historia de la lucha por la tierra" (p. 5), de ahí que la palabra que empeñaba, era la única palabra que contaba, como si existiera otra, reclamaría. Lema éste que ochenta años después retomarían los que se reclaman sus herederos, los zapatistas del EZLN, cuando al entablar diálogos con el gobierno afirman que empeñan sus palabra, que no hay otra cosa que puedan empeñar; la palabra vale, dirán, como su antecesor.

Igual que Villa, Zapata procedía con amabilidad con sus hombres de armas, los trataba como si fueran sus hijos. A pesar de que Zapata pretende romper con el anonimato, de salir de la privacidad en que han arrinconado a los campesinos e indígenas en los inicios del siglo XX; trata de irrumpir en el escenario público, donde se hacen visibles las cosas y de esta manera reclama soluciones para los suyos, a quienes ya representa en la demanda de restitución de sus tierras que, como todo buen campesino mexicano pobre, les han sido arrebatadas por los grandes caciques, los hacendados que tienen a los peones, a los jornaleros, en sus haciendas bajo coerción, con deudas no contraídas por ellos pero si saldadas a costa, incluso, de sus vidas. El "Átila del Sur", como se le denominará a Zapata años más tarde, es testigo de ello, y como buen humanista, como buen cabeza de comunidad, de congregación, de agrupación, decide emprender la lucha, una vez que se ha dado una señal: el llamado al levantamiento armado que grita Francisco I. Madero que lleva en la frente el Plan de San Luis, con el cual se seduce el morelense y decide entrar al campo de batalla con todo y sus hombres, llevando a su lado a un maestro de primaria, Pablo Torres, quien cerrara el círculo requerido para la difusión de ideas, para que escriba lo que el campesino iletrado piensa; finalmente, pensamiento y escritura no distan tanto cuando ambos se hacen públicos (Fernández Christlieb, 1991a),

Zapata y su gente entran a la contienda armada en marzo de 1911, dos años después toman su primera plaza importante, Cuautla, que mostraran como trofeo ante el propio Madero, quien a su llegada a la ciudad de México solicita a Emiliano el licenciamiento de sus tropas; para Madero la contienda armada termina una vez que él tiene asegurado el triunfo vía elecciones y así posicionarse en la silla presidencial. La lucha de Madero no es la misma de Zapata, Madero está más en la contienda política, el reparto del pastel político; Zapata se encuentra más en la lógica de la sobrevivencia y de la justicia, por eso su lema es Tierra y Libertad. De ahí que el morelense le espete al espiritista de presidenciable: "Lo que a nosotros nos interesa es que sean devueltas las tierras a los pueblos y que se cumplan las promesas que hizo la revolución" (citado en Orellana, 1988, p. 86). Zapata le exigía a Madero el cumplimiento de lo que contenía el Plan de San Luis (Ulloa, 1976), que motivo el levantamiento armado.

El "Átila del Sur" se ve obligado a combatir a las fuerzas federales pues pretenden arrebatárles su única garantía de sobrevivencia: las armas, y como no se vislumbra en el panorama la el cumplimiento de lo prometido por el levantamiento, lanza su Plan de Ayala en

noviembre de 1911, ya en el terreno del contraste de planes, de la confrontación de ideas, como la civilización manda, pese al método de las armas, que también mandatan los tiempos de ese entonces para su uso.

Zapata está representando para amplias franjas de campesinos una opción, una posibilidad, un mundo que les ofrece y un mundo por construir, con las armas en la mano, para que se cumpla lo necesario. Eso se deja entrever por el nivel de influencia que logra en varios estados del sur del país, Guerrero entre ellos (Bartra, 1996). Los insurgentes se dividen en bandos; y si hay maderistas en algunos estados, también los hay zapatistas, pues finalmente al grito de un programa u otro se han levantado, aunque haya sido originalmente el de San Luis, el que no se cumplió y que incorporó al suyo el zapatista; en síntesis son dos visiones de cómo debería ser el país, de cómo le debería ir a los campesinos, de cómo se instala a los pobres, a las mayorías, en una nueva sociedad, más justa que la heredada por el siglo XIX. Un líder más prozapatista y menos maderista en Guerrero, de apellido Salgado, dirá "Fuimos al campo de lucha para destruir el cacicazgo odioso que pisoteaba la ley (y) ultrajaba a los ciudadanos. (Además) los despojados de sus terrenos no han vuelto a recobrarlos, a pesar de que así se los ofreció el Plan de San Luis Potosí" (p. 38), por eso el Plan de Ayala tuvo muchos adeptos, porque amenazaba con sí cumplirse; y a la cabeza se encontraba Emiliano Zapata.

Y si a Madero no le desagradaba Zapata, con Carranza la cosa cambia, pues la animadversión que éste tenía por aquel se hacía evidente cada que se podía, a grado de no reconocer el Plan de los zapatistas (Orellana, 1988). No obstante, el constitucionalista de Carranza sabía que, si quería encabezar la revolución, debía pactar con las diferentes fracciones rebeldes, por lo cual se vio obligado a entablar negociaciones con Zapata, al cual no le pareció mal la idea, pero con una condición, que se aceptará el Plan de Ayala; el constitucionalista se negó; las relaciones se rompieron y Zapata, por su cuenta, volvió a las andadas.

Zapata, bien a bien, ya era un personaje que se debía tomar en cuenta si se quería avanzar en uno u otro camino de la revolución; su Ejército Liberador del Sur, actuó innovadoramente: durante ciertos momentos eran campesinos que se dedicaban al cultivo de la tierra, y en otros, cuando se requería, eran guerrilleros, gente en arma, por eso cuando los federales los perseguían hasta sus territorios no encontraban a guerrillero alguno, puros campesinos trabajadores.

El morelense supo alternar su actividad revolucionaria con el trabajo de gobierno, cuando en ciertos periodos pudieron tener algo de paz en Morelos y se creó un gobierno zapatista en la región, que si no fracasó del todo, tampoco fue muy exitoso, pues para las labores administrativas no eran muy audaces. Pero ensayaron a partir de sus tradiciones formas comunitarias de trabajo, aunque en la producción no se pusieron de acuerdo, lo cual parece provocó el relativo fracaso de su experimento social.

Además, Zapata, estratégicamente y con fines de lograr sus propósitos, estableció alianza con otra fuerza revolucionaria y con otro personaje peculiar del momento: Villa y su División del Norte; tomaron la ciudad de México, a la orilla de la cual se entrevistaron. Despreció, dicen, la silla presidencial (Orellana, 1988), que les quedaba muy grande, comentaban, y qué sí por eso tanta pelea, por una silla. La mítica imagen proviene de ese entonces: los zapatistas tomando café y chocolate en Sanborns, imagen por demás emblemática y que se intenta reproducir de distinta manera casi 90 años después por los

otros zapatistas, que van a comer al restaurante, pero con la incomoda capucha, pues no se despojan del pasamontañas, como los primeros zapatistas no se despojaron de su indumentaria, de sus sombreros, de sus armas, de sus cananas.

Zapata, en última instancia, constituye un anarquismo comunitario, en sentido estricto otro anarquismo, diferente al de escuela e ideológico (en el mejor sentido del término) de Magón; constituye uno de tradición, más práctico, es libertario a su manera; no le interesa quien esté en el poder, siempre y cuando cumpla lo que se les demande, y los deje desarrollar sus actividades propias tranquilamente. A Magón sí le importa, pues finalmente considera al Estado y sus representantes como el mal de la humanidad, como aquello que hay que combatir, pues en tanto exista autoridad, clero, gobierno y policía, la santa trilogía, habrá opresión, y siempre se estará luchando para despojarse de ese mal. Esa es la diferencia entre uno y otro libertario. Estas diferencias, pero también similitudes, sumadas al distanciamiento geográfico no permitieron un trabajo conjunto entre ambos bandos: magonistas y zapatistas, aunque sí intentos, por ejemplo el hecho de que varios futuros asesores de Zapata fueran adeptos de *Regeneración* influyó en el pensamiento de Zapata, y quizá hasta el límite de ofrecer papel para la publicación del periódico, y su impresión en la zona bajo su control.

El "Átila del Sur" intentó en varias ocasiones el acercamiento entre las partes armadas, pero el esfuerzo no fructificó; tuvo momentos de gloria con sus triunfos, pero también momentos de derrota que lo disminuyeron; su confianza casi total hacia quienes le manifestaban, hasta discursivamente, su apoyo lo llevó a cometer el último error de su vida.

Zapata muere por la traición. Se enteró que un oficial de apellido Guajardo había sido encarcelado por insubordinación. Lo llamó a sumar esfuerzos mediante una misiva, la cual fue interceptada por el general Pablo González, quien le propuso un plan a Guajardo, que finalmente aceptó. El primer encuentro se efectuó sin hecho extraordinario alguno, y para el segundo, a realizarse en la hacienda de Chinameca, la celada ya estaba preparada: el 10 de abril de 1919 Zapata caía muerto a manos de Guajardo, quien a cambio de unos pesos lo asesinaba. Con Zapata, hay quien asegura, "cayeron para siempre todas las esperanzas de la Revolución" (Orellana, 1988, p. 109). La gente del campo morelense se sentía ultrajada, no se resignaba a la muerte de su jefe, y las tropas zapatistas comenzaron a circular versiones curiosas sobre el caudillo, por ejemplo que regresaría; que se presentaría con otras gentes (Orellana, 1988)... quizá las de 1994.

Emiliano Zapata, junto a Villa y Magón, son de las figuras claves de la Revolución Mexicana, y bien pueden constituir en conjunto la derrota de la fracción más popular, más humana, más entregada y más comprometida con los anhelos de las mayorías en el país. En ellos estaban cifradas las esperanzas de cientos de miles de mexicanos. Zapata lo intentó, con programa y armas, realizó esfuerzos enormes por conjuntar fuerzas, lo mismo con Villa que con el iniciático Madero y hasta con Carranza, pero las reivindicaciones que enarbolaba el morelense no permitían en el mediano plazo que así sucediera; renunciar a esas aspiraciones hubiera significado la muerte del zapatismo en esos mismos años, lo cual no sucedió, baste ver las revueltas de fin de milenio. De Zapata un grupo, el más controversial, el que mayor impacto ha logrado y que ha sabido extender y enraizar sus demandas, lleva su nombre: el Ejército Zapatista de Liberación Nacional; pura herencia o memoria colectiva.

3 El maestro Cabañas

Lucio Cabañas es la cabeza de la guerrilla rural más fuerte y de mayor alcance y tradición en la segunda ola de los movimientos armados (Montemayor, 1999b). Es el profesor hecho guerrillero por fines de sobrevivencia; es el luchador social de Guerrero, es el exiliado de su estado por defender los derechos de su comunidad, es el regresado del exilio por no parar en sus afanes de organizar gente para que luchara por lo que legítimamente les corresponde. Es el que mete al terreno de la discusión política la posibilidad de la guerrilla en la sierra de Guerrero y de otras latitudes, después del fracaso del grupo de Arturo Gámiz; se mantiene ocho años en las montañas, organizando a la gente y reclutándola para sus filas, combatiendo al Ejército, planeando y ejecutando asaltos y secuestros (Bartra, 1996; CIHMA, 1994/1995). Lucio y su agrupación cuentan con un brazo militar: la Brigada de Ajusticiamiento, y con una instancia política, el Partido de los Pobres.

Lucio Cabañas es uno de los que trata de crear una instancia nacional que coordine a los diferentes grupos armados que operan en el país (Montemayor, 1991). Invita a su territorio para que se entrenen a diferentes organizaciones, cuyos integrantes asisten y las más de las veces terminan en conflictos, pues unos, los del grupo de Lucio, son más prácticos, más empíricos; los otros, los de las ciudades, son más teóricos, citan a Marx pero no saben caminar en las montañas, lugares por antonomasia de los combates, de los encuentros entre Ejército y guerrilla, con balas, armas, sangre y muertos de por medio. Después de varias reuniones en la sierra de Guerrero y en la ciudad de México, los grupos armados acuerdan coordinar esfuerzos y ayudarse económicamente y con armas, para obtener mejores resultados. Los esfuerzos se encaminaron hacia el intercambio de gente para prepararse ideológica o militarmente. De la ciudad llegaron a la sierra representantes del Partido Comunista y de la Liga 23 de Septiembre para preparar políticamente a cuadros de la gente de Lucio Cabañas (véase Montemayor, 1991; Hirales, 1996). Pero los problemas empezaron cuando los miembros de la Liga intentaron meter ruido sobre la dirección de la Brigada de Ajusticiamiento y el Partido de los Pobres, lo cual no fue bien visto por los campesinos, e incluso se les realizó un juicio en asamblea campesina en la que se dijo que no respetaban "la forma de trabajo de la organización" a donde habían llegado. Total que terminaron expulsando a los *ligos* por indisciplinados y ruidosos.

En diversas reuniones, y sobre todo en las que se habían efectuado con las direcciones nacionales de los diferentes movimientos tiempo atrás, se había realizado un balance en el que se reconocían las diferentes facetas por las que atravesaba el movimiento: condiciones dispares en las ciudades y en el campo; el poco trabajo de las organizaciones urbanas con la vanguardia revolucionaria: el obrero, y la incorporación, en ocasiones amplia, de sectores campesinos a la guerrilla rural. Total, que las condiciones para la revolución no maduraban. Para mostrar el grado de desarrollo logrado por su organización, y hacer patente que sí se podía, Lucio Cabañas argumentaba que cuando realizaban campañas contra el Ejército o la policía, contaban con el apoyo de los pueblos que los protegían, los escondían y les avisaban de los avances y movimientos del Ejército. Luego criticaba a los urbanos por no contar con el apoyo popular, no obstante asentaba: todas las formas de lucha decididas, incluyendo las armas, son necesarias (un antecedente más del zapatismo), aunque después arremetía contra los intelectuales que desde la comodidad de la cama, el café de las universidades lanzaban proclamas y nada de trabajo. Recordaba asimismo la traición a Jaramillo, el abrazo del Presidente, el desarme del campesino y su muerte por creer en la legalidad y en el gobierno (Montemayor, 1991). Y acotaba, que por el desarrollo desigual de las organizaciones no solicitaban que todos le entraran a la confrontación armada con el

Ejército, sino más bien que actuaran de acuerdo a su organización y a sus posibilidades, "tendrán que luchar como ellos crean que deben hacerlo. Y nosotros debemos decir que sí, que así está bien, como ellos lo decidieron" (p. 134), aseveraba dirigiéndose a los suyos.

Lucio Cabañas tenía la suficiente autoridad moral como para dirigirse en los términos que lo hacía a otras organizaciones armadas, en tanto que en el proyecto guerrillero era su grupo uno de los de mayor impacto, de los que militar y políticamente representaba un peligro según evaluaba el Ejército mexicano, de ahí que desplegara tanto personal en las montañas de ese estado (Bartra, 1996). Lucio Cabañas era de arraigo, de presencia en las comunidades por donde pasaba; y eso lo sabían los militares, por eso ocuparon pueblos enteros; el estado de guerrero entero en manos de los militares. Sabían que al combatir a Lucio estaban combatiendo a pueblos y comunidades enteras; estaban al tanto del apoyo que la gente le brindaba, fuera éste con alimentos, con protección, con información o con gente.

Lucio Cabañas era el maestro en armas, al que los viejos, los que aún recordaban las hazañas de los zapatistas de Emiliano Zapata, vivenciadas a la manera de memoria colectiva o narradas, que finalmente constituyen lo mismo, en tanto que generan sentido; estos viejos ofrecían a sus hijos y a sus nietos para que pelearan al lado del "maestro", pues ellos ya no podían, sino, lo harían como en otros tiempos (ver Montemayor, 1991).

Cuando le apuestan al secuestro del entonces senador por Guerrero, Rubén Figueroa, la guerrilla del Partido de los Pobres ya comenzaba a verse cercada por los militares, razón por la cual ingenian un secuestro para romper el cerco, pues a cambio de la liberación de Figueroa padre exigían el retiro de tropas de algunos sitios que para ellos eran estratégicos. Y es que, además, el secuestro había manifestado públicamente su descontento con la forma en que había atacado el problema de la guerrilla el entonces gobernador Noguera Otero. La respuesta militar no se hizo esperar, el rescate económico solicitado por los armados nunca llegó, solo parcialmente, los presos solicitados para ser liberados nunca salieron, sólo la parte militar se mostró: una ofensiva feroz contra la guerrilla se desató y se cercó aún más la sierra de Guerrero. Ante tales acciones Lucio emprendió la huida, al lado de su grupo y estuvo pensando en la muerte de Figueroa, lo cual no sucedió, en buena medida por la solicitud de no ejecutarlo realizada por el siempre fiel gobiernista Partido Comunista, y lo mantuvieron con vida (Montemayor, 1991).

Finalmente, Lucio Cabañas pagó las consecuencias de ser receptivo a las solicitudes de quien consideraba cercano, ya que había salido de las filas de las juventudes del Partido Comunista, y asumió los costos aún con su vida. Pese a ello o con todo ello, Lucio Cabañas representa la tradición de guerrilla rural, constituye un referente para esas andanzas, y sigue pesando su nombre, de ahí que una de las organizaciones que le da vida al Ejército Popular Revolucionario, sean los continuadores de la tradición del Partido de los Pobres, que si bien no tiene ya nada que ver con la organización de los setenta, en su nombre se finca parte de su autoridad (ver Gutiérrez, 1998).

4 El mítico subcomandante Marcos

Cuando los periodistas francés y española, Grange y Rico (1997), describen al *subcomandante Marcos*, lo hacen con tal emoción que hay que imaginarlo: "El jefe zapatista resulta excéntrico pero cautivador, impecablemente arropado con un *chuj* (poncho de lana) negro, una desgastada gorra estilo Mao sobre su pasamontañas y las cartucheras cruzadas en el pecho, de acuerdo a los cánones estéticos de la Revolución mexicana. Un pañuelo rojo anudado al cuello, una pipa y dos relojes, uno en cada muñeca, completaban el conjunto... Empleaba un lenguaje urbano, recurría a citas literarias, hacía referencias a *Corazón Salvaje*, la telenovela del momento, o a películas de Oliver Stone, e intercalaba expresiones en inglés... Tampoco parecía el clásico revolucionario presto a endilgar doctrina soporífera: tenía sentido del humor, cierta tendencia al coqueteo y un talento literario innegable. El impacto se transformó en delirio. A falta de revoluciones en el mundo y, sobre todo, de rebeldes presentables (porque hay que reconocer que el peruano Abimael Guzmán, jefe de Sendero Luminoso, no tiene nada de castigador), *Marcos* se transformó en el nuevo hito de la imaginaria guerrillera, que se había quedado anclada en los posters del *Che*. El pasamontañas con ojos y pipa se transformó en el emblema de los *progres* de dentro y fuera de México, y dio pie a un auténtico filón comercial: fotos, camisetas, carteles, *pins*, muñecos e incluso condones" (p. 342).

La descripción que intentan estos periodistas es, claro está, desde una perspectiva que intenta saldar cuentas con el zapatismo, en tanto que no les ha resultado simpático el zapatismo y en especial el vocero del grupo insurgente, toda vez que a uno de los encuentros convocado por los chiapanecos se le negó la acreditación a Grange, por el manejo tendencioso que de la información hacía, se advirtió entonces. De ahí a la fecha este par de periodistas han aprovechado todo momento y espacio que tengan a su disposición para irse contra el zapatismo, privilegiando las informaciones gubernamentales y a los antizapatistas, incluso desertores, como fuentes primarias y valiosas de información (ver Grange, 1999; Rico, 1999; Grange y Rico, 1999). De ahí que el escritor español Vázquez Montalbán (1999) califique el libro *Marcos: la genial impostura* como "el libro más ferozmente anti-Marcos hasta ahora publicado" (p. 48). Pero ambos, antizapatistas y prozapatistas, caen en una descalificación y en un fanatismo, respectivamente, en no muy pocas ocasiones. El centro del debate, para ambos bandos, es el *subcomandante*, lo cual no está mal, pero sus reflexiones olvidan al Ejército Zapatista, a las bases de apoyo, a todo lo que está detrás del ejército rebelde, y en ciertos momentos enaltecen la figura carismática del líder guerrillero en detrimento del resto. Nótese sino los títulos de los libros: *Subcomandante Marcos. El sueño zapatista* (Le Bot, 1997); *Marcos: el señor de los espejos* (Vázquez Montalbán, 1999); *Marcos y la insurrección zapatista* (Avilés y Minná, 1997); *Marcos fashion* (Bermejo, 1996); *Marcos la genial impostura* (Grange y Rico, 1997); *Marcos ¿un profesional de la esperanza?* (Romero, 1994); *Yo, Marcos* (Durán, 1994); *Marcos. Mensajero de la esperanza* (Oriol y Espinoza, 1996); lo cual no hace sino mostrar que los reflectores de varios autores se centran en una imagen, que si bien es importante, no se debería minimizar a la agrupación en que se sustenta el "éxito" del *subcomandante*. Lo expresa sabiamente el dicho popular, "ni tanto que queme al santo, ni tanto que no lo alumbre", como referencia a que no puede centrarse el movimiento zapatista en un solo personaje, pero tampoco deben omitirse sus aportaciones, que en este caso es de suma importancia. Y pudiera ser, habrá que advertir, que estas líneas contribuyan a lo que se critica: la adulación de *Marcos*; el contrapeso, quizá, se encuentre en el capítulo anterior donde la agrupación es el personaje principal. Puede ir a contracorriente de lo que aquí se va a exponer, vía varios autores, no obstante el esfuerzo se

hará. A manera de ilustración, Marco Levario (1999) sostiene que el vocero zapatista es garantía de nota para los medios, lo cual no se cuestiona, para después sostener que "El *subcomandante*, por supuesto, es algo más que el marco de una ventana o una persona como cualquiera cabalgando en la Selva Lacandona y Los Altos. Es el personaje principal de la puesta en escena del EZLN, el ser que convoca a los desposeídos, a los intelectuales y a las fuerzas políticas del país que subyuga a los periodistas y que arranca suspiros a los anhelantes de la encarnación del hombre nuevo. Marcos es "el mito genial" que dijo ser cuando fue acosado por los reporteros. Y ello es así, en buena medida, precisamente gracias a los medios de comunicación aunque no sólo a ellos" (p. 155). La atracción no se le quita, pero y dónde quedan los indígenas, y los zapatistas, y la pobreza, y las bases de apoyo, y los infantes de los que habla el zapatista. Y bueno... parece que quedaron páginas atrás.

Regresando al punto, el vocero zapatista fue visto, y hay quienes tiempo después lo siguen sosteniendo, como un "manipulador", como alguien que actúa de acuerdo a intereses propios y para ello usa a los impensantes indígenas. Así se deja ver en el discurso de Leonardo Curcio, "analista político", cuando declara: "Marcos inmovilizó culturalmente al Estado, le declaró la guerra desde la voz profunda de la nación. El estado no puede decir al ejército que aplaste a los indios, tradicionalmente usados para legitimar el sistema político. Y el ejército no puede admitir que se le acuse de matar indios. Así que hacen el papel de ineptos. La cultura pesó de manera eficaz: no puedes justificar la represión, aunque la élite de Chiapas lo pida. Marcos lo entendió y lo utilizó" (citado en Grange y Rico, 1997, p. 324). Con todo, se reconoce la capacidad del dirigente rebelde; sería complicado, sino es que improbable, ocultar tales características. Y es que este personaje tan controvertido, visto desde la cita anterior, usó a los indígenas para posicionar su proyecto; en cambio, visto desde la siguiente nota, Marcos colocó a la rebelión indígena "en el centro de atención de las más importantes agencias noticiosas del mundo" (Quiroz, 1999, p. 63), la situación, como se puede ver, cambia. Por supuesto, visto con esta mirada más simpatizante y más pro-constructiva, "Marcos ha vuelto a poner nombre a las reivindicaciones, porque ha partido de un sujeto histórico de cambio realmente existentes... Representa insurgencias esenciales: el indígena como realidad y metáfora del globalizado, el mestizaje como lo deseable más que como lo inevitable" (Vázquez Montalbán, 1999, p. 33). Y es que esta figura peculiar tiene el crédito, según Monsiváis (a quien por cierto ha leído más que a Marx, a decir de Carlos Fuentes), junto con los zapatistas, de "quitarle al régimen el monopolio de Emiliano Zapata" (Grange y Rico, 1997), otra de las figuras míticas del panteón revolucionario mexicano.

Para Grange y Rico el *subcomandante* es el "discípulo mexicano del Che" (p. 12), muy a pesar de que Vázquez Montalbán (1999) asegure que "Un revolucionario a lo Che no tenía tiempo para recibir a escritores desafectos al sistema, en busca del Santo Grial de la transformación histórica, pero un revolucionario como Marcos, mediático aunque armado, era naturalmente asequible" (p. 20) recibiendo a múltiples visitas provenientes de todo el mundo. Y es que el refugio del vocero zapatista ha sido cueva de múltiples peregrinaciones y caravanas, que integran lo mismo estudiantes universitarios e internacionalistas que diputados europeos, artistas y escritores. Efectivamente, Marcos se codea con medio mundo de la política y el entretenimiento (Levario, 1999): se ha entrevistado con la actriz mexicana Ana Colchero; con Ofelia Medina (quien señaló que el zapatismo "libera de la culpabilidad y de la culpabilización"); con el cineasta Oliver Stone; con el intelectual Régis Debray; Alain Touraine (quien dijo que los zapatistas eran "revolucionarios demócratas"); Yvon Le Bot (quien señaló al zapatismo como el movimiento de Ghandi, Luther King o Mandela); con Danielle Mitterrand, etcétera. A esa breve lista hay que sumarle el caso peculiar de Joaquín

Sabina quien se ha carteadado con el encapuchado, y hasta canciones en conjunto tienen, por no señalar la oferta de Benetton para que *Marcos* posara ropa de esa marca (Bermejo, 1996).

La peculiaridad del *subcomandante*, en buena medida, radica en la fusión de que fue objeto al establecer contacto con el mundo indígena; no es gratuito que el italiano Gianni Minà (1997) haya titulado su texto "Un incurable idealista adoptado por los mayas". De esa "adopción", es que surge un *Marcos* diferente al que arribó a mediados de los ochenta a las montañas del sureste mexicano. Y es que "quizás el conocimiento del lenguaje, del símbolo y de las comunidades que constituyen la historia indígena que no es pasado, como en Occidente, sino que sigue persistiendo junto al día de hoy" (p. 130) constituyan los elementos que le otorgan cierto misticismo y secreto al *subcomandante Marcos* propone Carlos Montemayor (1997, p. 130), un conocedor del mundo indígena, que ya estudiaba esas culturas antes de que para algunos se pusiera de moda. De este conocimiento muy posiblemente ha hecho uso el estratega militar del EZLN, y es, entonces, explicable el discurso que manejado y combinado con imágenes, con frescura y con resignificación, que llega al corazón antes que a la cabeza, se ancla en el sentir de la gente; los ha conquistado con sus comunicados.

Se entiende, a partir de estos y otros elementos porque al dirigente rebelde se le ubica como estratega de la comunicación (Proceso, 1271; 1273), lo que Grange y Rico (1997) simplistamente simplifican al afirmar que *Marcos* es, ante todo, un estratega de la comunicación y su comportamiento corresponde a lo que Gabriel Zaid denomina guerrilla universitaria: "La guerrilla universitaria es como un proceso de producción editorial que recurre a las armas para generar tomas visuales y noticias de primera plana. Toma la iniciativa, prepara los materiales y el terreno, las frases, el simbolismo, las escenas fotografiables y el teatro de operaciones o negociaciones, que es también teatro de producción televisable, escenarios para ruedas de prensa, sin dejar de hacer sentir a los periodistas el peligro completamente real" (citado en p. 381). Más aún, cuando llegan a las siguientes conclusiones: el *subcomandante* "ha cambiado las reglas de la lucha armada, que se ha ido transformando poco a poco en espectáculo, conforme a los tiempos que corren" (p. 439). Conclusión que después desarrollaran los asesores de Vicente Fox al señalar que es pura mercadotecnia lo que los rebeldes y en especial su dirigente hacen (ver Proceso, 1258; Sherer Ibarra, 2000).

Pero el discurso zapatista, y de su portavoz, es algo más que mera mercadotecnia, es el manejo del lenguaje, de la retórica, de la persuasión, de convencer al público, en este caso a la sociedad mexicana, si es que el gobierno no entiende de diálogos, eso es lo que expresa el *subcomandante* cuando afirma: "Nuestras palabras no matan, pero pueden ser más letales que las bombas. A la palabra, no a las armas de los zapatistas, es a lo que le teme el gobierno" (citado en Grange y Rico, 1997, p. 363), en clara recuperación del señalamiento de Michel Foucault quien afirmaba: "El discurso no es simplemente aquello que traduce las luchas o los sistemas de dominación, sino aquello por lo que, y por medio del cual, se lucha". Pese a ello, o más bien por eso, Marco Levario (1999), enredadamente, acusa a *Marcos* de ser un retórico en el sentido negativo, pues si volteamos a los griegos hemos de ver que la retórica era todo un arte (Fernández Christlieb, 1994a; 1994c), y quizá por ello ha seducido con su escritura y su discurso a amplios sectores de la población. En uno de sus escritos el periodista le critica el contenido de un comunicado: "En el Comité estuvimos discutiendo toda la tarde. Buscamos la palabra en lengua para decir 'RENDIR' y no la encontramos. No tiene traducción en tzotzil o tzeltal, nadie recuerda que esa palabra exista en tojolabal o en chol.

Llevan horas buscando equivalentes. En silencio se me acerca el viejo Antonio, tosiendo la tuberculosis y me dice al oído: "Esa palabra no existe en lengua verdadera, por eso los nuestros nunca se rinden y mejor se mueren" (Levario, 1999, p. 168). Más adelante, Levario replica que en lengua tzotzil no existe tampoco un equivalente para la palabra "libertad" (*idem*).

En última instancia, la reflexión de Yvon Le Bot (1997) da en el clavo: la esencia del *subcomandante* radica en "haberse dejado impregnar por la experiencia y el imaginario de los indígenas, en haber encontrado las palabras para transmitirlos, en haber hecho polvo, golpeando justo en el centro, todos los falsos lenguajes: los de las guerrillas marxistas-leninistas, que antes eran los suyos y que ahora enarbola el Ejército Popular Revolucionario (EPR)" (p. 18). (Comentario aparte merece la actitud que éste, entre otros intelectuales, han asumido para con el EPR, haciendo eco de la designación gubernamental, en el sentido de que es la "guerrilla mala".) Lo importante aquí, es reconocer que, efectivamente, Marcos devino en puente entre el mundo indígena y el mundo de las ciudades. Y que a decir del historiador Enrique Krauze "Su error, repetido en varias ocasiones, fue la renuncia a convertirse en el líder largamente esperado por la izquierda mexicana. Prefirió seguir labrando su leyenda: el coqueteo con el martirio, la romántica gloria, el destino heroico, las cada vez más cursis y soporíferas homilias a la nación, a la humildad, al universo, todo menos a la simple y llana victoria política" (citado en Castro, 1999, p. 60).

El escritor. Pero Marcos, el guerrillero, ha sido considerado en otros espacios, en otros escenarios, en otras actividades, como en el terreno de la cultura. El Chileno Luis Sepúlveda, en 1995 señaló: "Es un buen escritor y me gustaría que, cuando se alcance una solución justa para Chiapas, pueda combinar su actividad política con la literatura porque indudablemente es un individuo con gran talento. Es un cronista de la realidad inmediata de hoy. Hay mucho del Che y de Sandino en él" (en Castro, 1999, p. 61). Por su parte el antropólogo mexicano Roger Bartra ha manifestado: "Él aparece en un estallido ligado a la cultura de la sangre y la gran sorpresa es que muy pronto se manifiesta como un partidario de la cultura de la tinta. Entonces, es una contradicción, una evidente contradicción entre estas dos culturas. Me parece que ha transitado de una cultura ligada a la sangre, de la lucha por las identidades, la lucha de clases, los dogmas tradicionales de la izquierda, a una cultura literaria, basada en elementos simbólicos, y de modo simultáneo se define como partidario de la democracia y de la vida civil" (p. 61). Asimismo, el filósofo colombiano, Miguel Escobar Guerrero, apunta: "La genialidad de Marcos consiste en que él renace en la cultura indígena como Marcos y, al renacer así, enfrenta las concepciones de un mundo excluyente y aboga por la construcción de uno distinto y mejor. Desde ese espacio lanza una convocatoria y acuña el símbolo de un fusil que lanza palabras como flores. Entonces convoca a la sociedad a pelear contra la exclusión. Como buen comunicólogo, trata de intercambiar formas de construcción de lo social que hagan de la realidad cruda de la guerra un puente que permita construir redes" (pp. 61-62).

Quien parece realizar la mejor síntesis, apretada, de la incursión, involuntaria o no, del *subcomandante* es el periodista (y su seguidor) Hermann Bellinghausen cuando asegura que Marcos además de ser un buen escritor que no respeta escuelas, pero que es abierto y flexible a más de tener un buen oído, "Hoy es el escritor de izquierda más apreciado, el más leído, al que más le creen" (en Vázquez Montalbán, 1999, p. 210).

El analista. Pero también hay otros espacios en los que el dirigente rebelde ha hecho acto de presencia, por ejemplo en el debate político, lo mismo con Octavio Paz que con Carlos Monsiváis, que con Escalante. Ha mostrado que ha cultivado el pensamiento, que no solamente ha absorbido los elementos del mundo indígena, sino que ha digerido el pensamiento de muchos intelectuales de derecha y de izquierda, que maneja bastantes elementos como para hablar de variados temas; uno de ellos, la globalización. En uno de sus innumerables textos el vocero zapatista afirma que la globalización ha sido posible gracias a dos revoluciones: la tecnológica y la informática, y ha sido dirigida por el poder financiero; en el proceso globalizador se lleva a cabo una guerra mundial, la cuarta, que desarrolla un proceso de destrucción/despoblamiento y de reconstrucción/reordenamiento. En esta reflexión el *subcomandante* se pregunta cómo es que se insertan los intelectuales en la globalización fragmentada: pues bien, el intelectual de derecha (o "cabezas pensantes", según el *comandante Tacho*) "olvida" su función de crítica y de reflexión, "y su memoria se acorta de modo que no hay pasado ni futuro, el presente y lo inmediato es lo único asible y, por ende, incuestionable" (p. 6). Y es que para el *subcomandante Marcos* "En la era de la globalización fragmentada no se queman los libros (aunque sí se erigen fortificaciones), sino que se les substituye. Aun así, más que suprimir la historia previa a la globalización, el Príncipe neoliberal instruye a sus intelectuales para que la rehagan de modo que el presente sea la culminación de los tiempos" (p. 7). Lo más dramático de esta situación, es que estos intelectuales de derecha no están rescribiendo solamente la historia de los pueblos indios, pues también "la historia entera de México se está rehaciendo para demostrar que estamos, ya, en el mejor de los Méxicos posibles. Así que los enanos de la derecha intelectual revisitan el pasado y nos venden una imagen de Porfirio Díaz, de Santa Anna, de Callejas, de Cárdenas" (p. 8), con otro tinte, con otro matiz, con otra forma, muy otros, no los que fueron originalmente. Al final deja pendiente la reflexión con un dato que retoma de una encuesta de la revista de educación, en la que se pregunta "¿Puede el pueblo desobedecer las leyes si le parece que son injustas?", y el 49% de los entrevistados responde que sí.

La mercadotecnia; una dupla Marcos y Fox. Pero también está lo más actual, lo nuevo, la mercadotecnia por la que se dice llegó Vicente Fox a la presidencia, y por la que se asegura también, el EZLN ha tenido el impacto que ha tenido; total, un estado de confusión total. Al respecto se han querido establecer similitudes entre uno y otro personaje, por ejemplo el analista Javier Sicilia (2000) aduce: "Más allá de sus respectivas ideologías, entre Fox y Marcos hay secretos, vínculos: la buena voluntad de Fox, que viene de su cristianismo y que puede hacer doblegar su ideología para hacerlo pensar en la persona y su común, y el capital moral de Marcos, que viene también de sus raíces cristianas y de su arraigo en el mundo indígena y que puede doblegar en él la atención desmesurada de querer que el horizonte de la democracia se encarne de una vez y para siempre en todo el país. Ambos, en nombre de lo mejor de sí mismos, tienen que limitar sus desmesuras ideológicas para darle una oportunidad a una democracia indígena que puede ser la luz para la reconquista de ese plural que es México y que por tanto tiempo ha sido soslayado" (p. 47). Además de lo expuesto, parece que hay más coincidencias: baste ver lo que señala el publicista de Fox: Marcos y Fox utilizan a los medios, mediante mercadotecnia (Proceso, 1258; 1259).

Efectivamente el creativo de la campaña presidencial de Vicente Fox, Santiago Pando, confiesa: sin saberlo el *subcomandante Marcos* inspiró el monosílabo "Ya" que Vicente Fox utilizó en su campaña. El zapatista "Ya basta" fue recortado, y se utilizó como lema de

campana para el guanajuatense. Agrega, además, que si el actual Presidente de México sabe de mercadotecnia, el *subcomandante Marcos* conoce más, y ambos han hecho "milagros" con los medios, aunque al primero le costó mucho más trabajo que al segundo, afirma. (Scherer Ibarra, 2000). Y mientras el ex-gobernador de Guanajuato requirió de asesores, el rebelde no. "Marcos aprovechó como nadie la debacle del PRD. Por eso es el único interlocutor posible de Fox, el único que puede hablarle de tú a tú. Vicente necesita un contrapeso, y ése sólo puede ser Marcos... Marcos es el contrapeso de Fox" señala el artífice de su campaña (citado en p. 24).

Luego, el asesor de la campaña presidencial agrega: "El principio de dispararle a la sociedad civil y rebasar a los partidos es de Marcos. Él vaticinó el triunfo de la ciudadanía; el despertar de conciencia empezó en 1994. Aunque políticamente y en sentido protocolario no se diga, creo que hay que considerar a los zapatistas héroes nacionales. Ellos hicieron la gran parte" le confiesa a la reportera el artífice de la campaña de Fox (en p. 25). Santiago Pando asegura que a pesar de que el *subcomandante* rechaza la publicidad de los medios, los aprovecha, y él lo sabe debido a que su *marketing* es de los más altos e "impresionantes del mundo. Desde su forma de vestir hace mercadotecnia, a su modo... Marcos la hace con la base de su formación. Con ella extiende su palabra, la lleva a todos lados" (p. 25). Y ante la pregunta de qué sería del vocero rebelde sin los medios, el publicista responde: "Nada. De hecho fue el primero que empezó a utilizar de manera inteligente Internet. La revolución de Marcos empezó, y se mantuvo pacífica, gracias a que llegó toda la prensa a San Cristóbal. Pienso que lo hizo adrede para que llegara primero la prensa. Sabe que el ejército no dispara cuando hay cámaras" (p. 26). Y con respecto al pasamontañas asegura que "es la filosofía de que solamente somos ojos" (p. 26).

No obstante no tener asesores, como en las campañas para los aspirantes a los diferentes gobiernos en nuestro país, Pando asegura que *Marcos* cuenta con todo un equipo invaluable: "Los indígenas, que tienen una construcción del mundo y una cosmovisión mucho más amplia" (p. 26). Y cierra sus reflexiones diciendo: "Marcos rechaza, y con razón, la globalización, pero no puede negar que gracias a ella es quien es... Los medios permitieron que el mundo se interesara por él", asegura (p. 27).

Vemos pues, que los puentes entre una realidad y otra, entre una forma de concebir la realidad y otra, entre un sector y otro, entre un pensamiento y otro, ha sido una constante en el desarrollo de los grupos armados en el pasado siglo. Desde Zapata y Magón hasta *Marcos*, pasando por Cabañas y Vázquez Rojas. Han sido, los unos y los otros, cabezas apreciadas por sus respectivos grupos y que por fuera de ellos se les ha reconocido como portavoces, como puentes, como líderes, como representantes del sentir de su agrupación, de quien dicen representar. Quizá sea como menciona Enrique Krauze (1998): es la nuestra una tierra y el nuestro fue un siglo de caudillos.

II. LA COTIDIANEIDAD OCULTA

Si en el ámbito de lo público, de la figura, existen personajes sin los cuales se imposibilita la explicación de la actuación de los grupos guerrilleros, lo mismo se puede decir para el caso de los "anónimos" de toda esa gente que en la clandestinidad, en la cárcel, en las casas de seguridad, en la distribución de un panfleto, de un volante, de una octavilla, en la preparación de otros guerreros; participan, pero sobre estos seres "ocultos", no se enfoca la atención; la cámara fotográfica no se detiene, porque públicamente no se ha mostrado su importancia, pero que, es justo reconocer, sin ellos no se podría echar a andar la maquinaria de las figuras públicas. Sin la actuación y los discursos de quienes no se muestran, de quienes "no tienen rostro" ni identidad pública (en tanto que todos son guerrilleros, o "comunistas", "profesionales de la violencia", etcétera), los personajes que han pasado a la historia o que son elemento de referencia en el presente, no serían tales. En última instancia, la autoridad moral de que gozan los últimos la aquitan y constituyen, en buena medida, los ocultos, los que no existen para los medios, para el discurso oficial, para la sociedad civil, para las grandes entrevistas y las grandes notas. Sin estos últimos, también la historia estaría incompleta, sería como una frase sin sustento, como una palabra sin significado, porque no hay soporte. La realidad psicopolítica tendría otros tamices y otras realidades.

1 Su gente

Los rasgos de la cotidianeidad, no tan abierta, no tan pública, aunque en diversos casos escrita, de los guerrilleros, parece estar bien representada por los integrantes de la segunda ola, en tanto que de la tercera no se ha escrito mucho al respecto, salvo algunas notas de dos o tres integrantes de los zapatistas que hablan sobre su andar en las montañas, que no dista de lo que se conoce públicamente de otras guerrillas, por ejemplo las centroamericanas, o incluso lo que pudieron haber experimentado las otras agrupaciones de este fin de milenio. Sobre la primer ola se han insinuado algunos elementos, sobre todo en el apartado referente a estos grupos, pero la mayor riqueza, por lo experiencialmente expuesto incluso por los propios participantes, resulta ser la de los guerrilleros de la segunda ola.

1.1 El reclutamiento

Todo reclutado y todo reclutador tiene un antecedente que lo ha llevado, o él ha llevado, a engrosar las filas de las organizaciones armadas. Se sabe que los participantes de las organizaciones que desarrollan ciertas "actividades políticas" son especialmente potenciales para nutrir a las organizaciones armadas, tal puede ser el caso de sindicatos, de organizaciones campesinas, de movimientos o agrupaciones estudiantiles, entre otros. Se acercan, cuestionan, miden, interrogan, solicitan algún tipo de actividad para saber del grado de responsabilidad y de compromiso aún por fuera de la agrupación subversiva, y evalúan, para saber si tienen a la persona adecuada y entonces invitarla a formar parte (Retes, 2000).

Todo ello con una fría racionalidad, pues la racionalidad es así; los vínculos afectivos, si están presentes, pasan a un segundo plano, pues la empresa que se emprende requiere de mentes frías, para actividades quizá también frías. Esa frialdad la pueden percibir hasta los infantes, cuando los mayores, entre los cuales posiblemente se encuentre el padre, tiene que ausentarse para realizar alguna actividad clandestina, o cuando definitivamente se van y sólo se sabe de ellos cuando, por esos tiempos, tienen la fortuna de caer en la cárcel (Glockner, 1996) y no en los barrancos o los mares del país (Montemayor, 1991).

Los procesos de reclutamiento no se parecen en nada a los episodios narrados por Ramos (1979) en los que se muestra el grado de pasión de los estudiantes proclives a la violencia revolucionaria: un joven, pistola en mano, obligó a una orquesta a ejecutar la Internacional con el pretexto de que era un aniversario más de la Comuna de París. Era un 18 de marzo (p. 15). Y da cuenta de la vía, la conversación, para que entre los más cercanos, entre los cuates políticos, se vayan formando cuadros proclives a ser reclutados por alguna organización cerrada, como se les acostumbraba nombrar (Ramos, 1979). Se habla de "condiciones objetivas" y "subjetivas", de "foco vanguardista", etcétera (p. 16). Y ya el más audaz, no con fines de conscientización, ni como un acto de la revolución aunque sí en su nombre, echa mano del marxismo y del maoísmo no sólo para hacer la revolución, sino para ligar también a una que otra *chavita* (p. 35); en fin, se pone en práctica aquello de que "ligar es concienciar". Pero en otros casos Glockner (1996) refiere la forma en que se reclutaban personas: la colaboración inicial, el trato frío, y el discurso: "No es una caridad cristiana el compromiso con los desposeídos, con el pueblo de México, es un deber de conciencia, de ideología; usted es un guerrillero pasivo, pero que está igualmente comprometido con nuestra causa" (p. 16).

La lucha armada, que es la vía regia de la revolución requiere de esfuerzos sobrehumanos, de despojarse de comodidades (para demandar eso eran buenos los de la Liga Comunista 23 de Septiembre) y sino habrá que preguntarle a los que escribieron sobre los grupos armados de los setenta: "la revolución no se hace con días de campo" (p. 124), advertían. Por ello, el que algunas personas abandonaran sus hogares, sus trabajos, sus familias, por incursionar en un proyecto ideológico, en un movimiento armado era comprensible a través de la razón revolucionaria (Castañeda, 1980; Hiraes, 1996, Glockner, 1996). Y si se podía dejar atrás la familia, en nombre del asalto al cielo, se dejaban también otras cuestiones fuera de la vida, como los afectos por los cercanos, no así por la clase en nombre de la cual se lucharía. Había referentes concretos que se abandonaba, por ejemplo los hijos, cuando los reclutados eran adultos, o se abandonaba a los padres cuando eran los jóvenes a quienes les tocaba el turno (Armendáriz, 2001). Había quienes se plantaban en el extremo de que los revolucionarios no debían tener remordimientos; había que eliminar el remordimiento, afirmaban (ver Salazar Mallén, 1980). Los revolucionarios, se propuso en ciertas ocasiones, no debían ser felices, lo cual parece que los grupos armados entendieron bien y luchaban contra ella al interior de sus organizaciones. Asimismo, se sentenciaba: "no se puede ser revolucionario y sentimental". Y como si de viajar entre los extremos se tratara, Salazar Mallén apunta: "Un revolucionario que perdona deja de ser revolucionario" (p. 124). Este autor reconoce que hay personas a las que se incorpora vía sentimental a los proyectos armados, por lo que después hay que "enfermarla de una crueldad" (p. 132), para que pueda actuar.

A Jacobo Silva, uno de los comandantes del Ejército Revolucionario del Pueblo Insurgente (ERPI), quien fue detenido en 1999, se le reconstruyó un pasaje de su pasado, con base en testimonios de familiares. Narran: se marchó a la sierra de Puebla para ser

maestro rural; después no se supo nada más. 13 años después, en octubre de 1999, sus familiares supieron de él por medio de la prensa: había sido detenido por miembros de la Policía Federal Preventiva y del Ejército (Ravelo, 2000). Su compañera de batallas y de afectos, los cuales terminan por reconstruirse, Gloria Arenas, fue también detenida. Tanto el comandante Antonio como la coronel Aurora, como se les conocía respectivamente en las filas guerrilleras, fueron torturados durante cinco días, como en los viejos tiempos, con la finalidad, también como en antaño, de que involucraran a otros personajes de la vida política de oposición, esta vez a un senador perredista y a otros miembros de ese partido; se les torturó para que los acusaran de pertenecer a las filas del ERPI (*ibid*), a lo cual se negaron.

1. 2 Las discusiones

Otra área de interés es la vida en las casas de las organizaciones armadas, porque de alguna manera es llevar la esfera de lo público al espacio de la privacidad, en tanto que no se puede discutir abiertamente, públicamente, con público de por medio, a menos que sea una organización y se esté debatiendo algún asunto que a todos compete, pero que en otro sentido se realiza en espacios cerrados, en casas de seguridad, como le denominaban a los espacios que habitaban para guardar documentos, cosas, dinero e incluso armas, y que eran de "seguridad" por ser de acceso restringido y que sólo algunos conocían y, por tanto, sólo algunos cuantos tenían acceso a ellas. Y allí vivía gente que no tenía una identidad social, que mostraban realizar ciertas actividades, diferentes a las que tenían asignadas, por las que se entregaban a la revolución, con la finalidad de no ser descubiertos. De hecho los nombres que tenían para identificarse al interior de sus organizaciones eran distintos a los que tenían antes de sumergirse en la clandestinidad, e incluso llegaban a ser otros lo que utilizaban en los alrededores de las casas que ocupaban.

Es ésta, un tipo de vida que tienen que llevar los clandestinos, ya que los grupos armados también, en aras de la seguridad, imponen una severidad al espacio de sus militantes y le apuestan al retiro de las vidas individuales, pues creen que estas no deben existir, que sólo *son* a partir de su incorporación a la clandestinidad: cambian nombres, hábitos, lenguaje, vestimenta, identidad, familia, etcétera. Muchas de las parejas que se formaron al calor de las balas o del clandestinaje, no tenían referencia de la vida de su acompañante antes de incorporarse a la lucha (Glockner, 1996). Ya lo había dicho el ruso Víctor Serge: La revolución no se puede detener a resolver problemas psicológicos individuales, y en México, las agrupaciones armadas la tomaron prácticamente a pie juntillas; en algunos casos esta era la situación que imperaba, en otros era más "floja" la disciplina, era más relajada.

Y esta era, en parte, la gente que discutía, y en las discusiones que tenían los integrantes de las agrupaciones armadas, se trataba desde el color por definición de la revolución (rojo) hasta la solución de los problemas mundiales; pero sí algo sensato tenían estos personajes, eran las pláticas que versaban sobre la llegada del hombre a la luna (Castañeda, 1999) y de que color sería: si los gringos llegaban primero, sería un avance para el "imperialismo" quedando el campo socialista a la zaga. No obstante a este razonamiento se le podía oponer otro "argumento", pues los rusos iban por el cosmos (de ahí que sus viajeros se denominaran cosmonautas) y no por los astros (por ello no eran astronautas). Pero había cosas más "centradas" en su haber sobre las que se charlaban, tal era el caso del rumbo que debía tomar la lucha armada, cuestión sobre la que nunca se pusieron de

acuerdo; no había posibilidad de confluír sobre el rumbo a seguir de su actividad y cómo actuar conjuntamente en condiciones más o menos sensatas (esto es, sin que pesara sobre ellos la persecución), no lo hicieron tampoco cuando la represión se desató sobre ellos, y tampoco cuando se encontraban en la cárcel. Ahí, en una crujía, en una celda se podían juntar miembros de la Liga Comunista 23 de Septiembre, de los Comandos Armados Revolucionarios, de la gente de Lucio Cabañas y otros tantos, y nunca se ponían de acuerdo en una discusión (Glockner, 1996); así, "las formulaciones ideológicas, los conceptos, las tácticas, los mecanismos y las estrategias para alcanzar el poder, eran constantemente un motivo de disgusto" entre las diferentes representaciones de los grupos (p. 66). Y ya de plano cuando se ponían cuerdos, podían abordar cuestiones como la táctica en la lucha armada; un integrante del Movimiento Armado Revolucionario (MAR), Salvador Castañeda (1992) recuerda de memoria las lecciones de su grupo: "A un ejército se le derrota enfrentándole otro ejército, porque éste es el sostén, la columna donde se sostiene la clase dominante. Cada combatiente de la guerrilla, por su capacidad, vale por diez del enemigo y debe ser capaz de echar a andar todo otra vez si la organización es desmembrada y llegara a quedar solo..." (pp. 25-26).

Sobre ello había claridad, y también sobre lo que tenían acuerdo era sobre lo que el maestro de la guerra de guerrillas había dicho años atrás. Para los recién llegados guerrilleros debía quedar claro a lo que se enfrentaban, pues se les insistía sobre los peligros que corría un profesional de ese tipo, un guerrillero, de las posibilidades de entregar la vida en combate, de que la muerte llegara (Glockner, 1996). El propio Ernesto *Che* Guevara ya lo había expresado desde su posición de *comandante*: "En cualquier lugar que nos sorprenda la muerte, bienvenida sea". Eso sí debía quedar muy claro. Pero si esto quedaba resuelto, había otras cosas que no quedaban tan así, salvo coyunturas, de ahí que a los integrantes de la Liga Comunista, por ejemplo, se le criticara de "militaristas" y "terroristas" y quienes lanzaban esas críticas eran acusados de ser "demócratas de mierda" (Hirales, 1996), aunque en la cárcel en ocasiones se invertían los roles (ver Castañeda, 1980; 1991). Y si esas cuestiones quedaban medianamente saldadas, otras no tanto, pues antes que ponerse a limar asperezas y así confluír en una coordinadora guerrillera nacional, como la que se pensaba formar entre las diferentes agrupaciones armadas, había quienes preferían estar especulando sobre si el Partido Comunista Mexicano apoyaba o no a la guerrilla de Lucio Cabañas, por ejemplo con "armas y otras cosas", y de ser afirmativa la especulación, desprendían que entonces Cabañas no había renunciado a su militancia comunista, por lo tanto no se podía acordar con él (Hirales, 1996, p. 136).

1. 3 Las actividades

Las actividades que realizaban las guerrillas de los setenta eran de lo más "diversas", que iban de los secuestros a los asaltos bancarios, pasando por asaltos a gasolineras, farmacias, tiendas, y secuestros y asaltos bancarios. Por ejemplo, en el norte, en Monterrey, surgieron tres grupos armados: uno, las Fuerzas de Liberación Nacional, dirigido por el *hermano Pedro* (César Yañez); otro, el de la Juventud Comunista dirigido por Raúl Ramos, y la *Liga de los Comunistas Armados*, dirigida por Ángel Mejía. La última, la Liga, llegó a contar con buenos cuadros, y se dedicaban, como la mayoría de las agrupaciones de aquel entonces, al asalto ("expropiaciones", decían ellos) a bancos y a algunos comercios de la ciudad industrial de Monterrey. Otros grupos se dedicaban a distribuir el dinero en las colonias pobres del Distrito

Federal, lo cual no generaba simpatías en otras agrupaciones subversivas, por lo que se les etiquetó como "rescatistas", como los "Robin Hood mexicanos" (Hirales, 1996).

Otra de las actividades preferidas de los guerrilleros, el secuestro, parecía que se desarrollaba con "naturalidad", como que se les daba efectuarlos; no obstante los costos, incluso con vidas de algunos de los secuestradores. Secuestraron desde embajadores hasta el suegro del entonces Presidente Luis Echeverría en septiembre de 1974 (Castañeda, 1992). De hecho, durante ese acto Nassar Haro (de la extinta Dirección Federal de Seguridad) solicitó a Salvador Castañeda, cabeza del MAR y ya en la cárcel, que hiciera un llamado público, a través de la radio y la televisión, solicitando que soltaran a Zuno Hernández, el suegro, a lo cual no accedió. Se recuerda también el avión de mexicana que los guerrilleros secuestraron para sacar a compañeros de la cárcel que habían caído por sus frustrados intentos de asaltar bancos; muchos de ellos fueron a dar a Cuba.

Por otra parte, todo parece indicar que estos guerrilleros ven con cierta nostalgia el movimiento estudiantil de 1968, pues no participaron en él, por una sencilla razón: se les impidió. Efectivamente, a los integrantes de los grupos armados no se les permitía participar en el movimiento estudiantil de 1968, pues era visto como algo no *trascendente*, toda vez que no era un movimiento "de clase", de la clase obrera y suponían que "ir-a-estudiar-marxismo-leninismo (a algún otro país, por ejemplo Alemania, a donde enviaban los comunistas a sus cuadros), era algo realmente trascendental" (p. 94). Pero la sensación de que algo se compartía por la importancia del movimiento estudiantil nadie se las quitaba, solo las ganas de unírseles en los mítines relámpago que se presentaban por toda la ciudad de México; la masacre no la vivenciaron... algunos de ellos. Lo que sí vivenciaron fueron sus consecuencias. Al respecto se ha insistido mucho (ver Bellingeri, 1993).

La represión que el gobierno mexicano ejerció contra los estudiantes orilló a muchos de estos a tomar el camino de las armas. Y es que el 2 de octubre no fue el único acto sangriento de masas que haya perpetrado el gobierno mexicano. Lo hizo también el 10 de junio de 1971, nuevamente, durante una manifestación estudiantil. Ahí actuó el grupo denominado *Los Halcones*, "que fueron creados para lo que se ocupara: guerrilla, nuevas movilizaciones estudiantiles, brotes de rebeldía obrera, eventuales levantamientos campesinos; fueron creados para tener un grupo de choque clandestino que permitiera relevar al ejército y a la policía de funciones represivas directas, tomando en cuenta lo inocultable: el tremendo desprestigio que cayó sobre estas instituciones por la manera en que se les utilizó en el 68" (Hirales, 1996, p.164). Después de la represión de junio de 1971, varios grupos de estudiantes, entre ellos algunos de las ex-juventudes comunistas se sumergieron en la clandestinidad.

Unos meses después de la segunda masacre estudiantil, a principios de 1972, se forma la coordinadora entre los diferentes grupos armados: los *procesos*, los *apóstoles*, el *movimiento 23 de septiembre*, el MAR (Hirales, 1996). "Armados básicamente de los primeros *Madera*, recorrían el país propagando la buena nueva: ya hay una política clara para el movimiento revolucionario, ya no es inevitable seguir caminando a ciegas, encadenados a un militarismo ramplón, sin visión ni estrategia, o bien oscilando entre el enfoque demócrata y las posiciones radicales... Así fueron cayendo, en los brazos de la 'enfermedad', los que faltaban: Lacandones, la mayor parte del Frente Estudiantil Revolucionario (FER), de Jalisco; los *enfermos* de Sinaloa, los Macías..." (p. 202). Pero uno de los que no "cayó" fue nada más y nada menos que Lucio Cabañas, quien mantenía diferencias con la actuación bastante beligerante de algunas agrupaciones; por lo demás,

Lucio quería la coordinación, pero no a cualquier costo (ver Montemayor, 1991). Surge así la *Liga Comunista 23 de Septiembre*. La Liga exigía militancia de tiempo completo, mientras que muchos de sus miembros pensaban que se podía militar cada fin de semana, tener novia, trabajar de lunes a viernes, asistir a la Universidad, irse de reventón; se suponía que no era incompatible la actividad revolucionaria con esas andanzas, lo cual no resultó del todo así, y no ayudo mucho, entre otras cuestiones, a la larga duración de la organización.

Por otra parte, la forma en que trabajan los guerrilleros en las zonas rurales a donde llegaban y pretendían crecer no era siempre la más adecuada, de hecho se podría afirmar que fue de lo más torpe. Hirales (1996) narra episodios de la Brigada Revolucionaria Emiliano Zapata (BREZ) que se vincula con comunidades de Oaxaca, allí los integrantes de la ya Liga llegan a aventarles rollotes de cincuenta cuartillas a los campesinos, estos desprenden algunas hojas para sentarse en el suelo, y ante las miradas de los *ligos* responden: "no se preocupen, compañeritos, que todavía quedan muchas para leer" (p. 243). Bastante certeros los campesinos. A esto hay que sumarle el acto de "expropiación de la única máquina de escribir y que se encontraba en la escuela primaria de la zona", dicha máquina resultó ser una donación de la comunidad, y los guerrilleros se la agenciaban. Por supuesto la respuesta de rechazo de parte de los campesinos del lugar no se hizo esperar.

Por si los dos casos anteriores fueran poco, la fragmentación se sumaría a la descomposición de la actuación armada: durante 1974, por citar un caso, se encontraban trabajando en Oaxaca, en dos sitios diferentes, sin vínculo alguno, dos organizaciones, la Unión del Pueblo y la BREZ; lo mismo en Guerrero, por un lado estaba Lucio Cabañas y compañía, y por el otro las FAR, de Carmelo Cortés en Acapulco (Hirales, 1996). Lo que estuvo presente en esta fragmentación del espacio y de las agrupaciones, fue la desconfianza que unos a otros se dirigían. La unidad entre los diferentes organismos nunca se dio; de hecho se puede hablar de una especie de "préstamo" que las organizaciones realizaban con su gente: militantes de una organización que iban a enseñar o aprender de otra, pero hasta ahí, no más.

Las purgas. El grado de descomposición de las agrupaciones armadas llegó al extremo de realizar, entre sus filas, ejecuciones que se fincaban en rumores o sospechas, lo cual contribuyó de buena forma a su aniquilamiento. La descomposición era tal que el sólo hecho de tener una cita en las afueras de la ciudad era síntoma de que esa persona ya no regresaría (Hirales, 1996). Las baterías de unos se dirigieron contra sus propios compañeros al interior de las agrupaciones y no contra el enemigo, como después lo reflexionarían algunos militantes, ya en la cárcel, ya en el exilio, o de plano décadas después. Un ejemplo crudo lo constituye la organización a la que perteneció Salvador Castañeda (uno de los creadores del Centro de Investigaciones Históricas de los Movimientos Armados, CIHMA, fundado a principios de los noventa). El ex-guerrillero años después reconocería que, para "limpiar" las filas de los integrantes del MAR, eran válidos en muchos momentos los señalamientos de ser "pequeñoburgués", por el sólo hecho de tener un trabajo legal, o constituía todo un delito el tener casa donde dormir, e incluso el estar casados. Pero no sólo eso provocaba el ensimismamiento y canibalismo de los grupos, sino también sus divisiones internas, en ocasiones bastaba con la existencia de dos posturas, de dos fracciones, para que se acabara a tiros por la desconfianza que reinaba (ver Castañeda, 1992).

1. 4 La cárcel

En su libro, Glockner (1996) recuerda como fue do terrorífica la primer visita que efectuó a la cárcel, en donde se encontraba su padre: le habían dicho, a sus cuatro años, que esa era la escuela de su papá; sólo después lo sabría, se trataba de Lecumberri; su padre fue de los fundadores de las Fuerzas de Liberación Nacional. Las prisiones han sido el lugar al que se ha querido confinar a los luchadores sociales, a los guerrilleros en primera instancia. Castañeda (1991) recuerda la declaración que en televisión realizó un político de los setenta, Quiroz Cuarón: "los guerrilleros (antisociales) no deben andar sueltos por ahí, pues son peligrosos para las instituciones" (p. 91). Este mismo ex-combatiente de los setenta narra la llegada de los guerrilleros a las cárceles y su recibimiento: "Al tercer día algunos presos del fuero común se acercaron a preguntar si somos guerrilleros, y nos traen algunos diarios mostrándonos ellos mismos nuestras fotos y de paso nos invitan a comer algo. En esas estamos cuando llega el de la marihuana a ofrecérnosla regalada, para aliviarnos 'un chico rato' -nos dice- y agrega que él es el que mueve aquí dentro y que la tiene en abundancia" (p.16). Pero ese es el trato de unos cuantos, de un puñado de reclusos, faltan los otros y los celadores. El ex-integrante del MAR recuerda que en alguna ocasión un par de los últimos realizaron una incursión a su celda, y uno de ellos le espeta: " 'Ése fue a Corea'. Y enseguida suelta la andanada de cachetadas. Aquí no vas a aguantar la verga; la chinga que te espera está dura. Así que si quiere suicidarse (y cambia de persona abruptamente) vaya pidiendo la cuerda y hasta lo ayudamos a que se cuelgue. Así que eres del MAR ¿eh? Ustedes se sienten muy cabrones pero aquí van a aprender. A mí me vale madre su ideología de ustedes. Lo único que quiero es que no hagan problemas, es mejor que se olviden de hacer propaganda; acuérdense que vienen recomendados. Así que nada de grupos, amigos o denuncias. Aquí hay situaciones con las que no estarán de acuerdo pero tienen que callarse. Si quieren pasarse de vergas, gacha. Yo los entiendo y hasta puedo decir que simpatizo con ustedes" (pp. 20-21).

La vida de los guerrilleros en los reclusorios y las cárceles era sumamente paradójica: por un lado el acoso de los custodios y algunos reos que eran azuzados para fastidiar a los presos políticos; y por el otro, la admiración y el respeto que profesaban algunos reos comunes a aquellos hombres que habían osado desafiar al sistema, al Presidente, haber secuestrado embajadores, haber distribuido dinero en las colonias populares mientras las amas de casa esperaban su leche (Hirales, 1996; Castañeda, 1980). Pero no sólo existía el respeto de parte de algunos reos, también de algunos celadores quienes solicitaban consejos a los *activistas*, pues sabían que estos habían pasado por las universidades; consejos para arreglar los problemas familiares, ahí se mostraba el respeto y la admiración que se tenía por ellos (Castañeda, 1980). Los guerrilleros accedían a cambio de que les proporcionaran información o libros. Explotaban la situación. De hecho, los celadores pagaban los favores simulando los cateos que debían realizar. Pero no todos los guardias eran accesibles, ni tampoco todos los guerrilleros eran solidarios, pues había quienes desde su cuadratura consideraban a los celadores como enemigos de clase, por ser guardianes del régimen, dentro de las cárceles, pero finalmente guardianes del sistema contra el que se lucha. En el primer caso, se encontraban guardias que se drogaban o embriagaban antes de realizar el tradicional cateo a las celdas de los presos políticos y, tratando de compensar el miedo que experimentaban ante quienes se habían enfrentado con las armas al gobierno, llegaban gritando: "¡Guerrilleros de mierda!, ¡se los va cargar la chingada, ojetes asaltabancos; traidores a México!... ¿Con que entrenados en Corea del Norte para la guerra de guerrillas, no putos? Orita vamos a ver qué tan cabrones son" (p. 138). Después de lo

cual arremetían contra los guerrilleros presos. Lo más "tranquilo" lo constituían los mensajes que les espetaban algunos "bondadosos" cuando se acercaban: "buen comportamiento para poder reintegrarse a la sociedad que han ofendido con sus actos de subversión" (p. 110).

Hubo quienes, en su afán de continuar la lucha desde dentro de las rejas, organizó un grupo-comando armado: contactó a un campesino, a un obrero, y a varios estudiantes con sus respectivas parejas. Asimismo había quienes no participaban de los asaltos bancarios por considerarlos "peligrosos", pero sí se dedicaban al asalto de panaderías y pequeños comercios, y resultaron ser la mofa de los otros guerrilleros, al ser señalados como aquellos que se robaban los bolillos y las chilindrinas y los carros de camotes. Finalmente, la dirección de la cárcel se enteró que desde dentro se organizaba a aquel grupo de expropiadores, todo hace suponer que vía un soplón, y al preso político organizador se le molió a golpes y se le apadó (Castañeda, 1980). Los intentos por continuar la lucha, desde una trinchera tras las rejas, estaban muy presentes en más de un personaje (Hirales, 1996), y las consecuencias de tales pensamientos que se traducían en acciones afuera, llegaban al interior de la cárcel; cada vez que un grupo armado secuestraba a un embajador o empresario, los presos políticos eran trasladados o encerrados para evitar quién sabe qué. Hubo una ocasión en que secuestraron a Duncan Williams, cónsul honorario de Inglaterra en Jalisco. La policía elaboró una lista de 50 presos "canjeables" tan burda que los presos políticos se percataron inmediatamente que era un atentado contra ellos (Castañeda, 1992).

Y ya de plano, como no queriendo, para mitigar de alguna manera la estancia en prisión, había quienes de plano "se ponían a cantar —como si realmente lo sintieran— canciones ridículas que alguien que vive de eso bautiza como revolucionarias o de protesta, para el consumo desafortunado del miedo o del conformismo, bajo la mirada de los agentes a través de las ventanas que hay en los pasillos donde se acomodan las celdas" (Castañeda, 1980, p. 131). Ello permitía, en parte, consumir el tiempo, a falta de atención que se pudiera brindar desde fuera, como en la actualidad ocurre, pues en aquellos años no se mostraba interés por este tipo de presos políticos, quizá porque la ideologización que de ellos se había hecho tuvo cierto éxito aunado al terror de Estado, salvo en la organización que ahora conocemos como Eureka que encabezaba Rosario Ibarra, a cuyo hijo habían desaparecido: la comprensión, pues, estaba de su lado en ese, al parecer, único caso. Pero, justo es reconocer, que fueron bastantes las personas que por motivos políticos se encontraban presos y que no había organización alguna de derechos humanos que los defendiera de los abusos dentro de la cárcel. Vamos, ni siquiera Amnistía Internacional (Castañeda, 1980). Uno de ellos se quejaba: "A los de la vía armada ni Amnisty International se nos arrima. Estamos más solos que nunca. El comité ese de membrete kilométrico sólo se solidariza con nosotros cada fin de año en la última página de alguna revista que ellos mismos califican de revolucionaria, deseándonos una Navidad feliz y un año nuevo lleno de prosperidad. ¡Cabrones! Pero eso sí, bien que se valen de nuestra existencia allegándose dinero y viajando por los países socialistas. O los partidos de la izquierda domesticada haciéndole el juego al partido oficial utilizándonos como bandera" (p. 132).

Las reflexiones sobre las consecuencias del actuar guerrillero no se ausentaron, ni dentro de la cárcel. Castañeda (1991) da cuenta de este tipo de considerandos: por una parte estaba la situación de que a los guerrilleros se les acusaba de una serie de delitos que los imposibilitaba a salir de la prisión: asociación delictuosa, acopio de armas, robo con violencia, conspiración e incitación a la rebelión, "eso es el infierno" exclamarían los presos políticos; por otro lado estaba el hecho de que podían pasar hasta seis años sin sentencia; y en el mejor de los casos estaba otra posibilidad: después de ese tiempo que la sentencia

fuera: inocente, la ausencia de responsabilidad de los hechos que se les imputaba. Pero también estaba la otra consideración: el intento por el asalto al poder les costó, a algunos integrantes del Movimiento Armado Revolucionario, nueve años en la prisión (1980). Y el problema mayor posiblemente no era la sentencia, sino la conclusión de ésta, pues una vez purgada la condena quedaba enfrentarse con el peso de afuera, con los familiares de los secuestrados, con la policía política que quería saldar cuentas con los guerrilleros. Por ello, al salir de la cárcel se metían en la encrucijada: será mejor quedarse dentro o salir, con el antecedente de que muchos de sus camaradas habían sido desaparecidos, justo al salir de las prisiones. De ahí que este tipo de pensamientos los inundara adentro: "¡que vengan años, cabrones, no más que no maten!" (p. 18). Morir combatiendo no representaba gran problema, pues para ello se habían preparado, pero morir sin pelear, sin combatir, no encajaba con el planteamiento del *Che* Guevara (Glockner, 1996). Continuando con las reflexiones, un integrante del MAR, después de revisar los acontecimientos de enfrentamientos con el Ejército, con la policía... ya en prisión, pensará: "Quién sabe si hubiera sido mejor morir que estar aquí sin saber qué. Al final de cuentas todo no fue más que un intento que costó muy caro: muertos, exiliados, perseguidos y encarcelados. Es que la insurrección para la toma del poder es algo serio" (Castañeda, 1991, p. 95).

Pero si las anteriores se pueden considerar reflexiones "altas", también las había "bajas", más mortales, más espontáneas, más comunes, como las de muchos otros. Así, había quienes en el desamparo de que era presa por los muros y los barrotes, su existencia la midieron con roedores. La desesperación hace presa de estos personajes que llegan a presentarse como personajes kafkianos. Uno de ellos, ya en el desborde de la locura, paradójicamente, razona: "si pudiera ser tan libre como ellas, cambiaría mi vida por la suya, aunque su ciclo vital sea más corto" (1980, p. 132). Luego, llega la razón fría nuevamente, y se arrepiente de la reflexión, pues qué van a pensar de él los "camaradas", que es un "traidor". Y en una conversación interna se imagina otra respuesta: "Miren a ese claudicante pequeñoburgués, hijo de su chingada madre, comparándose con una rata el mierda" (*idem*). Finalmente concluye que no le interesa ya lo que piensan aquellos que dicen estar en la pureza, toda vez que pueden estar pensando algo similar, o peor. Pero hay de bajezas a bajezas, y si los pensamientos tendientes a truequear la vida humana por la vida de un roedor se callan para no ser condenados, existen otras consideraciones que si bien se externan, se mencionan en lo oscuro, con la finalidad de que se puedan negar, que constituyan lo más privado de la privacidad, como las propuestas que se les hacía a los presos guerrilleros, para que se emitieran pronunciamientos políticos en los que condenaran la lucha armada, a cambio de lo cual, el después Procurador General de la República, Sergio García Ramírez, les ofrecía la libertad (1991). Bajezas que los presos políticos guerrilleros no aceptaron; prefirieron las propias a las ajenas.

A pesar, o precisamente por todo esto, es que hay guerrilleros que piensan que "la libertad vale mucho más para quien está preso por intentar alcanzarla para todos, que para el que no hace nada y está libre" (Castañeda, 1991, p. 87). Suena a consuelo de recluido, pero en el fondo de la argumentación se encuentra el ideal, efectivo, de la lucha por una sociedad más justa para todos y no para unos cuantos; y los costos, como se ha visto, efectivamente, son altos.

Eso mismo se puede apreciar en las reflexiones de otro preso político, también guerrillero, pero de la tercera ola, el erpista *comandante Antonio* cuando afirma: "No soy terrorista ni secuestrador ni asesino ni ladrón. Considero que estoy aquí porque he formado parte de un ejército popular desde cuyas filas he llamado al pueblo a defenderse y le he

ayudado a organizarse para que se defiendan de los secuestros, asesinatos, torturas y violaciones que contra él comete el ejército federal, diversas policías y grupos paramilitares, agresiones que se cometen con total impunidad como lo muestran los casos de Aguas Blancas, El Charco, Acteal y El Bosque y que hacen evidente que el pueblo no puede esperar justicia de las instituciones encargadas de impartirla" (en Ravelo, 2000, p. 26).

Más adelante agrega: "no estoy arrepentido de haber levantado a un grupo de mexicanos a luchar por la democracia, la justicia y la libertad, sino que estoy muy orgulloso de ello y no me pesa la pena que me puedan imponer porque por más grande que sea la pena que se deriva del deber cumplido, nunca será mayor que la satisfacción de haber hecho lo justo, porque es más libre quien está tras las rejas, pero ha peleado por la libertad y confía en el futuro, que quien se encuentra afuera pero está sujeto a la consigna del poderoso y teme los cambios que se avecinan, porque la libertad del pueblo bien valen unos años de cárcel, porque quien ha sido libre y ha liberado a otros de las cadenas del sometimiento, ha sembrado en ellos la conciencia de su dignidad y le ha dado esperanzas, vive y es libre en la vida, en la libertad, en la dignidad y en la esperanza" (p. 27). Finalmente precisa: "La resistencia de las comunidades erpistas y bases de otros ejércitos populares mantienen viva la esperanza, muestran que el futuro puede y va a ser mejor que el presente" (*idem*).

1. 5 La percepción

Si la percepción que de sí mismos tienen los guerrilleros, de ser los redentores de la patria, les permite sentirse útiles, necesarios en las condiciones del país, lo que desde el gobierno se expresa no los hace ver así, por el contrario. Castañeda (1992) narra así la forma en que muestran a los guerrilleros ante la nación: "El PRI se encargó de distribuir la edición en todo el país. Llegó, así, hasta los rincones más alejados. Los curas se regodearon en misa o en el rosario, en los bautizos, en las confirmaciones; en los casamientos, incluso en las confesiones. En la capital, en los lugares más frecuentados por gente del pueblo, no dejaron muro o pared sin el enorme cartel con la fotografía de cada uno, previniendo a los mexicanos contra la *amenaza roja*, contra los *traidores a la patria*

"*Traición a la patria*, se llama la edición. En ella la patria está personificada por una hermosa mujer que se alza sobre un pedestal marmóreo, vestida de blanco inmaculado y una cofia con los colores de la bandera nacional. Descalza. El pie izquierdo ligeramente adelantado pisando sobre una cadena rota y en la mano del mismo lado parte de la misma cadena. En la mano derecha un papel semienrollado donde se lee: *Sublime libertad*. Tras la libertad —que muestra un hombro sensual y unos senos voluptuosos que no le caben en el corpiño— parte de los traidores a la patria, en el aire, parece que brotan de la nada, armados con fusiles que apuntan a la cabeza, es decir a la bandera. Un par de enormes cuchillos curvos en manos de ellos están a punto de hundirse en la espalda de la patria. Desde luego que los traidores tienen miradas feroces. Atrás de ese cuadro apabullante, una bandera roja con la hoz y el martillo y una estrella de cinco puntas y a la izquierda ondea la de la República Democrática de Corea.

"Los últimos cuadros de la publicación muestran la ira de los presos en Lecumberri ante la declaración —en juzgados— de que se harían secuestros de diplomáticos para canjearlos: '¡Todo menos traición a la patria!' y furiosos levantan el puño. Luego, en un acercamiento a los mismos presos, se ve que gritan: '¡En cuanto un diplomático sea

secuestrado, juramos que degollaremos de a uno por uno a estos cerdos, a esos mexicanos mal nacidos!". Se pasa a la siguiente y muchos rostros del pueblo con lágrimas en los ojos gritan: ¡Viva México! y al pie: 'Una ola de indignación ha conmovido a la ciudadanía consciente de sus deberes y sus obligaciones para con su patria, agrupándose todos los mexicanos, como un solo hombre alrededor de su guía y presidente'. Más adelante Luis Echeverría, en actitud apesadumbrada, dice delante de un funcionario de su gabinete: 'Hamponcetes de mala muerte que al amparo de exóticas y ridículas ideologías van a entrenarse al extranjero para robar y asesinar y todavía tienen la desvergüenza de gritar a voz en cuello que lo hacen para beneficio del proletariado. ¡Lo hacen para vivir de golfos sin trabajar! ¡Malditos sean!'

"Al siguiente cuadro aparece la fotografía de Emilio O. Rabasa (Secretario de Relaciones Exteriores) ante los micrófonos de la radio y frente a las cámaras de la televisión para anunciar la valiente y drástica determinación del Señor presidente de la República: '¡Se ordena salir de inmediato del territorio nacional a los cinco diplomáticos rusos que han propiciado y fomentado la traición en los mexicanos indignos y faltos de su conciencia ciudadana, ajenos a sus deberes patriotas, a sus más elementales deberes de hombres' " (pp. 57-59). Y aparecía una leyenda llamando a los mexicanos a tener cuidado con los diplomáticos rusos, que eran quienes gestionaban las becas de los estudiantes mexicanos que querían ir a estudiar "terrorismo" en Moscú y Norcorea.

P. D. Algunos ex-guerrilleros al calce del tiempo se posicionarian del otro lado, mal o bien pero lo harían. Por ejemplo, quien fuera miembro de la Liga Comunista 23 de Septiembre, Gustavo Hrrales se convirtió, una vez estallado el conflicto de Chiapas, en colaborador del gobierno federal, tratando de menguar el alcance del zapatismo a partir de su experiencia en los grupos armados. Su conocimiento lo puso al servicio del poder contra el que luchó durante varios años. Y así, varios casos se pueden encontrar, unos más públicos y abiertos que otros.

CUARTA PARTE.
CONCLUSIONES

CAPÍTULO 7. DISCUSIÓN

*lo que importa, y lo que nos congrega
no es exactamente la academia,
sino, para ser exactos,
una sociedad conjunta que amamos
y que nos duele,
y un futuro conjunto que también amamos
y que no estamos dispuestos
a que también nos duela.*

Pablo Fernández Christlieb

*El razonamiento oficial (sobre los movimientos guerrilleros)
tiende a apoyarse no en una comprensión
de la naturaleza social del conflicto,
sino en la necesidad de reducir al máximo
los contenidos sociales
y sus motivaciones políticas o morales.
En la medida en que se reduzcan al mínimo
estos datos de causalidad social,
se favorece la aplicación
de medidas solamente policíacas o militares.*

Carlos Montemayor

I. RECLAMOS SOCIALES: SOLUCIONES MILITARES

El presente trabajo tuvo la pretensión de analizar, desde la mirada de la psicología política latinoamericana, la situación alrededor de la cual giran los grupos armados en México de fines de siglo XX. Para ello se echo mano de categorías que la psicología política latinoamericana marcó en sus distintas agendas como fórmula para abordar la situación política y social en que se encuentran nuestras sociedades, y en el caso específico de México las circunstancias de la tercera ola armada.

Así pues, a lo largo del trabajo hemos visto que una constante anterior al surgimiento de los grupos armados la constituyen las características económicas, políticas y sociales en

los lugares donde emergerán guerrillas; tales características podrían sintetizarse en una pobreza, que a la fecha se divide en pobreza simple y pobreza extrema, en el cierre de espacios de participación política a la oposición y la situación de injusticia que se vive, que en muchos de los casos deriva en actos de represión que, en conjunto, llevan a la opción de las armas como el camino para lograr lo que por la violencia institucional se les ha negado: un bienestar económico que haga soportable, vivible la existencia, la apertura de espacios que se habían cerrado, y el respeto a la dignidad humana, que deviene en relaciones justas entre gobernantes y gobernados, por citar algunos casos. México inicia el siglo XX con un salvajismo político económico y social ejercido desde el poder, y con una respuesta armada para enfrentarla y generar cambios, y concluye el siglo, pero también el milenio, con el ejercicio de una política económica que ha dejado fuera de los beneficiados a millones de mexicanos, lo que ha orillado a algunos grupos a tomar las armas: la recurrencia, en todo caso, es la constante.

En este apartado de discusión se tratará de poner sobre la mesa los elementos centrales que sustentan la tesis de la recurrencia de condiciones en que surgen en diferentes tiempos los grupos armados en nuestro país, a saber, las denominadas tres olas guerrilleras, y cómo en el sitio que debería ocupar una respuesta de tipo social, se anquilosa la responsiva violenta, lo que no ha hecho sino extender la vida de la lucha armada antes que eliminarla, toda vez que los elementos que alimentaron la vía del fusil permanecen.

Si la apuesta, de verdad, es que desaparezca la vía armada como fórmula para demandar y plantear cambios, la alternativa, la vía parece ser muy otra, distinta hasta la hoy experimentada, y ésta atraviesa por el camino del diálogo, de los acuerdos, de las soluciones económicas, sociales y políticas, de la justicia, por citar algunos aspectos. Los grupos armados tienen mucho que decir, y la sociedad y el gobierno mucho que escuchar. Veamos.

1. Recurrencia de condiciones

1. 1 Caso primero

Se ha visto que anterior al surgimiento de un estallido armado como, por ejemplo, el de principios de siglo, con los primeros intentos magonistas en 1906 o el estallido de noviembre de 1910, han existido condiciones extremas que imposibilitan los cambios por una vía pacífica. En ese entonces se vive una dictadura; Porfirio Díaz está por reelegirse una vez más; los candidatos de la oposición que deciden entrarle a la contienda, después de que el Presidente anuncia que su inclinación a dejar la silla, se encuentra en la cárcel, con el argumento falaz de que incitan a la rebelión; la causa, a todas luces, es que tienen todas las oportunidades para relevar al viejo dictador, y éste a pesar de su anuncio no está dispuesto a dejar el puesto. La situación política está, como se ve, en el primitivismo: un pequeño grupo se ha apoderado de las riendas del país y no tienen la tendencia para compartir los cargos, para abrir los espacios necesarios para la justa contienda política.

En el terreno económico no ocurre nada distinto; en un país marcadamente campesino, una pequeña franja de propietarios se da el lujo, con la complicidad del gobierno,

de acaparar grandes extensiones de tierra: para 1910 los 834 hacendados catalogados en el censo de ese año, de una población de más de 15 millones, poseían la mayor parte del territorio. Al respecto el caso de Chihuahua es ilustrativo: una familia, la Terrazas-Creel, poseía siete millones de hectáreas. En Sinaloa el 75% de las tierras irrigables pertenecían a una sola empresa estadounidense (Brachet-Marquez, 1994). Pero, y si los campesinos no corrían con suerte, los trabajadores tampoco; si no cómo explicar los conflictos en la minera de Cananea y la textilera de Río Blanco, donde únicamente se solicitaba un poco de equidad con respecto a las condiciones de que gozaban los extranjeros en esos trabajos; la exigencia mayor se concentraba en instaurar una jornada de ocho horas de trabajo, para quienes en ese momento llegaban a laborar hasta 12 o 14 horas (Brachet-Marquez, 1994), cuando no 16, y exigir ascensos de acuerdo a sus capacidades (Silva Herzog, 1960) y no por nacionalidad como ocurría en ese entonces.

El ejercicio de la justicia no estaba distante de las situaciones anteriores: se ejercía a favor de la clase pudiente, con consecuencias nefastas para los que no podían pagar por ella (Flores Magón, 1911; 1964). Muestra de lo anterior lo representa el contenido del Código Penal del Distrito Federal, que sintetiza la forma de gobernar en nuestro país iniciando el siglo: se castigaba con ocho días a tres meses de arresto y una multa de 25 a 500 pesos a quienes demandaran el alza de salarios (Silva Herzog, 1960). Algo similar se estipulaba en códigos de varios estados del país. Asimismo, no era posible la organización de sindicatos. En lo social y cultural lo que ahora conocemos como racismo estaba a la orden del día, y de manera muy abierta, era del dominio público. Antes de la revolución la clase en el poder imponía la cultura, y para ellos lo italiano y sobre todo lo francés o inglés, eran vistos como la elegancia de moda, y lo indígena era de mal gusto admirarlo. Ni siquiera como objeto de aparador o museo, como ocurriría un siglo después. Existía una estrecha relación "entre la decencia y la riqueza, entre la decencia y el color de la piel: una atenuada discriminación racial, herencia de siglos pretéritos" (p. 47).

Producto de esta dicotomía es que unos tienen lo suficiente para vivir y esparcirse, y los más tienen que asumir el costo de ese bienestar. Pero en tanto que la riqueza se seguía acaparando por unos cuantos, se seguía cerrando a las mayorías, se privatizaba cada vez más, había quienes proporcionalmente a esta cerrazón, crecían en ánimos por que ocurriera lo contrario: que tal situación cambiara. Primero se organizaron en clubes liberales, después en partidos liberales, y como ello no dio los resultados esperados, ya que de por medio se encontraba la represión de los guardianes del orden del régimen porfirista, se recurrió a las armas. Los hermanos Flores Magón, al lado de sus camaradas planearon y ejecutaron dos intentos, que si bien no fueron un éxito tampoco constituyeron del todo un fracaso, pues posibilitaron en cierta medida la organización de redes que actuarían más tarde durante la contienda armada que se desarrolló a partir de 1910 (Abad, 1924).

Pero ello fue producto de la cerrazón del gobierno, de no entender que los reclamos se tenían que atender, antes que denostarlos y aplastar a sus exponentes. Y es que cuando la inconformidad se organiza para demandar, hay que atender, no hay que reprimir, menos aún en las condiciones que vivía nuestro país. Si en 1899 se funda el Círculo Liberal Ponciano Arriaga, no es para arrebatarle el poder a gobernador alguno, y menos al Presidente, sino para cuestionar las intromisiones de la Iglesia en los asuntos públicos, en los asuntos políticos de la nación, actuación que no se permite según la Constitución juarista. Pero el gobierno no lo entendió así, y las reuniones posteriores de los simpatizantes de este círculo fueron reprimidas, lo cual orilló a más de uno a tomar otros caminos.

Si los periódicos de ese entonces se fundan, no era para asaltar el poder, sino para denunciar las injusticias de que eran objeto las grandes mayorías, que se palpaba día a día con los despedidos, detenidos, enjuiciados y encarcelados injustamente (Hernández, 1984), a los que había que dar cobertura con, por ejemplo, un periódico de denuncia, como lo fue originalmente el *Regeneración* magonista (Abad, 1924). Bastante "reformista" y "moderado" si se le mira a distancia. Pero eso no lo entendió el viejo dictador y colaboradores y mandó cerrar en varias ocasiones las oficinas del periódico y perseguir a sus editores: cero oposición crítica, parecía rezar el lema; no se pueden compartir espacios con oposiciones serias, sólo con aquellas que simulan debatir, y sacar lo incomodo del régimen a la esfera pública, sólo si se finge oponerse a ciertas prácticas se les tolera, de lo contrario, se les suprime.

Evidentemente, todo esto tiene consecuencias, a corto o mediano plazo, en el pensamiento de la gente, en cómo se representa la situación que están vivenciando con respecto al ejercicio del poder: dependerá exclusivamente de quienes la sufren o es compartida la responsabilidad con quien ejerce el gobierno. De acertar en lo último, entonces, algo se tiene que hacer con la forma de gobernar, y para ello habrá que empezar por la forma de actuar de quienes sufren las imposiciones de gobierno, y tal situación se dedicaron a labrar, a esclarecer, a extender algunos pensadores antes que deviniera en revolución la inconformidad que se acumulaba al paso de los años, de las décadas.

Posiblemente había llegado el momento de exigir lo que de por sí se había solicitado con pancartas y peticiones amables, pero ahora con las armas en la mano; probablemente sólo así se escucharían los reclamos. Y es que la situación ya era insoportable, véase sino, a través de la síntesis que logra por ese entonces Blas Urrea: "El caciquismo: o sea la presión despótica ejercida por las autoridades locales... El peonismo: o sea la esclavitud de hecho o servidumbre feudal en que se encuentra el peón jornalero, sobre todo el enganchado o deportado al sureste del país, y que subsiste debido a los privilegios económicos, políticos y judiciales de que goza el hacendado... El fabriquismo: o sea la servidumbre personal y económica a que se halla sometido de hecho el obrero fabril... El hacendismo: o sea la presión económica y la competencia ventajosa que la gran propiedad rural ejerce sobre la pequeña, a la sombra de la desigualdad en el impuesto... El cientificismos: o sea el acaparamiento comercial y financiero y la competencia ventajosa que ejercen los grandes negocios sobre los pequeños... El extranjerismo: o sea el predominio y la competencia ventajosa que ejercen en todo género de actividades los extranjeros sobre los nacionales" (citado en Silva Herzog, 1960, p. 175). Ello permite entender la sentencia que años después asentaría el historiador Jesús Silva Herzog (1960): se "veían con bastante claridad los problemas que agitaban la República y la necesidad urgente de resolverlos. Y como el gobierno porfirista no se daba cuenta de lo que estaba sucediendo, no conocía la realidad imperante; la Revolución era inevitable" (p. 175).

1. 2 Caso segundo

Si bien las consecuencias de la revolución de 1910 trajeron consigo un cierto desarrollo y una dosis de justicia y algunos beneficios, estos parecían diluirse, sobre todo en la cuestión política que mostraba con crudeza que a los reclamos de algunos sectores, por ejemplo de los estudiantes, de los campesinos y de los obreros, se les respondía con balas. Si en el primer caso, el de los estudiantes, la demanda principal era apertura política, no ocurría así

con los otros dos, que más bien se asentaban en el terreno de la justicia social y demanda de la tierra; en última instancia, tenía más que ver con el sistema económico imperante. Vuelta atrás nuevamente: las condiciones posibilitadoras de los estallidos armados no habían desaparecido después de más de tres o cuatro décadas de consumado el proyecto revolucionario.

Pongamos por caso el estado de Guerrero, que si bien tiene marcadas diferencias con otras regiones del país, a pesar de ellos, también aporta similitudes que nos ayudarán a entender el proceso anterior al movimiento armado de los sesenta y setenta. Cuando se supone que el país concluye su fase armada, con la promulgación en 1917 de su Constitución, Guerrero sigue en armas (Bartra, 1996). Y así, "en la Costa Grande —como en muchas otras regiones del país— la verdadera revolución comienza al término de la revolución" (p. 49). Y de esta forma en Guerrero, como en Michoacán, Veracruz o Yucatán, al arrancar la tercera década del siglo XX hay efervescencia social y radicalización política, no se plantean la lucha inmediata por el poder a través de las armas, más bien entran en el terreno del "reformismo", una especie de *agrarismo rojo* y se inicia también la lucha por diputaciones y alcaldías. Una de las figuras claves en estos tiempos, en el puerto de Acapulco, es Juan Ranulfo Escudero, quien funda el Partido Obrero de Acapulco (POA) (Taibo II, y Vizcaíno, 1990). Como Primo Tapia en Michoacán, Úrsulo Galván en Veracruz y Carrillo Puerto en Yucatán, "Escudero es un revolucionario de la posrevolución; un líder de pensamiento radical que actúa en coyunturas reformistas. La columna vertebral de la organización que funda no es un ejército, sino comités agrarios, sindicatos, cooperativas y un partido regional" (Bartra, 1996, p. p. 53); su POA es un acuerpamiento combativo, de tintes socialistas y magonistas (ver Taibo II y Vizcaíno, 1990). Gana Escudero en dos ocasiones (1920-1921) las lecciones locales y su ejercicio es de autodefensa ante las embestidas de los grandes propietarios del momento; en 1922 es víctima de un atentado, queda sin un brazo y con la mitad del cuerpo paralizado, pero en 1923 es electo nuevamente y toma posesión en silla de ruedas. Balas y policía son la respuesta a los anhelos de la población por fincar su propia democracia (Bartra, 1996).

Si Acapulco es escenario de la posible construcción de una democracia, en la costa de Guerrero también se elige a gente que encarna las necesidades de los pobladores, obteniendo como respuesta a tal alternativa la misma que en el puerto de Acapulco: "La corta primavera civilista costeña ha durado menos de dos años. En 1923 la represión promovida por la oligarquía y ejecutada por el ejército y las guardias blancas, amenaza con transformar la lucha reivindicativa pacífica y la contienda electoral, en un nuevo combate guerrillero. La intransigencia conservadora ratifica a los luchadores populares en la ancestral convicción de que 'el poder nace del fusil', y quien controla las armas controla también la sociedad y la política" (p. 59). Y así se puede seguir el hilo de los actos prodemocráticos de un sector de la población, y la respuesta con balas de la policía y el Ejército que cuidan de los intereses de la clase en el poder.

Los anhelos de justicia, de equidad, de participación, de ser tomados en cuenta para las decisiones que les van afectar, se ven confrontados con la represión, con las policías, con la cárcel, con los gobiernos locales, con los gobiernos federales, con el uniforme verde militar, con los cañones de los fusiles, de ahí que resulte entendible que en ciertas comunidades se identifique a los soldados, a los militares, como sinónimo de gobierno, y de las autoridades que no escuchan sus reclamos o que los reprimen, así que levantarse contra el "gobierno" no es un asunto tan ligero, tiene historia y memoria (Montemayor, 1991; 1997).

Pero las esperanzas de encontrar justicia y democracia fincadas en una organización social y pacífica no terminan de agotarse, e iniciando la década de los sesenta se constituye el Comité Cívico Guerrerense (CCG), como una especie de frente de oposición donde lo mismo confluyen priistas inconformes que miembros del Partido Popular Socialista, de los partidos obreros y hasta del Partido Comunista Mexicano y organizaciones de campesinos (Bartra, 1996). El CCG se convertirá tiempo después en la Asociación Cívica Guerrerense (ACG), por su amplitud y proyección, uno de cuyos dirigentes es Genaro Vázquez, quien manifestaba en 1962 ante la contienda electoral en la que participaban: "tenemos la seguridad de triunfar en las lecciones porque el pueblo está con nosotros... desde el día 25 no nos sacarán de Chilpancingo, sino hasta dentro de seis años; ya lo verán, y nuestro candidato si se sentará en el sillón gubernamental" (p. 119). Las organizaciones que participaban en la ACG tenían la seguridad de que si las elecciones de ese año eran limpias, su candidato llegaría al gobierno local por seis años, pero... A pesar de que al siguiente día de los comicios, los cívicos informaban que, con todo y maniobras para derrotar a su candidato éste había ganado, a los dos días lo arrestaban junto con otros líderes y candidatos a puestos de elección. Los cívicos se movilizan, pero sus protestas son reprimidas, y el 30 de diciembre de 1962, en Iguala, el Ejército abre fuego contra la población dejando un saldo de siete muertos, 23 heridos y 280 detenidos. "Con la masacre como telón de fondo y veinte mil soldados cuidando el orden, los candidatos del PRI asumen sus cargos; y lo hacen sin más trámite, pues no hay cámara de representantes que califique las elecciones" (p. 120). Las protestas continúan, y el actuar del Ejército también: son detenidos líderes en manifestaciones, se sitian pueblos enteros, se lleva acabo la práctica de "tierra arrasada", los saqueos y la tortura hacen acto de presencia.

Armando Bartra sintetizaría el sentir de esos tiempos: "Los guerrerenses han refrendado una sabia lección: en el reino de la *revolución hecha gobierno*, votar no paga dividendos. A fines de 1960 tumbaron a un gobernador despótico mediante una algarada social; dos años después votaron civilizadamente por la democracia y consiguieron un baño de sangre. Conclusión obligada: en México la lucha comicial es contraproducente" (p. 123). Se cayó en el desencanto electoral; este procedimiento no funcionaba, y el estado de Guerrero figuró entre los cinco con más alta votación priista durante los setenta y una buena parte de los ochenta, aunque con un abstencionismo, que en las elecciones locales de 1986 (gobernador, ayuntamientos y diputados) llegó al 77% en todo el estado, pero acentuado en otros lugares: Acapulco, 92% de abstención. Así, no es cierto que los guerrerenses sufragaran por el PRI, más bien no sufragaban (Bartra, 1996; 2001b).

Pero los fraudes perpetrados desde el gobierno no sólo tuvieron saldos en el abstencionismo, también en otros aspectos. Para Bartra "Detrás de los movimientos cívicos del medio siglo estaban tanto el despotismo gubernamental como las injusticias socioeconómicas, pero el curso impuesto por la intransigencia y la represión bloqueó por completo la posibilidad de negociar las reivindicaciones inmediatas y empujo a la oposición política al maximalismo revolucionario de Genaro Vázquez y Lucio Cabañas" (p. 14).

Pero no sólo estaba la situación de Guerrero, donde florecieron los dos más importantes movimientos guerrilleros rurales, pues también estaban las luchas que desde 1959 desarrollaban en el norte del país los simpatizantes de la Unión General Obrero Campesina de México, en donde participaban Arturo Gámiz y el profesor y médico Pablo Gómez. La respuesta que recibieron a la solicitud de tierra, a la devolución de una parte de aquello que les habían arrebatado los caciques del lugar, fueron balas primero de la policía y luego del Ejército y de las que después conoceríamos como "guardias blancas", una especie

de policía de los finqueros, pero más sanguinarios. En el norte, también, a los justos reclamos de los campesinos se les respondió con balas.

Pero no sólo era Guerrero y Chihuahua, también estaba en la escena del acontecer la situación de los movimientos estudiantiles que se extendía por varios estados del país, y que devino, en un caso en dos meses de agitación y movilizaciones que el Ejército acalló con la masacre del dos de octubre de 1968; lo cual si bien detuvo por algún tiempo la movilización estudiantil, por el otro permitió una rearticulación lenta pero de avanzada de este sector, lo que llegó a su punto más álgido nuevamente en movilizaciones de protesta iniciadas en el estado de Nuevo León por la defensa de la autonomía universitaria y que, otra vez, fue reprimida, esta vez por un grupo paramilitar llamado *Los Halcones*, que el 10 de junio de 1971 hizo acto de presencia durante la celebración de una manifestación (ver Salgado, 1990; Hiraes, 1996). Estas dos represiones orillaron, en buena medida, a diversos grupos estudiantiles a replegarse por el camino que consideraban ya era el último y único, y que conduciría a los cambios requeridos y antes solicitados por vías pacíficas: ahora se acompañarían los reclamos con las armas en la mano.

Pero no sólo eran los casos de Guerrero, Chihuahua y los movimientos estudiantiles, sino que había un precedente de años atrás: la represión de que fue objeto el movimiento ferrocarrilero y los médicos, lo cual sentaba precedentes, permitía una lectura de la actuación del gobierno mexicano para con la disidencia organizada, no la parlamentaria que jugaba con aquel a la repartición de los espacios copados por una clase política que nada tenía que ver con las demandas de amplios sectores, como lo muestran las movilizaciones de fines de la década de los cincuenta y de lo las desarrolladas a lo largo de los sesenta; se trataba más bien de organizaciones que surgían de abajo, del sentir de las denominadas mayorías (como las categoriza Martín-Baró, 1983, 1987b) y que exigían a gritos, literalmente, mejoras en sus condiciones de trabajo, de desarrollo, en sus comunidades, en el campo, en las ciudades; mejoras, en suma, de las condiciones de vida, que finalmente el Estado mexicano les negó, y a cambio les ofreció rejas y plomo como respuesta.

1. 3 Caso tercero

Si las décadas de los sesenta y setenta traen consigo un hartazgo político, que se manifiesta en las formas de tomar las decisiones en nuestro país, y la inconformidad ante la carencia de apoyo real al campo, la manipulación de las representaciones sindicales, la carencia de espacios políticos abiertos, el reclamo de tierra, entre otras necesidades, y que adquieren la forma de la organización y de la protesta, las cuales serán reprimidas en nombre del patriotismo y en contra de la "ideologización extranjerizante", dos décadas después ocurrirá algo similar, con las proporciones guardadas que el caso amerita, pues son años y personajes, en ocasiones, distintos, pero las similitudes en procedimientos parecen, como *la música de 6. 20*, haber llegado para quedarse; y dos estado del país darán muestra de ello: Chiapas y nuevamente Guerrero.

En el primer caso, 1974 es clave para este estado en tanto que es el año de la celebración del primer Congreso Indígena, donde juega un papel de importancia la iglesia de Samuel Ruiz (Levario, 1999), pues este evento originalmente propuesto por el gobierno con fines de control hacia este sector, trataba de evitar que fueran "caldo de cultivo" para los grupos armados que por ese entonces estaban en apogeo. De parte del gobierno no había

preocupación por los reclamos de estos pueblos, pero tampoco podía tener realización alguna el evento sin la participación del único sector que se había preocupado por la situación de atraso, miseria y represión que había vivido durante décadas este sector de la población: la iglesia católica local, específicamente la de Samuel Ruiz. Para ello el *Tatic* echó mano de una organización del norte del país que contactó tiempo atrás, un grupo de maoístas que llegaría para ayudar a organizar el congreso y asesoraría a los indígenas para los trabajos a realizar. El evento se llevó a cabo pero no hubo continuidad por parte del gobierno, no así por parte de la iglesia y su organización, con la que más tarde tendrá problemas y terminarán los norteños por abandonar territorio chiapaneco, pero los pocos que quedan se estructuran con la gente que ha decidido que la organización es una vía para modificar su situación de vida en una región prácticamente olvidada.

En efecto, el congreso permitió que se organizaran las comunidades de manera autónoma, o cuando menos fue el precedente de lo que en 1980 se traduciría en la Unión de Uniones y más tarde en la Asociación Rural de Interés Común (ARIC), base de un movimiento campesino impulsado por la iglesia de la región y los grupos maoístas, y que posteriormente vendría en las bases del EZLN (ver Tello, 1995). Siendo el factor político-ideológico de más influencia y constancia el de la iglesia y su teología de la liberación. Estas organizaciones que se forman en los inicios de la década de los ochenta tienen muy pocos avances (Legorreta, 1998) y constantemente se topan con pared, o lo que es lo mismo, con la burocracia gubernamental que al momento de solicitar créditos, insumos, trámites para la posesión de tierras, la venta de sus productos a través de las instancias de gobierno, no encuentran más que largas, años de espera, bajos precios y acaparamiento, entre otros considerandos.

Finalmente, la gota que derrama el vaso, el elemento que acota las vías de la búsqueda de la tierra como forma de sobrevivencia, es la contrarreforma al artículo 27 constitucional realizado por el entonces Presidente Carlos Salinas, iniciando la década de los noventa; esa medida cerró las posibilidades de accesos a uno de los medios prácticamente sagrados para los campesinos e indígenas de México: la tierra (ver Méndez y Cano, 1994; Montemayor, 1999b). El lento avance que se había logrado una década atrás se vio frenado y con instrucciones de reversa, años más tarde; los pocos logros se fueron por la borda, y se remarcó la situación paupérrima de las comunidades chiapanecas: cacicazgos, acaparamiento de tierras por parte de la clase política y sus allegados, situaciones semejantes a las imperantes en las haciendas de principios de siglo, con tiendas de raya y deudas eternas que amarraban a generaciones enteras al pago de estas; la posesión de las mujeres de los endeudados por parte de los caciques cual si de objetos se tratara, la renta de las tierras al mayor costo donde los campesinos e indígenas tenían que entregar una gran parte de sus productos a los rentantes, hacendados y caciques, y el resto tratar de venderla al mejor costo, lo cual no sucedía, y otro tanto quedárselo para sobrevivir el resto del año (Méndez y Cano, 1994; Hernández Navarro, 1995; Montemayor, 1997).

La cloaca que representaba la situación chiapaneca se destapó en enero de 1994: la situación era invivible, las condiciones de existencia eran paupérrimas: 15 mil niños muertos anualmente por enfermedades curables, cantidad que superaba los decesos anuales en la guerra en alguno de los países centroamericanos (ver Méndez y Cano, 1994). Y surgían los datos: Chiapas un estado que le proporciona la tercera parte de energía eléctrica al país entero, pero con tres cuartas partes de sus chozas sin energía eléctrica; ni piso, salvo el de la tierra, ni agua potable, ni drenaje, y miles de familias viviendo con un salario mínimo, y otras tantas con menos. El colmo del absurdo lo representaba una "clínica médica" que en 1993

inauguró Carlos Salinas en un poblado que después se mostraría como base fundamental del zapatismo, Guadalupe Tepoyac. "Clínica" que era un mero cascarón, "elefante blanco" la denominaron, pues no tenía ni instrumental ni personal para atender: era un mero simulacro, como lo era el resto del sistema de salud en el estado: prácticamente el 50% de la población, millón y medio, no tenían acceso a servicios médicos antes de 1994; había un acama de hospital por cada tres mil habitantes, y un quirófano por cada cien mil personas. Pero si la salud era un simulacro, las enfermedades no: el 88% de los niños se encontraban en desnutrición, según fuentes del INEGI, con frecuentes enfermedades que derivan de lo que han llamado *la patología de la pobreza*, esto es, enfermedades que son curables, pero no atendibles en un medio de pobreza y menos aún de pobreza extrema (ver Méndez y Cano, 1994).

A todo este esquema se deben sumar los datos que proporciona el Consejo Nacional de Población (Conapo): 94 de los 111 municipios de Chiapas "sufren condiciones de alta o muy alta marginalidad" (p. 140). Tres cuartas partes de la población tenía hacia 1993 ingresos inferiores a los mil pesos mensuales, cantidad mínima indispensable para cubrir las necesidades básicas: de esa población más de la mitad no ganaba ni 200 pesos al mes, llegando al extremo, en ciertas zonas, donde el "salario mínimo es de siete pesos diarios por 10 horas de trabajo" (García, 1994, p. 125). Pero la educación también es un reflejo de las condiciones imperantes: se llega a un 45% de analfabetismo, que se acentúa toda vez que las familias se ven obligadas a meter al trabajo a los infantes, quienes por tal situación desertan en un 80% del nivel primaria: "Es común, en la geografía de Chiapas, ver a los pequeños caminar con pesadas cargas de leña a sus espaldas y a las niñas cocinando o lavando ropa tras la valla de madera que bordea algunas chozas" (Méndez y Cano, 1994, p. 140). A la crudeza social se debe sumar la injusticia que, sintetizada, podría enunciarse así: "El terror de las balas y persecución de caciques y terratenientes, avalados de una u otra manera por los gobernantes. Conocemos también las injusticias de las leyes, de los jueces, de los ministerios públicos. De comunidades arrasadas, de familias completas encarceladas o desaparecidas. Conocemos de las desesperanzas cuando se modifican las leyes a favor de los ricos, como el artículo 27 constitucional, o la firma del TLC sin el consentimiento de la mayoría" (p. 77).

Todo un marco que posibilitaría los sucesos del primero de enero de 1994 en Chiapas. Y si este cuadro posibilita un estallido, hay otro similar que también potencia otro levantamiento armado, en otro estado, el de Guerrero. En efecto, en circunstancias similares se encuentra la tierra de Lucio Cabañas y Genaro Vázquez dos décadas después de que ellos empuñaran las armas para exigir lo que a la fecha se sigue demandando: libertad, democracia, justicia.

Guerrero, enuncia Bartra (2001b), es "reservación de añejos cacicazgos y paradigma de inestabilidad política, la entidad es también territorio fuera de la ley donde se gobierna a fregadazos" (p. 13). Estado que hubo de esperar hasta 1972 para que se construyera una carretera que enlazara la capital del país con Acapulco, por las mismas razones que no se construyó un tren bala con una ruta similar: por no afectar los intereses de los Figueroa, que han gobernado la entidad, al frente o detrás del trono, por mucho tiempo, con el partido, antes de Estado, que ha mandado en la entidad, y que ha repartido los puestos de primer plano entre los más cercanos al centro político nacional, y los espacios de menor orden entre el caciquismo local: sana convivencia, pero de la cual no participan los guerrerenses ni la oposición política, sino un pequeño sector: se privatiza lo público (Fernández Christlieb, 1991a); algunos cuantos deciden por cientos de miles.

En 1988, por ejemplo, la gente se volcó a votar por el candidato presidencial del Frente Democrático Nacional (FDN), Cuauhtémoc Cárdenas, pero con el fraude descomunal, de los ocho de cada diez votos obtenidos, según datos del frente, se baja a cuatro, y el Partido Revolucionario Institucional (PRI) se dedica a desarrollar una estrategia del miedo, anunciando el entonces gobernador Francisco Ruiz Massieu que los cardenistas son "promotores del desorden y la violencia" (p. 58), mientras que otro destacado priista acusa que el PRD es "el partido de la sangre" (p. 59), dejando en claro que no están dispuestos a ceder espacios que la ciudadanía reclama para otros contendientes. En 1989 en las elecciones locales, nuevamente, el fraude descomunal hace acto de presencia, y le arrebatan triunfos a la oposición, que después la dirigencias de estos partidos negociaran con el PRI, generando descontento entre la gente, entre la base militante y entre los votantes que se lanzan a la toma de presidencias municipales y alcaldías, de donde son desalojados por la fuerza pública y el Ejército con su respectivo saldo de muertos y heridos. Si la participación de la oposición en los procesos electorales en los sesenta tuvo sus costos, para fines de la década de los ochenta también: entre julio de 1988 y enero de 1990, esto es año y medio, asesinan a 56 militantes del Partido de la Revolución Democrática (PRD) en Guerrero (Bartra, 1996). Otra vez se dejaba en claro, como en los inicios de siglo, y como en los sesenta que la vía electoral se encontraba en pleno desgaste sino es que en desuso, pues los resultados no se respetaban, y como ya lo había dicho Genaro Vázquez, las elecciones "son una engañifa" (Bartra, 2001b); tres décadas después se repetiría la frase, y el abstencionismo haría acto de presencia nuevamente: en las elecciones de 1993 sólo participan en los comicios para elegir gobernador el 34% de los empadronados, y en Acapulco la abstención llega al 75%.

Por otro lado, desprendiéndose incluso de lo anterior, hay una fuerte dosis de violencia, pues ésta constituye la forma de administrar la justicia en el estado, ya sea para los reclamos de comicios transparentes, para los requerimientos de tierra, de créditos o la simple denuncia de los excesos de los caciques: "En Guerrero quien alza la voz no llega a viejo, organizarse es dañino para la salud y la de líder honesto es profesión de alto riesgo. Los rebeldes mueren a manos del ejército, de la policía o de los pistoleros. Los matan de frente o a traición, en montón o solos, en fulminantes emboscadas o lentas sesiones de tortura. Los afortunados mueren de un solo golpe y en combate" (p. 18).

Uno de los excesos mayúsculos, quizá por su aparatosidad y difusión, fue la matanza de Aguas Blancas, perpetrada en junio de 1995 en donde la policía dio muerte a 17 campesinos, manteniéndose impunes los autores materiales e intelectuales; después de la transmisión del video de la masacre en cadena nacional, algunos policías, usados como chivos expiatorios, fueron encarcelado, pero quienes planearon la masacre siguen gozando de libertad, tal es el caso del entonces gobernador Rubén Figueroa (ver Gutiérrez, 1998). Pero así como hubo un Aguas Blancas aparatoso y con cobertura, se han perpetrado otras matanzas que no han tenido el impacto que se requiere para su condena, por la ausencia de cobertura, porque quedan en el anonimato, porque se muestran como problemas interfamiliares, de narcos, de bandidos, etc. (Bartra, 2001b).

La violencia, como se puede ver, se ejerce desde todos los ángulos posibles, caciques, guardias blancas, policías, los impartidores de justicia, los acaparadores, quienes laboran en oficinas públicas (ver Bartra, 1996), hasta quien se encuentra en puestos de primer nivel. Si algo indica la declaración del entonces ejecutivo local, es la violencia que desarrolla el poder contra la oposición, cualquiera sea su tinte, electoral, social, campesina, estudiantil, sea cual sea la no sumisión y el cuestionamiento al gobierno: "En el plano del pleito va haber sangre,

problemas, porque el gobierno de Guerrero es fuerte y tiene los pantalones bien puestos", declaraba Ruiz Massieu en julio de 1988 (Bartra, 2001b, p. 49).

Es este clima de violencia el que permite entender que en la sierra la presencia de policías y militares implica "criminalidad impune", pues "los cuerpos policiacos aparecen en los pueblos para destruir, invadir, atacar... La policía es sinónimo de ocupación, represión, saqueo, no de seguridad ni legalidad. La ocupación militar es sinónimo de invasión, sometimiento, terror" (Montemayor, 1998c, p. 10-11). Y es que "entender al Guerrero de hoy nos obliga a entender y asombrarnos con el Guerrero de ayer" (p. 7); de tal forma que para entender la violencia de hoy, hay que leer la violencia social y política de que han sido objeto las comunidades campesinas de Guerrero y otras partes del país. Es por eso que Bartra (1996) reflexiona: "La historia de la Costa Grande es, como pocas, viciosa y recurrente: el pueblo se moviliza por la buena contra el cacicazgo y le responden con balas; los agraviados afilan el discurso como los machetes y el ciclo se cierra poblando camposantos. Como en perverso carrusel, las fiestas cívicas costeñas son interrumpidas una y otra vez por la prepotencia. Así aconteció en los años veinte, en tiempos del POA y los Escudero, así ocurrió en los sesenta, cuando Genaro Vázquez y la ACG, y así sucedió el 6 de marzo de 1990, en los años del PRD, cuando los judiciales asaltaron las promisorias alcaldías al constructivo grito de '¡Tengan su democracia cabrones!' " (p. 196). Las balas y la sangre han sido la constante ante los justos reclamos de democracia por parte de los guerrerenses, por ilustrar con un caso. Tal crudeza tiene en su pasado un cuadro crónico que se ha ido construyendo a lo largo de la historia del estado, no es de tiempos recientes que la violencia se ha desatado contra quienes desde su inconformidad cuestionan al gobierno, ello tiene sus raíces.

Primera conclusión psicopolítica. Las condiciones. La primera conclusión que desde la psicología política se puede proponer es la siguiente: como antecedente inmediato y mediato al surgimiento de grupos armados, encontramos en las zonas donde estos aparecen ciertas condiciones peculiares por su caracterización: prácticas políticas cerradas, el acaparamiento de los espacios por parte de pequeños grupos que sienten que el estado, la región o el país es suyo, razón por la cual se niegan a discutir, debatir y, por tanto, a compartir las decisiones que a la mayoría le corresponde pero que en los hechos queda fuera de tal proceso. A ello hay que sumar ciertas condiciones socioeconómicas que no permiten a la gente en diversos casos sobrevivir, y menos saberse con condiciones dignas para vivir, y que ven que en otros lugares se acapara lo que a ellos les corresponde, de lo cual se desprende una muy marcada injusticia, que permite a quienes sí tiene los recursos, aquí y allá, ayer, ahora y quizá después, comprar la justicia y que ésta se aplique de acuerdo a las posibilidades que el poder brinda.

Segunda conclusión psicopolítica. La represión y la violencia. La segunda conclusión que se puede emitir en este apartado de la recurrencia de condiciones la puede presentar el historiador mexicano Jesús Silva Herzog: "a sangre y fuego, con mano de hierro, se creyó que podían contenerse las legítimas aspiraciones de la masa trabajadora. Se ignoraba que causa que tiene mártires es causa que triunfa; a veces desde luego y en ocasiones después de largo tiempo; pero siempre, siempre, la sangre injustamente vertida se transforma en simiente que germina en nuevos anhelos y rebeldías. La historia de México lo comprueba

plenamente" (1960, p. 55). Si bien la cita hace referencia a la masacre de Cananea en 1906, se aplica, con cambio de personajes a lo que ocurrió en los sesenta y setenta, en los ochenta y noventa en varias partes del país, con la oposición político-electoral, y con otras organizaciones campesinas, trabajadoras, estudiantiles e incluso indígenas. No es con balas, a sangre y fuego, como se resuelven las demandas solicitadas y exigidas organizadamente por sectores, mayoritarios o no, de la población. Esa vía, la de la violencia como responsiva, lo que provoca es incorporación de militantes a otro tipo de organización que en ocasiones derivan en agrupaciones armadas. Entonces, la violencia que se ejerce en distintos lugares contra quienes se organizan, es histórica. En el estado de Guerrero, como en Chiapas, la violencia no data de la década de los noventa, ni siquiera de la época de la segunda ola armada; no, la violencia en Guerrero, como en Chiapas y en muchos otros estados del país, se ha ejercido por quienes tienen el poder, y la ejercen en contra de los que no lo tienen: la mayoría de la población, campesinos, indígenas, agrupaciones sociales, partidos de oposición, iglesia progresista, etcétera. Dicha violencia se ha ejercido, aún después del llamado triunfo de la revolución, y múltiples revueltas se han generado por parte de los sectores oprimidos para lograr sobrevivir, y en segunda instancia para mejorar sus condiciones de vida. En el caso de la guerrilla de los setenta, con Lucio Cabañas y Genaro Vázquez a la cabeza, se quiso atribuir a ésta la creciente movilización de elementos de las diferentes fuerzas policiacas y del Ejército en las montañas de ese estado, y la carencia de progreso se fincó en la actividad de dichos grupos. Pero la realidad parece ser muy otra (Bartra, 1996; Montemayor, 1999c).

2 Recurrencia guerrillera

A la recurrencia de condiciones de miseria, de represión, de la aplicación selectiva de la justicia, al ejercicio de la violencia que el poder realiza contra los que poco o nada tienen, contra los marginados de siempre, contra "los condenados de la tierra", contra quienes se rebelan, cualquiera sea el tono; a los desalojos violentos, a las manifestaciones reprimidas, a los arrebatos de triunfos electorales, a las matanzas, a las masacres de campesinos e indígenas, a la ocupación de poblados enteros, a la justa resistencia, a la humillación y a todo lo que deriva de la aplicación selectiva de la ley, a favor de los poderosos y en detrimento de los oprimidos, la respuesta obligada, a la que se ven orillados algunos sectores políticos de la sociedad, sea en el sur del país, en el centro o, incluso, en el norte, se ha constituido en la toma de las armas, como último recurso para sobrevivir y mejorar sus condiciones de vida. Las armas devienen, en el último de los casos, en el recurso que ha de acompañar a muchos de los reclamos y demandas que en otros momentos se solicitaron y exigieron por vías pacíficas y legales, y que ante la cerrazón de quienes toman las decisiones no hubo otro camino para transitar, para hacerse escuchar, para saber que aún existen los "olvidados", los de abajo.

2.1 Tres recurrencias

Este transitar por las armas para exigir lo mismo, y si se puede un poco más, que se reclamaba pero sólo con las palabras, con el discurso, con las manifestaciones de protesta, con marchas, con plantones, con mítines, ha cobrado forma en tres momentos de la historia

mexicana en el siglo XX: el primer momento u ola (Esteve, 1995) se presenta iniciando el siglo, la segunda ola se vivencia en las décadas de los sesenta y setenta, y algunos años de la década de los ochenta; la tercera ola es la que estamos experimentando a fines del siglo XX y que ya atrapó los inicios del XXI, de este tercer milenio. Estos movimientos armados, como se ha tratado de mostrar, constituyen una respuesta, orillada las más de las veces, a las condiciones económicas, sociales y políticas que pone en práctica cada gobierno en turno, y que se caracterizaba por ser del mismo partido, el PRI.

2. 1. 1 La guerrilla abre el siglo

Si el siglo XX hereda brotes armados de poblaciones indígenas, a las que se ha querido eliminar, y que para sobrevivir tienen que armarse y problematizar con el Estado mexicano para así plantear un nuevo pacto, son los brotes armados de 1906 y 1908 los que adquirirán una caracterización de nacional, de reclamo social con programa político que se acompaña de las armas para que se escuche, lo mismo en el norte que en el sur. Son estos intentos, estos brotes armados los que tienen un programa que atraviesa lo mismo la elección presidencial que mejoras en las condiciones de trabajo, que apunta a una reforma para la tierra, que señala la equidad entre extranjeros y mexicanos en el trabajo que habla de educación, de derechos sociales... estos primeros intentos constituyen la respuesta a la cerrazón del gobierno de Porfirio Díaz que insiste una y otra vez, cada seis años, en reelegirse; un gobierno que le da por no tener oposición, ya que la desarticula, la reprime, la aniquila; las voces expresadas en medios escritos son acalladas; los opositores que cuestionan al poder son perseguidos y encarcelados: no hay disidencia posible que no atravesase por la vía armada, concluirán algunos pensadores (ver Flores Magón, 1911; 1964; Silva Herzog, 1960). Este camino de las armas se refuerza después del fraude de las elecciones de 1910, y el candidato opositor, Francisco I. Madero, llama a sublevarse en nombre de un plan, el de San Luis, que como reforma profunda atraviesa lo que a cientos de miles de mexicanos les interesa: la tierra, por ella se levantan en armas las huestes de Emiliano Zapata que, como otros tantos pueblos, han sido despojados de sus tierras y las han acaparado algunos cuantos; la desigualdad era el pan nuestro de cada día.

Para el 20 de noviembre ya están en armas algunos grupos en el norte del país, encabezados por Francisco Villa, Pascual Orozco, José de la Luz Blanco y Guillermo Baca, todos ellos en Chihuahua (dato curioso, coincidencia o de memoria armada: en 1965 se inaugura la segunda ola de los movimientos armados en México precisamente en Chihuahua, con el ataque al Cuartel Madera, el 23 de septiembre) y en los días siguientes, con menor intensidad en otros estados del país se incendiara la mecha revolucionaria (Silva Herzog, 1960). Las armas constituyen, en tal caso, las posibilidades de que ahora sí se haga justicia, de que ahora sí, se reparta la tierra, de que ahora sí, se trate como iguales y tengan las mismas oportunidades todos los mexicanos, de que ahora sí, haya jornada humana de trabajo y no sea ya más esclavizante; de que ahora sí, se garantice el derecho a la educación y que los infantes asistan a la escuela y no se les ate a los trabajos como antes ocurría; de que ahora sí, se pueda ser libre y se puedan expresar las ideas, de que ahora sí, se realice un pacto social entre todos los sectores del país y se pueda echar a andar la nación en armonía, y que los recursos de la nación sean de la nación y no suelos que correspondan a otras patrias.

De todas estas demandas una muy sentida, o cuando menos la que mantuvo activas las armas, fue la demanda de tierra, pues tenía que cumplirse a cabalidad. Y es, justamente, por esa demanda que diversos grupos no dejan las armas, pues las tomaron para garantizar que se cumpliera el reparto que anunciaba primero el Plan de 1906 del Partido Liberal Mexicano, luego el Plan de San Luis, después el Plan de Ayala y, posteriormente, otros tantos planes. Y como no se cumplía el reparto prometido, para 1927, cuando teóricamente ya no hay revolución, cuando se supone acaba la contienda armada y ya se reparten el poder las fracciones triunfantes, grupos como el de Amadeo Vidales están empuñando los fusiles con una serie de reivindicaciones que se plasman en el Manifiesto de Valedero que apuntala el llamado Movimiento Libertario de Reintegración Económica Mexicana. Y si bien en 1929, con una amnistía del entonces Presidente Emilio Portes Gil, los vidalistas dejan las armas, hay otros grupos que continúan peleando por el cumplimiento de lo prometido al calor de la revolución.

Pero no sólo estaba la respuesta armada como forma del ejercicio para el cambio, pues también se encontraba la autodefensa armada que se tenía que practicar para la sobrevivencia ante los reticentes a los cambios profundos, los que se negaban a perder sus privilegios a costa de la pobreza de los más. En este contexto se entiende el hecho de que Lázaro Cárdenas haya impulsado la creación de las Defensas Rurales, milicias campesinas, desde 1936, como una forma de hacer contrapeso y contrarrestar la represión antiagrarrista de las guardias blancas de los terratenientes en varias partes del país, pero sobre todo en Guerrero (Bartra, 1996).

2. 1. 2 El devenir de la guerrilla en los sesenta

Si el camino de las armas posibilitó cambios en la primera parte del siglo XX, y sólo mediante esa vía se había logrado lo que años atrás se exigía a gritos y de manera pacífica, la experiencia parecía repetirse en las décadas de los sesenta y setenta. Según hemos visto, las condiciones orillaron a los futuros guerrilleros a tomar las armas; no obstante debe reconocerse el elemento de sobreideologización en las guerrillas urbanas (Montemayor, 1999c), elemento que no estaba presente en la primera ola, pero que sin embargo no acapara la actuación armada, como lo demuestra el caso de las guerrillas rurales. En tal caso, ambos, Genaro Vázquez y Lucio Cabañas habían iniciado su lucha con "modestas reivindicaciones" (Bartra, 1996). Este par de líderes, por separado, sintetizaban su paso de participantes de organizaciones civiles y pacíficas a las armadas. En una entrevista en 1971 Genaro señala: "Se luchó por todas las formas posibles y 'legales'. Miles de papeles con quejas pasaron por mis manos sin que ninguna de éstas fuera resuelta en forma razonable para los campesinos... Y nos cansamos" (p. 143). Por su parte Lucio expresaría: "Nosotros organizábamos a los maestros y uníamos a los campesinos para luchar contra las compañías madereras y (contra) tantos impuestos... Y también uníamos al pequeño comercio", pero los reprimieron una y otra vez, y también se cansaron (Montemayor, 1991). Y en esta óptica hay que introducir también al Grupo Popular Guerrillero que dirigía Arturo Gámiz y Pablo Gómez, que encabezaron el asalto al Cuartel Madera en Chihuahua, pues su paso de la vía civil y pacífica a la armada tiene los mismos tintes que lo ocurrido en Guerrero con las otras dos organizaciones, a pesar de la distancia geográfica (López, 1974; Reyes, s/f). En sentido estricto, estos grupos armados primero surgen como movimientos de copreros y campesinos en defensa de sus productos y con demandas de su sector, luego por

sus luchas fueron reprimidos y encarcelados varios de sus dirigentes. Sólo después de sufrir la violencia institucional, como respuesta, se armaron (Montemayor, 1998c).

Bartra resume así la situación del tránsito de una forma de lucha a otra: "Cuando este liderazgo cívico y social es obligado por la represión a hacer política armada, la puesta en pie de un ejército guerrillero sustituye en la práctica a los esfuerzos de organización y lucha gremiales, y una vez bloqueada la acción reivindicativa el discurso tiende al maximalismo. Al forzar la opción guerrillera, el gobierno no sólo expulsa de la palestra electoral a la molesta oposición cívica; también elimina de las organizaciones sociales a las corrientes contestatarias. Cuando la guerra se coloca en el centro de la lucha, las cuestiones de la democracia económica, social y política se posponen al *triumfo de la revolución*; se renuncia a tratar de materializarlas paulatinamente en ámbitos cívicos y gremiales, y por tanto dejan de ser materia de la acción cotidiana" (1996, p. 144). Vale ésta también como crítica.

Pero dicha transición de la lucha pacífica organizada a la lucha armada tenía ya un antecedente, el de Rubén Jaramillo que en la década de los cincuenta, después del ejercicio cívico, se ve obligado por las circunstancias a tomar las armas; después de cierto tiempo y de establecer un pacto con la federación se desarma, y así participar en la lucha legal, pero luego del famoso abrazo presidencial es asesinado, lo que permanece fresco en la memoria campesina (*idem*).

Pero este paso de una vía a la otra bien puede tener un antecedente más atrás, cuando en 1923 en Atoyac, Guerrero, ante la deposición de un alcalde electo democráticamente y la represión de que eran objeto los agraristas, y la muerte de uno de sus dirigentes, Manuel Téllez, se arma un grupo de 200 personas, que se han "fogueado en la lucha social" (Bartra, 1996). A esta guerrilla, se suman comandos zapatistas de la región, y algunos que operaban en Michoacán: "La convicción de que había que pasar de la acción política y el trámite agrario a la lucha armada, o cuando menos que era necesario proteger a las organizaciones pacíficas y a sus gestiones legales con el poder disuasorio del máuser, no nace sólo en la costa" (pp. 58-59), pues en otras regiones el acoso de las guardias blancas y del Ejército ha orillado a los solicitantes de tierras a la misma conclusión que los atoyaquenses. Y en el primer Congreso Campesino de Guerrero, en enero de ese año, no falta quien proponga: "Es necesario que todos y cada uno de los agraristas se compren un rifle, que deben cuidar más que a su mujer, sus hijos y aun que su propia madre, porque con él... se harán respetar contra el poder de los ricos" (p. 59).

En tal caso, se podríamos afirmar con Armando Bartra, lo siguiente: "Para entender la saña con que, a fines del milenio, un nuevo Figueroa manda matar a los costeños insumisos, es necesario remontarse a la insurgencia gremial que arranca en los setenta, a la rebeldía cívica que estalla a fines de los ochenta. Pero ésta es sólo la cuenta corta. El origen de las actitudes ciudadanas y la matriz de las fuerzas políticas actuantes en el Guerrero actual, remiten también a un pasado más lejano. ¿Cómo soslayar el peso que aún tiene en la memoria política regional la militarización anti-guerrillera que apenas comenzó a remitir a fines de los setenta? ¿Cómo explicar el origen de los focos campesinos de autodefensa armada sin remitirse al multitudinario y reprimido movimiento cívico de los sesenta? ¿Cómo entender el encono de la lucha política en Guerrero sin remontarse a las particularidades de la revolución en ese estado, cuya escuela insurreccional se prolonga hasta los años treinta? ¿Cómo medir, en fin, la profundidad del caciquismo sin asomarse a los grandes patriarcas costeños del siglo XIX?" (pp. 9-10).

Si bien en las presentes conclusiones no pueden dejarse fuera elementos que rodearon o constituyeron un marco referencial de la lucha armada, como el hecho de que la segunda ola armada en nuestro país se ve inmersa en el mar de los tiempos de las guerras de liberación nacional en Latinoamérica, el que la guerrilla recorre el tercer mundo, y en Cuba en 1966 se forma la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), como parte de la Organización de Solidaridad de los Pueblos de África, Asia y América Latina (OSPAAAL), y ahí participan algunas organizaciones mexicanas, como la de Genaro Vázquez (Bartra, 1996), y que puede existir en algunos casos una "sobreideologización" (Montemayor, 1999c), entendida como el empalme de manuales marxista y la aplicación prácticamente a pie juntillas de tales planteamientos para liberar a la humanidad e instalar la dictadura del proletariado, esto es, que si bien estos dos factores están presentes, lo cierto es que hay ciertas condiciones sociales, económicas y políticas que posibilitan el actuar guerrillero. Así, por ejemplo, "en Guerrero, la contraviolencia popular como respuesta a la represión, no es invención voluntarista de líderes políticamente actualizados, sino reflejo social de profundas raíces históricas" (Bartra, 1996, p. 135). Muestra de lo anterior son las bases sociales con las que cuentan la ACNR y el Partido de los Pobres en Guerrero (Montemayor, 1991, 1998c), pero también existen otras agrupaciones que se gestaron por esos tiempos y que también contaron con bases en diversas regiones del país, entre ellas: el Movimiento Revolucionario del Pueblo, el Comando Urbano Lacandones "Patria Nueva", el Frente Urbano Zapatista, el PROCUP, la Unión Campesina Independiente, el Movimiento 23 de Septiembre, la Liga Comunista 23 de Septiembre, la Liga Comunista Espartaco, el Frente Revolucionario del Pueblo, las Fuerzas Revolucionarias Armadas del Pueblo, las Fuerzas Armadas de Liberación; todas estas organizaciones, entre otras, contribuyeron al actual panorama guerrillero en nuestro país (López, 1974; Montemayor, 1997).

Posiblemente la siguiente cita de Genaro Vázquez que data de 1963, de cuenta, en términos generales, de la situación de las guerrillas en la denominada segunda ola: "El movimiento revolucionario tiene que... esclarecer a la clase obrera y los campesinos pobres que el camino electoral no resuelve sus problemas, que el voto universal y secreto es una engaño de la burguesía... En este período... es necesario difundir los ideales... de la revolución popular, que no significa cambios de personas al frente del gobierno de la burguesía, sino el cambio radical del régimen político y económico, la instauración de un gobierno democrático y popular... estos objetivos no pueden sustituirse con una posición electorera... tampoco por votación puede acabarse la lucha de clases y destruirse el estado burgués que padecemos" (referido en Bartra, 1996, p. 124).

2. 1. 3 La guerrilla cierra el siglo

"Nos asiste la razón y la justicia. Por eso, como mexicanos inconformes con esta realidad nacional y al no dejar el gobierno otro camino, decidimos cambiar nuestras herramientas de trabajo por los fusiles libertarios que habrán de combatir y contribuir al derrocamiento del gran capital y del gobierno antipopular. Hoy, movidos por las injustas condiciones de vida y trabajo, nos hemos decidido a luchar organizadamente para contribuir a la transformación democrática revolucionaria de nuestra patria y, con base en una actitud consciente y voluntaria hemos conformado un instrumento más de lucha que llamamos Ejército Popular Revolucionario. Nuestro ejército lucha también por la transformación profunda de la sociedad, por medio de la vía armada de la revolución como una forma más de lucha que el pueblo desarrolla en defensa de sus intereses y por la consecución de sus objetivos".

‘Somos producto de 500 años de luchas... HOY DECIMOS ¡BASTA!, somos los herederos de los verdaderos forjadores de nuestra nacionalidad, los desposeídos somos millones y llamamos a todos nuestros hermanos a que se sumen a este llamado como el único camino para no morir de hambre ante la ambición insaciable de una dictadura de más de 70 años encabezada por una camarilla de traidores que representan a los grupos más conservadores y vendepatrias’. La primera es una cita del Manifiesto de Aguas Blancas, del Ejército Popular Revolucionario, y la segunda corresponde a la Declaración de la Selva Lacandona del Ejército zapatista de Liberación Nacional, emitidas en 1996 y 1994 respectivamente, como carta de presentación del inicio de la tercera ola armada. En tales citas se pueden advertir elementos que justifican los estallidos armados, y el camino que han elegido como el único que les han dejado, como un recurso para lograr los anhelos de una población marginada, humillada, explotada, excluida, reprimida, pobre, que resultan ser millones.

En 1993, un año antes de que estallara el conflicto armado en Chiapas, un sacerdote jesuita establecido en el lugar, Mardonio Morales, expresaba que en Chiapas había guerrilla desde mediados de los ochenta (Correa, 1993b; Proceso, 880). Lo cual, se sabría tiempo después, era cierto, pero no exclusivo de ese estado, puesto que se compartía con varias partes del país, toda vez que se creyó falsamente que en los setenta y ochenta se había eliminado a la guerrilla, lo cual es sumamente parcial, si tomamos en cuenta que la fase de mayor intensidad de los grupos armados se alcanzó entre 1971 y 1977 (Montemayor, 1999b), y al disminuir su actuación después de la despiadada lucha que contra ellos se emprendió, el gobierno creyó, y así hizo creer a la sociedad que se había aniquilado a los subversivos. Sin embargo no desaparecieron del todo, pues en los ochenta se trasladaron a varios puntos del sur del país, y su trabajo fortaleció las bases de lo que después conoceríamos como EZLN y EPR (Montemayor, 1999c).

El ensimismamiento que realizaron los sobrevivientes de la segunda ola se hubiera quedado en eso, en un aislamiento relativo en las montañas de varios estados de México, después de que se “mostraba” que la guerrilla no era la vía, pero la actuación del gobierno, sin abrir espacios de participación, sin invertir plenamente en desarrollo, si atajar las causas que originaron los estallidos de décadas atrás, y con su actuación de represión constante a todo lo que sonara a cambios en cualquier sintonía y tono, permitió, u orilló, nuevamente el engrosamiento de las filas insurgentes. Por eso es que Carlos Montemayor aduce que muy a pesar de la violencia institucional que se ejerce contra las comunidades pobres de Guerrero, Chiapas, Oaxaca y otros estados, ahora se puede hablar que ha llegado el turno de “la otra violencia”, la de “la dignidad y la fuerza de pueblos enteros, hombres, niños, mujeres; la lucha que desde la indigencia, la desnutrición, el aislamiento, siguen siendo capaces de emprender para ser libres; de la fuerza para luchar, para continuar luchando para que su sierra, su mundo, su tierra —nuestras sierras, nuestro mundo, nuestras tierras— sean mejores” (1998c p. 10). Este tipo de “violencia digna” es el resultado de la violencia institucional, la que obliga a que las luchas se desarrollen en este terreno, y no en el civil y pacífico. Consecuentemente, entonces, se puede ver que si bien la lucha social en nuestro país se incrementa, tiene un pero, pues también se vuelve violenta: una de cada cuatro acciones en la lucha social es violenta (Correa y Ortiz, 1998). Así es como lo han visto las Organizaciones No Gubernamentales convocadas por Global Exchange: “las luchas políticas y sociales en el país adquieren formas de confrontaciones armadas, expresándose de esta manera la guerra como continuación de la política por otros medios” (p. 26). Que razón tenía Gramsci medio siglo atrás.

Lo cual no es fortuito o voluntarioso (Montemayor, 1998c) si se considera que desde el poder se trata de establecer una "cultura del terror" que pretende "domesticar las aspiraciones de las mayorías", para paralizarlos (una especie de desesperanza —Martín-Baró, 1976b; 1976c; 1985-); "Si los movimientos populares desembocan en la lucha guerrillera, depende de la violencia de los poderosos. Si rechazan las demandas de justicia social, de libertad y derechos humanos y si la represión del estado se incrementa, la gente puede llegar a defenderse" indica con toda razón el lingüista norteamericano Noam Chomsky (1998, p. 152). Riesgo que han advertido múltiples voces, pero que el gobierno no quiere escuchar; "La tortura, prueba suprema de lo miserable de la razón y *etnicidad* del Estado, es la justificación más elemental y a la vez suprema del derecho a la insurgencia", asegura también el escritor Vázquez Montalbán (1999, p. 31).

Visto esto psicopolíticamente, existe, entonces, una cultura de la sangre y una cultura de la tinta, las cuales se enfrentan en ocasiones y en otras se entrecruzan (Bartra, 1999). La cultura de la sangre "está ligada a la exaltación de las identidades, a la lucha revolucionaria y a la defensa de las patrias" (p. 11), pero que tiene un antecedente en la violencia ejercida desde arriba; mientras que la cultura de la tinta "exalta la pluralidad de escrituras e impulsa los argumentos impresos en el papel y no en los campos de batalla. La cultura de la tinta está teñida del color rojo de la vida pero está dispuesta a intercambiarla por la patria o la clase. Contrasta con la negrura que tiñe los alambicados argumentos de los escritores, pero la cultura de la tinta cambia a veces las ideas por un plato de lentejas" (*idem*). Y tal parece que, en ciertos momentos, se requiere de la cultura de la sangre para que emerja la cultura de la tinta, lo cual se quiere ensanchar. Ese es cuando menos el razonamiento de aquellos a quienes las políticas gubernamentales han golpeado severamente. Los reporteros del semanario *Proceso* (Aguirre, Castellanos y Gutiérrez, 1994) daban cuenta del impacto tan temprano de los zapatistas: el éxito político del zapatismo, a pesar de que el gobierno federal derrama recursos económicos para mitigar las demandas en Chiapas, ha provocado, más allá de simpatías y apoyos para los alzados, "el surgimiento en diversos estados de organizaciones campesinas e indígenas que amenazan con tomar las armas o cuando menos sumarse a los chiapanecos para intentar resolver sus problemas" (p. 36). Lo cual no hace sino mostrar que en México la clase política ha enseñado que de requerirse un cambio en el rumbo del país, hay que exigirlo y reclamarlo con las armas en la mano. Por eso es que el no muy adepto de la guerrilla, el historiador Juan Pedro Viqueira (1999) alega: "La lógica de los indígenas zapatistas de que es necesario primero verter sangre —propia y ajena— para hacerse escuchar de las autoridades ha sido fomentada durante décadas por el propio sistema político, aunque claro está que ahora ha adquirido proporciones extremas" (p. 26).

En efecto, la dosis de plomo que las agrupaciones en el pasado fin de siglo tenían que dar (EZLN. Documentos..., 1994; 1995) se está nutriendo de otra esencia: el indigenismo, que a pesar de haber estado presente en las luchas de principios y mediados de siglo, en la tercera ola se convierten en componentes que definirán, de alguna forma, el rumbo y la actuación de estos grupos, a grado tal de resaltar dicha característica como un componente sustancial de la guerrilla. De ahí que Roger Bartra (1999) asegure: "Los indios llegaron para dar una lección de modernidad (y aun de posmodernidad) a los engréidos tecnócratas que pilotean la nave del autoritarismo mexicano. Pusieron en duda la identidad nacional y la legitimidad del sistema político. Mostraron a la sociedad civil que el mito del ser mexicano, que ha contribuido a la legitimación del gobierno postrevolucionario, se estableció como una forma poco coherente con el desarrollo del capitalismo occidental típico de este fin de siglo" (p. 21). En este rasgo indígena se cimenta, en una parte, la legitimidad de la guerrilla a fines

del siglo, sobre todo la del EZLN; los otros, atraviesan por las condiciones de atraso de una buena parte de la población, por ello cuando los ataques se venían encima del zapatismo algunos estudiosos, como Carlos Montemayor, en *La Jornada* (02/01/94), reconocían: "la polarización extrema y el levantamiento armado no son resultado de cuadernos marxistas, zapatistas o de ideologías en boga. Son resultado de la pobreza, de la exasperación, del hambre, de gobernantes incapaces de entender que la negociación efectiva, real, que la voluntad constante de diálogo es la única vía de comprender al pueblo que gobiernan" (p. 9). Por esa misma razón otro articulista de ese periódico, y también el mismo día apuntaría: "La situación social de Chiapas es hasta cierto punto conocida, pero hasta ahora soslayada por el gobierno federal que ha protegido privilegios y, sobre todo, ha postpuesto reformas sociales que son indispensables e impostergables [... se trata] de la opresión social sobre una mayoría de campesinos que son a la vez indios [... y que] son tratados como siervos y discriminados como esclavos" (p. 7).

México, entonces, ha vivido una larga jornada de estallidos armados, que se atenúan en ciertas décadas, en ciertos años, pero que reaparecen, como una recurrencia que intenta acompañar los justos reclamos de cambio en nuestro país, y que se considera como garantía de ello las armas; úsense o no, pero las mantienen, incluso como forma de sobrevivencia, no sólo en este fin de siglo sino también en los sesenta y setenta e incluso en los años treinta; lo cual nos sumerge en una especie de tradición armada: México es un país guerrero, señalarían algunos extranjeros.

2. 2 La tradición armada y...

Efectivamente, la dinámica de la guerrilla en nuestro país es harto compleja: Vicente Guerrero hizo uso de ella durante la guerra de independencia, lo mismo que Juan Álvarez y Porfirio Díaz la utilizaron para combatir a los franceses durante la ocupación. No obstante, a las resistencias que vienen de más adentro, de más a fondo, las efectuadas por los indígenas entre el siglo XVII y el XX se les denominó sublevaciones y revueltas (Montemayor, 1999b; 2001).

Y varios de estos nombres se adhieren a un estado específicamente, el de Guerrero, que tiene tradición de alzamientos: por allá de 1810 grupos indígenas estaban en armas por el llamado a la Independencia; se oyen nombres como el de Hermenegildo Galeana (ahora hay una región que lleva su apellido), Juan Álvarez (lo mismo, después se retoma su apellido), Nicolás Catalán y el legendario Guerrero, a quien se debe el nombre del estado (Bartra, 1996). La mayoría de los hombres fuertes de armas tomar en el sur son hacendados, y "se juegan en el albur de la insurgencia tanto el pellejo como la propiedad" (p. 19). Son los tiempos de aparentes paradojas, pues en 1822 Guerrero y su gente toman las armas contra el imperio, a quien servían al inicio, y luchan hasta la caída de Iturbide por la independencia del país.

Éste quizá constituya el pasado más remoto en la modernidad de la nación en cuanto a levantamientos armados de alcance nacional. El otro, el de la Revolución, es el otro antecedente que marcara la trayectoria de muchos luchadores sociales pasados, incluso varias décadas. Así, por ejemplo, la guerra que emprendía Lucio Cabañas no era nueva, parecía correr por la sangre, o por la memoria, da lo mismo, pues su abuelo fue combatiente zapatista, y al igual que a él le brindaban apoyo los pueblos, por lo que las prácticas que

Lucio veía en la sierra ya eran antiguas: "campesinos y poblados que también el gobierno masacró y arrasó por órdenes de Madero, de Huerta, de Carranza" (Montemayor, 1991, p. 154).

Y si la etapa posrevolucionaria no había sido de paz para Guerrero, tampoco lo fue para muchos otros estados, tal es el caso de Chiapas, donde los hacendados se armaron, se rebelaron para no perder sus privilegios, incluso mandando al campo de batalla a sus peones para enfrentar a la federación. Esa ha sido la historia de dos siglos, el XIX y el XX, de una constante lucha por la libertad y la justicia, por la implantación de una igualdad para todos los mexicanos, por la instauración de una patria más justa para sus habitantes, que se ha forjado con base en luchas que también han traído consecuencias, que "ha dejado una roja caudal de muerte" (Bartra, 2001). Y lo que se puede decir de Guerrero, se puede aplicar a más de un estado de la República. En la tierra de Vicente, de Juan Álvarez, de Lucio, de Genaro y de otros tantos, la violencia se ha enquistado como "forma de vida y de muerte, como suprema herramienta social. Si el cacique persigue, hiere y mata para conservar privilegios, los sobajados concluyen, en reciprocidad, que sólo con sangre podrán defenderse o liberarse. En este siglo, al encono de la represión social y política ha seguido siempre el alzamiento guerrillero" (p. 22). La recurrencia, en este caso, también se alimenta de memoria.

2. 2. 1 ... La memoria armada

Sirva la siguiente cita extensa a modo de ilustración de la memoria armada; son las palabras de acogimiento a un encuentro americano entre armados y no armados: "Bienvenidos a La Realidad... la selva Lacandona... Guarida de transgresores de la ley y rincón digno de América, la selva Lacandona ya ha sido visitada por diversas representaciones de los gobiernos de sus países. Nos han visitado los aviones bombarderos, los helicópteros artillados, los tanques de guerra... Diversos gobiernos del mundo se han aliado con el gobierno mexicano para combatirnos a nosotros. La más moderna y sofisticada tecnología de guerra es lanzada en contra de las armas de madera, los pies rotos y el pensamiento ancestral de los zapatistas que declara sin pena ni miedo que el lugar del conocimiento, la palabra y la verdad está en el corazón. La muerte moderna contra la vida ancestral.

"El neoliberalismo contra el neozapatismo. ¿Por qué nos temen? ¿Por qué tanta muerte para tan pocos y tan pequeños? Porque los hemos desafiado, y lo peor del desafío es que se convierte en ejemplo.

"El 3 de abril de 1911, esos ciudadanos de América llamados Ricardo y Enrique Flores Magón escribían: 'Compañeros, piensen bien, sigan adelante y trabajen, sin perder el tiempo, antes de que su ayuda llegue demasiado tarde. Traten de entender el peligro bajo el cual nosotros tenemos que enfrentarnos a todos los gobiernos del mundo, los cuales ven en el movimiento mexicano la aparición de la revolución social, la única a la que temen los poderosos del mundo'.

"Hoy, 85 años después, la historia se repite. La muerte que antes sólo nos visitaba vestida de enfermedad y miseria, hoy viene además con uniforme verde olivo, con plomo y máquinas de guerra... Después de la visita de estos anunciadores de la muerte, es un honor para nosotros el recibir la visita de ustedes, de los que luchan por la vida, de los que luchan por la humanidad en el continente americano... Diversos pensamientos de diferentes naciones de América se encuentran hoy en La Realidad...

"Y los autores intelectuales del delirio que nos convoca, los locos que se atrevieron antes que nosotros a soñar nuestro anhelo son: Manuelita Sáenz, Simón Bolívar, Ricardo y Enrique Flores Magón, Emiliano Zapata y Ernesto el Che Guevara.

"180 años, 85 años, 80 años, 30 años después, somos y no somos los mismos.

"Somos el final, la continuación y el comienzo.

"Somos el espejo que es cristal que es espejo que es cristal.

"Somos la rebeldía.

"Somos la necia historia que se repite para ya no repetirse, el mirar atrás para poder caminar hacia adelante.

"Somos el máximo desafío al neoliberalismo, el absurdo más hermoso, el delirio más irreverente, la locura más humana.

"Somos seres humanos haciendo lo que debe de hacerse en La Realidad, es decir, soñando.

"Hermanos y hermanas de América:

"El gran poder mundial no ha encontrado aún el arma para destruir los sueños. Mientras no la encuentre, seguiremos soñando, es decir, seguiremos triunfando...

"Bienvenidos hermanos y hermanas de América. Aquí en La Realidad terminamos, continuamos, comenzamos... el sueño. Y éste es nuestro sueño... (citado en La Jornada, 06/04/96).

La cita, como se puede ver, no hace sino recuperar el pensamiento, las ideas, el ideal de otros personajes, de otros movimientos en la historia de nuestro continente y de México; en sentido estricto, es la recuperación de la memoria. El ejercicio de la memoria plantea la recuperación del pasado, pero que no persigue únicamente fines analíticos, sino "refrescar la memoria histórica", en tanto que "es también indispensable para reorientar la práctica y definir los proyectos de las fuerzas político-sociales actuantes (hoy día). La alarmante semejanza de hechos recientes con acontecimientos de hace dos décadas, así como la analogía entre aquellos y los sucedidos en la primera mitad del siglo, será menos ominosa si los actores políticos actuales tienen muy presente su pasado. No se trata de espantar con el petate del muerto, sino de reconocer en las aparentes repeticiones históricas, la inercia de estructuras cada vez más irracionales" (Bartra, 1996, p. 10). Efectivamente, de lo que se trata es de saber que ya hubo experiencias de sangre en el pasado, y hacer todo lo posible para que ello no vuelva a suceder, tal sería la propuesta de la psicología política con respecto al ejercicio de la memoria colectiva (v. gr. Lira, 1997; 2000).

Eso lo saben bien quienes han hecho uso del pasado para actuar en el presente y proyectarse hacia el futuro. Por ello no es casualidad que después de que el gobierno acusa al EZLN de estar dirigido por extranjeros, éste haya recurrido a la memoria: reivindicaron a Hidalgo, Morelos, Guerrero, Mina, Villa, Zapata, portadores de legitimidad (Montemayor, 1997). El cinco de enero del año de su levantamiento expresaban: "Las tácticas militares que empleamos no fueron aprehendidas de la insurgencia centroamericana sino de la historia de militar mexicana, de Hidalgo, Morelos, Guerrero, Mina, de la resistencia a la invasión yanqui

en 1846-47, de la resistencia popular a la intervención francesa, de las grandes gestas heroicas de Villa y Zapata, de las luchas de resistencia indígena a todo lo largo de la historia de nuestro país" (p. 49). Esa recuperación del pasado también le ha posibilitado a las guerrillas de estos inicios del nuevo milenio engrosar sus filas, con las prácticas que ya realizaba Lucio Cabañas en los setenta; de esos años, se ha explicitado, data la incorporación del pensamiento y de la autoridad de los hombres viejos de las comunidades campesinas e indígenas a las guerrillas modernas, lo que después practicaría también el zapatismo, según ha expuesto (ver EZLN. Documentos y Comunicados, 1994; 1995). Lucio Cabañas también tenía su *viejo Antonio* que le ayudaba a reflexionar para los momentos difíciles (Montemayor, 1991). Menos poético se planteaba, pero con igual contenido y pensamiento.

No es gratuito, por ejemplo, que Genaro Vázquez nombrara a uno de sus campamentos "José María Morelos" en nombre del personaje histórico de la guerra de independencia, pretendiendo a la vez recoger su sentir, y que ambos, Morelos y Vázquez, se armen en las mismas montañas, argumentos que el segundo explotaba al momento de explicarles a los campesinos la lucha que emprendía (ver Salgado, 1990); o que los ex-militantes de las guerrillas de los sesenta y setenta, sobre todo los del Movimiento Armado Revolucionario (MAR), hayan fundado un Centro de Investigaciones Históricas de los Movimientos Armados (CIHMA), y que se den a la tarea de reproducir documentos de aquellos años, al tiempo que reconstruyen todos esos pasajes que significaron momentos de oscuridad para ciertas agrupaciones, y que es necesario se aclaren si el país quiere arribar a la democracia (ver CIHMA, 1992; 1993; 1994/1995; Proceso, 1271). Al igual que no es circunstancial que los espacios donde se discutan abiertamente los asuntos de la problemática indígena, del estado de Chiapas, de la nación y de cómo entablar batallas civiles contra el neoliberalismo se realicen en sitios que fueron creados únicamente para tales fines, muy al viejo estilo de los retóricos, que recuerdan esta práctica, pues es por medio del discurso que se intenta convencer y llegar a acuerdos; pero a diferencia de hace dos milenios no se llaman ágoras ni foros, sino *Aguascalientes* muy en la tradición mexicana y revolucionaria, rememorando el lugar en donde se realizó la Convención entre las distintas fracciones revolucionarias de 1914; espacio del que surgen los primeros acuerdos que darán forma a la Constitución que se promulga en 1917. Estos tres ejemplos ilustran el ejercicio de la memoria colectiva (ver Middleton y Edwards, 1990a). En ese mismo ejercicio, quizá en primer instancia involuntario, entra la reflexión que hace el antropólogo López y Rivas: con la sublevación del EZLN, Emiliano Zapata vuelve a las "andanzas revolucionarias al frente del pobrero 75 años después de muerto" (1994, p. 7). Las tropas del general morelense lo habían sentenciado: Zapata regresaría (Orellana, 1988).

Tercera conclusión psicopolítica. La conclusión que desde la psicología política se puede presentar es que sí existe una relación, estrecha o no, entre las condiciones sociales, de pobreza, la violencia ejercida desde el gobierno y la violencia con que pueden responder algunos grupos. Citando a Carlos Montemayor: "llama la atención que en los estados más violentados por la desnutrición como Guerrero, Oaxaca y Chiapas los movimientos armados rurales estén presentes y que la ocupación militar aumente. ¿Hay un vínculo estructural entre la guerrilla y las condiciones extremas de pobreza? ¿El ejército debe convertirse en esas zonas en el único indicador oficial de proyectos concretos a corto y largo plazo? Si pasáramos por alto estas gravísimas circunstancias sociales distorsionaríamos el contenido de la violencia en Guerrero y los procesos políticos que condujeron a la masacre de

campesinos en Aguas Blancas, la inducción gubernamental permanente de conflictos intercomunitarios, la represión de las organizaciones campesinas independientes y la explicación histórica misma del EPR. No son fenómenos simples ni aislados" (1998c, pp. 9-10).

Cuarta conclusión psicopolítica. La recurrencia. Nuestro país ha despertado en variadas décadas con la propuesta armada como recurso de protesta, de toma de conciencia, de la búsqueda de cambios, y cuando se ha creído que las guerrillas están acabadas, el rugido de las balas hace actos de presencia en donde las condiciones así lo anunciaban desde tiempo atrás. Cuando menos, en los tiempos recientes, desde la década de los sesenta a la fecha podemos asegurar que hay una continuación de la lucha política por otros medios. Ello nos muestra una recurrencia de la lucha armada, una especie de permanencia, porque nunca ha estado ausente, más bien se ha mantenido latente, de ahí que se piense que regresa constantemente; ambos elementos están incluidos en la noción de recurrencia. Siguiendo con Carlos Montemayor: "México ha vivido en estado de guerra de manera casi ininterrumpida al menos desde el amanecer del 23 de septiembre de 1965" (1998c, p. 8), con el asalto al Cuartel Madera de Chihuahua. Ahí se inició la lucha armada, teniendo su parte más intensa entre los años 1971 y 1977. Estos movimientos "no desaparecieron del todo durante la década de los ochenta, puesto que varias de esas agrupaciones intervinieron activamente en las zonas de las cañadas de Chiapas y su trabajo de organización fortaleció las bases que posteriormente serían del EZLN y otros cuadros que siguieron en Guerrero, Oaxaca y diversos sitios del país constituyeron ahora las bases del EPR" (p. 8). Lo cual nos conduciría a reconocer que la lucha guerrillera que actualmente se desarrolla en nuestro país no inició el primero de enero de 1994, ni el 28 de junio de 1996, sino antes, cuando menos varias décadas atrás (Montemayor, 1997). Este mismo autor nos asegura que "Antes y después de 1994, México ha tenido y seguirá teniendo la insurrección guerrillera como la expresión natural, social, política, indígena, agraria, que nos avisa que debemos cambiar o que no somos aún lo que debemos ser. En cada momento los guerrilleros exigen de la sociedad entera un cambio. Y lo consiguen, a veces después de muertos, a pesar de todo. Las insurrecciones guerrilleras campesinas son una constante que no acaba aún y que recomienza" (p. 75).

Quinta conclusión psicopolítica. La tradición y la memoria. Se puede concluir, asimismo, que la actuación de los grupos armados en México data del pasado, tiene tradición y se ancla en una memoria que despliegan en la actualidad los grupos que continúan con las armas en la mano exigiendo lo que sus antepasados han reclamado, también, con el fusil en acción. En efecto, en nuestro país ha sido una constante la lucha armada, sea para la guerra de liberación, como la guerra de independencia de inicios del siglo XIX; sea para forjar una patria justa como se planteó en la revolución de inicios del siglo XX; sea para modificar el sistema social y luchar por una justa democracia, sea cual fuera el tinte, como ocurrió en los sesenta y setenta; o para ser escuchados y que los excluidos se incluyan, sean contemplados como un componente de la nación como parece ocurrir en la actualidad (ver Le Bot, 1997; Vázquez Montalbán, 1999). Tal pareciera que las condiciones, en todo momento, han posibilitado estallidos armados: "las guerras populares entre nosotros no empiezan de la noche a la mañana y no concluyen de un día a otro. Son largos procesos que marcan de manera indeleble nuestra historia. La vieja revolución mexicana no empezó en

1910, sino desde el siglo anterior", asegura Carlos Montemayor (1997, p. 40). Al respecto se puede resaltar una de las regiones con tradición de lucha, y donde la memoria no parece apagarse: Guerrero. Con el surgimiento del EPR se ha mostrado que el espacio de la Sierra de Atoyac a la Sierra de Tècpan ha sido de las regiones con más tradición de lucha: durante la guerra de Independencia ahí se atrincheró Vicente Guerrero; Juan Álvarez luchó contra las fuerzas conservadoras durante la ocupación francesa; los zapatistas de principios de siglo ahí resistieron a las fuerzas de Porfirio Díaz, después a las de Madero, a las de Huerta y a las de Carranza; en los setenta en esos lares surgieron dos movimientos guerrilleros de amplio alcance. Por último hay que agregar que, literalmente, México ha iniciado los dos últimos siglos con insurrecciones, incluso con un componente indígena "de largo aliento" (Hernández Navarro, 1997), que ya atrapó a un tercer siglo, y a un nuevo milenio. Si nuestro país tenía la característica de ensayar la primer revolución social del siglo XX, ahora tiene en su haber el iniciar un nuevo milenio con un movimiento guerrillero cuya característica exponencial es la justicia para todos los mexicanos, marcadamente para los sectores de mayor exclusión y que han sido víctimas del olvido: los indígenas.

Sexta conclusión psicopolítica. El ejemplo. Una conclusión más que desde la psicología política se desprende, es que se corre el riesgo, para el gobierno, de que la revuelta, la toma de las armas como vía de cambio se convierta en un ejemplo a seguir, dadas las condiciones en que se vive; y en tanto sigan cerrados los espacios para la participación democrática y la mejora de las condiciones de vida no lleguen, y se ejerza la represión en vez del diálogo, las posibilidades de la extensión del camino de las armas se multiplican. "Si la rebelión zapatista estalló en Chiapas el mismo día en que entró en vigor el TLC, tres años de redoblada marginación y miseria en el campo, sumadas a la destrucción del ejido y de las comunidades, están ocasionando 'la irrupción' de un número cada vez mayor de grupos armados de campesinos que, desesperados, le apuestan todo a la guerrilla", es lo que advierten y concluyen líderes campesinos de varias partes del país (en Correa, 1996, p. 20). Baste recordar que después del surgimiento del EZLN en 1994, surgieron más de 20 organizaciones armadas (CIEPAC, 200), entre las que destacan el EPR, el ERPI, las FARP, y el EVRP.

Séptima conclusión psicopolítica. La puerta. Si se quiere eliminar la vía de las armas, hay que abrir otras puertas; se debe acrecentar la cultura de la tinta en detrimento de la cultura de la sangre (Bartra, 1999). Para lo cual se requieren grandes esfuerzos, que por un lado ya están realizando los grupos armados, sobre todo el EZLN, quien le ha apostado al diálogo, y a decir de Roger Bartra "de Chiapas, afortunadamente, salieron más cartas que balas", lo que posibilita ampliar la mancha de tinta y disminuir la de la sangre. Pero falta la parte que le corresponde al gobierno, le toca depositar su esfuerzo pues de lo contrario se corre el riesgo de que la violencia se amplíe, ya que las condiciones, todo parece indicar, lo hacen permisible. Y es que, en última instancia, como señalaba el ex ministro de educación de Nicaragua, Ernesto Cardenal, "Es preferible la no violencia a la violencia. Pero también creo que es preferible la violencia a la sumisión" (citado en López y Rivas, 1994, p. 9). Las condiciones, entonces, deben cambiar.

3 Recurrencia represiva

Si las condiciones que han posibilitado el surgimiento de los grupos armados en los distintos momentos de la historia del siglo XX han sido de carácter social, político y económico, de injusticias como telón de fondo, lo sensato de la situación llevaría a quienes toman las decisiones a plantear medidas en ese orden, pero no ha sucedido así; contrariamente al orden que se supone deberían tomar las medidas para acotar a los grupos armados, la respuesta viaja en otra dirección, en el de incrementar y justificar más aún la gestión y el desarrollo de la guerrilla: la vía militar. La forma violenta ha sido la constante como respuesta a los reclamos que plantean los grupos armados en sus proclamas, manifiestos o programas, por ejemplo lo demandado en el Plan del Partido Liberal Mexicano, antes y después del uso de las armas recibió represión, persecución, balas y sangre como respuesta; la demanda de "sufragio efectivo, no reelección" fue acallado por el Ejército, y las rejas fueron el albergue para sus principales exponentes; a las demandas de tierra y libertad planteadas en el Plan de Ayala le siguieron miles de soldados que intentaban tomar las tierras de los zapatistas; al cumplimiento de lo planteado en el Plan de San Luis, que exigían los agraristas de Guerrero, les llegó como replica el ejercicio de la represión; a lo exigido por las guerrillas de los sesenta y setenta les dieron como responsiva una guerra sucia, y con el saldo de más de mil quinientos muertos y desaparecidos se creyó que se aniquilaba a los grupos armados y su vía, no obstante dos décadas después reaparecieron, con otros nombres y otros integrantes, pero con demandas semejantes, y con los mismos propósitos: el cambio y la justicia para los mexicanos; lo mismo que han planteado los guerrilleros desde principios del siglo XX. La vía militar ha mostrado, aparte de su crueldad, su ineficacia, sin embargo parece no haber aprendizaje ni entendimiento de parte de los distintos gobiernos en turno en cuanto a las formas de atajar la propuesta de los grupos armados. Veamos.

La siguiente sería una buena introducción para plantear tal situación, en el caso de las dos últimas olas guerrilleras: "Mas de treinta años de lucha armada... cuya magnitud ha dejado huellas en la conciencia de amplios sectores sociales". Maestros, jóvenes, campesinos, obreros que "buscaron desesperadamente a través de la lucha armada acelerar los cambios sociales, económicos y políticos. Cientos de militantes en confrontación directa con el Estado" (Reyes y Espinosa, 1996, p. 3); no recibieron más que balas como respuesta de un Estado acostumbrado a utilizar "el corporativismo como método de control de obreros y campesinos, pero (que) también ha utilizado la represión, entendida ésta como incapacidad para conciliar las demandas de la población con el sistema" (p. 5). Y la siguiente sería una buena conclusión: lo sorprendente es que los movimientos armados sólo han tenido medidas militares como respuesta y ninguna medida de tipo social: educativa, de salud, de infraestructura carretera o económica: En distintos sitios, como ocurrió en Guerrero "A la miseria, al aislamiento, al narcotráfico, las fuerzas policiales del gobernador Figueroa agregaron la masacre de campesinos en Aguas Blancas. No son culpables el EPR ni el EZLN de esta violencia que ha durado décadas. ¿Por qué contra esta violencia no se aplica todo el peso del Estado?" (Montemayor, 1997, p. 184).

3. 1 Una constante: la violencia como respuesta

Efectivamente, la violencia institucional ha sido, en buena medida, el antecedente de los movimientos armados, y este mismo tipo de violencia se ha constituido en respuesta para la actuación de las guerrillas. Esa fue la replica que tuvieron los magonistas iniciando el siglo

XX, la misma que obtuvo Zapata y su gente, la que le aplicaron a Villa cuando se rebelaba, la que se mostró cuando se suponía que ya había triunfado la revolución pero aún había grupos exigiendo que se cumplieran las promesas que se realizaron durante la contienda armada, esto es, las causas del levantamiento. Por ejemplo, esa fue la responsiva que tuvo Amadeo Vidales en Guerrero allá por 1927: si la guerrilla no sufre grave daño con la ofensiva militar, la presencia del Ejército, "con sus prácticas de tierra arrasada, reedita en la costa la situación de estado de sitio, padecida reiteradamente por sus pobladores desde los alzamientos de 1911", señala acertadamente Armando Bartra (1996, p. 66). Y es que en su campaña antividalista, el mayor Lázaro Candelario quema varios poblados "y pasa por las armas, sin juicio, a varios civiles. Bajo las órdenes del general Claudio Fox... sigue el baño de sangre; al amparo de la suspensión de garantías hay más de una decena de fusilamientos sin juicio, pueblos incendiados, allanamientos, saqueos y violaciones. En 1928 el coronel Henríquez Guzmán se hace cargo de la campaña y de la brutalidad militar. Durante su mando, a los fusilamientos, incendios y saqueos se agregan las exacciones de cinco mil pesos a los costeros acomodados, que así se libran de ser acusados de vidualistas y pasados por las armas. Es también aportación de Henríquez la costumbre de pasar a cuchillo las trenzas de las campesinas sospechosas de colaboracionismo" (pp. 66-67).

Pero como si de acto recurrente se tratara, tales prácticas se repetirán en las décadas de los sesenta y setenta, cuando el Ejército arriba a Guerrero para combatir a la guerrilla de Lucio Cabañas y Genaro Vázquez: poblados sitiados, detenciones ilegales, torturas, confesiones sacadas con amenazas y salvajismo, ejecuciones, presentación de inocentes como presuntos guerrilleros, entre otras lindezas, todas ellas a manos de integrantes de las corporaciones policiacas, pero sobre todo del Ejército. Las prácticas de décadas atrás se han sistematizado y ahora son expresiones de Estado. Para enfrentar al puñado de hombres de Lucio Cabañas y de Genaro Vázquez, se calcula que en 1971 la presencia militar asciende a la tercera parte del Ejército mexicano, 24 mil hombres (Bartra, 1996); respuestas militares a problemas sociales (Montemayor, 1997). Súmese a este cuadro el que el entonces gobernador de Guerrero en 1965, Abarca Alarcón, promulgó un decreto con el cual se aplicaría "prisión de 2 a 12 años y multa de 10 a 10, 000 pesos, a toda persona que difunda o propague una idea, programa o plan por cualquier medio y que tienda a alterar el orden a la paz pública del estado, o a subvertir las instituciones jurídicas y sociales" (Bartra, 1996, p. 133). La actividad política está prácticamente prohibida. Los espacios, si aún se puede, se cierran más.

Y si ésta fue la respuesta a la guerrilla rural de Lucio y Genaro, no les iría mejor a quienes participaban de la lucha armada en las ciudades: espionaje, represión a familiares, cárceles clandestinas, persecución, balas, sangre, torturas, muertos, todo ello planeado desde la entonces Dirección Federal de Seguridad, que se dedicó a combatir con toda crueldad a los "desarrapados", "comunistas" y "desestabilizadores" que atentaban contra la patria. A ellos les tocó experimentar los métodos de tortura que después se exportarían a los países latinoamericanos que vivirían bajo la dictadura. La violencia se ejerció sobre los guerrilleros, y así cuando exigían tierra, tierra les daban, a puños, cuando los enterraban después de que el Ejército los asesinaba (ver López, 1974; Armendáriz, 2000). La crueldad no se hizo esperar para quienes osaron desafiar al gobierno y al sistema político mexicano.

Pero si esa fue la respuesta que obtuvieron los guerrilleros de las décadas pasadas, cuando surge el EZLN en los noventa, la replica sería similar: el Ejército por delante, para sofocar la rebelión de los indígenas de Chiapas. Sólo la presión de amplios sectores de la sociedad y el creciente apoyo que los rebeldes lograban obligó al entonces Presidente Carlos

Salinas a recular de tal táctica y optar por la vía del diálogo (ver Grange y Rico, 1997). Pero, al interior del gobierno había quienes demandaban "mano firme" en el conflicto chiapaneco. En efecto, según un informe dado a conocer a principios del 2000, pero enviado al entonces Presidente Carlos Salinas en 1994, los "duros" del sistema querían una salida militar al conflicto en Chiapas, así lo expondría tiempo después el ex-comisionado para la paz, Manuel Camacho (Delgado, 2000). En dicho informe confidencial, Camacho le señala a Salinas: "Hay quienes consideran conveniente —y posible— dirigir un golpe militar definitivo en contra del EZLN, para acabar de raíz con ese movimiento" (p. 24). Luego, agrega: "Se parte de una falsa disyuntiva: o abandono de la clandestinidad y desarme inmediato, o aniquilación, cuando la paz y la reconciliación sólo puede seguir avanzando a través de la solución pacífica" (p. 24). Cabe hacer notar que quienes dirigían la ofensiva para que se optara por la salida militar, pertenecían al grupo de José Cordova Montoya, asesor de Salinas, y gente del equipo de campaña de Ernesto Zedillo, quienes "nunca quisieron realmente el diálogo" (p. 25), asegura el también ex-regente de la capital de México. Entre los nombres que se ventilaron de este grupo estaba el del gobernador Rubén Figueroa, quien argumentaba que tales acciones militares, le permitirían al Presidente retomar el control de la situación (Arvide, 1998). Pero si hay quienes presionaban por la vía "dura" para solucionar el conflicto armado, había los que también cuestionaban la tregua, que es otra forma de encubrir su simpatía por los métodos violentos; así se muestra en la argumentación de Isabel Arvide: "En manos de los llamados zapatistas está el gobierno que firmó, cuando todavía mandaba Carlos Salinas de Gortari, una tregua unilateral que sorprendió, por generosa, hasta a los enemigos, a quienes habían declarado la guerra por así convenir a sus intereses. Se les entregó todo a cambio de nada, de una bufonada a perpetuidad" (p. 193). Cabe aclarar que esta periodista se ha caracterizado por su cercanía a los militares con quienes, por lo demás, ha vivido.

El camino militar como forma de acabar con la rebeldía de los zapatistas se manifestó, nuevamente, cuando el 9 de febrero de 1995 el Presidente Ernesto Zedillo ordenó el avance del Ejército para capturar a la "dirigencia", ninguno de ellos indígena, y se llegó hasta los poblados bases de apoyo de los encapuchados, los cuales se replegaron para evitar enfrentamientos. De no ser por la presión nacional, otra vez, y por las movilizaciones internacionales, probablemente no estaríamos escribiendo estas líneas, la situación evidentemente sería otra.

La vía violenta que pretende acabar con los conflictos armados, como se ve, ha estado presente en todo momento, baste ver la disposición que en septiembre de 1996 mostró Ernesto Zedillo ante el pleno del Congreso de la Unión, al declarar que caería todo el peso de ley y del Estado contra el Ejército Popular Revolucionario; nada de diálogo, nada de negociación, sólo el Ejército y las diferentes policías como responsables a los reclamos de las comunidades campesinas e indígenas de Guerrero, Oaxaca, Chiapas, Hidalgo, Michoacán, etcétera. Y qué decir del discurso del ya Presidente Vicente Fox que en Costa Rica anunciaba una cruzada contra los grupos armados, y concretamente dirigiéndose al EPR sentenció que estaría "muy pendiente" de que no se extendiera más allá de Guerrero y Oaxaca y buscaría "por todos los medios erradicarlo" (Venegas, 2000). La conclusión es clara: si no se plantea negociación con el EPR, cuáles son entonces los medios para "erradicarla"; ¿la violencia institucional?, la misma que se pone en marcha para combatir a las guerrillas que dicen no existe, pues sólo reconocen a tres agrupaciones, EZLN, EPR y ERPI (ver la Jornada, 17/05/00, p. 8); ¿y el resto?, si no existen, entonces su combate será dirigido contra algo inexistente, y por tanto no habrá protesta ni abusos, ni todo lo que ese tipo de tácticas trae consigo.

Al clima de violencia se suman las campañas que, por ejemplo, los medios electrónicos desarrollan, lo cual es muy preocupante, pues antes de pensar en el bien común, piensan en los intereses de una minoría poderosos deseosa de que se borren del panorama a las guerrillas. Así lo dejan ver los análisis que realiza la Academia Mexicana de Derechos Humanos a los noticiarios de las televisoras, Televisa, Televisión Azteca y Canal Once, y concluye que en vez de contribuir a la solución negociada del conflicto, por el contrario, propician "las condiciones para una solución armada" (Proceso, 1128, p. 10). Una reflexión similar manifestaba el estudioso de los medios Guillermo Orozco, para quien Televisa ha manipulado mucho la información: descontextualiza, falta de ponderación de los hechos y de los informantes, desacreditación de los zapatistas, sus movimientos y demandas; apología de las instituciones gubernamentales, Presidente, gobierno en general y Ejército; en similar situación, sino es que peor, se encontraba Televisión Azteca (referido en Vázquez Montalbán, 1999, p. 73). Con todo ello "la posibilidad de la solución militar, de fuerza, ahora sólo existe en los discursos engañosos del subcomandante Marcos; sólo sirve para fines de propaganda muy rudimentarios", acusa la periodista pro-militar Isabel Arvide (1998, p. 18).

Lo que se requiere, en última instancia, no es experimentar nuevamente con la vía que ya mostró su fracaso: la violenta, sino crear las condiciones que propicien otras salidas, otras alternativas, a lo que no contribuye que el Ejército se despliegue por las comunidades y regiones en donde ha hecho acto de presencia la guerrilla, y mucho menos contribuye a una solución civil el que se mantengan a más de 60 mil soldados acantonados en Chiapas, dentro y fuera de las comunidades de la zona de conflicto (Garrido, 2001).

3. 1. 1 Guerra sucia y de baja intensidad

Pero no sólo se echa mano del recurso militar y policiaco, de lo que es relativamente visible y palpable y relativamente verificables, pues también se hace uso de otras formas que se han denominado guerra sucia en los setenta y guerra de baja intensidad en los noventa.

A la par del empleo de las tropas del Ejército para combatir a la guerrilla en los setenta, se desarrollaba una línea contigua que permitía, en cierta medida, cubrir las acciones aparatosas de la institución castrense, de tal forma que no se le culpaba y no se le fincaran responsabilidades, en el supuesto de que se pudiera: era la denominada guerra sucia que se desplegaba en las ciudades donde actuaba la guerrilla urbana, pero también en la sierra con el Ejército al calce. Genaro Vázquez llegó a denunciar "el empleo de la aldea vietnamita... en diversas regiones de Guerrero donde a punta de bayonetas, se concentra a los habitantes de zonas agrestes en centros de población controlables" (Bartra, 1996, p. 141). Tal situación no era exclusividad de la zona donde operaba el egresado de la UNAM, ya que también se trabajaba en la zona de influencia de Lucio Cabañas. Los militares sabían que al llegar a un lugar, donde se presumía tenía simpatizantes la guerrilla, se tenía que operativizar su actuar, pues contra la población se dirigía tal guerra, era a los simpatizantes a quien se tenía que minar, para restarle apoyo al núcleo armado; así lo manifiestan los militares (Montemayor, 1991; 1997). El comandante de la zona 27 de Guerrero así lo expresaba ante otros militares: "Los caminos que vamos abriendo en toda la zona están en función nuestra, no de los guerrilleros. Los caminos y las comunicaciones que hemos abierto son para nuestra seguridad, no para la de ellos" (1991, p. 85). Pero no sólo los caminos eran sujetos de la táctica del Ejército, no, también las clínicas de salud, las tiendas de abasto

popular como la Conasupo, etcétera, pues los castrenses las consideraban un "método de control militar". Cuando los periodistas le preguntaban al gobernador Nogueada Otero, sobre las obras que se levantaban en la sierra de Guerrero y si tenían algo que ver con la guerrilla, éste contestaba que no, que respondía a la voluntad del presidente, del gobierno de Guerrero y de los pueblos de la sierra; no era para otros fines.

La guerra sucia no tuvo límites, como se documentó en su momento (López, 1974) y se ha hecho más evidente a últimas fechas (ver Maza, 1993; Bartra, 1996; 2001b). Y como se ha manifestado en su momento, la práctica de la tortura y desaparición de bases de apoyo a las guerrillas, en manos de militares, se reconoce, cuando menos, desde los setenta (Montemayor, 1991; Grange y Rico, 1997). La gente de Lucio Cabañas fue muy golpeada en ese sentido: los detenían, los golpeaban, los torturaban, los subían a helicópteros y los arrojaban vivos al mar, a los cerros, o los enterraban vivos. De ahí que, burlescamente, los militares dijeran que a los campesinos los "mandaban de marineros, de aviadores o de mineros" (Montemayor, 1991, p. 244). Uno de los responsables de tales atropellos, entre otras como ejecuciones, el general Mario Acosta Chaparro quien fuera director de las corporaciones policiacas en Guerrero de 1975 a 1981, ahora que se encuentra detenido por sus vínculos con el narcotráfico, los organismos de derechos humanos lo señalan, como lo habían hecho décadas atrás, como el responsable de la desaparición de más de 400 guerrerenses por motivos políticos en la época de la guerrilla de Lucio Cabañas. Otro de los visibles responsables, el ex-secretario de Gobernación, Fernando Gutiérrez Barrios, a quien se debe la estrategia que aplicó el sistema mexicano en los sesenta y setenta, contra los grupos guerrilleros (Grange y Rico, 1997), murió en los inicios del siglo XXI; a él se debe la táctica de guerra sucia contra los subversivos y "alfombra roja" para los guerrilleros y exiliados latinoamericanos en nuestro país. Fue uno de los artífices del golpeteo cruel contra los grupos armados de la segunda ola.

En la lucha contra la guerrilla en los setenta, el gobierno mexicano pudo actuar sin la presión y presencia de los medios de información, sin la presencia de organizaciones no gubernamentales y de derechos humanos, ni tampoco estaban los ojos de brigadas internacionales (Montemayor, 1997). "Las acciones militares se pudieron desarrollar sin testigo alguno que las intimidara o las diera a conocer al país o al mundo" (p. 43). Y con todo y esas "ventajas" tardó el gobierno siete años, entre 1967 a 1974, en asestar un duro golpe, prácticamente sofocar, a la guerrilla de Lucio Cabañas. Asimismo, tuvo que emplear seis años más de acoso para dismantelar a las bases campesinas, con gran gozo de impunidad.... Y veinte años después "reviven"; están en el sur del país.

Y si en los setenta el Ejército llegaba a las comunidades donde sospechaban que apoyaban a la guerrilla, y regalando juguetes interrogaban a los infantes (Montemayor, 1991), tal situación no varía más de dos décadas después, según han denunciado algunos de los pobladores en Chiapas (ver La Jornada, 29/09/96). Pero y si en eso no cambian, en otras sí, pues ahora crean y financian a grupos paramilitares que realizan la tarea sucia, acciones que no realiza el Ejército pues están bajo observación internacional, por lo que el gobierno busca nuevas vías, de importación centroamericana, para acabar con el problema de los grupos armados. Los paramilitares se dedican a hostigar comunidades enteras, a intimidar poblaciones, a expulsar simpatizantes zapatistas de sus lugares de origen y, en otros casos, para lo cual están entrenados por el Ejército, se dedican a matar gente; a realizar masacres como la efectuada en diciembre de 1997 en Acteal Chiapas, para luego presentarla como producto de un problema interfamiliar, intercomunitario, y justificar así la actuación de las policías y los militares. En otros casos se dedican a emboscar a bases de

apoyo de la guerrilla, a militantes de algún partido o a la propia policía, y lo hace con vestimentas similares a las usadas por los zapatistas para que se les responsabilice de tales acciones. Y como estos grupos tienen la protección de diputados locales y federales, de presidentes municipales, y la tenían del anterior gobernador priista, del Ejército y se presume que de la federación, se puede entonces entender por qué los paramilitares quedan impunes por sus acciones en un 90% de las ocasiones (Correa y Ortiz, 1998).

3. 2 Otra constante: el desgaste

Otra constante en el asunto de los movimientos armados lo ha constituido la "administración del conflicto" que no es otra cosa que desgastarlo para dejar que a la larga, sino funciona la vía violenta ni la guerra sucia o la de baja intensidad, se desgaste sólo, que se olvide y se deje de poner atención en el actuar de los grupos armados. Si en los sesenta y setenta el darle larga a las peticiones de los grupos armados, mientras se daba tiempo para que la estrategia bélica se desarrollara, fue un acto de común acuerdo entre castrenses y civiles, en los noventa la situación no cambia en demasía, toda vez que hay una guerrilla que está en la mesa de diálogo, que se ha comprometido a no hacer uso de las armas, lo cual ha respetado hasta el momento, entonces no hay prisa por parte del gobierno para dar fin al conflicto, lo cual supone algunas concesiones.

En efecto, en la estrategia de ataque a las guerrillas de los setenta en la sierra de Guerrero, al igual que ahora se hace en Chiapas, se recurrió a la aplicación de ciertos proyectos de "desarrollo" regional, a la par de la ocupación militar, "aparecieron créditos a la producción, alimentos, apoyos a la comercialización de productos agrícolas, carreteras, caminos de terracería" entre otras cosas (Montemayor, 1998c, p. 7), pero todo ello formaba parte de una estrategia de combate a los subversivos, teniendo como objetivo la desaparición y exterminio de ésta, más que el beneficio y desarrollo de las regiones en donde operaban, además de simular, con paliativos, que se subsanaban las causas que originaron el levantamiento. Ahora también se otorgan créditos y se dan a conocer en televisión, como anunciando que se apoya a los campesinos, pero los créditos, por ejemplo, se otorgan a quienes militan en el partido hasta hace poco oficial; se otorgan ciertos beneficios, pero no hay para todos, sino para algunos cuantos, los que se atreven a denunciar a los zapatistas o, peor aún, que se presenten como desertores de los rebeldes, los cuales según las autoridades locales suman ya un par de miles, que a cambio han obtenido algo de dinero y animales para sus trabajos. Y no ayudan en nada para avanzar hacia la paz, la formación de organizaciones como el Consejo Estatal de Organizaciones Indígenas y Campesinas que creó el gobierno al poco tiempo de iniciado el conflicto en Chiapas, con la intención de contrarrestar influencia y terreno al zapatismo; no tiene ningún sentido jugar con esas reglas del desgaste, máxime si estas organizaciones van a terminar adhiriéndose al grupo que tenía que oponerse, como ocurrió con el CEOIC, que terminó por reconocer la justeza de la lucha del EZLN.

Asimismo, no representa ningún avance para la solución del conflicto las invitaciones que le hacen a los guerrilleros, por debajo de la mesa, los enviados del gobierno: el jefe militar de los zapatistas daba a conocer en agosto de 1994 los trueques del gobierno (Correa y Ramírez, 1994): "A nosotros nos llegan a ofrecer que no entreguemos las armas, pero que digamos que si entregamos las armas. Nos llegan a decir que no hagamos la paz, pero que firmemos que vamos a hacer la paz. Nos llegan a ofrecer ayuda económica del gobierno,

pero que no digamos que es ayuda del gobierno. Y el problema con el EZLN es que más que importarle aparentar ser honesto, le importa ser honesto en los hechos" (p. 6). Pero tampoco contribuye en nada a la persecución de la paz la destrucción de los espacios que los rebeldes han construido para reunirse con sectores de la sociedad civil nacional e internacional: los *Aguascalientes*, como el erigido en la comunidad de Guadalupe Tepeyac que albergó a más de seis mil participantes en la Convención Nacional Democrática en agosto de 1994 que anhelaban la paz, ahora, después de la ocupación militar de febrero de 1995, es habitado por soldados y prostitutas (Fazio, 1998). Y donde anteriormente se discutía, se dialogaba, se contrastaban argumentos, se trataba de convencer al otro, ahora se desarrollan sesiones de pornografía, se consume alcohol, se destruye el patrimonio cultural de una comunidad y se deposita en ese sitio el vicio que tanto trabajo costó erradicarlo de algunas zonas. Pero tampoco en nada ayudan las declaraciones que tratan de fincar responsabilidades que no existen sobre actos que incumben a otros, ello en referencia a lo manifestado por Ernesto Zedillo, quien a unos días de dejar la presidencia culpó a los zapatistas de la crisis económica de diciembre de 1994 (Proceso, 1256, p. 15), que sumergió aún más al país en los contrastes; cada vez más pobres que llegan a la extrema pobreza, y cada vez menos ricos pero que ascienden a la lista de los más ricos del mundo.

Todas estas constituyen formas del desgaste que no contribuyen al proceso de pacificación en Chiapas y otras partes del país, toda vez que esfuerzos, recursos, atención, tiempo, etcétera, se están dispersando y regando por caminos que no conducen a la paz, más bien la retrasan, puesto que el camino a la solución del conflicto no transita por esas vías. De ahí que resulte certero el comentario del *subcomandante Marcos*, cuando advierte que el gobierno pretende acabarlos en seis años con base en el desgaste, cuando los indígenas han sobrevivido a más de 500 años de dominio; y asevera que se prepararon en las montañas durante diez años para la guerra, pero tienen la tradición de los pueblos indígenas de resistencia por siglos (Vázquez Montalbán, 1999).

Efectivamente, el desgaste no acabará con los zapatistas, y tampoco con otras guerrillas, razón por la que es necesario, por ejemplo, que se cumplan los acuerdos firmados entre el gobierno y la guerrilla, pues ello sí conduce al fin del conflicto con el aval de las partes; pero el gobierno federal en su afán de darle largas al conflicto, de administrarlo, de desgastarlo, no se ha decidido a cumplir con lo cordado, y ahí están los Acuerdos de San Andrés, desde los primeros meses de 1996, esperando a que se reconozcan los derechos y cultura de los pueblos indígenas y que se legisle al respecto. Más de cinco años que los acuerdos parecen letra muerta, pues una de las partes, el gobierno se negó a reconocer lo que firmó. Si esa actitud no se modifica la paz estará igual de lejana que cuando inició el conflicto armado en Chiapas.

3. 2. 1 Ideologización

A la latente y manifiesta intención de acabar el conflicto armado por medio de las armas, de la violencia, la guerra de baja intensidad de la que se hace uso, y el desgaste sobre el que se recarga el gobierno, habrá que sumarle el proceso ideologizador que se utiliza para deslegitimar, desprestigiar y minimizar, si eso es posible, a la guerrilla.

No es con declaraciones dolosas o simulando buenas intenciones que se resuelven conflictos armados; no es con declaraciones como las de Ernesto Zedillo, que siendo aún

Presidente, señaló al problema de Chiapas como "un asunto menor" (en Jáquez, 2001), y que a la par de eso, mantenga a más de sesenta mil militares en la zona (Garrido, 2001) para manejar la situación del "asunto menor", y paradójicamente gastar millones de pesos en campañas publicitarias para convencer a la sociedad y a los gobiernos extranjeros de que en Chiapas no pasa nada, que el "asunto menor" está controlado. En nada ayuda a un proceso pacificador este tipo de actitudes. Como tampoco en nada ayuda el buscar chivos expiatorios para personalizar alzamientos, como lo es el señalar a obispos de la teología de la liberación de estar vinculados a los levantamientos armados en los estados donde realizan sus actividades (Montemayor, 1999a).

En nada ayuda tampoco el calificar a los líderes guerrilleros como bandoleros y delincuentes como se hacía en su momento con Lucio Cabañas y Genaro Vázquez (ver Montemayor, 1991; Bartra, 1996), creyendo que a fuerza de repetir una mentira al infinito ésta se convertirá automáticamente en verdad, y entonces la gente, la población de la localidad y nacional creerá que los que antes eran considerados insurgentes, revolucionarios, rebeldes, guerrilleros, guerreros, ahora son simple y llanamente delincuentes, y por tanto deben ser tratados como tales. Pero tampoco ayuda mucho el hecho de que a los integrantes de los grupos armados se les finquen pasados e infancias disfuncionales, justificando en las dificultades de la temprana edad la conducta "anormal" de los sublevados (ver Montemayor, 1991; Hiraes, 1996); como tampoco sirve de mucho a la solución del conflicto el que se señale de "comunistas" con "ideas extranjerizantes" y se tache de "traidores a la patria" a quienes por demandar con las armas en la mano, lo que antes demandaban de manera pacífica y no se les escucho, han desafiado al sistema político mexicano (ver López, 1974; Montemayor, 1991; Armendáriz, 2000).

Si lo que se quiere es la "paz con dignidad" los caminos no deben conducir a mostrar a los guerrilleros en carteles como si fueran viles delincuentes y acusarlos de responder a los ideales de otras latitudes, y por haber recibido entrenamiento militar en otro país, justificar así la expulsión de diplomáticos de esa nación (Castañeda, 1980; 1992), pues el problema no radica ahí. Tampoco se requiere que se impute nacionalidad extranjera a quienes se encuentran al frente de una organización en armas, y menos que se psicologice a estos, ni que se deniegue su discurso (ver Moscovici, 1981; 1987). Pero tampoco ayuda el que se prohíba mencionar a los grupos armados por sus nombres, y a cambio se les denomine "profesionales de la violencia" como ocurrió en los últimos tiempos; menos aún que se les categorice como "terroristas" y "trasnochados"; o jugar con nociones como la de "guerrilla buena" y "guerrilla mala", sólo porque la primera se sienta a la mesa de negociaciones y tiene un discurso "fresco" y hace poesía, y la segunda se mantiene con los cánones de las guerrillas clásicas de las décadas de los sesenta y setenta.

No es válido tampoco, si de verdad se quiere un diálogo, simular que se atienden las demandas, o los indicadores que solicita un grupo armado para sentarse a dialogar, como ocurrió con las tres señales demandadas por el EZLN, siendo que a la fecha una de ellas no se ha cumplido: la liberación de los presos zapatistas, pues quedan todavía algunos en las cárceles de Querétaro y de Tabasco; y a cambio del incumplimiento exigir negociaciones; o peor aún, exigir la firma de la paz sin haber transitado por el diálogo y la negociación, ¿a cambio de qué se firmará la paz?

En fin, que al igual que ocurre con el desgaste, los pasos que conducen a la firma de la paz para los mexicanos, y que posibilitan la cancelación del recurso de las armas como

mecanismo para el cambio, no transitan por la vía de la ideologización. Son otros los caminos que conducen a la anhelada pacificación con dignidad.

Octava conclusión psicopolítica. La vía violenta no es la solución. En efecto, la historia en este siglo ha mostrado la ineficacia de la vía violenta como fórmula que dé por concluido el conflicto armado con todo y sus causas; se puede eliminar físicamente al núcleo armado, pero siempre para que una guerrilla se geste, se desarrolle y opere se requiere apoyo de la gente de la zona donde opera el núcleo armado (Montemayor, 1999c). De ahí que se pueda acabar con una parte de la guerrilla, pero no con toda, ni con las aspiraciones, puesto que las necesidades que demandaba el grupo armado, y por el cual surge, seguirán pendientes. No es la vía violenta la solución, no es mandando a operar a las diferentes policías y al Ejército para que aniquilen a la guerrilla como se soluciona el problema; se requieren más bien respuestas de otro tipo. No pueden ser ya balas y sangre las respuestas crónicas al reclamo social (Bartra, 1996, p. 15), con todo y que vaya acompañado de las armas.

Novena conclusión psicopolítica. La guerra sucia ni de baja intensidad tampoco. Estas dos formas de actuación que se implementaron primero en las décadas de los sesenta y setenta, y después en los noventa, no conducen a la eliminación de las causas que originaron el conflicto; se puede solucionar por medio de torturas, ejecuciones, encarcelamientos, masacres, pueblos arrasados, comunidades en el exilio, pero no se resuelve la cuestión de fondo: las causas. Se pueden crear, financiar y proteger a grupos paramilitares, pero estos acabarán, en el mejor de los casos, con la punta del conflicto, con la parte armada, con el primer anillo, pero lo que permitió que se gestara la guerrilla continuará intacta, quizá un poco dañada, pero al paso del tiempo volverá a cobijar otra insurrección. Guerrero es muestra de ello: 22 años después de que se creyó aniquilada a la guerrilla de Lucio Cabañas surgió el EPR en los mismos lugares (Montemayor, 1998c; 1999b).

Décima conclusión psicopolítica. La ideologización tampoco es solución. Se puede descalificar a la guerrilla y a sus líderes, pero la legitimidad del grupo armado no radica en las armas, en lo que se descalifica, sino en las condiciones en las que surge. Se puede cuestionar el camino, las armas, pero no las causas, porque estas le dieron vida al grupo subversivo, y en tanto ellos mismos señalan que es el último recurso y no reprobaban otras formas de lucha, están posibilitando el que se les demuestre que ese no es el camino, pero para ello se requiere la voluntad, el esfuerzo y compromiso del gobierno, no declaraciones ni malas voluntades, con esas sólo logran administrar el conflicto, desgastarlo, pero quienes se levantan en armas de por sí han resistido más tiempo, así que la estrategia de la paz no transita por esta vía.

II. LA SALIDA: UNA ALTERNATIVA

Los conflictos armados, de inicios y finales del siglo XX, pasando por el de los sesenta y setenta, tenían en su haber una serie de planteamientos, una serie de problemáticas que fueron las que le dieron origen, que podríamos denominar y sintetizar como sociales, categoría en la que se incluyen la miseria, la opresión, el aislamiento, la injusticia, la cerrazón de los espacios políticos de participación, y especificidades que en cada ola armada se presentaron; problemas estos que, como ya se dijo, han orillados a las agrupaciones que sufrieron todas estas condiciones a tomar las armas para acompañar el reclamo de la eliminación de este tipo de situaciones. En efecto, las armas no siempre han sido el recurso de los grupos que han devenido en guerrillas, más bien ésta ha sido su fase final, el camino en el que se han visto obligados a transitar, pero su antecedente, como se ha mostrado, se encuentra en movimientos sociales pacíficos que exigían lo mismo que después reclamarían con las armas, no obstante, en el mejor de los casos, no habían sido escuchados, y en el peor, fueron reprimidos. Pero también, después de haber tomado las armas, a sus reclamos le sigue la represión; *i. e.* las formas de replica que el gobierno ejerce ante las demandas, antes y después de acompañarse de las armas, es la misma: la violencia, lo cual, por cierto, ha mostrado su ineficacia, pues a más de dos décadas que se creyó acabar con los grupos armados, estos volvieron a emerger, algunos en las mismas zonas donde operaron antaño, otros inaugurando espacios, pero en las mismas condiciones y, en términos generales, con las mismas demandas. Llevamos más de 35 años de guerrilla ininterrumpida en México. Concluimos un siglo y hemos iniciado dos y un nuevo milenio con grupos en armas. La solución, según hemos visto, no atraviesa las formas violentas como responsivas, sino las formas sociales; esto es, a problemas y reclamos sociales, deben presentarse soluciones de corte social y político, no militar.

1 Problemas y reclamos sociales, soluciones sociales

Cuando las guerrillas surgen traen consigo una serie de demandas, un paquete que no ha sido resuelto tiempo atrás, pero que creen ya es tiempo de que se brinden respuestas con un signo positivo a sus reclamos, que cargan consigo desde los tiempos de su militancia en organizaciones sociales, no armadas. Es esa justamente la esencia de las guerrillas, en ello radica su legitimidad, de ahí que el *subcomandante Marcos* se haya atrevido a expresar: "podrán cuestionar el camino pero no las causas", encerrando en una frase el sentir de la población: se estaba de acuerdo en las causas que originaron el levantamiento y en las demandas, pero la vía de las armas era lo que se cuestionaba, entraba al terreno de la discusión. Múltiples encuestas dan cuenta del alto porcentaje de personas que simpatizan con los encapuchados y que creen que sus demandas son las demandas de la mayoría de los mexicanos, y en ello radica, en buena medida, la aceptación que se tenga de una u otra organización armada; de ahí que el historiador Adolfo Gilly haya manifestado en 1997 sobre el levantamiento zapatista: "¿por qué esa rebelión, que ya lleva cuatro años, obtuvo tal respuesta [de simpatía y adhesión] en el país? Obviamente, porque sus demandas

respondían a las urgencias que sentía la mayoría de la población... después de la sorpresa inicial a pocos les pareció anormal que los rebeldes se hubieran alzado en armas" (Nexos, 253, p. 46). Y en un marco psicopolítico habrá que decir que "el interés que suscita el zapatismo, radica en la medida de su capacidad de crear sentido" (Le Bot, p. 115), sentido que se enraiza, en última instancia, en la legitimidad de las demandas.

Las guerrillas, como lo ha mostrado Carlos Montemayor (1999b), surgen en ciertas condiciones, y tienen el respaldo de un amplio grupo de gente, poblaciones que apoyan con su silencio para no delatar a los armados, que les brindan información, protección, logística, alimentos e incluso recursos humanos, es decir, se suman al proyecto armado, sobre todo como redes familiares en el caso de la guerrilla rural. Ésta se extiende por un territorio en donde familias y pueblos enteros están comprometidos con la guerrilla, de ahí que cuando se pretende acabar militarmente con el núcleo armado queden en pie comunidades enteras que han perdido, sí, a una "vanguardia", a un grupo, a un "anillo", pero cuyos anhelos de justicia, de igualdad, de mejorar sus condiciones de vida no se han apagado con la aniquilación del núcleo guerrillero; ahí quedarán los reclamos, y puede que incluso se arraiguen más en la población, y su disposición a recurrir nuevamente a la gestación de alguna agrupación armada se mantendrá latente y se manifestará en el momento que las condiciones así lo exijan: uno, dos, cinco, diez, veinte años después; muestra de ello se encuentra a lo largo de las últimas cuatro décadas de vida guerrillera en nuestro país: las causas mantienen latente la fórmula armada.

Cuando los grupos armados aseguran que le darán "una oportunidad" al gobierno entrante para que dé muestras de su actuación, para que corrija el rumbo, y éste no lo hace, se está desperdiciando una oportunidad de acallar las armas, puesto que las agrupaciones armadas están abriendo la posibilidad de su desactivación, por lo que se requieren respuestas políticas, económicas, sociales, a las causas originarias del conflicto armado, y que a inicios del siglo XXI ya se extiende por más de 20 estados del país (CIEPAC, 2000). El gobierno mexicano ya desperdició una oportunidad enorme tres décadas atrás, pues cuando decidió combatir a la guerrilla rural y urbana de entonces, a lo militar no le acompañó ninguna otra solución detipo social: ni en el orden educativo, de salud, de construcción de caminos, no con fines militares sino para el tránsito de los pobladores; de desarrollo, de inversión; mucho menos de reparación de daños por las injusticias cometidas, de apertura política, de mejoría en las relaciones entre gobernantes y gobernados; no hubo inversión social ni de otro tipo que tendiera a la eliminación de los detonantes del conflicto bélico; no incorporó lo que la guerrilla demandaba, pensando que el problema era militar, eran las armas, y no los planteamientos lo que resonaba y engrosó las filas guerrilleras.

Lo que ya no puede ocurrir es precisamente eso que ocurrió en los setenta: se ataja a la guerrilla, pero no se modifican las condiciones sociales, políticas, económicas y de justicia, situación que parece reproducirse a fines del siglo XX e inicio del tercer milenio: a quince años de la formación del EZLN, indica un estudio, las condiciones que le dieron origen no se han aminorado, y más allá de persistir, se han agravado en las zonas indígenas de Chiapas (Ortiz Pardo, 1998); lo que muestra que el gobierno se ha preocupado más por invertir recursos en campañas publicitarias que anuncian la eliminación de las condiciones que permitieron el estallido, que en la eliminación o aminoración misma de estas. A este proceso se le denomina ideologización, y no ayuda en nada a disminuir las posibilidades de la guerrilla. Eso es lo que se puede concluir del trabajo titulado "Chiapas. Una nueva visión para una nueva cultura", encargado por senadores pristas integrantes del denominado "Grupo Galileo" y elaborado por 16 investigadores. Se trata de un trabajo que "devela una realidad

que impresiona y conmueve, un presente de inaceptable injusticia y de pobreza ofensiva" que permea a un 90% de la población en Chiapas, reconoce el legislador Melchor de los Santos. Y es que los programas que el gobierno ha anunciado a lo largo de siete años no se han traducido en mejoras de las comunidades más pobres, el dinero se ha usado en la compra de "desertores", en el financiamiento a grupos paramilitares, en anuncios, en mantener al Ejército en la localidad, en cuestiones que no contribuyen a la solución del conflicto, sino a administrarlo y alargarlo (ver Hernández Navarro, 1997; Le Bot, 1997; Legorreta, 1998; Montemayor, 1999; Vázquez Montalbán, 1999). De ahí que en el mismo trabajo referido, Carlos Montemayor advierta: "El gobierno cometería un error de fatales consecuencias si ignora, reduce o busca eliminar los contenidos sociales de ese movimiento (zapatista) para atacar únicamente al núcleo armado mediante una estrategia militar" (referido en Ortiz Pardo, 1998, p. 28). El conflicto en todo caso, como lo afirma Enrique Semo, atraviesa por la negociación, por el intercambio de ideas, por el acuerdo mutuo: "todo indica que ninguna de las fuerzas locales envueltas en el conflicto tienen el poder de imponer su proyecto. Tampoco lo pueden, desde el ámbito nacional, el gobierno federal o los sectores de la sociedad civil que simpatizan con el proceso de transformación en Chiapas... Por lo tanto, sólo mediante una negociación equitativa y segura podrá alcanzarse un pacto social y político mínimo basado en concesiones mutuas entre los participantes" (p. 30). Por su parte Juan de Vos añade: "la fuerza de la iglesia católica en Chiapas corresponde a la disfuncionalidad de las instituciones públicas, y se mantendrá así mientras los agravios de la desigualdad no encuentren respuesta... (de esta forma será) un interlocutor indispensable en la solución del conflicto político de la entidad y un actor necesario en los procesos de pacificación y reconciliación que harán posibles los proyectos de desarrollo de dichas comunidades" (p. 30).

Del documento se pueden desprender conclusiones y propuestas interesantes. La primera sería que los estados con conflicto armado deben, en primer instancia, ser objeto de un estudio serio por parte de investigadores que tengan la suficiente talla como para mostrar una radiografía del lugar, y no tratar de inclinar la perspectiva hacia ciertos intereses de poder que devenga en soluciones inadecuadas o falsas. Segundo, en las zonas donde opera la guerrilla se debe ubicar a los actores, no sólo a los grupos armados, sino a sus oponentes, a los núcleos dominantes y, más importante aún, eliminar la idea de los chivos expiatorios o coludidos, por la búsqueda de mediadores potenciales, de puentes que posibiliten el entendimiento y contribuyan a los procesos de pacificación. Tercero, las soluciones vendrán no por imposición de una fuerza o de la federación, sino por la vía del diálogo, de la negociación, a lo que deben sumarse las voluntades de los actores. Estos, entre otros factores, deben tomarse en cuenta para una política de paz donde los grupos armados pongan una parte, otros sectores otra tanta y, por supuesto, el compromiso de quien gobierna la nación, para lo cual se requiere, primero, el reconocimiento de la existencia de un conflicto en sus dimensiones adecuadas y, después, una política de pacificación, no de administración del conflicto.

Es justamente esta política de paz, la que ha estado ausente durante la administración local y federal anteriores (Hernández Navarro, 1997), toda vez que "Una política de paz busca resolver a fondo las causas de la rebelión y sostener la continuidad de la negociación como parte de una política de estado que trasciende los intereses inmediatos del gobierno y los partidos" (p. 91). La lógica en que se ha movido el gobierno más bien es un esquema que "consiste, tan sólo, en la aplicación de algunas medidas para 'contener' al enemigo y tratar de derrotarlo, utilizando el conflicto en función de las coyunturas políticas nacionales" (p. 91).

Cuando los grupos armados demandan Tierra, Techo, Salud, Educación, Alimentación, Trabajo, Igualdad, Independencia, Democracia, Libertad, Justicia; o cuando plantean variar el rumbo de la política económica, que se mantengan relaciones justas entre los mexicanos, que el gobierno atienda los reclamos y las necesidades urgentes de la mayoría, no puede haber balas como respuesta, toda vez que lo demandado por los grupos armados es justamente lo que están reclamando millones de mexicanos pero sin las armas en la mano. Si se quiere desactivar la vía armada como fórmula de cambio o como medio que presiona para exigir ciertas modificaciones a los gobernantes, la mejor forma radica en desactivar las causas originarias del conflicto, pero no con la lógica demagógica de apoderarse de demandas y consignas de los grupos armados, sino resolviendo tales cuestiones; esto es, en el mejor de los casos eliminando la pobreza o mínimamente desarrollando políticas económicas que atenúen las condiciones paupérrimas en que viven millones de mexicanos, especialmente de aquellos que habitan en las denominadas zonas de conflicto; la desactivación de las armas pasa, necesariamente, por dotar de tierras a quienes la han solicitado, y cuyos intentos han navegado por años o décadas de burocracia que no cesa en sus intentos por desanimar e impacientar a los campesinos; atraviesa, a su vez, por replantear el papel de las distintas policías y el Ejército en diferentes lugares del país, dada su actuación en tiempos pasados y presente, para que su labor se ejerza en el ámbito del bienestar y del servicio social, y no del abuso y la represión que han practicado durante tanto tiempo; asimismo, pasa por la impartición de justicia sin el sello del dinero, sin el signo del poder, lo cual implica que ésta debe ser imparcial, ciega, debe aplicarse de acuerdo a los marcos legales, y no con base en los criterios de quienes manejan el dinero y quienes mandan en ciertas regiones, de quienes administran la justicia; cruza también por la apertura de espacios de participación para la población y sus diferentes agrupaciones, y no por papelotes como el simulacro "reformas" y "aperturas", o "amnistías" como la de 1978, que sólo tienen como propósito neutralizar y cooptar a la disidencia, y menos la tan anhelada apertura política que se pretende mostrar hacia el exterior (Bartra, 1996); pasa, asimismo, por el establecimiento de un pacto entre los diferentes grupos, pueblos, pensamientos y componentes de la nación, imposibilitando así el sometimiento de unos a otros, desactivando de esta forma futuros conflictos.

En los inicios de la década de los ochenta, Martín-Baró (1983) había indicado que la lucha que se desarrollaba en El Salvador no representaba una lucha entre comunismo y capitalismo, tampoco entre totalitarismo y democracia, "sino de pueblos miserables que, cansados de promesas y engaños, hastiados de esclavitud y represión, han acudido a las armas como recurso último de liberación". (p. VI). Lo cual resultaba cierto, toda vez que no se encontraba en aquellas dicotomías el anhelo de justicia, igualdad y libertad; asimismo podríamos apuntar una reflexión similar para el caso de los grupos armados de fines del siglo XX en México: no es una lucha por la instauración de un régimen con cierta ideología, con ésta o aquella, sino de una lucha que pretende construir una patria más justa, donde la muerte no llegue por enfermedades curables, donde por expresar las ideas no se someta a torturas, un país donde no se encarcele por no participar del pensamiento del grupo que gobierna; se trata de construir canales alternativos ante la cerrazón del sistema político mexicano en muchos sitios de las República. Se trata, en todo caso, de conquistar lo que en otras latitudes ya son derechos añejos.

En última instancia, las posibilidades reales de pacificación de México atraviesan por los caminos del compromiso con el cambio, por la respuesta positiva a lo demandado, en tanto que la población lo declara justo; y un gobierno que se dice democrático es un gobierno

de las mayorías y sobre ellas debe fincar su gobernabilidad; a ellas debe responder. De ahí que Javier Sicilia (2000) proponga, entre tantas otras fórmulas: "Si Fox y su gobierno realmente quieren servir a la nación, deben poner entre paréntesis su visión empresarial y pensar en el terreno de la pluralidad. Su visión de reactivar la economía en los sectores miserabilizados por la globalización y el llamado neoliberalismo es buena. Pero hay que hacerlo en función de las regiones y de las localidades; es decir, en función de las necesidades culturales de cada lugar y no del paradigma económico empresarial" (p. 46), lo cual obliga, necesariamente, a incluir los requerimientos de los pueblos y sus puntales armados y, en primer instancia, atraviesa por cumplir lo acordado.

Un gran avance en la pacificación y el anhelo de una patria nueva lo constituye el hecho de tener a una guerrilla en la mesa de diálogo, donde el grupo armado puso su parte, pero de no cumplir el gobierno con lo acordado se mandará una señal a las otras agrupaciones que no están convencidas del diálogo, en tanto que se les mostrará que este camino no es la vía para conseguir lo que se ha demandado con las armas en la mano; al contrario, la dureza de las armas se cimentará y enraizará aún más y se planteará ésta no ya como el último recurso, sino como el único, lo cual es sumamente riesgoso. Con la otra cara de la moneda, esto es, cumpliendo con lo acordado y solucionando las causas que posibilitaron el estallido, se estará demostrando a las otras guerrillas que el diálogo, y no las armas, es el mecanismo idóneo para saldar cuentas con la nación, que debe llegar la hora de negociar y discutir la deposición de los fusiles, pues las causas que dieron origen al conflicto se están discutiendo, se pretende resolverlas; y de cumplirse lo pactado, no tiene ya sentido seguir luchando en ese terreno, y más acentuado aún: la población que antes cobijo, protegió y brindó apoyo al núcleo armado, se dará por bien servida: la misión se ha cumplido, como le expresaron los *comandantes* indígenas al *subcomandante Marcos*, cuando, después de solicitar un espacio en la Cámara de Diputados para demandar se cumpla lo firmado en la mesa de negociación, y finalmente tomaron la palabra, estos manifestaron: su misión era traernos hasta la tribuna del Congreso de la Unión, y esa misión ya está cumplida, motivo por el que el líder guerrillero, tan esperado, no tomó la palabra ni asistió al recinto legislativo, eso le correspondía a los indígenas del EZLN.

Ese podría ser el tono de las bases de la guerrilla, una vez que se cumplan sus demandas, una vez que se solucionen las causas que motivaron el levantamiento armado, las armas ya serán inútiles, ayudaron en algún momento, fueron necesarias, las acompañantes de las exigencias, pero ya se ha dado solución a lo requerido: misión cumplida, las armas a guardarlas o, mejor aún, a destruirlas. Esa es una posibilidad que está latente cuando el dirigente zapatista reflexiona: "En el mejor de los mundos posibles, la lucha armada ya cumplió su papel de abrir las posibilidades de este cambio pacífico" (en Correa y López, 1994, p. 35); pero también está la otra, la que se tendría que cerrar: "en el caso peor, no fue suficiente la sangre de enero, y se van a necesitar más tiros, más combates, más guerra para que se abra ese espacio" (p. 35), opción que ha potenciado la cerrazón y violencia gubernamental, vía que debe tender al exterminio, a través del cambio de estrategia.

Para ello se requiere un compromiso del gobierno, un compromiso en los hechos, y la fórmula la dan tanto el sociólogo norteamericano James Petras, como el historiador Carlos Montemayor y el escritor Manuel Vázquez Montalbán: si hay que acabar con el zapatismo (y con las otras guerrillas) también hay que acabar con lo que las ha causado: las condiciones sociales, políticas y económicas (1999, p. 180).

Décimoprimera conclusión psicopolítica. La vía, el diálogo. En tanto que las vías para la participación política se cerraron tiempo atrás, y quienes ahora integran la guerrilla se vieron obligados a recurrir a las armas, la apertura debe ser el mecanismo que opera para la solución del conflicto armado; es decir, el diálogo es la vía regia para alcanzar acuerdos que posibiliten la paz con dignidad para todos los mexicanos. El diálogo y la negociación como recurso que antaño ha mostrado ser la fórmula para el entendimiento, para el acuerdo.

Décimosegunda conclusión psicopolítica. La solución es social. En tanto que las causas que originan los levantamientos armados tienen una base social (en el orden educativo, económico, de salud, de condiciones de miseria, de injusticia, de subdesarrollo, del cierre de los espacios políticos), y dado que las demandas de las guerrillas son esencialmente sociales, políticas y económicas, la resolución del conflicto pasa por una respuesta social, y no militar, de parte del gobierno. Lo social *versus* lo militar.

2 Incorporación de la perspectiva de la guerrilla

Las soluciones sociales a lo demandado por las guerrillas podrían posibilitarse a partir de la recuperación de algunos de los elementos y planteamientos que estas presentan, sobre todo a fines del siglo XX y principios del XXI.

La legitimidad que una guerrilla gana al paso del tiempo tiene que ver con recoger y expresar el sentir de la población a la que dice representar. Si el zapatismo logró tener oídos receptivos para sus demandas en amplios sectores de la sociedad mexicana y extranjera, se debió, en buena medida, a que supo expresar y sintetizar las necesidades de estos sectores, fueran indígenas, pobres, campesinos, trabajadores, jóvenes, desempleados, homosexuales... excluidos todos por el sistema neoliberal en boga. En el extranjero, el gran atractivo de los rebeldes chiapanecos ha radicado en que se han constituido en una especie de espejo que refleja, muestra la realidad que se ha vivido y se sigue experimentando, en numerosas partes del mundo, y ello ya no es un secreto como ocurría antaño.

Si tanta gente, nacionales y extranjeros, se ha acercado al espejo zapatista, es porque algo está ocurriendo; algo se está posibilitando, algo se está potenciando, que bien puede ser la crítica al modelo neoliberal, y al criticar los bordes o esencias de ese modelo, por antonomasia, plantea una alternativa que debe ir cobrando forma, y que se puede recuperar para el sistema político mexicano, si es que aún queda algo de éste y no ha sido absorbido totalmente por la globalización.

Cuando Vázquez Montalbán (1999) reflexiona que los zapatistas "han construido un referente ético inatacable, de ahí su peligrosidad en un mercado político cultural tan devaluado éticamente. También representan lo nuevo después de la ruina de lo inevitable, del final infeliz de la dialéctica de los bloques que ha llevado a la globalización de la doble verdad, la doble moral, el doble lenguaje, la doble contabilidad (...) son un ruido en el canal de comunicación del pensamiento único. ¡Y vaya ruido!" (pp. 26-27); cuando el escritor reflexiona esto, está vislumbrando la posibilidad de otra alternativa a la hasta hoy imperante. Y no basta con recuperar únicamente el lenguaje metafórico de los armados para nutrir a la

izquierda con un nuevo discurso y una nueva perspectiva del mundo (Bartra, 1999), toda vez que se requiera atender, ampliar, desarrollar y aterrizar esta noción pluralizadora en la práctica política, cultural, social, de las relaciones, de la vida cotidiana, de la toma de decisiones, etcétera. Y es que, en efecto, "la rebelión de los excluidos" como se ha denominado a la zapatista, "quiere ser el impulso de un renacimiento de la nación" (Le Bot, 1997, p. 95), toda vez que "El zapatismo existe en la medida en que disuelven las viejas categorías y los esquemas arcaicos, y en la medida de su capacidad para transformar a quienes se le aproximan tanto o más de lo que ellos puedan transformarlo" (p. 107). Siendo uno de los puntos a su favor el hecho de estar empujando por articular las dimensiones locales, nacionales e internacionales en su movimiento: "La fuerza de los zapatistas radica en la no violencia; su originalidad, en la invención de una nueva relación entre violencia y no violencia" (p. 114). Y a modo de conclusión, el antropólogo francés indica: "El zapatismo no es un excedente de alma ni solamente una resistencia... pertenecen menos a un 'México profundo' que al 'México roto', verdadera característica del México de fin de siglo. Se trata de un movimiento de recomposición a partir de una desgarradura irremediable, y no de uno de defensa y de retorno a la tradición... el zapatismo aparece como uno de los intentos más significativos y poderosos por combinar identidad, modernidad y democracia" (p. 116). En sentido estricto, "El zapatismo ha destruido la ilusión de que no había política democrática posible fuera de la que se inscribe entre los flujos y reflujos financieros. Ha disuelto la nube gris que había cubierto todo el planeta y que no nos permitía ver el horizonte. Abrió una brecha. Aunque les pese a los 'realistas' que viven en su burbuja, los zapatistas nos han traído de regreso a La Realidad... La tarea que espera a los zapatistas no es la de demoler la antigua sociedad y un poder igualmente añejo, sino la de inventar una democracia que integre a todos los excluidos" (Le Bot, 1997, p. 117).

Esta incorporación de elementos no contemplados o relegados anteriormente, los practicó el zapatismo y le han dado buenos resultados. De ser originariamente una guerrilla que tendía a avanzar a la toma de la capital, se detuvo ante los gritos de sectores, organizados y no, de la sociedad y a partir de ahí la táctica se ha ido ajustando a los tiempos, las necesidades y ciertas condiciones que van surgiendo al paso del tiempo y en el camino. Por eso Barry Carr (1998) puede asegurar que el eje central del proyecto zapatista se ha desplazado de la confrontación militar a la arena de la política innovadora. Pero estos cambios de rumbo no han sido uno ni dos, sino que se van incorporando de acuerdo a los requerimientos. El *comandante Tacho* lo narra así: "Seguimos un camino, pero vimos que no era el que se necesita ahora. Seguimos por otro camino. No es porque nos estemos desviando, es la necesidad de los cambios que se van imponiendo" (citado en Le Bot, 1997, p. 231). Este cambio táctico, esta incorporación de nuevas formas, esta flexibilidad que ha caracterizado al zapatismo ha redituado en su impacto, en el pensamiento social y en el pensamiento de otras agrupaciones armadas; habrá que reconocerlo, hoy por hoy, el EZLN es un referente para los grupos armados en México y algunos de otras partes del mundo, de cómo deriven las negociaciones entre el gobierno y el EZLN dependerá, en buena medida, el futuro de otras agrupaciones armadas (ver Ramírez, 2001a).

Algunos elementos, producto de esta flexibilidad y modificación de tácticas, deben ser incorporados por el gobierno federal al momento de plantearse, por ejemplo, las formas de la negociación o trato no con uno sino con todos los grupos armados, pues si estos han reflexionado sobre sus pasos, como se muestra en la exposición del *comandante Tacho* "Nos preparamos para pelear, para defender, para morir o matar. Pero no para hacer política" (citado en Le Bot, 1997, p. 236), lo cual ahora ejercen a plenitud; y si ellos lo hacen, no se

puedo concebir que la otra parte del conflicto, el gobierno, no lo haga (Hernández Navarro, 1997; Vázquez Montalbán, 1999). Asimismo, se debe reflexionar sobre los cambios que requiere el país, que ya es un grito a varias voces: la percepción de que en México no se requerían cambios profundos, que se muestra en la queja del *subcomandante Marcos* cuando todas las organizaciones armadas de centro y Sudamérica a las que se acercaron para solicitar entrenamiento tuvieron una sola respuesta: la revolución es posible en cualquier parte del mundo, menos en México; nuestro país se tenía que dedicar a la solidaridad con el resto de los movimientos, no a crear el propio (Le Bot, 1997). Tal percepción parece haberse modificado, toda vez que los gestos de solidaridad con la lucha zapatista se han multiplicado, y se ha exigido una y otra vez al gobierno federal y local atiendan las demandas justas de los zapatistas, a la vez que proponen nuevos marcos sociales para la nación. En México sí se necesitan cambios, económicos, políticos, sociales, culturales, de relación entre el gobierno y los gobernantes, entre otras cosas.

La nueva relación entre gobernantes y gobernados. Mandar obedeciendo. Las relaciones entre quienes gobiernan y quienes son gobernados han sido "relaciones de arriba hacia abajo"; las decisiones las toman quienes creen estar facultados para tomarlas, por el sólo hecho de ser electos para determinados cargos, no importándoles el sentir ni las necesidades de las mayorías. El principio zapatista de "mandar obedeciendo" debe traducirse, para gobernantes y gobernados, en una relación donde los primeros tomen decisiones, manden, en función de las demandas de los gobernados, es decir, atiendan el sentir de las mayorías, obedezcan a sus electores, a quienes pagan impuestos, a quienes contribuyen a generar las riquezas de la nación, a quienes con su trabajo y su esfuerzo pretende y aspiran a una vida más justa. No se trata, evidentemente, de crear una gran asamblea nacional permanente, sino de construir los puentes que posibiliten tal relación; se ha dado muestra de ello en múltiples prácticas desde la cultura política de la disidencia: las consultas, las concentraciones, los foros, las convocatorias, los encuentros, los intercambios y discusiones escritas, las replicas a ciertos planteamientos, recoger el sentir de la gente antes de dar el siguiente paso, etcétera. De lo que se trata, en última instancia, es de brindar alternativas que encaucen las exigencias de la gente y se puenteen con quienes hasta ahora administran las decisiones.

La diversidad como modo de existencia. Un mundo donde quepan muchos mundos. Una de las aportaciones del zapatismo ha consistido en tratar de armonizar lo individual y lo colectivo, demandar dejar de lado el racismo, la exclusión, la discriminación y la opresión (Sánchez, 1998). De hecho, "el EZLN alzaba las banderas de la defensa de la diversidad en la unidad nacional, y la posibilidad de convivencia entre las diversas identidades étnicas (indígenas y mestizas) bajo los principios de respeto e igualdad de derechos. Estos planteamientos tuvieron también resonancia internacional porque colocaron en primer plano cuestiones de gran actualidad, como son la relación entre lo universal y lo particular, y la posibilidad del diálogo y la comunicación entre las diversas culturas del mundo" (p. 28). Y es que las formas de coexistencia en los últimos tiempos, siglos, han sido sobre la base de una desigualdad de hecho. Quienes tienen el dinero, los que son dueños del capital, quienes administran al país, quienes manejan las leyes, quienes se encuentran en las cúpulas de las instancias de decisión, quienes tienen el poder, son los que deciden lo que es conveniente o no para todos los mexicanos. Eso no puede seguir así, toda vez que el resultado de las

relaciones sociales, políticas y económicas son inequitativas, lo que se traduce en injusticias para algunos y en privilegios para otros. A nivel económico se presentan dos grandes bloques: los menos, que tienen mucho más de lo que necesitan y concentran grandes riquezas, y los más, millones, que son los que menos tienen y que se multiplican cada vez más, a tal grado que hay que crear cada vez más categorías: si antes eran pobres, ahora son también extremadamente pobres, así que hay que dividirlos pues hay de pobres a pobres. En el terreno de género, lo que se ha experimentado es la copación de los espacios públicos por parte de los hombres, y el recluimiento al espacio privado por parte de las mujeres; la desigualdad biológica ahí se traduce en sometimiento de las segundas a manos de los primeros; ello debe modificarse. En el plano de las culturas los pueblos indígenas han sido aislados al confín del país, entre menos visibles mejor, en tanto que son prescindibles para el sistema social, no son sujetos sociales, pero sí objetos de aparador cuando sus tradiciones, arte, construcciones y existencia pasada son reivindicables y puestas en museos y en gestas gloriosas de siglos atrás. Aquí la diferencia también se traduce en exclusión. De lo que se trata, ahora, es de equilibrar las relaciones, no que todos sean iguales, ni de cambiar el lenguaje de tal forma que se pongan "as" en donde se escribían "os", o "arrobas" para que resulte ilegible; no, se trata más bien de modificar las relaciones entre los de arriba y los de abajo, entre hombres y mujeres, entre las diferentes culturas donde las diferencias, cualquiera que estas sean, no se traduzcan en injusticias, exclusión o aislamiento, sino que se aprenda a convivir en la diferencia, como hay diferencias de gusto en el vestir, en el comer, en el andar, en los movimientos, en la música, en las concepciones políticas, y esto no posibilita la coexistencia, así, se propone, debe concebirse la diversidad a modo de islas, como equidades diferenciadas que posibilitan un océano de posibilidades (Cisneros *et al*, 1999) sin que por ello se presenten disputas o problemas.

Legislar derechos de grupos. Reconocimiento de derechos y culturas. En 1956 Alfonso Caso había manifestado que no había nada más "peligroso que considerar iguales ante la ley a quienes no lo son por su situación social y económica... La igualdad ante la ley sólo es justa entre iguales" (referido en Montemayor, 2001, p. 126). De ahí que se considere un error del liberalismo el dictaminar "leyes limitativas y no leyes protectoras", toda vez que existen desigualdades sociales y económicas que no se pueden ni deben desconocer, pues mientras estas existan, se tienen que crear leyes que protejan y no simplemente leyes limitativas. "La legislación agraria en México que protege al campesino; la legislación obrera que protege en todo el mundo al trabajador, son el resultado de esta concepción cada vez más admitida" (p. 127), puesto que hay ciertos grupos socialmente en desventaja para defenderse y que por lo tanto requieren de leyes protectoras. Ese es el caso de la situación de los grupos y pueblos indígenas. En ello se fundamenta el Convenio 169 de la Organización Internacional de Trabajo, en tanto que demanda el respeto de la cultura y religión, de la organización social y económica de los pueblos indios (Montemayor, 2001). Vista así la situación, la incorporación de los derechos de sectores que plantean una forma más sana de relacionarse con el medio, pero que tendrá que hacer lo propio con sus semejantes, potencia el principio de razonable convivencia, del respeto mutuo, del enunciado juarista del respeto al derecho ajeno para mantener la paz: la pluralidad que siempre ha existido, pero que no tiene marcos que garanticen el sano ejercicio de los derechos es algo urgente que se debe atender; no se trata de imponer la visión de unos a otros, ni de imponer las formas y mecanismos que unos utilizan para someter a otros, ni que los usos y costumbre de unos se implanten en los espacios de otros; de lo que se trata es de reconocer la diversidad en medio de la equidad;

planteamiento feminista de los ochenta que retoma y reviven los rebeldes para introducirlo en un nuevo esquema de relaciones sociales.

La sociedad civil como actor. La señora sociedad civil. Si algún sector social tuvo un lugar clave una vez iniciado el conflicto fue la sociedad civil que se manifestó en enero de 1994 para detener la guerra, y en 1995 para paralizar la ofensiva militar que se iniciaba contra el zapatismo. Pues bien, sí el EZLN ha reconocido a ésta como un factor fundamental en su andar; la consulta, le solicita atención, consentimiento y consejos; lo mismo el EPR detuvo sus acciones de propaganda armada toda vez que no obtuvo respuesta positiva, como lo esperaban; en todo caso, para estos grupos su voz vale, cuenta su punto de vista. Pero no ocurre lo mismo de parte del gobierno, pues no reconoció en ésta a un sector que desplegó actividad y participó de las decisiones del gobierno. Debe entonces reconocerse el papel activo de este sector social que ha estado presente en nuestro país: en el terremoto de 1985, en las jornadas electorales de 1988, en la anulación de la vía armada en Chiapas, en la conducción de algunos grupos armados, varios de los cuales la han reconocido, pero no así el gobierno, quien tiene que recoger su sentir y explicitar su reconocimiento para con este actor. La sociedad civil ya despertó, y despertó para no volverse a dormir, y ello ocurrió a fines del siglo anterior (Fernández Christlieb, 1991b).

El diálogo como mecanismo de conflictos. El diálogo entre las partes es el mecanismo sustancial por el que deben dirimirse los conflictos. La negativa del gobierno, primero de Ernesto Zedillo y luego de Vicente Fox, a entablar negociaciones con la guerrilla del EPR, y los otros grupos armados, a quienes ni siquiera reconocen, resulta sumamente riesgoso, toda vez que de no haber diálogo se estaría demostrando, con hechos, que la vía armada es la que tiene que ejercerse para exponer demandas que no tienen cabida en los espacios pacíficos, lo cual sería reproducir el error que ya cometió el gobierno en los sesenta, setenta y parte de los ochenta: cerrar el camino de la negociación. Desde los griegos, con la retórica, la forma de plantear los puntos de vista, incluso los contrapuestos, no es otra que el discurso, el diálogo entre las partes (Fernández Christlieb, 1994a). El diálogo es un mecanismo en el que ha insistido la guerrilla más controversial de fines del siglo XX, la zapatista, y de lo que ocurra en tal proceso dependerá si se sientan o no las otras guerrillas, tal es el caso del EPR (ver Una Revista de las Mujeres..., 1998; Canal 6 de julio, 1997; Montemayor, 1998b), por lo tanto es ésta la vía que se tiene que reactivar, revivir, alimentar y ponderar. La negociación debe ser parte de la cultura política (Fernández Christlieb, 1994c).

La vía armada en desactivación. La posibilidad, después de las balas, del tránsito pacífico a la democracia. Los zapatistas y los eperristas han insistido en que la vía armada es un recurso, no el único posible, el último al que les han dado acceso, al que los han relegado; de ser su primera opción quedaría descartada. Pero para que ello suceda se requiere de su desactivación por medio de la actuación de otros sectores en el escenario de la movilización no armada, y con ello, como lo haga exigido el EZLN, se demuestre que el tránsito a la democracia por la vía pacífica es posible, y así se cancele la vía armada como fórmula de cambio, como alternativa para los que nada tienen que perder. Lo cual, a su vez, atraviesa por un compromiso de parte del gobierno, pero no un compromiso de palabra, sino de

hechos. "Luchen. Luchen sin descanso. Luchen y derroten al gobierno. Luchen y derrótennos. Nunca será tan dulce la derrota como si el tránsito a la democracia, la dignidad y la justicia resulta vencedor" (EZLN. Documentos..., 1994, p. 311).

Décimotercera conclusión psicopolítica. La incorporación de elementos de la guerrilla. A fines del siglo XX y principios del XXI la guerrilla ha dado muestras de su capacidad para politizar la realidad, para proponer cambios en el nivel social, político y cultural que bien podrían ser incorporados como nociones de cultura política al ejercicio que desde el gobierno se práctica. Tales nociones pueden ser el planteamiento de una nueva relación entre gobierno y gobernados; una forma distinta de relacionarse entre las propias personas y las sociedades que deriva en una práctica de la tolerancia, en la aceptación de lo diferente, de lo distinto; para lo que se requiere, no únicamente pero si resulta necesario, el reconocimiento de derechos y prácticas que no atenten contra los derechos humanos y que permitan una sana convivencia entre todos: la diversidad en un marco de equidad. Asimismo, y de especial importancia resulta el que se tome en cuenta el sentir de las mayorías, de la sociedad para tomar decisiones que no afecten a los ya de por sí perjudicados, y evitar así que dichas decisiones deriven en conflictos que minen el tejido social.

CONCLUSIÓN PSICOPOLÍTICA FINAL y sintética: los grupos armados surgen inicialmente como agrupaciones civiles que desarrollan su actividad política en los marcos establecidos legalmente; la represión los orilla a empuñar el fusil, pero las demandas que como organización social planteaban las mantienen y maximizan con las armas en la mano. La respuesta del gobierno es el uso de la fuerza y el desgaste, lo que ha llevado a la recurrencia guerrillera, a que se viva durante décadas una guerrilla ininterrumpida, pues se ha desatendido un escenario: el social. Si sociales, políticas, económicas y de injusticia son las causas de los levantamientos armados, y sociales políticas, económicas y de justicia son las demandas, las respuestas que provengan del gobierno deben ser también de este orden, y con ello prácticamente se estaría clausurando la vía armada como fórmula para el cambio. Los propios guerrilleros así lo han manifestado a lo largo de la historia.

La esperanza se deposita en la modificación de la paradoja: que ya no sea de lo feo, las armas, de donde surja lo bello, el cambio.

BIBLIOGRAFÍA

1. Abad de Santillán, Diego (1924). Ricardo Flores Magón, el Apóstol de la Revolución Mexicana. México: Antorcha, 1988.
2. Acosta, Ma. Teresa (1990). Reflexión Política y Psicología Social. En Mota Botello (coord.), Cuestiones de Psicología Política en México, pp. 39-44. México: UNAM.
3. Acosta, Ma. Teresa (1995). La Influencia en el Universo de la Política. En González Navarro, M. Y Delahanty Matuk, G. (coord.), Psicología Política en el México de Hoy, pp. 25-32. México: UAM-I.
4. Acosta, Ma. Teresa; Silva, Ma. Irene y Uribe, Javier (1995). El Ejército Zapatista de Liberación Nacional en la Reflexión Ciudadana. En Polis 95 , pp. 87-110. México: UAM-I.
5. Acosta, Ma. Teresa y Uribe, Javier (1991). La Psicología Política en la Concepción Leboniana. En Juárez Romero *et al.* Ensayos de Psicología Política en México, pp. 37-50. México: UAM-I.
6. Acosta Cordova, Carlos (1997). Sobre el Levantamiento Zapatista, los encuestados en 1994 respondieron: "Plenamente Justificado", Proceso, 1080, p. 22.
7. Acosta Córdova, Carlos y Pérez, Mónica (1998). Ni Sedesol ni los Gobiernos Estatales tienen acceso a las Cifras Oficiales de la Pobreza; Vienen muy Duros los Datos", Proceso 1134, pp. 06-11.
8. Aguilar Camín, Héctor (1994a). La Explosión de Chiapas. En Partido de la Revolución Democrática (ed.), Chiapas y la Transición Democrática. ¡Libertad! ¡Justicia! ¡Democracia, pp. 533-535. México. Grupo Parlamentario del PRD.
9. Aguilar Camín, Héctor (1994b, Marzo, 25). Hora Cero. La Jornada, p. 11
10. Aguilar Camín, Héctor (1998). Chiapas: La Voluntad Secuestrada, Nexos 242, pp. 07-09.
11. Aguilar Camín, Héctor (2000). Autoridades Imaginarias, Proceso 1254, p.61.
12. Aguilar, Gabriela (1998a). Misión Cumplida: "Todo se Llevaron. Hasta los Muertos", Milenio 42, pp. 24-28.
13. Aguilar, Gabriela (1998b). Después de la Renuncia del Tatic, Milenio 42, pp. 29-31.

14. Aguilar, Gabriela (1998c). 'No hay Guerra en Chiapas, ni Siquiera de Baja Intensidad'. Entrevista con Roberto Albores Guillén. Milenio 58, pp. 34-36.
15. Aguilar, Gabriela (1998d). Elecciones en Chiapas: Entre tanta Violencia No habrá Elecciones Libres. Milenio 58, pp. 37-39.
16. Aguilar, Miguel Angel (1992). Fragmentos de la Memoria Colectiva de Maurice Halbwachs. En La Revista de Cultura Psicológica, vol. 1, N° 1. México: Facultad de Psicología, UNAM.
17. Aguilera Rivera, José (1999). La Rebelión de los 1, 800 días, Nexos 253, pp. 49-50.
18. Aguirre, Castellanos y Gutiérrez (1994). Contagios Zapatistas en Michoacán, la Sierra de Puebla, La Laguna y Chihuahua, Proceso 902, pp. 36-37.
19. Ajo Blanco 04 (Especial Latinoamérica). Primavera de 1997.
20. Albarrán de Alba, Gerardo (1998). En negociaciones Secretas, Zedillo y Marcos acordaron firmar la Paz, pero Chuayffet Saboteó la "vía Paralela", Proceso 1105, pp. 12-17.
21. Alberoni, Francesco (1979). Enamoramiento y Amor. Barcelona: Gedisa, 1994.
22. Allport, Gordon W. (1969). Antecedentes Históricos de la Psicología Social Moderna. México, Facultad de Psicología, UNAM, 1990.
23. Almazán, Alejandro (1998). Zedillo y la Ruta hacia la Extinción de la Conaí, Milenio 42, pp. 30-31.
24. Álvarez Icaza, José (1994). Chiapas, Sociedad Civil y Paz en México. En Chiapas, pp. 35-38. México: Universidad de Guadalajara.
25. Amnistía Internacional (2000). Informe 2000. El Olvido está Lleno de Memoria. Madrid. Amnesty International Publications.
26. Angulo Osorio, Juan (1998). "Guerrillero Arrasado": Estrategia en El Charco, Milenio 42, pp. 12-14.
27. Aranda, Jesús (1996a, Agosto, 14). El Ejército sin más Opción que Combatir al EPR: Fuente Castrense. La Jornada, p. 8.
28. Aranda, Jesús (1996b, Agosto, 28). El EPR, Posible Buscaplés de un Grupo Político. La Jornada, p. 5.
29. Aranda, Julio (2000). Las FARP en Puebla, Proceso Sur, 04, p. 11.

Bibliografía

30. Araujo, Gabriel (1995). Violencia y Subjetividad. Reflexiones en el México de 1994. En González Navarro, M. y Delahanty Matuk, G. (coord.), Psicología Política en el México de Hoy, pp. 71-88. México: UAM.
31. Aranda, Jesús y Espinoza, Alberto (1994a, Noviembre, 07). Sierra Gorda: Peligrosa Combinación de Miseria, Abandono e Indiferencia Social. La Jornada, pp. 1 y 16.
32. Aranda, Jesús y Espinoza, Alberto (1994b, Noviembre, 08). Rumores sobre Grupos Armados Recorren a Diario la Sierra Gorda. La Jornada, p. 17.
33. Aranda, Jesús y Espinoza, Alberto (1994c, Noviembre, 09). Poco Probable, la Existencia de Guerrilleros en la Sierra Gorda. La Jornada, p. 26.
34. Arciga, Salvador (1989). Masas y Públicos. En Fernández Christlieb, Pablo (comp.) Psicología Colectiva y Cultura Cotidiana, pp 17-32. México: Facultad de Psicología, UNAM.
35. Ardila, Rubén (1979). Psicología Social de la Pobreza. En Whittaker, James, La Psicología Social en el Mundo de Hoy, pp. 401-418. México: Trillas, 1997.
36. Armendáriz, Minerva (2001). Morir de Sed junto a la Fuente. México; s/ed.
37. Armenta, Gustavo (1999). Los Psiquiatras de Los Pinos Determinaron: Marcos es un Psicótico Obsesivo que se Cree Dios y su Contraparte (el Presidente) sería el Anticristo, 7 Cambio 175, pp. 10-13.
38. Arvide, Isabel (1998). La Guerra de los Espejos. México: Océano.
39. Asociación Mexicana de Psicología Social (ed.) (1994). La Psicología Social en México, vol. V. México: Universidad Autónoma de Yucatán/CONACYT.
40. Asesores del EZLN en la Mesa de Derechos y Cultura Indígenas (1996). Nunca Más Sin Nosotros. Acuerdos de la Mesa de Derechos y Cultura Indígena entre el Ejército Zapatista de Liberación Nacional y el Gobierno Federal, San Andrés Sacamch'en de los Pobres, febrero de 1996. México: Juan Pablo Editores.
41. Aubry, Andrés (1994). La "Lenta Acumulación de Fuerzas" del Movimiento Zapatista. En Aubry, Alvarez, y Escurra. En Chiapas, pp, 07-17. México: Universidad de Guadalajara.
42. Aubry, Andrés; Alvarez, José y Escurra, Ana M. (19994). Chiapas. México: Universidad de Guadalajara.
43. Avilés, Jaime (1996a, Agosto, 11). Con "Filtraciones" de Inteligencia Militar y "Sugerencias" de Jefes de Prensa, De La Grange Repite la Tesis del Desgaste Zapatista. Proceso. p. 46.

44. Avilés, Jaime (1996b, Abril, 15). Elogia Debray que el EZLN Dialogue con el Gobierno. La Jornada, p. 14.
45. Avilés, Jaime (1997). La Crisis de la Crisis en Chiapas (1995-1997). En Avilés y Miná, Marcos y la Insurrección zapatista. La "Revolución Virtual" de un Pueblo Oprimido, pp. 29-138. México: Grijalbo.
- 46.
47. Avilés, Jaime y Miná, Gianni (1997). Marcos y la Insurrección Zapatista. La "Revolución Virtual" de un Pueblo Oprimido. México. Grijalbo.
48. Avilés, Karina (2001, Marzo, 13). El Zapatismo ha Contribuido a la Transformación del Pensamiento y la Acción Colectiva: Touraine, La Jornada, p. 12.
49. Ayala Nevárez, Andrés (1994/1995). Enero de 1974... Otro Intento. En CIHMA N° 3-4, pp. 15-16.
50. Bakhurst, David (1990). La Memoria Social en el Pensamiento Soviético. En Middleton, David y Edwards, Derek (comp.) Memoria Compartida. La Naturaleza Social del Recuerdo y el Olvido, pp. 221-243. Barcelona: Paidós, 1992.
51. Balboa, Juan (1997). La Geografía Paramilitar, Milenio 18, pp. 10-13.
52. Balboa, Juan (2000, Abril, 28). El Ejército Principal Violador de los Derechos Humanos en Chiapas: ONG. La Jornada, p. 3.
53. Balboa, Juan y Chim, Lorenzo (1996, Agosto, 15). Están Plenamente Identificados los Líderes del EPR, Asegura Chuayffet. La Jornada, p. 3.
54. Ballinas, Víctor (2000, Marzo, 16). Pierre Sané, Secretario General de Amnistía Internacional: "Pésimo Respeto de Salinas y Zedillo a los Derechos Humanos". La Jornada, p.16.
55. Ballinas, Víctor y Venegas, Juan Manuel (2000, Marzo, 14). Preocupa al Mundo la Violación de Derechos en México, Según Al. La Jornada, p. 16.
56. Bartra, Armando (1996). Guerrero Bronco. México: Sinfiltro.
57. Bartra, Armando (1997). Chiapas, Aleph, En Chiapas 4, pp. 155-161.
58. Bartra, Armando (comp.) (2001a). Crónicas del Sur. Utopías Campesinas en Guerrero. México: Era.
59. Bartra, Armando (2001b). Sur Profundo. En Bartra, Armando (comp.) Crónicas del Sur. Utopías Campesinas en Guerrero, pp. 13-74. México: Era.

60. Bartra, Roger (1994). Prólogo a La Guerra Contra el Tiempo. Viaje a la Selva Alzada. México: Espasa Calpe Mexicana.
61. Bartra, Roger (1999). La Sangre y la Tinta. Ensayos sobre la Condición Postmexicana. México: Océano.
62. Bellingeri, Marco (1993). La imposibilidad del Odio: la Guerrilla y el Movimiento Estudiantil en México, 1960-1974. En Semo, Ilán (coord.), La Transición Interrumpida. México 1968-1988, pp. 49-73. México: Universidad Iberoamericana/Nueva Imagen.
63. Bellinghausen, Hermann (1996a, Enero, 14). Los Indios son Parte de la Tierra. La Jornada. p. 6.
64. Bellinghausen, Hermann (1996b, Abril, 21). La Visita de Mitterrand "Por la *Mundialización* de la Paz. La Jornada. p. 3.
65. Bellinghausen, Hermann (1996c, Julio, 27). En Oventic Ultras y Reformistas, Nacionalistas e Internacionalistas. La izquierda, Igual que en Todas Partes. La Jornada. p. 8.
66. Beltrán del Río, Pascal (1996). Enfoque de la Prensa Estadunidense: los Ataques Socavan los intentos de Zedillo por mostrar a un País en Recuperación, Proceso 1035, p. 16.
67. Beltrán del Río, Pascal (1998a). A los Ojos del Mundo México Marcha de la Mano de los Regímenes Autoritarios en materia de Derechos Humanos, Proceso 1133, pp. 20-27.
68. Beltrán del Río, Pascal (1998b). Propuesto para Mediar, Oscar Arias dice: "Chiapas requiere Paciencia, Dedicación y la buena Voluntad de Ambas Partes", Proceso 1138, pp. 46-48.
69. Beltrán del Río, Pascal (2000). Las Huellas de la Nueva Guerrilla Llevan a su Origen: el EPR, Proceso, 1225, pp. 28-29.
70. Beltrán del Río, Pascal y Martínez, Sanjuana (1998). El Gobierno Mexicano se Siente Incomodo bajo el Escrutinio Extranjero: ONG Internacionales, Proceso 1112, pp. 14-23.
71. Beltrán del Río, Pascal y Correa, Guillermo (1999). Tello Peón y los Guerrilleros: No Podemos Exterminarlos, sólo Contenerlos, Proceso 1200, pp. 13-15.
72. Beltrán Villegas, Miguel A. (1997). Colombia: Exclusión Guerrilla y Lucha por la Democracia, Memoria 95, pp. 32-37.

73. Bermejo Mora, Edgardo (1996). Marcos Fashion. México: Océano.
74. Berger, P. Y Luckmann, T. (1967). La Construcción Social de la Realidad. Buenos Aires: Amorrortu, 1979.
75. Billig, Michael (1990). Memoria Colectiva, Ideología y la Familia Real Británica. En Middleton, David y Edwards, Derek (comp.) Memoria Compartida. La Naturaleza Social del Recuerdo y el Olvido, pp. 77-96. Barcelona: Paidós, 1992.
76. Blanco, Amalio (1993). La Memoria que no Cesa. En Papeles del Psicólogo, pp. 24-26, número 56, 1993. Madrid.
77. Blondel, Charles (1928). Psicología Colectiva. México: Editorial América, 1945.
78. Brachet-Marquez, Viviane (1994). El Pacto de Dominación. México: El Colegio de México.
79. Bravo, Carlos (comp.) (1994). Chiapas: El Evangelio de los Pobres. Iglesia, Justicia y Verdad. México: Espasa Calpe Mexicana.
80. Buen, Nestor de (1994, Abril, 03). Violencia. La Jornada, p. 7.
81. Bustos Romero, Olga (1990). Mujeres y Participación Política. En Mota Botello (coord.), Cuestiones de Psicología Política en México, pp. 141-148. México: UNAM.
82. Bustos, Olga (1995). La Participación de las Minorías Activas en Procesos de Cambio. En González Navarro, M. Y Delahanty Matuk, G. (coord.), Psicología Política en el México de Hoy, pp. 129-136. México: Universidad Autónoma Metropolitana.
83. Cabezas, Omar (1982). La Montaña es Algo Más que Una Inmensa Estepa Verde. México: Siglo XXI.
84. Cambio 175. Septiembre-Octubre de 1999.
85. Campbell, Federico (1994). La Invención del Poder. México: Aguilar.
86. Campbell, Federico (1997). Mil Novecientos Noventa y Siete. Milenio, 18, pp. 30-32.
87. Campa, Homero (1999). "Ninguna Acción Represiva del Ejército Quedará Impune": ERPI, Proceso 1197, pp. 08-13.
88. Campero, Luis Miguel (2000). De Amenazas, Granadas y Morteros. Milenio, 133, pp. 46-47.

Bibliografía

89. Canal 6 de Julio (1996). El Retorno a las Armas. México: Canal 6 de Julio (Video).
90. Canal 6 de Julio (1997). El EPR de Cerca. México: Canal 6 de Julio (Video).
91. Carozzo Campos, J. (1999). La otra Violencia en el Perú. En Oblitas Guadalupe y Rodríguez Ángel (coord.), Psicología Política, pp. 253-271. México: Plaza y Valdés/Universidad Intercontinental.
92. Carr, Barry (1998). "Desde las Montañas del Sureste Mexicano": Una Revisión de los Escritos Recientes Acerca de los Zapatistas, Memoria 114, pp. 04-13.
93. Cason, Jim y Brooks, David (2001, Marzo, 15). En el EZLN, lo Mejor de la Humanidad, Dicen en EU, La Jornada, p. 11.
94. Castañeda, Jorge G. (1993). La Utopía Desarmada. México: Joaquín Mortíz. 1994.
95. Castañeda, Jorge G. (1994). Sorpresas te da la Vida. México 1994. México: Aguilar
96. Castañeda, Salvador (1980). ¿Por qué no Dijiste Todo? México: Grijalbo.
97. Castañeda, Salvador (1991). Los Diques del Tiempo. México: UNAM.
98. Castañeda, Salvador (1992). La Patria Celestial. México: Cal y Arena.
99. Castañeda, Salvador (1993). Presentación a Documentos del Movimiento Armado en México. Diario de Oscar González Equiarte. México: Centro de Investigaciones Históricas de los Movimientos Armados.
100. Castañeda, Salvador (1999). El de Ayer es Él. México: ISSSTE.
101. Castro, Fidel *et. al.* (1994). Neoliberalismo, Reforma y Revolución en América Latina. México: Nuestro Tiempo.
102. Castro, José Alberto (1999). Lanzan al Subcomandante Marcos como Escritor de Ficción, Proceso 1194, pp. 60-63.
103. Castro, José Alberto (2001). Roger Bartra: El EZ Será un Gran Espectáculo, y Luego Nada, Proceso 1269, p. 23.
104. Castro Orellana, José (1990). La Guerra de Baja Intensidad y la Militarización de Centroamérica. En Iztapalapa, año 10, n° 20. México: UAM-I.
105. Centro de Derechos Humanos Miguel Agustín Pro Juárez (1999). Los Grupos Paramilitares en Chiapas, Memoria 122, pp. 04-14.

106. CIACH. Centro de Información y Análisis de Chiapas (comp.) (1999). La Revuelta de la Memoria. Textos del Subcomandante Marcos y del EZLN sobre la Historia. México: CIACH.
107. CIEPAC. Centro de Investigaciones Económicas y Políticas de Acción Comunitaria (2000). Chiapas al Día. N° 200, 23 de junio de 2000 (página en Internet:).
108. CIHMA. Centro de Investigaciones Históricas de los Movimientos Armados (1992). Para Romper el Silencio. Expediente Abierto N° 2.
109. CIHMA. Centro de Investigaciones Históricas de los Movimientos Armados, (1993). Documentos del Movimiento Armado en México. Diario de Oscar González Equiarte.
110. CIHMA. Centro de Investigaciones Históricas de los Movimientos Armados (1994/1995). Para Romper el Silencio. Expediente Abierto N° 3-4.
111. Cisneros Puebla, Cesar (1990). México: Memorias Colectivas y Democracia Política. En Mota Botello (coord.), Cuestiones de Psicología Política en México, pp. 113-124. México: UNAM.
112. Cisneros Puebla, César (1995). Ciudadanías: ¿Discontinuidad Colectiva o Proyecto Modernizador?. En D' Adamo, García y Montero, Psicología de la Acción Política, pp. 65-77. Argentina: Paidós.
113. Cisneros, C; Aguilar, M. A; Bautista, A y Fernández, P. (1999). Extraños y Forasteros: Una Aproximación Metafórica a la Psicología Política. En Oblitas Guadalupe y Rodríguez Ángel (coord.), Psicología Política, pp. 25-60. México: Plaza y Valdés/Universidad Intercontinental.
114. Codacci-Pisanelli (2000). Palabra de Historiador. Entrevista con Carlo Ginzburg. En La Jornada Semanal, 252, (02/01/00), p. 5.
115. Cole, Michael (1990). Prefacio. En Middleton, David y Edwards, Derek (comp.) Memoria Compartida. La Naturaleza Social del Recuerdo y el Olvido, pp. 13-15. Barcelona: Paidós, 1992.
116. Colombia Informa (1999). El Paramilitarismo se Convierte en Política de Estado en Colombia, Memoria 122, pp. 15-20.
117. Conde, Elsa (1995). Redes Semánticas del Conflicto en Chiapas desde la Perspectiva de un Grupo de Mujeres. En González Navarro, M. Y Delahanty Matuk, G. (coord.), Psicología Política en el México de Hoy, pp. 137-149. México: UAM-I.

Bibliografía

118. Contreras, José (1996). Prólogo a Marcos Mensajero de la Esperanza. México: Edicupes,
119. Correa, Guillermo (1993a). En Cuatro Años Patrocinio Estableció en Chiapas Récord de Violaciones a los Derechos Humanos, Proceso 845, pp. 6-10.
120. Correa, Guillermo (1993b). "Hay Guerrilla en Chiapas desde hace Ocho Años; Grupos Radicales Infiltraron a la Iglesia y a las Comunidades". Relato del Jesuita Mardonio Morales, Proceso 880, pp. 12-15.
121. Correa, Guillermo. (1996). Con tres años de TLC, Miserables y desesperados, crecen los Grupos de Campesinos que "le apuestan todo a la guerrilla", Proceso, 1052, pp. 20-25.
122. Correa, Guillermo (1997a). Inteligencia Militar: hasta diciembre del 96, el EPR operaba ya en 17 Estados y había causado 26 bajas entre Soldados y Policías, Proceso 1098, pp. 22-28.
123. Correa, Guillermo (1997b). Se gesta una nueva Revolución, que puede ser Cívica o Armada, dice el CIHMA; por lo pronto ha Detectado Ocho Grupos Guerrilleros, Proceso 1098, pp. 24-25.
124. Correa, Guillermo (1997c). 1, 500 Indígenas Asesinados durante el Gobierno de Ruiz Ferro; Siete grupos Paramilitares actúan como Escuadrones de la Muerte, Proceso 1104, pp. 6-17.
125. Correa, Guillermo (1998a). La Situación en Chiapas nunca había sido tan Difícil como ahora; hay un Endurecimiento Militar: López y Rivas de la Cocopa, Proceso 1106, pp. 07-11.
126. Correa, Guillermo (1998b). Exguerrilleros en la Universidad de las Américas: las Armas ya no son el Camino", Proceso 1116, pp. 24-28.
127. Correa, Guillermo (1998c). La Comandancia del EPR elude hablar de su División Interna y Denuncia: se están Incrementando las Masacres, Proceso 1130, pp. 08-09
128. Correa, Guillermo y Corro, Salvador (1999). En las cumbres de Polanco, los Industriales Escucharon la honda Voz de Las Cañadas, Proceso 1168, pp. 26-28.
129. Correa, Guillermo; Corro, Salvador y López, Julio (1994). En Chiapas, después de las Batallas: Narraciones de cómo el Ejército ha Asesinado, Torturado y Saqueado, Proceso 901, pp. 6-13.
130. Correa, Guillermo; Corro, Salvador y Ramírez, Ignacio (1994). La Sociedad Civil sí respondió; los Intelectuales tuvieron Miedo de asistir a la Convención: Marcos Proceso 927, pp. 12-13.

131. Correa, Guillermo y López, Julio (1994). Marcos: Las Elecciones no se van a Resolver en Gobernación, sino en las Calles o en las Montañas Proceso 924, pp. 32-35.
132. Correa, Guillermo y López, Julio (1996a). "Ni el EZLN ni Nosotros somos los Únicos Grupos Armados que Existen en México". El Comandante José Arturo Analiza al País y Explica al EPR: "¿A quién tenemos que pedir Perdón por estar Dispuestos a Impedir que el Gobierno siga Asesinando", Proceso, 1032, pp. 22-27.
133. Correa, Guillermo y López, Julio (1996b). El EPR reta al Gobierno: "Dice que ya sabe dónde estamos... La realidad es que no nos ha golpeado porque no ha Podido", Proceso 1034, pp. 6-10.p
134. Correa, Guillermo y López, Julio (1997). Muertos sobre Muertos, Presos sobre presos, Chiapas al borde del Incendio Total, advierten Sacerdotes y Líderes Sociales, Proceso, 1063, pp. 14-18.
135. Correa, Guillermo y Ortíz, Francisco (1998). 40, 000 Acciones de Lucha Social entre 1994 y 1998; una de cada cuatro fue Violenta, reportan ONG, Proceso 1128, pp. 26-27.
136. Correa, Guillermo y Ramírez, Ignacio (1994). Miramos al Sol, a la Sociedad Civil, a la Convención, cuando el Gobierno nos pidió Aparentar que nos Rendíamos: Marcos Proceso 927, pp. 06-09.
137. Corro, Salvador. (1996a). Carlos Montemayor insta a Zedillo a Reconocer la Autonomía Indígena: sería un Armisticio Histórico con los Pueblos Marginados, Proceso, 1052, pp. 12-19.
138. Corro, Salvador (1996b). En una Sangrienta noche de Terror, las Fuerzas del EPR destruyeron el Mito de la Pantomima, Proceso 1035, pp. 13-17.
139. Corro, Salvador. (1997). Al Minimizar al EPR, Zedillo incurre en los mismos Errores cometidos con el EZLN: Carlos Montemayor, Proceso, 1057, pp. 20-28.
140. Corro, Salvador (1998). El Gobierno Fracasó en su Estrategia de desgaste en Chiapas, pero aún Administra una Guerra Despiadada: Carlos Montemayor, Proceso 1126, pp. 22-26.
141. Corro, Salvador (1999). Previsiones en Oaxaca: Descomposición y radicalización del EPR y Fortalecimiento del ERPI, Proceso 1162, pp. 29-31.
142. Corro, Salvador y López, Julio C. (2000). El Conflicto en Chiapas, "asunto menor" que atrae a Todo el Mundo, Proceso, 1214, pp. 26-29.

Bibliografía

143. Corte, Luis de la (2000). Para una Ciencia Social Comprometida: Reflexiones desde la Obra de Ignacio Martín-Baró. En Vázquez, Joel (coord.), Psicología Social y Liberación en América Latina, pp. 53-80. México: Universidad Autónoma Metropolitana.
144. Coyoacán. Revista Marxista Latinoamericana. Año 1, abril-junio 1978, N° 3.
145. Chávez, Elías (1999). El Origen del EPR no está en los residuos de la Guerrilla de los Setenta, sino en la Injusticia y la Miseria Ancestral: Murat, Proceso 1157, pp. 12-16.
146. Chiapas 1 (1995). México: Era/UNAM.
147. Chiapas 4 (1997). México: Era/UNAM.
148. Chomsky, Noam (1998). Chomsky Habla de América Latina y México. Entrevistas con Heinz Dieterich. México: Océano.
149. Darnton, Robert (1984). La Gran Matanza de Gatos y Otros Episodios en la Historia de la Cultura Francesa. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica, 1998.
150. D' Adamo, Oriando (1995). Propuesta para una Agenda Temática de la Psicología Política. Ponencia presentada en el XXV Congreso Interamericano de Psicología.
151. D'Adamo, Orlando, García, Virginia y Montero, Maritza (comps.) (1995). Psicología de la Acción Política. Buenos Aires: Paidós.
152. David, Steven R. (1999). Washington y la Guerra Civil en México. Milenio, 77, p. 26- 29.
153. Debray, Regis (1996). Regis Debray subraya la advertencia del "Profeta" Marcos: "Si desaparecemos, sólo quedará la Violencia, una Yugoslavia en el Sureste Mexicano", Proceso, 1019, pp. 6-11.
154. Delahanty, Guillermo (1987). Psicoanálisis y Marxismo. México: UAM-X.
155. Delahanty, Guillermo (1995). Psicología Política y Socialización de la Representación Ideológica. En González Navarro, M. Y Delahanty Matuk, G. (coord.), Psicología Política en el México de Hoy, pp. 1-8. México: Universidad Autónoma Metropolitana.
156. Delgado, Alvaro y Díaz, Gloria L. (1998). Testimonios de Indígenas Confirman: Varios Milicianos y dos Civiles fueron Ejecutados en El Charco, Proceso 1128, pp. 22-29.

157. Delgado, Alvaro (2000). En 1994, los "Duros" querían Aniquilar al EZLN. Informe Inédito de Camacho a Salinas, Proceso, 1223, pp. 24-26.
158. Díaz, Gloria L. (1998). La Zona de la Emboscada: Marginación, Narco, Violencia, y ahora, el EPR, Proceso 1130, p.10.
159. Díaz, Gloria L. (2001). Castigo a los Torturadores de la Guerra Sucia, Proceso 1271, pp. 42-43.
160. Díaz-Polanco, Héctor (1996). Guerrero Bronco: Una Historia que se Muerde la Cola, Memoria 92, pp. 10-15.
161. Dobles Oropeza, Ignacio (2000). Proceso a la Psicología de la Liberación: ¿Es Posible en Nuestra América? En Vázquez, Joel (coord.), Psicología Social y Liberación en América Latina, pp. 27-39. México: UAM-I.
162. Doise, Willem (1987). Identidad, Conversión e Influencia Social. En Moscovici, Mugny y Pérez (ed.) La Influencia Social Inconsciente, pp. 27-39. Barcelona: Anthropos, 1991.
163. Doise, Willwm; Deschamps Jean Claude y Mugny, Gabriel (1985). Psicología Social Experimental. Barcelona: Hispano Europea
164. Domingo, Gracia y Pérez, Francisco (1990). El Individuo de la Psicología Colectiva. En Mota Botello (coord.), Cuestiones de Psicología Política en México, pp. 99-111. México: UNAM.
165. Doms Machteld y Moscovici, Serge (1984). Innovación e Influencia de la Minorías. En Moscovici, S. Psicología Social I, pp. 67-116. Argentina: Paidós.
166. Dudet Lions, Claudette (1989). Una Aproximación Teórica al estudio de la Memoria Colectiva. En Fernández Christlieb, Pablo (comp.) Psicología Colectiva y Cultura Cotidiana, pp 33-52. México: Facultad de Psicología, UNAM.
167. Durán, Martha (1994). Yo, Marcos. México: Ediciones del Milenio.
168. El Despertador Mexicano 1, Diciembre de 1993; 2, Febrero de 1994.
169. Elizalde, Triunfo (2000a, Diciembre, 24). Zedillo Aplicó una Política de Contención Social: Centro Pro. La Jornada, p. 30.
170. Elizalde, Triunfo (2000b, Diciembre, 26). El Gobierno Zedillista Persiguió a 48 Organismos de Derechos Civiles. La Jornada, p. 32.
171. Elizalde, Triunfo (2000c, Diciembre, 29). Los grupos Paramilitares, en Vilo; Esperan las Acciones del Gobierno. La Jornada, p. 10.

172. Ejército Popular Revolucionario (1998). Campaña Insurgente "Por una Nueva Constitución", Una Revista de las Mujeres en la Cultura, Suplemento 6, 1998.
173. Ejército Villista Revolucionario del Pueblo (2000). ¡Golpear a la PFP, Símbolo Contrainsurgente!, La Crisis 220, pp. 09-11.
174. Ejército Zapatista de Liberación Nacional (1994). EZLN Documentos y Comunicados. México: Era.
175. Ejército Zapatista de Liberación Nacional (1995). EZLN Documentos y Comunicados 2. México: Era.
176. Ejército Zapatista de Liberación Nacional (1997). EZLN Documentos y Comunicados 3. México: Era.
177. El Colegio de México (1976). Historia General de México 2. México: El Colegio de México.
178. El Universal, 29 de enero de 2001.
179. Elster, Jon (1993). Psicología Política. Barcelona: Gedisa, 1995.
180. Enfoque (1995, Junio, 18). Suplemento del diario Reforma.
181. Engeström, Brown Engeström y Koistinen (1990). Olvido Institucional: Perspectiva de la Teoría de la Actividad. En Middleton, David y Edwards, Derek (comp.) Memoria Compartida. La Naturaleza Social del Recuerdo y el Olvido, pp. 157-186. Barcelona: Paidós, 1992.
182. Enríquez, Juan (1998). Zedillo, Sometido por el Ejército y los Duros, La Crisis 108, pp. 06-08.
183. Escárzaga, Nicté F. (1997). Sendero Luminoso, Izquierda Unida y Democracia Representativa, Memoria 95, pp. 23-31.
184. Espejo N° 3, julio de 1996.
185. Espinosa Domínguez, Norberto (2000). La Niña de los Dieces que Terminó como Dirigente del ERPI. Milenio, 130, pp. 44-47.
186. Esteve Díaz, Hugo (1995). Las Armas de la Utopía. La Tercera Ola de los Movimientos Guerrilleros en México. México: Instituto de Proposiciones Estratégicas.
187. Este País N° 87. Junio de 1998; N° 100. Julio de 1999.

188. Expansión (Número especial). Abril de 1998.
189. Ezcurra, Ana María (1994). El Ejército Zapatista de Liberación Nacional: "Democracia, Justicia y Libertad". En Aubry, Alvarez, y Escurra, Chiapas, pp. 39-53. México: Universidad de Guadalajara.
190. Falcón, Mabel (1999). Psicología, Política y Educación. En Oblitas Guadalupe y Rodríguez Ángel (coord.), Psicología Política, pp. 61-80. México: Plaza y Valdés/Universidad Intercontinental.
191. Faucheux, Claude y Moscovici, Serge (1971). Observaciones Críticas sobre la "Cuestión Microsocial". En Moscovici, Serge *et al.* Psicología Social y Compromiso Político, pp. 55-76. Buenos Aires: Alonso Editor.
192. Fazio, Carlos (1996). El Tercer Vínculo. De la Teoría del Caos a la Teoría de la Militarización. México: Joaquín Mortiz.
193. Fazio, Carlos (1998). La Tensa Tregua de La Realidad, Milenio 20, pp. 20-22.
194. Fernández Christlieb, Pablo (1985). Psicología Social Teórica y Psicología Política como Formas Contemporáneas de Análisis y Empiría en Psicología Social. En Avepsó, 1985,
195. Fernández Christlieb, Pablo (1986). La Función de la Psicología Política. En Avepsó, 1986, vol. IX, nº 1.
196. Fernández Christlieb, Pablo (1987). Consideraciones Teórico Metodológicas de la Psicología Política. En Montero, Maritza, Psicología Política Latinoamericana, pp. 75-104. Venezuela: Panapo.
197. Fernández Christlieb, Pablo (1988). Las Tradiciones de la Psicología Colectiva. En Fundamentos y Crónicas de Psicología Social Mexicana, pp. 38-78. México: SOMEPSO.
198. Fernández Christlieb, Pablo (comp.) (1989a). Psicología Colectiva y Cultura Cotidiana. México: Facultad de Psicología, UNAM.
199. Fernández Christlieb, Pablo (1989b). Psicología Colectiva y Cultura Cotidiana. México: Laboratorio de Psicología Social, Facultad de Psicología, UNAM.
200. Fernández Christlieb, Pablo (1990a). La Psicosociología: un Proyecto de Psicología Social. En Jiménez, B. (coord.) Aportaciones Críticas a la Psicología en Latinoamérica, pp. 165-182. México: Universidad de Guadalajara.

Bibliografía

201. Fernández Christlieb, Pablo (1990b). La Psicología Colectiva como Forma Latinoamericana de la Psicología Social. Ponencia presentada en el II Foro de Psicología Política, de la SOMEPSO, diciembre de 1990.
202. Fernández Christlieb, Pablo (1990c). Masas y Afectividad Colectiva. En Mota Botello (coord.), Cuestiones de Psicología Política en México, pp. 45-69. México: UNAM.
203. Fernández Christlieb, Pablo (1991a). El Espíritu de la Calle. Psicología Política de la Cultura Cotidiana. México: Universidad de Guadalajara.
204. Fernández Christlieb, Pablo (1991b). La Posmodernidad como el Fin de la Seriedad y su Individuo. En Revista de Investigación Psicológica, pp. 111-130. vol. 1, N° 1. México: Facultad de Psicología, UNAM.
205. Fernández Christlieb, Pablo (1993). El Conocimiento Encantado. En Archipiélago. Cuadernos de Crítica de la Cultura, 13, pp.119-123.
206. Fernández Christlieb, Pablo (1994a). La Psicología Colectiva un Fin de Siglo más Tarde. España: Anthropos/Colegio de Michoacán.
207. Fernández Christlieb, Pablo (1994b). Psicología Social, Intersubjetividad y Psicología Colectiva. En Montero, Maritza (coord.) Construcción y Crítica de la Psicología Social, pp. 49-107. Barcelona/Caracas: Anthropos/Universidad Central de Venezuela.
208. Fernández Christlieb, Pablo (1994c). La Negociación como Principio de la Cultura. El Ejemplo del Agora Griega. En Asociación Mexicana de Psicología Social (ed.), La Psicología Social en México, vol. V, pp. 810-813. México: Universidad Autónoma de Yucatán/CONACYT.
209. Fernández Christlieb, Pablo (1996). Crisis número 1995. Lo Urgente contra lo Importante. En Reynaud Retamar, B y Sánchez Sosa, J (comp.) Psicología y Problemática Social, pp. 29-36. México: Facultad de Psicología, UNAM.
210. Fernández Christlieb, Pablo (2000). La Afectividad Colectiva. México: Taurus.
211. Fernández Christlieb, Paulina (1978). El Espartaquismo en México. México: El Caballito.
212. Ferreira, Lidia y Avendaño, Rocío (1994). La Percepción Social de los Actores del Conflicto en Chiapas. En Asociación Mexicana de Psicología Social (ed.), La Psicología Social en México, vol. V, pp. 686-692. México: Universidad Autónoma de Yucatán/CONACYT.

213. Ferreira, Lidia; Sanders, Betty y Conde, Elsa (1994). El Conflicto de Chiapas desde la Perspectiva de Estudiantes Universitarios y Mujeres de Organizaciones Populares. En Asociación mexicana de Psicología Social (ed.), La Psicología Social en México, vol. V, pp. 735-741. México: Universidad Autónoma de Yucatán/CONACYT.
214. Figueroa Ibarra, Carlos (1997). Insurgencia, Democracia y Dictadura, Memoria 95, pp. 11-17.
215. Filloux, Jean-Claude (1971). Decisión Colectiva y Socialismo. En Moscovici, Serge *et al.* Psicología Social y Compromiso Político, pp. 17-22. Buenos Aires: Alonso Editor.
216. Flores Magón, Ricardo (1911). La Revolución Mexicana. México: Grijalbo, 1970.
217. Flores Magón, Ricardo (1964). Epistolario y Textos. México: Fondo de Cultura Económica/CREA, 1984.
218. Florescano, Enrique (1999). Memoria Indígena. México: Taurus.
219. Fromm, Erich (1981). El Miedo a la Libertad. Buenos Aires: Paidós.
220. Fuentes Avila, Mara (1990). La Relación Individuo-Sociedad: un Enfoque Marxista. En Jiménez-Domínguez (coord.) Aportes Críticos a la Psicología en Latinoamérica, pp. 95-111. México: Universidad de Guadalajara.
221. Fractal. Revista Trimestal, N° 11 00/10/99.
222. Fritscher Mundt, Magda (1991). Presentación. En Juárez Romero *et al.* Ensayos de Psicología Política en México, p. 7. México: UAM-I.
223. Gaarder, Jostein (1991). El Mundo de Sofía. Novela Sobre la Historia de la Filosofía. Madrid: Siruela, 1994.
224. Galaz, Lourdes (2001, Marzo, 11). "Página 9". Todos al Zócalo. Se Suma EPR a la Lucha del EZLN por los Derechos Indígenas, La Jornada, p. 9.
225. Galeano, Eduardo (1997). Diccionario Zapatista. En Avilés y Miná, Marcos y la Insurrección zapatista. La "Revolución Virtual" de un Pueblo Oprimido, pp. 23-28. México: Grijalbo.
226. García Barrón, Luis (2001). Identidad Nacional, Poder y Transformación: Análisis desde un Enfoque Psicosocial Crítico. Tesis de Licenciatura, Facultad de Psicología, UNAM.

Bibliografía

227. García Beaudoux, Virginia y D' Adamo, Orlando (1999) Propuesta para una Agenda Temática de la Psicología política en América Latina. En Oblitas Guadalupe y Rodríguez Ángel (coord.), Psicología Política, pp. 293-311. México: Plaza y Valdés/Universidad Intercontinental.
228. García Cantú, Gastón (1994). Dilema Nacional. En Trejo Delarbre, Raúl (comp.) Chiapas la Guerra de las Ideas (pp. 125-130). México: Diana.
229. García de León, Antonio (1994a). Prólogo a La Guerra de Año Nuevo. Crónicas de Chiapas y México 1994. México: Praxis.
230. García de León, Antonio (1994b). Prólogo a EZLN. Documentos y Comunicados. México: ERA..
231. García de León, Antonio (1995). Prólogo a EZLN. Documentos y Comunicados 2. México: ERA.
232. García de León, Antonio (1996, Octubre, 08). Cerco y Encrucijada. La Jornada. p. 13.
233. García Ramírez, Sergio (1994). El Sueño Perdido. En Trejo Delarbre, Raúl (comp.), Chiapas la Guerra de las Ideas, pp. 326-330. México: Diana.
234. Garduño Espinosa, Roberto (1994, Septiembre, 01). Tensión en Chiapas; Surge un Nuevo Grupo Rebelde. La Jornada, p. 15.
235. Garrido, Luis Javier (1998). Prólogo a Chomsky Habla de América Latina y México. Entrevistas con Heinz Dieterich, pp. 15-31. México: Océano.
236. Garrido, Luis Javier (2000, Diciembre, 29). El Comienzo. La Jornada, p. 15.
237. Garrido, Luis Javier (2001). Las Armas y el Pasamontañas, Proceso, 1269, pp. 25-29.
238. Gaspar, Gabriel (1998). Muchas Elecciones Poca Democracia, Milenio 19, pp. 10-11.
239. Gergen, Keneth (1991). Hacia una Psicología Social Posmoderna. En Revista de Investigación Psicológica, pp. 97-110. vol. 1, N° 1. México: Facultad de Psicología, UNAM.
240. Gil Olmos, José (1997, Diciembre, 02). Cihma: Operan en el País 14 Organizaciones Guerrilleras. La Jornada, pp. 6 y 64.
241. Gil Olmos, José (2000a, septiembre, 22). *La Guerra Sucia* dejó mil 500 Muertos y 600 Desaparecidos. La Jornada, p. 14.

242. Gil Olmos, José (2000b, septiembre, 24). Piden Exguerrilleros a Fox Otorgar Amnistía a Todo grupo Armado. La Jornada, p. 05.
243. Gilly, Adolfo (1978). Guerrilla, Programa y Partido en Guatemala. En Coyoacán. Revista Marxista Latinoamericana, pp. 41-63 N° 3.
244. Gilly, Adolfo; Subcomandante Marcos; y Ginzburg, Carlo (1995). Discusión Sobre la Historia. México: Taurus.
245. Gilly, Adolfo (1995). Huellas, Presagios, Historias. Carta al Subcomandante. En Gilly, Adolfo et al. Discusión Sobre la Historia, pp. 25-71. México: Taurus.
246. Ginzburg, Carlo (1976). El Queso y los Gusanos. El Cosmos según un Molinero del Siglo XVI. México: Océano, 1997.
247. Ginzburg, Carlo (1995). Señales. Raíces de un Paradigma Indiciario. En Gilly, Adolfo et al. Discusión Sobre la Historia, pp. 75-128. México: Taurus.
248. Glockner, Fritz (1996). Veinte de Cobre. México: Joaquín Mortiz.
249. Goldman, Francisco (1999). El Asesinato Alcanza al Obispo, Letras Libres 09, pp. 28-40.
250. Gómez de Silva, Guido (1985). Breve Diccionario Etimológico de la Lengua Española. México: Colegio de México/Fondo de Cultura Económica, 1999.
251. Gómez, Galo (1998). Entrevista con el Comandante Raúl Reyes, de las FARC-EP. 'Para Hacer la Paz hay que Contar con el Gobierno'. Milenio 47, pp. 22-25.
252. Gómez Leyva, Ciro (1998a). El Libro Blanco de Don Samuel, Milenio 42, pp. 32-37.
253. Gómez Leyva, Ciro (1998b). Los Años Armados, Milenio 43 pp. 32-34.
254. González Casanova, Pablo (1996). En el Foro, el Pensamiento más Avanzado de Nuestro Tiempo. Espejo, 3, pp. 22-24.
255. González de Alba, Luis (1998). Los Derechos de los Malos y la Angustia de Kepler. México: Cal y Arena.
256. González Graff, Jaime (1999). Cuando don Samuel se Vaya. Los Escenarios de una Renuncia. Milenio, 114, pp. 22-23.

Bibliografía

257. González Navarro, Manuel (1990a). Modelo de Investigación de la Psicología Política. En Mota Botello (coord.), Cuestiones de Psicología Política en México, pp. 149-162. México: UNAM.
258. González Navarro, Manuel (1991a). Presentación. En Juárez Romero et al. Ensayos de Psicología Política en México, pp. 9-19. México: UAM-I.
259. González Navarro, Manuel (1991b). El Tránsito de la psicología Social a la Psicología Política. En Juárez Romero et al. Ensayos de Psicología Política en México, pp. 51-73. México: UAM-I.
260. González Navarro, Manuel (1994). Implicaciones Socio-Cognitivas de una Negociación Política. En Asociación mexicana de Psicología Social (ed.), La Psicología Social en México, vol. V, pp. 821-828. México: Universidad Autónoma de Yucatán/CONACYT.
261. González Navarro, Manuel (1995). Significados de la Participación Política en el México de 1994. En González Navarro, M. Y Delahanty Matuk, G. (coord.), Psicología Política en el México de Hoy, pp. 49-60. México: UAM-I.
262. González Navarro, Manuel y Delahanty Matuk, Guillermo (coord.) (1995). Psicología Política en el México de Hoy. México: UAM-I.
263. González Rey, Fernando (1987). Psicología, ideología y Política. Un Marco Conceptual para su Análisis en América Latina. En Montero, Maritza (coord.), Psicología Política Latinoamericana, pp. 105-130. Venezuela: Panapo.
264. González Rey, Fernando (1994). Personalidad, Sujeto y Psicología Social. En Montero, Maritza (coord.) Construcción y Crítica de la Psicología Social, pp. 149-176. Barcelona/Caracas: Anthropos/Universidad Central de Venezuela.
265. González Ruiz, José E. (1998). El Charco, Una Operación Maquinada, La Crisis 134, pp. 30-31.
266. Grange, Bertrand de la y Rico, Maite (1997). Marcos, La Genial Impostura. México: Aguilar.
267. Grange, Bertrand de la (1999). El Subcomandante Marcos y los Orígenes de la Rebelión en Chiapas, Este País 100, pp. 39-41.
268. Grange, Bertrand de la y Rico, Maite (1999). Entrevista con Salvador Morales Garibay. El Otro Subcomandante, Letras Libres 02, pp. 76-83.
269. Grenier, Yvon (1999). Los Olvidados: Insurgentes e Insurgencias, Letras Libres 09, pp. 14-20.

270. Gutiérrez, Alejandro (2001). Cálculo Foxista: Conviene que Participen Observadores Extranjeros en la Marcha Zapatista, Proceso, 1267, p. 14.
271. Gutiérrez, Maribel (1995, Agosto, 16). Figueroa: No Hay Constancia que en Guerrero Exista Guerrilla. La Jornada, p. 6.
272. Gutiérrez, Maribel (1996, Abril, 04). Rubén Figueroa, Obsesionado por la Supuesta Existencia de Guerrillas. La Jornada, p. 4.
273. Gutiérrez, Maribel (1998). Violencia en Guerrero. México: La Jornada Ediciones.
274. Halbwachs, Maurice (1924). Les Cuadros Sociaux de la Mèmoire. París: PUF, 1954
275. Halbwachs, Maurice (1968). La Mèmoire Collective. París: PUF.
276. Henríquez, Elio (1996, Junio, 14). Convoca el EZLN a un Diálogo para el Tránsito a la Democracia; Encuentro del 30 de Junio al 6 de Julio. La Jornada, p. 16.
277. Henríquez, Elio (2000, Septiembre, 30). Reconoce General que Existen Grupos Paramilitares en Chiapas. La Jornada, p. 27.
278. Hernández Navarro, Luis (1994). Chiapas: La Gestión de la Rebeldía. En Partido de la Revolución Democrática (ed.). Chiapaz y la Transición Democrática. ¡Libertad!, ¡Justicia!, Democracia! (pp. 521-525). México: Grupo Parlamentario del PRD.
279. Hernández Navarro, Luis (1995). Chiapas: La Guerra y la Paz. México: ADN Editores.
280. Hernández Navarro Luis (1996, Agosto, 20). EPR. El Eterno Retorno. La Jornada, p. 11.
281. Hernández Navarro, Luis (1997). Entre la Memoria y el Olvido: Guerrillas, Movimiento Indígena y Reformas Legales en la Hora del EZLN. En Chiapas 4, pp. 69-92.
282. Hernández Padilla, Salvador (1984). El Magonismo: Historia de una Pasión Libertaria. México: ERA.
283. Hiraes, Gustavo (1996). Memoria de la Guerra de los Justos. México: Cal y Arena.
284. Holland, James G. (1973). ¿Servirán los Principios Conductuales para los Revolucionarios? En Sèller, Fred y Ribes, Emilio (comp.) Modificación de Conducta, pp. 265-281. México: Trillas.

285. Ibañez, T. (1987). Poder, Conversión y Cambio Social. En Moccovici, Serge; Mugny, Gabriel y Pérez, Juan A. (eds.), La Influencia Social Inconsciente, pp. 263-285. Barcelona: Anthropos, 1991.
286. Ibañez, Tomás (1994a) Psicología Social Construcccionista. México: Universidad de Guadalajara.
287. Ibañez, Tomás (1994b). La Dimensión Política de la psicología Social. En Psicología Social Construcccionista, pp. 281-297. México: Universidad de Guadalajara.
288. Ibarra, Epigmenio (1994, Junio, 21). Hay Grupos Armados en Otros Sitios del País; Sólo la Democracia puede Frenarlos: Marcos. La Jornada, pp. 1 y 19.
289. Igaurtua, Juan y Páez, Darío (1998). El Arte y el Recuerdo de hechos Traumáticos Colectivos. El caso de la Guerra Civil Española. En Páez, Darío et al Memorias Colectivas de procesos Culturales y Políticos, pp. 121-148. País Vasco: Universidad del País Vasco.
290. Iñiguez, L, Valencia, J. F. y Vázquez, F. (1998). La Construcción de la Memoria y del Olvido. Aproximación y Alejamientos a la Guerra Civil Española. En Páez, Darío et al Memorias Colectivas de procesos Culturales y Políticos, pp. 265-285. País Vasco: Universidad del País Vasco.
291. ILAS (1997). Subjetividad y Política. Diálogos en América Latina. Chile: Ediciones Chile América, CESOC.
292. Irizar, Guadalupe y Hernández, Gabriela (1994, Junio, 23). Detectan Grupos Armados. Tendrían Presencia en Diez Estados. Reforma, p. 1.
293. Iztapalapa (1990) Centroamérica: Entre el Conflicto y la Democracia. Número especial de la Revista de Ciencias Sociales y Humanidades Iztapalapa, año 10, nº 20. México: UAM-I.
294. Jáquez, Antonio (2001). Una Estrategia que ha Doblegado a Tres Presidentes, Proceso 1271, pp. 18-19.
295. Jiménez-Domínguez, Bernardo (coord.) (1990). Aportes Críticos a la Psicología en Latinoamérica. México: Universidad de Guadalajara.
296. Jiménez Burillo, Florencio (1986). La Psicología Política. En Papeles del Colegio, pp. 4-7, vol. IV, número 25, 1986. Madrid, España.
297. Jiménez Burillo, Florencio (1996). Psicología Política. En Alvaro, José Luis; Garrido, Alicia y Torregosa, José Ramón (comps.), Psicología Social y Aplicada pp. 219-252. España: Mc Graw Hill.

298. Juárez Romero, Juana (1990). La Nación, Estructuradora de la Realidad Colectiva. En Mota Botello (coord.), Cuestiones de Psicología Política en México, pp. 71-77. México: UNAM.
299. Juárez Romero, Juana (comp.) (1991). Ensayos de Psicología Política en México. México: UAM-I.
300. Juárez Romero, Juana (1995). El Proceso de Construcción de la Nación como Confrontación entre Mayorías y Minorías. En González Navarro, M. Y Delahanty Matuk, G. (coord.), Psicología Política en el México de Hoy, pp. 89-101. México: UAM-I.
301. Kaiser, Claude. y Mugny, Gabriel (1987). Consistencia y Significados del Conflicto. En Moscovici, Serge; Mugny, Gabriel y Pérez, Juan A. (eds.), La Influencia Social Inconsciente, pp. 127-141. Barcelona: Anthropos, 1991.
302. Krauze, Enrique (1998). La Historia Cuenta. México: Tusquets.
303. Krieger, Emilio (1998). El Dolor de los Indígenas, La Crisis 108, pp. 13-14.
304. Kuhn, Thomas S. (1962). La Estructura de las Revoluciones Científicas. México: Fondo de Cultura Económica, 1986.
305. Kundera, Milan (1967). La Broma. México: Seix Barral, 1992.
306. Kundera, Milan (1978). El Libro de la Risa y el Olvido. Barcelona: Seix Barral, 1987.
307. Laboratorio de Psicología Social (1989). El Reencuentro de la Psicología Colectiva: Algunas Tesis. En Fernández Christlieb, Pablo (comp.) Psicología Colectiva y Cultura Cotidiana, pp 53-73. México: Facultad de Psicología, UNAM.
308. La Crisis 108. 17 de Enero de 1998.
La Crisis 117. 21 de Marzo de 1998.
La Crisis 134. 18 de Julio de 1998.
La Crisis 220. 25 de Marzo de 2000.
La Crisis 266. 17 de febrero de 2001
309. Laguna Berger, Mauricio (1998). La Balcanización se Incuba, La Crisis 134, pp. 28-29.
310. La Jornada (Eds.) (1994). Chiapas el Alzamiento. México: Demos.
311. La Jornada, 02/01/94, 06/01/94, 08/01/94, 07/01/94, 07/01/94, 11/01/94, 19/01/94, 30/01/94; 07/02/94, 15/02/94, 17/02/94; 24/03/94, 25/03/94; 03/04/94; 11/06/94,

Bibliografía

- 21/06/94; 01/09/94, 10/09/94; 07/11/94, 08/11/94, 09/11/94; 30/01/96; 03/04/96, 28/04/96; 04/06/96, 14/06/96, 29/06/96, 30/06/96; 27/07/96, 29/07/96, 30/07/96, 31/07/96; 09/08/96, 14/08/96, 15/08/96, 18/08/96, 19/08/96, 21/08/96, 22/08/96, 25/08/96; 14/09/96, 19/09/96, 21/09/96, 25/09/96, 29/09/96; 05/10/96; 02/12/97; 08/06/98; 15/03/99; 09/09/00, 13/09/00, 22/09/00, 24/09/00, 29/09/00, 30/09/00; 08/10/00; 03/11/00, 04/11/00, 05/11/00; 26/02/01; 11/03/01, 13/03/01, 14/03/01, 15/03/01, 18/03/01, 27/03/01.
312. La Jornada (1994, Septiembre, 10). Versión de que Surgió un Grupo Rebelde en Guerrero. La Jornada, p. 19.
313. La Jornada Semanal, 253, 02 de enero del 2000.
314. Lakoff, George y Jonson, Mark (1980). Metáforas de la Vida Cotidiana. Madrid: Cátedra, 1998.
315. Lapassade, Georges y Morin, Edgar (1971). La Cuestión Microsocial. En Moscovici, Serge et al. Psicología Social y Compromiso Político, pp. 7-16. Buenos Aires: Alonso Editor.
316. La Revista de Cultura Psicológica (1992). Nota del Comité Editorial sobre el Concepto de Memoria Colectiva de Maurice Halbwachs. vol. 1, N° 1. México: Facultad de Psicología, UNAM.
317. Le Bon, Gustav (1895). Psicología de las Multitudes. Madrid: Divulgación, 1983.
318. Le Bot, Yvon (1997). Subcomandante Marcos. El Sueño Zapatista. México: Plaza y Janés.
319. Le Bot, Yvon (2001, Marzo, 15). La Política Según Marcos. ¿Qué Zapatismo Después del Zapatismo?, La Jornada, p. 19.
320. Le Comte Bogauc (2000, Enero, 09). Entrevista con Umberto Eco. El Escritor y el Filósofo II. En La Jornada Semanal, 253, pp. 6-7.
321. Legorreta Díaz, Ma. Del Carmen (1998). Religión, Política y Guerrilla en Las Cañadas de la Selva Lacandona. México: Cal y Arena.
322. Letras Libres 01. Enero de 1999; 02. Febrero de 1999; 09. Septiembre de 1999.
323. Levario Turcott, Marco (1999). Chiapas. La Guerra en el Papel. México: Cal y Arena.
324. Leyva, José Ángel (1996). La Frustración Acumulada. Entrevista con Armando Bartra, Memoria 92, pp. 09-15.

325. Liberman, Sofía (1990). Legitimidad y Socialización. En Mota Botello (coord.), Cuestiones de Psicología Política en México, pp. 91-97. México: UNAM.
326. Liga Comunista 23 de Septiembre (1974). Sinaloa: a la Cabeza del Movimiento Revolucionaria en México. En CIHMA (1994/1995) N° 3-4, pp. 19-28.
327. Lira, Elizabeth (1997). Transiciones Políticas. ¿Verdad y Memoria o Reconciliación y Memoria? En ILAS, Subjetividad y Política. Diálogos en América Latina, pp. 129-154. Chile: Ediciones Chile América, CESOC.
328. Lira, Elizabeth (2000). Verdad, Justicia e Impunidad. Memoria, Perdón y Olvido. En Vázquez, Joel (coord.), Psicología Social y Liberación en América Latina, pp. 133-153. México: UAM-I.
329. López, Chantal y Cortés, Omar (1986). Nota Editorial a El Partido Liberal Mexicano (1906-1908), pp. 7-8. México: Antorcha.
330. López, Jaime (1974). 10 Años de Guerrillas en México. México: Posada.
331. López, Julio (1997). En la Primavera Supieron que se Preparaba el Ataque y sólo Rezaron; el Exterminio fue a la Vista de Policías y Militares, Proceso 1104, pp. 6-9.
332. López, Julio (1998). Dos Versiones sobre el Enfrentamiento en Chiapas, Proceso, 1128, pp. 8-9.
333. López, Julio (2000). Las Urgencias por la Paz, Proceso Sur 21, pp. 04-06.
334. López, Julio; Matías, Pedro y Aranda, Julio (1997). De Chiapas salieron Cientos, en su Recorrido se Volvieron Miles y Decenas de Miles en el Corazón del País para Exigir con Rabia al Gobierno que Cumpla su Palabra, Proceso 1089, pp. 20-21.
335. López, Julio y Mandujano, Isaín (1999). El Comandante Antonio decía al EPR: Nuestras Acciones sólo Fortalecen al PRD, Proceso 1200, pp. 08-12.
336. López, Julio y Mandujano, Isaín (2000). Los Siete Años de Guerra en Chiapas y sus Mil 500 Asesinatos, Proceso Sur 19, pp. 05-06.
337. López Narváez, Froylán (1996a). EPR a la Vista, Proceso 1034, p. 31.
338. López Narváez, Froylán (1996b). EPR a la Vista II, Proceso 1035, p. 29.
339. López y Rivas, Gilberto (1994). La Sublevación Indígena o el Regreso del General Zapata, Memoria 65, pp. 07-11.
340. López y Rivas, Gilberto (2000, Diciembre, 29). A Siete Años del Levantamiento de los Mayas Zapatistas. La Jornada, p. 15.

Bibliografía

341. Malo, Emilio (1999). Prólogo a La Revuelta de la Memoria. Textos del Subcomandante Marcos y del EZLN sobre la Historia, pp. 9-18. México: CIACH.
342. Manero, Roberto (1995). Las Elecciones en el Imaginario Social Mexicano. En González Navarro, M. Y Delahanty Matuk, G. (coord.), Psicología Política en el México de Hoy, pp. 103-114. México: UAM-I.
343. Marcos, Subcomandante (1995). Carta a Adolfo Gilly. En Gilly, Adolfo et al. Discusión Sobre la Historia, pp. 15-22. México: Taurus.
344. Marín, Carlos (1998a). Plan del Ejército en Chiapas, desde 1994: Crear bandas Paramilitares, desplazar a la población, Destruir las Bases de Apoyo del EZLN, Proceso 1105, pp. 06-11.
345. Marín, Carlos (1998b). Diferencias de Carácter Político, de Estrategia, Táctica y Visión, terminaron en la Escisión del EPR, Proceso 1130, pp. 06-11.
346. Marín, Carlos (1999). Guerrillas Miopes y Gobierno Ciego. Milenio, 113, pp. 14-15.
347. Marín, Gerardo (1981) La Psicología Social en Latinoamérica 2. México: Trillas.
348. Marques, José; Páez, Darío y Serra, Alexandra (1998). Procesos de Memoria Colectiva asociados a Experiencias Traumáticas de Guerra: reparto Social, Clima Emocional y la Transmisión de la Información Transgeneracional en el caso de la Guerra Colonial Portuguesa. En Páez, Darío et al Memorias Colectivas de procesos Culturales y Políticos, pp. 287-316. País Vasco: Universidad del País Vasco.
349. Martín, Robin (1987). Influencia Minoritaria y Relaciones entre Grupos. En Moscovici, Mugny y Pérez (eds.) La Influencia Social Inconsciente, pp. 107-125. Barcelona: Anthropos, 1991.
350. Martín-Baró, Ignacio (comp.) (1976a). Introducción a: Problemas de Psicología en América Latina. El Salvador: UCA Editores, 1985.
351. Martín-Baró, Ignacio (1976b). La Desatención Social del Poder Opressor. En Martín-Baró (coord.) Problemas de Psicología Social en América Latina, pp. 98-110. San Salvador: Uca Editores.
352. Martín-Baró, Ignacio (1976c). El Valor Psicológico de la Represión Política mediante la Violencia. En Martín-Baró (coord.) Problemas de Psicología Social en América Latina, pp. 310-328. San Salvador: Uca Editores.
353. Martín-Baró, Ignacio (1983). Acción e Ideología. Psicología Social Desde Centroamérica. San Salvador: UCA Editores, 1996.

354. Martín-Baró, Ignacio (1985). La Desideologización como Aporte de la Psicología Social al Desarrollo de la Democracia en Latinoamérica. Aveps vol. Viii, N° 3, pp. 3-9. Venezuela: Aveps
355. Martín-Baró, Ignacio (1987a). El Latino Indolente. Carácter Ideológico del Fatalismo Latinoamericano. En Montero, Maritza (coord.) Psicología Política Latinoamericana, pp. 135-162. Venezuela: Panapo.
356. Martín-Baró, Ignacio (1987b). Del Opio Religioso a la Fe Liberadora. En Montero, Maritza (coord.) Psicología Política Latinoamericana, pp. 229-263. Venezuela: Panapo.
357. Martín-Baró, Ignacio (1987c). Votar en El Salvador: Psicología Social del Desorden Político. Aveps vol. X, N° 2, pp. 283-34. Venezuela: Aveps.
358. Martín-Baró, Ignacio (1989). Sistema, Grupo y Poder. Psicología Social Desde Centroamérica II. San Salvador: UCA Editores, 1996.
359. Martín-Baró, Ignacio (1990a). Ciencia y Conciencia. En Pacheco, Gerardo y Jiménez, Bernardo (comp.) Ignacio Martín-Baró (1942-1989). Psicología de la Liberación para América Latina. pp. 31-36. México: Universidad de Guadalajara.
360. Martín-Baró, Ignacio (1990b). La Importancia de la Opinión Pública. En Pacheco, Gerardo y Jiménez, Bernardo (comp.) Ignacio Martín-Baró (1942-1989). Psicología de la Liberación para América Latina. pp. 37-48. México: Universidad de Guadalajara.
361. Martín-Baró, Ignacio (1990c). Retos Y Perspectivas de la Psicología Latinoamericana. En Pacheco, Gerardo y Jiménez, Bernardo (comp.) Ignacio Martín-Baró (1942-1989). Psicología de la Liberación para América Latina. pp. 51-79. México: Universidad de Guadalajara.
362. Martín-Baró, Ignacio (1990d). La Psicología Política Latinoamericana. En Pacheco, Gerardo y Jiménez, Bernardo (comp.) Ignacio Martín-Baró (1942-1989). Psicología de la Liberación para América Latina. pp. 81-113. México: Universidad de Guadalajara.
363. Martín-Baró, Ignacio (1990e). Psicología del Trabajo en América Latina. En Pacheco, Gerardo y Jiménez, Bernardo (comp.) Ignacio Martín-Baró (1942-1989). Psicología de la Liberación para América Latina. pp. 115-142. México: Universidad de Guadalajara.
364. Martín-Baró, Ignacio (1990f). La Violencia Política y la Guerra como causas del Trauma Psicosocial en El Salvador. En Pacheco, Gerardo y Jiménez, Bernardo (comp.) Ignacio Martín-Baró (1942-1989). Psicología de la Liberación para América Latina. pp. 143-165. México: Universidad de Guadalajara.

Bibliografía

365. Martín-Baró, Ignacio (1990g). Efectos Psicosociales de la Guerra en el Niño Salvadoreño. En Pacheco, Gerardo y Jiménez, Bernardo (comp.) Ignacio Martín-Baró (1942-1989). Psicología de la Liberación para América Latina, pp. 167-186. México: Universidad de Guadalajara.
366. Martín-Baró, Ignacio (1990h). Los Medios de Comunicación y la Opinión Pública en El Salvador de 1979 a 1989. En Pacheco, Gerardo y Jiménez, Bernardo (comp.) Ignacio Martín-Baró (1942-1989). Psicología de la Liberación para América Latina, pp. 187-208. México: Universidad de Guadalajara.
367. Martín-Baró, Ignacio (1990i). Conflicto Social e Ideología Científica: de Chile a El Salvador. En Jiménez-Domínguez (coord.) Aportes Críticos a la Psicología en Latinoamérica, pp. 25-51. México: Universidad de Guadalajara.
368. Martín-Baró, Ignacio (1993). Guerra y Salud Mental. En Papeles del Psicólogo, pp. 27-33, número 56, 1993. Madris.
369. Martín-Baró, Ignacio (1994). The Role of the Psychologist. En Aron y Carne (eds.) Writings for a Liberation Psychology/Ignacio Martín-Baró, pp. 33-46. Cambridge: Harvard University.
370. Martín-Baró, Ignacio (1995). Procesos Psíquicos y Poder. En D'Adamo, García y Montero (coord.) Psicología de la Acción Política, pp. 205-233. Argentina: Paidós.
371. Martínez Veloz, Jaime (2000). Guerrilla y reforma del estado, Proceso 1246, p. 39.
372. Matías, Pedro (2000). *Bienvenida* de las FARP a Fox, Proceso Sur 21, pp. 07-09.
373. Matías, Pedro y Ramírez, Ignacio (1996a). Militarización y "Alerta Roja" en Oaxaca; el Ejército busca Grupos Armados relacionados con la Guerrilla, Proceso 1001, pp. 16-21.
374. Matías, Pedro y Ramírez, Ignacio (1996b). Si persiste la Marginación y explotación, Oaxaca puede ser otro Chiapas: Arzobispo Carrasco Briseño, Proceso 1001, p. 17.
375. Mayolo López, Fernando (1996). Errónea Política Social, detonador de la Guerrilla, coinciden Empresarios, Políticos y Obispos, Proceso 1035, p. 14.
376. Maza, Enrique (comp.) (1993). Obligado a Matar. Fusilamientos de Civiles en México. México: Ediciones de Proceso.
377. Medellín, Jorge A. (1998). Fraguado por el Pentágono, el Asedio Paramilitar, La Crisis 108, pp. 10-12.

378. Memoria 65. Abril de 1994; 84. Diciembre de 1995; 92. Octubre de 1996; 95. Enero de 1997; 114. Agosto de 1998; 122 Abril de 1999.
379. Méndez, Luis y Cano, Antonio (1994). La Guerra Contra el Tiempo. Viaje a la Selva Alzada. México: Espasa Calpe.
380. Mergier, Anne Marie (2000a). Los Palestinos: Vivir en la Ignominia, Proceso 1245, pp. 53-70.
381. Mergier, Anne (2000b). Nuevas Metas y Nuevas Estrategias de los Antiglobalizadores, Proceso 1259, pp. 52-55.
382. Meza, Arturo (comp.) (2001). La Guerra por la Palabra. México: Rizoma.
383. Meza, Héctor (1995). La Participación Civil ante la Ambigüedad de lo Público y lo Privado y la "Esquizofrenia Social". En González Navarro, M. Y Delahanty Matuk, G. (coord.), Psicología Política en el México de Hoy, pp. 33-47. México: UAM-I.
384. Michel, Guillermo (1998). La Guerra que Vivimos. Aproximaciones a la Rebelión de la Dignidad. México: UAM-I.
385. Middleton, David y Edwards, Derek (1990a). Memoria Compartida. La Naturaleza Social del Recuerdo y el Olvido. Barcelona: Paidós, 1992.
386. Middleton, David y Edwards, Derek (1990b). Introducción. En Middleton, David y Edwards, Derek (comp.) Memoria Compartida. La Naturaleza Social del Recuerdo y el Olvido, pp. 17-37. Barcelona: Paidós, 1992.
387. Middleton, David y Edwards, Derek (1990c). Recuerdo Conversacional un Enfoque Sociopsicológico. En Middleton, David y Edwards, Derek (comp.) Memoria Compartida. La Naturaleza Social del Recuerdo y el Olvido, pp. 39-62. Barcelona: Paidós, 1992.
388. Milenio 18. 29 de Diciembre de 1997; 19. 05 de Enero de 1998; 20. 12 de Enero de 1998; 21. 19 de Enero de 1998; 40. 01 de Junio de 1998; 42. 15 de Junio de 1998; 43. 22 de Junio de 1998; 47. 20 de Julio de 1998; 58. 05 de Octubre de 1998; 59. 12 de Octubre de 1998; 77. 22 de Febrero de 1999; 113. 01 de Noviembre de 1999; 114. 08 de Noviembre de 1999; 116. 22 de Noviembre de 1999; 130. 06 de Marzo de 2000; 133. 27 de Marzo de 2000; 134. 03 de Abril de 2000; 167. 20 de Noviembre de 2000.
389. Minà, Gianni (1996). Un Continente Desaparecido. México: Diana.
390. Minà, Gianni (1997). Un Incurable Idealista Adoptado por los Mayas. En Avilés y Minà, Marcos y la Insurrección zapatista. La "Revolución Virtual" de un Pueblo Oprimido, pp. 139-187. México: Grijalbo.

Bibliografía

391. Mitterrand, Danielle (1997). Estos Hombres: Nuestros Hermanos. México: Plaza y Janés.
392. Molina, Jorge (1995). Prólogo. En Quiroz Palacios, Abraham, Psicología Política. Teorías, Métodos y Campos, pp. 7-10. México: Universidad Autónoma de Puebla.
393. Monsiváis, Carlos (1994a). Dos Movimientos Paralelos: Simpatía y Resistencia, Proceso 880, pp. 51-53.
394. Monsiváis, Carlos (1994b). Crónica de una Convención (que no lo fue tanto) y de un Acontecimiento muy significativo. En Ejército Zapatista de Liberación Nacional EZLN Documentos y Comunicados (pp. 313-323). México: Era.
395. Monsiváis, Carlos (1995a). La Consulta del EZLN. En Ejército Zapatista de Liberación Nacional EZLN Documentos y Comunicados 2 (pp. 467-472). México: Era.
396. Monsiváis, Carlos (1998). Las Matanzas de Chiapas, Proceso 1128, pp. 06-12.
397. Monsiváis, Carlos (2000). La Revolución Cubana: Los Años del Consenso. Milenio, 134, pp. 59-61.
398. Monsiváis, Carlos y Bellinghausen, Hermann (2001, Enero, 08). Marcos a Fox: "Queremos Garantías; No nos Tragamos eso de que Todo Cambió". La Jornada, pp. 5-13.
399. Montemayor, Carlos (1991). Guerra en el Paraíso. México: Diana.
400. Montemayor, Carlos (1997). Chiapas. La Rebelión Indígena de México. México: Joaquín Mortiz. (segunda edición actualizada, 1998.)
401. Montemayor, Carlos (1998a). La Guerra y el Diálogo, Proceso 1151, pp. 39-40.
402. Montemayor, Carlos (1998b). Murat y el Diálogo con el EPR, Proceso 1153, p. 36.
403. Montemayor, Carlos (1998c). Prólogo. En Gutiérrez, Maribel, Violencia en Guerrero, pp.7-11. México: La Jornada Ediciones.
404. Montemayor, Carlos (1999a). Los Informes Secretos. México: Joaquín Mortiz.
405. Montemayor, Carlos (1999b). La Guerrilla en México Hoy. En Fractal, N° 11, pp. 11-44.
406. Montemayor, Carlos (1999c). La Guerrilla Recurrente. México: Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.

407. Montemayor, Carlos (2000a, Septiembre, 29). La Modernidad y la Guerrilla. La Jornada, p. 19.
408. Montemayor, Carlos (2000b, Noviembre, 10). ¿Hay Grupos Paramilitares en Chiapas? La Jornada, p. 5.
409. Montemayor, Carlos (2001). Los Pueblos Indios de México Hoy. México: Planeta.
410. Montero, Maritza (1981). Utopía, Realidad y Ciencia. En Marín, Gerardo (comp.), La Psicología Social en Latinoamérica 2, pp. 119-138. México: Trillas.
411. Montero, Maritza (coord.) (1987a). Psicología Política Latinoamericana. Venezuela: Panapo.
412. Montero, Maritza (1987b). La Psicología Política en América latina: 1956-1986. En Montero, Maritza (coord.), Psicología Política Latinoamericana, pp. 15-65. Venezuela: Panapo.
413. Montero, Maritza (1987c). A través del Espejo. Una Aproximación Teórica al Estudio de la Conciencia Social en América Latina. En Montero, Maritza (coord.), Psicología Política Latinoamericana, pp. 163-201. Venezuela: Panapo.
414. Montero, Maritza (1990). La Psicología de la Dependencia: de la Ideología a la Alienación. En En Jiménez-Domínguez (coord.) Aportes Críticos a la Psicología en Latinoamérica, pp. 52-76. México: Universidad de Guadalajara.
415. Montero, Maritza (1993). Evolución y Tendencias actuales de la Psicología Social en América Latina. En Papeles del Psicólogo, pp. 62-67, número 55, 1993, España.
416. Montero, Maritza (coord.) (1994a). Construcción y Crítica de la Psicología Social. Barcelona/Caracas: Anthropos/Universidad Central de Venezuela.
417. Montero, Maritza (1994b). Un Paradigma para la Psicología Social. Reflexiones desde el Quehacer en América. En Montero, M. (coord.), Construcción y Crítica de la Psicología Social pp. 27-47. Barcelona/Caracas: Anthropos/Universidad Central de Venezuela.
418. Montero, Maritza (1994c). Indefinición y Contradicciones de Algunos Conceptos Básicos en Psicología Social. En Montero, M. (coord.), Construcción y Crítica de la Psicología Social pp. 109-126. Barcelona/Caracas: Anthropos/Universidad Central de Venezuela.
419. Montero, Maritza (1994d). Una Mirada dentro de la Caja Negra: la Construcción Psicológica de la Ideología. En Montero, M. (coord.), Construcción y Crítica de la Psicología Social pp. 127-148. Barcelona/Caracas: Anthropos/Universidad Central de Venezuela.

420. Montero, Maritza (1995). Modos Alternativos de Acción Política. En D' Adamo, García y Montero (comps.), Psicología de la Acción Política, pp. 91-109. Buenos Aires: Paidós.
421. Montero, Maritza (1999). Modelos y Niveles de Análisis de la Psicología Política. En Oblitas Guadalupe y Rodríguez, Ángel (coord.), Psicología Política, pp. 9-24. México: Plaza y Valdés/Universidad Intercontinental.
422. Montero, Maritza (2000). Perspectivas y Retos de la Psicología de la Liberación. En Vázquez, Joel (coord.), Psicología Social y Liberación en América Latina, pp. 09-26. México: Universidad Autónoma Metropolitana.
423. Montero, Maritza y Martín-Baró, Ignacio (1987). Psicología Política Latinoamericana; Presentación. En Montero, Maritza (coord.). Psicología Política Latinoamericana, (pp. 5-11). Venezuela: Panapo.
424. Montero, Maritza y Dorna, Alejandro (eds.) (1993). Psicología Política. Revista Latinoamericana de Psicología, Vol. 24, n° 1.
425. Montero, D' Adamo y García (1995). Introducción. En D' Adamo, García y Montero (comps.), Psicología de la Acción Política. Buenos Aires: Paidós.
426. Morales, Rodrigo (1996, Agosto, 14). EPR, Guerrilla, Misterios y Elecciones. La Jornada, p. 8.
427. Morita, Martín y Santana (2000). "Aquí Estamos": Roberto, Proceso Sur, 04, pp. 6-13.
428. Moscovici, Serge et al. (1971). Psicología Social y Compromiso Político. Buenos Aires. Alonso Editor.
429. Moscovici, Serge (1981). Psicología de las Minorías Activas. Madrid: Morata.
430. Moscovici, Serge (1983). Influencia Manifiesta e Influencia Oculta en la Comunicación. Revista Mexicana de Sociología, 45, 687-701. México: UNAM.
431. Moscovici, Serge (ed.) (1984a). Psicología Social I y II. Barcelona: Paidós.
432. Moscovici, Serge (1984b). Introducción: El Campo de la Psicología Social. En Moscovici, Serge (ed.) Psicología Social I, pp. 17-37. Barcelona: Paidós.
433. Moscovici, Serge (1984c). De la Ciencia al Sentido Común. En Moscovici (ed.) Psicología Social II. Barcelona: Paidós.

434. Moscovici, Serge (1985). La Era de las Multitudes. Un Tratado Histórico de Psicología de las Masas. México: Fondo de Cultura Económica.
435. Moscovici, Serge (1987). La Denegación. En Moscovici, Mugny y Pérez (eds.) La Influencia Social Inconsciente, pp. 303-319. Barcelona: Anthropos, 1991.
436. Moscovici, Serge (1989). Los Temas de una Psicología Política. En Uribe, Francisco (coord.). Los Referentes Ocultos de la Psicología Política. pp. 19-31. México: UAM-I, 1997.
437. Moscovici, Serge; Mugny, Gabriel y Pérez, Juan A. (eds.) (1987). La Influencia Social Inconsciente. Barcelona: Anthropos, 1991.
438. Mota Botello, Graciela (coord.) (1990a). Cuestiones de Psicología Política en México. México: UNAM.
439. Mota, Botello Graciela (1990b). Lo Imaginario Social y la Formación Espontánea de Grupos. México en los 80's. En Mota Botello (coord.), Cuestiones de Psicología Política en México, pp. 79-90. México: UNAM.
440. Mota, Botello Graciela (1994). La Negociación de los Acontecimientos de Chiapas. En Asociación Mexicana de Psicología Social (ed.), La Psicología Social en México, vol. V, pp. 829-836. México: Universidad Autónoma de Yucatán/CONACYT.
441. Mota, Botello Graciela (1995). Los Acontecimientos de Chiapas: Una Aportación Transcultural Étnica para la Democracia. En González Navarro, M. Y Delahanty Matuk, G. (coord.), Psicología Política en el México de Hoy, pp. 167-178. México: UAM-I.
442. Moya, Miguel y Morales, José F. (1988). Panorama Histórico de la Psicología Política. En Seoane, Julio y Rodríguez, Ángel (coord.), Psicología Política. pp. 36-75. Madrid: Pirámide.
443. Mucchi Faina, Angélica (1987). Movimiento Social y Conversión. En Moscovici, Mugny y Pérez (eds.) La Influencia Social Inconsciente, pp. 219-238. Barcelona: Anthropos, 1991.
444. Mugny, Gabriel y Pérez, Juan A. (1987). Minorías, Identificación e Influencia. En Moscovici, Mugny y Pérez (eds.) La Influencia Social Inconsciente, pp. 83-106. Barcelona: Anthropos, 1991.
445. Mundt, Magda (1991). Presentación. En Juárez Romero *et al.* Ensayos de Psicología Política en México, p. 07. México: UAM.

Bibliografía

446. Munguía, Jacinto R. (1998). La Prioridad Militar en Estados Unidos, la Guerra de Baja Intensidad. Milenio, 12, p. 30.
447. Munguía, Jacinto R. (2000). El EPR y el ERPI Enfocan sus Baterías al D. F. Milenio, 133, pp. 38-45.
448. Munné, Frederic (1982). Psicologías Sociales Marginadas. La Línea de Marx en la Psicología Social. Barcelona: Hispano Europea.
449. Munné, Frederic (1985). Prologo: La Escuela de Ginebra de Psicología Social. En: Doise, Deschamps y Mugny. Psicología Social Experimental pp. XI-XX. Barcelona: Hispano Europea.
450. Munné, Frederic (2000). Conferencia Identidad Social, Actualidad y Debate Teórico. México: Universidad Autónoma Metropolitana, septiembre.
451. Muñiz, Luis (2000). Arremete la Guerrilla. Cuarteles Militares y Policiacos, el Blanco, La Crisis 220, pp. 06-08.
452. Murillo Díaz, Rubén y Torales Pacheco, María (ed.) (1990). Noviembre de 1989. El Asesinato de los Jesuitas en El Salvador. Testimonios y Reflexiones. México: Universidad Iberoamericana.
453. Nexos (cuadernos) 68. Febrero de 1994; 241. Enero de 1998; 241. Enero de 1998; 242. Febrero de 1998; 246. Junio de 1998; 253. Enero de 1999.
454. Noguez, Arturo (1995) La Insurrección de los Saberes Sometidos. En González Navarro, M. Y Delahanty Matuk, G. (coord.), Psicología Política en el México de Hoy, pp. 189-196. México: UAM-I.
455. Oblitas Guadalupe y Rodríguez, Ángel (1999). Psicología Política. México: Plaza y Valdés/Universidad Intercontinental.
456. Ojarasca 37. 09 de Mayo del 2000 (suplemento mensual de La Jornada).
457. Olivas, Mireya (1998a). México Violento. Promesas y Preocupaciones, Milenio 43, pp. 18-19.
458. Olivas, Mireya (1998b). Entrevista con Pierre Sané: Si aquí no se Violaran los Derechos Humanos, sólo vendría de Vacaciones. Milenio 59, pp. 18-19.
459. Oppenheimer, Andrés (1996). México: En la Frontera del Caos. México: Vergara.
460. Orellana, Margarita de (1988). Villa y Zapata. La Revolución Mexicana. Madrid: Anaya.

461. Oriol, Antonio y Espinosa, Patricia (1996). MARCOS Mensajero de la Esperanza. México: Edicupes.
462. Ortega, Daniel (1994). Democracia, Subdesarrollo y Violencia en América Latina. En Castro, Fidel *et al.* Neoliberalismo, Reforma y Revolución en América Latina, pp. 37-51. México: Nuestro Tiempo.
463. Ortíz Pardo, Francisco (1998). Documentan Senadores del Grupo Galileo condiciones de inaceptable injusticia y de Pobreza ofensiva en Chiapas, Proceso 1151, pp. 28-31.
464. Pacheco, Gerardo y Jiménez, Bernardo (comp.) (1990a). Ignacio Martín-Baró (1942-1989). Psicología de la Liberación para América Latina. México: Universidad de Guadalajara.
465. Pacheco, Gerardo y Jiménez, Bernardo (1990b). Introducción a la Obra del Dr. Martín-Baró. En Pacheco, Bernardo y Jiménez, Bernardo (comp.). Ignacio Martín-Baró (1942-1989). Psicología de la Liberación para América Latina (pp. XI-XXVII). México: Universidad de Guadalajara.
466. Páez, Darío; Valencia, José Y Echebarría, Agustín. (1993). Racionalidad Individual y Colectiva. El caso del Nacionalismo Radical Vasco. En Montero, Montero y Dorna, Alejandro (eds.), Revista Latinoamericana de Psicología, pp. 73-85, Vol. 24, nº 1.
467. Páez, Darío *et al* (1998). Memorias Colectivas de procesos Culturales y Políticos. País Vasco: Universidad del País Vasco.
468. Pagès, Max (1971). Para una Psico-sociología Política. En Moscovici, Serge *et al.* Psicología Social y Compromiso Político, pp. 37-53. Buenos Aires: Alonso Editor.
469. Pagès, Robert (1971). Marxismo, Anarquismo Psicología Social. En Moscovici, Serge *et al.* Psicología Social y Compromiso Político, pp. 23-35. Buenos Aires: Alonso Editor.
470. Papastamou, Stamos (1987). Psicologización y Resistencia a la Conversión. En Moscovici, Mugny y Pérez (ed.) La Influencia Social Inconsciente, pp. 239-262. Barcelona: Anthropol, 1991.
471. Papeles del Colegio, vol. IV, número 25, 1986. Madrid.
472. Papeles del Psicólogo, número 55, 1993. Madrid.
473. Papeles del Psicólogo, número 56, 1993. Madrid.

Bibliografía

474. Partido de la Revolución Democrática (ed.) (1994). Chiapas y la Transición Democrática. ¡Libertad!, ¡Justicia!, Democracia! México: Grupo Parlamentario del PRD.
475. Partido Liberal Mexicano (1986). El Partido Liberal Mexicano (1906-1908). México: Antorcha.
476. Partido de los Pobres (1973). Ideario del Partido de los Pobres. En Centro de Investigaciones Históricas de los Movimientos Armados, N° 2, pp. 15-16, 1992.
477. Payan, Carlos (1994a, Enero, 02). No a los Violentos. La Jornada, p. 2.
478. Payan, Carlos (1994b, Marzo, 30). En Defensa del Derecho a la Información. La Jornada, p. 2.
479. Paz, Octavio (1994). El Nudo de Chiapas. En Partido de la Revolución Democrática (Ed.) pp. 511-513. México: Grupo Parlamentario del PRD.
480. Peña, Sergio de la (1995). ¿Destinos Comunes? El Zapatismo de Entonces y de Ahora. En Memoria 84, pp. 04-07.
481. Peña, Sergio de la (1996). Del EZLN al EPR. Tres Notas, Memoria 92, pp. 16-18.
482. Peralta, B.; Peralta, R y Ravelo, R. (1994, Marzo, 24). Consternación e indignación entre los Intelectuales, por el Ataque; Rechazan el Uso de la Violencia. La Jornada, p. 11.
483. Pérez, Juan A. y Mugny, Gabriel. (1987). Comparación y Construcción Social de la Realidad. En Moscovici, Mugny y Pérez (eds.) La Influencia Social Inconsciente, pp. 169-191. Barcelona: Anthropos, 1991.
484. Pérez, Carlos (1995). Una Lectura en Tres Tiempos. Sobre la Construcción de las Culturas Políticas en la Sociedad Mexicana. En González Navarro, M. Y Delahanty Matuk, G. (coord.), Psicología Política en el México de Hoy, pp. 17-23. México: UAM-I.
485. Pérez Gay, Rafael (1994). El Taller del Comandante. En Trejo Delarbre, Raúl, Chiapas. La Guerra de las Ideas, pp. 360-362. México: Diana.
486. Pérez Sosa, Jesús (2000). Más allá de la Adelita. En La Jornada Semanal, 294, pp. 15-16. (22/oct/2000).
487. Petras, James (1997). La Izquierda Devuelve el Golpe, Ajo Blanco 04, pp. 08-79.
488. Petras, James (1998). Mercados Libres con Ametralladoras, la Nueva Fórmula de Clinton, La Crisis 117, pp. 28-29.

489. Petrich, Blanche (2000). Acusan a Acosta Chaparro de decenas de desapariciones. La Jornada, pp. 12-13.
490. Polis, 93, 95, 96/1. México: UAM-I.
491. Poniatowska, Elena (1994). La CND: de Naves Mayores a Menores. En Ejército Zapatista de Liberación Nacional, EZLN. Documentos y Comunicados, pp. 324-328. México: Era.
492. Preta, Lorena (comp.) (1992). Imágenes y Metáforas de la Ciencia. Madrid: Alianza Universidad, 1993.
493. Proceso 845. 11 de Enero de 1993. 880. 13 de Septiembre de 1993; 897. 10 de Enero de 1994; 899. 24 de Enero de 1994; 901. 07 de Febrero de 1994; 902. 14 de Febrero de 1994; 924. 18 de Julio de 1994; 927. 08 de Agosto de 1994; 977. 07 de Agosto de 1995; 980. 14 de Agosto de 1995; 991. 30 de Octubre de 1995; 1001. 08 de Enero de 1996; 1019. 13 de Mayo de 1996; 1032. 11 de Agosto de 1996; 1034. 25 de Agosto de 1996; 1035. 01 de Septiembre de 1996; 1041. 13 de Septiembre de 1996; 1052. 29 de Diciembre de 1996; 1057. 02 de Febrero de 1997; 1063. 16 de Marzo de 1997; 1080. 13 de Julio de 1997; 1089. 14 de Septiembre de 1997; 1098. 16 de Noviembre de 1997; 1104. 28 de Diciembre de 1997; 1105. 04 de Enero de 1998; 1106. 11 de Enero de 1998; 1107. 18 de Enero de 1998; 1111. 15 de Febrero de 1998; 1112. 22 de Febrero de 1998; 1114. 08 de Marzo de 1998; 1115. 15 de Marzo de 1998; 1116. 22 de Marzo de 1998; 1117. 29 de Marzo de 1998; 1128. 14 de Junio de 1998; 1129. 21 de Junio de 1998; 1130. 28 de Junio de 1998; 1133. 19 de Julio de 1998; 1134. 26 de Julio de 1998; 1138. 23 de Agosto de 1998; 1151. 22 de Noviembre de 1998; 1153. 06 de Diciembre de 1998; 1154. 13 de Diciembre de 1998; 1157. 03 de Enero de 1999; 1162. 07 de Febrero de 1999; 1168. 21 de Marzo de 1999; 1194. 19 de Septiembre de 1999; 1197. 10 de Octubre de 1999; 1200. 31 de Octubre de 1999; 1209. 02 de Enero del 2000; 1214. 06 de Febrero del 2000; 1219. 12 de Marzo del 2000; 1223. 09 de Abril del 2000; 1225. 23 de Abril del 2000; 1245. 10 de Septiembre de 2000; 1246. 17 de Septiembre de 2000; 1254. 12 de Noviembre de 2000; 1256. 20 de Noviembre de 2000; 1258. 10 de Diciembre de 2000; 1259. 17 de Diciembre de 2000; 1269. 25 de Febrero de 2001; 1270. 04 de Marzo de 2001; 1271. 11 de Marzo de 2001; 1272. 18 de Marzo de 2001; 1273. 25 de Marzo de 2001.
494. Proceso Sur 04. 15 de Abril de 2000; 19. 11 de Noviembre de 2000; 21. 09 de Diciembre de 2000.
495. Quiroz Palacios, Abraham (1995). Psicología Política. Teorías, Métodos y Campos. México: Universidad Autónoma de Puebla.
496. Quiroz Palacios, Abraham (1999). Las Conductas Políticas del Mexicano. México: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

Bibliografía

497. Radley, Alan (1990). Artefactos, Memoria y Sentido del Pasado. En Middleton, David y Edwards, Derek (comp.) Memoria Compartida. La Naturaleza Social del Recuerdo y el Olvido, pp. 63-76. Barcelona: Paidós, 1992.
498. Ramírez, Carlos (2000). La Guerrilla, al Ataque, La Crisis 220, p. 2.
499. Ramírez Cuevas, Jesús (2001a, Marzo, 18). Esencial, la Palabra del EZLN ante el Congreso: Sami Nair, La Jornada, p. 7.
500. Ramírez Cuevas, Jesús (2001b, Abril, 07). Ya Ganamos, y Vamos a Volver a Ganar, dice Tacho, La Jornada, p. 12.
501. Ramírez, Jesús y Vera, Ramón (2001, Marzo, 13). Unen su Palabra Intelectuales y Zapatistas en una Reunión Afable y sin Grandilocuencias, La Jornada, pp. 6-7.
502. Ramírez, Ignacio (1994). El Procup-Pdlp Reivindica Actos de Sabotaje en Solidaridad con el EZLN y Expresa: Vivimos la Militarización del País". "En Guerrero sí hay Guerrilla, no ha Salido a la Luz y se Fortalece en la Clandestinidad".: David Cabañas, Proceso 977, pp. 16-21.
503. Ramírez, Ignacio (1996). Décadas de Preparación, desde el Ostracismo, Desembocaron en el Nuevo Movimiento Guerrillero, Proceso 1034, pp. 13-16.
504. Ramos, Agustín (1979). Al Cielo por Asalto. México: Era.
505. Raphael de la Madrid, Ricardo (1998). La Pugna por las Autonomías, Nexos 242, pp. 09-11.
506. Rascón, Esperanza (1998). Prólogo a La Guerra que Vivimos. Aproximaciones a la Rebelión de la Dignidad, pp. 9-14. México: UAM-I.
507. Ravelo, Ricardo (2000). *Aurora y Antonio*, del ERPI, acusan a Diódoro Carrasco y a Cervantes Aguirre de Ordenar su Secuestro y Tortura, Proceso, 1225, pp. 26-30.
508. Redacción (1978). Otras Reflexiones Sobre la Guerrilla en México. En Coyoacán. Revista Marxista Latinoamericana, pp. 79-85, N° 3.
509. Reed, John (1983). Villa y la Revolución Mexicana. México: Nueva Imagen.
510. Reich, Wilhelm (1971). Sexualidad: ¿Liberatad o represión?. México: Grijalbo.
511. Reich, Wilhelm (1973). Psicología de Masas del Fascismo. México: Roca.
512. Reforma, 23 de junio de 1994.
513. Revista Latinoamericana de Psicología, 1993, Vol. 24, n° 1.

514. Retes, Ignacio (2000). Por Supuesto. México: Océano.
515. Reyes Matamoros, José Antonio (1992). Una Aproximación a los Cívicos. En Centro de Investigaciones Históricas de los Movimientos Armados, N° 2, pp. 02-08.
516. Reyes Peláez, Juan Fernando (s/f). La Guerrilla en Chihuahua 1964-1972. México: Centro de Investigaciones Históricas de los Movimientos Armados.
517. Reyes Peláez, Juan Fernando (1995/1996). Un Largo Camino para el Asalto al Cielo: Notas acerca del Movimiento Revolucionario en Sinaloa. En Centro de Investigaciones Históricas de los Movimientos Armados, N° 3-4, pp. 4-14.
518. Reyes, Juan Y Espinosa María (1996). Material Gráfico de los Movimientos Armados en México 1964-1996. Cuadernos de Avances de Investigación Número 3. México: Centro de Investigaciones Históricas de los Movimientos Armados.
519. Reygadas, Pedro; Gómezcesar, Iván y Kravzov, Esther (Coord.) (1994). La Guerra de Año Nuevo. Crónica de Chiapas y México 1994. México: Praxis.
520. Rhi Sausi, José L. (1978). La Parábola de la Guerrilla Mexicana. En Coyoacán. Revista Marxista Latinoamericana, pp. 65-78, N° 3.
521. Rico, Maite (1999). El Conflicto de Chiapas y los Medios. En Este País 100, pp. 41-44.
522. Rico, Maite y Grange, Bertrand de la (1999). Centroamérica: la Derrota de los Dogmas, Letras Libres 09, pp. 46-52.
523. Riva Palacio, Raymundo (1998, marzo, 30). Las Uvas de la Ira. El Financiero, p. 77. México.
524. Rivera, Librado (1924). Prólogo a Ricardo Flores Magón, el Apóstol de la Revolución Mexicana, pp. 11-19. México: Antorcha, 1988.
525. Rodríguez, Aroldo (1981). La psicología Social: Problemas Actuales y Perspectivas para el Futuro. En Marín, Gerardo (coord.), La Psicología Social en Latinoamérica 2, pp. 17-35. México: Trillas.
526. Rodríguez, Carlos (1995). Psicología de la Guerra. En González Navarro, M. Y Delahanty Matuk, G. (coord.), Psicología Política en el México de Hoy, pp. 61-70. México: UAM-I.
527. Rodríguez, Carmen (2000). En Tiempos de Euro ¿quién se Acuerda de Franco?, Milenio 167, pp. 58-61.

Bibliografía

528. Rodríguez Cerda, Oscar (1995a). Pasiones e Intereses. En González Navarro, M. Y Delahanty Matuk, G., Psicología Política en el México de Hoy, pp. 159-166. México: UAM-I.
529. Rodríguez Cerda, Oscar (1995b). Estudios sobre la Representación Social del EZLN (Movimiento Zapatista). En Polis 95, pp. 71-85. México: UAM-I.
530. Rodríguez, Rafael (1984). Prólogo. En Taberner, J. y Rojas, C. Marcuse, Fromm, Reich: el Freudomarxismo. Bogotá: Cincel.
531. Rodríguez, Ignacio (1998). Los Muchachos de la Escuela de las Américas, Milenio 21, pp. 24-29.
532. Rodríguez, Ignacio y Munguía, Jacinto R. (1998). Cuando la Guerrilla era Más que un Sueño. Milenio 58, pp. 36-45.
533. Rodríguez Ignacio y Veledíaz, Juan (2000). El Fiasco de la Inteligencia Militar. Milenio, 133, pp. 34-35.
534. Roitman, Marcos (2001, Marzo, 27). Creación Intelectual y Nuevos Ejecutivos del Pensamiento en América Latina, La Jornada, p. 14.
535. Romero, César (1994). Marcos ¿Un Profesional de la Esperanza?. México: Planeta.
536. Ruiz, Yolanda (1999). Chiapas: ¿La Consulta Definitiva?. En Milenio, 77, p. 21.
537. Sabucedo, José Manuel (1996) Psicología Política. Madrid: Síntesis.
538. Sabucedo, José Manuel Y Rodríguez, M. (1997). Medios de Comunicación de Masas y Conducta Política. Madrid: Biblioteca Nueva.
539. Salazar, José Miguel (1981). Vigencia y Perspectivas de la Psicología Social. En Marín, Gerardo (coord.), La Psicología Social en Latinoamérica 2, pp. 36-46. México: Trillas.
540. Salazar, José Miguel y Marín, Gerardo (1981). El Fenómeno de la Imagen de Espejo en las Percepciones Mutuas de Colombianos y Venezolanos. En Marín, Gerardo (coord.), La Psicología Social en Latinoamérica 2, pp. 296-305. México: Trillas.
541. Salazar, José Miguel (1987). El Latinoamericanismo Como una Idea Política. En Montero, Maritza (coord.), Psicología Política Latinoamericana, (pp. 203-227). Venezuela: Panapo.
542. Salazar Mallén, Rubén (1982). La Sangre Vacía. México: Oasis/SEP.

543. Salgado, Armando (1990). Una Vida de Guerra. México: Planeta
544. Sánchez, Consuelo (1998). Los Senderos del EZLN, Memoria 114, pp. 27-38.
545. Sánchez Ramos, Irene (1997). El FMLN en El Salvador, Memoria 95, pp. 18-21.
546. Sanders, Betty (1995). Utilización de Redes Semánticas en el Conflicto en Chiapas. En González Navarro, M. Y Delahanty Matuk, G. (coord.), Psicología Política en el México de Hoy, pp. 151-158. México: Universidad Autónoma Metropolitana.
547. Santiso, Javier (1998). Ni Lindo ni Bronco: Miradas sobre México desde Europa, Nexos 242, pp. 12-13.
548. Saramago, José (1998). Un Lugar de Dignidad... en un Mundo Patéticamente Adormecido, La Crisis 134, pp. 23-24.
549. Scherer Ibarra, María (2000). Fox y Marcos: la Competencia Mediática, Proceso 1258, pp. 24-27.
550. Sherer, Julio (2001). La Entrevista Insólita, Proceso 1271, pp. 10-16.
551. Schudson, Michael (1990). Ronald Reagan Mal Recordado. En Middleton, David y Edwards, Derek (comp.) Memoria Compartida. La Naturaleza Social del Recuerdo y el Olvido, pp. 125-135. Barcelona: Paidós, 1992.
552. Schwartz, Barry (1990). La reconstrucción de Abraham Lincoln. En Middleton, David y Edwards, Derek (comp.) Memoria Compartida. La Naturaleza Social del Recuerdo y el Olvido, pp. 97-123. Barcelona: Paidós, 1992.
553. Semo, Enrique (1998). La izquierda Cuestionada, Proceso 1119, pp. 40-41.
554. Seoane, Julio (1988). Concepto de Psicología Política. En Seoane, Julio y Rodríguez, Ángel, Psicología Política. pp. 19-35 Madrid: Pirámide.
555. Seoane, Julio y Rodríguez, Angel (comp.) (1988). Psicología Política. Madrid: Pirámide.
556. Shotter, John (1990). La Construcción Social del Recuerdo y el Olvido. En Middleton, David y Edwards, Derek (comp.) Memoria Compartida. La Naturaleza Social del Recuerdo y el Olvido, pp. 137-155. Barcelona: Paidós, 1992.
557. Sicilia, Javier (1998). La Falsa Xenofobia, Proceso 1114, pp. 40-41.
558. Sicilia, Javier (2000). La Esperanza, Proceso 1259, pp. 46-47.

Bibliografía

559. Silva Herzog, Jesús (1960). Breve Historia de la Revolución Mexicana. México: Fondo de Cultura Económica, 1990.
560. Subcomandante Marcos (2000). ¡Oxímoron! (La Derecha Intelectual y el Fascismo Liberal), Ojarasca 37, pp. 05-09.
561. Sucesos 2250, 1976
562. Taberner, José y Rojas, Catalina (1984). Marcuse, Fromm, Reich: el Freudomarxismo. Bogotá: Cincel.
563. Taibo II, Paco Ignacio (1998). Arcángeles. Doce Historias de Revolucionarios Herejes del Siglo XX. México: Planeta.
564. Taibo II, Paco Ignacio y Vizcaíno, Rogelio (1990). Las dos Muertes de Juan R. Escudero. México: Joaquín Mortiz.
565. Tello Díaz, Carlos (1995). La Rebelión de las Cañadas. México: Cal y Arena.
566. Tello Díaz, Carlos (1998). Chiapas: La Raíz de la Rebelión, Nexos 241, pp. 33-34.
567. Todorov, Tzvetan (1995). Los Abusos de la Memoria. Barcelona: Paidós.
568. Torregosa, José Ramón y Sarabia, Bernardo (1983). Perspectivas y Contextos de la Psicología Social. Barcelona: Hispano Europea.
569. Trejo Delarbre, Raúl (comp.) (1994a). Chiapas la Guerra de las Ideas. México: Diana.
570. Trejo Delarbre, Raúl (1994b). Tres Mentiras Sobre el EZLN. En Trejo Delarbre, Raúl (comp.), Chiapas la Guerra de las Ideas, pp. 301-304. México: Diana
571. Ulloa, Berta (1976). La Lucha Armada (1911-1920). En El Colegio de México Historia General de México 2, pp. 1073-1182. México: El Colegio de México.
572. Una Revista de las Mujeres en la Cultura, Suplemento 6, 1998.
573. Uribe Javier (1990). Imagen de la Democracia Sindical en México. En Mota Botello (coord.), Cuestiones de Psicología Política en México, pp. 129-139. México: UNAM.
574. Uribe, Javier (1995). El Privilegio de lo Político y sus Consecuencias para la Democracia. En González Navarro, M. Y Delahanty Matuk, G. (coord.), Psicología Política en el México de Hoy, pp. 9-16. México: UAM-I.

575. Uribe, Javier (coord.) (1997a). Los Referentes Ocultos de la Psicología Política. México: UAM-I.
576. Uribe, Javier (1997b). Presentación. En Los Referentes Ocultos de la Psicología Política, pp. 7-17. México: UAM.
577. Vázquez, Joel (coord.) (2000). Psicología Social y Liberación en América Latina. México: UAM-I.
578. Vázquez Montalbán, Manuel (1994, Enero, 11). Chiapas. La Jornada, p. 1, 16.
579. Vázquez Montalbán, Manuel (1999). Marcos: El Señor de los Espejos. Madrid: Aguilar
580. Vattimo, Gianni (1985). El Fin de la Modernidad. Barcelona: Planeta Agostín, 1994.
581. Veledíaz, Juan (1998). EPR: el Camino a Guerrero. El Mundo de Erika. Milenio 47, pp. 40-42.
582. Veledíaz, Juan (2000). Entrevista con el ExCapitan Alberto Enríquez: La Investigación se Hace Recortando Periódicos.. Milenio, 133, pp. 36-37.
583. Venegas, Juan Manuel (2000a, Septiembre, 13). Anuncia Fox una Cruzada en contra de los Grupos Armados. La Jornada, p. 06.
584. Vera, Rodrigo (1995a). Este año comenzaron en México la Guerra Sucia, la Violencia de Estado y la Represión, Denuncia el Jesuíta David Fernández, Proceso 980, pp. 16-21.
585. Villamil, Raúl (1995) De la Imaginación Colectiva a la Autogestión. En González Navarro, M. Y Delahanty Matuk, G. (coord.), Psicología Política en el México de Hoy, pp. 115-128. México: Universidad Autónoma Metropolitana.
586. Viqueira, Juan P. (1999). Los Peligros del Chiapas Imaginario, Letras Libres 01, pp. 20-28, 96-97.
587. White, Hayden (1987). El Contenido de la Forma. Narrativa, Discurso y Representación Histórica. Barcelona: Paidós.
588. Whittaker, James (1979) La Psicología Social en el Mundo de Hoy. México: Trillas, 1997.
589. Whittaker, Sandra (1979). Revolución, Violencia y Movimientos Sociales. En Whittaker, James (comp.), La Psicología Social en el Mundo de Hoy, pp. 421-451. México: Trillas, 1997.

Bibliografía

590. Womack Jr., John (1998). Chiapas, el Obispo de San Cristóbal y la Revuelta Zapatista. México: Cal Y Arena.
591. ¡YA BASTA! N° 1, Mayo de 1994; N° 2, Mayo de 1994; N° 3, Junio de 1994.
592. Zaid, Gabriel (1994, Mayo, 15). Chiapas: la Guerrilla Posmoderna. Suplemento Enfoque de Reforma, pp. 3-11.
593. Zapata, Mireya y Sanders Betty (1990). Psicología del Desastre y Participación Colectiva. En Mota Botello (coord.), Cuestiones de Psicología Política en México, pp. 125-127. México: UNAM.
594. Zárate, Lorena y Olivas, Mireya (1999). Mary Robinson intenta Torcerle el Brazo al Gobierno Mexicano. Milenio, 116, pp. 28-30.